EL OCASO DE LOS DÍAS

UN THRILLER QUE NO TE PUEDES PERDER

ARIEL ZORION



Saga Ocaso 2

EL OCASO DE LOS DÍAS

UN THRILLER QUE NO TE PUEDES PERDER

ARIEL ZORION



Saga Ocaso 2

SINOPSIS

El suspense continúa.

Algo ha pasado con Stephen Meyer y sólo Kisha Jennings puede averiguarlo.

Hechos del pasado que parecen salpicar el presente.

Sucesos que se entrelazan y remueven los cimientos de una localidad acostumbrada a la calma.

Esta vez la inspectora Jennings se enfrenta a un misterioso caso de una desaparición.

Junto a su nuevo compañero, Julius Morgan, tratará de descubrir lo sucedido ante un abanico de posibles alternativas que parecen llevar a un callejón sin salida.

Mientras tanto, su vida personal sufrirá determinados altibajos que tendrá que afrontar de la mejor manera posible si no quiere perder aquello que tantos años le ha llevado encontrar.

La segunda novela de la Trilogía del Ocaso llega con fuerza y ganas de sorprender.

Prepárate para no parar de leer hasta descubrir qué ha sucedido.

Si te gusta la NOVELA POLICÍACA y la NOVELA NEGRA, éste es tu libro.

Si además eres de los que le gusta que las historias de AMOR salpiquen un buen libro, no dudes que en El Ocaso de los Días también encontrarás ese ingrediente imprescindible.

Algo ha sucedido con Stephen, el marido de Hilka Johnson, la forense del condado de Monterey, pero nadie sabe qué ha sido. De la noche a la mañana, Kisha Jennings y Julius Morgan, se verán inmersos en una investigación muy cercana que les traerá de cabeza.

Mientras tanto, la relación de la inspectora con Derek pasará por ciertos altibajos debido a la repetición de conductas que la hacen estar más inestable e irascible.

Pero no sólo eso, además, otro caso irrumpirá página a página sin que

ninguno de los protagonistas se de cuenta hasta mucho tiempo después.



PRÓLOGO

Veinte años antes…

alió a la calle. Dejó la puerta abierta de par en par. Caminó por el jardín, abrió la S pequeña verja y salió a la acera plagada de hojas. Parecía un mullido colchón debido al viento de la pasada madrugada. Daban ganas de tumbarse sobre él y mirar aquel cielo de un azul casi inocente, observando como se movían aquellas esponjosas nubes al tiempo que podías imaginar la sensación en tus manos al tocarlas. Aquel día los operarios del Ayuntamiento no habían pasado a barrer y por eso se habían acumulado los cadáveres de color ocre de esos árboles ya semidesnudos.

Era una gélida tarde otoñal, pero aquel crío no parecía sentir el más mínimo frío.

Apenas un jersey fino, una camisa y un pantalón de franela cubrían su escuálido cuerpo. Caminaba por la calle con el cuchillo aún en la mano. Era un cuchillo de cocina corriente, tal vez el típico para cortar la carne. Aún caían gotas de sangre. Gotas de un rojo intenso iban marcando el camino como migas de pan. Eran gotas espesas, lo que hacía intuir que procedían de una fuente intensa de exanguinación. El niño no parecía tener salpicaduras en su ropa, salvo en el puño de la manga derecha de su jersey. Tal vez no era ni víctima ni verdugo, sino un simple observador que había llegado en el momento menos oportuno.

Caminaba con la mirada perdida. Vacía. Ausente. No había resto de consciencia en aquellos ojos. Simplemente, seguía sus pasos y miraba hacia ninguna parte.

Como un autómata.

Como un robot desprogramado.

Una cáscara ahora vacía que había albergado un ánima no hacía demasiado tiempo.

Un contenedor de fluidos y vísceras.

Un alma cruelmente desalmada.

Se oían gritos a su paso, pero él parecía insensible a su sonido. La gente le miraba sorprendida y asustada a la vez. Parecían haberse congelado por momentos, espectadores pétreos e incapaces de la más mínima reacción, reos del espanto y de un miedo paralizante. Era sólo un crío, no podía tener más de diez años.

Por fin, a lo lejos se escucharon las sirenas de la ambulancia y la patrulla de la policía. El niño no parecía herido, pero nunca se sabe, sobre todo porque las heridas del alma no sangran a simple vista, aunque hagan que se te escape la vida como si hubiera una fuga dentro de ti.

El policía rubio se acercó al chaval. Empezó a hablarle pero el chico seguía sin responder. Le agarró de la muñeca en la que portaba el cuchillo, de forma suave, con movimientos delicados y medidos, pero firmes al mismo tiempo. Logró quitarle el cuchillo. Le hablaba pero el niño seguía como si nada, como si no escuchara. Sus ojos no miraban a ninguna parte. Sus pupilas estaban dilatadas, abriendo un abismo hacia su interior.

Acudieron los sanitarios y se hicieron cargo del chaval. Cuando los policías descubrieron de donde había salido el niño, pidieron refuerzos y, al menos, una ambulancia más. No fue difícil averiguarlo, sólo había que seguir el rastro de gotas sanguinolentas, las cuales conducían directamente a una de las casas del vecindario que permanecía con la puerta abierta, permitiendo que entrase el frío al interior.

La escena allí era heladora.

Cuando entraron, vieron dos cuerpos. Ambos parecían a simple vista inertes. No obstante, cuando se acercaron a la mujer que estaba tendida en el suelo, percibieron un movimiento leve en sus párpados y silbidos de una respiración ahogada. La mujer había sobrevivido, aunque estaba en muy mal estado. Para el hombre parecía no haber esperanza. Estaba sentado en el sillón frente al televisor. Le habían degollado de izquierda a derecha, con un corte inestable e inseguro pero contundente.

La ambulancia aparcó en la puerta de la casa, siguiendo las indicaciones que les habían dado por la radio. El auxiliar médico más joven se acercó a hablar con el niño, mientras los otros dos sanitarios acudían al interior de la casa.

—¡Hola chaval! ¿Cómo te llamas? —le preguntó el paramédico al niño.

No obtuvo respuesta. El suyo era un silencio hueco, como si se hubiera hecho el vacío en su mente. Los ojos seguían ajenos a lo que sucedía a su alrededor. Parecía que únicamente mirasen hacia su interior, de un modo introspectivo.

—Puedes estar tranquilo. Estás a salvo. No va a pasarte nada, ¿de acuerdo? Estoy aquí para ayudarte, para asegurarme de que te encuentras bien. Te voy a decir lo que vamos a hacer, ¿vale? Vamos a llevarte al hospital para hacerte algunas pruebas. Yo voy a acompañarte en todo momento. No vamos a hacerte daño y, si algo te molesta, no tienes más que decírmelo y paramos.

El niño continuó sin decir una sola palabra, pero tomó la mano del médico y, con aquel gesto casi inconsciente y automático, le estaba diciendo que se fiaba de él.

Le llevaron al Hospital Standford. El joven paramédico iba junto al niño en la ambulancia y no se separó de él en ningún momento. Acariciaba con suavidad su mano y le iba hablando continuamente de cosas agradables, de dibujos animados y de todo lo

que se le pasaba por su mente con la única intención de tratar de hacerle olvidar los horrores vividos, fueran cuales fueran.

Cuando llegaron al hospital, llegó una patrulla de policía muy poco tiempo después.

Acompañaron al niño hasta la sala en la que iban a reconocerlo. El policía rubio que había hablado con el chaval cuando le encontró deambulando por la calle, le dijo unas palabras a la doctora encargada del reconocimiento que el joven paramédico no pudo llegar a entender. El rictus del policía era muy serio, lo que presagiaba malas noticias.

Poco después averiguaría que aquel inocente niño acababa de asesinar a su padre.

Capítulo 1

SIN RASTRO

Actualidad. Día 1 - jueves noche

a noche era bastante oscura. En el cielo había una luna pesada y sin fuerza que no L parecía dispuesta a contribuir con su luz a aclarar lo que fuera que hubiese pasado.

Kisha se dirigía lo más rápido que podía hacia la localización que le había enviado Hilka por teléfono. Era otoño y a aquellas horas de la noche había poco tráfico. Aún así, el trayecto se le antojaba eterno. Es lo que tienen las urgencias, te envuelven en un vórtice irreal que hace que la distancia nunca parezca acortarse, sino todo lo contrario. Confiaba en que la linterna que tenía en el coche funcionase perfectamente, si no, no le quedaría otro remedio que utilizar la del móvil.

Su amiga no le había dado demasiada información, sólo le había dicho que algo pasaba con Stephen y que necesitaba su ayuda.

Nada más.

Y nada menos.

Proviniendo de una persona como la forense, estoica como pocas y tan poco dada a pedir ayuda, tan renuente a mostrarse emocional o denotar la más mínima inseguridad, aquello equivalía a un auténtico grito de socorro.

"*Algo pasa con Stephen* ".

Podría ser cualquier cosa.

Estuvo tentada de pedirle a Julius que la acompañara. Al fin y al cabo, se había convertido en su inseparable compañero de patrulla. Si había sucedido algo preocupante en realidad, no le vendría mal tenerle a su lado. En los pocos meses que llevaban trabajando juntos después de que su antiguo compañero, Peter Smith, se convirtiera en el nuevo Jefe de Policía de Carmel, había podido darse cuenta del potencial que tenía como investigador.

Sin embargo, tal vez se tratase de una falsa alarma o incluso fuera algún tema personal entre Hilka y su marido que no quisiera que supiera nadie más. Convenía ser prudentes hasta saber más. No obstante, habría que esperar hasta llegar al lugar en el que la esperaba

para tomar una decisión en consecuencia. Su cabeza no podía parar de anticipar distintos escenarios, a pesar de que sabía que era una energía desperdiciada inútilmente.

En cuanto se dio cuenta de que ya no podía ir más allá con el coche, aparcó lo más cerca que pudo del punto que señalaba el GPS. Cuando se bajó, se dirigió a pie a localización que le había enviado por el móvil, la cual la llevaba hacia un lugar muy concreto en el Old Fisherman Wharf, es decir, en el embarcadero de Monterey, la típica zona de ocio de la localidad y los alrededores, un tanto similar al famoso Pier 39 de San Francisco aunque sin tantos leones marinos. No obstante, no era un lugar de paso habitual, sino que se encontraba bajo el muelle, a la altura de la conocida The General Wharf's Store. Ahí abajo apenas podía ver nada, hasta que divisó a su amiga junto al agua. Parecía mirar hacia la nada, buscando respuestas a preguntas que por el momento no las tenían. Esa era sin duda una señal de alarma.

No parecía haber ni rastro de su marido. Segunda señal.

"Algo ha pasado con Stephen" .

Tragó saliva y trató de detener un tren de pensamientos que la llevaba a los peores escenarios que poco antes ya se había encargado de imaginar su hiperactivo cerebro, un tren que bien sabía que podía descarrilar en cualquier instante.

Gajes del oficio.

Hilka estaba allí, de pie, tiritando tal vez por el frío o, tal vez, por algo más. Se abrazaba tratando de proporcionarse un consuelo que sin duda le era esquivo. En cuanto la inspectora estuvo lo suficientemente cerca, se percató de que su amiga tenía la mirada perdida.

—Hilka, ya estoy aquí —dijo según iba acercándose para que la forense tuviera constancia de su llegada. Trataba de sacarla del trance en el que se hallaba.

—Kisha, menos mal que has llegado —respondió girándose hacia la inspectora—.

No he querido tocar nada. Te he llamado en cuanto lo he visto.

Junto a ella había amontonados cuidadosamente distintos objetos, entre los que le pareció distinguir un móvil, una cartera y un juego de llaves, aparte de un jersey cuidadosamente doblado y un par de

zapatos de caballero.

—Para, para. Explícame qué ha pasado. Desde el principio. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Y por qué?

—He recibido un mensaje de Stephen esta tarde. Me decía que le fuera a buscar al hospital a última hora porque el coche no le arrancaba. Le he llamado para que me contase algo más, pero no ha cogido el teléfono. Entonces he ido al hospital a buscarle a la hora que más o menos imaginaba que saldría, pero me han dicho que allí no le habían visto en todo el día. Sin embargo, su coche estaba en el aparcamiento. Poco después he recibido un mensaje desde su móvil con esta localización. Cuando he llegado, he visto

sus cosas en la arena. No he tocado nada pero me he quedado aquí custodiándolas. No me he movido para asegurarme de que no se las llevase el agua. Luego te he llamado y ya está. No sé nada más. No entiendo nada.

Para una mente brillante y analítica como aquella, reconocer que no entendía nada ya era demasiado. Había hablado muy deprisa, relatando casi sin pausa todo lo sucedido. Aquello era un síntoma inequívoco de la tormenta interior que se había desatado dentro de ella, puesto que la forense tenía una forma de hablar calmada y reflexiva, en ocasiones, casi robótica.

—Vale, tranquila. Voy a pedir una patrulla. Tenemos que recoger las pruebas, ¿vale?

Iremos poco a poco.

—Kisha, ¿crees que le ha sucedido algo?

Pregunta trampa. La inspectora no sabía contestar. Su intuición le decía que obviamente la situación era grave y tenía mala pinta. Pero no sabía si ser totalmente sincera ayudaría en aquel momento. Debía medir bien sus palabras.

—No tardaremos en averiguarlo. Seguro que hay una explicación sencilla. Trata de tranquilizarte.

Se sintió fatal hablando de una manera tan ambigua, como un político tratando de ocultar la verdad en un discurso vacío y monocorde. Recordaba como se había sentido ella cuando unos meses atrás temió que le hubiera pasado algo a Derek. Al rememorar aquello, podía volver a aquel día en concreto y sentir el miedo recorriendo cada

átomo de su cuerpo e instalándose en su interior, llenándola de zozobra hasta que había llegado a la casa y había comprobado que él estaba bien. Aunque lo que vino días después fue un auténtico calvario, la sensación de alivio en aquel preciso momento había sido indescriptible. Imaginar que has perdido a la persona que quieres, visualizar los horrores que pueden habérsele infligido a manos de un asesino en serie que había aterrorizado a todo el estado, había sido una sensación tan angustiosa que había tardado bastante en recuperarse de aquello.

Era evidente que lo que tenía delante era algo de lo que no podía encargarse sola.

Necesitaba ayuda, necesitaba trabajo en equipo para que no se escapase ningún detalle, para que otros ojos observaran la escena y analizasen todo el contexto. Llamó por teléfono a Julius y le pidió que se acercara a Monterey. Además, le solicitó que pidiese a una patrulla que llevase lo necesario para recoger muestras y establecer el cordón policial.

Y le pidió algo más.

—Mientras llegan, tengo que hacerte unas preguntas, ¿vale?

—Claro. Ya lo sé.

Otra vez invadió a la inspectora aquella desagradable sensación de verse envuelta en ese vórtice que da vueltas y vueltas sin avanzar. Sabía que hasta que llegasen los compañeros, la espera parecería eterna. Kisha no llevaba bien esas situaciones.

Necesitaba avanzar, tenía que empezar a moverse, pero no podría hacerlo hasta que ellos llegasen porque tenía que acompañar a su amiga y ocuparse de ella. Dejarla sola no era una opción, ni siquiera remotamente. Al menos, podría empezar a obtener información que podría serles útil más adelante.

—¿Has notado algún cambio últimamente en Stephen?

—No, nada.

—Cambios de humor, en sus rutinas, tal vez estaba más irascible de lo normal…

—No, nada —repitió.

—¿Sabes si ha tenido algún problema en el hospital?

—No que yo sepa.

—Algún paciente con el que las cosas no hubieran ido bien, alguna queja, algún familiar descontento…

—No lo creo. Estoy segura de que si fuera así, me lo habría contado.

—Vale, pero aún así quiero que reflexiones sobre ello con detenimiento. No justo ahora, que probablemente la preocupación no te deja pensar con total claridad. Pero necesito que hagas memoria, por si acaso. Puede que hiciera algún comentario en un momento que parecía irrelevante y, sin embargo, puede ser una pista. No tiene que haber sido necesariamente en los últimos días. Remóntate el tiempo que haga falta.

—Vale. Lo haré, aunque espero que no sea necesario.

—Y yo.

Se miraron por unos segundos. Unos instantes incómodos en los que nadie sabe qué más añadir porque no existen las palabras exactas para esa situación. Hilka desvió la mirada casi de forma inmediata y se abrazó otra vez su propio cuerpo mirando hacia el horizonte, un gesto que indicaba su desvalimiento.

Kisha estudiaba la reacción de su amiga, cada uno de sus gestos, su lenguaje corporal que podía delatar algo que estuviera escondiendo, deliberadamente o no. A veces, tratamos de ocultar algunas cosas que nos avergüenzan o creemos que pueden dañar nuestra reputación. Nos parapetamos tras barreras invisibles que levantamos mirando hacia otro lado, colocándonos un mechón detrás de la oreja, frotando nuestras manos

una contra la otra o escondiéndolas en los bolsillos. Confiamos en que eso bastará, eso que hacemos con plena consciencia, pero nuestro cuerpo tiende inconscientemente a delatarnos, con todas esas microexpresiones faciales, con un lenguaje que va mucho más allá de las palabras. A veces, incluso en esos gestos no gobernados por la voluntad, es donde reside la verdad, desnuda y límpida.

—Sé que esto es delicado, pero tengo que preguntártelo —continuó la inspectora—.

¿Entre vosotros las cosas estaban bien?

—Claro que sí. ¿A dónde quieres llegar, Kisha?

—Ya sabes como es esto. Tengo que hacerte preguntas rutinarias para cubrir todas las opciones.

—No es eso, no me mientas. Ya tienes una teoría pero te la estás callando.

—No tengo ninguna teoría, es pronto para eso. Sólo intento conocer toda la información.

—En serio, si me aprecias lo más mínimo, no me mientas, te lo pido por favor. No me mientas como hiciste con Pete cuando le ocultaste que creías que detrás de los asesinatos de la primavera estaba el asesino del ocaso. Si hay alguna idea rondándote en la cabeza, quiero que seas sincera. Podré soportarlo.

—Hilka, en serio. No tengo ni idea de qué…

—¿Por qué has pedido entonces que vengan los buzos? —la interrumpió la forense.

—¿Qué?

—Ya me has oído, ¿o es que pensabas que no te había escuchado? —señaló con voz y expresión duras.

—Hilka, tienes que dejarme hacer mi trabajo.

—Contesta a la pregunta.

—Tenemos que cubrir todas las posibilidades.

—¿Crees que se ha suicidado? ¿Es eso? —preguntó la forense con un ligero temblor en la voz, denotando cierta incredulidad y miedo.

—No lo sé, no tengo ni idea de qué puede haber pasado, pero hay que manejar todas las opciones. Como ya te he dicho, probablemente hay una explicación sencilla.

Mientras la encontramos, tengo que asegurarme de que tocamos todas las líneas de investigación.



Estaba deseando que llegasen los compañeros. Nunca se le habían dado bien las situaciones emocionales y se sentía torpe intentando consolar a su amiga o dándole algún tipo de recomendación que no se creía ni ella. “*Kisha Jennings consejera profesional*

”. Eso sí que no se lo creería nadie.

No podía dejarla sola, de eso era consciente, por mucho que lo que le pidiese el cuerpo fuera salir huyendo de allí. Habría dado lo que fuera porque cualquiera la sustituyera en ese trance. No era falta de sensibilidad o empatía, sino una torpeza emocional inherente a su forma de ser.

Por otro lado, aunque obviamente no podía dejar sin vigilancia los objetos personales del médico que habían encontrado en la arena bajo el muelle, la realidad es que no paraba de pensar en que cada minuto que estaban allí podían estar perdiendo posibles testigos que hubiesen visto algo que les hubiese llamado la atención o que les hubiera resultado sospechoso en algún sentido. ¿Dónde demonios estaban Julius y la patrulla que le había requerido? El tiempo parecía estirarse como un chicle, lo que no beneficiaba a su carácter tumultuoso. Cada minuto que pasaba, desperdiciaban un tiempo valioso en el que aquellos posibles testigos directos estuviesen abandonando el lugar y, tal vez, ya nunca pudiesen volver a localizarlos.

La impaciencia la comía por dentro.

Sentía un polvorín asentándose en su pecho.

Iba a ser un caso de esos, lo intuía. Uno de esos en los que la investigación requeriría lo mejor de ella. Uno de esos en los que las jornadas de trabajo traspasarían por mucho el horario establecido. Uno de esos en los que la vida personal quedaba en un segundo plano.

Y eso podría pasarle factura.

Podía estar ante la desaparición del marido de la forense del condado, su amiga, una de las pocas que tenía en Carmel, por no decir una de las pocas que había tenido en su vida. Así que, si sus sospechas se confirmaban, lo que tenía delante era un caso doblemente cercano, tanto a nivel profesional como personal. No podía escatimar ningún esfuerzo porque hacerlo podía implicar dilatar su sufrimiento y que la vida de él, tal vez, corriese peligro.

Pero era pronto para saberlo. Su cerebro ya empezaba a elucubrar sin parar, a gestar en su mente distintas situaciones e hipótesis. Sin duda,

le preocupaba lo que veía.

¿Quién abandona sus cosas en la arena y le manda su localización a un ser querido para que las encuentre? Si estás decidido a desaparecer y empezar una nueva vida, no dejas ese rastro doloroso de incertidumbre e incógnitas. Si, por el contrario, estaban ante un caso de suicidio, era inaudito que no hubiera una carta de despedida, ni un sucinto mensaje siquiera.

Un te quiero.

Un hasta pronto.

Un "*nos vemos en el otro lado* ".

No convocas a alguien a quien amas en un lugar para dejar constancia de que te has quitado la vida sin dejarle al menos unas palabras para decir adiós, para ayudarle a cerrar la herida.

Así que la tercera opción parecía que era la que iba tomando más fuerza en su cabeza. Stephen no había desaparecido por voluntad propia.

Alguien se lo había llevado.

Capítulo 2

APARIENCIA

Veinticinco años antes…

rthur nunca había sido un niño demasiado alegre. Si cerrases los ojos y pensaras en A un crío entre los tres y los doce años, por ejemplo, seguro que se te vendría a la cabeza la imagen de un muchacho riendo y jugando, correteando de un lado a otro sin parar.

Excepto si hubieras conocido a un chaval como él.

La sonrisa de Arthur se caracterizaba precisamente por su ausencia. A los profesores siempre les había llamado la atención, puesto que, desde bien pequeño, había sido un crío muy serio y un tanto taciturno, como una vela siempre a punto de extinguirse. No obstante, era responsable y trabajador. Su comportamiento en el aula era ejemplar. No podían tener quejas al respecto.

La madre solía ser la que se encargaba de acudir a las citas en el colegio. A nadie le sorprendía, puesto que era muy habitual que, en aquella época, fueran especialmente las madres las que se encargaran de acudir a las reuniones de seguimiento con los maestros. Katerina era una mujer encantadora y muy colaboradora. Era muy sencillo hablar con ella y justificaba el hecho de que su marido no acudiera, no porque no le interesase la educación de su hijo, sino porque trabajaba muchas horas al día y le era imposible asistir.

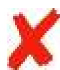
—Lo comprendo perfectamente —le dijo en una reunión la tutora de Arthur—. El trabajo es lo primero porque alguien tiene que llevar el pan a casa. Pero me gustaría que hablásemos en algún momento los tres porque veo al niño apagado y serio. Bueno, mis compañeros dicen que siempre ha sido así, pero me preocupa un poco, la verdad.

Katerina retorcía un pañuelo entre sus manos tratando de contener sus nerviosismo.

No podía permitirse aquello. Tenía que mostrarse absolutamente convincente. No quería ni imaginar las consecuencias si llamaban a casa o llegaba una carta del colegio.

—No debe preocuparse, señorita Miller. Le agradecemos su interés, pero Arthur siempre ha sido así en el colegio. Es muy tímido y no le gusta llamar la atención. En casa es mucho más alegre, debería verlo —señaló procurando lucir una amplia sonrisa que, en su caso, se

caracterizaba por ser un intento vano de poner en su sitio los músculos faciales que componen ese gesto de felicidad y complacencia.



—No sé, me gustaría verle disfrutar. Hacemos muchas cosas divertidas, pero él parece no saber sacarles el máximo partido.

—Claro que sí, pero lo hace a su manera. Luego en casa me lo cuenta todo. Tiene que entender que cada uno somos diferente y yo conozco bien a mi Arthur. Soy su madre y soy la primera interesada en que mi hijo sea feliz. Le agradezco su preocupación, pero el niño está bien, de verdad.

—De acuerdo. Bueno, seguiré pendiente de él e intentaré hablar con Arthur de vez en cuando a ver si me cuenta algo.

Katerina tragó saliva. ¿Por qué tenía que estar tan pendiente del niño? Hasta aquel momento, ningún profesor había ido más allá del típico comentario acerca del carácter taciturno de su hijo, pero nada relevante. Una idiosincrasia como otra cualquiera. "*Ya sabe, es su forma de ser* ". Y fin de la historia hasta la siguiente entrevista. Eso si es que por alguna casualidad volvía a salir el tema, que no solía ser lo habitual.

No podía permitirse que el niño dijera nada en la escuela. Si lo hacía, su padre la mataría, de eso no tenía ni la menor duda. Debía hablar con su hijo y debía hacerlo muy seriamente, recordándole todos los peligros que suponía llamar la atención de cualquier manera en el colegio. Muchas veces se lo había dicho: "*Hijo, tienes que pasar desapercibido.*

Que parezca que no estás. Haz tus tareas y cumple con tu obligación, nada más. Ya conoces las consecuencias si no lo haces ".

Aquella maestra tenía muy buenas intenciones, estaba claro, pero podría arruinarles la vida. Ya era bastante complicado su día a día.

Aquella tarde llegaron a casa como cada día. Le preparó la merienda a su hijo y se dispusieron a hacer los deberes, como era habitual. Todo transcurrió con la anodina normalidad de cada jornada al volver de la escuela. Hasta que llegó la bestia y se desató la tormenta.

No pasó nada extraordinario.

No le dio motivos.

No hubo un detonante.

No hubo ni la más mínima provocación.

No hubo absolutamente nada que justificara aquella furia simiesca.

Lo de aquel hombre era una violencia gratuita, era un deseo insano de pisotear a su esposa por cualquier nimiedad. No había motivos ni reales ni ficticios que provocaran que se desatara la furia de aquel hombre que, en aquellas situaciones, parecía un animal salvaje.

Se desataba, sin más.

Podía ser el más mínimo e insignificante detalle, algo imperceptible para cualquiera.

Pero Mathew Hamilton no era cualquiera, sino un psicópata de manual que volcaba en su mujer la ira reprimida en su trabajo durante la jornada. Así que no necesitaba motivos. Él los buscaba. Y entonces comenzaba la lluvia de golpes, como un nubarrón negro que contiene una tormenta eléctrica que se descarga con rabia.

No obstante, sabía demasiado bien lo que hacía. Nunca jamás cometía el fallo de golpear a su mujer en la cara, un lugar en el que fácilmente cualquier vecino cotilla pudiera darse cuenta de lo que pasaba en aquella casa o llamase la atención de la cajera en el supermercado, por ejemplo. Él le propinaba los golpes en lugares del cuerpo que siempre estaban escondidos bajo la ropa.

Aquella noche, Katerina no lo vio venir. No fue siquiera capaz de adivinar qué había desencadenado tal violencia en su marido. Si se llegaba a enterar de lo que le había dicho la tutora en la escuela, estaba segura de que no viviría para contarlo. Por eso le había insistido tanto a su hijo en que debía permanecer callado si le preguntaba su profesora. Sin embargo, era consciente de que era un niño muy pequeño aún, pues sólo tenía seis años, y le estaba pidiendo demasiado.

Aquella aciaga noche, además, se inició un nuevo capítulo de violencia en aquella casa porque aquella noche Matt, el padre de Arthur, decidió que ya era hora de que su hijo aprendiera como un hombre debía tratar a las mujeres para que le respetaran. Ante el

horror de aquella pobre mujer, presenció y sintió en sus propias carnes como aquel sádico obligaba a su hijo a pegar a su propia madre. Debía elegir: o la pegaba a ella o sería él quien recibiera la paliza.

Arthur ya arrastraba cicatrices internas por la violencia que presenciaba casi a diario en su casa. Su infancia nunca había sido normal. Su día a día estaba poblado de agresiones físicas y verbales, de represión, de miedo y de emociones tóxicas que le habían ido envenenando su mente infantil. Pero aquella noche, se desgarró algo en su interior y se abrió una brecha que le separó para siempre de la realidad.

Aquella noche, además, volvió a empezar a hacerse pis en la cama.



Capítulo 3

STEPHEN

Veinticinco años antes…

a estaba hecho. Había estudiado hasta dejarse la piel en los exámenes finales. Desde Y que iniciara sus estudios, sabía que era un camino arduo y lleno de espinas. Muchas horas de codos sobre al mesa para llegar a rozar el sueño de ser médico. Y luego estaba la residencia, eso para lo que faltan horas en el día si además te planteas tener mínimamente algo de vida privada.

Había valido la pena.

Le había costado mucho elegir la especialidad. Le gustaban diversos campos de la medicina. La neurocirugía le apasionaba. Los incontables misterios que escondía el cerebro humano le cautivaban, tal y como se atraen los polos opuestos de dos imanes que parecen destinados a estar juntos por encima de cualquier fuerza natural. No obstante, por mucho que le sedujera aquella especialidad, le parecía que no tenía temple para ello.

Además, por lo que había ido comprobando en sus años de carrera, por desgracia aún faltaba un poco de empatía en la mayor parte de las especialidades médicas, como si aún no se acabasen de convencer de que el cuerpo y su salud están ligados a las emociones de manera directa. No sólo somos un conjunto de husos, fibras y órganos.

Somos mucho más, seres complejos e intrincados con múltiples misterios. Estamos conectados más allá de lo visible y, sobre todo, más allá de lo material.

Los libros de Antonio Damasio así como la propia historia de Daniel J. Siegel, entre otros, le habían abierto los ojos ante ciertas realidades. Le gustaba la medicina convencional, no lo podía negar. Pero la Psiquiatría tenía algo de desafío que le arrastraba más y más hacia su orilla. Y había tanto terreno aún por explorar en ese campo…

Y sin saberlo, todo empezó ahí.

Veinticinco años más tarde esta decisión le perseguiría.

Diez años antes…

Stephen acudió al hospital como cada día. Le habían hecho recientemente Jefe de Psiquiatría del hospital. En ocasiones, todavía le daban ganas de pellizcarse para estar seguro de que aquello era real. Estaba tremendamente satisfecho porque había logrado un objetivo que perseguía desde hacía años. Había estado trabajando también en los últimos tiempos en el Instituto de Investigaciones Mentales de Palo Alto y había sido una gran experiencia. Había aprendido mucho y había podido realizar investigaciones en su campo para las que era probable que no hubiera logrado financiación en ningún otro hospital o Universidad del país. A cambio, habían tenido que mantener un matrimonio a distancia con su mujer, la cual era médico forense y profesora en la UCLA, en la sede de Santa Bárbara.

Por suerte para él, Hilka se había trasladado por fin y trabajaría para los departamentos de policía de la zona en el Instituto Anatómico Forense del condado de Monterey. Les había costado conciliar su vida personal y profesional pero, finalmente, lo habían logrado. Habían llegado al punto de equilibrio que tanto habían soñado.

Antes de centrarse en exclusiva en su nuevo cargo al frente de la Jefatura de la sección psiquiátrica del Hospital Stanford, debía acudir a visitar a un paciente que había tratado durante sus años en Palo Alto, puesto que había sido requerido por el fiscal para que acudiera a los juzgados. Le habían encomendado que hiciera un dictamen en el que recomendara su liberación o, por el contrario, que siguiera bajo la custodia del Estado. Podría decirse que el futuro de aquel chico estaba en cierta medida en sus manos.

Aquel joven de veintiún años llamado Arthur había asesinado a su padre cuando contaba tan sólo once primaveras. Había sido un suceso que le había conmocionado y removido por dentro, tanto a nivel personal como profesional. En ese preciso momento en el que se encontraban, lo que estaba en juego era si abandonaba el reformatorio para incorporarse a una vida cercana a la normalidad o, por el contrario, pasaba al sistema penitenciario para adultos.

No era una decisión fácil porque, para empezar, no era un caso fácil. Las circunstancias del crimen contaban con diversos atenuantes, entre los que se contaban la violencia que había presenciado en su casa desde su más tierna infancia. Podía incluso alegarse una vez más la defensa propia, puesto que cuando encontraron el cadáver de aquel hombre, yacía su mujer a sus pies en un charco de sangre y sin apenas poder respirar, después de haberle propinado su enésima paliza. Y a pesar de que había estado a punto de matarla, en lugar de proporcionarle algún tipo de alivio, se había sentado en el sillón a ver

la tele como quien no tiene nada mejor que hacer ese día que relajarse un poco después de otra jornada de trabajo.

Pero no podía basarse únicamente en aquello, una historia desoladora que le conmovía hasta en lo más íntimo de su ser, porque lo cierto era que la evolución del joven no había sido ni mucho menos la esperada. En todo caso, podría decirse que había degenerado hacia una violencia cada vez más extrema y carente de remordimientos.

A Stephen este caso siempre le había apesadumbrado, especialmente teniendo en cuenta lo que había sucedido finalmente con Katerina, la madre de su paciente.

No podía evitar sentirse en cierta medida responsable.

Capítulo 4

REGRESA LA INCERTIDUMBRE

Actualidad. Día 1 - noche del jueves al viernes.

a vida a veces se empeña en jugar con nosotros. Eso era lo que pensaba en aquel L preciso instante la inspectora de la Policía de Carmel-by-the-Sea mientras esperaba que llegasen sus compañeros. Aquel había sido tradicionalmente un pueblo tranquilo y apacible, no muy dado a sobresaltos. Desde que ella había dado con sus maltrechos huesos allí otra vez, parecía que el universo o una suerte de juego cósmico habían decidido ponerlo todo patas arriba.

Y tocarle un poco las narices, dicho sea de paso.

Bueno, técnicamente, podría decirse que esta vez no había sucedido en Carmel.

Técnicamente, los asesinatos de la última primavera, tampoco.

Tal vez los tecnicismos aquí eran una mierda como un piano de grande.

Kisha Jennings era una mujer pragmática y no demasiado dada a los misticismos ni a la filosofía, pero lo sucedido aquel día sin duda le había hecho reflexionar. Desde que entrara en el cuerpo de Policía de Los Ángeles y se centrase en su carrera, no había dedicado mucho tiempo a las relaciones sociales. Por aquella época, aún vivía con Erik, su novio de la adolescencia, un eterno Peter Pan sin intención de madurar. Él estaba tan empeñado en ser músico, que lo único que hacía era fundirse el sueldo que ella ganaba para comprarse una guitarra nueva o un amplificador que seguro le abriría las puertas del cielo.

Según él, claro.

La realidad era que su música no pasaba de mediocre, así que el sueño cada día se alejaba más. Parecía que Erik era el único que no lo sabía.

Kisha había echado horas extra hasta deslomarse, había trabajado muchísimo para conseguir lo que se proponía, estudiando por las noches para sacar la carrera que le permitiría ascender dentro del cuerpo, sacrificando su vida social a cambio de ello, a excepción de las cervezas que se tomaba de vez en cuando con sus compañeros al acabar el turno.

Y ahora, tantos años después, había vuelto a tener una mínima pero creciente vida social. Y había empezado a gustarle. Por un lado, a través de Derek, su pareja, un

conocido fotógrafo de la zona que contaba con bastantes amistades, además de tener que acudir a diferentes eventos y actos derivados de su profesión. Por otro lado, estaban las amistades que ella misma se había granjeado desde que llegó a Carmel diez meses antes. En especial, su antiguo compañero de patrulla, Pete, que era el actual comisario y Hilka, la forense. Con Julius, su nuevo compañero, se llevaba cada vez mejor y se sentía a gusto en su compañía. No obstante, tampoco podía incluirlo de momento en su círculo de amistades como tal.

Además, no podía olvidarse de Bill, quien residía temporalmente en San Francisco gracias a un reciente traslado que había solicitado desde Los Ángeles para poder estar más cerca de Darlene, su novia desde hacía poco más de cuatro meses. La conoció cuando ésta ejercía de enfermera encargada de atender a la inspectora después de lo sucedido en la pasada primavera, cuando recibió un disparo que por fortuna sólo le había producido un daño superficial.

Bill era posiblemente su mejor amigo, sin duda el mejor que había tenido en toda su vida. Leal, bueno, fiable. Había acudido en su ayuda en cuanto se lo pidió.

Sin rechistar.

Sin rencores.

Sin pedir explicaciones.

Habían trabajado juntos cuando ambos estaban en la ciudad de los sueños y del Paseo de la Fama, es decir, en la cuna de Hollywood, y Kisha no le había ni siquiera llamado cuando se mudó tratando de dejar atrás su particular pesadilla.

Aún así, había acudido a la primera.

Si eso no era amistad pura y sincera, entonces no sabía qué podría serlo.

Aquella misma mañana Kisha había estado con la forense tomándose un café, algo que cada vez hacían más a menudo. Habían estado planeando una cena que compartirían con sus parejas al día siguiente, cuando volviese Derek de su viaje.

Llevaban mucho tiempo intentando cuadrar agendas, porque era difícil aunar los horarios de trabajo de unos y otros. Y por fin lo habían conseguido.

Lo habían dado por sentado.

Craso error.

Al destino le había apetecido tirar los dados aquella mañana y jugar con sus ilusiones. Solemos dar por hecho las cosas que planeamos, porque aunque sabemos que existen los imprevistos, nos parecen demasiado improbables.

De hecho, ¿qué probabilidad hay de que desaparezca el marido de tu amiga el día antes de una cena de la que lleváis hablando semanas? Pues seguro que la estadística confirmaba que no demasiadas.

Ahora parecía que no iba a producirse, salvo que todo quedase en un estúpido malentendido de esos en los que se juntan increíbles casualidades de las que acabas por reírte por lo absurdo de la situación.

Sinceramente, no creía que eso fuera a suceder.

Tenía mala pinta.

Lo que había visto apuntaba sólo a dos direcciones: suicidio o secuestro.

No se le ocurría una alternativa más amable.

Era una situación que se le antojaba surrealista. Habían estado haciendo planes, como cuando uno cree tener la certeza de que mañana será otro día cualquiera. Habían estado hablando incluso de la posibilidad de hacer algún viaje juntos, alguna excursión de un día o de fin de semana si la cosa entre los cuatro cuajaba. Se habían acostumbrado rápido a una tranquilidad que para la inspectora había sido esquiva durante muchos años, en los que cada día era testigo de crueles realidades que la hacían permanecer con los pies únicamente atados al minuto exacto que correspondía a un presente antojadizo y caprichoso que no siempre está dispuesto a ofrecerte un mañana.

Kisha no se podía creer que tan solo unas pocas horas después estuviese investigando la desaparición de Stephen. Cierto era que no habían cumplido estrictamente el protocolo que dictaminaba la ley, pues no habían esperado ni las veinticuatro horas de rigor estipuladas

para iniciar las pesquisas. Pero por lo poco que conocía a Stephen y sabía de él, Hilka tenía toda la razón cuando decía que no cuadraba que se hubiera suicidado o hubiera desaparecido de forma voluntaria.

—Jefa, ya estamos aquí.

—Joder, Julius, ¿a qué viene ahora lo de que me llames jefa? Pensaba que habíamos dejado esto atrás hace mucho tiempo. Llevamos desde el inicio del verano patrullando juntos, ¿no te parece que ya es suficiente?

—Vale, vale. Es verdad. Lo siento. No te pongas así. No sé por qué lo he dicho.

—No pasa nada —respondió resoplando.

—Los buzos van a hacer una inspección general, pero por la hora y con lo oscura que está la noche, no creo que dediquen mucho tiempo. Habrá que retomarlo a primera hora de la mañana.

—¿Has hablado con Pete? No he querido llamarle delante de Hilka.

—Claro. Ya está al corriente. Dijo que venía para acá. No creo que tarde mucho.

—No sé si es buena idea. Sólo quería que lo supiera, pero si Hilka ve que el mismo Jefe de la Policía se persona esta noche aquí, igual se preocupa más aún.

—¿Y tú qué opinas?

—¿A qué te refieres?

—A la situación. ¿Es tan preocupante como a mí me lo parece?

Kisha le miró a los ojos. Era absurdo decirle lo contrario. Estaba cada vez más segura de que ahí pasaba algo gordo. Tenían que ponerse las pilas y conseguir toda la información posible aquella noche. Las primeras horas suelen ser claves en casos así.

—Pinta mal, a ti no voy a engañarte.

—Eso mismo creo yo. Sólo espero que nos equivoquemos.

—O que hallemos pronto a Stephen y, sobre todo, que le encontremos con vida.



Capítulo 5

ARTHUR Y STEPHEN

Veinte años antes…

arecía no ser consciente de lo que había hecho. Tal vez verdaderamente no lo era y P su mente se había disociado, negando la realidad, protegiendo su frágil salud mental vapuleada desde sus más tiernos años de la infancia.

Aquel niño había convivido con la violencia desde la cuna, hasta casi llegar a integrarla como un ingrediente normal y habitual en las familias. No conocía otras realidades. En muchas ocasiones él mismo había golpeado a su madre a instancias de su padre, alentado y jaleado por él para que el siguiente golpe fuera más fuerte. Sabía que si no lo hacía, sería peor y Matt la golpearía con furia, castigándola por la debilidad de su vástago o le propinaría a él mismo una paliza para que no se le ocurriese desobedecerle.

Poco a poco, aquel crío se había hecho casi insensible. Una pátina de indiferencia había empezado a recubrirle con los años hasta convertirse en un caparazón infranqueable forjado con su silencio. Nunca había contado nada de lo que sucedía en esa casa. Todo lo había guardado en su interior, cargando con un peso insoportable. Su corazón se había ido cristalizando por la frialdad con la que había empezado a integrar la agresión física y psicológica en las rutinas del día a día. Su mente infantil había buscado una forma de escaparse de su cuerpo y de su realidad, hasta que llegó un momento en el que comprendió que no podía huir de sí mismo. Estaba atrapado en una jaula de carne y hueso. Antes o después, tenía que ceder.

Stephen había entrado a trabajar en el Instituto de Investigaciones Mentales de Palo Alto antes incluso de finalizar su residencia. Había tenido que hacer malabarismos para conjugar ambos trabajos. Tenía sueño atrasado para varias décadas. Una vez terminada la residencia, se había ofrecido voluntario para colaborar en las urgencias, así que nada más licenciarse hacía algunos turnos a la semana en una ambulancia.

Aquella fatídica noche de un otoño somnoliento tuvo la estrepitosa mala suerte de hacerse cargo de aquel caso. Acababan de atender a un paciente con un grave cuadro de ansiedad en Hollister y ya iban de

regreso al Hospital Parkway de San José. Había sido

sencillo, un hombre que sentía una fuerte sensación de ahogo que se había asustado y eso había incrementado precisamente la sensación de asfixia.

El cerebro, a veces, nos juega malas pasadas.

El destino, caprichoso como es, también.

Cuando saltó el aviso, eran los que parecían estar más cerca, así que el conductor no dudó en llamar por radio para decirles que no se preocupasen, que ellos se hacían cargo. Si hubieran sido capaces de prever las consecuencias de esa decisión tan altruista, posiblemente lo habrían pensado dos veces.

Según había dicho el policía que estaba en la escena del crimen, estaban casi seguros de que era el niño el que acababa de asesinar a su padre. La madre estaba en un estado semi inconsciente cuando la encontraron. Tenía múltiples golpes por el cuerpo y habían intentado asfixiarla. Ella no había podido haber sido la ejecutora del homicidio. Era materialmente imposible.

—¿Y un extraño? Tal vez entró alguien en la casa —le preguntó Stephen al policía.

En su cabeza no cabía la posibilidad de que los monstruos pudieran habitar cuerpos pequeños.

—No hay señales de que forzasen la entrada. Tampoco han encontrado por el momento pisadas, huellas ni nada que indique que había alguien más en la casa. No obstante, es pronto para estar seguros al cien por cien. Aún así, el chico es el principal sospechoso.

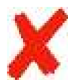
Stephen no daba crédito a lo que escuchaba. ¿Qué había ocurrido en esa casa para un desenlace tan atroz? Verdaderamente era un caso estremecedor. Pensó que lo hablaría con sus jefes en Palo Alto para que incluyesen al niño entre sus pacientes. Era un sujeto digno de estudio y no podía desaprovechar la oportunidad.

—¿Qué va a pasar con el chaval ahora?

—Los Servicios Sociales se harán cargo del menor por el momento, aunque no creo que tarde mucho en ser internado en un centro de detención juvenil.

—Pero es sólo un niño. A saber por qué experiencias habrá pasado para llegar a esto.

—Mira, chico. Eres muy joven y se ve que tienes las mejores intenciones. Sin embargo, créeme cuando te digo que suceden cosas horribles a diario y los seres que parecen más inocentes son capaces de cosas que no podrías ni imaginar. Cuando has cruzado esa puerta y has visto todo lo que yo he visto, ya no hay vuelta atrás. No vuelves a creer en la bondad del ser humano jamás.



—Es posible, pero también es cierto que el niño parece en shock. No creo que fuera algo premeditado. No puedo creer que un niño sea capaz de algo así. Tal vez fue en defensa propia y no sea capaz de digerir lo que hizo.

—O tal vez esté disimulando y no siente ni el menor remordimiento —respondió el policía, con una frialdad de hielo en sus ojos azules.

Stephen estaba conmocionado. Era un psiquiatra casi recién licenciado y, aunque ya había visto casos graves, nunca había tratado a pacientes que no fueran adultos. Era descorazonador pensar en lo que había sucedido en aquella casa. Tenía que lograr ser su terapeuta y descubrir qué había desencadenado que aquel niño hubiera matado a su padre, si es que el policía estaba en lo cierto.

Entonces recordó algo que había leído acerca de la Triada Homicida o también conocida como Triada del Sociópata, una teoría que había desarrollado el psiquiatra forense John Marshall McDonald. Éste aseguraba que se producían tres conductas típicas en la infancia que precedían a la formación de un asesino en serie: la enuresis, la piromanía y el maltrato animal. Detectarlo a tiempo podía servir para prevenir que, en la edad adulta, aquellos niños que tiene una infancia marcada por conductas agresivas como las descritas no lleguen a cometer delitos violentos más adelante. De hecho, los asesinos seriales suelen haber manifestado, según la teoría, al menos un par de esas tres conductas que han sido precedidas por un historial de malos tratos y abusos en la infancia.

Tenía que averiguar qué había pasado con Arthur.

Stephen empezó a investigar por su cuenta. Necesitaba saber qué

había ocurrido en esa casa para que semejante tragedia hubiera sucedido. Un parricidio a manos de un niño de tan solo once años. Debía haber mucho detrás de aquel acto inmisericorde.

El caso llenaba la portada de los tabloides y a Stephen le asqueaba ver como la carnaza alimentaba las cuentas bancarias de los dueños de los periódicos. A nadie parecía importarle qué había llevado a un niño a cometer un acto tan deleznable. Las páginas de los diarios se llenaban de detalles escabrosos de lo ocurrido aquel día cualquiera de otoño, dando hasta el más mínimo detalle. Si la madre de aquel chico salía con vida, posiblemente tendría que hacer frente a una nube tóxica de periodistas con sed de sangre.

Por algún motivo, se sintió responsable. Sintió que debía ser el oxígeno en medio de ese ambiente enrarecido y ayudar a esa pobre familia mutilada de un miembro que, por lo que había visto en las heridas de la mujer, había sido la misma cangrena.

Salvo que hubiera sido el niño quien también la había agredido.

Cabía esa posibilidad, aunque pareciera improbable.

En su día libre, se acercó al lugar en el que había vivido la familia de aquel niño que ahora la sociedad veía como un monstruo. Debía tener cuidado de no llamar demasiado la atención. Estaba dispuesto a hacerse cargo de la terapia de la madre y del hijo, así que era importante que Katerina no averiguase que había estado por allí husmeando antes siquiera de ser oficialmente su médico.

Preguntó a algunos vecinos. La mayoría parecían no saber nada de lo que sucedía en aquella casa. No obstante, una vecina de una de las casas que estaba más próxima a la de la familia Hamilton, tenía su propia teoría. Al parecer, Matt solía ser un tipo encantador en el vecindario, muy educado y amable, aunque no iba más allá de unos gestos de cortesía. Bien parecido, con una buena posición social, era el vecino que a cualquiera le gustaría tener, pues no generaba ninguna molestia. No habían intimado con nadie en el barrio. Nunca. De hecho, destacaba que tanto la mujer como el niño, apenas hablaban con nadie. El padre aseguraba que su hijo, al igual que su mujer, eran tímidos. No obstante, a aquella mujer le parecía que tanto el niño como la madre parecían atemorizados.

“*Es fácil ver el aviso de la tormenta una vez que ha pasado”* — pensó el joven psiquiatra.

—¿En qué se basa? —le preguntó a la mujer.

—Bueno, hay cosas que no es necesario decir con palabras. Son evidentes en los gestos. Siempre van con la cabeza agachada y, en cuanto están en las inmediaciones de la casa, aprietan el paso para entrar cuanto antes en la vivienda y así evitar conversaciones. Sin embargo, a pesar de ello, en más de una ocasión, ella ha tenido que hablar con el señor Thompson, el vecino que está al otro lado de su casa, porque el niño ha pegado a su perro en muchas ocasiones. Parece mentira, con lo apocado que parece.

—Entiendo.

—Además, he oído gritos en algunas ocasiones, y golpes también. Aunque no puedo estar segura de lo que sucedía ahí dentro, la verdad.

—Le agradezco su ayuda.

Después de hablar con ella, intercambió unas pocas palabras con el señor Thompson.

La casa de éste colindaba con la de los Hamilton, así que era el que podría conocer más datos de utilidad acerca de la familia. No obstante, no quería hablar. Únicamente le dijo

lo siguiente: —Ese crío es el mismo diablo. Debería ver con que cara de psicópata golpeaba a mi perro. En una cárcel para menores es donde mejor está.

Y sin más, cerró la puerta.

Aquellas palabras crueles dejaron a Stephen una sensación heladora en el cuerpo. No era más que un niño y ya era rechazado por la sociedad. Tal vez si alguien hubiera tratado de echarles una mano en lugar de juzgarles, las cosas no habrían acabado igual.

Se dijo a sí mismo que debía hablar con alguien del colegio para conseguir más información acerca de su actitud y reacciones en su entorno habitual. Necesitaba saber si aquel chico tenía amigos y cómo era con las personas de confianza. Tal vez allí alguien tuviera información útil para la terapia, así no tendría que ceñirse tan sólo a la información que pudiera darle su madre o el propio niño. Lo que ellos pudieran aportarle sería información que sabía que estaría sesgada e incluso distorsionada por un posible síndrome de la mujer maltratada y la indefensión aprendida que conllevaba en tantos casos de violencia dentro del núcleo familiar.

Finalmente, logró hablar unos días después con la tutora de Arthur,

cuando ya se le había asignado oficialmente el caso para convertirse en el terapeuta a cargo del tratamiento del niño. Sabía que con ella no habría logrado sacar nada de información hasta que fuera oficialmente su paciente, puesto que se debía a la confidencialidad en lo referente a su alumno.

Stephen se sorprendió al comprobar que su visión sobre el crío era totalmente diferente a lo que había escuchado hasta el momento. Le agradó conocer otras opiniones de adultos que veían en aquel menor a una posible víctima de sus malditas circunstancias.

—Estoy segura de que es un buen niño. No entiendo qué puede haber pasado. Estoy absolutamente conmocionada, se lo aseguro. Es cierto que, cuando alguno se metía con él, sacaba una violencia inesperada. Ya sabe que siempre hay chicos conflictivos que gustan de atormentar a los que consideran más débiles y Arthur fue en más de una ocasión objeto de sus juegos y bromas hasta que se dieron cuenta de que, bajo esa apariencia, se escondía un chaval que no se dejaba amedrentar.

—Puedo hacerme una idea.

—No, no lo creo, de verdad. Arthur es un chico aplicado que tiene un comportamiento ejemplar en el colegio. Siempre es muy respetuoso con el profesorado, aunque es difícil sacarle más allá de unas pocas palabras. Por eso nos sorprendía tanto esa furia cuando se metían con él. Por otra parte, siempre me ha llamado la atención el hecho de que no parecía mostrar emociones de ningún tipo. Llegamos a plantearnos si sufriría algún tipo de autismo, pero la madre no quiso llevarle a ningún especialista. De

hecho, esa falta de emocionalidad o algo similar que no sé muy bien cómo explicar mejor, ya aparecía reflejada en un informe de otra compañera que le tuvo en su aula hace unos años. No puedo creer lo que ha pasado. Todos en el colegio estamos aturdidos porque no somos capaces de imaginar cómo pudo suceder. Espero que pueda ayudarle, doctor.

—Lo intentaré, se lo aseguro.

Después de aquella conversación, Stephen se sintió invadido por cierta desazón.

Cuántas veces suceden las cosas ante nuestros ojos y somos incapaces de verlas. La tutora había intentado mirar lo que ocurría con aquel chico pero, al final, no había podido ver. Se había asomado tan sólo al comienzo del abismo, pero lo importante sucedía a unas

profundidades que no estaban a la vista de cualquiera. La realidad era que nadie en el colegio sospechaba que en aquella casa el maltrato físico y psicológico estuvieran a la orden del día. Ninguno de los adultos que le rodeaban había podido o sabido proteger a aquel muchacho. Y ahora el mundo estaba conmocionado porque un niño le había cortado el cuello a su progenitor.

¿Cómo podría haber pasado tanto tiempo desapercibido? Pronto averiguaría el modo en el que se había construido el muro de silencio a su alrededor.

Capítulo 6 derek

Actualidad. Días 1 y 2 - jueves noche y viernes

quellos días en Antelope Canyon habían pasado deprisa. Había conseguido unas A tomas increíbles de la hora del ocaso, ese instante efímero, esos segundos volátiles que se esfuman casi antes de que seas plenamente consciente de lo que está sucediendo, esa oportunidad ambigua de cambio irremediable que transforma el día en la noche, dando paso al reino de la caverna. El cielo se había teñido de un rojo sangriento, voraz y salvaje, que se colaba por las rendijas del cañón. Las filtraciones de luz parecían hilos de eternidad creando un paraíso de arcilla roja. Era un lugar muy fotografiado, casi hasta bordar el cliché, y eso Derek lo sabía.

Tal vez por eso le gustaba más el reto, porque tenía ante sí la oportunidad de mostrar un enfoque diferente, algo personal y único de un lugar captado por millones de lentes. No obstante, por muchas fotos que se hubieran sacado de aquel lugar, seguía siendo un espectáculo digno de retratarse porque, en cada una de las tomas, había un matiz diferente que le proporcionaba un halo de majestuosidad irrepetible.

El cañón del Antílope, junto a *Monument Valley* , habían sido desde el principio algunos de los emplazamientos que tenía claro que quería que apareciesen en su nuevo proyecto, al que había pensado llamar *De principio a fin* , puesto que su objetivo era plasmar el avance del día con sus distintos juegos de luces en diferentes lugares emblemáticos de Estados Unidos. Sería algo así como una suerte de tendencia impresionista dentro de la fotografía, tratando de emular a los grandes de la pintura de finales del siglo XIX. Un guiño muy personal hacia aquel grandioso estilo artístico.

Sin embargo, últimamente barajaba la opción de añadir el subtítulo *El Ocaso de los Días* a su idea original, puesto que había comenzado el proyecto casi al final del verano y lo llevaría a cabo en lo que quedaba

de otoño, justo cuando los días se van acortando más y más en su propio ocaso temporal, simbolizando esa decadencia y declinación típica de esa estación que precede al gélido invierno.

A diferencia de otros proyectos, que había ejecutado con cierta continuidad y sin apenas pasar por casa hasta que hubiera visitado la mayor parte de las localizaciones que tenía previstas, ahora procuraba no estar alejado demasiado tiempo. Sólo llevaba unos meses con Kisha y habían pasado momentos difíciles cuando se desataron los asesinatos de las jóvenes de quince años en la zona. Aquellos incidentes incluso le habían costado pasar una temporada a la sombra a pesar de ser totalmente inocente.

Había colaborado desinteresadamente con la policía y había sufrido unas consecuencias inesperadas.

Él se había sentido profundamente dolido cuando intuyó que Kisha le creyó por un instante capaz de aquellas atrocidades, y se había abierto una herida muy honda en su interior, hasta que Bill le hizo entender que ella incluso había estado dispuesta a intercambiar su vida a cambio de que Derek fuera exonerado. Esa era sin lugar a dudas una prueba de amor irrefutable. Cuando el agente del FBI le contó aquello, como se había arriesgado para liberarle, se sintió mezquino y egoísta por dudar de ella y haberla castigado con su indiferencia.

La había querido desde que era un adolescente y nunca había tenido la más mínima oportunidad con ella hasta que, veinte años después de que ella se fuera del brazo del que por entonces era su novio, había regresado a Carmel con profundas heridas emocionales buscando una tranquilidad que le daba esquinazo en la gran ciudad.

Cuando la vio por primera vez aquella tarde de muchos meses atrás, se dio cuenta de que seguía tan enamorado de ella como cuando era un crío. El destino había vuelto a cruzar sus caminos en el momento oportuno, cuando ambos estaban preparados y maduros para quererse como se merecían.

Ese era el único motivo por el que procuraba no pasar muchos días fuera de casa. La echaba de menos cada segundo y con cada fibra de su cuerpo. Echaba de menos su calor, sus caricias, su carácter indomable. Necesitaba su compañía, saberla junto a él al despertarse por las mañanas, a pesar de que estaba muy acostumbrado a la soledad.

Ahora esa soledad le parecía extraña y casi molesta.

Sabía que el tiempo pasado es imposible de recuperar. Aún así, sentía la necesidad de exprimir la vida junto a Kisha, multiplicar cada segundo por dos en un vano intento de arañarle al reloj aquellos años que le habían sido expoliados. Tal vez no era el momento de estar juntos cuando eran jóvenes y, quizás también, habían necesitado recorrer parte del camino en solitario para cruzarse en el momento oportuno, tal y como él mismo le había comentado un día cualquiera varios meses atrás. Los fracasos sentimentales previos y el dolor que causa el rechazo o el no ser correspondido, podría haber sido necesario en ambos para tener ahora una relación madura y completa.

Kisha siempre había sido un alma indómita, con un carácter ingobernable. Era una mujer incapaz de someterse a lazos en los que ella no creyera y se rebelaba contra todo lo que fuera en contra de sus valores. Sabía que ella necesitaba recorrer por sí misma un camino en el que él le llevaba años de ventaja. Y no tenía prisa. Esperaría que lo hiciera y que llegase cuando fuera su momento. La quería a su lado y a Derek le merecía la pena la espera si, al final del recorrido, ella se sentía preparada para lanzarse a una vida eterna con él.

El cambio que Kisha había experimentado desde que estaban juntos, era esperanzador. Lo fundamental era no presionarla. Y lo sabía muy bien.

Aquel día, después de las últimas tomas en aquel lugar del rojizo desierto de Arizona que parecía haber sido diseñado por las manos de un artista, decidió que no quería esperar hasta el amanecer para volver a casa. Quería llegar cuanto antes para estar con ella y volver a la tranquilidad de su hogar.

Pasó por recepción para hacer el *check out* . Era un hotel rural pequeño situado en Page, la localidad más cercana tanto a *Monument Valley* como al Cañón del Antílope, a orillas del famoso río Colorado. Había escogido aquel alojamiento porque permitían animales domésticos y a Derek no le gustaba separarse de Bobby, su perro, un labrador de color canela, si no era imprescindible.

En el hotel, que no contaría con más de quince habitaciones, apenas tenían ocupadas la mitad, por lo que no les resultaba difícil conocer bien a sus clientes. Aquella noche estaba la misma recepcionista que le recibió el día que llegó, lo que no dejaba de ser una divertida casualidad, especialmente por como se había comportado con él en aquella ocasión. Ella sonrió nada más verle. Era una atractiva joven de treinta y pocos años aburrida de la monotonía de la zona una vez pasada la época estival. Aquel día ella le había invitado a salir a tomar

algo después de su turno y él había declinado la oferta amablemente a pesar de su insistencia.

—¿Se va ya, Señor Harper?

—Sí, es hora de volver a casa.

—Es una pena que nos deje tan pronto.

—Bueno, ya he terminado lo que venía a hacer.

—Pero deja la habitación antes de tiempo. ¿Acaso no ha estado a gusto o no le hemos tratado bien?

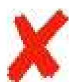
—No, nada de eso. He estado muy bien, de verdad. Gracias.

—En cualquier caso, tome mi tarjeta por si alguna vez vuelve con más tiempo —dijo tendiéndole un pequeño trozo de papel con su número personal.

—Gracias por el ofrecimiento, pero tranquila, seguro que no me sería difícil encontrarte si vuelvo.

—¿Sabes qué, Derek? —preguntó inclinándose hacia él y cambiando intencionadamente el grado de intimidad de la conversación al llamarle por su nombre de pila—, creo que la señora Harper no sabe lo afortunada que es. Díselo de mi parte.

—Se lo diré.



—Así que, al final, si hay una señora Harper. ¡Vaya! Es una pena. Aún tenía alguna esperanza al no ver un anillo en tu dedo.

—Ya. Bueno…

—No deberías viajar a estas horas, va a oscurecer pronto —le interrumpió.

—No tienes que preocuparte, gracias. Iré con cuidado.

La situación le parecía surrealista, aunque no podía negar que se sentía halagado.

Tiró suavemente de la correa de Bobby que estaba esperando junto a

él y se dirigieron al coche.

Derek confiaba en retornar a la serena Carmel que había abandonado pocos días antes, una localidad tradicionalmente tranquila que destacaba precisamente por esa calma que le era inherente.

Un pequeño paraíso bañado por el océano Pacífico.

No tenía ni idea del revuelo que había en la zona en aquel preciso instante.

Llegó exhausto a eso de las ocho de la mañana. Sabía que había sido una imprudencia hacer todo el viaje por la noche, especialmente en esa época del año tan inestable en lo que a la metereología se refiere. Habían sido más de trece horas de trayecto y tuvo que parar en alguna ocasión a echar una cabezada. Se había llevado un termo de café solo bien cargado y había confiado en que eso fuera suficiente para ahuyentar el cansancio. Por suerte, a pesar de que el viaje se le había hecho eterno, todo había salido bien y había llegado a casa sin el menor incidente.

Imaginaba que encontraría a Kisha en la cama todavía, pues era de naturaleza dormilona, algo que a él le llamaba la atención teniendo en cuenta lo nerviosa y activa que era y lo poco que dormía cuando estaba con algún caso difícil entre manos. El día anterior había tenido turno de tarde y habían hablado poco antes de que lo finalizara.

Le había dicho que se tomaría alguna cerveza con los compañeros y se iría a dormir. No era descabellado pensar que la juerga se hubiera alargado de más, pues existía una buena relación entre los policías de Carmel.

Cuando entró en casa, percibió un silencio hueco. Era una sensación extraña, puesto que durante un par de años había vivido solo en aquella vivienda y nunca había experimentado esa especie de vacío al entrar. Le sorprendió comprobar que ella no

estaba allí y ni siquiera había indicios de que hubiera pasado la noche en casa. La cama, por ejemplo, estaba sin deshacer y se sentía el tipo de frío en el ambiente que denota la ausencia.

Le pareció todo una tanto extraño.

Tal vez no era más que una paranoia.

Decidió llamarla antes de que su cabeza empezara a formarse teorías absurdas.

Seguramente había una explicación lógica y simple para aquello.

Kisha contestó al tercer tono.

—Hola Derek, ¿dónde estás?

Su tono de voz parecía un tanto impetuoso.

—En casa. ¿Y tú?

—¿Cómo que en casa? —respondió sin contestar a su pregunta—. ¿No ibas a salir de madrugada?

—Salí cuando hice las últimas tomas por la tarde. Tenía muchas ganas de volver y estar contigo. La verdad es que me he llevado una decepción después de tanto esfuerzo.

Debo haberme bebido un litro de café solo por el camino —señaló con un tono liviano.

—No deberías haber viajado de noche, ¿estás loco o qué te pasa?

—Lo sé. Soy consciente de que ha sido una imprudencia, pero tenía muchas ganas de estar aquí y quería darte una sorpresa. Parece que la sorpresa me la has dado tú finalmente. ¿Dónde estás ahora?

Hubo un silencio con sabor a derrota al otro lado de la línea que pilló por sorpresa a Derek. Tal vez, al fin y al cabo, no estaba paranoico.

—Ha pasado algo. No sé todavía hasta qué punto es grave, pero tiene mala pinta.

Stephen ha desaparecido.

—¿Qué? ¿Cómo que ha desaparecido?

—No sabemos dónde está. Hemos encontrado algunos de sus objetos personales bajo el *Old Fisherman's Wharf* , pero ni rastro de él.

Derek no daba crédito a lo que oía. Habían hablado la tarde anterior y todo estaba en orden. Cada punto sobre las íes y cada coma en su sitio. De pronto, el mundo había vuelto a ponerse del revés. Nuevas pesadillas empezaban a cobrar forma y no quería por nada del mundo pasar por aquella experiencia otra vez.

El miedo.



La incertidumbre.

Las horas sin noticias de Kisha.

Los peligros que acechaban en la oscuridad tras ponerse el sol.

Sabía que si el caso se complicaba, su relación sufriría algún traspiés. No había desaparecido un desconocido, sino el marido de la mejor amiga de Kisha.

Sabía lo que eso implicaba.

Y debía prepararse para lo que estuviera por venir.

Notó que le daba un vuelco el corazón.

—¿Dónde estás y voy para allá?

—Aún estoy en Monterey, pero iba a irme ya para casa. No he dormido en toda la noche y estoy agotada. Te cuento hasta donde pueda en cuanto llegue, ¿vale?

—Claro.

Cuando colgó, Derek no daba crédito a lo que le había relatado Kisha. Sintió un miedo visceral que le recorrió el cuerpo. Horrores de un pasado reciente volvían a su cabeza.

Decidió ducharse antes de que ella estuviera de vuelta para intentar estar sereno y calmado. Seguramente ella necesitaba aferrarse a esa tranquilidad.

Poco más de veinte minutos después de que hablaran por teléfono, Kisha entró en la casa. Derek, aún con el pelo mojado, se acercó hasta la entrada en cuanto sintió la llave en la cerradura de la puerta.

Estaba desolada.

La derrota se leía en su cara con absoluta claridad.

Le dio la impresión de que ella tampoco estaba preparada para aquello. Después de tantos años enfrentándose a monstruos en la gran ciudad, estos parecían perseguirla una vez tras otra, como si trataran de impedirle que pudiera llevar aquella vida en paz que ella había ido buscando en su regreso a Carmel.

Resultaba duro verla en ese estado, pues parecía tener siempre una energía sin límites. Aquel día sus baterías parecían agotadas. Derek abrió los brazos sin decir ni una sola palabra y ella se hundió entre ellos. Aquel abrazo fresco de una piel impregnada de

una fragancia de bosque, la devolvió a la seguridad que le proporcionaba la sensación de hogar que sólo había experimentado junto a él.

A Derek aquella fragilidad le conmocionó. Notó como ella apretaba los brazos en torno a él, buscando refugio y sentirse segura. Él le acarició con suavidad la cabeza.

—Oye, ¿qué pasa?

—Ya te lo he dicho. Parece que Stephen ha desaparecido —le respondió cabizbaja, sin separar ni un milímetro su cara de su pecho.

—Sí, te he entendido cuando me lo has dicho por teléfono —respondió el fotógrafo, deshaciendo suavemente el abrazo y levantando con delicadeza la barbilla de Kisha para verla la cara—. Pero quiero saber qué más te pasa. Estás así por algo más. Ya sabes que no puedes engañarme porque te conozco mejor que tú misma.

Kisha clavó su mirada en las aguas tranquilas de los ojos de Derek y se sumergió en ellas. No dejaba de sorprenderle la habilidad que tenía siempre de intuir sus estados emocionales.

—¿Y si todo esto es culpa mía?

—No digas tonterías. Esto no es culpa tuya.

—Pero, ¿y si lo es? Aquí no pasaba nunca nada hasta que he vuelto. Y de pronto, se suceden una serie de asesinatos y ahora desaparece un reputado psiquiatra que, además, es el marido de una de mis pocas amigas. Joder, no parece que sea una puñetera casualidad.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Y en todo caso, sólo hubo un culpable en la serie de los asesinatos y no eras tú.

—¿No te das cuenta, Derek? Casi no tengo amigos, apenas hay un puñado de personas que verdaderamente me importan y todas acaban sufriendo de un modo u otro por estar cerca de mí.

—Para ya de decir tonterías. En serio, no te reconozco. Tú no eres de las que agachan la cabeza y se lamentan. Tú eres de las que luchan y le plantan cara a la vida. Basta ya de auto compadecerte porque no te pega nada. Si necesitas llorar, gritar de rabia o lo que sea, es el momento. Estoy aquí a tu lado. Pero después, quiero que vuelvas a ser tú.

De lo único que eres culpable es de intentar con todas tus fuerzas detener a quienes provocan tanto dolor.

—¿Es que ya has olvidado que estuviste en la cárcel por mi culpa?

—¿De verdad quieres que volvamos a eso?

El azul de sus ojos se había oscurecido visiblemente. Se había vuelto casi gris, como si se hubiera transformado en un cielo de tormenta. Kisha se sorprendió ante la firmeza del fotógrafo.

—No, no lo he olvidado. Claro que no. Pero también quiero dejarte claro que me niego a recordarlo. La vida sigue y no pienso detenerme a lamerme heridas que pertenecen al pasado. Decidimos tirar juntos hacia delante, así que no creo que necesitemos volver a eso.

—Lo siento. Tienes razón. Es que es tan frustrante… Y me ha afectado ver a Hilka así, ya sabes, como es tan…

—Como tú —la interrumpió—. Hilka es como tú, Kisha. Es un volcán que ha resistido el paso de los siglos de manera estoica y ahora la ves flaquear y te está entrando el pánico.

Era increíble lo bien que la conocía. Cada una de sus dobleces, cada uno de esos matices que nadie conocía de ella, cada inseguridad oculta detrás de ese halo de mujer segura e invencible, cada momento de flaqueza, Derek era capaz de detectarlos al instante.

Y sólo llevaban juntos unos meses.

Capítulo 7

PACIENTES 1 Y 2

Veinte años antes…

a muerte de por sí es difícil de digerir. Es un momento de soledad y miedo. Es un L paso inevitable hacia un lugar desconocido del que no hay retorno. El sol se entierra bajo el mar en un ocaso indefinido y la negrura te devora dejando tras de sí un rastro de destellos de vida que pronto serán olvidados.

Un adulto va preparándose para ese momento que siempre está al acecho y, aún así, resulta indigesto y casi antinatural. Un niño es incapaz de entender su significado en toda su extensión, a pesar de que aparentemente siga hacia adelante como si nada hubiera cambiado. Y Arthur a sus once años había cogido el cuchillo de cortar el pan, que tenía sierra y estaba bien afilado, había esperado a que su padre se sentase en el sillón frente al televisor, se había acercado con sigilo hasta él y le había degollado mientras su madre permanecía en el suelo inmóvil y semi inconsciente observando lo que sucedía frente a sus atónitos ojos.

Stephen conoció el caso por casualidad. Se alinearon los astros, como suele decirse.

Son de esas cosas que pasan en un momento de la vida sin un motivo concreto, fruto tal vez del azar, quién sabe, y que arrastran sus consecuencias hasta muchos años después, como un ser mitológico de grandes tentáculos que no cesan de ramificarse. Tal y como sucede con un árbol del que solo vemos lo que sale a la superficie, sin ser capaces siquiera de sospechar las profundas raíces que crecen en la capa interna de la tierra y que se extienden sin control. O como un viento del Norte que arrastra hasta confines lejanos los objetos más insospechados.

El efecto mariposa.

La teoría del caos.

Avisaron a urgencias cuando él estaba haciendo su turno en la ambulancia. Y ya está.

Se desencadenaron reacciones imprevistas. Ese aviso que entró en aquel momento exacto fue el hecho casual, aleatorio y caprichoso, aunque dentro de una lógica probabilidad por el trabajo que desempeñaba. Si trabajas como médico en una ambulancia, los avisos van a llegar. Ahí no hay sorpresa alguna. Lo que ya no es tan habitual es que tengas que atender casos de fuera de tu zona de influencia asignada. Eso sucede un día de cada cien, quizás.

En ese uno a cien, su vida se entrecruzó con la de aquel niño perdido.

Sus destinos, también.

Y todo podía haber quedado ahí. Un encuentro casual. dos tangentes que se cruzan.

Sin embargo, fue su elección personal implicarse y convertirse en el psiquiatra que tratara tanto a la madre como al hijo. Fue una decisión plenamente consciente que conllevaría efectos difíciles de imaginar para todos los implicados.

Debido a que había entrado a trabajar en el prestigioso Instituto de Investigaciones Mentales de Palo Alto, logró un doble objetivo. Por un lado, quería ser el terapeuta de ambos, puesto que se había encariñado de Arthur en cierta medida y comprendía que era necesario también tratar a la madre para conocer todo el contexto. Al estar avalado por semejante institución, no le costó conseguir que le asignaran esos pacientes cuando lo negoció con la Fiscalía de Menores y los Servicios Sociales de la zona. Además, era una terapia que realizaría pro bono, así que nadie tendría que pagar por ella salvo los de Palo Alto, que obtendrían otro tipo de beneficio.

Por otro lado, quería hacer una investigación longitudinal sobre la evolución de los sujetos que han cometido delitos violentos en la infancia o la adolescencia en función de la intervención psiquiátrica y psicológica que siguieran en los años posteriores. Arthur sería su sujeto número uno. La madre sería parte de la investigación, en cuanto a la influencia ejercida en su hijo y como fuente principal de información sobre los acontecimientos que habían desencadenado aquella tragedia. En cierto sentido, sería su sujeto número dos hasta que empezase a recopilar otros casos pertenecientes al Norte de California, específicamente el área territorial en torno a San Francisco.

Aquella investigación fue una de las que le encumbraría como uno de los psiquiatras más prestigiosos de la costa Oeste. Le abrió un mundo de posibilidades en su profesión, incluida la de convertirse en el jefe psiquiatría del Hospital Standford a una temprana edad para lo que solía ser habitual.

Cuando la madre se recuperó lo suficiente físicamente, empezó la terapia con ella en las instalaciones de Palo Alto, las cuales estaban a unos cincuenta minutos de San Martín, donde residía la familia, aunque no estaban demasiado lejos de la institución en la que habían encerrado al crío en Santa Clara. De esta forma, la madre únicamente tendría que pagarse el desplazamiento hasta el Mental Research Institute puesto que la terapia sería gratuita, lo que era un buen trato

para ella teniendo en cuenta a cuánto podía ascender la sesión con un psiquiatra por aquella época.

Las sesiones con Arthur las llevaría a cabo en el centro de internamiento en el que había sido recluido. No había otra opción. En eso el juez se había mostrado inflexible,

aunque más adelante le convencerían desde Palo Alto para trasladarle en algunos momentos que tuvieron que hacerle pruebas de tipo clínico.

Stephen era un médico joven y tal vez inexperto, pero era brillante. No le costaba demasiado llegar hasta sus pacientes, puesto que tenía unos modales exquisitos y tenía una mirada límpida. Sus ojos de un castaño claro transmitían una honestidad a la que era difícil resistirse cuando él insistía en que su único objetivo era ayudarte. Le creías con los ojos cerrados y te dejabas caer en sus brazos como en un ejercicio de confianza ciega.

Ya por aquella época llevaba unas gafas de pasta que le daban ese aspecto de chico responsable y de fiar. Su forma de vestir, además, era bastante convencional y formal.

Por otra parte, llevaba el pelo siempre bien cortado y una barba poco poblada y perfectamente arreglada. Su pelo era del color de un tronco de cedro bañado por el sol, de una tonalidad muy similar a la de sus ojos.

Por otra parte, su forma de hablar era serena y tenía un tono de voz melódico y armonioso que bañaba los oídos de quien le escuchaba.

Contaba con ese tipo de ingredientes adicionales que, no siendo requisitos imprescindibles, resultan coadyuvantes para lograr los objetivos que se proponía con sus pacientes.

Era plenamente consciente de que la madre de aquel joven había sido víctima de malos tratos. Podía tener miedo de hablar con un hombre acerca de sus problemas, debido a la relación patológica con su marido. Stephen sabía que debía tener mucho tacto con ella y ganarse poco a poco su confianza para lograr que se sintiera cómoda en su compañía. Si no conseguía que colaborase, tendría que ceder a la propuesta inicial que le habían hecho desde los Servicios Sociales para que interviniese con ella la psicóloga del Centro de la Mujer. Pero no iba a darse por vencido. Estaba seguro de que podría acceder a ella y vencer sus resistencias.

Lo que no imaginaba era hasta qué punto lo lograría.

—Katerina, antes de comenzar quiero avisarte de que voy a grabar las sesiones.

Necesito tu consentimiento para ello.

—Por supuesto —respondió sumisa. Apenas se atrevía a mirarle a los ojos.

—Estupendo. Te lo agradezco. Te aseguro que no lo haría si no fuera plenamente necesario, pero eso me ayuda a poder ofrecerte un tratamiento más completo y ajustado a tus necesidades, puesto que podré revisar nuestras sesiones. Comencemos entonces.

En aquella primera sesión, únicamente inició un acercamiento a su paciente. Le preguntó por cosas sencillas de fácil respuesta que no implicasen revelar ninguna



intimidad. Se preocupó por sus estado de salud, así como por si le suponía excesivas molestias acercarse hasta Palo Alto. Hablaron de cosas livianas, le preguntó por sus aficiones y le sorprendió que fuera ella quien, en sucesivas sesiones, diera el paso de abrirse y contarle las pesadillas que poblaban su pasado.

Se abrió la tapa de los truenos y sus ecos resonarían en su memoria durante años.

Después de la primera consulta, Stephen pudo sacar varias conclusiones. Katerina había llegado a Estados Unidos siendo muy joven. Como tantos otros, había emigrado buscando el sueño americano. Conoció a Matt al poco de llegar y se enamoró perdidamente de él. La ingenuidad e inocencia inherentes a sus diecinueve años le hizo creer que había sido muy afortunada al encontrarle. Matt era diez años mayor que ella y tenía un trabajo que le permitía ocupar una posición social cómoda. Era un hombre atractivo y con una personalidad arrolladora. En realidad, era un narcisista de manual, pero eso ella ni lo sospechaba. Era uno de esos tipos con la capacidad de llenar cualquier estancia tan sólo con su presencia. Le ofrecía una seguridad que ella nunca había sentido verdaderamente, como si él fuera el muro de carga que soporta el peso

del edificio y lo mantiene en pie. Al poco tiempo, se quedó embarazada y se casaron.

Son de esas cosas que parecen venir rodadas. Chico conoce a chica, empiezan a salir juntos, embarazo y boda del tirón.

Sin duda, ese fue el gran error de su vida.

A partir de ese momento, la careta cayó y se volvió mucho más controlador con ella.

Empezó de manera sutil, con detalles insignificantes, hasta llegar a someterla absolutamente en todos los aspectos. Se había vuelto una mujer dependiente e insegura hasta extremos inconcebibles, con un miedo visceral a su marido. Stephen vio enseguida que tenía los rasgos típicos de una mujer maltratada tanto psicológica como físicamente. No hacía falta ser un experto en la materia para verlo. Con tan sólo treinta y un años, ya era una mujer totalmente arrasada.

Ante la policía juró y perjuró que fue ella la que había asesinado a su marido.

Cuando los investigadores le demostraron que eso era imposible según lo hallado en el escenario del crimen y según la habían encontrado en aquel estado de semi inconsciencia, entonces aseguró que había entrado un extraño y que había sido él. Trató de que exoneraran a su vástago de un modo u otro, rogó que la detuvieran a ella porque era la única culpable de haber llevado a Arthur a aquella situación. Esgrimió múltiples argumentos, algunos de ellos un tanto disparatados, sólo para lograr que le dejaran libre. No podía soportar que apartaran a su pequeño de su lado, sobre todo ahora que el

opresor había desaparecido de sus vidas para siempre. Tal vez era miedo a quedarse sola, o quizás fuera simple y puro amor de madre. Katerina imaginaba que ahora tendría la oportunidad de ofrecerle una vida mejor y no quería que se la arrebatasen de ninguna de las maneras.

Quería proteger a su hijo y se culpaba porque hasta ese momento no lo había hecho.

Intentó todo lo que se le pasó por la mente. Sentía que aquello era un nuevo e inmerecido castigo, lo cual era en cierto modo razonable puesto que él había sido una víctima más de aquellas injustas y lamentables circunstancias en las que habían vivido mientras el padre del crío vivía.

A lo largo de las sesiones, Stephen le hizo tres preguntas decisivas. Tres preguntas que le ayudarían a vislumbrar la verdadera gravedad de la situación. Tres preguntas que no dudaba que abrirían nuevos interrogantes.

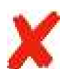
Y las tres fueron afirmativas.

Arthur se había hecho pis en la cama hasta los diez años. Le gustaba quemar cosas, algo que había traído de cabeza a su madre y a los profesores desde los ocho años y que habían obviado contarle al psiquiatra cuando éste acudió al colegio. Y, por último, más de una vez el vecino le había dicho que mantuviese a su hijo alejado de su perro, un terrier francés al que le gustaba tirarle piedras y tirarle del rabo hasta que el pobre animal se retorcía de dolor. En alguna ocasión, además, Arthur había llevado a casa pequeños pájaros muertos.

Tres de tres.

Stephen, a pesar de su corta experiencia aún en la profesión, se percató de que estaba ante un caso decisivo. Quería hablar con alguno de sus mentores en Palo Alto acerca de cuál sería la mejor forma de abordar el tratamiento tanto de la madre como del hijo. Las cicatrices del trauma eran profundas y era imprevisible calcular sus efectos a largo plazo. Finalmente se decantó por el psicoanálisis, el cual por aquella época seguía gozando de prestigio en la profesión.

La primera sesión le sirvió para conocer a su paciente y para reconfortarla. Debía ganarse su confianza. Eso era fundamental. Comprendía que era fácil que Katerina tendiese a mostrar sumisión, pero también recelo hacia su terapeuta debido a tantos años de maltrato físico y psicológico. Y no era eso lo que quería porque aquello implicaría que la mujer sólo le daría respuestas complacientes, mientras que él lo que buscaba era indagar en su psique y que se enfrentara a la verdad. Buscaba que confiase en él, que se abriera de manera honesta para curar las heridas que arrastraba desde hace tantos años.



Stephen era un joven de veintiocho años encantador que tenía facilidad para que la gente se abriera a él y le confesase el tipo de cosas que uno se guarda para sí mismo por miedo a ser repudiado por los demás. Sesión a sesión, se percató de que ella cada vez se sentía más cómoda y más abierta a revelar sucesos del pasado y sus

pensamientos más íntimos. Antes o después, podría acceder a todos esos sentimientos reprimidos e ideaciones que la mantenían aún cautiva, a pesar de haberse liberado de su abusador.

Katerina se sintió la mujer más afortunada del mundo al tenerle como médico. Era un hombre amable, delicado y correcto, con una exquisita educación que, además, le prestaba una atención sincera.

Tal vez fuera debido a su dependencia emocional y, en cierta medida también, pudo estar motivado por la transferencia psicológica que a veces se produce entre médico y paciente. La cuestión es que aquella mujer devastada por el maltrato reiterado y abusivo acabó por enamorarse de Stephen. Vio en él su tabla de salvación, el caballero de brillante armadura que la sacaría de la ciénaga en la que había transcurrido sumergida la mayor parte de su vida.

Un médico. Le sonaba tan bien que casi le parecía un sueño. Creía que él experimentaba los mismos sentimientos por ella. ¿Por qué si no iba a ser tan amable y encantador?

Aquel enamoramiento un tanto enfermizo supuso un punto de inflexión tanto para ella como para el tratamiento de su hijo.

Tal vez aquella inocente ilusión que había germinado en su corazón fue el desencadenante de lo que sucedería tantos años después.

—¡Hola Arthur! ¿Me recuerdas?

El chico le miraba con aquellos grandes ojos verdes, pero con un vacío helador.

Parecían un páramo, un lugar arrasado después de un temporal de hielo y nieve.

—Vale, no tienes por qué hablar. No de momento. Hoy voy a contarte lo que vamos a hacer. En primer lugar, tu madre me ha autorizado a que grabe nuestras sesiones. No quiero que te pongas nervioso porque veas una cámara, ¿de acuerdo? Sólo yo voy a ver las cintas, nadie más. Me sirve para repasar lo que tratemos en cada encuentro que tengamos y poderte ayudar. ¿Qué te parece si por el momento establecemos un código de gestos para entendernos? Sólo necesito que digas sí o no con la cabeza, nada más.

¿Estás de acuerdo?

Esperó unos segundos su respuesta. Arthur no parecía reaccionar. Sólo le miraba fijamente. Unos segundos después, movió afirmativamente la cabeza.

—Vale, buen chico. Empecemos entonces. A partir de ahora, vendré dos días a la semana a verte. Te haré algunas preguntas, te pediré que me cuentes cosas de ti, haremos algún juego y muchas cosas más. Me interesa saber en cada momento cómo te van las cosas aquí dentro, si alguien se mete contigo, si tienes algún problema…

¿Entiendes a lo que me refiero?

Nuevo movimiento afirmativo.

—Bien. Durante la semana, estaría bien que escribieras un diario en el que me cuentes todo lo que te preocupa, lo que te sucede cada día, los pensamientos que pasan por tu cabeza. Puedes dibujar si lo prefieres. De hecho, te he traído un cuaderno especial para eso que espero que te guste —dijo dejando dicho cuaderno a su alcance para que lo cogiera cuando quisiera—. Sé que en el colegio sacabas buenas notas y que se te daba muy bien escribir, así que estoy seguro de que no vas a tener ni el más mínimo problema con esto.

Stephen observaba cualquier reacción del niño. Permanecía serio, casi hierático. Era difícil adivinar qué pasaba por aquella cabeza. Se había entrevistado con algunos de los profesores del colegio y, por lo que le habían relatado, no era descabellado que aquel crío sufriese algún tipo de mutismo selectivo. Apenas había hablado con ningún adulto desde que ingresara en el colegio. Tampoco había tenido demasiados amigos, aunque aquellos que habían tratado de meterse con él habían salido escaldados, puesto que cuando alguien le atacaba era capaz de una saña y una violencia que a todos los profesores les parecía inaudita. En las contadas ocasiones en las que había sucedido, se habían quedado conmocionados con la reacción desproporcionada de aquel chico por lo general tranquilo.

Iba a ser difícil sacarle algo, pero a Stephen le gustaban los desafíos. Nadie a quien no le gusten se dedica a la Psiquiatría. Confiaba en que Arthur fuera colaborador y, al menos, escribiera algo cada semana que le ayudase a entrar en su cabeza. Contaba con la cooperación de la madre, la cual se mostraba absolutamente complaciente con el psiquiatra. Si no lo lograba, había pensado en un plan B: tendría que provocarle hasta hacerle estallar.

Confiaba con no tener que recurrir a esa estrategia.

Capítulo 8

PRIMEROS PASOS

Actualidad. Día 2 - Vierne s

Durmió unas cuantas horas con un sueño ligero y poco reparador. La preocupación y el anhelo de resolver aquel caso cuanto antes se habían instalado en su cerebro impidiéndola desconectar y descansar. Había estado agitada y se había despertado con frecuencia. El resultado actual era que casi estaba más cansada que cuando llegó a casa unas cuantas horas antes sin haber pegado ojo en toda la noche y después de haber hecho el turno de la tarde anterior. Intuyó que dormir iba a ser un lujo en los próximos días y se dispuso a tomarse un café bien cargado, aunque en realidad era ya casi la hora de comer.

Le hubiera gustado pasar el día con Derek de manera tranquila, recuperando los días que había estado fuera trabajando en su proyecto. Le hubiera gustado tanto enredarse entre sus brazos y olvidarse de lo que le esperaba ahí fuera, que casi sintió ganas de gritar. Pero la obligación golpeaba de forma insistente en su puerta. Los horrores parecían dispuestos a colarse otra vez en su vida, horrores cercanos que ocasionan un dolor profundo y tenebroso fruto, además, de una cruel incertidumbre.

Había quedado con Pete en comisaría para ponerle al día de lo sucedido. Estaba claro que no iba a ser un fin de semana normal y que tendría que dejar el descanso para otro momento.

Se despidió de Derek con un largo beso y la promesa de regresar pronto a casa y pasar tiempo juntos. Intentaría volver cuanto antes, haría todo lo posible porque fuera así, aunque no podía decirle una hora concreta. En su trabajo, los horarios no eran nada más que unos indicios orientativos de cuando comenzaba la jornada, pero pocas veces servían para intuir cuando podía darse por finalizada.

Era una promesa que ambos dudaban que pudiera cumplir, pero ninguno de los dos se atrevió a decirlo en voz alta.

En lo tocante específicamente con el caso, esta vez no creían que tuvieran ningún problema con el tema de las jurisdicciones con los de la Oficina del Sheriff de Monterey.

Las cosas habían cambiado mucho desde que Ralph Harrison fuera cesado como Jefe de Policía de Carmel-by-the-Sea. Kisha conocía de

sobra a Pete, el que había sido su

compañero de patrulla en los primeros meses cuando llegó a aquella bonita localidad que inaugura la ruta del Big Sur. Sabía que, por muy diplomático que fuera, no iba a cederles la investigación. No tratándose de uno de los suyos porque, aunque no fuera uno de sus efectivos propiamente dicho, era un familiar directo y eso en su comisaría era sinónimo de ser de la casa.

No obstante, Pete era muy listo, más de lo que aparentaba su afable manera de ser.

Kisha estaba segura de que sería capaz de gestionar con mano izquierda el tema de las jurisdicciones, de tal manera que no se bloqueara la posible ayuda que pudieran necesitar en un momento dado de sus vecinos. Tenía unas habilidades que no dejaban de sorprenderla. Sin duda, iba a ser un gran Jefe de Policía.

Después de que llegara Julius al lugar en el que se encontraban Hilka y Kisha, avisaron a la comisaría para que enviaran una patrulla equipada para poder recoger posibles evidencias y huellas. La colocación de los objetos parecía dispuesta de manera metódica y organizada, algo que les había llamado la atención. El reloj de muñeca perfectamente alineado junto a la cartera y al otro lado el móvil. Debajo las llaves de casa, las del hospital y las del coche, todo en perfecto orden, como si siguiese un patrón concreto. El jersey se encontraba dispuesto a modo de alfombra sobre todos los objetos personales y, junto a él, se encontraban los zapatos milimétricamente colocados. Tal vez era una distracción para hacer creer que había sido el propio Stephen quien había dispuesto todo así, puesto que era tal maniático del orden y la pulcritud que rozaba el trastorno obsesivo compulsivo, lo que es decir mucho para tratarse de un psiquiatra.

O tal vez había sido realmente él y era su forma de despedirse. Kisha no podía decidir qué alternativa le parecía más horrenda.

No habían hallado otras huellas en los objetos personales de Stephen que no fueran las suyas propias. En cuanto a otro tipo de rastros, estando ubicados en la arena de la playa cerca de la orilla, aunque no era un lugar frecuente de paso porque estaba bajo el muelle, sí que había infinidad de restos de todo tipo que no tenían porqué estar conectados con el caso. Kisha cada vez estaba más convencida de que lo que habían visto en la escena del crimen, si es que se trataba de uno, no les iba a servir de gran ayuda.

Interrogaron a las personas que hallaron por la zona y especialmente a los trabajadores de los restaurantes cercanos por si habían visto algo, pero no les sorprendió no recabar información de utilidad, puesto que, o te asomas deliberadamente a ese lugar, o desde la parte de arriba del muelle, que es donde está todo el movimiento, no se ve nada, menos aún si ya ha oscurecido. A pesar de que las noches de los jueves solía haber bastante bullicio, no habían logrado dar con ningún testigo que hubiera visto algo sospechoso.

Con esa escasez de información acudía a reunirse con el nuevo Jefe de Policía, aunque él mismo se había personado la noche anterior en la escena para hacerse una composición de lugar.

Llamó a la puerta y él la hizo pasar al instante. La mesa del despacho estaba un tanto desordenada, plagada de papeles por todas partes. Él seguía empeñado en que el departamento de policía al frente de cual estaba quedase totalmente limpio después de la corrupción que parecía haber impregnado aquellas paredes los últimos años. Eso le daba un trabajo extra que ni era pagado ni reconocido. Pero le daba igual, estaba empeñado en hacer las cosas bien y en que todos los ciudadanos de la bella Carmel confiase al cien por cien en la Policía Local. Así que estaba llevando a cabo la ímproba tarea de revisar todo el papeleo de los últimos diez años. La localidad era más bien pequeña, no así el papeleo que se había generado.

A Kisha no se le escapó que Pete tampoco parecía haber dormido demasiado. Las bolsas que se habían formado debajo de sus ojos hablaban alto y claro de varios días con saldo a deber en la columna destinada al sueño.

—Necesito que me pongas al día, Kisha. Cuéntame todo lo que sabes y todo lo que piensas. No te quedes nada en el tintero. Te ruego que no me mantengas al margen de tus teorías, por locas que me puedan parecer. Esta vez no, por favor.

—De acuerdo.

—¿Crees que se ha suicidado?

—No.

—Entonces crees que le han secuestrado.

—O asesinado, aunque espero equivocarme.

—Pero no hay cuerpo.

—Tampoco han pedido un rescate.

—Entonces, ¿qué es lo que crees?

—Sinceramente no lo sé, Pete.

—¡Maldita sea!

Los primeros instantes de una investigación siempre son momentos de abrir la mente para intentar ver cualquier indicio que aparezca por pequeño que sea, porque te puede conducir hacia el camino adecuado. Esos primeros instantes la duda lo puebla todo, el desconocimiento es absoluto y el investigador da sus primeros pasos como quien anda a oscuras en un lugar ajeno.

Cualquier policía sabe eso y afronta un escenario del crimen con relativa calma, salvo cuando estos son tan violentos y sangrientos que ponen a prueba hasta los estómagos más experimentados.

El problema viene cuando el implicado es alguien cercano. Entonces las emociones empiezan a nublarlo todo, la amígdala toma el control de las decisiones y éstas pueden ser erróneas e, incluso, precipitadas. Dejarse dominar por esa pequeña parte con forma de almendra de nuestro cerebro animal, era algo que no podían permitirse. La forense necesitaba que dieran lo mejor de ellos mismos para localizar a su marido.

Confiaba en sus compañeros.

No la podían fallar.

Pete se había convertido en el Jefe de Policía de Carmel después de que el anterior hubiera tenido que ser destituido por la mala gestión que había llevado a cabo en la oleada de agresiones sexuales y asesinatos que se produjeron en la zona unos meses atrás. En aquella ocasión, encarceló de manera precipitada a Derek, quien había estado colaborando desinteresadamente en la resolución del caso, a pesar de contar únicamente con pruebas circunstanciales que en ningún caso le apuntaban como posible homicida. Lo más sólido que tenían era la confusa declaración de la única superviviente. No obstante, tenía contra el fotógrafo un tema personal desde hacía un tiempo y aprovechó la ocasión para vengarse. El escándalo sirvió además para sacar a la luz algunos trapicheos de Ralph Harrison, el anterior comisario, y todo junto acabó con su carrera.

Ahora estaban ante la oportunidad de marcar la diferencia y hacer las

cosas bien.

—Esto es una pesadilla, Kisha. Encima con uno de los nuestros con una relación directa con el desaparecido. No podemos fallar, perdona que te lo diga.

—Lo sé. Creo que estamos todos tan afectados como tú, Pete. Yo no me lo podía creer. Intenté pensar en una razón lógica, en algún tipo de explicación sencilla, pero no la he encontrado. La situación entre ellos, según me ha contado Hilka, estaba bien. No ha habido discusiones recientes. De hecho, no son un matrimonio que suela discutir.

Hablan mucho, confían plenamente el uno en el otro y bla bla bla. La puñetera pareja perfecta, vamos. Puede que no todo sea tan idílico, pero no hay motivos para pensar que había una crisis en la relación, salvo que durante la investigación descubra a alguna posible amante o cualquier otro secreto. En todo caso, aún no lo sé porque no he tenido tiempo de escudriñar su círculo personal ni profesional.

—¿Qué más?

—No parece que estuviera deprimido, todo según la información de Hilka, y ella está convencida de que no se ha suicidado.

—¿Y tú que crees?

—No le conozco demasiado, pero no tenía pinta de estar pasando una mala racha ni nada por el estilo. Le va bien a nivel personal y profesional, pero con los suicidas nunca se sabe. En cualquier caso, no hay nota de suicidio ni despedida. Únicamente hay un mensaje de móvil pidiéndole a Hilka que le recoja en el hospital porque el coche le ha dejado tirado y otro mensaje posteriormente con la localización de sus objetos personales. No obstante, al coche no le pasa nada. Funciona perfectamente según han podido determinar los técnicos después de analizarlo en profundidad. Parece una puta broma de mal gusto, que quieres que te diga.

—¿Entonces?

—Voy a investigar a sus pacientes. Es un psiquiatra de larga trayectoria y no es una especialidad fácil. Buscaré a familiares descontentos, amenazas o cualquier cosa que pueda suponer un mínimo indicio. Empezaremos por los expedientes más recientes e iremos ampliando el marco temporal poco a poco según sea necesario.

—¿Tú que crees, Kisha? Sé que eres intuitiva y que tienes una especie

de sexto sentido, así que quiero saber tu opinión sincera.

—No tengo ni idea, Pete. Esa es la única verdad.

El silencio quedó suspendido unos instantes en el aire, como si necesitase hacerse su hueco en aquel ambiente de incertidumbre. Un silencio que, en aquel caso, estaba lejos de ser sinónimo de calma.

Pete suspiró antes de volver a hablar.

—Una cosa más…

—Tú dirás.

La inspectora le miró expectante. Parecía que al comisario se le había atascado algo en la garganta que no sabía como escupir. Supuso que lo que iba a decirle tendría un tinte más personal.

—No he hablado con Derek a solas desde lo que pasó en junio. ¿Podrías decirle que me gustaría que pasara por aquí a verme cualquier día? Sé que había iniciado tiempo atrás un proyecto para una exposición relacionado con el trabajo policial hasta que Harrison le vetó. Me gustaría que sepa que puede continuarlo cuando quiera. Y, bueno, también me gustaría disculparme por todo aquel desastre.

—Se lo diré, pero no puedo prometerte nada. Sabes que no es una persona rencorosa pero, aún así, le quedaron pocas ganas de volver por aquí.



—Lo entiendo. Supongo que a cualquiera nos habría pasado lo mismo. Pero ya sabes que le tengo mucho aprecio a nivel personal y detesto como han quedado las cosas.

—Haré lo que pueda, Pete.

Poco después de la reunión con el Jefe de Policía, Kisha y Julius se dirigieron al hospital Standford, lugar en el que trabajaba Stephen desde hacía casi dos décadas.

Sabían que, por la hora que era ya, no contaban con demasiado tiempo para recabar toda la información que les gustaría. El día

parecía transcurrir a un ritmo acelerado.

Una vez allí, se dirigieron a la Unidad de Psiquiatría, donde se habían citado con el Jefe adjunto. Esperaban no tener que recurrir a una orden judicial para conseguir información, puesto que era bastante complicado que, a esas alturas de la investigación y con lo poco que tenían, se la concedieran. No había motivo para ello. Al menos, no uno bien justificado.

Por el momento, únicamente querían saber si había habido quejas por parte de algún familiar o de algún paciente hacia el Doctor Stephen Meyer, el cual llevaba diez años ostentando el cargo de Jefe de la sección. De hecho, había logrado ese hito siendo muy joven, puesto que con tan sólo treinta y ocho años lo habían nombrado. También eso podría ser algún motivo de resquemor en la Unidad, donde seguramente había médicos con más experiencia que él a los que les hubiera gustado desempeñar ese cargo.

El Jefe adjunto les recibió en su despacho. Les invitó a sentarse y les ofreció algo de beber antes de comenzar. Julius aceptó una botella de agua, ya que el exceso de cafeína aquel día le había provocado más sed de la habitual. Sacó su libreta, una clásica Moleskine con tapas negras de piel, y se dispuso a tomar notas de la conversación.

—Buenos días, doctor Trenton. Soy Kisha Jennings, inspectora de la Policía de Carmel. Éste es mi compañero, el subinspector Julius Morgan. Queríamos hacerle unas preguntas relacionadas con el doctor Meyer.

—¿Qué ha pasado con él? Ayer a última hora vinieron a llevarse su coche y lleva dos días sin aparecer por el hospital.

—Estamos intentando averiguarlo, pero comprenderá que no puedo comentarle nada acerca de una investigación abierta.

—¿Le ha sucedido algo?

—Como ya le dicho, aún no lo sabemos. Estamos investigándolo.

—¡Vaya! Espero que no sea nada.

—Ustedes trabajaban estrechamente, según tengo entendido —continuó con el interrogatorio como si no hubiera escuchado lo último que había dicho el médico y tratando, al mismo tiempo, de reconducir la conversación.

—Sí, así es.

—¿Ha notado algún cambio en el doctor Meyer en los últimos tiempos?

—No.

—Más decaído, más callado, más nervioso, preocupado.

—Créame inspectora, soy psiquiatra desde hace más de treinta años. Creo que habría podido detectar algún cambio de humor visible en mi compañero.

—Tal vez trataba de ocultárselo, ya que también él es psiquiatra y supongo que sabe como disimularlo.

—En ese caso, igualmente le digo que no he notado nada.

—¿Sabe si tenía enemigos?

—No.

—Alguna amante o rumores de que estaba viéndose con alguien.

—No.

—No lo sabe o no ha oído si había rumores.

—Tal vez eso debería preguntárselo a otros. No suelo prestar atención a los cotilleos.

No soy de esa clase de persona. Soy un hombre de ciencia, inspectora.

—¿Se le ocurre si hay algún paciente descontento?

—Siempre hay pacientes descontentos. Tenga en cuenta que tratamos afecciones mentales, algunas de tipo severo y, en algunos casos, en estado agudo. Las decisiones que solemos tomar no les gustan en el primer momento a nuestros pacientes, aunque luego terminen por sentirse mejor y se den cuenta de que era lo mejor para ellos.

—¿Alguno que lo haya manifestado abiertamente? ¿Alguien que se haya quejado claramente o que haya proferido amenazas contra el doctor Meyer?

—Inspectora, puede que le resulte raro, pero en la Unidad de Psiquiatría ese es el pan nuestro de cada día. Tratamos todo tipo de

enfermedades mentales de diversa

gravedad, así que se puede imaginar todo lo que oímos cada día. Desde luego guapo y gracias no suelen estar entre esos comentarios.

—Sí, lo entiendo. Pero tal vez le han dado más credibilidad a alguna o algunas en concreto. Alguna amenaza que haya llegado por escrito, algún intento de agresión.

—Lo siento, pero creo que no puedo ayudarla con eso. Tal vez sea mejor que hable con su enfermera de confianza o con su secretaria.

—Sí, lo haré.

El Doctor Trenton era un hombre que estaba ya en la fase final de su carrera. Llevaba bastantes años trabajando en el hospital y no le quedaba demasiado tiempo para jubilarse. Era un hombre enjuto con barba blanca y unas prominente entradas. Llevaba gafas progresivas de pasta negra que le daban cierto aire intelectual. Tras los cristales, se podían ver unos ojos vivarachos capaces de escudriñar a quien tenía en frente en cuestión de segundos, como buen profesional de la salud mental que llevaba varias décadas dedicado al estudio de la psique humana. Sus gestos eran medidos y cautelosos, sin aspavientos. Costaba desentrañar si se debían a un carácter calmado o a una conquista de la voluntad para no revelar sus debilidades y nerviosismos.

—No obstante, me gustaría hacerle una última pregunta.

—Inspectora, tengo pacientes que atender. Creo que ya le he dedicado bastante tiempo —señaló mirando el reloj y con visible hastío.

—Lo siento, no tardaremos ya mucho.

—Eso espero.

—Creo que recientemente se han reunido usted y el doctor Meyer con el Consejo de Administración. Puede que me equivoque, pero creo que dicha reunión era para dirimir las diferencias entre ustedes dos en cuanto a qué investigación querían destinar los fondos asignados por el hospital.

Al doctor Trenton le cambió la cara. No imaginaba que saldría aquel tema a relucir, pero Kisha era muy meticulosa y en el poco tiempo que había pasado desde la desaparición del marido de la forense, se había esforzado por reunir toda la información que tuviera disponible. Aquel

dato en concreto se lo había comentado Hilka, pero también había podido averiguar que había una entrada en el periódico local hablando de la asignación de fondos del hospital al área de psiquiatría.

La reunión no había terminado tal y como el doctor Trenton había previsto y no había dudado en mostrar su oposición a la gestión en los últimos tiempos del doctor Meyer, incluso a través de veladas declaraciones en el periódico. Según él, las terapias introducidas recientemente no tenían la suficiente base científica y creía que el proyecto

de investigación que iba a adjudicarse debía girar hacia otro lado para no malgastar el dinero de los que contribuían a hacer del hospital de Standford el centro de salud más relevante de la zona.

—No tengo por qué hablar con usted sobre eso. Son temas confidenciales.

—No son tan confidenciales cuando usted lo aireó en el periódico. En cualquier caso

—continuó levantando la mano para que no la interrumpiese—, sí, tiene que contármelo si eso supone un motivo de rencilla entre ustedes dos lo suficientemente poderoso para que se lo quisiera quitar de encima.

—¿Cómo se atreve siquiera a insinuar algo semejante?

—Bueno, sé que usted estaba muy interesado en llevar a cabo un proyecto que el doctor Meyer desaprobaba y, además, a nadie se le escapa que tal vez fuera la última oportunidad antes de su retirada, lo que le permitiría tal vez jubilarse con una publicación bajo el brazo que le diera mayor prestigio y réditos futuros.

—Inspectora, se lo digo en serio. Me está importunando. Si sigue por este camino, voy a tener que poner una queja ante sus superiores.

—Siento que no le agrade mi forma de proceder, pero tengo que hacer mi trabajo, aunque mis preguntas puedan resultar incómodas.

—Como ya le he dicho, ya les he dedicado demasiado tiempo.

Se levantó de su cómoda y mullida silla de escritorio y les invitó a irse de forma correcta con un gesto de su mano, aunque no podía disimular la irritación que sentía en aquel momento.

Al final, parecía que no había nada como tocar la tecla adecuada para que toda aquella pose de calma absoluta se viniese abajo.

Cuando salieron del despacho, notó que Julius la miraba fijamente. Se planteó no hacer el menor caso, porque imaginaba que buscaba provocarla. Sin embargo, al final cayó en la trampa y no pudo evitar preguntarle.

—¿Qué miras?

—Nada.

—Venga, dispara. No pongas ahora esa cara de lerdo. Quieres decirme algo.

—Creo que has sido demasiado inquisitiva y un poco borde.

—Tampoco he visto que me rogases dejártelo a ti.

—No, en eso tienes razón. Pero creo que en este caso tal vez podrías haber conseguido más con miel que con hiel, como reza el dicho.

—He empezado suave y no ha soltado prenda. Había que apretarle un poco las tuercas al "*doctorcito* ". No puedo con estos tipos que tienen ese aire de superioridad, te lo juro.

—Sí, te aseguro que se te ha notado.

—¿Ah sí? No veas qué pena me da. Además, es evidente que él y Stephen no tienen una buena relación porque hay un conflicto de intereses. Tiene el puesto que le hubiera gustado ocupar a él. Podría tener un móvil. ¿O tampoco estás de acuerdo en eso conmigo?

—Puede ser. Sin embargo, no acaba de encajarme.

—¿Por qué?

—¿En serio me lo preguntas? El doctor Trenton no parece de los que pierden los nervios con facilidad. Por otro lado, sabemos que ayer estuvo en el hospital.

—Pudo suceder a primera hora de la mañana.

—Vale, puede ser. En ese caso, tendría que ser algo premeditado, porque en una confrontación física no tendría nada qué hacer. Te doy el beneficio de la duda. Ahora, respóndeme cono sinceridad, ¿crees que se jugaría toda su carrera y su prestigio por una última

subvención?

—No sabemos cuán fuerte puede ser esa motivación para alguien como él.

—Dime que te lo crees. Dime que te parece la opción más plausible.

—No, claro que no. Pero tampoco es sinónimo de que haya que descartarlo.

Capítulo 9

FANTASMAS

n los últimos meses su odio no había hecho más que crecer. Era como un veneno E que se extiende por tu cuerpo y paraliza tu sistema nervioso, de tal manera que toda tu energía consciente se destina a comprender que hay una toxina en tu cuerpo y tienes que liberarte de ella o, de lo contrario, no sobrevivirás. Era algo visceral. La rabia le hacía apretar los puños hasta que se le clavaban las uñas en las palmas dejando una marca visible y duradera.

Odio.

Una emoción pura y desnuda.

Dicen que se ubica en una región muy concreta del cerebro y algunos se atreven a decir que la línea que separa el amor y el odio es muy fina, como si fueran dos caras de la misma moneda. Tratan de hacer una metáfora, cuando en realidad lo que sucede es que hay una explicación biológica plausible porque en ambas emociones se activan la ínsula y el putamen. Pero, ¿qué más les da a ellos? Si sintieran el tipo de odio que él sentía comprenderían que no había línea divisoria posible porque en su cerebro simplemente no había cabida para el amor.

Nunca había sentido una frustración como aquella. No encontraba forma de canalizarla, lo que hacÍa crecer la inquina dentro de él hasta unos niveles que incluso le provocaban terribles dolores de cabeza. No obstante, tal vez dichos dolores también estuvieran provocados por algo más. Al fin y al cabo, su estado de salud se había visto gravemente comprometido en los últimos tiempos. Eso limitaba su capacidad de acción y se había dado cuenta que esa baja habilidad le robaba la paciencia, precisamente una cualidad que había sabido aprovechar en algunos momentos. No siempre, eso era cierto. Cuando el hambre voraz le atacaba tenía que alimentar sus instintos más básicos y cobrarse una víctima al menos. Era como un vampiro sediento de sangre.

Había tenido que permanecer oculto los últimos meses, alejado de los focos para que nadie supiera que estaba ahí. Pero se acercaba el momento de estar operativo. Ya no podía soportar mucho más esa quemazón interior que le llevaba al borde de la combustión interna. Aún cuando era cierto que todavía no se encontraba al cien por cien, era obvio que el hambre había comenzado a devorarlo a él y ya no

podría resistirse mucho más. Además, había empezado a ver la luz. Poco a poco, estaba recobrando la salud y estaba mejorando más de lo que había esperado, a pesar de que era consciente de que algunas heridas no acabarían de cerrarse como es debido.

No podía correr grandes riesgos, por mucho que eso fuera una de las cosas que le resultase más estimulante. El riesgo y el chute de adrenalina que te proporciona. Debía educarse y mantener la abstinencia. Tocaba conformarse con aquellos pequeños pasos que le acercaran poco a poco a su objetivo. El perfil a adoptar sin duda tenía que ser de bajo riesgo. No podía poner en peligro lo que había planeado sólo porque aquella rabia le nublara el juicio.

Recientemente, había comenzado a vigilar su entorno, a las personas importantes o que pudiera considerar en algún sentido valiosas para su vida. Pronto tendría fuerzas para empezar a seguir cada uno de sus movimientos de manera distante y discreta.

Pero aún no.

Era demasiado arriesgado.

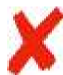
Aquel día, se acercó a Monterey. No había sido fácil hacerse con la dirección. De hecho, podría decirse que había sido una maravillosa casualidad. Sin duda, las cafeterías son un centro social en el que conseguir cualquier tipo de información resulta una tarea baladí, desde luego más sencilla que destapar un abrefácil. Y allí estaba gracias a las ganas de cotillear de los seres humanos sin vida propia. Es cierto que ya no era el de antes y alguna cicatriz le afeaba algo el rostro, pero después de lo simple que le había resultado aquello, tenía claro que aún conservaba parte de su atractivo.

Frente a la entrada, parcialmente oculto por un hermoso arce de tronco grueso, pensaba que había sido demasiado sencillo. ¡Qué demonios! Debía agradecer su suerte y punto.

La casa era majestuosa, con una tendencia a la ostentación que en cierto sentido le asqueaba, aunque no lo envidiaba en absoluto. Dese luego, las hermanas no parecían tener demasiado en común. A ésta sin duda le gustaba el dinero y, además, gritarlo a los cuatro vientos para que se enterase todo el mundo. Esa vanidad ya hacía que le cayese mal y que justificase cada una de las cosas que le pensaba hacer, aunque sin olvidar que era apenas un peón en su partida de ajedrez. Era evidente que el nivel adquisitivo de la familia era sin duda alto, aunque bien podría ser también una fachada.

Ya lo descubriría cuando navegase en sus cuentas bancarias.

Ambos ocupaban posiciones destacadas en sus respectivos trabajos que le posibilitaban un tren de vida en el que los lujos fueran algo común. Sin embargo, también podía ser que esa forma de vivir hiciera que se acumulasen las deudas como las hojas del otoño tras una tarde ventosa en una vereda.



Era fundamental empezar a conocer sus rutinas: a qué hora salían por las mañanas, qué coche llevaba cada uno, si sus horarios eran estables o dependían de otras circunstancias. Estaba convencido, además, que no le sería difícil entablar conversación con alguien de sus respectivos trabajos. A pesar del odio visceral que sentía por la gente en general, tenía unas habilidades sociales excelentes, algo que no le dejaba de sorprender. Si supieran de su sociopatía estaba seguro de que ninguno se atrevería ni siquiera a acercarse a él.

Tal vez su aspecto físico actual no era tan espléndido ni le ayudara tanto como en el pasado, aunque había comprobado que le seguía siendo útil. Aún así, era evidente que, por más que se maquillaba para disimular las feas cicatrices que tenía en la cara, no acababan de quedar bien. Quizás el problema era que él era demasiado perfeccionista, porque lo cierto era que no había observado aún ningún gesto de repulsa en los pocos días que ya había empezado a salir con más asiduidad. Eso le había renovado la confianza en sí mismo y esperaba estar en caza activa en muy poco tiempo.

Mientras tanto y dejando al margen aquellos apetitos, decidió que empezaría siguiendo a la mujer y estudiando todos sus hábitos y rutinas. La decisión no había sido arbitraria en absoluto. En primer lugar, tenía un vínculo estrecho con alguien que para él era importante y, además, le parecía la más vulnerable de los dos. Por otra parte, por lo poco que había podido observar hasta el momento, era la que siempre se encargaba de llevar e ir a recoger a los niños tanto al colegio como a otras actividades, aunque aún no tenía certeza de ello. Necesitaría muchas horas de vigilancia para conocer todos los movimientos de la familia a fondo.

Si sus sospechas eran ciertas, tendría una posibilidad extraordinaria de infundir terror. Nada atemoriza más a una madre que pensar que sus

hijos están en peligro. Si encima se siente responsable en alguna medida, entonces podría desestabilizarla con tanta facilidad que un leve soplido la tumbaría en el suelo. Antes o después tendría que pedir ayuda y allí estaría él, preparado para su siguiente movimiento.

Por otra parte, era fundamental empezar a familiarizarse con la vivienda, conocer las posibles medidas de seguridad que tenía y encontrar los puntos débiles que le permitiesen el acceso a su interior. No parecía tan fácil como la última vez que tuvo que hacerlo porque, en este caso, la familia sí parecía preocuparse por la seguridad. Aún así, no creía que se le resistiera. Siempre que se había propuesto algo, lo había conseguido por difícil que pareciera.

Con una única excepción.

Y esa excepción le parecía intolerable.

Capítulo 10

MORTALIDAD EXPERIMENTAL

Veinte años antes…

n la investigación científica hay un término que se conoce como mortalidad E experimental y hace referencia a la pérdida de sujetos participantes a lo largo de la investigación. En el caso de Stephen, podría decirse que, en su caso, la mortalidad no era un mero descriptor científico, sino que había sido un hecho literal.

Debía seguir profundizando en los traumas que arrastraba Katerina desde tiempos remotos. Considerando la fragilidad de su paciente, tenía claro que debía hacerlo de manera tranquila, sin prisas. Había estado escuchando algunos fragmentos de las sesiones que había tenido hasta ahora con ella y no había duda de que era una mujer profundamente traumatizada. La vida se había cebado con ella, como si fuera un saco de boxeo que se ha diseñado para ser golpeado.

Posiblemente las figuras masculinas de referencia en su vida no la habían protegido como ella esperaba. Tal vez, aquello estuviera asociado con un padre violento o, por el contrario, un padre ausente, bien porque hubiera abandonado el seno familiar o por una muerte prematura. Stephen barajaba la posibilidad de que Matt, su marido, había sido el sustituto de esa figura paterna desaparecida antes de tiempo. Sin embargo, por el momento aquello no era más que una mera hipótesis.

Además, tenía que tratar el tema de su hijo, un asunto especialmente delicado.

Necesitaba información acerca de cuándo habían empezado las conductas relacionadas con los patrones incluidos en la triada homicida. Debía andarse con tiento en ese terreno porque Katerina trataba de ser muy protectora y hermética en todo lo relacionado con el niño. Cada vez que habían hablado de Arthur, había destacado todas las maravillas de su vástago, lo inteligente que era, las buenas notas que sacaba en el colegio, lo bien que hablaban los profesores de su comportamiento en el aula. Pero, en cuanto sacaba un mínimo detalle negativo, ella se cerraba en banda y lo defendía y excusaba hasta el límite.

No hay peor ciego que el que no quiere ver, como se suele decir.

Huelga decir que había omitido, deliberadamente o no, los juegos del chaval con el fuego y el gusto por maltratar animales. Pronunciar eso en voz alta sería sinónimo de reconocer que su hijo podía tener una patología a la que ella no se atrevía a mirar a la cara.



—Buenos días, Katerina. ¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó Stephen con un tono amable y delicado.

—Mucho mejor, doctor. Cada día me siento con más ánimo de hacer cosas por mí misma —respondió la paciente sonriendo.

Cada día que pasaba, se sentía más atraída por él. Intentaba no hacerse demasiadas ilusiones, pero cuando has pasado la vida golpeada por circunstancias poco amables, cualquier signo de afecto o respeto se vivencia de una forma más profunda. Era difícil no caer en la tentación de imaginar que pudiera tener un futuro agradable junto a alguien que la cuidara de verdad, porque Katerina no tenía fuerzas suficientes para comprender que podría salir adelante por sí misma sin atarse a ninguna relación.

—Eso está bien. Se trata de eso, de ir poco a poco retomando la confianza en tus propias posibilidades. ¿Has pensado en lo que te dije en la última sesión?

—Sí, le he estado dando vueltas. Y creo que tiene razón. Hay que recuperar la ilusión por vivir, aunque sea poco a poco. Estoy empezando a hacer planes.

—¡Eso es estupendo! Ha pasado ya más de un mes desde lo sucedido. No debes quedarte atascada en aquello.

—Lo sé, pero que mi hijo esté encerrado tampoco me ayuda a pasar página. Si Arthur estuviera conmigo, todo sería más fácil.

—Lo entiendo, pero sabes que eso es inviable. Al menos, por el momento. Tenemos que procurar ayudarle con lo que tengamos a nuestro alcance. ¿Cómo van las pesadillas?

—Mejor también. Creo que la medicación me está haciendo efecto.

—Eso es fantástico. Me alegro mucho. Debo decirte que tienes un

aspecto excelente —

comentó con absoluta sinceridad.

—Gracias —respondió ella sonrojándose levemente.

Aquella era la quinta sesión de Katerina. Parecía que la terapia le estaba sentando bien, aunque no hubiesen llegado aún a los temas que su psiquiatra quería. Habían tocado sólo tangencialmente algunos de los problemas sin resolver en la infancia de Katerina que la habían convertido en una mujer insegura y dependiente.

Esa mañana, Stephen se fijó en que Katerina se había maquillado. Llevaba una leve sombra de ojos de color azul cielo, rubor en las mejillas y un pintalabios rojo. Se había

puesto un bonito y alegre vestido con flores que le sentaba bien. Consideró que era un buen síntoma que ella empezara a cuidar su imagen y a querer verse bien.

Lo que Stephen no imaginaba ni remotamente era que en su paciente habían empezado a despertarse sentimientos hacia su terapeuta que iban más allá de la relación médico paciente. Para él, Katerina era un caso que requería de su especial atención y que debía tratarla con sumo cuidado para no agrandar las heridas que ya tenía. Para ella, Stephen era el hombre más encantador que había conocido y una posible salida hacia una vida bonita y agradable.

Katerina confundía las atenciones que le ofrecía su médico con las que podía ofrecerle un pretendiente. Stephen era amable con ella y se preocupaba sinceramente por su estado. Trataba de que ella se sintiera cómoda y confiada en la consulta, pues ese clima de seguridad era básico para lograr que se abriera y salieran todos aquellos sentimientos y pensamientos reprimidos durante años. Era la base sobre la que cimentar su recuperación.

Igual que hubiera hecho con cualquier otro paciente.

Igual que había hecho en cada caso que había tratado desde que se licenció.

Por otra parte, él había iniciado recientemente una relación con la que estaba muy ilusionado, así que no albergaba ni el más mínimo interés por su paciente que no fuera el meramente profesional.

En las siguientes sesiones, logró que por primera vez Katerina

empezara a hablar de los malos tratos que había sufrido. Le relató la primera vez que su marido obligó a su hijo a que la pegara para evitar que fuera él el objetivo de la paliza. Era una situación clara de entre la espada y la pared. Era él o ella.

Y sólo tenía seis años.

Remontar aquel incidente, sin duda era difícil, especialmente sin recibir ningún tipo de ayuda profesional. Katerina notó un cambio en su hijo. Fue a raíz de aquello cuando empezó a hacer cosas que no hacía antes. Empezó a llevar pájaros muertos a casa. Cada vez era más introvertido y le contaba menos cosas, aunque entendía que fuera así porque desde muy pequeño le había enseñado a ocultar lo que ocurría en su hogar.

Llegó un momento en el que apenas hablaba. Y comenzó a hacerse pis en la cama de nuevo por las noches, coincidiendo con aquel terrible día en el que su padre le había obligado a pegarla.

Habían sufrido mucho. Había sido muy doloroso. Estaba desolada porque no había sabido darle una infancia feliz a su hijo. Se culpaba de ser una mala madre. Y la culpa no la dejaba avanzar porque era una losa difícil de levantar para un alma tan vapuleada por la vida.

Uno de aquellos días, Katerina se abrió como cuando se abren las compuertas de una presa y escapa libre el agua que se ha mantenido enjaulada. Su historia personal era difícil y dolorosa. Aquel día Stephen supo que había perdido a su padre siendo niña y que su madre les había mantenido a ella y a sus dos hermanos a duras penas.

Emigraron a Estados Unidos buscando una vida mejor, pero las cosas tampoco fueron fáciles cuando llegaron. Katerina parecía haber desarrollado una indefensión aprendida, por eso Matt le había parecido tan buena opción. Le parecía un hombre seguro de sí mismo, robusto, con las ideas claras y con una posición social cómoda.

Aparentaba ser una buena oportunidad para dejar atrás la pobreza y llevar una vida normal. Sin embargo, detrás de aquellas supuestas cualidades, lo que se escondía era un hombre autoritario y displicente, obsesionado con el dinero y con el prestigio a quien no le importaba pisar a quien se pusiera en su camino. En su casa se hacía su santa voluntad y nada más. Todo lo que se desviara mínimamente de lo que él quisiera era castigado de forma vehemente. Katerina se convirtió en su saco de boxeo en el que descargar toda su ira.

El maltrato comenzó de forma clara ya en el embarazo. Era evidente

por lo que relataba que el psicológico había empezado antes, pero la violencia física comenzó a ejercerla cuando ya la tenía bien atada y sometida. Ni siquiera era capaz de ser consciente del maltrato emocional que había sufrido antes del primer golpe porque había sido muy sutil.

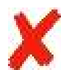
Como buen manipulador.

Como un perfecto psicópata.

Algunos estudios indican que el maltrato durante la gestación provoca estrés tanto en la madre como en el feto, lo que afecta al desarrollo de éste. Puede que la personalidad de Arthur empezara a trastocarse desde antes incluso de nacer, aunque eso nunca lo descubrirían con una certeza absoluta.

Había sido un bebé bastante llorón, lo que irritaba al padre, quien no paraba de decirle que era una mala madre y que no sabía educar a su hijo. A veces, la sacaba de la cama por el pelo y la arrastraba hasta la habitación del bebé con la consigna de hacerle callar, pero los gritos sólo conseguían que el niño llorase más.

El círculo de violencia era interminable. Stephen la miraba tratando de ocultar el sentimiento de repugnancia hacia aquella bestia que había sometido a aquella pobre mujer a una vida de tortura. Se preguntaba si sería capaz de escuchar aquel tipo de testimonios el resto de su vida. ¿Y si se había equivocado de profesión? Aquello era de una crudeza tan espantosa que sentía unas irrefrenables ganas de levantarse de la silla y escapar de allí.



Desde muy pequeño, Katerina mantuvo a Arthur alejado de otros niños para evitar que contase algo indebido. Le aleccionaba, además, para que no hablase de lo que sucedía en casa. Para ello, le metía miles de historias en la cabeza con cosas horribles que podrían suceder. Reconocía que había educado a su hijo en el miedo porque pensaba que, de algún modo, así lo protegía de algo peor. Sin embargo, le sorprendía que su hijo, aunque muy introvertido, nunca había sido un niño fácil de amedrentar, sino todo lo contrario. Ella consideraba que Arthur había sido siempre muy valiente.

Pocas veces lo había visto llorar desde que era poco más que un bebé, puesto que, si no le traicionaba la memoria, apenas le había visto derramar una lágrima desde que tenía dos años.

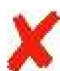
Habían sido contadas las ocasiones en las que su padre le había pegado, aunque sí había habido alguna. A partir del momento atroz en el que le obligó a pegar a su propia madre, la ira del marido nunca jamás volvió a volcarse sobre el niño, pues creyó que lo había conquistado para su causa en esa forma enfermiza que tenía aquel hombre de ver las relaciones familiares.

Katerina, además, estaba segura de que su marido había tenido múltiples relaciones extramaritales, aunque nunca le había preguntado sobre ello por temor. Ante la pregunta de si su marido alguna vez la había violado, después de observar como le temblaban los labios y la lucha interna que se producía en ella, acabó confesando que sí.

Al finalizar aquella sesión, Stephen se sintió agotado. Era una sensación casi física, como si alguien con unas manos invisibles hubiera estrujado su alma para escurrirla hasta dejarla totalmente seca. Parecía difícil imaginar que una persona que había sufrido tanto en la vida aún se mantuviera en pie. A pesar de todo lo que había estudiado durante sus años de formación universitaria, a pesar de que era consciente de que el ser humano era capaz de actos deleznables, a pesar de la experiencia que ya tenía en su campo, que no era demasiada pero sí profunda, aquella sesión le dejó devastado.

Nunca estás preparado para esto, pensó. No era de extrañar que el niño hubiera empezado a desarrollar conductas psicopáticas desde la más tierna infancia. El entorno en el que se había criado era materialmente irrespirable.

A aquel relato deleznable relativo a su vida desde que entrelazara su destino con el de aquel malnacido, se unía una infancia triste y llena de pobreza. Katerina tenía otros dos hermanos mayores. Su padre había muerto siendo ella niña y su madre apenas había podido mantenerlos haciendo pequeños trabajos de limpieza aquí y allá donde le salía una oportunidad. Vivían en un cuarto los cuatro con acceso a un baño comunitario y no siempre podían pagar la calefacción.



Aquella pobre mujer había crecido en unas condiciones de indefensión aprendida que habían mutilado su personalidad. El psiquiatra tenía ante sí un reto de dimensiones incalculables. Debía ayudarla a construir una vida nueva, pero para ello, primero debía guiarla hasta encontrar en ella la fortaleza suficiente para conseguirlo.

—Katerina, escúchame —le dijo Stephen clavando su mirada clara en ella y cogiéndole la mano, gesto que le agradeció internamente por la ternura con la que se la sostenía—. Tú no tienes la culpa de lo que pasó. Vamos a trabajar en ello para que lo entiendas y aprendas a reconocer lo que vales. Eres una víctima, no debes culparte. Sólo has intentado sobrevivir y salvar a tu hijo. Te voy a ayudar a dejar todo esto atrás.

Había mucho trabajo por hacer.

No imaginaba que apenas tendría tiempo de empezar.

Por fin contaba con información relevante para iniciar otra línea de tratamiento con Arthur. Era información delicada y lo sabía. Necesitaba tratar aquello con extrema prudencia. Corría el riesgo de que el niño se cerrase otra vez en banda, después de lo que le había costado que se abriera mínimamente a él y empezara a confiar. Casi era un milagro que lo hubiese logrado después de lo que la madre de aquel crío le había revelado. Tenía que arriesgarse para poder avanzar, pero debía ser un riesgo controlado, analizando al milímetro cada una de sus reacciones y su lenguaje corporal.

—Arthur, ¿qué tal ha ido la semana?

—Bien —contestó lacónico, tal y como era habitual en él.

—Tienes buen aspecto.

—Gracias.

—¿Has hecho algún dibujo?

—Sí, he traído varios. No sé si le gustarán.

—Seguro que sí. Eres muy bueno dibujando. ¿Me dejas verlos?

Los dibujos eran oscuros, con una predominancia absoluta del color negro y del rojo en algunos trazos. Apenas aparecían más tonos de la paleta de colores y, cuando lo hacían, estaban dentro de la gama de los fríos. Tal vez también eso era un síntoma del ambiente gélido que dominaba su interior.

Era cierto que aquel chico dibujaba muy bien, aunque aquellos trazos también delataban que eran fruto de una mente profundamente

trastornada. Relataban sin duda

escenas de violencia, algo que ya sabía que siempre predominaba en los dibujos que había visto de él. Tenían algo tétrico. Había en ellos elementos profundamente perturbadores, como si su mente los hubiera vomitado después de una comida indigesta.

—¿Has tenido algún problema con los chicos mayores esta semana? —preguntó Stephen distraídamente mientras revisaba el cuaderno.

Se había peleado en varias ocasiones con varios de los chicos del centro sin dar su brazo a torcer ni rendirse hasta que intervenía algún adulto. Era algo inaudito verle como si todos aquellos golpes y magulladuras no le causasen el menor daño, como si sufriera una insensibilidad congénita al dolor. Se plantearon la posibilidad de que lo chequeara un neurólogo, aunque al final concluyeron que era la propia rabia desmedida la que ejercía ese efecto analgésico en el chaval.

Al principio, se habían metido con él pensando que era un niño débil y habían salido escaldados. Pronto se habían dado cuenta de que no era un chico fácil de amedrentar, sino todo lo contrario. Sólo conseguían desatar en él una furia sanguinaria. Aún así, habían continuado con su ofensiva para vengarse de él, puesto que les había dejado en evidencia. Arthur parecía tener una ceguera absoluta ante cualquier sensación de miedo y riesgo.

—No, está semana ha sido tranquila —respondió sin apenas parpadear, aunque eso no era del todo cierto.

—Me alegro mucho de oír eso. ¿Hay algo que te apetezca comentarme? ¿Algo en lo que te pueda ayudar?

—No, nada.

El psiquiatra le escudriñó durante unos instantes aún. Debía tomar una decisión: dar un paso más o esperar a la siguiente sesión. Por ello, necesitaba conocer su estado de ánimo y, por ello también, le estaba mirando, analizando al pormenor cada uno de sus gestos. Le acababa de mentir y lo sabía. Las marcas de su rostro hablaban alto y claro.

No había sido una semana tranquila, aunque era cierto que ya no se metían tanto con él.

Los matones se habían dado cuenta de que no les salía rentable. Podía parecer un chico débil por su físico delgado y aquella cara que aún

conservaba algún atisbo de la supuesta inocencia que acompaña a la infancia. Pero Arthur era de todo menos débil.

—Bien. Hoy quiero que empecemos a hablar de lo que sucedió el día que nos conocimos.

—No quiero hablar de aquello. No recuerdo nada.

—Lo sé. Me lo has dicho más veces. Ya te comenté en alguna ocasión que, cuando sufrimos un evento traumático, sufrimos un estrés agudo que puede hacer que los recuerdos se escondan en un lugar recóndito de nuestro cerebro. Pero es no significa que no estén ahí. Así que, debemos sacarlos a la luz para que puedas manejarlos correctamente y que no puedan dañarte en el futuro. Créeme, es importante hablar del tema, Arthur, aunque sé que no te gusta. Tu madre me ha contado cosas que creo que pueden ayudarnos a avanzar.

—¡Te digo que no quiero hablar de eso! —respondió Arthur, con la respiración entrecortada y furioso.

—Confía en mí. No te he fallado. Estoy aquí para ayudarte. Lo he estado desde el primer momento que te vi y no te he abandonado, ¿no es verdad?

Esperó la respuesta del niño, pero éste seguía con el rostro contraído, con una expresión de rabia que hizo que por un momento un escalofrío recorriera al espina dorsal del psiquiatra. En aquellos ojos habitaba una violencia indomable.

—Contéstame, Arthur, por favor. ¿Crees que te he abandonado en algún momento?

¿Crees que no me preocupo por ti?

Silencio por respuesta otra vez.

—¿Confías en mí?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no se puede confiar en los adultos.

—¿Por qué dices eso?

—¿A ti qué te parece? No eres muy listo para ser médico, ¿no?

—No necesitas ser sarcástico ni cínico.

A pesar de la respuesta hostil, Stephen estaba satisfecho porque era la primera vez que Arthur se mostraba tan comunicativo y expresaba emociones de manera tan clara.

En las sesiones anteriores, el niño apenas hablaba y, en todo caso, únicamente empleaba frases cortas y monocordes. Aquello era una genuina expresión de enfado y no podía ocultar la rabia. Por fin, salía algo de ese corazón tan hermético.

—¿Te pegó tu padre alguna vez?

—¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Porque acabas de decirme que no se puede confiar en los adultos.

—Pero eso no significa que mi padre me pegase.

—Entonces, ¿qué significa?

—No quiero hablar de esto.

—Significa que tu padre te pegaba.

—Eso es mentira.

—Pero sí que pegaba a tu madre, ¿verdad?

—Te he dicho que no quiero hablar de esto.

—Y tú eras testigo. Tú veías como la pegaba una vez tras otra y no hacías nada para ayudarla.

—Déjame en paz.

—Es más, no sólo no hacías nada, sino que además participabas en la paliza, la pegabas puñetazos y patadas. Eres un cobarde. No te importaba verla sufrir, ni que suplicara que la dejaseis tranquila.

Stephen observaba como la provocación le estaba sacando de sus casillas. Quizás había ido demasiado lejos, pero ya no podía dar marcha atrás. Veía con claridad como su rostro se había enrojecido. Las mandíbulas estaban tan apretadas que casi se podía oír como crujían. Las venas del cuello y de la frente palpitaban con total claridad. El niño apretaba los reposabrazos con sus manos con tanta fuerza que parecía que quería arrancarlos. Iba a conseguir que saliese

todo a flote. Su respiración se estaba agitando, sus ojos parecían inyectados en sangre y los sonoros resoplidos hacían que saliese disparada la saliva de su boca.

Ya no podría pararlo aunque quisiera.

—Quizás es que seas un maltratador como tu padre, ¿no es eso, Arthur? —preguntó con un fingido deje de indiferencia y sarcasmo—. Y por eso le mataste, cogiste el cuchillo y después de pegar a tu madre, te deshiciste de él —finalizó, acompañando sus palabras de un claro gesto con el dedo gordo de su mano derecho rozando su cuello de izquierda a derecha.

—¡Eres un hijo de puta y te voy a matar! —respondió, mientras se levantaba hecho una furia, como un animal herido que embiste sin pensar en las consecuencias.

Stephen esperaba esa reacción, así que, en el momento en el que se levantó y se dirigió fuera de sí para atacarle, se preparó para abrazarle y consolarle. Lo agarró con fuerza y lo apretó contra su cuerpo.

—Ya está, Arthur. Ya pasó —dijo mientras lo sostenía.

El niño se removía con una fuerza que no correspondía a un chico de su tamaño.

Trataba de zafarse de su abrazo, le golpeaba el pecho con los puños mientras lloraba desconsolado, hasta que poco a poco, fue cediendo a ese abrazo reconfortante que tanto necesitaba.

A Stephen se le escaparon algunas lágrimas, aunque sabía que Arthur no debía verlo.

Nunca le había pasado algo similar y no debía permitirse que eso le volviera a suceder en el futuro. Era su terapeuta y sabía que debía ser profesional. Dejarse nublar por sus propias emociones estaba descartado y no beneficiaba a su paciente, quien necesitaba un puerto seguro en el que arribar su alma náufraga. Pero no podía evitar que aquel caso le estremeciera de pies a cabeza. Era humano y aún un psiquiatra inexperto.

—No estás solo, Arthur. Estoy aquí y quiero ayudarte. Juntos lo superaremos. Te ayudaré a recomponerte.

El niño seguía gimoteando con la cabeza apoyada en el pecho del terapeuta. Se dejaba querer, necesitaba ese abrazo paternal que nunca

había recibido de su progenitor. La falta de cariño en la infancia genera un dolor tan profundo que se propaga a lo largo de toda una vida.

Permanecieron así varios minutos. Poco a poco, la respiración del crío se iba tranquilizando. El médico frotaba sus espalda tratando de darle algo de consuelo a aquel alma resquebrajada por la violencia. Cuando Stephen comprendió que ya estaba más tranquilo, le invitó a continuar.

—Créeme, Arthur, es importante hablar de todo lo que tienes guardado. Es la única forma de sanar. ¿Confías en mí?

—Sí.

—Perfecto. Pues vamos a empezar, ¿vale? Para ello, vamos a relajarnos primero, vamos a llevar tu mente a un estado de calma en el que te sientas seguro. Estás aquí conmigo y aquí y ahora nada puede sucederte. Quiero que cierres los ojos y centres tu atención en tu respiración. En como entra el aire por la nariz y como sale por la boca, relajándote más y más.

Aquel día, a pesar de que logró entrar en una parte cerrada bajo llave de su memoria, comprendió que iba a ser difícil. Arthur había estado sometido a altos niveles de estrés durante mucho tiempo. Podría medirlos científicamente en cuanto empezasen con la fase de las pruebas físicas, entre las que figuraban varios análisis de sangre a lo largo de los meses siguientes y mediciones de su actividad cerebral con técnicas de neuroimagen. Esas pruebas les darían datos exactos sobre sus niveles de cortisol y testosterona, lo que serviría también para discernir si en aquellos sujetos que ya habían

presentado conductas violentas en la infancia tenían una composición química y una actividad cerebral específica que les hacía propensos a la violencia.

Posiblemente, aquel niño sufría amnesia disociativa, una alteración de la memoria que impide recordar información personal fruto de algo traumático y debido a altos niveles de estrés. Aquel era posiblemente el motivo por el que era incapaz de recordar ciertos pasajes de los que había compartido Katerina con él en su última sesión.

Por aquella época, la relación entre Stephen y Hilka ya había empezado a cuajar.

Tenían muchas cosas en común y disfrutaban mucho estando juntos.

Se entendían a la perfección, hasta un punto difícil de alcanzar en la mayoría de las relaciones.

Ambos habían estudiado medicina, aunque se habían especializado en ramas muy diferentes. Él en psiquiatría y ella en medicina forense. No obstante, esa formación en común era un nexo valioso y, aunque sin poner nombres, comentaban aspectos de los casos con los que trabajaban para conocer la opinión del otro y ver opciones que tal vez no hubieran considerado. Ambos poseían mentes muy analíticas y disfrutaban con los enigmas, con resolver rompecabezas que se les planteaban en sus respectivos trabajos.

Ese punto de desafío que les ofrecían sus respectivas profesiones, era un añadido maravilloso a una relación realmente sólida.

Stephen le habló largo y tendido del caso de Katerina y Arthur, sin entrar en demasiados detalles, sin desvelar bajo ninguna circunstancia la identidad de sus pacientes, pero de una manera extensa y detallada, sin ocultar la preocupación que tenía. Pronto Hilka se percató de cuánto le obsesionaba aquel caso en concreto. Parecía que el psiquiatra hiciera depender su valor como médico de los resultados que obtuviera con aquellos pacientes en concreto a través del tratamiento que había planteado. Pero era demasiado joven y contaba con poca experiencia aún, tenía mucho camino por delante y, sin duda, el caso era terriblemente complejo, con unas ramificaciones inextricables y extensas. Había sido infligido demasiado dolor, habían sufrido demasiada violencia moral y física aquellas dos personas indefensas.

Las consecuencias podrían ser imprevisibles.

A su novia por aquella época le preocupaban las secuelas que pudiera dejarle aquel caso si el resultado no era el que él esperaba. Temía que Stephen no fuera consciente de que la posibilidad de éxito parecía más bien baja. Y le asustaba pensar cómo afrontaría ese fracaso si llegaba a producirse.

Capítulo 11

REGISTRO

Actualidad. Día 3 - sábado

l último jueves, al destino le había dado por volver a jugar con la tranquilidad de la E zona y trastocarla con la supuesta desaparición de Stephen. Aquello les había mantenido en pie sin dormir en toda la noche. El viernes, teniendo en cuenta el sueño atrasado, no había dado para mucho más que para dar una cabezada a primera hora de la mañana con el único objetivo de evitar que parecieran zombis antes de ponerse manos a la obra otra vez.

En cuanto al trabajo de investigación en sí, una vez iniciada la jornada más tarde de lo habitual por todos esos motivos, se había resumido en poner al día al Jefe de Policía, esperar los resultados de la búsqueda que habían reanudado los buzos por la mañana, revisar los indicios que tenían -que no era demasiados-, entrevistar a algún posible testigo en la zona del muelle de Monterey y acudir al hospital a realizar la entrevista con el Jefe Adjunto.

Por desgracia, no había habido demasiada suerte con nada de ello. No habían encontrado huellas en los objetos personales de Stephen ni tampoco habían localizado a nadie que hubiera visto nada sospechoso al atardecer. La noche anterior, justo después de que Hilka llamase a Kisha, la habían pasado en vela tratando de averiguar algo en las inmediaciones del lugar donde supuestamente había desaparecido el psiquiatra, pero no pudieron encontrar ningún dato o detalle que en apariencia fuera relevante.

Todo era un inmenso nada.

No hace falta decir que en una desaparición no tener nada nunca es buena señal.

En ese tiempo, si estuvieran ante un rapto, ya deberían haberse puesto en contacto los secuestradores, pues eso era lo más habitual, siempre y cuando el motivo fuera económico. Sin duda podría serlo y no debían desechar por completo esa hipótesis, puesto que Hilka y su marido disfrutaban de una posición económica bastante desahogada.

Que nadie se hubiera puesto en contacto, no obstante, tampoco era buena señal, aunque permitiese pensar que probablemente nadie le había capturado para sacar un beneficio económico. Por el contrario,

apuntaba a varias opciones, cada cual más siniestra. Podían estar ante un secuestro por un motivo personal como la venganza, por ejemplo, un suicidio o un asesinato en el que aún no habían localizado el cadáver. La

desaparición voluntaria cada vez les parecía menos plausible a Kisha y a Julius, aunque eran conscientes de que todavía no debían descartarla.

Esa mañana de un sábado de finales de octubre se dirigirían otra vez al hospital con el claro objetivo de registrar el despacho de Stephen, algo que se les antojaba podía ser clave en el desarrollo de la investigación. Podía haber allí información que les condujese hacia alguna pista o teoría. El tiempo corría deprisa y no se podían permitir el lujo de perderlo.

A primera hora, nada más despuntar el día de aquel fin de semana fresco, se habían visto en la comisaría. Después del ajetreo y el poco descanso de las anteriores treinta y seis horas, estaban agotados, por lo que después de la entrevista la tarde anterior con el doctor Trenton, el Jefe Adjunto de Psiquiatría, se habían ido a casa. Ambos terminaron el viernes exhaustos, pues apenas habían descansado unas cuantas horas por la mañana después de haber estado buscando a Stephen tras el aviso de Hilka. Esa noche de descanso que ahora sí tenían tan reciente era vital considerando lo que tenían por delante.

Un maratón.

Una prueba de fondo.

Una búsqueda sin tregua.

Confiaban en que aquel día, más despejados y con unas cuantas horas más de trabajo que la jornada anterior, pudieran avanzar en la investigación. Necesitaban sentirse optimistas.

Cada hora que pasa en una desaparición sin conocer el paradero del sujeto puede ser vital y, en éste caso, era difícil precisar cuánto llevaba desaparecido. Por el momento, la última persona que le había visto con vida era su mujer cuarenta y ocho horas antes cuando él se dirigía al trabajo como cada mañana. Esa era la cifra que por el momento manejaban.

Cuarenta y ocho largas horas.

El reloj podía correr de forma diferente dependiendo de con quien

jugara. Si estaba en el equipo de los investigadores, sin duda iba rápido como un velocista. Si se consideraba desde el lado de Stephen, posiblemente parecería ir ralentizado como en una moviola.

Por una parte, querían empezar a revisar todo lo que pudiera ser de utilidad en el despacho del psiquiatra. Habían pedido una orden judicial para poder ver los expedientes que guardase allí, cosa a la que se habían negado rotundamente el Director del Hospital, tratando de velar así por la confidencialidad y el bien de sus pacientes,

según había argumentado cuando hablaron con él el día anterior antes de entrevistarse con el doctor Trenton. Sin una orden judicial, no se lo permitirían. Podían acceder al despacho si lo consideraban útil para su investigación, pero nada más. Los archivadores seguirían bajo llave hasta que un juez dictaminase que debían abrirse.

No contaban con el más que previsible inconveniente de que era fin de semana y que las diligencias no suelen ser ágiles principalmente en ese período.

La inspectora llamó de camino a Monterey al Jefe de Policía para que agilizara los trámites lo máximo posible. No habían podido hablar con él en persona en la comisaría aquella mañana. Era prioritario conseguir esa orden y ya llegaba con retraso. Tal vez en alguna de esas carpetas se encontrase el responsable de la desaparición de Stephen, si es que había alguien detrás, cosa de la que aún no tenían total certeza.

Llegaron al aparcamiento del hospital en torno a las nueve de la mañana. A pesar de que era sábado y no era día de consultas, se veía bastante movimiento. Al menos, el Director del Hospital había accedido a pedirle a la secretaria y algunas de las enfermeras que solían trabajar con frecuencia con Stephen que fueran aquel sábado a entrevistarse con los policías.

Bajaron del coche y se dirigieron a la entrada principal. Kisha se ajustó el abrigo en torno a su cintura, puesto que hacía una mañana ventosa que provocaba que la sensación térmica bajase varios grados. A pesar de que llevaba su pelo recogido en un moño bien sujeto, se escaparon algunos mechones rebeldes de su melena y tuvo que retirárselos con los dedos de la frente para colocarlos detrás de sus orejas. Julius se quedó mirando a su compañera y se fijó en ese gesto, el cual le pareció un tanto coqueto y sensual, por lo que le pilló desprevenido cuando ella empezó a hablar y le miró.

—Es hora de que te luzcas, guaperas.

—¿Qué? —preguntó Julius mirando a la inspectora con extrañeza y un tanto ruborizado ante aquel comentario.

—¿Qué te pasa? Me parto en tres, ¿te has puesto rojo? ¿En serio?

—No, para nada.

—No me dirás ahora que es la primera vez que una chica te ha dicho que eres un guaperas, ¿no?

—No me he puesto rojo, ¿vale?

—¿Qué no? Venga va, que lo he visto. Todavía se te notan los coloretes —dijo riéndose con ganas y acercando su dedo índice a la cara de su compañero.

—Déjame, anda —respondió apartándose.

—Venga va, en serio. No te enfades, que ya no te torturo más. A lo que me refiero es que quiero que seas tú quien lleve el peso del interrogatorio ahora. Eres un tío guapo y seguro que, si les pones ojitos, están dispuestas a contarnos más cosas.

—¿Te das cuenta de lo sexista que suena eso, Kisha? Parece mentira proviniendo de un mujer.

—Joer, qué recatado te estás volviendo. Hoy no se puede decir nada sin que te acusen de algo. En fin. Siento si ha sonado machista, no era mi intención, su majestad, pero no me negarás que cuando quieres conseguir algo de una tía le pones tu mejor sonrisa, ¿o me lo estoy inventando?

—Bueno, imagino que como tú. Seguro que con Derek no eres tan hostil ni tan borde como con el resto de la humanidad.

—Bueno, bueno, eso deberías preguntárselo a él. Igual te sorprende —respondió levantando las cejas y con una expresión un tanto cómica.

—En realidad, no sé cómo te aguanta.

—Si te sirve, yo tampoco lo entiendo. No me líes. A lo que íbamos, ¿haces tú las preguntas o me encargo yo?

—No, déjamelo a mí.

—¿Tienes claro lo que necesitamos saber?

—¿Crees que soy idiota?

—Perdona que a veces tenga mis dudas de que alguien con tanto músculo tenga también inteligencia.

—Te estás luciendo hoy con los estereotipos.

—Venga va, no te mosquees que sabes que estoy de broma. Además, sabías donde te metías cuando pediste ser mi compañero. Esto es culpa tuya y sólo tuya. Seguro que Pete te lo advirtió, así que ahora no vale quejarse ni arrepentirse, eres mío para siempre, Julius Morgan —concluyó riéndose.

El detective puso los ojos en blanco por toda respuesta. Tenía razón, tal vez no sabía bien dónde se había metido. Sin embargo, no podía negar que le encantaba trabajar con ella. Era una mujer divertida, con un carácter muy particular y muy aguda en sus respuestas. Tenían una personalidad muy fuerte y no se dejaba amedrentar fácilmente.

Además, decía claramente lo que pensaba. Tal vez, en algunas ocasiones, con demasiada claridad. Y encima era tremendamente atractiva. ¿Qué más podía pedir?

Entraron en el Hall y buscaron en el panel las indicaciones que les llevaran a la planta de psiquiatría. Se dirigieron al ascensor y, por suerte, no tuvieron que esperar demasiado. Se bajaron en la quinta planta. El olor a medicina era claro y penetrante. A Kisha le desagradaba especialmente aquel olor, tal vez porque en el último año había tenido que estar dos veces hospitalizada y aquello no le traía precisamente buenos recuerdos. Nada activa tanto la memoria como la estimulación de la glándula pituitaria.

Llegaron a la altura donde se encontraba el mostrador de recepción de la planta en la que trabajaba el doctor Stephen Meyer. Preguntaron dónde se encontraba el despacho del Jefe de Psiquiatría, mostraron sus placas y dijeron que tenían que hablar con su secretaria y que ella posiblemente les estaría ya esperando. Además, señalaron a modo de recordatorio que necesitarían hablar con el personal que hubiera estado trabajando en la planta en los últimos días.

El hospital tenía unas instalaciones modernas, con pasillos amplios y barandillas metálicas en las paredes laterales. Era un hospital de vanguardia con la última tecnología médica, uno de los motivos por los que el prestigio no había parado de crecer en la última década. Y ya se sabe, según sube el prestigio llegan las inversiones y el círculo de dinero y reputación se cierra una vez tras otra sobre sí mismo.

Una vez recibidas las debidas indicaciones, llegaron en apenas un minuto a la altura del despacho de Stephen y encontraron a una mujer rubia de mediana edad perfectamente peinada y bastante arreglada.

—Buenos días, soy la inspectora Kisha Jennings y éste es mi compañero, el subinspector Morgan. Supongo que usted es la señora Davis.

—Exacto. Buenos días.

—En primer lugar, mi compañero y yo queremos agradecerle que haya venido hoy hasta aquí. Sabemos que era su día libre.

—No se preocupen. No pasa nada. Vivo cerca, así que no ha sido un gran esfuerzo.

—Supongo que ya le habrán comentado que el director del hospital nos ha concedido acceso al despacho del Jefe de Psiquiatría para una investigación en curso.

Además, queríamos hacerle unas preguntas en relación al doctor Meyer —comenzó a decir Julius—. Confiamos en que pueda ayudarnos.

—Por supuesto, aunque me ha llamado antes para decirme también que bajo ningún concepto les deje acceder a los archivadores que contienen los expedientes de sus pacientes.

—Sí, tranquila. Estamos esperando que de un momento a otro llegue la orden judicial para eso.

—¿Podrían decirme al menos qué le ha pasado al doctor Meyer? Llevo muchos años trabajando con él y comprenderán que para mí no es sólo mi jefe.

—Lo entendemos —se adelantó a decir Kisha—, pero comprenderá que no podemos hablar de una investigación abierta.

—No les pido que me den detalles, sólo saber qué le ha pasado.

Julius comprendió que debía darle algo a cambio de su colaboración. Únicamente compartiría con la secretaria algunas vaguedades, pero sabía que eso lo interpretaría como un gesto de respeto por parte del policía y eso podría servir para que ella revelase más información. Si se ganaba su confianza, quién sabía lo que podría desvelar sin apenas darse cuenta de que lo hacía.

Los seres humanos somos así, fáciles de manipular aunque no lo creamos. Apelar a nuestra vanidad, en unos casos, o a nuestras emociones, en otros, puede ser un camino en medio del bosque que nos conduce hasta un claro en el que se revelan todos los secretos y verdades.

—Aún no lo sabemos con certeza —respondió el subinspector esta vez —, y no me gustaría ofrecerle información errónea. Sabemos poco más que usted, que nadie le ha visto desde que saliera el jueves de casa. De hecho, estamos intentando averiguar si le vio alguien anteayer en el aparcamiento del hospital, puesto que hallamos su coche aquí, lo que nos induce a pensar que obviamente él llegó hasta el aparcamiento. Aún no hemos revisado las grabaciones para confirmarlo porque no hemos tenido acceso a ellas, pero lo haremos cuando terminemos de recabar datos y tengamos la oportuna autorización. Siento no poder decirle nada más.

—Gracias, de todos modos.

—De nada. Quiero que entienda que entendemos su preocupación. A mí también me gustaría saber qué ha pasado en una situación semejante.

Se quedó mirando a la señora Davis reflejando empatía y comprensión en su semblante. Al mismo tiempo, posó su mano con suavidad en el brazo de ésta un par de segundos sin apartar sus ojos de los de ella, lo justo para que no resultara incómodo ni violento. Ese ademán aparentemente tan inocente reforzaba de forma rotunda el mensaje que quería transmitirle: “*los dos sentimos lo mismo y estoy aquí para ayudarte* ”. A Kisha casi se le escapó una risita al ver a su compañero tan metido en el papel.

—Nos gustaría saber si había notado al doctor Meyer más nervioso últimamente —

continuó Julius.

—No, salvo por el tema de la reunión del Consejo de Administración acerca de a qué proyecto de investigación iban a dedicar los fondos este año. Estaba trabajando muchas horas y estaba algo estresado, pero no creo que fuera nada más.

—¿Le comentó algo al respecto? Quiero decir, si se mostró preocupado por la actitud de alguien del hospital hacia él, si había tenido algún encontronazo con algún compañero o algo similar.

—Bueno, yo no diría encontronazo, pero con el doctor Trenton estaba teniendo sus más y sus menos. Ambos tenían, al parecer, ideas bastante dispares y no habían sido capaces de ponerse de acuerdo para presentar un proyecto común, así que podría decirse que la relación entre ellos estaba un poco más tensa de lo habitual.

—¿Hizo alusión a algún comportamiento inapropiado por parte del subjefe de psiquiatría debida a esta divergencia de opiniones?

—No, no me malinterprete. No se ponían de acuerdo, pero ambos eran muy correctos en el trato. Nunca jamás les he oído pronunciar una palabra más alta que otra.

—Entiendo —dijo Julius tomando notas—. ¿Han recibido recientemente alguna queja de algún paciente o de algún familiar?

—No. Es decir, nada fuera de lo habitual. De vez en cuando hay algún familiar descontento porque los resultados que esperan no se producen. Son enfermedades habitualmente difíciles de afrontar y esperan cambios rápidos que no siempre ocurren.

Supongo que es comprensible su desazón en ocasiones.

—Claro, no lo dudo. ¿Y recuerda si el doctor ha recibido en alguna ocasión amenazas? Tenemos entendido que, de forma recurrente, ha trabajado como perito para la justicia, así que eso sería un ingrediente añadido.

—No que yo sepa.

—¿Nunca? —preguntó sorprendido.

El hecho de que el doctor Meyer ejerciese como perito judicial en ciertas vistas parecía ya un motivo de por sí para ser el blanco de algunas amenazas cuando recomendaba que el sujeto en cuestión permaneciese recluido si éste estaba solicitando algún tipo de permiso o, por ejemplo, la libertad condicional.

—Creo que no. Si las ha recibido, no me lo ha dicho. Es bastante hermético con algunos asuntos. Tal vez él ni siquiera les haya dado demasiada credibilidad o importancia. Tienen que tener en cuenta el perfil de los internos en esta planta y de los pacientes con los que trabaja el doctor. No es disparatado escuchar ciertos comentarios aquí que no son habituales en otro entorno.

—Es cierto, pero me refiero más a escritos o amenazas reiteradas, no a

algo que alguien que esté fuera de sí por un brote psicótico, por ejemplo, pueda decir en un momento de descontrol. Sería verosímil que hubiera podido recibir alguna correspondencia un tanto inquietante.

—Creo que no. Si es así, conmigo desde luego no lo ha compartido. Tal vez con algún colega o con alguna de las enfermeras con las que trabaja.

—¿Comentó el doctor en algún momento algún paciente que le preocupara especialmente por su conducta o por su evolución?

—El doctor Meyer se preocupa por todos por igual. Es un hombre muy entregado a su trabajo. De hecho, por el cargo que ocupa, podría atender un número menor de pacientes pues tiene otras responsabilidades, pero se niega a dejar esa faceta y, sobre todo, no quiere pasar sus antiguos casos a otros médicos para que sus pacientes no piensen que los ha abandonado.

—De acuerdo. Creo que hemos terminado por el momento. Gracias por su colaboración. Le dejo mi tarjeta por si se le ocurriera algo más adelante. Puede llamarme a cualquier hora —concluyó al tiempo que le extendía la pequeña cartulina.

—Está bien. Lo haré si recuerdo algo.

—Ahora nos gustaría revisar su despacho y le agradeceríamos que nos avisara cuando esté disponible alguna de las enfermeras que suelen trabajar con él o cualquier otro miembro del personal que tenga contacto frecuente con el doctor.

—De nada. Enseguida aviso al siguiente. No duden en avisarme si necesitan algo más.

Acto seguido, les acompañó hasta el despacho para que accedieran a él. Destacaba la elegancia y el buen gusto, así como el evidente contraste que existía entre la decoración algo más clásica de aquella estancia con el aire vanguardista del resto de lo que habían visto del hospital.

Según accedieron a la habitación, a mano izquierda se encontraban interminables estanterías de roble macizo que iban del suelo hasta el techo. Había un butaca y un diván, por lo que era más que probable que lo utilizara también para pasar consulta. De hecho, Stephen seguía haciendo uso del psicoanálisis con algunos pacientes, a pesar de que en los últimos tiempos esa corriente psicológica hubiera caído un

tanto en desuso debido a su pérdida de prestigio por su escasa base científica. Al otro lado, junto a un amplio ventanal con cuarterones lacados en blanco, se encontraba el escritorio. Desde ese lugar, se veían con claridad el jardín y dotaba a la estancia de un aire fresco que rebaja la solemnidad de la estancia. Todo estaba perfectamente ordenado, sin un papel fuera de su sitio, casi rozando la compulsión. En la mesa, delante de una confortable

silla de cuero, se encontraba un vade y, a la izquierda de éste, un ordenador de sobremesa. A la derecha, había un calendario de anillas que obviamente servía también de agenda al doctor, aunque Kisha intuía que tendría otra agenda que trasladaría en su maletín.

—¿Qué opinas? —le preguntó Julius a Kisha en relación a la conversación con la secretaria.

—Que nos ha soltado un montón de mierda.

—¿A qué te refieres? —preguntó desconcertado.

—No me creo que el Jefe de Psiquiatría no tenga familiares descontentos quejándose ni que no haya habido ningún paciente que se haya mostrado agresivo. ¿Nada? ¡Venga hombre! Intenta vendernos una imagen perfecta y, no me entiendas mal, Julius, conozco a Stephen aunque es cierto que tampoco demasiado, y no dudo de que sea un excelente profesional. Pero, como todos, siempre hay alguien que no está contento con lo que hacemos. Y en su posición, estoy segura de que habrá tenido que sortear situaciones complicadas, más de las que nos ha contado. Entiendo que a Hilka no se lo contara para no preocuparla, pero su secretaria debe estar al tanto. Si no se lo ha contado él directamente, seguro que ha oído algo en cualquier sitio. Si hay algo que está en todas partes son los chismes.

—Puede que tengas razón.

Empezaron a registrar su mesa. La única limitación que les habían impuesto desde la dirección del hospital era la de abrir los expedientes de los pacientes. No habían dicho nada de lo demás, por lo que revisarían su ordenador y sus cuentas de correo electrónico. En su móvil no habían encontrado nada útil, entre otras cosas, porque no tenía nada relacionado con el trabajo. Era evidente que Stephen trataba de separar bien la parcela personal y la profesional. Además, Kisha sabía que el círculo de amistades de él y su mujer era bastante reducido.

Había que revisar de forma exhaustiva absolutamente todo, lo que se

veía y lo que estaba oculto a simple vista. Tendrían que dedicar el tiempo que fuera necesario mientras llegaba la maldita orden de registro.

En el lugar más insospechado podría hallarse alguna pista.

Capítulo 12

INFLEXIÓN

Veinte años antes…

aterina se suicidó. Stephen creyó que estaba mejorando y, no iba desencaminado en K sus observaciones, si no hubiera sido porque no se dio cuenta de hasta qué punto su paciente se había enamorado de él. Le había convertido en el eje en torno al cual giraba su estabilidad mental. Al más puro estilo de Arquímedes, "*dadme un punto de apoyo y moveré el mundo* ". Stephen era ese punto de apoyo pero el mundo no se movió, sino que se tambaleó bajo sus pies hasta deshacerse como arcilla roja.

Así que, cuando él la rechazó sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, todo el castillo de naipes que ella había construido, todos los sueños relacionados con empezar una vida nueva junto a un hombre bueno, educado, amable y que le daría una estabilidad no sólo financiera, sino sobre todo emocional tanto a ella como a su hijo, se derrumbó abruptamente y sintió que no merecía vivir.

Y aquel hecho tan desolador y trágico, constituyó un punto de inflexión para Stephen pero en especial para Arthur, uno más en una vida ya de por sí desdichada.

Aquello no hizo más que ahondar en su oscuridad y arrastrarle hacia su particular averno. Justo cuando había empezado a confiar y cuando se abría por fin una vía para desviarle de ese maldito camino trazado por un destino injusto y cruento. Justo en el preciso instante en el que había entendido que aquel hombre barbilampiño que le visitaba puntualmente podría ser su salvación si colaboraba con él.

Justo entonces, otra vez todo se fundió a negro.

Cada vez que su madre le visitaba en el correccional, le decía lo que la estaba ayudando y que debía contarle todo lo que necesitaba para su tratamiento, porque el doctor Meyer les iba a ayudar. No sólo eso. Les iba a salvar. Ella le hablaba con una ilusión desconocida, porque su madre siempre se había movido en el estrecho intervalo que

transcurría entre el miedo y el desánimo, sin traspasar nunca hasta esa fecha las fronteras que conducían a otro tipo de emociones más nutritivas y animosas. Él mismo había experimentado lo liberador que había sido sacar por fin todo lo que había guardado durante años muy hondo en su interior.

Empezó a decirle a su hijo que esperaba poder casarse con el doctor Meyer en un futuro cercano, a pesar de que no tenía ningún indicio que alimentara su delirio de que aquel médico adorable sentía por ella lo mismo. Su ilusión era contagiosa y el chico

llegó a emocionarse también. Por fin podrían vivir una vida como la de una familia normal cuando lograse salir de aquel maldito agujero en el que los chicos mayores parecían empeñados en amargarle la existencia.

Nadie le contó a Arthur que su madre se quitó la vida porque su psiquiatra la había rechazado. En realidad, nadie lo sabía con toda certeza, aunque en su carta de despedida sí insinuaba que había soñado con empezar una vida nueva junto a aquel hombre que tanto la estaba ayudando y que tan bien la hacía sentir. Arthur sumó dos más dos y el resultado, ya fuera tres, cuatro o cinco, le daba igual, porque para él Stephen era el único culpable.

Y toda culpa debe ser castigada.

El psiquiatra fue sometido a investigación por un comité de expertos y se revisaron las sesiones y sus notas para dilucidar si las ensoñaciones de aquella mujer habían sido alentadas por su médico. No hallaron nada. Contar con tantas horas de grabaciones, tanto de la terapia con la madre como con el hijo, le exoneraron sin la menor duda.

Verdaderamente había sido impecable en su trabajo.

Fue un momento realmente duro para Stephen. Los cimientos en los que había fundamentado su práctica parecían haberse levantado con un material endeble, poco robusto. La desconfianza en su capacidad lo inundó todo. Llegó a plantearse dejar la profesión. Hasta aquel instante, no había experimentado la pérdida de un paciente. Sin embargo, Katerina sería la primera pero no la última, porque, a veces, por mucho que uno quiera, no puede ayudar en la medida en la que desearía.

Había intentado darle lo mejor de sí, le había entregado tiempo de su vida personal para ayudarla haciendo horas extra que nunca cobraría. Su celo y su entrega habían ejercido aquel doble efecto benigno y

maligno que le pilló a contra pie. Tal vez la terapia que había iniciado con ella no había servido en realidad para nada porque ella simplemente se había dejado arrastrar por la ilusión de un amorío irrealizable.

Las dudas sobre su capacidad como psiquiatra poblaron su mente hasta anegarla, como una presa que rompe muros y se desborda. Se empezó a cuestionar todo: su valía, sus métodos, su conocimiento. ¿Merecía la pena seguir adelante con aquella profesión?

Puede que no estuviera hecho para ella.

Hilka fue un apoyo fundamental en su vida. Tal vez la relación de la forense con la muerte fuera un punto a su favor para acompañarle en aquel momento y ayudarle a salir del bache y hacerle regresar el mundo de los vivos, donde tantos pacientes presentes y futuros le necesitaban, donde Arthur y otros chicos como él requerían de su coraje y sus ganas de cambiar el destino que para algunos jóvenes parecía estar escrito desde que fueran unos chiquillos.

Arthur volvió a su mutismo, a encerrarse en los altos muros definidos por su piel, impenetrables, recios, que aislaban un corazón que antes había sido frío pero que ahora era helador. Miraba con tal odio a su psiquiatra que en alguna ocasión se hizo heridas en las manos de tanto apretar los puños y clavarse las uñas en las palmas.

A pesar de todo, Stephen no renunció. Tal vez habría sido lo mejor para ambos. Para él, porque ver a aquel niño sólo le servía para sentirse zafio e inútil por no haber visto venir lo que se estaba gestando en la mente de la madre. Para Arthur, porque tal vez con otro psiquiatra con el que no tuviera ninguna vinculación, con el tiempo, habría llegado a progresar en su tratamiento.

Ya nunca lo sabrían.

Capítulo 13 Calentamiento

ra una casa grande. Resultaba bastante sencillo hacerse una idea del nivel económi

E

co de la familia sólo con ver aquella gigantesca vivienda con salida directa a la playa. Le daba náuseas esa forma de mostrarle al mundo un sentimiento de superioridad que residía únicamente en las posesiones materiales. Él había sido un niño rico, pero nunca había necesitado la ostentación para demostrarle a nadie cuál era su valor. Todo esa solvencia y ese poder adquisitivo había estado a su servicio para cumplir sus objetivos que, debía reconocer, eran menos nobles todavía que el mero hecho de presumir de dinero. Aún así, se creía con derecho a sentirse moralmente superior en ese aspecto.

Una forma de medir la ética con dudoso rasero.

No obstante, la realidad en ese preciso momento era que la mayor parte de lo que poseía se había esfumado. Por suerte, la caja B que nadie conocía seguía intacta.

Siempre se había caracterizado por ser previsor y anticiparse hasta el más mínimo imprevisto, aunque esta vez se había quedado corto. Otro elemento más, otro ingrediente que añadir a su ya de por sí desmedido odio.

Había atravesado una temporada dura. En algunos momentos dudó seriamente que pudiera conseguirlo. Pero eso ya había quedado atrás. Nadie podría negarle que tenía una fuerza de voluntad de hierro, especialmente cuando tenía un objetivo tan claro como aquel en mente. Se sentía orgulloso por ello, a pesar de que era consciente de que pocos entenderían sus motivos.

Por suerte para él, ya se sentía mejor. Estaba cada vez más recuperado, aunque iba más lento de lo que hubiera querido. Aún así, aún sabiendo que tal vez corría riesgos por no estar plenamente en forma, ya no quería esperar más. Había cosas que podía empezar a hacer.

Había que empezar con la era del terror.

Primero en nivel 1 sutil, luego nivel 2 dudoso para terminar subiendo a niveles 3

evidente y 4 aterrador.

Se rió para sus adentros ante su propia ocurrencia. El peligro estaba

allí y no había nada como el terror psicológico que va alimentándose poco a poco, despacio, sin prisa pero sin pausa. Era otra forma de hacer las cosas un tanto diferente a lo que estaba acostumbrado, pero podría disfrutar también. ¿Por qué no? Ya buscaría otras formas de calmar su hambre.

Era obvio que había habido un cambio en él incluso en ese aspecto. Una transformación. Un nuevo ser mutado del antiguo. Una versión 2.0. Ya no actuaba igual. Ya no podía, de hecho, actuar igual. Esta vez tenía que ser imposible de rastrear, deshacerse de todo el lastre que apuntara hacia él, de cualquier viejo hábito que anunciara su presencia antes de que él decidiera que era el momento de salir de entre la penumbra.

Dejar un pajarillo muerto en la entrada de la casa le pareció un primer mensaje sutil casi inapreciable. Nivel 1 bajo sólo para principiantes. Era cierto que no era nada muy elaborado ni elegante, casi como un retroceso a su niñez, pero por algo había que empezar. Podían ser múltiples razones por las que la pequeña criatura había acabado en la entrada de la vivienda sin vida. Los niños desconocerían que alguien le había roto el cuello, pero aún así, aunque pensaran que había sido un fallecimiento natural o simplemente un accidente de un pobre pájaro que se despista y choca contra la pared causándole un deceso anticipado, estaba seguro de que el simple hecho de encontrarse con la muerte en la puerta de su casa les conmocionaría.

Por suerte para él, los acontecimientos de los últimos tiempos le habían dotado de una serenidad y una paciencia que antes no tenía o, al menos, no tanta, aunque no descartaba que pudieran volver viejas hambres e instintos que ya habían empezado a rugir en su estómago. Al fin y al cabo, la bestia seguía dormida en alguna parte de su interior.

Ahora sabía que sería capaz de esperar todo el tiempo necesario para deleitarse con la observación en primera persona de lo que aquella muerte “accidental” provocaría en los residentes de aquella majestuosa vivienda a pie de las arenas blancas bañadas por el Pacífico.

Capítulo 14

VIGILANCIA

Actualidad. Día 3 - sábado

or fin tenían el visto bueno para poder revisar las cámaras. Algunos casos se P resuelven gracias a los sistemas de vigilancia en las ciudades, un asunto que no deja de ser controvertido pero que para la policía sin duda tiene sus ventajas. Para algo debía servir que Estados Unidos fuera el país con más cámaras *per cápita* del mundo. Se cree que tiene más de quince cámaras de circuito cerrado de vigilancia por cada cien habitantes.

Casi nada.

No obstante, para ellos suponía una posibilidad a la que agarrarse. Así que Kisha y Julius tenían la esperanza de que el caso se empezara a resolver por esa vía, encontrando un rastro, una pista, una cara que les llevaría a una identidad. Cualquier cosa con tal de que el maldito quebradero de cabeza terminara pronto trayendo de vuelta a casa a Stephen.

La inspectora no había visto el día anterior a Hilka porque no le habían quedado tiempo ni tampoco las fuerzas para ir a verla. Sí habían conversado brevemente por teléfono, aunque no había podido hablarle precisamente de avances. Al menos había servido para que la forense le contara cómo estaba y se desahogara con alguien que pudiera comprender sus sentimientos en ese momento, ese vacío hueco que se queda y no para de rugir cuando no tienes explicación y no hay más que preguntas sin respuestas.

La inspectora quería que, cuando la viera otra vez cara a cara, fuera para decirle que lo habían resuelto, que su marido estaba bien y que todo se había acabado. No podía traicionar la confianza que tenía su amiga en ella. Haría todo lo que fuera necesario, sin restricciones.

Pero la realidad era que pocas veces las cosas se resuelven con tanta facilidad. La posibilidad de que lo que hubieran registrado las cámaras les condujese directamente a la resolución del caso, no era más que una quimera. No obstante, como mínimo, confiaban en obtener una imagen de la última persona que le había visto.

En el hospital había cámaras en distintas ubicaciones. El personal sanitario había sufrido agresiones de pacientes y familiares en los

últimos años, por lo que se habían

intensificado las medidas de seguridad, lo que se traducía en mayor número de guardias y de sistemas de vigilancia.

Antes de acudir a la sala donde se monitorizaban todas aquellas cámaras, habían estado revisando el ordenador de Stephen. No había gran cosa de utilidad y varias carpetas tenían contraseña, lo que demostraba que el psiquiatra era una persona realmente celosa de la privacidad. Seguramente nunca imaginó que eso podría poner en peligro su vida y que constituiría precisamente una traba más en la investigación de su caso. Debido a ese celo profesional y a pesar de que Julius era bastante diestro con la tecnología, finalmente tuvieron que llamar a comisaría para que mandaran a alguien a por el ordenador y los técnicos pudieran acceder a toda la información cifrada.

En la sala de vigilancia se encontraron con un guardia amable y colaborador. Por fin un poco de suerte, alguien que trataba de allanar el camino, en lugar de ponerles más palos en las ruedas, lo cual desde luego no servía para traer al médico de vuelta más pronto que tarde.

Si es que podían traerlo.

Kisha apartó de su mente aquel pensamiento funesto y se centró en lo que tenían delante. Debía poner toda su atención y dejar las cábalas deprimentes para otro momento. Era evidente que sentía la presión de resolverlo, de llegar a una solución amable y satisfactoria, de no defraudar a quien confiaba en ella.

—Pues ustedes dirán qué necesitan.

—Bueno, creemos que el doctor Meyer no llegó a entrar en el hospital, puesto que nadie le vio ayer en todo el día. Así que, preferiría empezar con las cámaras que hay en el estacionamiento para el personal —solicitó la inspectora Jennings.

—Muy bien. Tenemos distintas cámaras en los parkings, pero aunque se han ido añadiendo en los últimos años, debo avisarles que aún tenemos algunos ángulos muertos y las grabaciones tampoco son de demasiada calidad. Por suerte, podemos recuperar con bastante facilidad lo que grabaron anteayer porque se borran a las setenta y dos horas si no hay ninguna denuncia por la que nos solicitan guardarlas más tiempo, así que, en todo caso, estamos dentro del plazo.

—Perfecto. El coche estaba en la plaza… —empezó a decir Julius

consultando su libreta.

—No se preocupe, sé dónde aparca el doctor Meyer. Todos los médicos tienen una plaza asignada. Y la suya es la cuarenta y tres B, la que está en la segunda planta, cerca del ascensor. ¿Lo ven? Está todo apuntado en el cuaderno.

—Genial. Seguro que eso nos facilita mucho las cosas.

Kisha se dio cuenta de que les convenía ser amables con el guardia. Parecía muy dispuesto a ayudar y también eficiente en su trabajo. A veces, esto ocurre con personal de seguridad que en algún momento quiso entrar en las fuerzas de la ley y no lo consiguió por algún motivo. Trabajar de vigilante les ayuda a acercarse a ese sueño frustrado que no ha llegado a plasmarse. En ocasiones, si se presenta la oportunidad, tratan de involucrarse al máximo en una investigación para la que se les pide algún tipo de colaboración. Les hace sentirse útiles y que hablan con colegas de su mismo rango, aunque a niveles prácticos realmente no sea así. No obstante, a nadie le hacía daño tratarle como si fuera un igual. Al fin y al cabo, su ayuda podía ser extremadamente valiosa.

—¡Vaya!

—¿Qué ocurre? —preguntó Julius.

—Parece que la diosa fortuna no está de nuestra parte. Verán, ahí tenemos el coche del doctor Meyer atravesando la barrera de la entrada después de introducir su tarjeta en el lector. Podemos seguir su trayecto a través de tres cámaras diferentes. Lo ven.

—Sí.

—Bien, ahí llega a su plaza de aparcamiento y le vemos bajar del coche. Sin embargo, hay un ángulo que no podemos seguir.

—Para un momento el vídeo —solicitó Kisha.

—Claro.

—¿Ves lo mismo que yo, Julius?

—Sí, parece que está hablando con alguien.

—Eduard, si eres tan amable, te importaría rebobinar y pasar otra vez el vídeo cuando el doctor Meyer se baja del coche. Quiero que lo pares

justo ahí y lo pases *frame by frame* desde ese preciso instante. Tal vez se vea algo.

—Por supuesto. Tiene una vista muy aguda, inspectora.

Ella le respondió con una sonrisa de compromiso.

El guardia hizo lo que le dijo la inspectora, la cual le pidió que repitiera la acción varias veces tratando de buscar cualquier indicio que pudiera haberse escapado.

De pronto, le pareció ver a alguien con una sudadera con capucha y parecía haber un destello, el cual tal vez provenía de esos espejos cóncavos que se ponen en los lugares de escasa visibilidad.



—Vale, ahí hay algo. Tendremos que llevarnos las cintas para que nuestros técnicos saquen imágenes más definidas. Ahora quiero que revisemos las cámaras de las escaleras y del rellano donde se encuentra el ascensor. Has dicho que su plaza de aparcamiento está justo al lado, así que creo que le estaba esperando ahí.

—No tenemos cámaras ahí.

—¿Qué? Estás de broma, ¿no?

—No, lo siento.

—Pero, ¿a nadie en todo el hospital se le ha pasado por la cabeza que es un lugar vital en el que pueden suceder las agresiones?

—La verdad es que habitualmente se producen dentro del hospital porque responden a reacciones impulsivas de los pacientes o sus familiares. Nunca se ha dado hasta el momento el caso de que premeditadamente alguien venga a esperar a algún médico o enfermero en la bajada al parking.

—Y sin embargo sí tenéis cámaras en el parking.

—Sí, porque en más de una ocasión han robado algún coche de alta gama. Lo siento, pero yo no hago las normas. Tal vez si a los que nos encargamos de la seguridad nos preguntaran, les habríamos recomendado que pusieran cámaras ahí también.

Acababa de irse por la alcantarilla una pista que podría ser clave. Les quedaba la posibilidad de que los técnicos pudieran depurar las imágenes hasta el punto de que en el espejo hubiera la inmensa suerte de que se distinguiera el reflejo de un rostro.

Pero parecía algo tan poco probable como encontrar una aguja en un pajar.

Cuando llegaron a comisaría, ya era bastante tarde. Habían revisado a fondo el despacho de Stephen, todo aquello a lo que tenían acceso. No habían podido dar con nada relevante. Al menos, quedaba la posibilidad de sacar un rostro de alguna de las imágenes de las cámaras y algo del ordenador.

Kisha y Julius estuvieron con los técnicos de imagen y sonido para intentar recuperar una imagen lo más nítida posible. Al final, todo lo que pudieron conseguir fue la silueta del que parecía un joven delgado que vestía deportivas, vaqueros y una sudadera con capucha que le ensombrecía totalmente las facciones de la cara. Además, las imágenes eran en blanco y negro, por lo que no podían distinguir el color de la ropa, salvo si las

tonalidades eran claras u oscuras. Tratarían de obtener los datos biométricos con un programa para tratar de establecer la altura y el peso del desconocido.

Después de que tanto los técnicos como los informáticos se retiraran al finalizar su turno, la inspectora y el subinspector se quedaron un rato más. Julius se encargó de empezar a filtrar la información que pudiera ser relevante en el ordenador incautado, mientras Kisha revisaba una vez tras otra las grabaciones de las cámaras desde los distintos ángulos. Empezó a ir más atrás, buscando en días anteriores si el desconocido había estado allí antes tratando de organizar el encuentro con Stephen.

El agotamiento empezó a hacer mella en ellos. Llevaban un turno de más de dieciséis horas encima y era hora de retirarse porque el cansancio ya no les permitía avanzar. El descanso de la noche anterior parecía ya estar muy lejano. Ni siquiera se acordó de que a eso de las seis de la tarde Derek la había llamado y una hora después otra vez. Miró su móvil, pero estaba sin batería. Había llamado a Hilka en algún momento de la tarde que no podía precisar y recordó que en la pantalla le salía el aviso de que la batería estaba próxima a agotarse.

No podía avisarle de que iba para casa. En cualquier caso, eran casi las dos de la mañana, por lo que si le llamaba probablemente lo único que lograría sería asustarle.

El día se había esfumado deprisa y no habían logrado gran cosa a pesar de todo el esfuerzo.

Cuando quince minutos después de despedirse de su compañero hasta la mañana siguiente, entró sigilosamente en casa procurando hacer el menor ruido, le sorprendió ver a Derek despierto en el salón.

—¡Hola! ¿Qué haces despierto tan tarde?

—¿Dónde estabas? —le preguntó Derek sin más dilación en un tono seco.

—Trabajando obviamente. Menudo susto me he dado al verte. Pensaba que estabas durmiendo.

—Sí, eso es lo que me hubiera gustado, pero después de llamarte más de diez veces sin éxito te aseguro que no podía conciliar el sueño pensando que te había pasado algo.

—¡Mierda! Lo siento, de verdad. Se me olvidó llamarte y me quedé sin batería.

—¡Genial! Volví hace un par de días y ya te olvidas de llamarme. Igual cuando lleve una semana en casa también te olvidas de volver.

—No tienes que ser sarcástico, ¿vale? Me he olvidado. No creo que sea un crimen.

Tengo demasiadas cosas en la cabeza ahora mismo. Además, podías haber llamado a la comisaría.

—Lo hice. Pero con quien hablé me dijo que acababa de comenzar el turno y que no estabais ninguno de los del turno anterior, que allí ya no quedaba nadie, ni siquiera Pete, así que tampoco pude preguntarle a él. Según parece, os habíais ido todos.

—Pues no sé con quién habrás hablado, pero está claro que no me habrá visto porque estaba en la sala de los técnicos. Nos dejaron a Julius y a mi revisando el material que habíamos incautado hoy y ellos se fueron.

—Y en ningún momento te acordaste de que, tal vez, yo estaba

preocupado. ¿No viste mis llamadas? ¿Ninguna? Porque en las últimas el teléfono parecía estar desconectado por el mensaje de la operadora, pero en al menos un par de ellas me dio tono.

—Sí, Derek. Vi una de tus llamadas. Pero estábamos liados con el caso y pensé en llamarte después. Entonces llamé a Hilka para ponerla al día de la investigación y me quedé sin batería. ¿Algo más?

—No, ¿para qué? Volvemos a los viejos hábitos del pasado, esa es la verdad. A desaparecer días completos, a no responder al teléfono, a estar irascible, a no dormir…

¿Sigo?

—Ha desaparecido el marido de mi amiga. Lo que menos me importa ahora es acabar mi turno a tiempo, la verdad. ¿Qué quieres que haga?

—Que te acuerdes de que existo y que me preocupo por ti. No creo que sea tanto pedir.

—No te pongas ñoño, ¿vale? Esto es importante y requiere toda mi atención.

—¿Ñoño? —preguntó acompañando sus palabras con un claro gesto de fastidio e incredulidad al mismo tiempo por la expresión que ella había usado—. ¡Genial! Está bien eso de que minimices mis sentimientos. Muchas gracias.

Era evidente que lo que acababa de decirle le había herido y estaba a todas luces molesto. Pensaba en que tan sólo un par de días antes había abandonado el hotel en Page antes de tiempo y había pasado la noche entera conduciendo para llegar antes a casa y estar con ella para nada.

Se sintió estúpido.

—Mira, Derek, no tengo tiempo para esto ahora. Estoy agotada. No he cenado y no recuerdo si he comido así que, si no te importa, prefiero hablar de esto mañana.

—Claro, cuando tú quieras. Eso es lo que importa, hacer las cosas a tu modo. ¿Qué más da lo que yo sienta o lo que piense?

—Joder, Derek, en serio estás pesadito.



—Tranquila, no te molesto más. Me voy a dormir. Tienes cena preparada en la nevera, por si quieres tomar algo.

Media hora más tarde, se metió en la cama junto a él. Había tenido tiempo de reflexionar mientras se daba una ducha relajante y ponía en orden sus pensamientos.

Tenía motivos para estar molesto y enfadado. Lo sabía. Había sido descuidada y se había olvidado de tener en cuenta que si la llamaba, podría ser por algo importante. Y

había pasado olímpicamente. Ya habían hablado de aquello anteriormente, la última vez que tuvo un caso difícil entre manos.

Además, en los últimos meses, había aceptado colaborar con departamentos de policía de localidades cercanas a Carmel cuando tenían una investigación que pudiera considerarse más difícil de aquello a lo que estaban acostumbrados. Pete se lo había pedido como un favor personal para ayudarle a estrechar relaciones con otras oficinas policiales y desarrollar así una red de cooperación en la zona. A ella le había parecido bien. Independientemente de que fuera el Jefe de Policía, era su amigo y lo hacía por lealtad hacia él. La realidad es que tenía mucha experiencia en casos complejos y, por ello, la habían llamado con relativa frecuencia. Derek no se había quejado, entendía que era su trabajo y ella era quien decidía, a pesar de que sabía que, cuando la llamaban, era debido a que el caso podía ser especialmente delicado y peligroso, algo que obviamente no le agradaba. Únicamente le había pedido que tuviera cuidado, que volviese todos los días a casa a una hora razonable y, si no podía ser porque el desarrollo de la investigación demandaba su presencia, que le llamase para avisarle.

En esta ocasión, no había recordado ninguna de sus peticiones.

Debía haber respondido cuando vio la llamada unas horas antes, pero no quería distraerse, quería dedicar toda su atención en el caso y había relegado su vida privada a un segundo plano, una vez más. No había sabido comprender sus motivos para estar enfadado cuando llegó a casa y había reaccionado a través de la confrontación.

Era evidente que Derek seguía despierto, a pesar de la hora, a pesar del cansancio. Él era una persona sensible a la que le afectaban cosas

como aquella. Y a ella no se le daba bien hablar, así que le abrazó y empezó a besarle. Necesitaba romper ese muro de silencio que ella había levantado. Sabía que el sexo era una vía rápida de resolver los pequeños conflictos con él. Un lenguaje que habían creado sus cuerpos y que entendían a la perfección. Así que empezó a acariciarle y recorrer su cuerpo despacio, llenándolo de caricias y besos, tratando de lamer las heridas.

—Kisha, no estoy de humor, ¿vale?

Pero no le hizo caso. Era una resistencia leve que respondía más a un intento de mantenerse estoico, de reforzar su enfado y de demostrarle a ella que estaba dolido y que no iba a dejarla solucionarlo con tanta facilidad.

Pero ella le conocía. Conocía cada centímetro de su piel, su forma de respirar, lo que le excitaba. Y poco a poco, fue derribando cada una de sus resistencias.

Hasta que ya no pudo más y se dejó llevar.

Capítulo 15

CAMBIOS IRREPARABLES

Diez años antes…

uando Katerina murió, todo cambió. No sólo lo evidente, los silencios que quedan C detrás, el dolor que se siente de manera física, su estela que se va emborronando con el paso de los días. Cambia el aire que se hace más irrespirable y llena todo del vacío que deja una persona cuando se va, sobre todo cuando no le toca, cuando le hace una jugada al destino y se adelanta a sus designios porque no puede soportar más su existencia.

Cambió Stephen y cambió Arthur.

Cambiaron las circunstancias y cambiaron las reglas del juego.

Cambiaron las emociones, que se volvieron desesperanza, inseguridad, miedo al fracaso, dolor, desazón, indiferencia, rabia, inquina y rencor. Emociones oscuras destinadas a tragarse almas y dejarlas secas. Emociones que se atragantan hasta asfixiar el espíritu.

Katerina dejó una carta de despedida. Era una carta conmovedora de una persona a la que la vida parecía haberle negado sin denuedo la oportunidad de ser feliz. Era una carta que no podía llenar aquella inmensa nada que dejaba tras de sí para su hijo, al que no le quedaba ningún soporte al que agarrarse.

“Haz caso al Doctor Meyer. Tal vez él consiga lo que yo no pude hacer por ti”.

Y después un lacónico te quiero y poco más.

Sin duda, no calculó las consecuencias que ello traería.

Durante casi tres años más, Stephen acudió semanalmente a ver a Arthur, a veces, incluso con mayor frecuencia. Creía que se lo debía, que no podía abandonarle, que debía ser su faro en mitad de una noche oscura, aunque íntimamente sabía que las inseguridades que le habían surgido después de lo sucedido con su madre no le ponían en la mejor posición para el paciente.

Notaba sus hostilidad en cada ocasión, su mirada desafiante por un lado, huera por otro, como si la vida se le hubiera escapado con el último aliento de su madre. Stephen se volcó, trató de ser su referente,

su clavo ardiendo, sintiendo a veces que actuaba a la

desesperada tratando de enmendar la falta de agudeza que había tenido al no percatarse de lo que pasaba por la cabeza de aquella mujer.

Nada sirvió.

Es más, aquel interés desmedido del psiquiatra resultó contraproducente porque para Arthur aquello le hacía más culpable, una forma de reconocer y tratar de expiar sus pecados. Era una constante demostración de que él tenía razón y aquel maldito médico había arrastrado a su madre a la muerte.

No hubo avances. Ni el más mínimo. El niño cada vez estaba más replegado en sí mismo, los conflictos con los chicos del centro se multiplicaron y empezó a mostrar conductas predelictivas cada vez con más frecuencia, ya que, entre otras cosas, trató de quemar en más de una ocasión las papeleras del centro y su colchón sin el menor remordimiento. "*Quiero que conozcáis cómo es el infierno* ", decía a los cuidadores cuando le sujetaban. No se explicaban cómo conseguía las cerillas o el mechero según el caso.

Tal vez conseguía quitárselos hábilmente a alguno de los vigilantes o de los terapeutas que trabajaban con los chicos. La realidad era que cada vez tenía que pasar más tiempo en aislamiento, hasta que llegó un momento en el que Stephen entendió que debía dejar que otro colega le tratara, aunque él continuase al tanto e hiciera un seguimiento estrecho de su evolución. De hecho, prosiguió visitándole, aunque de manera cada vez más espaciada hasta que se convirtió en algo esporádico.

Por otra parte, la investigación de Stephen con jóvenes que presentaban conductas relacionadas con la triada homicida en la infancia terminó siendo un rotundo éxito y le valió un premio nacional de psiquiatría, así como el reconocimiento de sus colegas. Su carrera despegó como si la hubieran colocado en una estación de lanzamiento espacial, directo a las estrellas. No dejaba de ser irónico que el caso con el que había germinado la idea de dicha investigación hubiera sido su mayor fracaso.

Llegó el momento en el que Arthur cumplió los veintiún años y era preciso tomar una decisión sobre su futuro. Una comisión de expertos se reunió y recomendaron que pasara al sistema penitenciario adulto.

Stephen se encontraba en aquella comisión.

Capítulo 16

VIEJOS HÁBITOS

Actualidad. Día 4 - Domingo

l domingo Kisha se levantó temprano. A pesar de lo que solía dormir en E circunstancias tranquilas y normales, no le costó lo más mínimo levantarse. Ni siquiera necesitó ponerse el despertador. Su reloj interno la despertaba puntual, como una máquina precisa.

Apenas tomó un café y se fue a la comisaría. En cuanto salió a la calle se dio cuenta de que aquella era una perezosa mañana de otoño que parecía cansada incluso antes de empezar, como si no tuviera intención de acabar de amanecer, como si el sol remolonease entre las nubes jugando al escondite y cargando los ánimos de sentimientos lúgubres.

Confiaba en que ya hubiera llegado la orden judicial que les permitiera el acceso a los expedientes de los pacientes que atendía Stephen. Ahí podía estar la clave para encontrarle. Anhelaba que fuera así, que hubiera un hilo del que tirar que desenredase aquel lío y les condujese a una solución óptima. Necesitaba un final feliz.

Sí, lo necesitaba.

Por Stephen.

Por Hilka.

Por Derek.

Le inquietaba el hecho de que nadie hubiera contactado para pedir un rescate, por ejemplo. No es que fuera lo ideal ni lo más apetecible, pero al menos implicaría disponer de algún tipo de información acerca de su paradero y su estado de salud. Con lo que tenían hasta ese momento, era materialmente imposible saber si el psiquiatra aún seguía con vida. No había un rastro que seguir y eso era lo que más le inquietaba.

Cuando llegó a comisaría, le sorprendió ver que Julius ya estaba manos a la obra.

Debía haber dormido incluso menos que ella. Sin lugar a dudas, había encontrado la horma de su zapato como compañero de patrulla, porque era cada vez más evidente que era tan obsesivo como ella con

el trabajo. Pensándolo con detenimiento, se dio cuenta de que eso podía ser bueno, pero también nefasto si se retroalimentaban el uno

al otro hasta hacer desaparecer su vida personal. Y ella no debía olvidar que ahora tenía una vida privada que merecía la pena cuidar.

Pensó con cierto regusto amargo en como habían acabado las cosas la noche anterior con Derek. No solían discutir, tenían una relación que paradójicamente podría considerarse demasiado estable para lo inestable que podía ser ella en muchas ocasiones. Tenía un carácter difícil, siempre lo había tenido. Pero él le proporcionaba un equilibrio que nunca antes había sabido encontrar. Era consciente de que él tenía sus motivos para estar enfadado y ella no le había concedido ni eso. Y encima se había ido de casa aquella mañana sin esperar a que él se levantara para, al menos, desayunar juntos.

Sabía que él no había dormido demasiado. Había estado dando vueltas gran parte de la noche. No era saludable acostarse enfadados y confiaba en que, en cierta medida, hubiera quedado resuelto el enfado, aunque sabía que seguía preocupado y dolido. No le había dejado explayarse y explicar sus cavilaciones, sino que le había cortado en cuanto lo había intentado y se había mostrado hostil con él. Estaba agotada y hambrienta, así que había tenido poca tolerancia ante sus motivaciones, las cuales eran obviamente justificadas. Sabía que Derek no era rencoroso y no había estado equivocada cuando decidió que podría derribar sus resistencias con el lenguaje del cuerpo, que habla sin circunloquios, a través de un vocabulario básico que se expresa de una forma mucho más simple y directa que las palabras. Y su cuerpo la había respondido como ella esperaba.

Pero aún así, tenía un malestar interior evidente. No podía dejar de pensar en ello.

Conocía lo sensible que era Derek y debía contar con él y tenerle presente, por muy difícil que fuera el caso. Él solo quería que ella estuviera bien, sólo pretendía cuidarla.

Pero no le había dejado hablar, le había atacado burlándose de sus sentimientos. *“Ñoño, le dije ñoño. ¿Cómo coño se me ocurrió esa palabra?”* - reflexionó, dándose cuenta de lo ofensiva que podía resultar. Si algo sucedía, ya no habría tiempo para arreglarlo. Al menos debería haber aprendido esa lección después de lo que sufrieron con el caso que había acabado con Jenkins en el fondo del océano.

O eso esperaba.

La auténtica verdad era que ella seguía sin estar segura al cien por cien. Necesitaba ver su cuerpo inerte para no albergar la menor duda.

Era agotador no poder cerrar definitivamente esa puerta y deshacerse de la llave para no volver a abrirla jamás. Sabía que, mientras viviese, siempre habría momentos en los que buscaría su rastro por si había logrado de forma casi milagrosa salvarse de la caída por el acantilado después de que Bill le disparara. Él le había dicho que no había esperanza, porque le había metido una bala en el costado y estaba convencido de que le

había perforado un pulmón. Si la caída de tantos metros de altura a un mar embravecido no le había matado ya de por sí, era difícil que sobreviviese con un pulmón inoperante. Estaba abocado a morir ahogado.

Sí pero…

No podía pensar en eso en aquel momento. Bastante tenía ya con el caso que tenía entre manos y la última discusión con Derek. Todas esas cavilaciones le robaban la energía.

Eso precisamente le recordó que no podía dejar que su trabajo enturbiara su vida privada. Nunca más. En cuanto encontrase a Stephen, todo volvería a la normalidad. Lo que tenía ahora era demasiado valioso. Los meses anteriores había experimentado por fin la felicidad. Al fin había comprendido lo que se siente al tener al lado a alguien que te ama de manera incondicional, que adora tus defectos y los hace suyos, alguien que no te recuerda tus fallos y que te acompaña en cada paso del camino.

Sólo había algo con lo que Derek era intransigente y ella lo sabía. Llevaba mal que ella se obsesionara con el trabajo y con los casos, porque la hacía estar ausente de todo lo demás. Y era cierto. Derek le decía que cometía auténticas locuras, que no calibraba bien los riesgos y, una vez más, en eso también tenía razón. Pero la noche anterior se mostró indolente y beligerante con él en lugar de reconocerle sus motivos, en lugar de compartir sus sentimientos y comprender que estaba preocupado. Había hablado desde la frustración y el cansancio, porque había sido una jornada agotadora y estaban casi como al principio, salvo por la imagen de un irreconocible encapuchado que había hablado con Stephen antes de desaparecer.

Derek también debía entender sus motivos.

No era un caso como otro cualquiera.

Era personal.

Alejó las preocupaciones de su cabeza y se centró en el trabajo que tenía por delante.

Julius había llegado muy temprano, más de lo que había supuesto. Por la información que le estaba dando de lo que había ido revisando desde que llegara, tenía que llevar allí fácilmente un par de horas. Tal vez, en realidad, no fuera bueno que fuera tan parecido a ella porque, el hecho de que fuera tan obsesivo como la inspectora, sin duda iba a ser como el oxígeno que alimenta un fuego ya de por sí descontrolado, y eso terminaría por afectar a sus vidas personales.

Lo sabía por experiencia.

No había tenido una relación estable en años hasta aquel momento. Esperaba que no terminase como lo habían hecho las anteriores porque esta vez Derek le daba

estabilidad y contrarrestaba todas esas taras que la hacían una persona de carácter difícil de tolerar.

Empezaron a repasar lo que habían hecho hasta la fecha, revisaron la información que habían recabado en los dos últimos días y que ya tenían en comisaría. Aunque no habían dormido demasiado, sí lo suficiente para ver las cosas con más perspectiva, sin esa nube plomiza que se instala sobre nuestra frente cuando no hemos pegado ojo.

Ambos tenían cada vez más claro que Stephen no había desaparecido porque sí, ni tampoco se lo había tragado la tierra sin más. Alguien se lo había llevado, parecía cada vez más obvio. Tal vez era simple y pura intuición porque, por el momento, no contaba con evidencias que sustentaran dicha suposición.

En el ordenador empezaron a aparecer documentos interesantes que podían contener alguna pista. Algunos ya los había marcado y anotado Julius con un código de colores que podría serles muy útil. Eran anotaciones de Stephen relacionadas con algunos de los casos que atendía. Las referencias a los pacientes eran en claves, con lo que parecían iniciales y un número de caso, así que les llevaría algún tiempo extra localizarlos. No obstante, era mucho mejor que revisar todos los expedientes que tenía en su despacho cuando por fin tuvieran acceso a ellos.

Entre las anotaciones, aparecían comentarios del tipo reacciones violentas, incapacidad para controlar la ira, se administra sedación en el ingreso por el comportamiento agresivo del paciente… No había amenazas explícitas pero sí al menos comportamientos que podían constituir un indicio.

Tenían algo por lo que empezar. A partir de ahí, la madeja podría ir desembrollándose casi sola. Una vez localizado a qué caso correspondía cada clave, habría que revisar el expediente en busca de más observaciones y de los datos del paciente. Después, podrían hacerles unas preguntas a los que considerasen como posibles sospechosos.

¿Sospechosos de qué?

Esa era una buena pregunta. Aún no tenían ni idea de lo que había sucedido, daba igual que ambos estuvieran cada vez más convencidos de que había sucedido algo que desde luego no casaba con una huida voluntaria.

En el ordenador también había archivos relacionados con los proyectos y las investigaciones en las que había participado el doctor Meyer. También podía ser una variable a considerar. Podría haber generado envidias dentro de la profesión o, incluso, cierto rechazo y animadversión entre algunos colegas que hubieran visto como sus trabajos quedaban relegados a un segundo plano ante la preferencia de la junta del hospital u otras instituciones por las ideas de un psiquiatra de renombre como él.

Había una cantidad ingente de información que tendrían que revisar, pero ningún indicador evidente que apuntase en alguna dirección concreta. Necesitarían ayuda de algunos colegas en la comisaría para revisar toda aquella documentación. El lado positivo era que Stephen era sumamente ordenado y tenía todo perfectamente clasificado por años, así como por trabajos aceptados y rechazados. Era fácil averiguar quiénes habían colaborado con él, pero no quienes habían competido contra él en la carrera por la ansiada financiación. Eso habría que investigarlo aparte.

Demasiados frentes abiertos, esa era la realidad, especialmente cuando no contaban con un posible filtro que redujera la montaña de información. Y no es que aquello no fuera lo habitual. Toda investigación es un puzzle al que le faltan piezas que hay que buscar y encajarlas en su lugar. El problema principal en este caso concreto es que no sabían si el tiempo se agotaba o estaban jugando ya en el

descuento.

Había que empezar por lo más obvio: los pacientes y sus familiares. Así que empezaron a seleccionar de entre las anotaciones de Stephen las que les parecieron más relevantes y perturbadoras, aquellas seleccionadas por Julius como código rojo. En cuanto llegase la orden, podrían avanzar de verdad en la investigación conociendo los antecedentes y el diagnóstico de cada paciente.

De todos modos, en la teoría todo era más fácil que en la práctica, puesto que internamente ambos pensaban que no iba a ser tan sencillo que el juez diera acceso a los expedientes sin haber una causa probable. No sabían a ciencia cierta si Stephen se había ido por su propia voluntad, por mucho que tuvieran su propia teoría. Esa opción no se la habían planteado porque resultaba del todo inverosímil, aunque no imposible. Y para un juez en aquellas circunstancias podía ser lo más plausible. Ninguno iba a jugarse su prestigio y credibilidad por una petición basada en cimientos tan endebles como los que le habían presentado.

Finalmente las malas noticias llegaron un par de horas después. No es que fueran inesperadas, pero sí resultaban frustrantes porque la burocracia se habría erigido en el principal muro a soslayar. Se les había denegado el acceso a los expedientes. Era información confidencial y además sensible que no debía manejarse alegremente y, por otra parte, no había causa probable para permitir el acceso. No había indicios de delito, esa era la realidad.

Ambos lo sabían.

Pero no lo aceptaban.

La frustración hizo que Kisha se dirigiese de mal humor al despacho del comisario que, a pesar de ser domingo, se encontraba allí por las especiales circunstancias de la



desaparición. Julius le sugirió que no lo hiciera. Estaba seguro de que Pete habría hecho lo que había podido. Pero Kisha no atendía a razones.

Llamó a la puerta de manera apremiante. Pete intuyó en cuanto oyó el primer golpe y sabiendo la noticia que acababa de llegarles que era la inspectora. Cuando la vio entrar, imaginó lo que se le venía encima.

La conocía de sobra.

Era pura tempestad.

Había que dejarla descargar.

Peter Smith había sido el compañero de Kisha durante varios meses, exactamente desde que ella recalara en la zona después de su traslado desde Los Ángeles. A pesar de que no había sido demasiado tiempo el que habían estado juntos, la había llegado a conocer a la perfección. Kisha Jennings era un libro abierto para él. Y en cuanto la vio, supo que estaba allí para liberar su furia porque las cosas no iban como ella quería. Se preparó para ser el parapeto lo mejor que pudo.

—¿Qué cojones has hecho Pete? Si hubieras justificado algo mejor la solicitud ahora tendríamos acceso a los expedientes.

—¿Bajo qué premisa?

—¿Qué?

—Sí, ¿cuál es la causa probable? ¿Qué indicios tenemos que justifiquen más allá de la duda razonable que uno de sus pacientes está involucrado? Y por cierto, ¿involucrado en qué?

—Vete a la mierda. Te has vuelto un puto burócrata. No me lo esperaba de ti.

—No te pases, Kisha. Ni se te ocurra decir eso. Sabes que soy policía por encima de todo.

—Pues hoy no lo ha parecido.

—No descargues tu frustración conmigo. Si quieres vas y se lo cuentas tú mismo al juez. Yo también quiero encontrar a Stephen. Es el marido de Hilka y me importa lo que haya pasado, por si no lo sabes.

—Pues si te importase tanto lo habrías peleado más, de eso estoy segura. Ya han pasado cerca de setenta y dos horas desde que desapareció y sabes lo que eso significa, aunque no parece que te haya importado demasiado.

—Estás siendo una jodida capulla —le contestó herido por el comentario.

Saber que iba a descargar la tempestad contra él no era lo mismo que soportarla con desafecto. Kisha cuando disparaba lo hacía a matar.

—Y tú un chupatintas.

—Te recuerdo que si estoy en este puesto no fue por voluntad propia, sino porque tú y Bill os empeñasteis en convencerme. ¿Te crees que me gusta estar tratando con políticos, periodistas, fiscales y jueces? Es una mierda. Detesto lo que hago. A mí lo que me gusta es estar a pie de calle y no encerrado en este despacho, así que encima no me vengas con estas porque si alguien tiene la culpa esa eres tú. Tal vez si hicieras bien tu trabajo y encontrases algo que apuntase a un delito yo podría hacer el mío.

Puñalada en todo el centro del corazón.

Se miraron a los ojos por unos instantes con los ánimos encendidos. Tenía razón.

Había descargado su frustración y su rabia sobre él. Como era habitual, su incompetencia emocional salía a flote arrasando con quien pillara por el camino.

Solemos sacar lo peor de nosotros con las personas que más nos importan.

En ese instante pensó que se estaba luciendo últimamente.

—Lo siento.

—Y yo también. He sido demasiado brusco. Sé perfectamente como eres y no debería haber caído en la provocación con tanta facilidad. Estás cabreada y lo comprendo.

Tendría que haber mantenido la calma.

—No, tienes razón. Y no tenía ni idea de que no te gustara ser el Jefe.

—No, Kisha, no es lo mío.

—Pues lo haces bastante bien. Todo el mundo en la oficina está contento con el cambio.

—Bueno, el listón estaba demasiado bajo. Después de Ralph Anderson hasta un mono lo habría hecho mejor. Pero echo de menos lo que hacía antes. Puede que tengas razón y me haya vuelto un burócrata en tan solo unos pocos meses. Y la verdad, me da un poco de miedo

convertirme en todo aquello de lo que he renegado tantos años.

—¡Para nada! Lo he dicho porque sabía que te dolería. Ya sabes que soy una jodida loca que ataca donde más duele cuando no consigue lo que quiere. Creo que he vuelto a

entrar en mi típica espiral de destrucción que lo arrasa todo a su paso. De verdad que lo siento, Pete. Eres mi amigo y te aprecio, ya lo sabes. Supongo que lo que sucede es que también te echo de menos, por muy a gusto que esté con Julius.

—Yo también echo de menos trabajar contigo, y no lo entiendo, porque puedes ser realmente insufrible.

—Y yo no comprendo por qué te extraño, porque debo reconocer que Julius es de esos tíos a los que no te importa mirarlos dos veces. Quien me iba a decir a mí que iba a tener de compañero un bombón como ese ahora que estoy a dieta. Si lo hubiera sabido antes, le habría dicho a Derek que no quería saber nada de él.

—¡Madre mía! ¿Es que no cambias? Estás a punto de cumplir los cuarenta. Madura un poco.

—Para, para, que aún me queda casi un mes. Y tú siempre dices que no los aparento.

Además, tampoco le saco tantos años.

Los dos se rieron y se dieron un abrazo para sellar la paz. Sentaba bien volver a guardar en el cajón de los malos humos la palabras fuera de lugar.

—¿Amigos entonces?

—Claro, aunque sigo siendo tu jefe, no lo olvides —dijo con sorna.

—No se me olvida, capullo. Como te gusta pavonearte de que eres el que manda aquí.

—Haré lo que pueda, ¿vale? Lo intentaré otra vez. Probaré con otro juez a ver si puedo rascar algo, pero es complicado. Tal vez tengáis que empezar por otras líneas de investigación.

—Sí, ya lo estábamos pensando.

—Habla con Hilka. Tal vez ahora que han pasado un par de días tenga la mente más clara y pueda contarte algo que pueda ser relevante. Al

fin y al cabo, ambos son médicos y seguro que alguna vez habrán comentado casos de pacientes, aunque no les hayan puesto nombre.

—Buena idea. Lo haré. La llamaré ahora mismo.

Capítulo 17

PALO ALTO

Actualidad. Día 4 - Domingo

a rutina se había convertido en algo doloroso. Nunca pensó que pudiera sucederle L algo así. Sus hábitos eran como un exoesqueleto que la mantenían atada a la realidad.

Era una mujer que rayaba la obsesión con sus costumbres, hasta el punto de parecer automatismos, y pensaba que en aquellos duros momentos la ayudarían a soportar el dolor que le causaba aquella cruel incertidumbre.

El principal problema, el motivo por el que dichas rutinas no le servían de consuelo aquel día, era que Stephen no estaba en ellas. Su ausencia se hacía aún más patente y el vacío más amplio. Él le había dicho muchas veces que debía ser más espontánea y no aferrarse de manera tan estricta a aquellos patrones de comportamiento, pero ella no le había hecho caso. Y ahora notaba que todo se tambaleaba bajo sus pies porque ni siquiera encontraba aquel metafórico ancla al que agarrarse.

Siempre le había costado separarse de él cuando, por motivos laborales, uno u otro habían tenido que estar lejos de casa por algún congreso, alguna conferencia o alguna investigación. Pero aquello estaba dentro de lo esperado y programado, podía adaptarse a ello porque lo conocía de antemano y sabía que, en algún momento del día, podría hablar con él. Estaban muy unidos desde que se conocieron veinte años atrás. Se entendían a la perfección y el paso del tiempo sólo había hecho más sólida la relación.

Esto era diferente.

Era un auténtico martirio.

Sabía internamente que su marido no se había ido voluntariamente. Y, aunque eso fuese cierto, no habría sido tan cruel de marcharse sin decir nada, conociendo el daño que eso le produciría a ella.

No, no era posible.

Le habían recomendado que descansara, que se tomase los días que fueran necesarios para afrontar aquella situación sobrevenida de forma tan abrupta. Pero no podía. La casa se le caía encima. El trabajo y mantener su mente ocupada le pareció que era el mejor refugio.

Le dio igual que fuera domingo.



Al salir del despacho de Pete, Kisha llamó a la forense para quedar con ella y poder hablar. Necesitaba conocer a Stephen desde su punto de vista y necesitaba que le revelara cualquier nimiedad que se hubiera salido de lo común en él en los últimos días, semanas o meses. Nunca era fácil saber hasta qué fecha remontarse.

Al fin y al cabo, estaban en un callejón sin salida, así que había que buscar otras alternativas y explorar cualquier opción que se les ocurriera. Pasados ya casi tres días completos, esas temidas setenta y dos horas, posiblemente Hilka podría haber recordado algo relevante que pudiera serles útil. Tal vez, incluso, no debieran centrarse tanto en el trabajo de él. Podían existir motivos personales, económicos… No podían cegarse con esa vía, aunque fuera la primera que hubieran querido explorar a fondo.

—Kisha, ¿sabéis algo nuevo? —dijo nada más responder al teléfono. Su tono de voz, tan firme y sereno habitualmente, denotaba una evidente inquietud.

—De momento nada, lo siento. Pero me gustaría hablar contigo. Tengo algunas cosas que preguntarte. Si no te va mal, salimos para tu casa ahora mismo.

—No estoy en casa. Estoy en el trabajo.

—Pero es domingo.

—Tú tampoco estás en casa, ¿no?

—No, pero porque estoy con la investigación. Pensaba que…

—No —respondió sin dejarla terminar—. No he hecho caso a las recomendaciones. No podía quedarme en casa como una pobre desvalida esperando a que me llamaran para darme la noticia, fuese cual fuese. Eso no va conmigo, supongo que ya lo sabes. No me imagino tampoco a ti en casa esperando noticias si fuera Derek quien desapareciese. De hecho, tú saldrías a la calle y no volverías hasta que le hubieses encontrado, así que no te sorprendas de que esté trabajando. Lo necesitaba. Si quieres que hablemos, puedes venir al anatómico forense o podemos quedar en algún sitio, lo que prefieras.

—No importa. Voy a decírselo a Julius y vamos los dos para allá.

Salieron de comisaría enseguida y se dirigieron hacia el Instituto Anatómico Forense del condado de Monterey. Cogieron el coche habitual y Kisha puso a su compañero brevemente al día de la conversación que había mantenido con Pete durante el trayecto.

No había sido una conversación demasiado trascendental, aunque sí le había hecho reflexionar en torno a algunos asuntos. En primer lugar, le había hecho pensar en sus

reacciones. Siempre que estaba en medio de algún caso que le absorbía su energía, se volvía hostil e insoportable, aunque esa conclusión no tenía precisamente relevancia para la investigación en ese instante. En segundo lugar, tenía razón en aquello de que había que empezar a ser más creativos y empezar a buscar líneas alternativas de investigación si todas las habituales estaban bloqueadas.

Por lo tanto, tomaron la decisión de intentar una última vez más la línea laboral, a ver si Hilka ofrecía algún dato que les ayudara a ver un poco de luz. Si no era así, explorarían otras opciones.

—Sabes que tiene razón —le dijo Julius—. No tenemos nada sólido que haga pensar en un delito. Lo único que tenemos es la imagen de alguien con una capucha que habla con él en el aparcamiento el día de su desaparición, pero ni siquiera sabemos si eso es un indicio de algo. Encima, es fin de semana, así que no sé que esperábamos. Creo que hemos pecado de optimistas.

—Lo sé. Es desesperante. Pero no está mal abrir otras opciones que no habíamos contemplado, incluidas aquellas que nos parezcan poco plausibles. A lo mejor nos hemos obcecado.

—Sí. Han pasado casi tres días y puede que ella haya recordado algo relevante que nos ayude, algún detalle que no pareciera importante en el momento pero que, dadas las circunstancias, sí pueda serlo.

Tardaron menos de un cuarto de hora en llegar. Hilka estaba en su despacho revisando unos expedientes antiguos que le habían solicitado del juzgado. Parecía tan concentrada en lo que hacía que casi les dio apuro interrumpirla, pues posiblemente en esos momentos no pensaba en lo que sucedía en su vida personal. Llamar su atención era traerla de vuelta a una realidad alarmante, desagradable e incluso angustiosa.

Llamaron a la puerta, la cual se encontraba entre abierta, y la forense les invitó a pasara. Su semblante serio habitualmente, se veía un tanto demacrado, como si le faltase parte de su energía habitual.

—¿Cómo te encuentras?

—Os podéis hacer una idea, ¿no? Esto es una pesadilla.

—Sí, me lo imagino.

—Siento mucho por lo que estás pasando, Hilka.

—Gracias, Julius.

—Queremos preguntarte algunas cosas. Estuvimos ayer en el hospital hablando con la secretaria de Stephen y con el doctor Trenton. El juez nos ha denegado el acceso a los

expedientes de los pacientes de Stephen porque no ve causa probable por el momento ni justificación para acceder a material tan sensible.

—Es comprensible.

—Me alegra que lo veas así —señaló Kisha pensando en el numerito que le había montado a Pete en su despacho un rato antes. Sintió vergüenza de sí misma por aquella pérdida de control con su amigo.

—De momento no disponemos de ninguna teoría, esa es la realidad, y hemos pensado que tú tal vez podrías aclararnos un poco el camino —continuó Julius.

—Lo intentaré. Si está en mi mano, haré todo lo que haga falta. Sólo quiero que Stephen vuelva a casa.

—En primer lugar —retomó la inspectora—, me gustaría que nos dijeras si crees que hay alguien en el hospital que tenga algo en contra de Stephen. Tal vez él te comentara en alguna ocasión alguna rencilla con algún compañero, con enfermeros, celadores…

—No, creo que no. Es un hombre fácil de tratar y cuida mucho de los suyos. No tengo noticias de que alguien estuviera descontento, sino todo lo contrario. Suele tener muchas solicitudes para trabajar en su departamento, a pesar de no ser una sección fácil dentro del hospital.

—¿Y qué me dices del doctor Trenton? Nos dio la impresión de que no tenían buena relación.

—Únicamente son desavenencias de tipo profesional, nada más. Su relación es correcta. No son amigos, pero saben estar cada uno en su sitio.

—Pero, aún así, el tipo vio como tu marido le quitaba por goleada el puesto que tanto ansiaba y suele ganar ante el Consejo de Administración las partidas presupuestarias para sus proyectos, los cuales no parecen estar muy conectados a los del doctor Trenton. Puede que eso generase tensiones entre ellos.

—Sí, claro que las generaba. Cuando te gusta la investigación, luchas con uñas y dientes para conseguir financiación. Pero, aunque hubiera tensiones, dudo mucho que él tenga algo que ver con esto. Henry no sería capaz de hacerle daño, de eso estoy segura. Puede ser insufrible en algunos momentos, pero es una buena persona y de una rectitud moral fuera de todo cuestionamiento. Que tengan desavenencias profesionales no significa que lo lleven al terreno personal.

—Sí, pero si se lo quitaba de encima, esta vez podría sacar adelante su proyecto y culminar su carrera tal vez con una investigación y una publicación de relevancia. No hay que olvidar que le queda poco para jubilarse y lograr su propósito implicaría dinero extra para disfrutar de su retiro.

—Entiendo que pueda parecer un motivo, pero yo lo dudo, la verdad.

—¿Qué puedes decirnos de su secretaria?

—Nada especial. Stephen siempre habla maravillas de ella, porque es muy eficaz y deferente.

—¿Crees que tenían un romance? —preguntó Kisha sabiendo que esto podía escocerle.

—Lo dudo —respondió de forma rápida, tratando de parecer indiferente a aquella cuestión.

—No sé, ella parece sentir una absoluta admiración por él, casi demasiada diría yo.

—Ella y mucha otra gente. Stephen es una persona especial y es fácil que la gente sienta esa admiración. Pero es leal y fiel —finalizó con los brazos cruzados sobre el pecho y con una postura corporal que denotaba cierta tensión.

Kisha anotó mentalmente esto. Sabía que eran del tipo de cuestiones

incómodas en las que nadie quiere pensar pero que son imprescindibles en el curso de una investigación. Los motivos pasionales suelen estar detrás de un elevado porcentaje de crímenes.

—Tenemos que preguntarlo, ya lo sabes.

—Sí, lo sé y lo comprendo.

—¿Te comentó en los últimos meses algo de algún paciente o familiar que le preocupase? —preguntó Julius esta vez—. Tal vez había algún caso que le diera especiales quebraderos de cabeza, que le quitara el sueño, que le hiciera estar más taciturno o irascible.

—No. Es cierto que, en los últimos meses, sí han ingresado varios casos de esquizofrenia paranoide bastante agresivos, pero los han logrado controlar con relativa facilidad. No le he visto excesivamente preocupado por ninguno.

—¿Suele contártelo cuando algún paciente le preocupa o ha tenido algún episodio que se salga de lo normal?

—Sí, obviamente no hablamos jamás de nombres de los pacientes por respetar la confidencialidad, pero ambos somos médicos y valoramos la opinión del otro, así que solemos comentar aquellos casos que más nos preocupan por si podemos darnos una visión diferente el uno al otro, algo que no hayamos visto por nosotros mismos, una perspectiva nueva vista incluso desde una especialidad diferente.

—Pero tal vez intente no preocuparte y se calle ciertas cosas.

—Puede ser, pero lo veo improbable. No soy una persona que se asuste con facilidad y Stephen tampoco.

—Entiendo. ¿Y no se ha mostrado últimamente preocupado por algo? Aunque él no lo haya expresado, puede ser algo que tú hayas percibido.

—Nada, te lo aseguro. Estaba muy ilusionado con el nuevo proyecto, pero nada más.

De hecho, estaba especialmente activo, con muchas ganas. A pesar de todos los años que lleva en la profesión, sigue siendo muy entusiasta con lo que hace. No ha habido nada que indujera a pensar en preocupación alguna.

—Vale —respondió Kisha con decepción.

Otro callejón sin salida. La línea de investigación que parecía más evidente no les llevaba a ninguna parte, cada vez estaba más claro. Había que probar algo diferente y había que hacerlo sin más dilación. Casi tres días sin saber nada de él eran una eternidad.

Hilka pareció quedarse pensativa. Frunció levemente el ceño y Kisha observó como la forense desviaba su mirada ligeramente hacia la izquierda y hacia arriba, como intentando localizar un recuerdo en su memoria a largo plazo.

—Sin embargo, siempre ha habido un caso que le ha preocupado por encima del resto y, aunque es un caso antiguo, nunca ha dejado de seguirlo de una manera u otra.

Tal vez sea algo irrelevante.

—¿A qué te refieres?

—Cuando era joven, recién licenciado de hecho, trabajaba en el servicio ambulatorio de emergencias. Atendió un caso en el que un niño había asesinado a su padre rajándole el cuello. Se empeñó en tratar directamente tanto al niño como a la madre, una mujer que había sido reiteradamente maltratada por su marido. Es el único caso que se me ocurre que realmente le haya quitado el sueño durante años porque se culpa de no haber sabido ayudar ni a la madre ni al hijo.

—¿Por qué?

—La madre se suicidó y el chico acabó en la cárcel. Fue un caso claro de lo que Freud llamaba el fenómeno de *Ubertragungsliebe* , o simplemente Amor de Transferencia, ya sabes. En psicología se dice que guarda similitudes con el síndrome de Estocolmo, en el que las víctimas desarrollan sentimientos similares o cercanos al cariño o el amor hacia sus secuestradores. Ella se enamoró de Stephen porque, después de haber sufrido maltratos reiterados durante años, él se preocupaba de ella y la cuidaba, algo que obviamente malinterpretó. Hubo incluso una comisión de investigación al respecto por

si había sido un caso de mala praxis, pero quedó exonerado. Además, Stephen siempre ha estado en la comisión de recomendación en referencia a la condena del hijo.

A Kisha se le abrieron los ojos de par en par. Ahí podría haber algo, aunque el caso fuera antiguo. El rencor podía venir desde muchos años atrás, pero no por eso tenía por qué desaparecer. Sin embargo, habría que averiguar por qué ahora. Tal vez se cumpliera el

aniversario de la muerte de la madre. Lo investigarían inmediatamente.

—¿Y ese expediente está en su despacho del hospital?

—No. Es un paciente de cuando estuvo en el Instituto de Investigaciones Mentales de Palo Alto. Tiene mucha información guardada en su despacho de casa. Me temo que sigue obsesionado con aquello. Creo que no ha llegado a superarlo porque para él significó un gran fracaso como médico. Fue el primer sujeto, además, de una investigación con niños y jóvenes que presentaban conductas en la primera infancia que pudieran inducir a pensar que en la edad adulta podrían convertirse en asesinos seriales. Lo que se conoce como la triada homicida, no sé si os suena. Supongo que a ti sí, Kisha, por tu formación y porque estuviste a punto de entrar en la Unidad de Ciencias de la Conducta. Lograron importantes avances científicos incluso en lo que a configuración y reactividad cerebral en sujetos que potencialmente presentan algún tipo de psicopatía o algún trastorno antisocial, como por ejemplo que poseen una amígdala hipoactiva porque, la exposición reiterada al maltrato produce lo que ha dado en llamarse callo emocional. En fin, no quiero aburriros con jerga científica.

—No nos aburres en absoluto. Ya sabes que este tema siempre me ha interesado y por eso estudié criminología. Te aseguró que a Julius también le fascina.

Durante algunos minutos más, les estuvo resumiendo los resultados más relevantes de aquella investigación. Aquellos niños fueron sometidos a diferentes pruebas, incluidos análisis de sangre en diversos momentos, encefalogramas y algunas pruebas de neuroimagen, como resonancias magnéticas funcionales, por ejemplo, para medir su actividad cerebral y su reactividad ante diferentes imágenes y escenas. Con ello se pretendía medir también el efecto de las terapias aplicadas a cada paciente. Además, se les aplicó en algunos casos estimulación magnética transcraneal con el objetivo de modular dicha actividad cerebral. Una considerable batería de pruebas.

Era cierto que no eran exámenes invasivos en el sentido literal de la palabra y todos aquellos tests eran totalmente inocuos. Sin embargo, no sabían el efecto que podían haber causado en los sujetos participantes al sentirse observados como si fuesen cobayas.



Kisha pidió a la forense que les acompañara a su casa y les ayudase a revisar el despacho de Stephen pues, obviamente, eso agilizaría el proceso. Julius y Kisha se fueron en un coche y Hilka cogió el suyo, por si luego regresaba al anatómico forense para continuar con el trabajo.

Cuando llegaron, enseguida se percataron de que la habitación que usaba el psiquiatra como despacho estaba pulcramente ordenada, tal y como habían visto en su estancia del hospital. Había un ordenador portátil en la mesa y estanterías llenas de libros relativos a la medicina, la psiquiatría y las neurociencias. Junto a la ventana, había un archivador metálico elegante en el que sin duda guardaba documentación relativa especialmente a sus investigaciones.

—Espero que comprendáis que esto es material muy delicado y os estoy dejando verlo sólo porque entiendo que puede ser clave para la investigación y porque, por encima de todo, quiero encontrar a mi marido, cueste lo que cueste. Pero espero que seáis sumamente cautelosos con la información que se contiene en esas carpetas. Son estudios cuyos datos de los pacientes son confidenciales y no debería verlos nadie más que Stephen y las personas que trabajen o hayan trabajado en cada caso.

—No tienes de qué preocuparte, de verdad. Ni Julius ni yo vamos a poner en riesgo la confidencialidad. Entendemos lo que está en juego. Sólo nos interesan los datos que nos acerquen más a una pista útil que seguir.

—Puedes confiar en nosotros -confirmó el subinspector.

—Si se filtra que habéis visto información que no debierais, mi carrera y la de Stephen se podrían ir a la mierda, disculpad la expresión. Aunque tampoco es lo que más me preocupa en este instante, la verdad.

—Lo entendemos a la perfección, puedes estar segura.

La inspectora le pidió que les enseñase en primer lugar el expediente del caso que les había comentado anteriormente cuando hablaron en el Instituto Anatómico Forense.

Tardó unos minutos en localizarlo, puesto que desconocía el nombre del paciente, aunque sí recordaba que era el primer sujeto de la investigación que llevó a cabo poco después de doctorarse. Gracias al sistema de clasificación con códigos que había utilizado Stephen toda su vida profesional, encontrarlo fue más sencillo de lo esperado.

Kisha leyó con detenimiento lo que había en la carpeta. Se hacía referencia a diferentes grabaciones y vídeos de manera frecuente. Sería fundamental poder revisar también aquel material, aunque tal vez no fuera fácil acceder a él.

La historia de aquel crío era espeluznante. A pesar de que no se recogían maltratos físicos del padre hacia el niño como tales, lo que había vivido aquella criatura tenía que haber dejado sin duda una huella indeleble en su mente. Un cerebro en formación presenciando a diario episodios de violencia y participando en algunos de ellos desde la tierna edad de seis años. En algunas de las notas se recogía como observación "*estar atentos en la evolución del niño al desarrollo de una posible misoginia como interpretación de lo vivido en primera persona* ". Primero, porque podía culpar a su madre de la situación, de no haber sido lo suficientemente fuerte a sus ojos y de no haberle sabido proteger.

Segundo, porque el padre le había incorporado en los episodios de agresión física contra su propia madre y repetía con frecuencia expresiones que trataban de inculcar en el niño la idea de que las mujeres deben aprender a respetar a sus maridos.

Le daban ganas de vomitar.

Aquella historia estaba plagada de aberraciones hacia el ser humano, especialmente hacia las mujeres.

El suicidio de la madre había sido un punto de inflexión en el tratamiento del chico.

Su conducta en el centro de reclusión se volvió más agresiva y el niño cada vez se encerró más en sí mismo. A partir de aquella fecha, el psiquiatra no le había sacado ni una palabra más. Se hacían una idea de lo frustrante que había resultado para el médico.

Había muchas papeletas que indicaban que aquel podía ser su sujeto. Por fin, tenían a alguien en la diana.

Lo primero que harían sería solicitar en comisaría que trataran de localizar a aquel joven que ahora tendría que estar ya en la treintena

mientras ellos acudían a Palo Alto para hablar con el Director de la institución en la que había desarrollado el doctor Meyer su investigación. Allí se guardaban los audios y vídeos de las sesiones, según se recogía en la carpeta. Habría que insistir en lo de la orden judicial por si en Palo Alto ponían pegas, aunque no tenían muy claro cómo argumentar la petición, puesto que habían accedido a esa información de manera un tanto clandestina y fuera del reglamento.

En cuanto fuera localizado el joven, sería preciso interrogarle de manera inmediata.

El tiempo corría en su contra.

Además, aprovechando la visita a Palo Alto, procurarían hablar con todos los colegas que hubieran colaborado en aquel estudio para que les facilitaran la mayor cantidad

posible de información. Eran conscientes de que era domingo, pero acudirían en busca de cualquiera que hubiera tenido algo que ver. Teniendo en cuenta la naturaleza de dicho estudio, todos y cada uno de los sujetos que habían sido parte de aquella investigación bien podían ser posibles sospechosos, por lo que habría que indagar en qué había sido de sus vidas desde entonces.

Hilka llamaría al Instituto de Investigaciones Mentales para pedirles que atendieran a Kisha y a Julius. Ella aseguraba que no cerraban los fines de semana porque, desde hacía unos años, tenían internos que pertenecían a un programa especial de inserción social. Sabía que Stephen mantenía un contacto estrecho con ellos y continuaban colaborando mutuamente cuando cualquiera de las partes necesitaba ayuda. Estaba segura de que, en cuanto les plantease la situación, estarían dispuestos a colaborar en todo aquello que fuera posible y hasta donde la ley les permitiera.

Considerando la distancia que hay entre Carmel y Palo Alto, calcularon que tardarían aproximadamente una hora y media en llegar.

No había tiempo que perder.

La cuenta atrás seguía en marcha.

Capítulo 18 favores

Actualidad. Día 4 - domingo

erek llamó a comisaría aquella misma mañana para saber si Kisha se encontraba D allí, aunque ya intuía que no. Le dijeron que había salido y entonces preguntó si podría reunirse con el Jefe de Policía aquella mañana. Imaginaba que, a pesar de que era domingo, le encontraría trabajando debido a los recientes acontecimientos. No se equivocó. El agente, después de hacer la oportuna consulta, le dijo que sí, que había dicho que se pasase cuando quisiera.

Cuando llegó a comisaría, se sintió extraño. Después de haber estado colaborando con la policía durante mucho tiempo, ahora llevaba meses sin siquiera pasar por allí después de lo sucedido la última vez, cuando le detuvieron por error y le acusaron de atrocidades como haber violado y asesinado a tres jóvenes de quince años y haber intentado lo mismo con una cuarta víctima que parecía haber sobrevivido milagrosamente y le había apuntado como el principal sospechoso.

Todavía no era capaz de creer que aquello hubiera ocurrido en verdad. Aún prefería imaginar que fue una pesadilla tan realista que se confundía con la propia realidad, invadiendo su terreno para parecer incluso factible. Por ello, no le gustaba que nadie le hablara del tema ni regresar a lugares que le recordaran que había sido real y que pellizcarse no le liberaría de aquel mal sueño.

Era una sensación desagradable. Recordaba cuando uno de los agentes le había llevado hasta la sala de interrogatorios y le había esposado a la mesa.

Como un vulgar delincuente.

Como si fuera alguien peligroso.

Respiró hondo para tratar de tranquilizarse. De manera instintiva, se frotó las muñecas al pasar por delante de aquella habitación en la que había estado aguardando hasta que llegaron los oficiales al cargo, que eran por aquel entonces el detective Smith, el actual Jefe de Policía, y la inspectora Kisha Jennings, ya por entonces su pareja sentimental.

Después de aquello había padecido un auténtico infierno en la cárcel. Cerró los ojos un segundo después de sentir un breve pinchazo en la sien al recuperar aquel recuerdo.

Por suerte para él, no había durado mucho el encierro y habían demostrado su inocencia atrapando al verdadero asesino.

Para ser precisos, atrapando no era la palabra más adecuada en aquel

caso.

Lo más cercano a la verdad era señalar que, después de recibir un disparo, el sospechoso había caído por el acantilado en el que se encontraba el famoso y emblemático The Lonely Cypres, aquel ciprés solitario sobre el acantilado empeñado en desafiar a la naturaleza con su posición imposible gobernando el horizonte. No se había recuperado el cuerpo, pero se había declarado oficialmente muerto después de que los peritos dictaminasen que sobrevivir a aquella caída con una bala en el cuerpo, además, era altamente improbable.

Le saludaron cálidamente todas las caras conocidas que se encontró de camino al despacho de Pete. Eran sonrisas sinceras, amplias y reconfortantes, sonrisas que le solicitaban que volviera a visitarles con frecuencia y agradeció aquel gesto de acogida.

Aún así, era una situación un tanto forzada, como cuando algo se ha averiado y tratas de ponerlo en marcha con suavidad y sumo cuidado porque no estás seguro de que pueda volver a funcionar con normalidad. Después del arreglo temes que vuelva a romperse o a que alguna pieza no haya terminado de encajar debidamente y pueda soltarse de un momento a otro.

Llamó a la puerta del despacho del comisario. Se dio cuenta de que estaba algo nervioso, aunque no tenía motivos para ello. Pete siempre le había tratado muy bien y no dudaba que sentía aprecio por él. Éste le hizo pasar inmediatamente. Se levantó para saludarle, pero por un momento no sabía cómo actuar con Derek. Le apetecía darle un abrazo que sellase aquella estúpida y desgraciada situación, pero no sabía si el fotógrafo le correspondería. El miedo a ese rechazo le paralizó de forma momentánea. Se sentía en cierta medida culpable por lo sucedido meses atrás y no había tenido la oportunidad de hablar con él a solas desde entonces.

Para ser fiel a la verdad y cien por cien honesto, tampoco se había atrevido.

Los silencios a veces no son más que desiertos en los que el polvo acaba enterrando las buenas intenciones. Una tormenta de arena que te impide ver y te obliga a cobijarte enroscándote sobre ti mismo. Pero ahí dentro no suele estar la solución.

Nada más empezar a hablar, a Peter Smith le pareció ver en los ojos de Derek una ausencia total de resentimiento. Su mirada seguía siendo la de siempre, una mirada confiada y cercana en la que te sientes

cómodo, en la que encuentras un amigo. Era el mismo de siempre, aquel hombre generoso y afable con el que le gustaba hablar siempre que podía. Se sintió liberado de una carga que arrastraba pesadamente desde hacía meses.

—Me alegro mucho de que hayas venido por fin. Siento mucho todo lo que pasó, Derek, créeme. No sé qué hacer para que me creas y arreglar aquello —le dijo al tiempo

que le daba un apretón de manos y le invitaba a sentarse en una de las sillas que estaba delante de la mesa del comisario.

—Tranquilo. Nada de eso fue culpa tuya. Hacías tu trabajo. Lo entiendo. Era una situación complicada y te viste entre la espada y la pared. Además, ya pasé por la fase de rabia y negación. Me siento en paz. Es pasado.

—Y aún así no querías venir.

Derek le miró y se le escapó un leve suspiro. Se concedió unos segundos antes de hablar. Tenía razón, era pasado pero aún le escocía. Había seguido hacia delante con su vida, pero por algún resquicio de su alma se colaba de vez en cuando cierto resquemor.

Él nunca había sido una persona de guardar rencores, pero aquella experiencia había sido en cierta medida traumática y quería mantenerse alejado de todo lo que le recordase a ella.

—No, no me siento cómodo. Supongo que está todo en mi cabeza y que todos me ven como siempre. Pero, no sé. Me ha costado mucho dar el paso y he aprovechado que Kisha me dijo el otro día que querías verme.

—Es comprensible.

—Sí, supongo. En realidad, para ser totalmente sincero, he venido a pedirte un favor, Pete.

—Por supuesto. Cuenta con ello. Dime en qué puedo ayudarte —le respondió, echando el cuerpo ligeramente hacia delante para demostrar su interés, mientras cruzaba sus manos sobre la mesa.

—Necesito que apartes a Kisha del caso.

La bomba acababa de caer y Pete sintió que estaba en Hiroshima. Si era algún tipo de broma, no acababa de pillar el sentido del humor del

fotógrafo.

—¿Qué? No lo estás diciendo en serio —le preguntó con incredulidad.

—Totalmente en serio.

—No puedo hacer eso, Derek. No me puedes pedir algo así. Sabes que haría cualquier cosa, pero eso no está en mi mano.

—Sí lo está. Eres el jefe de policía.

Pete se percató de la intensidad de la mirada de Derek. Aquellos ojos azules de tonalidad habitualmente clara parecían haberse vuelto de color índigo en un instante.

Había en él una determinación nueva, desconocida para el comisario.

—Oficialmente, tienes razón, pero sabes a lo que me refiero cuando te digo que no está en mi mano. Conoces a Kisha mejor que yo y no le va a valer que yo le diga que quiero que se aparte del caso. Además, no hay motivos para hacerlo. Se está dejando la piel y hace todo lo que puede por buscar pistas que nos lleven a localizar a Stephen. No ha tenido ninguna conducta impropia y está avanzando en la investigación.

—No, se está obsesionando con la investigación y acaba de empezar. Supongo que ya imaginas qué consecuencias trae eso. Los dos sabemos que Kisha parece tener una ceguera congénita hacia el riesgo. No ve los peligros. Cuando se obsesiona con un caso, sólo le preocupa cerrarlo, sin considerar siquiera lo que pueda sucederle. Apenas duerme, casi ni pasa por casa, no come. ¿Quieres que siga? —preguntó esperando una respuesta.

El comisario bajó la mirada. Sabía perfectamente a que se refería. Lo había vivido en primera persona cuando trabajó con ella en los casos de la última primavera.

—Estoy preocupado, Pete, en serio.

—Lo entiendo pero, ¿qué crees que dirá si trato de apartarla? Tú la conoces mejor que yo. Además, hay una implicación personal. Es al marido de Hilka al que estamos buscando y sabes que ella es muy importante para Kisha. No va a admitir que trate de hacerla a un lado y el resto pensarían que soy un capullo por retirar del caso a nuestra mejor opción.

—No me importa lo que piensen los demás. Y siento mucho lo que pueda haberle pasado a Stephen, no me malinterpretes. Pero ya sabes lo que sucedió la última vez y estoy seguro de que a ti también te habló Bill de lo ocurrido en Los Ángeles cuando trató de detener ella sola a Jenkins. Te pido como amigo que me ayudes y hagas algo, por favor. Al menos, ponle un compañero que la controle, porque Julius no lo va a hacer, sino todo lo contrario. Va a seguirla ciegamente en cualquier locura que se le ocurra. Si tú no te sientes capaz, llama a Bill. Tal vez él logre hacerla entrar en razón.

—Te recuerdo que la última vez no sirvió de demasiado.

—Es posible, pero al menos estaba ahí tratando de sujetar las riendas. Él hace que ponga los pies en la tierra. Creo que es el único de todos nosotros que casi alcanza a controlarla.

—Le llamaré y pensaremos entre los dos qué podemos hacer.

—Te lo agradezco. No te pediría algo así si no lo viera imprescindible. Me resulta muy incómodo hacerlo, de veras.

—Lo sé. ¿Necesitas algo más? Seguro que cualquier otra cosa para la que requieras mi ayuda será más sencilla que ésta —concluyó con una leve sonrisa.



—No. Gracias.

—No vuelvas a esperar a necesitar un favor para venir. Esto ya no es lo mismo que cuando estaba Harrison. Quiero que sientas que esto es tu casa, Derek. Además, el departamento aún te debe dinero por todas las colaboraciones que hiciste.

—No lo quiero.

—Pero es lo justo.

—Da igual, Pete, en serio. Sabes que el dinero nunca me ha importado. Dedícalo a alguna causa si te quedas más tranquilo o compra material que necesitéis.

—Hablaremos con calma de eso otro día, ¿vale? A Susan le encantaría que vengáis algún día a cenar a casa. En serio, Derek, me gustaría que supieras que sigo considerándote un amigo y que te aprecio.

—Lo sé, Pete. No tengo ni la menor duda al respecto. No te preocupes por eso.

El fotógrafo se levantó, le dio la mano y salió de su despacho.

El comisario se quedó pensativo. Estaba justo en una de esas situaciones en las que sabía que uno sabe que no puede salir bien parado en ningún caso. Aquella petición implicaba muchas cosas. Entendía los motivos de Derek, pero quería pensar que aquel caso no revestía el mismo nivel de peligrosidad que el último en el que estuvieron trabajando juntos. Posiblemente se resolvería de manera sencilla y relativamente rápida.

No tenía porqué haber un riesgo elevado. Ni siquiera estaban seguros de encontrarse ante un delito. Kisha se pondría echa una furia si la trataba de apartar. Tal vez podría morder el señuelo si le encargaba algún otro caso y, además, lo justificaba bien. Podría señalarle la inconveniencia de que se hiciera cargo de una investigación que resultaba tan cercana y personal para ella, porque no quería que se le nublara el juicio y, además, debía hacerla ver que se preocupaba por su bienestar.

Se reconoció a sí mismo que, aunque tal vez fuera una cobardía, no tenía ninguna gana de mantener esa conversación con la inspectora Jennings.

Ser el Jefe no implica que ese tipo de tareas resulten fáciles.

Después de discutir con la forense sobre la poca conveniencia de que ella les acompañara hasta Palo Alto, Julius y Kisha consiguieron convencerla. Bueno, en realidad, no había sido debido a las dotes dialécticas o de manipulación psicológica por

parte de los policías, sino que lo que había sucedido es que la habían llamado desde el anatómico forense para que se personara allí, puesto que, debido a que había notificado su reincorporación, precisaban sus servicios. Ese fue el argumento que utilizaron para convencerla de que el trabajo era su mejor distracción, tal y como ella misma había afirmado un par de horas antes.

—Deberíais entender que necesito sentirme útil y que contribuyo a encontrarle.

—Lo eres, puedes creerlo —señaló el subinspector—. Tú eres quien

nos ha dado una pista que puede ser clave. En esa investigación que llevó a cabo hace casi veinte años puede haber muchos potenciales sospechosos y hasta ahora no teníamos absolutamente nada.

—Hilka debes comprender que ese es el modo en el que puedes ayudarnos —

respaldó la inspectora Jennings el comentario de su compañero—. El resto del trabajo nos corresponde a nosotros.

—Es muy fácil decirlo cuando no te afecta personalmente. No vi que te mantuvieras al margen cuando acusaron a Derek y lo metieron en la cárcel, a pesar de que te apartaron del caso.

—Sí, es verdad. Pero yo soy policía y los demás se habían rendido y daban por bueno que Derek fuera culpable, aunque no hubiera más que pruebas circunstanciales.

Si yo no hubiera seguido investigando, él seguiría cumpliendo condena. Además, una vez me dijiste que confiabas en mi instinto. Te agradecería que ahora me demostrases esa confianza y nos dejases hacer nuestro trabajo. Puedes estar segura de que ni Julius ni yo vamos a parar hasta que demos con él.

La forense reflexionó unos instantes. Estaba convencida de que podía ser de ayuda.

Pero debía confiar. Ese no era su trabajo. Tal vez no hiciera otra cosa que entorpecer la investigación sin quererlo. Al fin y al cabo, ellos podrían sentirse vigilados estando ella presente allí y no actuar con total naturalidad. Lo mejor que podía hacer era regresar a su lugar de trabajo y atender la solicitud que le habían hecho desde allí.

En cuanto dejaron a la forense, dijeron en alto lo que ambos ya habían pensado.

—Vale, si algo tenemos claro es que tenemos que localizar al tal Arthur en primer lugar —apuntó Kisha.

—Sí, puede que sea el que aparece en el vídeo del aparcamiento del hospital. Si Stephen estaba tan obsesionado con ese caso, es fácil que hiciera lo que le pidiese para tratar de redimirse. Posiblemente el doctor Meyer siga teniendo remordimientos por lo que le sucedió a la madre y accediera a acompañarle a cualquier sitio que le sugiriese.

—Exacto. Dame las llaves que yo conduzco —dijo la inspectora con un

gesto que no dejaba lugar a equívocos.

—No, perdona Kisha, pero hoy me toca conducir a mí.

—No me toques las pelotas y llama a la oficina para que vayan buscando información sobre él. Pide que te miren también la fecha de la muerte de la madre, por si se cumpliera un aniversario o algo por el estilo. Si no encuentran nada, dímelo y llamo a Bill. Tal vez él pueda acceder a más información desde la base de datos del FBI.

Julius puso cara de resignación.

Le resultaba difícil decirle que no.

Una vez más, la inspectora se salía con la suya.

De camino a Palo Alto, fueron comentando la información que habían revisado en el despacho privado del médico. Sin duda, el caso que parecía ser más conflictivo y con una firme motivación para vengarse tenía nombre y apellido. Esperaban que no fuera demasiado complejo dar con su localización.

Su plegaria fue escuchada con suma rapidez.

A la media hora de emprender ruta, les llamaron de comisaría. Esa rapidez por un momento les subió las pulsaciones pensando en que se acercaban a un posible final. Sin embargo, en ese caso la celeridad no era precisamente sinónimo de buenas noticias. El tal Arthur Hamilton permanecía cumpliendo condena en la prisión estatal del Valle de Salinas.

Otro varapalo.

Y uno de los gordos.

Habían puesto todas sus esperanzas en que aquella fuese una pista fiable. Ambos notaron como su ánimo había descendido diez grados de golpe, como cuando pasas por la zona de los congelados en un supermercado.

—No debemos desanimarnos, ¿vale? Puede que cuando lleguemos a Palo Alto nos den información relevante de otros casos que atendiera. Tal vez recuerden algo significativo. De hecho, estuvo trabajando varios años con ellos, ¿no? Y aún colaboran de vez en cuando. Quizás a alguno de ellos sí les ha hablado recientemente de algo que le preocupase —trató de animar Julius.

—No lo sé. En este caso todo parece llevar o bien a un callejón sin salida o a un callejón del que nadie quiera abrir la puerta. Si al menos consiguiéramos la orden judicial para acceder a los expedientes actuales, tal vez tendríamos alguna idea de qué puede haberle pasado.

—O tal vez eso no nos lleve a ninguna parte tampoco.

—Gracias, por los ánimos. Joder, con compañeros así prefiero patrullar sola.

—No lo pagues conmigo, estoy tan frustrado como tú. Lo que digo es que, a lo mejor, tenemos que empezar a cambiar la perspectiva. Esto ya lo habíamos hablado y, sin embargo, volvemos una vez tras otra a la misma senda que no nos lleva a ninguna parte.

—Puede que tengas razón. Aún así, quiero intentar sacar algo hoy en el sitio éste que no recuerdo como se llama…

—El Instituto de Investigaciones Mentales.

—Ese. A ver que nos dicen allí y, después, aunque te parezca una locura, quiero visitar al tal Arthur en la cárcel y ver que nos cuenta.

—Como quieras, pero tal vez perdamos un tiempo valioso con él. Ya lo has oído, lleva encerrado en instituciones penitenciarias desde que asesinó a su padre y la fecha del fallecimiento de la madre ni se acerca remotamente a esta fecha concreta. Ni siquiera ha visto la luz en veinte años. ¿Qué probabilidades hay?

—Aún así. Déjame que siga esa corazonada. Si no conseguimos nada, pues ya pensamos qué hacer.

Capítulo 19

MIEDOS

Actualidad. Uno de esos días…

enía un terrible dolor de cabeza. Era un martilleo continuo y desesperante, con una T palpitación subyacente en el área parietal, que era donde prioritariamente había recibido los golpes. El suelo estaba frío y los grilletes le apretaban los tobillos. Verse en aquel estado le recordó a la película Saw y se estremeció de miedo ante aquella visión en su mente.

No podía dejarse sugestionar.

Él mejor que nadie debía saber las malas jugadas que puede hacernos nuestra mente.

Trató de distraerse. Intentó respirar hondo y buscar en su memoria recuerdos agradables. La tarde empezaba a caer y la consciencia del momento le trasladó a su jardín, en una casa elevada con vistas al mar y la montaña. Le encantaba sentarse allí simplemente a mirar al horizonte, relajándose, dándole un respiro a una mente agotada de absorber las penas ajenas. Ese era su instante preferido, cuando el día agotaba sus fuerzas y se rendía al poder de la noche en ese instante único que se produce a la hora del ocaso, con sus tonos de fuego intenso que el mar acaba devorando cuando se traga a un sol ya exánime que termina rendido ante la inmensidad de las aguas del océano Pacífico.

Por aquella ventana mínima, con su mínima luz y su mínima esperanza, imaginaba como el sol empezaba a apagarse justo fuera de aquellos muros.

La temperatura descendía varios grados por la noche y la sensación térmica era de auténtico frío sin nada de abrigo que le cubriera los pies, puesto que ni siquiera llevaba sus zapatos. Además, sólo llevaba puesta la camisa, debido a que aquel joven le había pedido que se quitara el jersey y se lo diera. No entendía cuales serían los motivos, salvo hacerle aún más difícil su estancia allí.

Daría lo que fuera porque aquello fuera una pesadilla de la que pudiera despertar en cualquier instante. Por fortuna, por el momento tenía las manos libres, aunque la estrecha cadena unida a los grilletes reducía severamente su margen de movimiento.

Esperaba que su secuestrador no cambiase de opinión y decidiera atarle también las manos. Eso sería insoportable. Ya estaba demasiado incómodo sin poder cambiar con

facilidad de postura, lo que le complicaba mucho coger el sueño, además de aquel frío que parecía metérsele en los huesos.

Lo peor en aquella situación era pensar, no sólo en el presente, en lo que estaba sucediendo en aquel preciso instante, sino en lo que vendría después, anticipar el dolor, prever lo que podrían querer hacerle.

¿Por qué él?

Esa pregunta no resolvería nada. O tal vez sí. Tenía que haber una motivación y debía averiguarla. Sin embargo, aquel chico no le sonaba de nada. Trataba de repasar pacientes y casos en su memoria o personas con las que hubiera podido tener alguna rencilla en los último años, pero no encontraba nada. Estaba seguro de no conocerle. No entendía porque le había hecho caso y había ido con él. En un principio, le había parecido inofensivo. Era bastante joven, aunque era posible que aparentase menos edad de la que tuviese, puesto que su rostro era barbilampiño.

Siempre le habían dicho que era demasiado ingenuo y confiado. Su mujer no paraba de repetírselo. Era increíble que, con la edad que tenía y la experiencia que había cosechado en la vida, no hubiera aprendido la valiosa lección de desconfiar a tiempo en lugar de lamentarse después.

Pero estaba en su naturaleza. Seguía creyendo que el ser humano es intrínsecamente bueno. Todo lo demás, es una aberración, una desviación de la tendencia natural de la propia esencia que implica precisamente la humanidad.

El lugar, no obstante, le resultaba vagamente familiar, pero no acababa de entender por qué. Incluso aquello le desconcertaba más, pues no entendía por qué el joven no le sonaba de nada pero aquel nicho de angustia en el que estaba encerrado le resultaba conocido. Tal vez era una ilusión de su cerebro para convencerle de que aquello no podía ser tan malo, porque no era la primera vez que había estado allí.

—¡Qué estupidez! —se dijo a sí mismo en voz alta, reprendiéndose una vez más por aquel pensamiento tan *naïve.*

Debía esforzarse por recordar. Pero estaba agotado. Apenas comía ni le daban agua.

Posiblemente, ya empezase a estar deshidratado. Había comenzado a experimentar algunos de los síntomas más habituales: sentía la boca pegajosa e incluso la lengua ligeramente hinchada, notaba una fatiga y debilidad creciente y, por supuesto, dolores de cabeza. Sin embargo, los síntomas también eran bastante inespecíficos y podrían significar cualquier otra cosa. No quería dejarse abrumar por ese pensamiento.

Pero aún así…

Sentía que en cualquier momento se derrumbaría.

Sus fuerzas se extinguían con el paso de los días.

No sabía cuánto más podría aguantar.

Tal vez su propio ocaso estaba cerca.

Capítulo 20 indicios

Actualidad. Día 4 - domingo

l día avanzaba deprisa. Sin duda, habían aprovechado el tiempo, aunque tal E aprovechamiento fuera relativo debido a la falta de indicios serios y relevantes. En aquel preciso instante, estaban esperando a que el doctor Carvin, director del prestigioso Instituto de Investigaciones Mentales de Palo Alto les recibiera. Sin duda, la relación con Stephen debía seguir siendo estrecha para acceder a recibirles allí un domingo de manera tan imprevista.

Aquella institución había sido un referente en los últimos treinta años en todo lo relativo al conocimiento científico de diversas afecciones mentales. Sus numerosas investigaciones habían significado el avance en distintos tratamientos tanto psicológicos como psiquiátricos. Habían abrazado la hipnosis como método de curación siguiendo las enseñanzas de Erickson y habían cosechado incontables éxitos. Durante una etapa, incluso, convencieron a Paul Eckman para que colaborase con el instituto y realizaron grandes avances en el estudio de las emociones y las micro expresiones faciales.

Julius y Kisha se encontraban en un auténtico templo de la psicología y la psiquiatría, pero ni siquiera lo sospechaban.

El doctor Carvin era un hombre afable de una estatura que podría

calificarse por debajo de la media. No obstante, aquel hombre era una eminencia en su campo, así que su fama y su trayectoria estaban paradójicamente en una proporción inversa a su tamaño.

Parecía un hombre modesto y sencillo, de fácil trato y sonrisa casi permanente.

Posiblemente esos rasgos de carácter le habían facilitado el trato con sus pacientes. Sin embargo, por lo que les había contado Hilka, no debían dejarse engañar por aquella serena y apacible apariencia, puesto que, si se habían logrado tantas cosas en aquella institución desde que él era director, había sido gracias a su mano izquierda y su tesón.

Cuando tenía un proyecto entre manos o creía en algo, no cejaba en el intento hasta desgastar al adversario que tuviera enfrente con tal de lograr sus propósitos.

Tal vez en eso se parecía bastante a Stephen.

—Buenos días, aunque mejor debería decirles ya buenas tardes, teniendo en cuenta la hora que es —señaló mirando el reloj con una sonrisa amigable.

Aquel comentario le recordó a Kisha que posiblemente la jornada se alargaría más de la cuenta y que no debía olvidarse de avisar a Derek. Después de la discusión de la noche anterior, no podía permitirse el lujo de cagarla dos días consecutivos.

—Buenas tardes, doctor Carvin. Muchas gracias por recibirnos, especialmente con tan poca antelación y siendo domingo. Imaginamos que tiene la agenda cargada habitualmente y los fines de semana estará deseando desconectar.

—Bueno, los fines de semana no siempre son sinónimo de descanso para mí. El centro, además, no cierra ningún día de la semana. Por otra parte, no les voy a mentir, aunque sea domingo, me han pillado en una jornada complicada, pero tratándose de mi buen amigo Stephen cualquier cosa puede ser pospuesta. Si les parece, mejor pasamos a mi despacho y hablamos con tranquilidad y, sobre todo, con privacidad.

Pasaron al amplio y luminoso despacho del médico. Las paredes estaban cargadas de diplomas y certificaciones de todo tipo. Kisha se fijó en que el doctor estaba especializado en hipnosis y se le ocurrió que tal vez eso le podría haber resultado de utilidad en algunas

investigaciones del pasado, en las cuales el grado de trauma de algunas víctimas les había hecho inviable recordar prácticamente nada. En alguna ocasión, había probado con una técnica que había aprendido que se basaba en rememorar lo sucedido a través de recuerdos olfativos, tratando de estimular la hipófisis y la glándula pituitaria, aunque no siempre daba los frutos que esperaban y terminaban con las víctimas bloqueadas. A veces, incluso, los resultados podían ser un tanto contradictorios. Contar con un experto como el doctor Carvin para ciertos casos, sin duda habría sido todo un lujo. Tal vez pudiera ser un recurso en el futuro.

Se anotó aquello mentalmente.

—Me ha dicho por teléfono la mujer de Stephen que hace ya tres días que no se sabe nada de él y que ustedes piensan que puede que los años que pasó investigando con nosotros tengan alguna relación.

—Es posible, suponiendo que haya pasado algo, porque tampoco estamos cien por cien seguros.

—Les puedo decir que Stephen no es de los que desaparecen sin más, si es lo que insinúan. Es un hombre muy responsable y comprometido, con unos valores intachables. Salvo que haya sufrido un accidente que le haya hecho perder la memoria hasta olvidar incluso quién es, estoy convencido de que no se ha ido sin motivo.

No habían barajado la opción del accidente. Algo tan simple como eso. Julius y Kisha se miraron un instante y se dieron cuenta que el otro estaba pensando exactamente lo mismo. ¿Cómo podían no haberlo siquiera considerado? Desde luego, los accidentes ocurren a diario, más de lo que podemos imaginar y pueden llegar a ser de lo más

absurdo. Un golpe fortuito en un área indebida del cerebro bien le podía haber borrado la memoria y encontrarse ahora perdido en quién sabía dónde. Pero entonces, ¿por qué los mensajes? ¿Por qué abandonar sus cosas bajo un muelle de Monterey?

No encajaba.

—En realidad, nosotros tampoco lo creemos. Nos está siendo difícil acceder a las fuentes que podrían facilitarnos información que tal vez sea relevante y, de pronto, se nos ha abierto esta posible línea de investigación, así que no queremos descartar nada.

—Entenderán que no puedo facilitarles datos personales de pacientes,

por mucho que quiera colaborar.

—Sí, lo entendemos. Pero quizás si nos pueda ofrecer algunos datos relativos al estudio que llevaron a cabo que puedan servirnos de pista. De hecho, tenemos alguna idea relativa a uno de los sujetos que participó, con quien el doctor Meyer parecía seguir obsesionado. Si se queda más tranquilo, ya lo hemos localizado incluso, por lo que no necesita confirmarnos su identidad.

—Sé a quien se refieren. Fue duro para Stephen y le hizo incluso dudar de su capacidad como médico. Necesitó mucho apoyo para salir adelante reforzado y volver a confiar en sí mismo —recordó aún con cierta congoja el médico—. Permítanme que les resuma el estudio y luego, si les parece, podemos hablar con otros terapeutas, psicólogos e incluso con alguno de los trabajadores sociales que colaboraron en la investigación.

—Eso sería maravilloso.

El doctor Carvin les contó que veinte años atrás, tras empezar la intervención con un niño de once años que había matado a su padre después de que éste maltratara brutalmente a su madre, le propuso empezar un proyecto de investigación con chicos que hubieran manifestado algún tipo de conducta predelictiva o que tuvieran abiertos expedientes en Servicios Sociales por algún tipo de comportamiento fuera de lo habitual. En dicha investigación, también incluyeron a menores que estuvieran en tratamiento con psiquiatría por conductas que apuntaban a un trastorno antisocial, así como por haber presentado un trastorno negativista desafiante en la primera infancia.

Los sujetos de la investigación estarían circunscritos principalmente a las áreas geográficas de Monterey y Palo Alto, puesto que eran los dos centros neurálgicos en los que en ese momento llevaba a cabo su trabajo el doctor Meyer y eso facilitaba el acceso a los sujetos participantes y su seguimiento a lo largo de los años. Al ser menores, lo normal es que siguieran bajo la custodia de los padres o de los Servicios Sociales de la zona hasta que cumplieran la mayoría de edad.

En varios de aquellos casos observaron conductas que se asemejaban a las incluidas en la teoría de la triada homicida. Aquellos casos, en particular, fueron los que despertaron mayor interés y los que interesaba seguir más estrechamente para conocer su evolución. Obviamente, el primer sujeto con el que intervino ya había dado el

salto hacia un camino sin retorno, así que era un individuo de especial interés, sobre todo teniendo en cuenta que en él se habían observado todos los rasgos de la triada y que, además, había sufrido algún tipo de abuso o maltrato en la infancia.

Toda aquella información, aunque a *grosso* modo ya la conocían, les resultó cuando menos inquietante en lo que a potenciales sospechosos se podría referir. Esa investigación con aquel perfil tan específico de sujetos, bien podía servir para que el juez ratificara el acceso a los datos de identificación de aquellos individuos y, así además, poder localizarles e interrogarles si fuera necesario.

Después de la entrevista con el doctor Carvin, hablaron con algunos de los psicólogos que habían colaborado en el estudio, además de dos terapeutas de los que participaron en los tratamientos llevados a cabo con los chavales, los cuales les facilitaron la forma de contactar con los trabajadores sociales que llevaban el tema de custodias y el seguimiento de los casos en la zona. En sus archivos sin duda habría datos clave.

Cuanto más información les facilitaban, ambos policías pensaban que iban creciendo de manera significativa las posibilidades de encontrar un sospechoso entre aquellos sujetos que ya estarían en ese momento en la edad adulta.

Después de mucho discutir acerca de la protección de datos y de la conveniencia o no de darles información sobre los participantes, Kisha y Julius se comprometieron a guardar estricta confidencialidad sobre la información recibida y ser muy cautelosos con el tratamiento de dicha información. Llamaron al Jefe de Policía de Carmel, para ponerle al día y éste garantizó al director de la institución de Palo Alto que podría conseguir dicha orden en menos de una hora y hacérsela llegar por fax si así lo querían.

Estaba totalmente convencido de que era factible que un juez accediera a concederla a la luz de la tipología de sujetos con los que se había trabajado en aquel proyecto.

Había un motivo plausible.

Por fin.

No obstante, Kisha seguía pensando que había un caso que sobresalía por encima del resto.

El sujeto número 1.



Conocía bien todas las barreras y los impedimentos, las pocas probabilidades de tener razón, pero no pensaba dar su brazo a torcer. Si ese cartucho contenía aún algo de pólvora, lo usaría. La palabra rendición no estaba recogida en su particular diccionario.

Sin embargo, tampoco se hacía demasiadas ilusiones, ya que seguía habiendo un inconveniente que parecía insalvable: aquel sujeto continuaba en la cárcel y no había salido en los últimos veinte años.

Era media tarde y el tiempo se les había ido de las manos, esclavizándoles y sometiéndoles a su cruel tiranía en la que sólo él toma las decisiones. A veces, se comporta como una criatura indómita y decide emprender esa huida a la carrera cuando más necesitas que se alargue.

La percepción del tiempo.

Un minuto interminable para quien sufre una agonía.

Sesenta segundos efímeros para dos amantes que se encuentran.

La temperatura había bajado considerablemente en un día que ya de por sí había sido frío, más de lo habitual en aquella época del año. Notaron de camino a recoger su vehículo como el aire frío se encontraba con la piel de su rostro al descubierto. Kisha se estremeció y notó un escalofrío que le hizo castañetear los dientes.

Previamente a subir al coche, le pidió a Julius unos minutos antes de acudir a hablar con los trabajadores sociales que estuvieran de guardia, aunque suponían que aquellos únicamente podrían darles información complementaria a la que ya les habían facilitado los especialistas del Instituto de Investigaciones Mentales, especialmente si no coincidía que alguno de los que estuvieran esa tarde hubieran colaborado en dicha investigación. Quizás ni siquiera merecía la pena dedicar más tiempo a aquello y convenía que volviesen a comisaría para tratar de localizar el paradero actual de cada uno de los sujetos que ya tenían en la lista.

Llamó por teléfono a Derek. Quería que éste se diera cuenta de que ella le escuchaba y trataba de hacer las cosas bien porque valoraba su relación. El fotógrafo tardó varios tonos en cogerlo.

—Hola —respondió más serio de lo habitual.

—Hola, soy yo.

—Sí, lo sé.

—Claro, ¡qué tonta! —se sintió un poco estúpida y también algo nerviosa. Derek no parecía querer ponérselo fácil—. Bueno, llamo para decirte que estoy en Palo Alto y aún tenemos algunas pesquisas por aquí, así que supongo que aún tardaré en llegar a casa.

—¿Has comido algo?

—Sí —mintió y se sintió fatal por hacerlo. Aún no habían ido a comer a pesar de que hacía varias horas que había quedado atrás la hora del almuerzo, pero era cierto que pasarían a tomar algo de camino al centro de supervisión en el que estaban los trabajadores sociales con los que tenían que hablar.

—Vale. Intenta que no se haga muy de noche. Es otoño y ya sabes que los días cada vez son más cortos. Es mejor que no esperéis a que oscurezca. Y, a ser posible, no cojáis la carretera que va por la costa. Ya sabes que tiene muchas curvas y no hay buena visibilidad.

Tenía razón. Parecía que había sido ayer cuando aún estaban inmersos en la placidez veraniega, en el transitar tranquilo del tiempo, en cálidas jornadas bañadas por el sol sobre el océano Pacífico.

El otoño avanzaba con celeridad y el ocaso de los días parecía adelantarse a un ritmo acelerado, como si la noche devorase la luz del día, como si fuera un animal hambriento, una bestia furiosa que se tragara los atardeceres casi sin masticar, sin dar tiempo a quienes lo observaban a digerir ese cambio voraz, una evanescencia agresiva y casi cruel.

—Lo intentaremos. De todos modos, tendremos cuidado.

Estaba indudablemente más serio de lo habitual. Más seco, esa era la expresión que buscaba. Trató de ablandarle con algo que él sabría valorar porque la conocía muy bien.

—Te quiero, Derek.

—Y yo a ti.

Seguramente seguía molesto por la discusión de la noche anterior. Se

había pasado de la raya con él, eso era cierto. Luego había intentado arreglar las cosas a su manera, pero una vez más se había ido de casa sin despedirse siquiera. En realidad, no había querido despertarle, pero también era consciente de que él podía pensar que no quería afrontar las consecuencias de lo que había pasado. Se dijo a sí misma que, aunque seguía siendo torpe en las relaciones emocionales, estaba mejorando y él debía apreciar aquello.

No creía que lo que les quedaba por hacer aquella tarde les llevase demasiado tiempo. Otro día en el que no conseguían traer a Stephen de vuelta a casa, por otra parte. Sintió que se apoderaba de ella un ánimo funesto ante aquel pensamiento.

Tal vez llegase a tiempo para que cenaran juntos y tener una velada normal. Tenía que cuidarle y hacerle sentir que era importante para ella, por mucho que en aquel momento fuera otra cosa lo que ocupaba su cabeza. De hecho, tenía razón en que no habían tenido un día ni remotamente normal desde que casi veinte días atrás se fuera Derek de viaje para fotografiar los amaneceres y ocasos de algunos de los paisajes emblemáticos de Estados Unidos para su último proyecto.

Sabía que no era un buen momento, pero debía convencerle con sus actos de que lo estaba intentando.

Capítulo 21 arreglar las cosas

Actualidad. Día 4 - domingo noche

quella noche, llegó a casa mucho antes que la anterior. Además, estaba de mejor A humor porque ya tenían una posible línea de investigación, lo cual era algo después de tanto darse contra un muro tras otro. Sin embargo, también era consciente de que, teniendo en cuenta que estaban ante una desaparición y considerando las horas que habían pasado desde que se vio por última vez a Stephen, aquello tampoco era para cantar victoria. En cualquier caso, no estaba de más un poco de ánimo. Necesitaban algo de energía positiva.

Por otra parte, tenía que arreglar las cosas con Derek, especialmente sabiendo que seguía molesto, lo cual había quedado claro en la breve conversación telefónica que habían mantenido unas horas antes. No podía permitirse el lujo de alejarle de ella, había estado demasiados años perdida. Él era la persona que le daba equilibrio, que lograba centrarla, que conseguía que disfrutara de la vida de una manera nueva. Ni siquiera Bill lo había conseguido hasta ese punto cuando trabajaron juntos y se empeñaba en cuidarla y ser su ángel guardián,

aunque tampoco la relación había sido equivalente a la que tenía en la actualidad con el fotógrafo. Tal vez, porque no le había dado oportunidad de ir más allá. Eso ya nunca lo sabría.

Resultaba en cierta medida chocante que hubiera tenido que regresar al lugar que había abandonado veinte años atrás y reencontrarse con alguien de su pasado al que nunca le había prestado la menor atención para averiguar que la felicidad es posible y que el amor verdadero existe. A veces, volver a la casilla de salida es la mejor decisión para avanzar.

Cuando entró en casa, él estaba leyendo plácidamente sentado en el sofá del salón.

Irradiaba calma y paz. Era una persona con una capacidad extraordinaria para contagiar su serenidad. Parecía como si llenase la estancia con su personalidad sosegada, con su buen humor, con su calidez. ¿Cómo podía tener tanta suerte de tenerle en su vida?

Se sentó junto a él y se acurrucó llenándose de su calor. A su lado, se derretían las malas sensaciones del día, como si su piel fueran las paredes de un refugio en el que no hay sitio para el mal fario ni las malas vibraciones.

—Perdóname, Derek. Siento mucho todo lo que pasó ayer. Perdí la cabeza, para variar.

Él le pasó su brazo por encima, dejando el libro a un lado. Comenzó a acariciar su espalda con ternura mientras le besaba la cabeza.

—Vale.

—¿Sigues enfadado?

—Supongo, aunque estoy más decepcionado que otra cosa. En cualquier caso, creo que tengo derecho a sentirme así después de todo. Esta mañana te fuiste sin decir adiós y ha pasado gran parte del día sin que supiera nada de ti otra vez. Pero has llamado y eso es algo que valoro mucho.

—Lo siento. Tienes razón. Te quiero, aunque estos días esté ausente y no te lo parezca. Eres lo más importante para mí y lo mejor de mi vida, tienes que estar seguro de eso. Al menos ya no puedes recriminarme que nunca te lo digo, ¿no? Y sabes que yo no soy de decir en alto lo que siento.

Él la miró enternecido. Tenía razón, había cambiado mucho en pocos meses. Casi no le parecía posible que fuera la misma persona.

—Ayer fue un día largo y duro, porque todo el esfuerzo y el trabajo parecía no dar ningún fruto —continuó Kisha—. Debí ser más comprensiva contigo y entender que tenías todo el derecho del mundo a estar furioso conmigo. Y lo que te dije… Bueno, ya sabes como soy. No tengo filtro y de veras que intento controlar lo que digo. No quiero que volvamos a acostarnos enfadados nunca más. Voy a intentar cambiar, te lo juro.

—¿Qué es lo que vas a cambiar? Porque me cuesta creer que pretendas volver a casa a una hora lógica y responderme al teléfono o, al menos, decirme que estás bien cuando desapareces durante horas sin dar señales de vida. Hoy sí, eso es cierto, pero intuyo que se debe a que el enfado estaba reciente. ¿Cuánto va a durar el efecto, Kisha? Responde con sinceridad.

—Lo voy a hacer, ya lo verás.

—Lo siento, pero necesito verlo.

—Hoy estoy aquí y no son ni las ocho de la tarde. Tal vez sea un primer gesto, ¿no crees?

—Lo es, pero no quiero hacerme ilusiones, supongo que lo comprendes.

Sí, lo comprendía, pero también era cierto que estaba intentándolo. Él no entendía que, cuando investigaba un caso, y más uno como aquel, no era capaz de controlar su atención. Era como si la investigación la engullera en sus entrañas y ella no fuera capaz de ver la forma de sacar la cabeza. Y en este caso que le tocaba en cierta medida de manera personal, la sensación se agravaba. No podía decepcionar a Hilka. No podía



permitir que ella pasara el resto de su vida devorada por la incertidumbre de no saber qué le había pasado a su marido.

En ese momento decidió que sobraban las palabras. Era momento de que fueran los gestos y los abrazos los que hablaran, las muestras de cariño. Los necesitaba. Necesitaba dejar fuera de aquellos muros la

maldad reinante en el mundo, el dolor inexplicable y gratuito, la crueldad humana sin límites.

En aquel momento, sólo necesitaba sentirse querida.

Actualidad. Día 5 - lunes A la mañana siguiente, ambos se levantaron temprano y desayunaron juntos, tratando de llevar una vida lo más cercana a la normalidad que las circunstancias les permitían. Derek iba a visitar a un galerista de la zona que se había interesado mucho en su nuevo proyecto y habían quedado en hablar para empezar a concretar cómo harían la exposición. Había otras cuantas galerías interesadas entre Carmel y San Francisco, además de otra en la zona del Soho de Nueva York. Debido a la envergadura del trabajo que tenía entre manos y a las últimas conversaciones mantenidas, estaba sobre la mesa la posibilidad de hacer una exposición itinerante.

A pesar de lo sucedido en primavera que incluyó su paso por la trena durante unos días, su prestigio sorprendentemente no había parado de crecer. Es más, parecía que le había dado un impulso añadido a una carrera que ya de por sí llevaba varios años en su punto álgido. Algunos medios nacionales se habían hecho eco de la metedura de pata de la Policía de Carmel y del injusto encarcelamiento del fotógrafo meses atrás. Sin pretenderlo, aquello se convirtió en una publicidad extra que Derek ni buscaba ni deseaba. Creía que demasiada atención en aquel sentido hacía que la gente se fijara menos en sus fotos y más en el morbo que rodeaba al suceso.

Kisha se fue pronto, nada más terminar de desayunar. Suponía que Julius ya estaría en comisaría y confiaba en que hubiera ido agilizando el trámite para entrevistar a Arthur Hamilton. Parecía un callejón sin salida pero, antes de entrevistar al resto de sujetos del estudio, quería probar esa carta.

No se imaginaba que le esperaba una sorpresa a su llegada.

Capítulo 22

ENCERRADO

Actualidad. Un día de esos.

quella era la enésima postura que probaba en poco rato. ¿Cuánto rato? No podía A hacer una mínima estimación. Tal vez unos minutos o quizás más de una hora. Poco importaba. El tiempo se había congelado en su particular edad de hielo y, si no fuera por las transiciones entre el día y la noche, no podría siquiera discernir si era o no la hora de dormir. Ya no era capaz de encontrar un mínimo confort en aquel angustioso sótano lleno de recuerdos del pasado, desordenado, infestado de partículas de polvo que flotaban a su alrededor como en un carrusel infantil. Sentía que le dolían todos los músculos y los huesos gritaban de dolor como una puerta oxidada.

Sin duda había perdido ya la noción del tiempo. Era una sensación desagradable, como de estar perdido en un limbo en el que ni vives ni mueres, un lugar inhóspito y desapacible al cual no llegan noticias del exterior, un paréntesis al margen de la realidad donde no sabes si alguien siquiera está buscándote. Una existencia inexistente.

No estaba muy seguro de cuántos días llevaba allí. Peor aún, no tenía la menor idea de cuántos le quedaban y mucho menos cuándo y cómo terminaría su estancia en aquel desagradable lugar. Quizás fuera más saludable no pensarlo, dejarlo estar. Al fin y al cabo, eran incógnitas para las que no tenía ni respuesta ni solución.

Teniendo en cuenta el golpe que había recibido en la cabeza y que no tenía ni la menor idea de cuánto había permanecido inconsciente, podía llevar perfectamente encerrado cerca de una semana, incluso más. No podía ni imaginarse lo que Hilka estaría sintiendo, qué pasaría por su cabeza. Le martirizaba pensar el dolor que aquello podría estar causándole. ¿Qué pensaría de todo aquello? Tal vez hasta hubiera llegado a creer que la había abandonado, por muy descabellado que pareciese. No sabía ni qué pensar, puesto que desconocía las circunstancias que habían rodeado su inexplicable desaparición. ¿Y si le habían dado por muerto? Posiblemente esa sería la peor opción, ya que entonces nadie seguiría buscándole, si es que en algún momento lo habían hecho. Estaba en una total, desesperante y absoluta oscuridad.

Aún así, sabía que era una mujer fuerte y que, sucediera lo que sucediera, sería capaz de seguir adelante. Tal vez le costara un poco al

principio, pero seguro que lo lograría con el tiempo. Ella le había enseñado a no rendirse jamás, por muy difícil que fuera una

situación. Luchar, siempre. Esa era su consigna. “*No te resignes, Steve* ”. Parecía que podía oírla.

Le sobrevinieron unas inmensas ganas de llorar al pensar en aquello. Habían cimentado una relación tan fuerte desde que eran jóvenes que le aterraba que todo acabase de aquella manera tan horrenda y sin tener siquiera la oportunidad de despedirse y decirle cuánto la quería. Ella había completado su vida de una manera difícil de explicar, como una circunferencia perfecta.

Aquel día tenía un ánimo aciago, no cabía duda. Por mucho que se esforzara en mantenerse positivo, las circunstancias no parecían ayudar. Varios factores le invitaban a pensar que su final estaba cerca. En primer lugar, si aquello hubiese sido un secuestro para sacar dinero, era posible que la policía les hubiera pedido una prueba de vida, cosa que sospechaba que no había sucedido porque en ningún momento su captor le había pedido que posara, por ejemplo, con el periódico del día. Afortunadamente, mirándolo de otra manera, tampoco le habían cortado un dedo ni sometido a ninguna mutilación, aunque quizás aquello sólo ocurriese en las películas. Sonrió por haberse concedido aquel destello de humor, aunque fuese humor negro.

En segundo lugar, su captor no parecía tener mucho interés en mantenerlo con vida, puesto que la alimentación que le daba era escasa, al igual que el agua. Parecía que le proporcionaba la ración mínima para no morir demasiado rápido. Pensar en la idea de que trataba de dejarle morir poco a poco le estremeció de pies a cabeza. Era inevitable que su fuera debilitando con cierta celeridad con aquellas raciones exiguas e incomibles.

De hecho, se sentía cada vez más débil, con los músculos entumecidos por no disponer de excesiva libertad de movimientos y mantenerlos a veces en posiciones imposibles.

Apenas podía desplazarse unos pasos.

Pero lo que más le preocupaba de todo es que en ningún momento su secuestrador se había molestado en ocultar su rostro, excepto el día que le invitó a que le acompañara en el parking del hospital. Había sido tan ingenuo que le daban ganas de abofetearse a sí mismo. Aquel día, su secuestrador se había cubierto parcialmente la cabeza con la

capucha, logrando que gran parte de la cara estuviera en sombra y apenas se detectaran sus facciones. Posiblemente trataba de que su rostro no se viera en las cámaras de vigilancia que tenían por todo el hospital. No era descabellado pensar que había estado varios días antes vigilándole para conocer dónde dejaba su coche y tener localizadas las cámaras y sus correspondientes ángulos muertos.

Desde el preciso instante en el que se alejaron del área de influencia del circuito cerrado de vigilancia, no se había vuelto a ocultar a sus ojos.

Aquello no había sido una buena señal.



Su captor no tuvo desde aquel momento miedo alguno a que Stephen le reconociera si salía de ahí.

La conclusión le parecía inevitable: no tenía intención de dejarle salir con vida.

Cuando pensaba en los motivos que le había dado para que le acompañara, Stephen se sentía un imbécil por haberle creído sin más y acceder a su petición. Aquel joven de aspecto inocente, le dijo que su madre estaba esperándole en su coche, el cual estaba aparcado fuera del área del hospital. Estaba gravemente enferma y necesitaban que la viera un médico con urgencia, pero no tenían seguro y apenas tenían dinero para pagar el alquiler. Stephen le había dicho que él era psiquiatra y que necesitaban otro tipo de médico, pero el chico había insistido de una manera tan lastimera que al final había accedido a acompañarle.

El coche estaba en un descampado cercano. No había nadie alrededor. Ahí debería haber desconfiado y haber tratado de volver al hospital. Pero no lo hizo. En cuanto estuvieron lo suficientemente cerca del coche, le golpeó en la cabeza con fuerza y perdió el conocimiento.

Tenía la vaga sensación de que había dicho algo justo antes de golpearle, pero era incapaz de recordarlo.

Le llevó algo para desayunar. No tenía ni la menor idea de qué hora sería, pero suponía que debía ser una de las primeras horas de la mañana si aquello era algo similar a lo que la gente normal entiende

por desayuno.

En el tiempo que llevaba encerrado, había observado que el joven no era capaz de mirarle a los ojos. Le lanzaba la comida o lo que fuera dirigiendo su mirada hacia el suelo o hacia otro lado. Eso era un síntoma de remordimiento, una forma de despersonalizar a la víctima para no experimentar el sentimiento de culpa. Tal vez era momento de aprovechar esa aparente debilidad para sacarle algo de información. En aquel instante, le pareció que era lo más valioso, salir de aquella oscuridad que era no saber nada. Necesitaba abrigarse al calor que da la luz del conocimiento, aunque no le gustara lo que le fuera a decir. Al menos podría ir preparando su mente para lo que tuviera que venir.

No obstante, sus intentos de iniciar alguna conversación, fueron en vano. Llegó a pensar que tal vez aquel chico tenía algún tipo de déficit auditivo, porque le daba la sensación de que no le llegaban sus palabras, salvo por la forma en la que se contraía la

musculatura de sus mandíbulas, como tratando de controlarse para no decir nada inoportuno. Era inmune a sus intentos de conversación, ajeno a cualquiera de sus preguntas o peticiones para estar más cómodo. Pero antes de irse, rompiendo la rutina habitual de aquel cruel voto de silencio, le había dicho algo que le había dejado una sensación de hielo en el cuerpo.

Cuatro palabras con el poder de una bola de demolición.

—Se acerca el final.



Capítulo 23

VISITA A LA PRISIÓN

Actualidad. Día 5 - lunes.

na sorpresa la estaba esperando aquel comienzo de semana y Kisha no tenía ni la U menor idea. No tenían tiempo que perder, así que en su cabeza tenía planificada la jornada al milímetro. Imaginaba que nada más llegar, ella y Julius se dirigirían a la cárcel y, después de eso, investigarían el rastro del resto de los sujetos participantes en la investigación.

Sin demora.

Sin dilación.

Habían pedido en comisaría el día anterior a un par de compañeros que buscasen los antecedentes de algún que otro caso que parecía sobresalir sobre el resto de participantes en aquella investigación de veinte años atrás. Algunos de ellos, podían aún albergar algún tipo de rencor que justificase un motivo para la venganza. Dicho motivo, podía situarse alejado en el tiempo y remontarse a la época de la investigación o bien ser mucho más reciente. Stephen había participado en la comisión de valoración de varios de ellos en relación a su continuidad o no dentro del sistema penitenciario, así que los que habían pasado más tiempo a la sombra podrían querer cobrarse la revancha una vez pusieran sus pies en la calle.

Sin embargo, cuando entró por la puerta, uno de los agentes le dijo que el comisario la quería ver en su despacho. Le pareció algo inusual, pero supuso que sería en relación al caso que tenían entre manos. Quizás tuviese algún tipo de información relevante en su poder.

Llamó a la puerta antes de pasar.

—¿Querías verme?

—Sí, pasa pasa —le dijo, acompañando las palabras con un gesto de la mano, al tiempo que le pedía que se sentase y esperase un minuto. En aquel instante, Pete estaba

hablando por teléfono. Le pareció por el tono que hablaba con otro comisario de la zona.

—De acuerdo, hoy mismo te los mando. En eso habíamos quedado, ¿no? No tienes que agradecerme nada. Estamos para ayudarnos. Seguimos hablando. Hasta pronto.

Colgó el teléfono y se armó de valor para lo que iba a decir a continuación. Sólo mirarla a los ojos ya le intimidaba. Había tanta seguridad y tanta personalidad en aquella manera de mirar, tanta determinación, que no era fácil enfrentarse a aquellos ojos negros que refulgían con una energía fuera de lo común. Parecía mentira que se sintiera tan nervioso. Después de haber patrullado juntos varios meses y trabajar codo con codo en el caso que llevó a terminar con el asesino en serie más temido de la Costa Oeste y, después de haber acabado siendo el Jefe de Policía, sentía un tremendo reparo a enfrentarse a aquella situación con ella. Y Pete no se consideraba un pusilánime.

Pero es que era una mujer tan temperamental y con tantos arrestos, que a cualquiera le impondría. La había visto enfrentarse a muchas situaciones y no haber tenido la mínima duda en decir lo que pensaba en cada ocasión, sin importarle a quien tuviera enfrente y las secuelas que dejaran sus palabras.

—Hola Kisha, ¿has hablado con Julius?

—No, no me ha dado tiempo. Según he entrado, David me ha dicho que pasara a verte. Supongo que, si tú sí has visto a Julius, ya te habrá puesto al día. Queremos ir a la cárcel estatal para hablar con un preso que fue paciente de Stephen y, además, participó como sujeto de investigación en un estudio sobre la triada homicida, o debería decir tétrada oscura de la personalidad para ser más precisos según los últimos estudios. He estado investigando el tema, sí, no me mires con esa cara de pazguato. Igual piensas que es una pérdida de tiempo, pero no lo creo. Tenemos motivos para pensar que…

No la dejó terminar. Cuando la inspectora se embalaba y empezaba a hablar de un caso, era difícil encontrar el momento de meter baza, así que tuvo que cortarla antes de que se desatara la hemorragia.

—Kisha, escucha un momento. Verás, quiero que os hagáis cargo de un caso de Salinas.

A Pete le pareció ver fuego por un momento en aquellos ojos. No se lo iba a poner nada fácil, algo que en realidad esperaba. Era ingenuo pensar que iba a acatar lo que quería decirle sin más.

—¿Estás de broma, claro?

—Nos han pedido ayuda porque se han producido recientemente dos delitos por violación y casan con otros similares que se han sucedido en toda la zona de…

—No me vengas con gilipolleces, Peter. No voy a dejar este caso por nada del mundo, ¿estamos?

Al comisario no se le escapó que le había llamado Peter y no Pete. Era la primera vez que lo hacía desde que se conocían. Debía estar verdaderamente enfadada con él en ese momento. Le había recordado a su madre cuando era pequeño, pues hacía exactamente lo mismo. En otro momento, hasta le habría resultado divertido. Pero aquella situación no tenía ni la menor gracia.

—Escúchame, nos necesitan y sabes que llegamos a un acuerdo al

comienzo del verano para compartir recursos y ayudarnos entre delegaciones.

—¿Que nos necesitan? ¿Y Stephen no? ¿Me estás diciendo que estás priorizando unos casos de violación de otra área policial a la desaparición del marido de una de los nuestros? Te debo haber entendido mal, ¿no? Entiéndeme, que no digo que no sea una situación grave, pero lo que tenemos entre manos también lo es y no tenemos la menor idea de lo que le puede haber pasado. Puede que su vida esté corriendo peligro ahora mismo.

—Lo sé, pero ya he pensado a quienes les voy a asignar la investigación y seguro que estarás de acuerdo conmigo en que son gente competente. Ya han trabajado anteriormente en alguna desaparición. Así que no tienes que preocuparte porque va a estar el caso en muy buenas manos. Incluso he hablado con Bill por si tuviera que echarnos un cable para que te quedes más tranquila. Sé cuánto confías en él y estoy seguro de que comprenderás lo que te estoy pidiendo.

Se levantó de golpe y casi se cae la silla hacia atrás del impulso.

—La respuesta es no. Y si no te gusta, me abres un expediente, me suspendes o me echas del cuerpo si te lo parece. Me da igual. Puedes ayudarnos a resolverlo o puedes convertirte en una traba. Tú decides. Y si tomas la decisión correcta, te agradecería que avises a la prisión y les digas que el agente Morgan y yo nos dirigimos hacia allí a hablar con Arthur Hamilton.

Salió del despacho sin mirar atrás.

La reunión había ido incluso pero de lo que Pete había esperado. Sabía que ella tenía razón, pero le había prometido a Derek que intentaría apartarla del caso. No podía dar gusto a todos, eso estaba claro. Sin embargo, entendía por qué el fotógrafo le había pedido ayuda.

Había visto en la mirada de la inspectora aquel brillo un tanto vesánico que ya viera cuando persiguieron al asesino del ocaso.



Salió del despacho como un vendaval dispuesto a no dejar nada en pie. Aquel desastre natural en el que se había convertido la inspectora

se acercó a la mesa de Julius y fue muy clara y directa: —Coge las llaves del coche. Nos vamos ya. Te espero fuera.

Necesitaba tomar un poco de aire y tranquilizarse antes de seguir. No podía llegar en ese estado a la entrevista o podría echar todo a perder si no lograba controlar su mal genio.

Cuando subieron al coche, a su compañero no le cupo duda de cómo habían ido las cosas en el despacho del comisario. No le hizo falta preguntar.

—Joder, es que no me lo puedo creer todavía que me haya pedido que nos apartemos del caso. Se le ha ido la cabeza con eso de quedar bien con todo el mundo y que seamos todos los polis de la zona súper colegas. En serio, si no le conociera bien, pensaría que ha perdido el norte y que solo intenta salvar su culo.

—A mí también me ha dejado a cuadros, la verdad. No me lo esperaba en absoluto.

Ahora que empezamos a avanzar, no entiendo que nos quiera encargar otro caso que pueden asumir otros. Además, a cualquiera que se hiciera cargo ahora de la desaparición de Stephen, tendría que ponerse al día con todo lo que ya hemos investigado, así que perdería un tiempo de oro.

—Encima me chantajea diciendo que ha llamado a Bill para que nos ayude, como si esa fuera la palabra mágica, la llave que abre todas las puertas. En serio, es que aún no me lo creo. Tiene que haber algo detrás de todo esto, porque si no, no me lo explico.

—¿A qué te refieres?

—No sé, lo mismo es cosa del alcalde que le ha pedido algún favor personal, yo que sé. Pero me extraña, porque Pete es un verdadero policía, no un chupatintas como era Harrison.

—Totalmente de acuerdo.

—No sé, supongo que ya nos enteraremos. Pero ahora tenemos otros asuntos de los que preocuparnos. Debemos volcar toda nuestra atención en la entrevista y cómo vamos a abordarla.

Tenían por delante algo más de una hora de viaje. Esperaba que fuera tiempo suficiente para calmar sus ánimos.

Capítulo 24 Amedrentar

unque la vigilancia era aburrida, sabía que era necesaria. De hecho, siempre había s

A ido

la parte decisiva para que todo saliera siempre como esperaba. La estrategia es clave. La paciencia, el control de los impulsos, era la diferencia entre la libertad y la cárcel. Conocer cada uno de los pasos, movimientos y rutinas de sus objetivos era fundamental para que el resultado encajase a la perfección según lo planeado. El placer era máximo cuando ponía en marcha todo aquello que había recreado tantas veces en su cabeza y se iba de rositas sabiendo que la policía no podría atraparle. Siempre un paso por delante. Era una sensación de supremacía difícil de describir, como si estuviera por encima del resto. Alguna vez le habían dicho que era un narcisista. Ahora que lo pensaba, tal vez era a eso precisamente a lo que se referían. No les faltaba razón.

Muchas veces en silencio se regodeaba del hecho de que no fueran capaces ni siquiera de imaginar del reguero de sangre que había dejado tras de sí desde su adolescencia. Los números que manejaban aquellos incautos de los cuerpos de seguridad se quedaban cortos y eso le daba una sensación de invulnerabilidad que casi le excitaba. En ocasiones, incluso había estado tentado de contarlo, de que el mundo supiera lo que había estado haciendo ante sus ojos sin que nadie se percatara de ello.

Si en algún momento le pillaban, tendría tanto con lo que negociar que no les quedaría otra que rebajar la pena si pretendían recuperar los cuerpos que alimentaban los campos de la geografía californiana.

La vigilancia exhaustiva de los últimos días había empezado a dar sus frutos. Era una familia sumamente previsible. Todos los días los mismos horarios, las mismas rutinas. No se imaginaban la vulnerabilidad a la que se exponían con aquella conducta estúpida. Le daba la risa sólo pensar lo fácil que le resultaría acabar con todos ellos en cuanto quisiera. No requeriría ni el más mínimo acto de imaginación. Pero ese no era su estilo o, mejor dicho, no era lo que pretendía con este caso concreto. Y aunque planeaba amedrentar a todos y cada uno de los miembros de aquella supuesta familia modelo hasta convertir sus vidas en un infierno, su verdadero objetivo era la madre.

Pero antes quería jugar.

Iba a llevarlos hasta la extenuación.

Destrozaría sus vidas hasta que fueran cenizas, unas fotografías rotas que descansan en la basura.

La obligaría a traspasar una línea que sabía que no quería.

La forzaría a tragarse su orgullo y buscar la ayuda de su hermana pequeña, a la que tanto menospreciaba.

Y en aquel momento, su venganza empezaría a tomar forma. El comienzo del fin para ambas.

Por el momento, ya había logrado conocer el funcionamiento del sistema de seguridad de la casa. Se rió en su interior pensando en la cantidad de dinero que pagarían cada mes por aquel sistema tan chapucero. No había necesitado grandes artilugios ni conocimientos para inutilizarlo y así entrar en la casa sin dejar el menor rastro. Un inhibidor de frecuencia y algún truquillo que cualquiera puede encontrar en un tutorial de YouTube. No obstante, era cierto que ya lo había hecho en ocasiones anteriores, así que tenía práctica. A la salida, rearmaba la alarma y nadie se enteraba de nada.

El padre era el primero en largarse por las mañanas y no regresaba hasta la noche. Se llamaba Joseph Hall y trabajaba como director en una sucursal de un importante banco.

Le parecía que eran demasiadas horas de trabajo para ese cargo. Cuando hubiera perpetrado la primera parte del plan, le seguiría unos días y le haría una vigilancia estrecha. Intuía que tenía una aventura extramarital y estaba dispuesto a destaparla si así fuera. Un motivo más de dolor en aquella familia tan ideal.

Ese día decidió que era el momento de dar un paso más en la escalada de violencia.

Los pequeños pájaros muertos en la entrada, aunque habían impresionado al principio, parecían haber dejado de hacer su efecto.

Y ya se sentía más fuerte, gracias al trabajo que había comenzado a realizar en un club de boxeo de la zona. Notaba como su musculatura se fortalecía por momentos y le hacía sentirse más confiado y seguro de sí mismo.

Era hora de que encontrasen a un ser querido exánime.

Capítulo 25

PALOS DE CIEGO

Actualidad - Día 5. Lunes

pesar de que los dos trataban de distraerse, la realidad era que la tensión estaba ahí A y era inevitable. Quinto día y aún no tenían ninguna pista clara. Tal vez entrevistar a alguien que estaba en la cárcel desde que era un niño no fuera lo más inteligente, pero Kisha quería quemar ese cartucho hasta dejarlo en meras cenizas. Si la cagaba, antes o después alguien se lo echaría en cara. Tal vez incluso Hilka si el desenlace no era el deseado. Y tendrían razón, empeñarse en aquello le parecía que cada vez tenía menos sentido. Estaba segura de que Bill o Pete habrían tratado de disuadirla de dar ese paso si hubieran sido sus compañeros en aquel caso o, cuando menos, le habrían pedido que argumentase bien los motivos que la llevaban a tomar ese camino. Pero Julius tal vez era demasiado complaciente con ella y no se atrevía a contradecirla con el suficiente arrojo.

Las esperanzas empezaban a diluirse como el humo.

Incluso ella empezaba a dudar de que sirviera de algo. Sentía que le estaba fallando a Hilka, como si todo el peso de aquella investigación cayera sobre sus hombros. Volvían esos pensamientos auto inculpatorios que nunca le habían servido para otra cosa que no fuera fustigarse y hacerse daño a sí misma. No era ego entendido como sentirse el centro del mundo, era del tipo de ego en el que crees que eres la causa de los males de otros, a pesar de que no tengas nada que ver. No acababa de ver que no siempre la solución estaba en sus manos y que había más factores que entraban en juego. A veces, las pistas aparecen por pura casualidad, donde menos las esperas, aunque el instinto policial y el trabajo duro fueran factores clave obviamente. Debería haber aprendido con los años que no siempre la victoria es el resultado, por mucho que a ella le gustara ganar.

Según se acercaban a aquella mole gris en mitad de ninguna parte, aquel lugar perdido en el que habitaban almas impuras, notaba un estremecimiento en su interior al recordar la última vez que acudió allí cuando estuvo Derek en la cárcel. Recordaba los nervios, el nudo en el estómago que se le había formado y la desazón cuando vio que aquellos ojos habitualmente tan claros como el agua que se forma con el deshielo de un

glaciar, eran sustituidos por una mirada oscura como un cielo de

tormenta. Al final, después de mucho esfuerzo y de correr considerables riesgos, todo se había solucionado, pero fueron semanas dolorosas y su recuerdo aún levantaba ampollas.

Cuando entraron, les pidieron que dejaran sus armas y teléfonos móviles bajo custodia. Les habría venido bien grabar la conversación, pero aparte del móvil, no llevaban grabadora. Por suerte, a pesar de que Julius era bastante joven puesto que tan sólo tenía treinta y tres años, le gustaban los clásicos métodos policiales, por lo que siempre llevaba con él un bolígrafo y una pequeña libreta, su inseparable Moleskine.

Algún día tendría que preguntarle si tenía algún valor especial para él. Tal vez era sencillamente un efecto de la vieja escuela que había aprendido de Pete cuando entró a trabajar en Carmel.

No tenían ni la menor idea de a quién se encontrarían delante cuando el reo entrase en la sala. Hacía mucho desde que había cometido el parricidio y aquel niño apocado y callado posiblemente habría quedado atrás hacía mucho tiempo después de estar tantos años bajo el cuidado del Estado.

O tal vez no.

Quizás siguiera siendo alguien callado y hermético.

Podía incluso haberse encerrado más en sí mismo.

Pronto lo descubrirían.

Por las notas que habían visto de Stephen, se había ido produciendo un paulatino cambio en aquel chaval hacia una vertiente cada vez más agresiva y violenta, llegando a convertirse en un auténtico macho alpha en el centro de internamiento, aunque tal vez era una estrategia de supervivencia, nada más. Aún así, sus últimas anotaciones tenían ya más de diez años de antigüedad y aquel joven ya era un hombre adulto que había pasado su adolescencia y su juventud dentro del sistema.

Julius y Kisha esperaban de pie en la sala comentando cómo iban a enfocar la entrevista. La inspectora daba la espalda a la puerta por la que entraría el preso unos instantes después.

Se abrió la puerta y Arthur no tardó en manifestarse.

—¿Pero qué tenemos aquí? Un bombón color café con leche —dijo

con un sonoro silbido—. Siempre me han gustado las morenas con ese color de piel que parece un caramelo. Me dan ganas de lamerte de arriba a abajo.

—¡Eh! Un poco de respeto —le dijo Julius levantando el dedo índice de la mano derecha. Kisha le hizo un gesto tranquilizador. Era obvio que el Arthur actual ya no se

parecía en nada al niño retraído de antaño que describían todos los que habían tratado con él en su infancia. Una duda menos.

—Tranquilo. No hace falta que ladres, doberman. ¿Qué pasa? Te lo montas con la morenita, ¿no? Se te nota a la legua que te la pone dura.

—He dicho que te calles y que hables con más respeto, ¿lo entiendes?

—No pasa nada, así que no caigas en eso, ¿vale? —dijo Kisha posando su mano sobre el hombro de su compañero con el ánimo de apaciguar los ánimos.

—Yo también acataría lo que me dijera, si después obtuviera sexo a cambio, claro —

señaló Arthur, tratando de continuar con la provocación. Miró de arriba a abajo a la inspectora silbando de nuevo y acompañando el sonido con un gesto obsceno.

Ambos policías se acercaron para sentarse. Julius miraba fijamente a Arthur mientras mantenía el ceño fruncido. La inspectora les hizo un gesto a los guardias para que se fueran, una vez esposaron al preso a la argolla que se encontraba en el centro de la mesa.

—Hola Arthur. Soy la inspectora Kisha Jennings de la policía de Carmel y éste es mi compañero, el detective Julius Morgan.

—Ya lo sé. Ya me han dicho que venía la pasma a visitarme. Claro que no entiendo para qué. ¿Qué cojones pueden querer una par de maderos de Carmel de mí? A mí no se me ha perdido nada allí. Ni siquiera creo que haya estado nunca en toda mi vida.

—Tenemos entendido que conocías al doctor Stephen Meyer.

—No, no lo creo —respondió con aparente indiferencia recostándose hacia atrás.

—Fue tu psiquiatra durante años. Estuviste en tratamiento con él justo después del asesinato de tu padre, así que no nos vengas con que no lo conoces.

—¡Ah! Si se refieren a ese patán con bata blanca supongo que ya sé quien dicen. Lo había borrado de mi memoria hasta ahora.

—No lo creo.

—Pues créalo. Será el efecto de todas las putadas que me hizo cuando era un niño, cuando me ponía cables y movidas para analizar mi cerebro.

—Sabemos que le culpas del suicidio de tu madre.

Observó como se le hinchaban las venas del cuello y de la frente mientras trataba de contener su rabia. Apretó por un instante las mandíbulas, en un último intento de autocontrolarse.



—Ese capullo me quitó todo lo que me quedaba en la vida, así que sí, podría decirse que no le tengo especial aprecio. Engatusó a mi madre y luego consiguió que se suicidara. Seguro que se la cepilló en su elegante consulta y, cuando ya no le servía, la manipuló para que se quitara de en medio.

—Eso no es verdad y lo sabes. El doctor Meyer se preocupaba por vosotros. Ha seguido siempre tu caso de cerca, aunque ya no fuera tu médico. Se ha interesado por ti.

—¿Que se ha interesado por mí? ¡Y una mierda! De lo que se ha interesado es de que yo permaneciera bien encerrado para que no saliera de aquí y fuera a por él, puto cobarde de mierda. Pero ya me da igual. Ha pasado demasiado tiempo. Por mí puede pudrirse bajo tierra. ¿Os hacéis una idea de todo lo que tuve que pasar en el reformatorio? No, seguro que no. Me hicieron de todo. Creyeron que era débil porque era el más pequeño, pero me defendí con uñas y dientes y a alguno le salió bien caro. Os puedo asegurar que hay unos cuantos que llevan cicatrices mías de por vida.

—¡Vaya! Pues no parece que no te importe, como insinuabas —dijo la inspectora echándose esta vez ella hacia atrás en la silla y clavándole sus ojos oscuros.

—Vete a la mierda, zorra. Me da igual lo que pienses.

—¿Dónde está, Arthur? —preguntó volviendo otra vez a inclinarse sobre la mesa y acercando su cara a la del recluso—. Venga, suéltalo. Seguro que estás deseando contarlo para que veamos lo listo que eres organizando su desaparición desde la cárcel.

—¿Es que se te ha ido la puta cabeza, tía? ¿Tú que crees? ¿Te parece que salgo muy a menudo de aquí? Igual te crees que me dedico por las noches a irme de paseo para hacerle una visita.

—Sabes algo, estoy segura.

—Inspectora Jennings, no sé nada. Y salvo que le apetezca que tengamos un vis a vis, aquí hemos terminado.

Salieron de la prisión cabizbajos. En el coche apenas intercambiaron unas palabras.

El desaliento era patente. Había sido una estupidez y una pérdida de tiempo acudir allí.

Estaba claro que aquella intuición que la había hecho destacar cuando aún trabajaba en la Policía de Los Ángeles había desaparecido por completo. Tal vez nunca la tuvo y sólo fueron una sucesión de afortunadas casualidades.

Y lo peor de todo es que había arrastrado a su compañero a su insensatez. Si no hubiera sido tan directiva, si le hubiera dejado ser más proactivo y hubiera escuchado sus propuestas, tal vez ahora tuviesen alguna pista sólida.

Con los siguientes sujetos de la lista que le habían dado en Palo Alto, tampoco tuvieron demasiada suerte. Estuvieron revisando sus expedientes y datos en la comisaría durante varias horas y haciendo varias llamadas. Algunos estaban en prisión, otros se habían trasladado a vivir a otros estados y otros habían conseguido encauzarse y llevar una vida casi modélica, lo que no significaba que fueran a descartarlos tan fácilmente, sino que investigarían sus movimientos de manera minuciosa por si hubiera algún fleco suelto que les condujera hasta Stephen.

Sólo unos pocos acabaron en el saco de los posibles.

Pero no tenían mucha esperanza.

Tendrían que continuar al día siguiente porque para entrevistarles debían desplazarse otra vez hasta San Martín y San José, las localidades en las que residían los diez sujetos que querían investigar, ya que habían participado en el estudio y tenían unos antecedentes policiales que les convertía, como mínimo, en personas de interés para la actual investigación.

Un último cartucho antes de pasar a otra cosa.

Los callejones sin salida parecían sucederse y Kisha empezaba a estar desesperada.

Cuando entró en casa aquella tarde, Derek se lo notó enseguida. Era una mujer muy expresiva, incapaz de ocultar en su rostro lo que sentía, algo en cierta medida paradójico, teniendo en cuenta lo que le costaba hablar de sus sentimientos en voz alta mientras que su rostro era incapaz de ocultarlos.

—¿Qué tal ha ido el día?

—Fatal. Esto es desesperante. No avanzamos. No sé qué coño puede haberle pasado a Stephen. Cinco días ya. Cinco putos días, joder.

Su lenguaje no dejaba resquicio a la duda de que su humor era aciago.

—Tranquila. Lo encontraréis. Seguro que antes o después aparece una pista que os sirve.

La abrazó y acarició su pelo. Sabía que eso solía ejercer un efecto tranquilizador en ella. Se detuvieron unos instantes en ese refugio sitiado por la piel de ambos, hasta que ella se separó para continuar hablando.

—No sé. No estoy hoy demasiado optimista, la verdad. Encima Pete ha intentado apartarme del caso, ¿te lo puedes creer?

Derek la miró sin decir una palabra, esperando que continuara hablando para averiguar cómo había sido la conversación. No podía dejar que Pete cargara con la culpa cuando había sido él quien le había metido en aquel embrollo.

—Nunca imaginé que pudiera ser tan capullo, te lo digo en serio. Intenta mandarme al banquillo, de forma sutil, diciéndome que los de Salinas necesitan ayuda con otros temas, una movida relacionada con

agresiones sexuales. Parece que no se da cuenta lo que está en juego aquí. ¡Joder! Hilka es de los nuestros. Se lo debemos. No pienso irme a ningún lado —apuntilló visiblemente enfadada—. ¿Por qué estás tan serio?

—Por nada.

—Puedes contármelo, Derek.

—No creo que quieras oírlo.

—Prueba.

—Yo he sido quien le ha pedido a Pete que te aparte.

Pareció necesitar unos segundos para asimilar esa información. Pestañeó inconscientemente varias veces seguidas, como si estuviera ejecutando un reinicio antes de asegurarse de lo que había oído. Debía haberlo entendido mal. Derek llevaba sin ir a comisaría meses, aunque era cierto que ella le había dicho que Pete había manifestado que le gustaría verle por allí.

Sería demasiada casualidad.

¿O no?

—¿Que has hecho qué? —preguntó anonadada.

—Ya me has oído —respondió, intentando mantenerse impasible, a pesar de que sabía que estaban a punto de tener otra discusión.

—¿Por qué coño lo has hecho? Sabes lo importante que es esto para mí. Hilka es mi amiga.

—Por eso precisamente. Porque te estás cegando, como la última vez. Y me da miedo cómo puedas reaccionar. Otra vez estás repitiendo los mismos patrones. Apenas duermes, casi no te veo por casa, estás más nerviosa… No quiero ni pensar en lo que pueda pasar. Cuando estás así no calculas los riesgos y sabes que tengo razón.

—¿Estás hablando en serio?

—Totalmente.

—¿Cómo eres capaz de decirme esto? ¿Cómo eres capaz de intentar que me aparten del caso cuando es la vida del marido de mi amiga lo que está en juego? Eres un egoísta, Derek.

—Puede que tengas razón y lo sea. Pero ya he visto esto antes y pierdes la razón. Te ciegas y no ves más allá. Y no quiero despertarme a media noche porque me llaman del hospital porque estás gravemente herida. No lo soportaría.

—Pues ya ves, éste es mi trabajo. Soy policía, con todo lo que eso implica. Ya sabías lo había desde el principio.

—No, no lo sabía. Me dijiste que habías vuelto a Carmel buscando tranquilidad.

Querías alejarte de la violencia que habías visto en Los Ángeles. Fui tan ingenuo que hasta te creí.

—¿Y qué sugieres que haga? ¿Miro para otro lado?

—Sólo te pido que seas racional y sensata de paso, nada más. No eres la única policía en la zona. No eres la salvadora del mundo.

—¡Qué cinismo! En serio, no me lo esperaba de ti.

—No estoy siendo cínico, Kisha. Me preocupo, ¿vale?

Se sostuvieron durante unos segundos la mirada, pero Derek percibió su derrota y no quería que la discusión fuera más allá. Aquellos magnéticos ojos oscuros no dejaban ninguna duda acerca del enfado y la decepción que transmitían.

—Lo siento, ¿vale? No debería inmiscuirme en tu trabajo, pero me gustaría que también te pusieras alguna vez en mi lugar.

—Tienes que confiar en mí, ¿me oyes? —respondió suavizando el tono.

—Lo intento, pero me lo pones difícil, la verdad.

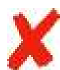
—Después de la bronca del otro día, ayer y hoy he llegado relativamente temprano a casa, creo que es una demostración de que estoy intentando conciliar las dos cosas.

—Supongo que sí.

Parecía que la discusión se saldaría con una relativa tregua hasta que Kisha se lo pensó mejor.

—No vuelvas a cuestionarme delante de mis compañeros, Derek. Sabes que esto es importante para mí.

Cuando parecía que todo quedaría así, una llamada de teléfono cambiaría el curso de los acontecimientos aquella noche.



Capítulo 26 Encierro

Actualidad. Un día de esos.

tephen no sabía qué pensar. No entendía qué pretendía hacer aquel joven con él. Un S día tras otro la misma rutina sin decirle apenas una palabra. No podía desaprovechar la próxima vez que pasara por allí a llevarle aquella inmundicia que hacía las veces de comida. Era un psiquiatra con larga experiencia. Debería ser capaz de encontrar una forma de conectar con él.

Hasta ahora había estado atenazado por el miedo y no había pensado con claridad.

Pero debía dar un paso adelante. Tenía que tratar de averiguar qué pensaba hacer con él. Una vez conociera sus intenciones, después necesitaría hacerle cambiar de opinión de alguna manera. Manipularle, eso era lo que necesitaba. Si era cierto que había remordimiento en él, había una posibilidad.

Tal vez podría empezar indagando en su mente, de manera sutil, con preguntas simples, sin aparente doble intención. Era posible que ese chico sufriera algún trastorno.

Se había percatado de que tenía un tic nervioso muy marcado, que hacía que moviera el hombro derecho de manera involuntaria subiéndolo de manera rápida y mecánica. Tal vez el tic había surgido a raíz de algún suceso traumático. Podría ser un punto del que partir.

Aquel lugar era sin duda el sótano de una vivienda. Debía llevar cerrada años, en función de la cantidad de polvo que había acumulado. Además, no solía oírse apenas ruido, salvo el que procedía de la calle, el cual se oía bastante amortiguado. Había solo unos pequeños ventanucos por los que se filtraba algo de luz, un alivio entre tanta oscuridad. Pero estaban en otoño, los días eran cortos y la luz duraba cada vez menos.

Stephen temía acabar perdiendo la cabeza si se mantenía mucho

tiempo allí.

La incertidumbre.

La oscuridad.

La mugre.

La insalubridad.

Las ligaduras que sujetaban sus tobillos.

Todos eran ingredientes que contribuían fácilmente a traspasar la línea hacia la locura. Debía mantenerse centrado, buscar algún modo de mantener su mente ocupada.

Oyó un ruido que parecía proceder de la planta superior. Era un sonido un tanto sordo, como de pasos sobre una moqueta. Posiblemente era el joven que se acercaba a llevarle algo de comer. Tenía que aprovechar los pocos minutos que tendría disponibles.

Debía buscar su mirada de forma insistente, lograr aquel contacto ocular que el chico de manera tan evidente rehuía. Una vez lo consiguiera, establecería el primer canal para comunicarse, porque el lenguaje visual es muy particular y es capaz de mostrar de manera llana y sencilla lo que sucede en nuestra cabeza. Debía mostrarse amable con él y agradecido, hacerle sentir bien y, al mismo tiempo, un poco más culpable por mantenerle retenido.

Como cada día, llevaba un arma y le apuntaba con ella nada más entrar para amedrentarle antes de quitarle la cinta americana que le cubría la boca.

—Gracias. No te imaginas lo incómodo que es. Tenía ganas ya de que vinieras. Eres la única visita del día y, como ya te imaginarás, se me hace un poco largo.

Observó al chico por si podía descifrar en su rostro algún atisbo de emoción. Era como una máscara.

—Aún no me has dicho como te llamas, ni siquiera.

Nada.

Buscaba con sus ojos los del joven, de manera persistente, como un enamorado busca los de la persona a la que desea en un burdo intento de llamar su atención.

—No pareces un mal chico. No tienes por qué hacer esto, ¿sabes? Tal vez pueda ayudarte. Soy médico y, si tienes algún problema, seguro que podemos hablar de ello y encontrar alguna solución.

—¡Cállate la boca de una vez y no me ralles! Puto loquero de mierda.

Gritó. El tic del hombro se volvió más acuciante y repetitivo, incontrolable.

—Perdona. No quería molestarte. Sólo quería hablar.

—¿Hablar? Si quieres hablar, ya hablarás dentro de poco con el jefe, ¿vale? Ya verás como a él no le das tanto la tabarra.

—¿El jefe? Pensaba que eras tú el que mandaba aquí. No creo que debas acatar órdenes de nadie. Deberías empezar a pensar y decidir por ti mismo.



—No intentes comerme la cabeza. ¿Qué crees, que soy estúpido? Ya me ha avisado de que eres un comecocos y que tratarías de manipularme, así que estás mejor callado.

Por tu bien.

—Lo siento. No era mi intención. Sólo intentaba hablar un poco. He perdido la cuenta de los días que llevo encerrado y me apetecía charlar un rato.

—Pobrecito, ha estado unos días encerrado —dijo con tono de burla —. ¿Quieres que me eche a llorar? Otros hemos estado mucho tiempo en chirona sin quejarnos y hemos tenido que sufrir lo indecible por tipos como tú que os creéis con el poder de decidir el futuro de los demás. Pues estás tomando de tu puñetera medicina, capullo —sentenció, al tiempo que le escupía.

Stephen giró la cara a tiempo para evitar que el escupitajo le impactara en ella, aunque le salpicó levemente la oreja izquierda. Trató con éxito de contener una arcada que le subía desde el estómago. Le parecía increíble que aún pudiera sentir asco, después de tantos días enclaustrado en aquel lugar tan insalubre.

—Vale, me callo. Sólo quiero saber una cosa. ¿Te conozco de algo?

—No, tienes la suerte de no conocerme de nada. Si dependiera de mí,

no seguirías con vida y te aseguro que dejarías este mundo con intenso dolor. Conoces a mi amigo y por él haría lo que fuese, porque él me salvó en chirona de muchas cosas, así que le debo mucho. Cuando venga él, todo estará en sus manos. Todo. Pero mientras tanto, se te acabó la buena vida porque, por atreverte a tocarme los huevos, voy a atarte también las manos. He sido demasiado generoso contigo.

La visita le había dejado una terrible sensación en el estómago. El miedo se le había agarrado muy dentro e incluso le hacía tiritar temiendo lo peor. Sin lugar a dudas, el final estaba cerca, fuese cual fuese. Ya era definitivo. Al menos podría empezar a prepararse psicológicamente para ello porque había una fecha límite y, por lo que había dicho, estaba cerca. Pronto descubriría el motivo por el que estaba allí y quien estaba detrás de aquello. Aunque mínimo, era lo más parecido a un consuelo.

No. No debía rendirse ni perder la esperanza a pesar de que el ultimátum hubiera sido tan claro. Rezaba para que antes le encontrasen. Estaba seguro de que estaban intentándolo. ¿Y por qué no iban a lograrlo? Desde que llegara a Carmel la nueva inspectora allá por el mes de enero, Hilka le había hablado incontables veces de ella con cierta admiración, algo poco común en su mujer.

Recordaba con ironía que, precisamente, iba a conocerla por fin unos días atrás, justo al día siguiente al que había sido secuestrado. La había visto en alguna ocasión, pero habían coincidido apenas un rato. Hilka no era fácil de impresionar, pero aquella Kisha Jennings lo había hecho. Decía de ella que era una mujer de mucho coraje, decidida, un tanto intempestiva tal vez. Destacaba en ella el hecho de que no se amilanaba ante los contratiempos. Además, era concienzuda a la par que un tanto terca, pues cuando se le metía algo en la cabeza, le importaba poco lo que le dijeran los jefes porque ella llegaba hasta el final.

Esperaba que, en este caso concreto, también se empeñara en llegar hasta el final y lo hiciera a tiempo, además. De nada le serviría su tesón si él ya estaba muerto.

Suponía que si su mujer había congeniado tan bien con aquella inspectora llegada de Los Ángeles era porque, inconscientemente, veía reflejadas como en un espejo algunas cualidades propias y otros aspectos que habían sido importantes para ella, como el hecho de tener que luchar para hacerse un sitio en un trabajo típicamente

copado por hombres.

En fin, apenas se explicaba cómo podía pensar sobre eso en aquel momento. Trató de suspirar pero fue un suspiro roto al verse frenado por aquella maldita cinta americana que le obstruía la boca. Quería gritar y ni siquiera podía. Empezaron a caer grandes lágrimas de sus ojos, dejando salir su desesperación. Tenía derecho a llorar y rendirse, aunque fuera por un momento. Necesitaba desahogarse. No tenía que hacerse el fuerte.

Nadie iba a presenciar su heroicismo al tratar de contener su desolación.

Debía dejar salir el dolor.

Toda su vida había intentado ayudar a otros, siempre con la mejor intención, dando lo mejor de sí mismo, dedicándoles su tiempo, aunque seguro que se habría equivocado en algunos casos. Aún así, esperaba que fueran pocos. Después de lo sucedido tantos años atrás, cuando se suicidó la madre de uno de sus pacientes, en su carrera había acumulado muchos éxitos, con tratamientos innovadores que habían ayudado a muchas personas. Aquello simplemente no lo vio venir y había convivido con la culpa desde entonces. Fue un duro golpe para él. Era joven y aún inexperto, pero intentó dar lo mejor de sí mismo. Había dedicado muchas horas extra sin cobrar un céntimo, mucho tiempo libre lo había invertido en ayudar a su hijo y hubo un momento en el que se creyó capaz de hacerlo. No supo ver a tiempo que aquella mujer se había enamorado de él. Y ahora estaba en aquella situación inexplicable. ¿Para qué tanto esforzarse por cuidar de otros?

Y si…

No, imposible.

Pero, ¿y si cabía la posibilidad?

Hasta donde sabía, Arthur seguía en la cárcel cuando él fue secuestrado. Así que, no podía ser. Cuando menos, era poco plausible. Además, siempre le había demostrado su interés, había tratado de acercarse a él, de que supiera que estaba dispuesto ayudarle en lo que necesitara. Nunca había tirado la toalla con él y así se lo había hecho saber. No había tenido éxito, eso era cierto, no había llegado a conectar con él. Pero, al menos, al final habría entendido que sus intenciones siempre habían sido buenas.

Ese era el resumen de su carrera, casi de su vida, una vida consagrada a la psiquiatría. Siempre había intentado dar el máximo con todos y cada uno de sus pacientes.

¿De verdad merecía aquello?

Debía dejar atrás el desánimo y pensar en un plan si no llegaba ningún tipo de ayuda antes y nadie le encontraba.

Estaba solo. Debía asumirlo.

Capítulo 27

GIRO

Actualidad. Día 5 - Lunes noche

a se estaba preparando para irse a la cama. Estaba agotada por el estrés de las Y últimas jornadas. Un estrés del todo infructuoso, dicho sea de paso.

Además, la discusión con Derek le había dejado mal sabor de boca. Otra vez. Desde que había vuelto de su viaje, las cosas no estaban yendo precisamente bien entre ellos.

Pero esta vez era ella la que tenía razón. Se había excedido hasta unos límites que nunca se hubiera imaginado. Esperaba que le hubiera quedado claro que no podría volver a traspasar esa línea. Jamás.

De pronto, sonó su teléfono. Era bastante tarde. Una llamada a esa hora no solía ser sinónimo de buenas noticias. Sin embargo, cuando vio en la pantalla que era Pete quien la llamaba, pensó que el motivo era o bien disculparse, o bien recriminarle que habían perdido un día de investigación por su empeño en ir a visitar a alguien que llevaba veinte años en el sistema penitenciario. Estaba preparada para responder a ambas posibilidades, pero no para lo que el Jefe de Policía estaba a punto de decirle.

—Si llamas para decirme que ha sido una cagada ir hasta la prisión, tranquilo, soy bastante consciente. No necesito que me machaques.

—Kisha, tengo que contarte algo.

El tono de voz de su antiguo compañero de patrulla fue el presagio de una mala noticia. Hay cosas que se saben al instante.

—¿Qué ha pasado?

—Han encontrado el cuerpo de un hombre en la playa de Monterey, cerca del muelle donde aparecieron las pertenencias de Stephen.

—¡Joder! ¿Han identificado el cadáver?



—Aún no. Tiene la cara destrozada. Sin embargo, por la complexión,

podría ser él, pero es pronto para decir más. Habrá que hacerlo por las huellas o por su radiografía dental.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Los de la Oficina del Sheriff de Monterey nos han avisado de que, según parece, una pareja de adolescentes vieron un bulto en la orilla y, después de salir corriendo, por suerte se les ocurrió llamar a emergencias.

—Espero que no hayan avisado a Hilka y hayan contactado con otro forense.

—Me temo que no. Ella estaba de guardia, así que…

—¡No me jodas! Eso es una cagada monumental. Voy para allá enseguida.

—Te espero. Date prisa, por favor.

Se vistió a toda velocidad. No podía ser. Sólo pensarlo se le revolvía el estómago.

Habían pasado demasiados días dando palos de ciego y sabían que en una desaparición el tiempo es clave pero… ¡Maldita sea! No merecían ese final tan atroz. Debía estar allí lo antes posible. No había tiempo que perder.

Derek aún estaba en el salón. Pasó por allí para informarle de que se iba.

—Me acaba de llamar Pete. Tengo que irme y no sé a qué hora volveré. Ha pasado algo grave y me necesitan.

—Vale —contestó resignado.

—Espero que esto no derive en otra discusión, Derek, porque créeme, tengo que hacerlo.

—No, tranquila. Sé que ahora mismo no estoy en condiciones de decir nada.

—Bueno, me voy. Ya hablaremos.

Y se fue sin más.

Una vez en el coche, empezó a arrepentirse de haberse mostrado tan seca y tan arisca. Podía habérselo dicho de otra manera. Estaba claro que algunas lecciones le costaba aprendérselas.

“*Nunca te vayas a la cama enfadado*”.

No sabía por qué motivo últimamente aquella frase acudía a su mente con tanta frecuencia y facilidad. La cuestión era que estaba repitiendo el mismo error de un par de días atrás. Una vez más, aquella noche, si es que llegaba a acostarse, ambos seguirían resentidos.

La vida no siempre te da demasiadas oportunidades, pero con ella estaba siendo muy generosa últimamente. Más le valía darse cuenta de ello a tiempo, antes de volverse a encontrar en situaciones como las que ya había atravesado en el pasado.

No podía pensar en aquello en ese momento. Debía estar centrada y guardar sus energías. Sin embargo, ese tiempo divagando había hecho como si la distancia entre Carmel y el muelle de Monterey se hubiera acortado, porque estaba casi llegando sin que apenas fuera consciente del trayecto que había recorrido.

Aparcó el coche de cualquier manera. Con las prisas de llegar cuanto antes al escenario, casi se le olvida poner el freno de mano. Habría sido un espectáculo digno de las tomas falsas si el vehículo hubiera acabado en la playa.

El cordón policial y los focos para iluminar el escenario no dejaban lugar a dudas de dónde se encontraba la escena del crimen. Divisó rápidamente a Pete. Le pareció ver también al subjefe Richards de la policía de Monterey, lo que hizo que su humor descendiera un par de grados. Lo que le faltaba para la mala leche que ya arrastraba. Su relación con él no era precisamente buena, después de un enfrentamiento que tuvieron en la época en la que aún estaba Ralph Anderson al frente de la Policía de Carmel.

Y Hilka ya estaba allí.

Le subió un escalofrío por la espalda.

Si el cuerpo que estaba en la arena era el de su esposo, no sabía cuál podía ser su reacción.



Capítulo 28

UN HOMBRE EN LA CÁRCEL

Actualidad. Día 5. Lunes.

or fin llegaba el día. Llevaba tanto tiempo anhelando ese momento que apenas se lo P creía. No obstante, en su caso no podía decirse que el tiempo vuela, porque más bien había sido lo contrario. Cada día parecía eterno, con mañanas y tardes interminables enterrado en aquel bloque de cemento gris donde la vida no tenía ningún otro color.

Manejar a Johnny no había estado dentro de sus planes desde el principio. Había sido, en realidad, una consecuencia de las circunstancias. De hecho, se había convertido en su protector sin ningún tipo de intencionalidad previa. Casi se enterneció al pensar que eso bien podría considerarse un gesto típico de buena persona, ayudar al prójimo desinteresadamente. Cuando llegó a la cárcel, era apenas un crío y vio en el chaval el miedo que él mismo había sentido tantos años atrás cuando le internaron en el sistema penitenciario para adultos. Igual que había sucedido en su caso, no había habido clemencia para él.

Aquel pensamiento desencadenó una marea de sentimientos que iban desde la ira al más puro odio. El maldito matasanos había tenido la culpa de que su vida hubiese acabado antes de empezar. Había pasado su juventud entre rejas por obra y gracia de aquel médico, estaba seguro. Con treinta y un años seguía siendo virgen. Posiblemente eso era una de las cosas que más rabia le hacía sentir. Aquel comecocos estaba detrás de todas sus desgracias, pero ya quedaba poco para hacérselo pagar como era debido.

Al día siguiente saldría de la cárcel y tenía un plan totalmente elaborado. Había heredado la casa de sus padres. Le correspondía por ser el único descendiente del matrimonio. Y en el banco le esperaba una buena cantidad de dinero que había ido creciendo durante los años que había estado en prisión. Ser hijo único tenía esas ventajas. Además, su padre sería un maltratador y un malnacido, pero sabía que era bueno con las finanzas, porque cuando era pequeño no faltaba de nada en esa casa, salvo afecto y cariño, claro está. De eso habían vivido siempre en números rojos. No hacía falta ser muy listo para saber que su padre tenía pasta. Y ahora era toda suya.

Puede que asesinar a su padre le hubiera quitado años de su juventud, pero al menos ahora se lo recompensaría. Además, hizo lo que tenía que hacer, no sentía ni el menor remordimiento. Ahora podría vivir unos años sin preocuparse demasiado por el dinero.

En la cárcel había aprendido que podía llevar una vida frugal, sin demasiados bienes materiales. No tenía grandes necesidades y eso era una ventaja. Ni siquiera era fumador, así que tampoco iba dilapidar dinero en vicios. Salvo uno, claro estaba. El sexo le tenía obsesionado.

Le había dejado un poco intranquilo la visita de los dos polis de Carmel. Justo un día antes de que saliera. Desde luego, después de aquello, podía jurar que la casualidades existen. Un día más tarde, y probablemente le habrían fastidiado sus planes. No imaginaba que fueran a llegar hasta él, después de que llevaba encerrado desde los once años. ¿Cómo se les habría ocurrido? La cárcel debería haber sido una coartada perfecta, como mínimo, más que suficiente para disuadirles de entrevistarle.

Al menos, le parecía que había estado lo suficientemente convincente para que despejaran cualquier duda sobre él. Quería creerlo. Ahora que había llegado el momento que llevaba tantos años esperando, no podía dejar escapar su oportunidad.

Aún así, tendría que estar vigilante al salir. No obstante, el hecho de que le hubieran visitado, en cierta medida le daba una ventaja: ahora sabía que habían puesto sus ojos en él, por lo que extremaría las precauciones, al tiempo que debía actuar rápido para huir cuanto antes.

Por otra parte, no se quitaba de la cabeza a la inspectora. Después de tanto tiempo de encierro, era lógico pensar que cualquier mujer podría excitarle, pero es que aquella en concreto le había parecido extraordinariamente atractiva. Era evidente que se cuidaba, pues tenía un cuerpo fibroso y bien torneado. Los labios carnosos y esa piel color canela le tenían trastornado. Y aquellos ojos oscuros tan intensos… No podía sacársela de la mente. Se había dado cuenta de como la miraba su compañero y estaba cada vez más seguro de que aquellos dos tenían un lío. Si al menos hubiera acudido sola a verle…

Tenía que centrarse.

No podía permitirse distracciones en aquel preciso instante.

Debía revisar cada parte del plan que había diseñado con tanta cautela. Le hubiera gustado ser él quien hubiera realizado cada paso,

que el maldito psiquiatra hubiera sabido desde el primer instante que había vuelto a por él, ver el miedo en sus ojos, verle sentirse derrotado ante la certeza de una muerte violenta. Sin embargo, estaba seguro de que eso habría sido lo menos inteligente. Si estando en chirona los maderos habían llegado hasta él, si hubiera estado fuera en el momento de la desaparición, todo el plan se podría haber ido a la mierda.



Por suerte, había aparecido Johnny en su vida para allanarle el camino. Tras su altruismo inicial hacia él, hubo un instante en el que intuyó que podría beneficiarse del chico en algún momento, así que no dudó en convertirse en su protector en cuanto lo metieron entre rejas tres años atrás. Era un joven bastante fácil de manejar. De hecho, había entrado en la trena por pardillo y había cargado con la culpa de unos colegas que andaban trapicheando con droga y se habían mezclado con mala gente, al menos según le había contado. Tentativa de homicidio fue el resultado en una pelea en la que le dio un navajazo a un chico de una banda callejera. Ni siquiera había sido capaz de rematar la faena.

Cuando le dijo la fecha en la que cumpliría su condena, pensó que el propio Hades le había hecho llegar aquel regalo. Aquel chaval constituyó la pieza que le faltaba en su plan de venganza. Era fácil de manipular y Arthur era inteligente. Además, tenía tiempo suficiente para trabajárselo y que le diera la ventaja que necesitaba. Saldría quince días antes que él. Perfecto para prepararle el terreno.

Arthur se había convertido en un hombre bastante corpulento, puesto que había aprovechado todo el tiempo que había podido para ejercitarse, además de para leer, que era algo que siempre le había gustado desde niño, tal vez porque le servía para evadirse. En aquel otro infierno en el que había pasado los últimos años, había aprendido que una imagen demoledora daba ventajas, así que hacía pesas, flexiones y todo aquello que le sirviera para fortalecerse. Johnny se había dejado impresionar por ese físico aplastante y por el respeto que le tenían otros presos en la cárcel. Lo que no sabía era lo que le había costado ganárselo, pues nunca había rehuido una pelea y se había enfrentado a todos sin miedo desde que era un crío. Las cicatrices que poblaban su cuerpo era un buen reflejo de ello. Tal vez aquello era una tara que le había quedado de su infancia, la incapacidad para sentir miedo, ni remordimiento ni empatía.

Si se pudiera resumir en una frase, podría decirse que Arthur era un hombre que había perdido su alma.

Un mes antes…

Un hecho inesperado lo cambió todo. No es que no lo tuviera en su mente, pero no entraba dentro de lo que se conoce como inmediatez. El plan era primero disfrutar de lo que se había perdido, saborear la libertad y saber qué se siente cuando no estás rodeado por muros. Después, ya se plantearía la mejor forma de ejecutar esa venganza que llevaba tantos años comiéndole las entrañas.

Se lo debía a su madre.

Y se lo debía a sí mismo.

Pero un buen día, un agente le dijo que tenía visita.

—¿Visita? No espero a nadie.

—A mí no me cuentes tu vida. Tienes visita y punto. Lo tomas o lo dejas.

La curiosidad pudo con él. Y lo que se encontró al otro lado del cristal no le dejó ni mucho menos indiferente.

Enfrente suyo, con ese aire arrogante de sabelotodo que recordaba, estaba aquel médico que le había visitado tantas veces cuando estuvo encerrado siendo aún un crío.

Reprimió una arcada de las grandes.

Se sentó frente a él. Fue el psiquiatra el que primero descolgó el teléfono para hablar con él. Arthur le miró fijamente. No se podía creer que estuviera allí. Habían pasado por lo menos diez años desde la última vez que le vio. Desde luego, no podía negar que tenía agallas para plantarse ahí delante de él. Presentarse a visitarle después de lo mal que había acabado todo era todo un acto de gallardía.

El doctor le indicó con un gesto que cogiese su auricular. Por un momento, sintió la tentación de levantarse y volver a su celda. Pero pudieron más las ganas de saber por qué demonios había ido hasta allí para verle.

—Hola, Arthur. Soy Stephen Meyer. No sé si me recuerdas. Fui tu

médico durante unos años.

—Claro que te recuerdo.

—Bien. ¿Qué tal estás?

Le miró de tal manera que Stephen tuvo que tragar saliva. Era una mirada felina de alguien que está a punto de cazar a su presa. Tal vez no había sido tan buena idea ir hasta allí, pensó el médico.

—¿No es evidente? Rodeado de lujos y viviendo la vida padre.

—Ya, disculpa. Me refería a cómo te encuentras de salud.

—De puta madre, ¿no me ves? Me encuentro tan bien que si no nos separase un cristal podría estrangularle con dos dedos, doctor.

—Arthur, por favor, deja el tono hostil. Sólo he venido a interesarme por ti y ofrecerte mi ayuda.

—¿Tu ayuda? Joder, ya estamos con esas. Te crees el dios todopoderoso, el salvador del mundo, ¿no?

—No, por supuesto que no. Sé que sales en un mes y puede que te sientas algo perdido al principio. No has estado nunca fuera de los muros de la prisión desde que eras niño. Tal vez necesites buscar un trabajo o un piso. Quizás necesites dinero para empezar…

—No me jodas. ¿En serio? ¿Estás intentando comprarme? ¿Tanto miedo me tienes?

—¿Qué? No no, nada de eso.

—Tienes que sentirte aún muy culpable por lo que le hiciste a mi madre para venir aquí a ofrecerme dinero.

—Yo no le hice nada a tu madre. Sólo traté de ayudarla.

—Claro, pasándotela por la piedra, ¿no? Espero que al menos lo disfrutaras.

—¿Cómo puedes pensar eso? Lo único que intenté fue hacerla sentirse bien consigo misma.

—¡Ah! ¡Vale! Ahora se llama así. Yo suelo llamarlo follarte a tu paciente.

—Estás muy equivocado, créeme.

—No vuelva a venir a verme, doctor. No vuelva a interesarse por mí. Es una advertencia.

Arthur colgó el auricular, se levantó de su silla y desapareció por el pasillo que había a su izquierda.

Tal vez no fue ese momento exactamente.

Quizás fue más tarde, cuando ya estaba tumbado en su celda para dormirse.

Daba igual. No podía precisar el instante exacto pero supo que, después de aquello, la venganza no podría esperar. Tenía que hacérselo pagar más pronto que tarde.

Capítulo 29

UN CUERPO

Actualidad - Día 6. Madrugada del martes.

uando Kisha había llegado a Monterey, ya era casi media noche. Antes incluso de ir C a hablar con Pete, se dirigió hacia donde se encontraba la forense, bastante cerca ya del cuerpo. En esa sucesión de casualidades que es la vida, ambas habían llegado casi a la vez. La inspectora tenía que evitar que se acercara más al cadáver antes de que fuera demasiado tarde. Pete estaba enfrascado en una conversación con el subjefe Richardson de la oficina del Sheriff y no se había percatado de la llegada de Hilka. Kisha corrió todo lo que le dieron sus piernas y la interceptó justo cuando estaba enseñando su identificación al agente que había custodiando el cordón policial.

—Pare un momento. No la deje pasar.

El agente la miró sorprendido. La identificación estaba en regla y llevaban ya un rato esperando a la forense.

—¿Qué dices Kisha? No me hagas esto.

—Hilka, escúchame, por favor —le dijo, interponiéndose en su camino.

—Déjame pasar. No estoy de humor, te lo advierto.

—Por favor, escúchame sólo un momento. No tienes por qué hacer esto. Hay otros forenses en la zona. Desconocemos la identidad del cuerpo y no deberías ser tú quien certifique la defunción. Yo te mantendré informada de todo.

—¿Por qué? ¿Crees que no lo podré soportar?

—No lo sé, la verdad. Lo que sí sé es que si ese que está ahí es tu marido, va a ser un golpe emocional más fuerte de lo que te puedas imaginar.

—Estoy preparada.

—Puede que creas estarlo, pero seguramente no sea así.

—Si es mi marido, te aseguro que él querría que fuera yo quien estuviera a su lado y le hiciera la autopsia. Él confiaba ciegamente en

mí. No voy a permitir que otro toque su cuerpo.

—Hilka, por favor.

—¡No! —exclamó con una rotundidad escalofriante—. No intentes detenerme.

Puedes acompañarme si quieres, pero ni se te ocurra interponerte. He tomado una decisión y nadie va a impedirme que la lleve a cabo.

Kisha dudó unos instantes mirándola fijamente a los ojos. Había una determinación absoluta en aquella mirada. No iba a poder evitarlo, había quedado claro, así que la mejor opción era acompañarla como hacen las buenas amigas.

—Voy contigo.

Pete dirigió en aquel instante la mirada hacia donde estaban las dos. Le pidió a su colega de Monterey que le perdonase unos instantes y le dijo que luego continuarían con la conversación.

—Hilka, Kisha, hola —llegó Pete algo fatigado por la breve carrera que se había echado para alcanzarlas a tiempo. No podía posponer más lo de ponerse en forma.

—Hola Pete —respondió la inspectora. La forense parecía no haberle oído.

—Hilka, creo que no es buena idea…

—Ni se te ocurra Pete —le dijo girándose hacia él—. Ya se lo he dejado bien claro a Kisha.

La inspectora le hizo una señal con la cabeza y un leve movimiento de su mano junto al cuello que indicaba claramente que dejase el tema.

—Está bien. Como quieras. Pero si en algún momento necesitas que te releve otro forense, no te de vergüenza decirlo, ¿de acuerdo?

—Entendido, pero no hará falta. Y ahora necesito que me dejéis trabajar.

Pete se llevó a un lado a Kisha.

—¿A ti qué te parece? ¿Crees que es buena idea?

—La verdad es que no, pero está empecinada. No vamos a hacerla

cambiar de idea, así que mejor será que esté junto a ella todo el tiempo.

—De acuerdo, buena idea. Llámame si necesitáis algo.

—¿Qué hace aquí el chupatintas de Richardson?

—Kisha, no empieces.

—¿Qué he dicho?

—Las cosas no son como antes. Sé que no te cae bien…

—Bueno, es mutuo.

—Sí, lo sé. Pero ahora estamos intentando cooperar.

—Es un arrogante, Pete, no te fíes. Si cree que va a sacar algún provecho, no dudará en darte una puñalada por la espalda.

—No te preocupes por eso y vigila a Hilka, ¿estamos?

—Claro.

Se quedó mirándole unos segundos decidiendo si contarle lo que le había dicho Derek. Pero ella no era de las que se callaba, así que finalmente le volvió a llamar.

—Oye, Pete, una cosa más.

—Dime.

—Sé que fue Derek quien te pidió que me apartaras del caso.

—Ya hablaremos de eso en otro momento.

Kisha se dirigió otra vez hacia donde estaba el cadáver. La forense ya había tomado la temperatura corporal y tenía una estimación de la hora de la muerte.

—Hace unas seis horas del fallecimiento. Así que, podemos situar la hora de la muerte entre las cinco y las siete de la tarde.

—¿La causa es tan evidente como parece?

—Sí, politraumatismos en la cabeza. Posiblemente fue uno de estos golpes en el área occipital el que fue fatal, aunque habría muerto de

todas formas. Los golpes se produjeron con un objeto romo, el mismo que utilizaron para destrozarle la cara.

—Entiendo.

—¿Qué pasa? —preguntó la forense al ver a su amiga con cara de asombro.

—Me sorprende que lo digas con tanta frialdad.

—Ya. Lo primero, soy una profesional. Llevo demasiado tiempo en esto, ya deberías saberlo. Y lo segundo, es que estoy segura al cien por cien de que no es Stephen.

—Vale.

—¿No me crees?

—Bueno, en el estado en el que está, es difícil hacer una identificación fiable.

—Yo reconocería a mi marido entre un millón, disculpa que te lo diga. Ni siquiera es su ropa, por dios.

—Esto tendría una explicación sencilla y lo sabes.

—Te digo que no es, pero tranquila que la ciencia corroborará mis observaciones preliminares.

—De acuerdo.

La forense hizo señas para que levantaran el cadáver y empezó a quitarse los guantes sin mirar a Kisha.

—Hilka, ¿estamos bien?

—No lo sé, ¿lo estamos?

—No me lo parece. ¿Puedes explicarme por qué estás tan molesta conmigo?

La forense suspiró hondo y se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas.

—Creo que sólo trato de descargar mi frustración contra alguien.

—¿Y por qué yo? Estoy intentando hacer todo lo que puedo. Me estoy

dejando la piel en este caso.

—Lo sé. Supongo que lo que sucede es que tenía una fe ciega en ti y quería creer que tú serías capaz de encontrarle con vida y traerlo de vuelta. Pero ya han pasado casi seis días y seguimos sin saber nada.

—Lo siento. Yo no me doy por vencida y tú tampoco deberías hacerlo. Confía en mí.

—Lo haré y espero que tú hagas lo mismo y me demuestres que confías en mí. No me gusta que no me creas capaz de hacer mi trabajo. Tú mejor que nadie debería saberlo.

—Supongo que se ve diferente cuando una misma no es la persona que está tan implicada personalmente en el caso. Puede que, al fin y al cabo, tengan razón y no sea bueno trabajar en una investigación en la que hay implicado alguien a quien quieres.

—Pero aún así, yo sigo creyendo que tanto tú como yo somos capaces de afrontarlo con profesionalidad.

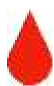
Kisha pensó que tal vez en su caso no era del todo cierto y dependía especialmente de su grado de obsesión en el momento. Bill la había alertado en numerosas ocasiones en el pasado y probablemente eso mismo se lo había contado a Derek. Se volvía

impulsiva y un tanto errática, en ocasiones, puesto que se empecinaba en buscar la solución por su cuenta, sin importar demasiado seguir los procedimientos estándares al cien por cien y mucho menos las consecuencias. Era una conducta de kamikaze.

La desaparición de Stephen se había convertido en su nueva fijación. Después de la conversación con la forense, esa fijación había subido varios grados.

No podía decepcionarla.

Esa presión añadida no era sinónimo de nada bueno.



Capítulo 30

NO TE FÍES

Actualidad. Día 6. Martes.

a noche había sido larga. Había acompañado a la forense durante la autopsia. Se L trataba de un hombre caucásico, entre los cuarenta y los cincuenta años, con el pelo castaño claro entrecano, un metro ochenta de estatura y setenta y cinco kilos de peso. La forense había tomado muestras de los tejidos, de los posibles rastros que hubiera debajo de las uñas, del contenido del estómago y había fotografiado las heridas, ahora ya limpias después de lavar el cuerpo, para intentar encontrar una posible arma homicida en función de la forma de dichas heridas.

Los resultados preliminares indicaban que la forense tenía razón y el cuerpo era de un varón blanco de una complexión similar a la de Stephen, pero no era él. No estaban presentes, por ejemplo, la cicatriz que tenía de cuando le operaron de apendicitis a los diez años y otras marcas, como lunares y antojos que su mujer conocía bien. Esperaban a que finalizara el cotejo con sus huellas dactilares, así como con su radiografía dental para identificarlo, aunque haría falta primero que se le reconstruyera al cadáver la mandíbula, teniendo en cuenta que la tenía destrozada. Necesitarían a un especialista en antropología forense para realizar aquella tarea.

Por las contusiones y múltiples golpes parecía un delito relacionado con algún tipo de venganza o un crimen pasional, puesto que, además, en el cadáver encontraron indicios de actividad sexual que habría que corroborar con el pertinente análisis.

En resumidas cuentas, todo apuntaba a que ese cuerpo no tenía conexión alguna con la investigación que tenían entre manos.

Una buena noticia, para variar.

Para ser realistas, era una buena noticia solo a medias, puesto que ese cuerpo implicaba un asesinato y un nuevo caso abierto a investigar.

Kisha estuvo en pie prácticamente toda la noche. Le pareció que era su deber para con la forense, acompañarla en todo momento y que no dudase de su compromiso con la investigación. Ni siquiera pasó por casa a dormir, sino que durmió un par de horas

en una sala de descanso que había en el anatómico forense antes de volver a comisaría para continuar con las pesquisas.

Cuando regresó a Carmel, eran cerca de las siete de la mañana. Se

sentía agotada y esperaba que eso no le pasase factura en algún momento trascendental. Ya eran demasiadas noches con muy poco descanso y, además, mal alimentada, puesto que se había saltado más de una comida. Puso al día a Julius de los acontecimientos de aquella noche en cuanto le vio. Una vez hecho esto, comenzaron a revisar una vez más los datos que tenían de los posibles sujetos de interés por su relación con el estudio de veinte años atrás.

No podían dejar cabos sueltos.

Seleccionaron a los que pretendían investigar e interrogar de forma más exhaustiva aquel día antes de ponerse en marcha. Era básico que tuvieran todo bien planificado para no perder tiempo por mala organización. Querían asegurarse de que no se les había escapado nada. Tal vez sólo habían dado palos de ciego, pero antes de desterrar del todo la teoría de un paciente o un familiar insatisfecho que buscase venganza, debían darle una última oportunidad.

Aunque la realidad es que podía ser cualquiera.

A veces, quien menos lo esperas.

Una discusión por motivos del tráfico.

Enfrentarte a la persona equivocada.

Aunque Stephen fuera una persona calmada, todos podemos caer en momentos y discusiones que nos hacen perder el control y cometer estupideces.

Se le ocurría un ejemplo claro: Derek. Siempre tranquilo, siempre sereno y, de repente, unos meses atrás había intentado enfrentarse a un asesino en serie.

De locos.

Eso le recordaba la última discusión que habían tenido. Aún estaba furiosa. Julius se dio cuenta. Su cara reflejaba sin que ella lo supiera lo que estaba pasando por su cabeza en aquel instante.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Sí, claro. Nada. Pues vaya cara de mala leche has puesto para que no te pase nada.

Una vez más su rostro era incapaz de esconder lo que sentía o pensaba. A veces le daba rabia ser tan transparente, pero se reconoció a sí misma que no podía evitarlo.

Siempre le habían dicho que era demasiado sincera y demasiado directa. Tal vez aquello al final constituyera una tara porque la dejaba totalmente expuesta ante los demás, especialmente ante los que utilizan el cinismo y la hipocresía como recurso.

Miró para otro lado con los brazos en jarras. No sabía si sería buena idea comentárselo a su compañero. Se llevaban bien, pero tampoco es que fueran amigos. No era la misma relación que había tenido con Pete o con Bill años atrás. Además, podía enfadarse porque también le afectaba a él directamente.

¡Qué demonios!

Necesitaba sacar esa rabia de su interior.

Decidió contárselo y desahogarse porque, de lo contrario, sabía que Pete acabaría por pagar todos los platos rotos por haber accedido a lo que le había pedido el fotógrafo. Al fin y al cabo, era el máximo culpable por permitir que un civil le dijera lo que tenía que hacer.

—Es por Derek. Ayer casi nos apartan del caso porque él se lo pidió a Pete.

—Estás de coña, claro —respondió incrédulo.

—No, para nada.

—Joder.

—¿No vas a decir nada más? —preguntó ella, sintiendo como se calentaba por momentos. ¿Cómo podía responder con tan poca afectación? Aquello les implicaba a ambos por igual.

—No sé qué decir. Puede que diga lo que diga, te moleste y acabes enfadada conmigo.

—No seas complaciente. Échale huevos y dime lo que piensas.

—Está bien. Creo que se ha pasado de la raya, la verdad. No debería meterse en asuntos policiales.

—Eso creo yo y se lo dejé bien claro ayer. Pero aún me parece más grave que Pete pasase por el aro. ¡No me jodas! Es el Jefe de Policía.

Está bien que quiera quedar bien con todo el mundo y no ser un capullo como era Harrison, pero coño, esas decisiones las tiene que tomar él y saber que es lo que más conviene a la investigación, ¿no te parece?

—Bueno, eso es lo que yo pienso también.

Julius no sabía cómo actuar a continuación. Tal vez era un buen momento para acercarse a ella y hacerla sentir reconfortada. Pero no quería que malinterpretase las



cosas, después de lo que había dicho el día anterior aquel preso en la cárcel. Era verdad que le gustaba, pero también era consciente de que no tenía ninguna posibilidad con ella.

—Creo que será mejor que continuemos con esto —dijo en su lugar—. Tenemos bastantes cosas que hacer aún hoy y necesitamos estar centrados.

—Sí, tienes razón. Estaba pensando que, tal vez, cuando vayamos a San Martín y a San José, conviene que vayamos en coches separados para ahorrar tiempo y adelantar.

Luego podemos quedar en San Martín para contrastar la información, salvo que alguno de los dos encuentre algo relevante primero.

—Me parece buena idea.

Lo habitual era que siempre trabajasen en pareja como forma de protección básica.

Sin embargo, no parecía que la misión que tenían entre manos ese día constituyera un gran riesgo a priori.

Menos de una hora después, se pusieron en marcha. Los ánimos no estaban muy arriba. Los días pasaban y seguían estancados. Se habían repartido las visitas que tenían que hacer de la forma más lógica y equitativa que encontraron. Ocho, finalmente, después de descartar en última instancia a dos sujetos que se encontraban bastante alejados de la zona en aquellas fechas. Uno había estado visitando a unos familiares en Texas y el otro continuaba en Dakota del Norte. Era

materialmente imposible que hubieran tenido tiempo de viajar en coche hasta el lugar de la desaparición de Stephen, si es que así hubieran tratado de eludir el control de viajeros que se realizaba en los vuelos. Tenían coartadas sólidas, así que sería una estupidez perder el tiempo con ellos.

En primer lugar, Julius iría a San José donde entrevistaría a tres de los ocho sujetos que habían seleccionado entre los que podrían tener algún motivo contra Stephen y que, además, habían presentado conductas delictivas en las que se había empleado la violencia. Cuando él terminase, se acercaría a San Martín, donde Kisha empezaría con los otros cinco expedientes similares. Era de esperar que el subinspector finalizase primero y llegase a la localidad en la que estaría la inspectora antes de que ésta diera por concluida su investigación. Sin embargo, era difícil de predecir el tiempo que les iba a llevar cada individuo, puesto que en algunos casos debían hablar primero con el agente de la condicional correspondiente.

Podía ser un trabajo tedioso y que les llevase más tiempo del deseado.

Durante aquella investigación que se había llevado casi veinte años atrás sobre las conductas delictivas o pre delictivas en la primera infancia que pudieran desembocar en un comportamiento antisocial en la edad adulta, se había cubierto un área geográfica bastante amplia. Desde luego, no cabía duda de que había sido un proyecto ambicioso, especialmente teniendo en cuenta que Stephen por aquella época era apenas un recién licenciado. Que alguien tan joven hubiera conseguido estar al mando de algo así, hacía pensar que debía tener mucha labia. Había logrado que aquel prestigioso Instituto de Palo Alto confiara en él y que el Hospital de Monterey también se hubiera mostrado dispuesto a ceder sus recursos para tal fin.

Kisha suponía, además, que no habría sido fácil llevar dicho estudio a cabo y que habría requerido de una importante financiación para cubrir, entre otras cosas, los desplazamientos de los distintos profesionales y de las familias de los participantes, cuando tenían que ir a un destino concreto para alguna prueba.

Aunque las principales áreas al comienzo del estudio eran Monterey y Palo Alto, habían ido ampliando la zona de influencia para incorporar mayor número de sujetos a la investigación y así dotarla de mayor entidad. De ese modo, habían terminado por participar jóvenes de poblaciones tan distantes como San Francisco, donde acabó estando el grueso de la investigación, Monterey y San José, pasando por San Martín, un caso de Salinas y alguno más de Santa Cruz. Teniendo en

cuenta que, además, estos sujetos habían sido sometidos a pruebas de neuroimagen y que se les habían hecho electroencefalogramas tanto en el Instituto de Palo Alto como en el hospital de Monterey en diversas ocasiones mientras se desarrolló la investigación, imaginaba que el coste de todo el proceso había sido astronómico.

Le vino a la cabeza en ese momento a la inspectora el desprecio con el que Arthur había hablado de Stephen el día anterior en la cárcel. Desde luego, si las circunstancias fueran otras, sería el sospechoso principal sin lugar a dudas. Sentía una inquina ciega por el médico. Había tratado de ocultarlo al principio, pero había terminado por rendirse a sus instintos más básicos. El odio es una poderosa emoción.

Había dejado constancia de que, no sólo le despreciaba por considerarle el responsable del suicidio de su madre, sino que había algo más. Detestaba haberse sentido una cobaya, soportando pruebas y que le pusieran distintos artefactos en su cabeza para medir sus reacciones. Se sentía asqueado. Además, culpaba a su psiquiatra de que llevase tanto tiempo encerrado, como si ya hubiese olvidado que fue el único responsable de un parricidio. Su odio era visceral y actual, no era cosa del pasado.

Recordó las conversaciones que habían mantenido Julius y ella el día que fueron a Palo Alto con los trabajadores sociales y los psicólogos que habían colaborado en la investigación. Era cierto que habían sometido a aquellos niños a numerosas pruebas y

experimentos para medir sus reacciones emocionales a diversas imágenes. Decían que habían sido pruebas que no eran de tipo invasivo, pero podía ser que aquellas mentes infantiles con algún trauma previo o algún trastorno sí lo hubieran vivenciado como una invasión y una afrenta. Tal vez se habían olvidado de medir los sentimientos que había producido en ellos saberse parte de aquella observación exhaustiva.

Según les habían comentado, además, Arthur había empezado a mejorar de manera significativa hasta que su madre se suicidó. Recordaba haber leído aquellas observaciones también en las anotaciones de Stephen. Sin embargo, después del fatídico fallecimiento de Katerina, toda había cambiado de forma radical. Había sido algo demoledor y, tal y como les había dicho Hilka, Stephen lo seguía sintiendo como su mayor derrota como médico.

La escalada de violencia de Arthur en el centro de internamiento para jóvenes fue exponencial. Empezó a mostrase frío, sin la menor empatía

y, cuando algún chico del centro se había metido con él, lo había pagado caro, hasta el punto de que estuvo a punto de matar a uno. Aún así, ese carácter temerario que le hacía enfrentarse a cualquiera que se le pusiera por delante, no había servido para evitar abusos de algunos chicos mayores, lo que hacía que se volviera más agresivo a su vez.

Era una espiral de violencia de manual.

Cuanto más pensaba en la historia de aquel joven, más se estremecía.

Se quitó aquellos malos pensamientos de la cabeza y se dirigió al supermercado donde trabajaba Charles Jackson, el primero de los sujetos que tenía en su lista. Había llamado antes de salir de Carmel para asegurarse de que lo encontraría en el trabajo y el supervisor de la tienda le confirmó que había acudido como cada día. Después se entrevistaría con su agente de la condicional para que le hablase de cómo había sido su inserción en la sociedad. Cuando finalizase con él, repetiría el mismo proceso con los otros cuatro que tenía en la lista. Esperaba que Julius acabase antes que ella y se reuniesen en San Martín lo más pronto posible para entrevistar, al menos, a un par de sujetos los dos juntos. Siempre había más posibilidades de sacar algo haciendo las entrevistas entre dos, porque lo que no hubiera percibido el uno lo podría detectar el otro.

Ese pequeño detalle.

Ese comentario que parece insignificante.

Pero aquel no era el único motivo. Desde luego, le gustaba mucha más trabajar con un compañero que a ella sola.

Capítulo 31 Historias paralelas

quel día había sido bastante estresante. Sólo deseaba recoger a los niños del colegio y

A meterse en casa a intentar descansar, aunque eso teniendo dos hijos es casi una utopía. Bueno, al menos, trataría de pensar en otras cosas, porque en la oficina el día había sido agotador. Ostentaba un cargo importante y cobraba en consonancia, pero había llegado un momento en el que parecía que creían que tenía las soluciones para todo y eso no era tan fácil. Cada vez se sentía más presionada. A veces, incluso tenía ganas de rendirse y buscarse un empleo menos exigente.

Por lo tanto, ese día, a pesar de que habitualmente era una mujer

fuerte y con arrestos, que sacaba pecho ante cualquier adversidad, ese día estaba del todo desgastada. Se estaba imaginando con poca paciencia ante las discusiones habituales de los niños nada más subir al coche, así que antes de que entrasen en el vehículo, más valía respirar hondo varias veces para bajar sus propias revoluciones internas.

Sin embargo, el viaje hasta casa fue bastante tranquilo. Aquel día no hubo discusión en el coche y lo agradeció enormemente. Necesitaba ese silencio y esa calma. Se animó pensando que el resto del día podría ser agradable. En principio, Joseph llegaría antes esa tarde, así que cabía incluso la posibilidad de hacer algo en familia.

Entraron en casa y les extrañó que Tom, un Huski siberiano bastante juguetón, no saliera a recibirles. Era apenas un cachorro y toda la familia estaba encantada con él, a pesar de que había hecho más de una faena que había incluido tener que volver a tapizar los sofás del salón, entre otras cosas. Pero era tan cariñoso, que era muy fácil perdonarle sus travesuras.

—¡Tom, Tom! —le llamó Helen—. ¿Dónde te has metido?

Los tres empezaron a buscarle por la casa. Ahora que ya parecía más o menos domesticado, se fiaban de él lo suficiente para dejarle que estuviera en el interior, cosa que a Joseph no le acababa de convencer, entre otras cosas porque había que dejar parte de la alarma desarmada.

Tom solía esperarles en la entrada en cuanto oía la llave en la puerta. Pero aquel día no parecía haber ni rastro de él.

—Ya me estoy imaginando lo que ha pasado. Habéis dejado abierta la puerta del jardín, ¿a que sí?

—Que no mamá, en serio.

—¿Seguro?



—Seguro —dijeron los dos a coro.

Sin embargo, la puerta que daba al jardín no estaba cerrada, tal y como la madre había supuesto, y Tom se encontraba tumbado sobre la hierba, muy cerca de la piscina.

Alguien la había dejado así, puesto que, por el mecanismo que tenía, era imposible que el perro hubiera logrado abrirla.

Hacía una buena tarde para las alturas del otoño a las que estaban. A pesar de la cercanía de la playa, la humedad aquel día tampoco era demasiado alta, puesto que el sol había brillado con intensidad, aunque según se acercaba el ocaso, los grados iban bajando de forma notable y la humedad se hacía patente.

Por mucho que le llamaban, Tom no respondía. Empezaron a temerse lo peor, aunque era demasiado joven para que le hubiese pasado algo.

¿O no?

Tuvo un mal presentimiento.

Habían sucedido tantas cosas últimamente que ya apenas podía sorprenderse.

Cuando se acercaron más los tres, se dieron cuenta de que el cachorro estaba tumbado pero no había ningún signo que indicara que aún respiraba.

Los chicos se abrazaron a su madre llorando.

A Tom se le había apagado la luz con la que llenaba de alegría los rincones de la casa.

El veterinario no tardó demasiado en llegar. Necesitaban saber qué le había pasado a su perro. Les parecía increíble que hubiera muerto, pues era un perro bastante joven y en ningún momento se habían percatado de que estuviera enfermo.

Los niños lloraban sin consuelo hasta el punto de faltarles el aire. Estaban impactados por lo sucedido. Tom era un miembro más de la familia y verlo sin vida después de haberlo dejado por la mañana tan activo como siempre les había conmocionado.

Según pudo comprobar el veterinario, el perro se había asfixiado al atragantarse con un juguete. Era más habitual de lo que pudiera parecer y desde luego no era la primera vez que había visto algo semejante. No había sido una muerte natural como ya se habían imaginado, sino que se había producido de forma totalmente accidental, lo que no era precisamente algo que reconfortase a la

familia.

Llegaba el momento en el que todos, en un sentido u otro, se sentían culpables.

Alguien había dejado la puerta abierta.

Alguien había dejado aquel juguete fuera de sitio.

No hacía falta que ninguno dijera una sola palabra, porque cada uno de ellos empezó a preguntarse si en algún sentido habían sido responsables de lo sucedido.

Capítulo 32

AIRE LIBRE Y LUZ DEL SOL

Actualidad. Martes. Día 6.

rthur salió de la cárcel. Dicen que todo llega en esta vida, ¿no? En verdad, nadie lo A sabe con certeza. En su caso, llegó ese gran día que tanto había estado esperando. Lo había anhelado como quien sueña con imposibles, como cuando crees en ilusiones irrealizables. Casi como un amor platónico.

Llevaba toda su vida bajo el yugo de algún tipo de autoridad autoritaria, además. No, no es un error gramatical, ni una errata, ni mucho menos una redundancia inútil, sino una tosca realidad. Primero, la autoridad revestida del poder totalitario de su padre, un hombre sin escrúpulos corrompido por el odio y el mal. Un psicópata de manual que disfrutaba generando sufrimiento y provocando el miedo si alguien en aquella casa se atrevía a no acatar sus órdenes, un narcisista que creía que todos los demás seres sobre la tierra eran inferiores a él. Después, bajo la tutela del Estado de California, cuyos guardianes ejercían con mano de hierro la autoridad en sus prisiones para evitar que ningún recluso se saliera del camino marcado y pudiera amotinarse, por ejemplo.

La vida entre rejas, reales o figuradas, era todo lo que conocía. Pensaba que aquellos barrotes invisibles le acompañarían en su salida a un mundo nuevo y, por un segundo, sintió un miedo atávico que clamaba que se quedase en terreno conocido.

A veces, los sueños dan miedo.

A veces, los sueños se hacen realidad.

Dio un paso firme adelante para recordarse que eso era lo que quería y que no debía sucumbir a aquella debilidad de niño temeroso y acoquinado que se rinde ante la incertidumbre. Fue cobarde una vez, pero nunca más volvería a serlo.

Para su sorpresa, se sintió renacer al saberse al aire libre, con la luz del sol acariciando su rostro. Era una sensación de sol en libertad, no sometido al reflejo de los muros desvaídos de hormigón en el patio de la cárcel. Era un fresco día de otoño pero, aún así, el sol tenía fuerza y se regocijó con su tibieza. Era una sensación nueva, difícil de describir. No era el momento de las palabras. Era momento de sentir con cada poro de su piel, con cada víscera, con cada célula aquella experiencia.

La primera vez que era libre desde que era adulto.

Eso no era del todo exacto.

En su infancia había vivido en una mazmorra, en una jaula con jardín en un barrio de clase media. A eso nadie lo llamaría libertad. Así que, podría decir sin miedo a equivocarse que era la primera vez que era totalmente libre.

Johnny fue a buscarle a la cárcel. Aquel chico se había convertido en algo parecido a un seguidor fiel. Si Arthur fundara una secta, aquel chaval seguro que se convertiría en su acólito, el más fiel y leal, el más creyente. Veía en aquel hombre de físico intimidatorio no sólo a un protector, sino también a un mentor. Arthur era consciente del poder que ejercía sobre él. No se le escapaba que le miraba con cierta admiración. Sabía que haría cualquier cosa que le pidiera y, por un instante, sintió algo parecido a lástima hacia él por tener tan poca voluntad.

El chico llevaba un coche un tanto destartalado, pero le daba igual. Eso no era lo importante para su objetivo. Una vez que había salido de la cárcel, Johnny había vuelto a vivir con su madre y Arthur sabía que no iban sobrados económicamente. Ella trabajaba en una cadena de restaurantes de comida rápida y el sueldo no le daba para demasiadas alegrías, así que comprarse un coche nuevo no estaba entre sus prioridades.

Arthur se planteaba abandonar el país en cuanto terminase con el asunto que tenía pendiente. Los años que había pasado en la cárcel no los había desperdiciado. Había leído todos los libros de derecho y economía que habían caído en sus manos, especialmente los

relacionados con la inversión en bolsa. A través de algún contacto que había hecho allí dentro, había aprovechado las llamadas telefónicas que tenía para contactar con un gestor y con un broker, ambos acostumbrados a tratar con personas de dudosa legalidad, ya que algunos de sus clientes eran o habían sido huéspedes del sistema estatal carcelario como él mismo.

Tenía muy claro que no se atreverían a jugársela porque las consecuencias eran muy claras: si Arthur se enteraba de que se habían quedado con su dinero, iría a por ellos nada más salir de prisión. Así que, después de contratar a ambos, estos habían empezado a gestionar los bienes de sus padres que por derecho propio como hijo único le correspondían. Cada cierto tiempo le visitaban en la cárcel y le ponían al día de la situación de su dinero. La visita del broker casi era más que otra cosa testimonial, más por tenerle controlado que por otra cosa, puesto que Arthur seguía asiduamente el estado de la bolsa y era capaz de calcular sin equivocarse ni en medio punto en que situación estaban sus acciones.

Arthur no era alguien que dejase nada al azar. Había heredado la psicopatía de su padre pero, además, poseía una astucia que en alguien como él era algo temible. Tenía todo bien atado. Era inteligente y sabía aprovechar su capacidad. No tenía ninguna intención ni el menor interés en vender la casa. Posiblemente estaría en muy mal estado,

puesto que llevaba veinte años cerrada. Seguramente le darían un buen pellizco por ella, puesto que era una vivienda que tenía una amplia parcela y estaba situada en una urbanización de clase media, pero sabía que la avaricia por conseguir ese dinero sólo le llevaría a tener a la poli pisándole los talones mientras rastreaba la pasta que ganase. Y

él quería ser invisible ante la ley. Sin duda, tenía otras prioridades. Además, su dinero había ido creciendo gracias a sus inversiones, cuyos beneficios estaban a buen recaudo en un paraíso fiscal.

Johnny ya le había traído los papeles con su nueva identidad, la que le permitiría pasar a Canadá sin levantar sospechas. Sabía que era el vecino americano y que estaba demasiado cerca, doblando posiblemente las posibilidades de que lo atraparan, pero también era cierto que era un país con una gran extensión de terreno y con pueblos perdidos en la montaña donde nadie le buscaría. Como vía de escape inicial, era un buen plan.

Después de hablarlo en numerosas ocasiones, Johnny finalmente le acompañaría. No quería cargar con él, pero se lo había prometido. No había tenido más remedio que hacerlo porque aquel joven había sido una parte esencial de su plan. Un plan, además, que había tenido que montar casi a marchar forzadas. No había vuelto a pensar en aquel comecocos en meses. Se había centrado en empezar una nueva vida cuando saliese y, en algún momento del futuro, armaría con contundencia su venganza.

Pero ahora no podía esperar. Su visita un mes antes había desatado otra vez todo aquel odio reprimido que ahora le estaba mordiendo de nuevo las entrañas. Sentía el veneno que le corrompía la sangre, podía percibir su sabor metálico cada vez que tragaba.

Johnny era quien había arreglado los papeles y todo lo que necesitaban para fugarse y, sobre todo, había seguido sus instrucciones al pie de la letra y ahora tenía al maldito psiquiatra encerrado justo donde le había dicho.

Ya pensaría qué hacer con el chaval más adelante.

No podía permitirse cargar con ningún lastre.



Capítulo 33

CONEXIÓN

Actualidad. Martes. Día 6.

abía entrevistado ya a dos de los sujetos que tenía en su lista. Les había visitado en H su trabajo, había hablado con sus jefes y con los responsables que hacían el seguimiento de la condicional de ambos. Aunque sí que habían acumulado condenas después de cumplir la mayoría de edad, habían sido por delitos menores, excepto en el último caso de uno de ellos que había protagonizado un asalto con robo con violencia.

Tendría que probar con el tercero. El día avanzaba pero no así la investigación.

Llamó a Julius desde el coche para ver qué tal le estaba yendo a él.

Confiaba en que pudiera coger el teléfono, aunque podía estar interrogando a alguien. Si más o menos llevaban el mismo ritmo, puede que pudiera tenerle en San Martín en poco más de una hora.

Contestó al segundo tono.

—¿Puedes hablar?

—Me pillas a punto de llamar a la puerta de la casa donde vive con su madre uno de los que tengo en la lista.

—Sólo quería preguntarte si tenías algo.

—Nada de momento. He visitado a uno y he revisado su coartada y su historial.

Incluso he estado en comisaría hablando con los agentes que le detuvieron la última vez. Ahora estoy con el segundo, pero también tiene una coartada sólida. Con el tercero poco voy a poder hacer porque estaba en el calabozo el día de autos. Otro callejón sin salida. ¿Y tú? ¿Tienes algo?

—Nada de nada. Pero aún me quedan tres, así que si no tardas mucho, podremos entrevistar a los dos últimos juntos.

—Perfecto.

—Llámame cuando termines.

—Cuenta con ello.

“*¡Menuda mierda!* ” —pensó la inspectora—, “*estamos enterrados bajo un montón de mierda y de pistas falsas que no llevan a ningún lado* ”.

De pronto algo pasó por su cabeza. Fue como un destello de algo que debía recordar pero que se le escabullía por los resquicios de su mente.

“*¿Qué se me está escapando?* ”

No conseguía recordarlo. Tal vez no era nada. A veces, la mente hace conexiones absurdas que no llevan a ninguna parte. Incoherencias, pistas falsas, recuerdos inconsistentes tergiversados por emociones. A veces, no es nada más que actividad eléctrica neuronal sin sentido ni propósito. Aún así, la molesta sensación se le instaló en la cabeza, como cuando intentas recordar una palabra y no lo logras.

Estaba ya cerca de la casa a la que se dirigía. Era un barrio residencial acomodado.

La estampa se le aparecía bastante idílica, con aquellas casas con jardines bien arreglados y el perro en la puerta. La bucólica imagen de la felicidad, el sueño americano, las prisiones custodiadas por los bancos y sus hipotecas difíciles de asumir por el bolsillo de clase media. Entonces se fijó en un pastor alemán que escarbaba nervioso en uno de aquellas perfectas parcelas de césped bien recortado, dejando un considerable agujero que estaba segura de que no le gustaría demasiado a sus dueños.

"*¡Eso es!* "

Un momento Eureka.

Una conexión real.

Esta vez sí, había logrado atrapar aquella idea que unos minutos antes le había sido esquiva. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Pensó en llamar a la comisaría de Carmel para que lo investigaran, pero sabía que eran bastante lentos. Adoraba a sus compañeros, pero no podía decir que todos y cada uno de ellos fueran el paradigma de la eficacia. Tampoco contaban con los recursos de oficinas más grandes, para ser honestos.

Necesitaba alguien ágil y con todos los recursos posibles a su disposición. Sólo se le ocurrió un nombre, el mismo al que siempre acudía cuando estaba en un callejón sin salida, aquel que sabía que siempre sin excepción estaría ahí porque llevaba la lealtad tatuada a fuego en su personalidad.

Paró el coche a un lado, cogió el teléfono y buscó entre sus contactos a Bill.

—¿A qué se debe esta sorpresa tan agradable? —dijo el agente especial del FBI nada más contestar.

Bill había trabajado con Kisha cuando ambos aún estaban en Los Ángeles. Sin embargo, tras el traslado de la inspectora y solicitar su ayuda para un caso en Carmel, Bill había conocido a una enfermera con la que mantenía una relación sentimental.

Había pedido el traslado a la oficina de San Francisco como solución provisional para estar más cerca de Darlene, su actual pareja. Además,

Kisha también vivía en Carmel desde hacía casi once meses y, desde que ella abandonara la ciudad de los sueños, él sintió que tampoco le unía nada a la capital del sur de California. A pesar de todo, no se habían visto demasiado en las últimas semanas. Las obligaciones profesionales y sentimentales no les habían dejado demasiado tiempo para más.

—Oye, sé que puedes conseguirme información acerca de un preso. Podría llamar a Carmel, pero sabes lo lentos que son y que hay ciertos procedimientos que desconocen.

Además, sé con certeza que vosotros tenéis acceso a un registro sobre quién se relaciona con quién en las cárceles, al menos en las estatales, y que tenéis ojos dentro.

—Nunca me llamas para preguntarme qué tal me va y tomarnos un café, ¿verdad?

—Podría decir lo mismo, capullo. Desde que estás con Darlene, estás desaparecido.

Pensaba que te vería más desde que vives más cerca, pero es justo al contrario.

—Bueno, bueno, no entremos en temas personales —dijo Bill risueño.

—La verdad es que ando mal de tiempo, así que ¿podemos dejar estas gilipolleces para otro rato?

—A sus órdenes, jefa. Veo que el amor no te ha mejorado el carácter.

—Déjate ya de tonterías, Bill. Quiero que me mires información sobre Arthur Hamilton. Está en la prisión estatal del Valle de Salinas. Me gustaría saber con quién se relaciona allí dentro, si ha tenido visitas o llamadas de teléfono. Por si acaso mira a ver si ha salido algún preso recientemente con el que tuviera especial relación o que le deba algún favor. Seguramente no es nada, pero es por seguir una corazonada. ¡Ah! Y

mírame la última dirección conocida de Arthur, bueno, de la familia, porque lleva veinte años en la cárcel y cuando lo enchironaron era aún un crío. Necesito saber, además, a quién pertenece ahora la propiedad.

—¿Necesita algo más la señora?

—Sí, que te des prisa. Puede que la vida de un hombre corra peligro.

—Lo de pedirlo por favor no está en tu catálogo de frases y buenos modales, ¿no?

—¡No me jodas, Bill! Si quieres la próxima vez que te vea te hago una reverencia, pero ahora no me hagas perder el tiempo.

—Tienes suerte de que esté trabajando en un caso de fuga de capitales que me aburre solemnemente y, además, Pete ya me puso en antecedentes ayer mismo, por lo que suponía que no tardarías en requerir mis valiosos servicios. No obstante, te recuerdo que yo también soy agente de la ley y normalmente también tengo que trabajar.

—Sí, sí, lo que tú digas.

Y colgó.

Se dio cuenta de por qué le había venido todo a la mente. Cuando entrevistó Charles Owen, el primero de los sujetos que estaban en su lista, hizo un comentario que removió algo en su interior: "*por mí como si la tierra se traga al puto comecocos* ". Pero todo quedó ahí, en un destello, una conexión débil entre neuronas que intentan comunicarse pero no encuentran el código completo.

Después de hablar con Julius pensó: "*estamos enterrados bajo un montón de mierda* ". Y

se produjo otra llamada a un recóndito lugar de su memoria en el que algo trataba de hacerse camino. Pero aún no lo había podido hallar. Aquel recuerdo seguía jugando al escondite.

Y de pronto, algo fortuito había servido para encajar todas las piezas y que el puzle formara una imagen nítida. Aquel perro juguetón hizo que todas aquellas ideas inconexas y aparentemente irrelevantes formaran un conjunto armónico con sentido.

Arthur había dicho algo cuando le visitaron en la prisión. Posiblemente fue un mero desliz de sus subconsciente. Quizás fue fruto de la mala bilis que indudablemente le revolvía por dentro. Y, sin embargo, aquel acto del inconsciente ajeno a su voluntad bien podía contener la clave de todo.

Arthur había dicho: "*Por mí se puede pudrir bajo tierra* ".

Capítulo 34

REENCUENTRO

Actualidad. Martes. Día 6.

staban cerca. Se sintió nervioso incluso. Habían sido poco más de treinta minutos de E trayecto. Hacía tantos años que no pisaba aquellas calles, que le parecieron ajenas.

Las había mirado con ojos de niño y en nada se parecían a lo que veía ahora con su mirada de adulto.

Había pasado demasiado tiempo. Todo cambia con los años pero, aún así, no le resultó complicado situarse. Según avanzaban por las calles, se dio cuenta que ya no necesitaban el GPS porque él sabría llegar perfectamente. En su cerebro seguían guardadas las coordenadas que situaban la vivienda en la que había pasado aquel infierno de infancia en algún lugar concreto de aquella localidad.

Johnny había hecho bien los deberes. Para entrar por primera vez en la casa, había forzado una de las ventanas de la parte trasera a la que se accedía con facilidad, tal y como recordaba de cuando era un niño. Las vallas en ese lado de la casa no eran altas y había una ventana que no cerraba bien, por lo que no habría signos de violencia. Lo que le sorprendió es que nadie hubiera ocupado de forma ilegal la casa en todos esos años.

Aún se veían restos desgastados de la cinta policial con la típica frase "*Don't cross.*

Crime Scene " escondidos bajo un arbusto. Le produjo un escalofrío ver aquello y le sorprendió que su madre no lo hubiera visto cuando volvió a casa después de estar en el hospital. Por lo que podía recordar, era una mujer acostumbrada a tener la casa en perfecto orden y limpia hasta un nivel que rayaba la obsesión. Tal vez sólo lo hiciera por miedo a las reacciones de su marido si algo no estaba como él quería o como esperaba encontrarlo cuando llegaba a casa después de trabajar. Una vez eliminada la amenaza, podría haberse relajado y ser menos escrupulosa, aunque una víctima de violencia de género no suelta aquellas rutinas de manera tan sencilla.

Quizás aquel insignificante trozo de cinta amarilla no significase nada, sólo que no lo había visto en aquel momento y el aire y el tiempo habían terminado por sacarlo a la luz como un vestigio de la ruindad

vivida en aquel lugar. Tal vez lo que realmente sucedió es que su madre nunca regresó a aquella casa en la que había sido víctima de auténticos horrores y nunca se lo confesó a su hijo.

Recordó la furia que le había invadido el día de autos y la frialdad que la sustituyó poco después cuando se decidió a matar a su padre. Sintió como si algo entrase en él y

le dirigiese, dictándole como una voz en *off* los pasos que debía seguir y cómo debía actuar. Fue a la cocina, cogió un cuchillo bien afilado y se acercó sigilosamente hasta el sillón en el que su padre se había sentado tranquilamente a ver la televisión con una cerveza después de haber golpeado a su madre y dejarla semiinconsciente en el suelo.

Le sorprendió lo poco que le costó rajarle el cuello. Rememoró como la sangre salpicó todo, como si fuera un volcán en erupción. El puño de su jersey se había manchado pero, al situarse detrás de él, no se había ensuciado mucho más al cometer el parricidio. Después miró cómo se le escapaba la vida sin inmutarse frente a él, quien le devolvió la mirada con los ojos desorbitados ante lo sucedido de forma tan inesperada, mientras aquel desgraciado se agarraba el cuello con las dos manos como si aquello sirviese de algo. Posiblemente la mente infantil de Arthur ya se había disociado en aquel instante, porque después ya no recordaba cómo había salido de la casa y hacia dónde se había dirigido.

De todo aquello ya no había ni el menor indicio, salvo para un ojo experto que buscase detalles con una luz ultravioleta. Alguien lo había limpiado bien para que no quedara ni rastro de la sangre que lo envolvió todo como un tsunami. Lo que nadie había podido eliminar era la huella que deja el paso del tiempo, el cual se apreciaba en la espesa capa de polvo, tal y como comprobó al pasar un dedo por el aparador.

—Está en el sótano —le dijo Johnny, sacándolo de su ensimismamiento.

—Sí, lo suponía. Es lo que habíamos acordado.

—Tal vez necesitas más tiempo.

—No, estoy bien —le contestó, poniendo su mano sobre el hombro del joven—. Lo has hecho muy bien, chaval. Vamos allá, ¿de acuerdo? Estoy deseando ver la cara que pone cuando me vea.

Se acercaron con sigilo hasta la puerta que daba al sótano y bajaron

despacio las escaleras. Tal vez así su aparición resultaba más efectista, como si surgiera de la nada, como si una aparición del pasado se plantara de pronto delante de los ojos del psiquiatra.

Cuando llegaron abajo, por fin pudo ver al médico. Estaba atado y amordazado.

Tenía un aspecto lamentable, sucio, desaliñado, con grandes ojeras bajo sus ojos. La piel empezaba a adquirir un color grisáceo, como el que se instala alrededor de la muerte.

En su corazón no había ni rastro de lástima. Tal vez la empatía se había borrado de su ADN con el paso de los años. Lo que sintió de forma clara fue como el odio se avivaba dentro de él. Se puso justo frente a él y se agachó para poner su cara a la misma altura.

Las tornas habían cambiado. Ya no era un niño en sus manos para manejarlo a su

antojo. Vio como el psiquiatra, bajo aquella luz macilenta que no ayudaba demasiado, trataba de averiguar si conocía a quien tenía delante y no le cupo duda de que así era.

Al fin y al cabo, se habían visto por última vez hacía tan solo un mes.

—Vaya doctor tiene mal aspecto. Parece que no se cuida demasiado — dijo con sarcasmo mientras agarraba con fuerza al médico por la barbilla. Las pupilas de Stephen se dilataron y una mueca de dolor apareció en su rostro, pero Arthur no aflojó la presión—. Seguro que me recuerda, ¿A que sí?

Durante unos segundos observó su expresión. Quería que sintiese el miedo recorriendo su cuerpo. La mirada de Arthur era dura y a la vez inquisitoria, con un punto de crueldad e iniquidad que hizo estremecer al médico.

—Sí, exacto. Soy su sujeto favorito. ¿Recuerda el día que nos conocimos? Seguro que sí. Mi padre con la cabeza levemente separada de su cuello.

Arthur acompañó sus palabras con un gesto que trataba de ser un tanto cómico, con los ojos muy abiertos, como si estuvieran fuera de su sitio, la lengua colgando por el lado derecho de la boca y el cuello ladeado tal y como había terminado su progenitor.

Después, sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros un cuchillo con el

que rozó despacio el cuello de Stephen, al tiempo que le enseñaba la pistola eléctrica que tenía en la otra mano —Estoy seguro de que se va a portar bien, ¿a que sí?

Stephen respiraba agitado. La cinta adhesiva que le cubría la boca hacía que las bocanadas de aire que trataba de coger se quedasen a medio camino, reforzando la angustia. El sabor del pegamento le provocó una arcada. Era incapaz de esconder el miedo que sentía en aquel momento. Se dijo que debía tratar de calmarse, porque eso sólo alimentaría el odio de su captor.

Y su sensación de victoria.

No podía darle ese placer.

—Me hace gracia cuando recuerdo que solías decirme que estabas ahí para ayudarme. Incluso volviste a repetírmelo cuando me visitaste en la cárcel, tratando de sentirte superior una vez más. Joder, ¡puto hipócrita! Para ti no era más que un conejillo de indias con el que hacer carrera, ¿verdad?

Stephen intentaba hablar, pero el esparadrapo que tapaba su boca se lo impedía. Ni siquiera podía intentar comunicarse con sus manos ni defenderse, puesto que en la última visita del chico que ahora acompañaba a su ex paciente, se las había atado.

—Perdona, ¿qué? ¿cómo dices? —preguntó Arthur en tono burlón acercándose más a él—. Es que no te entiendo bien. Claro, debe ser porque aquí mi amigo ha tenido que cerrarte la boca con cinta americana debido a que eres un puto charlatán de mierda e

intentabas comerle la cabeza, ¿verdad? Debiste pensar que era tan sencillo como manipular a mi madre, hasta que te la follaste y dejó de servirte. Pero es que mi madre era débil, nunca fue capaz de hacer nada por sí misma y mucho menos de defenderse o defenderme a mí.

Stephen negaba con la cabeza e intentaba desesperadamente hacerse entender.

Aquello era un error. Él había tratado de ayudarles, lo había hecho de manera altruista.

Había dedicado muchas horas a su caso sin cobrar nada a cambio. Lo había hecho por interés profesional pero sobre todo humano, porque aquel caso le había conmocionado desde que encontraron a Arthur vagando por la calle con un cuchillo en la mano. Había tratado de

buscar todo tipo de ayudas para la madre y el crío, pero había sido en vano y el desenlace había sido trágico.

No podía haber interpretado todo al revés.

No era justo.

Stephen no paraba de negar con la cabeza, tratando de convencerle con aquel gesto de su error.

—Todavía me acuerdo de cuando me ponías en la cabeza aquel casco lleno de cables.

Hacías que me sintiera un monstruo. Yo tenía miedo, pero a ti te daba igual. Era un niño, maldito cabrón —según dijo esto, apretó más el cuchillo en su cuello. Unas gotas de sangre resbalaron por el filo—. Me metías en aquel enorme tubo para analizar mi cerebro y me pedías que me estuviese quieto. Imposible moverse ahí, porque el pánico me paralizaba pensando en si aquello iba a doler. ¿A cuántos niños más se lo hiciste?

¿Eh? ¿No se te ocurrió pensar si aquello nos daba miedo? ¿No se te pasó por esa retorcida mente que tal vez toda esa mierda me hacía sentir mal?

De pronto, Arthur y Johnny giraron la cabeza. A ambos les pareció oír un ruido en la calle, como si hubiera alguien merodeando por la casa. Se miraron a los ojos tratando de decidir qué hacer sin despertar las sospechas del médico, quien no se había percatado de nada. Tal vez fuera mera casualidad o un gato merodeando por la casa. Se mantuvieron unos segundos quietos, a la expectativa.

Esos segundos bastaron para que Stephen intuyera que algo estaba a punto de suceder.

Capítulo 35 impaciente

Actualidad. Martes. Día 6

ay momentos en los que se enciende una chispa, algo que parece pequeño, inocuo e H insignificante. Ese mínimo destello que se aviva inesperadamente puede extinguirse con la misma facilidad con la que prendió, sin que nadie se percate de ello. Pero, a veces, ese efímero fulgor encuentra las condiciones idóneas para convertirse en un incendio devastador alentado por el viento.

Kisha volvió a llamar a Julius. Imaginó que no era un buen momento, puesto que había hablado con él sólo unos minutos antes de llamar a Bill y, entonces, estaba a punto de interrogar a alguien. Sin embargo, quería compartir su corazonada y hacerle partícipe de las ideas que le rondaban la cabeza.

—Morgan —contestó, sin mirar el identificador de llamada.

—Soy yo. Imagino que te pillo en mal momento.

—Sí, aún no he terminado y estoy en medio de algo, así que espero que sea importante.

—Tengo una corazonada. Es sobre algo que dijo Arthur en la cárcel.

—¿Otra vez con eso? Está en chirona, Kisha, no puede haber sido él. Habíamos quedado en seguir otras pistas.

—Sí, sí, lo sé. Pero, ¿y si le debe alguien algún favor? Tal vez se lo ha encargado a otro preso, no sé. No sería la primera vez que sucede. Entre los reclusos, en ocasiones, surgen alianzas. No es nada descabellado.

—Creo que te estás obsesionando, pero bueno, cuéntame el resto de tu teoría.

—Es por lo que dijo: "*por mí puede pudrirse bajo tierra* ". No le prestamos atención en aquel momento, pero, ¿por qué decir que se pudra bajo tierra?

—Porque es una expresión hecha y le dijimos que Stephen había desaparecido. Se habrá imaginado lo demás. No creo que haya que darle más vueltas, la verdad. Tú misma dijiste que cada día que pasa estamos más lejos de encontrar al doctor Meyer con vida.

—Sí, sé lo que dije y puede ser que Arthur sólo lo dijera por decir, sin ninguna intencionalidad. Pero, ¿y si él lo tiene escondido en algún lugar bajo tierra?

—Te recuerdo que lleva encerrado desde los once años. No creo que tenga muchos recursos a los que acudir.



—Ya, tienes razón en eso. Y por eso he pensado que, tal vez, alguien

lo secuestró por él y lo tiene encerrado en el sótano de la casa donde vivía, el único lugar que conoce y, además, el lugar donde conoció a Stephen.

—Aún así, sigue en chirona.

—Sí, por suerte. Así que, si mi intuición no me falla y está allí, podremos rescatarle con vida.

—Si sigue con vida y no lo han matado ya.

—Joder, no seas cenizo, macho. Estoy intentando ser optimista. Quiero pensar que sigue vivo.

—¿Y para qué lo iban a mantener con vida? Eso sí que no tendría ningún sentido.

—Porque querrá vengarse con sus propias manos.

—Tendríamos que averiguar entonces con quién se relaciona en la cárcel, si ha contactado con alguien del exterior y un largo etcétera que se me ocurre, pero tendrá que ser después de que terminemos esto. No podemos dejar a medias este rastro.

—Tú mismo dijiste antes que no te estaba llevando a ningún sitio.

—Sí, es verdad. Pero aún no hemos hablado con todos.

—He llamado a Bill y él está consiguiéndome toda la información. En cuanto cuelgue, voy a llamarle para ver si tiene ya la dirección de Arthur y me pasaré por su casa a echar un vistazo. Te mando la localización cuando hable con él y te espero por los alrededores de la casa. No sé si lo recuerdas de cuando leímos el expediente en su casa, pero el chico vivía precisamente aquí en San Martín.

—Vale, de acuerdo. ¡Qué tozuda eres! Siempre te sales con la tuya, ¿no?

—Más o menos.

—Espérame, ¿vale? No sé lo que tardaré pero intentaré acabar aquí pronto. Entre San José y San Martín apenas hay media hora, así que no hagas ninguna tontería.

La tarde ya empezaba a decaer. Derek había pasado el día fuera

trabajando en la organización del evento con el que presentaría en unas semanas su nuevo proyecto. Al final, había decidido dividirlo en dos partes, según las localizaciones de las fotos. De ese modo, habría una primera presentación con las fotos que había tomado de los

amaneceres y de la hora del ocaso en distintas zonas de la costa y otras en desiertos y bosques.

Había estado hablando con algunos galeristas y con el alcalde, el cual se había mostrado entusiasmado de colaborar. No le había quedado más remedio, ya que, en última instancia, había decidido que quería llevar a cabo el estreno en Carmel, que al fin y al cabo era su pueblo natal. Sin embargo, a pesar de contar con un elevado número de galerías en la localidad, éstas no eran lo suficientemente grandes para lo que había pensado, así que había solicitado uno de los salones de los que disponía el Ayuntamiento.

Después se había acercado hasta el acantilado gobernado por *The Lone Cypress* , aquel precioso lugar que tanto significaba para él y que había adquirido un significado diferente, un tanto tétrico incluso, desde el inicio del último verano. Allí Kisha habría estado cerca de perder la vida si aquel disparo le hubiera alcanzado donde aquel maldito asesino había pretendido. Por suerte para todos, había sido él quien había terminado en el fondo del océano gracias a la intervención coordinada de Bill y Pete.

Todo esto lo sabía precisamente porque el antiguo compañero de Kisha en Los Ángeles, el Agente especial del FBI Bill Zucherinni, se lo había contado todo de primera mano cuando fue a visitarle a su casa la noche antes de abandonar Carmel y regresar a la ciudad coronada por la colina con el famoso cartel de Hollywood. Gracias a él, además, Derek y Kisha seguían juntos.

Se encontraba allí al borde del acantilado como si necesitara localizar en ese lugar concreto algún tipo de respuesta al dilema que bullía en su interior. Mirando como el sol se acercaba a su ocaso aquel día de otoño, sintió que la frustración anegaba su interior. Poco le había durado a Kisha su acto de contrición. Se había ido la noche anterior sin apenas despedirse de él y no sabía nada de ella desde entonces.

En cierto modo, sentía que tenía sus motivos para estar enfadada. Tal vez tuviera razón en que había traspasado una barrera delicada al pedirle a Pete que la apartara de la investigación. Era su trabajo y estaba ante un caso importante para ella. Pero también era cierto que eso hacía que ella fuera menos precavida, anteponiendo el deseo de

encontrar al marido de la forense a su propia seguridad.

Tal vez estaba paranoico y debía soltar amarras, en lugar de preocuparse tanto.

Kisha tenía tablas, llevaba muchos años trabajando en la policía y era cierto que pocas veces había resultado herida a pesar de lo impaciente e impetuosa que era.

Aún así…

Él era de una naturaleza tranquila y le costaba vivir inmerso en esa constante preocupación, en esa vorágine de sentimientos extremos, en ese vaivén emocional que le llevaba al límite del precipicio.

Volvió a mirar su móvil pero no había ni rastro de ninguna llamada o mensaje de ella. Lo guardó en uno de los bolsillos traseros de sus vaqueros y decidió distraerse tomando unas fotos de ese momento mágico del día. Su perro, que llevaba esperándole pacientemente en la parte de atrás de su pick up gran parte de la jornada, ahora correteaba por allí alegremente, ajeno al drama que se avecinaba.

La mente del fotógrafo hervía llena de pensamientos contradictorios que no le permitían fijar su atención, porque lo que sí que era paradójico era como había comenzado su relación con Kisha y como había ido evolucionando. Aquel psicópata la había llevado hasta a él cuando, después de haberla secuestrado y torturado cuando aún trabajaba en Los Ángeles, ella decidió que quería una vida más tranquila y regresó a su localidad natal buscando una paz que le resultaba tan huidiza. Aquello había hecho que se reencontrasen veinte años después de la última vez que se habían visto y él había sentido como renacía desde el primer instante el mismo amor que había sentido por ella siendo apenas un crío.

Aquel mismo psicópata, había sembrado la duda en la relación entre ellos cuando con sus maniobras depravadas había logrado que la policía de Carmel hubiera considerado seriamente la culpabilidad de Derek en los asesinatos de las adolescentes.

Derek había visto en los ojos de Kisha la duda y eso le había quebrado por dentro de una manera hiriente, hasta el punto de querer alejarla de su vida para siempre. Por suerte para ambos, Bill le había hecho comprender que ella le quería tanto que estuvo dispuesta a dar su vida para salvar la de él y que así saliera de la cárcel demostrando su inocencia. Y todo eso había sucedido en tan solo unos pocos meses.

Su relación sin duda era de una intensidad inaudita.

Llevaban relativamente poco tiempo juntos pero ya habían pasado por todos los estados emocionales imaginables.

El verano había sido una etapa idílica y ahora lo recordaba con cierta nostalgia. Los casos en los que había trabajado la inspectora les había permitido llevar una vida que se acercaba mucho a lo que se considera dentro de la normalidad, compartiendo muchos momentos, cenando juntos casi a diario, saliendo a pasear y haciendo pequeñas escapadas por los alrededores. Cada uno de esos momentos compartidos habían hecho que se sintiese más enamorado cada día, hasta el punto de que cada amanecer que pasaba lejos de ella por su trabajo hacía que la distancia le doliese de forma somática.

Y ahora…

Cada día era una discusión.

Apenas se veían.

Y lo peor de todo era que repetía conductas que ya había visto en ella en los peores momentos.

Derek se aproximó un poco más, un paso más que le acercaba hasta el mismo borde del acantilado para observar el lugar exacto donde había caído aquel asesino que había traído de cabeza a la tranquila localidad de Carmel-by-the-Sea a finales de la primavera pasada.

Necesitaba sentir qué se experimenta cuando miras de frente el riesgo. Mirar el abismo y encontrar respuestas en él. Necesitaba comprender por qué a Kisha le resultaba tan atractivo el peligro. Su mirada clara se perdió en las paradójicamente bravas aguas del Pacífico buscando soluciones que no estaban ahí.

Bobby, su fiel labrador, empezó a ladrarle nervioso, como si temiera que su amo fuera a caerse por el despeñadero. Pero Derek sólo necesitaba comprobar que Jenkins no habría tenido escapatoria posible, que el mal había quedado atrás. Había profanado aquel sitio que era tan importante para él. Le había sacado personalmente, bajo engaños y manipulaciones, la información acerca de cuál era su lugar favorito en una conversación que mantuvieron en una galería de Monterey, hacía ya lo que parecía un siglo. Y había utilizado aquellos datos para envilecer aquel mágico emplazamiento y que perdiera su esplendor ante sus ojos.

Unas piedras pequeñas se desprendieron bajo las botas del fotógrafo. Bobby seguía ladrando alarmado. Se movía de un lado a otro inquieto, como si tratara de pedir ayuda porque temiera que su dueño pudiera hacer alguna tontería.

Derek dio unos pasos atrás y se acercó hasta él. Se agachó para ponerse a su altura, le agarró la cabeza y le miró fijamente. El perro se lamió la boca todavía inquieto.

—¡Tranquilo, muchacho! No voy a hacer nada. Sólo quería mirar —le dijo mientras le acariciaba detrás de las orejas y le miraba con ternura.

El sol refulgía a la hora del ocaso.

Era momento de volver a casa.

No demasiado lejos de allí, los peores temores de Derek empezaban a cobrar forma.



Capítulo 36 errores Un mes antes

tephen había cometido un tremendo error, uno de esos que pagas a un precio dem

S asiado elevado. Sus intenciones habían sido puras y estaban desprovistas de todo interés malicioso. No obstante, podría contemplarse que sí incluía, de manera consciente o no, un tipo de interés que implicaba descargar su conciencia, que era un peso con el que no se había acostumbrado a cargar a pesar de los años transcurridos.

Seguramente si hubiera previsto las consecuencias, si por un único segundo hubiese sido capaz de adivinar las implicaciones que aquello podría tener, se lo habría pensado mejor. Pero se había dejado llevar por su buen corazón y se había cegado pensando que esta vez sería diferente.

La última vez que acudió a una Comisión de Revisión de la Condena de Arthur varios años atrás, se le quedó grabado a fuego en la memoria la fecha en la que éste saldría por fin de la cárcel. Por algún motivo que sólo él entendía, se seguía sintiendo en deuda con él y se prometió que trataría de ayudarle cuando quedase en libertad del

mejor modo que le fuera posible.

Aquella bien pudo ser su primera equivocación.

Era un médico reputado en la comunidad y conocía mucha gente. Esto le podría servir de ayuda para encontrar opciones laborales para aquel joven. Recordaba que era un chico inteligente y, por lo que había podido saber, había estado formándose mientras había permanecido recluido. Eso alentaba su esperanza de poder ofrecerle una segunda oportunidad.

Como si eso dependiera sólo de él.

Así que un mes antes de que Arthur saliera de la cárcel, fue a visitarle a la prisión.

Aún consideraba que podría enmendar los que consideraba sus errores, con los que cargaba desde hacía tantos años y que, de vez en cuando, aún le quitaban el sueño.

Seguía pensando que tuvo la vida de aquel joven en sus manos y él solo la había destrozado. Como psiquiatra experimentado debía saber que la culpa es uno de los sentimientos más inútiles, porque es como un ancla que no te deja avanzar y te mantiene amarrado a un muelle del que hace tiempo que deberías haber partido.

No había compartido aquella visita con nadie.

Segundo error.

Si alguien más lo hubiera sabido, quizás eso podría haberle ahorrado algunos sufrimientos.

Había acudido en un día de trabajo en el que solicitó unas cuantas horas de dispensa sin comentarle a nadie para que las necesitaba. A su mujer, por supuesto, ni se lo había mencionado. Sabía perfectamente lo que ella iba a decirle y decidió que era preferible ahorrarse una discusión que no les llevaría a ninguna parte, puesto que él estaba absolutamente determinado a ir a verle.

Cuando salió de la cárcel, estaba descorazonado.

No sólo no había logrado convencer a Arthur de que podía ayudarlo, sino que había hecho reavivar un odio visceral hacia él.

Tercer error.

Durante varios días, la conversación con su ex paciente le trastornó. Estuvo algo más distraído en el trabajo y le costó dormir. Tenía entre manos la presentación de un proyecto ante el Consejo de Administración del Hospital, y eso fue la excusa perfecta para que nadie interpretara de otra manera aquellos síntomas.

Llegó el día en el que asumió su derrota y decidió seguir adelante. No podía continuar atascado en aquellas arenas movedizas que sólo le traían falta de estabilidad y angustia. Recordó lo que le dijo un profesor en la facultad con el que tenía una relación bastante estrecha: "*Stephen, no siempre podemos ayudar a todos. Es una lección que antes o después tendrás que aprender. Tú decides el coste que quieres asumir mientras la aprendes. Cuanto antes lo hagas, más productivo serás en tu trabajo y más energía podrás dedicar al resto de tus pacientes* ".

Le había costado veinte años aprender aquella lección.

Un mes después de cometer aquel bienintencionado acto de sincera compasión, estaba vivenciando en carne propia el resultado de haber despertado aquel animal herido que llevaba los últimos años en hibernación.

Era como estar frente a frente con el odio.

El rencor.

La rabia.

La determinación a hacer el máximo daño posible.

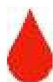
Tal vez si no hubiera ido a verle, sus vidas nunca habrían transcurrido ni siquiera de forma tangencial nunca más, sino que habrían navegado por líneas paralelas que jamás volverían a encontrarse. Tal vez esa habría sido la mejor forma de ayudar a su antiguo paciente, dejarle probar una vida nueva en la que no existieran los viejos rencores.

Tal vez…

Tal vez ya no tuviera sentido pensar en ello, porque al final cada decisión conduce a la siguiente, como un mapa de carreteras en el que cada salida te lleva a un destino inevitable.

La mirada furiosa, henchida de rabia, los ojos enramados que le miraban fijamente le transmitían con claridad que para él ya no habría un mañana.

Esa sí que sería una lección que debía aprender a marchas forzadas. Tenía que prepararse para despedirse.



Capítulo 37

CONFIRMACIÓN

Actualidad. Martes. Día 6.

n cuanto finalizó la conversación con Julius, Kisha telefoneó nuevamente a Bill.

E Aquella corazonada se había convertido en una urgencia en su cabeza y le daba la impresión que el tiempo corría desbocado. Necesitaba estar en marcha y confirmar lo que intuía.

—En serio, no me puedo creer que me estés llamando otra vez. Me has pedido que averigüe muchas cosas, como comprenderás eso no se consigue en poco más de treinta minutos.

A pesar de los años que hacía que la conocía, a Bill aún le sorprendía lo impaciente que podía ser Kisha cuando necesitaba algo. Podía ser verdaderamente insistente hasta que conseguía todo lo que se había propuesto. Aquel era sin duda uno de esos días.

—¡Que protestón te has vuelto desde que sales con la enfermera! A lo mejor lo que pasa es que estás perdiendo facultades.

—Y tú cada vez eres más ansiosa, aunque no creo que sea por culpa del fotógrafo que es un remanso de paz. Ojalá se te pegara algo de él, aunque me imagino que al final será al revés.

—Ja ja. Me haces tanta gracia que creo que me voy a partir en tres. No me hagas perder más tiempo, si no le importa a su eminencia.

—En fin, a lo que íbamos —respondió Bill obviando el último comentario sarcástico de su amiga—. Aún estoy revisando información, pero creo que tengo algo que puede que te interese.

—Genial, aunque de momento lo primero que necesito es que me envíes la dirección y así se la mando a Julius mientras hablamos.

—Acabo de hacerlo, debe haberte llegado ya a tu móvil. Por cierto, espero que ya te hayas comprado uno nuevo porque el tuyo estaba un tanto obsoleto.

—A mí me servía. No sé por qué teníais todos ese empeño en que me hacía falta uno nuevo. En cualquier caso, la respuesta es sí, Derek me regaló uno nuevo. ¿Contento?

—Más o menos. Sólo estaré contento si además has aprendido a usarlo.

—No soy ninguna lerda, ¿vale? ¿Vas a contarme algo o qué?

Kisha notaba que estaba a punto de perder la paciencia. Si no le contaba algo pronto, no sabía cómo podía reaccionar.

—Sí, sí, ya voy. Como ya he dicho, tampoco me ha dado tiempo a tanto, pero ahí va.

Arthur Hamilton lleva diez años en la prisión estatal Valle de Salinas después de que un comité de expertos determinara que, una vez alcanzada la mayoría de edad, debería pasar del centro de reclusión para jóvenes a una cárcel para adultos. En otras ocasiones, al alcanzar esa edad, si la conducta ha sido buena y las revisiones psiquiátricas lo aconsejan, se les deriva a un piso tutelado y se les ayuda en su integración en el mundo laboral, o salen en libertad. Pero nuestro amigo parece ser que se mostraba muy agresivo en el centro y tuvo numerosas peleas en las que observaron un nivel de violencia poco común, así que dictaminaron que era inestable y que no estaba preparado para integrarse en la sociedad. Y menos mal, debo añadir, porque era una auténtica joya. En la cárcel parece que las cosas han cambiado, aunque no tengo toda la información. Sí me ha dicho uno de los funcionarios que es un peso pesado allí y es muy respetado por otros presos. Al parecer, ha tenido algún chaval bajo su tutela en distintos momentos de su condena, sospecho que con un retorcido instinto de protección, no sé.

—O tal vez porque quería conseguir algo de ellos.

—Es posible.

—¿Y ha salido de la cárcel algún preso últimamente? ¿Alguno que tuviera relación con Arthur?

—Sí, me suena que sí. Espera que consulto mis notas. Aquí está. Un tal Johnny, que es como le conocían en prisión. Su nombre es Arnold

Jason Johnson y tiene veintidós años. La condena fue un poco dura, puesto que había entrado en principio por un delito menor, pero acabó cargando con la culpa de otros. El motivo fue un atraco con violencia en el que no hubo heridos verdaderamente graves, aunque alguno recibió una cuchillada. Pero le cayó la pena máxima estipulada para ese tipo de delitos y entró directamente en el sistema de adultos. Se convirtió en la sombra de Arthur casi desde el principio.

—¿Cuándo salió?

—Hace tres semanas.



La cabeza de Kisha iba a mil. Tampoco le estaba dando nada especialmente importante, pero tal vez el hecho de que ese chico hubiera salido sería una pista. Tres semanas era tiempo suficiente para vigilar a Stephen durante unos días, familiarizarse con sus movimientos y preparar el secuestro, aunque fuera todo algo precipitado.

—Lo más curioso de todo —continuó Bill al otro lado del teléfono— es que Arthur justo sale hoy de la cárcel. ¿No te parece una increíble casualidad?

A Kisha se le aceleró el pulso.

No creía en las casualidades.

Estaba convencida que desde luego esa no era una.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído, justo sale el mismo día que me llamas, una casualidad increíble.

—¡Maldita sea! Tengo que darme prisa.

—¡Eh, eh! Para el carro. No hagas ninguna estupidez que te conozco.

—No voy a hacer nada estúpido, relájate, pero tengo que acercarme hasta la casa por si tuvieran allí a Stephen y hubiera alguna posibilidad de que le sacara antes de que Arthur y el chaval lleguen.

—Suponiendo que esté ahí.

—Te dejo, Bill. No puedo perder tiempo.

—Pide refuerzos.

Pero la inspectora ya había colgado cuando el agente del FBI pronunció aquellas palabras, así que ella no oyó lo último que le dijo.

Kisha le mandó inmediatamente la localización a Julius. En un escueto mensaje le dijo que se dirigía para allá y que Arthur había salido de la cárcel. Había sido tan esquemática en lo que había escrito, que confiaba que Julius fuera lo suficientemente perspicaz y lo entendiera.

San Martín no era un pueblo demasiado grande. No le costó demasiado dar con la dirección de la vivienda en la que había vivido Arthur con sus padres tantos años atrás.

Decidió aparcar a unos cincuenta metros de la casa para no llamar la atención y poder controlar primero el entorno.

Después de observar durante unos minutos el movimiento en la calle, se bajó del coche. Comprobó que llevaba su arma bien sujeta y colgada del cinturón, y le quitó el seguro por si la necesitaba, aunque confiaba en que no sería preciso.

La casa tenía un indudable aspecto de abandono, pero era evidente que no había sido ocupada de forma ilegal ni había sido víctima del vandalismo, puesto que no tenía destrozos visibles, salvo los propios ocasionados por el paso del tiempo. Posiblemente era debido a algún tipo de seguridad privada que posiblemente tenían contratada los vecinos para proteger sus propiedades. En muchas zonas residenciales era una práctica común.

Se acercó a la casa y empezó a rodearla para conocer el entorno y ver posibles entradas. Trató de ser lo más silenciosa posible, aunque era prácticamente inevitable pisar ramas y hojas que crujían bajo sus pies. En un lateral, vio una pequeña ventana que daba al sótano. Se notaba que hacía tiempo que nadie la limpiaba, puesto que tenía una tonalidad bastante opaca.

Se acercó hasta ella a mirar.

Capítulo 38 indispuesta

esde que habían encontrado al perro muerto en el jardín, se había

apoderado de ella u

D na

sensación desagradable en su interior. Su marido trataba de tranquilizarla lo mejor que podía, pero de poco servían los argumentos que le daba. La realidad es que la alarma no había saltado en ningún momento ni habían detectado movimientos sospechosos y el veterinario había insistido en que la muerte del perro había sido absolutamente fortuita.

Pero ella no se lo creía.

Era un presentimiento que sólo ella comprendía.

Habían sucedido demasiados sucesos casuales en las últimas semanas.

Sin embargo, por mucho que su marido le diera explicaciones y razones que parecían tener toda la lógica del mundo, ella intuía que pasaba algo más. Ya llevaba unos días con la sensación de que alguien les vigilaba y cada mañana dicha sensación se volvía más acuciante. Ahora ya le parecía que no era sólo una impresión suya, sino que era una escalofriante certeza certificada con cada suceso fuera de lo común que otros tildaban de casualidad.

Habían aparecido distintos animales muertos en las inmediaciones de la casa, casi siempre pájaros pequeños y algún ratón, así como en la luna delantera de su coche en más de una ocasión. Algunos documentos importantes de su trabajo que ella guardaba celosamente siempre en el mismo lugar, los había encontrado en sitios de lo más insospechado, a pesar de recordar a la perfección haberlos guardado donde era habitual después de trabajar con ellos en casa la tarde anterior.

—Cariño, tal vez deberías tomarte unos días libres y descansar. Tienes mucho estrés y mucha presión en la empresa.

—¿Estás diciendo que crees que me imagino cosas? En serio, ¿piensas que me lo estoy inventando? Tus hijos han visto lo mismo que yo.

—No digo que te lo inventes pero, en serio, son cosas que pueden pasar y no tienes por qué pensar en nada estrambótico.

—Así que es normal que encontremos cada dos por tres animales muertos en la puerta de casa.

—No, no es habitual, por supuesto. Pero puede suceder. Dicen los ornitólogos que debido a la contaminación acústica y lumínica de las localidades, los pájaros se desorientan y, a veces, incluso caen.

—Claro, todos en nuestra entrada. Y los ratones también.

—Vale, déjalo. No quiero discutir. Haz lo que creas mejor. Pero yo pienso que, si te sientes indispuesta, no pasa nada por quedarte en casa unos días y relajarte.

—¿Indispuesta? Muchas gracias por tu confianza, Joseph. Igual si te encargases tú también de llevar y recoger a los niños al colegio y volvieses antes por las tardes, no me sentiría tan indispuesta.

Después de aquella conversación con su esposo, comprendió que, si quería descubrir qué estaba pasando, tendría que hacerlo ella sola.

Al día siguiente, se presentó en la comisaría de policía local y les comentó todo lo sucedido en las últimas semanas. Confiaba en que, presentándose como una persona de intachable reputación en la comunidad como era su caso, le prestarían atención y atenderían su solicitud de investigar los hechos. Sin embargo, se encontró con un muro difícil de derribar.

No ofreció pruebas, ni hechos o evidencias que hiciesen sospechar que realmente estaba sucediendo algo que no pudiese ser explicado por aquella sucesión encadenada de hechos fortuitos. La escucharon con atención, procuraron hacerla sentir reconfortada, pero le explicaron con claridad que, mientras no tuviera una amenaza escrita o telefónica ni ninguna prueba de que la seguían, no podrían hacer nada por ella.

Regresó al trabajo con un regusto amargo y una palpable desazón.

Capítulo 39 Al acecho

Actualidad. Martes. Día 6.

ulius notó como vibraba su teléfono en el bolsillo interior de su chaqueta. Fue una J vibración corta, como de un mensaje. Estuvo tentado de mirar enseguida, pues suponía que era su compañera que le enviaba la localización de la casa. Sin embargo, estaba terminando el interrogatorio y pensó que no hacía falta ser desconsiderado. La madre de aquel joven había sido muy colaboradora y lo menos que podía hacer era escucharla, aunque era evidente que toda aquella información no les acercaba al lugar en el que estaba Stephen.

Estaba ya despidiéndose y agradeciéndole la colaboración prestada cuando notó que, en esta ocasión, el teléfono vibraba de forma insistente. Cuando miró la pantalla, vio un número desconocido que, por la extensión que utilizaba, posiblemente provenía de algún organismo oficial, así que se despidió de forma un poco más apresurada de lo que le hubiera gustado, salió a la calle y descolgó.

—Subinspector Morgan.

—Menos mal que te localizo. ¿Dónde estás?

—Perdona, ¿quién eres?

—Sí, disculpa. Soy Bill Zucherinni, el amigo de Kisha que trabaja para el FBI. No sé si me recuerdas de cuando estuve por allí a finales de la primavera pasada colaborando en un caso. Te llamo desde la oficina de San Francisco.

—Sí, Bill, te recuerdo ¿qué pasa? —preguntó sorprendido y, al mismo tiempo, preocupado de que le llamase a él personalmente y no a la inspectora.

—He estado hablando hace unos minutos con Kisha. Acabo de hablar hace sólo unos segundos con Pete para que me diera tu número mientras él se encargaba de enviar refuerzos.

—¿Refuerzos? ¿Qué? ¿Pero qué pasa? ¿Me he perdido algo? —preguntó desconcertado.

—Necesito que te dirijas inmediatamente a San Martín a la dirección que acabo de enviarte mientras hablamos. Posiblemente no sea nada, pero tengo un mal presentimiento. Puede que Kisha se encuentre en problemas si acude a la casa donde vivía el tal Arthur que estáis siguiendo y se encuentra con él. Me ha dicho que iba a esperarte, que sólo iba a merodear en lo que te daba tiempo a llegar, pero no me fío de ella. Si por una casualidad ve algo o cree que tiene delante de sus narices la clave para



resolver el caso, no va a pararse a esperarte ni a pedir refuerzos. La conozco demasiado bien. Tú eres el que está más cerca. Necesito que vayas cuanto antes. Desde Carmel van a tardar más o menos una hora que es lo que me llevará también a mí desde aquí. Tú eres el único que puede llegar a tiempo si la cosa se tuerce.

- De acuerdo, cuenta con ello. Estoy subiendo al coche. Voy para allá.

Montó en el coche, metió la dirección en el GPS y se dirigió a toda velocidad hacia allí.

Oyeron un ruido que procedía de la planta de arriba, algo así como pasos amortiguados en el exterior. Tal vez fuera una paranoia, pero más valía tener todas las precauciones.

Arthur y Johnny se escondieron en una de las zonas oscuras del sótano, justo bajo la escalera, aguzando el oído por si escuchaban algún ruido más. No sabían si el médico también lo habría oído, pero era evidente de que se había percatado de que algo ocurría.

No había que ser un lumbreras para darse cuenta. Cabía la posibilidad de que comenzase a hacer ruidos para pedir auxilio. En ese caso, no se entretendría en hacerle lo que tenía planeado, sino que le mataría de forma rápida, aunque no pudiese saborear la venganza tal y como le gustaría.

Entonces vieron que unas piernas se acercaban al pequeño ventanuco que había en uno de los laterales de la casa. Era evidente que no podrían ser vistos desde allí en la posición en la que se encontraba ellos. Sin embargo, Arthur cayó demasiado tarde en que sí se podría ver al médico si alguien se asomaba y miraba con atención, cosa poco probable. Para ello, deberían estar buscándolo deliberadamente, y le parecía muy raro que alguien hubiera seguido el rastro hasta allí. Los policías que le habían visitado en la prisión habían visto de primera mano que él estaba encerrado, así que resultaba muy enrevesado que alguna pista les llevase hasta ese lugar en concreto.

Estaba claro que Johnny había sido demasiado blando y había colocado al psiquiatra en una zona del sótano en el que le alcanzara la luz, tal vez para evitar que se volviera loco. Aquel chaval era todo bravuconadas y palabrería pero, a la hora de la verdad, se venía abajo, especialmente si sentía miedo por algún motivo. Arthur pensaba que él no habría sido tan clemente, pero claro, tenía motivos personales contra el médico y habría disfrutando sabiendo que se encontraba en el lugar más oscuro del sótano sin ser capaz

de distinguir si había ratas o insectos a su alrededor. Una oscuridad en la que cualquier sombra se convirtiese en algo amenazante y tenebroso. Eso habría significado una tortura añadida.

Entonces observaron que unas manos limpiaban el cristal para intentar posiblemente ver mejor a través de él, pues estaba cubierto por una considerable capa de polvo y suciedad. La cara que vio asomarse le resultó a Arthur bastante familiar.

Era evidente que había visto al doctor, así que imaginó que no tardaría en entrar. El problema era si venía acompañada por alguien más. En ese caso, las cosas se pondrían realmente feas. Arthur no era capaz de entender como aquella perra había llegado hasta allí y tan rápido, además.

Johnny estaba paralizado. No podía volver a prisión. Quería irse cuanto antes de allí, abandonar Estados Unidos lo antes posible, y había dado por hecho que al día siguiente estarían atravesando la frontera con Canadá para empezar una nueva vida. Arthur temía que le diera un ataque de ansiedad, pues le pareció que estaba a punto de perder el control. Le conminó a que se quedase escondido sin hacer ruido y le dejase a él ocuparse de todo. El chico lo miraba con ojos desorbitados. Estuvo tentado de noquearle para que no se convirtiera en un lastre.

Arthur barajó sus opciones por un momento. Podían subir y pillarla por sorpresa en la planta de arriba o podían esperar, aunque mejor sería que no pensase en plural viendo lo nervioso que acababa de ponerse su amigo. Sin embargo, si algo salía mal y había un forcejeo, cualquiera podría oír los ruidos desde la calle, aunque tampoco es que estuviera habitualmente demasiado transitada. Aún así, no había que correr riesgos innecesarios. Debían esconderse en algún lugar donde no fueran vistos y debajo de la escalera del sótano seguía siendo la mejor opción: suficientemente oscuro y quedaba a la espalda de quien bajara, lo que les ponía en bandeja el elemento sorpresa, y podrían alcanzar a la intrusa con facilidad. Además, la pistola eléctrica que tenía en su mano izquierda le decía que tenían todas las de ganar.

Él era un tipo grande, de gran complexión muscular, y ella era más bien pequeña. No podía darle demasiada guerra.

Llevaba demasiado tiempo esperando aquel momento en el que saborearía por fin la vendetta como para dejarse llevar por impulsos o reacciones poco meditadas.

Se mantendría agazapado y al acecho.

Capítulo 40 Pista fiable

Actualidad. Martes. Día 6.

Cerca de la hora del ocaso.

ada vez estaba más convencida de que aquello no era mera intuición o una simple C corazonada, sino que seguir el rastro de Arthur y sus movimientos, ya hubiesen sido realizados por él o por encargo, era una pista de lo más fiable y de peso. Tenía que estar en lo cierto porque, si no lo tenía retenido allí, posiblemente se les estaba agotando el tiempo definitivamente.

Si es que no se había agotado ya.

Con la bestia fuera de la jaula, ya no habría muchas oportunidades.

Cuando habló con él en la cárcel, se dio cuenta de que bajo aquel aplomo fingido que quería transmitir en muchos momentos, estaba un hombre irascible y de bajos instintos.

También se había dado cuenta de cómo la miraba y aquello le había revuelto las tripas, aunque obviamente no le había contado nada de aquello a Julius.

Sólo esperaba haber llegado antes de que Arthur y su compinche lo hubieran hecho.

Suponía que Julius no tardaría en aparecer y, tal vez, no estaría de más avisar ya a la comisaría de Carmel para que mandaran refuerzos, sólo por si acaso. No obstante, por otra parte, consideró que no podía movilizar a una o más patrullas hasta comprobar si estaba en lo cierto. En cuanto lo confirmara, daría el aviso si lo consideraba necesario.

Pero toda aquella reflexión fría y coherente se iría al traste unos minutos después. Su intención era la correcta, hacer las cosas tal y como dicta el manual. Sin embargo, en ocasiones es el instinto quien se pone al mando y no escucha a nadie más, acallando todas las voces que se atreven a contradecir sus designios.

Después de rodear la casa y observar si había sido forzada la entrada por alguna puerta o ventana, llegó hasta un pequeño ventanuco que daba al sótano. Se había arrodillado a mirar, pero estaba tan sucio y empezaba a haber tan poco luz en la calle, que lo del interior era casi imperceptible a sus ojos.

Trató de limpiar el polvo acumulado sobre el cristal. Era una capa compacta y dura, por lo que tuvo que rascar con insistencia. Por fin, logró abrir un pequeño círculo a través del cual podía distinguir por fin el interior.

Al principio no vio nada.

Hasta que sus ojos se posaron en algo que llamó su atención.



No era capaz de precisar cuánto hacía que había hablado con Bill y que le había enviado el mensaje a Julius. Sabía que debía esperar la ayuda pero, por otra parte, no podía aguardar ni un minuto más. Stephen estaba ahí y corría peligro. De hecho, confiaba en que su compañero se hubiera puesto en marcha cuanto antes. Desde San José hasta San Martín había apenas media hora en coche, quizás un poco menos si pisas el acelerador más de lo conveniente para ir ligeramente por encima de la velocidad permitida. Si sus cálculos no le fallaban, sí que podía haber pasado al menos un cuarto de hora desde que había contactado con él. No tardaría en llegar.

Todo dependía de que hubiera visto el mensaje.

No sólo eso.

Tenía que haber entendido que debía dirigirse inmediatamente hacia allí.

Pensó en las discusiones con Derek de los últimos días acerca de lo que él decía que era su incapacidad para calibrar los riesgos. Él no podía entenderlo. No era policía. No es que no se diera cuenta del peligro, es que su deber era proteger y servir, aunque eso implicase enfrentarse a amenazas que cualquier persona de a pie difícilmente entendería.

Y ahora que había comprobado con sus propios ojos que su corazonada era cierta y, además, después de haber visto que Stephen no parecía estar precisamente en buen estado, no podía sentarse a esperar sin más.

Tenía que actuar.

Y tenía que hacerlo ya.

Se puso en marcha con mucho sigilo. Era de complexión atlética, contaba con lo que suele considerarse un cuerpo fibroso y, además, bastante ligero, así que no le costaba moverse de forma silenciosa y

ágil. Puso el móvil en silencio para evitar cualquier imprevisto. En el reconocimiento previo de la casa, había visto que una ventana se abría sin necesidad de forzarla, así que decidió que lo más sensato era entrar por ahí en lugar de hacer ruido rompiendo un cristal. Aunque tratase de amortiguarlo con una chaqueta, era fácil que se oyese en la quietud de la casa.

Dentro estaba bastante oscuro. Sacó su pistola de la funda, una semiautomática de nueve milímetros bastante ligera. Confirmó que había quitado el seguro de su arma y colocó encima del cañón una pequeña linterna que siempre llevaba con ella, aunque

decidió no encenderla por el momento mientras pudiera vislumbrar lo suficiente con la escasa luz natural que entraba ya a esa hora. El día estaba llegando a su ocaso y eso se notaba de forma patente en el interior. Una luz anaranjada bañaba la estancia principal lo suficiente para distinguir las sombras de la realidad. Por lo que había leído en el expediente que guardaba Stephen, parecía que allí había sido donde aquel niño había asesinado a su padre. Su mente de investigadora recreo rápidamente la sucesión de los hechos como si los estuviera viendo en una moviola.

Se movió con la espalda cerca de la pared para no dejar ángulos abiertos. Notó que una gota de sudor le recorría la espalda y rogó que Julius no tardase en llegar. Estaba tensa. Estaba nerviosa. Quería llegar cuanto antes al sótano y sacar rápidamente a Stephen de allí, pero sabía que tenía que ser precavida y que la paciencia puede ser un punto a tu favor en situaciones como aquella.

Mantener la templanza

Gestionar los nervios.

Manejar los impulsos.

Para alguien como ella, nunca había sido fácil. Era como pedirle a un velocista que recorriese los cien metros lo más despacio que pudiera, con los sentidos agudizados, con consciencia plena, percibiendo hasta el menor movimiento de cada uno de sus husos musculares en lugar de salir disparado hacia la meta. Aún así, por muy difícil que le resultase, sabía que por su seguridad debía hacerlo. Tenía que bajar sus revoluciones al mínimo posible.

La casa constaba tan sólo con planta baja y sótano por suerte para ella. Una segunda planta habría significado un terreno adicional difícil de controlar. Recorrió las distintas habitaciones y no detectó ni el

menor rastro de vida.

Miró el reloj. El tiempo parecía haberse detenido. ¿Dónde estaría Julius? No tenía ni la menor idea de que su compañero en aquel preciso instante devoraba los kilómetros en la carretera como si fuera un animal hambriento y de que otros efectivos también estaban ya en camino.

Se acercó a la puerta que parecía que daba al sótano. La abrió despacio y rogó para que no crujiera ni hiciera ningún sonido debido a la oxidación propia del paso del tiempo. Comenzó a bajar despacio. Desde esa posición aún no distinguía al psiquiatra.

Le había parecido cuando había mirado por aquella pequeña ventana que estaba amordazado, así como atado de pies y manos, aunque no estaba segura de si lo tenían sujeto a algún soporte con algún tipo de mecanismo o tendría libertad para moverse una vez le cortara las ligaduras que lo mantenían amarrado. La oscuridad se iba adueñando de cada rincón a un ritmo acelerado, al mismo compás al que el sol era tragado por la tierra a la hora del ocaso, robando hasta el menor resquicio de luz.

Eso desde luego no era de ninguna ayuda.

Bajó un poco más. Según avanzaba, notaba un hedor casi insoportable. Las condiciones de insalubridad eran evidentes. Al margen de que la casa llevaría cerrada cerca de veinte años, allí olía a podredumbre y a excrementos humanos. Le pareció detectar las piernas del médico. Al menos, ya tenía su localización aproximada por lo que se pudiera encontrar. Valoró encender la linterna, pero algo en su interior le dijo que no convenía revelar su posición.

No podía saber aún que Arthur conocía perfectamente su ubicación exacta y que había calculado sin el más mínimo margen de error su ataque.

Capítulo 41 Corre

Actualidad. Martes. Día 6.

Cerca de la hora del ocaso.

ulius pisaba a fondo el acelerador, pero tenía que aflojar a ratos porque la carretera J tenía bastantes curvas y estaba empezando a oscurecer, lo que la hacía más peligrosa.

Su teléfono móvil comenzó a sonar. Descolgó con el mando del volante sin mirar siquiera quien le llamaba, aunque confiaba que fuera Kisha.

—Morgan.

—¿Por dónde estás? —dijo Bill al otro lado de la línea.

—Me quedan menos de cinco kilómetros. No más de diez minutos mientras callejeo hasta llegar a la dirección que me habéis enviado.

—¿Has hablado con Kisha?

—No, no la he llamado. Me he subido al coche en cuanto hemos hablado y me he puesto en marcha. ¿Por qué?

—La he llamado y no lo coge.

—¡Mierda!

—Espero que haya una explicación lógica. Yo aún estoy lejos. Voy a toda velocidad, pero ya sabes que se tarda bastante en salir de San Francisco aunque lleve la sirena puesta, así que aún me queda un rato. Voy a llamar a Pete a ver si sabe dónde está la patrulla de Carmel.

—Genial.

Acto seguido, Bill llamó al teléfono personal de Pete y éste contestó al primera tono.

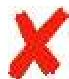
Tenía un mal presentimiento y no veía el momento de estar allí o, al menos, de tener noticias de alguien que estuviese controlando la situación.

—Bill, ¿dónde estás?

—Lejos aún, pero Julius dice que está a diez minutos. He llamado a Jennings pero no contesta. Espero que haya una explicación sencilla para ello y no la que me estoy imaginando. ¿Sabes por dónde va vuestra patrulla?

—Estamos a medio camino.

—¿Estamos?



—Sí, voy con ellos. Estoy cansado de tanto despacho y, ¡qué coño! Fue mi compañera durante medio año y sabes que eso deja huella. No iba a dejarla tirada ahora.

—Sí, sé lo que se sufre soportando sus desplantes y sus salidas de tono —dijo en tono amable y cómplice—. Sólo espero que lleguemos a tiempo.

—Yo doblemente. Derek me pidió que la apartara del caso porque la veía reproducir conductas del pasado y estaba preocupado. Si le pasa algo, no sé si tendré suficiente valor para contárselo.

—Tranquilo y no pienses en eso. Nos vemos en unos minutos.

Iba conteniendo su respiración. Los cinco sentidos alerta para detectar el menor ruido, el más mínimo movimiento. De pronto, se distrajo al ver a Stephen inquieto. Él ya la había visto y estaba agitado. La miraba con ojos desorbitados. Había visto esa expresión en otras personas secuestradas cuando por fin llega la ayuda. Parecía que trataba de decir algo, pero la cinta americana que tapaba su boca se lo impedía.

Tampoco podía mover demasiado manos y pies. Definitivamente algo le sujetaba a la pared, de lo contrario lo más probable es que él mismo se hubiera puesto ya en pie. Tal vez no, quién sabe. Podría estar paralizado por el miedo. En su carrera en la policía, había visto infinidad de reacciones diferentes ante situaciones similares.

La inspectora ya no pensó más. Se olvidó de todas las precauciones que un segundo atrás había estado tomando. En su cabeza sólo estaba sacarle de allí lo antes posible.

Tenía un aspecto deplorable, posiblemente estaba deshidratado y desnutrido. Ni siquiera llevaba algo de abrigo, sólo una camisa y calcetines en los pies. Hay que ser desalmado para mantener así a alguien tantos días en un sótano tan frío como aquel.

Tenía que sacarle de allí y tenía que hacerlo ya.

Su instinto tomó el mando.

Una idea nefasta.

Cuando ya estaba a punto de bajar el último escalón, notó un

calambrazo en la pierna izquierda que la hizo trastabillar y caer al suelo. El arma y la linterna se le cayeron de las manos. De forma instintiva se giró dando un puñetazo en el aire y una patada con la pierna que no había recibido la descarga. Por suerte, golpeó algo, lo que parecía un brazo, aunque tal vez era su impresión porque detrás de ella la oscuridad era total. Lo que fuera que llevase en la mano aquella sombra que la amenazaba, había

salido disparado también. Intentó ponerse en pie, pero su pierna no le respondía y un hombre de una complexión muy superior a la suya se le echó encima y la tiró al suelo.

—¡Maldita zorra! Tenías que venir, ¿eh?

Tenía la cara de Arthur muy pegada a la suya. Había logrado reducirla en una fracción de segundo y le sujetaba las muñecas con sus grandes manos. Pesaba demasiado para ella y apenas se podía mover bajo su cuerpo. Él logró juntarle las muñecas y las atrapó con una sola de sus manos, mientras que la mano libre la metía por debajo de su camisa. Trataba de subir hasta su pecho y ella empezó a removerse cuando se dio cuenta de lo que pretendía.

—Pues, ¿sabes qué? Tengo buenas noticias para ti porque lo vamos a pasar bien.

—Suéltame, maldito cabrón. ¡No me toques! —dijo la inspectora revolviéndose.

Arthur sacó de debajo de la camisa de la inspectora la mano que tenía libre y le golpeó con fuerza la cara. Notó un dolor agudo y escuchó un sonido de huesos rotos.

Sintió que se mareaba ligeramente. La nariz de Kisha comenzó a sangrar de forma profusa.

—Estate quietecita, ¿me oyes? —dijo mientras le sujetaba la cara entre los dedos. Le apretaba fuerte, para dejarle claro el mensaje de que él estaba al mando.

Ella seguía luchando, tratando de buscar una salida, pateando al aire y moviendo su cuerpo bajo el suyo todo lo que podía.

—¡Dios! ¡Cómo me pones! Encima te revuelves como una jodida zorra, en lugar de quedarte paralizada por el miedo. Desde que te vi el otro día en la cárcel no he podido sacarte de mi cabeza, con ese culo tan redondito y tan apretado que tienes, con esa piel de color de caramelo

que dan ganas de lamértela entera.

Stephen trataba de acercarse para ayudarla, pero sus movimientos eran limitados.

No podía creerse lo que estaba sucediendo. Intentaba gritar, pero apenas era un gruñido ininteligible. Johnny, mientras tanto, seguía paralizado bajo la escalera observando la escena con ojos desorbitados, como si fuera un mero espectador incapaz de enfocar la imagen que tenía frente a él. Entonces, empezó a mover la cabeza de un lado para otro mientras repetía en voz alta “*no, no, no, no…* ”.

—¡Cállate si nos vas a ayudarme, joder! ¡Maldito nenaza!

Kisha se revolvía tanto como podía, tratando de quitárselo de encima. Intentaba aprovechar la distracción de ese momento para tomar alguna ventaja, pero la mantenía bien sujeta. Apenas podía respirar por la nariz y la sangre empezaba a metérsele en la boca.

Mientras tanto, Arthur con la mano libre, trataba de desabrocharle el pantalón. La inspectora no podía creer lo que le estaba sucediendo. Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ya.

—La ayuda viene de camino, así que más vale que me sueltes y te rindas.

—De eso nada. Vamos a pasar un buen rato y luego voy a matarte, más vale que lo tengas claro desde este momento. ¿Sabes que soy virgen? Treinta y un años y no me he acostado con ninguna mujer por culpa de ese maldito comecocos de mierda, aunque sí que me han intentado abrir más de una vez la puerta del garaje en prisión. Sin éxito, por supuesto. No soy un jodido marica, así que todo el que lo ha intentado se ha llevado lo suyo, ya te imaginarás. Me voy a estrenar contigo, inspectora Jennings. No tienes escapatoria —concluyó, acercando su cara a la de ella.

En ese momento Kisha vio una mínima opción. Aprovechó que él se había aproximado a su rostro y le mordió fuertemente la nariz. Instintivamente él tiró hacia atrás para soltarse, y eso fue peor. Arthur soltó un alarido y se agarró la zona de la cara lastimada con ambas manos, aunque sin moverse de encima de ella. No obstante, eso fue suficiente para que ella le golpease en la cara, un puñetazo a la altura de la barbilla.

Buscó a su alrededor y vio que había una barra de metal suelta de lo que parecía una parte de la estructura de una bici. Alargó la mano lo

que pudo, teniendo en cuenta el poco margen de maniobra del que disponía al tener el cuerpo de Arthur aún encima.

Pero él se dio cuenta y fue más rápido que ella.

Agarró la barra y la puso sobre el cuello de la inspectora. Ella notó un sonido como de huesos quebrados otra vez, aunque mucho más leve que antes, y temió que le hubiera roto la tráquea. Cada vez le costaba más respirar. Él apretaba con más y más fuerza. Sus ojos de sádico la miraban con furia, mientras Kisha notaba como empezaba a nublársele la vista. El aire se escapaba poco a poco y notaba con claridad el sabor metálico de la sangre en la boca. Era casi incapaz de inhalar.

La sensación de angustia se adueñó de ella.

Intentó por todos los medios quitárselo de encima. Pataleó, le golpeó con los puños cerrados y se agitó de forma casi convulsiva. Trató de arañarle, pero sus uñas eran demasiado cortas y apenas le hacían un rasguño. Trató de consolarse pensando que al menos al final evitaría la agresión sexual, "*una victoria para los cuerpos de la ley* ", se dijo, conservando parte de su característico humor negro hasta el final.

Notó como las fuerzas comenzaban a escapársele, lentamente, como un fuego que se apaga y en el que ya sólo brillan unos tenues rescoldos. En algún momento, él soltó la barra y empezó a apretarle el cuello con sus propias manos. Y entonces, cuando supo definitivamente que era el fin, que no había forma de escapar, su mente la preparó para

irse en paz. En su cabeza se sucedieron imágenes, *flashbacks* de su vida reciente. Y en todos ellos le invadió una sensación de plenitud desconocida. Había sido feliz. Con casi cuarenta años, a sólo unos pocos días de cumplirlos, tuvo la consciencia plena de saber que, al final del recorrido, había conocido la felicidad.

En cada *flashback* que le regalaba su cerebro para preparar un abandono suave y ligero de equipaje, le devolvía imágenes con un nexo común: Derek. Su forma de mirarla cada noche antes de apagar la luz y desearle felices sueños, su mano cogiendo la suya cuando paseaban por la playa, el eco de su risa en sus oídos, sus cálidos y siempre reconfortantes abrazos, el olor fresco de su piel. Agradeció cada momento que había pasado con él en los últimos meses y se sintió afortunada. Sólo lamentó que lo último que él fuera a recordar de ella fuera otra discusión estéril como la que habían tenido la noche

anterior. “*Nunca te vayas a la cama enfadado* ” —pensó con la poca lucidez que le quedaba. ¡Qué gran verdad!

Pero él sabía que le quería. Con gran esfuerzo, superando en ocasiones su discapacidad emocional para expresar sus sentimientos, había sido capaz de demostrarle que le quería como nunca había sido capaz de amar a nadie. Y se lo había dicho más que a cualquier otra persona en toda su vida, incluso si las juntase a todas.

Dos lágrimas gruesas se escaparon por las comisuras de sus ojos.

Derek.

Se preparó para zambullirse por última vez en el azul de sus ojos mientras la nada tomaba el control.

Capítulo 42 presentimiento

Actualidad. Martes. Día 6.

Pasada la hora del ocaso.

ulius vio el coche de Kisha aparcado a una distancia considerable de la vivienda.

J Imaginó que lo había hecho para no revelar su posición si había alguien en la casa. Él, por su parte, no se anduvo con tantos miramientos y dejó su vehículo de cualquier manera tirado delante de la entrada. No tenía tiempo que perder.

Tal vez no fuera nada, pero…

La había llamado varias veces en el último tramo del trayecto, al igual que hiciera Bill, pero él tampoco había obtenido respuesta. Sacó del maletero la ganzúa para forzar la puerta de entrada y no le costó demasiado. Era una puerta vieja y estaba en mal estado debido al paso del tiempo.

Nada más entrar, le pareció oír sirenas en la lejanía, aunque no supo si sería únicamente la esperanza de que así fuera. Y escuchó algo más. Del sótano parecía provenir el ruido de un forcejeo amortiguado y algunas voces ininteligibles.

Se dirigió directamente hacia allí con su arma en la mano y la linterna encima, tal y como hiciera Kisha unos minutos antes, pero él no dudó en encenderla, porque la oscuridad dentro de la casa ya era total.

Se apresuró a bajar las escaleras deprisa pero, al mismo tiempo, sin hacer excesivo ruido. En cuanto bajó unos cuantos escalones, le pareció ver el cuerpo de un hombre de cierta corpulencia sobre otro. Cuando desvió levemente la luz, ya no le cupo la menor duda de que su compañera estaba en apuros.

—¡Arriba las manos! Súeltala o disparo.

No obtuvo ni la más mínima respuesta. Como si aquel enajenado ni siquiera se hubiera dado cuenta de que estaba allí. Arthur no tenía ni la menor intención de soltarla hasta que hubiera exhalado su último aliento. Y era evidente que no quedaba demasiado para eso.

—Última oportunidad. Levanta las manos donde pueda verlas o te aseguro que te arrepentirás.

Ni caso.



¿Cómo era posible que no hiciera ni el más mínimo gesto que indicara que lo había oído?

Julius notaba que le sudaban las manos, siguió avanzando. Nunca había matado a un hombre y no tenía intención de empezar ese día. Debía procurar disparar primero en alguna parte no vital del cuerpo para alejarle de su compañera.

En ese momento observó que las piernas se movían cada vez más despacio, como si se les estuvieran agotando las fuerzas, como si se le estuviera escapando la vida poco a poco. Se temió lo peor. Quizás estaba siendo demasiado cauto. Ya no podía demorarse ni un segundo más. Era evidente que aquel hombre no tenía la menor intención de aflojar la presión, así que ya no dudó más y le disparó.

En ese preciso momento, recibió un golpe por detrás que desvió el tiro.

—Pete, soy yo otra vez. ¿Has conseguido hablar con alguno de los dos? Porque estoy llamando a Julius y él tampoco contesta.

—Nada, yo tampoco.

—Ya debería haber llegado. Tiene que estar en la casa.

—Lo sé. Empiezo a temerme lo peor.

—¡Maldita sea! —dijo Bill mientras golpeaba el volante de su Ford Escalade—.

¿Cúanto os queda para llegar?

—Poco, yo diría que estamos a unos pocos minutos, tal vez a unos cinco nada más.

¿Y tú?

—No lo sé, pero creo que aún estoy a un cuarto de hora, más o menos. Tal vez algo menos, teniendo en cuenta la velocidad a la que voy. Aún así, me temo que yo no voy a llegar a tiempo.

—No te preocupes. Nosotros nos encargamos —respondió el Jefe de Policía de Carmel con más convicción de la que en realidad sentía.

—Tengo un mal presentimiento, Pete. Algo no va bien. Esta vez no.

—No seas gafe, joder. Es de dos de los míos de los que estás hablando. Ni se te ocurra pensar que voy a perder a dos de mis agentes en los pocos meses que llevo al cargo de esta oficina. Ni de broma.

—Ojalá tengas razón. Nos vemos en unos minutos —dijo cortando la comunicación.

Capítulo 43

SIN NOTICIAS

Actualidad. Última hora del martes - madrugada del miércoles. Día 6 - 7.

l día había transcurrido en una particular neblina que parecía emborronarlo todo. Se E dijo a sí mismo que tenía que haber un cambio. No podía seguir de forma permanente en una situación similar. Eran cerca de la una de la mañana y seguía sin tener noticias. Habían pasado más de veinticuatro horas desde la última vez que se habían visto la noche anterior.

Kisha había recibido una llamada de teléfono y le había dicho que se tenía que ir porque había sucedido algo. Comprendía a la perfección que ella no pudiera revelarle de que se trataba, pero no entendía que no se hubiera puesto en contacto con él desde entonces.

Había aguantado gran parte del día sin llamarla. No quería agobiarla. Sabía que estaba muy enfadada por lo que había hecho, interfiriendo en su trabajo. Pero llegó un momento en el que ya no aguantó más. La preocupación le estaba matando. Soltar amarras, tal y como había pensado unas horas antes cuando estaba en el acantilado de The Lone Cypress, era más difícil de lo que creía. Su mente no le dejaba en paz, alertándole sobre lo que podría haber ocurrido. Así que, después de llegar a casa más allá de las siete, se dijo que ya no podía esperar más tiempo. La llamó a su móvil en varias ocasiones y no le había cogido el teléfono. Dejó algún mensaje lacónico, del tipo

"*por favor, sólo dime que estás bien"*. Todos sin respuesta. Había llamado a Pete a la comisaría, pero le dijeron que había salido por una emergencia y, quien cogió el teléfono, no había visto ni a Kisha ni a Julius desde primera hora de la mañana.

Tenía una mala sensación, aunque lo más probable es que fuera debida al disgusto y al enfado creciente. ¿Por qué se empeñaba en hacerle aquello? ¿Por qué le castigaba así?

En esa neblina del día, los pensamientos oscuros le habían invadido en muchas ocasiones. Ni siquiera cuando estaba cerrando los detalles concretos de las exposiciones en las galerías se había centrado del todo. Derek era una persona positiva de carácter alegre y ese día notaba que su característico estado de ánimo no le acompañaba.

Estaba taciturno y apesadumbrado.



El tiempo seguía su carrera alocada. Eran ya pasadas las dos de la mañana y todo seguía igual. Tal vez lo mejor era irse a dormir y tratar de descansar. Si hubiera pasado algo, ya le habrían informado.

Al fin y al cabo, dicen que las malas noticias vuelan.

Unas horas antes…

Aquel golpe le había desestabilizado lo justo para desviar el ángulo de tiro. Aún así, había logrado alcanzar a su objetivo. Si algo destacaba de Julius era su buena forma física y que era un gran tirador. Johnny, un chico bastante delgado, había arremetido contra él saliendo repentinamente de su estupor, pero el policía era bastante más corpulento y, además, había visto a tiempo que algo se le venía encima. Se había girado rápidamente y le había golpeado con la culata del arma hasta dejarlo inconsciente.

Un peligro y una distracción menos.

Arthur era su principal preocupación. Le había alcanzado en un costado y se había echado a un lado, sujetándose la herida que sangraba profusamente. Tenía que reducirle y tenía que hacerlo pronto. No tenía ni idea de lo que era capaz. Kisha permanecía inmóvil en el suelo y el detective temió haber llegado demasiado tarde.

—No te muevas, Arthur. Esto ha terminado. Te aconsejo que no hagas ninguna tontería porque tienes todas las de perder.

Sacó su teléfono móvil, puso el manos libres y pidió ayuda. Estaba convencido que lo que había oído unos minutos antes eran sirenas a lo lejos, así que se la jugó. Le respondieron que una patrulla estaba ya en las inmediaciones de la casa preparada para entrar y solicitó que enviaran también un par de ambulancias.

Lo que vio en los ojos de Arthur no le gustó.

No había rendición.

Había furia asesina.

En ese instante, se dio cuenta de que aquello no iba a acabar bien. Era el momento de tener arrestos y hacer lo que fuese necesario, sin pararse a pensar en las implicaciones legales o morales. Ya tendría tiempo después. Era una situación compleja para la que no estaba preparado, pero no era momento de calcular cuál sería la alternativa óptima, sino

de actuar de la mejor manera que fuera capaz. Algunas decisiones hay que tomarlas en milésimas de segundo.

A pesar de todo, después de dejar el teléfono en el suelo sin cortar la comunicación, sacó las esposas y se acercó a él con ellas a la vista.

Stephen trataba de decir algo y hacía gestos hacia Kisha, pero ahora no podía ocuparse de él, aunque intuía que lo que le estaba sugiriendo es que ella necesitaba ayuda urgente. La situación era altamente inestable. Tenía una amenaza muy real delante de las narices. Tenía a alguien enfrente a quien ya no le quedaba nada que perder.

—Escúchame bien, Arthur. Estás herido y puede que de gravedad. Cabe la posibilidad de que te desangres, así que más te vale que hagas lo que yo te digo y terminemos con esto cuanto antes. Esto ha terminado. Vas a tumbarte boca abajo y voy a ponerte las esposas para poder ayudar a mi compañera y desatar al médico, ¿estamos?

—Ni de coña. Te voy a matar, jodido madero. No pienso volver a chirona.

Le miraba como un toro enfurecido, mientras analizaba las posibilidades que tenía.

Julius vio la sed de sangre en su mirada.

El subinspector se acercó hacia él despacio. Sin prisa pero sin pausa. Por el rabillo del ojo controlaba que Johnny no se despertara y pudiese atacarle por detrás. La situación se estaba alargando demasiado. Una mala sensación se instaló en su interior, ¿y si era demasiado tarde para su compañera?

—Acabas de oírlo, hay una patrulla en las inmediaciones. No tienes escapatoria.

Justo en aquel instante se oyeron con claridad las sirenas de la policía. Entrarían de un momento a otro. Rezó para que fuera más pronto que tarde.

—He dicho que no voy a volver a la cárcel.

Y se abalanzó contra el policía.

Capítulo 44 finales

Actualidad. Martes. Día 6.

e hubiera gustado que su primer caso de cierta relevancia hubiera terminado de una L forma diferente. Atrapar al malo para llevarle ante la justicia, salvar a alguna víctima y volver todos a casa sanos y salvos a recibir las palmaditas en la espalda de tus compañeros en la oficina, felices porque todo haya salido bien.

Pero una cosa es lo que deseamos y otra muy distinta es lo que sucede en realidad.

Aquel caso no había salido para nada bien.

Arthur había decidido jugarse la carta al todo o nada, quizás intuyendo la indecisión del policía. Era consciente de que, aunque aún tuviese la barra de metal en la mano, contra un arma de fuego que le estaba apuntando no tenía nada que hacer. Tal vez sólo trataba de evitar que le apresaran y, al mismo tiempo, ganar tiempo para que no hubiera esperanza de salvar a la inspectora.

Casi consigue librarse, si no hubiera sido porque el subinspector Morgan al final no dudó.

Julius disparó y le metió la bala entre las cejas. No hubo opción a esperar a los refuerzos que ya entraban en la casa. Se acabó Arthur para siempre. Pero Julius nunca había matado a nadie y no estaba en sus planes hacerlo, así que desde luego, en ese aspecto, no había sido un final feliz. Aquel hecho le perseguiría durante varios meses a modo de una carga difícil de llevar en su conciencia plagada de los típicos "*¿podría haber actuado de forma diferente?* ".

Una vez cayó pesadamente el cuerpo de Arthur al suelo, corrió hacia Kisha a la desesperada, rezando para que aún no fuese demasiado tarde. Le costó unos segundos recordar que la víctima del secuestro era un médico y, por lo tanto, tal vez él podría salvarla. Ante los insistentes gruñidos del doctor reclamando su atención y al ver que no podía hacer nada por ella, fue hacia a él para soltarle lo antes posible y que la examinara. Lo logró con relativa facilidad, gracias a que había un cuchillo tirado en el suelo con el que pudo cortar las ligaduras. Era el mismo cuchillo con el que Arthur había amenazado a

Stephen.

El psiquiatra estaba muy debilitado. Muchos días en condiciones insalubres y casi en estado de inanición, pero la adrenalina corría por su cuerpo tratando de salvar a quien había arriesgado su vida por él. Tenía que dar lo mejor de sí, hasta su último aliento si era preciso.



Le pidió ayuda a Julius y comenzaron a hacerle la reanimación enseguida.

—Yo le insuflaré aire. No tengo fuerza para hacer las compresiones sobre el pecho y necesito que las hagas tú.

—De acuerdo.

—Fíjate bien como debes hacerlo —dijo haciendo una breve demostración después de haberle realizado el boca a boca por primera vez—. Tienes que hacer treinta por cada vez que yo introduzca aire en sus pulmones.

Parecía que el doctor podía desmayarse en cualquier momento. El color de su piel parecía ser el anuncio de una muerte cercana. Julius rezó para que aguantara lo suficiente hasta que llegasen los de la ambulancia.

Los sanitarios aparecieron poco después con los equipos. Intercambiaron unas palabras con el psiquiatra y procedieron a valorar la situación. Stephen había empezado la reanimación cardiorrespiratoria con poco éxito. Iban a necesitar los desfibriladores porque el corazón de la inspectora había llegado a pararse.

A Julius se le escaparon las lágrimas sin darse cuenta.

La habían cagado pero bien.

Su compañera iba a morir por su culpa.

Las cosas no podían acabar peor.

Pete bajó del coche casi en marcha y salió corriendo hacia el interior de la casa.

Estaba desesperado por saber lo que había sucedido en su interior. La patrulla que había llegado justo delante de ellos acababa de notificar que habían oído un disparo justo al entrar en la casa y que, al menos, dos personas necesitaban asistencia médica urgente. Pete se temió lo peor. Un par de ambulancias se acercaban por el otro lado de la calle a toda velocidad.

El comisario llegó al sótano en un tiempo récord, sin atender las indicaciones de los policías que le hablaban según avanzaba para que guardara las precauciones pertinentes.

"*No puede morir ninguno de mis agentes mientras yo sea Jefe de Policía. No me lo perdonaré nunca* ".

Lo que vio en el sótano era desolador. Era una escena absolutamente dantesca. Había un cuerpo rodeado de sangre y otro joven semi inconsciente al que estaban esposando dos policías. Julius se llevaba las manos en la cabeza y deambulaba llorando. Había un hombre arrodillado en el suelo insuflando aire a un cuerpo. Enseguida se dio cuenta de que era el de su antigua compañera.

Apenas un minuto después entraron los sanitarios. El hombre que estaba sobre Kisha les informó de la situación y Pete se dio cuenta de que era el marido de la forense que había desaparecido casi una semana antes. Su estado era lamentable y, después de transmitir el estado de la paciente, estuvo a punto de desmayarse. Otros sanitarios bajaron y se hicieron cargo de él. Tenía evidentes síntomas de deshidratación y una posible hipotermia, pues había estado sin jersey y sin zapatos desde el día en el que le secuestraron. Bastante que había sobrevivido.

A veces son las ganas de vivir las que nos mantienen a flote.

Julius había entrado en shock después de ver que Kisha no reaccionaba ni siquiera mínimamente al masaje cardíaco. Al ver su estado nervioso, Stephen le había pedido finalmente que le dejara continuar a él solo.

Apareció Bill unos instantes después y se quedó pálido cuando vio que en el suelo estaba el cuerpo inmóvil de su amiga. Estaban abriéndole la camisa y acababan de entubarla para ayudarla a respirar de forma mecánica. Estaban a punto de iniciar las descargas con los desfibriladores. Era evidente que actuaban a la desesperada.

La cara de Pete era un poema.

La cara de Julius reflejaba total incredulidad.

No daban crédito a la imagen que les devolvían sus ojos.

—¡Por dios! ¿Quién le ha hecho eso? —dijo Pete con la voz quebrada al ver el torso de la inspectora lleno de feas cicatrices.

Bill se dio cuenta de lo sobrecogedor que podía ser ver aquello por primera vez. La inspectora había sido torturada hacía algo más de un año por un asesino en serie y su abdomen era un claro reflejo del sufrimiento que había padecido durante varios días.

—Fue de cuando la secuestró el asesino del ocaso —respondió Bill con toda la serenidad que pudor reunir.

Recordaba lo impactante que le había resultado a él también ver todas las heridas que le había infligido aquel psicópata a su entonces compañera. Cuando la encontró, tenía la piel en carne viva y estaba casi desmayada por el dolor.

—¡Maldito hijo de puta! —dijo Julius con rabia.

Todas las cicatrices de las cuchilladas y las quemaduras que cubrían el abdomen y los costados de la inspectora habían quedado a la vista en el momento en el que los paramédicos le habían abierto la camisa para reanimarla.

El tiempo parecía haberse ralentizado, como si alguien estuviese jugando a ser un caprichoso dios y no les permitiese dejar atrás aquella angustiosa situación.

—Epinefrina —solicitó el médico.

Acto seguido le puso la inyección.

Apoyó su oído sobre el pecho.

Después acercó su oído sobre la boca de la paciente.

Solicitó un espejo para asegurarse de que no salía el aliento.

No. No. Y no.

—Prepara el desfibrilador a 200 joules.

—Deberíamos hacer el cálculo teniendo en cuenta su peso.

—Ponlo a 200 te he dicho —respondió con un tono que no daba opción a réplica.

Y el tiempo seguía avanzando a un ritmo insoportable.

Aplicación del gel electro conductor a las palas.

El sonido de la carga del desfibrilador.

El cuerpo que salta después de la aplicación como una broma macabra.

—Nada.

—Maldita sea. Hoy no pienso perder otro paciente. Ponlo a 300.

—Doctor, puede que sea demasiado para ella, fíjese en su complexión.

—¿Y qué va a hacer el exceso de joules? ¿Matarla dos veces?

El ayudante no se atrevió a contradecirle más.

Se repitió el ciclo interminable que apenas duraba unos segundos que parecían eternos.

El gel.

El sonido de carga.

La aplicación de las palas.

Veinte largos microsegundos que hacían la diferencia entre la vida y la muerte.

Capítulo 45 Destino

Actualidad. Martes. Día 6.

quel médico tozudo había perdido por escasos minutos a un paciente en un A siniestro que habían atendido justo antes de acudir a la llamada de la policía para que se trasladaran a San Martín. No estaba dispuesto a perder a dos pacientes seguidos.

No en su turno. Así que el riesgo merecía la pena porque, además, ya no quedaba nada que perder.

Aquella mujer había estado muerta varios minutos.

Cuando observaron en el monitor que había un mínimo rastro de actividad eléctrica en aquel corazón y detectaron un pulso débil, la esperanza renació en todos los que estaban en aquel sótano infesto. Los diferentes policías se abrazaron y no hacían más que darle las gracias a aquel cabezota que no había permitido que Kisha terminara de cruzar la línea.

—Se recuperará bien. Está en forma. No tenéis de que preocuparos —comentó con absoluto convencimiento.

—Gracias, doctor. En nombre de todos… —dijo Pete visiblemente emocionado.

—Sí, sí, tranquilo. Me hago cargo, hombre. Mi trabajo es salvar vidas, como el suyo.

Sólo cumplimos con nuestro deber. Ahora tendrá que ir al hospital y permanecer en observación al menos una noche. Ha estado en el otro lado por unos minutos, así que no es para tomárselo a broma.

Julius había ayudado a los sanitarios a subir la camilla en la que iba la inspectora y tenía intención de viajar con ella en la ambulancia, sin importarle lo que le dijeran.

Aquel día se habían separado para avanzar en la investigación y casi la había perdido.

Cuando llegaron a la planta de arriba de la casa, sacaron las patas con las ruedas y Julius se colocó a su lado y la tomó de la mano. Tenía los ojos llenos de lágrimas. No podía creer que hubieran conseguido salvarla.

—Voy a llamar a Derek inmediatamente. Tendrás que darme su teléfono o puedo pedirle a Pete o a Bill que le llamen, lo que prefieras.

La cara de Kisha se transformó. Trataba de decir algo pero apenas le salía la voz. Con mucho esfuerzo y acompañando lo que decía con los gestos de la cabeza. Julius supuso que no estaba entendiendo bien lo que le decía, así que insistió en que se lo repitiera.

—No… no… por favor.

—Pero Kisha, tiene que saberlo. Seguramente estará preocupado. Se preguntará dónde estás y querrá estar contigo en estos momentos.

—Por favor —dijo cayéndole una lágrima—, no le llames. Si se entera,

me dejará.

Dile a Pete y a Bill que no le llamen antes de que sea demasiado tarde, te lo ruego —

finalizó, con un esfuerzo extenuante.

—Está bien. Tranquila —respondió, ante el gesto de desesperación de su compañera.

No podía entender por qué motivo le pedía aquello. Estaba seguro de que no era lo correcto, pero decidió respetar sus deseos.

Capítulo 46 caso resuelto

Actualidad. Madrugada del miércoles. Día 7.

isha volvió a su hogar en shock. Después de haber sido atendida en el hospital, K había pedido voluntariamente que le dieran el alta para irse a casa. Los médicos se habían echado las manos a la cabeza y habían tratado de disuadirla de mil formas. No tenían ni idea de lo testaruda que era aquella mujer. Era incomprensible que no atendiese a razones después de lo sucedido. Necesitaban mantenerla en observación por lo que pudiera pasar, al menos, por esa noche.

No hubo manera de convencerla.

Pete, Bill y Julius hicieron todo lo que estuvo en sus manos para hacerla entrar en razón, pero ella lo tenía claro. Por nada del mundo quería que Derek supiera que había estado en el hospital, aunque no esgrimió aquello como motivo.

Accedió a que le hicieran las pruebas que estimaran pertinentes y se comprometió a volver al día siguiente y los que fueran precisos para hacerse las revisiones oportunas.

Nada más.

Debido a que su coche y el de Julius se habían quedado en San Martín, Pete les llevó de vuelta después de esperar para saber qué les decían los doctores. Bill se había ofrecido, puesto que también se había quedado esperando el parte médico, pero al final Pete le convenció para que se fuera a casa tranquilo. No obstante, Bill tenía otros motivos para querer llevarla. Debía hablar muy seriamente con ella de lo que había pasado.

Otra vez.

Esta vez no sólo había estado cerca.

Había visitado el otro lado.

No podía seguir así.

Por suerte, no le había aplastado la tráquea tal y como ella había temido en un principio y, salvo las evidentes magulladuras y golpes, estaba sorprendentemente bien, aunque hablar seguía suponiéndole un esfuerzo considerable debido también al tiempo que había estado entubada. Ni siquiera los médicos se explicaban tal recuperación. Eso sí, tendrían que operarle más adelante la nariz, porque aquel brutal golpe se la había roto y tenía el tabique algo desviado.

—No lo entiendo —dijo el comisario.

—Déjalo, Pete —respondió Kisha mirando por la ventana.

—No sabes de qué estoy hablando —insistió, mirándola por el espejo retrovisor con seriedad. En ese instante, ella se giró para mirarle.

—Sí, lo sé. No entiendes que no quisiera avisar a Derek. No quiero hablar de ello.

—Lo siento, Kisha, pero para mí también es incomprensible —añadió Julius inquieto, girándose en el asiento delantero para mirarla de frente—. Se supone que es tu pareja y la persona con la que convives, con quien compartes tu vida. Lo normal es que quieras que esté a tu lado en un momento así.

—Ese no es el problema. No creo que lo entendierais —respondió escueta.

—Pues explícanoslo para que lo comprendamos. Si necesitas que te protejamos o algo…

—¿Qué? ¡No digas gilipolleces! —le cortó rápidamente—. ¿Acaso crees que no me trata bien? No tienes ni idea de lo que hablas, Julius, en serio. Y te lo dice alguien que ha estado con muchos capullos sin corazón.

—Lo siento, pero después de lo de hoy, no sé qué pensar.

—No, en eso te equivocas, créeme —aseveró el comisario.

—No tienes ni idea, Julius, en serio. Nunca nadie me había tratado tan bien y se había preocupado tanto por mí en toda mi vida. No puedo permitirme el lujo de perderle, eso es lo que pasa —finalizó, al tiempo que comenzaba a toser por el esfuerzo.

Su compañero le acercó una botella de agua para que bebiese. Después de lo sufrido y de la entubación, tenía la garganta como si fuera asfalto al rojo vivo una tarde de verano.

Por nada del mundo quería que Derek se enterase de lo que había sucedido o, al menos, de la gravedad de lo que había pasado, puesto que iba a ser imposible disimular el moratón que tenía alrededor del cuello, así como las magulladuras que poblaban su cara y las muñecas, por no hablar de la quemadura en la pierna en la que había recibido la descarga de la pistola eléctrica.

Pasaron en silencio la mayor parte del resto del camino. Llegaron a las inmediaciones de la casa donde residía con el fotógrafo unos minutos después. Era una bonita vivienda a pie de playa con unas impresionantes vistas de la zona.

Aún se veía luz en el salón. Ella imaginó que él seguía despierto esperándola.

Después de la discusión de la última noche, no sabía en qué estado de ánimo se encontraría Derek. Se sentía débil y agotada. Hubiera preferido que estuviera dormido para que no la viera en ese estado.

—No quiero ni verte por la comisaría en bastantes días, ¿estamos? —dijo el Jefe de Policía antes de que Kisha bajase del coche—. Y más vale que vayas mañana al hospital porque voy a llamar para comprobarlo y, como se te ocurra saltarte la cita con el médico, voy a venir y voy a arrastrar ese maldito culo hasta Monterey para que te ingresen.

—Entendido. No necesitas hablar de forma tan soez.

—Perdone, doña remilgada. Será que he aprendido de la mejor —concluyó, guiñándole un ojo.

Kisha le sonrió y le agradeció su ayuda con la mirada.

Justo antes de bajarse, recordó que aún había algo que no había dicho. Había sido un maldito día de mierda, pero al menos podían contarlo. Unas horas antes no lo habría jurado.

—Gracias, Julius. Me has salvado la vida.

Había estado cerca de la muerte, lo tenía claro.

No, no había estado cerca. Eso era un eufemismo.

Una forma de auto engañarse para no digerir la verdad.

Según le habían dicho los paramédicos, había estado clínicamente muerta entre tres y cuatro minutos aproximadamente.

No quería ni pensar en ello.

Hubo un momento cuando estaba apretándole el cuello en el que fue consciente de que el final estaba cerca, justo antes de perder la consciencia. La situación había sido angustiosa. Notó como su lágrimas se escapaban de sus ojos, sintiéndose impotente y sin la fuerza suficiente para quitarse a su agresor de encima. Su último pensamiento había sido para Derek. Imaginó lo que sentiría cuando le comunicaran la noticia y lamentó por encima de todo no poder despedirse de él. Al final, parecía que los peores temores del fotógrafo se habían hecho realidad y se maldijo por no hacerle caso y ser más prudente.

Hasta que, según le contaron, apareció Julius. Ella no lo recordaba, tal vez porque ya no estaba ahí. Su compañero había llegado justo a tiempo. Unos segundos más y no lo habría contado. Bueno, unos segundos más y, según le habían dicho, gracias a un médico testarudo que se había arriesgado a chamuscarla con tal de no perder otro paciente ese día. Demasiadas eran ya las veces que había tentado a la suerte. Tal vez no hubiera una próxima vez. Tenía razón Derek cuando le decía que perdía el control y no medía los riesgos. En dos ocasiones Bill y en ésta Julius la habían salvado in extremis de



lo que parecía una muerte segura. No podía haber una cuarta. La tercera ya casi había sido la vencida.

Al menos, habían llegado a tiempo de salvar la vida del marido de Hilka, casi en los minutos de descuento, eso sí, porque no dudaba que Arthur no tendría pensado posponer sus planes de venganza mucho más. Stephen se encontraba en un estado deplorable pero estaba vivo. No le habían alimentado apenas en aquellos seis largos días y le habían golpeado en varias ocasiones. Tardaría un tiempo en

recuperarse de aquello, no sólo a nivel físico, también anímicamente.

Aunque con manos temblorosas, por fin consiguió abrir la puerta de la casa. No sabía si el temblor se debía a lo que había pasado aquella tarde o al temor a la reacción de Derek cuando la viera llena de magulladuras. Desearía que él no hubiera estado en casa para poder ducharse antes, limpiarse los restos de sangre y maquillar aunque fuese levemente los moratones. Pero la luz del salón indicaba con absoluta claridad que no era así. No podría eludirle.

Él estaba allí, sentado en uno de los sofás, perdido en sus divagaciones en una angustiosa espera plena de incertidumbre, a punto de rendirse e irse a dormir porque se había auto convencido de que no podía haber pasado nada. Si algo hubiera ocurrido, sin duda alguna, cualquiera le habría avisado. En cuanto oyó la puerta, se levantó del sofá y salió a recibirla, sorprendido de que las casualidades se alineasen así a veces.

Un minuto después y, tal vez, ya estaría en la cama.

Pensó que era el momento de dejarle las cosas claras de una vez. Estaba enfadado y se lo haría saber. No iba a tolerar que le castigase de esa manera cada vez que no estaba de acuerdo con algo que él había hecho. Iba a implorarle respeto y a poner unas condiciones claras a su relación. La quería con locura, pero no iba a tolerarla que le tratase como si fuera un ser sin alma al que nada le duele.

Todas sus intenciones desaparecieron en cuanto la vio con claridad bajo la luz blanca de la entrada.

En su cara se evidenció el estupor al verla. Sus ojos recorrieron con incredulidad las marcas del dolor que estaban en las zonas en ese momento visibles de su cuerpo.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado? —preguntó con temblor en la voz.

Gruesas lágrimas empezaron a caer de los ojos de la inspectora y él se acercó a abrazarla y consolarla. La apretó contra su pecho y ella percibió con claridad como el corazón de él latía a un ritmo acelerado por la impresión de lo que acababa de ver.

Le acarició el pelo con suavidad y la besó en la cabeza, mientras trataba de contener él mismo su propio llanto considerando que eso probablemente no la ayudaría. Su camiseta del pijama se impregnó

con la sangre que aún tenía Kisha en la cara.

—Lo siento, Derek. Tenías razón —dijo sin separarse ni un milímetro de su piel.

Aquella sensación era lo mejor que había sentido nunca. Su piel tan cerca de la suya, solo separadas por una fina capa de algodón.

Su piel era su hogar.

—Calla. Déjalo. No tienes que decir nada, ¿vale? Voy a prepararte un baño caliente, seguro que eso te alivia. Ven conmigo.

La llevó de la mano hasta el baño de la primera planta y, mientras ella permanecía sentada sobre la taza del WC, él comprobaba la temperatura del agua. Apenas se atrevía a girarse y mirarla otra vez. No se veía capaz de contener las lágrimas. ¿Qué habría pasado? Antes o después, tendría que contárselo, aunque sabía que tal vez no fuera bueno forzarla por el momento. Había notado el temblor que recorría el cuerpo de Kisha cuando la sostuvo en sus brazos. Debía haber sido algo muy grave.

Cuando se desnudó para meterse en la bañera, él se quedó conmocionado. Había visto la sangre y los moratones de la cara. Había observado parcialmente la marca del cuello, ahora plenamente visible. Pero había mucho más. Sus muñecas estaban rodeadas por un color oscuro, como si alguien la hubiese retenido. En su pierna izquierda parecía haber una quemadura. Y en su pecho había dos extrañas marcas paralelas con forma rectangular y de tamaño similar.

La ayudó a entrar en la bañera con cuidado y él se sentó en el borde junto a ella.

Entonces Kisha empezó a hablar mientras él le echaba agua templada por la espalda.

—He estado en el hospital pero he pedido que me dejaran venir a casa porque no quería que me vieras allí. Me han traído Pete y Julius —confesó.

—Vale —respondió lacónico. No sabía qué decir. Aún trataba de digerir la conmoción que le había provocado lo que acababa de ver. ¿Qué le habría pasado?

—Derek, perdóname.

—Kisha, no estoy enfadado, ¿vale? No es el momento de hablar de esto. No puedo ni imaginarme por lo que has pasado para estar así. Y me gustaría que me lo contaras, que no tengas miedo de decírmelo, independientemente de lo que yo sienta. Necesitas contarlo y desahogarte y voy a escucharte, ¿de acuerdo?



—No sé si es buena idea.

—Sí, lo es. No puedes ocultarme esto. No puedes guardarlo para ti. Debes confiar en mí, aunque no me guste lo que haya sucedido.

—He sido una idiota, como siempre.

—No digas tonterías —dijo mientras se acercaba a ella y le enjabonaba la espalda con la esponja.

—Fui sola. Creí que podía hacerlo yo misma, que no debía perder tiempo. He vuelto a pecar de soberbia.

Ella notó como él se guardaba lo que pensaba para sí, como se tragaba sus palabras apretando las mandíbulas, porque sabía que no era el momento de decirle que se lo había dicho en incontables ocasiones, que le había pedido una vez tras otra que no hiciera estupideces, que no tomara riesgos innecesarios. Pero no era el momento. Era hora de cuidarla y restañar las heridas físicas y psicológicas que fuese lo que fuese lo que le hubiera ocurrido podía haber dejado en ella.

—¿Sabes en qué pensaba cuando creía que ya no podría aguantar más y que iba a morirme?

Derek tragó saliva al oír aquello. ¿Había dicho que creía que iba a morirse? Nuevos interrogantes se abrían ante él, a cual más alarmante.

—No lo sé —dijo él mientras continuaba enjabonándola con cuidado, evitando mirarla a los ojos porque sabía que se echaría a llorar sin remedio. Estaba verdaderamente preocupado. Tenía el cuerpo lleno de magulladuras y la marca del cuello le hacía pensar que verdaderamente había estado muy cerca del final.

No tenía ni la menor idea de hasta qué punto.

—En ti Derek. En que te enfadarías conmigo por haber sido una imprudente. Me he dado cuenta de que nada en mi vida es tan

importante como tú. Lamento mucho haberme enfadado tanto contigo cuando le pediste a Pete que me apartara del caso y haber estado ausente estos últimos días. Será la última vez, te lo prometo.

En ese momento él la miró a los ojos y ella supo enseguida que no la creía.

—Te lo prometo. Tienes que creerme.

—No te preocupes por eso ahora.

Después del baño, le preparó algo de cenar, aunque Kisha no tenía demasiado apetito. Tenía un miedo aterrador a que él decidiera dejarla después de aquello. Ese miedo lo atenazaba todo en aquel instante.

Él puso un sándwich sobre la mesa. Lo había preparado tal y como le gustaba a Kisha. Le acercó un poco de zumo de naranja y un vaso de leche templada para que le ayudase a descansar.

—Necesito que me cuentes qué ha pasado. Pero no sé si necesitas tiempo —le dijo al ponerle la cena sobre la mesa.

—¿Por qué quieres saberlo? No va a servir de nada.

—Porque quiero que lo verbalices y que no te lo guardes para ti.

Ella le miró indecisa. No podía contarle todo al pie de la letra. Procuraría ser lo más sincera posible, omitiendo sólo aquello que fuera demasiado duro para él.

—Tuve una corazonada. Llamé a Bill para que me comprobara cierta información y, cuando supe que estaba en lo cierto, le mandé un mensaje a Julius para decirle dónde me dirigía, pero no le esperé porque imaginaba que Stephen estaba en peligro. Soltaron a Arthur, un joven que había sido su paciente años atrás, hace unas horas y sabía que le teníamos en el punto de mira. La casa de sus padres era el lugar lógico en el que debía tenerlo secuestrado. Allí fue donde empezó todo, donde Stephen vio por primera vez a Arthur siendo un niño y le prometió que le ayudaría y que todo iría bien. Sólo que todo fue mal y su madre acabó suicidándose porque se había enamorado de él y Stephen la rechazó. Imaginé que quería matarle con sus propias manos, después de verle sufrir. Y

no me equivoqué. El problema era que no le pilló de sorpresa. Además, él se movía en terreno conocido y seguía contando con la ayuda de un joven que conoció en la cárcel.

Entré dócilmente en la jaula y me atrapó con bastante sencillez. Me maniató con una sola de sus manos pero logré soltarme, aún no sé como y le golpeé. Entonces me sujetó con fuerza otra vez. Se tumbó encima mío y empezó a aplastarme el cuello con una barra de metal. Stephen no podía ayudarme porque seguía atado y estaba muy débil.

Pensé que era el final. Me apretó con todas sus ganas y yo sólo atinaba a darle unos flojos golpes con las manos y a intentar patalear, pero no tenía fuerzas porque me faltaba el aire. Y ya no recuerdo más porque perdí el conocimiento. Después, según parece, entró Julius y le disparó en un costado. Pero no se dio por vencido y, finalmente, tuvo que matarlo. Lo siguiente que recuerdo es haberme despertado cuando iban a trasladarme al hospital.

Derek estaba callado y pensativo. Tenía un nudo en la garganta que apenas le dejaba hablar. En toda esa historia, tenía la sensación de que no le estaba contando todo. Tal vez, por como había desviado la mirada en algunas partes del relato o, simplemente,

porque Kisha era así, a veces se guardaba cosas. Y a él le estaba costando mucho hacerla salir de aquel hermetismo, aunque había avanzado bastante desde que estaban juntos.

—¿Vas a decirme que ya me lo habías dicho?

—No.

—¿Vas a dejarme? —le preguntó con un hilo de voz.

Derek vaciló unos instantes antes de contestar.

—No.

—Pero has dudado —dijo ella con lágrimas en los ojos. ¿De verdad se estaba planteando dejarla? No podía perderle. Sabía que había sido una estúpida y una imprudente, pero lo único que pensaba era en salvar a Stephen y no defraudar a Hilka.

No podía castigarla por eso.

—Kisha, no voy a dejarte. Pero tampoco te voy a mentir, no me veo capaz de pasar por esto otra vez. Tiene que haber un cambio. No lo

soporto, de verdad. No imaginas lo duro que es para mí esta preocupación continua. Es una auténtica tortura. No sabía nada de ti desde anoche y me he vuelto loco pensando en mil posibilidades, a cual peor.

Lo siento si te parece que soy un cobarde, porque puede que de verdad lo sea y por ello no pueda entender tu coraje imprudente. Parece que con cada caso intentas castigarte por algo que no llego a entender, como si tu vida valiese menos que las de los demás.

—No es eso.

—¿Estás segura? Las dos últimas veces has acabado en el hospital. Eso sin contar con la ocasión en la que Jenkins te secuestró por creer que ibas a cogerlo tú solita. Sé que Bill te dijo esto mismo muchas veces y a él tampoco le has hecho nunca caso. Pero quiero que pienses un poco esta vez y te pongas en mi lugar. ¿Quién te dice que la próxima no será incluso peor? Si se repite una situación similar a esta, no voy a estar aquí esperando a que alguien me llamé para decirme que han encontrado tu cuerpo sin vida porque no podría soportarlo. Quiero estar contigo, pero no quiero envejecer errando como alma en pena por tu recuerdo.

Aquello, sin lugar a dudas, era un ultimátum.

Capítulo 47 Preguntas

Actualidad. Miércoles. Día 7.

l resto de la noche había transcurrido tranquila. Probablemente debido al E agotamiento, Kisha había dormido de un tirón. Derek, por su parte, había tenido más problemas para conciliar el sueño. Seguía pensando que ella le ocultaba algo de lo sucedido, aunque le costaba creer que hubiera podido ocurrir algo más grave que lo que ya le había relatado.

Con la luz de la mañana, observó con mayor claridad todas las magulladuras y cardenales que tenía. Se estremeció al considerar el calvario que había tenido que pasar y se sintió impotente por no poderla proteger. Ella abrió los ojos y le pilló observándola.

Su mirada reflejaba que, de algún modo, ella se sentía en paz.

—¿Aprovechas que duermo para mirarme con descaro? Igual tengo que denunciarte a la policía.

Él sonrió y se acercó a besarla.

—Debo ser un pervertido de esos que miran a las mujeres cuando duermen. Igual necesito algún correctivo.

—¡Qué tonto eres! Ahora en serio, cambia esa cara de preocupación porque estoy bien.

—Vale. Lo intentaré. Pero no me lo pones fácil.

Cuando terminaron de desayunar, Kisha le dijo a Derek que tenía que ir al hospital a ver a Stephen. No era del todo verdad, pero tampoco era totalmente mentira. Aún así, sintió una punzada de culpabilidad por ocultarle información. No se atrevió a decirle que tenía consulta para revisar su estado, porque entonces sin dudarlo se enteraría de todo lo acontecido y no quería que llegase a conocer toda la verdad. Aún así, aún después de saber que iba a ver al marido de la forense y que lo hacía para cerrar la investigación, él insistió en acompañarla, pero ella se negó de forma rotunda.

Ignorando la verdad que ese argumento ocultaba, pensó que podría aprovechar su ausencia. Aquello le daba la oportunidad a Derek para acercarse a la comisaría a buscar respuestas para las preguntas que habían surgido en su mente después del relato de la noche anterior.

Al llegar a la Jefatura de Policía, preguntó si podía ver al comisario. La agente que estaba en la entrada, una joven que debía haberse incorporado en los últimos meses

porque Derek no la conocía, llamó a Pete a su despacho y, tras únicamente unos pocos segundos, le dijo que podía pasar.

De camino al despacho, se cruzó con Julius.

—Hola Derek.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien, supongo —dijo de forma escueta. Le dio la sensación al fotógrafo que le miraba con cierto recelo, pero no quiso darle importancia.

—Oye, gracias por ayudar a Kisha anoche.

—Es mi trabajo, ¿no crees? Cada uno debemos hacer lo que nos toca —su tono de voz hizo recelar a Derek.

—Perdona, ¿me he perdido algo? Tengo la sensación de que hay algo que intentas decirme, pero no tengo la menor idea de a qué te refieres.

—No, todo bien. Te dejo, tengo papeleo que hacer.

Derek se quedó mirándole interrogante mientras el subinspector se dirigía hacia su mesa. No entendía qué acababa de pasar, pero sin duda había algo que se había perdido. En ocasiones anteriores, Julius siempre se había mostrado amigable con él. Tal vez todo se debiera al estrés de lo sucedido la noche anterior.

Entró en el despacho de Pete después de llamar a la puerta y éste le recibió de forma amistosa, tal y como solía hacer. No obstante, imaginó que la visita no era solo de cortesía y se preparó para lo que tuviera que venir.

—¿A qué debo el honor de tu visita?

—He venido por dos motivos. El primero era disculparme por haberme inmiscuido el otro día en tu trabajo y decirte lo que tenías que hacer. Me excedí, eso está claro.

Abusé de tu confianza, Pete, y lo siento mucho. Si te sirve de consuelo, te aseguro que he expiado mis pecados porque, cuando se enteró Kisha, el enfado fue épico.

—Me puedo hacer una idea —respondió poniendo los ojos en blanco —. No te preocupes, hombre. No tienes que disculparte. Al final, se ha visto que tenías razón.

Tenía que haberla controlado mejor, así que soy yo quien lo siente y mucho. Sobre todo, después de lo que pasó ayer.

—Ese es el segundo motivo por el que he venido. Necesito saber exactamente qué es lo que sucedió ayer. Quiero la verdad desnuda, sin adornos, ¿vale? Si crees que no estoy preparado, te aseguro que lo estoy.

El comisario tragó saliva. Si iba a él buscando información, era porque esperaba que le contase algo que ella había omitido deliberadamente. Se estaba adentrando en terreno fangoso. A saber cómo salía de aquello.

—¿Qué es lo que sabes?

El fotógrafo le hizo un resumen de lo que ella le había contado la

noche anterior y le habló de que tenía la sensación de que no había sido plenamente sincera y no le había contado todo.

—Eso es lo habitual en Kisha. Me oculta cosas, supongo que porque no me ve capaz de soportarlas o porque quiere protegerme, no lo sé. Pero sé que en lo que me contó, falta una parte del relato.

Pete bajó la mirada. No sabía nada. No tenía ni la menor idea de lo más grave de todo. Y era a él a quien le estaba diciendo que revelase lo que la inspectora intencionadamente había callado. Era el portavoz de las malas noticias.

—Bueno, lo que te ha contado es casi toda la verdad. Pero no toda. Ha omitido la peor parte.

—¿La peor parte? ¿A qué te refieres?

—Derek, anoche Kisha estuvo varios minutos clínicamente muerta.

El suelo se hizo de gelatina, empeñado en deshacerse y temblar bajo sus pies. Notó un escalofrío que le heló la sangre y, por un segundo, pensó que podría perder el conocimiento.

Clínicamente muerta.

Varios minutos.

Resonaban esas dos cortas frases en su cabeza como una batería en un concierto en una sala pequeña.

—¿Qué significa eso? Es decir, ¿es un eufemismo de algo que no llego a entender?

¿Es jerga de polis? —preguntó consciente de que no quería saber esa verdad. Se había sobreestimado. Cuando creía que estaba preparado para lo que tuviera que contarle, no había imaginado que le diría algo así.

—No. Ojalá lo fuera. Es lo que es, Derek, sin dobles sentidos. La cruda verdad.

Cuando llegó Julius, posiblemente aún respiraba, pero en el tiempo que tardó en controlar la situación…

Pete hizo una breve pausa observando al fotógrafo. Aquello no era fácil de digerir.

—Continúa, por favor —le pidió, apartándose con la mano derecha las lágrimas que habían empezado a caerle. Realmente había estado cerca de perderla. Sus peores presagios habían cobrado una forma consistente y tangible.

—Esto es difícil, Derek. Ojalá no estuviera contándote esto, pero ya que lo quieres saber… Cuando Bill y yo llegamos, ya estaban atendiéndola los sanitarios. Se ve que primero inició Stephen con ayuda de Julius la reanimación cardiorrespiratoria, aunque con poco éxito. Cuando llegaron los paramédicos, con las escasas fuerzas que le quedaban, Stephen les puso al tanto de la situación. Estos le aplicaron primero epinefrina por si reaccionaba. Como no hubo respuesta, después le aplicaron el desfibrilador, pero sin resultados otra vez. Gracias a que el médico que la atendió se empeñó en no permitir que atravesara definitivamente la línea, aún a riesgo de calcinarla con la siguiente carga del desfibrilador, todavía se encuentra en el mundo de los vivos. En el fondo, tuvimos suerte, Derek. Piénsalo así.

No podía ser. Estaba viviendo una pesadilla. No se había despertado aquella mañana. Aquello no estaba sucediendo. Era imposible. No, no, no. Si estuviera diciéndole la verdad, Kisha habría pasado como mínimo una noche en el hospital, no habría vuelto a casa como si no hubiera pasado nada. No tenía sentido.

—¿Por qué coño nadie me llamó? No lo entiendo. En serio, Pete. No… No comprendo nada. ¿Me estás diciendo que estuvo muerta durante unos minutos, que nadie me avisó para que acudiese para estar con ella y que no se ha quedado ingresada después de algo así? ¿Me estás tomando el pelo?

—Eso tendrás que hablarlo con ella. No sé que demonios pasará entre vosotros, pero fue muy explícita en que no quería que te llamásemos por nada del mundo. Ya sabes cómo se pone. Y se negó a quedarse en el hospital porque no quería que tú lo supieras.

—¿Que tendré que hablarlo con ella? Por supuesto, puedes estar tranquilo que lo voy a hacer. Pero no soy capaz de entender como ninguno tuvisteis los huevos suficientes de llevarle la contraria y llamarme. ¿Y si hubiera sido Susan? ¿Qué te parecería que nadie te llamase? ¡Joder, Pete! Estuve hasta las dos de la mañana volviéndome loco pensando si estaría bien. Hacía más de veinticuatro horas que no sabía si estaba viva o muerta, puesto que la llamasteis porque había sucedido algo con el caso. ¿Y casi no tengo ni la oportunidad de despedirme? ¿En serio?

—Derek…

—No, Pete. No me pongas ninguna excusa, joder. ¿Es que ninguno pensasteis que le podía haber pasado algo mientras dormía y yo sin saber nada? ¿Y si se le hubiera parado el corazón otra vez? ¿Eh? Si lo hubiera sabido, habría estado pendiente, pero claro, nadie me ha dado la oportunidad.



—Lo siento, en serio.

—Sospecho que a esto se debe la mirada de perdonavidas que me ha dedicado Julius cuando me ha visto cuando he entrado, a pesar de que la verdad es que aún no me habéis explicado por qué fue sola a aquella casa en lugar de ir con su compañero, como suele ser habitual.

—Al parecer, decidieron ir a interrogar a algunas personas de interés para la investigación por separado para ganar tiempo.

—Pues es evidente que fue una idea de mierda.

Pete le dio su tiempo para que se tranquilizara. Derek no solía reaccionar así ni utilizar ese tipo de lenguaje, pero era comprensible en aquella situación. Tenía razón, eso era lo cierto, y estaba muy alterado por toda la información que acababa de conocer.

Cuando le vio un poco más calmado, se decidió a continuar.

—Esta mañana tenía que ir a revisión con el cardiólogo, supongo que eso tampoco lo sabes —señaló viendo la cara de sorpresa del fotógrafo —. Luego voy a llamarla para asegurarme de que ha ido y llamaré también al hospital para comprobar que no me miente.

La cara de Derek era una ventana a su interior. Con una nitidez prístina, podías ver sus sentimientos y como se había estrujado su corazón ante aquella avalancha de información. Su incredulidad y asombro eran palpables.

—Si me permites un consejo de amigo, tienes que hablar con ella y tienes que hacerlo ya.

Lo primero que hizo la inspectora al llegar al hospital, fue acudir a la

revisión médica que había acordado la noche anterior. Le hicieron un eletrocardiograma, una prueba de esfuerzo y una espirometría. Todas las pruebas, junto con la rutinaria auscultación, fueron correctas. El médico le insistió en que había tenido mucha suerte y debía valorar aquello en su justa medida. No sabía la estadística, pero suponía que no alcanzaba el uno por ciento las personas que regresaban después de haberse ido a jugar al banquillo de la parca. Tenía que sentirse agradecida porque, posiblemente, otro en su lugar no estaría allí escuchando los consejos de un médico preocupado por su paciente.

—Señorita, tiene que tener muy claro que debe llevar por una temporada una vida tranquila, lejos de sobresaltos.

—En mi trabajo, eso es difícil de garantizar —respondió con una sonrisa.

—Lo sé. Sé que es policía. Por eso precisamente le voy a dar la baja para que tenga tiempo de recuperarse. Al menos durante un mes no va a volver a estar en activo, más vale que lo asuma desde ya y que no tenga ninguna prisa por reincorporarse. Ese corazón necesita una recuperación tranquila y completa. Ayer fue sometido a un nivel de estrés muy alto. Es un milagro que no haya daños. Es más, podría haber alguna lesión en una pared auricular o ventricular y que no la hayamos detectado. Así que, lo siento, pero esto no es negociable.

—Pero…

Kisha fue a decir algo pero el médico la acalló con un gesto claro con la mano que transmitía que no estaba dispuesto a escuchar excusas ni tonterías.

Era un médico bastante mayor, posiblemente le quedaba poco para jubilarse, y la trataba de una forma muy paternal, algo que casi la enterneció.

—Escúcheme bien porque, insisto, su corazón fue sometido anoche a unos niveles de presión extraordinarios y, aunque aparentemente ahora todo esté bien, puede haber algo que de la cara en los próximos días y que nos de otro susto inesperado. Se empeñó en no quedarse en observación y a saber lo que podría haberle pasado esta noche mientras dormía. Es usted una inconsciente y una irresponsable. Además, no entiendo cómo ha venido sola a mi consulta después de lo sucedido. ¿Es que no tiene ningún familiar o amigo que pudiera acompañarla?

—He preferido venir sola.

—Pues muy mal hecho, la verdad. Me parece jovencita que se cree invulnerable y muy dura, pero todos necesitamos a alguien. Además, me hubiera gustado que la hubieran acompañado para que otro le recordase mis palabras cuando, por alguna casualidad, se le hayan olvidado, ¿me explico?

—Perfectamente.

—Quiero verla en el plazo de un mes y quiero que ese día venga con alguien. Si antes notase algo raro, sensación de falta de aire, opresión en el pecho, mareos sin motivo…

Quiero que venga rápidamente al hospital.

—Entendido.

Una vez salió de la consulta, se dirigió a la habitación de Stephen. Quería saber qué tal se encontraba y hablar un poco con él acerca de lo que había sucedido en la última semana.

Cuando entró, no le sorprendió ver a Hilka junto a él. Estaban hablando distendidamente, lo cual ya era un buen síntoma en ambos sentidos. Habían sufrido mucho en la última semana, cada uno a su manera.

—¡Mira quién está aquí! Mi heroína —dijo Stephen animosamente.

—Creo que podría decir lo mismo.

—Bueno, no creo que yo hiciese mucho. Si no hubiera sido por el doctor Ramírez que, por cierto, tiene fama de ser muy tozudo por suerte para todos en este caso, no estaríamos hablando de esto en este momento. Tal vez estuviéramos en tu funeral.

Kisha bajó la cabeza y miró al suelo. No acababa de ser muy consciente de lo que había sucedido la tarde noche anterior. Era como si su cerebro la estuviese intentando proteger de aquella terrible realidad. Tal vez aún no estaba preparada para hablar de aquello, ni siquiera para pensar en ello.

—¡Madre mía, Kisha! Me lo ha contado Stephen y no podía creérmelo. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, la verdad. Acabo de ver al médico y dice que todos los resultados están dentro de una sorprendente normalidad. Esto me recuerda que tengo que llamar a Pete para decirle que he venido, pues

no se fiaba de que fuese a hacerlo.

—¿No ha venido Derek contigo? —preguntó la forense extrañada.

—No. La verdad es que no sabía que tenía que venir. No le he dicho nada. No quiero que se preocupe.

Imaginó que ahora vendría una retahíla de buenos consejos y recomendaciones. Al fin y al cabo, estaba en la habitación con dos médicos, por mucho que una fuera forense y el otro, además de estar convaleciente, fuera psiquiatra, no cardiólogo.

No se equivocó.

—Tienes que decírselo, ¿sabes? Puede parecerte algo baladí pero no lo es. Él debe conocer tu estado y saber que signos de alerta tiene que tener en cuenta si te sucede algo.

—Estoy bien, de verdad.

—Aparentemente, pero no sabes qué tipo de secuelas te pueden haber quedado —

dijo la forense.

—Además del trauma psíquico que sin duda tendrás —añadió Stephen.

—En serio, no os preocupéis. Estoy bien.

—Esto te puede parecer ahora, pero no lo estás, créeme porque sé de lo que hablo.

¿Le has contado a alguien lo que te pasó? Me refiero a todo lo sucedido.

Kisha sabía a qué se estaba refiriendo. Otra de las cosas que prefería guardar en el baúl de los no recuerdos.

—No.

—Me lo imaginaba. Si lo prefieres, Hilka puede salir un momento y lo hablamos tú y yo a solas.

—No, está bien —miró a su amiga un tanto avergonzada. Ella no era culpable de aquello, pero por algún motivo sintió que se sonrojaba.

—No es culpa tuya que intentara abusar de ti, lo sabes ¿verdad? —dijo el médico adivinando sus pensamientos.

—No, claro que no es mi culpa.

—Espero que lo tengas claro. Yo estaba allí también y vi lo sucedido. Repito, no eres culpable de lo que pasó. En absoluto. Quiero que, cuando me den el alta, vengas a algunas sesiones a mi consulta.

—Estoy bien, en serio.

—No, Kisha. No es negociable. Tú viniste a buscarme arriesgando tu vida. Yo ahora no te voy a soltar para que caigas sin red de seguridad. Voy a ayudarte. Le diré a tu jefe que no te deje incorporarte hasta que no hablemos.

—Bueno, puedes estar tranquilo por eso. El cardiólogo ya se ha encargado de darme la baja por un mes. Además, tú eres el que ha pasado por un trauma.

—Sí, lo sé, soy muy consciente de ello. Por eso voy a pedirle al doctor Trenton que me ayude.

—¿En serio? ¿Al doctor Trenton? —preguntó incrédula.

—Claro, es uno de los mejores psiquiatras que conozco. ¿Por qué no iba a pedírselo a él?

—Bueno, yo pensaba que no teníais muy buena relación. De hecho, por un momento barajamos la posibilidad de que él te hubiera hecho algo.

—¿Henry? ¿Me lo dices en serio? Sería incapaz de hacer daño a nadie. ¿Por qué pensasteis en él?

—Porque le quitaste el puesto que él anhelaba, porque conseguiste la subvención que él perseguía y alguna cosa más que ni recuerdo. Nos pareció que los celos profesionales podían ser un motivo.

—¡Madre mía! No podíais andar más desencaminados.

—Supongo que sí. En fin, he venido porque yo quería ver al convaleciente y, aunque sé que no es momento, quiero dejar claro que me gustaría hablar contigo y tomarte declaración en cuanto estés algo mejor o cuando salgas del hospital.

—Me parece bien. Pero hoy no, por favor. Quiero olvidarme un poco

de lo sucedido.

—Está bien.

Se hizo el silencio, uno de esos que comunican tanto que parece que gritan. Un silencio en el que estaba claro que la inspectora aún tenía algo más que decir.

—Sólo una pregunta, ¿por qué te fuiste con aquel chico? En la grabación del aparcamiento no parece que te amenazara ni que te forzase de ninguna manera.

Stephen suspiró profundamente. Miró a su mujer antes de responder.

—Supongo que por lo de siempre, porque sigo siendo demasiado ingenuo para mi edad. Me dijo que su madre estaba en el coche, que estaba muy enferma, con muchos dolores y que no tenían seguro. Le dije que yo no era el tipo de médico que necesitaban, pero insistió y me rogó que fuera. Además, su padre no había podido acompañarles al hospital porque estaba trabajando y dijo que le había prometido que cuidaría de ella.

No me pareció que fuera un chico que tuviera aspecto peligroso. Resultó que tenía el coche en un lugar bastante apartado, en un descampado cercano al hospital. Ahí empecé a preocuparme. En cuanto le pregunté porque había aparcado tan lejos, sacó un arma y me dijo que siguiera sus órdenes al pie de la letra. Luego me golpeó en la cabeza y lo siguiente que recuerdo es estar en aquel sótano inmundo.

Otra vez el silencio.

Unas miradas que hablan.

Un corazón encogido.

Hilka trataba de respirar hondo y no estallar. Mil veces habían hablado de lo excesivamente ingenuo y confiado que era, pero su marido parecía empeñado en no querer aprender la lección.

—Siento mucho lo que te ha pasado. Eres un buen hombre —dijo Kisha.

—Lo mismo digo.

—No me puedo creer que, después de tantos años, Arthur te siguiera

guardando tanto rencor como para ir a por ti nada más salir de la cárcel.

—Bueno, supongo que ahí tuve parte de culpa.

—¿A qué te refieres?



El psiquiatra miró a su mujer antes de seguir hablando. Sabía que a ella le iba a parecer absolutamente reprobable lo que iba a decir.

—Fui a verle a la cárcel hace algo más de un mes. Quería ofrecerle mi ayuda y creo que conseguí el efecto contrario.

Y entonces ella estalló. Ya no le sirvió respirar hondo y tratar de contenerse. Tenía que dejarle claro a su marido lo que pensaba al respecto.

—¡Stephen! ¿Es que estás loco de remate? ¿Y por qué no me lo dijiste?

—Hilka, lo siento, pero ya sabía de antemano tu opinión al respecto. Era algo que sentía que tenía que hacer.

—¡Joder! Eso posiblemente fue el desencadenante —concluyó la inspectora.

La mirada de la forense traslucía rabia. Kisha vio reflejada en ella lo que probablemente Derek podría sentir si se enteraba de que le había ocultado parte de lo sucedido. Tal vez, todos guardamos en algún rincón de nuestra mente aquellos secretos que, o bien consideramos inconfesables, o bien tememos que pueden hacer daño a los que más queremos.

—Por cierto, cambiando de tema, tenemos una cena pendiente —intervino Kisha para rebajar el tono de la conversación y la palpable tensión que flotaba en aquel instante.

—Es verdad —dijo el psiquiatra cogiendo el capote que le acababa de echar.

—Espero que no te de por desaparecer otra vez, Stephen —ironizó la inspectora haciendo gala una vez más de su humor negro.

Los tres rieron, en parte para alejar el malestar de la última semana y

en parte para ahuyentar los fantasmas que tan empeñados estaban en regresar una y otra vez desde del pasado.

—Tranquila. Creo que esta vez mejor me busco otra excusa.

Salió del hospital y, cuando subió al coche, cogió su móvil con la intención de llamar a Pete e informarle de la cita con el médico y de la conversación con Stephen. Vio que tenía varias llamadas perdidas del comisario y también de Bill.

—¡Joer, qué impacientes son! —dijo en voz alta con una sonrisa en los labios. Era agradable tener a gente alrededor que se preocupaba por ella.



Después de hablar por teléfono con ambos y de escuchar los oportunos consejos de siempre y las reprimendas interminables, arrancó el coche y se dirigió a casa.

Bill había sido especialmente insistente en que no debía tentar a la suerte ni una vez más. Estaba preocupado por ella y no le gustaba que cada vez pareciera más insensata, en lugar de ser justo lo contrario con el paso de los años. Ella intentó argumentar los motivos que la habían llevado a tomar aquella decisión, pero a él no le valían.

—Sabes que las cosas no se hacen así. Nunca vamos solos. Habéis sido unos imprudentes los dos.

—Bill…

—No, Kisha. Esta vez no estoy dispuesto a escucharte. Esta vez vas a ser tú la que me escuches. No quiero llevarme más sustos como éste nunca más.

Y así había seguido largo rato.

Disfrutó del camino de vuelta a casa como no lo había hecho nunca. Tal vez el haber mirado a la muerte cara a cara le había llenado de la necesidad de apresar cada pequeña cosa y valorarla. Así que bajó las ventanillas del coche para llenarse del aroma de aquella bella

estación.

Hacia una bonita mañana otoñal. Soplaba el aire con suavidad, meciendo con cariño las hojas en los árboles. El paisaje era una maravilla, con sus tonos ocres mezclados con el azul omnipresente que venía del mar.

Fue plenamente consciente de la maravillosa sensación que era estar y sentirse viva.

Estaba dispuesta a aprovechar cada instante que tuviera delante. Tenía una inmensa suerte. Sintió de nuevo aquella sensación de plenitud y extraña calma que experimentó la noche anterior cuando se acercaba el final y ella fue verdaderamente consciente por primera vez de que había sido feliz. Quería disfrutar de la vida junto a aquel hombre maravilloso que la amaba de una forma tan incondicional.

Dejó el coche aparcado en la entrada de la vivienda. La pick up de Derek estaba allí, señal de que estaba en casa, salvo que hubiera bajado a la playa a pasear al perro. Entró casi a la carrera porque no quería perder ni un segundo más. Le apetecía disfrutar de sus caricias y de sus abrazos, de la calidez de su piel, de su mirada clara. Estaba ansiosa por pasar un día juntos, solos los dos, lejos de problemas y preocupaciones.

Abrió la puerta con la llave. Unos meses atrás eso habría sido impensable en alguien tan confiado como Derek, quien nunca echaba la cerradura hasta que hacía unos meses había conocido de primera mano la maldad humana y la había tenido frente a él. Kisha sintió una punzada de desencanto y decepción, pues sintió que aquellos sucesos de primavera le habían robado una parte de su inocencia tan característica. Habían extirpado un parte de su esencia que ya no volvería.

—¡Hola! —dijo animosamente nada más entrar.

Derek salió a su encuentro. Parecía más serio de lo habitual, aunque después de lo ocurrido la última semana y, especialmente la noche anterior, no le sorprendió. Se abrazaron y se besaron largamente.

—Tenemos que hablar, Kisha —le dijo a continuación, mientras le retiraba un mechón siempre rebelde que se escapaba de su coleta.

—¿Tengo que preocuparme?

—No lo sé. Decídelo tú.

Ella le miró confundida. Había hecho la pregunta bromeando y, en ningún caso, esperaba aquella respuesta. Tragó saliva.

—¿Qué ha pasado?

—Necesito que me cuentes la verdad con tus palabras.

—Derek, ya te conté…

—Kisha, por favor. He ido a ver a Pete porque me dio la impresión anoche de que no me contabas toda la verdad.

—Lo siento, yo…

—No te estoy pidiendo que te disculpes, ¿vale? Te pido que confíes en mí y me cuentes las cosas. Ayer no te quedaste inconsciente, ¿verdad?

Ella bajó la mirada. Notó que las lágrimas se agolpaban. No quería hablar de ese tema, quería esconderlo en un lugar muy recóndito y apartado de su cerebro en el que no lo encontrase jamás.

Si le contaba aquello, si abría la posibilidad de ser totalmente sincera, tendría que contarle lo demás. Fin de los secretos.

Tal vez, fuese lo mejor.

La realidad era que no quería hablar de ese tema y mucho menos con Derek, porque sabía cuánto le iba a doler.

—Yo no recuerdo nada. Sólo una sensación angustiosa de falta de aire y, cuando empezaba a notar que se me iban las fuerzas, entonces fue como si mi cerebro intentase hacerme olvidar lo que sucedía. Y sólo te veía a ti y los momentos que hemos compartido. Me sentí feliz y, sobre todo, me sentí agradecida por haber podido saber alguna vez en la vida qué es la felicidad. Y después, vino la nada. Por eso te dije que perdí la consciencia.

—No estabas inconsciente cuando pensabas en mí, Kisha, estabas muriéndote. De hecho, estuviste varios minutos clínicamente muerta. Y eso ayer lo omitiste.

—¿Para qué iba a decírtelo?

—¿No crees que tengo derecho a saberlo? Podía haberte pasado algo durmiendo y yo sin enterarme. Habría estado despierto toda la noche si hubiera sido necesario para asegurarme de que estabas bien. Pero me negaste la posibilidad de cuidarte como era debido. Por cierto,

ahora entiendo la mirada de recelo cuando he visto esta mañana a tu compañero en comisaría. Y, por último, en tu afán de mantener la mentira, me has negado la posibilidad de acompañarte al médico hoy para saber verdaderamente como estás.

—Lo siento.

—Si compartimos una vida juntos, lo compartimos todo. Lo bueno y lo malo. Tienes que tenerlo claro.

—Lo sé. Tienes razón.

—Pero aún así lo omitiste.

—Sí, joder, lo omití. Tal vez porque no has parado de decir en los últimos días que no podías soportar esta situación. Pensé que si te avisaban, lo nuestro se acabaría.

—¿Crees que soy tan ruin? ¿Piensas que iba a abandonarte?

—No lo sé, Derek. No sabía qué pensar. Es la primera vez que me importa algo de verdad y me empeño en cagarla, ¿que quieres que te diga?

—Lo que quiero es que escuches a las personas que nos preocupamos por ti y te queremos. Kisha, he hablado con Bill también. Me ha dicho que te dijo que no fueses sola, que esperases a Julius y que, precisamente porque te conoce tan bien, llamó a Carmel para pedir refuerzos y él mismo salió a toda prisa por lo que pudiera pasar. No siempre va a ver un Bill, un Pete o un Julius ahí para salvarte. Sólo espero que esta vez el aviso haya servido para algo.

—Sí, puedes estar seguro. Y, si quieres toda la verdad, hay algo más. Stephen dice que debo hablar de ello, aunque yo no creo que sea tan grave porque al final no sucedió nada.

—¿A qué te refieres?

La inspectora bajó la mirada.

—Kisha, por favor, háblame. ¿Qué más sucedió?

Derek notó como se le aceleró el pulso. El corazón le latía tan fuerte que pensaba que no iba a ser capaz de escucharla con claridad. ¿Cómo podía haber algo más?

—Creo que Arthur trató de abusar sexualmente de mí.

—¿Qué?

—Verás, cuando entré, iba con toda la precaución del mundo, hasta que vi a Stephen y ya no pensé más, sólo quería sacarle de allí. Al final de la escalera, como te dije, un calambrazo me desestabilizó. Caí al suelo y perdí mi arma. Arthur se me echó encima y me inmovilizó. Era bastante grande, así que yo apenas podía moverme bajo su cuerpo.

Con una sola mano, logró sujetarme las manos y con la otra empezó a tocarme por debajo de la camisa. Yo trataba de pelear y quitármelo de encima pero no podía. Él decía que era virgen y que eso iba a cambiar, que lo pasaríamos bien, así que empezó a desabrocharme el pantalón. Por suerte, acercó su cara mucho a la mía y le mordí con fuerza la nariz. Después de eso, ya sólo pensaba en matarme. Ahora sí que ya lo sabes todo. Esto sólo lo sabe Stephen porque estuvo allí y lo vio.

Derek estaba estupefacto.

—¿No dices nada?

—No sé ni que decir. Ven aquí.

La abrazó con todo el cariño que pudo reunir y le prometió que nunca más permitiría que tuviese que pasar por algo así.

Capítulo 48

INTERLUDIO

abía una calma ajena, extraña. Una desconocida quietud se había instalado en la H vida de la inspectora y ésta, por primera vez en su vida, se sentía cómoda en ella.

En el devenir de los días tranquilos, Kisha se había ido recomponiendo pieza a pieza, reencontrando los pequeños pedazos perdidos de sí misma a lo largo de tantos años de vida in extremis.

Acudió a varias sesiones con Stephen. Al principio era reacia. No le parecía que reabrir las heridas y echarles sal fuera la mejor manera de dejar las cosas en el pasado y quedarse sólo con las que le permitieran avanzar. Sin embargo, se reconoció a sí misma que aquello le sentaba bien. En algún sentido, ambos estaban unidos por una parte del trauma. Era como si aquella vivencia atroz hubiera cosido con un hilo invisible sus almas y ahora estuviesen curándose juntos, mutuamente, en una extraña simbiosis.

Kisha se tornó un tanto melancólica y nostálgica, mucho más sensible de lo que había sido nunca. En esa nueva etapa que estaba viviendo, se reconocía a sí misma en la mujer que disfrutaba dando largos paseos por la playa sin más objetivo que sentir la brisa del mar sobre su piel.

La vida junto a Derek parecía un sueño. Con él era tan sencillo ser feliz que, en ocasiones, dudaba de si estaría viviendo una vida que no le pertenecía.

Unas semanas después de lo sucedido, fueron a pasar unos días a Mammoth Creek.

Su objetivo principal era visitar el Parque Nacional de Yosemite donde Derek quería tomar unas instantáneas para la siguiente fase de su proyecto. Sin embargo, la estación invernal había llegado con adelanto y las nevadas y las bajas temperaturas les impidieron la entrada. Tioga Pass, el conocido acceso al parque, había sido cerrado de forma adelantada ese año.

Aquellas mini vacaciones se tradujeron en unos días apacibles en una coqueta cabaña que habían alquilado para la ocasión en aquella remota y acogedora localidad de montaña. La vida transcurría a un ritmo muy personal, donde cada momento pleno de sencillez tenía una

magia especial. Apenas había cobertura ni de red móvil ni de datos en la cabaña, tampoco contaban con un televisor, así que disfrutaron de su mutua compañía de una manera nueva, sin ataduras ni compromisos. Sólo ellos dos. Las conversaciones interminables con una taza de café entre las manos o con una copa de vino junto a la chimenea, Kisha recostada sobre Derek jugando con Bobby mientras el



fotógrafo leía y la acariciaba, las noches eternas bebiéndose el uno al otro hasta la extenuación.

Un día, visitando el cercano Mono Lake, con ese paisaje casi lunar tan singular que posee, Kisha se quedó atrás, como apartada, mientras miraba a Derek jugar con el perro quien iba detrás de él como siempre solía hacer, mirándole extasiado. Fue una pausa, nada más que un breve instante de reflexión y de búsqueda interior, de respuestas que afloran para preguntas trascendentales. Necesitaba tomar distancia y comprender en toda su extensión lo que la vida le había regalado. Puede que a veces no sea fácil o que nosotros nos empeñemos en complicarla, pero aquel momento la convenció de que la felicidad plena no es una utopía, sino que reside en las pequeñas cosas.

Fue en aquel instante cuando se planteó por primera vez seriamente dejar la policía y dedicarse a vivir la vida con él, sin más objetivos. Pero aún no le diría nada. No quería que se hiciese ilusiones. Lo primero que haría cuando regresaran y se celebrara la gala de la presentación del proyecto de Derek, sería acudir a hablar con Pete y comentarle sus planes.

Él se dio cuenta de que ella se había quedado atrás y se giró.

—¿Por qué me miras así?

—Miro lo jodidamente guapo que eres.

—Ya, claro. Venga, deja de mirarnos y ven aquí a jugar con nosotros.

Se acercó hasta ellos y abrazó a Derek por detrás con fuerza. Era como si tratase de arrancarle un pedacito de su alma serena y hacerla suya, cosiéndola al transcurrir eterno de dos vidas enlazadas más allá de este mundo.

—Estaba pensando que soy tan feliz que me dan ganas de echar la rodilla al suelo y pedirte que te cases conmigo.

—No te molestes, la respuesta es no.

—¿Qué? —le preguntó desconcertada poniéndose entonces delante de él.

—No estás preparada. Si me pidieras que me casara contigo, saldrías corriendo a la mañana siguiente, así que no, gracias. Cuando vea que estás lista, tranquila que yo no dudaré en pedírtelo.

Regresaron a Carmel la tarde antes de la inauguración de la exposición de Derek.

Esto le dio un breve margen de tiempo para ultimar detalles, aunque antes de marchar

hacia Mammoth Creek había quedado lo más importante organizado. Aquella mañana atendió a la prensa especializada que se había interesado por el evento, así como a algún medio de comunicación de la zona que quería hacerle una entrevista.

Kisha tuvo tiempo de reflexionar mucho aquel día. Estaba absolutamente decidida a dejar el cuerpo de Policía. Le había entregado demasiado en los últimos años, casi hasta su propia vida. Era el momento de empezar de cero. Ya no necesitaba aquella adrenalina. Ya no quería vivir en aquella montaña rusa que había sido su vida anterior en la que habían predominado las bajadas y los *loops* imposibles. Ya no. Era momento de abrir una nueva etapa. Al día siguiente, acudiría a comisaría a hablar con Pete. La decisión estaba tomada y era irrevocable.

Kisha no era plenamente consciente de la huella que había dejado en ella aquella experiencia con la muerte. La había acogido entre sus brazos como una madre amorosa para dejarla escapar al final a regañadientes. Eso, al menos, es lo que le habían contado.

Ella no recordaba nada de aquello. No había visto ninguna luz ni se había reencontrado con nadie de su pasado en el más allá. Sólo tenía constancia de unos recuerdos apacibles, unas fugaces instantáneas que parecían querer prepararla para abandonar este mundo de manera suave, no en mitad de aquella angustia que era quedarse sin aire.

Trataba de no pensar en ello. A veces, llegaba a plantearse que hubiera preferido que nadie se lo hubiera dicho, que la hubieran dejado creer que sólo había estado inconsciente. Una mentira piadosa.

Había ocasiones en que se despertaba en mitad de la noche y la inundaba un miedo atroz a morirse. Ahora no. Ahora que lo tenía todo, no quería perderlo. No había sabido valorar hasta aquel instante todo el significado que incluye la palabra vivir.

Vivir.

Cinco letras sencillas, una palabra fácil de pronunciar pero difícil de desarrollar, compleja en todos los sentidos, porque vivir y sobrevivir no son sinónimos, sólo términos adyacentes con una raíz en común.

Ella había sido una superviviente.

Ahora por fin vivía.

Aquella reflexión sentada a solas en la arena mientras miraba la cadencia perfecta de las olas al morir en la orilla, removió una vez más ese estado melancólico que la inundaba desde que volvió a nacer aquel día no muy lejano en un sótano de San Martín.

Cuando Kisha regresó a casa con Bobby, Derek acababa de volver después de los compromisos que tenía aquella mañana. En cuanto abrió la puerta, él notó que le pasaba algo. Había algo en sus ojos que le puso en alerta de forma instantánea.

El perro entró en la casa contento y moviendo el rabo se acercó hasta su dueño para que le acariciara. Kisha tenía la mirada perdida y estaba como paralizada. El fotógrafo se acercó hasta ella.

Stephen ya le había advertido de que aquellos minutos en el que su cerebro había dejado de recibir oxígeno podían manifestarse como algún tipo de cambio en la química cerebral de la inspectora. No era descabellado pensar que tuviera reacciones poco comunes en ella o que se manifestaran ciertos cambios de conducta.

—¿Lo habéis pasado bien? —Le preguntó inocentemente acercándose a besarla.

Ella le clavó una mirada que le desconcertó. Había rencor y reproche, había una súplica inconcebible y extraña que él no comprendió hasta unos minutos más adelante.

—Me debes veinte años de mi vida.

—¿Qué? —la miró extrañado.

—No me mires así, no tengo ninguna lesión neurológica, tranquilo. Me has oído perfectamente.

—Sí, te he oído pero no te entiendo.

—Me debes veinte años porque tú ya me querías cuando éramos unos críos y aún así no luchaste por mí. Me dejaste marchar con Erik y no te atreviste a decirme nada. Mi vida ha sido un auténtico desastre estos años. He saltado de una relación de mierda a otra con tíos a los que nunca les importé lo más mínimo. He bebido, e incluso, en algunos momentos en los que creí tocar fondo, llegué a tomar drogas porque estaba al límite y era la única vía de escape que encontraba, me he entregado al trabajo porque pensaba que la vida era eso y que la felicidad no existía. Y tú podías haberlo evitado.

—¿En serio crees que eso dependía de mí?

— Sí, podías haber hecho algo. Pero elegiste ser un cobarde.

Derek no daba crédito a lo que estaba oyendo. Estaba realmente frustrada por algo que, en realidad, poco tenía que ver con él.

—Claro, lo que me pides es que, tímido e inseguro como era, me expusiera a tu rechazo y a la humillación posterior. Seguro que habría sido muy bueno para mi autoestima que ya de por sí estaba por los suelos. Además, para ti no era más que un friki que iba siempre con una libreta y hacía caricaturas. ¿Qué crees que me habrías respondido? Te habrías reído de mí en la cara. No intentes culparme de tus errores.

—Eso no lo sabes. Ya nunca lo sabremos porque no le echaste huevos.

Aquella discusión no tenía ni pies ni cabeza y Derek se dio cuenta enseguida. No podía entrar en esa espiral. Estaba enfadada por algo de lo que él no era responsable y quería que cargase con su culpa, tal vez para hacer más llevadero el peso que tiene el tomar decisiones erróneas.

—Kisha, cariño, ¿qué te pasa? ¿Quieres que llamemos a Stephen? Sabes que dijo que podíamos hablar con él cuando lo necesitaras.

—No necesito a Stephen, te necesito a ti.

—Vale, aquí estoy. Dime, ¿lo que ocurre es que no quieres volver al trabajo mañana?

Sabes que no tienes que hacerlo si no quieres.

Ella guardó silencio y desvió la mirada hacia la puerta corredera del salón, desde donde se apreciaba la inmensidad del océano. Sus ojos se perdieron en el rumor lejano y amortiguado de las olas.

—Mírame —dijo al tiempo que agarraba con suavidad su barbilla y giraba su cara para que le mirase—. Kisha, ¿te da miedo volver al trabajo?

La mirada de ella le hacía creer que así era. Sin embargo, Kisha era muy orgullosa y él sospechaba que le avergonzaba confesar algo así.

—Puedes decírmelo. No es ningún signo de debilidad. Sentir miedo es algo natural.

Yo estoy aterrorizado de que vuelvas y no me da vergüenza reconocerlo. En menos de ocho meses, he estado a punto de perderte dos veces. Así que si me dices que no quieres volver, te aseguro que voy a ser el hombre más feliz del mundo.

—No quiero volver. Tengo miedo a morir, Derek. Por las noches me despierto muchas veces con una sensación extraña. Me gusta la vida que tengo ahora. Me gusta la vida junto a ti.

—Pues entonces no tiene sentido que vuelvas. Si con el tiempo te aburres por no trabajar, puedes probar algo nuevo.

—Es lo único que sé hacer —señaló cabizbaja.

—No lo creo. No conoces de lo que eres capaz. Pero, si no quieres probar nada diferente, tal vez puedes trabajar de detective privado, no sé, investigando infidelidades o delitos fiscales para algún abogado —dijo medio riendo.

Estaba tan feliz de que ella quisiera dejar el cuerpo de policía que sentía que no podía controlar la sonrisa que brotaba involuntaria de su boca.

—Llevo ya unos días pensándolo y creo que cada vez lo tengo más claro. Creo que mañana iré a comisaría y lo hablaré en persona con Pete.

—¡Genial!

—No me mires con esa cara de bobo.

Él se echó a reír y la abrazó.

La felicidad puede ser efímera, pero también es real. A veces reside en gestos tan sencillos e inocentes, que no debemos perder la oportunidad de exprimirles hasta la última gota, porque nadie sabe cuál será el instante siguiente que hará rebosar nuestro corazón.

Capítulo 49

REGRESOS INESPERADOS

a pequeña e idílica localidad de Carmel se preparaba para una temporada de L invierno alejada del bullicio de los turistas. Sin embargo, después de la serie de acontecimientos de los últimos meses, ya nadie confiaba en que la calma fuera duradera o, al menos, tan plena como había sido en el pasado. Esa calma parecía esta vez una calma con aristas, una calma tensa y preparada para defenderse, a la expectativa de los nuevos acontecimientos que pudieran desarrollarse. Algún día recuperarían aquella placidez de los años anteriores. Al menos, eso era lo que sus habitantes deseaban.

Kisha y Derek se preparaban para ir a la gala inaugural de la exposición en la que había estado trabajando el fotógrafo desde inicios del verano. Se esperaba una gran afluencia de público, entre los que estarían distintas personalidades de la zona y muchos periodistas que cubrirían el evento. Después del revuelo que se levantó cuando le encarcelaron injustamente y el proceso judicial posterior, su valor mediático no había hecho otra cosa que crecer de manera exponencial. Incluso sus fotografías habían parecido revalorizarse.

La hora de inauguración había sido fijada a las siete. Media hora antes se presentaron para comprobar que estaba todo listo y así poder recibir al público que acudiese. Además, algunos medios de comunicación aprovecharon para hacerle algunas fotos y preguntas antes del comienzo.

Kisha estaba mucho más tranquila después de haber tomado la difícil decisión de abandonar la profesión que llevaba ejerciendo los últimos veinte años. Estaba deseando que llegase el día siguiente para hablarlo con Pete y dejar zanjado aquel asunto. No tenía prisa por buscar otra ocupación. Tenía razón Derek. Si surgía la necesidad de llenar su tiempo, exploraría nuevas alternativas. No debía cerrarse puertas antes siquiera de abrirlas.

El fotógrafo la contemplaba entre pregunta y pregunta. Paseaba su mirada por las fotografías como embelesada y, además, estaba pensativa, pero de una forma diferente a aquella mañana. En aquel momento, se la veía relajada y tranquila. Se había liberado de una carga importante para ella, pero eso no significaba que él no sintiera aún cierta preocupación.

Estaba absolutamente preciosa, con un recogido en el pelo de medio

lado y un vestido midi ajustado de color buganvilla, con un favorecedor escote cruzado en forma de pico tanto en la parte delantera como en la espalda, la cual quedaba gran parte al

aire. Cada vez que la miraba, tenía que pellizcarse para comprobar que era real, que aquella mujer preciosa, con la que había soñado desde que era apenas un niño que se asomaba a la edad adulta, estaba allí junto a él y quería pasar el resto de su vida a su lado.

Las puertas se abrieron de manera puntual y la afluencia de público sobrepasó con creces las expectativas iniciales. El juego de luces que habían instalado en la sala resaltaba de forma brillante la calidad de aquellas fotografías tan inmersivas.

Empezaron a aparecer caras conocidas, así como personalidades relacionadas con el mundo del arte y la fotografía. También varios cargos políticos tanto de Carmel como de las localidades de los alrededores, un precio que había que pagar. Todo el mundo quería estar en el evento más destacado de aquel otoño que se acercaba a su final.

Por fin empezaron a llegar amigos y compañeros, lo que le hacía a Kisha más llevadera aquella situación, en la que no terminaba de encontrarse cómoda. Cuando aparecieron Pete y Susan, éste la buscó con la mirada. Habían hablado alguna vez por teléfono, pero no se habían visto desde hacía casi un mes.

—Aquí está mi chica favorita.

—No digas eso delante de tu mujer si no quieres dormir esta noche en el sofá.

—Tranquila, Kisha. Habla tanto de ti que a veces me dan ganas de ponerte un plato en la cena porque casi parece que estás allí.

—Bueno, bueno, a mí no me metáis que yo no quiero ser motivo de discordia.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó él.

—Ya mucho mejor. Pero mañana me gustaría hablar contigo a solas de un tema.

—¿Pasa algo? ¿Algo de lo que tenga que preocuparme?

—No, para nada. Es sólo que creo que voy a dejar el trabajo y me

gustaría explicarte mis motivos.

Pete se quedó sin palabras. Esa respuesta no se la esperaba. Creía que estaría deseando volver a entrar en faena, que aquella calma prescrita por el médico la estaría llevando al borde de un ataque de nervios. Se equivocaba. Pete estaba deseando que la inspectora se reincorporase porque tenían un caso entre manos que les estaba dando muchos quebraderos de cabeza. Era un caso feo que ya había comenzado sin que se dieran cuenta mientras investigaban la desaparición del marido de la forense y que no tenían la menor idea de cómo ponerle freno. Obviamente, sería mejor no comentarle nada al respecto. Si había tomado esa decisión, no tenía derecho a interferir.

—¿Pasa algo? —le preguntó Kisha.



—No, nada. Me sorprende, nada más.

—Ya, si te soy sincera, a mí también. Mañana te lo cuento todo con calma. Bueno, Susan —dijo cambiando de tema—, estarás orgullosa de que tu marido sea el jefazo de la Policía de Carmel.

—Tan orgullosa como siempre he estado de él, sólo que ahora le veo incluso menos que antes. Pero bueno, no me voy a quejar. Si es lo que le hace feliz, está bien.

—Tanto como feliz…

Señaló Pete poniendo los ojos en blanco. Los tres dejaron escapar una leve sonrisa.

—No te quejes, que en el fondo te gusta. En fin, me alegro de haberos visto, pero no quiero entreteneros más. Tal vez os apetezca dar una vuelta y ver la exposición. Hay unas fotos maravillosas, aunque puede que esté mal que yo lo diga. Voy a buscar una botella de agua que tengo bastante sed.

—¿Agua? —dijo Pete medio riendo—. ¿No querrás decir una copa de vino o una cerveza?

—Ja, ja, ja. Eres el mismo humorista sin gracia de siempre. No, Pete, agua, A-G-U-A.

¿Contento?

—Vale, vale. No sé que te ha hecho Stephen en la cabeza, pero desde luego te ha cambiado de arriba a abajo.

Kisha se dirigió hacia la barra sin darse cuenta de que alguien la observaba con detenimiento. Iba abstraída pensando en lo que acababa de decirle su antiguo compañero. Era cierto, había cambiado mucho en muy poco tiempo.

No lo esperaba nadie. Tal vez por eso ni ella se dio cuenta de que la miraba fijamente desde hacía rato. Sus ojos clavados en ella, observando cada milímetro de su cuerpo, buscando diferencias y semejanzas con la mujer que tan bien conocía. Fue de esas sorpresas que no acaban de agradar porque parecen más un susto. Sorprenden y molestan.

Kisha se dirigió a la barra y, antes de que llegara, alguien le puso la mano en el hombro para que se girará. Su cara no pudo evitar reflejar lo que pasaba por su mente.

Si a alguien no esperaba ver era a él. Formaba parte de una etapa a la que no quería regresar. Tenía una vida nueva y se había propuesto darle un giro que implicaba dejar guardado bajo llave un pasado ingrato del que quisiera deshacerse.

Erik había vuelto a Carmel.

Después de tanto tiempo, allí estaba frente a ella.

—¡Uala! ¡Madre mía, estás impresionante!

Ella le estaba mirando atónita y con cara de pocos amigos. Hacía tanto tiempo que no sabía nada de él que pensó que estaba teniendo una alucinación.

—No parece que te alegres mucho de verme —continuó él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Hola, Erik. Me alegro mucho de verte, después de todo lo que pasamos juntos. Te he echado de menos. ¿Qué tal te va la vida? —dijo en un tono y con unos gestos que trataban de ser una burda imitación de Kisha—. ¿Y si empiezas por ahí? Tampoco es tan difícil. Seguro que si lo intentas, te sale bien.

—Déjate de mierdas y responde. ¿Qué estás haciendo en Carmel?

—Te echaba de menos. Me enteré de que habías vuelto y me dije, ¿por qué no?

—No me vengas con gilipolleces. No me echabas de menos. Han pasado quince años desde que lo dejamos. Así que inténtalo otra vez. Te hace falta pasta, ¿verdad? Es eso.

Vas mal de dinero y pretendes que vuelva a ser tu financiera particular.

—¡Qué desconfiada eres! En serio, te echo de menos. Fue hace poco tu cumpleaños y me acordé.

—Puede que casualmente te acordaras de mi cumpleaños, lo cual me extraña, pero no has venido por eso y te aseguro que lo que no soy es estúpida.

—No has cambiado nada, ¿eh? Siempre con ese carácter tan fuerte. Ya sabes como me pones cuando te enfadas —le dijo Erik, acercándose a ella y tratando de acariciar su pelo. Ella le apartó la mano y dio un paso atrás.

—¿Y por qué has venido a esta exposición? ¿Qué se te ha perdido aquí?

—Bueno, no te localizaba. No es tan fácil, ¿sabes? Creía que te encontraría en la comisaría y me dijeron que no estabas. Ya sabes la grima que me dan esos sitios y aún así fui a buscarte. Menuda decepción me llevé. Después, me enteré por casualidad que había un evento en Carmel y supuse que podía venir "*peña*" con pasta, así que no hay nada de malo en intentar conocer gente y hacer contactos, ¿o eso también te parece mal?

—Eso ya me cuadra más contigo. Siempre pensando en el dinero.

—Déjalo, anda. Ahora en serio, te veo bien. Estás guapísima, ¡joder! ¿Estás con alguien? Porque no me importaría que me dieras otra oportunidad. Podíamos empezar ahora mismo.

—¡Ni de coña!

—Así que estás con alguien. ¿Con quién? ¿Le conozco?

—No es de tu incumbencia.

—O sea, que le conozco. ¡Qué fuerte! Venga va, dime quién es.

—No voy a decirte nada, ¿vale?

Derek estaba hablando con el alcalde, cuando se dio cuenta de lo que sucedía. No se podía creer lo que veían sus ojos. Era Erik. Había vuelto. De entre las personas que menos le apetecía volver a ver en su vida, posiblemente él estaría entre los primeros de la lista.

No hacía falta decir que le escocía verle con Kisha.

Decidió acercarse a ver qué sucedía justo cuando ella ya estaba dando por concluida su conversación.

—Kisha, no sabía dónde te habías metido. Estaba buscándote - mintió.

—Ya iba. Aquí ya hemos acabado.

—Así que éste es tu novio, ¡vaya! La estrella de la fiesta, supongo por lo que he visto en los carteles. Encantado de conocerte, yo soy Erik —dijo tendiéndole la mano.

—Sé quién eres, no hace falta que te presentes. Ya veo que tú no te acuerdas de mí.

—¿En serio? ¿Nos conocemos? Joder, pues ya lo siento porque no sé quién eres, no me suena tu cara para nada. ¿De qué nos conocemos?

—Del instituto.

Erik cayó en ese momento en la cuenta de quién era el que tenía frente a él. Siempre le había parecido que era un chico endeble con poco carácter y no se había cortado lo más mínimo en menospreciarle cuando eran críos. Sintió herido su orgullo profundamente al darse cuenta de lo dispares que habían transcurrido sus carreras artísticas. Él, que había sido el macho alpha en el instituto, era el perdedor en ese momento. Intentó disimular lo que le molestaba aquello.

—No jodas. ¿Tú eres ese Derek? No puede ser.

—Sí, lo soy.

—¡No te creo! No, en serio. Es que me parece increíble.



—Pues ya ves —Derek estaba empezando a quemarse al ver lo divertida que le resultaba aquella situación a Erik. Se dijo a sí mismo que no debía dejar que le afectasen sus posibles comentarios hirientes, puesto que habían pasado veinte años y ninguno de los dos era el mismo de entonces.

—¿Por eso no me querías decir con quién estabas? ¿Por qué te avergüenzas delante de mí? —le preguntó Erik a Kisha de forma intencionada.

—¿Qué dices? No te lo he dicho porque no me da la gana que sepas nada de mi vida.

—No ha querido decirme nada, esa es la verdad. Yo si fuera tú me lo tomaría un poco mal —señaló dirigiéndose al fotógrafo.

—Vale, Erik. Nos alegramos mucho de verte. Ahora si no te importa, Kisha y yo vamos a ir a hablar con unos amigos.

—Tranquilo, hombre, que no muerdo.

La inauguración había sido un rotundo éxito. Aquella misma noche ya había vendido un buen número de fotografías. No obstante, el estado de ánimo de Derek había cambiado desde que había visto a Erik. Sabía que no debía dejar que le afectara, pero no podía hacer mucho por cambiar lo que sentía salvo tratar de convencerse de que aquella intromisión en ese paraíso que trataban de construir juntos no significaría nada.

Cuando volvían hacia casa, Kisha se dio cuenta de que Derek iba más callado de lo habitual. Estaba muy serio. Y parecía preocupado. Después de lo bien que había transcurrido la velada, no comprendía que actuara así.

—Derek, ¿te pasa algo?

—No, nada.

—¿Estás seguro? Estás muy raro.

—No, estoy bien —respondió mecánicamente. Sin embargo, su rostro reflejaba que no estaba siendo sincero.

—¿No estarás preocupado por Erik?

—¿Tendría que estarlo? —preguntó, apartando por unos segundos la vista de la carretera para girarse hacia ella.



Ella le miró sorprendida. No se imaginaba que pudiera estar celoso. Creía que, a esas alturas, tendría bien claro lo que sentía por él. Si alguna vez había tenido dudas, desde luego deberían haberse disipado después del último mes.

—Derek, ¿lo preguntas en serio?

—No, supongo que no.

—Eso espero. Porque no tienes motivos para estar celoso ni preocupado.

—Lo sé. Siento reaccionar así. Me ha afectado, ya está. Supongo que remueve ampollas del pasado. Todos tenemos inseguridades, ya lo sabes.

Él le tendió la mano sin quitar los ojos de la carretera y ella se la cogió. Confiaba en que, con ese gesto, ella se olvidara del tema.

Sí, estaba celoso, esa era la verdad. Sabía que era una estupidez y que probablemente no tenía motivos, pero los celos estaban ahí quemándole por dentro, abrasando sin control su mente habitualmente sosegada, arrasándolo todo a su paso. Ver a Kisha junto a Erik otra vez le había hecho sentirse en desventaja, de alguna retorcida manera.

Donde hubo fuego, quedan cenizas. ¿Y si ese era su caso?

Cuando entraron en la calle donde estaba la entrada principal de su casa, había alguien esperándoles.

Parecía que aquella noche las sorpresas no paraban de sucederse.

Aparcaron en la calle. Bajaron del coche con cierto regusto amargo después de la incómoda situación que había provocado el inesperado regreso de Erik. Kisha le cogió de la mano antes de llegar a la entrada. Él la miró aún con destellos de duda en los ojos que ella disipó con su mirada.

No dijeron nada. ¿Para qué utilizar palabras cuando sus ojos acababan de decirlo todo? Era un lenguaje diferente, mucho más sincero y carente de circunloquios u otros juegos idiomáticos.

Había una mujer esperando cerca de la puerta, pero no la vieron hasta que estuvieron casi encima de ella y llamó a la inspectora por su nombre.

—Kisha, hola —dijo cuando se acercaron, saliendo de una zona poco iluminada.

—¿Helen? —respondió ella incrédula por ver a su hermana allí.

Hacía varios meses desde la última vez que se habían visto, cuando Kisha se había acercado hasta la casa de su hermana en Monterey para intentar arreglar las cosas entre ellas o, al menos, iniciar un acercamiento. Sin embargo, Helen la había rechazado de plano.

—Sí, soy yo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Necesito hablar contigo. En realidad, necesito tu ayuda. Está pasando algo y no sabía a quién más acudir. Los de la policía de Monterey no me hacen demasiado caso.

Lo siento, igual no es un buen momento —comentó mirando a Derek.

—No te preocupes, está bien —respondió el fotógrafo.

—Hola, soy la hermana de Kisha —añadió presentándose y tendiendo una mano hacia él.

—Hola, yo soy Derek.

Ella le miró con detenimiento, como tratando de buscar en su memoria el motivo por el que le resultaba tan familiar.

—Ya sé porque me suena tanto tu cara. Tú eres Derek Harper, el fotógrafo tan famoso, ¿no?

—No sé si famoso, pero sí, soy fotógrafo.

—Vaya, eres aún más guapo en persona.

—¡Helen! ¿De qué vas? —la cortó Kisha. Una punzada de celos la había hecho saltar como un resorte.

—Tranquila, sólo hacía una observación. Mi marido y yo compramos una de tus fotos hace un año y ocupa casi una pared entera de nuestro salón. Es como una gran ventana a la naturaleza. Casi parece que estás allí. Es increíble.

—Gracias. Me alegro de que os guste.

—Es una foto en la laguna rosa en Australia.

—Sí, ya sé cuál dices. En la isla Middle del archipiélago de la Recherche. Es de mis favoritas.

—De todos modos —interrumpió Kisha aún celosa—, igual te suena su cara porque venía con nosotras al instituto, justo entre tu curso y el mío.

—¡Claro! ¡Cómo no he podido darme cuenta hasta ahora! Ya sé quien eres. ¡No me puedo creer las casualidades que suceden a veces! Me acuerdo perfectamente de ti.

Siempre ibas con una libreta de dibujo en la mano. Hacías unos dibujos y unas caricaturas impresionantes. Recuerdo que le regalaste a Kisha un retrato de ella precioso, aunque dudo que ella lo recuerde porque estaba con el imbécil de Erik que le tenía comida la sesera.

Kisha enrojeció, aunque era casi imperceptible gracias a su color de piel tostado. No recordaba aquello en absoluto. Imaginaba como se sentiría Derek en aquel momento y no quería más motivos para decepcionarle o discutir aquella noche.

—¡Vale ya!

—Sé sincera, no te acuerdas.

—Creo que sí —trató de disimular con poco éxito. Nunca se le había dado bien.

Derek bajó la mirada un tanto desilusionado. Recordaba con cuanto interés había hecho aquel retrato para ella, lo nervioso que se puso cuando se lo entregó y también se acordaba del desdén con el que ella lo cogió.

—No se lo tomes en cuenta. Le gustó, pero como ya te he dicho, estaba idiotizada con aquel chico. A mi hermana nunca se le ha dado bien tomar decisiones.

—Y sin embargo no soy yo la que ha venido buscando ayuda.

Helen agachó la cabeza un tanto humillada. No podía explicar por qué motivo siempre se comportaba así con su hermana pequeña. Tal vez eran celos porque, a pesar de que siempre había sido ella la que se había esforzado en hacerlo todo bien y en ser perfecta, su padre siempre había sentido una predilección especial por Kisha cuando eran pequeñas. Él nunca había llegado a ver lo lejos que había llegado Helen en su carrera profesional, puesto que murió cuando ellas aún estaban estudiando. Aún sentía aquella espina clavada y no comprendía por qué parecía seguir queriendo competir con su hermana pequeña. Era totalmente irracional.

—Tienes razón.

—Lo siento, no debería haber dicho eso.

—Creo que será mejor que os deje y habláis tranquilamente —sugirió Derek—. Si queréis, podéis entrar en casa. Hace bastante frío. Podéis estar en el salón. Yo subiré al dormitorio y no os molestaré.

—Gracias, Derek, eres muy amable. No tardaré mucho.

—De acuerdo. Toma —dijo poniéndole a Kisha su abrigo por encima—. No vas demasiado abrigada como para estar en la calle. Encantado de conocerte, Helen.

—Igualmente.

Se dieron un apretón de manos y él se dirigió hacia la vivienda. Esperaron en silencio hasta que él entró en la casa.

—No sé si eres consciente de que eres muy afortunada.

—Sí, lo soy.

—Parece una buena persona y, desde luego, es encantador.

—Sí, lo es. Creo que es la mejor persona que he conocido en mi vida.

—Tenéis una casa preciosa y en una situación única. Te parecerá increíble, pero Joseph y yo estuvimos preguntado por ella antes de comprar la que tenemos en Monterey. Sin embargo, estaba muy alejada de lo que nos podíamos permitir en aquel momento. Además, los dueños no estaban por la labor de venderla. Así que imagino que te gustará saber que te envidio.

—No especialmente. ¿Qué es lo que quieres, Helen?

Aquel juego ancestral de celos fraternales estaba empezando a poner nerviosa a Kisha. Había ido hasta allí por algo y quería saberlo cuanto antes.

Observó que su hermana había empezado a retorcer entre las manos un pañuelo que llevaba. Estaba más inquieta y agitada de lo que había percibido en un principio.

—Creo que mi familia y yo estamos en peligro.

—¿Por qué crees eso?

—Hace al menos un par de meses o mes y medio que tengo la sensación de que alguien nos vigila, pero podían ser paranoias mías. Sin embargo, ahora ya estoy segura.

Creo incluso que alguien ha entrado en nuestra casa. He encontrado muchos días pequeños animales muertos en la entrada, la mayor parte de las veces pájaros o algún ratón. Pero también algún gato y algún conejo. Además, estoy convencida de que alguien asesinó a nuestro perro, aunque el veterinario insistió en que había sido algo fortuito, porque se había atragantado jugando con una pelota pequeña que acabó alojada en su garganta. Sé que no tenía ninguna prueba y por eso no me creían en la comisaría. No me han hecho ni caso y Joseph también cree que me lo invento y que debería ir al psicólogo porque puede ser que tenga demasiado estrés en el trabajo. Hasta que recibí esta carta el otro día —finalizó sacando del bolso un sobre y tendiéndoselo a su hermana.

Ella le pidió que le dejara su pañuelo para preservar el papel lo más intacto posible por si había huellas en él. Sacó con sumo cuidado la cuartilla y la leyó en voz alta.

— *Hola Helen.*

No me conoces pero soy tu ángel de la guarda. Seguro que habrás agradecido las fotos que te hice llegar. Son de lo más explícitas. Si todavía tienes dudas, es que estás ciega. Bueno, a lo que iba. Tenemos una conexión que tú desconoces. Estamos unidos por un hilo invisible. Me encanta esa expresión, ¿no te parece poética? Bueno, tal vez un tanto manida, es verdad. Ojalá cuando me conozcas en persona entiendas igual que yo a qué me refiero. Ojalá que sea pronto. ¡Ah! Se me olvidaba algo importante. Ni se te ocurra decírselo a tu hermana.

Kisha se quedó helada ante aquella carta. No sabía ni qué decirle a Helen. No había amenazas explícitas, pero si un juego velado de poder e intimidación que ponía los pelos de punta.

—No sabía qué hacer. Me entró el pánico. No se la he enseñado a nadie. En principio, creí que debía hacerle caso y no acudir a ti, por si acaso. Sin embargo, he leído muchas veces en los periódicos que eres una gran policía. Hace unos meses recuerdo que leí que te habían admitido en una unidad de élite del FBI pero que decidiste venir aquí. Así que he creído que, si eres tan buena investigadora como dicen, lo mejor sería acudir a ti, independientemente de lo que diga la carta. Estoy muerta de miedo por si me he equivocado tomando la decisión. Por eso he venido a estas horas, porque imaginé que ahora no me estaría siguiendo, ya que nunca salgo tan tarde de casa, salvo que tenga que acudir a algún evento.

—¿A qué se refiere con lo de las fotos?

—Joseph tiene un lío con una compañera de su trabajo —respondió avergonzada.

Reconocer eso ante su hermana era doloroso, porque siempre había dado la imagen ante ella de la perfección que ansiaba alcanzar. Que su marido se la pegara con otra era gritar su fracaso a los cuatro vientos.

—Lo siento.

—Sí, ya sabes… Gracias.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —preguntó, sospechando que tal vez aquel posible acosador era quien le había dicho dónde vivía Kisha de alguna manera retorcida. Era probable que estuviera vigilando todo su entorno, así que no podía descartarlo de antemano.

—Un día, hace algo más de un mes, antes de que recibiera esta carta, me acerqué a comisaría para hablar contigo pero, al final, no me atreví. Tampoco tuve valor para llamarte, porque nadie daba importancia a lo que sucedía salvo yo y después de haber pasado de ti después de que fueras a mi casa… Así que, cuando saliste de la Jefatura de Policía aquel día, no sé por qué, te seguí hasta aquí y así descubrí dónde vives. Estaba ya a punto de irme cuando habéis vuelto.



—Voy a quedarme con la carta. Está escrita a mano y ahí tal vez

podamos averiguar algo sobre quién la ha enviado. Tengo un buen amigo en el FBI en San Francisco y seguro que pueden hacer un análisis grafológico. No te preocupes, déjalo en mis manos.

Hablaré mañana con el Jefe de Policía de Carmel a ver si podemos ponerte un par de escoltas y ahora te llevo a casa.

—No, Kisha, no te preocupes. Si no me ha hecho nada hasta ahora, no creo que eso vaya a cambiar justo ahora. He estado muy atenta por el camino vigilando que no me siguiera nadie.

—Está bien. Será mejor que nadie nos vea juntas, pero mandaré a mi compañero en algún momento para que hable contigo, porque necesitamos toda la información que nos puedas dar.

—De acuerdo.

—Tranquila, Helen. Lo voy a resolver, ¿vale?

—Gracias. Sé que he sido muy dura contigo, espero que puedas perdonarme.

—Claro.

En ese momento, Helen la abrazó. Kisha no recordaba cuántos años tenía la última vez que su hermana le dio un abrazo, pero desde luego había pasado mucho tiempo de aquello.

Entró en casa. Guardó la carta en una bolsa de plástico nada más entrar. Derek estaba en el salón ya en pijama esperando para hablar con ella. Ya había anticipado en su cabeza las posibles repercusiones que aquel encuentro podía tener en sus vidas.

—¿Todo bien?

Kisha reflexionó un momento sobre cómo iba a plantearle aquello. Habían decidido que dejaría el cuerpo de policía de forma definitiva aquel mismo día y ahora esa decisión era inviable. Necesitaba estar en activo para investigar lo que le había contado su hermana y encontrar a su acosador. Podía ser peligroso, aunque hubiera pasado tantas semanas sin hacerle realmente daño. En cualquier momento, podría dar un paso más en una escalada de violencia que podía desatarla cualquier nimio detalle. No era la primera vez que veía algo así.

Pero no podía decirle nada de eso a Derek.

Se había prometido que nunca más le mentiría ni le ocultaría cosas, pero se sintió obligada a hacerlo. Una vez más.

—No, demasiado. Posiblemente no sea nada, pero…

—Pero, ¿qué?

—Me ha pedido ayuda con un problema que tiene.

—¿Qué tipo de problema?

—Derek, no es nada grave.

—Kisha, déjate de rodeos y dímelo —él empezaba a estar realmente inquieto y preocupado.

—Cree que ha estado alguien vigilándola en los últimos meses.

—¿Y qué más? —preguntó con una mirada inquisitoria.

"*¿ Cómo coño puede saber que le oculto algo?"* — pensó Kisha. No dejaba de sorprenderle que él pudiera leer en ella de una forma tan clara lo que pasaba por su cabeza.

—Le han dejado algunos animales muertos en la entrada. Y cree que alguien mató a su perro, aunque el veterinario dijo que era muerte natural, que será lo más probable.

—¡Joder! ¡No me lo puedo creer!

—Derek, seguro que no es nada. Joseph, su marido, no está preocupado y la policía de Monterey no le ha dado importancia.

—¿Supongo que entiendes por qué no te puedes hacer cargo de esto?

—¿Qué? Derek, es mi hermana, tengo que ayudarla.

—Sí, la misma que no te visitó en primavera cuando estabas ingresada y que no te ha llamado la última vez para saber si estabas bien, después de que salió la información de lo sucedido en toda la prensa de la zona. Es más, no te ha llamado nunca, a pesar de que fuiste a su casa arrastrándote para que retomaseis la relación.

—A mí eso me da igual.

—Kisha, no puedes coger este caso. Esto ya lo hemos hablado más veces y habíamos acordado que lo dejabas definitivamente.

—No te entiendo, en serio. No comprendo que puedas ser tan egoísta.

—Sí, tal vez lo soy, pero estoy seguro de que es mejor idea que lo coja Julius o que llames a Bill o que hables con alguien de Monterey o con cualquiera de los muchos

policías que hay en la zona. Insisto, ya habías decidido dejar esto atrás. Y los dos estábamos de acuerdo.

—No puedo hacerlo hasta que resuelva lo que sea que esté sucediendo. No entiendo por qué te pones así.

—¿Quieres saber por qué no es buena idea? ¿Necesitas que te lo explique otra vez?

—Sí, la verdad, me gustaría.

—Porque este caso es personal, Kisha, y los dos sabemos que ocurre en esas situaciones. Y, además, en este caso concreto, es tu oportunidad para recuperar a tu hermana, para demostrarle que puede estar orgullosa de ti y que vales la pena.

—Eso me da igual. Estás diciendo cosas sin sentido.

—No, no lo hago. Sé que vas a hacer lo que sea necesario para ganarte su afecto.

Creía que, después de lo ocurrido y de nuestras últimas conversaciones, no sería necesario recordarte que en los últimos casos que te has tomado de forma personal las cosas no han acabado bien para ti. Primero fue por mí, luego por Hilka y ahora tu hermana.

—No va a pasar nada, ¿vale? He aprendido la lección, te lo aseguro. Esta vez sí que no me ha quedado ni la menor gana de arriesgarme en absoluto.

—¡Coño, Kisha! ¿Tengo que recordarte que la última vez estuviste clínicamente muerta? Si eso no te hace pensarte dos veces lo que ya parece que has decidido, no sé qué puede hacerlo.

—Me voy a dormir, Derek. Creo que hoy ha habido demasiadas emociones fuertes y deberíamos hablar en otro momento. Primero ha sido lo de Erik y ahora esto. Será mejor que lo dejemos por hoy.

Ella se dirigió al dormitorio rehuyendo la conversación porque sabía que él tenía razón, que ella no quería volver, que había decidido dejar todo aquello atrás, que estaba aterrorizada como no lo había estado jamás. Tenía razón en que había elegido vivir por una vez y ahora iba a posponer aquella decisión que tanto deseaba llevar a cabo. Pero en su interior algo le gritaba que tenía que hacerlo. No podía defraudar a su hermana.

No esta vez.

Volvía a entrar en el círculo vicioso y, lo peor de todo, es que estaba vez era plenamente consciente de ello.

A los pocos minutos ya más tranquilo subió el fotógrafo. Había perdido la batalla una vez más, pero no quería que eso afectara a su vida en común.

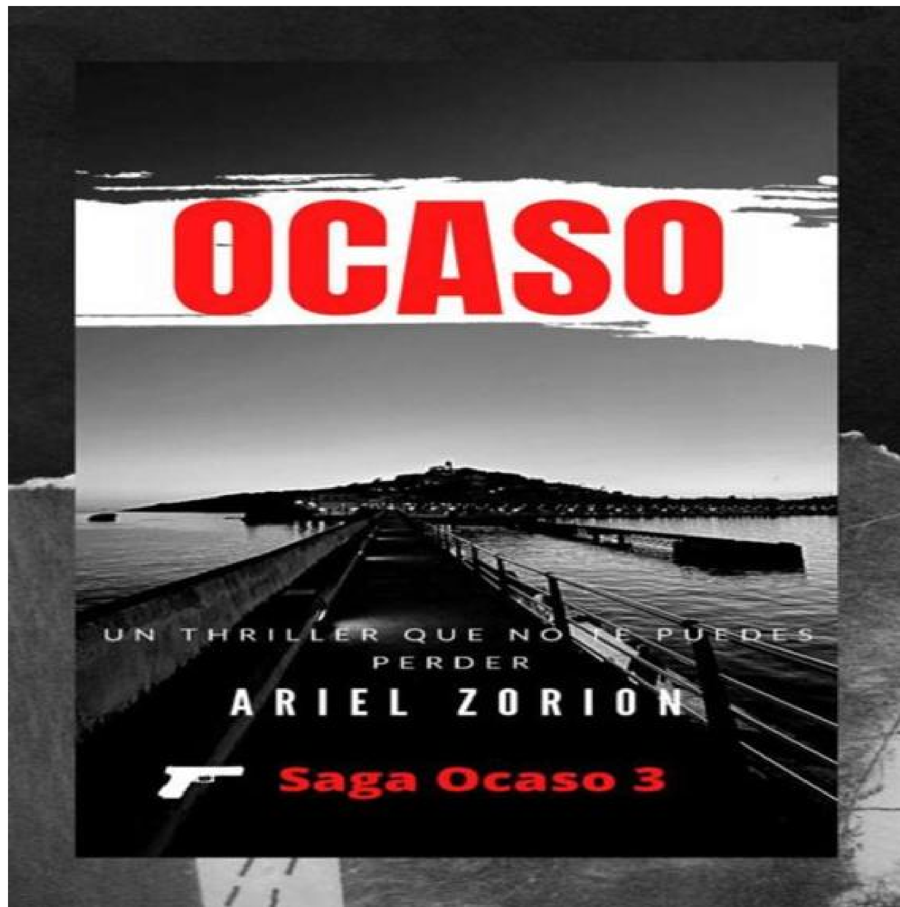


—Lo siento, Kisha. Creo que tienes razón. Ha sido un día intenso. Es decir, en realidad lo que ocurre es que me ha sacado de quicio ver a Erik en la fiesta, la verdad y estoy más nervioso. Y ahora esto… Bueno, he perdido un poco la cabeza anticipando todo lo que puede pasar y no debería haber reaccionado así. Es tu decisión y debo respetarla.

—No pasa nada. Te entiendo. Pero no va a ocurrir nada, ya lo verás. No creo que sea nada importante. Es sólo alguien que quiere atemorizarla. Si hubiera querido hacerla algo, no se habría estado dos meses merodeando sin dar un paso más. Ven aquí, anda y abrázame.

Pero Derek estaba asustado.

Presentía que lo que venía justo después era el ocaso de los días tranquilos.



SINOPSIS

¿Qué harías si te vieras atrapado en una vida que ya no quieres? El pasado vuelve otra vez a atacar de manera feroz con garras de acero a la pacífica zona del condado de Monterey, en California. El cuerpo de Policía de Carmel-by-the-Sea se verá nuevamente envuelto en una serie de crímenes e intrigas en las que todos se verán amenazados.

Los sucesos acontecidos en la segunda entrega de la trilogía impregnarán esta tercera parte, con consecuencias imprevisibles, con resultados inesperados para todos. Porque el idílico Carmel-by-the-Sea nunca volverá a ser el mismo.

Muchos frentes abiertos en esta novela. Por un lado, la hermana de la inspectora Kisha Jennings se enfrenta a amenazas de un desconocido. Por otro lado, están apareciendo en la playa de Monterey, en el mismo

lugar en el que se dio por desaparecido a Stephen Meyer, varios cuerpos de hombres que han sufrido una violencia extrema. El primero lo encontraron cuando investigaban la desaparición del psiquiatra, pero nadie supuso que ese cadáver iniciaría una serie.

El peligro parece extenderse por la serena Carmel-by-the-Sea y sus alrededores, el miedo lo puebla todo. ¿Quién podrá detener esa escalada de crímenes?

A todo en esta vida le llega su ocaso…

Esa es una realidad que es imposible negar.

PLAYLIST CADA CANCIÓN EN

ESTE LIBRO TIENE UN

SENTIDO…

- Western Stars - *Bruce Springsteen*
- Four Winds - *The Killers*
- Courage to Change - *Sia*
- Lose Somebody - *Kygo & OneRepublic*
- Follow You - *Imagine Dragons*
- Walking the Wire - *Imagine Dragons*
- Running Towards a Place - *The Killers*
- Aftermath - *Muse*
- It’s a Hard Life - *Queen*
- Never Let Me Go - *Florence + The Machine*
- Living in the Moment - *Jason Mraz*
- Walking in my Shoes - *Depeche Mode*
- Róróró - *Of Monster and Men*
- Wild Roses - *Of Monster and Men*
- Perfect - *Ed Sheeran*
- Thinking Out Loud - *Ed Sheeran*
- Wrecked - *Imagine Dragons*
- Pressure Machine - *The Killers*

Al final de la novela, te explicaré el sentido de cada una de ellas.

*Para **Anyi***

El tuyo ha sido un ocaso adelantado.

Ahora nos toca aprender a vivir sin ti

y navegar por el día a día

sin naufragar en un mar de lágrimas.

"Todo atardecer

trae consigo la promesa

de un nuevo amanecer"

Ralph Waldo Emerson

PRÓLOGO

uerida inspectora,

Tenía muchas ganas de ponerme en contacto contigo. Me permito tutearte, espero que Q no te importe. Son tantas cosas las que tengo que decirte… Estoy deseando que nos encontremos cara a cara y poder disfrutar de una amena conversación. Ojalá tengamos la oportunidad, aunque ya sabemos que a veces la muerte es caprichosa y trunca nuestros planes.

¿He dicho la muerte? Perdona mi equivocación. No sé en qué estaría pensando. Quería decir el destino, tú ya me entiendes.

No sé si opinarás como yo, pero me parece que la vida es "a veces" una sucesión de casualidades y decisiones imprudentes. Es como si el caos decidiera tomar las riendas y se propusiera gobernar el destino.

Nuestro destino.

El tuyo.

El mío.

Y el de otros.

¿Sabes a qué me refiero? No, supongo que no. Ese machacado cerebro tuyo ya no comprende nada. Te lo explicaré. Tú eres un claro ejemplo de un caótico desorden, un elemento que rompe la entropía, que la anula y la hace imposible. Eres el elemento desestabilizante que destroza la vida de otros, incapaz como eres de hacer nada al derechas. ¿Acaso no te das cuenta? Mi querida Kisha, no eres más que un error de medida. Un signo cambiado en una fórmula matemática que destroza la ecuación y la convierte en una irremediable equivocación de consecuencias imprevisibles.

¿Has pensado alguna vez que eres el centro de todas las desgracias? Todas las personas que te importan acaban sufriendo. ¿Cómo sería su vida si tú no existieras? Piensa, por ejemplo, en tu hermana, envuelta en todo ese lío. Cuánto sufrimiento que se podría haber evitado. Acuérdate también del Doctor Meyer y su mujer, tu querida amiga la forense. Vale, puede que tú ahí no fueras la causa directa pero sí fuiste un elemento coadyuvante. El hilo conductor que provoca el cortocircuito. ¿Y el fotógrafo? ¿Dónde está ahora ese apuesto caballero? Es evidente que ya no pudo más, ¿no es así? No sabes lo que siento lo que ha sucedido con él. Imagino lo duro que te estará resultando.

Pero la vida sigue.

O tal vez no merezca la pena seguir.

Tu compañero es un reflejo de lo que tú has sido, un pozo autodestructivo que no tiene fondo.

Una caída sin frenos hacia el abismo. Una caída iniciada porque tú le empujaste, dicho sea de paso. Ese joven nunca volverá a ser el mismo porque le has dejado profundas cicatrices.

Y luego está Bill. El bueno de Bill. El amigo leal y fiel que aún parece no saber que para él no eres más que la peste. Hará todo lo que le pidas y lo sabes. Sólo tú puedes detener esta rueda de dolor que hace tanto que empezó a girar.

No quería confesártelo porque ya te estoy dando demasiadas pistas, pero la verdad es que al Jefe de Policía también le espera algo pronto. Está en el punto de mira, como imaginarás. Ha querido ayudarte, incluso ha asumido tareas que un comisario no debería realizar y ha cometido un error del que no ha sabido calcular las consecuencias. Tal vez sea demasiado bueno para el cargo que ocupa. Es hora de darle una lección y que aprenda a poner los límites. Es necesario que conozca que tenerte en su vida es sinónimo de desgracias. Y recuerda, tiene familia. Mujer y dos hijas.

¿Estás dispuesta a poner en riesgo algo tan sagrado como eso?

Para finalizar, debo confesarte que el penúltimo cadáver no ha sido más que un regalo para ti.

Él mismo se puso la diana en la espalda y, por lo que vi, vuestra encendida discusión no terminó bien. No tienes que darme las gracias. Te he quitado un muerto de encima, disculpa mi humor negro.

Me despido ya. Pero antes de terminar, debo insistir en algo: sólo tú puedes

evitarlo. Puedes hacerlo de muchas maneras. Quitarse de en medio es más fácil de lo que parece. Lamentarán tu ausencia, pero será sólo algo temporal. Además, no deberías temer a la muerte. Ya la viste frente a frente. ¿Qué se siente, inspectora, cuando la parca te acoge en su regazo? Dicen que los que han regresado nunca han vuelto a ser los mismos. ¿Qué me respondes a eso? ¿Eres la misma de siempre? Yo creo que no.

Ahora eres más débil y tienes más miedos.

Eres frágil e inestable.

¿Qué más te queda por perder?

Asúmelo, inspectora. Es la hora de tu ocaso.

CAPÍTULO 1 REINICIAR

alió a correr antes de que despuntara el sol. Había una ligera bruma que humedecía el ambiente. El frío era notable pero parecía insensible a él. Tal vez era el fuego que S arrasaba su cerebro lo que la impedía sentir el gélido viento invernal que le cortaba la piel.

Diez kilómetros. Tal vez era demasiado después de lo que había sucedido hacía poco más de un mes, cuando su corazón se paró durante cuatro minutos, deteniendo hasta el aire que rodeaba a los que observaban su lucha a vida o muerte.

Esa fragilidad del cuerpo, la vulnerabilidad a la que se ve expuesto el ser humano al que partículas sólo visibles bajo unas lentes de gran aumento pueden destruirlo en un abrir y cerrar de ojos, se había hecho patente en su coqueteo con el más allá.

El cardiólogo le había dado el alta, al igual que el resto de médicos y especialistas que la habían visto y habían comprobado que su estado de salud era óptimo, casi demasiado bueno teniendo en cuenta lo sucedido. Un milagro, según le habían confirmado, porque cualquiera en su lugar podría no haber tenido la misma suerte.

Desde luego no era para tomarse las cosas a broma. Afortunadamente, su corazón estaba fuerte y había pasado con nota las pruebas de esfuerzo.

Aún así…

Sentía miedo pero, al mismo tiempo, no podía dejar de correr. Necesitaba alejarse hasta un lugar en el que pudiera gritar y

desahogar toda su rabia, donde pudiera increpar al mismísimo cielo por ser tan vil con ella, porque ya había decidido cambiar su vida y, ahora, de pronto, había tenido que reiniciarse otra vez y ponerse en modo poli.

Sus pasos la llevaron hasta lo alto de una zona elevada sobre un acantilado. Se detuvo unos instantes. Miró al horizonte. La imagen era casi onírica. La perfección de la naturaleza bajo sus pies. Nubes mullidas que salpicaban el cielo caían sobre el mar. El sol asomaba tímidamente, imponiéndose a la oscuridad, estableciendo su tiranía luminosa de manera precisa, sin prisa pero sin pausa, restableciendo el orden natural de las cosas. La luz abriéndose paso. La ausencia de sombras. El éxtasis del amanecer, su visión casi hipnótica.

Y entonces gritó.

Gritó muy fuerte.

Gritó hasta casi desgañitarse.

Gritó hasta sentir como el dolor agarrado en el pecho arañaba la tráquea en su escapada hacia el exterior.

Y se dejó caer sobre el terreno irregular, rendida, arañándose sin darse cuenta las rodillas y rompiendo levemente la malla que se había puesto para correr.

Dejó salir la frustración que le inundaba el alma.

Porque no era eso lo que quería.

Ya no.

“*Todo atardecer trae consigo la promesa de un nuevo amanecer* ”

Mentira.

En su vida, después del ocaso llegaba otro ocaso, en un bucle infinito en el que nunca acababa de ver la luz. Estaba atrapada en una telaraña y lo sabía. Y ahora le tocaba disimular y convencerse de lo contrario para poder convencer también a Derek de que era lo que quería hacer, lo que tenía que hacer.

Llegó a casa. Antes de introducir la llave en la cerradura respiró hondo. Debía mantener la calma, no flaquear. No todo estaba perdido. Cuando acabara con aquello, abandonaría el cuerpo de policía, tal y

como había planeado. Pero ahora tenía que mostrar una determinación sin fisuras.

Cuando accedió al interior, le llegó el olor del café recién hecho, ese maldito olor con la capacidad de despertar sentimientos dormidos o, mejor, adormecidos, que es lo que había tratado de conseguir con esa huida hacia delante que había sido la carrera de primera hora de la mañana. Una fallida huida hacia un futuro que la había arrastrado de nuevo a un pasado del que sentía que no podía escapar.

Derek ya se había levantado. Si la acogía entre sus brazos ya no tendría fuerzas para nada más, ni determinación alguna para continuar con aquella locura que era regresar a un trabajo que ahora sentía ajeno y que poblaba su mente de pesadillas.

Ella se acercó a la cocina. Antes de que llegara a su altura, él se giró con una sonrisa adornando su, ya de por sí, atractivo rostro. Su mirada se dirigió de inmediato hacia algo que le llamó la atención.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó extrañado—. ¿Te has caído?

Kisha siguió la dirección de su mano y de sus ojos. Cuando bajó la mirada, se dio cuenta del roto que tenía en la malla y la raspadura que se traslucía.

—No, es decir, bueno algo así. No es nada.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. Con ganas de darme una ducha, nada más —contestó tratando de sonar despreocupada.

Le besó de manera fugaz y se dirigió a la planta de arriba tratando de esconder la zozobra que poblaba su interior. Bajo el agua podría camuflar las lágrimas que estaban a punto de brotar.



Cuando llegó a las inmediaciones de la comisaría, aún permaneció unos minutos dentro del coche. Algo la paralizaba. No quería salir, no quería atravesar esa puerta otra vez porque entonces todo volvería a ser real.

Justo cuando estaba bajando de su vehículo, después de largos minutos de indecisión, vio que salía del edificio y encendía un cigarrillo Julius, su compañero de patrulla durante los últimos meses.

¿Desde cuándo fumaba? No recordaba haberlo visto nunca con un pitillo en la mano. De hecho, por lo que conocía de él, era alguien que cuidaba mucho su salud. No había día que se saltase sus entrenamientos y cuidaba mucho su alimentación. Incluso alguna vez la había echado a ella alguna regañina porque, cuando estaban con algún caso más complicado de lo habitual, Kisha se saltaba con frecuencia alguna comida o ingería cualquier cosa que pillase, sin prestar la menor atención al valor nutricional que tuviera.

Hacía ya algo más de un mes que no se veían y no podía intuir el calvario que el joven policía estaba atravesando. Había matado a un hombre. Había sido en defensa propia y porque las circunstancias lo requerían. Pero, aunque su forma de proceder hubiera estado justificada, su mente racional no era capaz de asimilar que hubiera sido él quien había apretado el gatillo.

Cuando la vio acercarse, algo dentro de él se removió. Apagó el cigarro y se dirigió a ella con paso decidido. En su mirada se leía algo que no era fácil de precisar.

—Hola. ¿Qué pasa? ¿Parece que has visto un fantasma? —dijo Kisha tratando de parecer la de siempre.

Él la miró de una forma a la que ella no estaba acostumbrada. Había algo muy distinto en él. Tal vez era la expresión de su rostro, con los músculos apretados, el rictus contraído. Quizás se debía a la intensidad que se leía en sus ojos, los cuales brillaban de un modo que no recordaba. Acaso fuera un poco de todo. En realidad, no sabía cómo definirlo, cómo ponerle palabras a aquella impresión, pero sin duda no era el mismo de siempre o, al menos, el mismo que ella recordaba.

Entonces se acercó a ella y la abrazó con fuerza, como si tratase de transmitirle un mensaje que ella no era capaz de comprender. Kisha cedió al abrazo y se entregó a él,

como una forma de comunicación nueva entre ellos. Le sorprendió esa cercanía, esa expresión tan clara de afectividad por parte de su compañero.

Cuando por fin la soltó, ella vio en él una expresión que le preocupó. Le recordó a ella misma en sus peores momentos. La mirada inquieta, un poco perdida, la expresión severa, el característico gesto de quien intenta tocar fondo y no lo consigue.

Julius era un hombre de buen carácter, simpático y dicharachero, un

poco tímido con ella al principio de conocerle, con ese obsesivo respeto que le profesaba al comienzo de su relación laboral por la trayectoria profesional de la inspectora, a la cual admiraba y lo proclamaba abiertamente. Le gustaba hacer bromas y tenía un buen sentido del humor.

Su estado de ánimo de forma habitual solía ser muy estable, algo que desde luego parecía estar muy alejado de lo que Kisha veía en aquel momento.

—Oye, ¿qué te pasa? No tienes buen aspecto.

—No sé, supongo que no duermo mucho últimamente —respondió, rehuyendo su mirada.

—Ya. Entiendo. ¿Y desde cuándo fumas? Porque yo desde luego no recuerdo haberte visto antes con un pitillo colgando del labio.

—Un par de semanas o así.

Entonces Kisha viendo la expresión de Julius reconoció en su cara sin lugar a dudas lo que ya había sufrido ella tiempo atrás. Esa caída al vacío sin red. Esa sensación angustiosa de culpabilidad que te arrastra por el fango.

Lo sucedido un mes atrás le estaba pasando factura, porque hay momentos que duran segundos pero dejan marcas eternas.

—Siento tanto no haber llegado antes. No he podido parar de darle vueltas a aquello

—confesó Julius.

Se refería al momento en el que accedió al sótano de la vivienda de San Martín en la que había permanecido casi una semana retenido un reputado psiquiatra que, además, era el marido de la forense del condado. Cuando llegó, el captor trataba de asfixiar a la inspectora.

Por poco lo consigue.

—Para, para. ¿Es por eso? Ni se te ocurra pensar en toda esa mierda. Estoy aquí y estoy bien.

—Pero por los pelos.

—Por lo que sea, pero aquí sigo. Los médicos dicen que estoy perfectamente, además.

No hay nada por lo que lamentarse, ¿de acuerdo?

Se miraron a los ojos por unos segundos y fue él quien acabó apartando su mirada.

Tal vez temía que ella pudiese leer demasiado de lo que sucedía en su interior.

No estaba bien.

No se sentía bien.

Llevaba ya un mes caminando por el alambre y las cosas no hacían más que empeorar. Después de que el subinspector Morgan tuviera que disparar a Arthur Hamilton en el último caso en el que habían trabajado Kisha y él juntos, había caído en una fase depresiva de la que no sabía cómo salir. Tampoco había buscado ayuda profesional, esa era la verdad, y había rehusado recibirla cuando Peter Smith, el Jefe de Policía, le recomendó que se dejase aconsejar por un psiquiatra o, cuando menos, tener algunas sesiones con un psicólogo.

—Estoy bien, Pete. No insistas, por favor.

—No estás bien y lo sabes. Tienes que dejarte ayudar. Deja esa cabezonería a un lado y escucha a los mayores.

Pero no había servido para hacerle cambiar de idea.

A veces, nos creemos inmunes a todo. Pensamos que el pozo en el que hemos caído no es demasiado profundo, porque no, esto no puede pasarme a mí, esto es algo que le sucede a otros.

Negación, bloqueo, rechazo.

Hasta que nos damos cuenta de que parece que nunca llegamos a tocar con el pie para coger impulso y volver a salir a flote. Sólo caemos sin control, más y más, y es entonces cuando somos finalmente conscientes de que el pozo no tiene fondo ni final, es cuando comprendemos que el mal, la enfermedad, la depresión no nos son ajenos, ni tangenciales, sino muy reales.

El último mes sin Kisha, había estado patrullando con otro compañero más joven que él, el cual llevaba apenas unos meses. Tom era un chico de fuerte carácter y, pese a sus veinticinco años, tenía muy claras sus ideas. Y lo que había visto con Julius no le había gustado. Lo había puesto en conocimiento del Jefe de Policía y éste le dijo que lo dejase

en sus manos. Pete se había mostrado paternal con su subinspector, demostrándole su preocupación, haciéndole saber que podía contar con él para lo que necesitara. La realidad era que no había conseguido solucionarlo y temía perder a uno de sus mejores agentes en aquel momento si las cosas no cambiaban.

Tú puedes tender tu mano, pero el otro tiene que querer agarrarla.

Julius nunca había bebido, salvo de manera ocasional en eventos sociales, aunque procuraba evitarlo. Ahora había encontrado en el fondo de un vaso una salida fácil que no era más que una puerta giratoria y bebía incluso estando de servicio. Eso le hacía estar irascible y errático. Había tenido múltiples y enconadas discusiones con Tom, lo cual estaba generando un ambiente enrarecido en la Jefatura.

Entraron en comisaría. A Kisha le sorprendió la cálida acogida de sus compañeros, quienes la aplaudieron hasta que se le pusieron rojas las palmas de las manos y la recibieron con abrazos y palabras reconfortantes que no dejaban lugar a dudas de la algarabía que producía su vuelta.

Había motivos para celebrarlo. Las cosas con aquel secuestro casi salen mal para todos. El psiquiatra había ingresado en el hospital al borde del colapso, con una avanzada deshidratación y cierto grado de hipotermia. Nadie se explicaba de dónde había sacado las fuerzas para tratar de reanimar a la inspectora, quien estuvo a punto de firmar el trato que le ponía definitivamente un apartamento más allá de los límites terrenales. Y, por último, un sospechoso muerto y el otro nuevamente en manos del sistema judicial.

Definitivamente, había cosas que celebrar.

Casi todos se alegraron. Sólo una persona no lo hizo, alguien que nunca había sentido el menor aprecio por la inspectora y cuya relación no podía llegar casi ni a catalogarse de cordial. Sin embargo, entre la multitud de abrazos y bienvenidas, Kisha ni se percató.

La inspectora Jennings empezó a sentirse más cómoda, a soltar aquella angustiosa sensación de estar en el lugar equivocado, en el sitio en el que no quieres estar.

Tal vez al final volver no era tan malo.

¿O sí?

CAPÍTULO 2

Conversación

o primero que debía hacer era hablar con Pete. Le debía una explicación. Después de la conversación de la tarde noche anterior, él estaría convencido de que Kisha L abandonaba el cuerpo. Eso es lo que ella le había anunciado con absoluta claridad.

Tal vez incluso tuviera ya preparados los papeles de su baja para ayudarla a agilizar los trámites y hacer más llevadero el proceso. Con toda probabilidad, el cambio de parecer de la todavía inspectora le iba a sorprender.

—¿Puedo pasar? —preguntó llamando a la puerta del despacho del jefe de policía.

—¡Claro! Ahora entiendo a qué se debía todo el jaleo que oía ahí fuera mientras yo estaba enterrado en esta montaña de papeles intentando concentrarme. Ven aquí anda.

Se abrazaron de manera afectuosa. Después del tiempo que habían trabajado como compañeros de patrulla, había nacido entre ellos un cariño sincero. Pete había sido una persona muy importante para Kisha en los primeros meses de su vuelta a Carmel-by-the-Sea. Él le había abierto las puertas, le había integrado en esa peculiar familia que constituyen los compañeros de trabajo y había derribado todas las reticencias que experimentaron algunos cuando supieron que había conseguido la plaza allí porque el alcalde de Los Ángeles le debía un favor. Después, había sido ella con su forma de proceder y su trabajo quien se había ganado su respeto.

—¿Qué tal estás? Aunque tal vez sobre la pregunta, ya que nos vimos ayer.

—No, para nada. Nunca sobra. Estoy bien Pete.

—Me alegro. Aunque lo que dijiste anoche me dejó absolutamente fuera de juego.

Daría lo que fuera porque recapacitaras y te lo pensaras mejor. Sabes que eres muy importante en esta oficina. Le he dado muchas vueltas a cómo planteártelo, a qué argumentos podrían convencerte, pero no sé si servirán de algo.

—Entonces te alegrará saber que vuelvo.

—¿En serio?

—Sí. Lo he pensado mejor. Voy a intentarlo, a ver qué pasa —dijo guardándose por el momento sus verdaderos motivos. Tampoco era necesario hacer las cosas deprisa.

Llegaría el momento de ser totalmente sincera y revelar sus razones para estar ahí.

—No sabes cómo me alivia saberlo, especialmente después del caso que tenemos entre manos. Ya van cuatro cadáveres de hombres de entre los treinta y cinco y los cincuenta años. Estamos absolutamente perdidos.

En ese momento se le congeló la sangre, como si una jarra de agua helada se hubiera derramado sobre ella, trasladando una sensación paralizante a su pecho. Sintió como unas garras imaginarias la estrujaban por dentro y le dificultaban la respiración.

Volvía el pasado, volvían los crímenes violentos, volvía la crueldad humana en su más desgarradora expresión, volvían horrores que había decidido dejar atrás, como si eso fuera suficiente para que desaparecieran.

Pete había empezado a hablar de aquello, a enumerar toda una serie de datos relativos al caso, sin percatarse de que Kisha había dejado de escucharle porque su mente se había nublado al ser plenamente consciente de que no estaba preparada para volver a investigar ese tipo de atrocidades. Sus razones para reincorporarse eran personales y esperaba que tal vez su vuelta sólo fuera temporal, algo que se resolviera con prontitud. Quería ayudar a su hermana, la cual había acudido a ella atemorizada porque estaba cada vez más segura de que alguien estaba acosándola. Y ese debía ser el final de la historia, no el comienzo de un caso que amenazaba con tener dimensiones mastodónticas.

—¿Cómo dices? —preguntó con un nudo en el estómago.

—Lo que has oído. Creo que tenemos un asesino serial en la zona. Otra vez. ¿Te lo puedes creer? Es inaudito. Todos los cadáveres aparecen en el mismo lugar y con la cara y el cráneo destrozados. El *modus operandi* hasta la fecha es siempre el mismo, aunque no estamos seguros de la firma. Tal vez no tenga ninguna y simplemente los crímenes respondan a arrebatos pasionales. Esto empezó sin que nos percatásemos cuando estábamos investigando la desaparición de Stephen. Te acordarás que apareció un cuerpo en el mismo lugar en el

que encontramos los objetos personales del psiquiatra, bajo el muelle de Monterey. Dimos por hecho que sería un ajuste de cuentas o algo por el estilo y quedó momentáneamente en un segundo plano.

Claro que se acordaba. Pero no quería echar la vista atrás, no quería volver a ese caso, una investigación que la arrastró literalmente a los brazos de la muerte.

Tenía que decirle que no, que esta vez no contase con ella para esa investigación, que había otros que podían hacerlo, que no estaba en condiciones. Era el momento de hablar y expresar con palabras en voz alta su decisión irrevocable. Debía mostrarle claramente

los motivos de su vuelta, que quería investigar el caso de su hermana y, cuando finalizase, retomar la decisión que con tanta determinación e ilusión había tomado, dejar el cuerpo y empezar una nueva vida alejada de tanta iniquidad.

Pero no pudo.

No supo.

Kisha Jennings ya no era la misma.

Fue incapaz de negarse.



Salió del despacho y se dirigió al baño. Allí vomitó el miedo que se le había agarrado al estómago. Y vomitó la rabia y la frustración que sentía. La red la atrapaba y no encontraba forma de escapar. ¿Por qué no era capaz de detener esa vorágine en la que estaba entrando de nuevo?

Veinticuatro horas antes estaba determinada a dejar de ser policía, lo había hablado con Derek, lo habían decidido juntos y estaba feliz con esa decisión, consciente de que era lo mejor para ella. Menos de un día después, estaba metida en un atolladero del que no era capaz de vislumbrar siquiera las dimensiones que tendría.

Se lavó la cara y trato de serenarse. Se rehizo la coleta y se la ajustó bien, tal y como le gustaba, tal y como siempre la había llevado para trabajar. Se miró al espejo y en él vio reflejada la debilidad que sentía. Si aquello era una serie de asesinatos, definitivamente no estaba preparada para afrontarlo.

Cuando salió del baño, se dirigió a su escritorio, junto al de su compañero Julius.

Observó lo desmejorado que estaba, como se leían las líneas del sufrimiento en su cara y pensó que no eran la pareja ideal en aquel momento para afrontar ni ese caso ni ninguno.

Tenía que hacer algo con él. Necesitaba que él fuera el fuerte de los dos, porque definitivamente ella aún no tenía la energía para serlo. No sabía cuándo volvería a recuperarse, si es que llegaba a hacerlo. Y, además, le necesitaba fresco, pues ella no podría acercarse ni a su hermana ni a su vivienda, trabajo o familia, teniendo en cuenta que el acosador le había dejado claro a Helen que no debía comentarle el caso a Kisha.

Tendría que investigar desde la sombra y no dejarse ver.

No iba a ser fácil.

No tenía ni la menor idea de cómo hacerse invisible.

CAPÍTULO 3 LAS CARTAS

SOBRE LA MESA

en conmigo.

con esas dos palabras comenzó todo. Una conversación difícil, el momento de *V* descubrir las cartas, de dejar caer las máscaras. Un instante de permitir al corazón que drene sus heridas.

—Necesito que estés al cien por cien. Necesito que me cuentes lo que sea que te pase.

Necesito saber a qué atenerme contigo, porque si no estás bien, tendré que pedirle a Pete que me cambie de compañero. No puedo trabajar con un despojo humano que se arrastra sumergido en alcohol.

Nada más pronunciar aquellas palabras, supo que se había excedido y que no debería haberle hablado en esos términos, por mucho que tratara de que su breve discurso fuera para él un revulsivo.

La réplica del subinspector no se hizo esperar.

—¡Qué cara más dura tienes, Kisha! Por lo que he oído, no eres la más adecuada para decirme eso. Por si no lo sabes, conozco tu pasado, tu largo matrimonio con la bebida, tus resacas interminables y tus coqueteos con las drogas. ¿En serio crees que estás en condiciones de decirme lo que tengo que hacer?

—Sí, lo estoy, precisamente por todo lo que acabas de decir. Porque sé lo que es que tu vida se sumerja en el whisky, en la ginebra o en lo primero que se te cruce por delante para aliviar tu conciencia. Sé lo que es tocar fondo y atravesarlo hasta el centro de la tierra. Y también por eso sé que así no me sirves, porque cometerás errores que nos pueden costar muy caros. Así que, éste es el momento de que me cuentes qué te pasa y que no te guardes nada.

—No sé si estás preparada para oírlo, sinceramente.

—Dispara y no me subestimes. No soy de porcelana.

Pero no, quien no estaba preparado para decirlo todo era Julius. ¿Cómo iba a confesarle que se había enamorado de ella? Había sido sin darse cuenta, pero ahora era casi una necesidad. Desde que la conoció, siempre le había atraído, siempre había pensado que era una mujer increíble, valiente y decidida. Pero había quedado ahí, en esa

admiración profesional por una parte, en una mera atracción sexual por otra, víctima de una química que no atiende a razones. Sin embargo, desde el momento en el

que la vio tumbada en aquel sótano de San Martín luchando por volver desde el más allá, se dio cuenta de que no quería seguir adelante si Kisha no estaba. Se había convertido en una necesidad física y era consciente de que no tenía ni la más mínima posibilidad de que iniciasen una relación romántica porque, sencilla y llanamente, estaba enamorada de otro.

Había matado a un hombre por ella. Tal vez ese era el hilo macabro que había atado su corazón al de la inspectora. La cuestión era que, desde que casi la pierde, se había sentido más unido a ella y, aquel último mes en el que no la había visto, había sido toda una tortura en muchos aspectos.

De pronto, se entreabrieron las compuertas de un alma resquebrajada y doliente. El torrente se desbordó y la infección se abrió paso sin control. El rostro contraído del subinspector era un reflejo evidente del dolor que sentía.

—¿Quieres saberlo todo, Kisha? Pues bien, estoy jodido, ¿vale? Porque maté a un hombre y porque casi te pierdo. Porque no llegué a tiempo, porque no supe prever lo que podía pasar, porque si no es por tu amigo Bill no estaríamos aquí hablando, porque me quedé bloqueado cuando Stephen me pidió que le ayudara a reanimarte, porque siento que soy un mierda, porque creo que no valgo para esto. ¿Quieres más explicaciones?

Las palabras habían salido a borbotones, descontroladas, como una herida que se abre en una arteria.

—Todo eso es mentira y lo sabes. No deberías culparte por nada de lo sucedido.

Llegaste a tiempo e hiciste lo que tenías que hacer. No creo que Arthur estuviera dispuesto a entrar en razón.

—No, no lo estaba. Lo supe desde el primer instante, desde que vi su mirada enloquecida y rabiosa. Esa jodida mirada que no me quito de la cabeza y que me despierta en mitad de la noche. Pero yo perdí el tiempo dialogando con él mientras él trataba de que no hubiera opciones para ti. No supe reaccionar, no a tiempo. Si no llegan a aparecer tan rápido los de la ambulancia y si no hubiera estado al mando ese médico tan testarudo, no estaríamos hablando porque tú

habrías muerto. Siento decírtelo, pero tú no estabas ahí para ver nada de lo que pasó, y todo fue un puto desastre.

Kisha odiaba que cualquiera sacase ese tema. No quería oír hablar de aquello, de que había estado muerta por unos minutos. ¿Cómo afrontar una verdad de tal magnitud?

La muerte suele ser el final de un pasillo que no permite arrepentimientos ni vueltas atrás.

Lo había hablado mucho con Stephen, su psiquiatra, el mismo al que habían rescatado en ese caso. Pero no terminaba de asimilarlo. Era algo difícil de digerir. Era algo que seguía paralizándola. Stephen le había dicho que esa sensación iría desapareciendo con el tiempo, con trabajo terapéutico, pero ella seguía sintiendo auténtico pánico a morirse, algo que no le había pasado jamás.

Notaba como ese nudo en el estómago empezaba a hacerse más y más grande y temía sufrir una crisis de ansiedad.

Pero lo controló.

Logró pararlo a tiempo.

Tal vez fue debido a un instinto primario de supervivencia o por saber que hay otro que te necesita más. El motivo era lo de menos, el caso es que su respiración se normalizó de forma paulatina en menos tiempo del que solía ser necesario.

Julius estaba destrozado. De sus ojos caían gruesas lágrimas como bolas de granizo, lágrimas llenas de sentimiento y desesperación, lágrimas pesadas y duras, de esas que te arañan la piel.

Tenía que ayudarle, tenía que reconfortarle y hacer que no se sintiera culpable.

Dudaba si abrazarle sería lo correcto en aquel momento. Pero no se atrevió. En su lugar, decidió seguir hablando para ayudarle a taponar aquella sangría inútil que no le hacía ningún bien.

—Julius, mírame.

Él tardó en levantar la mirada. La culpabilidad es un peso con el que es difícil cargar, nos subyuga y nos arrastra, nos hace presos de una condena infinita. La culpabilidad es una cadena en nuestro cuello que nos impide levantar la cabeza y mirar lo que hay más allá.

—Tenemos que dejar eso atrás, ¿me oyes? Tenemos que quedarnos con lo bueno.

Salimos victoriosos de aquella mierda. Estoy aquí y tú estás aquí. Y hay uno de los malos menos, eso tampoco está tan mal, ¿no? —dijo con una sonrisa que se murió a medio camino, intentando mostrarse un tanto frívola, aunque no le salía tan natural como antes—. Yo he pasado por lo mismo que tú más de una vez. Sé lo que se siente con esa rabia y esa impotencia dentro, como si tuvieras un detonador dentro del pecho que se puede activar en cualquier instante. Y es una sensación angustiosa de una presión insoportable. Pero estoy aquí y no voy a dejarte caer. No vas a caer más abajo.

Te necesito y te necesito al cien por cien. Tienes que dejarme ayudarte, ¿vale? ¿Confías en mí?

—Claro.

—Pues vamos a superar esto juntos.



Cuando ya le vio más tranquilo, empezó a ponerle al día de la conversación que había mantenido con su hermana la noche anterior. Había ido a visitarla a altas horas de la noche, cuando Kisha y Derek regresaban de la inauguración de la última exposición del fotógrafo. Le había pillado totalmente por sorpresa, puesto que llevaban años sin hablar, salvo por el fracasado intento que hizo la inspectora allá por el mes de junio de aquel mismo año. Ese día, su hermana básicamente le había dado con la puerta en las narices. Pero ahora que la necesitaba, había vuelto a ella pidiendo ayuda.

Aunque en apariencia el acosador no parecía excesivamente peligroso, sí era inquietante. La hermana de la inspectora no tenía pruebas de que los animales muertos que habían aparecido en la puerta de su casa los hubiera puesto él, pero tenía serias sospechas. Lo más preocupante era el hecho de que hubiera podido estar detrás de la muerte del perro, el cual se había asfixiado con un juguete según dictaminó el veterinario. Si aquel acosador tenía algo que ver con aquel suceso en concreto, implicaba que había entrado en la casa, burlando el sistema de vigilancia. Eso era un paso más en su escalada de violencia y, además, implicaba que había ganado confianza en sí mismo, hasta el punto de entrar en una vivienda con un potente sistema de alarma.

El siguiente paso era impredecible.

¿Y cuántas veces más podría haber estado dentro de la casa? Casi era mejor no pensarlo.

Luego estaban las fotos en las que se demostraba que su marido tenía una aventura y, por último, la misiva que había recibido unos días antes. Aquello denotaba un seguimiento estrecho de la vida de Helen. Ese alguien tenía sin duda mucho interés en su hermana.

—¿Comprendes por qué necesito que estés bien, Julius?

—Sí, lo entiendo.

—Puede que no sea nada, pero yo no puedo acercarme por allí porque entonces sabrá que me lo ha dicho. Es evidente que sabe quién soy, así que habrá que investigar como ha establecido la conexión entre nosotras, pues llevamos años sin estar en contacto. Es poco probable que a ti te conozca. Al menos, confío en esa posibilidad.

Tienes que ser mis ojos y mis oídos.

—Lo intentaré.

—Vale.

Hubo un silencio momentáneo. Ambos necesitaban poner en orden algunas ideas en su cabeza. Los reencuentros, en ocasiones, necesitan de un período de adaptación para poder encontrar el punto exacto en el que se dejaron las cosas. Lubricar la maquinaria para que vuelvan a funcionar los engranajes sin que chirríen.

Esta vez fue Julius quien reanudó la conversación.

—Y luego está la investigación que tenemos abierta de cuatro asesinatos. No sé si Pete te ha comentado algo o ha preferido esperar hasta mañana para que te de tiempo a adaptarte. Parece un caso gordo, no nos vamos a engañar.

—Sí, me lo ha dicho —respondió desviando la mirada.

—He estado trabajando en el caso. Bueno, ha habido mucho movimiento al respecto y varios policías de la zona hemos estado investigando. Este tipo de colaboración es algo sin precedentes, gracias a las buenas relaciones de los últimos tiempos entre los distintos departamentos. Somos un equipo de seis. Buenos polis. Por el momento, no tenemos nada que nos acerque a la resolución del mismo, eso es cierto, pero creo que es bueno que haya ese nivel de

ayuda y seguro que habremos dado algún paso en la dirección correcta. De cualquier modo, Pete estaba deseando que volvieras. Para ser sinceros, yo también.

Julius se quedó mirando a Kisha. Su falta de reacción no era lo habitual. Era como si tratase de no estar allí, como si quisiera alejar su mente de lo que le estaba diciendo su compañero.

—¿Ocurre algo?

—Creo que no estoy preparada para esto.

—¡Claro que lo estás! Si no lo estás tú, estamos jodidos. Necesitamos alguien con experiencia y, salvo lo sucedido en primavera, nunca se había visto algo así en esta zona.

Julius no entendía lo que implicaban aquellas palabras que acababa de pronunciar.

Él trataba de hacerla sentir importante, de que supiera que era especial y todos en aquella comisaría la necesitaban y confiaban ciegamente en ella. Habían tenido que aprender a marchar forzadas a enfrentarse a casos de asesinatos de los que jamás imaginaron que sucederían en aquella pacífica y tranquila área del norte de California.

Aún así, a pesar de ese aprendizaje acelerado, que estuviera ella en la investigación les daba seguridad, aunque sólo fuera por el hecho de que tantos años en la gran ciudad enfrentándose a monstruos de carne y hueso la dotaba de una experiencia de la que el resto carecía. Pero para Kisha no era más que presión añadida en un momento de su

vida en el que se sentía débil, como un pez que boquea fuera del agua mientras procura encontrar el camino de vuelta.

—Haré lo que pueda, ¿vale?

—Vale. Me alegra oírlo. Yo estoy aquí. A tu lado. No voy a dejar que te pase nada.

No esta vez. No pienso separarme de ti ni un momento mientras tengamos que investigar ese caso.

Las buenas intenciones eran reales, sinceras. El problema era que el subinspector no tenía ni la menor idea de dónde procedería el mayor peligro.

CAPÍTULO 4

Revisión

ntraron en la comisaría. Era hora de empezar a

trabajar. Se acabaron los lamentos y las dudas y la

E autocompasión paralizante. Había que dejarlo todo

apartado, en un segundo plano, donde no hiciera

ruido. Tenían nada más y nada menos que dos casos

a la vez. Demasiado para dos agentes que estaban

con las fuerzas a medias. Uno, en principio, debería

resolverse con cierta facilidad. No parecía de ese tipo de investigaciones policiales que tienen

ramificaciones y se complican por momentos. Es

más, casi parecía un poco burda la forma en la que

actuaba el acosador, recurriendo a tretas infantiles

como utilizar los cuerpos de pequeños animales

como método para llamar la atención.

El otro caso, sin embargo, generaba auténtico terror, porque se había llevado por delante cuatro vidas en menos de un mes. Cuatro hombres sanos y en buena forma, lo que no era tan sencillo. Había optado por víctimas de bajo riesgo, con una buena posición social, que no solían protagonizar conductas que les llevase a estar expuestos al peligro de manera habitual. Era cuando menos inquietante. Requería una alta capacidad de persuasión e inteligencia para lograr que, en tampoco espacio de tiempo, se hubiera endosado tantos cadáveres sin dejar alguna pista útil a la policía. Esa investigación tenía pinta de ser las que son como una bola de nieve que se desliza por una ladera y no para de crecer.

En esta ocasión, necesitarían más recursos. No podían hacer el trabajo ellos dos solos como la última vez, eso sería una locura. Por suerte, ya se había formado un equipo de seis personas, según le había comentado su compañero, aunque pertenecían a Departamentos de

Policía de distintas localidades, un experimento bienintencionado pero que Kisha intuía que no permitiría un trabajo fluido precisamente. Habían tratado de poner a los mejores efectivos de cada departamento en el caso, en ese esfuerzo titánico por unir fuerzas pero, hasta la fecha, los resultados eran exiguos.

Por otra parte, podía ser que las relaciones de cooperación entre distintos Departamentos Policiales hubieran mejorado desde el pasado verano, pero cuando había un caso gordo con posible repercusión mediática, todo el mundo querría llevarse el gato al agua si se resolvía felizmente. En caso contrario, sería como una bola de fuego que nadie quiere agarrar. Así que, Kisha imaginaba que, para empezar, no habría sido fácil fijar una sede en la que reunirse, si es que la habían establecido, y mucho menos designar quién estaba al mando.

Trataba de convencerse a sí misma de que, una vez resuelto el caso que atañía a su hermana, dedicaría todas sus energías al otro, como si creyera con sinceridad que dependía de ella y tendría opción de elegir, como si fuera tan sencillo dejar al margen cuatro asesinatos que estaban poniendo en jaque a los cuerpos policiales de la zona.

Necesitaba convencerse de que las pesquisas pasadas y futuras al final darían sus frutos y acabarían con el malo entre rejas. Sí, lo lograrían, y entonces sin más demora, llegaría la retirada y el comienzo de esa nueva vida que ya había abrazado con entusiasmo sólo veinticuatro horas antes.

Estaba decidida.

Nada ni nadie se interpondrían esta vez.

Necesitaba comenzar a vivir.

—Han sido cuatro cuerpos hasta la fecha. Aproximadamente con una frecuencia de uno por semana —le empezó a contar el subinspector Morgan.

—Parece que responde a una compulsión, porque el intervalo de tiempo es bastante estable.

—Sí, es probable.

—¿Suele coincidir el día de la semana? Porque si fuera así, tal vez eso respondería a alguna motivación concreta. Un día de la semana en particular podría ser como una efeméride para él o algo por el estilo.

—Creo recordar que no, pero déjame que lo compruebe. No, parece que por el momento no —respondió mirando sus anotaciones.

—¿Y se ha acelerado últimamente? Es decir, ¿se han producido los dos últimos asesinatos con una periodicidad más baja según el número de días?

—No lo parece. Digamos que hay un intervalo aproximado de entre cinco y nueve días, puesto que el primer cuerpo fue encontrado un lunes, aunque los demás sí están más cerca del fin de semana, uno el miércoles y los otros dos en jueves.

—Así que el período de enfriamiento permanece más o menos estable. Al menos, por el momento.

—Por otra parte —continuó Julius—, las edades oscilan entre los cuarenta y los cincuenta años, salvo un hombre de treinta y cinco, lo que supongo que permite bajar el límite inferior hasta esa edad. En cualquier caso, parece que tiene un perfil muy claro de víctima.

—Eso parece. Además, se observa cierta homofobia.

—O no, puesto que parecen tener relaciones sexuales consentidas previas al asesinato.

Es como una especie de mantis religiosa, sólo que en este caso, una vez finalizado el coito, no come sus cabezas, sino que les destroza la cara y el cráneo.

Kisha recordó en aquel instante que al Asesino del Ocaso también le dieron ese calificativo al inicio de la investigación, cuando descubrieron sus primeros crímenes en la zona de Hollywood oeste. Sin embargo, a diferencia con aquel, en estos cuerpos no había ni rastro de fetichismo alguno.

—Tal vez haya remordimiento. Puede que no esté a gusto con su condición sexual y les culpe a ellos por arrastrarle a hacer algo que no quiere.

—O puede que se deba a una pasión desenfrenada o una reacción visceral por un rechazo posterior.

—Sí, hay que mantener todas las posibilidades abiertas.

En ese momento, Julius empezó a desplegar las fotos del expediente sobre la mesa. A Kisha le cambió la cara. A pesar de todo lo que había

visto a lo largo de su carrera profesional, en ese momento se sintió desbordada por lo que se desplegaba ante sus ojos. Empezó a tener flashbacks de lo ocurrido en el sótano de la vivienda de San Martín.

De pronto, veía la cara de Arthur cerca de la suya.

Un segundo después, le parecía sentir sus manos sobre su cuello hasta percibir una sensación de falta de aire.

Cerró los ojos con fuerza de manera instintiva, como si con ese gesto lograse mantener a los fantasmas a raya.

—¿Estás bien? —le preguntó su compañero.

—Sí, todo bien.

Ni siquiera se había dado cuenta de que se había clavado las uñas en las palmas de las manos.

—Si quieres lo podemos dejar para otro momento. Puede que sea demasiado para el primer día.

—No, continúa.

—Éste fue el primero, el que descubrimos cuando estábamos investigando la desaparición de Stephen. En aquel momento, cuando se descartó que era el psiquiatra, se barajó la teoría de que podía ser un ajuste de cuentas o un asesinato que respondía a un asalto con violencia que se fue de las manos. No imaginamos que estábamos ante el comienzo de la serie. Desde éste, todos los demás han aparecido en el mismo lugar y asesinados con el mismo grado de violencia. Les golpea con un objeto romo y contundente en la cabeza repetidas veces. Parece que disfrutase o que no pudiese parar hasta que les deforma la cara y el cráneo casi por completo.

—Es obvio que hay mucha inquina en el agresor.

—Sí. Sin duda la violencia forma parte de su firma. Parece que necesita mostrar toda esa agresividad para satisfacer alguna necesidad.

—O, en todo caso, ese nivel de violencia podría ser una consecuencia de tratar de despersonalizar a la víctima.

—¿A qué te refieres?

—Les destroza el cráneo pero, sobre todo, la cara hasta que son

prácticamente irreconocibles. Es una forma de despersonalizarles también, de borrar su identidad y cosificarlos.

Se quedaron mirándose unos instantes, pensando en lo que la inspectora acababa de señalar. Si estaba en lo cierto, entonces eso implicaría cierto nivel de remordimiento. Si, por el contrario, tenía razón Julius, el sujeto podría ser incluso más peligroso. Ejercería la violencia de forma gratuita, sólo por pura gratificación personal, sin más objetivo que el mero placer.

—¿Qué ha dicho Hilka sobre el objeto con el que los golpea? ¿Alguna idea?

—Sólo lo que te he contado. Se han sacado moldes de las heridas pero no hemos encontrado coincidencias. También influye el hecho de que son múltiples las laceraciones halladas en cada uno de ellos, las cuales se superponen unas a las otras.

Puede que les golpee con objetos que encuentra en la propia escena, lo cual no deja de ser arriesgado.

—Salvo que coja el objeto antes, no en el instante de la comisión del delito. Si lo tomara de manera casual en el momento del crimen, tal vez indicase que ni siquiera es algo premeditado, sino que responde a un pulsión. En ese caso, encajaría con lo que hemos dicho antes sobre que sea un sujeto que siente remordimiento —aclaró Kisha.

—Y si busca un objeto que no tenga vinculación ninguna con él, que lo lleva consigo antes siquiera de conocer a la siguiente víctima, entonces sí que hablamos de un asesino calculador y que tiene muy claro lo que quiere hacer.

—Exacto. Y me inclino más por esta posibilidad, aunque aún es pronto. ¿Qué hay respecto a las identidades de las víctimas? ¿Existe algún tipo de conexión entre ellos?

—No lo parece.

—Me gustaría volver a repasar a conciencia todo eso, quiénes eran, su vida familiar, trabajo, amigos, posición social. Y quiero volver a entrevistar a sus allegados.

—Como quieras, pero ese trabajo ya está hecho. Tenemos mucha información sobre todos ellos.



En ese momento, se acercó a ellos Pete. Le agradó ver que estaban con el caso. Estaba bastante agobiado con ese tema. El secuestro del psiquiatra y los cuatro asesinatos habían sido muy seguidos. La inquietud en los habitantes de la zona era palpable otra vez, aunque aquello estaba sucediendo en el muelle de Monterey, por lo que no debería estar tan preocupado porque se salía de su jurisdicción. Sin embargo, debido a ese macro acuerdo de cooperación al que habían llegado los distintos departamentos policiales de la zona, al final le habían endosado a él la mayor responsabilidad ya que el asunto estaba adquiriendo un cariz nada halagüeño. Uno de los argumentos que habían sostenido los demás había sido que la policía de Carmel ya se había enfrentado a algo de ese calibre con los asesinatos de las jóvenes justo antes del verano.

Había tenido que tragar con aquel marrón. ¿Por qué? La respuesta era bastante sencilla. Después de haber solicitado estar al cargo de la investigación de la misteriosa desaparición de Stephen para que Kisha tuviera vía libre en aquel caso en particular, ahora sabía que no podía negarse. El argumento de los crímenes acontecidos en Carmel que le habían dado en esta ocasión había bastado, tal y como lo habría hecho cualquier otro. Es lo que tiene estar entre la espada y la pared en determinadas circunstancias.

La presión había empezado a notarse desde que apareció el segundo cadáver y no había dejado de crecer desde entonces. Cuanto más tiempo pasaba, más le apretaban las tuercas desde distintos frentes al Jefe de Policía de Carmel. Era uno de los regalos que venían con su nuevo puesto en la policía.

—Hola chicos. Me alegra ver que estáis con el caso —dijo tratando de utilizar un tono desenfadado y que no se notase su agobio.

—Sí, estamos en ello, jefe.

—Necesitaremos un equipo estable, no uno itinerante que cada día se reúne en un sitio —dijo Kisha—. Eso a la larga es un puto desastre. Si nos tienen que ceder a los agentes que han estado trabajando hasta ahora, pues lo habláis, a mí eso ni me va ni me viene. Pero tenemos que estar a partir un piñón y bien coordinados. No me extraña que no hayáis avanzado. Y por descontado, no podemos encargarnos sólo Julius y yo, por eso te digo lo de que, o nos ceden a los investigadores, o montamos nuestro propio equipo. Tendrás que aclarar con los de Monterey quien está a cargo del caso, porque esto sucede en su área de influencia y ya me conozco al subjefe Richards. Le encanta salir en la foto. Hasta ahora este caso le habrá parecido un grano en el culo,

pero cuando se resuelva te aseguro que se querrá apuntar el tanto.

—De acuerdo, eso está hecho. Todo eso corre de mi cuenta. Es más, te diré que llegas un poco tarde a la fiesta porque eso ya está decidido. Somos nosotros los que llevamos la voz cantante en esta investigación.

—Creo que no conviene que este Tom en el equipo. No me malinterpretes, si la relación con Julius no está bien, por muy buen policía que sea el chaval, no quiero que haya rencillas internas.

—¿Tiene alguna petición más, la jefa?

—Vete a la mierda, Pete. Sólo intento dejar claras las cosas desde el principio.

—Bromeaba, ya lo sabes. Y por cierto, por un momento he pensado que no ibas a aceptarlo cuando hemos hablado en mi despacho, Kisha.

—Por un momento, he estado ciertamente tentada de decirte que no porque realmente no estoy preparada para esto ahora mismo. Pero lo intentaré. Si me siento desbordada, tendré que apartarme. Es mejor que lo sepáis con antelación. Quiero dejar atrás de una vez por todas los errores del pasado. Si no he aprendido la lección después de lo de la última vez, bueno —dijo haciendo una pausa acompañándola de un gesto de sus manos—, entonces ya no sé que necesito.

—No creo que no estés preparada. Esto lo llevas en tu ADN. Creo que no es tanto qué tipos de casos investigar, como cambiar tu forma de trabajar en ellos.

—Pete, créeme, nada es igual ya. No soy la misma y no me veo con fuerzas. Lo que pasó en San Martín me ha afectado de manera muy real. Y, por encima de todo, no quiero volver a perder el control, en eso te doy la razón: tengo que afrontar las cosas con mente fría. Y Julius, no es por nada pero, ya que estamos dejando las cosas claras, por muy bien que trabajemos juntos, no creo que seamos buenos el uno para el otro porque nos retroalimentamos de una manera insana.

Según terminó la frase se arrepintió. ¿Por qué le decía eso ahora? Él no había tenido la culpa de sus errores, aunque fuera cierto que se obsesionaban con el trabajo de

manera similar a cómo lo hacía ella. Sin embargo, Julius no necesitaba nada de eso en aquel momento, de sobra lo sabía.

—No me parece justo que digas eso.

—Sí, lo sé. Tienes razón, no es justo. Y siento lo que te acabo de decir. Pero tendremos que establecer algunos límites por el bien de ambos. Y no significa que no me guste trabajar contigo, créeme. Pero eres tan obsesivo con los casos como yo. Eso no puede ser sano para ninguno de los dos.

—No estoy de acuerdo. Sinceramente, Kisha, me sienta mal que lo digas. Estás siendo muy injusta y, si lo que estás intentando decir es que quieres cambiar de compañero, quiero dejar claro que yo no estoy para nada de acuerdo.

—Yo no he dicho eso. Si no estás sordo, habrás oído también que me gusta trabajar contigo. Lo que digo es que tenemos que cambiar algunas conductas. Y tú tampoco estás en tu mejor momento precisamente.

—Vale, chicos. Dejadlo ya —intervino Pete—. Parecéis críos en el patio de un colegio.

Julius, sabes que hay cosas que modificar, en especial últimamente y no pasa nada por reconocerlo. Y Kisha, lo entiendo, pero estoy seguro de que puedes con ello. Y sobre tu petición anterior, te gustará saber que hemos avisado ya al FBI para que nos ayude.

Hemos cumplido esta vez con el trámite de solicitar su colaboración para que no haya ningún tipo de problemas ni rencillas.

—¿Eso no era necesario únicamente en el caso de la Unidad de Análisis de Conducta?

—Pues no lo sé, pero yo me he dirigido a la Agencia Regional que tienen en San Francisco porque sé que allí está Bill y he seguido los pasos que me han dicho. Al fin y al cabo, no deja de ser, según parece, un asesino en serie, por lo que su intervención está justificada. Preferiría no decirlo en alto porque parece que se convierte en realidad y convocamos al monstruo, pero es lo que hay. En fin, vendrá Bill con otros tres agentes en unos días, tal vez antes de lo que esperamos, así que ya tienes tu equipo. Le pediré a los compañeros de las otras delegaciones que estaban trabajando en el caso hasta ahora que vengan cuando lleguen los federales y que os pongan al día de todo lo que tienen.

Yo hablaré con Monterey para comentarle que vamos a funcionar de manera diferente desde ahora. Espero que estés contenta.

—Claro. Al menos uno de los cuatro agentes que vienen sé que es un

buen poli. De los otros tres, hasta que no los conozca, no sé muy bien si ayudarán o serán un estorbo.

—Kisha, no empecemos. No seas desconfiada.

—No lo soy, pero hasta que asignaron a Bill como enlace con la Policía de Los Ángeles, tuve que aguantar a mucho chulo con un buen traje pero con poco cerebro.

—Bueno, bueno. Sin tensiones. Luego dices que ya no eres la misma. Pues, ¿qué quieres que te diga? Parece que hay cosas que no cambian, por lo que veo.

—Y, sin embargo, me hubiera gustado que todo fuera diferente.

Sintió el sabor agrio de aquel comentario en su boca. Ese no querer estar ahí, esas malas vibraciones, esa sensación de estar donde no quieres ni debes estar porque habías imaginado que tu vida estaba a punto de cambiar.

Desvió la mirada para tratar de evitar que las emociones contradictorias que bullían en su interior se desbordaran. Al comisario no se le escapó lo que aquellas palabras encerraban. La expresión de la cara de Kisha reflejaba una clara amargura.

—Hay otra cosa de la que quiero hablarte, Pete —se aventuró por fin —. De hecho es el verdadero motivo por el que he vuelto pero no me he atrevido a decírtelo antes en tu despacho.

—¿Que no qué? ¿Que no te has atrevido? Esto es una novedad —respondió tratando de exagerar su sorpresa. Sabía de sobra que había pocas cosas a las que aquella mujer no se enfrentase. Al menos, antes de lo sucedido hacía un mes.

—Ya ves.

—Venga, cuéntame.

—Hay alguien acosando a mi hermana y necesito investigarlo. Esa va a ser mi prioridad y debes tenerlo claro.

Pete se sorprendió ante aquella información. Lo que tenían sobre la mesa era muy grave, algo que en ningún caso podía pasar a un segundo plano. No obstante, no parecía un buen momento para discutirlo, puesto que si Kisha se enrocaba, tal vez después fuera más difícil sacarla de su postura. Decidió mostrarse flexible en aquel

momento y buscar la forma de convencerla más adelante.

—De acuerdo. Cuenta con la ayuda que necesites para ello.

—Gracias, Pete. Esto es importante para mí.



Después de revisar el expediente, Kisha le pidió a Julius que fueran al lugar donde habían encontrado los cuerpos. Se estremeció al llegar allí y pisar el mismo terreno donde, hacía poco más de un mes, había comenzado la pesadilla que casi le costó la vida. Parecía una especie de broma de mal gusto y, desde luego, un tanto siniestra.

Pero debía recomponerse. Ya había imaginado que la vuelta sería dura. Ahora tocaba afrontar la realidad con valentía, como siempre había hecho. El miedo es como el fuego, que cuanto más lo alimentas más crece y se extiende, dejando tras de sí un halo de destrucción.

Era una mañana con una luz casi mortecina. El cielo estaba cubierto por unas nubes pesadas que parecían a punto de desplomarse sobre el suelo. El Pacífico tenía un color serio y triste, lejos de la vitalidad del verano. Era un mar de invierno que se desdibujaba en el filo de un horizonte sombrío.

El día gris y el tiempo desapacible no invitaban a pasear precisamente, con esa amenaza constante sobre los hombros, con esa advertencia manifiesta de que el cielo se podría acabar derrumbando sobre ellos. Por ello, el muelle se encontraba casi desierto, salvo las cabezas que se escondían tras el resguardo de los cristales de las cafeterías que se encontraban lejos de estar a rebosar.

Necesitaba analizar por sí misma el escenario del crimen, recomponerlo en su imaginación *in situ* con la ayuda de las fotografías. Debía comprobar cómo había sido la disposición de los diferentes cuerpos, analizar los puntos de vista. En resumen, meterse en arena.

Tenía que ver y conocer el entorno desde los ojos del asesino. A veces, ese simple hecho, el tratar de analizar la escena desde el punto de vista de quien comete los crímenes, hace la diferencia entre atrapar al delincuente o que éste se vaya de rositas. Ya que estaba metida en ese embrollo que no había imaginado, iba a poner todo de su parte para encerrar a ese sádico. A ser posible, cuanto antes.

La victimología ya la habían realizado sus compañeros, aunque ella quería estudiar con más detenimiento a cada uno de los que habían

sucumbido a la crueldad de aquel ser al que no merecía que se le llamase humano. No es que no confiase en ellos, sino que quería revisarlo todo una vez más a conciencia. Cuando estudió criminología, se diferenciaba especialmente el análisis de la víctima de aquel que se hiciese del agresor.

La victimología implicaba analizar por qué motivos aquella persona se había convertido en objetivo del agresor, así como evaluar que aspectos de su vida y personalidad la convertían en una víctima potencial. Eso era imprescindible conjugarlo con el análisis del criminal, estudiar sus motivos, su *modus operandi* , su personalidad y perfil psicológico. El análisis de la escena, además, ofrece una información adicional acerca de por qué el suceso ocurre precisamente ahí, si es que ha sido el lugar donde se ha cometido el delito o, por el contrario, se ha dejado posteriormente allí el cuerpo en el caso de un asesinato. El escenario ofrece información acerca de si existe o no remordimiento en el agresor, si es o no organizado, si es frío o, por el contrario, es un crimen pasional. Todas y cada una de las piezas del puzle eran igual de importantes.

Ese múltiple análisis en profundidad sumado a las pruebas científicas en cuanto a rastros, dactilografía o cualquier otro dato que pueda pasar por el filtro preciso de la ciencia forense, era lo que conducía a resultados al final del camino.

Sin olvidar la pericia de los investigadores.

Su instinto.

Su mirada inquisidora.

Su atención al detalle más nimio.

En cuanto Bill llegase, éste la ayudaría a contrastar todo lo que recabase y le daría su punto de vista. Hacían falta ojos nuevos en ese caso, alguien que viese todo por primera vez. Además, su colaboración en las entrevistas a los familiares y amigos sería muy valiosa. Mientras uno hacía las preguntas, el otro analizaría los gestos, las miradas, los silencios, las palabras ahogadas que pugnaban por salir.

En los años que había trabajado con Bill Zucherinni, la conexión profesional entre ellos había sido inusual. Funcionaban como un engranaje que ha sido diseñado al milímetro para no fallar. Habían resuelto incontables casos y el nivel de productividad del Departamento de Homicidios de Los Ángeles en la época en la que estuvieron juntos había crecido porcentualmente de manera

asombrosa. Nunca antes el número de casos cerrados había sido tan elevado.

—Déjame las fotos. Necesito verlas con perspectiva —le pidió a Julius extendiendo su mano.

Su compañero le pasó la carpeta con el expediente. Había una ingente documentación fotográfica del escenario. Kisha se sorprendió gratamente acerca de lo que habían aprendido sobre ese aspecto en la zona desde la serie de asesinatos de las adolescentes en la última primavera. En aquel momento, por capricho de aquel asesino, Derek se había ocupado de fotografiar las distintas escenas y lo había hecho con gran detalle. Aquello les había servido unos meses después para analizar el modo en el cual habían sido tomadas esas tomas y cómo deberían hacerlo en los próximos casos los primeros agentes en llegar a los posibles escenarios que surgieran en el futuro, salvo que dispusieran de un fotógrafo forense, lo cual no siempre era posible.

—¿Qué es lo que estás buscando?

—Quiero saber por qué deja los cuerpos exactamente aquí y qué es lo que ve cuando lo hace. Quiero, además, buscar cualquier tipo de pista que se nos pueda haber escapado. Pero ahora es de día y no se ajusta al momento de los crímenes, así que tendremos que volver cuando anochezca.

—Creo que el motivo por el cual los deja ahí es bastante claro y evidente.

—¿Lo es? ¿Te parece una obviedad que los deje exactamente donde encontramos los objetos de Stephen cuando éste desapareció hace algo más de un mes?

—No, claro que no. No me refiero a eso. Lo que trato de decir, es que el acto sucede justo debajo del muelle. Fíjate bien. Es oscuro incluso de día, especialmente hoy que no es uno especialmente luminoso.

—Sí, lo veo.

—Es prácticamente imposible que nadie distinga absolutamente nada de lo que sucede ahí de noche. Luego cuando volvamos lo verás. No hay nada de iluminación. Es un ángulo muerto.

Kisha fue andando hacia el lugar del que hablaba Julius, donde él sostenía que se producía el crimen, tan solo a unos metros de donde aparecían los cadáveres. Levantó la cabeza y se dio cuenta de que el

asesino sí podría controlar lo que pasaba arriba, justo en el paseo, donde habría iluminación. Tenía que verlo de noche desde los distintos ángulos. Puede que los crímenes fueran viscerales, pero también denotaban cierto control.

—Apenas te veo desde aquí, y son las doce del mediodía.

—¿Puedes ponerte donde yo estoy ahora?

—Claro —respondió Julius mientras se acercaba a la posición que ocupaba en aquel momento la inspectora.

—Quiero ver qué se ve a esta hora desde lo alto del muelle.

Se dirigió hacia la parte alta. Julius permaneció en la orilla, justo debajo del malecón.

Kisha se movió por la calle para comprobar lo que se veía desde diferentes ángulos.

Apenas era capaz de distinguir un bulto donde se encontraba su compañero, y eso que ella sabía que estaba ahí. Hacía falta agacharse para ver algo con cierta claridad y, claro, saber lo que uno estaba buscando. Por la noche, sería invisible. Aún así, tendría que comprobarlo cuando la iluminación fuera similar a la de la hora aproximada de los asesinatos. Las luces de las farolas cambiarían totalmente la perspectiva, aunque intuía que no precisamente para mejor.

Bajó otra vez a la playa. Según se acercaba, Julius se dirigió hacia ella y se encontraron a medio camino.

—¿Qué opinas?

—Tienes razón. Bajo el muelle es un buen lugar para cometer un crimen. La marea, además, puede ayudar a borrar posibles rastros, pues deja los cuerpos muy cerca de la orilla. Incluso puede afectar a la hora de establecer la hora de la muerte.

—Además, aunque el lugar esté silencioso, no se puede olvidar que suelen estar los leones marinos en las plataformas cercanas y hacen ruido, lo que puede camuflar los sonidos. También suelen empezar a cerrar algunos comercios y cafeterías en esta época del año porque no suele haber ya mucha gente por la zona a esa hora. El ruido del cierre de persianas, recoger las mesas, sacar los cubos de basura, *etc.* seguro que camuflan otros sonidos.

—Menudo cabrón. Sabe lo que se hace. ¿Sabéis ya cómo comete los asesinatos?

—Creemos que es justo al terminar el acto sexual.

—¿Aquí mismo, al aire libre? —se extrañó la inspectora debido a las bajas temperaturas de la época.

A pesar de que en la zona no hubiera frío extremo durante esos meses, no dejaba de ser una época cercana ya a la estación invernal.

—Creemos que sí. Es un sitio en el que, como hemos comprobado hace un momento, la visibilidad desde otros puntos es casi nula y la cercanía del mar le permite tapar los rastros que pueda dejar y deshacerse de pruebas.

—Aún así, no deja de sorprenderme. Continúa —le apremió pensativa.

—No les da tiempo a darse la vuelta y les asesta el primer golpe en la región occipital, después ya no tienen posibilidad de reacción.

—Luego posiblemente sea el dominante en el acto sexual.

—Eso parece.

—Y por eso no hay heridas defensivas. Las víctimas están de espaldas.

—Exacto. Por otra parte, un golpe en esa área si es certero puede ser mortal al instante. También puede resultar incapacitante si les golpea a la altura del tallo cerebral.

—Y puede limpiar todos los rastros con tranquilidad. Y recrearse con el crimen si quisiera porque, muertos o no, sabe que ya no van a poder defenderse.

—Sí, eso es lo que creemos.

—Me resulta curioso que los vista después.

—¿Qué quieres decir?

—Podía dejarlos con los pantalones bajados y eso sería una humillación final. Pero no lo hace.

—¿Remordimiento? Eso encajaría con ese intento de despersonalización que barajamos antes al destrozarles la cara y quitarles así su identidad.

—O vergüenza por su condición sexual, como también hemos señalado como posibilidad antes en comisaría. Tal vez aún no se encuentre a gusto consigo mismo, siendo la persona que es y no la que le gustaría ser.

—Son dos opciones a considerar.

—O simplemente es una forma de retrasar que encontremos esa pista concreta respecto a su orientación sexual.

—Bueno, eso no le ha servido de mucho. Al fin y al cabo, la evidencia de actividad sexual previa al asesinato es incuestionable, aunque no hallamos restos seminales ni en la víctima ni en la escena. En todo caso, está claro que aún no podemos descartar nada.

—Pero ya sabemos algo con certeza. No son sus primeros crímenes. El aparente descontrol y la violencia con la que los mata no es más que una escenificación para despistarnos porque, mirado todo de manera global, se observa una gran planificación.

Y, peor aún, no parece tener ningún temor a que lo encontremos. Se siente cómodo y confiado, por eso deja los cadáveres ahí para que puedan ser encontrados. Este asesino sabe bien lo que se hace.

CAPÍTULO 5

Según lo previsto Entre dos meses antes y el

presente

ubo un momento en el que temió que no volviera,

que se quedase acurrucada en un rincón y decidiese

H no volver a salir jamás. Pero ese fue un momento

que llegaría después de que todo aquel engranaje ya

se hubiera puesto en funcionamiento, por lo que le

haría dudar por un instante de si habría valido la

pena tanto esfuerzo.

En ese caso, en el hipotético supuesto de que ella no regresara, habría que cambiar todos los planes, porque su objetivo era claro y estaba determinado a cumplirlo. Sin ella, todo lo demás perdía su sentido y

tendría que volver a organizarse.

Detestaba que le rompiesen los esquemas.

Los cambios le irritaban de tal modo que, en ocasiones, estaba a punto de perder el control.

Y no se lo podía permitir.

El último mes había estado muy ocupado, tal vez por ese plan tan ambicioso que había trazado. Pero es que lo que había visualizado en su cabeza debía ser épico e inolvidable, algo que se grabara en el imaginario colectivo de la zona, daba igual el esfuerzo que requiriese. Había estado vigilando desde lejos su objetivo final en algunos momentos puntuales, el objetivo concreto que merecía toda aquella entrega, mientras se dedicaba a preparar y poner en práctica los primeros ataques, sutiles pero evidentes.

Había tenido que hacer esta vigilancia desde una distancia prudencial porque se movía en terreno peligroso, así que debía estar bien camuflado, fuera del alcance de las miradas, sin descuidar los detalles. Sabía que ahí solía residir el éxito, en la previsión milimetrada de cualquier imprevisto, en ese plan de escape siempre a mano.

Nunca había hecho algo similar, vigilar varios objetivos a la vez. Se adentraba en terreno desconocido y no estaba en tan buena forma como antes, pero sí bastante recuperado. A pesar del riesgo que implicaba abordar tantos frentes, ya que se podía escapar información imprescindible por no estar centrado en uno solo, debía seguir

haciéndolo porque cada uno de esos objetivos cumplía con una parte dentro del gran plan. Por separado, tenían su valor. Todos juntos, bien coordinados, sería algo grandioso. Se hablaría de ello en los manuales de criminología durante años. O eso, al menos, es lo que le decía su descomunal ego.

No había sido fácil, había resultado frustrante en muchas ocasiones, porque ella pareció evaporarse de repente y no había aparecido por las inmediaciones de la comisaría en todo ese tiempo. Eso no encajaba con la inspectora que él conocía, adicta al trabajo, enganchada a la adrenalina que éste le proporcionaba porque, en cierto sentido, se parecía a él. Era una yonqui, una adicta a las emociones fuertes y al riesgo. Intuía que, en esta ocasión, tenía que forzarla a volver. Confiaba en que tocando las teclas necesarias, sin que fuera demasiado evidente, la haría salir de su guarida. Una vuelta de tuerca a su plan.

Mucho antes de ese momento, al menos dos meses atrás, había dedicado ya demasiado tiempo a hacer una minuciosa planificación, sometiendo sus deseos para que nada fallase, urdiendo la estratagema que más pudiera beneficiarle, con paciencia, sin prisa, sembrando el terror de manera casi imperceptible, en cierto modo cuasi vaporosa, puesto que se podía sentir pero no era totalmente tangible, salvo por los pequeños cuerpos de animales inocentes salpicados aquí y allá. Parecía que el cielo estaba de su parte, ya que todo estaba saliendo a la perfección. Y menos mal, porque estaba haciendo un sacrificio considerable, aunque por fin empezaba a valer la pena.

Aquellos dos últimos meses de duro trabajo empezarían pronto a dar sus frutos, no era mera intuición.

Todo empezó a tomar una nueva forma cuando descubrió que había llegado una chica que no llevaba demasiado tiempo en la oficina, unos tres o cuatro meses a lo sumo. Un peón ideal del que podría hacer uso si lo necesitaba. No había querido acercarse demasiado al lugar. Tampoco era plan de llegar a tocar el fuego, sólo quería sentir su calor sin quemarse.

Uno de esos días que se había atrevido a pasarse por allí, la vio salir. Tenía ese halo que acompaña sin duda a las personas de baja autoestima. La cabeza gacha, la mirada huidiza y la posición encorvada de la espalda, gestos todos ellos con los que las personas inseguras tratan de hacerse invisibles ante el resto. Confiaba en que conquistarla sería relativamente fácil.

Recurrió a una estrategia tan vieja como la injusticia, es decir, el típico truco del encontronazo en el que le tiras tu café o cualquier otra bebida por encima a alguien y te haces el desolado y arrepentido por haber sido tan torpe, al tiempo que aprovechas las circunstancias para entablar conversación. Eso sí, aquello no podría suceder cerca del las dependencias del Departamento de Policía. Tendría que seguirla y conocer

mínimamente sus rutinas. Sin duda, se le estaba acumulando el trabajo porque era una vigilancia más que añadir a la labor de seguimiento que estaba desempeñando ya.

Por suerte, aquel día cuando la siguió por primera vez, aquella joven se dirigió directamente a su casa, sin rodeos, sin paradas a tomar unas cervezas con algún amigo ni visita al supermercado. Con poco esfuerzo había averiguado información esencial para su misión.

Todas las señales indicaban que esta vez nada podía fallar.



—¿Pero qué coño haces, tío?

Decidió no esperar demasiado para mover aquel peón imaginado en el tablero. Así, si le salía mal la jugada, podría sustituirlo pronto por otro.

—Lo siento, de verdad. He sido un estúpido. No sé cómo puedo compensarte por mi torpeza. Iba distraído con el móvil y, ya ves…

La primera reacción evidente, tal y como esperaba, era esa visceral que nos sale a todos. Esa indignación porque alguien ha invadido nuestro espacio personal.

Después… Después la cara de la chica cambió. Al fin y al cabo, a pesar de las cicatrices, seguía siendo un tipo atractivo. Nunca le había resultado difícil atraer a ninguna de sus víctimas hacia su telaraña. Sabía, además, que su sonrisa era su punto fuerte, se lo habían dicho infinidad de veces. Había pasado demasiado tiempo entrenándola para que pareciese verídica.

—Bueno, no pasa nada. Tampoco es tan grave.

—Espero que me perdones —dijo llevándose la mano al pecho en un gesto de arrepentimiento que casi parecía sincero—. Mira cómo te he puesto. Y encima te has quedado sin café.

Hasta eso le había salido bien. Ella misma portaba el café en una mano cuando chocaron, así que fue el suyo el que se derramó sobre ella.

La joven se miró la camisa que llevaba bajo el abrigo abierto. Era bastante fea, con un estampado de flores enormes sobre unos vaqueros holgados sin duda pasados de moda. Desde luego, no podía decirse que fuera precisamente bien arreglada. Aquello denotaba cierta dejadez. Últimamente se había acostumbrado a comprarse la ropa en cualquier supermercado o almacén que la encontrase barata y de su talla. Llevaba tanto tiempo sintiéndose invisible ante los demás que ya poco le importaba cómo vestirse. Se sintió incómoda al ver su aspecto delante de aquel hombre tan atractivo. En aquel momento, se arrepintió de haberse descuidado tanto últimamente.

—Nada que no tenga arreglo —respondió con un asomo de vergüenza

en su rostro.

—En serio, me gustaría compensártelo. Déjame al menos que te invite a un café.

—No hace falta.

—Insisto. Hay una cafetería aquí cerca. Salvo que no tengas tiempo, claro.

—Tengo que ir al trabajo, pero iba muy temprano. Soy relativamente nueva y quiero hacer méritos, ya sabes.

—Sí, lo comprendo. Prometo no robarte mucho tiempo.

—De acuerdo.

—Por cierto, yo soy Mark. ¿Cuál es tu nombre?

—Tessa.

Y ahí, justo ahí, comenzó a engatusarla y ganársela para su causa. Seducirla fue realmente sencillo. Encontró en ella una aliada leal y entregada, una herramienta a su servicio. Una prolongación de su odio.

Le resultó más fácil de lo que había imaginado. Todo parecía salir bien. Se acercaba el momento de dar un paso más. Notó como una especie de hormigueo en el estómago.

Seguramente no sería nada. Al fin y al cabo, él no era capaz de sentir emociones.

CAPÍTULO 6 HACERSE CARGO

espués de las dos conversaciones que había

mantenido con Kisha aquel primer día, Pete se dio

D cuenta de que no era la misma de antes. Los traumas tienen el poder de transformarnos de múltiples

formas y temía que, en su caso, el último que había

vivido hubiera dejado una huella más profunda de la

que él esperaba. Había dado por hecho que se

recuperaría, que todo volvería a ser igual. Era una mujer fuerte, valiente y decidida, tal vez demasiado impetuosa, pero nunca cobarde y mucho menos apocada. Ya la había visto enfrentarse antes con el miedo y con la muerte, y había regresado con más fuerzas de aquella experiencia.

Pero esta vez no.

Sin duda, algo era diferente.

En cuanto le había planteado el tema de los asesinatos en serie y donde se habían producido, le había cambiado la cara. Se había traslucido indudablemente el terror en su expresión. No sabía si Stephen le podría contar algo al respecto, puesto que era el psiquiatra que la había tratado después de lo sucedido en San Martín y, al fin y al cabo, se debía al secreto profesional derivado de la confidencialidad médico paciente.

Intuía, además, que debía procurar que se incorporase al trabajo de manera paulatina, por mucho que los distintos especialistas la hubieran dado el alta médica.

Una cosa era estar bien físicamente y otra muy distinta era que estuviera recuperada al cien por cien psicológicamente. No obstante, no había tiempo para eso. Los cadáveres se agolpaban en la arena, haciendo crecer la inestabilidad y el pánico en la zona. Y la realidad era que también tenía el alta del doctor Meyer, por lo que si se la había dado era porque él pensaba que estaba preparada para la reincorporación.

Pete decidió que debía hacer algo por ella, algo que la animase, un gesto que la convenciera de que era alguien importante para él, tanto en lo profesional como en lo personal. Tomó la resolución de ocuparse personalmente del caso de su hermana. No era habitual que el Jefe de Policía se dedicase a investigar un caso y menos uno tan endeble como aquel, porque sus funciones ahora sin duda eran más burocráticas y menos de campo, que era lo que a él le gustaba. Pero se lo debía, tenía que hacerle sentir que no estaba sola y que pondría todos los recursos necesarios a su disposición, incluido él mismo, fuera

o no preciso. Sacrificaría lo que fuese necesario para que se sintiera respaldada.

La noche anterior en la gala de inauguración de la exposición fotográfica de Derek, Kisha había sido tajante cuando le dijo que lo dejaba, que colgaba las botas, como se suele decir en el argot deportivo. Y, sin embargo, allí estaba otra vez, como si la conversación del día anterior no hubiera tenido lugar. Tenía que demostrarle lo que valoraba su vuelta y hacerle saber que no estaba sola.

—Buenos días, soy el Jefe de Policía de Carmel. Necesito hablar con Helen Jennings.

—Querrá decir Helen Hall. Jennings es su apellido de soltera.

—Sí, disculpe. Tiene razón. Helen Hall.

“Menudo error de novato” — pensó. Llevaba tantos meses ajeno al trabajo de campo que había cometido una estupidez tan básica como no comprobar cuál era el apellido actual de la hermana de la inspectora. Por suerte para él, quien había contestado al teléfono al otro lado, conocía aquel dato.

—Intento pasarle la llamada en este momento, pero no sé si podrá atenderle. Hoy tiene varias reuniones y está bastante ocupada.

—De acuerdo, aunque estoy seguro de que querrá hablar conmigo.

—No cuelgue, un segundo.

Pete esperó al otro lado de la línea. Suponía que la hermana de Kisha haría lo imposible para hablar con él, si era verdad que estaba tan preocupada como le había transmitido la inspectora.

No se equivocó. Pocos segundos después, alguien respondió al otro lado.

—Buenos días, soy Helen Hall. ¿Con quién hablo?

—Hola, Helen. Encantado de hablar contigo. Espero que no te moleste que te tutee.

Soy Peter Smith, el actual Jefe de Policía de Carmel —iba a decir que había sido compañero de su hermana, pero prefería no utilizar su nombre en ningún caso debido al aviso que incluía la carta que le

había mostrado Helen a Kisha en la que se la instaba a que ni se planteara contactar con ella—. Necesito hablar contigo de forma privada y discreta. No tengo ningún inconveniente en pasarme por tu oficina a la hora que te venga bien para aclarar algunos asuntos.

Pete confiaba en que ella entendiese los motivos por los que la llamaba y que no le pidiera ninguna explicación adicional por teléfono. En aquellos momentos, no tenían ni la menor idea de la capacidad para controlar su vida de la que disponía el acosador, así que era mejor pecar de paranoicos.

—Claro. Buscaré un lugar adecuado aquí en las oficinas. ¿Te va bien a eso de la una y media?

—Perfecto. Allí estaré.



A eso de la una menos cuarto, Julius y Kisha regresaron a comisaría y se dirigieron a hablar con Pete. Éste estaba deseando conocer la primera impresión que se hubiera hecho la inspectora después de analizar el expediente y el escenario. Llevaban varias semanas estancados y, aunque era consciente de que ese tipo de crímenes podían ser verdaderamente difíciles de resolver, necesitaba que hubiera algún avance, por mínimo que fuera. Sin embargo, a pesar de ese ansia por conocer nuevos datos, no contaba con demasiado tiempo en ese preciso instante antes de acudir a su cita en Monterey.

—Es importante que te contemos lo que hemos visto.

—Genial, pero necesito que os deis prisa porque Julius y yo tenemos una reunión a la una y media con tu hermana.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Voy a hacerme cargo personalmente de esto para que entiendas lo importante que es para mí tenerte de vuelta.

—¡Pero estarás hasta arriba de trabajo! No puedes encargarte de algo así.

—Claro que puedo. Sí, estoy hasta arriba de trabajo, enterrado en papeles, pero me da igual. Hay cosas más importantes. Y quiero que después de esta conversación te vayas a casa. Han sido muchas noticias impactantes en un día. Debemos ir poco a poco.

—Necesito ver el escenario de noche.

—Vale. Pues lo ves mañana cuando lleguen los del FBI. He hablado con Bill hace un rato y podrán estar aquí antes de lo previsto.

—Pete…

—Kisha, está todo bien. No voy a forzarte. Iremos despacio. Lo que te sucedió es demasiado fuerte para que hagamos como si no hubiera ocurrido. Tengo que ser más comprensivo y siento no haberme dado cuenta de ello antes. Te necesito de vuelta al cien por cien, por eso debes hacerlo de manera gradual. He visto tu reacción esta

mañana cuando te he hablado del caso. Había miedo en tu mirada y no lo había visto hasta ahora. Así que, hazme caso. Y si no es por las buenas, bueno pues te diré que soy el jefe y es una orden. Vuelve mañana.

—Vale. Pero esta noche iré de todos modos al muelle de Monterey a ver el escenario.

Eso no me llevará demasiado tiempo y podré contribuir en algo para poner al día a Bill y a los demás. Bastante retraso llevo ya.

Aquel gesto de Pete era de enorme valor para ella. Era el símbolo inequívoco de la lealtad. Una por mí y otra por ti. Estamos juntos en esto. ¿No es eso al final lo más importante? Saber que no estamos solos, que podemos apoyarnos en los demás. Todo un tesoro.

Sin darse cuenta, ese pequeño gesto volvió encender una chispa que parecía haberse apagado en su interior.

CAPÍTULO 7 REENCUENTRO

CON EL PASADO

acía tiempo que Derek no visitaba la galería de su

vieja amiga Crystal Kirchner. Las cosas habían

H estado algo tensas, tal y como suele suceder cuando dos personas no quieren exactamente lo mismo en

algo tan fundamental como la relación que

mantienen entre ellos. Kisha había tenido razón en

sus sospechas respecto a los sentimientos de la

galerista hacia Derek y, en el breve tiempo que el

fotógrafo y la inspectora habían estado separados

después de los crímenes perpetrados por el Asesino

del Ocaso en primavera, la galerista había intentado

dar un paso hacia adelante y convertir aquella

amistad y relación profesional en algo diferente.

Pero él no sentía lo mismo por ella.

A pesar de haber interpuesto cierta distancia necesaria entre ellos, Derek había contado con ella para la organización de la exposición de unos días antes y, por supuesto, tenía previsto vender sus fotografías a través de la galería de Crystal. Había una lealtad inquebrantable que debía soslayar aquellos asuntos del corazón.

—¡Enhorabuena! He oído que la inauguración fue todo un éxito.

—Gracias. Sí, creo que salió muy bien. Pero no viniste. Te eché de menos —

respondió él con una sonrisa que trataba de transmitir calidez.

—No mientas, Derek. No me echaste de menos. Había demasiada gente allí como para que me echaras en falta precisamente a mí.

—Crystal, sabes que sí. Me gusta tener cerca a las personas que son importantes para mí. No dudes ni por un segundo que me hubiera encantado que vinieras.

Ella desvió la mirada. Sus sentimientos hacia él no habían cambiado, aunque por fin había asumido que aquello no iba a ninguna parte. Aún así, seguía doliendo. Pasar página no era algo que se le diera bien, especialmente sabiendo que tendría que seguir

viéndole con relativa frecuencia. En los asuntos del amor, la distancia puede ayudar a olvidar.

Decidió que lo mejor era cambiar de tema.

—He oído que vendiste muchas fotos.

—Sí, la verdad es que no me esperaba tanto.

—Son unas fotos increíbles, Derek. Parece mentira que te vayas superando con los años.

—Gracias. Por eso vengo a traerte el catálogo de la exposición, para que elijas cuáles te quieres quedar y que se vendan a través de tu galería. Me fio de ti para elegir el formato y tamaño que consideres más oportuno. Eso sí, sabes que es importante el carácter único de cada una. No puede haber a la venta dos fotos iguales. El cliente tiene que adquirir con su compra la garantía de exclusividad.

—No lo dudes.

Al salir de la galería, se abrazaron como en los viejos tiempos y se despidieron. El fotógrafo confiaba en que su relación volviese a aquel punto tan agradable del pasado en el que los dos entendían aquello como mera amistad, sin dobles intenciones ni malentendidos. No obstante, era consciente de que no sería fácil y requeriría tiempo.

Una vez en la calle, Derek se reencontró con un pasado al que no le gustaba volver.



El regreso de Erik a Carmel poco tenía que ver con los sentimientos. Su situación en Los Ángeles no había hecho otra cosa que empeorar en los últimos años. Ya no era ningún chaval y conseguir bolos cada vez le resultaba más difícil. Además, había tenido problemas prácticamente con todos los compañeros que había tenido en los

distintos grupos, por lo que llegó a un punto en el que tuvo que entender que cada vez había menos garitos en los que era bien recibido. Aún así, seguía empeñado en triunfar en una carrera musical para la que no daba la talla, aunque él seguía sin querer creérselo.

Erik llevaba toda la mañana tratando de dar con Derek. Después de ver la noche anterior a su novia de la juventud en la fiesta con el famoso fotógrafo que protagonizaba la exposición, tenía claro que ahí podría encontrar el filón que estaba buscando cuando llegó unas semanas antes a aquella bella localidad bañada por las aguas del Pacífico. Justo antes de que aquella casualidad se produjera, ya había empezado a desanimarse y había llegado a pensar que su idea había sido una estupidez, una vez más. No era probable que Kisha, si daba con ella, fuera a ayudarle, especialmente después de cómo acabaron las cosas entre ellos. Además, ella nunca

podría proporcionarle todo el dinero que necesitaba. Sólo sería un parche más, porque su sueldo nunca le había dado para demasiadas alegrías. Hasta que el destino le colocó en aquella inauguración de la que, casualmente, su antiguo compañero de instituto era el anfitrión.

Aquel día dio con Derek cuando ya casi se había dado por vencido. Casi podría decirse que, al final, fue por puro y caprichoso azar, ya que había estado buscando al fotógrafo sin demasiado éxito entre las diferentes galerías de la zona y estaba decidido a dejarlo estar y probar suerte en otro momento. Tal vez no había elegido la estrategia adecuada. Ni siquiera tenía la menor idea de si era una buena idea. ¿Por qué motivo iba a ir el fotógrafo a visitar las galerías justo al día siguiente de la inauguración de la exposición? No tenía ni la menor idea de la probabilidad.

Y entonces lo vio. Las casualidades a veces son así, generosas con unos, crueles con otros. Derek no había ido a visitar las distintas galerías, sino que había ido sólo a una.

Estadísticas aparte, la realidad es que había acertado de pleno. Puro azar o destino, daba igual. Su mente pueril creyó que eso era sinónimo de acierto, él éxito soñado a la vuelta de la esquina, la señal que necesitaba para saber que esta vez sí tendría la suerte que tanto le había fallado en otros tiempos. Llegó en el momento justo para que su truculenta mente elaborase un plan en cuanto vio a su presa al alcance.

Erik presenció como Derek se despedía de Crystal con un abrazo a la salida de la galería, tal y como siempre habían hecho en los viejos

tiempos. Era algo inocente, sin ninguna intención más allá de la de demostrarle a su amiga que para él seguía siendo importante. En cuanto puso el pie en la calle, vio a Erik frente a él apoyado en un coche con una sonrisa sarcástica. Trató de continuar caminando sin hacerle el menor caso, pues enseguida imaginó sus retorcidos propósitos. No obstante, el músico no tenía ni la menor intención de dejarle marchar. Había ido de pesca y no pensaba volverse con las redes vacías.

Sin embargo, era imposible que llegase a calcular las consecuencias de sus actos en toda su extensión. Era materialmente imposible que Erik supiera que con aquel acto deleznable se estaba colocando una diana en su propia espalda.

—¿Sabe Kisha que tienes una amiguita tan especial? —dijo al tiempo que trataba de caminar a la altura de Derek.

—Déjame tranquilo. No tengo nada que hablar contigo —señaló, colocándose las gafas de sol.

—¡Vaya! ¡Qué aires de superioridad! Se nota que te has vuelto un tío de importancia.

Ya veo que la élite no puede hablar con su antiguo colega de la pandilla.

—Tú y yo nunca fuimos colegas, ya lo sabes.

—Lo que tú digas. Pero la realidad es que ahora estoy aquí. Y no tengo intención de marcharme. Así que, me da la sensación de que te va a interesar conversar conmigo.

Derek se paró en aquel momento. No podía huir de aquello. No se podía permitir dejarlo estar sin más porque el volvería una vez tras otra. Volvió a ponerse las gafas sobre el pelo, para que pudiera ver bien su mirada mientras hablaban. No tenía intención de parapetarse detrás de aquellos cristales ahumados. Quería que leyera con claridad su determinación.

Sí, tenía razón. La realidad es que otra vez estaba allí, removiendo el pasado, levantando ampollas, hurgando en las heridas. Pero Derek ya no era un crío y había ganado en autoconfianza. Esta vez no iba a quedarse callado ante sus comentarios hirientes, sus burlas o cualquier otra cosa que estuviera dispuesto a decirle.

—¿Por qué has vuelto, Erik?

—Por lo mismo que todos, supongo. Todos nos marchamos con veinte años de aquí buscando nuestro sueño y, al final, regresamos a casa. La tierra nos tira, ¿no crees?

—No me cuentes historias. Sabes que no es eso. Así que te agradecería que no te andes con rodeos. ¿Qué quieres?

—¿Tú que crees?

—Dinero.

—Bueno, no me vendría mal y ya sé que tú estás forrado. ¿Quién me lo iba a decir?

El insípido Derek. No eras capaz ni de sostenerme la mirada y mírate ahora. Desde luego no habría apostado por ti. En fin. El caso es que, no sé, ha sido ver a Kisha y algo se ha removido dentro de mi. Demasiados recuerdos, ¿sabes? Creo que la echo de menos —señaló con un gesto teatrero—. Es una mujer que marca, supongo que entiendes a qué me refiero. Seguro que te ha contado alguna vez que lo pasamos muy bien juntos cuando éramos jóvenes.

—Me alegro de que lo pasarais tan bien, pero eso ya es pasado. Aquí ya no hay sitio para ti. Tal vez deberías volver a Los Ángeles y seguir con tu vida.

—¿Quién lo dice? ¿Acaso crees que puedes decirme si puedo o no quedarme en Carmel?

—Ya sabes a qué me refiero. No se te ha perdido nada aquí.

—Sí, claro que sí. Y también sabes que Kisha es demasiado para ti. Seguro que ya lo has pensado muchas veces. Demasiado temperamento. No es alguien a quien se pueda domesticar. Antes o después se aburrirá de un tipo tan tranquilo como tú. Ella necesita un poco de acción.

Erik se fijó en la expresión de Derek y supo que había acertado. Parte de aquella inseguridad de antaño seguía ahí bajo aquella imagen de confianza quebradiza. No pudo evitar reírse, lo que hirió aún más al fotógrafo.

—Claro que sí. ¡Qué patético eres! Sigues siendo el mismo inseguro de siempre, pero ahora con fachada y mucha pasta. Tú no puedes controlarla. Los dos lo sabemos.

—No tengo que controlar a nadie. Una relación no es eso.

—Sí, sí. Di lo que quieras, pero sabes a qué me refiero. Poco a poco, empezará a desaparecer cada vez más de casa hasta que un día ni se acuerde de volver. No le van las relaciones de pareja tranquilas, los dos lo sabemos.

—No estoy de acuerdo. Ya no es la misma que tú conocías. Han cambiado muchas cosas desde entonces.

—¿Estás seguro? ¿Y qué hay de su obsesión con el trabajo? ¿Crees que vas a salir vencedor en eso? Ni lo sueñes. Su trabajo es lo primero. Eso no va a cambiar porque es lo que le hace sentirse valiosa. Más vale que no te interpongas, porque no saldrás vencedor.

Esa conversación estaba llevando a Derek al límite de su paciencia. ¿Por qué tenía que aguantar al mismo cretino otra vez? Recordaba como si fuera ayer lo mal que le hacía sentir, las humillaciones a las que le había sometido en algunas ocasiones y con las que había tragado porque, al fin y al cabo, se movían en el mismo grupo de amigos. Era hora de ponerle fin a aquello.

Ya había tenido suficiente cuando eran críos.

Su determinación era clara, sólo que la solución que se le ocurrió, desde luego no fue la más oportuna.

—Dime cuánto dinero quieres y desaparece.

—Vaya, qué interesante. ¿Sabe ella que estás dispuesto a chantajearme para que me vaya?

—No te chantajeo. Te ofrezco un trato.

—Un trato… ¡Qué curioso! Yo no lo llamaría así, pero me vale. La pregunta es,

¿cuánto estás dispuesto a pagar para quedarte con ella?

—Dime una cifra y acabemos con esto ya.

—Pues no sé, Derek. Necesito un mecenas que financie mi carrera musical. Al menos, mi primer disco en solitario. Me he dado cuenta de que no funciono bien en grupo…

—No me cuentes tu vida porque no me importa, Erik. Sólo te pido que me digas una cifra. Piénsalo y me lo dices cuando lo sepas. Seguro que

se te ocurre alguna manera de encontrarme —finalizó mientras seguía su camino y trataba de llegar a su coche.

—Joder, sí que tienes que estar forrado. Nunca nadie me había ofrecido antes un cheque en blanco.

Derek se subió a su pick up y salió pisando el acelerador más de lo que hubiera deseado.

CAPÍTULO 8

Repulsión

star con ella le producía una repulsión que casi no

podía controlar. Tenía que pensar mucho en los

E beneficios que le traería para ponerle freno a sus más bajos instintos, esos que le pedían estrangularla y

disfrutar mirando como se le escapaba la vida con

los ojos desorbitados por no comprender por qué la

estaba matando. Sólo pensar en ello ya lo excitaba.

Pero no debía hacerlo, eso pondría todo en riesgo.

Además, ya había encontrado la forma de dar rienda suelta a sus hambres voraces, a sus impulsos más básicos, aunque sabía que la policía de la zona ya estaba alerta. Tenía que ser extremadamente cuidadoso, especialmente después del error de un par de meses atrás cuando se rindió a su apetito a pesar de saber que aún no estaba preparado.

Debía sujetarse y pensar en el mayor beneficio. El problema es que había tenido que reprimir sus instintos durante demasiado tiempo, sin contar aquel fatídico desliz, porque su estado físico no le ofrecía garantías de salir airoso. Y ahora se había engrosado el saldo en la columna del debe.

Estar con ella era necesario, era un recurso de un inestimable valor que le permitiría ir no uno, sino al menos dos pasos por delante. Los volvería locos y, al final, llevaría hasta el final todo su plan. Sin embargo, a pesar de la utilidad que le suponía, cada día era más difícil mantener el contacto físico en niveles mínimos. Cada vez que trataba de besarle, sentía una repulsión creciente que le costaba disimular,

especialmente cuando trataba de introducirle la lengua en su boca o le tocaba para tratar de excitarle. Y ella no paraba de preguntarle cuándo tendrían sexo, algo que estaba sin duda fuera de sus planes. Era evidente, además, como había empezado a cuidar más su aspecto. Se había comprado ropa nueva y ahora se maquillaba ligeramente, como si todo ese esfuerzo le fuera a servir de algo.

Ya había pasado casi un mes desde que empezaron a salir. Cada día se le hacía más cuesta arriba, especialmente porque al principio no era fácil sacarle la información que precisaba. Él le hacía preguntas, aparentemente inocentes, que perseguían romper su muro de silencio en torno a lo que Tessa pensaba que no debía ser expuesto a los extraños. Era un tanto desconfiada, supuso que debido a los múltiples rechazos que

habría sufrido en la vida. Pero poco a poco, se fue ablandando y empezó a abrirse y a contarle cosas de su trabajo. Tal y justo como él quería.

Uno de esos días, llegó la noticia que tanto ansiaba. En las últimas jornadas que habían compartido, ya había empezado a hablar de algunos compañeros, pero eran comentarios bastante inocuos y en cierto modo inservibles. Aún así, le servía para hacerse una composición de los que trabajaban allí, así como para determinar quienes le caían bien y quienes no. Por otro lado, tal vez alguno pudiera resultarle de utilidad en el futuro si tenían alguna vulnerabilidad que podía ser explotada.

A través de esas interminables conversaciones, Mark comprendió que era una mujer de bajas pasiones, con mucha rabia acumulada. Sus fracasos sociales la habían llevado a un punto en el que parecía enfadada con el mundo. El problema siempre eran y siempre habían sido los otros, no ella. Externalizaba la culpa con asombrosa facilidad, sin plantearse ni siquiera si ella podría hacer algo al respecto para darle la vuelta a determinadas situaciones. Llevaba tanto tiempo ejerciendo el rol de víctima que lo sentía como una doble piel que la recubría por completo. Pero todo eso a él le daba igual. No era su terapeuta. No estaba ahí para darle consejos ni para reconfortarla.

“¡Qué te jodan, Tessa! Algún día te mataré con mis propias manos”, pensaba para sí, mientras le mostraba su mejor sonrisa.

Le aburría tanto su conversación, que en la mayor parte de las ocasiones desconectaba y repasaba los pasos que estaba llevando a cabo para asegurarse de que no estaba cometiendo errores que

impidieran que su plan fuera un éxito. No lo podía evitar por mucho que lo intentase. Era una retahíla de quejas y lamentos que parecían no tener fin y su atención tenía un límite.

Excepto ese día.

Excepto una palabra, un nombre, que le despertó todos sus sentidos.

Una alerta que salta sin previo aviso.

Aquel día casi la besa y la abraza al conocer la animadversión que compartían hacia la misma persona. ¿Había sentido alegría? Tal vez, aunque era poco probable. La pregunta verdaderamente interesante era: ¿cómo podía haber tenido tanta suerte?

Había dado en el centro de la diana sin sospecharlo. Quizás se debía a que era un cazador avezado y su instinto le había conducido a esa pieza clave. Tal vez aquello se convirtiera en un extra de incalculable valor para sus propósitos.

Aquel preciso día, cuando su mente ya se hallaba navegando por otros vericuetos que nada tenían que ver con aquella conversación, algo le alarmó. Dos sílabas con esa sonoridad sibilante al final, un susurro que le gritaba desde algún lugar muy lejano de

su estado de consciencia. Presintió que por fin llegaba el momento de que esa infame relación empezara a reportarle beneficios.

—Cuando volvió todos parecían embelesados, aplaudiendo hasta que casi les sangran las manos. No me lo puedo creer lo estúpidos que pueden llegar a ser.

—¿Quién ha vuelto? —preguntó tratando de asegurarse de que lo había entendido bien.

—Ya te lo he dicho. ¿No me estabas escuchando? En serio, a veces tengo esa sensación, que estás en tus cosas.

—¿Qué va? Lo siento, ¿vale? —dijo fingiendo un arrepentimiento que no sentía y, al mismo tiempo, enfadándose por la forma en la que acababa de hablarle.

Si ella supiera de lo que era capaz, estaba seguro de que no se atrevería a referirse a él en ese tono.

—Simplemente es que no te he entendido bien. Sería genial si me lo

pudieses repetir.

—He dicho que ha vuelto Jennings, Kisha Jennings.

—¿Te refieres a la inspectora esa que rescató a la hija del alcalde de Los Ángeles hace unos años?

—Sí, esa. ¿No serás tú también de los que la admiran? Porque deberías conocerla antes. Es insufrible. Una egomaníaca que se cree mejor que el resto.

—No, no tranquila. ¿Por qué la iba a admirar? No la conozco de nada. Sólo destaco algo que salió en el periódico cuando llegó a la zona y que acabo de recordar. Me resultó llamativo que alguien así recalara en una oficina de Policía local pequeña como la de Carmel.

—No la soporto. Se cree mejor que el resto y que sabe más que nadie. Y todos no hacen más que babear. No hay nada como tener un culo bonito para que los tíos vayáis detrás como si fuerais ganado.

—Bueno, tal vez estén fingiendo.

—No lo creo —señaló con un resoplido final de hastío.

—¿A qué te refieres con que ha vuelto? ¿Acaso es que se había ido?

Sabía que llevaba tiempo sin pisar la comisaría porque había estado vigilando a cierta distancia, gracias a que estaba situada en una zona transitada y era fácil camuflarse, a pesar de que estuviera allí al completo el cuerpo de policía de la localidad.

Era algo arriesgado, eso estaba claro, pero necesitaba controlar ese entorno también. Sin embargo, no sabía bien los motivos que habían mantenido a la inspectora tanto tiempo

alejada del trabajo, salvo lo que había aparecido en los periódicos un mes atrás, cuando había salvado la vida de puro milagro.

—Me refiero a que se ha incorporado al trabajo después de estar un mes de baja.

—¿De baja?

—Sí. En el último caso estuvo a punto de palmarla. Al parecer, los médicos le indicaron que debía mantenerse alejada del trabajo y de situaciones estresantes. Ha tenido que ir al psiquiatra también. Resulta que se le debió ir la cabeza a la muy estúpida.

—¿Por qué te cae tan mal? ¿Te ha hecho algo?

—¿Algo? Siempre me trata como si fuera imbécil, eso cuando no me muestra una total indiferencia, como si yo no existiera. Toda mi vida ha sido lo mismo, aguantando que gente como ella me hagan sentir que no valgo para nada.

—Eso no está bien. A mi chica nadie la trata así —concluyó con un comentario que sabía que a ella le encantaría, a pesar de que estaba absolutamente vacío de sentimiento.

¿Quién iba a imaginar que ambos sentirían similar aversión por la misma persona?

Se acababa de abrir una posibilidad ante él que no había siquiera barajado con anterioridad.



Tenía que aprovechar aquella baza. Tener a Tessa podía ser sinónimo de tener ojos y oídos dentro de la comisaría, de conocer todos los movimientos antes de que se produjeran, de controlar el efecto sorpresa.

Ahora sí.

Sabía que no era nadie importante allí, sólo una administrativa a la que sobrecargaban de trabajo. Pero también sabía que no le prestaban demasiada atención, lo que era sinónimo de poder pasar desapercibida y escuchar donde nadie espera que lo haga. ¿Quién no querría tener a alguien invisible en el mismo lugar en el que se encuentra tu enemigo?

Tessa había conseguido el puesto después de que se jubilara la anterior administrativa, la cual había trabajado allí desde hacía treinta años. Tal vez no habría sido fácil sustituir a una persona a la que todo el mundo conocía y que les trataba de una manera tan maternal. Si encima tu fuerte no son las habilidades sociales, era fácil pensar que su adaptación al puesto no habría sido del todo cómoda.

De su incorporación solo hacía tres meses, lo suficiente para que conociera como funcionaba aquella comisaría desde dentro. El engranaje de cada lugar no depende de

los cargos ni de las posiciones oficiales que cada uno ocupa, sino de una especie de currículo oculto basado en las relaciones personales,

algunas de amistad, otras de poder y muchas que tienen que ver con la capacidad para ejercer el liderazgo y extender la influencia sobre otros. Tenía que conseguir que Tessa descifrara aquellas intrincadas relaciones y se las mostrara claramente por si tenía que tirar de alguien más dentro.

Sin embargo, era consciente de que el hecho de que ella sintiera ese rechazo visceral por la inspectora Jennings no significaba que estuviera dispuesta a traspasar ciertos límites. No era tan estúpida. Eso requeriría de un control psicológico por su parte que sabía que sólo podría ejercer si le daba algo más de aquello que Tessa le estaba pidiendo a gritos: afecto.

Debía hacerla creer que era importante para él, que estaba enamorado y que él haría cualquier cosa por ella. Eso implicaría traspasar algunos barreras físicas y darle un poco de eso que tanto le costaba. Sólo imaginarse besándola se le contraía el estómago.

Era el peaje que tendría que pagar.

CAPÍTULO 9

Restañar las heridas

ulius se subió al coche con Pete. Iban con el tiempo justo, pero la distancia hasta Monterey era escasa,

J

así que no se retrasarían demasiado. Le habían

comentado someramente en comisaría lo que habían

visto en su visita a la escena del crimen. En la

información que le habían ofrecido, no había

demasiado que estuviera alejado de lo que ya habían

contemplado con anterioridad. Tampoco es que

hubiera esperado ningún milagro, pero se había

hecho la ingenua ilusión de que tal vez le ofrecieran algún dato que permitiese avanzar en alguna línea

de investigación. "Será cuestión de tiempo", pensó.

Esos apenas quince minutos de trayecto hasta la localidad vecina le servirían a Pete para hablar con el subinspector a solas, sin nadie que pudiera interrumpirles. Le preocupaba mucho su estado. Desde hacía un mes, no parecía el mismo y temía que pudiera cometer alguna estupidez. Cuando Julius se incorporó a la comisaría de Carmel, fue Pete quien estuvo con él las primeras semanas y, desde entonces, habían tenido una buena relación. Era un policía con mucho potencial, instintivo, riguroso y muy trabajador, aunque quizás un tanto obsesivo. Lo suyo era pura vocación, aunque ésta podría decirse que había sido más bien tardía. A pesar de no llevar demasiado tiempo en el cuerpo, había luchado sin denuedo por ir ascendiendo puestos hasta llegar a ser subinspector. Hacía lo que tuviera que hacer sin rechistar y entendía que su trabajo cumplía con una labor social importante.

No obstante, todo aquello parecía relativo a una persona diferente de la que estaba sentada junto a Pete en el coche. Desde que se cerró de aquella manera el último caso en el que había trabajado con Kisha Jennings en el que el propio Julius acabó matando al sospechoso, había caído en una espiral autodestructiva que no tenía visos de mejorar.

Parecía tener todos los síntomas de una depresión, aunque el Jefe de

Policía no era ni mucho menos quien para dictaminarlo. Confiaba que la vuelta de Kisha y verla bien a pesar de lo sucedido un mes atrás, le ayudaría a remontar.

—¿Cómo estás, Morgan?

—Bien, Jefe.

—No te estoy hablando como tu jefe, sino como tu compañero. Uno que está preocupado por lo que ha visto últimamente. Porque definitivamente tú no eres de los que pierde el control porque ha bebido demasiado, incluso estando de servicio.

—No volverá a pasar.

—Kisha ha estado un mes fuera y no has querido venir a pedirme ayuda, y te la ofrecí reiteradamente. Nos conocemos desde hace tiempo, Morgan. Cuando llegaste, más o menos un mes antes de que lo hiciera Jennings, patrullamos juntos, ¿o es que ya no lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Aún no tengo el cerebro tan frito.

—No es lo que he dicho. No tienes que estar a la defensiva y menos conmigo que sabes que te aprecio. Julius, creía que confiabas en mí.

—Lo hago, Pete. Ha sido una temporada dura, nada más.

—¿Por lo de Arthur Hamilton?

—Entre otras cosas —respondió agachando la cabeza.

—Tuviste que disparar y los de asuntos internos resolvieron a tu favor. Contabas con un testigo de excepción, además. El propio doctor Meyer corroboró que había sido una situación de vida o muerte.

—Lo sé.

—Pero…

—La cagué, Pete, y casi la pierdo. Eso no es tan fácil de olvidar.

—La cagasteis los dos por tomar decisiones imprudentes, pero eso ya es pasado y tienes que dejarlo atrás. Todos cometemos errores.

—Sí, bueno, no es tan fácil. Si esperas que pase página rápido, siento informarte de que parece que no va a ser así.

—Te he dicho mil veces que puedes contar con la ayuda de un psicólogo que te ayude a superar toda esta mierda. El departamento te lo paga. Sólo tienes que decírmelo y lo tramito.

—No quiero ver a un loquero. Ahora que ella está de vuelta, sé que voy a mejorar y toda esta pesadilla quedará atrás.

Pete se quedó pensando en lo último que había dicho el subinspector. Había algo en aquellas palabras que no le gustaba.



—Buenas tardes, soy Peter Smith, Jefe de Policía de Carmel. Éste es el subinspector Julius Morgan. Tenemos una cita con Helen Hall.

—Un momento, voy a avisarla por teléfono. Pueden esperar en los sillones que tienen ahí.

Antes de entrar en las oficinas, habían estado unos minutos aparcados a una distancia prudencial observando el entorno. Cuando estuvieron más o menos seguros de que no había nadie sospechoso ni que pareciese estar al acecho, primero bajó Julius del vehículo para comprobar los alrededores, aquello que no veían desde el coche y, minutos después, bajó Pete para controlar la zona opuesta a la que había ido su compañero. Habían acordado llamarse en cuanto estuvieran seguros de que la zona estaba despejada, así como la entrada del edificio. Cuando tuvieron controlados los alrededores y el interior del edificio, entraron para presentarse en la recepción.

—Pueden subir a su oficina. Se encuentra en la planta séptima. Ha dicho que saldrá a recibirles.

—Perfecto. Muchas gracias.

Subieron en el ascensor sin apenas intercambiar una palabra. Pete observaba a su subalterno. Le preocupaba su estado anímico. El último mes había sido duro con él, no le había quedado otro remedio ante su actitud. Julius se había mostrado irascible y beligerante en ocasiones, lo que no era habitual. Desde que entrara a formar parte del Departamento de Policía de Carmel, el subinspector siempre había sido un hombre de buen carácter y colaborador. Era evidente que lo que le atormentaba lo hacía con toda crudeza.

Cuando llegaron a la planta correspondiente, tal y como le habían dicho, la hermana de Kisha les estaba esperando. No se parecía demasiado a la inspectora. Iba elegantemente vestida, con un traje de

falda y chaqueta y unos zapatos con un tacón de aguja que daba vértigo sólo mirarlo. Llevaba el pelo recogido en un moño sobrio e iba maquillada. En sus manos se apreciaba una cuidada manicura. Sus facciones sí recordaban ligeramente a las de la inspectora, pero si no sabías que eran hermanas, no había nada que te pusiera en la pista de que realmente así fuera. De hecho, la piel de Helen tenía una tonalidad mucho más clara que la de Kisha, y su pelo estaba indudablemente más cerca del rubio que del moreno.

Era una mujer elegante y con una presencia indudable. Sin embargo, aún siendo una mujer bella, no contaba con el atractivo de su hermana pequeña, la cual no necesitaba maquillarse para captar la atención de los demás. Kisha tenía esa clase de belleza indómita, casi salvaje, irreverente en el sentido de que desafiaba las leyes de la naturaleza con esas facciones proporcionadas, casi perfectas, como si hubieran sido cinceladas por un artista. Era una belleza de marcada personalidad, con pómulos altos y con unas formas y unos labios sensuales a las que ella parecía ajena. La de la hermana, por el contrario, era una belleza contenida, casi impostada.

Se presentaron y se saludaron formalmente con un apretón de manos para romper el hielo.

—Os agradezco que hayáis venido. He preparado una sala que creo que está bien aislada y es bastante discreta.

—Perfecto. Te seguimos, Helen.

Llegaron a una estancia situada al final del pasillo de esa misma planta. Los despachos adyacentes estaban vacíos. Tal vez no era casualidad y Helen había buscado deliberadamente una dependencia en la que nadie pudiera escuchar lo que tenía que contarles. Era una sala luminosa que tenía una mesa grande de madera para reuniones, con doce elegantes y cómodos sillones de color blanco alrededor.

—Hace mucho que nadie usa esta sala de reuniones, más o menos desde que la empresa adquirió algunas plantas más del edificio. Creo que aquí estaremos bastante lejos de cualquier posible intromisión.

—Perfecto.

—¿Os apetece tomar un refresco, un café, agua o algo?Puedo llamar para que nos lo traigan.

—No te preocupes, Helen. Estamos bien, gracias —respondió Pete.

—De nada.

—Tu hermana nos ha puesto más o menos al día de lo sucedido. Aún así, me gustaría que nos lo relatases con tus palabras. Al fin y al cabo, puede que al volver a decirlo en voz alta recuerdes algo que no mencionases con anterioridad y que nos pueda resultar de utilidad.

Helen comenzó a contarles la historia desde el principio, desde el primer día que apareció un pájaro muerto a la entrada de la casa. El primero de muchos cadáveres de pequeños animales que encontrarían en las inmediaciones de su casa o en el parabrisas de su coche, por poner dos ejemplos claros. Les habló de sus impresiones y sensaciones, ese sexto sentido que te avisa de que alguien está al acecho, que vigila tus movimientos,

que controla todo lo que haces pero sin que puedas demostrarlo porque no le has visto ni se ha acercado a ti. Relató la sensación indescriptible de que han violado tu intimidad y han entrado en tu casa para matar a tu perro, a pesar de que tampoco contaba con pruebas que respaldaran esa intuición. Les narró lo que opinaba su marido al respecto, puesto que el consideraba que estaba demasiado estresada en su trabajo porque cargaba con una gran responsabilidad, exactamente la que implica ser uno de los peces gordos de la compañía para la que trabajas. Les contó la impotencia que sintió ante lo que le habían dicho en la oficina del Sheriff de Monterey, minimizando sus miedos y sus preocupaciones. Y por último, les habló de la carta, el contacto final que constataba que no estaba loca y que todo aquello no se lo estaba inventando porque sufriera algún tipo de crisis.

Pete y Julius la escucharon con atención. Ambos se dieron cuenta que era lo que más necesitaba, que alguien la creyera y estuviera dispuesto a ofrecerle su apoyo. A veces, basta con algo tan simple como eso para que una persona se sienta mejor.

—Quiero que sepas que vamos a investigarlo a fondo —comenzó a decir el Jefe de Policía de Carmel—. Es cierto que no parece demasiado preocupante y quiero que estés lo más tranquila posible, puesto que no ha mostrado intención de hacerte daño ni a ti ni a nadie de tu familia. Sin embargo, el hecho de que haya dado el paso de comunicarse contigo no es para tomárselo a broma. Necesitamos ampliar la información, no quedarnos sólo con lo sucedido en las últimas semanas, sino ir un poco más atrás para averiguar si hubo algún encontronazo con alguien o, por el contrario, si hubo alguna persona que se acercara a ti en algún lugar, una cafetería por ejemplo,

y tratase de intimar o de acercarse a ti de alguna manera. Piénsalo muy bien.

—Si soy sincera, no recuerdo absolutamente nada que me llamara la atención o que se saliera de lo habitual en los últimos tiempos. Mi vida es bastante rutinaria. Supongo que cualquier cosa fuera de lo corriente la recordaría.

—De acuerdo. Pero no es necesario que nos lo digas ahora. Si se te ocurre algo más adelante, me gustaría que nos llamaras en cualquier momento. En esta tarjeta está mi número. Te apunto también el del subisnpector Morgan, que es el compañero de tu hermana. Tal vez lo mejor sea que mantengas con ella el mínimo contacto y que nos llames a cualquiera de nosotros antes que contactar con ella. Vamos a analizar la carta que le diste ayer. Buscaremos huellas y cualquier posible rastro. También analizaremos el lenguaje de la carta, así como trataremos de que se haga incluso un análisis grafológico para estudiar ante qué tipo de persona estamos.

—De acuerdo.

—Nosotros nos vamos ya, pero seguiremos en contacto. No vamos a mirar para otro lado, te lo aseguro. Nos tomamos estas cosas muy en serio. Además, si tu hermana dice

que merece la pena investigarlo, no seré yo quien le lleve la contraria. Ya sabes a qué me refiero —finalizó Pete con una leve sonrisa para rebajar de tensión el momento.

—Me hago una idea.

—Te doy mi palabra. Espero que confíes en nosotros.

CAPÍTULO 10

Regresión

erek se sintió estúpido. Veinte años después y Erik

seguía sacándole de quicio como cuando eran críos.

D

Y eso que se había propuesto controlar la

situación… No podía negociar con dinero. ¿En qué

estaba pensando cuando había hablado con él? ¿Qué

había hecho? ¿Cómo se sentiría Kisha cuando se

enterase? Tendría que hablarlo con ella esa misma

noche cuando volviese del trabajo. Sin lugar a

dudas, debía reflexionar bien acerca de cómo

plantearle todo aquello. No era algo sencillo, pero

suponía que tenía tiempo por delante para hacerlo de

la mejor manera.

Sin embargo, lo que no esperaba era encontrársela en casa cuando llegó. No había tenido tiempo de prepararse ni lo más mínimo para afrontar aquella conversación.

—¿Estás aquí? ¿En serio? Primer día de trabajo y vuelves a mediodía. Demasiado bonito para ser real. Deja que me pellizque para asegurarme que no estoy soñando.

—¡No seas tonto! Lo que pasa es que a Pete le ha dado por ejercer de padre conmigo,

¡ya ves!

Se acercó hasta él. Ambos necesitaban un largo abrazo, una palabra del cuerpo que camuflase por el momento lo que realmente tenían que contar. Kisha debía revelarle la investigación de la serie de crímenes en la que iba a participar. Derek tenía que confesarle que había tratado de comprar con dinero que se quedase junto a él.

Demasiados secretos para tan poco margen de tiempo. Dos conversaciones ciertamente incómodas para el primer día después de que el paraíso que habían imaginado se diluyera como un oasis en medio del desierto.

—¿Qué significa que Pete trata de ejercer de padre?

—Nada, simplemente que quiere que vaya poco a poco, que me incorpore de manera gradual, sin demasiado estrés.

—Me parece que es una gran idea.

—Sí, lo es. De hecho, se va a encargar él mismo del caso de mi hermana, seguro que te alegrará saberlo.

—Mucho. Creo que no era una buena idea que te encargase tú de ello. Te toca demasiado de cerca.

—Lo entiendo, créeme, pero no puedo mantenerme totalmente al margen y espero que tú eso también lo comprendas. Necesito estar al tanto de los avances que vaya habiendo. Cuanto antes se resuelva, además, mejor para todos. Pero no todo son buenas noticias, Derek. Quiero ser sincera contigo para intentar que no repitamos errores del pasado. Nada de secretos, nada de ocultarnos cosas. Es lo que dijimos.

—¿Qué es lo que tienes que contarme?

—Que tenemos un caso complicado.

—¿Qué tipo de caso, Kisha?

—Una serie de asesinatos y Pete quiere que me encargue porque apenas han avanzado en el último mes.

Aquello era como masticar cemento. Se le encogió el estómago pensando en el resultado final de los dos últimos casos difíciles en los que había trabajado. Era como volver a entrar una vez tras otra en la misma espiral. El miedo puede ser sólo una emoción, pero a él le pareció que era algo tangible, con una forma siniestra que se dibujaba ante sus ojos como una apisonadora que todo lo arrasa.

—No me lo puedo creer. Otra vez se repite la misma historia —comentó con desazón en la mirada.

—No, Derek. Esta vez es distinto. Te alegrará saber que va a venir el FBI a ayudarnos seguramente desde mañana mismo. Como muy tarde, en un par de días estarán aquí.

No tiene nada que ver con casos anteriores. Esta vez estaremos cubiertos. Seremos un grupo amplio de agentes trabajando en el mismo caso. No tengo intención de cometer los mismos errores otra

vez.

—Hablando de errores, yo tengo algo que contarte.



Helen se quedó con cierta sensación de alivio después de la conversación con los policías que la habían visitado. Le sorprendió mucho que el propio Jefe de la Policía de Carmel fuera a encargarse del caso. Sin duda, su hermana debía ser importante allí.

Estuvo tentada de llamarla para comentarle la conversación que habían tenido y, de paso, darle las gracias. Sin embargo, el miedo le gritaba desde algún lugar escondido en su interior que no lo hiciera, que no debía tentar a la suerte porque no sabía en qué momento ni de qué manera quien la estaba siguiendo se podría enterar. Intuía que no tardaría demasiado, aunque tanto el Jefe Smith como el subinspector Morgan le habían asegurado que serían muy cautelosos y que, llegado el caso, si lo veían necesario le pondrían protección, aunque nada indicaba por el momento que el asunto fuera a llegar tan lejos.

Aquel día salió del trabajo un poco antes, se sentía de buen humor por primera vez en muchos días. Por fin alguien la tomaba en serio y estaba dispuesto a llegar al fondo de aquel asunto que tantas horas de sueño le había restado. Pensó en llamar a alguien para quedar y tomar algo, hasta que fue consciente de cuánto había descuidado sus relaciones sociales en los últimos años. Se había centrado en el trabajo, en prosperar para llegar cada vez más alto en la empresa hasta el lugar en el que estaba, casi en la cima. El resto de su vida, lo dedicaba a sus hijos y a su marido.

Y ahora sabía que su matrimonio era una mentira.

Se sintió hastiada y vencida.

Se sintió perdida y engañada.

Se sintió vacía en cierto sentido.

Pensó en su hermana y en la forma en al que Derek la miraba. No creía que Joseph la hubiera mirado así jamás, con esa ternura, con ese amor tan desnudo.

Sintió envidia.

Una vez más.



—¿A qué te refieres con que tienes algo que contarme?

—He visto a Erik.

—¿Cuándo?

—Esta mañana al salir de la galería de Crystal. Creo que estaba esperándome.

—Vale. ¿Y?

Kisha observaba con detenimiento a Derek. Ya se había fijado en otras ocasiones que había algunos gestos típicos en él que anticipaban una conversación incómoda. Solía desviar momentáneamente la mirada y suspirar, como si necesitase coger resuello antes

de soltar lo que tenía que decir. ¿Qué le estaba ocultando? Era evidente que le estaba costando mucho decir lo que fuera en voz alta.

—No te va a gustar lo que voy a contarte.

—Pues más vale que me lo digas pronto, porque me estás poniendo bastante nerviosa.

—Ha ido a provocarme, está claro. Y no sé qué me pasa cuando le veo, es como si volviera atrás en el tiempo y me sintiera de nuevo estúpido e insignificante ante él. Ha empezado a decirme que tú ibas a aburrirte de mí y que, si él quisiera, podría conseguir separarnos.

—¿Qué gilipollez es esa? Supongo que no le habrás hecho ni caso.

—Le he ofrecido dinero para que se largue.

—Estás de broma, claro —señaló estupefacta.

—Ojalá, pero es lo que hay. No sabes cuánto me arrepiento y lo avergonzado que estoy.

—¿En serio? ¿Le has ofrecido dinero a Erik? ¿Te haces una idea de hasta qué punto es un parásito?

—Kisha…

—No, de Kisha nada. Igual crees que hoy le das pasta y se acabó, no le vuelves a ver en la vida. Pero la realidad es que volverá a por más,

una vez tras otra.

—He sido un estúpido.

—Sí, pero no sabes hasta qué punto. ¿Cuánto te ha pedido?

—Quiere que le financie su proyecto musical.

—¡Joder, Derek!

—No lo voy a hacer, ¿vale?

Kisha empezó a dar vueltas por la habitación con la mano en la frente, como si tratase de asimilar lo que acababa de oír. Hasta que se paró de pronto y le miró fijamente. Era como si, de repente, hubiera caído en la cuenta de algo de lo que no había sido consciente hasta ese instante.

—¿Confías tan poco en mí que creías que necesitabas pagarle para que se fuera?

¿Acaso creías que iba a acostarme con él?

—Kisha…

—No digas ni una palabra, en serio. Estoy alucinando.

CAPÍTULO 11

Puesta en situación

or la tarde, poco antes del ocaso, se dirigió hacia el muelle de Monterey. Seguía molesta por lo que le

P había contado Derek. No podía creerse que confiase tan poco en ella, después de lo que habían vivido

juntos, a pesar de todo lo que habían compartido en

el último mes. Además, no le había dado motivos en

ningún momento para hacerle creer que podría serle

infiel. Sentía una bola de fuego ardiendo en su

interior. En cualquier caso, debía localizar a Erik y hablar con él. Había sido tan ruin lo que había hecho que aún no daba crédito.

Cuando aparcó en las inmediaciones del muelle, ya había caído la noche. Era finales del otoño y en aquella época oscurecía muy pronto y de forma veloz. Un parpadeo y el sol ya se había escondido bajo el mar, buscando un lugar en el que refugiarse hasta la mañana siguiente.

Recordaba que se había estimado que el primer crimen de lo que parecía una serie cometido en aquel lugar cinco semanas atrás, se había producido entre las cinco y las siete de la tarde. En esa época del año, la luz varía de un día para otro casi de manera dramática, acortándose las horas de luz de forma clara. Por la mañana, había quedado bastante claro que apenas se veía nada en ese lugar específico en el que habían aparecido los cuerpos, pero por la noche las cosas podrían cambiar si alguna de las luces de las farolas iluminaban de manera especial aquella área.

Al contrario de como había procedido por la mañana, esta vez observó primero desde arriba. Paseó por el muelle, probando diferentes ángulos y tomó distintas fotografías con el móvil desde diferentes posiciones. La oscuridad bajo el muelle era casi absoluta. Probó a lanzar algunos objetos que había metido en una mochila para comprobar si ese movimiento era visible. Era algo bastante rudimentario, pero le pareció que podía ser suficiente para su objetivo. Hubiera preferido que le hubiera acompañado Julius para hacer pruebas más reales, pero ante la insistencia de Pete de que descansara y el estado en el que había visto a su compañero, no quería forzar las

cosas. No obstante, tampoco quería esperar hasta el día siguiente. Ya llevaban demasiado tiempo de retraso y aquel asesino estaba campando a sus anchas.

Bajó a la arena y se colocó aproximadamente en la zona en la que el asesino había elegido como su escenario principal. No se veía gran cosa, pero no le cupo ninguna duda de que aquel psicópata había elegido por un motivo claro ese lugar: no podía ser visto pero él si podría detectar si había movimiento en la pasarela del muelle. Las luces titilaban ligeramente anunciando a alguien que pasaba. Kisha lo pudo comprobar cuando el camarero de un bar cercano salió a vaciar la basura en el contenedor.

Nada en aquellos asesinatos parecía casual.



Cuando se subió al coche, llamó a Stephen por si podía hablar con él unos minutos.

Sabía que se había reincorporado plenamente a su puesto en el hospital hacía aproximadamente quince días, algo asombroso teniendo en cuenta que había permanecido secuestrado en paupérrimas condiciones durante una semana. No obstante, aún estando de baja, a ella la había atendido como paciente de manera privada en su casa desde que le dieron el alta en el hospital.

La había ayudado muchísimo, a pesar del corto tiempo que había pasado desde aquel momento dramático en el que traspasó la línea hacia el más allá y regresó inesperadamente. Se veían dos veces por semana, excepto los días en los que la inspectora estuvo fuera con Derek de viaje, durante los cuales habían hablado por teléfono.

Dentro de la terapia que habían iniciado, le había propuesto el trabajo bajo hipnosis para tratar de liberar traumas reprimidos desde tiempo atrás, incluido el secuestro y la tortura a la que fue sometida por el Asesino del Ocaso. Para ello, habían contactado con el doctor Carvin, director del Instituto de Investigaciones Mentales de Palo Alto y experto en la materia, posiblemente el mejor en su campo desde Erickson. Era un viejo amigo del doctor Meyer de la época en la que éste trabajo en la institución cuando era un recién licenciado.

—Hola, Kisha.

—Hola Stephen. ¿Te pillo bien para hablar unos minutos?

—Claro. Estoy con papeleo, nada que no pueda esperar. ¿Qué tal estás?

—No lo sé. Creía que estaba bien, pero hoy me he reincorporado al trabajo y las cosas están feas por aquí.

—Creí entender que ibas a replantearte tu vida. La última vez que hablamos un par de días atrás, me dio la sensación de que querías dejarlo.

Se oyó un suspiro ahogado al otro lado de la línea. Stephen percibió con claridad la angustia encerrada en esos escasos microgramos de aire.

Y el miedo.

Mucho miedo.

—Y lo había hecho. Estaba decidida a dejarlo. Lo habíamos acordado Derek y yo.

Pero ha habido circunstancias que me han forzado a volver.

—Entiendo. ¿Quieres pasarte por el hospital y hablamos tranquilamente?

—No, no quiero molestarte. Es sólo que… Necesitaba sincerarme con alguien.

—De acuerdo. Pues te escucho. Sabes que puedes contarme todo lo que necesites.



La conversación con Stephen había ejercido un efecto curativo, casi catártico en ella.

Él creía que, aunque era pronto, sí estaba preparada para reincorporarse. Sin embargo, tenían que ir evaluando periódicamente su evolución, puesto que su trabajo no era uno cualquiera, sino uno en el que los horrores y las mayores bajezas humanas pueblan el día a día.

Era increíble la capacidad que tenía aquel hombre para reconfortarla y recolocar las cosas en su sitio otra vez. No le sorprendía en absoluto que fuera tan reconocido en su campo. Había sido una decisión totalmente acertada acceder al tratamiento que éste le propuso cuando le visitó en el hospital.

Una hora más tarde, regresó a casa. Tardó un poco en bajarse del coche. No quería volver a la época de discusiones. No quería verter su ira sobre Derek por lo sucedido con Erik porque, entonces, este último ganaría. Había tratado de provocarle y el fotógrafo había caído de forma ingenua. Sin embargo, no iba a dejarlo pasar. Al día siguiente, en cuanto acabase su turno, le buscaría hasta encontrarle y le dejaría las cosas bien claras.

Pero ahora era el momento de dejar eso fuera.

Cuando abrió la puerta, un embriagador calor hogareño la inundó. Fuera hacia frío y sintió una calidez al atravesar el umbral que le recordó que la felicidad es posible y que no debemos empeñarnos en darle la espalda.

Dejó las llaves en el cuenco de la entrada. El tintineo al chocar metal contra metal anunció suavemente su presencia. El salón estaba iluminado únicamente por una luna

indómita que se atrevía a asomarse entre el mar de nubes que tejían el cielo aquella noche. Imaginó que Derek estaría en el estudio trabajando en la edición de alguna de las fotos que presentaría en la siguiente fase de su proyecto. Bobby, su dócil y entrañable perro, estaba tumbado justo en la salida al porche, embelesado por la misteriosa luz de aquella luna que arañaba la noche con decisión. Derek le había dejado ligeramente abierta la puerta corredera del salón para que entrase en casa cuando él quisiera. Casi le pareció raro a Kisha que no estuviera junto a su amo, puesto que le seguía a todas partes. Tal vez aquel hipnotismo lunar era el responsable.

Se dirigió hacia el estudio despacio. Desde dentro se escapaba la melodía de una bonita canción. Le pareció que era *Western Stars* , de Bruce Springsteen. Cuando entró, el fotógrafo estaba de espaldas. Se acercó a él y le abrazó por detrás, intentando comunicarle de esta forma tan sencilla todo lo que pasaba en aquel momento por su desbocado corazón.

Permanecieron así unos instantes, él acariciando sus manos y dejándose abrazar, embriagándose de los sentimientos que desataba esa bella canción cantada por aquella singular e irrepetible voz.

—Lo siento mucho. Tienes razón, sé que puedo confiar en ti.

—Sí, tienes que hacerlo. Yo confío en ti. Y estoy cansada de discusiones. Llevo toda la vida peleándome con el mundo. Se acabó.

—Me alegra saberlo.

Él se giró y tomó dulcemente la cara de la inspectora entre sus manos. Con sus pulgares acariciaba sus mejillas con suavidad. Se miraron unos instantes, los salvajes ojos oscuros de Kihsa clavados en el sosegado azul de los de Derek. Todo en ellos era puro contraste. El color de la piel, el tono de su pelo, la clara oposición de sus caracteres, como dos piezas de un puzle que encajan precisamente por su diversidad.

—¿Has encontrado lo que necesitabas en Monterey?

—Sólo era una comprobación.

—¿Y?

—Y no debería hablar contigo del caso.

—Vale. Entonces no me lo cuentes.

—Ha elegido el lugar porque está a salvo de miradas indiscretas. Ha escogido el refugio casi perfecto, cobijado por la oscuridad de la noche y las sombras del muelle.

—Entiendo.

—Estoy pensando en una estrategia, pero no sé cómo lo verán cuando se lo cuente mañana. En todo caso, no es para ponerla en marcha de manera inmediata, sino como último recurso. De hecho, quiero revisar todo antes, volver a interrogar a posibles testigos, familiares, amigos, compañeros de trabajo. Analizar restos que pudiera haber en los cuerpos, hablar con Hilka y perdirle a los del FBI que envíen los datos a sus laboratorios porque tienen una tecnología mucho más avanzada que la que tenemos aquí. Tal vez ellos encuentren algo que se nos ha escapado.

Casi parecía que Kisha estuviera pensando en voz alta, hablando sólo para ella, como si así pudiera poner orden a sus ideas y establecer las prioridades.

—¿Y cuál es la estrategia?

—¿Qué?

—Has dicho que habías pensado en una estrategia, ¿no?

—Sí, sí, es verdad. Verás, creemos que el asesino es casi sin lugar a dudas homosexual, puesto que hay sexo previo al asesinato. Puede que realice la cacería en las inmediaciones del lugar, en alguna de las cafeterías que hay en el muelle. Ya sabes cuantas hay y lo concurrida que suele estar esa zona, sobre todo en verano y los fines de semana. Julius es muy atractivo, no pasa desapercibido, aunque se sale ligeramente del rango de edad que prefiere el asesino, puesto que la víctima más joven tenía treinta y cinco años y todos los demás superan los cuarenta. Pero, aún así, estoy segura de que Julius llamará su atención.

—¿Te parece muy atractivo Julius?

—¿Eso es todo lo que has entendido de lo que acabo de decirte?

—Bueno, después de haberte oído decir eso me ha costado un poco

seguir escuchando. Sobre todo sabiendo que pasáis mucho tiempo a solas los dos encerrados en un coche.

—Ya sabes, tengo ojos en la cara. Sin duda es guapo —le dijo acercándose nuevamente a él un poco más.

—¿Tengo que preocuparme? —preguntó Derek con una sonrisa de medio lado.

—No lo sé, ¿tú que crees?

Derek la atrajo hacia él, un poco más, unos centímetros menos, hasta que su piel notó el calor de la de ella. Y entonces se dejaron emborrachar por la embriagadora química que sólo sienten los enamorados.

CAPÍTULO 12 INSTINTOS

omos seres instintivos revestidos de un aparente

raciocinio y autocontrol. Pero es falso, una falacia

S

que nos tragamos sin masticar, una mentira

indigesta, porque cuando nuestros apetitos toman el

mando, somos meros súbditos tratando de luchar

contra su naturaleza. Y ya se sabe, ante los desastres naturales poco se puede hacer.

Había tratado de mantener esos instintos a raya, de doblegarlos, porque era consciente de que darles rienda suelta era demasiado arriesgado en aquella situación.

Especialmente después de aquel error que cometió. Aquello le hizo replegarse y esconderse hasta que supo que no había trascendido. Un error imperdonable que nunca antes había cometido. Sabía que si no se regía por sus normas, aquellas que él mismo se había impuesto, podría convertirse en presa fácil, sucumbir a su propia destrucción.

Llegó el momento en el que por fin se sintió bien, la salud fue regresando, la confianza en sí mismo también. Se encontró lo suficientemente recuperado, casi en plena forma. Entonces, el hambre pasó a ser tan voraz que amenazaba por consumirle.

La bestia que llevaba en su interior necesitaba alimentarse.

El primero casi fue casualidad. Aquella necesidad le hizo correr algunos riesgos aún, a pesar del percance anterior, y apenas hubo planificación previa. Le conoció en un bar del muelle y, aunque hacía frío, había que buscar un lugar aislado y apartado de las miradas de los curiosos. Bajaron a la arena, donde la oscuridad era casi total y los reflejos luminosos que procedían de la parte de arriba los ocultaban entre sus sombras siniestras. Contaban con la ventaja de que estaba casado y no quería que nadie pudiese verles, así que a ambos les convenía un lugar recóndito ajeno a cualquier visita inesperada. Se vieron dos veces. La segunda fue la de gracia.

Los siguientes fueron totalmente intencionales. Se enteró de que había desaparecido un famoso psiquiatra de la zona. Se le había perdido el rastro bajo el famoso y bullicioso muelle de Monterey, más o menos a la altura de la conocida The General Wharf’s Store.

No era descabellado que hubieran elegido ese lugar, a pesar de la bulliciosa vida y transitar de gentes que tiene de forma habitual aquella área. Era otoño, oscurecía antes y empezaba a hacer frío, por lo que muchos se recogían en sus casas más pronto de lo habitual, especialmente entre semana, aunque aquel día fuera jueves y la animación en la zona fuese *in crescendo* según se aproximaba el fin de semana.

La suerte se había aliado con él, con un alma oscura, facilitándole un plan sin esperarlo. Su primer crimen en mucho tiempo se había llevado a cabo en el mismo lugar que se le perdió el rastro al médico. Al principio le entró el pánico, algo poco común en él. Pensó que había errado otra vez. Pero claro, él no era él, sino alguien diferente al de siempre, una versión desmejorada de sí mismo. Debía ser un poco más indulgente consigo mismo. Aún así, creyó que se había puesto en el punto de mira de la policía sin buscarlo.

Por imprudente.

Por ser víctima de su naturaleza.

Por dejarse devorar por sus apetencias.

Un hecho fortuito que se convirtió en un regalo. Siguió la evolución de aquel caso y entonces sucedió lo que no imaginaba. El caos ordenándose a sí mismo. Había que aprovechar su buena suerte y subyugar aquella mente que acababa de pasar por un trauma y que se encontraba en la cuerda floja. Mirar a la muerte te transforma. Él lo sabía, aunque siempre la había mirado desde el otro lado.

Él era los ojos de la muerte.

Estar en manos de la parca durante cuatro minutos, te deja secuelas de por vida. Te llena de miedo. Te hace sentir vulnerable, inseguro. Te convierte en un ser desprotegido que en cualquier instante puede caer y romperse para no recomponerse jamás. Te hace darte cuenta de que en un instante puedes perderlo todo.

Cuando asesinó al primero, hacía ya algo más de cuatro semanas, se sintió como un vampiro sediento de sangre. No podía parar de golpearle, hasta que el hambre se sació de manera temporal. Porque los apetitos es lo que tienen: sólo se cubren de manera efímera, dándonos un fugaz sosiego hasta que la gula ataca de nuevo con más fiereza incluso que la anterior.



Someter a Tessa a sus deseos estaba siendo más fácil de lo que esperaba. La estaba llevando a un punto en el que lograría sacar lo peor de ella. Y eso era bueno para sus planes, muy bueno. No tanto para el resto de la humanidad, seguramente.

A cambio, había empezado a mostrarse más cariñoso con ella. Sin excesos, eso sí. Por mucho que reconociera las emociones humanas y supiera imitarlas, algunas aún no le salían de manera natural y seguían provocándole cierta repugnancia. Para él el sexo era únicamente una forma de satisfacer una necesidad física que nada tenía que ver con el amor. No entendía por qué al resto les gustaba tanto adornar algo que era tan instintivo.

Pero tenía algo a su favor. Sabía que era un maestro fingiendo. Tenía ese encanto superficial que encandilaba a los demás con una destreza propia de alguien que lleva toda la vida entrenándolo. Con Tessa no necesitó esmerarse. Era una persona solitaria que carecía de relaciones sociales satisfactorias. Alguna palabra bonita, alguna caricia.

Eso era suficiente. A veces, caminaba con ella por la calle y le cogía la mano. Todos los gestos que suponía que podrían agradarla y hacerla caer más profundo en sus redes de sórdida manipulación.

Sacarle información cada día era más sencillo. Él mostraba un interés genuino cuando le hablaba de cosas de la comisaría y trataba de ocultar su verdadero interés enterrándolo en medio de todo lo demás. Hasta que, poco a poco, según iban avanzando los días, ella cada vez iba revelando más información confidencial. Al principio se mostró un poco recelosa. No era estúpida y sabía que, si alguien se enteraba, se podía meter en un lío. Pero la manipulación seguía cada día, un poco más de manera casi inapreciable. Hasta que le planteó un plan que podía acabar con la carrera de la inspectora Jennings.

Entonces Tessa entró de lleno.

CAPÍTULO 13 DIANA

uando se despertó por la mañana, no se le había ido

el regusto amargo que le había dejado conocer que

C Erik seguía en Carmel y, además, con intenciones

espurias. Sabía perfectamente que él no había vuelto

porque la echara de menos o por cualquier otro noble

objetivo. Era perfectamente consciente de que estaba

allí por lo de siempre, porque necesitaba dinero y se le había ocurrido que Kisha volvería a ser la fuente

perfecta donde obtenerlo.

Además, ahora que era conocedor de que la situación de Derek era más que desahogada, había tenido la vileza de chantajearle sin ningún pudor. Erik era de esos errores que uno comete en la vida pero de los que no te das verdadera cuenta hasta tiempo después, cuando ya lo has dejado atrás. Cuando Kisha miraba hacia el pasado, veía un camino plagado de equivocaciones que podían venir a buscarla en cualquier momento.

Tenía que hacer algo.

No podía dejarlo pasar.

Debía atajarlo ese mismo día.

En cuanto finalizase el turno esa mañana, iría a buscarle sin demora. Sin embargo, no tuvo que esperar tanto. Ni siquiera tuvo que molestarse en localizarle, porque Erik la esperaba a la entrada de comisaría aquella mañana.

La miraba con aires de suficiencia, como quien sabe que tiene un as en la manga de mucho valor, la carta que te puede hacer ganar la partida. Kisha notaba como la bilis le subía por la garganta, pero también era consciente de que debía tratar de mantener el control, sobre todo teniendo en cuenta donde estaban. No era lugar para montar escándalos.

—No me puedo creer que ahora madrugues y todo —dijo con todo el sarcasmo que pudo reunir.

—Ya ves, Kisha. Soy un hombre nuevo.

—No, para nada. Eres el de siempre pero más ruin, si cabe. Hay cosas que desde luego no hacen más que empeorar con el paso de los años.

—¡Vaya! Nos hemos levantado de mal humor esta mañana. ¿Qué pasa? ¿Que el fotógrafo no te da lo que necesitas?

—Eres un cretino, Erik.

—Es evidente que el apacible ambiente de Carmel no ha aplacado tu

carácter hostil.

—¡Vete a la mierda!

—Detrás de ti —respondió con una sonrisa soberbia, como si le divirtiese la situación.

Kisha respiró hondo. Aquello empezaba a parecer una discusión pueril. No podía dejar que se saliera con la suya. Su único objetivo era provocarla y no iba a tardar en sacar los trapos sucios del día anterior y en cuestionar a Derek de la peor manera que se le ocurriese. Le conocía y sabía por donde iba a tirar. El problema era que había planeado ser ella la que iba a buscarle pero él había cogido la delantera. No podía dejar que siguiera siendo él quien llevase las riendas.

—Mira, en el fondo, me alegro de que hayas venido porque iba a ir a buscarte en cuanto acabase mi turno. Quiero que tengas claro que no vas a sacarle ni un centavo a Derek. Me lo ha contado, estoy al corriente de vuestro fortuito encuentro —señaló entrecomillando con los dedos de ambas manos— y tu intento de manipulación para que se convierta en tu mecenas. Pero eso no va a pasar. Más vale que te enteres de una vez, Erik, que tu música es pura basura.

Tenía que reconocerse a sí misma que respirar hondo no le había servido de mucho.

El autocontrol seguía siendo sin duda una de sus asignaturas pendientes. Había imaginado llevar esa conversación en otros términos, pero le hervía la sangre al tenerlo en frente y observar en él que, tantos años después, ese egoísmo tan evidente seguía ahí.

A Erik nunca le había importado nada ni nadie, salvo su carrera musical. Nada había cambiado.

—Eres una zorra, Kisha.

—Y tú un inútil. Se acabó. No vas a sacar ni un dólar. Más vale que le dejes en paz o… —finalizó dejando en el aire sus últimas palabras.

—¿O qué? ¿Tenías pensando amenazarme? ¡Venga ya! ¿En serio crees que tú puedes amedrentarme? No eres nadie, Kisha. ¿Quieres que te recuerde como me seguías a todas partes? Hacías todo lo que yo quería, sin dudarlo. ¿Eso también lo sabe Derek?

—Se acabó, Erik. No quiero volver a verte nunca más, ¿estamos?

Vuelve a Los Ángeles, regresa a la ratonera de la que hayas salido y trata de engañar a otros porque aquí no tienes nada que hacer.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la comisaría.

Ambos estaban tan alterados que no se habían percatado de que alguien ajeno a ellos había escuchado con atención y total claridad toda su conversación.



Una vez dentro de comisaría, sintió como seguían ardiéndole las mejillas debido a la rabia que sentía. Lo que no había imaginado ni en sus peores pesadillas era que aquel encuentro desagradable e infructuoso sería el último. Mucho menos podía imaginar lo que desencadenaría. Siempre pensamos que tendremos tiempo para algo más y nos olvidamos de que el destino, a veces, tiene otros planes para nosotros. En este caso, sin embargo, no era cuestión de azar ni de nada semejante. El motivo era mucho más mundano y terrenal.

Cuando se acercó hasta su escritorio, Julius percibió con claridad la agitación de la inspectora, pues ésta era incapaz de esconder el torbellino que se estaba produciendo en su interior. El subinspector se levantó y se aproximó hasta su mesa.

—¿Todo bien?

Kisha no le miraba a los ojos. No le apetecía revelar la perturbación que sentía en su interior, esa rabia felina que tanto recordaba a la que había sido tiempo atrás. Pensaba que, después de todo lo vivido en el último año, ya no era la misma, sino alguien más templado y equilibrado. Pero no, no era más que una mera ilusión. Sintió que caía sobre ella una condena a la que se veía predestinada, la cadena perpetua de estar atrapada en una personalidad impulsiva y visceral.

Por fin, se giró hacia su compañero. Él no debía cargar con su mal humor. Bastante tenía con lo suyo.

—Sí, tranquilo. He pensado en algo para el caso y quería contártelo. Si te parece bien, hablamos con Pete, aunque supongo que no querrá ponerlo en práctica hasta que no lleguen los del FBI. Tal vez podríamos hacerlo ya con nuestros agentes, pero eso lo decidirá él. En realidad no tiene mucho sentido acelerar las cosas hasta que no revisemos todo bien —señaló pensando en voz alta sin darse cuenta de que su compañero no tenía ni la más remota idea de a qué se estaba refiriendo.

—¿Me cuentas en qué estás pensando? Porque no pillo lo que tratas de decirme, la verdad.

—Tenemos más o menos claro que es homosexual, ¿verdad?

—Sí, eso parece. Al menos, es la teoría que inicialmente barajamos. Hay evidencias de actividad sexual previas al asesinato y muy recientes según los análisis de la forense, pero no hay rastros del otro participante. En realidad, podría ser un simple observador.

—Podría ser. No obstante, teniendo en cuenta que no hay heridas defensivas y que parece existir un intervalo tan corto de tiempo entre el sexo y la agresión, parece probable que él participe en el acto sexual. Además, si no es ese el caso, ¿dónde está la pareja?

—Sí, parece lógico. Aunque será mejor que no descartemos nada por el momento.

—Por supuesto. Vale. Ahí va mi propuesta. Lleva al menos un mes actuando, que sepamos. Parece que el período de enfriamiento se mantiene más o menos constante y se mueve por la zona de Monterey. Es probable que vaya de caza por las inmediaciones de donde mata. Propongo ponerle un cebo.

—Puede estar bien. Pero habría que atar muy bien todos los cabos.

—Sí, requiere mucha planificación. Y necesitaríamos un buen número de efectivos.

Eso puede ser lo más difícil, porque este tipo de operaciones que requieren de tanto personal y recursos técnicos son muy caras.

—Esperemos que ese no sea un problema. Si es el precio que hay que pagar para sacar a un asesino de las calles, seguro que encuentran la forma de ponerlo en práctica.

—A ver qué dice Pete, porque habría que hacerlo pronto si lo demás no da frutos. Ya estamos en la quinta semana desde que se desató esta ola de crímenes. Estoy segura de que no tardaremos en encontrar otro cadáver.

—Sí, eso mismo creo yo. El tiempo no juega a nuestro favor precisamente.

CAPÍTULO 14

INCORPORACIONES

isha dedicó prácticamente la jornada completa aquel

día a estudiar a fondo toda la información que

K habían recabado sus compañeros hasta el momento.

La documentación acumulada era ingente. Cada

expediente policial requiere de mucho trabajo de

recogida de información que debe plasmarse en los

informes oportunos. Además, los informes forenses,

la documentación fotográfica, la catalogación de las

pruebas, los resultados del laboratorio y un largo

etcétera de datos encadenados que acaban llenando

estanterías y cubriéndose de polvo. Con la

tecnología, cada vez se hacían más cosas de manera

digital, pero sin duda el papel seguía resultando más práctico en muchos casos, sobre todo cuando se

necesitaban extender sobre la mesa diversos

documentos para su comparación.

A lo largo del día estaba previsto que, casi con toda seguridad, llegase el equipo del FBI, lo que sería de una inestimable ayuda. Estaba deseando que recalasen en Carmel para poner todo en marcha y darle un impulso que esperaba que fuera definitivo en la resolución del caso. Necesitaba cerrarlo, llegar a ese punto en el que el trabajo está hecho y, así, poder retirarse, tal y como había decidido, una vez que lo de su hermana se hubiera resuelto también. Se apercibió en ese instante de como, sin apenas darse cuenta, su principal motivo para volver al trabajo estaba ahora casi en un segundo plano. La serie de asesinatos había captado casi por completo su atención.

Se ocuparía de ello también, no podía descuidarse y relegarlo a un

segundo plano, aunque en apariencia no pareciera revestir demasiado peligro. Al menos, no uno inminente. Hablaría con Pete para estar al día de el más mínimo detalle y trataría ella misma de implicarse de alguna manera discreta. Era complicado, puesto que no sabía hasta qué punto el acosador conocía las rutinas de su hermana y su entorno. ¿Hasta

dónde llegaría su vigilancia? Tal vez intentar ser invisible, tal y como Kisha había pensado en un primer instante, no era una opción si querían atraparlo. Puede que su juego, en algún sentido, fuera tenerla apartada pero cerca.

Pero, ¿por qué?

Se sacudió aquella idea de la cabeza. Estaba empezando a perder el norte con teorías absurdas.

Pensaría en ello más tarde. Ahora debía centrarse en aquel asesino múltiple al que, con acierto, Julius había llamado Mantis Religiosa. Era curioso que en un pasado que ya le parecía lejano habían pensado en Jenkins en términos similares. Sintió un escalofrío que le recorrió la médula espinal y que provocó una sensación de ardor en las cicatrices que le había dejado como recuerdo en el cuerpo cuando la torturó. Era desesperante aquella impresión que le abordaba de forma inmisericorde al evocar ese nombre, como si nunca fuera a ser capaz de liberarse del recuerdo de aquel desalmado que tanto tiempo les mantuvo en jaque.

Su cuerpo era un fiel reflejo de lo que aquel psicópata era capaz. Las marcas dejadas por las infecciones y las heridas mal curadas eran perceptibles a simple vista sobre su piel, destrozada a base de cuchilladas y quemaduras. Se acarició su abdomen de manera inconsciente como si aquel gesto pudiera ejercer algún efecto sanador. Las cicatrices de su alma, sin embargo, eran invisibles, pero igualmente reales.

Stephen le había sugerido abordar aquel episodio bajo hipnosis para ver hasta dónde les llevaba y poder sanar las cicatrices emocionales que hubiera dejado y que permanecieran ocultas en el subconsciente. Pero Kisha aún se sentía débil para afrontar algo así, en especial después del aún reciente episodio de San Martín. Así que, finalmente, habían decidido tratar aquello algo más adelante.

No obstante, el doctor Meyer no iba a dejarlo estar. Sabía que en la cabeza de la inspectora había reprimidos traumas que provenían de un

tiempo mucho más alejado de lo que ella creía. Le había hablado de algunas pesadillas que nada tenían que ver con aquellos dos casos y que habían aparecido mucho antes. A veces, era una bicicleta tirada en medio de la carretera, con la rueda delantera girando. Otras veces, en sus sueños veía algo que recordaba a una mancha de sangre en la calzada. No tenían por qué representar nada en concreto, teniendo en cuenta su trabajo. Tampoco parecía ser especialmente perturbadoras. Sin embargo, cuando aparecían, invariablemente se despertaba agitada y le costaba volver a conciliar el sueño.

Kisha tomó nota de los pasos que quería seguir a continuación y de las personas que debían entrevistar. En cuanto planificase todo, lo primero que haría sería llamar a los compañeros de los otros distritos que habían cooperado para conocer sus impresiones.

Se les convocaría a una reunión en los próximos días, pero quería adelantar algo por su cuenta. Tal vez alguno de ellos le diera un punto de vista diferente y se hubiera fijado en algún detalle que se le había escapado al resto o al que, simplemente, no le habían dado importancia.

Podría parecer una pérdida de tiempo volver a recorrer un camino ya andado, pero nunca se sabe lo que unos ojos nuevos pueden encontrar. Eso lo había aprendido en incontables ocasiones cuando trabajaba en Los Ángeles. A veces, alguien ajeno totalmente al caso hacia un comentario o una observación que abría una nueva línea de investigación que no habían explorado hasta ese momento y acababa conduciéndoles a la resolución del caso o, como mínimo, a dar un paso en la dirección correcta.

Por otro lado, no le preocupaba en absoluto el tema de la coordinación con el FBI, un asunto que a veces puede provocar fricciones cuando son dos cuerpos de seguridad diferentes los que gestionan una misma investigación. Sabía que con Bill era muy fácil organizarse y que, con él al mando, todo fluiría.

No habría confrontaciones, ni peleas.

No habría que sacar pecho.

No habría una batalla de egos.

Una preocupación menos.

Una vez hizo la ronda de llamadas a los compañeros que habían estado implicados hasta la fecha en el caso de la Mantis Religiosa y

tomó notas de todo aquello que creyó relevante, llamó por teléfono a la forense. Quería repasar algunos datos de las autopsias con ella. Quedaron en el anatómico forense del condado para hacer dicha revisión.

Tardaría tan sólo unos quince minutos en llegar si salía inmediatamente.



Hilka siempre tenía una visión diferente y única. Era una mujer sumamente perspicaz y le gustaba mucho trabajar con ella, entre otras cosas porque sus debates favorecían ese crecimiento cognitivo que provoca el argumentar tus ideas ante un escéptico dispuesto a rebatir cada razonamiento con un argumento sólido.

Sabía que tenía sus excentricidades y que a todo el mundo no le caía bien, pero quién era ella para juzgarla. Cada cual somos diferentes y lo que a uno le parece normal, para otro es intolerable. ¿Qué es la humanidad si no un océano de diversidad en el que dos gotas nunca serán iguales?

Desde la baja laboral de la inspectora, habían hablado por teléfono en varias ocasiones, pero no se habían visto desde hacía algo más de un mes, cuando Kisha visitó

a Stephen en el hospital. La única excepción a ese paréntesis en su relación, fue la fiesta de inauguración de la exposición de Derek un par de días atrás en la que apenas habían podido conversar unos minutos.

En cuanto entró en su despacho, Hilka, quien no era demasiado dada a las muestras de afecto, se levantó y se acercó a abrazarla. Habían cambiado muchas cosas desde que casi once meses atrás llegase la inspectora a Carmel.

Habían cambiado las cosas pero, sobre todo, habían cambiado las personas.

—¿Cómo te encuentras?

—No estoy en mi mejor momento, no te voy a engañar.

—Me lo imagino. Había entendido que no querías volver. Tal vez interpreté mal tus palabras.

—Y no quería. Ya ves, a veces las circunstancias mandan.

—No pareces muy entusiasmada.

—No lo estoy. En absoluto. En cuanto cerremos este caso y averigüe quien acosa a mi hermana, me retiro.

—¿Has pensado que este caso en concreto puede que no se cierre tan rápido como tal vez crees? No quiero ser agorera, pero si es un asesino en serie, no creo que sea tan fácil atraparle. Puede llevar meses actuando. Tal vez no logréis cerrarlo ni siquiera. No sería la primera vez.

—Lo sé. No te creas que no lo he pensado.

De hecho, le había dado mil vueltas a aquella idea. Ese caso podía ser una telaraña que la enredase y no la dejase salir. No creía que esta vez tuviera fuerzas para una carrera de fondo. Necesitaba un sprint al más puro estilo Usain Bolt y terminar con aquella recurrente pesadilla que parecía no querer soltarla jamás.

—¿Qué te parece si hablamos específicamente de la investigación? No quiero pensar más en lo que has dicho o creo que me volveré loca. Necesito estar centrada.

—¿Qué quieres saber que no esté ya en el expediente?

—En realidad todo. Es decir, me lo he leído varias veces pero quiero repasar contigo cada una de las víctimas y que tú en persona me cuentes lo que viste, tus sensaciones y aquello que no se escribe en un informe.

—Vale. Me parece buena idea.

—Sobre el primer cuerpo…

—Fui tan exhaustiva como con el resto, tranquila. Enseguida supe que no era Stephen, así que no dudes ni de las comas que has visto en el informe.

—No es lo que iba a decir. No tenía ni la menor intención de cuestionar tu trabajo, te lo aseguro. ¿Qué es lo primero que te llamó la atención?

—Que estaba demasiado limpio para haber sido resultado de un crimen pasional. En aquel momento no lo pensé, lo reconozco, porque

sólo podía centrarme en el alivio que suponía que no fuera mi marido el que estaba sobre la mesa de autopsias.

—Me lo imagino.

—Eso no significa que no fuera rigurosa en mi trabajo.

—Eso ya lo has dicho. Así que dime, Hilka, ¿por qué estás a la defensiva conmigo?

En primer lugar, no he venido a juzgarte. Y en segundo, no estoy en posición de hacerlo cuando yo fui la que la cagó, una vez más.

—Lo siento. Tienes razón. No en lo de que la cagaste, no me malinterpretes. En eso no. Por la parte que me toca, me alegro mucho de lo que hiciste. De no ser así, no estoy segura de que tuviera a mi marido conmigo. Creo que fuiste muy valiente. De hecho, te estoy infinitamente agradecida por haberle traído de vuelta.

—Lo sé. Tranquila.

Se miraron durante unos instantes a los ojos. En sus miradas se leía claramente que estaba todo dicho sobre ese tema y que no había ninguna necesidad de volver atrás.

¿Para qué seguir hurgando en el dolor?

—¿Crees que pudo haberse arrepentido y limpiar debido al sentimiento de culpa?

—Kisha, ¿tú que crees? Estoy segura que te ha sonado inverosímil lo que acabas de decir.

—Sí, es cierto. El arrepentimiento haría que colocase a la víctima en una posición lo menos humillante posible, que le cerrase los ojos tal vez, pero lo de limpiar el cuerpo es por otra cosa. De hecho, había algunas salpicaduras de sangre en la arena y eso no le preocupó. Puede que pensase que era fácil que se las llevase la marea, pero no creo que fuera eso. No le inquieta que sepamos que ese es el escenario principal y, además, sabe que la sangre no es suya, porque las víctimas no tienen opción de defenderse. Estaba seguro de que no habría rastros de su ADN ahí. Probablemente llevaba guantes e incluso un gorro, lo que a nadie le sorprendería teniendo en cuenta el frío. Limpió las zonas del cuerpo en las que podía quedar algún indicio que apuntara hacia él.

—¿Por qué? ¿Por miedo a ser descubierto?

—Lo dudo. Más bien creo que es metódico. Puede que incluso ya esté fichado y por eso se esfuerce en eliminar cualquier mínimo rastro. Sabe bien lo que hace y tiene experiencia. Ni mucho menos era su primera víctima. ¿Qué me dices del arma?

Hilka procedió a enseñarle las fotos de las heridas, aunque debido al elevado nivel de violencia ejercido sobre las víctimas, era difícil distinguir una herida de otra, ya que muchas de ellas estaban superpuestas. El nivel de violencia que denotaban era aterrador.

Había auténtica saña.

—Es un objeto romo imposible de clasificar. Las marcas son irregulares, ¿lo ves? —

preguntó enseñándole algunas de las fotos—. Ni siquiera parece la misma en las distintas víctimas. Mi teoría es que utiliza cualquier cosa que tiene a mano. Apostaría a que es alguna roca que encuentre en la zona o incluso en este de aquí —dijo señalando una foto de la cuarta víctima— podría ser una especie de estaca tal vez desprendida del muelle.

—Pero no encontraste astillas ni nada parecido en la cabeza.

—No, porque lo limpió a conciencia. Tampoco hay arenilla ni silicio que indique que son rocas lo que utiliza. Lo hemos deducido por la forma de las heridas básicamente, pero no podemos estar al cien por cien seguros.

—Y casi con seguridad se deshace del arma lanzándola al mar en cualquier otro punto. Ni siquiera es necesario alejarse demasiado para hacerlo. Imposible rastrearla.

—Eso me temo.

—¿Sabes que esta reflexión la debería estar haciendo con mi compañero y no contigo?

—¿Y entonces por qué no lo hablas con él?

—Si te soy sincera, no lo sé. Supongo que porque echaba de menos nuestras conversaciones, Hilka. También porque no le veo bien y no quiero saturarle.

Se quedó pensativa unos segundos después de decir aquello. El último caso había dejado una profunda huella en muchos de ellos. En la inspectora, evidentemente por lo que le había sucedido. En Julius, quien ya no parecía el mismo. En Hilka, que había sentido en su piel la vulnerabilidad a la que se expone el ser humano y lo fácil que puede ser perder a un ser querido de un día para otro. Y la lista podría continuar, porque en Carmel estaban sucediendo demasiados acontecimientos que suponían un punto de inflexión en la vida de la gente.

No obstante, si en ese momento esa conversación no la estaba teniendo con su compañero era posible que, entre otros de los motivos, estuviera el hecho de que no quería verse a sí misma en otros tiempos reflejada en el subinspector Morgan. Había notado en él demasiadas cosas que le recordaban a ella misma en sus peores momentos del pasado. Sintió que era tremendamente egoísta por tener ese pensamiento.

—Además, Julius iba a ir con Pete a Monterey a investigar lo de mi hermana —

continuó la inspectora.

—¿Qué es exactamente lo de tu hermana? Lo has mencionado al principio, pero no tengo ni la menor idea de a qué te refieres.

—Alguien la ha estado acosando o eso es lo que ella cree. Le ha dejado animales muertos en casa, en el coche… Incluso sospecha que ha matado a su perro. Lo último fue el envío de una carta en la que incluía fotos confirmando la infidelidad de su marido y le avisaba de que no se le ocurriera contactar conmigo.

—Suena escalofriante.

—Sí, creo que esa es la palabra que mejor lo define.



Julius se había dado cuenta de que algo atormentaba a Kisha aquella mañana, pero ella no lo quiso compartir con él. Había cambiado de tema y desviado la atención para no tener que hablarlo con su compañero. Era evidente que la relación entre ambos era totalmente desigual. Él confiaba en ella, le había abierto su corazón y relatado gran parte de esas cosas que para él eran en cierto modo inconfesables. Sin embargo, ella no era capaz de contarle nada. Estaba seguro de que si hubiera sido Pete quien le hubiera preguntado, a él sí

se lo habría contado. Trataba de convencerse de que debía olvidarla y entender que su relación era meramente profesional, pero era más fácil decirlo que hacerlo.

Y dolía.

—¿Qué te pasa? ¿Estás muy distraído? —preguntó Pete cuando iban en el coche de camino a Monterey.

—Nada, estoy bien.

—¿Seguro? Ya sabes que…

—Pete, para —dijo de forma cortante—. No empieces a sermonearme otra vez. Si piensas hacerlo cada vez que vayamos juntos, entonces creo que prefiero ir por mi cuenta.

—Vale, lo siento. Sólo trataba de que supieras que puedes contar conmigo.

—Lo sé. De sobra.

Helen les había facilitado llaves y la clave de la alarma para que pudieran entrar en la vivienda y analizar las posibilidades que existían de que alguien hubiera entrado en la casa y hubiese terminado por asesinar al perro.

Llevaron un maletín con lo imprescindible para recoger pruebas, aunque tenían serías dudas de que pudieran hallar algún tipo de resto, ya fuera orgánico o artificial.

Después del tiempo transcurrido, era difícil que encontrasen algo, pero había que intentarlo.

Revisaron los posibles accesos y espolvorearon el Negro de Humo, es decir, el polvo especial para tomar huellas dactilares, sobre la superficie de manijas, marcos de las ventanas y cualquier otra superficie que les pareciera susceptible de contener algún rastro, como posibles puntos de apoyo de la mano del intruso al colarse en la vivienda, por ejemplo. Había múltiples huellas, así que tomaron distintas muestras que tendrían que cotejar con el CODIS después de descartar las de los miembros de la familia.

Habían pasado ya al menos un par de semanas, así que la probabilidad de encontrar alguna que les sirviera era ínfima. Por otro lado, si había llegado a entrar, era más que probable que hubiera sido cuidadoso y

hubiera llevado guantes, así que era improbable que encontraran algo por esa parte. Si alguna de las otras muestras que habían tomado, como pelos, hilos, fibras y otros restos milimétricos encontrados en el suelo daban resultado, sería casi un milagro. Por si acaso, metieron cada uno en su correspondiente bolsa y la etiquetaron para su análisis posterior.

—Es hora de que nos vayamos —señaló Pete cuando consideró que habían recogido todas las posibles pruebas que necesitaban.

Julius le siguió sin decir una palabra, lo que al Jefe de Policía le hizo sospechar que seguía molesto. De hecho, no había dicho nada desde que diera por finalizada abruptamente la conversación en el coche. Ese no se parecía en nada al joven y vigoroso compañero con el que estaba acostumbrado a tratar.

Volvieron a armar la alarma y salieron de la vivienda. Guardaron el maletín con las muestras en el maletero y se dirigieron hacia el laboratorio del condado para solicitar que les analizasen los rastros de las diferentes sustancias que habían ido recogiendo, todo con poca esperanza, siendo honestos.

El camino de vuelta lo hicieron en absoluto silencio, lo que hizo crecer la preocupación de Pete por el estado de su subalterno. La pregunta era casi evidente:

¿cuánto tardaría en explotar aquella olla a presión?

CAPÍTULO 15

Resumen

uatro víctimas en cuatro semanas.

Demasiado.

C Cuando estuvo al frente de la sección de homicidios de la Policía de Los Ángeles había visto todo tipo de asesinos, entre los cuales tuvo la mala suerte de encontrarse con varios seriales. El tiempo de enfriamiento entre un crimen y otro solía variar, acelerándose según avanzaba en su escalada de violencia. Recordaba de la época en la que había estudiado criminología lo desconcertante que resultaban los períodos tan largos de enfriamiento cuando analizaron el caso de BTK. La teoría inicial para cuando esos períodos de enfriamiento se prolongan en el tiempo es que son debidos a varias posibilidades: que hayan sido detenidos por otros motivos y hayan estado un tiempo a la

sombra, que estén atravesando una enfermedad que les incapacite o que estén muertos.

En el caso de BTK, quien recibía su apodo por su espeluznante modo de proceder (*Bind, Torture, Kill*), los motivos no tenían nada que ver con aquello, sino con el hecho de que su esposa le pilló en distintos momentos travestido con ropa de mujer. Cada vez que le sorprendía travestido, se iniciaba una fase de enfriamiento. Lo que ella no sabía era que la ropa interior que usaba eran trofeos que se guardaba de sus víctimas.

Escalofriante.

No obstante, Kisha sabía que, en cierta medida, también depende de la capacidad de autocontrol del asesino, de si logra mantener la mente fría y de planificar cada delito o se deja arrastrar por sus pasiones infrahumanas y sus delirios. Algunos criminales son difíciles de clasificar porque no acaban de responder a un perfil claro y son desconcertantes en ocasiones. El sujeto ante el que se encontraban en aquel momento en Carmel era organizado en la planificación pero pasional en su modo de matar.

Era como si coexistiera en él algún tipo de dualidad.

Una vez por semana durante un mes daba como resultado una periodicidad fija que le hacía preguntarse varias cosas. La primera era cuándo había empezado a matar.

Dudaba mucho de que esos crímenes fueran los primeros por el nivel de control de la escena que ejercía. Además, no parecía preocuparle lo más mínimo que alguien pudiera descubrirle. A eso había que añadirle que, según se había recogido en los informes forenses, el primer golpe que atizaba a sus víctimas en la cabeza era fatal, por lo que

hacía pensar que sabía bien dónde y cómo golpear. Concretamente, el asesino les propinaba un golpe seco y fuerte en la sien, que no en todos los casos había provocado laceraciones visibles pero sí se había observado una importante hemorragia de la arteria meníngea media, que pasa precisamente por esa zona del cerebro. Dicho golpe, les había provocado una muerte instantánea a dos de ellos, por lo que no había opción de gritar ni defenderse. Tal vez les golpeaba en el preciso momento en el que empezaban a girarse.

Todo aquello daba como resultado que era inverosímil que fuese la primera vez que hacía algo así. Había demasiada planificación, demasiado conocimiento y cero improvisación. La saña posterior

parecía que no tenía otra explicación que el remordimiento o la vergüenza, puesto que ya no podía causarles mayor daño. Pero también podía ser genuina violencia y un desahogo por ira reprimida.

Eso, por otra parte, llevaba a otra pregunta, ¿por qué ahora y por qué en esta zona de influencia? Tal vez debían revisar más crímenes similares en los alrededores. En cualquier caso, era importante conocer un dato clave: ¿cuál había sido el detonante?

¿Qué le había impulsado a cometer esos crímenes en Monterey?

Después había que hacer un análisis a fondo de la victimología. Revisó la información que habían incluido los compañeros que habían estado al cargo de esa investigación y decidió darle la vuelta a la pizarra y montar su propia composición de lugar con lo que sabía de cada una de las víctimas. No veía el momento de que llegase Bill e hiciesen eso juntos. Siempre se habían complementado y habían logrado ver aquello que el otro era incapaz siquiera de atisbar.

La primera víctima era Ferdinand Adams, de cuarenta y nueve años. Era economista, estaba casado y tenía dos hijos que actualmente estudiaban en la Universidad. Parecía el tipo de caso en el que la víctima no se había atrevido a confesar su condición sexual y eso le había llevado a buscar encuentros clandestinos alejados de su lugar de residencia, puesto que vivía en Salinas, a una media hora en coche de Monterey.

Obviamente, la entrevista con su esposa iba a ser compleja, especialmente teniendo en cuenta que sería en cierta medida una repetición de la que anteriormente ya le habían hecho los compañeros. Sería como volver a hurgar en la herida cuando ya le ha empezado a salir la costra. Kisha, además, quería solicitarle que le dejase revisar los objetos personales de su marido, así como su móvil y ordenador, si es que no había borrado ya todo el contenido. Aún en ese caso, si la mujer accedía, los técnicos podrían recuperar la información eliminada.

Tal vez hubiera quedado con el asesino a través de alguna red social o alguna app como Tinder, por ejemplo. Si eso hubiera sido así, si fuera usuario de una aplicación de ese estilo, eso les daría un hilo desde el que tirar en función de los últimos contactos y

mensajes que estuvieran registrados. Tal vez aquello condujese a una IP y esa dirección de Protocolo de Internet a una dirección postal. No había que perder la esperanza.

La segunda víctima era Samuel Patricks de cuarenta y tres años. Trabajaba como diseñador gráfico independiente, por lo que hacía proyectos para distintas empresas.

No se le conocía pareja, al menos según habían relatado los de su círculo más cercano.

En su caso, su condición sexual no era ningún secreto. Según habían recogido en el informe, frecuentaba bares de ambiente y acudía a fiestas con regularidad. Tenía una vida social muy activa, tanto debido a su vida profesional como derivada de su vida personal, puesto que era un hombre amigable y muy sociable, según relataban los que le conocían. Que hubiera recalado en Monterey aquel día no era nada descabellado, puesto que tenía entrevistas y reuniones por toda la geografía californiana a diario.

El tercero se llamaba Jack Wilson y contaba cuarenta y seis años. Era subdirector de una empresa de recursos humanos de cierto renombre. Había acudido a Monterey por motivos laborales. En su caso, tenía pareja desde hacía seis años y vivían juntos desde hacía tres. Según pudo leer la inspectora, nada indicaba que la relación entre ellos atravesase por ningún bache.

El último, William Kent, de treinta y cinco años, era el único que se salía del patrón.

Más joven, con trabajo precario y residente en Monterey. Hacía chapuzas siempre que le salía algún trabajo, pero no tenía nada estable y dependía de que sus colegas le avisaran para algún proyecto. Tenía ciertos problemas con el alcohol y el juego, por lo que se le veía con frecuencia por los alrededores del muelle y, en más de una ocasión, le habían echado de algún bar por escándalo público.

Este último no encajaba en absoluto con los anteriores. Esto desconcertaba a Kisha y rompía las posibles teorías que había ido fraguando en su mente. Por un lado, el asesino podía ser un hombre de una edad similar a la de la víctimas, sin más motivación que esa. La violencia posterior vendría desencadenada por el sentimiento de vergüenza de sí mismo, tal vez por haber crecido en un ambiente muy conservador en el que las relaciones homosexuales estaban mal vistas y abiertamente rechazadas. Al finalizar el acto sexual, les culpabilizaría por arrastrarlo a cometer semejante felonía. Y de ahí la extrema agresividad y el deseo de destrozarles la cara. Con esta teoría, el sujeto desconocido o *UNSUB* como se conocía en el argot, podría tener una edad comprendida entre los cuarenta y los cincuenta años

casi con toda probabilidad.

Por otro lado, había empezado a pensar que era alguien más joven que buscaba víctimas que representasen a alguien de su pasado y ejecutara a través de ellos un ritual de venganza. Los tres eran hombres con cierta posición social y buen trabajo. Por lo que había visto en las fotos, iban bien vestidos y además, tenían cierto poder adquisitivo. La edad de las víctimas estaría relacionada con la que tenía el adulto que habría sometido a

algún tipo de agresión sexual o abuso al *UNSUB* cuanto éste era más joven. En este segundo supuesto, la horquilla de la edad podría ampliarse significativamente, pero también era cierto que lo más probable es que se encontrase entre los veinticinco y los treinta y cinco a lo sumo.

William Kent rompía ambas teorías y echaba por tierra lo que sabía sobre perfiles, al menos hasta que no recabase más datos.

¿Por qué una víctima bastante más joven que las anteriores? ¿Por qué su perfil era tan diferente en todos los aspectos? Tal vez en este último caso sólo se hubiera dejado guiar por puro instinto y atractivo sexual puesto que, las fotos de la víctima no dejaban lugar a dudas de que era un hombre muy guapo y llamativo, que además estaba muy en forma.

En cualquier caso, todas las víctimas eran varones blancos, caucásicos, aunque no existía parecido entre ellos, por lo que parecía que el físico no era lo más importante para este agresor.

La conexión debía proceder de otra parte.

Tal vez por lo que simbolizaban.



Cuando regresaron Julius y Pete de su excursión a Monterey y al laboratorio, Kisha ya había tenido tiempo de reorganizar la pizarra y diseñar el plan de acción a seguir.

Había previsto cada paso a dar a partir de entonces y estaba deseando que llegasen los del FBI cuanto antes para ponerse manos a la obra. La conversación con Hilka, además le había aclarado algunas dudas que le habían surgido al revisar el informe. Todo empezaba a cobrar una forma algo más nítida.

—¿Cómo ha ido? —les preguntó con cierta ansiedad en cuanto les vio.

—No creo que haga falta que te diga que hay que esperar a los resultados.

—Sí, ya lo sé. Pero me refiero a si habéis visto algo sospechoso o habéis encontrado algún indicio que os lleve a seguir alguna línea de investigación. A lo mejor habéis apreciado algo que induzca a pensar que han allanado la vivienda.

—No, lo siento. Y creo que es bastante improbable que esto nos lleve a ninguna parte. La casa está extraordinariamente limpia. Casi me sorprende haber podido recoger algo que se asemeje a una posible prueba. Desde luego el servicio de limpieza que tienen contratado se gana cada dólar. Aún así, hemos podido recoger algunas huellas y algún resto que estoy convencido de que sólo nos llevará a la familia.

Aquello encajaba con la personalidad de su hermana, con esa ansia de perfección que rallaba lo patológico. Imaginaba que vivir en esa casa no sería fácil, puesto que Helen no soportaba ni el más mínimo desorden. Con dos niños, aunque ya no fueran tan pequeños, eso sería casi imposible y estaba segura de que pondría a prueba sus nervios cada día.

—Quiero ir y verlo por mí misma Pete.

—No, ni de broma. Tú misma dijiste que tenías que mantenerte alejada por lo que ponía en la carta. Sería una imprudencia.

Ella en el fondo sabía que aquella petición nacía de su necesidad de controlarlo todo y sus dificultades en ocasiones por delegar en otros el trabajo. Tal vez aquello escondía, a su vez, un punto narcisista.

No obstante, algo empezaba a evidenciarse.

Su trastorno obsesivo empezaba a llamar nuevamente a la puerta. En el rato que había dedicado a estudiar el otro caso en ausencia de Julius y Pete, apenas había levantado la cabeza de lo que tenía entre manos.

—Sí, lo sé. Soy perfectamente consciente de lo que dije, que en este caso tenía que ser invisible. Pero es poco probable que esté vigilando la casa en la actualidad, puesto que ya tiene seguramente más que controlados los movimientos de la familia. No necesita estar haciendo guardia cuando ninguno de ellos está allí.

—Kisha…

—Pete, quiero ir. Confía en mí. Tendré cuidado y me aseguraré de que todo esté despejado. No saldré del coche salvo que esté segura al cien por cien.

Pete al final accedió con un resoplido y le facilitó la copia de las llaves que le había dado la hermana de la inspectora. Después, se fijó en el trabajo que había realizado organizando todos los datos sobre los cuatro homicidios. No dejaba de sorprenderle lo minuciosa que era a la hora de ordenar la información y lo meticulosa que era con cualquier detalle. Con lo impulsiva que era en ciertos momentos, parecía inconcebible que también pudiera coexistir dentro de ella ese grado de paciencia y organización.

Había en la pizarra magnética innumerables fotos y *post it* perfectamente organizados, ya fuera con información o con preguntas sobre cada una de las víctimas.

Era un mapa mental diáfano y, a la vez, exhaustivo. Las víctimas no parecían tener ningún tipo de conexión clara, salvo la raza y el lugar en el que habían aparecido muertos. Kisha tenía la teoría de que un bar del muelle sería el lugar donde el asesino realizaba la caza, por lo que habría que investigar si alguno de los locales de la zona se podía considerar un bar de ambiente o los elegía al azar sin tener preferencia por

ningún local en concreto. Había incluido una nueva suposición acerca del uso de alguna app de citas.

—Veo que no te has aburrido en nuestra ausencia.

—No, en absoluto. Necesito estar activa o me volveré loca. ¿Cuándo llegan Bill y su equipo?

—A lo largo del día. No sé exactamente a qué hora. Llámale si quieres.

—No hace falta. Así me dará tiempo a echar un vistazo en casa de mi hermana.

—Voy a ver si adelanto algo del trabajo que tengo pendiente.

—Pete.

—¿Qué?

—Gracias otra vez.

—No hay por qué darlas.

Iba a coger ya su abrigo para irse, cuando reparó en que no había intercambiado ni una sola palabra con su compañero desde que habían regresado. Kisha se dio cuenta de que Julius había estado muy callado todo el tiempo. De hecho, no había dicho ni una sola palabra.

Eso no era habitual en él.

No sabía si habría pasado algo entre ellos durante el tiempo que habían estado fuera juntos. No le gustaba verle así, con la mirada un tanto perdida y metido en sí mismo. Le recordaba demasiado a los viejos tiempos en los que ella había pasado por algo similar.

Además, le debía mucho.

Prácticamente, le debía la vida.

—¿Qué tal estás, Juls?

—¿Juls? —la miró desconcertado.

—Sí, ¿por qué no? He decidido que llevamos demasiado tiempo juntos ya como para no tener mi propia forma de llamarte.

—¿Y eso qué significa?

—Que nuestra relación avanza un paso más, ¡yo que sé! —respondió tratando de sacarle una sonrisa.

—Tendré que reflexionar sobre ello.

—Bueno, ahora en serio, te veo mejor —no sabía muy bien por qué había dicho aquello, pues en ese momento no estaba muy segura de que fuera así.

—Estoy mejor.

—Al menos, no bebes estando de servicio.

—Muy graciosa, Kisha. Eso es un golpe bajo y lo sabes.

—¡Venga va, no te enfades!

Le dio un golpecito en el hombro para intentar finalizar la broma de

manera cordial.

Él se quedó mirándola de una forma que la hizo sentir un poco incómoda, aunque no sabría expresar por qué.

—¿Te apetece tomar algo al terminar el turno hoy?

—Muchas gracias pero no. Quiero llegar pronto a casa. No quiero que Derek empiece a mosquearse otra vez porque llego tarde y no le aviso. Si bebo la primera cerveza, igual ya no me acuerdo ni de volver. Voy a ir a Monterey a echar un vistazo y vengo en una hora o así, para estar aquí cuando lleguen los federales.

—Te acompaño.

—No es necesario. Gracias. Te veo luego.

CAPÍTULO 16 REFUERZOS

e llevó un coche del departamento que no solían

utilizar, un sedán que se habían incautado durante

S

el último verano a una banda de traficantes que

habían intentado introducir la venta de cristal, una

forma de metanfetamina en forma de rocas

cristalizadas, en el condado de Monterey y que

habían elegido Carmel como su centro de

operaciones en la zona. Por suerte para todos, los

habían pillado a tiempo, puesto que se estaba

extendiendo de forma progresiva su consumo al

norte de California.

Cuando llegó a las inmediaciones de la vivienda de su hermana, dio varias vueltas a la manzana con el coche para estudiar la zona y controlar las calles aledañas por si detectaba algo sospechoso. Cuando estuvo lo suficientemente segura de que no había de qué preocuparse, aparcó a una distancia prudencial de la entrada de la casa.

Se dirigió hacia el camino de acceso con mil ojos. Pero, antes de pasar al interior de la vivienda, decidió que era mejor estudiar desde dónde podría haber ejercido el acosador su observación. No era difícil encontrar un lugar desde el cual hacer una vigilancia.

Había un frondoso parque muy cerca de la casa, con altos y robustos árboles y espesos setos. Ocultarse no era demasiado difícil. No obstante, aquello le habría servido principalmente al principio para conocer los horarios y rutinas de la familia sin que pudiesen siquiera apercibirse de su presencia.

La calle era la típica zona residencial de clase alta. Había un buen número de automóviles aparcados en ambas aceras, tanto en la de las viviendas que daban al mar como las que estaban orientadas hacia el interior. Viendo el nivel adquisitivo que había en la zona, no era difícil discernir qué vehículos pertenecían a los dueños y cuáles a los distintos servicios que tuvieran contratados. De esa forma, sería relativamente fácil aparcar el coche en la calle sin que llamase la

atención, puesto que no le cabía duda de que la mayoría de los vecinos tendrían personal de limpieza y jardineros como mínimo.

Eso le habría facilitado seguir a Helen cuando saliera del garaje con sus hijos y hacer la oportuna ruta con ellos a una distancia prudencial.

¿Cuántas veces lo habría hecho? ¿Cuánto tiempo habría dedicado a vigilarles para conocer sus movimientos? Temía que mucho. Le llamaba la atención el hecho de que, además, no se hubiera conformado sólo con eso, sino que hubiera seguido también a Joseph y le hubiera vigilado con tanta cercanía como para haber logrado descubrir su infidelidad.

Tal vez no se trataba sólo de un sujeto.

Eran demasiados objetivos.

Debía barajar ambas opciones porque, una vigilancia tan estrecha y exhaustiva requería de recursos y, sobre todo, de no tener obligaciones laborales ni de otro tipo.

Aquello le decía que, en caso de ser uno sólo, o disfrutaba de una situación económica desahogada o tenía una profesión que le permitía trabajar sin estar atado a un horario.

El acceso a la vivienda estaba escrupulosamente cuidado. Todas las plantas que acompañaban hasta la puerta estaban cortadas al milímetro y tenían el lustre típico del cuidado profesional. Sabía lo obsesiva que era su hermana con el orden y la limpieza, con la pulcritud en una palabra, y la casa no era más que un reflejo de dicha obsesión.

Se agachó para observar de cerca los parterres. Probó la posibilidad de que el asaltante, si es que llegó a entrar en la casa, hubiera dejado algún rastro de manera inconsciente. Después de hacer varios barridos con la linterna de manera concienzuda, encontró unas fibras enganchadas que parecían de rafia o de un material sintético similar. Las recogió con unas pinzas y las metió en una de las bolsas para pruebas.

Posiblemente no llevasen a ningún sitio y perteneciesen, por ejemplo, a algún juguete de los niños o a una bolsa de la compra. Pero no perdía nada por llevárselas y que las analizasen.

Abrió la puerta con las llaves y apuró el tiempo hasta que la alarma anunciaba que iba a saltar.

Unos treinta segundos.

Demasiado.

Treinta segundos puede que fueran una auténtica contrarreloj para alguien inexperto, pero eran una eternidad para un profesional. Tal vez había conseguido distinguir la clave desde la distancia con unos prismáticos, aunque lo veía poco probable.

Era un sistema sofisticado con bastantes sensores por la casa, tanto de movimiento como de temperatura. Sin embargo, le dio la impresión de que tal vez no fuera tan difícil desarmarlo con un potente inhibidor de frecuencia. Si estaba en lo cierto, eso le habría dado tiempo de sobra para actuar en el interior. Tenía que averiguar si el día que

Helen encontró al perro muerto en el jardín había habido alguna reclamación porque las redes telefónicas y las de internet hubieran dejado de funcionar.

Observó la casa con detenimiento, recorrió cada rincón con la linterna tratando de que se revelase lo que muchos otros ojos no habían visto antes que ella. Aún había restos en algunas zonas del Negro de Humo que habían aplicado sus compañeros, pero no había nada que mostrase alguna pista adicional.

Se le ocurrió antes de irse inspeccionar las lámparas de techo y de suelo por si hubiera escondido algún pequeño transmisor.



Mientras estaba Kisha en casa de su hermana buscando indicios, llegaron los del FBI a Carmel en sendos Escalade color negro. Si alguien no se había enterado de que los federales iban a colaborar en el caso, seguro que ahora ya estarían al tanto.

Bill entró en comisaría seguido de tres compañeros: Russell, Frank y Miranda.

Russell era el más joven de los tres, pues aún no había entrado en la treintena, mientras que Frank y Miranda la habían pasado de largo hacía tiempo.

Al entrar, Bill se dirigió directamente hacia el despacho de Pete, no sin antes saludar a todos los agentes que conocía desde la última vez que estuvo colaborando con ellos en la resolución del terrible caso de la última primavera en la que había estado involucrado el conocido

como Asesino del Ocaso. Cuando encontraron a Kisha en el sótano de San Martín poco más de un mes antes, no había llegado a pasar por la comisaría, por lo que en aquel momento sólo había coincidido con Pete y con Julius.

Llamó a la puerta del despacho del Jefe de Policía y éste les hizo pasar enseguida.

Entre ellos había una surgido una relación de sólida amistad y cooperación especial, tal vez debido al carácter afable de ambos, pero posiblemente también por los sucesos en los que habían colaborado. Será que enfrentarse a la muerte y a los asesinos juntos es algo que une mucho.

—¡Me alegro de verte! —dijo dándole un abrazo a Bill—. Al menos, en esta ocasión hemos hecho las cosas como dios manda y estáis aquí de manera oficial, siguiendo los cauces apropiados para solicitar vuestra ayuda y no de manera atropellada como las anteriores.

Ya desde el primer momento en el que se conocieron, en circunstancias un tanto adversas e inapropiadas, se habían caído bien. No obstante, ambos tenían personalidades que los convertían en personas fáciles de tratar, así que era casi lógico que hubiera buena conexión entre ellos. De hecho, Pete tenía en gran consideración a Bill, pues le parecía un policía avezado y un hombre cabal e inteligente. Con relativa

frecuencia, le llamaba para hacerle consultas a nivel personal. Confiaba en su instinto y en su saber hacer.

En el caso actual en el que estaban trabajando, no había sido necesaria ninguna treta para lograr la colaboración del FBI. El propio Jefe de Policía de Carmel había solicitado su ayuda por los cauces establecidos oficialmente debido al tipo de delitos que se estaban produciendo en la zona, si bien incluso le habían sugerido que contactase con la oficina de Quantico, puesto que allí se encontraba el equipo especializado en asesinos seriales conocido como Unidad de Análisis de Conducta. Había declinado la oferta educadamente y había pedido la cooperación de la delegación más próxima, la cual era la oficina regional de San Francisco, sólo un poco más cerca que la de Sacramento. Que enviasen a Bill era lo esperado, puesto que estaba acostumbrado a actuar como enlace con distintos departamentos de policía locales. Y Pete quería trabajar con caras conocidas. Demasiados cambios había habido ya en poco tiempo.

—¿Qué tal, Pete? ¿Cómo lo lleváis?

—Nada bien, como te imaginarás. Por eso os he llamado. Estoy muy agobiado y preocupado, aunque no debería estarlo porque, en realidad, los cadáveres han aparecido en Monterey. Hay que ser muy estúpido para haber acabado haciéndome cargo de un asunto como éste que poco tiene que ver con Carmel. Tanta diplomacia me está saliendo cara.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Yo que sé. Como las cosas estaban tan turbias después de la salida de Ralph Harrison, creí que sería bueno estrechar lazos entre todos los cuerpos de seguridad de la zona, así que fui yo el que propuso esta locura de tender puentes para ayudarnos entre todos y compartir efectivos cuando fuese necesario. Después de solicitar llevar desde aquí la investigación de la desaparición de Stephen Meyer, ya no tenía forma de negarme. Como se suele decir, les debía una.

—El bueno de Pete —dijo Bill, dándole un toque amistoso en el hombro—. No te preocupes. Lo resolveremos. Vengo muy bien acompañado, como ves. Te presento a los Agentes Especiales Frank Milton, Miranda McDermott y Russell Flynn —Encantado de conoceros —dijo Pete estrechándoles la mano a cada uno de ellos.

—Igualmente, Jefe —respondió Russell, mientras los otros dos asentían con la cabeza.

—¿Dónde está Kisha? No la he visto al entrar.

—Ha ido a casa de su hermana. No creo que tarde ya mucho, porque se fue hace más de una hora.

—¿Perdona? ¿De su hermana? Que yo recuerde, llevaban años sin hablarse.

—No hay nada como necesitar ayuda para olvidarse de las rencillas. Pero eso es mejor que te lo cuente ella. No creo que se demore ya mucho. Salvo que queráis tomar un café primero en lo que llega la inspectora Jennings, podemos ponernos manos a la obra y revisar la información que tenemos hasta el momento.

—Estamos bien. Cuanto antes comencemos, antes pondremos entre rejas a ese malnacido.

CAPÍTULO 17 REENCUENTRO

uando regresó a comisaría, enseguida supo que Bill ya había llegado. No era debido a unas extraordinarias dotes de deducción, sino a los dos mastodontes C negros que había aparcados a la entrada, en el parking reservado para los coches oficiales.

Tenía unas ganas inmensas de ver a Bill. No entendía por qué motivo le ilusionaba tanto tenerle allí trabajando a su lado. Tal vez era porque le daba seguridad o porque la entendía a la perfección con tan sólo cruzar una mirada. No era que con Julius no trabajase a gusto, pero había algo en él desde que había regresado que la inquietaba más de lo que se atrevía a confesar.

Cuando entró, vio que habían habilitado la sala de reuniones para el equipo que iba a trabajar en el caso. Habían trasladado la pizarra hasta allí y en la mesa estaban extendidos todos los expedientes. Julius y el propio Pete estaban poniendo al día a los federales, además de alguno de los agentes desplazados de otras demarcaciones que habían trabajado en el caso hasta la fecha y a los que habían avisado unas horas antes de la llegada del FBI.

—¿Por qué no me ha avisado nadie de que había empezado la fiesta?

—Sólo se te ocurriría a ti escaquearte y salir a dar una vuelta cuando sabes que viene el FBI. Algo tendrás que ocultar.

—Ja, ja, ja. ¡Qué gracioso! Si vivieras en Londres, Mister Bean se habría muerto de hambre.

—Ven aquí, anda —finalizó Bill acercándose a ella con los brazos abiertos.

Se fundieron en un largo abrazo, de esos que equivalen a varios Mississippis. Kisha sintió que se ablandaba un poco la coraza que estaba tratando de volver a ponerse para dejar fuera del caso y de la comisaría esas emociones que últimamente tenía a flor de piel.

Un abrazo tiene el poder de ablandar hasta la más recia armadura. Y el abrazo de un buen amigo llega hasta lo más hondo de tu ser, derritiendo cualquier resistencia imaginable.

—Te presento a mis compañeros, el agente especial Frank Milton, la agente especial Miranda McDermott y el agente especial Russell Flynn —les presentó mientras los tres le estrechaban la mano.

—¡Qué redichos sois en el FBI! Podías habérmelos presentado en tres palabras en lugar de toda esa parrafada que has soltado. En fin.

Encantada, yo soy la inspectora Jennings.

Bill puso los ojos en blanco. En realidad, razón no le faltaba, pero debía hacer la presentación oficial. Era el protocolo.

—Sí, sabemos quién eres —señaló la agente McDermott.

—¿Ah sí? Pues espero que lo que sepáis sea bueno. No deberíais creer lo que decide este medio italiano que tenéis por compañero —dijo señalando a Bill.

—Muy bueno, en realidad. Hemos estudiado alguna vez la investigación que se llevó a cabo en Los Ángeles para encontrar al Asesino del Ocaso y la verdad es que fue brillante.

—Muchas gracias, pero lo cierto es que terminó escapando, que no era precisamente el final que hubiéramos deseado.

"*Ni la tortura, ni las pesadillas, ni todo lo que me hizo pasar en aquel sótano que nadie llegará nunca a saber bien. Desde luego no era la resolución que yo había imaginado* ", pensó Kisha sintiendo un escalofrío que la recorrió la médula espinal. Llevaba mucho tiempo sin pensar en aquello y, de pronto, desde que había vuelto al trabajo, se había vuelto un recuerdo muy presente. Aún así, tenía heridas más recientes que aún la despertaban de vez en cuando en plena noche.

Se le estaban acumulando las cicatrices a medio sanar.

Eso, a la larga, termina pasando factura.

—Bueno, al menos eso ya no será nunca más un problema, después de lo de la última primavera —señaló el subinspector Morgan.

—Espero que tengas razón.

—¿A qué se refiere, inspectora? —preguntó Miranda.

—Vale, creo que es hora de cambiar de tema. Tenemos mucho trabajo que hacer y no podemos perder tiempo —cortó Bill.

No quería que Kisha empezara otra vez con sus paranoias relacionadas con el hecho de que nunca se recuperó el cuerpo de Jenkins o, como ya se le conocía oficialmente, Frank J. Murray. Temía que se obsesionase otra vez con aquello. Él en primera persona lo había padecido tiempo atrás. Todos los policías, especialmente los de homicidios, tienen algún caso que se les graba especialmente, un caso

de esos que no te puedes quitar de la cabeza, al que vuelves una y otra vez incluso estando fuera de servicio. Él mismamente se obsesionó años atrás con el secuestro de un bebé al que acabaron

encontrando muerto, abandonado en un bosque de la zona. Había pasado noches enteras sin dormir. Tardaron meses en resolver aquello, pero al final lo hicieron. La inocente madre no tenía nada de inocente, pues lograron demostrar premeditación y una frialdad escalofriante en la planificación de todo el delito. Cada vez que lo recordaba, se le ponía la carne de gallina.

El del Ocaso, sin duda, era el caso que había absorbido a Kisha.

La mirada que la inspectora le lanzó a su amigo del FBI no dejaba lugar a dudas acerca de lo que estaba pensando en ese momento. Le había quitado la posibilidad de dar réplica a lo que había planteado el subinspector Morgan.

—Pete, Julius y los demás nos estaban contando lo que sabéis hasta ahora. Me gustaría saber tu opinión al respecto.

—No sé si podré aportar algo útil que no os hayan contado ya. He sido la última en llegar. En cualquier caso, me he entrevistado con la forense esta mañana y me gustaría comentaros lo que hemos hablado. Por otro lado, creo que deberíamos repasar los pasos que se han llevado hasta ahora y darles un nuevo enfoque. Puede que encontremos algo a lo que no se le haya prestado la suficiente atención.



—¿Puedo hablar contigo un momento fuera? —le preguntó Kisha a Pete justo al acabar la reunión, la cual se había alargado de manera considerable.

—Claro.

Se dirigieron hasta la salida de la comisaría. Pete despidió a los detectives que habían venido de otros departamentos y aprovechó para agradecerles su tiempo, especialmente después de haberles avisado con tanta premura. No quedaba descartado que pudieran necesitarles en un futuro cercano, aunque eso lo negociaría con sus respectivos comisarios y con el sheriff de Monterey. Ya en la calle, Pete comenzó a hablar.

—¿Has encontrado algo?

—Nada relevante, creo. Había estas fibras entre los parterres —dijo al tiempo que sacaba la bolsita de pruebas del bolsillo de su chaqueta—. Sé que la debería haber entregado nada más llegar para registrarla como posible prueba, pero como ya habían llegado los del FBI no quería dilatar más las cosas. Además, no creo que sea nada y no se ha roto la cadena de custodia. Me gustaría enviarla al laboratorio para que la analicen.

—Vale. Eso está hecho.

—También debemos averiguar si el día que el perro murió, hubo alguna reclamación en el barrio porque dejasen de funcionar los teléfonos o la red móvil o wifi.

—¿Y eso?

—Es para descartar que alguien pudiese entrar anulando la alarma gracias a algún tipo de inhibición de frecuencia. Sé que parece algo del pasado y que ya no es tan sencillo, que se han actualizado los equipos y bla bla bla, pero algunas compañías de seguridad aún pecan de ser excesivamente confiados y no han reforzado sus sistemas en ese aspecto. Cobran mucho a los usuarios por unos aparatos de última tecnología pero se ahorran costes en lo más importante. Nada que no hayamos visto antes.

—De acuerdo, lo comprobaremos.

—He estado buscando algún micrófono o algún transmisor que pudiera estar oculto, pero no he podido encontrar nada. Sin embargo, tal vez habría que ser más exhaustivos en la búsqueda, ya sabes a lo que me refiero.

—No creo que sea necesario por el momento. He hablado hace un rato con tu hermana y dice que lleva varios días tranquilos y que la sensación de estar siendo observada casi ha desaparecido. Desde el día que recibió la carta, no ha vuelto a pasar nada, y eso fue tres días antes de ir a verte. Es una buena señal.

—¿Has hablado con Helen?

—Sí, lo hago a diario para comprobar que todo va bien. Bueno, en realidad sólo ha sido ayer y hoy, pero seguiré haciéndolo hasta que las aguas vuelvan definitivamente a su cauce.

—No hace falta que te tomes tantas molestias.

—No es ninguna molestia. Además, después de haber estado hoy en su casa recogiendo muestras, quería informarla del proceso y de cuánto tardaremos aproximadamente en tener resultados.

—Sabes que eso no es lo normal, que desaparezca de pronto y no vuelva a saber de él. Ahí pasa algo raro.

—¿Qué quieres decir con que pasa algo raro?

—Que no es lo habitual, Pete. Es raro de cojones que, de repente, después de un acoso casi constante, le mande una carta tan inquietante como esa y después desaparezca.

—O tal vez no. Quizás lo que pasa es que, cuando le dijo en la carta que no te lo contara, era porque había averiguado recientemente que eras su hermana y en realidad le daba miedo que, si te lo decía, lo investigaras hasta dar con él.

—Tal vez, pero sigo creyendo que no tiene mucho sentido.

—Voy a seguir pendiente, si eso te deja más tranquila. Al menos, durante unos días.

Además, tu hermana tiene mi teléfono personal, puede llamarme en cualquier momento si algo le preocupa.

—Por cierto, ¿hay algún resultado de la carta?

—No mucho. De momento, tenemos datos preliminares. Las únicas huellas que hay son las de tu hermana. He tirado de algunos contactos a ver si consigo un análisis grafológico, pero no te voy a engañar, con los recursos de la zona y lo endeble del caso, no parece que vaya a ser posible.

—Bueno, ahora que está aquí el FBI, igual puedo pedírselo a ellos.

—Suerte con eso. No sé yo si lo conseguirás, puesto que no está vinculado en absoluto con el caso que nos ocupa. No creo que resulte fácil usar así como así los recursos del gobierno.

—Lo sé. Déjame pensar. Algo se me ocurrirá.

Se quedó unos instantes pensativa mirando hacia otro lado. Sabía que era importante analizar la carta. A veces, el análisis, no sólo de la escritura, sino del propio lenguaje, de la semántica y de la semiótica contenida en la misiva podía ser clave para dirigir la investigación a

determinado sujeto. Esto ya se había empezado a hacer en los años setenta a raíz del caso del Unabomber y, desde entonces, se había progresado mucho en esa técnica.

—Será mejor que entremos —señaló Pete.

Según se estaba girando hacia la entrada, notó que la inspectora le agarraba del brazo. Le extrañó el gesto, puesto que había dado por terminada la conversación. La miró a la cara y en sus ojos se leía un agradecimiento sincero. Sin duda, desde que la conoció tantos meses atrás, se había producido un cambio en su forma de ser bastante notable, aunque hubiera rasgos de su carácter que seguían estando ahí y que precisamente hacían de ella quien y como era.

—Gracias, Pete. Por todo. Por tu ayuda, por ser un amigo, por estar ahí siempre que te necesito.

—No hay nada que agradecer. Somos una familia.

CAPÍTULO 18 COINCIDENCIAS

l mismo tiempo que llegaba Bill a Carmel, Derek

sufría un accidente de tráfico. Las coincidencias a

A veces tiene lugar.

O tal vez no.

Acababa de incorporarse a la avenida principal para coger el desvío que le condujese hacia la Scenic 17-Mile Drive, una de las carreteras más famosas de la zona por sus asombrosos paisajes. Aunque ya tenía varias fotografías que le habían solicitado para un libro de esa concreta demarcación territorial, quería sacar algunas tomas más con una luz diferente. No paraban de lloverle ofertas de trabajo y la verdad era que solía rechazar la mayoría de ellas porque le gustaba trabajar a su ritmo y sin compromisos.

En este caso en concreto, no le suponía ninguna atadura y, enamorado como estaba de la región en la que había nacido, no le importaba colaborar en todo lo posible para resaltar las virtudes de esos paisajes de ensueño.

Iba concentrado.

Estaba seguro de no haberse distraído.

Había visto con nitidez como el semáforo cambiaba a verde cuando pisó el acelerador.

De pronto un coche le embistió desde la calle que salía desde la izquierda y le dio en la puerta del conductor. No iba a demasiada velocidad, aunque el impacto fue lo suficientemente fuerte para asustarle y dejar una buena abolladura en la chapa.

Lo más curioso de todo es que juraría que ese vehículo lo había visto detrás suyo poco antes de llegar al semáforo, pero no se había percatado de dónde había girado para que en aquel momento apareciese por su izquierda casi de la nada.

Cuando le golpeó, Derek tardó unos segundos en reaccionar. Por suerte, el impacto no había sido demasiado fuerte y únicamente se había golpeado levemente contra la ventanilla sobre la ceja izquierda, lo que le había provocado unas pequeñas laceraciones que sangraban profusamente a pesar de no revestir importancia.

Lo más extraño de todo fue cómo lo miraba el conductor del otro

coche.

Después, se dio a la fuga.



—¿Qué coño le ha pasado al coche? —preguntó Kisha nada más entrar en casa cuando llegó por la tarde. Cuando aparcó su utilitario, le llamó la atención la llamativa abolladura que lucía el Toyota Tacoma en la puerta del conductor.

—Yo estoy bien, gracias —respondió Derek desde el salón.

Ella se dirigió hacia la estancia principal al tiempo que el fotógrafo se levantaba y se dirigía hacia ella para encontrarla a medio camino.

—Joder, ¿te ha pasado algo?

—No, estoy bien, tranquila.

—Déjame que te vea. Tienes algunos rasguños en la cara —señaló acercándose a él y revisando las pequeñas heridas que tenía sobre la ceja.

—No es nada, de verdad.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me ha embestido por la izquierda un tío bastante raro, la verdad.

—¿Por qué raro?

—Porque se me ha quedado mirando con cara de sádico, como si lo estuviera disfrutando. Tenía una mirada febril.

—¿Febril? ¿Qué coño significa eso?

— Pues eso, una mirada de enajenado o algo así.

Observó la cara de incredulidad que ponía Kisha y decidió dejarlo estar. Puede que se estuviera imaginando cosas. En numerosas ocasiones, teñimos la realidad con nuestras interpretaciones salpicadas por un tinte de emocionalidad que todo lo cubre.

La verdad nunca es una verdad desnuda.

—Déjalo, no me hagas caso. En fin, tal vez sólo sea una impresión

mía.

—Te habrá dado los datos del seguro, supongo.

—No. Se me quedó mirando y después se dio a la fuga.

—¿Has apuntado la matrícula?

—No me ha dado tiempo.

—¿Y no has llamado a la poli?

—¿Para qué? No tengo la matrícula y los testigos tampoco la habían anotado.

—Pero te habrás fijado en el modelo del coche, ¿no?

—Creo que era un Buick antiguo de un color rojo gastado. Juraría que un modelo de los ochenta. Pero tampoco estoy seguro.

—¡Cuánto capullo hay suelto!

—No pasa nada, ¿vale? Lo del coche tiene arreglo y yo estoy bien. Fin de la historia.

¿Qué tal tu día?

—Bien. Ya han llegado los del FBI, por cierto.

—Bueno, eso ya lo sabía. Me llamó Bill para decírmelo.

—¿Estás de broma?

—No.

—¿Por qué te llama a ti siempre?

—Porque nos llevamos bien. ¿Cuántas veces le llamas para algo que no sea pedirle un favor? O más concretamente, ¿cuántas veces has hablado con él durante el último mes, por ejemplo?

—Lo estás disfrutando, ¿eh Derek?

—Para nada —dijo con una sonrisa en los labios que indicaba justo lo contrario—. Si no absorbes demasiado su tiempo, quedaré con él mañana para tomarnos una cerveza.

Me apetece mucho verle y charlar un rato con él.

—¡Hola! ¡Estoy aquí! ¿No me ves? Porque veo que no habéis contado conmigo para eso.

—¡Cómo me pone que te pongas celosa! —dijo tratando de sacarle una sonrisa.

—¿Sí? ¿Te pone? Pues llama a Bill también para eso.

Kisha subió a la planta de arriba para dejar sus cosas en el dormitorio. ¿Por qué estaba molesta? Debería agradarle que dos de las personas más importantes en su vida se llevasen tan bien. Sin embargo, sentía una especie de celos porque le parecía que entre ellos había surgido una relación en la que ella quedaba fuera.

Siempre le había costado tener un grupo de amigos estable. Cuando era una cría, nunca había tenido amigas. Se había movido en pandillas con chicos, pero jamás había llegado a tener una relación especial con una chica de su edad, mientras que su hermana siempre había tenido un grupo de amigas con las que cuchicheaba y que iban a hacer fiestas de pijamas en casa. No es que lo hubiera echado de menos o la envidiara por ello, pero siempre se había sentido un tanto fuera de lugar en muchas situaciones.

Bajó otra vez con ropa más cómoda. Se sentó junto a Derek y apoyó su cabeza sobre su hombro. Ese gesto sencillo la transportó a los días tan tranquilos que habían pasado juntos en la cabaña de Mammoth Creek, donde la mayor preocupación era levantarse demasiado tarde para saber si era hora de desayunar o de almorzar. Sintió una punzada de melancolía en su pecho.

—¿Se te ha pasado ya el berrinche?

—No soy una cría —dijo sin mirarle, aún recostada sobre su hombro.

—Pues, a veces, lo pareces. Mírame, anda —dijo cambiando de postura y levantando con su índice la barbilla de Kisha—. No malinterpretes las cosas, ¿vale? Que Bill y yo nos llevemos bien no significa que tú estés fuera de nada. Hablamos con frecuencia y ya está. Es un buen tío y me cae bien. No me extraña que seáis tan amigos. Es muy fácil hablar con él. Y tiene un punto divertido que no me imaginaba. ¡Con lo serio que parece cuando va con el traje en plan súper agente especial!

La miró unos instantes para estudiar su expresión.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

Pero en realidad nada estaba bien.

Desde que sucedió lo de San Martín, no acababa de encontrarse bien.

CAPÍTULO 19 ENTREVISTA

ué tenían hasta el momento? Mucho y nada. Había

¿Q

bastante información sobre la mesa, pero poca que

les condujese verdaderamente hacia alguna dirección

concreta. Conocían la identidad de todas y cada una

de las víctimas, conocían su ocupaciones laborales y

algunos datos relevantes de su vida privada. Tocaba

sintetizar y resumir, buscar las posibles conexiones

y, con la información de las nuevas entrevistas,

tratar de encontrar ese cable del que tirar.

La primera víctima, Ferdinand Adams había ocultado durante muchos años su tendencia sexual. La mujer ni siquiera lo había sospechado. Al menos, era lo que afirmaba según se recogía en los informes de la investigación. Tal vez lo sospechara pero no había querido creerlo. A veces, negamos la realidad como forma de defendernos. La cuestión era que habían vivido una mentira desde que se conocían.

Debía ser realmente duro despertar de una forma tan brutal y descarnada. La esposa había tenido que hacer frente a una realidad cruel de forma inmisericorde ante la opinión de familiares y amigos que habían descubierto al mismo tiempo que ella ese secreto.

Se repartieron las entrevistas. Kisha y Miranda irían precisamente a entrevistar a la esposa del primer fallecido. Les pareció que tal vez le resultaría más sencillo hablar con otras dos mujeres, en un intento de empatizar con ella y de que se sintiera comprendida. Un lenguaje entre féminas, quizás, si es que existe algo parecido. El único objetivo, al fin y al cabo, era hallar una forma de comprensión más allá de lo tangible, una conexión invisible entre almas dolientes.

Había pasado más de un mes desde el asesinato del marido y, después de ese período de tiempo, era más que probable que algunos recuerdos hubieran empezado a emborronarse. Aún así, esperaban que la esposa de Ferdinand Adams pudiera aportarles alguna información relevante.

Tardaron poco más de treinta minutos en llegar. El día era luminoso y

la carretera estaba bastante despejada. No querían llamar demasiado la atención, así que fueron en el coche de la inspectora Jennings, una aburrida berlina de color gris.

—¿Cuánto hace que conoces al agente Zucherinni?

—¿Bill? No sé, creo que más de diez años. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque es evidente que estáis muy unidos.

Kisha desvió por un instante la vista de la carretera para observar a la agente McDermott. Había utilizado un tono que trataba de parecer desafectado, pero había provocado el efecto contrario y daba la impresión de que escondía algo más.

—Sí, en eso tienes razón. Creo que de los casi veinte años que estuve en Los Ángeles es lo único bueno que me he llevado.

—Es un poco deprimente decir algo así.

—Sí, supongo. No se me dan bien las relaciones personales. Dime la verdad, Miranda, ¿te gusta Bill? —preguntó sin rodeos.

—¿Qué? No, por supuesto que no. Pero me ha llamado la atención lo efusivo que se ha mostrado cuando te ha visto. Suele ser un hombre muy comedido que mantiene las distancias. No es dado a muestras de cariño en el entorno laboral, desde luego.

—Bueno, eso es porque Bill y yo tenemos un pasado en común bastante intenso.

Hemos atravesado por momentos chungos. Hemos hecho turnos largos y vigilancias duras durante jornadas interminables. Y literalmente me ha salvado la vida en más de una ocasión.

—Comprendo.

—Si te gusta, más te vale que te lo saques de la cabeza porque está muy pillado por Darlene.

—No me gusta, en absoluto. No en el sentido que insinúas. Te estás llevando una impresión errónea. Es más, tú tendrías más posibilidades que él, pero no eres mi tipo, así que no te hagas ilusiones —dijo como si tal cosa, algo que le resultó divertido a Kisha por esa naturalidad—. Le admiro, eso es verdad. Es un hombre íntegro y me encanta trabajar con él porque siempre tiene las ideas claras y sabe lo que hacer a

continuación. Es como si nunca tuviese la menor duda. Siempre mantiene el temple, además. Da mucha seguridad al equipo.

—Sí, tienes toda la razón. Tenéis mucha suerte de trabajar con él. Hace que parezca que las cosas son fáciles, por muy jodidas que estén.

Aparcaron en la misma entrada de la vivienda. Era una casa de planta baja que se extendía por un amplio jardín. La familia parecía vivir una situación desahogada, al menos, mientras el marido vivía. Desconocían la situación económica actual de la mujer, puesto que por el modo de morir de su esposo no la contemplaban como posible sospechosa. Por ello, habían decidido no malgastar el tiempo indagando en la salud

actual de las finanzas de la familia. El grado de violencia ejercido y la tipología del crimen apuntaban indudablemente a un hombre. Además, era el primero de otros tres que habían venido a continuación, por lo que investigarla debido a una posible motivación por cobrar el seguro de vida tampoco encajaba con lo que tenían.

Llamaron a la puerta y unos segundos después les abrió un joven en torno a los veinte años.

—Buenos días. Soy la inspectora Kisha Jennings del Departamento de Policía de Carmel y ésta es la agente especial del FBI Miranda McDermott. Veníamos a ver a Margaret Adams.

—Sí, es mi madre. Las estaba esperando. Síganme hasta el salón.

Siguieron al joven hasta la estancia contigua, una sala amplia de grandes ventanales y con una biblioteca en la pared frontal que iba desde el suelo hasta el techo.

—Mi marido era un gran amante de los libros —dijo la mujer al observar como se habían quedado mirando ambas agentes hacia la biblioteca.

—No cabe duda —dijo Miranda.

—No sé en qué puedo ayudarles, la verdad. Cuando encontraron a mi marido, ya respondí a todas las preguntas que me hicieron. No creo que pueda servirles de ayuda.

—Nunca se sabe —dijo Kisha—. En aquel momento, teníamos una teoría diferente de la que manejamos ahora. Además, este tiempo transcurrido puede haber permitido aflorar determinados recuerdos

que resulten de utilidad. No queremos robarle mucho tiempo, ni incordiarla, señora Adams. Sólo pretendemos esclarecer todo esto cuánto antes.



No fue una entrevista fácil, aunque eso ya lo sabían de antemano. Aquella mujer había tenido que tragar, casi sin digerir, una realidad con la que había convivido de manera paralela sin tener ni la más remota idea.

Había pasado más de un mes y seguía aferrada a la idea de que su marido no era homosexual. Estaba atravesando un doble duelo. Por un lado, la pérdida tan brutal de su marido. Por otro, la desaparición de lo conocido, de la vida que había dado por sentado, de un presente basado en un pasado que en realidad no existía.

A pesar de todo, a pesar de esa indigestión de emociones, había cooperado en todo momento. Ambas representantes de la ley valoraron ese coraje y esa fortaleza en aquella mujer. No siempre es así. En muchas ocasiones, cuando alguien se queda atascado en la fase de negación o en la de rabia del duelo, su reacción suele ser el enfrentamiento, un intento de oponerse a la inesperada realidad que ha barrido todo lo conocido a su paso.

—Mi marido siempre había trabajado muchas horas. Por eso nunca me había extrañado cuando ha llegado tarde a casa. En cualquier caso, cuando digo que llegaba tarde nunca era más allá de las diez. Debido al cargo que ostentaba en la compañía, entraba dentro de lo esperable que tuviera que echar horas extra.

—¿Y ha sido siempre así? Me refiero a si le pareció que que llegaba tarde con más frecuencia últimamente.

—No, aunque sí solían ser días fijos de la semana. ¡Ay dios! —exclamó mirando con los ojos abiertos de par en par y la mano tapándose la boca.

A pesar de que parecía continuar negando las evidencias respecto a la condición sexual de su marido, dio la impresión de que en ese instante fue verdaderamente consciente por vez primera de que aquello podría ser verdad.

Ese fogonazo.

Ese momento de conexión neuronal.

Ese instante en el que, de pronto, todo cobra forma y adquiere un sentido nuevo.

Se disculpó y les pidió unos minutos a solas antes de continuar con el interrogatorio.

Sin embargo, no tenían más que preguntarle, sino que lo que deseaban hacer a continuación era revisar algunas de las pertenencias del fallecido. Ella se retiró después de darles permiso para hacerlo. Necesitaba estar a solas.

Registraron los objetos personales que quedaban de Ferdinand en la casa. Ya no había demasiados, puesto que después del funeral la mujer decidió que debía deshacerse de todo aquello que sólo sirviera para recordarle el dolor que sentía.

El móvil y el ordenador personal del marido lo habían recogido como prueba para investigarlo a fondo en la unidad informática del FBI. No obstante, después de hacer una primera revisión, no habían encontrado apps ni webs de citas en las cookies de la computadora ni del smartphone.

En su agenda personal de trabajo, sin embargo, sí habían una anotación curiosa que podría hacer referencia a sus visitas a Monterey. Esa anotación señalaba los lunes y los jueves.

Su cuerpo había aparecido exánime un lunes por la noche. Tal vez hubiera conocido a su asesino ese mismo día o, quizás, ya se hubiera encontrado con él con anterioridad.



Antes de regresar a comisaría, se entrevistaron con varios compañeros de trabajo de Ferdinand Adams. Allí apenas sabían nada de su vida personal. Ejercía de jefe con mano dura y se relacionaba poco con el resto, salvo con los miembros del Consejo de Administración, con quienes la relación, en cualquier caso, era meramente formal. Era un hombre que parcelaba claramente su vida personal y profesional.

Por otra parte, las relaciones sociales se limitaban a reuniones con otras parejas, según lo que les había contado la esposa. Una vida serena y modélica que se había construido con cimientos de barro.

Nadie tenía la menor idea de sus apetitos sexuales. Y sin embargo, el

análisis forense no había encontrado signos de resistencia, sino que todo apuntaba a una relación consentida, posiblemente en ambos sentidos, puesto que los análisis realizados mostraban también indicios claros de eyaculación poco antes del momento de la muerte.

Volvieron a Carmel revisando la información que tenían, especialmente lo que les había comentado la esposa de Ferdinand Adams. Miranda tenía unos puntos de vista interesantes. Había observado en todo momento el lenguaje corporal de la señora Adams, contrastando la información que ésta les proporcionaba con lo que decían sus palabras. Estaba convencida de que había sido sincera en todo momento.

—El cuerpo no miente, Kisha. La boca sí.

Nada que objetar.

Era posiblemente la primera vez que Kisha se entendía tan bien con otra agente.

Estaba tan acostumbrada a relacionarse con hombres dentro del cuerpo, que pocas veces había tenido que trabajar codo con codo con otra mujer. Aunque se había avanzado en temas de igualdad, aún estaba lejos de alcanzarse la paridad en las fuerzas de la ley. En cuanto a su relación con Hilka, la forense, respecto a la que había mantenido con otras agentes en el pasado, ésta no era comparable, puesto que su labor, siendo complementaria a la suya, era en realidad totalmente diferente.

Si lo pensaba con frialdad, había tenido pocas amigas en su vida. No estaba segura de necesitar más de una mano para contarlas. Un sentimiento de soledad y desamparo se extendió dentro de ella. Una sensación de no acabar de encajar en ningún sitio, de ser el elemento sobrante que nadie quiere ni necesita integrar.

Con Miranda había sentido desde el primer minuto una conexión especial. Le gustaba hablar con ella y, en el poco tiempo que llevaban trabajando, ya se había dado cuenta de que era una luchadora nata, con un fuerte carácter que no era nada fácil de doblegar. No se cortaba un pelo cuando tenía que decir algo que no le parecía bien, eso

lo había dejado claro ya desde la primera reunión, cuando había cuestionado varios procedimientos.

Quizás le gustase tanto su compañía porque era un poco como ella

misma, lo que significaba que no tenía que disimular ni esconderse tras ninguna máscara. Para ser sinceros, hasta la fecha, no solía hacerlo, pero últimamente había empezado a sentir la necesidad de ser otra persona diferente, alguien más tolerable para los demás, meterse en una piel nueva donde sentirse querida. Miranda, en cambio, le recordaba que lo importante es ser alguien genuino y no avergonzarse de quien eres.

Le congratulaba pensar que ya no sería la única borde y malcarada de la comisaría.

Al menos esa etiqueta ahora podría repartirse.

Cuando llegaron a Carmel, vio a Bill fuera de la comisaría hablando por teléfono. Le dijo a Miranda que entraría enseguida y se quedó esperando para hablar con él.

—¿Con quién hablabas?

—¿Cómo dices? ¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones de mis conversaciones telefónicas? —preguntó a su vez, con una media sonrisa en la boca.

—¿Estabas hablando con Derek? ¿Me equivoco? Es que como, al parecer, sois tan amigos…

—Bueno, eso ya lo sabías. Nos llevamos muy bien. Parece increíble que de una situación tan extraña como en la que nos conocimos pueda cimentarse una buena amistad.

—Sí, desde luego —dijo de mala gana.

—¿Por qué te molesta tanto, Kisha?

—No me molesta, Bill, pero siento que me dejáis al margen. Eres mi amigo y ahora parece que, desde que conoces a Derek, me has dejado en un segundo plano.

—¿Perdona? ¿Cómo puedes echarme eso en cara? Te fuiste sin mirar atrás, ¿lo recuerdas? Y siempre dices que te vas a mantener en contacto, pero nunca lo haces hasta que me necesitas. Ya me he cansado de ser yo el que siempre llama y procura mantener nuestra amistad viva. Si te importo lo más mínimo, me parece que ahora es a ti a quien le toca demostrarlo.

La verdad, directa al corazón, dolió por ser sincera y real. Quizás

también porque no se esperaba una respuesta así, tan diáfana. Bill era tan diplomático como Pete, siempre buscando la forma de decir las cosas sin hacer daño. Sin embargo, esta vez había obviado cualquier circunloquio.

—Tienes razón. Lo siento. Intento cambiar pero no sé qué me pasa que vuelvo a hacer siempre lo mismo. Cometo una y otra vez los mismos errores.

—No, eso no es cierto. Creo que has cambiado mucho desde que llegaste aquí. Sigues siendo un diamante en bruto, pero ya un poco menos bruto —dijo bromeando.

—Mira que eres gracioso —respondió dándole un suave golpe con el puño en el pecho.

Acto seguido, entraron en la comisaría para compartir la información que habían recabado los diferentes miembros del equipo.

El tiempo apremiaba.

CAPÍTULO 20 RECOPILANDO

os días pasaban y no avanzaban demasiado en

ninguna línea concreta. Había algunos posibles

L

sospechosos, debido a las singularidades de cada víctima, pero ninguno que apuntase a los cuatro al mismo tiempo. Si los asesinatos no hubieran tenido un hilo conductor común, se habrían planteado los móviles más habituales, es decir, el económico o el pasional, especialmente teniendo en cuenta la saña ejercida con cada uno de ellos. La venganza habría podido ser algo factible también. Apuntar hacia algún sospechoso en cualquiera de esos casos no habría sido tan complicado. Todos esos motivos dejan rastros visibles tras de sí, sólo es preciso saber dónde mirar para encontrar algo que apuntara al responsable. Pero ni era por dinero, ni era por desquite o revancha.

Si los crímenes hubieran sido dominados por la aparente desorganización que implicaba esa respuesta tan visceral, esa violencia tan gratuita contra las víctimas después de propinarles el golpe fatal, habría sido relativamente sencillo apuntar hacia una dirección concreta porque un sujeto desorganizado deja algún tipo de indicio. No obstante, aquí la desorganización sólo era una apariencia, puesto que después de descargar su ira contra los cuerpos, recogía toda la escena del crimen y limpiaba todo lo imaginable, a pesar de no encontrarse en un entorno controlado. Eso último, además, denotaba un alto nivel de auto confianza, lo que apuntaba a un asesino experimentado.

Habían interrogado en los últimos días a alguna persona de interés para la investigación basándose en los registros policiales de esa demarcación territorial. Había sido sencillo cotejar la información gracias a esa nueva cooperación entre los distintos distritos policiales.

Concretamente, habían llevado a comisaría a algunos de los asiduos de la zona del muelle de Monterey que presentaban antecedentes penales, específicamente aquellos que contasen con episodios de violencia en su haber. Habían procedido a tomarles las huellas y muestras de ADN en los casos en los que había sido

posible y no había intercedido ningún avezado abogado que les impidiera dicha recogida con algún argumento legal.

El principal problema era que no tenían nada realmente con lo que contrastarlo, puesto que los restos que habían hallado en las víctimas no pertenecían a ningún donante ajeno.

Empezaron a barajar la funesta posibilidad de que no tardaría mucho más en aparecer otro cadáver. De hecho, estaban ya en el tiempo del descuento. El asesino había traspasado ya su intervalo temporal habitual, lo que empezaba a inquietarles en exceso. ¿Qué significaba que hubiera roto la pauta en ese contexto? Habría que detenerse a valorarlo y encontrar qué motivo podría haberlo provocado.

La presencia del FBI bien podría ser un elemento disuasorio, pero era poco probable.

Aquellos días habían comenzado las jornadas compartiendo la información recabada de los diferentes entrevistados y actualizando el panel que tenían, con las posibles pero débiles conexiones entre las diferentes víctimas. Sin duda, todo apuntaba a que el único eje conductor existente era un pub concreto del muelle al que todos y cada uno de ellos habían acudido, según los datos GPS extraídos de sus móviles. Habían interrogado a los camareros y al dueño, pero ninguno recordaba nada sospechoso que les indujese a pensar que había pasado algo.

Por su parte, la hermana de la inspectora no había vuelto a percibir ningún tipo de amenaza, aunque el Jefe de Policía seguía pendiente y la llamaba con frecuencia por si acaso había algún cambio.

Durante aquellas jornadas, Kisha había ido casi siempre con Bill o con Miranda, mientras que Julius solía trabajar con Russell o Frank, aunque todo dependía principalmente de la tarea que abordaran en cada instante. Había sido casi sin pensar, sin motivación aparente. No había sucedido nada que indicara que ese era el mejor modo de trabajar. Se habían organizado así, sin darle más importancia.

Sin embargo, algo inducía a pensar que la relación entre la inspectora Jennings y el subinspector Morgan no pasaba por el mejor momento.



Uno de esos días en la comisaría, cuando ya estaban cerca de rebasar los diez días sin que apareciera ninguna víctima, algo ya totalmente fuera del patrón, Julius la abordó frente a la máquina del café.

—Necesito hablar contigo.

—De acuerdo.

La agarró por el brazo y la llevó hasta una de las salas de interrogatorio, la cual estaba vacía. A Kisha le sorprendió esa forma tan vehemente de aproximarse a ella y se preguntó a qué se debía tanta prisa.

Cuando entraron en la sala, Julius cerró la puerta tras de sí. Parecía nervioso e inquieto. Últimamente Kisha había observado en él un tic en los ojos, con un pestañeo acelerado cada cierto intervalo de tiempo. Antes de empezar a hablar, se pasó una mano por la cara como para intentar aclararse las ideas. Después, se abrió la chaqueta y puso sus manos sobre la cintura con los brazos en jarra.

—¿Se puede saber qué coño te pasa conmigo?

—No me pasa nada.

—¿No? Pues tengo la sensación de que me evitas.

—Eso no es cierto, Julius.

—Pues yo diría que sí. Desde que ha llegado Bill, no te separas de él. Siempre vais juntos a hacer las entrevistas o a lo que toque en cada momento. Y, cuando no es con él, te vas con Miranda. Tú compañero sigo siendo yo, no lo olvides.

—No lo olvido, en serio. Pensaba que te entendías bien con Frank y con Russell.

—Sí, sin duda, pero echo de menos a mi compañera, sobre todo cuando parece que ya no quiere trabajar conmigo.

—Lo siento, de veras.

—¿Vas a decirme qué pasa?

Él se quedó mirándola muy cerca, de una manera tan intensa que la hizo estremecerse. Sentía su respiración a muy pocos centímetros de

ella. Era precisamente eso lo que la había mantenido últimamente a cierta distancia de él, la forma en la que tenía de mirarla. En ocasiones, en las reuniones del equipo de pronto presentía los ojos de Julius puestos en ella, ajenos a lo que sucedía en la sala. Cuando se giraba hacia él, se encontraba con un rostro duro que la estudiaba con detenimiento.

—No lo sé.

—No me mientas. Siempre has sido valiente, así que ahora no te escondas porque necesito que me lo cuentes. Necesito saber que estoy haciendo mal para que trates de alejarme de ti.

—Tal vez sea precisamente esto, la forma en la que me miras, Julius. Me haces sentir incómoda a veces.

—¿Qué? ¿Te molesta que te mire? ¡No me jodas!

—No me molesta que me mires, sino la forma en que lo haces. A veces, estamos en plena reunión y noto tus ojos clavados en mí.

—Porque intento averiguar qué pasa para que ya no quieras estar conmigo.

—Claro que quiero estar contigo, ya lo sabes. Te debo demasiado.

—Si quieres estar conmigo porque crees que estás en deuda, olvídalo. No necesito tu caridad.

Salió de la sala después de eso dando un portazo.

Julius sufría, eso era algo más que evidente. Cualquiera que le conociese mínimamente lo sabría sólo con verle. No obstante, seguía sin querer hablar ni abrirse con nadie. Por las noches le costaba mucho conciliar el sueño. Cerraba los ojos y veía la mirada de Arthur justo antes de que le disparase y lo matara. La culpabilidad le estaba destrozando. Se sentía perdido y no veía la forma de avanzar.

Había procurado dejar de beber y apenas fumaba ya. No obstante, era por las noches cuando la tentación era mayor, cuando ese maldito insomnio le atacaba y se planteaba beber hasta caer noqueado.

La privación de sueño y ese sentimiento de culpabilidad le hacían estar con los nervios a flor de piel. Y a ello se añadía el rechazo que sentía por parte de su compañera.

Su alma era una herida abierta que no paraba de supurar.

CAPÍTULO 21 RUTINA

os días siguientes continuaron siendo bastante

rutinarios en cuanto al trabajo, aunque el temor a

L que apareciese otro cuerpo de un momento a otro

siempre estaba ahí. Teniendo en cuenta la

periodicidad tan marcada del asesino en los crímenes

anteriores, sabían que necesitaban avanzar más

deprisa de lo que estaban haciendo.

Algo pasaba.

No tenía sentido que hubiera roto de esta manera su patrón.

Había que pasar al plan B.

Las jornadas comenzaban con una reunión en la sala de operaciones que habían habilitado. En dicha reunión, se compartían los últimos datos que habían recabado sobre las distintas entrevistas a familiares, amigos y compañeros de trabajo de las cuatro víctimas, así como la extraída de los interrogatorios y los últimos resultados del laboratorio. Tenían información para rellenar montañas de archivadores. Conocían hasta la marca de la ropa interior de las víctimas, pero eso no les conducía a la identidad del asesino.

El perfil psicológico apuntaba a un varón entre los treinta y los cincuenta años, con buenas habilidades sociales y un notorio encanto para seducir a hombres de distintas edades. Posiblemente era un hombre culto y de cierta sofisticación, por el tipo de objetivos que elegía, aunque la última víctima no encajaba en ese patrón. Tal vez había que pensar que era la excepción que cumple la regla, aunque eso no suele ser lo habitual con los asesinos seriales.

Sí habían pensado que aquella podría ser una víctima de oportunidad. Posiblemente había salido de caza y, antes de que eligiese a su objetivo, la víctima le había elegido a él. No era el sustituto ideal que encajase a la perfección en la fantasía de aquel psicópata, pero le había facilitado el trabajo en aquella ocasión.

Seguían sin conocer la respuesta a dos de las tres preguntas principales que se tratan de resolver en toda investigación: quién y por qué. De la tercera pregunta, qué, conocían lo evidente, lo que habían extraído y deducido de las escenas de los crímenes,

aunque sospechaban que les faltaba información significante acerca de su comportamiento.

Para tratar de dar respuestas a dichas preguntas, habían vuelto una y otra vez sobre la victimología. ¿Qué hacía a aquellos hombres que fueran sus objetivos? No eran de alto riesgo, sino todo lo contrario, así que debía tener un motivo poderoso para elegirlos. Pero había otra pregunta que responder: ¿qué habían hecho o dicho para que finalmente se decantara por ellos? Estaban convencidos que había sido una elección totalmente premeditada, aunque sin duda el lugar en el que los había encontrado era determinante.

Habían vuelto a entrevistar a los trabajadores de los distintos bares de la zona del muelle y les habían pedido que estuviesen alerta y muy atentos a cualquier comportamiento que les resultase sospechoso. También habían intensificado la vigilancia en la zona, especialmente al caer la noche.

Sin resultados.

Pasados ya doce días desde el último asesinato, llegaron a pensar que el cambio tan notorio en el período de enfriamiento y, por tanto, la ausencia de crímenes podía ser debido a que las labores de vigilancia estaban dando sus frutos. No obstante, Kisha se negaba a creerlo. Un asesino con una compulsión tan fija y marcada no cesa su actividad porque sienta más cerca a la poli. Tal vez había cambiado de zona o, quizás, podía deberse a los tres típicos motivos que suelen manejarse en casos similares y que ya habían barajado con anterioridad: o bien había sido pillado por otro delito y estaba pasando unos días a la sombra en el lujoso hostal del Estado, o había sufrido un accidente o enfermedad que le impedía mantenerse activo. La tercera posibilidad era que hubiera fallecido. Sin embargo, aún era pronto para saberlo. Doce días, aunque era un cambio en la temporalización, no era excesivo aún teniendo en cuenta que su plazo estaba en torno a las siete jornadas de ciclo solar y lunar.

Lo que no sospechaban en ningún caso era que el objetivo del asesino había cambiado radicalmente. Controlaba su compulsión porque había encontrado un motivo poderoso que compensaba contener sus instintos más ancestrales. Un motivo que, además, le permitía

canalizarlos mientras preparaba un ataque inesperado que apuntaba directamente al corazón. Dicho ataque, contenía múltiples objetivos que irían cayendo en sus redes como un laberinto hecho de piezas de dominó.

La puesta en marcha de sus planes alternativos le daba una experiencia vicaria de satisfacción de sus instintos más básicos, aunque la acuciante necesidad de matar no paraba de crecer en él.

El dolor que causaría con ello, la rabia, la impotencia, bien le valía contenerse.



Antes de salir de la comisaría, Kisha fue a hablar con Pete. Necesitaba que la pusiese al tanto del caso de su hermana.

Llamó a la puerta antes de entrar y la entreabrió para comprobar si su antiguo compañero estaba muy ocupado. Las montañas de papeles en su mesa no parecían descender nunca. Sintió compasión por él. La burocracia es un trabajo gris que parece tornarse cada vez más oscuro.

—¿Puedo pasar o te pillo en mal momento?

—No va a haber un momento mejor, así que éste es igual de bueno como cualquiera.

—¿Por qué no le pasas todo el papeleo a la administrativa? Se supone que esto lo debería hacer ella, ¿no?

—Bueno, puede ser, pero hay cosas que tengo que ver antes y comprobarlas.

Necesito mantener impoluta la imagen de esta comisaría. Además, muchas de las cosas que ves por aquí no son trabajo para una administrativa. Supongo que vienes a preguntarme por tu hermana.

—Sí, hace días que no lo hago y no sabía si tendrías algo nuevo.

—Algo nuevo tengo que me ha llegado hoy. Siento no habértelo comentado antes.

—¿Qué tienes?

—Déjame que lo busque que lo tengo por aquí. Con tanto papel ni lo encuentro —

señaló mientras levantaba varias carpetas y papeles grapados o sujetos con clips—. Si no lo encuentro lo miro en el ordenador, pero tiene que estar por aquí.

Kisha empezó rápido a impacientarse mientras observaba a Pete rebuscando entre los papeles sin darle ni siquiera una pista acerca de lo que tenía.

—¿Me vas a decir de una vez de qué se trata?

—Sí, sí, impaciente. Vale, aquí está. Ha llegado el informe de las fibras que encontraste en el parterre. Según pone aquí, se trata de una fibra sintética con la que hacen las pelucas. Se usa también para sujetar el pelo que se le pone a algunas muñecas o en algunas máscaras.

—Así que no tenemos una mierda.

—Bueno, parece que no nos lleva a ninguna parte. Lo más probable es que sea de alguna de las muñecas de tu sobrina, pero no estaba de más valorarlo. Por otra parte, después de un rastreo más exhaustivo, no hemos encontrado ningún micro ni

transmisor en la casa, lo que tampoco significa que no haya estado allí en otro momento. Pero ahora está limpia.

—Vale. Pues seguimos a ciegas.

—Mira el lado bueno. Tal vez se haya esfumado.

—No sé, me da mala espina. Es muy raro que alguien se tome tantas molestias y se obsesione así y, de pronto, desaparezca. No me lo trago.

—Lo sé. Pero no hay indicios de que siga activo. Tu hermana dice que no ha notado nada últimamente, que todo parece volver a la normalidad.

—Sólo nos queda la carta.

—Bueno, ahí ya sabes que tampoco había rastros.

—Sí, pero no hicimos el análisis grafológico.

—Ya sabes que con eso no te puedo ayudar.

—Lo sé. No te preocupes, se me acaba de ocurrir una cosa. Te cuento cuando sepa algo.

Se levantó con el móvil ya en la oreja y se dirigió hacia la salida, dejando a Pete con la palabra en la boca.

A los cinco tonos, Stephen Meyer respondió al otro lado de la línea.



La idea se le había ocurrido de forma casual. En todo momento había pensado en acudir a los recursos dependientes de los cuerpos de seguridad, ya fuera de su propio departamento de policía o del FBI, aunque sabía que solicitar la implicación de los federales en el análisis de la carta era pedirle a Bill demasiado.

Y de pronto recordó que su psiquiatra colaboró muchos años atrás con el Instituto de Investigaciones Mentales de Palo Alto y seguía manteniendo una estrecha relación con ellos. Había participado en algunos congresos que habían organizado, así como en cualquier otra intervención que le solicitaran. Igualmente, cuando él había necesitado de la ayuda del doctor Evan Carvin o cualquiera de los profesionales a su cargo, habían encontrado la forma idónea de cooperar.

Kisha había conocido al doctor Carvin mientras investigaban la desaparición de Stephen y, en aquel momento, pensó que podría resultarles útil su ayuda en alguna investigación, especialmente teniendo en cuenta que era especialista en terapia bajo hipnosis. No obstante, aunque no era ese el caso exactamente, se le ocurrió que, dada la

naturaleza de la institución que dirigía, tal vez podrían tener algún especialista en análisis grafológico. Por probar suerte, no perdía nada.

—Por lo que yo sé, creo que no tienen a nadie especializado en ese campo. Sin embargo, sí que trabaja con ellos el doctor Zimmerman que es especialista en Neurolingüística y pertenece a la escuela de Noam Chomsky, el cual es toda una eminencia en el análisis lingüístico.

—Pues si pudiera hablar con él, te aseguro que eso ya sería de una ayuda inestimable.

—No creo que haya problema. Déjame que les llame a ver si puede hoy recibirte. Si no fuera posible, puedes enviarle una foto de la carta y hablar con él por teléfono.

—Si, sería genial. Por si acaso, me voy a poner en marcha hacia allí a

ver si hay suerte. Si tengo que darme la vuelta a medio camino, no me importa. Prefiero ir avanzando por si existe una mínima posibilidad.

—Te llamo lo antes que pueda.

Se subió al coche casi de forma inmediata y puso rumbo a la localidad del norte de California donde se encontraba aquella institución tan relevante a nivel mundial en el campo de la psicología. Cuando llevaba aproximadamente treinta kilómetros, Stephen la llamó para confirmarla que el doctor Zimmerman podría atenderla, aunque tal vez tuviera que esperar mientras terminaba con sus consultas y compromisos del día.

Una vez en Palo Alto, se presentó y la persona encargada de la recepción le solicitó que esperase mientras llamaba al doctor Carvin. Éste pidió que la hicieran pasar a su despacho enseguida, algo que Kisha no esperaba.

—Inspectora Jennings, me alegra verla por aquí.

—Igualmente, doctor, aunque hubiera preferido no tener que recurrir a sus servicios.

—Ya sabes que no tengo el menor inconveniente en poner mi granito de arena en lo que sea necesario. Sin embargo, te he hecho pasar porque tenía justo ahora un hueco y he pensado que, mientras esperas a que acabe el doctor Zimmerman, podíamos aprovechar y hablar de algo que me ha pedido el doctor Meyer.

Kisha imaginó por donde iban los tiros pero no estaba preparada para ello. Sentía que era demasiado pronto para reabrir ciertas heridas del pasado, especialmente teniendo en cuenta que las más recientes parecían seguir infectadas.

Se removió incómoda en el asiento.

—Creo que sé a qué te refieres. Pero no es un buen momento.

—Nunca lo va a ser y lo sabes. Tu cerebro te va a pedir que no afrontes esas cosas que tanto te duelen, algunas de las cuales creemos los dos que están ocultas en alguna parte de tu subconsciente, un lugar muy profundo en el que se ha empeñado en esconderlas. Consideramos que tienes traumas muy anteriores a los que tú crees.

Aquello le cayó como un jarro de agua fría. ¿A qué se estaba refiriendo? Ella no tenía constancia de nada anterior a cuando estuvo

encerrada en un sótano de Los Ángeles en el que fue torturada durante días por un psicópata que había sembrado de cadáveres la zona. Stephen había insinuado algo en una sesión de unos días atrás, pero ella había dado por hecho que hablaba de generalidades.

"*A veces, los traumas hunden sus raíces en hechos pasados muy alejados del momento actual*

", había dicho el doctor Meyer según recordaba.

Justo en ese momento, llamaron a la puerta del despacho del doctor Carvin. Éste aguardó unos instantes para contestar mientras le mantenía la mirada a la inspectora, estudiando sus reacciones y sus microexpresiones faciales. Sin duda había miedo. Tenía pánico a descubrir algo del pasado que llevaba demasiado tiempo oculto. La pregunta ineludible era: ¿por qué? ¿Qué habría enterrado en su subconsciente que fuera tan terrible, tan inconfesable y tan difícil de afrontar?

—Están llamando a la puerta —señaló Kisha.

—Tienes razón. No deberíamos hacerle esperar de forma innecesaria. ¡Adelante! —

dijo levantando ligeramente la voz para que quien estuviera al otro lado de la puerta le escuchase. El doctor se dejó caer sobre el respaldo de su sillón admitiendo que en aquel momento no había ganado la partida, aunque tampoco lo encajó como sinónimo de una derrota. Antes o después, lo conseguiría.

Se abrió levemente la puerta y asomó un hombre de unos cincuenta años. Unos rizos que un día fueron castaños y que ahora recordaban a un color cercano a un mar de plata le caían sobre la frente. Tenía una mirada genuina, de esas que parecen no esconder nada. Sus ojos eran inquietos, tratando de analizar desde el primer instante el entorno y todo aquello que le resultase extraño o novedoso.

—¿Puedo pasar? Me han dicho que viniera a tu despacho en cuanto acabase, pero no sé si es buen momento.

—Claro —dijo al tiempo que se levantaba—. Ésta es la inspectora Kisha Jennings de la Policía de Carmel.

—Encantado —dijo estrechándole con firmeza la mano.

—Igualmente.

—Como te comenté hace un par de horas, nos ha solicitado ayuda con un caso que la preocupa. Le he dicho que no había inconveniente.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

Kisha le resumió brevemente la información de la que disponía sobre el supuesto acoso que había estado sufriendo su hermana, haciendo hincapié en los detalles que pudieran resultar más útiles.

—Hace unas semanas, vino a mi casa y fue cuando me entregó esta carta. Yo no soy especialista, así que sólo he realizado un análisis muy superficial. Sé que su especialidad no es el análisis grafológico, pero seguro que puede aportarme algo.

—Inspectora, en el lenguaje se pueden analizar cosas mucho más allá de la grafología, pues al final esa es sólo una parte del mensaje escrito, así como el tono o la prosodia lo son del lenguaje oral. Si le parece, me gustaría leerla.

—Toda suya.

Kisha le pasó la hoja, la cual estaba dentro de una bolsa para pruebas. El doctor Zimmerman procedió a leerla con total atención. Las arrugas de su frente reflejaban su nivel de concentración de tal manera que casi se podía ver como fluían las conexiones neuronales, tal y como se aprecia el funcionamiento del engranaje de un reloj con una esfera transparente.

Sacó una pequeña lente de aumento y se paró unos segundos en determinados puntos de la carta. Su expresión era de absoluta atención ante lo que tenía entre sus manos.

Hola Helen.

No me conoces pero soy tu ángel de la guarda. Seguro que habrás agradecido las fotos que te hice llegar. Son de lo más explícitas. Si todavía tienes dudas, es que estás ciega. Bueno, a lo que iba. Tenemos una conexión que tú desconoces. Estamos unidos por un hilo invisible. Me encanta esa expresión, ¿no te parece poética? Bueno, tal vez un tanto manida, es verdad. Ojalá cuando me conozcas en persona entiendas igual que yo a qué me refiero. Ojalá que sea pronto. ¡Ah! Se me olvidaba algo importante. Ni se te ocurra decírselo a tu hermana.

— ¿Y bien? —preguntó Kisha cuando los movimientos sacádicos de los ojos del lingüista parecían haber llegado a un punto final.

—Hay bastante que decir al respecto. Por un lado, puedo asegurarle que el trazo de la letra es firme, lo cual denota mucha confianza en sí mismo. A pesar de que es breve, se ha tomado su tiempo escribiéndola con primor. Fíjese en lo cuidada que está la caligrafía, por ejemplo. Además, me sorprende el tipo de papel. El formato en sí ya es el típico para carta, que tiene un tamaño determinado, aunque no es tan habitual que hoy

en día nadie se tome las molestias de comprar este tipo de cuartilla, sino que se suele usar un folio normal y corriente. Yo diría, además, que sin duda es papel de gran calidad, pues debe ser de unos cien gramos, por lo que le gusta que el mensaje sea completo, que todo lo que utilice transmita algo. De hecho, en la era de la tecnología este sujeto escribe su carta a mano, lo que indica que es algo personal.

—¿Y qué puede decirme del mensaje en sí?

—Bueno. Por un lado, se muestra cordial y cercano, llamando a su hermana por su nombre de pila y casi presentándose como una amigo, aunque no puede evitar mostrar su punto narcisista cuando dice lo de que es su Ángel de la Guarda. Me sorprende que no lo escriba con mayúsculas, por cierto, ya que no hay otros errores ortográficos, ni sintácticos ni nada similar. Además, intenta demostrarle quien domina la situación. Esto nos da como posible resultado una personalidad controladora. En cuanto al lenguaje en sí, no puedo decir de dónde procede puesto que no usa localismos de ningún tipo. Sin embargo, utiliza frases cortas y muy directas. No le gusta andarse por las ramas.

Apenas hay frases complejas en las que haya más de dos verbos. Le gusta dejar claro lo que quiere decir. Yo diría que es culto, además. La expresión es correcta y hace un uso rico de vocabulario, a pesar de ser una nota tan breve.

—En su opinión, ¿es normal que alguien así después de mandar una carta como ésta desaparezca? Según las últimas informaciones que tenemos, no ha vuelto a manifestarse en modo alguno.

—Bueno, no quisiera aventurarme en mis elucubraciones, pero sin duda creo que no.

Alguien que manda una carta como ésta está decidido a llevar las riendas de la situación y no dejaría a la mitad las cosas. Es preciso que avisen a quien la haya recibido para que esté alerta porque no tardará mucho en hacerse notar. Es más, le dice claramente que quiere encontrarse con ella. No tiene pensado esperar. Puede que otros

asuntos le hayan mantenido alejado, eso sería una explicación plausible, pero no lo va a dejar estar.



Cuando salió de Palo Alto, tenía tal revoltijo de emociones que se sentía un tanto mareada. Por un lado, las conclusiones a las que había llegado el doctor Zimmerman no hacían otra cosa que confirmar sus sospechas, las más truculentas y peligrosas. Su hermana no estaba ni mucho menos a salvo. El acosador podría reaparecer en cualquier momento.

Por otro lado, le había descolocado totalmente que le Doctor Carvin le hablara de su tratamiento y de la forma en cómo deberían abordarlo. ¿Por qué se empeñaban todos en no dejarla pasar página?

Decidió llamar a Stephen en su viaje de vuelta. No le gustaba abusar de su confianza ni importunarle en momentos fuera de las consultas que tenían acordadas, pero él también había traspasado los límites y le había preparado una encerrona con el director de Palo Alto.

Se aseguró de que estaba bien conectado el bluetooth del coche y así podría hablar con el manos libres mientras hacía el camino de regreso a casa.

—¿Qué tal ha ido? —respondió inmediatamente el doctor Meyer al otro lado de la línea.

—¿A qué te refieres exactamente, Stephen, a mi entrevista con el neurolingüista o a la encerrona con tu colega?

—Kisha…

—No, no digas nada. Ya sé que lo haces por mi bien, pero necesito ir a mi ritmo.

—Tu ritmo es eludir el tema, nada más.

—No quiero hablar de esto.

—Tú me has llamado, así que supongo que en realidad sí quieres hablar.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Fueron unos instantes, tal vez sólo un par de segundos. Pero hay momentos en los que hasta un nanosegundo parece una eternidad.

Detuvo el coche a un lado del arcén. Aquella conversación parecía ir por derroteros que tal vez no le permitieran mantener toda su atención en la carretera.

—No, no quiero.

—Sabes que tenemos que hacerlo. Cuanto antes mejor, ya te lo he explicado más veces. Sufres un tipo de TEPT crónico cuyo origen no está en lo sucedido hace año y medio en Los Ángeles. Eso supuso una recaída brutal, un descenso de golpe hacia un abismo de terrores y pesadillas. Después del secuestro sufriste un episodio agudo, con todo el completo que supone un trastorno de estrés postraumático, con las pesadillas vívidas, la hiperexcitabilidad e incluso los ataques de pánico. Lo que pasó en San Martín tampoco ayuda porque ambos episodios lo único que hacen es enterrar más y más profundo en tu subconsciente el trauma original.

—No es verdad. Además, no he llegado a tener ningún ataque de pánico después de lo que pasó en San Martín. Sí he estado a punto de sufrir un ataque de ansiedad, o eso creo, pero lo he podido controlar.

—¿Qué me dices de la relación con Derek?

Stephen vio en aquella conversación la posibilidad de sacar temas de los que aún no habían hablado. Ella había iniciado la conversación y era evidente que tenía las emociones a flor de piel. No le gustaba hacerlo por teléfono, pero tal vez volviera a encerrarse en sí misma y no hubiera otra como es en mucho tiempo.

—¿Qué? ¿A qué viene eso?

—Viene al pánico que sentiste cuando te llevaron al hospital y pensaste que iba a dejarte. No es una reacción normal. Lo lógico hubiera sido que quisieras que estuviera allí contigo.

—Pero eso es otra historia. Derek siempre está diciendo que, si se repiten ciertas situaciones, no va a estar ahí para presenciarlas. Es su forma de decirme que tenga más cuidado.

—No estoy de acuerdo.

—No te estoy mintiendo.

—No digo que lo hagas. Pero no es totalmente verdad. Claro que me creo que Derek te diga que no va a tolerar ciertas conductas autodestructivas que…

—¡No eran conductas autodestructivas! Estaba buscándote, joder.

Las últimas palabras salieron más alto de la que ella hubiera querido. Debía finalizar aquella conversación. Tal vez no había sido buena idea llamar a su psiquiatra en aquel momento.

Se puso las palmas de las manos en la frente en un gesto de contención, como si así pudiese frenar la batalla que se estaba librando en su mente.

—Lo siento.

—No pasa nada. Sé cómo eres y sé que estás sufriendo. Necesito que me escuches,

¿vale? Kisha, todo tiene un origen común. Las relaciones tan tóxicas que has mantenido con otros hombres en el pasado, tu miedo al abandono ahora, la forma en la que en ocasiones castigas a Derek con tu indiferencia o tus silencios.

—Yo no le castigo —contestó de forma casi débil.

—¿No? ¿Qué haces entonces cuando hace o dice algo que no quieres oír?

—No hago nada especial.

—¿No desapareces durante horas sin responder siquiera al teléfono?

—Esos son cosas de pareja. Yo quiero a Derek y él lo sabe. Sabe como soy.

—¿Y qué sucedían con tus anteriores parejas? ¿Con cuántos hombres has estado antes?

—¿Qué tiene eso que ver?

—Me temo que mucho. ¿Cómo era la relación con tu padre?

—¿Qué? Esto es psicoanálisis barato, que lo sepas.

—Llevo años sin practicar el psicoanálisis, Kisha. Esto es otra cosa. Y aún no has respondido a mi pregunta.

—Me adoraba, que te quede claro. Es el único que me ha querido de verdad. Mi madre apenas podía mirarme a la cara y mi hermana me ha detestado toda la vida. El único que me ha querido de verdad ha

sido él y supongo que ahora Derek, así que no insinúes nada acerca de la relación con él porque…

—¿Dónde está ahora?

—Ya lo sabes. Está muerto.

—¿Y qué le pasó? ¿Cómo murió?

—No lo sé. No lo recuerdo. Sé que murió en el hospital, así que supongo que estaba enfermo. Yo era tan sólo una niña pequeña.

—Lo sé. Por eso tenemos que averiguar juntos qué le pasó.



Derek leyó el desánimo en la cara de Kisha en cuanto traspasó el umbral de la puerta de entrada. Desde que había vuelto al trabajo, había observado un cambio en ella respecto a tiempos pasados. Parecía resignada y, poco a poco, había ido aceptando esa nueva pero a la vez antigua realidad que era su trabajo. Lo que desde luego no estaba era entusiasmada. Al menos, no lo parecía.

En otras épocas, el desafío de la investigación del momento era un chute de adrenalina directo en el corazón, con visibles efectos secundarios por otra parte, puesto que no siempre solía controlarlo. Su nivel de activación era tan elevado en esos momentos, que no echaba de menos necesidades básicas para la supervivencia humana.

Daba la sensación de que habían quedado atrás los momentos de enfermiza obsesión en los que ella llegaba a casa a altas horas de la noche, independientemente de cuál fuera su turno de trabajo, o cuando se mostraba irascible y apenas comía porque sólo se alimentaba de la obsesión que secuestraba su cabeza.

Resignación.

Sin duda, esa era la palabra en ese instante.

Sin embargo, parecía que había algo más que era distinto de otros días. Hacía lo que tenía que hacer, pero ya no había ese entusiasmo que la caracterizaba. Tal vez debía aprovechar ese momento y volver a proponerle que recordase su decisión de abandonar el trabajo, algo que hacía tiempo que parecía no hacerla feliz. Además, había un motivo añadido para elegir aquel momento como el más adecuado para esa conversación.

Según le había contado en los últimos días, el acosador de su hermana parecía haberse esfumado. Con ello, había desaparecido el motivo que la había hecho regresar.

—No es tan sencillo, Derek. Le prometí a Pete que le ayudaría a resolver este caso.

—Soy consciente de ello. Pero los dos sabemos que muchos de estos casos no se resuelven nunca. Si no vuelve a actuar, es difícil que le encontréis. Cada día que pasa disminuyen vuestras opciones. Al menos, eso es lo que tú sueles decir.

—Lo sé.

—¿Y si ha terminado su trabajo aquí? ¿Y si simplemente mata en grupos de cuatro víctimas y luego cambia de zona?

—¿Eres criminalista ahora?

—No, por supuesto que no. Simplemente te planteo una idea que se me ha pasado por la cabeza. Podría ser, ¿no? Ha terminado lo que tenía que hacer aquí y se acabó.

—Déjame unos días. Quiero intentar algo y, si no funciona, tal vez le diga a Pete que no tiene sentido que siga. Además, si no hay resultados, los del FBI tendrán que volver a San Francisco más pronto que tarde. Sólo quedaría resolver lo de mi hermana, lo cual espero hacerlo pronto.

—De acuerdo. Unos días más. Después, volveremos a tener esta conversación.

Kisha obvió por completo contarle la conversación con su psiquiatra. Estaba totalmente descolocada. En su interior se había instalado un desasosiego constante, una incómoda sensación de que había algo oculto en su cerebro, tal y como Stephen le había contado. Y estaba aterrorizada de lo que pudiera encontrar.

Empezaba a sentir una necesidad de huir de todo y de todos, alejarse de cualquier sensación incómoda que pudiera atormentarla y no dejarla respirar. Cada vez era algo más intenso. Se equivocaban. Stephen y Evan se equivocaban, le daba igual que fueran auténticas eminencias en su campo. Con ella se equivocaban y sólo habían conseguido desestabilizarla.

Derek, por su parte, estaba ciego ante lo que sucedía en el interior de

la inspectora, de lo que se estaba gestando y de los derroteros por los que podría discurrir. Creía de

verdad que el final estaba cerca, que Kisha dejaría aquello atrás y comenzarían un nuevo capítulo. Ya no disfrutaba con su trabajo. Se había convertido en una carga.

Recordaba aquella noche que volvieron de la inauguración de la exposición de Derek, el miedo que le recorrió la espina dorsal cuando Kisha le reveló que iba a volver a incorporarse a su puesto de inspectora. Después de lo sucedido en la última investigación en la que había trabajado en la que había estado tan cerca de perder la vida, no se veía capaz de afrontar otra vez ese terror que todo lo inundaba a que un día simplemente le llamasen para decirle que había ocurrido lo peor.

La rodeó con sus brazos y la estrechó entre ellos, tratando así de convencerse a sí mismo de que aquellos tiempos habían llegado a su fin. Y así, de esa manera sencilla y también ingenua que da el amor incondicional, creyó que podría protegerla.

CAPÍTULO 22

Hay que intentarlo

penas durmió aquella noche. La inquietud y la

angustia que se había instalado en su interior le

A

había impedido conciliar el sueño. Las

conversaciones con los dos psiquiatras y con el

neurolingüista lo único que habían conseguido era

contribuir a aumentar su agitación interior.

Necesitaba empezar a cerrar capítulos de una vez

por todas. No sabía cuánto tiempo iba a aguantar la

presión.

Aquella noche, durante el poco tiempo que pudo dormir, soñó que caía y caía.

No había nada al final.

Cuando se levantó por la mañana, a pesar de que se sentía exhausta por la falta de descanso, decidió que era el momento de ser proactivos y de dar un paso hacia delante.

Fin de la espera. Era el momento, no podía dilatarse más o terminaría volviéndose loca.

Ese mismo día lo plantearía en la reunión. No podía dejarlo pasar más. Esa infinita pausa en la que parecían estar inmersos, ese *standby* , simplemente la estaba desquiciando.

Entró en comisaría con paso decidido. Nada más cruzar el umbral, se encontró casi de frente con Tessa. Por alguna razón inexplicable, nunca le había caído bien. Era como un sexto sentido que le decía que aquella mujer, bajo su apariencia ingenua y descuidada, no era trigo limpio. Pero no tenía motivos reales para desconfiar. En realidad, no le había hecho nada, era simple y llanamente una especie de incompatibilidad química entre ellas, puesto que notaba que era recíproco. No obstante, podría estar siendo injusta, porque la chica sólo hacía su trabajo y apenas se relacionaba con nadie.

En las últimas semanas, había notado un cambio en ella. Podría haberse producido antes incluso, puesto que Kisha no había pisado la

comisaría en aproximadamente un mes. Daba la impresión de que se preocupaba más de su aspecto y se arreglaba más.

Juraría que hasta había empezado a maquillarse, aunque Kisha no solía fijarse en ese tipo de cosas, puesto que ella misma nunca lo hacía.

Aquella mañana cuando se la cruzó, le pareció que la miraba de manera desafiante y con una media sonrisa que no escondía nada bueno.

—¿Algún problema? —preguntó Kisha con peor tono del que le hubiera gustado.

—Ninguno, ¿y tú?

Se miraron unos instantes más y Kisha siguió su camino hacia la sala de reuniones.

Pero antes de entrar, Pete le pidió que se acercara un momento a su despacho.



El Jefe de Policía la hizo pasar. Había estado esperando a que llegara puesto que, unos minutos antes, había llegado Helen, la hermana de la inspectora y, aunque estaba a punto de irse, había decidido esperar unos minutos más a que su hermana acudiera al trabajo para contarle las últimas novedades.

A Kisha le sorprendió mucho que su hermana estuviera allí. ¿Habría tomado algún tipo de precaución para llegar hasta la comisaría sin que la hubieran seguido?

—Helen, ¿qué haces aquí? ¿Ha sucedido algo?

—No, todo lo contrario. La verdad es que no sabía si era un buen momento venir justo ahora, pero no dispongo de mucho más tiempo. Sólo quería daros las gracias por vuestra ayuda y así cerrar este maldito episodio que considero que ya puede darse por finalizado.

—No, Helen, no se ha acabado. Tienes que tener cuidado.

—Kisha, en serio. No recuerdo el último día que tuve algún incidente. Desde que empezasteis a investigar, ha desaparecido. Le debe haber entrado el miedo.

—O está tramando algo.

—No lo creo, de verdad —le respondió con una mirada que indicaba condescendencia.

—Tienes que fiarte de mí en esto. Incluso he consultado con un experto lo de tu carta y él dice que…

—Kisha, es suficiente. De verdad. Te agradezco mucho tu ayuda. Valoro muchísimo que, a pesar de todo, no hayas dudado en hacer todo lo posible. Pero he decidido seguir con mi vida. Esto ha sido una pesadilla y se ha terminado.

—¿Qué significa seguir con tu vida?

—Hacer como si no hubiera pasado.

—No puedes hacer eso. Eres demasiado inteligente para no darte cuenta que estás cometiendo un error. Si bajas la guardia, puedes ponerte en peligro.

—Siento disentir.

Kisha cayó en la cuenta de algo. Tal vez hacer como si no hubiera pasado se refería a algo más. Su hermana y su obsesión por la perfección trataban de abrirse paso en medio del caos. No podía admitir ni una derrota ni un fracaso. Antes que hacerlo, prefería mentir.

—¿Has hablado con tu marido de lo que has descubierto?

—No —respondió irguiendo la espalda y aparentando una diginidad que desde luego era impostada.

—¿En serio no le has dicho a Joseph que sabes que tiene un lío?

—No.

—¿Por qué no? Tienes que decírselo, Helen. Tienes que decirle a ese gilipollas que no puede tratarte así.

—Tú no lo entenderías. Es imposible que alguien como tú lo comprenda —respondió la hermana con altanería.

—¿Que no lo entendería? ¿Por qué dices eso?

Helen la miró sin responder, manteniendo su pose altiva, dejando que

fuera el lenguaje corporal el que hablase sin ambigüedades. Kisha se sintió herida en lo más hondo. El desprecio que su hermana había sentido por ella toda la vida seguía intacto.

Ni siquiera los últimos acontecimientos habían cambiado nada.

—¡Ah! ¡Vale! Ya lo entiendo. Alguien como yo. Pues bien, que te quede claro que alguien como yo no le permitiría ni a Derek ni a ningún otro hombre que se riera en mi cara ni que me tratase como una mierda.

—Vamos, Kisha —resopló.

—¿Por qué resoplas? ¿Qué estás insinuando?

—Deberías dar gracias de que alguien como él quiera estar contigo.

—¿Por qué dices eso? —la inspectora estaba alucinando. La conversación se estaba torciendo irremediablemente.

—Ya sabes por qué lo digo. Supongo que está contigo por una especie, no sé, de amor platónico de juventud o algo así. No tenéis nada en común. En otras circunstancias, alguien como él ni se habría planteado estar contigo.

La cara de Kisha era de total incredulidad. Si en algún momento había tenido la esperanza de que los recelos del pasado entre ellas pudieran quedar atrás, ahora empezaba a estar segura de que no sería así.

—¿Por qué me odias tanto, Helen?

—No te odio. Sabes que tengo razón. Eres grosera e impulsiva. Siempre lo has sido.

—Siempre me has odiado y ahora, además, me envidias, ¿no es eso?

—¿Que te envidio? No digas tonterías. Nunca podría envidiarte. Sigues siendo tan inestable como siempre. Supongo que papá siempre parecía quererte tanto porque le dabas pena. Pero mamá y yo sabíamos bien lo que eras.

Kisha sintió un desgarro en su interior. Las ilusiones que había sentido el día que su hermana se presentó en casa de Derek buscando su ayuda se acababan de convertir en humo.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? No tienes ni idea del sacrificio que he hecho para investigar tu caso y así me lo pagas. ¡Que te den, Helen!



Casi sin tiempo para tomar resuello, la inspectora, invadida por la amarga sensación que aquella conversación le había dejado, entró en la sala de reuniones donde ya la esperaban sus compañeros.

Después de la habitual puesta en común, se lanzó a proponer lo que llevaba tiempo pensando. Estaba más que harta de estar sumida en es *impasse* que había dejado su vida en un paréntesis que parecía no tener fin.

—Necesitamos ser más proactivos. No soporto más este continuo ir a remolque de algo que no sabemos si va a volver a andar.

—¿Y qué propones? —se adelantó a preguntar Frank.

—Ponerle un cebo.

—¿Un cebo? Sabes que eso implica correr mucho riesgos, por no decir que no tenemos suficiente información. Tal vez sea un poco pronto.

Frank era un tipo serio al que le gustaba tener controlados hasta el más nimio de los detalles. Había sido una incorporación muy valiosa por la capacidad para organizar y sintetizar la información clave de distintas maneras, de forma que todo el mundo tuviera todo claro. Era muy riguroso, tal vez excesivamente, lo cual podía ser estupendo en la mayoría de las ocasiones, pero también podía suponer un lastre en algún momento. Ese era uno de esos momentos.

—¿En serio crees que no tenemos suficiente información? —le dijo con cara de incredulidad mientras señalaba la montaña de archivos y la pizarra.

—Ya sabes a lo que me refiero. Tenemos que ser precavidos. Si nos jugamos todo a una carta y lo perdemos, tal vez sea para siempre.

—Sí, claro que lo sé. Pero no podemos quedarnos esperando a que mate al siguiente.

Y ha superado con creces la periodicidad que había mostrado con anterioridad.

Además, no creo que podáis alargar mucho vuestra estancia en Carmel. Estoy segura de que no tardarán en reclamaros desde el cuartel general.

En eso tenía razón y todos en la sala lo sabían. Casi resultaba sorprendente que no les hubieran requerido otra vez de su oficina de San Francisco.

—A mí ya me resulta raro que no nos hayan llamado ya —señaló Russell.

—¿Qué propones? —le preguntó Bill.

—Primero de todo, tendremos todo bien atado y bien controlado. Se puede hablar con los Departamentos Policiales de la zona si necesitamos refuerzos, que estoy segura que será el caso. Hay un buen clima de cooperación y creo que nuestro Jefe de Policía podría conseguirlo.

—De acuerdo, Kisha. Antes de tomar una decisión, cuéntanos exactamente qué pretendes.

—Por lo que hemos investigado de las víctimas, todas pasaron por determinado bar del muelle de Monterey. Parece más que probable que nuestro depredador cace en esa zona. Sucumbe rápidamente a sus instintos y muy cerca de allí, a tan solo unos pocos de metros en la arena, tiene lugar el acto sexual y luego el asesinato. Pues bien, se trata de montar un operativo en la zona con agentes de paisano y poner a uno de los nuestros de cebo. Tendríamos que tener todo bien organizado, las comunicaciones, los enclaves en los que situarnos y, por supuesto, los posibles puntos de fuga.

—Podría ser una opción. No me parece tan descabellado si tenemos bien controlados todos los ángulos, aunque el coste de la operación puede irse por las nubes —dijo Bill.

—Sin duda. Cada día que lo pongamos en marcha será un dineral —apostilló esta vez Miranda.

—Sí, pero ese no es asunto nuestro. Nosotros somos los que debemos pensar cómo hacerlo, no cuánto dinero va a costar.

—Imagino que ya habías pensado en alguien —señaló Russell.

—Sí. Ahora viene la parte que creo que no te va a gustar, Julius, porque había pensado en ti —dijo mirándole directamente a él.

—¿En mí? ¿Por qué?

—Eres un tío muy atractivo, guapo, con buen cuerpo. Es fácil que

llames su atención.

—¿Acaso crees que soy gay?

—¿Qué? No, hombre, no es lo que estoy diciendo.

—¿Y por qué crees entonces que voy a llamar su atención?

—Por el mismo motivo por el que le gustarías a cualquier mujer. No pasas desapercibido. Eres el clásico metro sexual —dijo entrecomillando con los dedos— por el que babean tíos y tías. Y suponemos que la última víctima se sale del patrón de los anteriores porque respondió al instinto más básico. Al igual que tú, era joven y muy atractivo, lo que hizo que no se pudiera resistir.

—Ya, entiendo —respondió con cara de pocos amigos.

Él se quedó mirándola sin saber muy bien qué responder a aquello. Kisha no sabía muy bien cómo actuar con él en los últimos días y temió haber metido la pata.

—¿Qué dices? ¿Aceptas la misión?

—Tengo que pensarlo —dijo levantándose y dirigiéndose a la puerta con evidente mal humor. Salió de la sala y se dirigió a la calle.

—¿Qué he dicho para que se enfade? —preguntó Kisha con un evidente gesto de incomprensión en el rostro.

—Ahora vengo. Voy a hablar con él. Id preparando el operativo. Por intentarlo no perdemos nada —dijo Bill—. Si él no está dispuesto a hacerlo, tal vez Russell pueda ocupar su lugar.

—No lo creo, porque se sale mucho más del rango de edad. Ni siquiera ha cumplido los treinta.

—Lo sé. Ahora lo hablamos con detenimiento. Voy fuera con Julius a ver si puedo convencerle.



Cuando Bill salió a la calle, Julius se encontraba en la acera de enfrene fumando un cigarro. El lenguaje corporal revelaba su estado interior, ese maremágnum de emociones que nos llevan al límite, ese cóctel explosivo que se siente cuando detrás de todo se encuentra la frustración. El agente del FBI empezaba a entender lo que sucedía observando los gestos y la forma de moverse del subinspector. Decidió

arriesgarse con su teoría, aún sabiendo que le podía salir mal.

Cruzó la calle y se acercó a hablar con él.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo. Sólo quería fumarme un pitillo.

—Tenía entendido que estabas intentando dejarlo.

—No es tan fácil, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

Justo en una milésima de segundo, Bill se cuestionó si era oportuno seguir con la conversación, decirle todo lo que pensaba. ¿Le ayudaría? Tal vez no, pero estaba convencido de que debía intentarlo. El subinspector Morgan se parecía poco al que había conocido en los asesinatos de la pasada primavera. En aquella época, aunque no le dio tiempo a tratar demasiado con él, le había parecido un hombre entusiasta y con un carácter afable y alegre, además de una persona equilibrada. El que tenía delante, después de lo acontecido en San Martín casi dos meses atrás cuando investigaban la desaparición del doctor Stephen Meyer, era alguien taciturno y bastante irascible. Sin duda, estaba pasando por una mala etapa y era el único que seguía sin ver que necesitaba ayuda.

Matar a un hombre, aunque sea por imperiosa necesidad, deja secuelas en cualquier ser humano que se encuentre dentro del espectro que podría considerarse normal.

—Olvídala, Julius. Hazme caso.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No te conviene. Creo que los dos os parecéis demasiado en lo bueno y en lo malo.

—No sé de qué coño me estás hablando, tío.

—De Kisha. Y no intentes negarlo, porque lo tengo claro.

—No te he pedido tu opinión, Bill.

—Julius, Kisha tiene un lado muy oscuro y autodestructivo. Derek lo neutraliza en cierta medida. Está bien con él, es con quien mejor podría estar, de hecho. Te lo dice alguien que estuvo colgado de ella

mucho tiempo. Te ruego que lo dejes estar. Eres joven y, como ella misma acaba de decir, un tío atractivo. Encontrarás a alguien que te convenga. Pero tienes que centrarte y buscar ayuda.

—¿Y quién te crees que eres tú para decirme esto? ¿Eh?

—Soy quien la conoce desde hace más tiempo. La he visto en sus peores momentos y es como asomarse al abismo, créeme. Ahora está bien, demasiado bien para lo que yo he llegado a ver en un pasado no demasiado lejano. Está más o menos serena y equilibrada, dentro de lo que es Kisha y cómo es su carácter. Es mi amiga y la quiero.

Hemos compartido demasiadas cosas juntos. Así que no lo dudes ni por un segundo cuando te digo que no voy a permitir que vuelva a arrastrase por el barro. Si veo que hay algo que se pueda evitar, haré todo lo que esté en mi mano para hacerlo.

Julius tiró el cigarrillo encendido al suelo y se dirigió con paso apresurado hacia la comisaría. Bill pisó la colilla para apagarla y le siguió unos segundos después.

CAPÍTULO 23 RELATO ◆◆◆

sas pocas palabras que habían cruzado, esa mirada de desconfianza y, al mis

E mo tiempo, de superioridad de la inspectora, habían prendido una llama difícil de sofocar. Cada día se le hacía más cuesta arriba soportarla. Si tuviera las suficientes agallas y encontrase un resto de seguridad en sí misma en su interior, haría que lamentara cada mirada de indiferencia que le había dedicado desde que empezó a trabajar allí.

Por suerte, ahora tenía alguien que la apoyaba, que comprendía sus sentimientos y que estaba dispuesto a ayudarla. Estaba deseando ver a Mark para contarle lo que había sucedido. Él siempre la escuchaba con mucha atención, algo que no había sentido en su vida, como si por fin fuera importante para alguien. Mostraba interés en sus palabras y le preguntaba con unas ganas sinceras de saber más. Hasta ese momento, siempre había tenido la sensación de no ser bienvenida en la mayoría de los sitios en los que había estado, ya fuera trabajos o lo que fuese. Esa intensa soledad había empezado en el colegio, cuando no era capaz de encajar en ningún grupo.

La realidad era que nunca antes se había sentido una parte integrante de

algo. Ser consciente de ello era doloroso y le generaba ciertas ansias de venganza. Si encontrase la forma adecuada, haría que todos los que la habían hecho sentirse inferior al resto lo pagasen caro.

Le gustaba mucho estar con Mark. No se podía creer que alguien tan atractivo se hubiera fijado en ella. Era un hombre que cuidaba su aspecto, pues tenía un cuerpo bien torneado y estaba en forma. Tenía unas cicatrices que le afeaban un poco el rostro, pero aún así, a ella le parecía un hombre irresistible. Al menos, ante sus ojos.

Le picaba un poco la curiosidad acerca de cómo se habría hecho aquellas heridas que habían dejado esas marcas en su cara. Él le había dicho que se

las hizo en una accidente de moto sin mucha importancia cuando era un crío. Sin embargo, no parecían ni mucho menos tan antiguas, aunque obviamente tampoco es que ella fuera una experta. Quizás hubiera algo de su pasado que no se atrevía a contarle, bien por vergüenza o por cualquier otra razón. Tampoco le importaba. Lo que fuimos o nos sucedió en otro tiempo no nos define. Lo que hace que seamos quienes somos en el presente es nuestra forma de abordar nuestras vivencias. Cada uno de nosotros somos las piedras que hemos encontrado en el camino y que hemos ido tallando en nuestro día a día.

Al fin y al cabo, además, todos guardamos algún esqueleto en nuestro armario.

Lo único que no acababa de entender es porque todavía no habían llegado más lejos. Se suponía que estaban saliendo, que eran pareja, pero él apenas la besaba siquiera. Ella se sentía terriblemente atraída por él y había tratado de dejarle claro que estaba deseando que tuvieran sexo, pero él parecía rehuirla cada vez. Había llegado a pensar que, tal vez, sufriera algún tipo de disfunción sexual y por eso se mostrase tan retraído. Lo mejor sería darle tiempo a que diera el paso, ya que ella ya lo había intentado sin éxito. Sin embargo, le costaba refrenarse cuando estaba junto a él.

Aquella tarde, cuando quedaron para verse, aún seguía teniendo el regusto amargo de su encontronazo con la inspectora. No debería dejar que le afectase tanto. No debería permitirle que se metiera en su cabeza. Sabía que en el fondo era un odio irracional porque representaba aquello que ella nunca había tenido. Notaba como los hombres la miraban, como era el centro de atención en muchas ocasiones, a pesar de no preocuparse lo más mínimo por su aspecto, puesto que solía llevar el mismo tipo de vaqueros y de camisas. Y aún así, se había dado cuenta como muchos se giraban a mirarla.

Odiaba ese aire de superioridad que tenía.

Odiaba que aparentase tanta seguridad.

Aún estaba sumida en sus pensamientos cuando llegó Mark.

Rápidamente él se dio cuenta de que pasaba algo. Su gesto contraído revelaba un estado emocional al límite. Su ceño fruncido indicaba un enfado contenido. Le encantaba ver las emociones tóxicas en ella, porque eran una baza a aprovechar.

—¿Estás bien, querida? Te noto algo molesta y no me gusta verte así.

Sabes que puedes contarme todo lo que sea y que voy a apoyarte.

—Lo sé.

Se le quedó mirando unos segundos. Por un momento, casi le pareció que bufaba, como si fuera un animal enjaulado —¿Vas a contármelo entonces?

— ¡Dios! Es que no la soporto.

—¿A Jennings?

—Sí.

—¿Ha pasado algo con ella?

—En realidad, algo sin la menor importancia pero es que es tan soberbia que me saca de mis casillas. Se cree que es más lista que nadie, cuando en realidad, no da pie con bola. Ya sabes lo que te conté del asesino del muelle que están buscando. Recuerda, por cierto, que no puedes decir nada de esto a nadie, porque si se entera alguien, se me cae el pelo.

—Claro, bomboncito. ¿Qué crees, que soy idiota?

¿Le había llamado bomboncito? Tessa no estaba segura de haberle oído bien. A él, por su parte, le había sonado de lo más estúpido y se había

arrepentido casi al insante, hasta que vio la cara de satisfacción en ella.

Una tontería semejante y parecía hacerse agua.

—Bueno, pues como ya te dije el otro día, van como pollo sin cabeza.

Venga a buscar información por todas partes y sospechosos que no encuentran por ningún lugar. Mucho llamar a los del FBI con su pinta de

estirados para que nos echen un cable pero, a la hora de la verdad, lo cierto es que todo sigue igual. Un despilfarro para los contribuyentes, eso es lo que es.

Mark sentía cómo le palpitaba la yugular. Odiaba que hiciera eso, que empezase a contar algo que parecía de cierta relevancia y acabase yéndose por las ramas.

—Creo que te estás desviando un poco del tema, ¿no te parece?

—Sí, sí, es verdad. Es que me ponen… —dijo suspirando—. A lo que iba, por lo que he podido escuchar cuando pasaba hacia la máquina de café, va ella y se le ocurre proponer un plan para cazarle. Como se cree más lista que nadie…

—¿Un plan? Tessa, igual deberías darle un poco de crédito. Llevan más de un mes persiguiéndolo sin resultado. Tal vez sea el momento de probar algo distinto.

—Pues no creo que vayan a lograr mucho, ¿qué quieres que te diga?

Pretenden ponerle al inspector Morgan de cebo, como si fuera a ser tan estúpido de picar. Bueno, al menos es lo que me ha parecido entender, pero puede que me equivoque. De cualquier modo, a ese tío se le ve que es hetero a la legua. Y el asesino no tiene pinta de ser tan imbécil como para no coscarse de que es un madero y que, además, no es gay.

—Eso nunca se sabe —dijo con cierta malicia.

—Y que conste que Julius es de los pocos que me cae bien allí, que al menos suele preguntarme qué tal estoy y dedica todos los días un ratito a hablar conmigo.

Se quedó pensativo reflexionando ante lo que acababa de decirle. Era interesante saber que estaban tan perdidos y desesperados como para intentar un plan con tan poca base. Ese operativo requeriría muchos agentes y un considerable gasto para una comisaría tan pequeña como la de Carmel, aunque tuviera un presupuesto desahogado.

Le pareció que la cosa se ponía interesante y divertida. Eran como peones en su tablero de ajedrez. Les sorprendería de una forma que sería inolvidable. Eso tal vez le supondría tener que adelantar lo primero que tenía planificado, pero el efecto que iba a tener, el impacto que iba a dejar en la memoria de todos, bien valía la pena.

Por otro lado, estaba entusiasmado ante la debilidad de Tessa y su

facilidad para sucumbir a emociones negativas. Se dejaba arrastrar por ellas hasta traspasar límites que era consciente que no debía. Su odio visceral hacia Jennings la convertía en un arma en su mano de un valor incalculable, hasta el punto de revelar información a todas luces confidencial que le costaría como mínimo el trabajo si alguien se enteraba que iba por ahí yéndose de la lengua.

—¿Y cuándo van a hacerlo? No será fácil decidir el momento oportuno, supongo.

—Creo que he entendido que el jueves será el primer día que lo pongan en marcha. Creen que es el día con más probabilidades para que aparezca otra vez.



Ni en sus mejores sueños habría imaginado que podría ser tan fácil controlar los movimientos de su "querida" inspectora. Estaba en

disposición de ir varios pasos por delante de ella sin que ni siquiera tuviera la menor sospecha. Podría causarle daño desde tantos frentes que casi empezaba a sentir lástima por ella, si no fuera porque él era incapaz de sentir emociones y menos una tan inútil como la tristeza.

Había llegado el momento de dar un paso más. Con la información que le había dado la bobalicona de Tessa, podría manejarlos a su antojo y ridiculizarlos de paso. Iba a disfrutar de cada paso como no lo había hecho nunca antes. Sólo pensar en el sufrimiento que iba a causar ya le hacía sentir cierta excitación.

Se dirigió hacia el refugio que tenía a media hora en coche en medio de la montaña. Lo había encontrado casi por casualidad unos meses atrás.

Necesitaba tener un lugar aislado pero no demasiado lejos para poder actuar cómodamente y esconderse en un lugar en medio de ninguna parte donde nadie le buscara. Había vivido casi como un ermitaño, lo que le había recordado al Unabomber, el famoso terrorista que mantuvo en vilo al país desde finales de los años setenta hasta mediados de los noventa. No obstante, debía reconocerse ante sí mismo que sus motivaciones no eran tan filosóficas ni trascendentales como las que aparentemente defendía Theodore Kaczynski para cometer sus atroces actos terroristas.

Su única motivación era el odio.

Un odio descarnado.

Desnudo.

Sin el más mínimo atrezzo.

Sin disfraces.

Había pasado por una ferretería de un pueblo cercano para comprar todo lo que necesitaba. Aquello se salía de lo que estaba acostumbrado a hacer. Era un nuevo desafío. No está mal salirse de vez en cuando de la zona de confort, ¿no es lo que dicen?

Sin embargo lo suyo era una compulsión y lo sabía. Era, además, lo que lo hacía diferente al resto, justamente lo que había hecho que siempre le mirasen con temor, desde que era un crío. En aquella época, aún no sabía disimular el vacío que había en sus entrañas porque no había aprendido a actuar como el resto, a representar un papel en el que la clave era imitar emociones. En alguna ocasión, había escuchado a algún profesor decirle a otro que era un niño que tenía una mirada extraña y que, a veces, daba incluso un poco de miedo.

Cuando llegó a la cabaña, ahí estaba su presa. Atado, lleno de sangre y con esa mirada de auténtico terror a la que estaba tan acostumbrado.

—No te preocupes —le dijo agarrándole fuerte por la barbilla y con la cara muy cerca—. El final está más próximo de lo que crees.

Empezó a gritar algo inteligible, una especie de súplica desgarradora que la mordaza no le permitía expresar con claridad.

Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. El lamento seguía, los gritos mezclados con un llanto desesperado. Patético. El ser humano siempre lanzándose a acciones desesperadas que sabe que no sirven para nada.

Sabía que gran parte del éxito residía en el control. Debería contener ese impulso maligno que le nacía en lo más profundo de su ser y le dictaba lo que hacer. Debía domarlo para lograr que se plegase a lo que necesitaba en aquel momento.

El efecto de gracia.

La conmoción.

El desconcierto.

Lo dispuso todo para el siguiente paso.

Era hora de salir de cacería.

CAPÍTULO 24 OPERATIVO

inalmente, Julius aceptó. Dedicaron una jornada

completa a organizarse, porque algo así requería de

F

una planificación al milímetro. Había que

determinar bien quién estaría dónde, claves de

comunicación a emplear, ángulos que debían

vigilar…

Iban un poco a ciegas, ya que nadie sabía las horas a las que podría tratar de ir por los bares del muelle, ni siquiera si iba a diario para estudiar a sus víctimas previamente o si sólo lo hacía cuando sentía ese hambre voraz que le llevaba a matar.

La planificación había encajado con el siguiente jueves, es decir, el día que habían estimado más probable puesto que dos de los cuerpos aparecieron en ese momento de la semana. Eran conscientes de que era un argumento endeble al que agarrarse, pero no tenían otro mejor por el momento. Debían empezar por algo y, además, esa fecha encajaba también con el tiempo que tenían para prepararlo todo del modo más exhaustivo posible. En función del resultado, se plantearían repetir la operación.

Según la información recabada, dos de las víctimas frecuentaban los bares de ambiente de la zona precisamente los jueves, puesto que se les había visto allí en varias ocasiones en las semanas anteriores a sus muertes. Ferdinand Adams había sido visto por la zona del muelle en varias ocasiones y había otro elemento en la ecuación que permitía deducir casi con toda seguridad que el jueves era su día preferido de la semana, puesto que era cuando, según les había contado su mujer, coincidía que llegaba más tarde del trabajo. Él aducía que era para cerrar la semana sin apurar hasta el viernes, una forma de esgrimir una coartada como otra cualquiera.

Resultaba, por otra parte comprensible la elección de ese día en concreto. Los jueves hay gente, pero no tanta como los viernes. Los rasgos de carácter del economista inducían a pensar que era un hombre que evitaba las aglomeraciones. No obstante, fue el único de los cuatro cuyo cadáver había aparecido un lunes, lo cual era un tanto desconcertante. Eso les hizo barajar la posibilidad de que su primer encuentro con el asesino tuviera lugar la semana anterior, tal vez el jueves en concreto, y después de ese primer encuentro sexual

quedasen para verse una vez más, la que resultaría ser también la última. Y paradójicamente, el inicio de la serie de crímenes.

Debido a la hora a la que se habían cometido los anteriores crímenes, decidieron finalmente que lo activarían a eso de las tres de la tarde, aunque ya por la mañana Miranda, Kisha y Bill estarían por la zona estudiando el terreno.

Si aquello fallaba, tendrían que repetirlo en días sucesivos, pero obviamente con un límite temporal estrecho, pues el coste que suponía tener a dieciséis agentes destinados a esa labor era demasiado tanto a nivel económico como en cuanto a recursos humanos.

A corto plazo, era probable que tuvieran que pensar en otra estrategia.

En realidad, se lo estaban jugando todo a una carta. Ningún indicio definitivo apuntaba a que aquel fuera el día indicado para llevar a cabo el operativo, sobre todo considerando ese parón que se estaba dando en la periodicidad de los crímenes. Sin embargo, la inacción resultaba mucho peor y, sobre todo, bastante más desesperante.

Por otro lado, los del FBI ya llevaban cerca de quince días en la zona sin obtener resultados. No tardarían mucho más en requerir su presencia en la delegación de San Francisco.

El tiempo se les agotaba.



Kisha estaba preocupada por la reacción del día anterior de Julius. Sabía que la relación entre ellos en los últimos días no estaba todo lo bien que había estado en meses anteriores y, a veces, le costaba justificar sus propias reacciones hacia él.

Debía sentirse agradecida por lo que su compañero había hecho por ella y, en realidad, era lo que sentía. Sin embargo, esa forma en la que él la miraba últimamente le hacía sentirse incómoda porque en esa mirada había desesperación.

Tenía razón Pete cuando argumentaba que necesitaba acudir a un psicólogo, cuando no a un psiquiatra. Lo sucedido en aquel sótano de San Martín les había cambiado a ambos, pero a Julius en especial había sido para peor. Los dos arrastraban un trauma después de lo vivido, pero él además cargaba con una culpa que era insoportable para cualquier ser humano.

Por un lado, la culpa de haber dejado a su compañera sola en manos de aquel psicópata. Por otro, la culpa que genera el matar a un congénere. Era un hecho, había matado a un hombre, aunque no hubiera encontrado una salida mejor en aquel momento.

Tenía que encontrar el modo de hablar con él y resolver aquello. La última vez que habían conversado había sido sólo para reprocharla que no quería trabajar con él, y tal vez no le faltase razón.

CAPÍTULO 25

Un paso por detrás

abía llegado el momento clave. En las horas previas, la tensión se palpaba en el ambiente. Estaban

H convencidos de que aquello podría funcionar.

Tenía que funcionar.

Habían debatido mucho acerca de los pros y los contras que tenía aquella operación y, después de mucho hablar, decidieron que había que intentarlo. Estaban animados, creyendo que aquel día podrían poner fin a la pesadilla, a pesar de que la periodicidad de los crímenes se había roto de manera imprevista.

Bien era cierto que todos veían riesgos en el operativo, no sólo los inherentes al posible peligro que pudiera tener la operación en sí misma y para el agente *per se* , sino que también podrían desvelarle aspectos de la investigación al asesino y ponerle en alerta. Pero era peor no hacer nada y quedarse sentados esperando al próximo crimen.

Cuando tuvo oportunidad, la inspectora Jennings se acercó al despacho de Pete para ver si éste podía contarle alguna novedad respecto al caso de su hermana. Después de la última conversación, las cosas habían acabado mal entre ellas, pero eso no era sinónimo de que ella se fuera a olvidar de la amenaza que seguía pendiendo sobre Helen.

No podía evitar estar desanimada y, al mismo tiempo furiosa, porque con su hermana parecía repetirse una y otra vez la misma historia. Quizás era momento de asumir que habías diferencias entre ellas que simplemente eran irreconciliables.

—Le he dado mi teléfono personal para que me llame si hay algo o alguien sospechoso. De momento no se ha puesto en contacto

conmigo, lo que puede ser una buena señal. Tal vez tenga razón.

—No lo sé. Después de hablar con el doctor Zimmerman estoy más convencida de que hay algo raro. Me da mala espina. De repente se esconde y no la importuna. Trama algo. Debe ser muy gordo para mantenerse en letargo de esa manera.

—Tal vez sí tuviera pensado continuar hostigándola pero, simplemente, le ha sucedido un infortunio, lo que sería por otro lado una gran suerte para todos. Siento ser tan cínico.

—No lo eres, en absoluto.

—¿Habéis vuelto hablar?

—No.

—Seguro que encontraréis el momento.

—No lo sé. Nunca nos hemos llevado bien, aunque esta vez tenía la esperanza de que pudiéramos seguir en contacto.

No obstante, Kisha se planteaba llamarla cualquier día de aquellos. Necesitaba que Helen le contase más información sobre su padre. Stephen y el doctor Carvin habían sembrado una duda en su interior que la estaba devorando y la asaltaba en el momento menos esperado. Sin embargo, estaba segura de que su hermana no querría hablar con ella sobre su progenitor. Siempre había sido como un tema tabú, puesto que su madre tampoco quería decirle nunca nada. Incluso Helen le dijo en una ocasión que le había prohibido hablar de su padre con ella.

¿Por qué?

¿Qué oscuro secreto se escondía detrás de tanta confusión?

En su mente había un vacío imposible de llenar, un vacío en el que no había pensado hasta que Stephen había hecho referencia a él. Le había dicho al doctor Meyer que no quería, pero lo cierto era que necesitaba saberlo, necesitaba entender lo sucedido.

El problema era que no sabía si estaba preparada para saber la verdad.



En un cambio de última hora al revisar una vez más la planificación del operativo, finalmente decidieron que, desde primera hora de la

mañana, hubiera en el muelle más agentes vestidos de paisano, aparte de Kisha, Bill y Miranda para detectar movimientos inusuales o potenciales conductas sospechosas. Necesitaban todos los ojos y oídos posibles para aquella operación. De ese modo, podrían tener más o menos cubiertos todos los ángulos, lo cual no era sencillo debido a los diferentes recovecos que había en el muelle y en las inmediaciones. No sabían cómo cazaba el asesino. Tal vez desde las primeras horas del día estuviera ya por allí. Tal vez, incluso, era alguien que trabajaba en la zona, por lo que podría tener más o menos controlados quienes eran los clientes frecuentes y los que iban de forma casual. Tal vez, incluso, ya le hubieran entrevistado.

El trabajo de coordinación policial entre diferentes Departamentos de Policía de la zona había logrado que ese operativo contase con efectivos suficientes. Sin duda, eso era un importante paso adelante.

La jornada iba a ser larga y dura y todos lo sabían. Tenían que estar con los cinco sentidos alerta en todo momento. Los agentes que estaban encargados de vigilar a Julius y controlar que éste estuviera seguro, iban turnándose para que no llamara la

atención la presencia casi constante de las mismas personas a su alrededor. Esto requería una gran coordinación a través de los micros y de los pinganillos. Julius, además, llevaba una pequeña cámara que grababa todo lo que se iba encontrando a su paso. Nada podía fallar o aquello podía ser un desastre.

Además, había una furgoneta camuflada en la que, desde el preciso momento en el que se iniciara el operativo, Kisha, Bill y Miranda coordinarían el trabajo y observarían en las cámaras de la zona todo el entorno, así como aquello que registrara la del subinspector Morgan.

Iba a ser una jornada extenuante pero esperaban que mereciera la pena. El tiempo tampoco acompañaba demasiado aquel día, un clásico día de invierno gris y mohíno.

No obstante, eso podía ayudar a que no hubiera demasiada gente pululando por allí y fuera más fácil controlar a los traseúntes y, además, detectar al sospechoso, si es que tenían la suerte de que se decidiera a aparecer.

Habían puesto esperanzas en ese trabajo policial, en ese esfuerzo coordinado.

No podían saber que el asesino ya había elegido a su víctima por adelantado y se encontraba muy lejos de allí.



Sobre las siete de la tarde, una vez ya había anochecido, desistieron. Parecía evidente que no iba a aparecer. Kisha llamó a Derek para decirle que estaría en casa en poco más de una hora casi con toda seguridad. Desde su reincorporación, solía regresar a horas bastante prudentes. El fotógrafo se alegró de ello. Había algo que tenía que contarle.

Algo que para él era importante y podía suponer el impulso que necesitaban para comenzar por fin esa nueva vida que tanto ansiaban.

A eso de las siete y media de la tarde, cuando ya estaban a punto de recoger e irse a casa, recibieron un aviso de la centralita de Carmel solicitando su presencia en Pebble Beach. Según parecía, habían encontrado el cadáver de un hombre en la arena y, según los datos preliminares, lo habían asesinado a golpes.

—¿Y por qué nos pasáis el aviso a nosotros? Estamos trabajando en el caso de la Mantis Religiosa.

—Bueno, en realidad han acudido Tom y David al aviso, pero han encontrado algo que creen que querrás ver. Hay un mensaje junto al cadáver que creemos que va destinado a ti.

—¿A mí? ¿Qué dice — *Inspectora, me buscas en el sitio equivocado* .

CAPÍTULO 26

Incógnitas

isha estaba desconcertada. ¿Por qué iba a dejar alguien ese críptico mensaje junto a un cadáver? Barajó la posibilidad de no ir. Tal vez simplemente alguien trataba K de llamar la atención. Después de que ella llegara a Carmel hacía aproximadamente once meses, había trabajado en algunos casos que habían terminado ocupando titulares en los medios de comunicación de la zona. Si era alguien con ganas de notoriedad, no pensaba darle gusto.

Recordaba algunos casos de cuando trabajó en Los Ángeles que obtuvieron cierta notoriedad en los medios de comunicación. Solían ser esos casos precisamente los que provocaban una mayor aluvión de llamadas a la brigada de homicidios o de mensajes de cualquier tipo en prensa y televisión que lo único que perseguían era que la persona que establecía el contacto obtuviera sus minutos de gloria. Solían ser personas aburridas y anodinas, sin nada más importante en su vida,

con un claro vacío interior, que buscaban que alguien les prestase atención de la peor forma posible.

No obstante, que la nota estuviera junto al cadáver de un hombre que parecía haber sido asesinado a golpes, la inquietó mucho y despertó en su mente un buen número de incógnitas. La primera e inevitable era por qué la quería a ella en esa escena del crimen.

El hecho de que dijera que le estaban buscando en el sitio equivocado, por otra parte, inducía a pensar que sabía algo del operativo de aquel día. Aquello era lo más desconcertante de todo. Nadie fuera de los implicados debía saberlo. ¿Se habría ido alguien de la lengua? No tenía motivos para desconfiar de nadie, pero inevitablemente hizo que les mirase con cierto recelo.

Al ver la cara de su compañera, Bill que estaba cerca de ella le preguntó qué sucedía.

—Me han llamado de Carmel. Han encontrado el cuerpo de un hombre que parece haber sido asesinado a golpes en Pebble Beach.

—¿En serio? ¿Pero qué pasa en esta zona? ¿No decías que esto era tranquilo?

—Sí, lo era. En Carmel nunca pasa nada

—Hasta que pasa de todo.

—Supongo.

—¿Crees que está relacionado con nuestro caso?

—No lo sé, pero tiene toda la pinta. Había un mensaje, al parecer en el que, palabras textuales, dice: “*inspectora, me buscas en el sitio equivocado”*. Es decir, no necesariamente tiene que ser nuestro sujeto. Tampoco es descabellado pensar que pueda ser un imitador o alguien que busca o quiere para sí la fama que se le ha dado al asesino de las últimas semanas.

—O puede no ser ni una cosa ni otra —señaló Julius al escuchar su conversación.

—¿Tú crees? —preguntó Kisha—. ¿Qué más opciones se te ocurren?

—Puede ser otro asesino que no tenga nada que ver, aunque sería muy poco probable. Tal vez algún caso antiguo, no sé —Julius miró

alternativamente a Bill y a Kisha y observó sus caras de incredulidad —. No, en realidad yo también creo que lo más probable es que tenga relación, pero si es así, significaría que ha cambiado radicalmente el lugar para cometer los crímenes cuando ya habíamos empezado a pensar que este sitio en particular tenía un significado para él.

—No tiene ningún sentido.

—Tal vez lo tenga. Has dicho que está en Pebble Beach. Ahí comenzó la serie de asesinatos la última primavera —señaló Bill con evidente preocupación—. Puede estar desafiándonos con ese gesto.

—Bueno, la nota que ha dejado junto al cuerpo ya es un desafío en sí misma.

—Tal vez sabía lo que estábamos haciendo —señaló Julius.

—¿A qué te refieres? ¿A que conocía el operativo de hoy? —preguntó Bill.

—Bueno, en realidad no me refería exactamente a eso. Si fuera así, significaría que alguien de dentro le pasa información y me parece demasiado fuerte para considerarlo de momento. No, lo que yo quiero decir es que no es descabellado que pensara que ya estaríamos vigilando esta zona, por lo que se ha visto obligado a cambiar su área de influencia.

—Sí, eso tiene sentido —respondió Bill—. De hecho, ya lo habíamos barajado.

Kisha se había quedado pensativa sin hacer caso a nada de lo que decían. Una alarma se había desatado en su interior desde que colgó el teléfono. ¿Y si alguien le estaba pasando información confidencial al asesino? Peor aún, ¿y si era alguien de dentro como había insinuado su compañero?

Habían participado muchos agentes en ese caso, tal vez demasiados en ese mes y medio largo que llevaba la investigación abierta. Eso no favorecería guardar la información bajo llave. Cuantos más implicados, más riesgos de que hubiera filtraciones.

En lo que no había querido pensar era en la coincidencia de que apareciera dicho cuerpo en Pebble Beach. Si no era algo accidental, entonces ese hecho sugería varias teorías espeluznantes.

Jenkins estaba vivo y había vuelto.

Había más de un asesino en la zona.

Fueran alguna de esas o ninguna, el asesino la conocía y disfrutaba burlándose de ella.

De momento, se lo guardó para sí hasta tener más información o, al menos, hasta que llegasen a la ubicación en la que estaba la víctima y vieran la escena del crimen.

—¿En qué piensas?

—En lo que ha dicho Julius. ¿Y si conoce información de dentro?

—Ese es un tema peliagudo. Significaría que tenemos algún agente corrupto y, ¿para qué? ¿Qué beneficio sacaría?

—Lo sé, no parece tener mucho sentido.

—Salvo que ese agente no sea quien parece ser.

—Será mejor que vayamos cuanto antes al escenario antes de seguir elucubrando —

finalizó Bill, haciéndole una señal a Frank, Russell y Miranda para que se acercaran.



Unos instantes después, se subieron a los coches y se dirigieron a la localización que les habían indicado. Kisha llamó a la forense para asegurarse de que era ella la que acudiría al aviso. No es que no confiara en los otros forenses de la zona, pero con Hilka era con la que podía hablar más a las claras y con la que le gustaba debatir el caso que tenían delante, puesto que ella tenía una especial perspicacia para ciertos asuntos que, incluso, iban más allá de sus competencias.

Cuando llegaron a Pebble Beach, a Kisha le recorrió un escalofrío. Seis meses antes habían dado comienzo en esa misma playa, aunque en distinto punto, los asesinatos de las jóvenes a manos del Asesino del Ocaso.

No quería pensar que estaban al comienzo de otra serie de horrores similares cuando ni siquiera habían encontrado al sujeto que había asesinado a cuatro hombres ya en Monterey.

Parecía todo tan macabro y tan sórdido que le resultaba increíble. Los anteriores crímenes que estaban investigando, habían aparecido donde

supuestamente había

desaparecido el doctor Stephen Meyer. Y ahora se encontraban en el punto de partida de los sucesos de la última primavera.

¿Qué sentido tenía todo aquello?

¿Era una broma del cosmos?

¿Estaba todo verdaderamente conectado?

¿Estaba la misma persona detrás de todos aquellos crímenes?

Las luces halógenas de los focos sobre la arena y la cinta policial no dejaba lugar a dudas de donde estaba situada la escena del crimen. Según se iba acercando, le pareció que el sujeto tendido en la arena tenía algo que le resultaba familiar.

CAPÍTULO 27

Devastadora

uando Kisha descubrió la identidad de la nueva

víctima, su mundo pareció implosionar. Sintió que

C sus oídos estallaban, negándose a escuchar lo que le decían. Sus ojos se cegaron, porque no querían ver.

Sus entrañas se contrajeron, en una especie de grito

sordo doloroso que te desgarra por dentro hasta

morir.

Tal vez ese fue el revulsivo que la hizo salir de aquel estado de extraño letargo.

Tal vez ese fue el instante en el que su vida personal empezó a resbalar por una pendiente en la que la caída sería inevitable.

Tal vez nunca lo sabría realmente.

El momento preciso.

El instante exacto.

Difícil de decir.

Porque la rabia lo llenó todo, se atrevió a colonizar su realidad como una especie invasora que se adueña de todo lo que encuentra a su paso.

Aquella tarde no llegó pronto a casa, tal y como le había prometido a Derek. Aquella tarde se transformaría en una noche interminable en la que el odio se coló hasta por las grietas más pequeñas anegando un corazón desgajado.



Unas horas antes, muy lejos del horror que no paraba de crecer en aquel paraíso perteneciente al famoso Big Sur, el fotógrafo recibió una inesperada llamada que, quién sabe si tal vez, podría poner todo un poco más patas arriba si eso era posible.

—¿Hablo con Derek Harper?

—Sí, soy yo. ¿Quién me llama?

El número desde el que le llamaban no estaba registrado en su agenda. No era muy habitual que eso sucediera, puesto que Derek era muy celoso con su intimidad,

especialmente después de los desagradables mensajes que había recibido en la última primavera, cuando un psicópata de manual le convidaba a acudir al escenario de las barbaridades que acababa de cometer. Desde entonces, había cambiado su número y se había asegurado de que sólo lo tuvieran sus contactos cercanos.

—Soy Michael Yang, productor de cine. Trabajo para los estudios Awesome Productions de Los Ángeles. Estamos preparando una saga de cine fantástico y nos gustaría contar con tus servicios.

—Creo que hay un error. Nunca he trabajado en nada relacionado con el cine. Mi trabajo no tiene nada que ver con ese mundo. Lo siento.

—Sí, lo sé. Antes de realizar una llamada como ésta y molestarme en conseguir tu número de las formas más imaginativas posibles, me he informado muy bien. Conozco tu obra y sé que eres el mejor fotógrafo de paisajes que hay en el país. Estamos buscando un profesional muy concreto y con ciertas cualidades que tú sin duda tienes.

Necesitamos un localizador de paisajes, alguien que conozca mucho mundo y sepa encontrar aquellos parajes únicos en la naturaleza y que los mire con una mirada distinta. Además, te ofreceríamos el puesto

de Director de Fotografía. ¿No me digas que no te parece una oferta tentadora?

—No puedo darte una respuesta ahora. Tendría que pensarlo.

—Te pagaríamos bien, te lo aseguro. Es una superproducción y contamos con mucho presupuesto. Queremos que el trabajo sea de calidad y sabemos lo importante que es en este tipo de películas que el entorno sea de los que se graban en la retina y no se olvidan con facilidad. Una de las claves del éxito de la Trilogía del Señor de los Anillos fue sin duda el enclave en el que se rodó. Pero claro, teniendo en cuenta que Peter Jackson es neozelandés, ya contaba con ventaja aunque aún así tuvo que sobrevolar las dos islas buscando su "Hobbitton". Nosotros necesitamos alguien que haya estado en todos los rincones del mundo. Y tú eres sin duda la mejor opción.

—Te agradezco la llamada. No es por dinero. Hay más cosas.

—Sí, lo sé. De hecho, sé que eres un hombre al que le gustan los retos profesionales.

Yo te ofrezco uno que no has probado nunca. Un auténtico desafío para ti. ¿Me equivoco?

Derek tardó en responder. Desde luego la oferta le llamaba poderosamente la atención. Era algo ilusionante embarcarse en algo así, ponerse a prueba, abordar una perspectiva diferente de su profesión. Ya lo había hecho antes cuando, colaborando con la Policía de Carmel, se había adentrado en el mundo de la fotografía forense. Le había parecido algo apasionante.

Además, ya tenía más que encarrilado el último proyecto que había presentado, *De principio a fin: El Ocaso de los Días* , y un agente se estaba encargando de todo los trámites que no respondieran a lo meramente artístico o a las entrevistas con medios especializados.

Su cabeza no paraba de dar vueltas. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había hecho el silencio en la conversación. Tal vez no se repitiera una oportunidad como aquella. Pero, ¿era lo que quería?

—¿Y bien? —preguntó Yang al otro lado.

—Supongo que esto implica estar mucho tiempo lejos de casa.

—Sí, eso sin duda. No puedo estimar cuánto, pero casi sin la menor duda más de un año como mínimo teniendo en cuenta que primero

tendrías que hacer el trabajo de localización de escenarios y, una vez hecho esto, empezaríamos el rodaje.

—Necesito unos días para pensarlo. No es un buen momento ahora mismo.

—De acuerdo. Pero no lo pienses demasiado. Eras nuestra primera opción pero nadie es imprescindible. Estoy seguro de que hay muchos anhelando que les llegue una llamada como ésta.

—Unos días, nada más.

—Te volveré a llamar, Derek. Un placer hablar contigo.

Colgó el teléfono móvil y lo dejó sobre la mesa que tenía al lado. Con las manos se mesó los cabellos, dejando reposar finalmente sus manos sobre su cuello, la cabeza gacha.

Se puso de pie y con el dedo índice y el pulgar de su mano derecha se masajeó los lagrimales de sus ojos. No podía pensar con claridad. Se dirigió al salón y miró hacia el mar. Necesitaba aire fresco para aclarar sus ideas, necesitaba ese contacto con la naturaleza. Cogió la correa del perro, le llamó y salió con él a pasear por la playa.



—¿Qué tenemos? —preguntó la inspectora a uno de sus compañeros al llegar a Pebble Beach mientras se ponía los guantes de látex. La forense ya estaba sobre el terreno. Pronto tendría información acerca de la posible hora de la muerte y de la causa.

—Varón. Caucásico. En torno a los cuarenta años. Complexión delgada. El cuerpo lo hemos encontrado de cúbito prono, tal y como podéis observarlo ahora —afirmó el agente, señalando hacia donde estaba el cadáver, el cual se hallaba a cierta distancia—.

Tranquilos, antes de darle la vuelta para hacer las comprobaciones oportunas, hemos fotografiado y marcado todo el escenario.

—Aún así, me hubiera gustado verlo antes de eso, analizarlo en la posición en la que había quedado.

—La forense no podía esperar hasta que llegaseis. Ha llegado antes y ha empezado a hacer su trabajo. Además, estaba tal y como puedes observarlo ahora. Si no me crees, te enseño las fotos ahora mismo. Queríamos ir adelantando faena, nada más.

—Está bien, no pasa nada. Disculpa. Continúa.

—No hay heridas defensivas, bien porque conocía al agresor o porque le pilló por sorpresa.

—O ambas cosas —señaló Julius.

—Sí, también es cierto —respondió el agente—. No tenemos identificación, puesto que no hay cartera ni documentación alguna. Habrá que esperar a las huellas digitales.

—¿Causa probable de la muerte? —preguntó Frank.

—Tiene una puñalada en el pecho, aunque no sabemos si fue la causa o fue post morten. En cualquier caso, la incisión parece bastante profunda. Puede que alcanzara el corazón.

—¿Cómo habéis encontrado el cuerpo?

—Recibimos una llamada anónima.

—¿Anónima? ¿No le pedisteis los datos? —se extrañó Bill.

—No los facilitó. Dio la localización del cuerpo y colgó.

—Podría ser el asesino. Tal vez sintió remordimientos —continuó Russell mirando a la inspectora.

—Sí, supongo —señaló Kisha.

—¿Tenemos la grabación? —preguntó Miranda.

—Creo que sí. Al menos, deberíamos tenerla. Se guardan todas las llamadas a emergencias.

—Perfecto, entonces.

—No, no la tenemos —dijo David en ese instante.

—¿Cómo que no? —preguntó Kisha desconcertada.

—Porque no llamó a emergencias, sino directamente a la comisaría de Carmel. No registramos ni guardamos las llamadas.

—¡Mierda! ¿Hay algún testigo?

—Nada. Como ya podréis imaginar, es una zona en la que a estas

horas en invierno no hay nadie.

—¿Y la nota? Dijiste que la habíais encontrado junto al cuerpo. ¿Dónde la encontrasteis exactamente? —preguntó Russell esta vez.

—En realidad, sobresalía de uno de los bolsillos traseros de sus pantalones vaqueros.

La hemos metido en una bolsa de pruebas. Aquí tienes —finalizó pasándole la nota a Kisha, la cual estaba escrita en letra de imprenta.

"*Inspectora, me buscas en el sitio equivocado*" .

Por un lado, se refería a su cargo pero, al mismo tiempo, la tuteaba. Era como si hablasen dos interlocutores diferentes.

—Vale —dijo devolviéndole la nota—. Vamos a hablar con Hilka a ver qué nos dice antes de que se lleven el cadáver.

Kisha y Julius, seguidos de los cuatro agentes del FBI se dirigieron hacia donde estaba la forense con el cuerpo.

La escena era dantesca. Había salpicaduras y rastros de sangre repartidos por diferentes zonas, como si la víctima hubiera tratado sin éxito de escapar de las garras de la muerte y ésta la hubiera perseguido en cada intento, recordándole que no iba a dejarle escapar.

La forense estaba arrodillada en la arena, ligeramente sobre el cadáver, lo que impedía que se viera el rostro. El cuello estaba levemente girado mostrando el lado derecho de la cara, puesto que se encontraba decúbito prono, similar a la posición inicial, tal y como les había detallado el agente.

Durante el corto trayecto hacia el cadáver, los ojos de Kisha iban deteniéndose en cualquier detalle que le pudiera resultar mínimamente significativo, cualquier indicio que proporcionase una información que ante su aparente insignificancia se escapase del radar de investigación y que pudiese ser decisiva en un momento posterior. Trataba de registrar todo en su cabeza, creando un particular palacio de la memoria que más bien se asemejaba a un castillo nemotécnico de tortura.

De pronto, aquel instante se congeló, dejando una huella indeleble en su cerebro, una instantánea que permanecería intacta en su memoria durante mucho tiempo, porque hay imágenes que por su impacto emocional se graban a sangre y fuego en nosotros.

—Conozco a la víctima.

Y ahí, en ese preciso momento, la devastadora realidad la empujó nuevamente hacia el abismo.

CAPÍTULO 28 ABISMO

uietud.

Silencio.

Q Parálisis.

Dolor.

Rabia.

El mundo alrededor dejó de existir. Sólo era capaz de percibir el fuego interior, esa llamarada de odio que se extiende por cada una de tus vísceras, que devoran tu ecosistema celular colándose hasta dentro de las mitocondrias. Y lo funde todo a negro, porque el odio es lo que tiene, que te ciega y no te deja ver más allá.

Y luego estaba el dolor. Mucho dolor. Porque sus últimas palabras habían sido una premonición: "*No quiero volverte a ver* ". Y se había cumplido fielmente, aunque con un matiz que era "*volverte a ver con vida* ". A sus pies yacía su cuerpo inerte. No podía creer lo que sus ojos le decían.

Erik había sido brutalmente asesinado. Estaban muy lejos de saber los motivos, si se habría metido en algún lío, si le debería pasta al fulano equivocado o solamente estaba en el lugar menos oportuno en el momento erróneo.

El orden de prioridades volvió a cambiar.

Ya no había asesino serial.

Ya no había acosador *pitopáusico* rondando como un satélite en torno de su hermana.

Ya no había vida personal, porque ante aquel acto atroz todo quedaba suspendido hasta nuevo aviso.

Aquello era personal.

Una vez más.

Y aquella noche quedó bien claro, cuando no apareció por casa hasta pasadas las seis de la mañana.



Kisha se dirigió con Bill al anatómico forense. Éste podía leer en su cara todas sus reacciones, como si fuera un esquema de llaves en el que de cada emoción principal se dedujera con facilidad la reacción que se iba a desencadenar a continuación.

Demasiado bien lo había llevado hasta ahora.

El otro caso, claro.

Un caso frío, alejado de su realidad.

Un asesino múltiple que no era más que un puzzle o un rompecabezas que hay que resolver.

En ese tipo de casos, en el pasado Kisha solía ser extraordinaria. Tenía la capacidad de mantener la mente fría, al menos en la mayor parte de las ocasiones. Y cuando tomaba distancia, veía cosas que otros obviaban y diseñaba estrategias de forma rápida y eficaz.

Un rompecabezas, un crucigrama, un misterio que había que resolver no eran un problema para ella, sino un desafío motivante.

Pero este crimen no era así, sino que era como un cubo de Rubik al que le faltan caras y la frustración derivada te lleva a hacerlo pedazos porque alguien se ha saltado las reglas y se ha burlado de ti.

Durante el camino apenas dijo una palabra. Tal vez seguía en shock. El torrente de emociones que se había desencadenado dentro de ella estaba a punto de convertirse en desastre natural. Bill lo sabía e intuía que le tocaba, una vez más, convertirse en el dique que tratara de de contener la inundación.

Cuando llegaron, Hilka enseguida se dio cuenta de que algo estaba fuera de lugar.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Empecemos ya.

—No es propio de ti irte en mitad de la escena del crimen como has hecho hoy.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Y ya está? ¿No vas a decir nada más?

—No, así que, ¿qué te parece si empezamos de una puñetera vez? —le dijo malhumorada.

Hilka la miró expectante. No estaba acostumbrada a esas salidas de tono y tampoco sabía cómo responder a ellas. Le había pasado desde muy pequeña. Seguía costándole entender algunas reacciones emocionales y las respuestas sociales que debían derivarse de ellas.

Conocía a Kisha desde hacía mucho tiempo ya, y su relación era excelente. Por ello le sorprendió más, especialmente cuando la inspectora ni siquiera la miraba después de lo que acababa de decirle.

—Bill, ¿qué le pasa?

—Te acabo de contestar, ¿no? Empecemos a trabajar de una jodida vez.

—El fallecido es su ex novio, con quien se fue de Carmel a Los Ángeles.

—Estoy aquí, por si no os habéis dado cuenta. Si creo que hay algo relevante que decir, no os preocupéis que os lo haré saber.

—A mí me parece que es suficientemente relevante como para que lo omitas —

señaló la forense—. Especialmente viendo cómo te afecta.

—Hilka, para ya. Necesito respuestas, no un análisis psicológico. Si fuera así, no te ofendas pero en ese caso llamaría a tu marido que para eso es mi psiquiatra.

—Como quieras. Vamos a ver qué podemos encontrar.



La autopsia reveló datos impactantes que habían permanecido claramente ocultos en el primer vistazo que le habían dado a lo que habían visto en el lugar en el que estaba el cuerpo.

Fueron Bill y Russell los que se quedaron al cargo de estudiar la escena del crimen, mientras Miranda siguió a Kisha después de observar que se había quitado los guantes de látex y había

abandonado abruptamente el escenario.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Estaré bien en unos segundos.

—Pues tienes un aspecto de mierda.

—Gracias por tu sinceridad, pero ahora mismo creo que no la necesito.

—¿Vas a decirme de qué va esto? —insistió sujetándola levemente por el brazo para evitar que se alejara.

Kisha cogió aire. No estaba segura de si podría hablar.

Miró a Miranda. Había algo en aquella mujer que la hacía sentirse cómoda.

—Primero deja el asesino un mensaje para mí y ahora descubro que la víctima es mi novio del instituto. ¡Joder! Creo que ya no puedo más, ¿sabes? Todo esto me supera.

Hace poco más de un mes, estaba a punto de empezar una nueva vida. Iba a dejar el

trabajo cuando apareció mi hermana para pedirme ayuda porque alguien la estaba acosando. Me reincorporo y me encuentro que hay abierto un caso con un más que posible asesino en serie. Mi psiquiatra está empeñado en someterme a una sesión de hipnosis porque cree que hay algo en mi pasado que no me deja avanzar y ahora esto.

¿En serio? Estoy al borde de un puto ataque de nervios, te lo digo en serio.

Miranda la miró inexpresiva. Kisha le devolvió la mirada con la respiración entrecortada. No entendía porque la miraba de esa manera.

—Para.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Para de lloriquear. Esto es lo que hay. Puede que no lo hayas elegido, pero es lo que toca. Cuando todo termine podrás decidir qué hacer pero, de momento, no tienes elección.

¿Tenía razón? Seguramente, pero también necesitaba desahogarse, soltar toda esa bilis que se le iba acumulando dentro. Sin embargo, era verdad, no era el momento de lamentos en mitad de la investigación. Había que seguir.

Cuando se dio la vuelta, vio que estaban procediendo al levantamiento del cadáver.

Una punzada de angustia volvió a atravesarle el pecho. Pero decidió que era la última vez que se quedaba bloqueada.



A primera vista, aquel asesinato podría ser el fruto de una discusión que se había ido de las manos. Si la víctima conocía a su asesino, le habría pillado por sorpresa y por ello no había heridas defensivas. Sin embargo, el lugar del crimen no tenía mucho sentido.

¿Qué hacían en esa ubicación concreta? La zona de Pebble Beach en la que se encontraba no era precisamente un lugar de paso ni un sitio habitual para quedar, salvo que se trajeran algo entre manos.

El lugar era lo primero que parecía no encajar. En cuanto la forense desvistió a la víctima, quedó claro que no había sido un crimen improvisado.

Aquel asesinato había sido premeditado.

A la víctima le habían arrancado las uñas de los pies. También había quemaduras por el cuerpo que tenían pinta de haberse hecho con algún dispositivo electrónico, tal vez una taser o las pinzas de una batería.

Kisha estaba blanca.

—Vale. Es evidente que ha habido tortura. Vamos a ver qué más encontramos —

adelantó la forense.

—No lo entiendo —señaló Bill.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no hay heridas defensivas? Sabemos que el lugar en el que lo hemos encontrado es el escenario principal del crimen. Había una considerable cantidad de sangre. ¿Por qué no trató de evitar la

puñalada si sabía que esa persona le iba a hacer daño? Ya se lo había hecho. Le había torturado, ¿y aún así no trata de defenderse?

—Puede que estuviera muy debilitado por la tortura previa —respondió Kisha con la mirada un tanto perdida y con un tono de voz monocorde y mecánico, como si fuera un robot—. Puede que se hubiera rendido y eligiera morir.

Ella misma había sentido ese deseo de morir cuando estuvo secuestrada. El dolor era tan grande que sólo rogaba que uno de aquellos cortes que le hacía sin ningún tipo de piedad el Asesino del Ocaso fuera el definitivo y la liberase de aquel horror. Pero su cuerpo se negaba a abandonar este mundo y su lucha por la supervivencia casi la lleva al borde de la locura.

—En todo caso, no he terminado. Es mejor no aventurarse sin datos. Dejadme que siga una corazonada. Vale, aquí está. ¿Veis esos puntos diminutos entre los dedos de los pies?

—Claro.

—Es evidente que le ha inyectado algo. El hecho de que no lo haya hecho en otras partes del cuerpo sino siempre entre los dedos, puede deberse a dos motivos…

—A que no quisiera que lo descubriéramos hasta la autopsia y a que quisiera infligirle el mayor dolor posible, puesto que es una zona especialmente sensible —

señaló Kisha, cortando a la forense.

—Eso es. Imagino que no es lo último que vamos a descubrir. Espero que no tengáis prisa porque esto va para largo.



Cuando salieron del anatómico forense, ya era muy avanzada la noche. Bill trató de convencerla de que se fuera a casa a descansar. El impacto emocional de lo que habían descubierto había sido grande y necesitaba poner tierra de por medio por unas horas y tratar de sacar aquel horror de su cabeza, aunque sólo fuera por unas horas.

—No puedo, Bill. Parece mentira que no lo entiendas. Creo que ha quedado muy claro que este asesinato es un mensaje para mí. Primero, por la persona a la que ha matado —señaló con un nudo en la garganta— y, después, el mensaje que ha dejado junto al cuerpo. ¿En

serio crees que puedo irme a dormir como si tal cosa?

—No digo que puedas o no, digo que debes dormir. Si no descansas, no vas a poder ver las cosas con claridad.

—Tengo que encontrarle.

—Pero no lo vas a encontrar hoy.

—Déjame en paz, Bill. Tampoco lo voy a localizar durmiendo en mi cama como si nada hubiera pasado. Haré las cosas como crea mejor.

Se subió al coche y se marchó a comisaría. Como tantas veces en el pasado, no era consciente de que enfocaba su enfado con quien menos debía. Y una vez más, se olvidó del tiempo y de todo lo que había a su alrededor. Se sumergió en la vorágine que había originado aquel crimen y se dejó engullir por ella.

En cuanto llegó a la oficina de la Policía de Carmel, trató de escribir el informe para poder organizar la información que tenía. Escribir aquello era una tortura. Le recordaba lo último que le había dicho a Erik cuando estaba tan enfadada con él: ‘ *No quiero volverte a ver’* . Ahora eso era una realidad abrupta y cruel. Nunca le volvería a ver. Ese recuerdo eran como puntas de cuchillo que se clavaban en su corazón. ¿Podría haber hecho las cosas de modo diferente? Seguramente sí, si tan sólo no se hubiera dejado llevar por el calor del momento y por la ira que todo lo cubría en situaciones como aquella.

Podría haber tratado de razonar con él.

Podría haber respondido de mil formas distintas.

Ahora ya era tarde.

Cuando por fin se dio cuenta por sí misma de que Bill, como siempre, tenía razón y no podía avanzar mucho más en aquel caso, recogió sus cosas y se dirigió a casa.

Miró su móvil antes de ponerse al volante y allí estaban los mensajes y llamadas perdidas de Derek.

—¡Mierda!

El último era de un par de horas antes.

Cuando llegó a casa, trató de hacer el menor ruido. No sabía si el fotógrafo seguiría despierto pero, sin duda, esperaba que no fuera así.

Con su estado de ánimo, no estaba muy segura de cómo podría reaccionar.

Esa noche no llegó a saber si Derek estaba dormido o no.

CAPÍTULO 29

La vida del revés

a muerte de Erik provocó un cataclismo. La vida

volvió a ponerse del revés. Volvieron los nervios, la L tensión, la tendencia a la irascibilidad, los miedos, la angustia. Volvieron emociones destructivas como la

culpabilidad cuando se convierte en una carga tan

pesada que amenaza hasta nuestra salud mental.

Y volvieron las discusiones infecundas y dañinas.

La mañana siguiente, empezó a evidenciarse que el castillo de naipes se desmoronaba. Tal vez hubo un momento en el que creyeron que los muros eran sólidos, pero la realidad es que se habían cimentado sobre arenas movedizas.

Derek se levantó antes que ella. Cuando Kisha llegó a casa de madrugada, su nivel de enfado estaba varios grados por encima de lo habitual. A eso de las siete y media de la tarde habían hablado el día anterior y ella le había dicho que llegaría en una media hora.

Había aparecido por casa a las seis de la mañana.

Como en tantas ocasiones, la había llamado insistentemente y le había mandado mensajes para saber si estaba bien. Como tantas veces en el pasado, no había respondido a ninguno de esos intentos de comunicarse con ella.

El sueño le había sido esquivo. La preocupación mezclada con el enfado le había imposibilitado descansar ni lo mínimo necesario. Cuando hablaron le había dicho que tenía algo importante que contarle. Al parecer, a ella le había dado igual.

Así que cuando Kisha se levantó aquella mañana no se encontró con el Derek comprensivo que esperaba y necesitaba, sino con alguien harto de que se repitieran una y otra vez conductas que, antes o después, estaba claro que iban a volver.

—Siento haber llegado tan tarde anoche. Ocurrió algo que…

—Vale —la cortó—. No quiero saberlo. Me dijiste que vendrías en media hora y no apareciste hasta la madrugada. Creo que esta conversación ya ha terminado.

Se quedó plantada en medio de la cocina mientras le veía dirigirse hacia el salón con una taza de café en la mano. Estaba devastada por el dolor y ahora eso. No imaginaba hasta qué punto su mundo empezaba a derrumbarse a su alrededor.

Se tomó casi de un trago el poco café que había quedado en la cafetera y se fue a la ducha. Poco más de diez minutos después, ya estaba preparada para irse otra vez.

Justo cuando ya estaba a punto de abrir la puerta para regresar a comisaría, Derek le habló desde el salón.

—Ayer te dije que tenía algo importante que contarte y ni siquiera me has preguntado de qué se trataba. Pensaba que teníamos un proyecto juntos y que estabas dispuesta a cambiar, pero veo que sólo era cuestión de tiempo que volvieras a las andadas. Bien, pues te apetezca oírlo o no, te diré que ayer me llamaron de una productora cinematográfica para hacerme una oferta. Si la acepto, estaré lejos de aquí durante un tiempo. Si todavía te importa lo nuestro, me encantaría que tomásemos la decisión juntos. Si no me dices nada al respecto en unos días, tomaré la decisión por mi cuenta.

Sin girarse ni siquiera, Kisha salió de casa sin decir adiós.



Aquel día, las cosas no iban a mejorar para la inspectora. Su ánimo aciago la hacía estar poco receptiva a cualquier opinión que contradijera lo que ella pensara.

En cuanto llegó a comisaría, se encontró con que todo el mundo estaba ya allí. Había mucho que hablar sobre lo sucedido la jornada anterior, sobre el fracaso del operativo y sobre el nuevo cadáver encontrado. El trabajo no hacía más que aumentar. Pero Bill y Pete habían decidido que Kisha no podía participar en la investigación relacionada con el asesinato de Erik. Iban a ser inflexibles al respecto.

—Hola, Kisha. Pete y yo queremos hablar contigo en su despacho —le dijo el agente del FBI nada más verla entrar.

—¿De qué?

—Mejor te lo contamos dentro.

Pasaron al despacho del Jefe de Policía, quien ya se encontraba allí esperando a que llegasen. Pete mostraba un aspecto relajado, el cual no reflejaba en absoluto su agitación interna. Era el Jefe y debía mantener la compostura, por difícil que fuera todo. Pero la verdad es que estaba desbordado. Desde que había asumido el cargo, los problemas no parecían dejar de crecer.

—No me voy a andar con rodeos como he hecho otras veces, Kisha. Voy a ir directo al grano. Soy el Jefe aquí y como tal te digo que no puedes encargarte de esto.

—¿Cómo? —preguntó mirando alternativamente a los dos hombres.

—Lo que oyes y no voy a hacer como en el pasado. Mi decisión no es cuestionable.

Está el FBI aquí y ellos no tienen ninguna relación personal con la última víctima.

Puedes estar segura de que vamos a poner todos los recursos que tengamos a nuestra disposición y hablaré con los otros departamentos de policía para que nos echen una mano con esto también. Pero sabes que tengo razón. No puedes implicarte en esto.

—Pete, creo que esta discusión sobra porque sabes que no voy a parar. Además, el FBI está aquí por el caso de la Mantis Religiosa y no tenemos resultados precisamente como para dedicar sus recursos a otra investigación.

—Eso es cosa mía. Yo puedo negociarlo con mis jefes. Y los dos estamos de acuerdo en esta decisión. Yo la apoyo sin duda al cien por cien. Tenemos demasiado pasado juntos, Kisha, como para que no sepamos lo que va a suceder.

—Y por si se te pasa por la cabeza decirle al subinspector Morgan que te ayude a eludir mi decisión —continuó Pete con firmeza—, te aviso que ya se le ha alertado de las consecuencias para él. Puesto que sería contradecir una orden de un superior, se enfrentaría a una suspensión de empleo y sueldo indefinida.

—Pero puede que, incluso, los asesinatos estén relacionados. La nota era muy clara: inspectora, me buscas en el sitio equivocado. Y nos la

envía justo el día que estamos buscando al asesino del muelle, ¿no os parece que tiene relación clara? Así que no podéis sacarme de esto sin sacarme de todo el caso.

—Ya lo hemos pensado. Es más que probable que haya relación, aunque el *modus operandi* no se corresponde con lo que hemos visto hasta ahora. No obstante, tú te centrarás en las otras víctimas, no en ésta. Cuando establezcamos la relación definitiva entre todos los crímenes, si es que la hay, tranquila que estarás al tanto de todo.

—No me puedo creer lo que me estáis haciendo.

—Estoy seguro de que un día nos lo agradecerás.

—Sois unos capullos. Sabéis perfectamente que…

—Sí, lo sabemos perfectamente. Es personal. Y por eso hemos tomado esta decisión, porque no queremos conductas arriesgadas e imprudentes que, no sólo ponen en riesgo tu vida, sino las de los que te acompañamos en tus ideas delirantes.

—¿Delirantes?

—Lo siento, tal vez no he escogido la mejor palabra, pero seguro que entiendes lo que quiero decir. ¿Lo tomas o lo dejas? Si lo dejas, que te quede muy claro que quiero tu placa y tu arma sobre la mesa antes de que abandones mi despacho.

Kisha miró con incredulidad a ambos, primero a uno y luego al otro. Lágrimas de rabia e impotencia estaban a punto de desbordarse de sus ojos. Pete nunca se había mostrado tan intolerante, pero no había ni rastro de duda en su expresión.

Salió del despacho furiosa y se dirigió a la calle a tomar un poco el aire.

—Es lo que teníamos que hacer —dijo Bill.

—Lo sé. Es por su bien. Y, ahora que se ha ido, ¿crees sinceramente que podréis hacer algo con este último caso?

—Sinceramente, yo también estoy convencido de que los asesinatos están relacionados, aunque habrá que asegurarse. Y, como ya te dije antes, me preocupa que alguien esté filtrando información y haya llegado hasta el asesino.

—A mí también me preocupa. Me trae de cabeza la sola idea de pensar que alguno de mis hombres pueda estar colaborando con él.

—Tal vez no sepa que lo hace. En cualquier caso, déjalo de mi cuenta porque no nos iremos hasta que lo resolvamos. No sé si te has dado cuenta, pero se me da bien persuadir a los jefes —respondió, mientras guiñaba el ojo derecho—.

—Menudo cabrón estás hecho.

—Ese lenguaje, Pete. Creo que se te ha pegado por frecuentar malas compañías.



Bill se dirigió a la calle. Sabía que le tocaba apagar ese fuego que él mismo había prendido. Sus razones eran nobles, pero no por ello Kisha se iba a mostrar más dócil, comprensiva e indulgente. La conocía demasiado bien. Estaba tan acostumbrado, que hasta le pareció un mero trámite.

—Todo esto es culpa tuya —dijo Kisha en cuanto le vio salir.

—Sí, ya sabes que sí. Y no me importa cómo te lo tomes. Sé que es lo que más te conviene en este momento. No estás bien, a mí no me engañas. Algo te pasa y lo entiendo. El último año ha sido un caos para ti. Pero no pienso enmendar ningún error más. Esta vez he decidido prevenir. Y pienso vigilarte de cerca, así que más vale que ni se te pase por la cabeza ponerte a investigar por tu cuenta ni instigar a alguien para que te ayude porque soy muy capaz de detenerte y meterte en un calabozo, espero que te quede bien claro. Y sabes que tendría motivos, porque estarías interrumpiendo una investigación federal.

—Se te ha ido la olla, Bill —dijo de una manera sorprendentemente desafectada.

—Puedes gritarme, si quieres. Casi me sorprende que no lo hagas. Me da más miedo, incluso.

—No, no voy a hacerlo —respondió derrotada—. Sólo te pido que me mantengáis al tanto de lo que vayáis descubriendo. No te haces idea de hasta qué punto esto es importante para mí.

—Sí, claro que me la hago. Por eso no te voy a dejar entrar en este juego en el que te quiere meter ese maldito desalmado. Se acabó,

Kisha. Es hora de que aceptes los consejos de los que te quieren.

Entró cabizbaja en la comisaría y se dirigió a la sala de reuniones. Miranda se quedó mirándola. Había empezado a conocer lo suficiente a la inspectora de la Policía de Carmel como para imaginar que algo no andaba bien más allá de lo esperado en una situación como aquella.



En los siguientes días, Kisha apenas durmió. Pasaba muy poco tiempo en casa y, cuando lo hacía, parecía ausente, con la mente en otra cosa. Se sentía responsable de lo que le había ocurrido a Erik. La nota que había dejado el asesino en su cuerpo hablaba alto y claro acerca de ello.

La investigación parecía otra vez estancada y sus nervios la estaban devorando por dentro. Y había algo más que la reconcomía desde hacía días. No había querido volver a hablar con Stephen. Ni siquiera le había cogido el teléfono cuando él había intentado llamarla.

No se sentía con fuerzas para enfrentarse a aquello que se escondía en su pasado.

Tenía más que suficiente con lo que el presente había decidido ofrecerle.

Derek había considerado oportuno darla un tiempo, especialmente cuando se enteró de lo que había sucedido. Se sintió terriblemente culpable por haber sido tan intransigente con ella aquel día y no haberla ni siquiera dejado hablar. Se había excedido en su reacción tal vez, aunque el pasado reciente se le había hecho demasiado presente aquella noche.

Pasado, presente y futuro, parecían entrelazados en un bucle infinito en el que todo se repetía una vez tras otra.

Sin embargo…

Sabía que había sido un momento decisivo en el que le había necesitado a su lado y no había estado. Y, aunque había tratado de arreglarlo, no estaba seguro de haberlo conseguido. La relación entre ellos se había vuelto mucho más fría.

Tuvieron una conversación en la que trataron de conciliar posturas. Sabía lo difícil que era aquello para ella, cómo se sentía. Lo último

que le había dicho a Erik es que no quería volverle a ver en la vida. Parecía casi una premonición. Unos días después, había aparecido muerto, asesinado de una manera cruel y despiadada.

Para empeorar las cosas, a todo lo que ya sabían acerca de la tortura que le había infligido su asesino, se había añadido un ingrediente más. Los resultados del laboratorio indicaron que las sustancias que le había inyectado entre los dedos de los pies eran principalmente epinefrina y B12. Según la que le inyectase cada vez, Erik habría sufrido diversos efectos secundarios como dificultad para respirar, taquicardias, cefaleas, mareos… Era posible que incluso la epinefrina le hubiera provocado algún ataque de pánico.

Pensar en aquello no ayudaba a Kisha a remontar. Muy al contrario, la sumía más y más en una oscuridad en la que se iba desdibujando la realidad. Todo aquel padecimiento se lo habían provocado para dañarla a ella de manera secundaria. Sentía que ella era la responsable indirecta de lo que le había ocurrido y, por tanto, merecía un castigo en proporción. Empezaba a pensar que ella misma era como un cáncer que se extiende sin control y daña todo lo que toca a su paso.

A pesar de esa sima que se había abierto entre ellos, Derek sabía que no podía dejarla en ese estado de trance mucho más tiempo, tenía que ayudarla a sacar la cabeza y mirar más allá. Se estaba hundiendo sin remedio, lo notaba en esas señales casi invisibles que enviamos a los demás. En esos gestos faltos de vida, en una expresión diferente del rostro, en un tono de voz que parece pertenecer a otra persona.

Kisha se estaba hundiendo y él estaba siendo testigo directo. Temía que cayese en el tipo de conductas autodestructivas que habían sido características de ella en el pasado, tal y como Bill le había contado, peores de las que ya había presenciado en primera persona. Ella se estaba soltando de su mano, se estaba alejando de él. Y esa distancia cada vez parecía más insalvable.

Tenían un proyecto de vida en común que ahora parecía evaporarse, otra vez truncado por circunstancias que no habían elegido, como si el destino se empeñase en ponerles trabas en el camino.

Había que hacer algo.

Una semana después de lo ocurrido con Erik, Derek decidió que le había dado un tiempo prudencial y que era hora de hablar con ella nuevamente y tratar de hacerla

entrar en razón. No podía seguir así. Su comportamiento había virado

otra vez de manera inesperada. Del estado melancólico y un tanto depresivo había pasado a tener los nervios a flor de piel.

Volvía a estar irascible como en los peores momentos, volvía a dormir poco, a no comer apenas, a estar estresada y no escuchar a nadie. Su forma de actuar le recordó a los días previos a los que se enfrentó a la muerte y casi la pierde. No pensaba pasar por algo similar otra vez.

Aquella noche aguantó levantado hasta que llegó. No podía demorar más aquella conversación.

—¿Qué haces todavía levantado?

—Esperar a que llegaras. Me apetecía mucho verte. Últimamente apenas coincidimos.

—Sí, lo sé. Lo siento. Ya sabes cómo están las cosas —respondió ella suspirando.

Se fijó en que estaba visiblemente más delgada. Tal vez las cosas estaban incluso peor de lo que se imaginaba.

—Kisha, tenemos que hablar.

—Si estás pensando sacar el tema de siempre, olvídate —dijo poniéndose a la defensiva—. Lo hablamos hace poco. No creo que haya que estar volviendo una y otra vez a las mismas conversaciones.

—¿A qué te refieres con el tema de siempre?

Le dolió sinceramente que ella tratase aquello con tanto desdén. Para él aquello era sumamente importante. Sin embargo, aquel día Kisha estaba de especial mal humor. Un nuevo cadáver había sido encontrado en el muelle de Monterey. Similar edad, similares circunstancias. Lo que había cambiado claramente era la periodicidad. Pero claro, teniendo en cuenta lo que la investigación había revelado, es decir, esa más que probable relación con el asesinato de su ex novio, ese cambio en el intervalo temporal era comprensible. No es que hubiera cesado de matar, sino que había hecho un parón mientras torturaba durante días a Erik en algún lugar que aún desconocían.

—No te hagas el tonto. Sabes a qué me refiero. Vas a empezar con el rollo ese de que no duermo y no como, que no me cuido y que estoy más nerviosa de lo habitual.

—¿Y no te parece importante?

—¿Importante? Me parece que es como darle vueltas a una rueda que está situada en un soporte y que, por lo tanto, no va a avanzar.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que no hay nada de que hablar?

—No, Derek, no hay nada de que hablar, joder. Siempre estás con el mismo rollo.

Sabes que esto tengo que hacerlo. Hay un puto desalmado suelto que ha matado a Erik y no me dejan ni acercarme al caso, me cuentan las cosas con cuentagotas. Y, además, por si no te has dado cuenta, sigue habiendo un asesino en serie por ahí suelto y tú quieres que me quede en casa sentada en el sofá. Pues bien, eso no va a pasar.

—Dijiste que lo dejabas, por si lo has olvidado.

—Sí, dije muchas cosas. Pero la vida a veces toma las decisiones por nosotros.

Siempre me estás pidiendo que me ponga en tu lugar, que comprenda lo que sientes. ¿Y

tú, Derek? ¿Te has puesto alguna vez en mi lugar? ¿Te has parado a pensar qué siento yo? Eres un puto egoísta y un egocéntrico, además.

Se quedó blanco al oírla. No podía ser que la conversación se estuviera desviando tanto de su objetivo.

—Eso es mentira y lo sabes. Estabas decidida a dejarlo todo y apareció tu hermana.

Dijiste que te encargarías de ese caso y dejaríamos este martirio atrás. Pero mentiste otra vez. Volviste al trabajo y te involucraste en la caza de un asesino en serie. Y volvemos una y otra vez a lo mismo.

—Sí, Derek, sí, soy la peor persona del mundo por involucrarme en detener asesinos y no plegarme a tus deseos.

—¿Cómo puedes decirme eso?

—¿Y qué quieres que te diga? Esto es lo que soy. Es hora de que lo asumas.

—No es cierto. Tú misma dijiste…

—¿Vas a seguir toda la noche con este tema? —dijo sin dejarle terminar la frase—.

Porque estoy bastante harta de este tipo de discusiones.

Él la miró atónito. No tenía nada que hacer. Sabía que cuando se involucraba así en un caso no atendía a nada más. La derrota era clara. ¿Para qué seguir?

—Aún tengo sobre la mesa una oferta a la que no he respondido porque estoy esperando que decidamos juntos.

—No puedo pensar en eso ahora. Haz lo que creas más conveniente.

Derek la miró incrédulo.

Quería entender por lo que estaba pasando.

Quería justificar sus reacciones y su mal humor.

Quería pero no podía.

Ya no.

—¿Sabes qué? Yo también estoy cansado de discutir.



Helen ya se había vuelto a acostumbrar a una vida tranquila y relajada. Hacía tanto que no sabía nada del acosador, que se convenció de que había quedado atrás. Incluso Peter Smith se lo había confirmado: había pasado demasiado tiempo sin noticias de él.

Ya no había nada que temer.

Bueno, esas no habían sido exactamente las palabras del Jefe de Policía, pero era la cómoda interpretación que ella había hecho.

Había empezado a acudir a terapia de familia con Joseph. Quería darle una nueva oportunidad. No quería destruir su matrimonio, iba a luchar lo que fuera necesario. Si él estaba dispuesto a cambiar, ella lo perdonaría.

No quería ser como su hermana en eso. Sabía que Kisha había tenido múltiples parejas y nunca había sabido mantener una relación más allá de unos pocos meses, salvo las dos únicas excepciones de Erik cuando era joven y Derek en la actualidad. Se alegraba de que por fin hubiera logrado enderezar su camino.

Sintió una punzada de celos.

Debería alegrarse por ella y, en cierta medida lo hacía, pero había algo en su interior que no le permitía sentir una alegría plena. Un sentimiento muy oscuro que había anidado cuando aún eran unas crías.

En el fondo, pensaba que no se merecía a alguien tan bueno, aunque no debería habérselo dicho de una manera tan franca el último día que la vio. Sin duda, estaba siendo cruel. Se reprendió interiormente. De hecho, debía sentirse agradecida. Había bastado una palabra para pedirle ayuda y su hermana se había implicado al máximo. Y

luego ella se había mostrado hostil y beligerante con ella cuando se acercó a la comisaría para dar por concluido aquel episodio.

Quería sentir arrepentimiento.

Sin embargo, el corazón siente lo que siente.

CAPÍTULO 30

Confianza y traición

abía sido un auténtico fracaso. Eso es lo que le había contado Tessa casi un par de semanas atrás. Parecía

H eufórica por ello. ¿Y si tenía algo de psicópata

también? Una persona normal y corriente no

debería alegrarse de que la policía fracase en su

intento de atrapar a un asesino. A lo mejor, al final estaban destinados a entenderse.

Ni soñarlo.

Se vieron aquel día al final de la tarde, tal y como hacían casi todos los días en las últimas semanas. Era un momento crucial. Por un lado, desde que habían llegado los del FBI se había producido mucho movimiento, por lo que era importante conocer hasta qué punto tenían información certera. Por otro lado, la hermana de la inspectora se había dejado caer por la comisaría para decir que las aguas habían vuelto a su cauce.

Si ella supiera.

Tenía a todos donde los quería, especialmente a su “amada”

inspectora, quien volvía a parecer un pollo sin cabeza desde que habían descubierto el regalito especial que le había hecho al quitarle a su ex novio de encima.

Ya habían pasado casi quince días de aquello y se había cobrado una víctima más.

Sentía que cada vez la necesidad de actuar era más acuciante y le costaba reprimir el impulso para no superar sus promedios. Cuantos más rastros de dolor dejase por el camino, más se pondría en riesgo. No se lo podía permitir, especialmente cuando tenía otros planes que le impedían irse, por el momento, de la zona.

Por todo ello, necesitaba a Tessa más que nunca. Se estaba volviendo más intrépida y tenía más resentimiento. Había llegado incluso a hacerle algún comentario despectivo a Jennings, según le había relatado. Aquello había sido justo después de convencerla de que sólo podrían idear un plan para acabar con la carrera de la inspectora si le mantenía plenamente informado.

Pero él no quería acabar con su carrera.

Él quería acabar con ella y con todo lo que le importase.



Aquella noche reflexionó acerca de lo sencillo que había sido ganarse la confianza de aquel músico que no había conocido el éxito ni de lejos. Cuando alguien está tan deseoso de alcanzar algo que siempre se le escapa porque, sencillamente está lejos de su alcance, y alguien se lo pone a una distancia tan corta que cree que lo podrá alcanzar, lo tienes rápido comiendo de tu mano.

Erik llevaba tanto tiempo soñando con algo para lo que no daba la talla, que cuando alguien le dijo que creía en su proyecto, se abrió de par en par.

Le había visto en dos ocasiones cuando estaba vigilando a alguno de sus objetivos. Él mismo se había interpuesto en su camino, ofreciéndose como una presa fácil sin que él se lo pidiera. Los regalos hay que aceptarlos. El primer día estaba con el famoso fotógrafo y no parecía que hubiera buena relación entre ellos. Aquel día, aquella conversación entre ellos le llamó la atención, pero no estaba seguro de que fuera alguien relevante. Hasta que lo vio en la puerta de la comisaría discutiendo a viva voz con Kisha Jennings.

Ese día le siguió. Se aventuró a descuidar sus otros objetivos, aunque apostase a un caballo perdedor. Y resultó que ese pobre animal acabó siendo una apuesta ganadora que daría el vuelco a una situación que aún no había sido capaz de controlar en el grado que a él le solía gustar.

Erik Mason sería el golpe de gracia, la TNT que dinamitaría la aparente estabilidad, el golpe definitivo que acabaría con el impostado equilibrio que parecía exhibir la inspectora.

Después irían cayendo uno a uno los demás peones.

Ganarse su confianza, tal y como había pensado unos instantes antes, fue sencillo.

Traicionarla aún más. Erik no era más que un pobre estúpido con ínfulas, el chico popular del instituto que había fracasado una vez tras otra.

Le invitó a tomar algo, le habló de supuestos conocidos que tenía, del dinero que él mismo podía ofrecerle…

—Admiro tu trabajo, Erik. Te vi en algún pub de Los Ángeles hace años, cuando yo aún era un don nadie que no tenía donde caerme muerto. Pensaba que triunfaríais, aunque, si me lo permites, en ese grupo sobraba más de uno.

—Y qué lo digas. Sobre todo porque el guitarrista tenía roto el tabique de tanto polvo blanco que se metía. No daba una nota como debía. Al final, tuvimos que echarlo.

—Una pena, la verdad. Puede que en cierta medida, truncara tu carrera. Entiendo el resentimiento que eso puede generar, cuando alguien trunca tus planes. Pero no es tarde, ¿sabes? Si tienes algunas maquetas, tal vez pueda echarlas un vistazo y ver cómo suenan.

—Eso sería brutal.

—¿Sí? Magnífico. Tengo una pequeña cabaña a unos kilómetros de aquí en la que tengo una sala insonorizada —eso sí que era verdad—. Si te parece, podemos quedar otro día y me enseñas tu material.

Unos días después, lo tenía encadenado a la pared de su preciosa habitación a prueba de ruidos. Podría torturarle hasta el extremo que quisiera porque los gritos jamás se oirían fuera. Aunque estuviera en medio de la nada, nunca se sabía a quién se le podía ocurrir hacer una

ruta de senderismo por aquel lugar perdido, por lo que mejor tomar todas las precauciones necesarias.

Empleó una gratificante variedad de métodos de tortura que apenas dejan huella, como algunas drogas de fácil acceso en farmacias, como la adrenalina o la vitamina B12.

Arrancarle las uñas de los pies, algo que no descubrirían hasta que le hicieran la autopsia, simplemente lo había hecho por puro placer, aunque había sido efectivo.

Gracias a sus habilidades de persuasión, logró saber muchas cosas de su pasado que le ayudarían a llevar a Kisha al borde de la cuerda floja.

Sus excesos.

Droga.

Sexo.

Y alguna cosa más.

Ese tipo de asuntos que desacreditan a cualquier agente de policía. En su momento oportuno, tal vez podría utilizarlos.

Todos los astros estaban de su parte. Erik y Tessa no eran más que dos cartas que habían aparecido casi por casualidad y que estaban plenamente al servicio de un plan maestro.



Habían seguido los mismos pasos con la quinta víctima que en los anteriores.

Entrevistas a posibles testigos y personas cercanas a la víctima, análisis de cualquier tipo de rastro o indicio… Habían seguido el protocolo al pie de la letra. Los resultados fueron bastante similares a los que habían recabado hasta la fecha, aunque con una ligera diferencia. Esta vez uno de los camareros de uno de los bares del muelle se había

fijado en un cliente que ya le había llamado la atención en otros momentos y que llevaba tiempo sin aparecer por allí. Aquel hombre, que estaría entre los treinta y cinco y los cuarenta años, tenía unas raras cicatrices en la cara. Podía no ser nada, pero había mostrado mucho interés en hablar con la víctima cuando estuvo en el bar. Aún

así, no podía asegurar que se hubieran ido juntos.

Nunca es fácil atrapar a un asesino en serie. Suelen ser sujetos que tienen una inteligencia que se sitúa en la media o superior, según indican algunos de los estudios que se han hecho con este tipo de individuos. Algunos, incluso, son mucho más inteligentes que el resto de los mortales. Además, cuentan con esa falta de emocionalidad y de empatía que les ayuda a mantener la cabeza fría, a mantener bajo control todos los posibles escenarios. No comenten errores porque, salvo raros imprevistos, tienen cada paso medido al milímetro con anticipación.

Cinco víctimas en menos de dos meses. ¿Por qúe motivo se había roto la periodicidad? ¿Había sucedido algo más entre medias de la cuarta y la quinta víctima aparte de Erik? Parecía que no. Todo indicaba que en ese paréntesis se había nutrido de la tortura que le había aplicado con extrema crueldad al músico. Había disfrutado de ello. Si eso terminaban de confirmarlo, la imagen que retrataba del agresor era espeluznante. Había tenido la suficiente frialdad de mantenerlo encerrado para torturarle durante diez días. Sin embargo, era tan diferente la forma de actuar con esta víctima respecto a los demás, que parecía impensable que estuvieran hablando de un único criminal.

¿Qué era peor, un solo criminal con aquella capacidad de matar y ese nivel de sadismo o dos asesinos en la zona? Difícil respuesta.

Si aquello no era bastante, un ingrediente más se añadió al cóctel.

CAPÍTULO 31

CONSPIRACIONES

unca des nada por sentado. Es una lección importante que debemos aprender más pronto que tarde para que la vida no nos pillé a contrapié con sus N sorprendentes salidas del guión. En ocasiones, creemos que lo que tenemos estará ahí para siempre. Y lo descuidamos, lo dejamos marchitar y morirse.

Cuando queremos darnos cuenta, ya no está.

Kisha dio por sentadas varias cosas. Tal vez no es que las diera por sentadas, sino que simplemente dejó de mirar hacia ellas. No, definitivamente no atendió a las señales.

Había habido muchas en los últimos meses, exactamente desde después del verano, cuando todo se había puesto un poco del revés con la desaparición del que, caprichos del destino, ahora era su psiquiatra. No habían sido avisos sutiles, sino muy claros. No requerían de ninguna interpretación porque eran totalmente inteligibles. Sólo había que prestarle un mínimo de atención.

A veces, simplemente ignoramos los avisos.

O los olvidamos.

Las consecuencias suelen venir para recordárnoslos.

Desde que se había reincorporado, el descenso por la pendiente parecía ser cada vez más evidente. Esta vez había tardado más en comenzar, pero en aquel momento se encontraba ya rodando sin frenos. No era consciente de que, entre otras cosas, su relación con Derek caminaba sobre el filo del alambre.

Un alambre que estaba a punto de quebrarse.

Aquella mañana a primera hora, Kisha se sorprendió de ver a su hermana otra vez en Carmel. Según parecía, no había llegado a entrar en la Jefatura de Policía, puesto que la abordó en las proximidades cuando estaba ya a punto de abrir la puerta. Casi al mismo tiempo, vio como entraba un hombre en comisaría. Dos hechos tal vez aleatorios que venían a agitar un poco más la frágil realidad.

Después de la última discusión de unos días atrás, las hermanas no habían vuelto a hablar. La relación entre ellas había vuelto a ese

interminable limbo en el que había permanecido tantos años. Kisha se percató de que la expresión del rostro de Helen traslucía una preocupación más allá de lo que su altiva hermana era capaz de soportar.

—Helen, ¿qué pasa?

—Tenías razón.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Lee esto.

La inspectora tomó el trozo de papel que le ofrecía su hermana con un pañuelo para evitar contaminarlo en la medida de lo posible.

Hola Helen,

¿Te sorprende que te escriba otra vez? No debería. No me he ido a ninguna parte, por si es lo que pensabas. Esta vez te escribo absolutamente decepcionado por tu conducta. Creía que te había dejado las cosas claras la última vez. Pero no has hecho caso. No sólo se lo has contado a tu hermana, sino que has metido al mismísimo Jefe de Policía de Carmel en el ajo. Lo que ocurra a partir de aquí, será culpa tuya.

Tu ángel de la guarda.

— ¡Mierda!

—Estoy aterrorizada.

—Tranquila.

—No debería habértelo contado.

—No, todo lo contrario. Hiciste bien. Seguramente se asustó y por eso no has sabido nada de él durante todo este tiempo. Habrá estado pensando qué pasos dar.

—¿Y ahora qué? No tiene pinta de estar asustado precisamente. A mí me parece que eso es claramente una amenaza.

—Puede ser —respondió sin afirmarlo categóricamente para no contribuir a que su miedo creciera—. Entremos y hablemos con Pete. Vamos a ver si podemos ponerte protección mientras averiguamos algo más.

Nada más entrar en comisaría, uno de los policías del departamento le dijo que la esperaban con urgencia en la sala de reuniones.

—Ahora mismo no puedo.

—Habla con el Jefe, yo sólo cumplo órdenes.

—De acuerdo, gracias. Helen —dijo, dirigiéndose a su hermana—, necesito que esperes aquí un segundo. Voy a ver qué ocurre y vuelvo enseguida.

Se dirigió a la sala de reuniones. Julius estaba fuera. En cuanto la vio acercarse, se dirigió a ella. Parecía que había estado esperándola.

¿Qué ocurría aquel día? Era como si todo se acumulase en el mismo instante. Un vórtice hambriento que atrae a su interior todo tipo de sucesos en el mismo segundo.

—Kisha, necesito hablar contigo.

—Lo siento, no es un buen momento ahora mismo —dijo tratando de continuar hacia su destino.

—Es importante, ¿vale? Puede que las cosas no vayan bien entre nosotros, pero no es nada de eso. Necesito contarte algo que he visto y que me preocupa.

Ella le miró con detenimiento. ¿Qué podría ser tan urgente?

—Cuéntamelo ahora antes de que entremos, porque se me están acumulando las cosas hoy.

—No puedo. Aquí no. Tiene que ser en algún lugar seguro —señaló mirando a uno y otro lado. Parecía que estaba pensando en alguna teoría de la conspiración. Kisha no sabía si realmente tendría algo importante o era fruto de su estado mental de las últimas semanas.

—De acuerdo. Cuando acabemos ahí dentro y hable con mi hermana, podemos ir al bar de Larry y hablar allí.

—Vale. Puede ser un buen sitio.

Cuando entraron en la sala de reuniones, Kisha vio al hombre que había visto entrar en la comisaría unos minutos antes, justo cuando su hermana la había abordado en la entrada.

Y algo más se acumulaba con aquella visita.

Pero eso sería una consecuencia secundaria.



Cuando Kisha salió de la sala de reuniones, no muchos minutos después, su hermana ya se había marchado. Le extrañó mucho que no estuviera, teniendo en cuenta lo asustada que la había visto y el contenido de la carta. Era como para preocuparse, sin duda. La llamó y, a pesar de que su teléfono daba tonos de llamada, no le contestaba.

Aquella reacción estaba totalmente fuera de lugar.

—¿Has visto dónde ha ido? —le preguntó a Tessa, que estaba sentada enfrente de donde había acordado con Helen que la esperase.

—¿Quién? —contestó de forma cortante.

—Mi hermana. La mujer que estaba sentada justo aquí hace unos minutos.

—¿Y por qué iba a saberlo? ¿Crees que soy tu criada o algo parecido?

—No tienes por qué contestarme así. Sólo te he hecho una pregunta. Con un sí o un no habría bastado.

—Pues creo que ya puedes darte por respondida.

Kisha se quedó mirando a Tessa unos instantes. Nunca le había caído bien y era evidente que el sentimiento era mutuo. No obstante, en las últimas semanas se hacía cada vez más evidente la animadversión que sentía la administrativa por ella.

—¿Piensas quedarte ahí mirándome toda la mañana? —preguntó desafiante.

Kisha no contestó. Cuando se dio la vuelta para dirigirse nuevamente a la sala de reuniones, en la cara de Tessa se dibujó una mueca de satisfacción.



Helen salió de la comisaría corriendo. Su corazón iba a mil por hora. No sabía hasta qué punto el terror se puede hacer dueño de tu ser. Se extiende y se apodera de tu voluntad, hasta convertirte en un mero súbdito que sólo puede acceder a sus deseos. Se inicia un temblor que te recorre de arriba a abajo y te pone al borde de la convulsión, hasta hacerte creer que jamás podrás recuperar la serenidad.

Apenas habían pasado un par de minutos mientras esperaba sentada a que su hermana regresara, cuando recibió en su móvil un mensaje realmente atemorizador.

"*Sé lo que has hecho. Sala ahora mismo de la comisaría y ve a tu casa. Tengo a tus hijos.*

Espera mis instrucciones ".

No tenía ni la menor idea de si aquello era o no verdad, pero ante la duda, decidió seguir la consigna al pie de la letra. Llamó a Joseph desde el coche varias veces seguidas, pero no consiguió que éste le contestara. Lo único que logró es que saltara una vez tras otra el buzón de voz, lo que la puso aún más histérica de lo que ya estaba.

¿Y si le había ocurrido algo a su marido?

Helen estaba a punto de entrar en pánico.

CAPÍTULO 32

COMPLICACIONES

robó a llamar alguna vez más a su hermana antes

de regresar a la sala de reuniones. No podía

demorarse más porque realmente lo que estaba

sucediendo era inquietante y podía llevarles a una

pista fiable por fin. En los últimos intentos, el

teléfono comunicaba. ¿Por qué no le había

contestado a las llamadas? Tenía que haber visto que

había intentado hablar con ella al no encontrarla

donde le dijo que esperase.

No entendía nada.

Cuando terminaran allí, pasaría por su trabajo y por su casa. En alguno de los dos sitios la localizaría si no lograba hablar con ella antes por teléfono.

Sin embargo, una cosa son las intenciones y otra muy diferente los hechos, puesto que aquello que tenían entre manos se iba a dilatar más de lo que esperaba.

Cuando regresó a la sala, se fijó en que estaba sentado en la mesa el hombre que había visto minutos antes a la entrada de la comisaría. Cuando entró después de hablar con su hermana, sus compañeros le habían dicho que tenían un posible testigo sobre el asesino del muelle, pero aún no estaba allí porque querían organizarse primero antes de interrogarle. Habían estado debatiendo la posibilidad de que sólo hubiera un par de agentes para no intimidarle, pero él aseguró que no tenía inconveniente de hablar con todos. Antes de que entrase en la sala, le dieron la vuelta a las pizarras para que no viera la información allí recogida.

Habían debatido la posibilidad de que fuera alguien que buscara notoriedad o, incluso, podría ser el propio asesino jugando con la policía y tratando de despistarles, algo que sería muy poco probable, pero no imposible.

En el momento en el que Kisha entró por segunda vez en la sala, ya estaban en pleno interrogatorio y aún no había podido comentarle a

Pete poco más que lo que le había dicho antes cuando le hizo referencia a que su hermana estaba allí y que había recibido otra carta. Ahora pensaba que aquella conversación debería haber sido de otra manera,

tendría que haberle intentado hacer comprender la posible gravedad que revestía aquella misiva. Había muchos agentes deliberando los pasos a seguir y ni Pete ni ella eran imprescindibles en ese instante.

—Ahora es imposible, Kisha. Dile que nos espere en mi despacho si quieres —le había dicho Pete—. Esto no puede esperar. Mientras ella esté aquí, estará a salvo. En cuanto acabemos con esto, hablamos con ella y decidimos que hacer, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Supongo que lo entiendes. Esto puede ser decisivo, pero no significa que el caso de Helen haya dejado de importarme.

—Tranquilo, Pete, lo entiendo.

No había tenido tiempo de transmitirle a su hermana el mensaje del Jefe de Policía.

Estaba lejos aún de saber qué era lo que había sucedido.



Se trataba de un hombre de cuarenta y dos años que respondía al nombre de Philip O’Connor. Llevaba viviendo en Monterey unos seis meses. Se había trasladado desde San Francisco después de su divorcio. Cuando Kisha entró en la sala, ya había comenzado su declaración.

—Me atacaron hará unos tres meses y medio aproximadamente. No sé por qué no dije nada antes. Fue una estupidez. El caso es que llevo unas semanas viendo en el periódico lo de los asesinatos en la zona y me entró el pánico por si era el mismo hombre.

—No pasa nada, continúa. Hoy has hecho lo correcto. Nunca es tarde —dijo Frank.

—Estuve en un pub del muelle y conocí a un tipo.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?

—No, no me lo dijo. Yo tampoco se lo dije a él.

—¿Compartiste algún tipo de información personal relativa al trabajo o algo por el estilo?

—Creo que no. Suelo tener mucho cuidado con eso.

—Haces muy bien. ¿Puedes decirnos algo de su aspecto? —preguntó esta vez Miranda.

—No recuerdo muy bien cómo era. Creo que tenía el pelo castaño, de una estatura media, es decir, más o menos como yo, aunque no puedo estar seguro. El local estaba

un tanto oscuro y, bueno, no sé, tampoco me fijé demasiado porque no iba buscando nada, no sé si me entienden.

—Sí, comprendemos lo que quieres decir —señaló Bill.

—Recuerdo que tenía algunas cicatrices en la cara y parecía estar recuperándose de algún tipo de enfermedad o alguna lesión. Parecía muy agradable y simpático, el típico tío al que no se le agotan los temas de conversación. Estuvimos hablando un rato y, bueno, ya saben, al final tonteamos un poco. Entonces yo le dije que tenía que irme y se puso un poco borde, como si le sentara mal que me fuera sin que fuésemos más allá.

Unos minutos después, cuando ya estaba en el muelle, alguien me atacó por la espalda pero no estoy seguro de que fuera él porque, en realidad, no vi a quien lo hizo. Es más una sensación de que era él, o eso creo. Me revolví y conseguí golpearle con el codo en la cara. Creo que tuve suerte precisamente porque aquel tipo no estaba bien, pues a pesar de las aparentes lesiones, tenía mucha fuerza. Salí corriendo y no volví a mirar atrás. Eso es todo lo que recuerdo. Siento no ser de más utilidad.

—Tal vez podamos ayudarte a recordar algo más —señaló Kisha.

—La verdad, me encantaría. Si eso sirve para sacar a ese tipo de las calles, cuenten conmigo. Eso sí, les ruego que hagan lo posible para que no se sepa que he venido, ya me entienden —rogó con evidente temor.

—Claro, no hay problema, Phil. Trataremos esto con suma discreción. ¿A qué te refieres con qué podemos ayudarle a recordar? —preguntó Bill dirigiéndose a Kisha.

—Conozco a alguien que es especialista en hipnosis y que puede

lograr hacer aflorar recuerdos reprimidos.

CAPÍTULO 33 TEMORES

ada más terminar el interrogatorio, acordaron que

llamarían al testigo en cuanto Kisha hablase con

N Stephen y con el doctor Carvin y concretasen fecha y hora. Tratarían de llevar a cabo la sesión lo antes

posible, siempre y cuando el médico estuviera

disponible, puesto que podía ser vital lo que la mente de Philip tuviera guardado bajo llave. Mientras

llegaba el momento, habría un par de agentes

encargados de custodiarle, dos de la máxima

confianza de Pete, especialmente teniendo en cuenta

la sospecha de que había un topo dentro del

departamento. No convenía dejarle sólo y confiaban

en que nadie sospechara lo más mínimo sobre él. En

la sala sólo habían estado los cuatro agentes del FBI, Pete, Julius y Kisha. No obstante, antes de hablar

con ellos, había hablado con alguien más en la

entrada para que los agentes encargados del caso le

recibieran, y eso ya significaba personas adicionales conocedoras de su existencia. Otro motivo añadido

de preocupación.

No querían poner todo su optimismo en lo que la hipnosis pudiera revelar, puesto que dependía, entre otras cosas, de la capacidad de sugestión que tuviera Phil y su predisposición a entrar en un estado de relajación profunda, pero sí que les insuflaba cierto ánimo por los resultados que se pudieran seguir de aquella pista.

Además, había dicho algo muy interesante a lo que había que prestar

atención: aquel hombre tenía unas cicatrices en la cara, tal y como había señalado aquel camarero cuando encontraron a la quinta víctima. No obstante, éste no había dicho nada respecto a ningún tipo de lesión. Podían llamar nuevamente y preguntarle, aunque eso tampoco sería definitivo porque, entre el ataque que había sufrido el testigo y la quinta víctima, habían pasado más de tres meses, tiempo suficiente para que se hubiera recuperado.

Cuando terminaron, Kisha volvió a llamar en varias ocasiones a su hermana sin éxito alguno. Empezó a preocuparse de verdad y decidió dirigirse a su casa en primer lugar.

Si no la localizaba allí, iría a su trabajo.

Cuando estaba a punto de salir por al puerta de la comisaría, Julius la alcanzó.

—Tenemos que hablar, ¿recuerdas?

—Sí, es verdad. Más vale que sea importante, Julius, porque ahora mismo estaba pensando en ir a casa de mi hermana. Ha venido a primera hora preocupada porque ha recibido una carta amenazante y, en lugar de esperarme tal y como la he dicho, se ha ido y no me contesta al teléfono.

—Te acompaño. Tal vez el coche sea el mejor lugar en el que podemos hablar.

—También tengo que llamar a Stephen para que hable con el médico de Palo Alto y así tratar de conseguir la sesión lo antes posible.

—¿Y por qué no le llamas directamente a él? En realidad, al que necesitamos es al doctor Carvin, ¿no?

—Es complicado. Prefiero que Stephen esté al tanto. Al fin y al cabo, si tenemos el contacto en Palo Alto es gracias a él. Además, lleva varios días llamándome y no le cojo el teléfono.

—¿Y por qué no le contestas?

Kisha se quedó mirando unos instantes a su compañero. ¿Cómo explicarle algo que en realidad no entendía ni ella?

—Eso sí que es complicado de contar. Casi mejor empezamos por lo que tú tienes que decirme.

—De acuerdo. Cuando apareció el cuerpo de… —Julius hizo una pausa al darse cuenta de lo que aquello suponía para Kisha.

—De Erik, sí.

—Exacto. Lo siento, por cierto. Creo que aún no te lo había dicho.

—No pasa nada. Continúa.

—El mensaje que te dejó el supuesto asesino nos indujo a pensar que había alguien que conocía nuestros movimientos, ¿recuerdas?

—Claro. Llevo tiempo dándole vueltas. Estoy medio paranoica, mirando a todos con recelo, pero aún no tengo a nadie en el punto de mira.

—Bueno, pues creo que te va a sorprender lo que te voy a decir. He pillado alguna vez a Tessa escuchándonos.

—¿Tessa? ¿Y qué? Esa no se entera de nada.

—Puede ser, pero no es normal que esté con la oreja puesta cuando nos reunimos.

Kisha se quedó pensativa unos segundos.

—¿No confías en mi instinto? —preguntó el subinspector.

—¿Qué? No, no es eso. Estaba pensando en lo borde que ha sido antes conmigo.

Aunque tampoco la culpo, porque no nos hemos caído bien nunca. No puedo con esa pinta de mojigata que tiene. No sé, puede que yo haya sido más borde con ella aún. En fin, no quiero que eso me nuble, ¿me entiendes? Si tú me dices que desconfías de ella y encima me cae mal, tengo miedo en obcecarme con algo que al final no lleve a ningún lado.

—Bueno, tal vez deberíamos comentárselo a los demás.

—Tal vez. Pero no a todos. Hay demasiada gente en comisaría con este caso. Estaría bien hablarlo los de siempre. Tal y como tú has dicho, sospechamos que alguien le pasa información al asesino y, si finalmente no es Tessa, podría ser cualquiera.



Llegaron a los alrededores de la casa de la hermana de la inspectora. Aparcaron casi en la misma puerta. En las inmediaciones no se veía mucho movimiento. Se bajaron del coche y se dirigieron sin demora hacia la entrada. Kisha llamó al timbre. No estaba muy segura de que fueran a encontrarla allí. Aunque algunos días teletrabajaba, solían ser los menos. Casi se diría que de forma esporádica, por lo que había podido saber gracias a la información que le había dado Pete de las distintas conversaciones que había tenido a lo largo de las últimas semanas con Helen.

No tardó demasiado en acercarse a abrir la puerta. En cuanto lo hizo, Kisha notó algo raro en su hermana. La expresión contraída de su rostro le indicó que debía atender a sus gestos más que a sus palabras.

—¡Hola, Helen! Me tenías preocupada. Te dije que me esperaras y te has ido sin decirme nada. No sé cuántas veces te he llamado.

—Sí, lo siento. Ha surgido algo importante del trabajo que tengo que atender.

—¿Podemos pasar?

—La verdad es que no es un buen momento. Ahora mismo estoy en medio de una reunión.

—¿Y por qué no has ido a la oficina?

—Porque es con unos clientes asiáticos. En fin, si me disculpáis. Os agradezco vuestra preocupación pero tengo que volver. Me están esperando para continuar.

—¿Qué está pasando? Podemos ayudarte —preguntó Kisha, acercándose a ella y bajando el tono de voz.

—No pasa nada, tranquila.

—¿Y lo de la carta?

—¡Ah, eso! Olvídalo. He hablado con Joseph y él también cree que es una broma de mal gusto de alguien. Va a tener razón cuando dice que estoy histérica.

—No, Helen, no es ninguna broma. Es un amenaza clarísima. No debes restarle importancia.

—De veras, tenéis que disculparme pero ahora mismo no puedo.

Siento mucho haberte asustado esta mañana.

Kisha se quedó mirando a su hermana.

—Quítate de en medio, vamos a entrar.

—¿Qué?

Kisha miró a su compañero y le hizo una señal. Ambos desabrocharon sus respectivas cartucheras donde portaban sus armas y las extrajeron despacio. Julius y la inspectora se dirigieron al interior de la vivienda sospechando lo peor.

—Kisha, para ya. Te he dicho que no pasa nada, ¿vale? Necesito que os marchéis ahora mismo.

Y tal y como había dicho Helen, allí no había nadie más.

CAPÍTULO 34 CAOS

bandonaron los alrededores de la casa de la hermana

de la inspectora con una preocupación creciente. Por

A desgracia, el momento en el que estaban respecto a las dos investigaciones abiertas no les permitía

quedarse allí más tiempo. Aún debía hablar con

Stephen Meyer y con Evan Carvin para lo de la

sesión de hipnosis. Eso era urgente. Y ya que

estaban por la zona, decidieron acercarse al hospital por si el psiquiatra podía atenderles unos minutos.

Después de no haberle cogido el teléfono los últimos

días, Kisha prefería hablar con él cara a cara, a ser posible.

Tal vez no hubiera nadie en la casa de su hermana salvo ella tal y como acababan de comprobar, pero tanto Kisha como Julius estaban convencidos al cien por cien de que ahí ocurría algo. El cambio de actitud de Helen era inexplicable, salvo que estuviera siendo realmente amenazada y estuviera siguiendo instrucciones. El acosador, a todas luces, parecía haber pasado a un nivel superior de confianza.

Y eso era peligroso.

—Es evidente que está pasando algo grave.

—Tal vez tenga controlado su móvil. O haya micrófonos ocultos en la casa.

—Pero no los llegamos a encontrar. Después de que tú vinieses, cuando encontraste aquella fibra que tampoco nos llevó a ningún lado, volvimos a hacer un registro a fondo y no hayamos ningún micro.

—Si controla su móvil, no los necesita. Puede incluso haberlo clonado. De hecho, no me sorprendería que tuviese ciertos conocimientos informáticos. El día que murió el perro, hubo una caída de la red de corta duración en la zona. No más de quince minutos, por lo que tampoco recibieron muchos avisos ni quejas las compañías telefónicas. Era por la mañana y tampoco había demasiados vecinos en las casas del barrio, así que la mayoría de ellos ni se percataron de que no funcionaban ni los teléfonos ni la red wifi.

—Puede que tengas razón. Además, clonar un móvil no es tan difícil —señaló Julius.

—¿Ah no?

—No, hay tutoriales en YouTube y hay software disponible para descargar. Por ejemplo, la app MSPY es accesible para todo el mundo.

—¿Estás de broma?

—No digo que sea fácil ni que esté al alcance de los conocimientos de cualquiera, pero no es imposible para alguien que tenga ciertas habilidades. Piensa que ahora, sin ir más lejos, cuando te compras un teléfono nuevo, para obtener toda la información que tenías almacenada en el viejo, lo que haces es clonarlo. Así de simple. Le puede haber instalado un software espía y uno de rastreo sin demasiado esfuerzo. Si fuera así, tendría controlados absolutamente todos sus movimientos. Si la ha estado siguiendo de cerca durante bastante tiempo, además, habría encontrado el momento y lugar perfectos para hacer la clonación. Tal vez en un bar o restaurante que frecuente, por ejemplo.

—Así que habría escuchado todas sus conversaciones. Por eso antes de salir de su casa le has dicho que, si necesita ayuda, que nos llame desde casa de algún vecino o le pida el teléfono a alguien, pero que no utilice los suyos.

—Sí, a pesar de que ella me ha llamado paranoico, pero creo que sería lo más seguro.

Kisha se quedó pensativa otra vez más. Era Julius el que conducía aquel día y lo agradeció, para poder abstraerse en sus pensamientos siempre que lo necesitara sin necesidad de prestar atención a la carretera.

En ese momento, se dio cuenta de algo que nada tenía que ver con las investigaciones en curso. Se quedó mirando fijamente a su compañero y decidió que era momento de devolver las aguas a su cauce.

—Julius espero que me disculpes por lo distante que he estado las últimas semanas.

—No pasa nada —respondió sin quitar la vista de la carretera.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Estás mejor?

—No demasiado. Sigo teniendo pesadillas, ¿sabes? Cada noche me despierto viendo la cara de Arthur mirándome con furia y, acto seguido, veo como la bala le entra entre las cejas. No logro sacarme esa imagen de la cabeza. Creo que, si vuelvo a encontrarme en una situación similar, no podría hacerlo. Estoy convencido de que me quedaría bloqueado.

—¡No digas tonterías! Si ocurriese algo así, volverías a hacer lo correcto.

—No lo sé. Agradezco que confíes en mí pero, si te soy sincero, lo dudo mucho.



Llegaron a las inmediaciones del hospital. Aparcaron lo más cerca que pudieron, teniendo en cuenta que el parking estaba hasta arriba. Kisha se sentía nerviosa. Se avergonzaba de su comportamiento con el psiquiatra. ¿Cómo no había contestado a las llamadas de Stephen después de todo lo que había tratado de ayudarla? Cada vez que veía su nombre en el display del teléfono, sentía que le abordaba cierta sensación de pánico. No podía ni siquiera pensar en afrontar la sugerencia de someterse a hipnosis.

Sin embargo, casualidades de la vida, estaba ahí precisamente por eso.

Subieron a la planta de psiquiatría. Según se acercaban a las

inmediaciones del despacho del doctor Meyer, se cruzaron con el doctor Henry Trenton, el subjefe de la unidad, quien les saludó de forma escueta y lanzó una mirada esquiva a la inspectora Jennings. Dicha reacción no les extrañó a ninguno de los dos policías después de lo inquisitiva y hostil que se había mostrado Kisha con él cuando un par de meses atrás le interrogaron ante la desaparición del marido de Hilka, la forense. Su mirada y su gesto altanero delataban que se sabía un hombre conspicuo y que seguía guardando rencor por lo que él había interpretado como una afrenta.

Le preguntaron a la secretaria del doctor Meyer si éste podría recibirlos en los próximos minutos. Mary, a la que conocían también de la misma visita que al subjefe de psiquiatría, les aseguró que era probable que así fuera porque aquel día había terminado temprano las visitas a sus pacientes y se había cancelado una reunión que tenían media hora después. En cualquier caso, iba a llamarle al despacho para comprobarlo.

En menos de medio minuto, Stephen estaba en la puerta saludándoles y haciéndoles un gesto inequívoco para que pasaran.

—Sentaos —les invitó, indicando con un gesto de su mano las butacas que había justo delante de su mesa—. Me sorprende veros aquí. ¿En qué puedo ayudaros?

A pesar del comportamiento tan pueril que había mostrado la inspectora no respondiéndole a ninguna de sus llamadas de los últimos días, el Doctor Meyer no hizo ninguna referencia al tema, lo cual fue un comportamiento que sin duda denotaba elegancia.

—Estamos aquí por un caso. Más bien por el caso —dijo la inspectora.

—¿Te refieres al de los asesinatos del muelle?

—Sí, a ese.

—De acuerdo, contadme —respondió mirando alternativamente a los dos.

A Kisha casi le dio rabia que se mostrase tan benevolente. La hacía sentirse más mezquina. Stephen tenía esa habilidad para tratar bien a los demás, con una indulgencia genuina, hablando con una mirada transparente que nada ocultaba, llegando a los temas espinosos en el momento oportuno sin que el paciente o, en este caso, sus interlocutores apenas se dieran cuenta. Si en algún momento ella esperó algún tipo de recriminación por parte del médico, ahora era

plenamente consciente de que eso no iba a suceder.

—Ha acudido a comisaría una posible víctima del agresor, pero asegura tener algunas lagunas y no recordarle con claridad.

—Y queréis que os ayude a hacerlo recordar.

—Algo así —señaló Julius.

—Tal vez podrías hablar con el doctor Carvin por si pudiese someterle a una sesión de hipnosis —sugirió la inspectora.

Stephen se quedó mirándola unos segundos antes de responder. No se le había escapado la ironía que entrañaba la situación, pero eludió manifestarlo en voz alta.

—Claro. Haré lo que pueda. Estoy seguro de que podréis contar con su ayuda. Pero antes, si no te importa Julius, me gustaría hablar unos minutos con Kisha en privado.

—Por supuesto. Por mí no hay problema.

—Y ya que estás aquí, aprovecho también para decirte que me gustaría que algún día hablásemos de lo que sucedió en aquel sótano.

El subinspector Morgan se quedó casi paralizado. Era una situación del todo inusual.

Los tres habían estado en el momento en el que Julius había disparado al secuestrador del doctor Meyer y con él precisamente había intentado reanimar a su compañera sin ningún éxito hasta que llegó la ambulancia. Habían atravesado los tres juntos una situación absolutamente traumática, compartiendo instantes angustiosos que habían dejado una marca que parecía indeleble en los tres, pero que era diferente en cada uno de ellos. Precisamente era el psiquiatra el que mejor parecía haberse recuperado, pese a haber permanecido secuestrado durante casi una semana.

—¿Por qué? ¿Has hablado con Pete?

—Sí, he hablado con él. Y por cierto, se preocupa por vosotros dos mucho más allá de lo que le correspondería en su posición, aunque no es por eso por lo que te lo digo.

Estuve allí igual que tú y estoy seguro de que necesitas ayuda después de lo que tuvimos que vivir. Los tres la necesitamos, esa es una

realidad que sería absurdo obviar.

Me gustaría que confiaras en mí y me permitieras ayudarte a dejar todo aquello atrás.

—Lo pensaré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Aunque no hay demasiado que pensar. Se lee con total claridad el sufrimiento en tu rostro.

—Bueno, espero fuera.

Y dicho esto, el subinspector abandonó el despacho.

Kisha miraba para otro lado, esquivando los ojos del psiquiatra, quien la miraba con atención. No recordaba haber estado tan avergonzada en toda su vida. Sabía perfectamente de qué quería hablar con ella.

Stephen esperó pacientemente. Sus manos entrelazadas sobre su mesa, con un gesto que denotaba control y confianza al mismo tiempo. No tenía ninguna intención de hablar hasta que ella empezara. La conocía demasiado bien y sabía que ese juego de silencios lo iba a ganar él.

Kisha por fin le miró. En los ojos del psiquiatra había ternura y comprensión. No había rastro de enfado ni de ninguna emoción mezquina.

—Lo siento, ¿vale? Tendría que haberte devuelto las llamadas.

—No te estoy pidiendo que te disculpes. Conozco a la perfección tus motivos y los comprendo. No obstante, me reconocerás la ironía de la situación cuando vienes a solicitarme que mi buen amigo el doctor Carvin someta a hipnosis a una persona para que reviva un trauma cuando tú no quieres enfrentarte al tuyo.

—Es diferente. Puede que sea algo decisivo para avanzar en la investigación. Tal vez sea lo que necesitamos para atrapar al asesino.

—Kisha. Mírame. Estás continuamente desviando la mirada hacia un lado y hacia otro. Sé que tienes miedo, pero voy a estar a tu lado. Igualmente, sé que presionarte no es lo más conveniente, pero me estoy quedando sin recursos contigo. Y me temo que pretendes escabullirte. Pero temo lo que pueda pasar y no exagero al advertírtelo.

Sufres TEPT desde que eras niña. No es algo reciente. Has tenido

episodios agudos independientes del que sufres de manera crónica. Y una vez más estamos ante un caso que te afecta de manera personal.

—Para nada. Esta vez no tiene que ver con eso.

—¿No?

Esperó unos instantes a que respondiera.

—¿Por qué me mientes si sabes que conozco la verdad? Han asesinado a tu ex novio, no uno cualquiera, si no al mismo con el que te fuiste de aquí para comenzar una nueva

vida. Juntos vivisteis un sueño que se truncó y fue alguien importante en tu vida, independientemente de cómo terminara vuestra relación. Y me temo que te sientes responsable y que estás entrando otra vez en el mismo círculo vicioso del que hemos hablado en más de una ocasión.

Kisha no era capaz de levantar la mirada. Sentía un peso sobre sus hombros que le impedía erguir la cabeza. Estaba tan cansada de todo… Los crímenes seriales, el asesinato de Erik y lo que estaba sucediéndole a su hermana. Todo esa carga recaía sobre ella y no se sentía con fuerzas para sobrellevarla. Y luego estaba su ya casi inexistente relación con Derek. ¿Cómo había pasado en menos de dos meses de estar decidida a pasar cada minuto que pudiera con él a apenas verle?

—Éste es el trato. Te aseguro que convenceré a Evan para que someta a hipnosis a la supuesta víctima, pero antes lo harás tú.

—No puedo, Stephen, de verdad. No es un buen momento ahora mismo. No puedo.

No, no puedo. No estoy preparada para enfrentarme a esto en este momento. Tal vez más adelante.

—Kisha, para un poco —le dijo acercándose a ella para agarrarle la mano y tratar de calmarla, viendo su discurso inconexo y repetitivo—. Confía en mí. Sé lo que hay que hacer.

CAPÍTULO 35 SOSPECHAS

olvieron a Carmel en absoluto silencio, cada uno

inmerso en sus propios pensamientos. Kisha sentía

V auténtico pánico por lo que pudiera descubrir. No

quería que aquella maldita idea arruinara los recuerdos que guardaba de su padre, la única persona que había sentido que la quería de verdad. Su madre siempre estaba regañándola desde que era muy pequeña, porque no paraba de corretear de un sitio a otro dentro de casa, porque rompía las cosas… Siempre encontraba un motivo para reñirla mientras le recordaba lo bien que se portaba su hermana y que ojalá aprendiese algo de ella. Su padre la defendía de manera incondicional y siempre encontraba tiempo para jugar con ella, daba igual lo tarde y cansado que regresase del trabajo.

¿Y si ahora todos esos recuerdos se desmoronaban y eran sustituidos por algo tenebroso?

Después del fallecimiento de su padre, su madre apenas le hablaba. Notó con claridad, ya siendo niña, como el círculo que unía a Helen y la madre de ambas se estrechaba dejando a Kisha fuera de esa relación. ¿Cómo habría sido su infancia y su adolescencia, su vida en general, si su padre hubiera seguido a su lado?

Ya nunca lo sabría.

Cuando entraron en comisaría, se encontraron de frente a Pete, quien al verles se chocó contra un muro de hielo.

—Acabo de hablar con Stephen y me ha dicho que está todo solucionado. Vamos a llamar al testigo y, en cuanto él esté disponible, podemos hacerlo.

Kisha pasó de largo sin decirle una palabra. Pete se quedó extrañado por su comportamiento. Todavía no había cerrado la boca por la sorpresa, cuando se llevó la siguiente en la frente.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a Julius.

—No lo sé. Pregúntaselo a ella. Y por cierto, no tienes por qué hablarle a Stephen de mí —respondió el subinspector con evidente malhumor.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Yo decidiré si quiero que me ayuden.

—Julius, te pido por favor que, sea lo que sea lo que os haya pasado, no la pagues conmigo. Hace mucho que no hablo con Stephen. Pero si te ha dicho algo, estoy seguro que es debido a que se ha dado cuenta de que no estás al cien por cien.

—Ese es mi problema, espero que te quede claro ya de una vez, Pete.

Kisha había entrado en la comisaría sin dirigirle una palabra a nadie y se había ido directa a encerrarse en los lavabos para tratar de sofocar el fuego que arrasaba su mente y que no la dejaba apenas respirar. Una vez dentro, se acurrucó en un rincón y comenzó a llorar.



El plazo se había acortado. Michael Yang, el productor cinematográfico, había llamado nuevamente a Derek para pedirle una respuesta. Necesitaba que le contestara de manera inmediata y que comenzara el trabajo lo antes posible, puesto que ya tenían cerrados todos los contratos y la financiación, por lo que querían empezar cuanto antes.

Además, ya había esperado unos días, tal y como habían acordado.

—Lo que me sorprende es que aún no lo tengas claro. Sinceramente, Derek, por lo que he leído y oído de ti, pensé que estarías entusiasmado con la idea, que te lanzarías directo a empezar un proyecto tan ambicioso. Imagínate que llegas a ganar un Óscar, por ejemplo. ¿A qué no lo habías pensado?

—Lo dices como si eso fuera fácil y estuviera al alcance de cualquiera.

—No, ni mucho menos. Lo que digo es que va a ser una súper producción y que cuentas con un presupuesto amplio para realizar tu trabajo. Siempre y cuando al final te decidas a firmar el contrato, claro.

Derek se quedó pesando. Cada vez estaba más cansado de aquella situación. La vida se había quedado en suspenso, en una zona muerta,

dentro de un paréntesis que no tenía cierre.

—¿Cuarenta y ocho horas entonces?

—Ni una más. Si pueden ser menos de veinticuatro, mucho mejor.

Cuarenta y ocho horas era demasiado.

En realidad, la decisión ya la había tomado.



Se lavó la cara con agua fresca. Aún así, sus ojos se veían hinchados. Disimular aquello era imposible. ¿Para qué servían en realidad las lágrimas? Para nada. Se sentía igual de mal que antes de empezar a llorar sólo que ahora encima era como gritarle al mundo lo jodida que estaba.

Notó una vibración en su móvil. Miró la pantalla y ahí estaba un mensaje de Derek:

“Necesito hablar contigo. Es importante. Llámame cuanto antes”.

Después de leerlo sin desbloquear la pantalla siquiera, se lo volvió a guardar. Justo al salir del baño, Kisha se cruzó con Bill.

—¿Qué te pasa? ¿Has estado llorando? —preguntó extrañado al ver lo hinchados que tenía los ojos.

—¿Qué? No, claro que no.

—¿Seguro? Sabes que puedes contarme lo que sea.

—¡Que no, joder! Estoy bien.

Bill se quedó estupefacto por la reacción de Kisha, aunque la conocía bien, no se lo había esperado en ese momento. Sin embargo, tampoco se le había escapado el hecho de que su amiga llevaba ya varios días muy alterada y nerviosa. Desde que apareció el cuerpo de Erik, iba cada día a peor. Intentaba no preocuparse porque, a diferencia de otras ocasiones, esta vez sí se tomaba en serio la terapia con su psiquiatra y sabía que le llamaba cada vez que se sentía mal. Al menos, eso es lo que le había contado Derek.

Lo que Bill desconocía era que eso había sido antes de los últimos acontecimientos.

La inspectora se acercó hacia la mesa del subinspector Morgan. Debían hablar de las sospechas que le había comentado su compañero antes de ir a Monterey. Ella fue a decírselo a Pete y Julius se lo comentó a Bill. Quedaron en el bar de Larry en quince minutos. No saldrían juntos para evitar más sospechas de las habituales, sino de forma escalonada. Primero irían Kisha y Julius y después saldrían por separado el Jefe de Policía y el agente del FBI.

Se vieron en una de las mesas del fondo. Le pidieron a Larry que les avisara si entraba alguien de la comisaría.

—Bien, ¿vais a contarme de una vez qué demonios sucede? —preguntó Pete.

—¿Recordáis que, cuando apareció el cuerpo de Erik —dijo Julius mirando a Kisha para comprobar su reacción— pensamos que aquella nota implicaba que había un topo en el operativo?

—Sí, claro. Desde entonces estamos teniendo muchas más precauciones aún de las habituales, rayando casi hasta la paranoia —señaló Bill—. No obstante, aunque sé que no hay que poner la mano en el fuego, yo desde luego tengo plena confianza en mi equipo. Y no he apreciado ninguna conducta sospechosa hasta el momento.

—No estamos sugiriendo que sea nadie de los tuyos —señaló Kisha.

—¿Entonces uno de los nuestros? —preguntó Pete con sorpresa e incomodidad—.

Perdonadme, pero quiero pensar que sé con qué tipo de personas trabajo. Aunque es cierto que, desde que empezaron los asesinatos del muelle, ha habido por aquí más movimiento de lo habitual con agentes de otras delegaciones. Y el día del operativo especialmente.

—Escuchad a Julius, ¿vale? Basta de sacar pecho por nadie. Él tiene una sospecha y creo que deberíamos escucharle.

—Gracias. Bien, a lo que iba. Ya sabéis que siempre me he llevado bien con Tessa desde que llegó.

—¿La administrativa? —preguntó Pete con absoluta incredulidad por si estaba entendiendo bien lo que su subalterno sugería.

—Coño, Pete, déjale acabar, ¿vale?

—Vale, vale. Relájate un poco.

—Lo que decía. Siempre me he llevado bien con ella, aunque es un poco rarita. Sé lo que es ser el nuevo y quería que se sintiera bien. Así que, desde el principio, siempre he hablado un rato con ella todos los días. Sé que no he estado muy centrado últimamente, pero tampoco soy idiota. Desde hace un tiempo, siempre que hablamos me pregunta cosas de los casos, nada importante y obviamente yo no le doy información, salvo detalles sin importancia que están al alcance de cualquiera que lea la prensa.

—Eso no me lo dijste antes.

—Lo sé. Quería que me escucharas sin juzgarme.

—¿Por qué pensaste que te iba a juzgar?

—Déjale seguir —dijo Bill, que escuchaba con mucha atención—. Luego le dices tú a Pete que no interrumpa.

—A lo que iba. No sólo es que ha mostrado mucho interés por la investigación y por… —se quedó mirando a Kisha con dudas sobre lo que iba a decir a continuación—.

—¿Por? —preguntó ella, acompañando la cuestión de un gesto que le invitaba a continuar.

—Por ti.

—¿Qué?

—Sí, lleva unas semanas que me hace muchas preguntas sobre ti. Al principio no le di importancia, pero últimamente se ha vuelto más insistente.

—¿Qué tipo de preguntas?

—De todo tipo: sobre tu pasado en Los Ángeles, sobre tu trabajo, sobre cómo eres como compañera e incluso sobre tu relación con Derek.

—¿Estás de broma, no?

—No.

—¿No le habrás dicho nada?

—No… demasiado.

—¿Qué significa eso?

—Significa que estaba bastante enfadado contigo últimamente y supongo que algo le habré comentado, pero nada relevante.

—¡De puta madre, Julius! Te has lucido —respondió ella, dejándose caer sobre el respaldo de la silla en señal de rendición.

—Vale, todo eso lo entiendo, dijo Bill. Lo que no entiendo es por qué nos has reunido aquí para hablar de esto y con tanto misterio.

—Porque hay algo más. Pero puede que esté equivocado y ella no sea el topo. En más de una ocasión la he pillado tratando de escuchar nuestras conversaciones e, incluso, algún día que me he incorporado más tarde que el resto, la he visto tratando de escuchar lo que se decía en la sala de reuniones.

—Lo que me faltaba. Harrison ha estado años y años como Jefe de Policía y nunca pasaba nada. Me pongo yo al frente y revienta toda la porquería —dijo Pete con un evidente tono de acritud—. Puedo suspenderla desde ya y abrirle un expediente.

—No, ni de coña. Tenemos que utilizarla para saber si es verdad que está pasándole información a alguien. Si es ella, es fácil que lo sepamos pronto. Nos toca jugar nuestra baza —concluyó Bill.



Aquel día llegó a casa de un humor de perros. Era tarde, estaba cansada y se le iban acumulando cosas de esas tóxicas que te envenenan por dentro. Sólo pensar que Tessa pudiera estar detrás de todo aquello le hacía sentir una furia asesina.

Justo cuando iba a meter la llave en la cerradura, recordó que Derek le había mandado un mensaje y no le había respondido. Habían pasado varias horas y muchas cosas desde aquello.

—Derek, ya estoy en casa —dijo en voz alta.

El silencio le respondió. Pensaba que no habría nadie al no recibir respuesta alguna, hasta que le vio sentado en el salón mirando hacia el mar.

—¿No me has oído al entrar? —le preguntó extrañada.

La mirada que le devolvió era de hielo.

—Sí, te he oído. Y yo te he mandado un mensaje hace al menos cinco

horas y aún sigo esperando que me llames.

—Tienes razón, lo siento.

—¿Qué sientes? Explícamelo que me aclare, porque, si te digo la verdad, no creo que lo sientas realmente. No sé si has llegado a leer lo que te escribí, porque te decía que era importante que me llamaras. En realidad, tengo la sensación de que, en cuanto ves que soy yo, lo omites y no le das la menor importancia.

Kisha se le quedó mirando. No tenía humor para aquello en ese momento. Se le estaba juntando demasiadas cosas. El vaso que se ha ido llenando poco a poco y, de pronto, una sola gota es capaz de desbordarlo.

—Dejémoslo, Derek. Hoy no es un buen momento.

—¿No? Querrás decir que hoy tampoco es un buen momento, porque llevamos días sin apenas dirigirnos la palabra. Ni recuerdo la última vez que me tocaste.

—¿Es eso? Vale, pues si quieres echamos un polvo si te sientes mejor así.

—¡Basta ya, joder! —dijo con claro enfado—. No me vengas encima con ironías. Esto no es un Bed and Breakfast, por si aún no te has enterado. Si no tenemos un proyecto juntos, si esto no va a ninguna parte, necesito saberlo para seguir adelante porque estoy bastante harto de esta situación.

—¿Qué estás harto de esta situación? He tenido un día de mierda, ¿sabes? Lo último que me falta hoy es llegar a casa y no poder ni siquiera estar aquí tranquila.

—Yo también he tenido un día de mierda, Kisha. Pero a ti que más te da si lo único importante es lo que sucede en tu mundo.

—Pues sí, la verdad. Hoy me da igual. No necesito que nadie más me eche sus putos problemas encima. Siempre te estás haciendo la víctima, coño. Con tu vida perfecta y todo lo demás. Parece que he venido yo a joderlo todo, ¿no?

—¿Eso es lo que crees? ¿Eso es lo que te he hecho sentir? ¿En serio?

—Toma la decisión que quieras, Derek. Se acabó esta conversación. Y no te preocupes que me voy a dormir a la habitación de al lado.

CAPÍTULO 36 HIPNOSIS

espués de la conversación que habían mantenido el

día anterior, decidieron que sin duda, habían

D acertado al tomar la decisión de ponerle protección al testigo. Si Julius tenía razón, tal vez el asesino

estuviera ya al tanto de lo que pretendían hacer

aquel mismo día.

Quedaron con los doctores Meyer y Carvin en el hospital para proceder a la sesión de hipnosis. Sesiones, para hablar con mayor exactitud, porque Stephen le había dicho a Pete que había una condición para hacer aquello y que Kisha lo sabía perfectamente.

En realidad, durante la conversación le había dicho que colaborarían con la investigación sin poner condiciones porque comprendían el alcance que tenía, pero necesitaba su ayuda para que una vez realizada la sesión con el testigo, Kisha no tratara de escubullirse.

—Cuenta con ello.

—Te lo agradezco sinceramente, Pete. No llegaría a este extremo si no estuviera convencido al cien por cien que necesitamos esto para avanzar en su tratamiento. Y me temo que, lo que podamos descubrir, puede suponer una caída rápida al principio porque no sabemos lo que hay guardado en su subconsciente, pero tiene que tocar fondo para empezar a estar bien de verdad. De momento, sólo he conseguido rascar la superficie y volver al trabajo no le ha venido precisamente bien.

Pete lo comprendía a la perfección. No obstante, pensaba que, con todos los frentes que tenían abiertos en aquel instante, tal vez no era el mejor momento para que precisamente la inspectora cayese hasta la más profunda oscuridad.



—En la sesión necesito estar a solas con el paciente y eso es innegociable —señaló el doctor Carvin—. Como mucho, puede estar el doctor Meyer, pero ningún policía.

Tenemos que llevarle a un estado de relajación profunda para lograr

que afloren sus recuerdos y me temo que con uno de ustedes presente no lo íbamos a conseguir, por muy buena disposición que muestre. Si no están de acuerdo, bien, entonces recojo mis cosas y vuelvo a Palo Alto que allí me necesitan.

Nada más iniciar la conversación con el Jefe de Polícia de Carmel y con el agente del FBI al cargo, el doctor Carvin había dejado puesto cada punto sobre cada "i" para que luego no hubiera lugar a equivocaciones.

—Usted es el experto.

—Y cuando empecemos con usted, inspectora Jennings, la presencia de su médico tampoco es negociable. Tiene que estar, espero que lo tenga claro desde el principio. Si no es así, estamos perdiendo el tiempo porque Stephen ya me ha contado el acuerdo al que han llegado previamente. Si él me dice que esto es lo que hay que hacer, pues bien, le informo que le conozco desde hace demasiados años como para dudar de su criterio.

Una vez aclarados todos los temas en los que podría haber disparidad de criterios, hicieron pasar al testigo y todos los demás se dirigieron a la sala de espera.



Lo único que tuvo tiempo de escuchar Kisha antes de entrar en la habitación en la que iban a llevar a cabo el procedimiento, es que Phil había podido recordar bastantes cosas relacionadas con el aspecto del agresor. Bill se había adelantado y había solicitado un dibujante para procurar hacer un retrato robot.

Por fin, podían tener algo.

—Señorita Jennings —la llamó el doctor Carvin—, entre por favor.

Había un diván y un par de butacas. Había también algunas plantas, principalmente yucas en macetas grandes y blancas. En la sala estaba la luz atenuada y las persianas medio bajadas, de manera que el ambiente ya inducía a cierta somnolencia. Sin embargo, Kisha notaba que la discusión de la noche anterior con Derek la seguía teniendo muy alterada.

Lo estaba perdiendo. Poco a poco, paso a paso, le estaba echando de su lado.

—Evan, verás…

—No, Kisha, vas a ser tú la que escuches. Sé que estás nerviosa y que eres reacia a esto, que no quieres sumergirte en tus recuerdos, que te aterroriza lo que puedas encontrar. Pero deberías tener claro que tanto Stephen como yo sólo queremos lo mejor para ti. Basta ya de intentar resolver todo tú sola. Necesitas ayuda y es hora de aceptarlo. No obstante, te vamos a administrar un relajante para facilitarte las cosas. No suele ser necesario pero, en tu caso, creemos que es lo mejor.

—No quiero hacer esto, no entiendo por qué…

—Deja de una vez atrás las resistencias y confía.

¿Y si tenían razón? ¿Y si aquello la ayudaba a poner un poco de orden a su vida? Al fin y al cabo, ellos eran los expertos en la materia.

—De acuerdo.

—¿Preparada para empezar?

—No lo sé.

Era evidente que estaba muy nerviosa. El doctor Carvin había discutido con Stephen la conveniencia o no de trabajar con ella teniendo en cuenta las reticencias que mostraba, puesto que el paciente tiene que ir a una sesión de hipnosis con buena predisposición y, aún así, los resultados no están garantizados. Aunque detestaba mentir a los pacientes independientemente de la causa que fuera, había consentido finalmente a engañarla con un efecto placebo que la ayudase a dejarse llevar.

—Vale, voy a inyectarte algo que va a ayudarte a relajarte. Vas a sentir como se suelta tu musculatura y como, poco a poco, toda sensación de tensión se va, como si se estuvieran deshaciendo poco a poco los nudos.

En realidad, lo que contenía la inyección era una solución salina inofensiva que únicamente estaba destinada a hacer que se convenciera a sí misma de que la relajación había comenzado. El cerebro puede ser tan susceptible ante ciertas artimañas.

—Cierra los ojos. Vas a poner las manos sobre tu regazo a una distancia de unos veinte centímetros entre ellas. Cuando hayamos conectado con tu inconsciente, tus manos se juntarán y entonces sabremos que has llegado al trance. Sólo tienes que prestar atención a

mi voz. Tu respiración va a ser poco a poco más profunda y, con cada inspiración, nos sumergiremos más y más. Imagínate que estás en una bañera grande.

Deja tu cuerpo relajado. Suelta el peso de cada una de tus extremidades, de tu tronco, de tu cuello, de tu cabeza. Déjalo flotar en el agua. Ahora sumérgete completamente.

Estás rodeada de agua.

La cadencia que empleaba el hipnotista combinada con aquellas palabras medidas y escogidas de manera precisa, empezaban a hacer efecto. Las manos de la inspectora fueron poco a poco acercándose, según avanzaba Evan en la hipnosis. Se estaban acercando al punto donde podían empezar a trabajar con ella. Pensaba que no lo conseguirían, pero se equivocaba.

Kisha fue cayendo más y más, dejándose llevar. Tal vez su mente exhausta realmente necesitara sumergirse en un estado de relajación profunda, una mente acostumbrada a pensamientos acelerados que busca descanso, un subconsciente que estaba a punto de desbordarse y que precisa por fin abrir las compuertas y vaciarse.

Muy pronto podría empezar a escarbar en los recuerdos que habían quedado atrapados en un lugar remoto, en ese nivel de conciencia que se halla por debajo del estado de consciencia.

CAPÍTULO 37 GOLPE

MAESTRO

Un paso más en su maligno plan empezaba a tomar forma. Ya tenía bajo control a la familia y ahora tocaba lanzar un golpe de gracia. No había nada como mostrarle a una madre la imagen de sus hijos y su marido cautivos para tenerla a su merced. Tenía que seguir sus instrucciones paso a paso. Ya había comprobado las consecuencias de su desobediencia. Había podido ver con claridad que era inmisericorde y que no toleraba las faltas de respeto. Ahora tenía que lograr que su querida hermana no sospechase nada hasta que él quisiera que descubriera el pastel.

El éxito reside en los detalles.

Todos los esfuerzos tenían que estar perfectamente coordinados para que los distintos puntos que formaban parte de su proyecto estallaran al unísono. Su plan incluía un buen número de tropelías pero, por el momento, tenía que hacer coincidir el secuestro de la familia al completo con la bomba que iba a lanzar a los medios de comunicación para desacreditarla. Una distracción de primer nivel. La inspectora iría como pollo sin cabeza cuando se enterase. En el momento que la noticia saltara y estuviera ocupada tratando de desmentir todo lo que iba a salir, es cuando conduciría a Helen hasta la cabaña en la que estaban Joseph y los niños. Ese preciso instante sería como el pistoletazo de salida a partir del cual todo se aceleraría.

Había observado que Jennings estaba cada vez más nerviosa y se lo había corroborado Tessa. Poco a poco había logrado desestabilizarla, aunque desconocía que había elementos adicionales que poco a poco la estaban conduciendo a un punto de no retorno. Esos elementos que desconocía, podrían jugar un papel fundamental, puesto que eran

estresores de primera magnitud que podrían llevarla a un nivel de culpabilidad y nerviosismo en el que no había estado antes. Si lo traspasaba, si no se dejaba ayudar y no seguía las pautas de su médico, sería difícil prever las consecuencias.

Cuando estuviera cuestionada por los medios de comunicación y se le viniera encima la opinión pública, entonces iría a por Derek. El día que le golpeó con su coche, se dio cuenta de que no tenía ni la menor idea de quién era. También se hacía evidente, por lo que había podido observar, que se había vuelto más desconfiado, así que no valdrían con él los engaños. Tendría que pincharle algún sedante y llevárselo, aunque no era una misión sencilla, ya que era un objetivo muy conocido en la zona y que presentaba un perfil de muy bajo riesgo, lo que hacía complejo diseñar el lugar más apropiado para atraparle.

No solía frecuentar bares nocturnos ni dudosas compañías, no bebía en exceso ni tomaba sustancias psicotrópicas que pudieran hacerle perder el control o, al menos, que facilitasen que bajase su nivel de alerta. Tampoco se ceñía a rutinas claras que ayudaran a prever sus conductas. Llevaba tiempo dándole vueltas a cómo cazarle y aún no lo tenía totalmente claro. Tal vez, al final tuviera que hacerlo incluso a plena luz del día de manera burda, amenazándole con un arma para que se subiera a su vehículo. Eso sí, no le cabía la menor duda de que cuando le tuviera atrapado, iba a disfrutar torturándole y escuchando sus gritos desesperados de dolor. Sólo visualizar la escena en su mente le producía una tremenda excitación.

La primera decisión que tendría que tomar la inspectora cuando se diese cuenta de todo lo que se le había venido encima, sería elegir entre salvar a su hermana y su familia o a Derek. Sería un dilema moral de esos a los que nadie quiere enfrentarse. Y después, iría a por todos los demás, sin excepción. Les llevaría hasta su ratonera y ahí tendría a todos controlados. Tener a alguien dentro le proporcionaba facilidades que no había tenido anteriormente y debía aprovechar ese factor.



Lejos de lo que sucedía dentro de la mente del asesino, la de Kisha se sumergía al mismo tiempo en los años de su primera infancia. Navegaba por bonitos recuerdos que se sucedían uno tras otro, instantes en los que su mundo aún no se había crispado y que anunciaban que su vida podría ser como la de cualquier otro. En esos recuerdos había alegría, abrazos y mucho cariño. Un padre entregado que cuidaba de su pequeña, que hablaba con ella y le decía cosas

bonitas, que creía en su potencial y le decía que él sabía que era capaz de hacer grandes cosas. De vez en cuando, esos bellos instantes que acudían a su memoria e inundaban su cerebro de los neurotransmisores de la felicidad, eran intercalados con otros flashbacks no tan agradables en las que sus padres discutían a causa de algo que había hecho y su hermana le hacía comentarios hirientes.

El rostro de la inspectora mostraba una relajación inaudita, los músculos de la cara flojos, los dedos de las manos apenas rozándose. Se había abandonado de forma plena a

ese lugar de la memoria en el que parecía que aún no existía el auténtico dolor. Hasta que Evan Carvin la condujo a ese momento que lo cambió todo.

Era un domingo soleado. Su padre la había llevado a dar una vuelta con la bici.

Habían acudido en coche hasta un lugar en el que no hubiera demasiado tráfico, porque Kisha hacía poco que había aprendido a circular sin las ruedas de apoyo que llevan las bicicletas de los niños cuando aún no están preparados para lanzarse a una aventura sobre tan sólo dos ruedas. Su padre siempre le decía que era muy habilidosa y que nunca se le pondría nada por delante, que era capaz de todo. Era la niña de sus ojos, eso todo el mundo lo sabía, por mucho que él asegurara que quería a sus dos hijas por igual.

Ya estaban de vuelta. Kisha se sentía feliz y orgullosa de sí misma. Habían aparcado enfrente del edificio en el que vivían, en una calle del centro de Carmel. Su padre le dijo que esperase junto al coche mientras él sacaba la bicicleta del maletero. Cerró el capó y la cogió de la mano. Nada anunciaba que aquel precioso día todo acabaría mal. De pronto, la pequeña se soltó de su mano y salió corriendo porque había visto un gatito pequeño al otro lado de la calle y quería acariciarlo. La siguiente imagen que vio fue la que obligó al doctor a traerla de vuelta y sacarla del trance.



Le costó más de lo esperado extraerla del estado de relajación profunda. Era como si no respondiese a la claves que le daba y que había implantado previamente durante el proceso de entrada. Estaba muy enganchada en el recuerdo, como si éste tuviera unas garras metálicas que una vez cerradas eran imposibles de abrir. Kisha no paraba de gritar: “*Papá, papá, papá, ¿por qué no me ves?* ”

¿Puede un sólo segundo transformar toda una vida? ¿Puede un hecho aleatorio definir el futuro de alguien?

Destino.

Sino.

Hado.

Azar.

O simplemente, pura fatalidad.

Cuando se escabulló de la mano de su padre, venía un coche grande a más velocidad de lo debido en la zona. Era una calle en la que no había excesivo tráfico, pero el conductor llegaba tarde a una cita importante.

Casualidad.

Fatalidad.

En cuanto el padre de Kisha se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder, salió corriendo hacia la niña y la empujó con fuerza hacia la acera, lo suficiente para salvarle la vida. Su cuerpo, no obstante, fue el que absorbió todo el impacto del vehículo.

Debido a que estaba ya cayendo cuando alcanzó a empujarla, el mayor golpe lo recibió en la cabeza, concretamente en la zona del lóbulo temporal derecho, a la altura de la sien.

Cuando Kisha se puso de pie llorando, con las rodillas llenas de sangre por las raspaduras que le había ocasionado la caída, se giró y lo que vio derrumbaría su mundo de fantasía y la desconectaría de la realidad durante una temporada. Su padre descansaba en un charco de sangre. Sus ojos la miraban pero en ellos ya no había nada.

El vacío había ocupado su lugar.

Finalmente, el doctor Carvin logró sacarla del trance. El rostro de la inspectora estaba cubierto de lágrimas saladas que hacían escocer las heridas.

—Kisha, ya está. Estamos aquí, estamos a tu lado. Estás bien —le dijo Stephen cogiéndole la mano.

Poco a poco, volvió a ser consciente de dónde se encontraba. Su cara

aún reflejaba incomprensión y ahora transmitía un profundo desasosiego. Las pupilas estaban considerablemente dilatadas, aunque no era infrecuente que sucediera. Su pecho subía y bajaba a un ritmo acelerado, con una respiración superficial que hizo temer a los doctores que sufriera un ataque de ansiedad. Pero estaba en buenas manos, no lo permitirían. Como último recurso, le inyectaría un sedante, aunque no creyeron que fuera necesario. La ayudaron a controlar poco a poco el ritmo respiratorio, acompañándola y guiándola para que realizara inhalaciones profundas y exhalaciones lentas.

En un par de minutos, parecía estar la situación otra vez bajo control.

—¿En serio esto es lo que queríais que supiera? ¿Podéis explicarme cómo va a ayudarme saber que soy la responsable de la muerte de mi padre?

Apenas podía hablar de manera entrecortada. El llanto desconsolado la hacía incluso temblar. Nunca había sospechado que un recuerdo tan tenebroso hubiera convivido con ella durante tantos años.

—Esto te ayuda más de lo que crees. La culpabilidad está grabada en tu interior casi como una marca de nacimiento. Estoy convencido de que, posiblemente, tu hermana y tu madre contribuyeron sin quererlo a que ese sentimiento se grabara muy fuerte en tu cerebro —dijo Stephen.

—Y con toda la razón. Mi padre estaría vivo si yo le hubiera hecho caso y no me hubiera soltado de su mano.

—Eras una cría pequeña y sospecho que sufrías seguramente un trastorno de déficit de atención con hiperactividad. Esa inquietud que tenías, que tu madre te riñera porque no hacías caso, porque rompías cosas… Todo encaja. Si estoy en lo cierto, tu conducta tendría una explicación. No podías controlarlo, Kisha, ¿lo entiendes? Por eso, a pesar de la edad que tenías, aún no eras capaz de calcular los riesgos de tus conductas. Actuaste de manera impulsiva en aquel momento porque tu cerebro no podía prever las consecuencias.

—¿Estás diciendo que soy una tarada?

—No, ni mucho menos. Llevo trabajando contigo estos dos últimos meses y me parece que eres una mujer inteligente y tu padre era el único que te lo hacía creer. Una vez desaparecido él, tu confianza también desapareció y comenzaron las conductas de rebeldía y todo lo que vino después. Además, no es infrecuente que en las personas con

TDAH que no han sido tratadas debidamente durante la infancia, en la adolescencia empiecen a desarrollar conductas de alto riesgo. Seguramente tenías problemas para encajar con las niñas de tu clase en una edad en la que hay un momento en el que las amistades están aún muy vinculadas al género. ¿Me equivoco?

—Nunca tuve ninguna amiga realmente —dijo con nostalgia.

—No me sorprende. Imagino que muchos de tus compañeros y compañeras, además, a lo mejor no querían juntarse contigo porque te regañaban con frecuencia los profesores. Así que llegó un momento en el que te diste cuenta de que encajabas mejor con los que se portaban mal y tratabas de hacer lo que fuera por sentirte integrada. A cierta edad lo que parece más importante es sentirse parte de algo. Beber alcohol, fumar, tontear con las drogas, *etc.* es algo que sucede con relativa frecuencia en casos como el tuyo.

Estaba paralizada por el horror. Quería morirse, quería quitarse de en medio. ¿Cómo podría vivir sabiendo aquello?

—¿Recuerdas qué pasó después, Kisha?

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Sufriste un episodio de mutismo. Estuviste sin pronunciar ni una sola palabra más de un mes.

—No… no lo recuerdo.

—Estuviste en tratamiento psicológico durante un tiempo, pero sólo trabajaron lo superficial, no fueron a la raíz del problema. Estuviste en shock, Kisha. Éste es el trauma principal, ¿me crees ahora?

No sabía ni qué decir.

—¿Entiendes ahora por qué me decías que algunas de las pesadillas habían empezado antes de lo del Asesino del Ocaso? ¿Recuerdas lo que me decías que veías en tus pesadillas?

—Un charco de sangre en una carretera. Nada más.

—Exacto. El TEPT se manifiesta de múltiples formas. En tu caso, has tenido pesadillas recurrentes durante mucho tiempo. Parecían relacionadas con tu trabajo, pero en realidad no tenían nada que ver con él.

Stephen, que había tomado el control de la sesión una vez que su colega había hecho su trabajo, la dejó un tiempo para que asimilara todo aquello. Pasados unos minutos, continuó hablando.

—Vamos a trabajar juntos. Haremos terapia. Lo superarás, por fin. Se acabó reprimir el recuerdo. Es hora de avanzar.

De pronto la expresión de Kisha cambió.

—Me hiciste creer que mi padre me había hecho algo —dijo con atonía, como si aún estuviera en medio del letargo.

—No, eso no es cierto. Nunca te he dicho algo así. Yo sólo te pregunté qué recordabas de la muerte de tu padre.

—¡Maldita sea, Stephen! He llegado a pensar que el recuerdo de la única persona que he sentido que me ha querido era todo falso y que mi padre era algún tipo de depravado.

—No, por supuesto que no. Estoy seguro de que tu padre era bueno y que sin duda te quería. Pero, ahora que tenemos todas las piezas del puzzle, todo cobra sentido, Kisha. Más de lo que crees. Tu sentimiento casi permanente de culpabilidad, el tratar de salvar a otros aunque te cueste la vida, el menosprecio que sientes por ti misma, el miedo aterrador a que te abandonen, lo que explicaría, además, las relaciones disfuncionales en las que has estado anteriormente. Salías con tipos que sabías que no valían la pena y que no ibais a durar porque preferías saber de antemano que aquello no tenía futuro a sentir que te abandonaban. Quiero que entiendas algo, Kisha. Tú miedo al abandono nació ahí. Por eso has huido de relaciones afectivas sólidas y has estado con tipos que no te convenían, en relaciones tóxicas que no iban a ninguna parte.

Hasta que apareció Derek y te hizo sentir que podías tener una buena vida junto a él.

Por eso sentiste ese pánico a que te dejara, negándole la posibilidad de acompañarte al hospital cuando más le necesitabas. Pero al mismo tiempo, te comportas como si no merecieras que te quisiera y reaccionas mal con él.

La inspectora se sentía cada vez más abrumada con tanta información.

—Por otra parte, no es casualidad que eligieses la profesión que tienes. Tu sentimiento de culpabilidad está tan arraigado que necesitas resarcirte salvando a otros, incluso aunque te cueste la vida, porque

crees que tu vida vale menos que la de los demás. Pero vamos a trabajar sobre todo esto. Hay cosas que pueden mejorar. Por otro lado, no te voy a engañar, tú eres impulsiva y no calculas bien los riesgos, posiblemente porque tu lóbulo prefrontal está menos desarrollado de lo que debería, que es justo donde reside el pensamiento ejecutivo. Tu amígdala puede que sea un tanto hipoactiva y de ahí que no sientas el miedo que experimenta la mayoría en determinadas situaciones. Eso tendríamos que estudiarlo más a fondo a a través de pruebas de neuroimagen, pero no creo que sea necesario porque, trabajando sobre el trauma y dándote estrategias para compensar lo que te sucede, seguro que podemos mejorar y mucho tu calidad de vida.

Apenas había podido atender a gran parte de lo que le contaba el doctor Meyer.

Estaba desolada por todo lo que acababa de descubrir. ¿Cómo habría sido su vida si su padre siguiera vivo? ¿Cómo habría sido su infancia? ¿Qué tipo de persona sería ahora?

—¡Dios mío! ¿Cómo voy a poder vivir con esto?

—Sé que no comprendes por qué lo he hecho, pero necesitabas llegar al fondo del problema para empezar a estar bien. Yo ya sabía cómo había muerto tu padre. Lo leí en tu expediente médico, Kisha. Sé lo que pasó, pero no sabía qué te pasó a ti. Ahora tengo todo lo necesario para empezar a trabajar.



Cuando terminaron de hablar y salió de la sala donde habían procedido a realizar la sesión de hipnosis, le sorprendió ver a Bill esperándola. Suponía que se habría ido con el resto del equipo a la comisaría para seguir trabajando en la investigación del asesino del muelle, pues había mucho trabajo por delante. Pero, ¿no es eso la amistad? Entrega y lealtad por encima de todo.

—¿Qué haces aquí?

—¿Creías que te iba a dejar sola?

—No lo sé.

—Supongo que no le has contado nada de esto a Derek, ¿me equivoco?

—No, no le he dicho nada.

Se miraron durante unos segundos a los ojos. En los de Bill sólo había comprensión y apoyo. También unos gramos de preocupación. Presentía que Kisha estaba cayendo en un abismo insondable y no estaba seguro de poderla sacar de ahí esta vez.

—¿Quieres contarme algo de lo que ha pasado ahí dentro?

—En otro momento. Ahora déjame, tengo que irme.

—No. No voy a dejarte hasta que me cuentes qué ha pasado.

Esperó su respuesta unos segundos. Kisha tenía la mirada perdida en algún punto que Bill no podía ver. Era una mirada introspectiva pero, a la vez, sus ojos parecían querer iniciar una huida hacia algún lugar lejano en el que el dolor ya no doliese. Un lugar que sólo se encuentra más allá de la muerte.

—Todo es una mierda. Debería haber muerto hace mucho tiempo. Ahora sé por qué mi madre nunca me quiso y por qué mi hermana me odia.

—¿Qué estás diciendo? Eso son chorradas, Kisha. Estoy seguro de que tu madre te quería muchísimo. Puede que vuestra relación no fuera la mejor del mundo, pero una madre siempre siente amor incondicional por sus hijos.

—Mi padre murió porque me solté de su mano y salí corriendo para ir a ver a un gato. A un puto gato, joder.

Tenía el rostro desencajado por el dolor. Espesas gruesas comenzaron otra vez a resbalar por sus mejillas. Bill se las secó con los dedos pulgares y sujetó el rostro de su amiga entre sus manos. Su propio corazón había empezado a quebrarse al escucharla decir aquello.

—Eras sólo una cría.

—¿Y qué importa eso? Mi madre siempre decía que hacía lo que me daba la gana, que no paraba nunca quieta y mi padre siempre lo justificaba. Decía que yo era así, que era como si tuviera un motor dentro de mí que no me permitía parar. Siempre me quiso tal y como era, siempre me defendía y jugaba conmigo, sin excusas, por muy tarde que llegase de trabajar. Ese fue mi regalo para él, ¿no lo entiendes?

Bill la miraba pero no podía hablar. Ahora era él quien había empezado a llorar.

Después de que ella hubiera soltado aquella bomba era inevitable acompañarla en el dolor y hacerlo un poco suyo. Es lo que sucede cuando quieres a alguien. No puedes alejarte sin más de sus sentimientos y mirarlos desde fuera. Te engullen y se te cuelan dentro hasta que brotan en forma de lágrimas que no quieres derramar porque crees que eso no le va a ayudar. Pero las lágrimas tienen una biografía propia que está escrita

con los sufrimientos propios y ajenos, con las risas que nos desbordan, con emociones intensas que van escribiendo línea a línea, lágrima a lágrima nuestra historia y la de todos aquellos que nos importan.

En ese momento, Bill entendió muchas cosas de su amiga. Su aparente caparazón de indiferencia, su hostilidad, a veces. Y sobre todo, la forma en la que mantenía alejadas a las personas que la querían.

—Durante los últimos días, encima he creído que mi padre me había hecho algo porque no entendía por qué había reprimido esos recuerdos. ¿Sabes cómo me siento ahora? He dudado de él, de alguien que nunca me hizo nada malo, que me cubrió de cariño desde el minuto menos uno. He creído que tal vez había sido capaz de cometer alguna atrocidad, cuando fui yo la que le mató.

Kisha estaba desecha en llanto. Parecía como si se hubiese roto por dentro. Bill jamás la había visto así. No podía soportar ver cómo le dolía aquello, todo ese sufrimiento tan terrible.

Se secó sus propias lágrimas y la abrazó. Estuvieron largo rato así, sanándose sólo a través del contacto de la piel y del calor de otro ser humano.

—Escúchame. Tienes que dejar esto atrás. Si tu padre te quería tanto sería porque veía algo especial en ti. Tienes que devolverle ese cariño cuidando de ti ahora. ¿Crees que él querría verte sufrir?

—Estoy agotada, Bill. No puedo más. Mi vida se ha derrumbado. Ya no me queda nada.

—Kisha, por favor. No digas eso. Mírame a los ojos y prométeme que vas a cuidarte.

Hazlo esta vez por mí, ¿de acuerdo?

CAPÍTULO 38 CUANDO LA

TORMENTA NO AMAINA

uando regresaron a comisaría, comprobaron el

retrato que había preparado el dibujante. El ánimo

C allí parecía haber mejorado, al contrario que el de la inspectora que estaba taciturna y callada.

Estuvieron valorando si era el momento de difundir

el retrato a la prensa o, por el contrario, era mejor comenzar a buscarle sin levantar demasiado revuelo,

decisión que adoptaron al final. No imaginaban que

precisamente en breve estallaría una bomba

informativa que cuestionaría incluso investigaciones

anteriores.

El día avanzaba y empezaba a ser momento de pensar en volver a casa. Tenía que arreglar las cosas con Derek. No se podía permitir perderle a él también. Le pediría algo más de tiempo y luego harían lo que él quisiera. Sólo tenía que cerrar algunos asuntos y todo habría terminado.

Antes de irse, decidió llamar a su hermana. Sentía pánico a hablar con ella después de lo descubierto aquella tarde, como si un montón de agujas se le clavasen en el estómago. Su mundo se había puesto, si cabe, un poco más patas arriba.

Helen contestó al segundo tono, algo que sorprendió a la inspectora. Sabía que no debía llamarla por si alguien las escuchaba, aunque no tenía pruebas de ello y aquel día necesitaba oír su voz, puesto que era el último vínculo que le quedaba con su padre.

—Kisha, no esperaba tu llamada —hablaba como si tal cosa, como si aquella misma mañana no se hubiera presentado en comisaría para mostrarle una carta con una amenaza implícita.

—¿Qué tal están las cosas? ¿Hay alguna novedad?

—No, todo va bien. ¿Te pasa a ti algo? Te noto muy rara.

—Nada especial. Sólo llamaba para preguntarte si estabas bien. Puedo pasarme por tu casa, si quieres y te quedas más tranquila.

—No, para nada. Todo bien. Descansa, ¿de acuerdo?

—Helen…

—¿Qué?

—Nada. Buenas noches.

—Buenas noches, Kisha. Cuídate, ¿vale?

Quería decirle lo que había descubierto, quería pedirle disculpas y decirle que ella la quería. Pero no pudo hacerlo. Además, por teléfono no era lo más acertado, y menos en aquellas circunstancias. Al día siguiente, llevaría la carta al neurolingüista para que la analizase. Ahora más que nunca, debía resolver aquello y encontrar al que estaba detrás.

Ni siquiera se percató de que su hermana nunca había estado tan amable con ella, lo cual no era nada habitual.



Mientras tanto, una noticia empezó a llegar a las redacciones de los diferentes medios de comunicación de la zona. A la vez, se difuminaba por las redes sociales como pólvora que se esparce y atrapa las chispas que inician el fuego.

En la comisaría, comenzaron a sonar los teléfonos. Los redactores necesitaban hablar con la inspectora Jennings en relación a una información que les había llegado y que iban a publicar. No obstante, querían conocer lo que ella tenía que decir al respecto.

Tessa presenció todo el revuelo que se había organizado en un momento. Mark tenía razón cuando dijo que podría dinamitar aquella supuesta intachable carrera en un abrir y cerrar de ojos. No acababa de entender cómo habría sacado la información. Sin duda, era un hombre no sólo atractivo, sino además brillante.

Cuando Kisha estaba a punto de irse, se fijó en cómo la miraba Tessa. Había un desafío implícito en esos ojos y una mirada de superioridad que no había visto con tanta claridad antes. Decidió acercarse hasta ella y averiguar qué pasaba por su cabeza. Tal vez no era la mejor idea, después de todo lo que le había caído encima aquel día y lo que

estaba por venir. Aún así, necesitaba saberlo.

—¿Qué ocurre, Tessa? ¿Hay algo que quieras contarme?

—Nada en particular.

—¿Estás segura? Como estabas mirándome, había pensado que igual se te había pasado algo por la mente que necesitaras soltar.

—No, la verdad. De hecho, creo que estás a punto de enterarte por ti misma —dijo indicando con su mano una dirección que se encontraba detrás de la espalda de la inspectora.

Cuando se giró, Pete la llamó a su despacho. Había honda preocupación en su rostro.

Las arrugas de su frente eran tan profundas en aquel instante que parecían el mismísimo Cañón del Colorado.

—¿Qué sucede?

—Cierra la puerta, por favor.

Kisha hizo lo que le dijo.

—Tenemos un problema bastante gordo.

—¿De qué se trata?

—Al parecer, van a publicar una noticia sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Sí, están llamando de todos los medios de la zona. Es un asunto muy feo, Kisha.

Citan como fuente a Erik Mason. Tienen una cinta grabada con su voz. En dicha grabación, él cuenta como os drogabais e ibais a fiestas y lugares de dudosa reputación a mantener sexo con desconocidos, entre otras cosas.

La inspectora enmudeció de repente. ¿A qué venía todo aquello? ¿Por qué lo habría enviado Erik? Tal vez fue después de la discusión que mantuvieron aquel día en la puerta de la comisaría. No obstante, aunque podía ser muchas cosas, Erik nunca habría sido tan ruin. ¿O sí?

—Teníamos veinte años y nunca me enganché a ninguna droga ilegal en aquella época.

—Pero sí te enganchaste a las benzodiazepinas después de tu secuestro y se repitieron algunas de esas conductas, según parece. Sexo ocasional, estado de embriaguez… El propio Bill lo contó aquel día en tu piso cuando tratábamos de sacar a Derek de la cárcel, ¿lo recuerdas?

Sí, por supuesto que lo recordaba. Con absoluta nitidez.

—¡No me jodas! ¿A qué viene todo esto ahora?

—Sospechan que tú mataste a Erik porque te estaba chantajeando. Al parecer, hay testigos que le vieron pedirle dinero a Derek y que te vieron discutir con él en la puerta de la comisaría. Según dicen, llegaste a amenazarle. Me ha llamado el alcalde y me ha pedido que te quedes al margen hasta que pase el chaparrón. No podemos poner en

peligro la investigación actual, especialmente si alguien cree que puedes ser una persona de interés en el caso del asesinato de tu ex.

—No me lo puedo creer, en serio. Yo no he hecho nada.

—Y yo no lo dudo. Pero hasta que no tengamos pruebas irrefutables, estarás bajo investigación. Lo siento, pero es lo que hay.

CAPÍTULO 39 SOLEDAD

quel día el estrés y la desesperación habían hecho

mella en la inspectora. A todo lo que ya tenía encima A

se le sumaba aquella bomba que cuestionaba

absolutamente todo, incluida su carrera entera.

Cuando leyó la noticia, se le cayó el mundo a los pies. No hablaban de lo que había logrado, de los asesinos que había metido entre rejas durante todos aquellos años. Sólo se hablaba de su pasado más remoto y de su falta de estabilidad mental que la llevaba a estar en tratamiento psiquiátrico.

La retrataban casi como si fuera un monstruo.

Empezó a pensar que aquello debía haberlo orquestado el asesino, al menos, el que había matado a Erik, aunque ya no le cabía dudas de

que todos eran el mismo. Mientras le tuvo cautivo, habría logrado que le contase todo lo que quisiera.

El asesino había ido un paso por delante en la investigación. Les había tenido absolutamente desconcertados. Se había mostrado, no sólo inteligente, sino casi clarividente, capaz de anticipar cada uno de los movimientos que planeaban.

Y ahora esto.

Tessa. La maldita e ingrata Tessa. La habían estado observando con lupa, aunque aún no tenían nada definitivo que demostrase que era ella quien filtraba información.

Sin embargo, se fiaba del instinto de su compañero y, por lo que les había contado, era factible que lo fuera. Habían actuado de manera comedida. Al día siguiente sin falta iría a por ella y la interrogaría hasta sacarle la última palabra aunque fuera con pinzas.

Pero tendría que ser a la mañana siguiente. Aquel día ya no podía más. Como ingrediente añadido, Kisha tenía un considerable dolor de cabeza. Llevaba demasiados días sin apenas descansar. Cargaba con demasiados problemas y un peso excesivo de culpabilidad. Estaba exhausta.

Llegó relativamente antes de lo habitual a casa, temiendo que Derek ya hubiera visto las noticias. Sin embargo, no era de eso de lo que debería preocuparse en aquel momento. Cuando entró y vio lo que sucedía, se le quebró un poco más el corazón.



Abrió la puerta y colgó el abrigo en el perchero que había al lado. La desolación hizo que un gesto tan sencillo casi le pareciera una tarea hercúlea. Trató de convencerse de

que aquella casa en otros momentos había sido un refugio en el que el mal quedaba fuera de sus paredes, un sitio en el que sentirse segura. Necesitaba que ese día fuera precisamente eso, amparo en mitad de la tormenta. Y todo parecía igual que siempre, hasta que vio algo inesperado.

Derek no estaba en la planta de abajo. Se oía ruido arriba, como de perchas moviéndose en el armario. Varios bultos estaban esparcidos por el salón.

Kisha tragó saliva. Aquello no tenía buena pinta. Sin duda, esta vez la discusión del día anterior había ido demasiado lejos.

—¿Derek? —le llamó desde abajo poniendo un pie en la escalera.

El fotógrafo bajó en cuanto la oyó pronunciar su nombre. Se paró un instante en mitad de la escalera para estudiar su expresión. Sabía que tenía ante sí uno de los momentos más difíciles de su vida. Se paró otra vez más a pocos escalones mirándola fijamente.

—¿Puedes explicarme qué significa todo esto? —preguntó señalando los bultos del salón. Él terminó de bajar la escalera para acercarse a ella.

—No creía que llegarías tan temprano hoy. Tenía pensado organizar algo, pero no me ha dado tiempo.

—¿Organizar algo?

—Sí. Una cena romántica o algo así. No lo sé. Una despedida diferente, no esto.

Ella lo miró estupefacta.

—¿Qué estás diciendo, Derek?

—Kisha, sabes cuánto te quiero. A pesar de lo que ha pasado en las últimas semanas, te aseguro que te amo con toda mi alma. Pero no puedo seguir así. Te lo he avisado muchas veces. Además, es evidente que las cosas entre tú y yo no están bien. Sólo discutimos, nada más. Eso no es una relación. Y encima volvemos a lo de siempre.

—¿Pero qué coño me estás diciendo?

La cara de Kisha no dejaba lugar a las dudas. El ceño arrugado y los músculos contraídos de su rostro mostraban a la vez incredulidad y rabia.

—No puedo pasar cada día con miedo a que me llamen y me digan que te ha pasado algo. Te lo he dicho ya mil veces, pero tú no me escuchas y puede que tengas razón y simplemente yo no lo comprenda. Pero lo cierto es que no lo soporto más. Y una y otra vez se reproduce el mismo bucle. Apenas duermo por la noche, estoy exhausto, créeme.

Soy consciente de que no puedo pedirte que dejes tu trabajo, ya no

después de que lo

tuvieras tan decidido y, aún así, volvieras. Entiendo que es lo que te gusta, quien eres, pero yo no puedo seguir así. Te gusta demasiado el riesgo y estar en la primera línea y yo estoy demasiado enamorado para soportarlo. Necesito seguir con mi vida.

Ella seguía mirándole como si no se creyera lo que le estaba diciendo. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Era aquello una especie de broma cósmica en la que alguien había decidido que era el momento de que su mundo se desmoronase parte a parte sin dejar nada en pie?

—No puedes hacerme esto. No puedes dejarme. Sabes cómo están las cosas, sabes que los acontecimientos se han descontrolado y tengo que encontrar a ese desgraciado.

Esto no depende de mí. Y hay más cosas que no te he contado. Demasiadas cosas, de hecho.

—No sé si hay más cosas o no, Kisha, porque sigues siendo casi tan hermética como al principio. Lo que sé es que tú decides, depende totalmente de ti. No quiero irme, no quiero hacerlo. Es mi hogar y no tenía intención de mudarme. Me encantaría pasar el resto de mi vida aquí contigo. Pero no así. Duele demasiado.

—Ya sabías dónde te metías cuando empezamos. Esto lo hemos hablado muchas veces. Esta conversación es como el día de la Marmota, una y otra vez se repite sin cambiar el resultado.

—No exactamente. Esta vez, el resultado es diferente porque me voy. Está decidido.

He aceptado la oferta de trabajo del estudio. Mañana por la mañana temprano salgo de viaje.

Le estaba resultando muy duro mantener su postura. Ahora que la tenía frente a él, aquella decisión era más difícil. Veía su sufrimiento, tan similar al que él mismo sentía, y lo único que pensaba era en ceder y olvidar aquella locura, hacer el amor con ella una vez más, fundirse en sus besos, abandonarse a un abrazo interminable que les aislara de la sombría realidad que se empeñaba en ponerse en su contra. Pero eso sería alargar la agonía. No había cambiado nada, ni siquiera después de lo que le sucedió cuando investigaba la desaparición del doctor Meyer unos meses atrás, cuando literalmente estuvo varios minutos clínicamente muerta. Kisha seguía demostrando que, cada vez que un caso la fagocitaba, era incapaz de ver más allá.

—¿Y qué hago? Hay un asesino suelto, un asesino que ha matado a alguien que tú y yo conocemos, y pretendes que me vaya y les deje tirados.

—Esa no es mi guerra. No lo sé, no sé que debes hacer. Sólo te estoy exponiendo lo que yo siento, por si sirve de algo. Esto no puede pillarte de sorpresa. Las señales estaban ahí, pero no has tenido ni el menor interés en que hablásemos.

—Pues sí, me pilla de sorpresa, qué quieres que te diga.

—Kisha, te dije hace ya varios días que me habían llamado de un estudio de Los Ángeles y que había un proyecto sobre al mesa en el que tendría que estar mucho tiempo fuera, pero ni me escuchaste. Te avisé de que estaba llegando al límite y lo mismo. Y lo de ayer creo que ya fue el detonante definitivo.

—Deja de escudarte detrás de esas palabras. Sé valiente por una vez en tu puta vida y di las cosas claras, di que me dejas sin más, que te vas en el peor momento, cuando más te necesito, a pesar de que seguro que sabes que querer a alguien no es dejarle tirado cuando peor se siente.

—Kisha… —dijo tratando de acercarse. Ella dio un paso atrás para mantener la distancia, para dejar crecer el muro que les estaba separando.

—Eres un cabrón, Derek. De hecho, eres el peor de todos. Pones tu cara de no haber roto un plato pero al final eres el más ruin por hacerme creer que otra vida era posible y por dejarme creer que me querías. En cuanto te has aburrido, te piras aduciendo una excusa que no es real. Eres un mentiroso y un vanidoso que sólo piensa en sí mismo.

Y dicho esto, se dio la vuelta y salió de la casa dando un portazo.

Derek se sintió mezquino. Quizás ella tenía razón, quizás únicamente había considerado su punto de vista. Esperaba que Kisha regresase en algún momento de la noche para que las cosas entre ellos no terminasen así.

Pero no volvió.

A primera hora de la mañana, antes de subir al coche, le dejó una nota en la nevera para que supiera que podía quedarse a vivir en la casa todo el tiempo que quisiera.



Kisha se subió al coche nada más salir de la casa y condujo sin rumbo durante, al menos, veinte minutos. De pronto, se encontró en medio de ninguna parte desesperada sin saber a dónde ir. Paró el coche en el arcén, en un amplio saliente de la carretera bajo el cual sólo se insinuaba un profundo acantilado. Desde esa posición, sólo se apreciaba oscuridad. Se escuchaba el rugido de un mar embravecido, como un reflejo de sus propios sentimientos. Se bajó sin abrigo, esperando que el frío de la noche la ayudara a disipar esa sensación de abandono y soledad que la inundaba. Se apoyó sobre sus rodillas, como si el dolor la partiese en dos y no la dejara permanecer erguida. Las lágrimas se desbordaron sin control. Por un momento, lo anegaron todo y barajó la posibilidad de abandonarse al vacío y dejarse caer. Unos instantes después, volvió a subirse al coche y se dirigió al único lugar que se le pasó por la cabeza en aquel momento.

Cuando Julius abrió la puerta, su sorpresa se hizo notar. Lo último que esperaba era encontrar a su compañera en el umbral de su casa.

—¿Puedo pasar aquí esta noche? No se me ocurre otro sitio a donde ir.

—Claro. Pasa.

No sabía si su compañero estaría al tanto de las últimas noticias que parecían llegar hasta el último rincón gracias a la facilidad con la que la tecnología hace que se extienda la información. Deseaba que no fuera así para que no la juzgara.

Necesitaba una mano amiga.

Necesitaba un hombro sobre el que llorar.

La entrada daba directamente a un salón con cocina americana. Era un apartamento pequeño con un único dormitorio. Estaba amueblado con estilo, aunque era evidente que los muebles eran de los económicos. El nivel de vida en la localidad era muy elevado, así que encontrar un apartamento decente y amueblado ya era todo un lujo.

—¿Qué ha pasado?

Le miró a los ojos, pero no pudo responder de forma inmediata. Desvió la mirada buscando fuerza para pronunciar en alto las palabras que venían a continuación.

—Derek me ha dejado.

—Lo siento.

Él se acercó lentamente a ella. No sabía cómo reaccionar. Sólo quería abrazarla, pero sabía que lo que él sentía por ella no era bidireccional. Sin embargo, cuando ella rompió a llorar, ya no se lo pensó más. La acogió entre sus brazos tratando de proporcionarle el consuelo que ella necesitaba.

Estuvieron así varios minutos. Y todo podía haber quedado ahí, en un abrazo reconfortante e inocente.

Pero las cosas a veces se descontrolan sin más.

CAPÍTULO 40 INCOMODIDAD

l inocente abrazo se tornó en caricias y besos

apasionados, en hambre voraz de dos corazones

E desesperados. Y el tono fue subiendo al mismo ritmo que la ropa caía al suelo hasta que, de pronto, algo

en la cabeza de la inspectora hizo clic. Kisha se dio cuenta de que estaba repitiendo los mismos errores

de siempre. El bucle volvía a empezar. Cambiaba de

unos brazos a otros sin apenas tiempo de espera. Esa

terrible sensación de soledad, de necesitar el cariño de alguien, el despecho provocado por el abandono,

el miedo a no importarle a nadie.

—Para —dijo de pronto.

—¿Qué pasa? —preguntó Julius tratando de besarla otra vez.

—Esto no está bien. Esto no es lo que venía buscando.

—¿Qué?

—Sólo necesitaba un lugar donde dormir. La he jodido. Lo siento.

Recogió su camisa del suelo y su chaqueta. Se lo puso todo lo más

rápido que pudo.

Por suerte, pensó, no habían llegado demasiado lejos, aunque había faltado poco.

—Kisha, no te vayas.

—Lo siento, Julius, de verdad. Esto es un error.

Cuando salió de su casa, se dirigió corriendo hacia su coche otra vez. Se sentía tan avergonzada que era incapaz de pensar en cómo afrontar el día siguiente.

—¡Mierda, mierda! —gritó dentro del coche poniendo sus manos sobre su rostro.

Finalmente, se dirigió al mismo motel en el que había recalado cuando llegó a Carmel casi un año antes, confiando que pudieran darle una habitación.

Sintió que todo volvía a ser como al comienzo.

Sólo una cosa era distinta: esta vez ya no tenía esperanzas.



—Hola, ¿podríamos vernos mañana? Es importante. Necesito hablar contigo. Puedo quedar a primera hora, en el lugar que prefieras y a la hora que más te convenga. Y si no te va bien, no te preocupes te llamo en otro momento por teléfono.

—Claro, me va bien. ¿Ha ocurrido algo?

—Prefiero hablarlo en persona, si es posible. Es sobre Kisha.



Cuando la inspectora Jennings llegó a comisaría al día siguiente, rehuyó la mirada de su compañero, quien la buscó con sus ojos en cuanto la vio entrar por la puerta. Sabía que hacerlo era una cobardía, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza en aquel momento como para enfrentar unos ojos pidiendo explicaciones. En realidad, lo más cercano a la verdad era que, por encima de todo, se sentía tremendamente avergonzada por su comportamiento de la noche anterior.

Absolutamente todo estaba del revés. Incluso se había convertido en

persona de interés en la investigación del asesinato de Erik. Su vida personal ahora llenaba las páginas de los periódicos locales, una vida que ya no se parecía a la que había mantenido en los últimos meses, una nueva vida que había intentado forjarse desde que regresó a Carmel, pero que había resultado una tentativa fallida una vez más.

Sintió unas ganas enormes de rendirse, de acabar con todo de una vez. Su sufrimiento no tenía final. Su vida era una espiral que una vez tras otra la llevaba a un punto de no retorno en el que volvía a ser consciente de que su existencia no tenía ningún sentido. Cuando el pasado se empeña en no soltarte de sus garras, poco puedes hacer para escapar.

Se arrepentía tanto de haber vuelto al trabajo cuando tuvo la oportunidad de empezar una nueva vida. Ahora que estaba en pleno descenso por la pendiente se daba cuenta de que lo más adecuado habría sido decirle a su hermana que se había retirado cuando apareció por casa de Derek hacía ya casi una eternidad, y que, en todo caso, haría lo posible para que sus compañeros se hicieran cargo de su caso.

Ahora ya era demasiado tarde.

Estaba dentro del ojo del huracán, sólo que en éste no había calma absoluta, sino caos y mucho ruido dentro de su cabeza. Sentía que le faltaban fuerzas y experimentó un agotamiento físico y mental tan extenuante que el simple hecho de tener que hablar le pareció un esfuerzo titánico.

Julius, por su parte, no cejaba en su empeño de buscarla con la mirada. Trataba de encontrar en los ojos de Kisha respuestas sinceras porque, si como dicen, la mirada no miente, sería la única forma de averiguar la verdad acerca de lo que había sucedido entre ellos la noche anterior. Al menos, necesitaba ver una señal de que las cosas estaban bien entre Kisha y él a pesar de lo sucedido.

Pero no lo consiguió. Sólo se encontró con una fría indiferencia, casi como si tratara de negar su existencia, haciéndole sentir culpable por algo que había hecho desde el corazón. A veces, vergüenza e indiferencia pueden llegarse a confundir, porque una esconde a la otra tras un opaco telón.

En la reunión de la mañana para revisar la investigación, a nadie se le escapó que la situación entre ellos era tensa. Kisha asistió, entre otras cosas, para repasar su línea temporal cuando desapareció Erik Mason

y en su asesinato posterior, de modo que pudieran establecer si había alguna mínima posibilidad de que ella hubiera estado implicada, tal y como se sugería en alguno de los artículos de la prensa y que tanto preocupaba al alcalde. Debían despejar hasta la más mínima duda.

Ante esa impasibilidad por parte de su compañera, el subinspector Morgan se sintió herido en su orgullo. Los comentarios de Julius hacia ella no dejaban ningún lugar a dudas. Trataba de provocarla, de hacerla salir de su mutismo hacia él, de esa beligerancia impertérrita que se ejerce de forma pasiva agresiva. Bill se percató de que sucedía algo y se anotó mentalmente hablar con Kisha en cuanto tuviera oportunidad.

Temía que, después de los acontecimientos del día anterior que llenaban los titulares de los medios de la zona, empezase un descenso a toda velocidad por la colina del desastre.

Sin embargo, Pete se le adelantó. Bastantes cosas estaban sucediendo ya últimamente, como para permitir encima que el ambiente dentro de la comisaría se enrareciera. En cuanto finalizaron, le dijo que quería hablar con ella en su despacho.

Después, hablaría con Morgan para ver qué demonios pasaba entre ellos y buscar una forma de solucionarlo.

—¿Que te has acostado con él? —preguntó después de que ella le contara a grandes rasgos los sucedido con Julius la noche anterior.

—¿Eso es lo que has entendido? Te he dicho que nos enrollamos, nada más.

—Bueno, depende de lo que cada uno interprete.

—No me acosté con él, pero casi.

—¿Qué significa eso?

—¿Qué? ¿Cómo que qué significa? ¿Te hago un croquis, Pete? Nos enrollamos pero no llegamos hasta el final, eso es lo que significa. ¿Necesitas más detalles?

—Joder, Kisha.

—Gracias por tu apoyo, Pete. Ya estoy bastante avergonzada, si sirve de algo. Y

tranquilo, que ya sé que soy un puñetero desastre que no hace nada a derechas.

—Yo no he dicho eso. Es que no entiendo qué hacías en su casa a esas horas de la noche. Encima después de lo que pasó ayer. Tenemos los teléfonos colapsados.

Convendría que vigiles bien lo que haces a partir de ahora, porque tú estás en el punto de mira, pero los demás también.

Se calló parte de lo que pensaba, puesto que lo que primero se le pasó por la mente fue la infidelidad y, según acabó la jornada anterior, aquello no ayudaba. Que él supiera, Derek y ella vivían juntos y no le constaba que tuvieran una relación abierta. El escándalo podía estar servido si el rumor llegaba a los medios de comunicación.

Entonces Kisha se le quedó mirando fijamente. Se sentía profundamente abrumada y abochornada. Y triste, sumamente triste. Todavía no se explicaba por qué lo había hecho, por qué había corrido a los brazos de otro. Probablemente era por despecho, pero quizás también por ese temor a estar sola que había sentido en otros momentos de su vida. O quizás simplemente quería vengarse de Derek por haberla dejado.

Otro abandono más en su vida.

Una muesca más para su frágil corazón.

—¿Quieres saber por qué lo hice? Pues la verdad es que no lo sé, Pete, pero supongo que influyó el hecho de ver como se está derrumbando todo a mi alrededor. No tengo más que problemas y, como remate, cuando llegué a casa Derek estaba empaquetando sus cosas porque se iba.

—¿Cómo? —preguntó extrañado con el ceño fruncido.

—Ya lo has oído. Me ha dejado, así de simple.

Durante unos segundos se detuvo. No podía hablar. Un nudo en la garganta se lo impedía. ¿Merecía la pena sufrir tanto en la vida? No estaba segura. Parecía que sólo acumulaba un error tras otro, dolor, rabia, frustración, en una montaña infinita que no paraba de crecer.

—¿Qué coño me pasa, Pete? ¿Por qué lo estropeo todo?

—Oye, tranquila. Ya verás como volverá.

—No, te aseguro que no. Ni siquiera sé adónde ha ido. Me largué antes de preguntárselo.

CAPÍTULO 41

Regocijo, dolor y miedo

quella misma mañana, recibió una llamada de

Tessa. No habían podido verse el día anterior,

A cuando el pequeño mundo de la inspectora Kisha

Jennings había sido impactado por un meteorito

informativo. Aunque eso de que no habían podido

verse no era del todo cierto, porque la realidad es que él no había querido verla y le había puesto una

excusa, como había hecho tantas veces últimamente.

Había encontrado la fórmula perfecta en la que ella

seguía contándole todo a cambio de una mínima

atención. Ahora que ya tenía casi todo lo que quería, cada vez empezaba a resultarle menos útil y era

absurdo tener que aguantar en persona sus

incansable búsqueda de afecto.

Tessa, la envidiosa y mezquina Tessa, estaba feliz, radiante. La vida de Kisha Jennings se desmoronaba, eso era un hecho, y ella era testigo directo y, en cierta medida, había colaborado a ello. Él no tenía duda de que la administrativa estaba convencida de que todo aquel torrente de mierda que había empezado a caer sobre la que otrora dirigiera la brigada de homicidios de Los Ángeles, lo merecía por haberla menospreciado tantas veces.

Ni siquiera se había planteado las implicaciones éticas.

¿Cómo podía odiarla tanto? Tal vez él tenía cierta responsabilidad, puesto que había puesto su propia semilla en el cerebro de Tessa y la había regado de forma periódica hasta que había germinado y florecido más aún de lo que esperaba.

—Tenías razón. Podíamos destruir su carrera. No tendré que verle más la cara a esa zorra engreída. Es uno de los mejores días de mi vida.

—No era tan difícil, ya te lo dije. Todo el mundo tiene secretos y, en el cargo que ella ocupa, los secretos pueden demoler con facilidad una vida entera.

—Pues no sólo eso. Sigo escuchando siempre que puedo, ya sabes. Y me he enterado que su novio se ha dado el piro y la ha dejado. Se lo ha contado esta mañana al Jefe en su despacho. Creo que había pasado algo más, pero de eso ya no me he enterado. He llegado un poco tarde. Ya sabes, tengo que tener mucho cuidado para que no sospechen de mí después de lo de ayer. Algún día tienes que contarme como obtuviste toda la información y quién te pasó los audios.

—¿A qué te refieres con que se ha dado el piro? ¿Quieres decir que han roto? —le preguntó tratando de desviar su atención.

—Sí, han roto y él se ha ido de Carmel. Se debe haber hartado y no me extraña, porque si a mí me cuesta aguantarla, vivir con ella debe ser una tortura.

En ese momento, sintió el tipo de frustración que se anida en el pecho cuando alguien trunca tus planes. El jodido Derek se había escapado de sus garras y había echado por tierra su gran plan maestro en el que obligaría a la inspectora a decidir a quién salvar. En sus manos habría estado condenar a muerte a su novio o la aparentemente idílica familia de su hermana. Eso habría acabado con la poca salud mental que le quedaba y, una vez hecho esto y visto el daño que iba a causarle a todos los demás que la habían ayudado, no le quedaría más remedio que quitarse la vida.

¿Quién podría soportar una culpa como esa?

Nadie.

Al menos, nadie con una mínima capacidad para sentir algún tipo de emoción más allá del odio.

Notaba como se enfurecía por momentos. Si hubiera tenido a Tessa junto a él, posiblemente la habría estrangulado para desahogarse. Pero no se podía dejar llevar por la rabia. Esa debilidad tendría graves consecuencias. Debería empezar la fase dos de su plan cuanto antes. Se acabaron las esperas. Ese día comenzaría el holocausto de Carmel donde todos los que estuvieran en el radar afectivo de la inspectora caerían con ella.

—Mark, ¿sigues ahí? —preguntó Tessa al otro lado del teléfono.

—Sí, aquí estoy. Te llamo en un rato, que tengo una llamada en espera que es importante.

Se puso furioso. Gritó y lanzó varios objetos al suelo. La tierra atenuaba ligeramente el sonido del impacto. Joseph y los niños estaban aterrorizados por lo que oían. Acto seguido, se hizo el silencio en el exterior para oír a continuación el sonido amortiguado de unos pasos que se acercan.

—Esta vez la zorra de tu cuñada no va a salirse con la suya, ¿te enteras? —le dijo a Joseph.

—No sé de qué me hablas. Dime qué tengo que hacer y lo haré. Lo que sea, pero por favor, no nos hagas daño.

Le golpeó la cara con fuerza.

—¿Que harás lo que yo quiera? Por supuesto que lo harás. Pero, de momento, ha llegado el momento de reunir a la familia y traer a casa a tu mujer, ¿no te parece?



—¿Con quién hablabas? —preguntó Bill.

—¿Cómo dices?

—Es una pregunta sencilla, Tessa. Me gustaría saber con quién hablabas.

—No es de tu incumbencia.

—Creo que sí cuando en tu conversación hablabas de cosas relativas a gente de la comisaría. Tal vez incluso estás poniendo en peligro una investigación abierta y eso te aseguro que puede tener consecuencias.

—¿Qué pasa? ¿Ahora el FBI se dedica a escuchar las conversaciones ajenas? ¿Para eso habéis venido?

Bill había observado en la distancia cuando salieron de la sala de reuniones, como Tessa seguía a cierta distancia a Pete y a Kisha cuando estos se dirigían al despacho del Jefe de Policía. Ella había mirado alrededor, como tratando de asegurarse de que nadie la observaba. Cuando estuvo relativamente segura, se pegó a la puerta a escuchar.

Después, mientras Bill la seguía observando sin que ella se diera cuenta, se había distanciado ligeramente y había realizado aquella llamada telefónica.

—Hemos venido a atrapar a un asesino y tengo la sensación de que tú estabas hablando con él.

—¿Qué? No hablaba con ningún asesino. Hablaba con mi pareja, ¿vale? Así que te agradecería que no te metieras en mi vida privada.

—Me parece que no va a ser posible. Vas a acompañarme a la sala de interrogatorios y me vas a enseñar el móvil. Eso por el momento.

—¿Qué? No puedes hacer eso.

—Claro que sí, puedo y lo haré. Tú eliges si quieres montar un espectáculo y que te lleve esposada hasta una sala de interrogatorios o me acompañas de buena fe sin que nadie se entere.



El día había sido especialmente duro. El alcalde le había pedido a Pete y a Kisha que fueran a verle, pero con la máxima discreción posible porque no quería verse afectado por aquel escándalo. Con todo lo que estaba sucediendo, no veía el momento de hablar con el Doctor Zimmerman para mostrarle la última carta que había recibido su hermana. Por suerte, aunque Helen se había ido sin avisar, Kisha se había quedado con el papel y lo había catalogado como prueba, por lo que estaba bien custodiada en la comisaría.

Robert Sanders llevaba al frente del Ayuntamiento de Carmel más de tres años y se acercaban las elecciones, así que ese tipo de publicidad en su localidad no le hacía ningún bien. Primero había sido el escándalo del anterior Jefe de Policía, Ralph Harrison, y ahora la bomba sobre las conductas de dudosa moralidad de la inspectora estrella.

—Espero que podáis darme una explicación para lo de ayer —señaló, mirando a ambos de forma alternativa—. Porque no he podido pegar ojo pensado en las consecuencias que esto puede tener, especialmente cuando parece que hay una convención de psicópatas en la zona. Carmel parece el epicentro del crimen, os lo digo en serio y no es el tipo de publicidad que quiero para mi pueblo ¿os enteráis?

Atrapamos a un asesino desquiciado y nos sale otro, ¿no veis la ironía?

Técnicamente, no habían atrapado a ninguno de los criminales que habían estado detrás de los casos más mediáticos de los últimos meses, aunque a ninguno de los dos le pareció oportuno señalarlo. Los habían identificado pero no cogido, que no era lo mismo. No obstante, el índice de criminalidad al margen de esas dos debacles, se mantenía muy por debajo del que tenía el resto del país.

La conversación no fue en ningún caso agradable. El alcalde quería mirar por sus intereses por encima de todo y que todos los medios se estuvieran haciendo eco de la vida privada de la inspectora, aunque la mayoría fueran hechos muy remotos, le hacía mostrarse inflexible.

—Es lo mejor, Peter. Apartarla ahora de la investigación sería lo más sensato hasta que la tormenta amaine.

—No estoy de acuerdo, Robert. No creo que sea un buen momento ahora para prescindir de efectivos en la investigación.

—Pero sabes igual que yo que tiene que pasar por una investigación interna.

—No veo por qué. Mientras ha estado trabajando con nosotros, no ha cometido ningún acto que haga que dudemos de su capacidad o su ética en el trabajo.

En ese momento le vino a la cabeza la historia que le había contado apenas una hora antes en su despacho respecto a su lío con Julius. Por un momento le dieron ganas de estrangular a su compañera por cometer aquella estupidez en aquel momento precisamente. Le había pedido a ambos por separado absoluta discreción al respecto. Se jugaban demasiado.

—Además, el otro aspecto al que aluden en los informativos, no me parece que sea para avergonzarse, sino todo lo contrario. Pasó por una experiencia altamente traumática y está recibiendo tratamiento especializado precisamente de uno de los mejores psiquiatras de la zona.

—No, Peter. No desvíes la atención. El otro aspecto al que me refiero es que, según algún testigo, la vieron discutiendo con el tal Erik Mason antes de que muriese. Creo que es algo suficientemente relevante para tenerlo en cuenta y valorar si conviene que siga participando en la investigación.

—Ya hemos trabajado sobre eso esta misma mañana. No es posible

que Kisha estuviera implicada en su asesinato. A la hora de la muerte del señor Mason, la inspectora estaba en el operativo del jueves pasado.



Había sido un día de mierda. Al menos, eso es lo que pensaba Kisha. Ya no podían salirle las cosas peor. Ahora encima estaba toda su vida bajo un foco mediático de grandes dimensiones. Sentía como si un nubarrón negro y muy cargado se hubiera instalado encima de ella y la acompañase a todas partes.

¿Qué le quedaba? Absolutamente nada. Estaba sola, como siempre había estado, auto destruyéndose poco a poco, marchitándose por dentro con un vacío existencial que no sabía cómo llenar. Y después de haber descubierto lo de su padre, no sabía cómo encontrar fuerzas para seguir viviendo. ¿Qué aportaba ella en este mundo? Nada. En todo caso, dolor.

Simplemente, ya no le veía sentido a seguir adelante.

La había llamado Stephen varias veces después de la sesión de hipnosis. La última vez que habló con él, le había insistido una vez más que ahora era más importante que nunca hacer una terapia intensiva y pautarle medicación.

—Es imprescindible, Kisha, porque le hemos quitado la costra a la herida y puede volver a supurar de una forma virulenta. Necesito que estemos en contacto y nos veamos un par de días a la semana. Me acomodo al horario que mejor te venga, sólo tienes que decírmelo —había dicho el médico.

Ya no le había vuelto a contestar. Tampoco había pasado tanto tiempo, apenas día y medio, aunque habían sucedido muchas cosas desde entonces. Al no obtener más respuestas, éste la había mandado varios mensajes e, incluso, había hablado con Pete

porque estaba muy preocupado. En el fondo, ella sabía que debía responderle, especialmente después de haber visto lo que la culpabilidad le había hecho con el caso de Arthur Hamilton. Esa misma mañana antes de ir a ver al alcalde, Pete había tratado de convencerla en el escaso trayecto que separaba la comisaría del Ayuntamiento.

—Tienes que hacerle caso, Kisha. Sabes que se preocupa por ti. No sé de qué hablasteis ayer en su consulta, eso es algo entre vosotros. Pero

ya sabes cómo se toma Stephen su trabajo. Creo que, en parte, hasta se lo debes de alguna manera.

Tal vez tuviera razón, pero eso era cargarla con una culpa más que en ese momento ya no era capaz de soportar.

Irónicamente pensó que el Jefe de Policía ejercía más de padre de sus agentes que de otra cosa. Todo el mundo recurría a él con sus problemas, como si Pete no tuviera ya suficientes. ¿A quién le contaría él los suyos?

Llamó a su hermana para comprobar que estaba bien. Al margen de que era evidente que ahí pasaba algo muy raro, hablar con ella la tranquilizaba puesto que significaba que el acosador seguía sin decidirse a actuar. Tal vez en realidad no se atreviese a ir más allá y se contentase con tenerla subyugada en cierto sentido.

De hecho, ese mismo día habían hablado por la mañana. Fue Helen quien la llamó insistiendo en que todo estaba bien. Aún así, quería comprobarlo una vez más. Después de varios intentos, no logró que la cogiera el teléfono. Ya no sabía ni qué pensar. Pero estaba tan agotada que no quiso darle más vueltas. Le mandó un mensaje pidiéndola que por favor la escribiera para saber si estaba bien.

Y ahí lo comprendió. La sensación angustiosa de que no te cojan el teléfono, de que no den señales de vida, a pesar de que lo intentas por todos los medios porque intuyes que la persona que quieres puede estar en peligro.

—Lo siento, Derek. Ahora lo entiendo.

No hay nada como experimentar las cosas en primera persona y sufrirlas en carne propia.

Su cabeza no dejaba de rumiar pensamientos inútiles que no hacían más que deprimirla más. Llevaba desde el día anterior con la misma ropa y pensó que lo mejor sería pasar por casa de Derek a recoger sus cosas, ya que seguía teniendo la llave y necesitaba sus pertenencias, aunque no fueran muchas. No obstante, no se veía con fuerzas para entrar en una casa vacía y experimentar en su más amplio sentido la soledad de un hogar abandonado.

Después de pensarlo unos segundos, se armó de valor y se dirigió hacia allí. Aún guardaba una mínima esperanza de que él no se hubiera ido, de que se hubiera

arrepentido y quisiera darle una última oportunidad. Pero ni siquiera la había llamado, así que aquellas ilusiones no eran más que fuegos fatuos.

Además, si estuviese en casa, tendría que contarle lo sucedido la noche anterior en casa de su compañero. Eso tampoco iba a contribuir a arreglar nada. Tal vez, sólo reafirmase la convicción del fotógrafo de que esa relación ya no iba a ninguna parte.

Cuando abrió la puerta el silencio le confirmó lo que ya sabía. La oscuridad era total.

La falta de vida también. Permaneció unos segundos en el umbral sin entrar. Aunque no hacía frío dentro, se le heló la sangre nada más abrir. El sueño de una nueva vida se había ido por el desagüe. Estaba ahí para recoger algunas de sus cosas y marcharse.

Cogería lo mínimo. Entrar rápido y salir con premura, para evitar que las vivencias pasadas le impregnaran un corazón ya de por sí desgajado. No podía dejarse vencer por la melancolía. Ya volvería a por lo demás. Pero, al menos, necesitaba coger algo de ropa para ducharse y cambiarse.

Al encender la luz de la entrada, se percató de que había un sobre con su nombre.

Daba la impresión de que alguien la había pasado bajo la puerta, aunque no tendría por qué. Podría haberse caído y haber terminado allí debido a alguna corriente. Deseó con todas sus fuerzas que en aquel sobre Derek le dijera dónde podía encontrarle cuando todo aquello acabara.

Sin embargo, lo que leyó era de lo más siniestro. Su corazón se aceleró de forma alarmante, golpeteando su pecho sin control.

Q *uerida inspectora,* Tenía muchas ganas de ponerme en contacto contigo. Me permito tutearte, espero que no te importe. Son tantas cosas las que tengo que decirte… Estoy deseando que nos encontremos cara a cara y poder disfrutar de una amena conversación. Ojalá tengamos la oportunidad, aunque ya sabemos que a veces la muerte es caprichosa y trunca nuestros planes. ¿He dicho la muerte? Perdona mi equivocación.

No sé en qué estaría pensando. Quería decir el destino, tú ya me entiendes.

No sé si opinarás como yo, pero me parece que la vida es a veces una sucesión de casualidades y decisiones imprudentes. Es como si el caos decidiera tomar las riendas y se propusiera gobernar el destino.

Nuestro destino.

El tuyo.

El mío.

Y el de otros.

¿Sabes a qué me refiero? No, supongo que no. Ese machacado cerebro tuyo ya no comprende nada. Te lo explicaré. Tú eres un claro ejemplo de un caótico desorden, un elemento que rompe la entropía, que la anula y la hace imposible. Eres el elemento desestabilizante que destroza la vida de otros, incapaz como eres de hacer nada al derechas. ¿Acaso no te das cuenta? Mi querida Kisha, no eres más que un error de medida. Un signo cambiado en una fórmula matemática que destroza la ecuación y la convierte en una irremediable equivocación de consecuencias imprevisibles.

¿Has pensado alguna vez que eres el centro de todas las desgracias? Todas las personas que te importan acaban sufriendo. ¿Cómo sería su vida si tú no existieras? Piensa, por ejemplo, en tu hermana, envuelta en todo ese lío. Cuánto sufrimiento que se podría haber evitado. Acuérdate también del Doctor Meyer y su mujer, tu querida amiga la forense. Vale, puede que tú ahí no fueras la causa directa pero sí fuiste un elemento coadyuvante. El hilo conductor que provoca el cortocircuito. ¿Y el fotógrafo? ¿Dónde está ahora ese apuesto caballero? Es evidente que ya no pudo más, ¿no es así? No sabes lo que siento lo que ha sucedido con él. Imagino lo duro que te estará resultando.

Pero la vida sigue.

O tal vez no merezca la pena seguir.

Tu compañero es un reflejo de lo que tú has sido, un pozo autodestructivo que no tiene fondo.

Una caída sin frenos hacia el abismo. Una caída iniciada porque tú le empujaste, dicho sea de paso. Ese joven nunca volverá a ser el mismo porque le has dejado profundas cicatrices.

Y luego está Bill. El bueno de Bill. El amigo leal y fiel que aún parece no

saber que para él no eres más que la peste. Hará todo lo que le pidas y lo sabes. Sólo tú puedes detener esta rueda de dolor que hace tanto que empezó a girar.

No quería confesártelo porque ya te estoy dando demasiadas pistas, pero la verdad es que al Jefe de Policía también le espera algo pronto. Está en el punto de mira, como imaginarás. Ha querido ayudarte, incluso ha asumido tareas que un comisario no debería realizar y ha cometido un error del que no ha sabido calcular las consecuencias. Tal vez sea demasiado bueno para el cargo que ocupa. Es hora de darle una lección y que aprenda a poner los límites. Es necesario que conozca que tenerte en su vida es sinónimo de desgracias. Y recuerda, tiene familia. Mujer y dos hijas.

¿Estás dispuesta a poner en riesgo algo tan sagrado como eso?

Para finalizar, debo confesarte que el penúltimo cadáver no ha sido más que un regalo para ti.

Él mismo se puso la diana en la espalda y, por lo que vi, vuestra encendida discusión no terminó bien. No tienes que darme las gracias. Te he quitado un muerto de encima, disculpa mi humor negro.

Me despido ya. Pero antes de terminar, debo insistir en algo: sólo tú puedes evitarlo. Puedes hacerlo de muchas maneras. Quitarse de en medio es más fácil de lo que parece. Lamentarán tu ausencia, pero será sólo algo temporal. Además, no deberías temer a la muerte. Ya la viste frente a frente. ¿Qué se siente, inspectora, cuando la parca te acoge en su regazo? Dicen que los que

han regresado nunca han vuelto a ser los mismos. ¿Qué me respondes a eso? ¿Eres la misma de siempre? Yo creo que no.

Ahora eres más débil y tienes más miedos.

Eres frágil e inestable.

¿Qué más te queda por perder?

Asúmelo, inspectora. Es la hora de tu ocaso.

Cuando terminó de leer la carta, se dio cuenta de que le temblaban las manos.

Levantó la mirada y lo que vio en la pared casi le corta la respiración.

CAPÍTULO 42

Comenzar es difícil

abía sido duro. Seguía siéndolo. Hay decisiones que

nunca parecen las correctas. ¿Y si hubiera

H aguantado un poco más? ¿Y si hubiera hecho las

cosas de otra manera? Parecía increíble que el dolor

emocional pudiera ser casi un dolor físico.

La relación entre ellos había pasado por muchos baches pero era evidente que el último era insalvable. No era capaz de entender cómo podía haber cambiado tanto la relación que tenían desde aquellos mágicos días en Mammoth Creek hasta los últimos, en los que las discusiones lo poblaban todo, como una especie invasora que conquista hasta el último recoveco y no deja aire que respirar.

La conversación con Bill le había aliviado ligeramente. Necesitaba contarle cómo había terminado todo, que le comprendiera, que se pusiese en su lugar. Ahora sabía que, como siempre, él estaría pendiente. Bill le daba calma, le daba seguridad. Era de ese tipo de personas que con su sola presencia hacen que te sientas a salvo. Aquel hombre de ascendencia italiana tenía el claro perfil de un protector.

Trataba de concentrarse en la carretera, pero le costaba. Los pensamientos intrusivos le martilleaban la cabeza. Había terminado todo entre ellos de la peor manera. Y la echaba de menos, a pesar de que sabía de que aquella relación ya había muerto varios días antes. Aún así, una cosa es tomar una decisión compleja como abandonar a la persona que amas y otra muy distinta es dejar de quererla. Derek seguía enamorado de Kisha, aunque detestaba a la mujer en la que se había convertido en los últimos días con él, la cual parecía disfrutar con cometarios hirientes y tratándole con desprecio.

Había puesto tanta ilusión en aquella relación que no sabía como iba a comenzar de nuevo.



—Hola Derek, ¿todo bien?

—Sí, gracias por llamar. Bueno, relativamente bien. Ya sabes, comenzar siempre es difícil, especialmente cuando casi te ves forzado a ello. Pero tengo un proyecto interesante entre manos. ¿Qué tal está

Kisha? —dijo suspirando.

Le dolía tanto aquella situación que aún no se lo quería creer. Todo se había desmoronado.

La ilusión de un proyecto juntos.

El amor de su vida.

Se resistía a creer en un fracaso tan rotundo como aquel.

¿Por qué se había empeñado tanto en alejarse de él? ¿Por qué no había reaccionado cuando las señales eran tan claras? Erik tenía razón. No tenía nada que hacer porque al final Kisha había elegido su trabajo por encima de su relación.

—Bueno, más o menos bien —mintió Bill.

Era una mentira piadosa. En realidad, jamás la había visto tan mal. ¿De qué serviría decírselo a Derek estando lejos de allí? De nada.

—Me alegro. Tiene mucha suerte de poder contar contigo. Yo no he podido soportarlo.

—Bueno, no es lo mismo. Yo soy sólo un amigo. Tengo que dejarte. ¿Quieres que le diga algo?

—No. Tendré el móvil desconectado la mayor parte del tiempo. Necesito pensar. Si me llamas, no te preocupes. En cuanto lo conecte, si veo alguna llamada perdida tuya, me pondría en contacto contigo enseguida.

—De acuerdo. Cuídate, ¿vale?

—Lo haré. Tú también.

CAPÍTULO 43 REPRESALIA

icho y hecho. El cambio de planes que había

provocado el hecho de que Derek se hubiera

D marchado le había llevado a tomar una decisión en

cierta medida precipitada, puesto que, en un

principio, no tenía previsto llevarse a Helen a la

cabaña tan pronto. La tenía vigilada a través de su

teléfono móvil y controlaba sus movimientos, por lo

que prefería asegurarse de que la inspectora

estuviera atenta a otras cosas mientras organizaba

toda la fiesta hasta el más mínimo detalle. Tal vez se había precipitado al dejarle la carta, anunciándole a grandes rasgos su maquiavélico plan, pero es que la

frustración que sentía le había obligado a buscar una forma de canalizarla y no había un modo mejor de

satisfacer sus necesidades que saber el sufrimiento

añadido que con ella le habría causado.

Ya en las fases iniciales de su planificación, se había dado cuenta que no sería fácil atrapar al fotógrafo. Pero que fuera difícil no era algo que le desanimase. Era un reto, un desafío excitante. Le había vigilado durante un tiempo y, aún así, no había sido capaz de predecir sus comportamientos. Así que, al final, había previsto atraparle en su propia casa y llevárselo por la fuerza.

Ahora todo eso no importaba porque él mismo se había quitado de en medio.

¿Dónde estaría? Si las cosas salían como esperaba, tal vez podría localizarle más adelante.

Con Joseph había sido relativamente fácil. En primer lugar, tenía en su poder las fotos que demostraban su reiterada infidelidad, así que no hacía falta mucho más si el objetivo hubiera sido él. Pero como su plan era mucho más ambicioso y quería llevarse a toda la familia, había tenido que decirle que ya tenía a Helen y que juntos irían a recoger a los niños al colegio si no quería que los matase a los dos y los dejase huérfanos. A veces, le resultaba sorprendente que el ser humano se dejara convencer ante argumentos tan frágiles. ¿Aquel hombre creía en serio que una vez que los tuviera

a todos iba a dejar a alguno con vida después de que le hubieran visto la cara?

Obviamente no.

Le hizo una videollamada a Helen desde el móvil de su marido para que comprobara por sí misma que le decía la verdad cuando le aseguró que estaban bajo su

“protección”. Que siguiera las instrucciones al pie de la letra estaba hecho. No hay nada como el amor maternal, tan altruista, tan entregado.

Una vez tuvo reunidos a toda la familia, tenía que dar otra vuelta de tuerca y desestabilizar más, si cabe, a su querida inspectora.



Le temblaba todo el cuerpo. ¿Por qué la había elegido a ella? Sabía que estar en un puesto de trabajo como el suyo crea enemistades a veces. Es lo que tiene el éxito, ¿no?

Genera demasiadas envidias. Pero, desde luego, no consideraba que nadie fuera capaz de aquello por ese motivo. Y si no era por eso, entonces ¿por qué? Tanto su hermana como Pete le habían dicho que podía haber cualquier tipo de motivación detrás de todo aquello, desde alguien que se obsesiona contigo por un razón inexplicable hasta una persona con la que has mantenido una discusión en la cola del supermercado. A lo mejor, lo conocía de coincidir casi a diario en alguna cafetería cerca del trabajo o en el restaurante en el que solía comer. Pero no recordaba nada ni nadie que le hubiese llamado la atención.

No saber nada de Joseph y de los niños la estaba matando, pero ya no podía arriesgarse a decirle nada a la policía. Era evidente que estaba pagando cara su osadía.

¿Cómo debería haber actuado? En el fondo, sentía que habría dado lo mismo y que aquel tipo tendría sus planes independientemente de como hubiera reaccionado ella.

Sonó el teléfono. En la pantalla se veía el nombre de Joseph. Era una videollamada.

Se apresuró a contestar. Le temblaban tanto las manos que pensó que se le iba a caer el teléfono de un momento a otro.

—Hola, mi querida Helen. ¿Qué tal el día?

—¿Dónde están mi marido y mis hijos? —preguntó histérica.

—¿Qué modales son esos? Te pregunto por cómo te ha ido y tú me contestas así. No creo que sea buena idea que me enfade, Helen. ¿Tú que crees? De hecho, voy a enseñarte lo que ha pasado la última vez que me he enfadado.

En ese momento enfocó con el teléfono hacia donde se encontraba Joseph. Helen casi se cae al suelo cuando vio la cara de su marido ensangrentada.

—¿Y mis hijos? ¿Dónde están?

—Todo a su tiempo. Es más, ha llegado la hora de que se reúna toda la familia. Hoy mismo estaremos aquí todos juntos. Quiero que sigas muy bien las instrucciones que voy a enviarte a tu móvil, ¿entendido? Si me la juegas, tu familia está muerta. Créeme Helen cuando te digo que tú no eres mi objetivo real, así que sigue las reglas si quieres que esto acabe bien para vosotros. Y lo primero que tienes que hacer es llamar a tu querida hermana y asegurarte de que le queda claro que estáis todos bien. Te recomiendo que seas convincente, porque como me entere de que viene la pasma, los primeros que van a pagarlo son tus pequeños.

CAPÍTULO 44 DESASOSIEGO

ete, tienes que mandar una patrulla urgentemente a

la casa de Derek. El asesino ha estado aquí —dijo

P con voz temblorosa—. Y manda también un coche a

tu casa porque puede que tu familia se encuentre en

peligro.

Todo su cuerpo se agitaba sin control. Nunca había sentido tanto miedo antes. ¿Y si se había llevado a Derek? ¿Era el mismo que estaba detrás de las amenazas a su hermana? En esa carta confesaba haber matado a Erik e insinuaba que también a los demás. Había escrito ‘la penúltima víctima’.

—¿Cómo dices? ¡No me jodas! Voy a llamar a Susan ahora mismo. Enseguida vamos.

—Date prisa, te lo ruego —dijo sosteniendo el arma en la mano mientras se introducía lentamente en la vivienda— y manda un equipo para la recogida de pruebas.

—Ni lo dudes. Ten mucho cuidado y no hagas ninguna tontería, por favor. Vamos para allá.

Llevaba la reglamentaria en la cartuchera. La sacó despacio con la mano derecha.

Con la izquierda palpó el bolsillo de su abrigo para comprobar si aún llevaba la linterna. Pero no hubo suerte. Recordó al notar su ausencia que se la había dejado en comisaría sobre su mesa. Entró despacio. La noche estaba despejada y la luna bañaba de luz el salón, una luz opaca y vahída, pero que ayudaba a vislumbrar si había algo fuera de lugar o algo que no debiera estar. Las sombras eran inquietantes. El viento que mecía las hojas de las palmeras del jardín, dibujaba formas siniestras en movimiento que se reflejaban en las paredes. El salón parecía despejado. Se dirigió al estudio de Derek.

Notó como el corazón daba un latido de menos al sentir su ausencia de manera física.

Allí tampoco había nada.

Regresó al salón y se acercó a la cocina. Los sentidos tan sumamente alerta que incluso percibía la respuesta galvánica de su piel. Su respiración sonaba como un viento enfurecido debido a lo alto que la escuchaba. Sin embargo, lo que advertía era una falta total de otros sonidos.

Calma.

Ausencia.

Soledad.

Subió las escaleras con la espalda pegada a la pared. Sintió como una gota de sudor le resbalaba por la espalda. Cada paso era percibido con total consciencia, con atención plena. Llegó a la planta de arriba. Nada.

Una vez hecha aquella inspección inicial, registró la casa en lo que llegaban sus compañeros. No había ni rastro del asesino.

Como si no hubiera estado allí. Sin embargo, había una evidencia que demostraba que había estado totalmente presente en el interior, profanando el que había sido su hogar hasta la noche anterior.

Cuando llegaron sus compañeros, todos se quedaron estupefactos al

ver lo que había en la pared.

En letras mayúsculas, con lo que parecía sangre, estaba escrito un mensaje claramente dirigido a la inspectora.

ES LA HORA DE TU OCASO

—Dios mío, Kisha. ¿Estás bien?

Pete había llegado con el resto de las patrullas a la casa de Derek. Se había cerciorado de que su mujer y sus hijas estaban bien. Las tres estaban ahora de camino a casa de su cuñada, la cual residía en Santa Bárbara. Iban escoltadas por un par de agentes de máxima confianza del comisario.

—Sí, eso creo. Tienes que leer la carta. Creo que no es para tomársela a broma. Y

espero que no me llames loca, pero te aseguro que empiezo a tener claro que no es un asesino desconocido. Este hijo de puta es Jenkins o, mejor dicho, Frank Murray ya que ahora conocemos su verdadera identidad.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, Pete. Sé lo que digo. ¿Sabes qué se ha llevado de esa pared?

—¿Un cuadro?

—Una foto de The Lone Cypress. Ya sabes lo que eso significa.

—Eso no demuestra nada. Tú no le viste caer.

—Y tú tampoco has visto el cuerpo porque nadie lo encontró.

—Kisha, ¿sabes lo que estás diciendo? ¿Sabes lo improbable que es que salvara la vida?

—Sí, lo sé. Pero también sé que no es imposible. Y esto me lleva a pensar que tal vez le haya hecho algo a Derek, tenemos que tratar de localizarle —Derek está bien, no debes preocuparte —dijo Bill en ese momento, justo cuando acababa de entrar.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Le he visto esta mañana antes de irse. Hemos estado juntos en

Monterey y me ha llamado hace un rato.

—¿Cómo dices?

—Me llamó anoche para quedar porque quería darme una llave de la casa. No sabía si te habías llevado la tuya. Me dijo que había dejado la puerta abierta por si volvías y que te ha dejado una nota en la nevera para que te quedes en la casa.

—¿Dónde está?

—Eso no puedo decírtelo.

—¿Por qué no?

—Porque no lo sé.



Estuvieron varias horas tomando huellas y posibles restos que hubiera podido dejar el intruso. Kisha había visto a Bill hablar con Pete aparte, como si estuvieran hablando de alguna confidencia. Estaba furiosa con él después de saber que había hablado con Derek aquella misma mañana. Posiblemente conocía su paradero pero no se lo quería confesar. Notaba como la impotencia crecía en su interior. Se le estaban juntando demasiados frentes abiertos al mismo tiempo. Si no paraba de pensar en todo aquello, acabaría por explotar.

¿Cómo se podían haber acumulado tantas cosas en tan poco tiempo?

Trató de no darle importancia a la conversación que estaban teniendo Bill y Pete y siguió con los de la científica analizando el escenario y buscando posibles evidencias.

De pronto, Bill se acercó a ella y la tomó del brazo.

—Ven conmigo.

—¿Qué coño haces, Bill? Me estás haciendo daño.

Sin decir una palabra más, la arrastró hasta la calle. Nunca había visto a Bill con tan mal talante. En su cara se leía un enfado creciente.

—¿Qué has hecho, Kisha?

—¿Puedes ser un poco más concreto? Porque no sé de qué mierda me estás hablando.

—¿Vas a empezar otra vez? ¿De verdad?

—No sé a qué te refieres.

—A que otra vez empiezas el descenso por la pendiente sin frenos. Lo estoy viendo y me preocupas, te lo digo de verdad. Entiendo por lo que estás pasando, créeme, son muchas cosas, Kisha. No sé si yo soportaría tanta presión, pero hay límites.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. A las pruebas me remito.

—¿A qué pruebas?

—¿Te has acostado con Julius?

—¿Qué? ¿A ti qué te importa, Bill? Te recuerdo que estoy sola y no tengo pareja, así que hago lo que me da la gana.

—Con Julius, precisamente, cuando sabes que no está bien, que lleva jodido desde que pasó lo de San Martín. ¿Por qué lo has hecho?

—Esto no es asunto tuyo, ¿o acaso es que estás celoso por qué esta vez tampoco te he elegido a ti? O mejor, como tú mismo dijiste aquel día en el hospital: porque para mí nunca volviste a ser una opción —dijo con tono burlón.

—Eres imbécil, en serio. ¿Encima te pones chula conmigo?

—Tal vez lo que te pasa es que la enfermera no te da lo que necesitas y no puedes sacarte de la cabeza el polvo que echamos.

—Desde luego puedes llegar a ser una zorra insufrible, Kisha. Te juro que en este momento te daría un bofetón si pensase que eso sirviese de algo, y sabes que no soy violento, pero es que ahora te has pasado. Tienes una facilidad pasmosa para alejar de ti a todas las personas que te quieren. En serio, no me creo que una vez tras otra cometas los mismos errores. ¿No piensas aprender nunca?

—No me he acostado con él, ¿te enteras? No sé qué te habrá comentado el chismoso de Pete pero esa es la verdad. Nos enrollamos y ya está, pero no fuimos más allá.

—¿Por qué fuiste a su casa?

—Porque no tenía a dónde ir, ¿vale? Discutí con Derek, me dijo que se

iba, que me abandonaba el muy cabrón y, ¿qué querías que hiciera? ¿Que me hubiera presentado en

casa de Darlene y nos hiciéramos un trío? ¿Que me fuera a casa de Pete con las niñas y todo?

—Podías haber ido a casa de Hilka y Stephen. O a un hotel. Es decir, creo que sabías muy bien dónde te metías cuando fuiste a su casa.

—Eres un capullo, que lo sepas. Todos sois iguales.

—No, no lo soy. Me preocupo por ti y no quiero que esto sea otra vez el principio de lo que ya he visto tantas otras veces. Nos conocemos desde hace años y los dos hemos visto el lado más oscuro del otro. Y tengo la sensación que estás a punto de dejarte caer sin red, una vez más.

—Ya sé que soy un puto desastre, Bill, no hace falta que vengas a recordármelo y a decirme que soy insufrible. Lo sé. Ojalá me hubierais dejado morir en ese sótano de San Martín porque mi vida es una mierda, una jodida pesadilla. Ya sabes lo que dicen, muerto el perro se acabó la rabia. Déjame en paz y no te metas en mi vida.

CAPÍTULO 45

Extrañas amistades

a inspectora se dirigió a su coche. Miranda, que

había observado toda la escena, la siguió sin decirle L una palabra. Veía claramente a través del lenguaje corporal de la inspectora la guerra interior que se

estaba librando dentro de ella. Ese paso apresurado,

con la espalda recta y tensa, los puños apretados.

Aquella mujer era muy fácil de leer, porque lo que

pasaba por su cabeza se traducía de forma inmediata

en un lenguaje de gestos que cualquiera un poco

avezado podía leer como un libro abierto.

Cuando ya estaban llegando al coche, Kisha se dio cuenta de que Miranda la estaba siguiendo.

—¿Qué haces, Miranda?

—¿Dónde vas?

—¿Qué? ¿Cómo que dónde voy? En serio, ¿tú también?

—¿Yo también qué? Sólo te he preguntado dónde vas.

—¿Y para qué quieres saberlo?

—Porque voy contigo.

—De eso nada, no necesito un perro guardián.

—Sinceramente, Kisha, a veces no te entiendo. Sólo he dicho que voy contigo, nada más.

La miró fijamente a los ojos, con el rostro pétreo, inexpresivo. Eso era algo que se le daba bien, mirar fijamente a los ojos a alguien, hasta que el otro acababa rendido. Era algo que le había dado muy buenos resultados siempre. Había llegado incluso a sacar confesiones con algo tan simple y nimio como un juego de miradas.

Miranda sabía muy bien lo que estaba haciendo, pero no estaba de más hacerse un poco la tonta de vez en cuando. Le caía bien la inspectora Jennings y se había dado

cuenta de cómo había empezado a marchitarse en las últimas semanas. Intuía que estaba al borde del colapso, aunque no conociese bien todos los detalles. No obstante, sólo había que darse cuenta de que parecía adelgazar por momentos, como si aquello que pasara en su interior hubiera comenzado a devorarla desde dentro. Y después de lo sucedido esa misma noche en la casa del fotógrafo, no era como para dejarla sola.

—Sube —le dijo Kisha, sin más.

En realidad, no había elegido ningún destino concreto porque, para empezar, realmente no tenía ningún lugar a dónde ir. Cuando se encontraba perdida o sobrepasada por alguna circunstancia, conducir la relajaba, la hacía mantenerse en movimiento en una falsa sensación de estar alejándose de los problemas cuando, en realidad, lo único que hacía era correr en círculos alrededor de ellos.

Dentro del coche reinaba el silencio, el cual contrastaba con todo el ruido que había dentro de la cabeza de Kisha. Miranda no tenía ni la

menor intención de iniciar una conversación. Su único objetivo era forzarla a hablar sin que se diera cuenta. Lo que no sabía era que precisamente era el mismo recurso que usaba Stephen en las sesiones de terapia. Kisha era tan nerviosa que no soportaba estar allí sentada sin hacer nada, por lo que, al final, no podía evitar empezar ella a hablar. Hacía ya tiempo que no le había hecho falta recurrir a esa estrategia a su psiquiatra, porque empezaba a contarle todo nada más entrar. Hasta hace unos días, claro, desde el momento en el que por primera vez había puesto sobre la mesa muy en serio lo de la sesión de hipnosis. Desde ese momento, se había levantado un férreo muro de silencio hasta el día anterior, en el que por fin había accedido casi bajo coacción y se había abierto la caja de los truenos y había empezado a vomitar horrores de una pasado muy remoto.

No obstante, con los últimos acontecimientos y la bomba informativa que acababa de explotarle en la cara, nadie sabía lo que podía suceder o qué tipo de ayuda podría terminar requiriendo. El alambre por el que caminaba la salud mental de la inspectora era cada vez más fino.

—¿No vas a decir nada?

—No, ahora mismo no. ¿Por qué? ¿Quieres hablar de algo?

—No —respondió, alternando su vista entre Miranda y la carretera.

La tenía absolutamente desconcertada. ¿Qué hacía allí con ella?

—¿Te apetece tomar una cerveza?

—Claro. Siempre —señaló Miranda.

Llegaron finalmente a un bar del muelle de Monterey. Pidieron dos pintas, la de Kisha sin alcohol. Miranda la miró con sincera curiosidad, pues había dado por hecho que se iba a coger tal borrachera que tendría que acabar por llevarla a casa.

—¿En serio? ¿Una sin alcohol?

—Claro, tengo que conducir.

—Pensaba que querías beber para olvidarte un poco de los problemas.

—No, hoy no. Creo que va siendo hora de cambiar y no cometer una y otra vez los mismos errores. Tengo que aprender algún día, ¿no? Además, ya la he cagado demasiado últimamente. Sobre todo hace un rato con Bill. Todo en mi vida se está yendo al garete —señaló con la

mirada perdida y desesperanza en los ojos—. Y eso que pensaba que ya había tocado fondo. Se ve que siempre puedo ir un poco más abajo.

¿Era irreparable? Tal vez. Le había dicho auténticas barbaridades. Nunca antes se había comportado con él así. Se sentía muy arrepentida y avergonzada. ¿Por qué apartaba a todo el mundo de ella? Tenía toda la razón cuando se lo había dicho Stephen el otro día, se empeñaba en mantener alejados a todos aquellos que le demostraban afecto. ¿Cómo era posible que con la edad que tenía no hubiera sido capaz de encontrar algún tipo de equilibrio en su vida? Al menos, cuando estaba tan enfocada en su carrera antes del secuestro que sufrió en Los Ángeles, no había permitido que nadie se acercara demasiado, salvo Bill, por lo que no había tenido oportunidad de herir a nadie. Tal vez fuese lo mejor. Asumir que no se merecía ser feliz y que debía dedicarse al trabajo de una manera menos emocional, como hacía antes, cuando estaba absolutamente sola.

Anestesiar su corazón para no sentir nada.

Esa sería la solución.

—¿Has oído algo de lo que te estaba diciendo? —le preguntó Miranda.

—¿Qué? No, lo siento. Estaba en mi mundo.

—Vale, pues aprovechando que has vuelto a la tierra, te estaba diciendo que, por lo que conozco a Bill desde que trabajamos juntos, no es alguien rencoroso, así que tranquila, se le pasará.

—Gracias, Miranda.

—¿Por?

—Por estar aquí conmigo ahora.

—No hay de qué.

—¿No vas a preguntarme qué ha pasado? ¿Por qué hemos discutido?

—No. Si tú quieres contármelo, lo harás —respondió dando un sorbo a su cerveza y mirando hacia la televisión, como si le fuera totalmente indiferente.

Kisha la miró desconcertada. No dejaba de llamarle la atención todo en ella. Nunca la veía perder los nervios. Miranda era una mujer de

esas que los tenía bien puestos y sabía como manejar con mano izquierda cada situación sin que se le despeinara el flequillo siquiera.

—¿Por qué sigues mirándome? —le preguntó a la inspectora al notar como no la quitaba ojo.

—Por nada.



—¿Dónde está Kisha? —le preguntó Pete a Bill.

—No lo sé —dijo de mala gana.

—¿Ha pasado algo?

Le miró unos segundos, con los brazos en jarras. Estaba de un humor de perros.

Nunca habían discutido así. Sí habían tenido desavenencias en muchos momentos, eso es natural y hasta constructivo en cualquier relación, esa confrontación de opiniones que provoca un crecimiento cognitivo, un ver más allá de tus propias ideas, entender que hay más opciones. Pero, en esta ocasión, a la inspectora se le había ido de las manos. Había tratado de atacarle de manera cruel. Para ser más exactos, no había tratado de atacarle, se había lanzado a su yugular en un sentido no del todo metafórico.

Tal vez Stephen tuviera razón. En el fondo, parecía que sintiera como si no mereciese que nadie la quisiera, así que lo más sencillo era mostrarse hostil y terminar culpando a los demás por abandonarla. Bill eso debería haberlo tenido en cuenta y no haberse rebajado a su nivel. Se le habían juntado demasiadas cosas y la última había sido la carta de un asesino que amenazaba a todas las personas que la querían y la invitaba a suicidarse como solución alternativa. Después de lo que había dicho antes de irse, le preocupaba que realmente Kisha llegara a considerar como una opción quitarse la vida.

—Hemos discutido. Le he dicho que sabía lo que había pasado con Morgan y se ha puesto… —pensó dos segundos lo que iba a decir antes de continuar, respirando de forma profunda—, bueno, ya sabes, Pete, se ha puesto insoportable. Creo que me ha faltado poco para darle un guantazo, te lo juro. Si hubiera sido un tío, ni lo habría dudado. Menos mal que me he controlado, porque me habría arrepentido toda la vida.

—Ya me imagino la sensación —dijo palmeándole el hombro—. No le des más vueltas, hombre.

—Ya. Es sólo que me preocupa y mucho. Esta vez me temo que, si no pone de su parte, no vamos a poder salvarla porque el peligro no está fuera, sino dentro de ella.

—No pienses en eso ahora, ¿vale? Tenemos mucho que hacer aquí.

Entre lo que habían descubierto hasta el momento estaba que lo de la pared no era sangre, sino pintura. Lo habían rociado con luminol, una sustancia que se usa habitualmente en química forense y que en contacto con la hemoglobina presente en los glóbulos rojos, la cual funciona como catalizador, reacciona produciendo cierta luminiscencia. No había habido reacción positiva. Era una buena noticia. Es más, habían rociado gran parte de la casa con el luminol por si se hubiera perpetrado allí algún crimen y se hubiera limpiado después, pero no habían encontrado ni el menor rastro.

Por otro lado, la carta parecía redactada por el mismo sujeto que había escrito las misivas que le habían hecho llegar a Helen, aunque tendrían que esperar confirmación del laboratorio. Sobre el lenguaje de la carta, al día siguiente hablarían con el doctor Zimmerman para que les diese más información, pero el contenido no dejaba lugar a la imaginación: habían amenazas explícitas, confesiones de crímenes y una clara invitación a que Kisha se suicidara para que el resto de personas dejara de sufrir.

Encontraron una pisada reciente en la entrada de la casa que parecía corresponder a un cuarenta y cinco. Una huella era sinónimo de un rastro y, por tanto, una pista contundente que seguir.

Pero no era la única.

—Bill —llamó, Frank.

—Mira esto —le dijo mostrándole una pequeña fibra embolsada en una bolsa de pruebas—. Estaba en la casa.

—¿Dónde la has encontrado exactamente?

—En el dormitorio principal, sobre la cama.

—Puede no ser nada.

—Morgan dice que la inspectora encontró una fibra similar en los

parterres de la casa de su hermana.

—Déjame verla —dijo Pete, observándola con detenimiento—. Sí, podría ser. Pero en el laboratorio dijeron que era una fibra bastante común que se utiliza para la fabricación de muñecos, por ejemplo. Con la edad de los hijos de la hermana de Kisha, es fácil que pertenezca a alguno de sus juguetes.

—¿Y también se usa para fabricar máscaras o pelucas? —preguntó Frank.

—Sí, supongo que también podría ser el caso.



—Quiero ir a casa de mi hermana a hacer una comprobación —dijo Kisha apurando su cerveza.

—Vamos allá —secundó Miranda, levantándose inmediatamente del taburete y dirigiéndose a la salida del bar.

Tardaron algo menos de diez minutos en llegar a casa de los Hall. Reinaba un silencio adormecido en aquel barrio residencial, lo que no era de extrañar teniendo en consideración la hora que era y siendo ya mediados de diciembre. Las luces de las casas estaban en su mayoría apagadas. Sólo las farolas proporcionaban algo de calidez, aunque también envolvían la calle en un halo de misterio debido a la bruma que venía del mar al entrar en contacto con su luz amarillenta. La casa de la familia de Helen se erigía ante las dos agentes de una manera sombría, como si fuera el hogar de oscuros secretos.

—Tiene pinta de no haber nadie en casa, aunque puede ser solo una sensación. No sería descabellado que estuvieran todos dormidos y por eso haya tanta quietud.

—Me da mala espina, que quieres que te diga, Miranda. No veo el coche de mi hermana por ningún sitio.

—Puede estar en el garaje.

—Puede ser, pero ahí sólo meten el de Joseph, por lo que le ha contado a Pete, si no recuerdo mal.

—Bueno, es un garaje grande. Quizás, debido a los últimos acontecimientos haya cambiado esa costumbre.

—Tenía que haber venido antes. Hasta ahora, sí me había respondido a las llamadas, al menos, la mayor parte de las veces. Pero esta noche no. Y después de ver la carta, no sé ni qué pensar. ¿Tú has llegado a leerla?

—Sí, pero no tiene por qué significar nada. También amenazaba a la familia de Pete y estaban bien.

Ambas tenían el mismo presentimiento, pero Miranda trataba de buscar una explicación lógica que fuera irrefutable y demostrara que se estaban aventurando sin evidencias claras.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—Esta mañana. Fue una conversación muy breve. Dijo que estaba bien, pero no me lo creo. Estaba demasiado insistente, tratándome de convencer de que todo iba de maravilla. Recibe una carta siniestra ayer, va a buscarme a comisaría y después se va sin decir ni adiós. ¿Y hoy me dice que todo está perfecto? No me lo creo.

—¿Y no has vuelto a verla desde entonces?

—Sí, Julius y yo vinimos a verla.

—¿Y?

—Dijo que todo estaba bien, que tenía una reunión online con unos asiáticos, pero cuando entramos en la casa, en el ordenador no había ni rastro de dicha reunión.

—A ver, no te voy a engañar. A mí también me da mala espina, pero también es cierto que puede que haya una explicación sencilla. Debemos tratar de no cegarnos.

—No lo sé. La verdad es que no lo creo.

Se quedó unos minutos pensativa, valorando la posibilidad de llamar a la puerta. No obstante, teniendo en cuenta la hora de la que era, quizás no fuese la mejor idea.

—¿Sabes una cosa? Me cuesta creer que el mismo hombre que ha asesinado a los hombres del muelle y a Erik, que eso ya es evidente aunque el *modus operandi* sea tan diferente, sea también el que ha estado vigilando a mi hermana y su familia. Es de locos.

¿A qué tipo de monstruo nos enfrentamos? Después de ver la pintada

en la pared, realmente he creído que era el Asesino del Ocaso. Ya no sé qué pensar porque, por otro lado, eso sería algo totalmente irracional. Después de haber caído por el acantilado con un disparo en el costado es imposible que se salvara.

—No estoy de acuerdo.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Yo he practicado la escalada desde que era adolescente y, obviamente, desde cierta altura, lo más probable es no sobrevivir. Pero hay ciertas estrategias que puedes poner en marcha durante la caída y que también se entrenan.

Además, el estado de forma física es muy importante para salir con vida de algo así.

La inspectora estaba alucinando. ¿De verdad era posible que hubiera sobrevivido?

Aunque nunca había tenido la certeza absoluta al no aparecer el cadáver, confiaba en que que el azar no le premiara dándole una segunda oportunidad como aquella en la vida.

—¿A qué te refieres con distintas estrategias?

—Verás, Kisha, por un lado es muy importante la capacidad que tenga cada uno para mantener la calma. Si te dominan los nervios, no hay nada que hacer, estás abandonado a tu suerte. Si por el contrario, eres capaz de mantener la mente fría, puedes hacer varias cosas. Por ejemplo, puedes tratar de poner tu cuerpo en posición de arco para reducir la velocidad de la caída. Esto lo hacen mucho los paracaidistas cuando algo falla. Además, puedes tratar de agarrar algo mientras caes. En el lugar donde cayó Frank Murray, no sería difícil para alguien experimentado y en buena forma agarrarse a ramas o vegetación que sobresaliera. Eso además ayudaría a absorber algo del impacto de la caída.

—No me lo puedo creer —señaló estupefacta.

—Pues créetelo porque aún no he terminado. Algo que se aprende desde el principio es a tratar de dividir una caída en varias partes. Igual que puedes tratar de agarrar algo como te acabo de decir, también puedes tratar de golpearte con los salientes de tal manera que, aunque sufras heridas que pueden ser incluso graves, reduces la posibilidad de que el impacto final sea mortal. Por otra parte, es

fundamental tener el cuerpo relajado, evitar cualquier tipo de rigidez porque eso haría más probable sufrir daños graves en órganos vitales. Asimismo, protegerse la cabeza con las manos, doblar las rodillas y algunos que otros consejos más, pueden ayudar a aumentar de manera considerable las probabilidades de supervivencia.

—Entonces, ¿tú crees que sobrevivió? —preguntó deseando que la respuesta fuera negativa.

—Sería posible, desde luego. Además, si cayó en el agua, el golpe final no sería tan fuerte. Piensa en cuánta gente practica los saltos desde los acantilados y lo hacen desde alturas incluso superiores a la del precipicio en el que está el Ciprés Solitario.

—¿Y qué hay del disparo? Porque Bill estaba convencido de haberle perforado un pulmón.

—Tal vez es lo que quiso creer. Pudo ser un tiro superficial o que llevase algo encima que le protegiera.

—¡Mierda, mierda, mierda! —dijo con desesperación, mientras se giraba y volvía a mirar hacia la casa de su hermana con auténtico terror.

—Lo siento, no pretendía angustiarte, sólo quiero que manejes todas las variables. Lo más probable es que muriera, pero hay que mantener todas las posibilidades abiertas.

Kisha volvió a girarse hacia Miranda.

—Había matado a distintos tipos de víctimas, pero esto se sale de cualquier patrón.

Nunca se había llevado a una familia entera, ¿me entiendes?

—Ya sabes, el *modus operandi* es variable porque no deja de ser comportamiento aprendido. Lo que no cambia es la firma, que es lo que el asesino hace para satisfacer su compulsión, sus necesidades e instintos primarios.

—Y, si es Jenkins como he estado pensando…

—Frank Murray.

—¿Qué?

—Que su nombre real es Frank Murray, por si no lo recuerdas.

—Sí, lo sé, pero, ya sabes, la costumbre. Como iba diciendo, Jenkins o Frank Murray o como queramos llamarlo, lo que trata de satisfacer es una necesidad de observar el sufrimiento humano.

—Lo cual, me imagino que estás pensando, no cuadra demasiado con los asesinatos del muelle, aunque sí con el de Erik Mason, al que torturó brutalmente. Pero, tal vez, lo que sucede es que no lo sabemos todo. Quizás los humillaba mientras mantenía relaciones sexuales con las víctimas y eso, junto con la brutalidad que ejercía con ellos posteriormente, satisficiera esa especie de canibalismo emocional. Siempre habéis pensado que no tenía una firma clara y es lo que puede parecer en apariencia. Pero la firma está ahí. Observa como sufren, de un modo u otro. Puede que incluso todo comience desde la fase de cortejo, cuando se da cuenta de que son infelices y disfruta mientras se lo cuentan. La victimología en este asesino es variable y el modo en el que mata a las víctimas también, pero su firma es estable. Y si no lo fuera, podría ser por algún que otro motivo.

—Pero él no secuestraba a las víctimas durante largas temporadas. Solamente durante periodos cortos. Todo parece diferente ahora. De hecho, no sabemos con seguridad cuánto tiempo ha podido estar Erik bajo su dominio, pero por el grado de cicatrización de algunas heridas, la forense sospechaba que fácilmente diez días. Eso no es lo común en él.

Según pronunció esta frase, una angustiosa cantidad de recuerdos estallaron en su cabeza, cuando ella misma estuvo a su merced durante días.

La voz de Miranda la sacó de su ensimismamiento.

—Puede que predominen los crímenes rápidos, pero no son los únicos. Sin ir más lejos, tenemos el ejemplo de las chicas de la pasada primavera. Las capturaba y, cuando las tenía bajo su control pero, además, ya eran conscientes de que iban a morir, es cuando las asesinaba, alimentando así su hambre de sufrimiento ajeno, esa hambre vampírica que habéis comentado en alguna ocasión. Y además, observaba el sufrimiento psicológico que te causaba a ti y a tu pareja. Por lo que, no sólo disfruta con

la violencia física y el miedo que conlleva saber que la muerte está cerca. Con los hombres del muelle, no lo hemos visto, porque se ha ceñido a esos crímenes más rápidos. Sin embargo, que no lo veamos no significa que la firma no esté ahí, tal y como sucedía con algunos de los hombres que aparecían en Hollywood Oeste. Y, antes de que me

preguntes por qué sé tanto de este caso, te avisaré que lo he estudiado a fondo. Pete me ha dado acceso a algunos expedientes de la investigación que hubo aquí en Carmel porque Bill se lo pidió. Desde que nos conocimos en San Francisco, hemos hablado mucho de este asesino en concreto y él conoce mi interés en él.

—No lo sé, Miranda. Es todo demasiado confuso, la verdad.

—¿No te has planteado que haya más de un sujeto?

—Lo planteamos al principio de la investigación, pero acabamos por descartarlo.

—¿Y un trastorno de personalidad disociativa? Tal vez convivan en él distintas personalidades y la dominante sí conozca lo que hace la personalidad sumisa, pero no al revés. Eso justificaría el cambio de victimología con relativa frecuencia.

—Eso también lo contemplamos en su día, pero al final lo descartamos porque los crímenes que cometía parecían llevados a cabo todos por personalidades Alfa. A pesar del nivel de violencia encontrado en sus crímenes, son escenarios controlados y tiene la frialdad de calcular los riesgos al milímetro. No deja cabos sueltos, no comete errores.

Eso requiere de un grado de control que nada tiene que ver con lo que aparentemente se observa en sus crímenes. Es un psicópata, además, que puntúa alto en narcisismo, puesto que nos desafía en ocasiones, se burla e incluso es capaz de retarnos, tal y como vimos en los crímenes de la pasada primavera cuando nos dejaba mensajes en las gargantas de las jóvenes. Los sumisos suelen ser más inseguros e impulsivos a la hora de cometer los crímenes. Sienten miedo y actúan de manera precipitada y, en muchas ocasiones, pasional. No suelen llevar la voz cantante, sino que al contrario, asumen el rol de ayudante. Cuando asumen el rol principal, sienten pánico y, por eso, sus crímenes no son tan calculados, sino que hay caos y descontrol por doquier.

—Tal vez convivan en él más de dos personalidades. Tal vez haya dos personalidades alfa y una beta. Es algo muy raro, pero algún caso se habrá dado.

—Sí, pero también es cierto que algunos psiquiatras no consideran ni siquiera que lo que comúnmente se conoce como personalidad múltiple sea un trastorno real. No hay unanimidad de criterio respecto a este trastorno en concreto.

—¿Y por qué no se lo consultas al doctor Meyer? Tienes buena

relación con él, ¿no?

Seguro que no se muestra proclive a ayudarnos.

—Tal vez lo haga.

—Deberías. Bueno, creo que será mejor que nos vayamos. Está casi claro que aquí no hay nadie. Es hora de barajar otras opciones y empezar a actuar. Creo que, si es Murray, está en plena escalada de violencia.

La inspectora se estremeció de la cabeza a los pies. Presentía que algo muy grave estaba sucediendo y no alcanzaba a ver ni la punta del iceberg.

CAPÍTULO 46

Pedir perdón

uando regresaron a Carmel, se dirigieron en primer

lugar a la casa de Derek. Era muy probable que

C continuasen allí sus compañeros recogiendo pruebas y analizando la escena. Kisha sentía un nudo en el

estómago. Demasiadas emociones de las tóxicas se le

habían acumulado en su interior. Tenía que pedirle

perdón a Bill, eso era lo primero de todo. Se había

excedido en su reacción y no podía permitirse

perderle también a él.

Tal y como esperaban, aún estaban ahí. Era una casa relativamente grande y había que registrar todo con sumo cuidado, tanto el exterior como el interior de la casa. El asesino había estado allí y había que peinar el escenario como si no hubiera un mañana.

En cuanto se bajaron del coche, Kisha divisó a Bill. Estaba con Russell revisando algo cerca de la puerta de la entrada. Él se giró y la miró. El arrepentimiento era como un puño que le estrujaba el corazón. ¿Cómo podía haberse mostrado tan ruin con alguien que siempre la había apoyado?

—Me he portado con él como una puta chiflada —pensó en voz alta cuando se dirigía hacia él, con unos nervios desconocidos que eran fruto del pánico a que Bill no quisiera saber nada más de ella.

Era hora de comerse su orgullo, de tragárselo por mucho que le costara, y disculparse. Era hora de empezar a valorar lo que tenía de una vez por todas. Más bajo no podía caer.

—¿Puedo hablar contigo? —le preguntó al acercarse.

—Por supuesto.

Se alejaron unos metros. Kisha estaba cabizbaja. Le atemorizaba encontrar rencor en aquellos ojos que siempre se habían mostrado tan comprensivos.

—Lo siento. Lo siento muchísimo —dijo levantando despacio la mirada hacia él.

—Vale, tranquila. No pasa nada.

—No me digas que no pasa nada porque no me lo merezco.

—Yo también he sido un capullo. Debería entender por lo que estás pasando en este momento. Estuve ayer contigo en el hospital y vi tu sufrimiento en primera persona.

Luego salió lo de las noticias y, cuando llegaste a casa, descubriste que Derek se iba.

Han sido muchas cosas de golpe y no las he tenido en cuenta como debería.

—Sí, pero eso no lo justifica.

—Olvidémoslo, ¿vale? Esto no va a ningún lado. Es más, ahora mismo lo que más me interesa es cerciorarme acerca de cómo ha podido saber que Derek se había marchado, aunque ya tengo mis sospechas. ¿Se lo habías contado a alguien?

—A Julius y a Pete. Nadie más.

—Luego esto nos lleva de nuevo a la teoría del topo dentro de comisaría. Y creo que Morgan tiene razón y es Tessa, tenemos que ponerle una trampa mañana para comprobar nuestra teoría.

—O interrogarla directamente.

—Ya la he interrogado hoy. La he pillado escuchando junto a la puerta del despacho de Pete y, poco después, estaba hablando con alguien por teléfono. Me ha parecido que le contaba algo de lo que había escuchado, pero no he podido oírla con claridad.

Cuando me la he llevado a la sala, no he logrado sacarle nada. Se ha enrocado, así de simple. Y no hay motivos suficientes aún para solicitar una orden y confiscarle su móvil.

—¡Será zorra! ¿Cómo puede haberle estado pasando información a un asesino? Por mucho que me odie, no imaginaba que pudiera ser tan mezquina y llegar hasta ese extremo.

—Lo sé. A mí tampoco me cuadra. Tal vez no sepa que es un psicópata. Sabes que pueden ser encantadores cuando quieren y Tessa no parece la persona con mayores habilidades sociales del mundo. Posiblemente la haya embaucado y ella crea que es el mejor hombre que ha conocido en su vida. En todo caso, déjame que lo hable con Pete,

¿vale?

—Vale.

Respiró hondo para calmar la furia que pugnaba por salir de la peor manera. El ser humano cada vez le parecía más incomprensible.

—¿En qué puedo ayudar ahora?

—¿En serio me preguntas eso? ¿Acaso eres una novata? —preguntó con aire desenfadado para rebajar la tensión que había habido entre ellos aquella noche.

—No, claro que no.

—De cualquier modo, no creo que fuera buena idea que estés aquí, salvo que nos ayudes a identificar si falta algo más en la casa aparte de la foto.

—De acuerdo. Haré lo que pueda.

—Antes de que entres, Kisha, debes saber que he hablado con Derek hace un rato.

Está bien. No te preocupes por él. No me ha dicho dónde está y tampoco le he contado nada de lo que ha pasado aquí hoy. En

cualquier caso, no te molestes en llamarle porque me ha dicho que va a tener apagado el teléfono. Creo que necesita un tiempo para reflexionar.

—Supongo que no quiere que le localice.

—Por el momento no. Dale tiempo. Estoy seguro de que todo se va a solucionar.

—Ojalá, pero yo no tengo demasiadas esperanzas. Gracias.



Una noche más, el tiempo les engulló y devoró las horas que deberían haber dedicado al sueño. El cansancio, la tensión, la amenaza evidente que había caído sobre todos y cada uno de ellos empezaba a notarse en los ánimos de todos.

Al día siguiente debían afrontar la resolución de muchos pequeños misterios que tal vez les acercaran un poco más al asesino. La fibra sobre la cama, el análisis de la carta, la valoración que pudiera darles el doctor Meyer acerca de un posible trastorno de personalidad, la posible implicación de Tessa pero, sobre todo, qué había pasado con Helen y su familia.

Pete aquella noche volvía a una casa vacía. Era la primera vez en veinte años y notaba que ese vacío se le metía dentro. Aquella era una pesadilla que parecía tener tentáculos que se colaban por todos los rincones.

Bill sentía miedo por primera vez en mucho tiempo. No por él, ese tipo de miedo nunca lo había sentido. Desde que entró en el FBI sabía perfectamente a qué se exponía, formaba parte del pack que aceptabas al formar parte de las fuerzas de la ley. Tenía miedo por Darlene y por algo más. Sabía que en la carta no había una mención expresa hacia ella, pero había amenazado a la familia de Pete. ¿Por qué con él sería diferente?

Quizás a él no le tuviera tan controlado como a los demás porque de manera habitual no residía en Carmel. Aún así, no estaba de más extremar las precauciones.

Julius experimentaba una confusión creciente después de lo que había sucedido con Kisha la noche anterior. Se sentía perdido, a la deriva. ¿Por qué había acudido a él y luego se había marchado? Y encima en aquella dichosa carta también se hacía referencia

a él, como si le hubiera estado observando desde hace tiempo y aquel psicópata estuviera dentro de su mente. El modo en cómo se refería a él le hizo sentirse peor aún de lo que lo había hecho hasta ese momento. Tal vez si para todo el mundo era tan evidente lo jodido que estaba, fuera el momento de pedir ayuda antes de que fuese demasiado tarde.

En lo que a Stephen y a Hilka, les habían avisado de que tuvieran todas las precauciones posibles. En realidad, no había amenaza explícita hacia ninguno de los dos en la misiva, sino que aquel criminal sólo hacía referencia a hechos del pasado. Aún así, Pete les había rogado que llamasen pidiendo ayuda ante la más mínima señal de alerta.

Por su parte, Russell y Frank habían vuelto juntos al motel en el que dormían todos los miembros del FBI, excepto Bill que se quedaba en casa de su pareja. Ambos tenían experiencia en investigaciones difíciles porque, incluso a pesar de la juventud de Russell, los dos habían trabajado en bastantes casos complejos. No obstante, no paraba de sorprenderles el hecho de que se estuvieran sucediendo tantos hechos violentos en aquella pequeña localidad y sus alrededores. Cuando el mal se empeña en extender su veneno, cuesta mucho encontrar el antídoto que lo detenga.

Aquella noche o, mejor dicho, lo que quedaba de ella, Kisha acabó durmiendo en la habitación de Miranda. Dormir en casa de Derek no le parecía una buena opción por el momento, especialmente porque seguía acordonada hasta que se revisase nuevamente al milímetro con la luz del día.

—Puedes venir conmigo. Hay un sofá cama en la habitación —le había dicho Miranda—. Eso sí, no te imagines ni por un momento que voy a cederte la cama. Estoy demasiado cansada. Además, tú eres delgada y no demasiado alta, así que en el sofá cabes de sobra.

—Nada que objetar. Al contrario, gracias por darme un lugar en el que pasar la noche. A la hora que es y en la época del año en la que nos encontramos, me veía durmiendo en un calabozo, porque dudo mucho que pudiera encontrar algo abierto.

Y aunque necesitaban dormir, a pesar de que precisamente era el descanso lo más urgente en ese momento para recuperar unos cerebros extenuados después de aquella jornada interminable, Kisha no pudo pegar ojo en toda la noche pensando en si le habría pasado algo a su hermana.

Y pensando en alguien más.

CAPÍTULO 47

Acción

essa. Aquella mujer había ocupado gran parte de su

pensamiento esa noche. ¿Y si Julius tenía razón?

T Bill parecía también estar convencido. La muy zorra había estado escuchando su conversación con Pete.

Le parecía inconcebible que fuera ella el topo. Una

cosa era tratar de enterarse de lo que no le convenía y cuchichear, pero trasladarle esa información de

manera consciente a un asesino en serie eran

palabras mayores. ¿De verdad guardaba aquella

mujer tanto odio y tanta rabia en su interior?

Se levantó muy temprano intentando hacer el menor ruido. No tenía ningún sentido seguir ahí mirando al techo mientras pensaba en aquello y rumiaba pensamientos autodestructivos. Imaginaba como sería la vida de los que le importaban sin ella en el mundo y desde luego cada vez estaba más convencida de que sería mucho mejor. Su existencia parecía tener cada vez menos sentido. Quizás el asesino tuviera razón y las cosas se resolvieran antes si ella se quitaba de en medio.

Con un suspiro trató de ver más allá del presente y desechó aquella funesta idea de su mente.

Al menos, por el momento.

Le escribió una nota a Miranda para avisarla de que se iba, pero justo antes de que saliera por la puerta, ésta se despertó.

—¿Dónde diablos vas? ¿Has visto la hora que es?

—Lo siento, no quería despertarte. No podía dormir y me he cansado de dar vueltas.

—Vas a acabar enferma, ¿lo sabes, no? Sólo hay que verte. Desde que

llegué aquí, debes haber adelgazado varios kilos.

—No tengo tiempo de pensar en eso, Miranda. Cuando acabe todo esto, tengo que arreglar demasiadas cosas. Pero, de momento, sólo hay un asunto que ocupa toda mi atención.

—Espero que no sea demasiado tarde para ti cuando todo esto termine. Ni siquiera sabes si tendrá final.

—Nos vemos en comisaría. Descansa, si puedes.

—Intentaré dormir una hora más al menos. Iré pronto para allá.

Lo primero que hizo al subirse al coche, fue escribirle un mensaje a su hermana por si existía la mínima posibilidad aún de que la contestara y hubiera una explicación plausible para lo de anoche. Era demasiado pronto para llamarla puesto que eran poco más de las seis de la mañana. Aunque pudiera estar rastreando su móvil el asesino, prefería arriesgarse a ello y saber algo de ella que seguir en aquella absoluta nada.

"*Necesito que hablemos. Estoy preocupada* "

Esperó unos segundos. El mensaje había sido recibido pero aún no lo había leído. En cuanto llegase a comisaría, volvería a revisar si le había contestado.

Gracias a que en Carmel las distancias no eran excesivas, en unos quince minutos estaba aparcando a la entrada de la Jefatura de Policía. Apagó el motor y revisó el móvil.

"*No sé por qué te preocupas, ya te he dicho que estamos bien. Besos, hermanita querida* ".

¿Besos?

¿Hermanita querida?

No podía ser Helen. Nunca le había mostrado ni el más mínimo afecto. En cuanto llegasen los técnicos, solicitaría que intentasen localizar desde dónde había sido enviado ese mensaje.

Su nivel de preocupación no hizo más que crecer.

Otro nudo en el estómago se lo cerró un poco más y le volvió a quitar las pocas ganas que tenía de comer. Apenas había probado bocado el día anterior, pero no tenía ni el menor rastro de hambre. Se tomaría

un café para mantenerse despierta. Presentía que se avecinaban momentos cruciales.

Debía intentar concentrarse en todo lo que tenía que hacer aquel día. Había que pasar a la acción de manera inmediata. El problema era que seguían estando casi a ciegas. Tal vez lograsen localizar el móvil de su hermana y eso les condujese a un avance significativo.

En su cabeza se armó algo así como un croquis que debían seguir aquel día.

Primer paso.

Kisha estaba decidida a investigar el pasado de Tessa y tenía que ser ya. ¿Y si no había sido casualidad que recalara en aquel Departamento de Policía? ¿Y si ese había sido el plan del asesino desde el principio? Había que escarbar en todo lo que había hecho hasta llegar allí. Si era quien pensaban, si realmente le pasaba información al asesino, podría conducirles directamente hacia él.

Segundo paso.

Tratar de localizar el móvil de Helen o, cuando menos, la antena más cercana desde la cual le había enviado el mensaje. Aquello podría ser clave. Tal vez les llevase a la ubicación del acosador o, cuando menos, les ofrecería una localización aproximada.

Tercer paso.

El análisis de la fibra que habían encontrado debía ser prioridad. Si era igual que la encontrada en el parterre de la casa de los Hall, entonces ya no habría duda de la conexión. No habían hecho demasiado caso cuando la encontró porque podría pertenecer a un muñeco, aunque parecía algo más dura. Habrían dado por hecho que podría ser eso. Pero también podía pertenecer a una peluca o una máscara. En cualquier caso, era un material sintético bastante genérico. Aún así, si conseguían dar con el fabricante, tal vez esa pista les llevase a las tiendas de la zona donde distribuían productos que contuviesen aquella fibra en concreto. Era una aguja en un pajar, pero al menos era algo.

Dentro de este mismo paso, debían considerar la pisada que habían hallado y que correspondía a una zapatilla del número cuarenta y cinco. En su último encuentro con Jenkins se dio perfecta cuenta de que era un hombre de cierta envergadura y ese número de calzado podía encajar perfectamente. Desconocía si ese dato estaría recogido

en su expediente, puesto que no había habido cuerpo ni encarcelación para la recogida de todos esos datos que no aparecen en una ficha normal y corriente. De cualquier modo, sabía que no debía obcecarse con que fuera él, a pesar de la conversación mantenida con Miranda la noche anterior.

Cuarto paso.

Llamar al doctor Zimmerman para que analizase la última carta. Ésta, a diferencia de las anteriores, no había sido manuscrita, por lo que, salvo que se usase una impresora muy específica, no iba a llevarles a ningún sitio. Pero necesitaba saber si la carta también indicaba que ambos sujetos eran el mismo o existía alguna diferencia entre ellos.

Quinto paso.

Debían hablar con Stephen acerca del trastorno de personalidad disociativa para saber en qué punto estaba la investigación en la actualidad. Este paso estaba vinculado

en cierta medida al anterior. Dependía de la información preliminar que les ofreciera el neurolingüista respecto a la personalidad de quien había escrito la última misiva.

Sexto paso.

Diseñar la estrategia a seguir. Por supuesto, que apareciera en su cabeza en el sexto lugar no implicaba que fuera el último, sino más bien todo lo contrario. No obstante, sería consecuencia directa de todo lo demás. ¿Le pondrían una trampa a Tessa o al posible infiltrado? ¿Interrogarían nuevamente y de forma más directa a la administrativa? Cada vez le parecía menos probable que algún miembro del equipo fuese quien pasaba información. Los agentes de otras delegaciones no habían estado en todas las reuniones ni en todas las actuaciones llevadas a cabo, sino sólo en aquellas que se había requerido la ayuda de más efectivos sin colapsar la comisaría, es decir, procurando siempre que hubiera suficientes agentes para atender otro tipo de situaciones que pudieran darse. Y, por supuesto, confiaba al cien por cien en los cuatro agentes del FBI, así como en Pete y en Julius.



Nada más llegar, buscó información sobre Tessa en las bases de datos de las que disponían. Era demasiado pronto para llevar a cabo cualquiera de las otras actuaciones, así que empezó por la que no

admitía demora. No había ningún antecedente legal ni ningún tipo de denuncia, ni siquiera por multas de aparcamiento o por retrasarse en el pago de algún impuesto. Era cierto que, aunque su aspecto fuera descuidado, al menos en un pasado relativamente reciente, el orden de su mesa y la pulcritud de su trabajo rayaba la obsesión. Era como si conjugase aspectos contradictorios dentro de ella.

Por un lado, ofrecía una imagen desaliñada, como si su aspecto físico no le importara o, tal vez, trataba de camuflarse y pasar desapercibida. No sabía si alguien en su pasado la habría herido haciendo referencia explícita a su aspecto. Ese tipo de cosas, pueden ejercer un efecto demoledor en la autoestima.

Por otro lado, era una mujer muy meticulosa con su trabajo. Todo lo hacía con absoluta perfección. No toleraba los errores, ni propios ni ajenos.

Aún quedaban cerca de dos horas para que llegase a su puesto de trabajo, así que podía inspeccionar su mesa con relativa tranquilidad. En comisaría sólo estaban los del turno de noche, que no eran muchos y estaban a otros asuntos en aquel momento. Si le preguntaban qué estaba haciendo, se inventaría alguna excusa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó alguien a su espalda justo al mismo tiempo que lo estaba pensando. La casualidad hizo que pegara un pequeño salto por el susto que le había dado.

—Pues tampoco soy tan feo, ¿no?

—Joder, Pete, vaya susto me has dado. ¿Qué haces aquí tan temprano.

—Podría preguntarte lo mismo. No sé por qué me imaginaba que tú tampoco habrías dormido demasiado. Será mi intuición femenina.

—Estás gracioso hoy, ¿eh? Como si te hubieras comido un payaso.

—Ja ja ja —dijo haciendo un gesto con su mano a la altura del abdomen como si se estuviera partiendo en dos.

—Tal vez nos conocemos ya demasiado.

—Bueno, ¿qué crees que vas a encontrar ahí? —preguntó señalando la mesa de la administrativa.

—No lo sé. Voy un poco a la desesperada. He buscado en la base de datos información sobre ella y tiene un expediente impoluto, aunque

no estuvo demasiado tiempo en su anterior trabajo. Tal vez estaba sustituyendo a alguien que se encontraba de baja, puesto que estuvo menos de tres meses y no es un período habitual en los contratos. Pero, quién sabe, igual en su mesa encontramos alguna pista, no sé, una anotación en la agenda, alguna referencia al asesino o yo qué sé. Voy un poco a la desesperada, para qué mentirte.

—Tal vez lo mejor sería revisarle el móvil. Ahí sí que puede tener conversaciones interesantes o algún número con el que hable con más frecuencia.

—Sí, evidentemente, pero no sé cómo lo vamos a conseguir. ¿Quién nos va a dar una orden sin motivo suficiente?

—Yo ya no me voy a andar con paños calientes, Kisha. Mi familia está a varios cientos de kilómetros de aquí porque ha sido nítidamente amenazada por un jodido psicópata. Prefiero que luego me sancionen que seguir con este calvario.

—Pero tenemos que tener cuidado de que no nos anulen la investigación o las pruebas en un supuesto proceso judicial por saltarnos el procedimiento.

—Muy bien, si ahora te importa tanto seguir la burocracia al pie de la letra, entonces, atendiendo al procedimiento, te ordeno que te vayas a casa porque hay quien aún piensa que puedes estar implicada en el asesinato de Erik. Con tu presencia aquí, pones en peligro toda la investigación.

—Pero eso es una estupidez y lo sabes. Podría tener algún sentido si no fuera porque estuve todo el puñetero día con vosotros cuando apareció el cuerpo y nos avisaron. Ya lo comprobamos ayer en la reunión de la mañana, cuando repasamos todos mis

movimientos de aquel día minuto a minuto. Es materialmente imposible que esté implicada.

—Me da igual ya todo, Kisha. La cuestión es, ¿nos vamos a ceñir escrupulosamente al procedimiento o vamos a jugar las cartas que tengamos?



Había estado llamándole y enviándole mensajes desde el día anterior. El maldito agente del FBI le había metido una idea en la cabeza que la estaba martilleando de tal forma que hasta le había provocado una

cefalea. La había pillado soltando información indebida y sabía que eso era una falta grave, por lo que podía peligrar su trabajo. Su trayectoria profesional había sido intachable, nunca le habían podido poner una falta en su expediente por un trabajo mal hecho, aunque sí la habían despedido por otros motivos con anterioridad. Concretamente, eso es lo que había ocurrido en su último puesto. Por suerte, al final había conseguido llegar a un acuerdo con la empresa para que el incidente no figurase en su expediente.

Había agredido a una compañera de trabajo a la que detestaba. Por aquella época, trabajaba en una empresa que se dedicaba a la producción en serie de componentes para instalaciones eléctricas. Era una empresa muy grande con un departamento de administración que contaba con quince empleados. Se había cansado de que aquella mujer la tratase con tanta condescendencia y se metiera en todo lo que hacía, juzgando su trabajo y menospreciándola sin descanso. Posiblemente lo hacía por envidia, porque Tessa ponía mucho cuidado en hacer las cosas bien.

Un día, simplemente se hartó y le dio un bofetón que le costó el trabajo pero que sin duda la hizo sentirse poderosa por una vez. Nadie quería un escándalo, así que los jefes consiguieron convencerla de que no interpusiera la denuncia y Tessa, a cambio, abandonaría su puesto de manera silenciosa para que nadie más saliera perjudicado.

Sin embargo, lo más preocupante en la actualidad no era perder el trabajo, porque según le había explicado aquel federal tan estirado, si lograba establecer la conexión entre ella y el criminal, pasaría una buena temporada a la sombra por complicidad en delito de sangre.

Sabía que aquella vez había traspasado un límite imperdonable, pero lo que sugería Bill Zucherinni era inaudito e inadmisible. Sencillamente, no lo podía creer. Mark no era ningún psicópata. No era posible que la única persona que realmente le había prestado atención en su vida fuera un asesino en serie como le había insinuado.

De pronto vio que el último mensaje sí había obtenido respuesta. Ella le había escrito:

"*por favor, Mark, tienes que contestarme de una vez. Un federal me ha estado interrogando. La policía piensa que eres el asesino del muelle de Monterey* ".



Para cuando fueron llegando todos, Kisha y Pete ya habían diseñado

un plan.

Habían estado adelantando todo el trabajo que pudieron. Kisha había enviado un mensaje tanto a Stephen como al doctor Zimmerman para que contactaran con ella directamente o con la comisaría en cuanto estuvieran disponibles, pues tenía una consulta urgente que hacerles. Respecto a la fibra encontrada en la cama del dormitorio principal de la casa de Derek, habían llamado al laboratorio para que su análisis fuera prioritario y lo contrastasen con la que habían hallado unas semanas antes en la entrada de la casa de la hermana de la inspectora. Habían dejado también un mensaje a los del departamento informático para que en cuanto llegaran hablasen con Pete, pues requerían de sus servicios sin demora.

El engranaje se había puesto en marcha.

La tensión estaba por las nubes.

CAPÍTULO 48

Tensión

a tenía reunida a la familia al completo. La altiva

Helen Hall había acudido mansamente como un

Y corderito a su llamada. Desde que había comenzado

a vigilarla varios meses atrás, siempre le había

parecido una mujer soberbia y que destilaba un

exceso de confianza en sí misma. Sin duda, estaba

acostumbrada a mandar, lo cual cuadraba con el

cargo que ocupaba en su empresa. Así que había

tenido que forzarla a seguir sus instrucciones

porque ya desde los comienzos había observado que

no era una mujer que se plegara con facilidad a lo

que le decían que hiciera.

Con su marido, por el contrario, había sido coser y cantar. No hay

nada como tener una baza con la que jugar. Se había dejado atrapar de manera sumisa.

—Joseph, en serio ¿eres tú? —le había preguntado aquel día justo cuando salía de su trabajo.

—Disculpa pero no tengo ni la menor idea de quién eres.

—Venga va, no digas tonterías. Ven aquí hombre —le dijo acercándose mucho a él.

Y así, muy cerca los dos, es cuando le dejó caer la bomba que acabaría con la vida que había conocido hasta aquel momento.

—Sé lo de tu infidelidad, pero eso no es lo más importante porque, en cualquier caso, vas a venir conmigo y hacer lo que te diga. Te recomiendo que no hagas ni la menor tontería porque tengo un arma y no voy a dudar en utilizarla ni por un instante.

Después, le contó una mentira piadosa, como que tenían que recoger a sus hijos porque tenía a Helen secuestrada y, si no hacía lo que le estaba pidiendo, no volvería a verla con vida.

En realidad, Helen era a la última que se iba a llevar. Necesitaba que mantuviera la apariencia de que allí no pasaba nada hasta que todo estuviera preparado para atraer a Kisha a su trampa mortal.

—¿Me crees, Joseph? —le dijo separándose de él con una gran sonrisa, como si estuvieran manteniendo una conversación del todo liviana.

Joseph le miraba estupefacto. El secuestrador observó al banquero, como se movía arriba y abajo su nuez en su garganta, un signo gráfico y claro de lo que le estaba costando digerir lo que estaba sucediendo en aquel momento.

—Si no me crees —señaló, acercándose nuevamente a él—, puedes preguntárselo a los cinco que han encontrado sin vida en las últimas semanas en el muelle.

Ni la menor resistencia. Le siguió como si fuera un ser alienado sin personalidad alguna, escoltándole como un autómata hasta su coche. Se subieron y se dirigieron hasta el centro escolar de los chicos.

—Les vas a decir a tus hijos que les vamos a llevar a un lugar especial y por eso los recogemos antes del colegio. Si haces la menor tontería,

te aseguro que habrá una masacre. Tú decides.

Sabía que no iba a intentar nada. Después de tantos años, no le costaba nada estudiar el comportamiento humano. Era evidente que Joseph era fácil de manipular para alguien como él. Detrás de aquel traje y su cargo en el banco, en realidad se escondía una personalidad conformista que acostumbraba a seguir las normas. Su salida del guión, su mayor rebeldía, había sido su infidelidad, una forma de rebelarse ante una persona dominante y autoritaria como su esposa.

Pero cuando un peligro real acechaba, a ese hombre le faltaban arrestos para enfrentarse a sus miedos.

A los pocos minutos, subió a los niños al coche. Ellos estaban muy contentos, porque ese día se habían escaqueado de, al menos, un par de sesiones de aburridas clases.

La inocencia inherente a la infancia.

—¡Qué bien! ¿Y dónde vamos?

—Mi amigo va a llevarnos a un lugar especial —respondió Joseph mirándole de refilón y con temblor en la voz.

—Sí, es una sorpresa que tenemos para vuestra madre.

—¡Ah, que diver! Oye, amigo de papá —dijo el niño.

—Dime.

—¿Por qué tienes esas cicatrices en la cara?

—Ya ves, me caí por un acantilado —dijo riéndose como si fuera broma.

Una media hora después, llegaron a la cabaña donde se acabó fingir. Era hora de que conocieran su nueva realidad.



Su teléfono había estado sonando sin parar. La pesada de Tessa no paraba de llamarle y mandarle mensajes diciéndole que tenían que hablar. Ya había perdido prácticamente toda utilidad y estaba valorando seriamente quitarla de en medio. Un daño colateral que no iba a molestar a nadie.

Estaba demasiado ocupado aquel día como para atender llamadas

ñoñas y mensajes estúpidos. Hasta que vio en la pantalla bloqueada el último.

—¡Será idiota!

Tenía que pensar cómo reaccionar. Al final, debía haber sido más consciente de que introducir un segundo elemento en la fórmula podía alterar el resultado, puesto que era una variable que no estaba controlada al cien por cien. Hasta aquel instante, todo parecía haber ido bien. En realidad, demasiado bien, teniendo en cuenta las pocas habilidades sociales de la administrativa y su incapacidad para fingir. Pero si el federal la había estado escuchando mientras hablaban, era porque ya la tenía en el punto de mira.

Debía pensar cómo actuar a continuación.

Tenía que encontrar la forma de aprovechar esa baza.

Finalmente contestó al último mensaje que le había mandado.

"*No te preocupes por nada. Te llamo en cuanto pueda* ".



Sin embargo, esa llamada aún se haría esperar. Primero telefoneó a Helen desde el móvil de su marido. Era momento de dar un paso adelante. En cuanto llegase a su nuevo hogar, tendría a la familia al completo con él y sólo le quedaría ir a casa del fotógrafo a dejar los pertinentes mensajes que había preparado de una forma un tanto apresurada para lo que le hubiera gustado. Pero las circunstancias mandan y la repentina marcha del artista había provocado que tuviera que cambiar sus planes a toda velocidad.

—¿Te gusta lo que ves? —le dijo al enseñarle la imagen de su marido y sus hijos cautivos en la videollamada—. Muy bien, pues es hora de que vengas para acá. Más

vale que te asegures que a tu hermana le queda claro que todo va sobre ruedas.

Recuerda que tengo controlado tu móvil. Te mando la localización con el tiempo estimado de llegada. Si te retrasas, no puedo garantizarte lo que vas a encontrar.

Menos de cuarenta minutos después, Helen estaba en la puerta. El secuestrador abrió con la taser en la mano y le aplicó una descarga,

para asegurarse de que no intentara nada. Cuando la tuvo controlada, descubrió al cachearla que, tal y como imaginaba, había planeado hacer una tontería. Llevaba una pequeña arma escondida, lo que, aunque no le sorprendió, sí le puso furioso por esa falta de respeto hacia su autoridad.

Cuando ya se encontraba menos aturdida, vio con horror el estado lamentable en el que estaba su marido y a sus hijos muertos de miedo.

Se acercó mucho a su cara y la miró con atención. Toda su soberbia y su altanería parecían haberse evaporado en un segundo.

En sus ojos sólo se leía terror.

—Seguro que te han dicho muchas veces, Helen, que tú hermana es más guapa que tú, ¿a que sí? No hace falta que contestes porque estoy seguro de ello. Imagino la envidia que eso te provocaría. Los vuelve locos a todos, ¿te has fijado? Siempre están revoloteando a su alrededor. Sin embargo, no entiendo que ven en ella. Yo te elegiría siempre a ti sin dudarlo —aseveró, lamiéndole el rostro.

CAPÍTULO 49 LLAMADAS

l primero que se puso en contacto fue el doctor Zimmerman. Los de laboratorio ya estaban trabajando en el análisis cotejado de la fibra y los informáticos trataban de E triangular la señal del móvil de la hermana de Kisha.

—Inspectora, he visto el mensaje. Decía que necesitaba hablar conmigo con urgencia.

¿De qué se trata?

—Hay una nueva carta. Bueno, en realidad, dos porque aún no había tenido tiempo de mostrarle la segunda que recibió mi hermana anteayer. Sin embargo, me gustaría que analizase la última y me comentase qué opina. Es la que más me preocupa.

—De acuerdo. ¿Puedes mandármela por mail o necesitas que la vea en persona?

—Por mail está bien, puesto que el papel es un folio normal y corriente y, esta vez, está escrita en letra de imprenta.

—Perfecto entonces. La llamo en cuanto la revise.

En cuanto colgó, volvió a llamar al hospital para ver si podía localizar al doctor Meyer. Le dijeron que seguía ocupado y que creían que iba para largo, puesto que estaba en una junta con el Consejo de Administración del hospital.

Cuando regresó a la sala de reuniones, Miranda y Frank se disponían a acudir al domicilio de Tessa. Tal y como habían sospechado, no se había presentado a trabajar aquel día. En ningún sentido, eso podía ser una buena señal. O bien se había largado o el asesino había descubierto que sospechaban de ella.

Poco después, el doctor Zimmerman la llamó de nuevo.

—Cuénteme, doctor.

—Desde luego hay mucho que decir, aunque trataré de ser breve. Supongo que ya habéis llegado a la conclusión de que las amenazas no son en vano.

—Sí, eso lo tenemos bastante claro.

—Me lo imaginaba. Pues bien, tiene pensado actuar de manera inmediata. Utiliza muchas expresiones que lo indican: tenía muchas ganas de ponerme en contacto contigo, estoy deseando que nos encontremos, ojalá tengamos la oportunidad, al Jefe de Policía le espera algo pronto… En fin, diría que esta carta anuncia que quiere llevar a cabo su plan en un plazo máximo de cuarenta y ocho horas, aunque sé que es aventurado que lo diga sin más datos. Por otro lado, te conoce, eso es evidente y en lo que escribe hay un claro juego de dominación psicológica. Unas veces se dirige a ti

como inspectora y otra por tu nombre de pila, tratando de sembrar, entre otras cosas, un poco de desconcierto. Utiliza un lenguaje muy directivo y culto, lo que puede indicar formación universitaria pero, sobre todo, parece una forma de reforzar su posición de poder con vocablos que pueden ser relativamente técnicos como pueden ser coadyuvante y entropía. Puede que tenga cierta formación científica, debido a que usa numerosos términos relacionados con la ciencia, aunque es un poco atrevido decir esto, ya que puede ser sólo una pose. Emplea un lenguaje correcto, no sólo en lo concerniente a la gramática, sino que parece emplear un tono discursivo educado, como si te mostrase respeto, aunque al mismo tiempo trata de ejercer un maltrato psicológico sobre ti. De hecho, emplea un recurso típico en los maltratadores cuando dice “*mi querida Kisha, no eres más que un error de medida* ”. Trata de demostrarte afecto pero al mismo tiempo

juega con tu autoestima tratando de machacarla.

Kisha le escuchaba con toda la atención que podía, aunque notaba como ésta iba y venía. Aquella carta había terminado de romper la poca estabilidad que le quedaba.

Aquella carta, además, había reforzado sus ganas de morir para dejar de sufrir. Un alivio póstumo que terminaría también con el sufrimiento de los demás.

—¿Cree que es el mismo tipo que escribió la otra carta que le enseñé cuando estuve en Palo Alto?

—Bueno, tengo algunas dudas. El formato, por ejemplo, es radicalmente opuesto. No obstante, a pesar de utilizar medios diferentes, diría que sí, ya que comete el mismo tipo de faltas de ortografía en el uso de las letras capitales, aún predominando la corrección ortográfica en todo el texto. En esta carta escribe Doctor con mayúscula, cuando sólo se escribe así el formato abreviado. En la otra misiva, por el contrario, escribía ángel de la guarda en minúscula, cuando en ese contexto, la forma más correcta habría sido en mayúscula. Sin embargo, no parecen cuadrar a la perfección ambas personalidades. El de esta misiva es alguien acostumbrado a manipular, una clara personalidad alfa que no se manifestaba tan abiertamente en la carta anterior. No sé si esto les servirá de ayuda.

En todo caso, si descubro algo más, se lo haré saber.

—Gracias, doctor Zimmerman.

—No hay de qué. Ojalá sirva para que le cojan.

—Creo que todos deseamos lo mismo.



—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Bill que la había visto salir unos minutos antes para poder hablar con más calma.

—Que no tiene claro al cien por cien que sea el mismo tipo, aunque sospecha que sí, y que posiblemente tiene pensado actuar en un margen de tiempo inferior a las cuarenta y ocho horas.

—Bueno, nosotros vamos a hacerlo incluso antes. Parece que el móvil de tu hermana sigue teniendo señal y tenemos una ubicación aproximada. Así que vamos a organizar el operativo y nos ponemos en

marcha.

—Eso es fantástico —dijo Kisha sorprendida.

En ese momento, sonó nuevamente su teléfono. Esta vez era el doctor Meyer el que la llamaba. Le hizo un gesto a Bill indicándoles que tenía que responder a esa llamada.

—Kisha, me han dicho que necesitabas hablar conmigo con urgencia. He salido un momento de la reunión. Cuéntame, ¿qué te ocurre?

—Estoy bien —mintió—. No te preocupes. Te llamo por otro asunto. Se me ha ocurrido que podrías aclararme algunas dudas respecto al caso que tenemos entre manos. Seré lo más breve posible.

—Adelante.

—Quería saber qué piensas acerca de la personalidad múltiple.

—¿El trastorno de identidad disociativo?

—Exacto.

—Bueno, sigue siendo un asunto controvertido. De hecho, en algunas ocasiones se puede llegar a confundir la esquizofrenia paranoide y lo que antes se conocía como desorden de personalidad múltiple. No está muy claro que haya la suficiente evidencia científica que justifique la existencia de este trastorno, a pesar de que sí está recogido y perfectamente definido en el DSM V, es decir, en el manual diagnóstico de psiquiatría de la APA. En dicho manual se dice que los trastornos disociativos consisten en una alteración de las funciones integradoras de la conciencia, la identidad, la memoria y la percepción del entorno.

—Stephen, perdóname, pero si me hablas como si se lo contaras a una niña de tres años, te lo agradecería.

—De acuerdo. Disculpa. La costumbre, supongo. Verás, lo que caracteriza a la esquizofrenia paranoide es el predominio de ideas delirantes y alucinaciones, así como lesiones graves a uno mismo y a los demás, junto con alteraciones de la personalidad.

¿Hasta aquí bien?

—Sí, continúa.

—De acuerdo. En el caso de la supuesta identidad disociada es la falta

de coherencia o de organización en la estructura mental la característica predominante.

—No te entiendo.

—Déjame que siga. Frecuentemente, existen problemas de memoria disociativa, es decir, hay algunos aspectos almacenados en la memoria episódica, que se corresponde con nuestras vivencias, pero que no llegan al plano consciente. El cerebro los disocia y los mantienen alejados de la conciencia. En realidad, podría decirse que el fenómeno disociativo es algo así como un mecanismo de defensa que funciona de forma parecida a la represión de recuerdos traumáticos.

—Es decir, se parece a lo que me pasa a mí.

—No, para nada. En tu caso, el trauma se manifiesta a través de los sueños. En este trastorno, la experiencia traumática se mantiene alejada de la conciencia a través de una amnesia disociativa. El origen suele estar en acontecimientos psicotraumáticos de la infancia, como abusos sexuales o malos tratos. No obstante, teniendo en cuenta los criterios para hacer un diagnóstico diferencial que se recogen en el manual que he citado antes, para dictaminar la existencia de una personalidad múltiple, habría que valorar si existe una perturbación de la identidad cuya característica principal sea la existencia de dos o más estados de la personalidad. Debe existir una discontinuidad notable del sentido del yo, acompañado de alteraciones afectivas, en el comportamiento, la memoria, la conciencia, la percepción… También deben aparecer lapsos recurrentes en la memoria de acontecimientos cotidianos, información personal importante y/o sucesos traumáticos incompatibles con el olvido ordinario.

—La pregunta es, ¿podrían coexistir distintos tipos de personalidades? Me refiero, a una personalidad beta y una alfa o a dos alfa y una beta.

—El último caso sería muy raro. Si ya es infrecuente que haya dos personalidades, tres es demasiado, aunque no todos los psiquiatras te dirían lo mismo, dependiendo un poco de la corriente que siga cada uno. De hecho, hay alguno que asegura que pueden coexistir hasta cien personalidades sin que unas sepan de la existencia de las otras.

Incluso en ese caso tan improbable, suele haber una que domina sobre las demás y es la que aparece con más frecuencia. No obstante, no sería descabellado que una personalidad fuera la protectora, la que lleva la voz cantante, la fuerte y, por el contrario, la otra fuera la sumisa. Pero dos personalidades alfa creo que sería demasiado. Tal

vez una alfa y dos betas podría ser menos descabellado.

—Sólo una pregunta más. ¿Tú crees que el Asesino del Ocaso sufría este trastorno?

—¿El Asesino del Ocaso? ¿Qué tiene que ver esto ahora?

—Tenemos algunos indicios de que pueda estar vivo. Y, respecto al análisis que ha hecho el doctor Zimmerman de la carta de mi hermana y una que recibí ayer, no está seguro de que sea la misma persona. He pensado que podría tratarse de una personalidad disociada, algo que ya barajamos en Los Ángeles.

—Bueno, tendría que conocer al paciente y sería necesario pasarle una batería de pruebas. Sin embargo, no sería totalmente disparatado, puesto que no es habitual una victimología tan variada en un mismo psicópata. Un trastorno como éste del que hablamos, lo explicaría, pero también la esquizofrenia paranoide. Sin embargo, debido a su narcisismo y su psicopatía, habría que estudiarlo a fondo. Para serte sincero, quizás el doctor Carvin podría decirte más sobre esto. Según parece, el conocimiento de este trastorno de personalidad se debe en gran parte a los estudios experimentales sobre la hipnosis.

—Gracias, Stephen. Pero no hace falta. Creo que ya tengo suficiente.

—De nada. ¿Algo más?

—No, por el momento es todo.

—¿Cuándo vamos a vernos? Tenemos que trabajar juntos, Kisha. Después de lo del otro día, estás en un momento especialmente delicado. No podemos posponerlo. Me preocupas y mucho.

—Estoy bien, de verdad.

—Hilka también está preocupada. Dice que apenas sabe nada de ti.

—No he tenido demasiado tiempo, pero la llamaré.

—Hazlo. Nos preocupamos por ti, de manera sincera. No sólo porque seas mi paciente.

—Lo sé. Gracias.

—Tengo que dejarte.

Nada más colgar, le entró una nueva llamada.

CAPÍTULO 50

Situación

abían sido muchas horas de coche, pero le pareció la mejor alternativa desde el primer momento. Tal vez

H

la elección se debió a la inmediatez que le

proporcionaba, sin esperas por un avión, por

ejemplo, y también debido la libertad de

movimientos que te proporciona tu propio vehículo.

Sin embargo, estaba convencido de que el principal

motivo había sido salir de Carmel cuanto antes sin

mirar atrás, porque si lo hacía, si lo hubiera pensado una segunda vez, tal vez no hubiera seguido

adelante.

Dicen que el amor duele.

A veces, es cierto.

El cansancio había hecho mella en él en algunos momentos, a pesar de sus estancias en distintos hoteles para dormir y bastantes paradas para pasear y aprovechar para hacer algunas fotos cuando algún paisaje le parecía que merecía la pena. Tenía claro el primer destino en el que se detendría durante varios días. Ya conocía bien la zona de otras visitas anteriores que había hecho, pero esta vez haría una exploración a fondo.

Sabía que se escondían parajes de una belleza sin igual más allá de las zonas turísticas más visitadas. Aquella era una zona donde la naturaleza presidía la vida, un paraíso en el que se concentraban un diez por ciento de los árboles de todo el planeta tierra. Necesitaba aquello, esa oxigenación en medio del bosque, con la inigualable imagen de las rocosas como telón de fondo.

Necesitaba reconectar consigo mismo.



Estaba claro que iban a ser horas claves. Era evidente que lo que venía a continuación eran hechos no aptos para corazones frágiles o enfermos. Todo empezaba a acelerarse a un ritmo vertiginoso, como si

alguien hubiera lanzado a rodar una gran piedra redonda

por una montaña y ésta, salvado el lento inicio de la pendiente, estuviera en plena caída sin control.

Aún le martilleaba la cabeza después de las conversaciones con los dos especialistas, cuando su teléfono sonó. Cuando Kisha miró la pantalla, vio que era su hermana quien la llamaba. Por un segundo, quiso permitirse un poco de esperanza.

Craso error.

Descolgó sin decir una palabra, esperando que quien estuviera al otro lado empezara a hablar.

Durante unos segundos nadie dijo nada.

Una respiración profunda atravesaba los hilos telefónicos poniendo en alerta cada una de sus células.

En cuanto fue consciente de quién podía haber al otro lado, se levantó, se acercó hasta donde estaban los demás y les hizo una señal para que hablaran con los técnicos y tratasen de localizar la llamada. Ella puso el altavoz para que todos lo oyeran y Bill activó la grabación con su propio teléfono móvil.

—¿Éste es el nuevo juego, inspectora? ¿Vamos a jugar a los silencios?

—Tal vez.

—Ahora sí respondes. Me alegro. Sería una estupidez perder esta oportunidad de hablar. ¿Sabes quién soy? Seguro que sí. O tal vez no. Puede que no sea quien imaginas.

¿Crees que he vuelto de entre los muertos o sólo soy un imitador? ¿Y si soy un cómplice, un elemento con el que no contabais?

—¿Dónde está mi hermana?

—Ssssssh. Despacio. No tengas tanta prisa, mi pequeña Kisha. ¡Qué gracia! Hasta me ha salido una rima. Cuéntame, ¿qué tal lo llevas? ¿Qué tal sienta saber que eres el origen de todo lo malo que le sucede a los que te rodean? ¿Has pensado en lo que te escribí? Me apuesto a que sí. Eres frágil y desequilibrada. Estoy seguro que ya has barajado distintas posibilidades. Volarte la tapa de los sesos puede que sea lo más rápido, pero habrás pensado en que tus propios compañeros

tendrían que recogerlo todo y eso sería muy desagradable. Incluso sería un tanto cruel. Tal vez tomarte un bote de pastillas sería un método mucho más limpio.

Bill la miraba con atención. Él había leído la carta como todos allí y le preocupaba mucho el contenido, especialmente conociendo el estado actual en el que estaba su amiga y el casi permanente sentimiento de culpabilidad que tenía. Se le revolvió el

estómago cuando se dio cuenta de que verdaderamente ella había pensado en quitarse de en medio.

—¿No me dices nada?

—No tengo nada que decirte. Sólo necesito que me digas dónde está mi hermana.

—Prefiero que lo averigües por ti misma. Tu hermana y su familia, como ya supondrás. Y, ya sabes, siempre prefiero que vengas sola. Esto es algo entre tú y yo.



Había llamado desde el exterior de la cabaña. El primer paso ya estaba dado. Ahora tenía que enviar a Tessa para distraerles y preparar lo demás. Después de aquel mensaje que le había enviado el día anterior, le había quedado claro que habían descubierto que había estado filtrando información a quien no debía. Bueno, al final podía no ser tan malo. Cada cual debe aprender a jugar sus cartas.

Había tratado de convencerla de que todo aquello lo había hecho por su bien. No lo de los asesinatos, en eso había mentido de manera firme negando cualquier implicación.

Había reconocido que había ejercido cierta violencia con el ex novio de la inspectora pero que, una vez conseguida la información necesaria, le había dejado marchar y estaba en plenas condiciones físicas. Otra mentira sin importancia revestida del amor incondicional que hace que lleves a cabo actos deleznables por otra persona. Y lo último, secuestrar a la familia de la hermana de la inspectora Jennings, lo había hecho por y para ella, para que pudiera ver sufrir a su principal enemiga.

—¿No eres capaz de entender que todo esto lo he hecho por amor? Quería demostrarte lo importante que eres para mí.

Bueno, tan estúpida no era, así que, desde luego, no parecía estar totalmente convencida, así que la invitó a que fuera a la comisaría de Carmel y les condujese hasta la cabaña. Se entregaría sin condiciones. Otra mentirijilla sin importancia. Le dijo que, si les llevaba ella misma hasta allí, creerían que en ningún momento había sabido nada.

Aunque sospechaba que ya habrían localizado la llamada que acababa de realizar, enviándola a ella tal vez ya no tuvieran la menor duda. Había dejado intencionadamente encendidos los móviles de Helen y su esposo. No debería ser tan difícil localizar de donde provenía la señal siendo una zona tan aislada, donde no habría interferencias y las torres cercanas al centro de visitantes de aquel parque natural la situarían con relativa facilidad.

Una vez estuvieran todos allí, comenzaría la masacre.

CAPÍTULO 51 HECHOS

ill se la llevó un momento a una sala apartada para

hablar con ella. Lo que había visto en su expresión le B tenía atemorizado. Si ya de por sí podía ser un tanto kamikaze en las misiones, temía que esta vez su

conducta fuera deliberadamente suicida.

—Dime que no tiene razón. Dime que no has pensado en ello.

Kisha le miró a los ojos. ¿Qué podía decirle? Quería mentirle, quería ser capaz de engañarle, pero dudaba que él se lo tragara. Bill la conocía demasiado bien.

—Tú no lo entiendes.

—¿Qué no entiendo?

—Estoy tan cansada, Bill —las lágrimas acudieron a sus ojos—. Sólo quiero dejar de sufrir, nada más.

—¿Quitándote la vida? ¿Esa es tu idea de dejar de sufrir?

—No lo sé.

—No te lo voy a permitir, ¿me entiendes? No voy a separarme de ti ni un milímetro.

Si caes, caemos juntos, te lo aviso. ¿Es eso lo que quieres?

—Bill yo…

—Contéstame, ¿es lo que quieres?

—No.

—Pues se acabó. Tenemos trabajo. Hay que salvar a tu hermana y su familia. Es cuestión tal vez de minutos que tengamos una ubicación más concreta de la señal de su teléfono, así que no tenemos tiempo que perder.



—Tenemos resultados de las fibras —dijo Julius según entró en la sala. Estaban ya todos allí. Frank y Miranda estaban ya de vuelta. No habían podido localizar a Tessa y estaban investigando sus contactos y personas cercanas para tratar de localizarla.

Julius y Russell habían ido al laboratorio a recoger los resultados. Era poco probable que estuvieran tan pronto, puesto que las habían recogido la noche anterior. No

obstante, gracias al análisis previo de la que ya recogiera Kisha semanas atrás, llevó menos tiempo hacer la comparación y conocer su composición.

—¿Traéis el informe?

—Sí. Ambas son idénticas. Se trata de hilo de torzal, un material sintético que es cien por cien poliéster. Son unos hilos especiales con los que se tejen las pelucas, muñecos, pero también vaqueros, lonas… Se usa porque es especialmente resistente y mantiene su consistencia y textura, es decir, no suele despelucharse, para que me entendáis. Éste en concreto es bastante caro por su calidad y resistencia. Después de apretarle un poco las tuercas a los del laboratorio, cotejarlo con varias bases de datos y hacer algunas llamadas, hemos podido averiguar que hay una empresa muy concreta de fabricación de máscaras y pelucas que provee a un estudio de cine de Los Ángeles y que nos ha dicho que este hilo en concreto con esa tonalidad tan rara entre cobrizo y un marrón desgastado lo fabrican en exclusiva para ellos.

—Buen trabajo, chicos —dijo Pete—. Cada vez estamos más cerca de resolverlo.

—Jefe —alertó Julius—. Mira quien acaba de entrar por la puerta.



La cabaña tenía únicamente una habitación de planta cuadrada mínimamente amueblada. Había un catre para dormir, una estufa y unos fogones que hacían las veces de cocina. Un armario y una nevera que había conocido tiempos mejores completaban el mobiliario. Los demás complementos que se podían observar en la estancia, no estaban ni mucho menos destinados para la vida, sino para la caza y la tortura. Un estrecho y abrupto sendero rodeado de árboles permitía el acceso hasta allí en coche.

Si no lo conocías, era un lugar casi inaccesible.

En aquella estancia tan poco acogedora se encontraban los cuatro miembros de la familia. Los niños estaban atados juntos, mientras que Joseph y Helen se hallaban esposados a una barra que estaba sujeta a la pared. Joseph tenía la cara ensangrentada, puesto que había descargado con él gran parte de su ira. Los niños, en cambio, se encontraban en perfecto estado físico, aunque no psicológico. Habían presenciado como aquel animal golpeaba con fuerza a su padre sin el menor motivo.

—Espero que estéis cómodos —dijo con ironía—, aunque no queda mucho para que todo termine.

—Si es a mí a quien quieres, déjales irse a ellos. Ya me tienes aquí. Joseph necesita un médico. Apenas puede respirar. No nos necesitas a todos. Dime qué tengo que hacer y lo haré.

—¿Crees que esto lo hago por ti, Helen? ¡Qué egocéntrica eres! Me has decepcionado.

Pensaba que eras un poco más lista. Esto no tiene demasiado que ver contigo y mucho menos con ellos —dijo señalando con un gesto de la cabeza hacia donde se encontraban su marido y sus hijos—. Pero me gusta lo que veo, vuestro sufrimiento, vuestro miedo.

No, creo que no voy a dejaros marchar a ninguno por el momento. Además, deberías darme las gracias porque te he mostrado qué tipo de hombre es tu marido en realidad.

—¿Qué quieres de nosotros?

—Saldar una cuenta pendiente, nada más. Y se acabó la cháchara. Si sigues hablando tendré que amordazarte. Tus hijos y tu marido, aunque me ha costado mi esfuerzo, ya han entendido que los quiero

bien calladitos. No has visto como gritaban y lloraban, especialmente el pequeño —afirmó mirando hacia el niño, el cual se estremeció de terror—. Estoy siendo demasiado indulgente contigo. Así que más vale que no me cabrees.



Pete miró hacia donde acababa de señalar Julius. Tessa estaba entrando por la puerta. Casi al mismo tiempo, se acercó uno de los informáticos. Por fin tenían una localización bastante aproximada.

—Jefe. Lo tenemos. Bueno, no la ubicación exacta, pero no será difícil cercar la zona.

La señal se encuentra próxima al Jacks Peak Park. Es una zona bastante boscosa y no hay demasiada cobertura, pero aún así lo hemos logrado.

—Buen trabajo.

Julius se había levantado y se había dirigido hacia la entrada para interceptar a Tessa.

—¿Por qué no has venido a trabajar hoy? Contesta —dijo enfadado Julius—. ¿Qué coño has hecho, Tessa?

—Tengo que hablar con el Jefe —respondió ella compungida—. Lo siento. No sabía lo que hacía.

Fue con ella hasta donde estaban los demás. Nada más entrar dirigió su mirada hacia Kisha, pero ésta no la miró. Esta vez no habían ni rastro del envalentonamiento reciente, sino absoluta vergüenza y arrepentimiento.

—Sé dónde está. He hablado por teléfono con él. Me ha explicado cómo llegar y me ha enviado la localización GPS —señaló mostrándoselo en su móvil—. Decía que quería explicarme todo cara a cara. Si sirve de algo, puedo llevaros hasta él. Creo que allí tiene

secuestrada a la familia de la inspectora Jennings. Lo siento, muchísimo. Según me ha dicho, lo ha hecho todo para demostrarme que me quería.

En ese momento Kisha levantó la mirada. Había fuego en sus ojos. Se levantó y se dirigió hacia ella.

—¿Cómo puedes ser tan estúpida? ¿Aún crees que esto lo ha hecho porque te quería?

Por si aún no te has enterado, ese ser es incapaz de querer a nadie salvo a sí mismo. Es el puto Asesino del Ocaso y tú crees que ha hecho esto por ti. En serio, ¿eres completamente idiota o te lo haces?

—Vale ya, Kisha.

—¡No me toques los huevos, Pete! Esta imbécil le lleva pasando información desde el principio y tú me dices que no me pase. ¿En serio? ¿Qué tal si se lo contamos a los familiares de las víctimas?

—Vale ya, te digo. Esto no nos conduce a ningún sitio ahora mismo. La localización, por el contrario sí. Y por lo que estoy viendo en su móvil, está dentro del área que nos han pasado los informáticos. Así que ahora lo que hay que hacer es prepararse para ir a por él. Tenemos que organizar el operativo lo antes posible.

Después de estudiar varios planos, algunos de ellos con vista satélite de la zona, decidieron ir en varios coches para acceder desde frentes diferentes y poder tener rodeada la pequeña edificación que mostraban los mapas. Se pusieron los chalecos antibalas y cogieron las armas y municiones que iban a necesitar.

Estaban ya a punto de salir, cuando de pronto, Kisha se quedó paralizada.

—Aquí hay algo raro. Esto no cuadra.

—¿Qué es lo que no cuadra? —le preguntó Frank.

—Nos está llevando a donde quiere. No es casualidad que Tessa haya venido hasta aquí para mostrarnos la localización. ¿Dónde coño está Tessa?

—Sigue en el despacho de Pete hablando con él. Están esperando que llegue su abogado.

—¿Y si no está arrepentida? ¿Y si esto es exactamente lo que quiere el asesino, llevarnos hasta la misma boca del lobo?

—Eso cuadraría perfectamente con su personalidad —dijo Miranda—. Creo que tienes razón y esto es demasiado sospechoso.

—Primero deja encendido el móvil de Helen y te llama desde él para

que podamos localizarlo y ahora viene Tessa con la ubicación exacta —afirmó Bill.

—Es una trampa —concluyó Kisha.

CAPÍTULO 52 MOMENTOS

o cuadraba. Era tan improbable que fuera tan

sencillo que lo más posible es que aquella fuera una

N acción premeditada de Jenkins para arrastrarles

hasta donde quería. Habían olvidado por un

momento que la noche anterior habían encontrado

una carta en la que amenazaba prácticamente a

todos y cada uno de ellos, ya fuera de forma directa o indirecta.

Aquello tenía pinta de ser una ratonera.

Seguramente habría contado con la premura y las ganas de las fuerzas de seguridad de rescatar a la familia secuestrada para dejarles las miguitas de pan que él quería, y así llevarlos hasta una trampa mortal.

—Tenemos que llamar a los S.W.A.T. Esto no podemos hacerlo solos —señaló Bill.

—Eso mismo creo yo —apoyó Russell—. Antes de prepararme para entrar en el FBI estuve valorando la posibilidad de incorporarme a los S.W.A.T. y ellos son un equipo de élite entrenado para llevar a cabo operaciones de alto riesgo como puede ser ésta. No en vano aquí estamos hablando de rescate de rehenes, que es una de las cosas para las que están especialmente entrenados y no tenemos la menor idea de hasta qué punto está armado el asesino.

—El problema aquí es cuánto tiempo tenemos —puntualizó Kisha—. Yo creo que cuenta con que, después de llamarme, iba a acudir yo sola y sin demora a rescatarles.

Me preocupa lo que pueda hacer si no aparezco.

—No vas a ir sola. Que ni se te pase por la cabeza —dijo Pete, que había salido de su despacho y había dejado a un agente al cargo de la custodia de Tessa.

Bill la miró con reprobación. Después de lo que había hablado con ella unos minutos antes le inquietaba que intentase usar aquella excusa

para quitarse de en medio y que emprendiera alguna acción suicida.

En realidad, no se le había pasado por la cabeza aquella idea esta vez, pero con sus antecedentes, posiblemente todos creyeron que iba a hacer una locura.

—No, claro que no. Lo que trato de decir es que, tal vez, algunos podíamos adelantarnos para estudiar el perímetro.

—Lo siento, pero no. Hasta que no lleguen los S.W.A.T. nadie se mueve de comisaría. Mientras tanto, necesitamos interrogar a Tessa y que nos cuente todo lo que pueda.



Menos de una hora después, llegó al Departamento de Policía de Carmel una unidad del cuerpo de élite para colaborar. Nunca en aquella localidad se había visto tal despliegue policial.

Respecto al interrogatorio de la administrativa, no habían sacado demasiado, puesto que no conocía gran cosa de aquel que ella llamaba Mark. La única información útil que habían obtenido fue su descripción física, la cual cuadraba con lo que habían dicho recientemente algunos testigos respecto a las cicatrices de la cara.

La cabaña estaba a unos veinticinco minutos. La zona era boscosa y escarpada, por lo que poner un pájaro de vigilancia no iba a servirles demasiado puesto que la espesura de los árboles y la canopia impediría la visibilidad gran parte del tiempo. Aún así, tendrían un helicóptero preparado para despegar por si fuese necesario en algún momento de la operación.

La planificación requirió de un tiempo que no tenían, pero no podían jugársela con acciones imprudentes. Debido a lo anticipado que era el ocaso en aquella estación del año, emprendieron la marcha hacia el lugar cuando ya empezaba a declinar el sol. Por suerte, los S.W.A.T. contaban con equipamiento específico para afrontar casi cualquier adversidad, puesto que usaban vehículos blindados, granadas de aturdimiento, gafas de visión nocturna y detectores de movimiento para determinar de forma encubierta las posiciones de los rehenes y los secuestradores dentro de lugares cerrados como sucedía en este caso.

Tenían a los mejores de su parte.



En la cabaña, el nerviosismo era creciente. Había preparado todo con anticipación suponiendo que acudirían en cuanto tuviesen la localización de la cabaña. Pero, aunque conocía bien la zona porque había vivido allí los últimos meses, la realidad es que la noche jugaba en su contra. Empezó a pensar en que Tessa no había cumplido con su parte y la policía aún estaban tratando de ubicar la señal del teléfono de Helen, el cual seguía conectado para que pudieran llegar hasta él.

¿Cómo podían ser tan inútiles?

En un arrebato de inquietud, se acercó hasta la hermana de la inspectora para volcar su rabia.

—Me parece que la zorra de tu hermana nos la está jugando —le dijo agarrándole fuertemente la cara—. Deberían haber llegado aquí hace horas. Como tarde mucho más se va a encontrar a unos cuantos fiambres nada más.

En aquel instante, decidió que debía cambiar nuevamente sus planes. Algo no había ido como esperaba. La impulsiva Kisha no había salido corriendo en plan salvadora kamikaze. En un primer momento, había previsto esperarles fuera de la cabaña y del perímetro de seguridad que había preparado. Si llegaba ella sola, sería pan comido atraparla. Si, por el contrario, iba acompañada de su equipo, tal y como deseaba, presenciaría como uno a uno perdía la vida por ayudarla. Desde la posición que había elegido, iría aniquilando a cada uno de ellos sin excepción. Acabarían hechos pedazos en medio del miedo y el desconcierto, después de que una vez traspasado el perímetro, empezaran a detonarse los explosivos y se vieran mutilados de formas diferentes.

Aquella previsión no estaba seguro de que ya le sirviera. Tenía que adelantarse a lo que hubieran planeado. Finalmente, ante este nuevo cambio de escenario, decidió que esperaría dentro con los rehenes.

Parecía que nada salía como esperaba. Desde que el jodido fotógrafo se fuera sin previo aviso, nada resultaba como había calculado. Si lograba el éxito en esta misión, iría también a por él.

No podía dejarle escapar.



Los dos coches del FBI, en los que viajaban los cuatro federales, Julius y Kisha siguieron a los vehículos de los S.W.A.T. Estaban conminados a seguir instrucciones y sólo intervendrían en caso de que algún

miembro del cuerpo de élite se lo indicara.

Habían previsto dejar los vehículos a una distancia más que prudencial de la cabaña.

Intuían que podría haber escondido distintos explosivos en las proximidades, puesto que el propio secuestrador parecía proclive a llevarlos hasta él. Tendrían que estudiar bien el terreno y detectar cualquier elemento sospechoso antes de dar cualquier paso.

La noche era bastante oscura. Había que ir despacio. Los nervios estaban a flor de piel. Bill veía como Kisha se impacientaba por momentos.

—Tienes que confiar en ellos.

—Confío, por supuesto que sí. Son los mejores en esto. Pero no hemos tenido noticias de él en todo el día. Empiezo a temerme lo peor.

Bajaron de los coches para respirar un poco.

—¿Cómo van? —preguntó Miranda.

Russell era el que estaba en comunicación continua con el jefe de operaciones.

Aunque todos llevaban pinganillo, él era el único del grupo que se acercaba para conocer los avances.

—Han encontrado algunos explosivos de contacto. Si hubiéramos venido solos, creo que habíamos saltado por los aires nada más pasar con los coches. Al menos, los que hubieran ido en el primer coche.

—Joder — dijo Miranda.



El teléfono de Kisha volvió a sonar cuando estaban todos reunidos fuera de los coches esperando la señal para poder actuar. Descolgó inmediatamente al ver el nombre que aparecía y les hizo una señal a sus compañeros.

—Menuda fiesta has organizado, ¿eh? Esta vez sí que le has echado huevos cuando sabes que tengo a tu hermana, a tu cuñado y a tus sobrinos. ¿Cómo te atreves a hacerlo?

Más vale que te las arregles para estar aquí en menos de cinco minutos

tú solita si no quieres que empiece a repartir sentencias de muerte.

La voz era contundente y, además, había rabia en ella.

Nada más decir aquello, colgó.

Sin opción a réplica.

—No podemos hacer eso —le dijo Julius—. Si tú vas, voy contigo. Te dije cuando te reincorporaste que no iba a dejarte sola y no lo haré.

A pesar de lo que había pasado entre ellos un par de noches atrás, su compañero seguía empeñado en protegerla. Kisha agradeció su lealtad.

—Esto no va con vosotros, aunque te lo agradezco, Julius. Pero, en todo caso, mi intención no es ir sola. Aún así, tenemos que hacer algo ya. ¿Cómo ha podido detectar a los S.W.A.T.?

—Por unas cámaras de infrarrojos que tiene instaladas y que hemos logrado desactivar—dijo uno de los miembros del equipo especial que estaba ayudándoles y se aproximaba en ese momento—. Suponemos que ha detectado movimiento, a pesar de que hemos extremado las precauciones, pero es un tío listo. No obstante, hemos podido asegurar el perímetro y hemos visto lo que hay en el interior de la cabaña. Cinco personas, cuatro de ellas parecen estar inmovilizadas. El camino y los alrededores ya lo

hemos despejado. Había artefactos de contacto, los cuales posiblemente habrían servido más para crear desconcierto que para matar a alguien puesto que la carga explosiva en cada uno de ellos era bastante baja. Tenemos la teoría, por lo que hemos podido observar, de que, después de las explosiones, tenía intención de atraeros hasta la cabaña y desde un punto elevado cercano empezaría a disparar.

—Eso cuadra perfectamente con su personalidad —señaló Bill—. No querría matarnos de forma rápida, sino con sufrimiento de por medio. Quería regocijarse en nuestro dolor y que fuéramos conscientes de que otra vez ganaba.

—Sí pero no cuadra, ésta no es su forma de matar —señaló Julius.

—No es su forma habitual de matar, pero para él lo más importante no es el método que emplea, sino el dolor que causa —añadió Miranda —. Me apuesto algo a que ni siquiera nos mataría de un disparo. Nos dejaría moribundos a la mayor parte del equipo, excepto…

—A mí —aseveró Kisha—. Quería que me sintiera responsable.

—Es lo que decía en la carta, al fin y al cabo, ¿no? Su objetivo final sería que nos vieras morir y que terminaras quitándote la vida para salvar a tu hermana. Al menos, esa es mi teoría —finalizó Miranda.

—Siento interrumpirles, pero tenemos que actuar ya —señaló el del S.W.A.T.—.

Tenemos que sacar a los rehenes. Si ha descubierto nuestra presencia, debe estar ahora en un momento altamente inestable.

CAPÍTULO 53 TODO O NADA

abía que establecer contacto con el secuestrador.

Todos conocían el nivel de violencia de aquel hombre

H y lo poco que le costaba terminar con la vida de otro ser humano. El tiempo se agotaba, todos lo sabían.

Era el momento del todo o nada.

Esta vez fue la inspectora Jennings quien lo llamó.

—Te he dicho menos de cinco minutos y aún no estás aquí. Tu cuñado acaba de perder la consciencia gracias a tu imprudencia y tu falta de respeto. La siguiente será tu hermana, así que tú decides.

—No mientas.

—¿Cómo dices?

—No vas a hacerle nada a mi hermana hasta que esté yo allí porque lo que quieres es que vea como la haces sufrir. Ahora tendrás que conseguir que entre.

Se había tirado un órdago y lo sabía. Sin embargo, es lo mejor que se le había ocurrido. Tenía que ganar tiempo mientras diseñaban la mejor forma de entrar en la cabaña sin que se diera cuenta.

Al otro lado de la línea, Jenkins se rió.

—Tengo que reconocerte que le echas un par de pelotas, inspectora. Que te atrevas a desafiarme así no deja de sorprenderme.

—Ya ves. Es lo que tiene no tener mucho más que perder. Llega un

punto en el que todo te da igual. Así que, si me quieres contigo, si quieres someterme otra vez, tendrás que dejarles salir. Primero los niños. Yo misma iré hasta la puerta a recogerlos. Será tu acto de buena fe. Lo demás lo podemos resolver dentro. Sabes que esta vez no tienes muchas opciones. Hay un equipo del S.W.A.T. aquí fuera, más el jodido FBI y unos cuantos policías de Carmel y de la oficina del Sheriff de Monterey. Se ha corrido la voz y nadie quiere perderse el espectáculo. Así que, si aún te seduce la idea de hacerme daño, aprovéchala mientras aún estés a tiempo.



Había ganado tiempo. Aún así, nadie estaba conforme con la solución hallada. Esta vez no era que Kisha quisiera resolver aquello sola, pero parecía la forma más rápida de conseguir salvar al menos a los niños cuanto antes.

Lo que estaba claro para todos es que sólo había dos posibles soluciones para él: o salía esposado o con los pies por delante. Lo que realmente les mantenía en vilo es que no muriese nadie más.

Kisha se acercó a la entrada. Podía salirles fatal si en última instancia Jenkins decidía dispararla y empezar una masacre dentro de la cabaña. Por mucho que llevase chaleco antibalas, eso no era garantía de nada. Si se ceñía a lo esperado, aquello sería la distracción perfecta mientras los S.W.A.T. tomaban posiciones.

—Entra —dijo nada más abrir la puerta, escondiéndose tras ella para evitar situarse en una posible línea de tiro.

—No. Primero los niños.

—Creo que te estás viniendo un poco arriba. No eres tú la que da las órdenes.

—Claro que sí. Estás acabado y lo sabes. No tienes escapatoria. Esta vez la has cagado y has calculado mal. ¡Jódete! Y ahora, dile a los niños que salgan inmediatamente —dijo Kisha sin rastro de duda en la voz.

Entonces se asomó para mirarla a los ojos.

—Vas a desear no haber nacido.



—¿Estamos listos?

—No. Necesitamos unos minutos más.

—¡No me jodas! No tenemos unos minutos más. Acaba de ir a por los niños. En cuanto estén fuera, tenemos que atacar o tal vez después sea ya demasiado tarde. Y

quiero irme a casa con cero víctimas, ¿estamos?

—Nos damos toda la prisa que podemos.

El Jefe de Policía de Carmel se había acercado con más efectivos de su comisaría.

También habían acudido algunos de los agentes de la oficina del Sheriff de Monterey que habían colaborado. Habían oído por radio lo que estaba sucediendo y querían ayudar en lo posible.

Aquello parecía una convención de cuerpos de seguridad.

Pete estaba al borde de un ataque de nervios, como seguramente todos los demás. Se fijó en Julius. Le vio tan inquieto que temió que fuera a hacer una locura. La situación era de esas en las que cualquier cosa puede salir mal. En el momento que había decidido acercarse más a su subordinado para evitar una desgracia, éste salió corriendo.

Los niños estaban saliendo por la puerta.



Los seres humanos somos imprevisibles. Nuestra composición es compleja, un conjunto bien organizado de células que forman un sistema en el que se producen millones de comunicaciones por segundo.

Nuestra piel reaccionando ante el frío.

Las pupilas que se dilatan cuando ven al ser amado.

El estómago que se contrae ante el miedo.

Las lágrimas que brotan ante la pérdida.

El cerebro envía y recibe órdenes de distintas partes del cuerpo a cada instante.

Algunas de esas órdenes responden a una cadena de razonamientos pero otras simplemente son viscerales. Responden a emociones intensas, tiranas y dominadoras.

Información interna y externa en perpetua confrontación para llevar a cabo la decisión que parece más correcta en cada momento.

Julius sabía qué había que hacer. Tenían que esperar que los S.W.A.T. dieran la orden. Eran ellos los que estaban al mando de la operación, les gustase o no. Y el subinspector Morgan lo entendía a la perfección.

Otra cosa era lo que sentía.

Sentía que debía actuar.

Sentía que tenía que proteger a Kisha.

Sentía que esta vez no iba a dejarla a su suerte.

Sentía que si no lo hacía, no podría soportar la carga que viniese después.

Culpabilidad. Anhelo. Miedo. Frustración.

En cuanto vio que los niños salían al exterior y se liberaban del yugo del psicópata, decidió que no podía permitir que Kisha entrase en la casa y quedase bajo los designios de una persona sin alma hasta que estuvieran preparados para actuar.

Se lanzó a la carrera sin que nadie pudiese evitarlo.

El resultado podía haber sido nefasto.

Desde la posición de Jenkins, parapetado tras la puerta para evitar convertirse en un blanco fácil de algún arma de larga distancia, no pudo ver al subinspector que corría desde una ubicación próxima al flanco derecho de la casa. Kisha apenas pudo reaccionar, salvo con un gesto de sorpresa en su cara. Cuando Julius llegó a la altura de la entrada, golpeó con toda sus fuerzas la puerta que resguardaba a Jenkins tras de sí, dejándole medio noqueado. Éste cayó al suelo y el policía aprovechó la circunstancia pare echarse sobre él y reducirle.

Todos se habían puesto en marcha al ver aquella imprudente salida del guión del efectivo de la comisaría de Carmel. Un par de agentes cogieron rápidamente a los niños y los alejaron de allí. Varios miembros del S.W.A.T. se dirigieron a toda velocidad al interior de la

casa. Lograron controlar la situación relativamente rápido.

A lo lejos comenzaban a oírse las sirenas de las ambulancias. Teniendo en cuenta la poca accesibilidad del terreno, todos tenían esperanzas de que pudieran llegar hasta allí. Por si acaso no era así, algunos vehículos especiales salieron al encuentro de los paramédicos.

CAPÍTULO 54

Fin de la pesadilla

o habían logrado.

Mucho tiempo después.

L Mucho dolor después.

La pesadilla llegaba a su fin.

Julius lo llevaba esposado. Kisha no podía quitarle la vista de encima. Cuánto sufrimiento había generado. Frank Murray se dirigía al vehículo policial que le trasladaría a la comisaría con una actitud envalentonada, sabiendo que había tenido en jaque a todos los cuerpos de seguridad durante años.

Antes de subir al coche, le dedicó una mirada a la inspectora Jennings. Ésta mantuvo sus ojos fijos en él, como si fuera el duelo final en el que se decidía todo.

—No me mires así, todavía puedo hacerte daño y lo sabes. Nuestra relación de amor no ha terminado, querida inspectora.

Helen era ya plenamente consciente de lo que había sucedido. Cuando estaba en la cabaña, no podía creer que fuera verdad. Pero ya era evidente. Sólo había que sumar dos más dos. La irá inundó su torrente sanguíneo, lo cual combinado con aquel nivel de estrés que sentía la llevó a hacer una locura.

Le dijo a su marido que volvería enseguida mientras los sanitarios le subían a una improvisada ambulancia, puesto que la poca versatilidad de un vehículo tan grande había obligado a ser creativos y reconvertir uno de los coches que había salido a su encuentro en algo así como un vehículo medicalizado. Los niños estaban acompañados también por un policía.

Se acercó hasta Kisha a paso ligero. La inspectora, al percatarse de que

estaba cerca, fue cuando cedió a aquella batalla infantil de egos y miró a su hermana con ojos inocentes. Imaginaba que Helen se aproximaba hasta donde estaba para darle las gracias, tal vez a darle un abrazo. Finiquitar tantos años de odio y rencor. Cerrar heridas que tanto habían dolido.

Pero no era eso lo que iba a hacer.

La sorpresa fue mayúscula.

Helen la abofeteó delante de todos.

La risa de Jenkins se oyó de fondo.

—Esto es culpa tuya. Eres como un cáncer. Todo lo que tocas lo estropeas, siempre ha sido así. No quiero saber nada de ti nunca más. Desaparece de nuestras vidas.

Los ojos enramados por la ira no dejaban dudas de que lo que decía le brotaba del corazón.

—¿Estás mal de la cabeza o qué te pasa, Helen? —le recriminó Pete acercándose hasta donde estaban ambas—. ¿Cómo puedes ser tan desagradecida? Tu hermana se ha dejado la piel en este caso y ha hecho todo lo que ha podido por ti, incluso cuando no querías escucharla. Además, ha perdido mucho por el camino, por si no lo sabes. Estás siendo una egoísta.

Kisha permanecía en shock, mirando al suelo y con su mano izquierda sobre su mejilla golpeada, como si así pudiera hacer desaparecer la vergüenza y el estupor. Pete la echó el brazo sobre los hombros y la arrimó a él. No se podía creer la forma en la que había reaccionado Helen. Había sido desproporcionada y cruel.

—Si no hubiera sido por ella, mi familia no habría pasado por este calvario.

—Te recuerdo que ella no es la culpable, sino ese psicópata que ves subiéndose en el coche patrulla. Ella sólo ha tratado de ayudarte.

—Me da igual, Pete. Lo que sé es que si no fuera mi hermana, ese criminal nunca nos habría tenido ni a mí ni a mi familia en su punto de mira.



Una vez realizado el análisis del escenario y la recogida de pruebas, se dirigieron a comisaría. El armario que había en el interior de la cabaña escondía unas cuantas sorpresas, entre las que se encontraba un sofisticado equipo informático para controlar las cámaras de infrarrojos del entorno así como otros sistemas de vigilancia. También hallaron algunas armas y artefactos que parecían diseñados para torturar. Además, en su interior había algunas pelucas y dos máscaras. No dudaban que las fibras recogidas en casa de Helen y de Derek coincidirían con ellas.

Aquello reforzaba la idea que ya habían barajado con anterioridad acerca de la capacidad intelectual de aquel desalmado. No sólo tenía una habilidades extraordinarias para el camuflaje, como había demostrado en crímenes anteriores, sino que además la tecnología no suponía ningún misterio para él. Aquello reforzaba la teoría de que la inteligencia de los asesinos en serie suele estar por encima de la media poblacional.

Por suerte para ellos, en aquel episodio concreto, había cedido a las escasas emociones que sentía, como era la rabia, por ejemplo. Los psicópatas y los narcisistas no toleran las faltas de respeto ni que otras personas intenten ser más listos que ellos. Que todos sus planes se hubieran venido abajo uno a uno le habían llevado a un estado de ebullición más allá de lo aceptado por su fría mente.

Bill pidió que le dejaran ir a él solo con Kisha en un coche. Necesitaba hablar con ella.

Las cosas, a pesar de todo, habían salido bien, pero temía que el último motivo de la inspectora para seguir viviendo acabase de morir con el caso.

Bill conducía. Kisha iba callada mirando por la ventana.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, no tienes de qué preocuparte.

—No estoy de acuerdo. Tengo mucho de lo que preocuparme y por eso estoy aquí contigo. Se acabó, Kisha. Es hora de pasar página y empezar desde cero.

—Claro, pero eso es más fácil decirlo que hacerlo.

—Lo sé. Puedes contar conmigo para ello. Si quieres, puedes venirte a San Francisco conmigo. ¿Qué te parece?

—No lo sé. Ahora no puedo pensar en nada.

—Bueno, al menos podemos pensar en el interrogatorio, ¿no te parece? Es el momento de obtener respuestas. Y, por encima de todo, de cerrar un capítulo insano de nuestro pasado reciente. Con la detención de Frank Murray ponemos fin a una obsesión. Se acabó el Asesino del Ocaso de una vez por todas.

Se había terminado.

Tenía razón.

Por fin.

Pero Kisha sólo podía pensar en las consecuencias.

En la radio sonaba *Aftermath* de Muse. Como si alguien en algún recóndito lugar hubiera decidido que esa canción era el resumen perfecto a todo lo sucedido.

CAPÍTULO 55 FRENTE A

FRENTE

isha notaba cierto hormigueo en su interior. Hace

un año, habría soñado con disfrutar de ese momento,

K tenerle frente a frente en una sala de interrogatorios, demostrarle que había podido con él y que iba a

meterle entre rejas. Ahora casi le daba igual. Sólo

deseaba que todo aquello se convirtiera en un mal

recuerdo de un pasado muy lejano.

Entre todos habían decidido que los más indicados para interrogarle eran Bill y Kisha. Se lo merecían. Llevaban años detrás de aquel asesino y era hora de disfrutar del fruto de tanto trabajo. Había dejado demasiado daño detrás, demasiado sufrimiento y lágrimas y ellos dos habían presenciado gran parte de esa biografía del dolor.

Pidió que avisaran a Stephen por si podía acercarse a la comisaría y presenciar el interrogatorio. Necesitaba conocer su opinión al respecto, —¿Estás preparada? —le preguntó Bill.

—No, creo que nunca lo estaré. Pero es hora de terminar con esto de una vez.

—Vamos, chicos. Disfrutad de este momento. ¡Le tenemos! —les arengó Pete, entusiasmado. Con aquella detención, tal vez Carmel volvería a ser la tranquila localidad que siempre había sido.

Entraron en la sala de interrogatorios. Kisha pasó primera y, desde el instante en el que atravesó el umbral de la puerta, sus miradas se encontraron. Empezó un baile en el que nadie quería ser el primero en rendirse, un desafío en el cual el primero que retira la mirada pierde. Frank Joseph Murray, alias Jenkins, más conocido como el Asesino del Ocaso, estaba esposado en la misma mesa de interrogatorios en la que había estado Derek varios meses atrás cuando trató de incriminarle por crímenes que llevaban su firma.

Kisha y Bill se sentaron. El agente del FBI llevaba la carpeta en la mano con todos los asesinatos en los que sostenían fundadas sospechas acerca de su implicación. No obstante, había otros crímenes sin

resolver en la geografía californiana y en algún estado más en los que cabía la posibilidad que él estuviera detrás.

—Por fin estamos frente a frente, mi querida Kisha —dijo con una sonrisa de suficiencia, como si él tuviera el control.

—Se acabó. Al final no eras tan listo como te creías. Te he ganado.

—No has ganado una mierda, inspectora. Si me has atrapado es porque te he dejado que me encuentres.

—¿Tú crees? Dudo mucho que tu objetivo fuera acabar en la cárcel.

—No, eso es cierto. Mi objetivo era destrozarte y, en parte, lo he conseguido, ¿no estás de acuerdo? Tu vida está en ruinas.

—Puede ser. Nada insalvable, por otra parte —respondió tratando de disimular lo que sentía en realidad.

—¿Nada insalvable? ¿En serio? ¿A quién pretendes engañar? El fotógrafo te ha abandonado y tu hermana te repudia. Las únicas personas a las que podías importarle mínimamente han desaparecido de tu vida. Así que no mientas. Leo en tus ojos la desesperación y las dudas de si merece la pena seguir viviendo.

—En cambio, a ti te espera la cadena perpetua —continuó Bill, al observar la expresión de Kisha—. Tenemos los asesinatos de la pasada primavera y los seis de estos dos últimos meses. Por si no lo sabes, encontramos en junio tu furgoneta en las proximidades de The Lone Cypress y ahí hallamos un buen número de pruebas.

—¿De pruebas? No seas ingenuo. Tengo tanto con lo que negociar que puede que salga antes que tú de esta comisaría.

—Te equivocas, eso no va a pasar.

—¿Quién lo dice? ¿El perrito faldero de la inspectora?

—Muy gracioso. Seguro que siempre has destacado por tu sentido del humor.

Tenemos mucho para incriminarte, así que la información que nos facilites sólo servirá para hacerte la vida más fácil en la cárcel. De lo contrario, irás a una prisión de máxima seguridad y permanecerás en una celda de aislamiento el resto de tus días. Eso siempre y cuando no demostremos que asesinaste a un hombre en Texas hace ya unos

cuantos años. Debió ser de los primeros en un viaje de negocios en el que acompañaste a tu padre.

—¿A mi padre? —preguntó extrañado.

Bill había empezado a enseñarle unas fotos mientras hablaba para reforzar sus palabras, haciendo caso omiso de lo que acababa de preguntar.

—Por si te falla la memoria, te recuerdo que en Texas todavía está vigente la pena capital.

—Ya veremos qué pasa al final, agente Zucherinni. Supongo que ya sabes que no es tan fácil cazarme. No creo que tengáis demasiadas pruebas físicas que me vinculen directamente a nada, me refiero a evidencias científicas irrefutables ante un tribunal.

—Tenemos muchas pruebas circunstanciales que te sitúan en el lugar de aquel crimen en concreto, tenemos la furgoneta y tenemos las cartas. Por otra parte, encontramos unas fibras en casa de Helen Hall y en la de Derek Harper que estoy más que convencido de que coincidirán con alguna de las máscaras o pelucas que hallamos en la cabaña. Además, hace ya tiempo que la ciencia de la conducta nos permite presentar un perfil psicológico como evidencia científica. Y aún hay más, muchos asesinatos en los que sospechamos que estás detrás.

Kisha ya estaba levantándose para irse. No podía ya con aquello, no necesitaba más del Asesino del Ocaso en su vida ni quería tragarse toda esa crueldad. Le diría que entrase a alguno de los compañeros de Bill para acompañarle en el interrogatorio. Había sido un error estar ahí. Además, la parte de la negociación de los cargos, punto al que Bill no tardaría en llegar, no era cosa suya. Y en ese momento seguramente dejaría de lado su narcisismo para pedir un abogado. Quería sentarse ahí y regodearse ante ellos por no contar con nada sólido, salvo en el caso del secuestro. Una vez satisfecho su orgullo, no iba a dejarse arrastrar hasta el fondo del pozo.

Cuando ya iba a irse, cayó en la cuenta de algo.

—¿Por qué has preguntado por tu padre cuando te ha dicho lo de Texas?

Bill la miró extrañado.

—Porque no sé a qué se refiere este patán.

Kisha se giró y miró hacia el cristal unidireccional. Tal vez Stephen se encontrase ya allí.

—Me gustaría saber una cosa. No acabo de entender por qué motivo elegías a niñas de quince años si prefieres el sexo con hombres, especialmente teniendo en cuenta tu impotencia sexual.

—¿Cómo dices? ¿Impotencia? No sabéis nada. Sois unos inútiles. ¿Quién te ha dicho que prefiero el sexo con hombres? ¿La ciencia de la conducta de la que habláis? —

preguntó con una sonora carcajada—. No tengo ninguna preferencia sexual, lo que tampoco es sinónimo de que me guste cualquiera.

—Pero eras incapaz de mantener relaciones sexuales con las adolescentes que secuestraste y asesinaste brutalmente entre mayo y junio.

—No intentes implicarme en cosas que yo no hice. En realidad, como mucho podrás acusarme de limpiar el desastre que dejan otros.

—¿Como quién?

—No voy a decírtelo. Eso tendrás que averiguarlo tú, ¿o es que crees que soy idiota?

Kisha y Bill se miraron entre ellos. Para aquel interrogatorio iban a requerir a otro tipo de especialista. Entonces sí se levantó para irse.

—¿No quieres conocer el mensaje completo?

—¿Qué mensaje?

—Cuando trataste de contactar conmigo a través del anuncio por palabras, me di cuenta de que faltaba una parte.

Kisha la miró expectante.

—Querida inspectora, por fin volvemos a encontrarnos.

—¿Estás confesando los crímenes?

—No, sólo soy culpable de dejar un mensaje.

¿Se estaba burlando de ellos? Tan pronto parecía confesar, gritarle al mundo lo que había hecho, que supieran lo listo que era, como se parapetaba detrás de frases absurdas en las que parecía tener sólo una

implicación cricunstancial, como si hubiera llegado al final de la fiesta.

No es infrecuente que cuando se atrapa a un asesino en serie su narcisismo les lleve a confesar sus crímenes como regocijo posterior, como una forma de demostrar todas las atrocidades que han cometido delante de nuestros ojos sin que nadie pudiera atraparles ya que, finalmente, si están ahí, es porque ellos quieren.

La inspectora le miró asqueada. Ya estaba a punto de salir por la puerta, cuando Jenkins le dijo algo más.

—Antes de que te vayas, Kisha, creo que es importante que sepas algo. Un regalo para que veas que no soy tan malo como crees. Lo mejor que te pudo pasar es que el fotógrafo se largara. Ha tenido mucha suerte. Era la guinda del pastel. Esta vez no era sólo un peón, te lo aseguro. Era el movimiento de jaque mate. Si hubieran salido las cosas como esperaba, habrías tenido que decidir si salvarle la vida a él o a tu hermana.

Pero ya sabes que no soy un hombre de fiar.

—¿Esto es lo que entiendes como un regalo?

—Claro. Si no se hubiera ido, habría muerto en medio de una terrible agonía. Y tú lo habrías presenciado. ¿No te parece que ha tenido mucha suerte? Eso sí, cuando salga de aquí, no te quepa duda de que iré a por él.



Nadie había querido perdérselo. Tenían al asesino más buscado de los últimos años entre aquellas cuatro paredes y era digno de presenciar. El desconcierto era generalizado después de lo que habían escuchado.

Cuando salió de la sala de interrogatorios, Kisha se dirigió a Stephen, el cual había llegado cuando estaba iniciado el interrogatorio.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

—No sé qué decirte. Puede que esté jugando con vosotros. Me parece que es alguien muy inteligente pero también un egomaníaco narcisista de primer nivel. Pero es posible que tenga un trastorno. En ese supuesto, tengo la sensación de que conviven tres personalidades dentro de él. Por un lado, la personalidad real, dividida a su vez en otras dos, fruto de dos hechos traumáticos diferentes de los que ya

teníais constancia.

Uno serían los abusos sexuales sufridos a manos del padre, lo que habría provocado los crímenes sexuales con hombres con ese desencadenante tan violento, en el que les destroza la cara y trata de despersonalizarlos. El otro sería el rechazo humillante que sufriría en la adolescencia a cargo de alguna chica en un momento, además, en el que trataba de encontrar su identidad sexual. Las jóvenes de la pasada primavera serían sustitutas y ello explicaría las vejaciones a las que las sometía. Pero estas dos personalidades serían impulsivas e inseguras. La parte descontrolada y pasional que aparece en los crímenes estaría a su cargo. La personalidad del padre, por el contrario, asumiría el control, limpiaría las escenas e incluso, se encargaría de atraer a las presas.

—No lo entiendo. ¿No sería más lógico que una sola personalidad empezara y acabara una acción?

—No tiene por qué.

—¿Cuándo aparece cada personalidad entonces?

—Eso es imprevisible. Pueden ir apareciendo cada una en distintos momentos del día sin un detonante concreto o puede que sólo una de ellas predomine durante largas temporadas mientras las demás permanecen en letargo. Eso sí, en un interrogatorio sólo aparecerá la personalidad del padre, que es la personalidad alpha dominante, la que hace de protectora. Tal vez bajo hipnosis podríamos lograr que aparezcan las personalidades sumisas. Date cuenta que cada personalidad existe con el absoluto desconocimiento de las otras.

—En los crímenes del muelle hay un asesinato que no termina de encajar en la victimología porque es más joven que el resto. ¿Eso tiene algún sentido para ti?

—Posiblemente ese asesinato lo llevó a cabo la personalidad del padre, dejándose llevar por un puro atractivo sexual. El secuestro de Erik y el de tu hermana también han sido llevados a cabo por esa personalidad que es la realmente sádica de las tres. Es la que disfruta con el dolor ajeno.

—¿Y cuándo surgió la personalidad del padre?

—Pudo haber dos estresores diferenciados. Uno podría ser la primera vez que cometió un crimen junto a él, ese asesinato en Texas al que ha hecho mención Bill en el interrogatorio. Otra opción puede ser el

propio fallecimiento de su progenitor.

Kisha estaba estupefacta. Aquello parecía un puzzle imposible de encajar, como si uno tratase de unir piezas que se encuentran en dimensiones diferentes.

Aún tenía una pregunta más para el psiquiatra.

—Cuando le tuve frente a frente el día que cayó por el acantilado, creo que di en el clavo cuando le dije que su obsesión por el ocaso venía porque cuando su padre abusaba de él, es lo que él veía, el sol escondiéndose y dando paso a la oscuridad.

—Es probable que acertaras. Para él el ocaso puede ser un mecanismo inconsciente que se pone en marcha en su cerebro y es a esa hora en la que siente esa llamada de sangre que le lleva a buscar venganza por lo que él mismo tuvo que padecer a manos de un padre abusador. No obstante, todo esto son conjeturas preliminares. Habría que estudiarle a fondo para concluir si estoy en lo cierto.

—Gracias, Stephen. Por todo —dijo Kisha remarcando esta última palabra y mirándole a los ojos. El doctor Meyer vio algo en ella que le generó cierta preocupación.

En ese momento, Pete, captó su atención y le pidió que volviera a la sala contigua a la de interrogatorios para que observara el lenguaje corporal de Frank Murray mientras seguían mostrándole las fotos de los cadáveres, para ver si él era capaz de ver algo que a los demás se les escapaba.

Kisha aprovechó la distracción para salir de allí e irse directamente hacia su coche sin decir una palabra.



Cuando Bill salió de la sala exhausto emocionalmente, habló con Pete para concretar los procedimientos que debían llevar a cabo a continuación. Ya había llegado el fiscal, así que de ahí en adelante se encargaría él de todos los trámites después de que Bill y

Russell, quien había sustituido a Kisha en el interrogatorio, le expusieran detalladamente a Jenkins todos los cargos que tenían contra él.

De pronto, en medio de la conversación, se percató de que la inspectora no estaba.

—¿Has visto dónde ha ido Kisha?

—No me he fijado, la verdad —respondió el Jefe de Policía—. La última vez que la he visto, estaba hablando con Stephen.

—!Eh! ¿Alguien ha visto dónde ha ido la inspectora Jennings? —dijo en voz alta.

—Yo sí —respondió Julius—. Ha ido a la calle. Pensé en seguirla para hablar con ella, pero quizás no era el mejor momento.

—Maldita sea. De acuerdo. Voy a buscarla.

Bill tuvo un mal presentimiento, ¿y si su amiga había decidido que ya había terminado todo lo que tenía que hacer? ¿Y si había decidido poner en práctica la idea que le rondaba por la cabeza desde hacía días? Desde que Derek se había ido, la había notado más melancólica y abúlica, con una clara tendencia a estados depresivos y con una patente desesperanza en su mirada. Hacía tiempo que no había ni rastro de su característico sentido del humor de otras épocas.

Cuando salió a la calle, no estaba su coche. Los peores temores del agente del FBI empezaron a tomar forma. Subió a su vehículo y salió de allí quemando rueda. Se dirigió a uno de los dos lugares en los que creyó que podría encontrarla con la esperanza de que no fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 56 CERRANDO

HERIDAS

l camino se le hizo eterno. Parecía coger en rojo todos los semáforos de la zona y todos los atascos posibles. Era como estar físicamente dentro del efecto túnel, en el E que te parece que todo el mundo va más rápido que tú, que la cola en la que tú estás es la única que no avanza.

El día era frío y desapacible, así que no había nadie por aquella zona. Un viento del norte soplaba de forma racheada, lo que hacía bajar la sensación térmica un par de grados. Aparcó el coche en las proximidades y vio el sedán de la inspectora.

Allí estaba, tal y como supuso. Mirando al horizonte, junto a aquel ciprés solitario que tanto había significado en esos meses que llevaba allí. Un lugar que simbolizaba lo que ella era, ese árbol imperecedero resistiendo los envistes del tiempo.

Dentro de ella el paisaje emocional era un páramo, tierra yerma asolada por un cataclismo del corazón.

—Imaginaba que te encontraría aquí.

Cuando ella se giró, había dibujada en su cara la huella del desamparo y la tristeza.

—Ven aquí anda —le dijo abriendo los brazos—. Puedes llorar en mi hombro si lo necesitas.

—Ya no me quedan lágrimas, Bill. He llorado tanto en los últimos meses que creo que me he quedado seca —respondió, tratando de forzar una sonrisa—. Pero no te digo que no a ese abrazo.

Los peores temores de Bill empezaron a disiparse. Se sumergió en la calidez del cuerpo de su amigo, dejando que su cariño le levantase el poco ánimo que le quedaba.

—Es injusto que pudiese salvar la vida aquel día.

—Lo sé. Estaba seguro de que le había dado. Al parecer, llevaba un chaleco antibalas bastante fino, uno de última tecnología, que hizo perfectamente su función. El propio chaleco absorbió parte de los golpes durante la caída cuando se golpeó contra los salientes del acantilado. Después cayó al agua y encontró una especie de cueva que

está semioculta en la que se resguardó hasta que finalizaron las tareas de búsqueda. Estuvo malherido pero no de gravedad. Sobre todo, lesiones debido a los golpes que hicieron que sus facultades físicas estuvieran disminuidas por una temporada. Pero ese desgraciado tiene un instinto de supervivencia que no es normal.

Los dos se miraron durante unos instantes.

—No debí volver aquí.

—Yo creo que hiciste lo correcto. Necesitabas un cambio.

—Tal vez, pero el resultado final ha sido nefasto.

—No estoy de acuerdo. Has empezado a cerrar heridas del pasado y también has sido feliz, ¿o no?

—¿Y para qué? Al final, mi relación con Derek sólo me ha hecho más débil.

—No, Kisha, te ha hecho más humana.

Se quedó por unos instantes mirando el horizonte, donde un cielo azul añil mordía la inmensidad del océano.

—El día que decidimos vivir juntos vinimos aquí. Fue algo muy especial. Ese día me di cuenta de que no hay que hacer nada extraordinario para exprimirle todo el jugo a la vida. Aquel día, también, fue el final de la tranquilidad y de la esperanza en que todo podría salir bien por una vez. Esa noche encontramos el primer cuerpo de una joven en las rocas de Arrow Point.

Bill la dejó hablar. Lo necesitaba. Sólo precisaba de un amigo dispuesto a escucharla y reconfortarla con un abrazo y él estaba ahí para ello.

—Tenía razón.

—¿Quién?

—Jenkins.

—¿Te has fumado algo, Kisha? No se me ocurre nada en lo que pudiera tener razón ese desalmado.

—Estoy mejor sola. Lo que decía la carta era cierto. Soy el centro de las desgracias de las personas que me importan. No tiene sentido que

intente llevar una vida normal porque esto es lo que soy y ya está. No me merezco ser feliz. Es hora de asumirlo —

finalizó desviando una vez más la mirada hacia el océano.

—Eso no es cierto. No deberías decir algo así.

—¿Por qué? ¿Por qué es una verdad incómoda? Pues es lo que hay. Está claro que no todos nacemos para ser felices. Cada uno debe aceptar lo que le toca.

—Para de una vez, ¿vale? Me estás poniendo nervioso con ese victimismo. Tú no eres así, Kisha. Y no deberían pasarse por tu cabeza unas ideas tan delirantes. Que un asesino en serie se obsesione contigo no significa que tú seas la mala de la película.

Durante unos segundos permaneció mirando hacia el horizonte. Daba la impresión de que no había escuchado nada de lo que acababa de decir Bill. Pero no era así.

De pronto, se giró y le miró intensamente a los ojos.

—Nunca te he confesado una cosa.

—Uy, uy, para, que no sé si quiero oírlo.

—Después de lo que pasó entre nosotros aquella noche…

—Kisha, deja eso en el pasado, por favor.

—No, necesito decírtelo. Siempre supe que tú sentías y querías algo más de lo que yo estaba dispuesta a reconocer. Por eso nuestra relación fue tan incómoda los días posteriores. Pero fui una cobarde y disimulé para que creyeras que para mí sólo había sido sexo y que entendía que tú pensabas lo mismo. Me gustabas Bill, me gustabas mucho, pero estaba obsesionada con mi carrera y sabía que esa relación la perjudicaría.

Así que te dejé en un segundo plano.

—Déjalo. Es pasado —repitió él, con más aplomo del que sentía.

—Lo sé, pero necesito decírtelo. Siempre lo estropeo todo. Si hubiera sido más lista en aquel momento y me hubiera dado cuenta de que el trabajo no es lo más importante en la vida, ¿quién sabe?, tal vez habríamos podido ser felices.

—Bueno, eso nunca lo sabremos.

—No. Y pensándolo fríamente, puede que fuera lo mejor, porque tú ahora has encontrado a la persona que realmente necesitabas. Se os ve muy bien a ti y a Darlene juntos.

—Sí, estamos bien.

—Me alegro por ti, Bill. Te lo mereces. Siempre has sido una buena persona.

—Tú también.

—No lo sé. En todo caso, da igual porque, ya ves, vuelvo a estar en la casilla de salida.

—Pero con muchos más aprendizajes.

—¿Seguro? He perdido al amor de mi vida, Bill. No encontraré a nadie como él. No supe ver que le perdía. A eso no lo llamo yo aprendizaje precisamente.

El agente del FBI desvió la mirada. Tal vez era el momento de sincerarse del todo.

Cogió el rostro de la inspectora entre sus manos. Bill rozó sus labios con un beso efímero que sellaba un amor eterno. En ese ínfimo gesto viajaban millones de palabras y

sentimientos no revelados entre ellos que les habían acompañado en su interior durante los últimos diez años

—Nunca he dejado de quererte, Kisha. Esa es la realidad. Ni siquiera ahora, por muy enamorado que esté de Darlene. Siempre hay una parte de mí que te echa de menos.

Ambos se miraron sin saber muy bien qué decir a continuación. A Kisha le pilló por sorpresa la confesión que acababa de hacerle su amigo. Creía que ahí ya no quedaba nada que no fuera amistad.

Se equivocaba.

—Pero sé que es lo mejor —continuó Bill— y que estoy con la persona adecuada, con alguien que me hace feliz y tú también. Derek es la persona que necesitas en tu vida.

—Eso creía, pero le he perdido. Se acabó, eso lo dejó muy claro.

—No lo has perdido. Yo sé dónde está y cómo localizarle.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Está en Canadá.

—¿En serio? Gracias por ser tan concreto, como es un país tan pequeño seguro que me lo encuentro nada más pasar la frontera…

—No seas sarcástica, ¿vale? Sé hacia dónde se dirigía. No te será difícil encontrarle.

Además, me dejó un número de teléfono donde podía llamarle si necesitaba algo.

CAPÍTULO 57

El último ocaso

isha se despidió de Bill con un abrazo y la promesa

de mantenerse en contacto. Esta vez sí pensaba

cumplirlo, por muy lejos que se encontrase.

Después, se subió al coche y se dirigió a comisaría.

Debía cerrar por fin aquella etapa, sellarla y ponerle un candado de una vez por todas.

—Pasa sin llamar, tú no te cortes. Porque acabamos de resolver por fin un caso de los gordos, de lo contrario te invitaría a salir para que llamaras antes de entrar.

—Lo siento. Necesito hablar contigo. Es muy urgente. Me voy, Pete. Se acabó. Cuelgo las botas, la placa o como se diga. No quiero esta vida. Nunca más.

Pete la miró sorprendido. No sabía a qué se debía aquel cambio de actitud ni esa decisión precipitada, pero la había visto marchitarse a pasos agigantados en las últimas semanas y tenía claro que verdaderamente era lo mejor para ella.

—Me alegra tu decisión, sé que es lo que más te conviene. Este trabajo despierta en ti una vena autodestructiva, Kisha. Te quiero, lo sabes. Eres una persona que, aunque me cueste creerlo, eres muy importante en mi vida y te voy a echar de menos. Pero creo que es la decisión más inteligente que has tomado en tu vida.

—Muchas gracias, Pete. Yo también voy a echarte de menos. Y por cierto, no me extrañaría que, ahora que me voy y dejo una plaza vacante, Bill quisiera ocuparla. Sólo puedo decirte que serías un completo idiota si le dices que no. Es el mejor poli con el que he trabajado en mi vida.

—No estoy muy seguro de que quiera dejar el FBI.

—Bueno, tú tírale la caña por si acaso pica.

—Lo tendré en cuenta.

Se fundieron en un largo abrazo. Le dejó allí la placa y el arma y acordaron que buscarían una forma rápida y fácil de realizar el papeleo para que todo fuera oficial. No descartaron que pudiera asesorarles en algún caso en el futuro, pero nunca más volvería al

cuerpo.

Al salir de su despacho, vio a Julius. Se merecía una explicación. No podía irse sin más como hiciera con Bill un año atrás, y menos después de lo que había sucedido entre ellos.



—¿Podemos hablar un momento?

—Claro —respondió Julius.

Las últimas semanas habían sido duras. La relación entre ellos había sido tirante y eso había complicado incluso la investigación en algunos momentos. El traspiés en casa del subinspector no había sido más que otro error para sumar a su, ya de por sí, larga lista.

—Siento mucho todo lo que ha pasado. Me he portado fatal contigo y no te lo merecías. Siempre has sido un buen compañero —se fijó en el gesto de decepción que puso Julius al pronunciar esa palabra—.

—Vale. ¿Algo más? —preguntó sin mirarla.

—Mírame, por favor. No quería hacerte daño. Puede que no lo creas, pero te aprecio y valoro mucho el tiempo que hemos estado juntos.

—Genial, Kisha. Todo estupendo. Sí te quedas más tranquila, esta conversación ya ha valido la pena.

—No, evidentemente no, porque tú no me estás diciendo lo que sientes.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Que todo está bien? Yo no me siento así, esa es la verdad.

—Pues dime lo que sientes.

—Eso ya lo sabes, aunque no quieras verlo.

Dudó mucho si decírselo pero, en realidad, ya no tenía nada que perder y necesitaba desahogarse.

—Kisha, te quiero, eso es lo que hay. Creía que no tenía ninguna opción y, de pronto, te presentaste en mi casa en mitad de la noche. Me hice ilusiones pero, obviamente, fui un estúpido.

—Lo siento. No calculé las consecuencias y no era mi intención

arrojarme a tus brazos. Estaba mal, muy mal, y fui a tu casa a la desesperada. No sabes como me arrepiento de lo que pasó.

—Que digas que te arrepientes no me alivia precisamente. Es sólo la manifestación en voz alta de que fui un error para ti.

—No sé qué puedo decir para hacer que te sientas mejor. Me encantaría encontrar las palabras precisas para cerrar las heridas y que volviésemos a estar como antes de aquello. Te aprecio mucho, Julius. Eres alguien importante para mí, pero no de la forma que tú deseas. Sé que encontrarás a alguien que te corresponda y que te quiera como te mereces.

Él apartó la mirada. Era evidente que sufría y a Kisha eso le martirizaba. Había causado mucho daño a personas que eran importantes para ella. No sabía qué más podía hacer.

—He venido a despedirme.

—¿Te vas? —preguntó mirándola nuevamente.

—Sí. Lo dejo. Es una decisión que ya había tomado antes de que se desatara esta locura y ahora es irrevocable. Necesito dejar esto atrás. Espero que no me guardes rencor mucho tiempo y podamos volver a ser amigos.

Julius la miró con tristeza. No se esperaba aquello. Creía que, con el tiempo, encontraría el modo de que estuvieran juntos. Pero era evidente que todo estaba perdido y tocaba asumirlo —Antes de irme sólo quiero pedirte una cosa: busca ayuda, por favor. No creas que lo que te pasa puedes resolverlo solo.

—Tal vez lo haga. Estoy harto de sentirme así.

—Me alegro de que lo consideres. Y, ahora, si te parece bien, me encantaría que nos diéramos un abrazo de despedida.

Aquel abrazo vació sus almas y reconectó dos corazones que hacía mucho tiempo que arrastraban más dolor del que podían soportar.



Después de despedirse de todos aquellos que habían formado parte de su vida en el último año de un modo u otro, se preparó para un largo viaje. El teléfono que le había dado Bill correspondía a una ubicación muy concreta que no era difícil de descifrar.

Sólo había que escribirlo en un buscador de internet y, *voilà* , aparecía una dirección con coordenadas GPS incluidas.

Le esperaban cerca de veintidós horas de coche para llegar allí. Obviamente, no podría hacerlo todo del tirón. Al menos, tendría que detenerse una noche en algún motel de carretera y descansar. Estaba impaciente por llegar y, a la vez, aterrorizada por si ya era demasiado tarde.

Agradeció que su coche tuviera neumáticos cuatro estaciones, puesto que Canadá en aquella época no era fácilmente transitable. Esperaba que la suerte la acompañara y no encontrase carreteras cerradas que le impidiesen el paso. Ese era uno de los escasos momentos en los que se arrepentía de no tener un todoterreno.

Cuando llegó a las inmediaciones, agotada por esos dos días interminables al volante, le sorprendió ver lo vacía que estaba la zona en contraste con los ajetreados días del verano en los que resulta prácticamente imposible aparcar en las inmediaciones del lago.

El día era gélido, pero teniendo en cuenta donde se encontraba, la temperatura y la meteorología estaban siendo demasiado amables. Se ajustó el abrigo y permitió que el aire fresco despejara su mente.

Entonces le vio. Era inconfundible. Su pelo rubio ondulado, la cámara y un libro sobre la mesa. A su lado, su inseparable labrador sentado a sus pies. A pesar del frío que hacía, a él parecía no afectarle, puesto que estaba sentado en la terraza del hotel mirando hacia aquel bello paisaje que cautivaba los sentidos.

El corazón de Kisha empezó a acelerarse, secuestrado por fuertes emociones concentradas en un solo instante. Le había echado tanto de menos que le pareció que incluso perdía algún latido mientras le observaba. Su ausencia, además, había parecido una eternidad plagada de horrores. ¿Por qué le había echado de su lado?

Se quedó mirándole durante unos instantes. Necesitaba tanto de esa calma que irradiaba, de ese sosiego que siempre le transmitía. Ya era hora de tener en su vida un poco de paz.

A veces, todo se resume en palabras y hechos sencillos.

A veces, sólo es la necesidad de querer y que te quieran.

El Lago Louise aquel día parecía un paisaje salido de una película de fantasía, con esas tonalidades esmeralda, con unos destellos solares

sobre sus tranquilas aguas y las Montañas Rocosas reflejadas sobre el espejo de aquellas aguas cristalinas.

Entonces sucedió algo que sacó a Kisha de su ensimismamiento y la empujó a dirigirse hacia donde estaba Derek sin más dilación.

Fin del estado contemplativo.

Notó que empezaba a hervirle la sangre.

—¡Hola!

—¡Hola! —respondió Derek sin disimular su desconcierto, desviando su mirada hacia el lugar desde el que procedía la voz.

En la terraza del Fairmont Chateâu Hotel donde se encontraba en aquel instante no había nadie más, lo que no era de extrañar debido al tiempo invernal.

—Tú eres el famoso fotógrafo que se rumorea que está en el hotel, ¿verdad?

—Tal vez.

—¿Te importa que me siente aquí?

Él se quedó un poco sorprendido. Miró en derredor antes de contestar. Podía sentarse en cualquier otro lugar. No había necesidad de compartir mesa. Tampoco le apetecía demasiado, para ser sinceros. Seguía en su particular duelo por los últimos acontecimientos cuando se marchó de Carmel.

—Hay muchas mesas libres.

—Lo sé, tengo ojos en la cara, pero me apetece sentarme contigo —respondió de forma seductora.

Aquella chica debía de tener poco más de treinta años. Tenía el pelo del color del otoño y unos ojos grandes y expresivos. Derek estaba a punto de contestar, justo cuando escuchó una voz familiar a su espalda.

—Creo que te ha dicho bien claro que puedes sentarte en cualquier otro lugar —dijo Kisha, poniendo una mano sobre el hombro de Derek.

Por un segundo pensó que, si su corazón seguía latiendo a ese ritmo,

acabaría teniendo un infarto.

A Derek, quien no necesitaba girarse para saber quien era, se le escapó una sonrisa traviesa. Bobby se había levantado y jugueteaba alrededor de Kisha, demostrándole así que la había echado de menos.

—Perdona, pero creo que es él quien debe decidirlo. Además, no he visto ningún anillo de compromiso en su dedo precisamente.

La chica miró a Derek esperando que él dijera algo. A él la situación le parecía en cierto sentido cómica, como salida de un sainete de serie B. Se limitó a encogerse de hombros.

—Lo siento. Será mejor que le hagas caso. Yo no me atrevería a llevarle la contraria.

La chica se fue con cara de pocos amigos. Kisha la observó mientras se alejaba. Era el momento de estar frente a frente y escudriñar si en los ojos de Derek quedaba algún resto de amor por ella.

—Me alegro de que hayas venido —le dijo nada más tenerla delante.

—No ha sido fácil.

—Me lo imagino. Pensé que si realmente te importaba, vendrías a buscarme.

—Eso ya lo sabías. Sabes perfectamente lo que siento por ti, pero aún así me abandonaste.

—Kisha… —dijo levantándose de la silla y acercándose a ella.

—No digas nada más, ¿vale?

Los dos se miraron, explorando los ojos del otro, buscando en ellos el mensaje definitivo que hiciese caer el muro para siempre. Ella desvió la mirada. Sentía una emoción irrefrenable. ¿A qué estaba esperando Derek para abrazarla? Era lo único que necesitaba. Tal vez él sentía miedo también, aunque no veía por qué. Al fin y al cabo, era ella quien había recorrido más de dos mil kilómetros para ir a su encuentro. Sentía como su sangre se acercaba al punto de ebullición, una vez más.

—Las cosas estaban muy mal entre nosotros. Nos dijimos cosas terribles. Creo que necesitábamos poner tierra de por medio porque nada indicaba que la situación fuera a mejorar. Surgió este proyecto y

fue la excusa perfecta —se atrevió él finalmente a decir.

Derek sentía su corazón en un puño. Kisha seguía mirando hacia algún punto muy lejos de allí, con los brazos rodeando su cintura, en un signo de evidente auto protección. Tal vez miraba a su pasado, a todo el sufrimiento padecido, a los horrores que habían poblado su vida, a sus inseguridades que tanto daño le hacían, a su miedo al rechazo… Él no podía saberlo. Sólo sentía una angustia creciente, porque alejarse de ella, aunque hubiera sido por poco tiempo, no había servido para empezar a olvidarla.

Sí, su relación era extraña. Eran dos accidentes naturales que de pronto colisionan y, sin embargo, contra todo pronóstico, forman algo increíble. Como el sol que al contacto con la lluvia hace nacer un arcoiris pleno de iridiscencia y brillos sobrenaturales.

¿A qué estaban esperando para acabar con aquello? Tal vez a los dos les atenazaba el mismo miedo.

Sin duda, a veces el amor puede doler.

—¿Qué coño haces aquí fuera con el frío que hace?

—Bobby se agobia dentro con la chimenea y aquí hay mejores vistas y más tranquilidad.

Otra vez se miraron, sin atreverse a dar un paso en falso, porque el primero que avanza, es el que más tiene que perder.

—Kisha, basta ya. No puedo seguir con este sinsentido. Esto es una tortura. Ven aquí.

Y ella se abandonó en sus brazos, se embriagó de su calor y soñó que el tiempo se detenía. En el mundo ya no había dolor, sólo esperanza y buenas intenciones. Y era feliz, por una vez el cuento se hacía realidad. Las pesadillas se desvanecían y el futuro se mostraba amable.

¿Y si aquello podía ser algo más que un sueño?

¿Y si, por una vez, la realidad se mostraba benévola con ella?

Se apretó contra su pecho, cerró un poco más sus brazos en torno a él, como si aquel gesto sirviera para que nada volviera a separarles. Por primera vez en semanas, se sintió bien.

Y ahí lo supo. Entendió lo que significa la palabra hogar, porque no es

una casa, sino un lugar al que regresar. Son unos brazos que te acogen, es un alma que te acompaña, es un corazón que late al unísono con el tuyo. Comprendió qué es sentir que perteneces a algo, que no estás solo y que, por mucho que la cagues, hay alguien ahí dispuesto a darte otra oportunidad.

Y del abrazo surgió un beso que había estado en la sala de espera más tiempo del necesario. Un beso que pedía a gritos algo más.

—Bueno, pues diré lo que tengo que decir rápido porque me estoy pelando de frío.

—¿Tienes prisa? Pensaba que venías para quedarte —dijo esta vez Derek con una sonrisa.

—¡Cierra la boca, por favor! Bastante difícil me resulta esto.

Kisha suspiró y se armó de valor para soltar todo lo que quería decir a continuación.

Había cierto temor en su interior que la hacía dudar si debía seguir adelante. ¿Para que serviría hablar de aquello en ese momento?

—Lo primero de todo, tienes que saber que es la última vez que me dejas y vuelvo a por ti. Eso se acabó, Derek. Si vuelves a dejarme, no iré detrás de ti nunca más. Puede que tuvieras tus razones, pero fuiste un egoísta y me dejaste tirada cuando más te necesitaba. Lo he pasado muy mal. He estado realmente jodida este tiempo que te fuiste y… Y hay tantas cosas que debo contarte. Pero no ahora. Si decidimos seguir hacia delante, habrá que dejar todo claro.

—Me parece justo —respondió acariciándole el rostro con dulzura.

—Lo he dejado. Definitivamente. Hace tres días entregué mi placa y mi arma. No hay vuelta atrás.

—Ha sido la mejor decisión que podías tomar. No hace falta que te diga lo feliz que eso me hace.

Se mantuvieron a esa distancia milimétrica que parece un abismo cuando tu corazón late desbocado buscando los labios del otro. Se anhelaban tanto que aquello era una tortura innecesaria.

Entonces ella metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una pequeña cajita de terciopelo.

—Lo siento, no se me dan muy bien estas cosas, ya lo sabes. Es lo primero que he pillado cuando venía de camino. En fin, es lo que hay. No puedes esperar mucho más de mí, ya lo sabes. Derek Harper, ¿quieres casarte conmigo?

—Por supuesto que sí.

EPÍLOGO

Se dirigieron hacia el hotel con sus manos entrelazadas y Bobby caminando junto a ellos. Qué bien sienta soltar lastre y permitir que las heridas cicatricen. En un pacto tácito, ambos se prometieron a sí mismos que harían todo lo posible porque aquello funcionara.

A lo lejos se escuchó un grito. Kisha se giró de forma instintiva. Acababan de encontrar el cadáver de una joven y se oía mucho alboroto. Alguien pedía ayuda y gritaba que llamasen a la policía.

—Ni se te ocurra —le dijo Derek.

Ella le miró con un atisbo de duda. ¿Qué debía hacer? Al fin y al cabo, ya no formaba parte de los cuerpos de seguridad. Se hundió en sus brazos y se prometió que esta vez intentaría ser feliz.

Además, aquello era otra historia que poco tenía que ver con el Ocaso. Porque esta trilogía se cierra aquí.

AGRADECIMIENTOS

A mí familia, por haberme cuidado con tanto cariño y quererme de forma incondicional. Por hacerme ser quien soy.

A mi alma gemela, mi compañero de viaje en todos los sentidos. Brindo por mil años más a tu lado.

A Ana, mi amiga desde la tierna edad de tres años. Siempre estás ahí cuando se necesita. No hay distancia que nos separe.

A Eugenia, por ser el impulso, por leerme desde el principio, todos y cada uno de mis libros, por creer en mí, por difundirlos y por el trabajo codo con codo durante tantos años.

A mis Fridis, a las que tengo fritas con mis cosas. Brindo por vuestro sentido del humor. Sois geniales, ¡qué puedo decir!

A Nuria y Álex por resistir a mi lado en mi primera participación en una feria del libro.

A mis compañeros del día a día, porque conseguís que el ambiente sea inigualable y sienta que mi familia no se reduce a unos pocos, sino que parece crecer cada año.

A nuestra Anyi, que de forma tan inesperada se fue mientras escribía este libro. El mundo es un lugar un poco más sombrío sin su luz. No hay día en el que no me acuerde de ti.

Un agradecimiento especial va para Andreu Purroy (@lalibreriadeandreu en Instagram), que ha sido el lector cero de este libro y que me ha ayudado tantísimo.

Gracias por tu paciencia, por tu constancia y por tantísimas aportaciones. *Ocaso* habría sido infinitamente peor sin tu inestimable ayuda. Gracias, gracias y mil gracias.

Al Ayuntamiento y la Biblioteca de Alovera y a todas aquellas personas en concreto que me habéis apoyado y me abristeis vuestras puertas.

A los lectores, a los que dejan valoraciones y/o reseñas, a los que os molestáis en escribirme para contarme vuestra opinión y ayudarme a mejorar. Es emocionante para un escritor descubrir lo que le suscitan sus libros a un lector.

A los que de una manera tan desinteresada habéis organizado Libros Viajeros y Sorteos de mis libros (@evalispm en Instagram) o Lecturas Conjuntas (@descubriendoautores también en Instagram) que me han ayudado a que se conozcan un poco más mis novelas. A los que habéis participado también os mando un abrazo y

os agradezco los buenos momentos y hasta los apuros en los que me habéis metido en alguna ocasión.

Al Club Descubriendo Historias por tanto apoyo y difusión y en especial a Laura, que es la que está al frente y derrocha altruismo por los cuatro costados.

Y, por último, gracias a la vida por ser tan generosa conmigo y ponerme a tantas buenas personas en el camino.

PLAYLIST CADA CANCIÓN EN

ESTE LIBRO TIENE UN

SENTIDO…

 Western Stars - **Bruce Springsteen**

Esta canción aparece en una escena en la que Derek está trabajando y llega Kisha a casa. La magia de la voz del Boss y la melodía de esta canción sin duda creo que propician una ambientación especial.

 Four Winds - **The Killers**

Esta canción no tiene una razón de ser como las demás. Simplemente ha sido un descubrimiento reciente y considero que el ritmo que tiene se adapta muy bien a distintas escenas de este libro. Llevo desde 2008 siguiendo la increíble música que hace este grupo y no conocía esta sublime versión que hicieron de esta canción de **Bright Eyes** por aquella época en la que lanzaron su tercer disco de estudio titulado *Day and Age* .

 Courage to Change - **Sia**

Verdaderamente hace falta coraje para cambiar quién eres. Kisha ha tratado durante tiempo de luchar contra su naturaleza y, al final, se da cuenta que merece la pena ese cambio y dejar atrás definitivamente aquellas cosas que la hacen daño .

 Lose Somebody - **Kygo & OneRepublic**

Es un libro en el que hay pérdidas. Cuando Kisha pierde a Derek y se ve sola otra vez se da cuenta de lo importante que es él en su vida. Hay ocasiones en las que, hasta que no perdemos a alguien, no valoramos la importancia que tenía en nuestra vida.

 Follow You - **Imagine Dragons**

La letra de esta canción es una oda a la lealtad y la amistad. Bill encarna ese concepto sublime de amigo en todas las circunstancias de la vida y se ve reflejado perfectamente al final cuando sale corriendo a buscar a Kisha hasta donde se encuentra The Lone Cypress cuando sabe que ella está en su peor momento.

 Walking the Wire - **Imagine Dragons**

Ésta es evidente, ¿no? Todo el libro se hallan caminando sobre un fino alambre. De hecho, se hace varias veces referencia a ese caminar por el alambre en el que nos encontramos cuando atravesamos situaciones difíciles.

□ *Running Towards a Place* - **The Killers**

Durante gran parte de la trilogía Kisha está huyendo de algo, de su pasado, del dolor, de la culpabilidad… corriendo hacia un punto en el que poder encontrar algo de paz y ser mínimamente feliz. Al final, corre hacia el Lago Louise en busca del verdadero y único amor de su vida.

□ *Aftermath* - **Muse**

Las acciones de cada uno dejan secuelas profundas en los protagonistas. La letra de esta canción habla del desgaste de estar luchando de forma permanente. A veces, uno sólo necesita que otro ser humano le reconforte.

□ *It's a hard life* - **Queen**

La letra de esta canción representa la lucha de un corazón roto, el dolor que viene después de un abandono.

□ *Never Let Me Go* - **Florence + The Machine**

El mensaje que transmite esta canción tiene mucho sentido aquí, en esa lucha de algunos de los protagonistas por tratar de salir de la sima en la que han caído, un lugar metafórico en el que no llegan a tocar fondo. Siempre va a haber alguien que nos ayude a tendernos una mano y salir adelante. Sólo hay que dejarse ayudar.

□ *Living in the Moment* - **Jason Mraz**

Cuántas veces nos olvidamos de vivir el presente preocupados por el pasado y por pensamientos que son totalmente improductivos. Hay que aprender a disfrutar del aquí y ahora.

□ *Walking in my Shoes* - **Depeche Mode**

A veces, simplemente, basta con ponerse en el lugar de otro para comprenderle.

Kisha le pide a Derek que alguna vez se ponga en su piel. No siempre resulta sencillo empatizar y ver más allá de nuestro punto de vista.

□ *Róróró* - **Of Monster and Men**

Un abrazo es un lugar confortable que cura y une, ese espacio personal único en el que resguardarnos cuando la tormenta se desata. ¡Qué nunca nos falte a quien abrazar!

□ *Wild Roses* - **Of Monster and Men**

La primera vez que oí esta canción estaba en Canmore (Canadá) justo después de visitar el Lago Louise. La estrenaron aquel día y me parecía que tenía que tener un hueco en este libro.

□ *Perfect* - **Ed Sheeran**

Es difícil imaginar una escena romántica y que no te venga a la cabeza esta canción.

□ *Thinking Out Loud* - **Ed Sheeran**

"People fall in love in misterious ways (…)". Esta frase de la canción define a la perfección la manera en la que Julius se enamora de su compañera sin remedio.

AÑADIDAS POSTERIORMENTE

Recientemente, han sacado nuevo álbum dos de mis grupos favoritos. Es increíble que algunas de sus canciones tengan tanto sentido en este libro.

□ Wrecked - *Imagine Dragons.*

Según cuenta el propio Dan Reynolds, cantante y compositor de la letra de esta canción, la escribió después de la pérdida de una persona importante en su vida.

□ *My life* - **Imagine Dragons**

Esta canción refleja la desesperanza y el no sentirse bien con uno mismo, el querer ser otra persona para no sufrir tanto y encajar mejor. También hace referencia a las adicciones y al tratar de anestesiarnos de la realidad.

□ *In another life* - **The Killers**

¿Es ésta la vida que realmente elegiste o simplemente es la que ha acabado por ser?

Ésta es la pregunta que nos hacen al inicio de la canción. Kisha intenta imaginar una vida en la que podría ser feliz pero siempre parece escapársele entre los dedos.

 Pressure Machine - **The Killers**

Hay un momento de esta canción que dice lo siguiente: *“ And every year goes by faster than the one before”.* ¿No sentís lo mismo? ¿No os parece que cada año pasa más rápido que el anterior? El período temporal de esta trilogía enmarca precisamente un año casi completo.

Saga Ocaso

AMANECE EN EL OCASO





ARIEL ZORION

La mayor oscuridad siempre

es la que precede al alba.

- Dan Brown

DEDICATORIA

A los soñadores.

Y a los que me ayudáis

a cumplir mis sueños.

Una dedicatoria especial

para una persona increíble

que cumple años el mismo

día que este libro verá la luz.

Un beso grande como el sol

A mis lectores cero,

como siempre os hago la ola.

Gracias infinitas

Y a los de siempre:

a las personas bonitas que

forman parte de

mi día a día y a las

que me han ayudado

a ser quien soy.

playlist



It's no good, Depeche Mode



Sharks, Imagine Dragons



New York, New York, Frank Sinatra



Brilliant disguise, Bruce Springsteen



I don't like myself, Imagine Dragons



Boy, The Killers



With or without you, U2



Use somebody, Kings of Leon



I will wait, Mumford & Sons



All I want is you, U2



Kill or be killed, Muse



R U Mine, Artic Monkeys



Purple Haze, Jimmy Hendrix

Si te apetece escucharla, te invito a hacerlo aquí: Playlist Amanece en el Ocaso

(Puedes encontrarme en Spotify como Ariel Zorion)

Sinopsis

Wynona Wrangler, una detective privada que está inmersa en una investigación relacionada con la presunta desaparición de una mujer, se encuentra con un cadáver en una habitación de hotel de Queens, en Nueva York. Junto a la víctima, una lacónica nota dice: "He muerto por culpa de Kisha Jennings".

La detective tendrá que ponerse en contacto con sus antiguos compañeros del NYPD, con los que su relación no terminó demasiado bien cuando la expulsaron del cuerpo.

Un nuevo caso de asesinato llevará a la inspectora Jennings hasta Nueva York como persona de interés en la investigación, después de llevar varios meses retirada como policía.

Prólogo Se abandona. Se deja ir. Olvida las resistencias. Le mira a los ojos y lo que ve le dice que se lo merece. Se lo merecen. Ya está bien de negarle al cuerpo lo que lleva reclamando tiempo con tanta insistencia. El contacto de sus labios sobre los de ella desencadena una reacción parecida a una cascada química de sensaciones placenteras.

Le recorren el cuerpo.

La piel se incendia.

Y sólo ha sido un leve roce.

El beso va a más. Crece. Se intensifica. Sus bocas se buscan con ansia en ese lenguaje tan particular que tiene el cuerpo para comunicarse. Las terminaciones nerviosas de su piel explosionan al contacto de los dedos de él recorriendo su cuello. No imaginaba hasta ese instante que

podría haberle echado tanto de menos. Su cuerpo anticipa lo que está por venir y la excitación cada vez alcanza cotas mayores.

La piel se eriza.

La respiración se entrecorta.

Quiere más.

Lo quiere todo.

Le quiere a él.

Sus bocas se entrelazan de una forma que les hace olvidar donde están. Sus lenguas enredadas danzan al ritmo de una melodía que solo ellos conocen. Empieza una exploración por un camino conocido y desconocido a la vez. Un reencuentro con los labios del otro. Un amanecer de sensaciones después de haber vivido tantos ocasos en los que había que reprimir los deseos porque no parecían apropiados.

Ella gime. Le pide más con los ojos, una mirada encendida y salvaje que ruega que no deje ni un centímetro de su piel por explorar. Quiere sentir sus labios reconociendo y recorriendo todo su cuerpo. Quiere sentirle en su interior, explosionando juntos de placer. Muerde sus labios con urgencia, para que sepa que quiere ir más allá. Hasta el final.

No hay límites.

Esta noche no.

Desabrocha su cinturón, con prisas, con una necesidad acuciante que no para de crecer. El botón y la cremallera del pantalón ceden fácilmente ante sus hábiles manos, dejándole solo con el bóxer. Percibe con claridad que él está preparado. Y sube un grado más su excitación. Otro más. Siente que ya no puede esperar ni un segundo. Es una

certeza, una evidencia que su cuerpo reclama como si fuera una deuda de sangre. Una parte muy concreta de su anatomía se lo recuerda con una claridad estremecedora.

Le reclama.

Ya.

Él le quita la camiseta. Desabrocha su sujetador. Se detiene un

momento a mirarla. A admirarla. A desearla. Un sentimiento oscuro atraviesa un segundo su cabeza al ver las cicatrices que pueblan su abdomen, un hambre de venganza no saciada, un dolor antiguo, casi ancestral. Elimina el pensamiento intruso, lo arrincona hasta que llegue el momento. Y se deleita en el recuerdo de su piel perfecta, como dulce caramelo. Quiere besar cada pequeño rincón, cada cicatriz. Sigue siendo preciosa, a pesar de todo.

Acaricia sus pechos mientras se acerca más a ella. Estos se rinden ante la tiranía del roce de sus dedos, estremeciéndose, estremeciéndole. Su piel se eriza y eso le hace sentir único, porque ella le desea tanto como él. Le desabrocha el pantalón y se lo baja despacio, alargando cada momento de forma innecesaria pero excitante. Acaricia sus piernas al tiempo que el vaquero desciende. Su aliento le acaricia el abdomen y ella jadea. Es consciente de su respiración entrecortada. Es consciente de que el deseo la consume.

Esta vez empieza a besarla de forma diferente, con el apremio provocado por una pasión y un anhelo que ya no está en sus manos, porque es el deseo quien les controla.

Y sabe que ya no habrá vuelta atrás. Ambos están en ropa interior, separados únicamente por una pequeña pieza de tela ligera. Una resistencia mínima que no tardará en desaparecer.

Bill toma a Kisha por la cintura. Ella tiene sus brazos alrededor de su cuello. No pesa demasiado. Con apenas esfuerzo, la sube y ella envuelve sus caderas con sus piernas.

No acaban de creerse lo que está a punto de suceder.

Lo que ambos han elegido que suceda.

Capítulo 1

Desaparición

No podía entenderlo. ¿En qué momento se habían despistado? Habían seguido de cerca todas las pistas, habían investigado todos los lugares en los que cabía la mínima posibilidad que hubiera estado. Habían hablado con sus amigos, conocidos, compañeros de trabajo, con los vecinos, con su ex. Ese lugar no cuadraba, no encajaba en el perfil. No

creía que fuera el adecuado. Tenía que ser un error.

Se habían dejado la piel en el caso. Habían sido realmente exhaustivos en su trabajo.

Y por eso Wynona estaba absolutamente desconcertada. Llamó a Tyrell, su compañero.

No entendía por qué motivo le había enviado aquella dirección de Queens. No encajaba con la mujer a la que estaban tratando de seguirle la pista.

Su hermana les había contratado porque decía que hacía una temporada que la encontraba rara. Tenía la impresión de que había empezado a verse con alguien y ahora llevaba ya varias jornadas sin saber nada de ella. Eso era lo que la había alertado. No era habitual en ella, puesto que aunque no siempre se había caracterizado por llevar una vida ordenada y mucho menos previsible, siempre respondía a sus mensajes y llamadas.

Le daba mala espina.

Wynona le explicó cómo era su forma de trabajar cuando pasó por su oficina.

Acordaron los honorarios y se pusieron manos a la obra. Le aseguró que darían lo mejor de ellos para encontrar a su hermana pequeña lo antes posible. Tal vez sí era cierto que tenía una aventura con alguien y eso es algo que siempre deja rastros. Solo hay que saber cómo y dónde buscarlos.

Creían haberla localizado tan solo dos días después. Ty y Wynona formaban un buen equipo y, cuando se ponían a trabajar en serio, los resultados solían llegar relativamente rápido. Sin embargo, aquella había sido una pista falsa. Cuando llegaron a aquel apartamento de la Quinta Avenida, allí no había nadie. No obstante, aquella ubicación sí podría haber encajado con el nivel de vida que solía llevar la desaparecida, dada, por otra parte, a los excesos. Ahora, de pie ante aquel hotel de mala muerte, creía que Ty le estaba tomando el pelo. Sabía que le encantaba gastarle bromas, pero le parecía que hacerlo con las cosas del trabajo no era propio de él.

—¿Qué pasa? —le preguntó en cuanto respondió al teléfono.

—Eso debería preguntarte yo —respondió, al parecer, un tanto molesta.

—¿Por?

—Por la localización que me has mandado.

—Es un hotel en Queens.

—Sí, exacto. De eso ya me había dado cuenta. En Queens, Ty. Esto no casa en absoluto con lo que habíamos deducido. Por lo que sabemos de ella, no le pega demasiado eso de venir a un hotel de mala muerte como este. Tendrías que verlo para darte cuenta. Se cae a trozos y tiene más mugre que los baños del metro.

—Depende como lo mires.

—Lo estoy mirando ahora mismo.

—No me refiero al hotel. No hace falta ser tan literal, Winnie.

—No me llames Winnie, Ty —le advirtió mientras contemplaba la fachada del alojamiento con cara de asco. Estaba un poco de mal humor porque tenía la sensación de que algo no iba bien en ese caso.

—A lo que iba. Si tiene un lío con alguien y no quiere que nadie se entere, este lugar es en el que nunca la buscaría ninguno de los de su entorno.

—No sé. Supongo que por probar no perdemos nada. Ya que he venido hasta aquí…

Voy a entrar, a ver si convenzo al tío de recepción enseñándole la cara de alguno de los presidentes para que me de la información que necesito y me diga en qué habitación está. Si es que está aquí, que no lo tengo muy claro.

—Ya verás como sí está. Espero que baste con un Benjamin Franklin como mucho.

No creo que a la hermana le haga demasiada gracia que te fundas su dinero.

—Un Benjamin Franklin son cien dólares, Ty. ¿Qué te has fumado para querer derrochar así el dinero? Tú no has visto lo cochambroso que es este sitio. Había pensado más bien en presentarle cuatro Abraham Lincoln como mucho.

—¿En serio? Crees que con veinte pavos te va a dar información?

—Bueno, veinte pavos y mi encanto natural.

—Vale, Winnie, entonces sí que voy a ir incluyendo en los gastos los cien dólares por sobornar a un recepcionista aburrido.

—Dios mío, ¡cómo puedes ser tan gracioso y no dedicarte a la comedia! Debería haberme dado cuenta de tus dotes humorísticas cuando te contraté y a lo mejor

podíamos haber ampliado el negocio. Ahora sí que te apuesto cien pavos a que me dice lo que quiero sin gastar un dólar.

—Bueno, no quiero ni pensar lo que vas a hacer. Igual debería empezar a santiguarme o cómo se diga.

A Wynona se le escapó una risa por lo bajo. Puede que sus conversaciones no siempre fueran absolutamente fructíferas, pero nunca se aburrían. No eran pocos los días que les habían dado las tantas de la madrugada hablando en el despacho. En realidad, llamar despacho a ese cuchitril que tenían por oficina era una forma amable de decirlo.

—¿En qué momento te has convertido en una distracción, Ty? Que yo recuerde, te pago por ser mi ayudante, no para que me des palique.

—Tampoco me pagas tanto, pero vale. Lo pillo. Llámame en cuanto termines o antes, si necesitas algo.

—Hasta luego, cara huevo.

—¿Cara huevo? ¿Cuándo piensas madurar?

—Hasta que no cumpla los treinta, no cuentes con ello.

Colgó mientras oía al otro lado el resoplido de su compañero.

Tyrell Swanson era su ayudante desde que se puso como detective privado por su cuenta, poco después de que la expulsaran del cuerpo de policía de Nueva York. Había tenido muchísima suerte al contratarle por varios motivos. El primero, sin duda era su eficiencia. Era un joven con gran cantidad de habilidades, entre las que se encontraban la capacidad de organización y el manejo de herramientas tecnológicas. Pero, además, era una gran persona y tenía unas muy buenas habilidades sociales, lo que venía muy bien cuando la habitualmente risueña Wynona Wrangler perdía los papeles con alguien, puesto que, como se suele decir, era una joven de mecha

corta.

Sí, sin lugar a dudas, contratar a Ty fue lo mejor que hizo cuando decidió, o mejor dicho, cuando no le quedó más remedio que establecerse por su cuenta como detective privado. Todavía no se podía creer que no se hubiera decidido a abandonarla y buscara un trabajo más cualificado y, sobre todo, mejor pagado, porque él lo valía y mucho.



Convencer al de recepción le costó mucho menos de lo que había imaginado. Por diez dólares le habría cantado hasta el padrenuestro, si no fuera porque no había demasiado que cantar y tampoco necesitó ni siquiera ofrecerle ni un céntimo. En la recepción resultó estar un joven que no tendría mucho más de dieciséis años al que pilló con una bolsita de María que le metería en problemas a la voz de ya.

Pensó en tomarle un poco el pelo y vacilarle un rato antes de ponerse seria, tal vez para conseguir un mayor golpe de efecto. Pero finalmente su corazón compasivo y, en especial, su simbólica voz de la conciencia —es decir, su leal ayudante Tyrell—, la convencieron de que no era buena idea y, por encima de todo, no era necesario.

Según le había sonsacado al joven, la mujer había llegado por su cuenta varias horas antes. Lo había hecho sola. No tenía constancia de que se hubiera reunido con nadie, aunque tampoco podía aseverarlo con total seguridad, debido a que había estado un tanto distraído.

Por decirlo de alguna forma…

No necesitó insistirle demasiado para que le facilitara el número de la habitación de la interesada. Wynona entonces se dirigió hacia allí sin perder más tiempo. Llamó varias veces, pero no contestó nadie. Después de esperar unos minutos agudizando el oído, regresó a recepción. El joven le cedió de manera dócil la llave ante una nueva amenaza. Sonrió de forma maliciosa al darse la vuelta.

Había sido tan fácil que sintió un poco de lástima por el chaval. Bueno, tal vez sirviese para que perdiese un poco la afición a los porros y a otras cosas que deben hacerse en privado. En realidad, trató de convencerse de que había hecho una buena obra. Era evidente que el chico había estado tocándose. El color subido de su cara así lo atestiguaba. Sólo esperaba que no fuera pensando en ella. Ya se sabe,

a algunos les ponen cachondos las mujeres con cierta autoridad. Y a esa edad, todavía más.

Deseó con todas sus fuerzas que se hubiera lavado las manos antes de entregarle la llave.

La detective subió andando las escaleras.

Llamó una vez más a la puerta. Debía asegurarse antes de entrar que no la habían oído antes. Podía haber estado en la ducha, por ejemplo.

—Voy a entrar —avisó, esperando por última vez una respuesta. Siendo meticulosos, entrar en la habitación sin permiso podía considerarse un delito de cierta gravedad. Esperaba poder convencerla de que lo había hecho por su bien. No necesitaba enfrentarse a ningún problema con la policía de Nueva York, teniendo en consideración el poco cariño que le tenían.

Después de esperar un tiempo prudencial, decidió que ya era el momento. No tenía sentido seguir esperando. Había tratado de hacer lo correcto. Introdujo la llave en la cerradura. Esta encajó con facilidad y cedió de forma dócil. Abrió la puerta. Un olor

metálico la recibió de forma brusca y penetrante. Giró la cara para tratar de desasirse de aquel hedor, una señal evidente de que había algo fuera de lo común dentro de la habitación. Sacudió levemente la cabeza, como si así pudiera librarse de él. Se puso una mano tapándose la boca y la nariz. Entonces miró hacia el interior. La habitación parecía más bien oscura. La escasa luz caía oblicua sobre el suelo. Los tonos ocres predominaban en el interior. Los muebles eran viejos y baratos. Se apreciaba en ellos que habían sobrepasado de sobra su vida útil. La distribución del mobiliario era sencilla, sin ornamentos innecesarios, solo lo imprescindible. Armario, mesilla y una cama de matrimonio. Las sábanas estaban por el suelo.

La lámpara de noche también.

No le cupo duda de que lo único que podía hacer a partir de ese momento era llamar a su ex compañero Stevens.

—¡Mierda! —exclamó impotente.

Capítulo 2

Idilio

Los ojos oscuros de ella se desvanecieron en la mirada azul de él, tomando consciencia de la nueva decisión que habían tomado. Estaban determinados a iniciar un viaje juntos y dejarse conducir sin pensar demasiado. Les esperaba una nueva oportunidad. Una nueva vida. Estaban convencidos de que, ahora sí, era su momento.

A pesar de todos los vaivenes, de las duras pruebas que habían tenido que atravesar, ambos parecían tener claro lo que sentían por el otro. Sin embargo, a veces los sentimientos pueden ser espejismos seductores que nos guían por caminos misteriosos.

Era la hora de reencontrarse y sanar. Habían vivido una relación complicada casi desde el principio. En realidad, ¿qué relación no lo es? Estar con otra persona es como intentar encajar dos piezas de un puzle que no sabes si van a casar bien o simplemente parecen amoldarse solo de forma temporal, hasta que una de las dos descubre que hay aristas que son insalvables.

Únicamente habían tenido unos pocos meses de tregua, puesto que la vida parecía empeñada en ponerles a prueba. Los incidentes que habían acontecido durante el último año en la pequeña Carmel-by-the-Sea y la vecina Monterey, habían convulsionado no solo su estabilidad como pareja, sino la de ambas localidades, que no estaban acostumbradas a enfrentarse al horror tan cerca de sus orillas.

Ahora todo aquello parecía algo muy lejano.

Habían pasado varios meses desde que acudiera al Lago Louise a intentar recuperar aquella relación que en un año había sufrido tantos altibajos y que les había hecho cuestionar si merecía realmente la pena. Como si fuera cosa del destino, poco después de su llegada, habían descubierto el cadáver de una mujer de treinta y dos años al que le acompañaba un sobre y, por lo que pudo saber después, un bote que contenía las propias lágrimas de la víctima. Era como si la muerte, y concretamente los asesinatos, acudiesen en su búsqueda allá donde fuera. Soltar esa sensación le había costado tiempo. Se asemejaba a la que experimentas cuando se te pega un chicle en la suela de los zapatos y parece que nunca acaba de irse del todo.

Todo aquello ahora se presentaba como un recuerdo muy lejano. Mantenía las citas semanales con su psiquiatra, Stephen Meyer, el marido de la forense del condado de Monterey con la que había trabajado cuando recaló en la Policía de su localidad de origen,

Carmel-by-the-Sea.

A pesar de que había evolucionado de forma significativa, percibía con claridad que seguía necesitando su ayuda porque aún existían muchas situaciones y sentimientos que no sabía bien cómo gestionar. Demasiados traumas acumulados en su interior la acabaron convirtiendo en una bomba de relojería que había estado muy cerca de estallar. Estuvo en el punto en el que casi no hay retorno, cuando se planteó incluso quitarse la vida. Ese extremo de desesperación había alcanzado. Cuando lo recordaba, se estremecía de pies a cabeza. Llegó a rebasar su límite, en ese instante en el que experimentó en su propia piel lo que sienten aquellos que creen que ya no merece la pena luchar porque se les hace demasiado cuesta arriba.

Había sido una de los desamparados.

Había atravesado una época en el purgatorio de las almas deshechas.

Recomponerse estaba siendo una ardua labor porque las pesadillas seguían atacándola cuando menos lo esperaba. Además, a todo lo acumulado con el paso de los años, ahora arrastraba la huella del odio de su hermana, quien le había dejado claro, de una vez y para siempre, que la quería fuera de su vida.

No tener arraigo es como estar perdido encima de una balsa en medio del mar.

Y ella ya no tenía ninguno.

En los últimos meses, habían viajado sin parar. Una anestesia como otra cualquiera.

El encargo que recibió Derek de un estudio cinematográfico para localizar escenarios para una película le había permitido conocer lugares en los que nunca había estado. La parte de ella que estaba tratando de salir a flote se encontraba disfrutando mucho de esa nueva experiencia.

Las discusiones se evaporaron como por arte de magia. Casi era como vivir en una continua luna de miel. Aquella idílica situación en la que permanecieron instalados, aunque fuera de forma temporal, les permitía soñar con un futuro juntos. De hecho, habían llegado por fin a fijar una fecha para su enlace, al que sólo pensaban invitar a los más allegados.

Sin embargo, en el fondo sabían que el idilio no duraría para siempre

y que ese tiempo de bonanza sentimental se debía a que ella continuaba alejada de su trabajo.

Y empezaba a echarlo de menos.

No extrañaba la locura vivida en los últimos meses, pero sí necesitaba sentirse útil en alguna medida, hacer algo que la completase y la realizase como persona. Eso de ser mujer florero desde luego no iba con ella. Derek trataba de implicarla en su trabajo para que se sintiera parte del proyecto y ahuyentar así los problemas del pasado.

Pero era una solución temporal.



—Me han llamado hace un rato del estudio. Les han convencido las últimas localizaciones que les he enviado y esa parte ya la dan por finalizada. Empezará el rodaje en breve y luego, se acabó. Tendremos que ir a Los Ángeles durante una temporada, aunque no creo que sea necesario que estemos allí mucho tiempo. Espero que no más de tres meses. ¿Qué te parece?

—Estupendo.

—¿Te apetece volver a L.A.? —le preguntó Derek extrañado. En realidad, ya habían hablado de que ambos estaban deseando volver a Carmel y pasar una temporada en calma. Lo que acababa de decirle implicaba que sus planes se pospondrían todavía algún tiempo.

—No lo echo de menos, si es a lo que te refieres.

—¿Te da miedo volver?

—No. Estoy bien. El problema nunca fue la ciudad, sino lo que había en ella. Ahora no hay nada que temer. Además, las circunstancias en las que regreso son muy diferentes.

—Espero que mejores.

—Ni lo dudes —respondió acercándose a besarle.

Derek se recreó por unos segundos en el contacto de los labios de Kisha. Abrió los ojos y los clavó en los de ella, tratando de averiguar si había algo que se hubiera callado.

Todo parecía estar en orden. A pesar de lo bien que iba todo entre ellos, todavía le asaltaban momentos de inseguridad.

—Me alegra saberlo. Te aviso que la agenda allí será apretada. No hablo únicamente de los compromisos laborales, sino también de los sociales. Y soy consciente de lo poco que esa parte te gusta.

—Lo sé, Derek. Te acompañaré en lo que pueda. Pero no cuentes con que iré a todo.

Sabes que no me siento cómoda.

—Lo entiendo. Y me parece bien.

Esa era la parte más difícil para ella. Tener que acompañarle a distintos eventos, presentaciones y demás actos relacionados con la profesión de su pareja. Entendía que era un fotógrafo de éxito y que, además, en Los Ángeles ya hacía años que había una fiebre importante entre los artistas y los acaudalados de la zona, quienes estaban dispuestos a pagar una fortuna por una Harper, es decir, una foto de Derek en

exclusiva, de la que únicamente él tendría el negativo, bajo el compromiso expreso de no sacar jamás otra copia.

Ahora que un estudio cinematográfico le había fichado, su fama y el interés por él no había hecho más que crecer, aumentado por el morbo que añadía su paso por la cárcel cuando se le acusó erróneamente de una serie de agresiones sexuales con asesinato incluido.

A Kisha todo aquello la abrumaba en exceso.

Anhelaba poder volver junto a él a una vida recogida y alejada de los focos en la tranquila Carmel-by-the-Sea.

Algo que no sabía si volverían a recuperar.

Tal vez, algún día.

Capítulo 3

Crimen

Hablar con Stevens no le hacía demasiada gracia. A pesar de que habían sido buenos compañeros, las cosas no acabaron tan bien entre ellos como le hubiera gustado.

Y aun así, era con el que mejor se llevaba de todo el Departamento de

Policía de Nueva York. Ella no solía tener problemas en sus relaciones personales. es más, era una joven divertida con un nutrido grupo de amigos. Pero desde luego nunca cayó con buen pie en el departamento de policía de la ciudad. Wynona no era nada condescendiente, eso había quedado claro desde el principio. Pero también sabía que se había pasado de sincera en algunos momentos.

No todo el mundo está preparado para escuchar las verdades sin adornos. Y a Wynona no le gustaban los filtros ni para el café.

—Policía de Nueva York, ¿en qué puedo atenderle?

—Buenos días. Necesito hablar con el detective Stevens.

—¿Puede decirme quién le llama y por qué motivo?

Era una pregunta que esperaba. Sabía que no iban a pasarle la llamada sin más.

Respiró hondo para tratar de sonar tranquila y relajada, aun a sabiendas de que el tiempo apremiaba.

—Soy Wynona Wrangler —respondió, al tiempo que oía un resoplido al otro lado de la línea. ¿Quién estaba al teléfono? ¿Tal vez Walter Mint? Esperaba que no, porque la joven le había dicho unas cuantas lindezas antes de que la echaran del cuerpo, incluidas las relativas a su falta de atractivo físico.

El tono al otro lado del teléfono cambió de forma radical. Por un momento pensó que estaba hablando con un hombre recién salido de las cavernas.

—¿Y para qué coño quieres que te pase con él? ¿Ya estás llamando la atención? A ver si asumes que te echaron del cuerpo y que aquí no hay sitio para ti. Eres una apestada, que parece que no te enteras. Si necesitas algo, pásate a poner una denuncia como cualquier ciudadano. ¿O acaso te crees que eres especial?

—Mira, capullo, llamo para informar de un asesinato. Pero si no me pasas con Stevens, no pasa nada, me pongo en contacto enseguida con el New York Times y les digo que he hablado contigo, pero que no te ha interesado la información que tenía que contarte porque te gusta poco currar. Seguro que te encantará conocer y probar la buena publicidad que te van a hacer, un artículo a doble página hablando de la inoperancia de

los agentes de policía y tu foto en primer plano. Del mismo modo, estoy segura de que el jefe estará encantado de saber que te has escaqueado de hacer tu trabajo. Y todo por no comerte tu orgullo, patán estúpido.

Vale. Igual se había pasado de intensa. Pero es que se lo merecía. Como se suele decir, había empezado él primero. La había llevado al extremo de su tolerancia, que tampoco era tanta, para qué engañarse.

El gruñido en el otro lado certificó que, al final, aquel mostrenco le iba a pasar la llamada tal y como había solicitado.

Ahora tendría que lidiar con Stevens.

Esa era harina de otro costal.



Wynona estaba reflexionando acerca de la investigación que habían llevado a cabo.

Le había parecido un caso fácil, con pocas complicaciones, tal vez debido a que empezaba a recuperar su exceso de confianza y optimismo de antaño, o quizás, a que su forma de ver las cosas había cambiado después de lo que aconteció unos meses atrás en Sussex.

Aquel suceso le había dejado huella.

Como un sedimento de ceniza.

Una muesca en su espíritu jovial.

Un desgarro en el alma.

Todo un pueblo siendo cómplice de un suceso zafio y rastrero.

Y ahora se encontraba en aquella habitación de un hotel cutre en Queens frente a un cadáver al lado del cual se encontraba una escueta nota.

"*He muerto por culpa de Kisha Jennings*".

¿Quién coño era la tal Kisha Jennings? No necesitaba complicaciones en su vida. Ella y Tyrell elegían los casos que investigaban en función de su aparente bajo nivel de dificultad. Por tanto, todos aquellos que parecieran complejos o que escondieran algún esqueleto en el armario, como se dice de manera habitual, eran descartados de inmediato.

Seguían tratando de reponerse ante la vileza que habían observado que puede esconder el ser humano. No es que no lo supieran, sino que tal vez su juventud les había impedido tomar verdadera conciencia de hasta que punto puede llegar.

Un pueblo entero contemplando un hombre arder.

Eso era difícil de digerir.

Sabía de sobra que no podía tocar nada, pero no pudo evitar entrar en la habitación en lo que llegaba la policía. Sería extremadamente cuidadosa. Recogió su pelo en un moño bien apretado. Conocía bien el procedimiento y sabía lo importante que era no contaminar la escena del crimen. Pero también sabía que sería difícil que compartieran información con ella, así que debía adelantarse.

Necesitaba esos minutos de ventaja para conocer el escenario del crimen, hacerse una composición de lugar. Si confirmaban que la mujer que yacía muerta en el colchón con múltiples heridas y quemaduras en su abdomen era la hermana de su clienta como parecía, no pensaba quedarse al margen sin más. Iba a pelear con uñas y dientes para seguir vinculada al caso, de una manera o de otra.

«¿Quién eres, Kisha Jennings?», se preguntó intrigada observando la nota. Aquello no era ni mucho menos el final que había imaginado para aquello. Había previsto encontrar a la díscola hermana de su clienta y convencerla de que, independientemente de la relación o los trapicheos en los que se hubiera metido, tendría que regresar a casa o, como mínimo, avisar de que estaba bien.

Ahora se encontraba esperando a que llegara la policía. Sería inevitable involucrarles y tratar con sus ex compañeros, los mismos que la última vez que había acudido a ellos poco menos que la habían tratado por loca.

Intuía que las cosas no iban a mejorar esta vez.

Capítulo 4

Confianza perdida

Cuando llegaron el detective Stevens y el resto de patrullas de la policía de Nueva York, Wynona estaba aguardándoles en la puerta del hotel. Les condujo por las escaleras a la habitación donde yacía la

víctima. No hacía falta ser demasiado lista para darse cuenta de que, tal y como esperaba, no se alegraban de verla. Las muecas y los mohines de disgusto eran evidentes en los rostros de varios de los que habían sido un día sus compañeros.

Al menos, podían intentar disimular.

Únicamente el detective John Stevens había mostrado un mínimo de cordialidad hacia ella. Al fin y al cabo, habían estado patrullando juntos durante un tiempo, aunque las cosas tampoco hubieran terminado de la mejor manera entre ellos.

—¿Has tocado algo?

—Por supuesto que no, ¿por quién me tomas?

Mejor sería no conocer la respuesta a esa pregunta.

—Pero has entrado en la habitación. Eso seguro.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque Wynona, la tía más lista del universo, no podría aguantarse sin más.

—Sigues siendo igual de capullo que siempre, Johnny.

—Y tú sigues siendo igual de…

—Déjalo. No quiero que se me atragante el desayuno. Deberías darme las gracias.

—¿Y eso por qué? ¿Por cargarme con un caso que puede ser complicado? Oh, sí, entonces muchas gracias, detective Wrangler. Me has endosado un buen marrón.

—No, más bien por alejarte del papeleo que seguramente te mantenía atado a tu mesa. Además, pensaba que te gustaba tu trabajo. Veo que en eso también me equivoqué contigo.

John Stevens la miró de forma implacable. No le había hecho ni la menor gracia el último comentario. Siempre se había considerado un buen policía y se esforzaba por hacer lo mejor posible su trabajo. No obstante, cada vez parecía más difícil, pues circunstancias que eran ajenas a él se lo complicaban.

—Será mejor que entre antes de que me ponga de mal humor.

—Adelante.

—Y no te vayas, Wynona. Como ya imaginarás, quiera o no, necesito hablar contigo y que me expliques cómo has llegado hasta aquí —ordenó, mientras la señalaba con el dedo índice de su mano derecha y una expresión severa en el rostro.

—Por supuesto, aquí me encontrarás.

—¡Ah! Te aviso —le dijo girándose otra vez antes de entrar—, como encuentre un pelo tuyo ahí dentro, te empapelo.

—No vas a encontrar nada.

—Eso espero. Y más te vale, porque sabes que tu pelo se distingue con facilidad, no necesitaré ni siquiera que analicen el ADN en el laboratorio. Así que prestaré mucha atención.

—¿Desde cuando eres tan pesado y te gusta tanto procastinar? Al detective que trabajaba conmigo le faltaba tiempo para adentrarse en la escena del crimen y, por lo que veo, ahora solo te interesa la cháchara.

Después del último comentario de la ex policía, el detective se encaminó hacia el interior murmurando algo que Wynona no llegó a entender, aunque supuso que no estaba alabándola precisamente.

Antes de traspasar el umbral, un agente le facilitó el oportuno equipo de protección, es decir, unos guantes, unos patucos y un gorro.

Entonces Wynona le llamó por última vez.

—¡Stevens!

—¿Qué pasa ahora?

—Nada, solo que estás muy guapo con el gorro —trató de bromear para recuperar mínimamente una parte de la conexión que en su día tuvo con él.

—No tiene gracia.



Cuando el detective Stevens entró en la habitación, el resto de los policías que habían acudido a cubrir el aviso ya habían comenzado con las labores de protección del escenario del crimen y de marcación

de las distintas pruebas. El forense se encontraba junto a la víctima, tomando la temperatura del hígado para establecer la hora aproximada de la muerte.

Stevens tenía ante sí una escena dantesca. Había gran cantidad de sangre por todos lados. Era sorprendente que nadie hubiera oído a la víctima, aunque estuviera amordazada, puesto que los quejidos debían haber sido terribles como para no traspasar esas paredes que parecían de papel. No obstante, era cierto que la ocupación del hotel no era en absoluto alta. Además, se trataba del típico tugurio que podía contratarse por horas para echar un polvo y después seguir a otra cosa. Los gritos estarían a la orden del día en ese antro. Cabía la posibilidad, incluso, de que no hubiera habido nadie en el momento del crimen.

Se detuvo aún unos instantes más para analizar el escenario. Siempre solía necesitar de unos segundos de soledad, tratando de aislarse de los ruidos del trabajo policial para intentar recrear en su cabeza en la medida de lo posible lo que había sucedido.

El asesino parecía visceral y descuidado, viendo como había dejado todo. La víctima yacía desmadejada sobre el colchón, con los ojos abiertos y la ropa rasgada sin el menor cuidado, lo que parecía indicar que no había tenido ni el menor remordimiento. La mujer tenía múltiples incisiones y heridas de distinto tipo por el cuerpo, especialmente en los muslos y el abdomen. Lo que veía le gritaba que estaban ante un criminal extremadamente sádico y violento.

Se acercó al forense para compartir sus impresiones y que le contase lo que había averiguado hasta el momento.

—Hola Logan.

—Hola John —respondió el médico ajustándose como podía las gafas con el dorso de la muñeca.

—¿Qué puedes adelantarme? —preguntó el detective con interés.

—Empecemos por el principio. Tu amiga la pelirroja con la que estabas hablando ahí fuera es la que te ha avisado, ¿verdad?

—Sí. ¿No la recuerdas? Estuvo un tiempo en el cuerpo.

—No debí coincidir con ella. Es igual. Lo que te iba a decir es que tengo la sensación de que le ha faltado poco para pillar al asesino con las manos en la masa porque la temperatura del cuerpo de esta chica

sigue siendo bastante alta. Como ya sabrás, suele disminuir un grado centígrado cada hora durante las primeras ocho o doce horas.

—Claro, aunque depende de la temperatura ambiente —reflexionó el detective, frunciendo el ceño como una evidente muestra de atención.

—Exacto. Pero esta pobre mujer no ha estado expuesta a la intemperie y tampoco estaba encendida la calefacción. Aun así, su temperatura es de treinta y cinco grados y medio. Significa que…

—Murió dentro de las dos horas anteriores a ser encontrada —concluyó el policía con cierta preocupación.

—Yo diría que una hora y media como máximo. Piensa en el tiempo que hemos tardado en venir y podrás hacerte a la idea de lo cerca que ha estado de pillarle con las manos en la masa.

—¡Joder! No sé si habría sido peor. Tal vez ahora tuviéramos dos cadáveres.

El detective Stevens dirigió con preocupación su mirada hacia la puerta, donde aguardaba Wynona, la cual se encontraba en ese instante hablando por el móvil.

—No te digo que no fuera posible. En fin. El resto de indicadores revelan información similar respecto al momento de la defunción. Podré cerciorarme más tarde.

—¿Qué más tenemos? ¿Cuál es la causa probable de la muerte? —interrogó el policía para tratar de recabar la mayor cantidad de información que fuera posible.

—Bueno, a pesar de las múltiples laceraciones y quemaduras con las que la torturaron, no parece haber duda, puesto que le cortaron el cuello.

—¿Cómo ha sido el corte?

—Limpio, lo que denota práctica, y de izquierda a derecha, lo que nos dice que el asesino es diestro.

—Y que este crimen tiene algo personal para él. ¿Hay evidencias de agresión sexual?

—No me ha dado tiempo a determinarlo con exactitud, pero me atrevería a decir que no. A pesar de que la ropa la tiene destrozada,

las prendas interiores están intactas —

aseguró el forense.

—Pero aun así, sabemos que este tipo de crímenes suelen tener una motivación sexual.

—Puede ser, pero podemos estar ante un caso de sublimación. Tal vez la satisfacción sexual la encuentre en el acto mismo de torturar y matar.

—¡Maldita sea!

—De todas formas, convendría que esto lo hablases mejor con tu compañero.

—Sí, bueno, ya lo sé. Pero es que no es el más listo del cuerpo, ya sabes.

El forense le miró con cara de circunstancias. Unas leves arrugas se formaron en su frente. Se apreciaba cierta frustración en la forma en la que John Stevens acababa de pronunciar esas palabras.

—De momento, no puedo decirte mucho más. Cuando la lave tomaré muestras de las heridas para que podáis pasarlas al laboratorio e intentar identificar el arma del crimen.

—Muchas gracias, Logan —le agradeció el detective.

—No hay de qué, Johnny —respondió el médico con una cordial sonrisa.

Capítulo 5

Sueños

Llegaron a Los Ángeles un jueves por la mañana. Dispondrían de esa jornada de tiempo libre, sin compromisos. Durante los casi veinte años que había vivido Kisha en la ciudad de los sueños, aunque pudiera parecer increíble, apenas había recorrido ningún lugar que fuera ajeno a su trabajo. No conocía la parte lúdica ni turística, ni había visitado apenas alguna de sus playas. Salvo los primeros años que vivió allí con Erik, en los cuales se habían movido por ambientes que no eran del todo recomendables, sus trayectos se habían limitado al desplazamiento desde su piso a la comisaría y desde esta a los lugares

de los delitos que tenían que cubrir.

Por primera vez, disfrutaría de la cara amable de la ciudad, del lado mágico y bonito, de sus rincones de ocio, de sus playas y de esos lugares en los que la gente disfruta de la vida y a los que ella le había dado la espalda durante tanto tiempo.

—¿Estás bien? Vas muy callada —le comentó Derek, sin quitar la vista de la carretera.

En el aeropuerto habían alquilado un coche para poder moverse libremente por la ciudad siempre que quisieran sin depender de nadie, a pesar que desde el estudio cinematográfico con el que estaba colaborando el fotógrafo, les habían ofrecido un coche con chófer.

—Estoy bien. Solo iba pensando en que se me hace un poco extraño volver en estas nuevas circunstancias. No sé si me entiendes.

—Perfectamente. Lo que me sorprende es que no hayas querido conducir. Tú conoces esta ciudad como la palma de tu mano —dijo desviando momentáneamente la vista de la carretera para observarla.

—Sí, es cierto. Habré recorrido sus calles cientos de veces con el coche patrulla. Pero no, no me apetece. Prefiero disfrutar de las vistas por una vez. Es la primera vez que la miro desde una nueva perspectiva.

—Bueno, el atasco se va a diferenciar poco del que hayas vivido cientos de veces.

—Y sin embargo es totalmente diferente —concluyó de forma críptica.

Derek le agarró la mano y se giró apenas un instante para mirarla. Kisha le sonrió y él sintió que todo estaba como debía. No obstante, todo no estaba tan bien como quería aparentar. Había tenido varias noches el mismo sueño y aquello la tenía un poco

alterada. Se sorprendía en el momento menos oportuno pensando en ello y buscándole un significado que no sabía si realmente tendría.



A pesar de que había hablado muchas veces con Stephen, su psiquiatra, acerca de lo que hace el cerebro en esas extrañas y sorprendentes reconstrucciones oníricas mientras dormimos, no podía evitar sentirse un tanto trastornada. El doctor Meyer insistía en que por mucho que el imaginario colectivo se empeñe en darle una

trascendencia que no tienen, los sueños son solo sueños, en cuanto conexiones químicas que hacen una función de mantenimiento en el cerebro y de reconstrucción de recuerdos e informaciones recibidas, entre otras muchas cosas.

Habían discutido en ocasiones el concepto de sublimación tan defendido por Freud, el cual aseguraba según los principios del psicoanálisis, la transformación de los impulsos instintivos en actos más aceptados desde el punto de vista moral o social. Sin embargo, él le había insistido mucho en que, a pesar de que en el pasado sí había confiado en la práctica psicoanalítica, cada vez más estaba siendo defenestrada por la comunidad científica.

—Hay que moverse en la dirección de los nuevos tiempos, Kisha.

—Pero, cuando lo practicabas, ¿causaba efectos positivos en tus pacientes? —

preguntó con evidente interés.

—Sí, creo que sí. Pero nunca fui un purista, sino que utilizaba otras terapias coadyuvantes.

—Pero tal vez a mí me venga bien y acelere el proceso de curación. Estoy muy cansada de todo esto, Stephen. Quiero salir de una vez por todas del túnel —dijo con un deje de tristeza en la voz y una expresión alicaída en su rostro.

—Y cada vez estás más cerca.

—Pero las pesadillas todavía siguen, están ahí.

—Aunque son mucho menos frecuentes, ¿no es así?

—Sí, eso es cierto. Son ocasiones contadas, pero me siguen alterando mucho —

respondió. Después hizo una breve pausa y perdió la mirada más allá de la ventana que había frente a ella, buscando quizá las palabras oportunas antes de continuar. Llenó los pulmones y siguió hablando —. Me levanto asustada y hay veces que me siento fatal.

Como si me arrastraran otra vez hacia atrás, a mis peores momentos.

—¿Y qué es lo que piensas ahí? ¿Quieres luchar o, por el contrario, vuelves a tener pensamientos de dejarte ir?

—Quiero luchar, siempre. Por suerte, ya no he vuelto a pensar en que morir es una opción. Ni siquiera en los peores días.

—Bueno, eso es un gran avance y estoy convencido de que lo sabes. Tú siempre has sido una luchadora. Ahora solo nos falta lograr que le des a tus sueños el papel y la importancia justa. A diferencia de lo que te sucedía antes, ahora ya sabes qué los provoca. Conoces el origen del trauma y estamos trabajando para recablear tu cerebro y que dejen de perturbarte.

Kisha pensaba en todas aquellas conversaciones con su terapeuta. A pesar de la distancia, no habían prescindido de ninguna de las sesiones, por lo que la gran mayoría las habían hecho a través de videollamada. Ella había logrado interiorizar aquellos valiosos consejos y seguía las orientaciones y pautas que le daba lo mejor posible.

Y a pesar de todo ello, le costaba tanto entender por qué las viejas pesadillas, habían sido sustituidas por aquel nuevo sueño tan recurrente.

Capítulo 6 Escenario

Después de la conversación con el forense acerca del análisis preliminar del cadáver, se dirigió a hablar con el detective Michael Rufo, su compañero asignado en aquella investigación, quien se había dedicado a observar y recoger la información que le ofrecía la escena del crimen.

—¡Joder, tío! ¿Has visto cómo está todo? Ya hemos avisado a un especialista en el análisis de salpicaduras de sangre, porque desde luego es tremendo como ha dejado la habitación.

—Sí, es buena idea, aunque podemos sacar ya algunas conclusiones por nuestra cuenta antes de que venga el experto, ¿no te parece? Tenemos experiencia, ¿no? —

señaló con segundas intenciones. Cada vez llevaba peor la incompetencia, en especial en un trabajo como el suyo en el que es tan importante hacer las cosas bien y esforzarse.

—Sí, claro. Pero mejor empieza tú.

«Por supuesto, ¿cómo no?», pensó el detective Stevens con hastío.

—Estas salpicaduras que están en la zona del cabecero, tienen pinta de ser salpicaduras arteriales posiblemente de cuando le seccionó la carótida. Sin embargo, estas de aquí —comentó indicando una zona por debajo— teniendo en cuenta la coloración ligeramente más clara, tienen pinta de ser salpicaduras salivares, tal vez porque le dio algún puñetazo en la cara. De hecho, en el rostro la víctima tiene múltiples magulladuras. Por eso es fundamental que recojamos muestras de sangre de distintas zonas del escenario porque nos pueden dar información relevante, no solo en relación al ADN, sino también a los componentes que las acompañan.

—Sí, el equipo de la científica están recogiendo todo tipo de muestras. Desde luego, la habitación está llena de rastros. Joder, macho, hay mierda por todas partes. No sé cómo alguien puede venir a un tugurio como este.

—El problema será dilucidar cuáles pertenecen al asesino, si es que las hay —

continuó obviando los dos últimos comentarios de su compañero—. No me sorprende que eligiera un lugar como este, en el que uno de los fuertes no es la limpieza precisamente. Vamos a encontrar manchas, huellas y restos biológicos y sintéticos de todo tipo en el escenario.

—Ha elegido este hotel mugriento para cubrir sus rastros. Menudo cabronazo —

comentó el detective Rufo mostrando su desagrado.

—Pero si está fichado, antes o después nos saltará en el sistema —pensó en voz alta Stevens.

—Sí, desde luego. Pero aun así, nos puede llevar semanas encontrarlo. Tal vez cuenta con eso a su favor.

—Bueno, ya veremos. Según está todo, no parece un asesino cuidadoso. Creo que en este caso, como suele suceder en la mayoría de las ocasiones, llegar a conocer el motivo puede ser el mejor indicio para encontrarle. Eso me recuerda que tengo que hablar con alguien.

—¿Con la pelirroja?

—Sí, exacto.

—Me han dicho que fue tu compañera durante un tiempo. Y que era insufrible, aunque eso ya lo sabía del poco tiempo que coincidí con

ella.

—No creas todo lo que te digan. No acabamos bien, eso es cierto, pero Wynona podría haber sido una excelente policía, además de que era muy fácil pasarse la tarde de risas con ella. Tenía un gran sentido del humor. Lo que pasa es que no se le daba bien lo de aceptar órdenes.

—Será eso. A Algunos les cuesta entender su posición en la jerarquía de mando —

concluyó, aunque Stevens pareció no hacerle caso—. Una cosa más antes de que hables con ella. Quería hablarte de la nota que hemos encontrado en la mesilla de noche.

—¿Una nota? —preguntó extrañado.

—Sí, es muy breve, pero indudablemente tendremos que investigarlo.

—Déjame ver qué dice.

Michael se acercó a la zona donde habían dejado los maletines en los cuales iban recogiendo las pruebas que iban hallando y clasificando. Tomó una de las bolsas y se la acercó.

—“He muerto por culpa de Kisha Jennings”. ¿Qué significa esto? —preguntó John.

—¿Y quién es la tal Kisha?

—Esa es otra pregunta que supongo tendremos que responder.

Después de hacer un primer análisis de la víctima y del escenario, en el que aún le restaban unas cuantas horas de trabajo, decidió que no podía esperar más para hablar con Wynona. Necesitaba saber qué motivos la habían conducido a descubrir a la víctima de un asesinato. No era descabellado que contase con información crucial para la investigación. Por lo tanto, debía llevar esa conversación con tino y prudencia para sacarle lo máximo posible.

Pero sabía que Wynona no tenía ni un pelo de tonta.

Solo faltaba por ver qué le pediría a cambio.



—¿Qué pasa? ¿Para qué me llamas? ¿Necesitas que vaya? Te había entendido que mejor me quedara en la oficina.

—Las preguntas de una en una, Ty. No me aturulles. No te llamo para nada, solo para hacer algo mientras me tienen aquí esperando en la puerta de la habitación. Así puedo disimular mientras piensan que estoy hablando con alguien y aprovecho para mirar qué coño encuentran haciéndome la despistada.

—No necesitas llamarme para eso. Te pones el móvil en la oreja y disimulas. Punto.

—En serio, a veces me cuestiono si realmente eres tan listo como creo. Vamos a ver, si me pillan con el móvil pegado a la oreja sin hablar con nadie, lo primero de todo es que se pensarían que soy lerda y no necesito que mejoren la ya de por sí buena imagen que tienen de mí en el departamento de policía de Nueva York. Lo segundo, es que me sirves de coartada. Es bastante lógico que llame a mi ayudante para confirmar información o ponerte al día de las novedades, ¿no te parece? Aunque en realidad no tengo mucho más que contarte aparte, de lo que ya te dije antes.

—Bueno, ya que malgastas mi tiempo, ponme al día.

—Joder, no sabes cuánto tengo que agudizar la oreja para enterarme de lo que dicen.

—El oído.

—¿Qué?

—Que has dicho que tienes que agudizar la oreja y eso no es correcto. Lo que agudizas es el oído.

Wynona se quedó unos segundos boquiabierta. ¿Qué importaba eso ahora?

—Perdóneme don sabelotodo licenciado en Harvard. Los pobres mortales con el CI justo para no cagarnos encima tenemos algunas dificultades para según qué cosas.

—Te lo perdono porque eres tú. Si no, ni lo sueñes. Es un error imperdonable.

—¿Puedo seguir?

—Querrás decir empezar, porque todavía no me has dicho nada nuevo.

—Pues deja de corregirme, que pareces mi profesor de primero de primaria. Lo que te iba diciendo, me está costando pillar lo que dicen, pero algo he oído. Me ha parecido que el forense ha dicho que la muerte era muy reciente, menos de dos horas.

—Así que le hemos pisado los talones —reflexionó con cierta preocupación. Aquello no era del todo bueno. Incluía un riesgo evidente. La expresión de Tyrell evidenciaba cierto desasosiego.

—Sí, joder. Si no hubiéramos errado con el piso de la Quinta Avenida, igual habríamos seguido otras pistas y podíamos haber logrado evitar esta masacre.

—O, tal vez, habrías acabado como ella. No te subestimo, ya lo sabes, pero no habría sido buena idea tratar de atrapar a un asesino de ese calibre tú sola.

—En eso no te puedo quitar la razón. Y si hubiera pedido refuerzos o ayuda, no me habrían hecho el menor caso, como ya nos pasara hace unos meses con el caso de Sussex—respondió con impotencia. Ni siquiera fue consciente de que había apretado el puño de la mano que tenía libre.

—Bueno, eso no lo podemos saber. Continúa, Winnie…

—Que no me llames…

—Lo voy a seguir haciendo porque me gusta y te lo digo con cariño, así que asúmelo.

—¡Qué plasta eres a veces, Ty!

—No tanto como tú. Como ibas diciendo…

—Sí, como iba diciendo, aparte de las evidencias de que la habían torturado por los cortes que vi y las quemaduras, parece que le cortaron el cuello. Han estado hablando de las salpicaduras de sangre, pero no me he coscado de lo que han dicho. Y he visto como el compañero de John le enseñaba la nota. Pero de lo del pelo me parece que todavía no se han dado cuenta. O yo no me he enterado cuando lo han dicho.

—Tal vez lo vean más tarde.

—Es que tienen que verlo porque ese detalle nos dice muchas cosas.

Ty suspiró al otro lado de la línea. Parecía que lo de huir de los casos complicados no les había salido tan bien como esperaban.

—¿Has averiguado algo de la tal Kisha Jennings?

—Voy por partes. Por un lado, hay más de cien mil personas en Estados Unidos que se apellidan Jennings, que no es una cifra desdeñable. Por otro lado, el nombre Kisha es de origen eslovaco y, según he encontrado, y cito literalmente, es la abreviatura de Lakeisha, que significa gran alegría.

—¿Y para qué se supone que nos sirve eso, Ty? ¿Te has dado un golpe en la cabeza o qué? A mí lo que me daría una gran alegría es que fueras al grano.

—Me ha parecido un dato bonito. Pero tranquila y no pongas tu cara de besugo beodo, que sigo con los datos que te interesan. Ya que veo que te importa un bledo la parte poética.

—Sería de gran ayuda que te la ahorres.

—Bien, pues por suerte, el nombre de Kisha no es demasiado común en nuestro país.

Keisha es bastante más frecuente, puesto que hay más de treinta y cuatro mil.

—¿Cómo dices? ¿Treinta y cuatro mil Keishas y más de cien mil Jennings?

—Sí, pero te repito que Kisha no es tan habitual. A pesar de todo, aunque hay unas cuantas que se llaman Kisha Jennings, no son demasiadas. He logrado cerrar el círculo en unas ciento veinte aproximadamente, pero dudo que el cálculo sea exacto porque, en realidad, lo que he hecho ha sido llevar a cabo una estimación de probabilidades, puesto que no tengo acceso a ese tipo de datos.

—Joder, si tenemos que investigar a ciento veinte mujeres tú y yo solos, lo tenemos claro —resopló para que su compañero comprendiera su decepción.

—Bueno, ahí necesitaremos a tus amigos los polis. No obstante, sea cual sea la cifra exacta, en realidad serán muchas menos, puesto que de esas ciento y pico, algunas serán niñas y otras mujeres muy mayores. Hay muchas posibilidades de que se las pueda descartar, incluso sin conocer el motivo del asesino.

—Pues a ver cómo logro que me ayuden con eso cuando se supone que no sé el nombre de la nota porque no he estado nunca dentro de la habitación. Ya me entiendes lo que quiero decir.

—Tendrás que dar algunas explicaciones, supongo. Si no, estamos en un callejón sin salida.

—¿Algunas explicaciones solo? Igual me vale una noche en el calabozo, ya lo verás.

—Bueno, te voy a dar una buena noticia al respecto.

—¿Acerca de qué, de pasar la noche en el calabozo? No veo dónde puede estar la buena noticia ahí.

—No, relacionado con el nombre de la nota.

—Pues dispara rápido porque creo que Stevens se dirige hacia mí.

—He encontrado algo muy singular en las noticias de meses e incluso años pasados.

Hay una Kisha Jennings que trabajó en el departamento de policía de Los Ángeles durante más de quince años y, ¿adivinas qué?

—No, joder, no lo adivino. Suelta que me va a dar un infarto.

—Dirigió durante un tiempo la brigada de homicidios.

—¡No me jodas! —dijo levantando en exceso la voz debido a la sorpresa.

—¿Qué pasa, Wynona? ¿Te han dado una mala noticia? —le preguntó su ex compañero que acababa de llegar a su lado.

—No, para nada. Puede que al contrario —dijo todavía on el móvil en la oreja—.

Tengo que dejarte, Ty. Luego hablamos.

—Pues me alegro por ti —continuó el detective Stevens—. De momento, como supongo que ya te habrás hecho a la idea, tú y yo tenemos que hablar largo y tendido.

Creo que vas a tener que darme algunas explicaciones.

—Estaba deseando que me lo pidieras —le respondió con una sonrisa

aviesa.

Capítulo 7 Explicaciones

John Stevens era un detective audaz. No obstante, la defensa llevada a cabo en su momento a favor de su ex compañera delante del resto de policías del departamento, le había pasado factura. Hacía de aquello poco más de dos años, pero no todo el mundo está dispuesto a olvidar con tanta facilidad.

Desde que expulsaran a Wynona Wrangler del cuerpo sin opción a reincorporación futura, según se deleitaron en dar a entender a todo el que quisiera escuchar, el detective Stevens había pasado por un particular purgatorio que le llevó al punto de plantearse pedir el traslado a Nueva Jersey o cualquier otro distrito lo suficientemente alejado para que su nombre no hubiera estado en boca del resto de policías.

Dicho purgatorio había consistido en la asignación de los peores casos y los peores turnos, aparte del casi total aislamiento social. Así que el resultado de haber tratado de hacerse el héroe defendiendo a su ex compañera, había sido el de quedarse solo en medio de la nada, puesto que con ella también tuvo una bronca de las gordas justo antes de que se marchara. Sin duda, su estrategia fue la de perder-perder. Ningún procedimiento de *coaching* le habría salvado de ella.

Ahora que todo empezaba a estar más tranquilo, ahí volvían a estar los dos, frente a frente, y con el resto del departamento maldiciendo por lo bajo.

—Vas a tener que darme alguna que otra explicación, Wynona, empezando por cómo has encontrado el cadáver de esta mujer.

—Y lo haré encantada, pero a cambio de cooperación. *Quid pro quo*, Clarice —dijo emulando a Hannibal Lecter en El silencio de los corderos.

—No tiene gracia y sabes que no puedo compartir contigo información clasificada.

—Perfecto. Yo también me debo a la confidencialidad con mi cliente, así que estamos empatados.

—No me toques los huevos, te lo pido por favor. Bastante tengo con

tenerte que volver a ver la cara y aguantar de nuevo los cuchicheos del resto.

—Vengo en son de paz, John, pero comprenderás que no te voy a dar información a cambio de nada. Para empezar, necesitaré la confirmación de la identidad de la víctima en cuanto la tengáis. Quiero ser la primera en avisar a mi cliente, a la que obviamente llamaré a continuación. Por el momento, no te estoy pidiendo demasiado.

—Pero no es lo único que vas a pedirme.

—Y tampoco sabes todo lo que te puedo ahorrar con el trabajo que ya llevo adelantado. Así que empieza a desembuchar.

—Ni de coña. Dame algo para que pueda ver si puedo obtener algún beneficio.

Wynona le clavó sus ojos de ese extraordinario y tan poco frecuente color violeta mientras reflexionaba si el riesgo merecía la pena.

«¡Qué coño! De perdidos al río», pensó.

—Puedo decirte quién es Kisha Jennings.

Según pronunció el nombre en voz alta, Stevens la tomó del brazo para alejarse todo lo posible de oídos indiscretos. Si alguien la había escuchado, podrían meterse en un serio problema.

—Dijiste que no habías entrado.

—Y tú dijiste que éramos amigos. Todos mentimos.

El detective la miró furioso. Ella continuó hablando para tratar de aplacar en la medida de lo posible su ira.

—¡Joder! ¿Qué querías que hiciera? Tenía que saber si estaba muerta. A eso se le llama civismo.

—¿Has tocado algo? Y sé sincera esta vez, te lo pido por favor.

—No he tocado nada, te lo prometo. Pero he visto la nota, obviamente. Tengo ojos en la cara, y según mi oftalmóloga, vista de lince. Así que le he pasado el nombre a mi ayudante y él ha estado investigando. Es muy bueno, por cierto. Es capaz de acceder a la información más insospechada en tiempo récord. Y eso que andamos escasos de recursos. Imagínate lo que lograría si tuviera detrás los

recursos con los que cuenta la policía de Nueva York. Si le hubierais fichado, ya te digo que vuestros resultados mejorarían considerablemente. Bueno, si le ficharais y además os quitaseis de encima el tufo pestilente de la corrupción que se respira en esa comisaría.

—Wynona, no empecemos. Dejemos el temita atrás, te lo pido…

—Por favor, sí. Ya sé que eres extremadamente educado y condescendiente, además

—finalizó con evidente retintín. Se dio cuenta de que no merecía la pena ir por ese camino y tampoco era justo, cuando John Stevens había sido el único que había sacado mínimamente la cara por ella—. Vale, lo siento.

—¿Vas a decirme quién es Kisha Jennings?

—Primero dime qué has averiguado con el análisis preliminar.

—No demasiado. Como te vayas lo más mínimo de la lengua, te juro que te la corto.

—Tranquilo, ¿vale?

—Sabes muy bien lo que me juego.

—Te he dicho que estés tranquilo. Claro que sé a lo que te expones compartiendo la información. No tengo ninguna intención de hacerte daño, Johnny. Parece mentira que no me conozcas. Solo necesito que me des algo para avanzar en mi trabajo.

El detective pareció pensarlo por unos instantes. En realidad, la conocía bien.

Wynona podría ser políticamente incorrecta pero era una buena persona, con férreos valores y con buen corazón. En realidad, algunos de los peores errores que había cometido cuando estuvo en la policía y que acabaron con su carrera fueron debidos a un exceso de ímpetu debido a su juventud, pero no a mala praxis o negligencia. En realidad, si hubiera sido menos atolondrada y hubiera meditado más las decisiones en su momento, posiblemente las cosas serían muy diferentes en ese momento.

—La causa de la muerte es exanguinación debida a que el asesino seccionó la carótida y la yugular con un corte rápido y preciso.

—No es su primera vez.

—No, ni mucho menos. Sin embargo, el escenario es caótico y es evidente un exceso de violencia. Hay múltiples salpicaduras de sangre y la víctima tiene heridas defensivas en los brazos, aparte de múltiples cortes en muslos y abdomen. Es una puta carnicería, Wynona. ¡Joder! Esa pobre mujer pasó por un calvario.

—Tal vez haya ADN bajo sus uñas y haya dejado rastros.

—No estoy tan seguro. Además, el antro este está lleno de mierda, así que eso es como unas colonias de verano, lleno de huellas y rastros de todo tipo.

—Luego la elección del sitio no es aleatoria ni circunstancial, sino que posiblemente es deliberada.

—Eso pensamos.

—¿Indicios de agresión sexual?

—Parece que no. A pesar de que tiene la ropa desgarrada, las prendas interiores están intactas. De todos modos, habrá que esperar a los resultados del forense para ver si en todo caso hubo actividad sexual previa. Y por el momento, ya te he contado demasiado. Así que deberías compartir conmigo quién es la de la nota.

—No estamos cien por cien seguros, pero si quieres empezar por investigar a alguien, yo empezaría por la Kisha Jennings que dirigió la brigada de homicidios de la policía de Los Ángeles.

—Has dicho que dirigió, en pasado. Luego debo suponer que ya no trabaja allí.

—No lo sé a ciencia cierta. Podemos investigarlo por ti, si lo prefieres. Ty, mi compañero, me ha dicho que con ese nombre y esos apellidos no hay demasiadas coincidencias en el país. Pero sin duda, que una de ellas haya trabajado en homicidios, a mí me huele a chamusquina.

—¡No me jodas! Podría ser un asesino resentido o con una cuenta pendiente con ella.

Un familiar iracundo, tal vez.

—Tal vez. Habrá que investigarlo.

—Necesitamos localizarla y hablar con ella.

—Sí. Sin olvidarte de que puede que tenga alguna implicación directa o indirecta.

Estamos dando por supuesto que no es así porque es una de los nuestros.

—No doy nada por supuesto, Wynona. Pero mi intuición me dice que los tiros no van por ahí.

—Intuición no es lo mismo que certeza.

—Lo sé. No intentes darme lecciones. Soy mayor que tú, ¿recuerdas?

—Eso no significa que lo sepas todo.

— *Touché* — respondió con humildad. Tenía razón. No lo sabía todo, ni mucho menos.

—Y para que veas que tengo buena voluntad, te diré algo que creo que no habéis visto y que me hace pensar que estáis ante un asesino serial. El asesino se ha llevado un trofeo.

La cara de sorpresa de su ex compañero ya había hecho que mereciera la pena.

Estaba casi segura de que no se habían dado cuenta, pero en el fondo pensaba que un detective tan espabilado como John lo habría avistado.

—¿Un trofeo? ¿Cómo puedes saberlo?

—Porque se ha llevado un mechón de pelo.

Capítulo 8 Inquietud

Derek intuía que Kisha escondía algo que no le quería contar. Ya hacía un par de semanas que apreciaba en ella un cambio en su estado de ánimo. No sabía precisar qué era lo que notaba, pero sin duda, estaba algo más apagada que en las semanas anteriores.

A pesar de todo, le reconfortaba ver que su relación parecía seguir estando fuerte.

Las discusiones se habían evaporado y afrontaban los conflictos y desacuerdos de una forma mucho más madura. Sin lugar a dudas, la

terapia que estaba siguiendo con Stephen le estaba haciendo mucho bien, puesto que se mostraba notablemente más equilibrada que en el pasado.

Kisha había cambiado de forma notoria desde que empezaran su historia juntos y era más proclive a mostrar su afectividad hacia él, algo que agradecía. Se mostraba bastante cariñosa y afectuosa. Le buscaba en muchas ocasiones, buscaba sus caricias, que la abrazara y habían recuperado los excitantes momentos de intimidad del principio. Veía arder el deseo en su mirada con frecuencia y aquel era un ingrediente más que ayudaba a mantener la relación en un estado saludable.

Él sentía que todas las muestras de cariño y atenciones que le profesaba la hacían sentir segura y querida, algo que le había faltado gran parte de su vida. Igualmente sabía que era importante para ella mantener los lazos sociales que había establecido precisamente para reforzar el sentimiento de pertenencia que le había faltado desde que era una niña.

Ahora que conocía por completo la historia de su pareja y siguiendo las recomendaciones de su psiquiatra, habían procurado hacer entre viaje y viaje alguna parada en Carmel, donde tenían establecido su lugar de residencia. Aunque fuese breve, sabía que era necesario para reencontrarse con aquellos que ahora formaban parte de su vida.

Antes de volar a Los Ángeles, habían hecho una alto en San Francisco y habían quedado con Bill. Era consciente que el del FBI había sido el muro de carga que la había mantenido en pie en los momentos más difíciles, hasta que la estructura se terminó por derrumbar por completo cuando permaneció cautiva y fue torturada por el Asesino del Ocaso. Después de aquello, habían venido tiempos muy complejos para Kisha.

Recordaba, en ese instante en el que estaba sumergido en sus cavilaciones, aquella breve conversación que tuvo con Bill. Aprovechó un momento en el que ella se ausentó unos minutos para ir al baño cuando estaban comiendo con él en un restaurante de la zona del muelle.

—Dime con sinceridad cómo la ves.

—Creo que bien. Igual te preocupas demasiado —respondió Bill con expresión relajada, en contraste con lo que se leía en la cara de su amigo.

—Ha ido mejorando mucho en estos meses, pero lleva unos días que me tiene algo desconcertado. Tengo la sensación que algo le pasa y puede que no quiera contármelo para no preocuparme. Tal vez a ti sí te lo diga si le preguntas.

—Derek, creo que te preocupas en exceso. Lleva mucho a cuestas, diría que un exceso de carga, de hecho. Eso no debe ser fácil. Darse cuenta de todo lo que había enterrado en su subconsciente y que tanto daño le estaba haciendo…¡Buff!, no quiero ni imaginar lo que tiene que ser. Ahora que conocemos todo el origen del trauma, creo que está demasiado bien, de hecho.

—Puede que tengas razón. Me parece increíble todo lo que ha tenido que sufrir.

Derek perdió la vista en el gentío que animaba el muelle. La temperatura era agradable, así que aquello estaba a rebosar de familias y parejas paseando. La zona de los leones marinos, junto al Pier 39, estaba como siempre hasta arriba de turistas. Sin lugar a dudas, constituían la atracción principal de la zona.

—Demasiado bien estaba con todo lo que tenía reprimido en su interior —finalizó Bill.

Derek se quedó mirándole consternado. En verdad, cuando descubrió todos los horrores del pasado, incluidos el trauma reprimido del atropello de su padre así como la falta de afecto de su madre y su hermana, se sintió desbordado y atemorizado de no poder ayudarla a afrontar todo aquello.

—Imagino que en este tipo de recuperaciones no todo el camino puede ser hacia delante —continuó Bill—. Tienes que contar con ello.

—Sí, lo comprendo. Pero me gustaría que me lo contara para poder ayudarla. Creo que no se atreve, que no confía tanto en mí. Y eso me duele —señaló afligido.

—Bueno, prueba entonces a decirle lo que piensas y que sepa que puede confiar en ti y que vas a escucharla. Pero no demuestres exceso de preocupación porque intuyo que eso tal vez haga que se repliegue sobre sí misma.

—Lo haré. Seguiré tu consejo. Al fin y al cabo, creo que sigues siendo quien mejor la conoce.

—Bueno, pasamos mucho tiempo hombro con hombro cuanto

trabajamos juntos en Los Ángeles —recordó Bill con cierta nostalgia.

—Aun así, si en algún momento puedes hablar con ella a solas, estaría genial.

—Cuenta con ello. Además, después de pasar un año sin saber nada de ella, ahora me sorprende que me llame con relativa frecuencia solo para saber qué tal me va.

—Es que está cambiando mucho.

—Sí, yo también lo creo.



Después de ese primer día de asueto visitando algunas playas de la zona que Kisha no había pisado nunca durante su estancia en la gran ciudad, Derek tenía que afrontar los compromisos derivados de su contrato con el estudio cinematográfico y con algunas galerías de arte que habían contactado con él al ser conocedoras de su estancia en Los Ángeles. Kisha decidió acercarse a Santa Mónica y pasear por allí con Bobby, el fiel perro labrador de su pareja, hasta que Derek regresara.

Estaba disfrutando de su reencuentro con esa zona de California en la que había pasado la mayor parte de su juventud, pero ahora desde un punto de vista muy diferente. Decidió relajarse y dejar atrás todo lo posible esos sueños intrusivos que la estaban poniendo a prueba. Antes o después, pasarían y podría olvidarse de ellos sin darles más importancia que la que tenían.

A pesar de que había barajado la posibilidad de no contárselo a Stephen, finalmente decidió que era mejor ponerlos en su conocimiento para escuchar su opinión al respecto. La próxima vez que hablasen, los pondría sobre la mesa.

Por otro lado, volver a estar con Bill aquellas horas también había removido cosas en su interior. Empezaba a desear cada vez con más anhelo que acabara pronto el actual trabajo de Derek para que pudieran volver a Carmel y empezar a replantearse algunos aspectos de su vida que tendría que hablar con su pareja.

En medio de esas cavilaciones, recibió una llamada inesperada. Miró la pantalla de su teléfono, pero no reconoció el número.

—Dígame —contestó con desconfianza.

—Hola, ¿estoy hablando con Kisha Jennings?

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Wynona Wrangler. Me gustaría hablar con usted acerca de algo importante.

No le sonaba el nombre en absoluto. Por la voz, supuso que era joven, aunque sabía que no era una percepción muy fiable, ya que precisamente es donde menos se nota el envejecimiento hasta una edad ya avanzada. Tampoco imaginaba por qué motivo la estaba llamando. Le pudo la curiosidad.

—Adelante, la escucho.

—Bueno, no sé si hablar por teléfono será lo más adecuado en este caso —comentó la detective con inseguridad.

—Si no me dice en relación a qué tiene que hablar conmigo, creo que no voy a poder ayudarla.

—Primero debo asegurarme de que es usted la misma que dirigió la brigada de homicidios en Los Ángeles.

Kisha se estremeció. El tono de la conversación empezaba a no gustarle. Decidió no darle más información de la debida. Desconocía quién era su interlocutora y los motivos por los que la llamaba. La desconfianza se abrió paso.

—No voy a darle esa información, como ya se imaginará. Es más, no comprendo cómo ha conseguido este número. Si no me da algún tipo de explicación que me convenza, colgaré el teléfono.

—Bueno, es complicado. Vamos a hacer una cosa. Ya le he dicho mi nombre y apellidos y le adelanto que soy detective privado. Para ganarme su confianza, le voy a dejar que busque toda la información que quiera sobre mí y le puedo facilitar hasta mi número de licencia, si lo desea. Es más, se lo mandaré en un mensaje de texto para que no tenga que memorizarlo. Después, cuando ya haya tenido tiempo de consultarlo, si le parece, hablamos. Eso sí, solo le ruego que no hable con la policía de Nueva York antes de hacerlo conmigo.

—¿Por qué razón iba a hablar yo con la policía de Nueva York? —preguntó Kisha cada vez más extrañada.

Wynona suspiró al otro lado del teléfono. Se estaba lanzando a la

piscina sin red. Ya tenía bastantes problemas como para meterse en otros adicionales por facilitarle información confidencial a una desconocida que no estaba segura al cien por cien que fuera la que estaban buscando. Se justificó pensando que tenía que jugar sus cartas si no quería que la echasen de la partida. Debía aprovechar la ventaja que tenía trabajar alejada de la burocracia oficial.

—Bueno, allá va. El motivo es que hemos hallado el cadáver de una mujer, la cual ha sido asesinada.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Había una nota junto a la fallecida que decía que había muerto por culpa de Kisha Jennings.

Capítulo 9 Llamadas

Wynona colgó el teléfono sabiendo que se la acababa de jugar a John Stevens. No había mala intención detrás de aquello, sino simple y pura supervivencia. Si quería que contasen con ella y la tuvieran al tanto de los pormenores de la investigación, tenía que ganarles por la mano y adelantarse en todo lo que no le pudieran impedir.

Mientras ella llamaba por teléfono desde el coche a la Kisha Jennings que podría ser a la que se refería el asesino en la nota, Tyrell había estado investigando todo lo posible sobre ella y había encontrado información muy interesante. Estaba deseando que volviese su jefa para ponerla al día.

Por su parte, a la detective no le había sorprendido la desconfianza de la mujer con la que había hablado por teléfono. Cualquiera se habría escamado y más alguien que había trabajado supuestamente tantos años como policía. La propia Wynona se reconoció a sí misma que ella tampoco habría estado dispuesta a compartir ningún tipo de información si hubiera estado en su caso. Solo esperaba que haberle ofrecido la opción de investigar a quien la llamaba sirviese para vencer sus reticencias y que estuviera dispuesta al final a hablar con ella.

En realidad, era la única baza con la que contaba.



—Hola Bill, ¿te pillo bien? —preguntó Kisha.

—Claro, fenomenal. ¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente. Nos vimos hace un par de días, ¿recuerdas? Las cosas tampoco han cambiado tanto. ¿Acaso te dio la impresión de que no estaba bien?

—No, pero ha habido muchos momentos en los que lo has pasado realmente mal y no se lo has contado a nadie. Y daba igual que te lo preguntásemos y que supiésemos que algo no andaba como debería, porque eras incapaz de de pedir ayuda.

—Bueno, he aprendido de los errores —respondió tratando de mostrar firmeza.

—¿Seguro? Pues te diré que Derek está un tanto preocupado porque cree que te ronda algo la cabeza que no le quieres contar. No pensaba decírtelo tan pronto, pero ya que me llamas, prefiero aprovechar. Si te sucede algo, nos lo puedes decir, tanto a él como a mí.

Kisha se quedó unos instantes en silencio. En realidad pensaba que, en ese momento, precisamente era con ellos dos con los que menos lo podía compartir.

Paradojas de la vida.

—Estoy bien, Bill. No es nada importante. Tengo algunos altibajos, nada más. Se me pasará.

—Luego Derek tenía razón.

Kisha suspiró al otro lado del teléfono. Había tratado de ocultarlo lo mejor posible, pero nunca se le había dado bien lo de esconder lo que sentía.

—No es nada importante, de verdad. Tranquilo. En parte es porque estoy planteándome qué hacer con mi vida cuando regresemos a Carmel. No soporto esta inactividad, en serio. Al principio estaba bien, ya sabes. Necesitaba ese tiempo de desconexión y relax, disfrutar de unas vacaciones de verdad por primera vez en…

¿quince años, tal vez? Pero me hace falta sentir que sirvo realmente para algo.

—Tal vez los dos podamos ayudarte con eso.

—Tal vez. Si veo que no se me pasa, hablaré con él, ¿de acuerdo?

—Eso espero.

—Pero hoy te llamo por otra cosa. Acabo de recibir una llamada muy extraña y me preguntaba si podrías investigar algo por mí.

—¿Una llamada extraña? —preguntó con curiosidad.

—Sí. Acabo de hablar con una tal Wynona Wrangler de Nueva York. Dice que es detective privado y me gustaría que lo comprobases si es posible. Me ha pasado su número de licencia, así que no será complicado encontrar información. Si tú estás ocupado, igual puedo llamar a Pete y pedirle el favor.

—El bueno de Pete ya tiene bastante con lo suyo.

—Bueno, ahora que se ha desecho de la policía alocada y problemática, igual se encuentra hasta tranquilo y aburrido.

—¿Pete tranquilo y aburrido? No me lo creo. Seguro que estará desempolvando papeles de hace veinte años para asegurarse de que su comisaría esté limpia y en orden.

—Eso es verdad. Si no tiene trabajo, ya se lo inventa él solito.

Hablar de Pete despertaba un halo nostálgico en Kisha. Recién trasladada a Carmel-by-the-Sea, fue su compañero durante unos meses, hasta que se convirtió en el nuevo jefe de policía de la localidad debido a unas rocambolescas circunstancias. Había sido con ella muy bueno y comprensivo. Siempre le guardaría un cariño especial.

—¿Y para qué te ha llamado una detective de Nueva York? —preguntó Bill para volver a centrar la conversación.

—Al parecer, han encontrado a una mujer asesinada con una nota que decía que había muerto por mi culpa.

—¿Y cómo saben que eres tú, Kisha?

—Supongo que pondría mi nombre y mi apellido.

—Pero no eres la única Kisha Jennings del país. Seguro que hay muchas más.

—No lo sé, Bill. Si me ha llamado a mí, algún motivo tendrá. De momento, solo quiero saber si la tal Wynona existe y quién es. Puedo buscar información en internet, pero sabes lo poco fiable que eso

puede ser, especialmente en casos como este. Me ha dicho que me llamaba más tarde para darme tiempo a encontrar información sobre ella.

Me ha dado la sensación de que estaba muy segura de que lo que iba a encontrar iba a terminar por convencerme de que no debo temer nada por hablar con ella.

—Bueno, paso a paso. Me pongo a ello y en cuanto sepa algo te llamo.

—Perfecto. Muchas gracias, como siempre.

—No hay que darlas. Lo hago encantado.

—¿Sabes una cosa? Tal vez esto traiga algo bueno, ¿sabes?

—¿Crees que puede traer algo bueno un crimen en el que aparece tu nombre? Estás peor de lo que yo pensaba.

—¡Joder, no! No me refiero a eso. ¿Acaso te has dado un golpe en la cabeza, Bill? —le comentó divertida.

—Me habías asustado. He llegado a pensar que estabas peor de lo que me había parecido. Estoy a un tris de llamar a Stephen, no te digo más.

—Eres un medio italiano tonto, ¿lo sabías?

—Y a pesar de eso, me quieres, no puedes evitarlo.

Más de lo que él imaginaba, pensó para sus adentros.

—Lo que quería decir y que casi no me dejas, es que creo que puede estar bien hablar con alguien que trabaje como detective privado. Me gustaría que me cuente su experiencia. No sé, tal vez con el tiempo, aunque lo descarté en su momento, sí que pueda ser una opción para mí. Sin agobios, ya sabes, encargándome de casos fáciles.

—Me parece una opción perfecta, Kisha. Si es lo que te hace feliz, sabes que puedes contar conmigo. Te ayudaré en lo que pueda.

—Lo sé.

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Stephen tenía razón: había vivido tanto tiempo siendo consciente de lo malo, que se había olvidado de valorar lo bueno que había en su vida que era mucho.

No se permitió ese momento de debilidad y no pensaba dejar que ese maldito nudo en la garganta que parecía haberse formado tomara el control.

Cerró los ojos y agitó suavemente la cabeza, tratando de sacudirse esa emotividad que se empeñaba en dejarla sin palabras.

—Y por eso espero que me puedas dar información muy pronto, don FBI. A ver si me demuestras de una vez que los polis trajeados sabéis hacer vuestro trabajo.

—Sigues siendo tan simpática como siempre. Tengo que hablar con tu terapeuta a ver si puede hacer algo con ese carácter insufrible que tienes.



No tardó demasiado en llegar a ese cuchitril al que llamaban oficina. Por suerte, había encontrado el tráfico bastante fluido, algo bueno para sus nervios, pues solía desesperarse cada vez que pillaba algún atasco. Una neoyorquina como ella debería estar más que acostumbrada.

Ty estaba esperándola con toda la información preparada. No le gustaba perder el tiempo, era algo que iba contra sus principios. Era un joven inteligente y muy eficiente.

La detective era muy consciente de que había encontrado una joya cuando le contrató.

Además de las labores de administrativo que realizaba, también se hacía cargo de investigar por su cuenta a través de internet, puesto que tenía una facilidad asombrosa.

Muchas veces le había comentado que sería un excelente analista de datos si se lo propusiera y que en el FBI o la DEA, por ejemplo, se lo rifarían si conocieran de su existencia. Sin embargo, él contestaba que no le gustaba trabajar para el gobierno y, por encima de todo, no estaba dispuesto a pasar por la fase de entrenamiento necesaria para entrar en cualesquiera de los cuerpos de seguridad. Y mientras tanto, seguía desaprovechando sus excepcionales cualidades en un trabajo que estaba muy por debajo de sus posibilidades.

—¿Ha llamado alguien en mi ausencia? —soltó a bocajarro nada más entrar.

Como solía ser habitual, la joven de pelo cobrizo entró en el despacho como un vendaval. Parecía que tenía más energía que el ser humano medio.

—No. ¿Esperabas alguna llamada? —preguntó asombrado. No es que el teléfono estuviera constantemente sonando en aquella oficina. Además, la mayoría de la gente

prefería contactar a través del teléfono móvil, el cual solía llevar con frecuencia Wynona.

—Supongo que sí. Pensaba que la tal Kisha Jennings si había sido inspectora se habría dado prisa en localizar información sobre mí y llamarme de vuelta. Seguro que tiene sus contactos.

—A lo mejor todavía no le ha dado tiempo. O no lo ha visto necesario.

La detective le miró con expresión de incredulidad.

—¿Qué quieres que te diga? Yo en su lugar lo habría hecho. Se supone que si eres poli, te debe picar la curiosidad, ¿no? ¡Coño, que le he dicho que había una nota en la que la culpaban de un asesinato! Yo no me quedaría tan pancha. Me habría faltado tiempo para remover hasta los cimientos de la ciudad.

Su compañero se había quedado atascado en una frase que había pronunciado la detective y que podría meterles en problemas. Acababa de confesar que le había dicho lo de la nota que había en la escena del crimen.

—¿Que has hecho qué? —preguntó Tyrell con evidente nerviosismo—. No puedes decirlo en serio. Le has revelado información confidencial a una tía que no sabes seguro que sea la que creemos. Imagínate que tiene alguna implicación en realidad en el crimen. Entonces, ¿qué hacemos? Podrían acusarnos de ser cómplices o de encubrimiento —expresó alarmado.

—Para el carro y respira con tranquilidad, que te va a dar un ataque de ansiedad, *drama queen*. Mírame bien a la cara: eso no va a pasar —comentó, señalando con el dedo índice de su mano derecha el rostro, mientras lo giraba para reforzar el gesto que quería hacer.

—Creo que estoy hiperventilando.

—¡No seas dramático, Ty! A ver, sé lo que he hecho, aunque no te lo parezca.

Tenemos que sacarle alguna ventaja a la policía para que nos mantengan al día. Quiero ser yo la primera que le notifique a Karen la muerte de su hermana de manera oficial.

Ya la he llamado hace un momento para adelantarle algo.

—Espero, al menos, que lo hayas hecho con delicadeza.

—¡Por supuesto, Ty! No soy de piedra, ¿sabes? No quería que se presente la policía en su casa sin que hubiera sabido algo por mí. Entre otras cosas, porque la idea era haber localizado a su hermana con vida, no esta mierda que nos hemos encontrado. Y

para tener alguna ventaja respecto a la policía, lo único que se me ha ocurrido es adelantarme a ellos en lo único que puedo, es decir, contactar con la supuesta mujer de la nota. Más nos vale haber acertado con eso.

—Ya te digo yo que es ella y que el número de teléfono que te he dado es el correcto.

En eso no tengo dudas. Otra cosa es que la de la nota sea otra.

—Lo que te quiero decir con la chapa que te acabo de soltar, es que si tenemos nosotros a la tal Kisha, no la tienen ellos. No sé si me explico.

—No demasiado bien, la verdad. Pero me fiaré de tu criterio. Total, si la has cagado, de todos modos no voy a poder hacer nada para salvarte el culo. Solo me quedará la opción de echar currículos. Alegaré en mi defensa que trabajaba aquí bajo amenaza.

—Vaya, vaya, veo que alguien se ha levantado hoy con una negatividad aplastante.

—Para nada. Yo me levanto bien por las mañanas, pero es que contigo es ir de sorpresa en sorpresa. En fin, ¿quieres que te cuente lo que he averiguado?

—Claro. Soy toda orejas.

Tyrell cabeceó de un lado a otro dándola por imposible.

Wynona respondió con una sonrisa traviesa.

Capítulo 10

Kisha se encontraba de vuelta en el hotel esperando que regresara Derek en cualquier momento. Bobby entró mansamente tras ella. Se había convertido en un compañero perfecto para sus escapadas y sus largos paseos. Ese perro parecía tener un detector para los estados de ánimo, puesto que cuando se sentía un tanto melancólica o la asaltaban pensamientos intrusivos, él se acercaba a ella reclamando su atención, algo que siempre conseguía dibujarle una sonrisa. Aquella mirada tierna la enamoraba sin remedio.

La habitación era una suite de lo más confortable y se hallaba en uno de los hoteles más exclusivos de Los Ángeles. Sin embargo, no podía compararse a la que habían disfrutado en su corta estancia en el lago Louise, uno de los enclaves más famosos pertenecientes al Parque Nacional de Banff en Canadá. El recuerdo del reflejo de las Montañas Rocosas sobre la inmensidad azul turquesa del lago que veían desde la terraza de su habitación la acompañaría de por vida.

Comprendía que era fácil acostumbrarse a tantas comodidades y lujos, pero desde luego ella no los necesitaba en absoluto. Nunca había tenido demasiado y tampoco lo echaba en falta. Sus gustos eran bastantes sencillos y nunca había encontrado en las posesiones materiales ni el menor atractivo.

No obstante, se reconocía a sí misma que la casa de Derek en Carmel-by-the-Sea era una refugio incomparable, con la playa de arena blanca, agreste vegetación y el océano Pacífico a sus pies. Les encantaba cenar en el porche, mirando como el ocaso imponía una vez más su reinado. Abandonarse a una noche sosegada, acompañada únicamente por los arrullos del mar para terminar por abrir los ojos por la mañana al amanecer y contemplar los millones de destellos que el sol comenzaba a llorar sobre las aguas refulgentes de aquella infinita extensión acuosa.

Despertar la piel dormida junto a Derek, acurrucarse junto a él y sentir su calor y sus caricias era lo más agradable que había experimentado en su vida. Perderse en sus ojos azules, abandonarse a ellos, como cuando estuvo a punto de perder la vida en un sótano de San José varios meses atrás. Recordar ese azul tan particular fue el único consuelo que encontró en ese instante de pérdida, de abandono, de final, de dejarse ir sin resistencias, un sosiego póstumo porque parecía anunciar una muerte irremediable.

Trataba de concentrarse en todo aquello, en regresar a esos momentos

de abrigo en medio de la tormenta, al poder del cariño, a la infinita fuerza que tiene el amor para

ayudarnos a superar momentos de desánimo y derrota. Trataba de asirse a algo que no le dejase volver a perder la cordura ahora que parecía estar recuperándola.

Reflexionaba también acerca de las incoherencias que habitaban en su interior, en la infecunda lucha interna que llevaban a cabo sus emociones, en ese batallar contra los elementos. No comprendía cómo sabiéndose tan afortunada por todo lo que tenía en ese momento, aún echaba en falta aquello que la hizo derrumbarse.

La llamada que había recibido, le hacía sentir un tanto alterada, aunque por otra parte, agradecía salir un poco de esa monotonía en la que parecía transcurrir su vida.

Posiblemente muchas personas se complacerían de poder disfrutar de los meses que acababa de vivir junto a su pareja, viajando, sin ataduras, sin complicaciones, salvo las derivadas del trabajo de él que a ella poco le afectaban, salvo en la elección de los destinos en los que debían pasar varios días.

Había intentado que aquello fuera suficiente.

Pero no lo había logrado.



—Kisha, soy yo otra vez.

—Te has dado prisa, Bill.

—Lo he intentado. Tenía mis sospechas y no me hacía gracia lo que me has contado.

Resulta que hay una buena cantidad de información sobre Wynona Wrangler sin necesidad de escarbar demasiado.

—¿Bueno o malo?

—Hay de todo, pero no creo que necesariamente malo, salvo el hecho de que estuvo en el departamento de policía de Nueva York casi cuatro años hasta que la echaron.

—¿Y eso no te parece malo?

—No tiene por qué. Por lo que he podido averiguar, es una joven que levantaba cierta animadversión entre sus compañeros por exceso de celo en su trabajo. Igual me equivoco, pero me da que le prepararon una encerrona. En torno a su nombre surgen ciertas informaciones relativas a posible corrupción.

—Pues a mí eso me parece bastante grave.

—No me estás entendiendo. Ella trató de denunciarlo y acabó de patitas en la calle.

—¡Qué panda de cabrones!

—Bueno, tampoco te signifiques del todo hasta que sepamos más. Lo que sí es cierto es que se puso como detective privado por su cuenta. El número de licencia que te facilitó por mensaje es real y corresponde con su nombre. Te voy a enviar toda la información al *mail*. Si vas a volver a hablar con ella, no estaría mal que lo hagas por videollamada y así puedes comprobar si es ella y analizar su expresión, para saber si te está mintiendo o esconde algo. Te he incluido todas las fotos que he conseguido de la chica.

—De acuerdo.

—Hay algo más. Esta joven y su compañero, un tal Tyrell Swanson, también salieron hace unos meses en el periódico debido a un caso extraño que sucedió en un condado de Nueva York. Al parecer, ambos aseguraban que habían quemado vivo a alguien en un matadero de la zona y que todo el pueblo había sido cómplice. La víctima era un agente comercial de una famosa aseguradora.

—Es decir, que no es de las que son fáciles de callar. Esta chica debe tenerlos bien puestos.

—Parece ser, aunque no sirvió de mucho todo su esfuerzo porque no se logró demostrar nada. Y eso es todo lo que tengo por el momento. Te dejo porque tengo bastante lío.

—Gracias, Bill.

—De nada. Mantenme al tanto de la conversación que tengas con ella y, como siempre, no dudes en llamarme si me necesitas.

—Lo haré. Siempre lo hago. ¿A quién iba a llamar si no?



Mientras tanto, en la otra costa del país, ocurría el proceso inverso, como una imagen reflejada en un espejo. Historias simétricas para mujeres de apariencia opuesta.

Mientras que Wynona Wrangler era de tez pálida, ojos claros de un extraordinario color violeta y pelo ondulado de un tono cobrizo, Kisha Jennings lucía una piel eternamente bronceada, ojos oscuros y un pelo liso y negro como la noche. Como un amanecer y un ocaso, el paso de la noche al día y del día a la noche.

Tyrell le relataba a su jefa toda la información relativa a la que había sido jefa de homicidios en La La Land. Había encontrado mucho más de lo que en principio había creído posible. Su carrera profesional e incluso personal había sido de todo menos tranquila.

—¡Qué fuerte! —exclamó con los ojos como platos.

—Sí, bastante. Esto tiene mala pinta.

—O buena.

La cara de Tyrell se convirtió en un evidente signo de interrogación. ¿En qué momento le podía parecer bueno que en un asesinato hicieran referencia a una ex agente de la ley?

—A ver si me entiendes. Buena pinta para nosotros. Cada vez estoy más convencida de que es la Kisha Jennings de la nota. Debe tener muchos enemigos, eso seguro. Tantos años al frente de la brigada de homicidios imagino que no le habrá granjeado muchas amistades, sino todo lo contrario. Y hay algo más en su contra.

—¿El qué?

—Su exceso de notoriedad.

—¿A qué te refieres?

—A ver, Ty. No solo es que haya ocupado un cargo importante dentro de la policía, lo cual ya te hace tener contacto con los medios de comunicación de la ciudad. Eso, sin embargo, no te convierte en alguien relevante porque al día siguiente, nadie recuerda al que habló en la rueda de prensa sobre el último crimen en la ciudad. El problema aquí es que ella misma se convirtió en parte de la noticia en varias ocasiones.

—Ya te entiendo. La primera vez cuando liberó a la hija del alcalde de

la ciudad cuando estuvo secuestrada. Y las siguientes ocasiones, en relación a la investigación relacionada con el Asesino del Ocaso.

—Joder, es que primero la mantuvo secuestrada, después logró que encarcelaran a su pareja que es alguien de cierto renombre. O sea, más luces de neón sobre su cabeza

—comentó acompañando sus palabras con un expresivo gesto de sus manos.

—Y finalmente logró junto con el resto del equipo atraparlo.

—Después de un largo idilio con ese jodido sociópata. Todo eso la convierte en un objetivo de posibles admiradores, así como de asesinos con ganas de venganza o con ansia de fama y notoriedad. Las posibilidades se multiplican sabiendo todo esto.

—Implicarla les facilita la posibilidad de lograr atención mediática.

—Eso es, siempre y cuando no tenga otro tipo de implicación que no deberíamos descartar de momento. Primero sería recomendable averiguar si conoce ella o alguien de su entorno a la víctima. Eso se lo preguntaré cuando la llame, pero también le pediré información al respecto a Karen. Tal vez a ella le suene el nombre o tengan alguna relación que nos ha pasado inadvertida por el momento.

Justo en ese momento comenzó a sonar su móvil.

—Es ella. Es una videollamada. ¿Qué te parece? Vamos a vernos las caras —

concluyó poniendo una mueca divertida.

—Querrá conocerte. Es normal, sabrá de tus múltiples encantos.

—Vete a la mierda, Ty. Solo falta que me hagas reír y se crea que estoy gastándole una broma. Pon tu mejor cara porque tú también vas a salir en la pantalla. Venga va, pongámonos serios antes de que cuelgue.

—¿Qué? No, yo no quiero…

Pero era tarde para sus quejas, porque Wynona acababa de tocar el botón de aceptar la llamada en la pantalla táctil de su *smartphone*.

—Hola, Kisha. Pensaba llamarte yo en un par de horas a lo sumo. Te presento a mi compañero, Tyrell Swanson.

—Hola. Encantada. He buscado información tal como acordamos. Quería comprobar que eras tú, como imaginarás. Especialmente después de la bomba que me soltaste.

—Pues aquí me tienes. Mi pelo rojo y mi piel más blanca que la pared me delatan.

No hay otra igual.

A Kisha le sorprendió y le gustó el sentido del humor de la chica y la frescura con la que afrontaba esa llamada. A veces, es mejor no tomarse la vida demasiado en serio si no quieres acabar loco al dejarte arrastrar por sus inconcebibles calamidades.

—Digamos que te pareces bastante a la de la foto.

—Eso espero. Y ahora nos dirás que hacemos una extraña pareja el grandullón y yo.

Parecemos un trozo de chocolate y un vaso de leche.

Tyrell le dio un codazo por lo bajo mientras forzaba una sonrisa y la miraba de reojo.

Aquello provocó que Wynona exclamara algo inteligible por lo bajo. Esa llamada estaba degenerando mucho. Se suponía que tenían entre manos algo serio. No supieron si la ex inspectora no se había dado cuenta o había hecho como si nada, puesto que continuó con la conversación sin manifestar nada al respecto.

—Todo lo contrario. Adoro los contrastes.

—Disculpe la falta de seriedad de mi compañera, inspectora Jennings. No la haremos perder más tiempo. Puedo asegurarle que hacemos muy bien nuestro trabajo.

No me gustaría que se lleve una mala imagen de nosotros por comentarios fuera de lugar.

—Tranquilo, está bien. Me ha parecido hasta divertido.

Y se lo seguía pareciendo, especialmente al ver a los dos tan pegados para poder entrar en la pantalla. Cualquiera podría decir que eran una pareja de comedia.

—De todos modos he pensado que, tal y como dijiste tú misma antes, no conviene hablar de ciertas cosas por teléfono —continuó Kisha—.

He pensado en ir a Nueva York y que me lo contéis todo en persona. Creo que será lo más adecuado.

—Perfecto —respondió Wynona no sin sorpresa. Consideró lo bien que le haría quedar eso ante John Stevens. Siempre podría anotarse el tanto de haberla convencido para que cruzara el país gracias a sus dotes de convicción, aunque no fuera del todo cierto. Una verdad a medias, sigue siendo verdad, al fin y al cabo. ¿O eso era solo bajo su criterio?

—He reservado un vuelo para mañana a primera hora. Primero debo arreglar algunos asuntos personales aquí, en Los Ángeles.

—Por nosotros, perfecto. Mándame la información de tu vuelo y pasamos a buscarte.

—Enseguida te la envío. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, entonces.

Nada más colgar, Wynona se quedó mirando a Ty. Este no supo muy bien descifrar lo que trataba de transmitirle con esa mirada. Trató de disimular con un carraspeó el ruido que hicieron sus tripas en ese instante. ¡Qué oportunas! Ya hacía rato que había desayunado y su cuerpo le estaba reclamando una nueva dosis de energía.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó la detective.

—Si no me das más pistas, igual te digo que estoy pensando en una hamburguesa con queso y, no sé por qué, pero tengo la sensación de que no es exactamente a eso a lo que te refieres.

—¡Joder, Ty! ¿En serio? ¿Tienes hambre otra vez?

—Soy un hombre grande. Este cuerpo tiene necesidades que tú no comprenderías.

¿Vas a decirme qué se supone que debería estar pensando?

Wynona cogió la carpeta con la información del caso que estaban investigando.

Entonces sacó una foto de la víctima y se la puso delante a su compañero.

—Fíjate bien.

—¡Madre mía! —exclamó, al tiempo que se llevaba la mano a la boca —. Ahora entiendo a qué te refieres.

Capítulo 11

Decisión

No tenía muy claro cómo iba a explicárselo, pero debía hacerlo sin rodeos. Había tomado la decisión de forma impulsiva y unilateral. Era consciente de que aquello podía desencadenar una discusión. La primera en mucho tiempo. Pero también tenía derecho a tomar sus propias decisiones. Trataría de decírselo de manera suave, sin los arranques del pasado.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le preguntó en cuanto Derek entró por la puerta.

Estaba sentada en el sofá leyendo una novela detectivesca. Le pareció que los escritores a veces fantaseaban demasiado y los casos resultaban un tanto estrambóticos. Pero aun así, le resultaban muy entretenidas.

Se levantó y fue hacia él. Le rodeó con sus brazos y le besó. Se dejaron llevar por unos instantes. Era agradable sentirse querida y deseada. Era agradable saber que hay otra persona que anhela llegar a casa para estar contigo y abandonarse a tus caricias.

Era agradable contar con un compañero de viaje dispuesto a pasar hasta el último día contigo, sin importar el lugar o las circunstancias.

Entonces, ¿por qué no le bastaba? ¿Por qué había surgido esa inquietud otra vez en su interior? El ser humano parece ser esclavo de una eterna insatisfacción.

Él la miró extasiado. Sus ojos siempre revelaban una ternura infinita hacia ella. Kisha podía verlo con claridad porque tenía una mirada que transmitía muchos sentimientos sin ninguna necesidad de expresarlos en voz alta. Era capaz de leer en ellos cuando se sentía inseguro, cuando se sentía en calma y cuando ardía en deseos de llevarla a la cama y hacerle el amor apasionadamente.

—¿Y bien? ¿Me vas a contar de una vez qué tal te ha ido el día? —le volvió a preguntar, soltándose lentamente de su abrazo.

—Estoy agotado, pero todo bien. La escenografía de la película va a ser espectacular.

Estas grandes producciones se lo pueden permitir, es evidente. Y yo estoy disfrutando como un niño con todo esto. Es algo totalmente nuevo para mí, algo muy diferente a lo que había hecho hasta ahora —comentó lleno de ilusión.

—Me alegro mucho. Me veo viajando otra vez de vuelta a L.A. para acompañarte en la alfombra roja porque te han nominado a un Óscar a la mejor fotografía.

—¡Muy graciosa!

—¿Y por qué no? Eres un fotógrafo excepcional.

—Pero en esto soy un novato.

—Da igual, yo estoy convencida de que tu trabajo será brillante, por lo que perfectamente puede ganarse la atención para una nominación a los premios de la academia.

—Bueno, soñar es gratis.

—Y necesario, ¿no es eso lo que dices tú siempre?

—Sí, lo es. Imagínate una vida sin sueños ni objetivos. Sería una vida vacía.

Kisha entonces miró hacia otro lado. Había dado justo en el clavo. Había perdido su propósito en la vida. Sin quererlo, la conversación había arribado al puerto que ella necesitaba.

—De eso precisamente quería hablarte, Derek. Llevo unos días pensando en eso…

—¿En qué exactamente?

—En tener algún objetivo. Han sido unos meses maravillosos. Creo que necesitaba esto, olvidarme de todo en lo que estuve inmersa durante años para poder recuperarme. Pero ha llegado el momento en el que me he dado cuenta de que necesito hacer algo más que acompañarte de un lugar a otro, algo que me ayude a sentirme que valgo para algo.

—Lo comprendo perfectamente, Kisha. Y me parece bien. Te apoyaré en lo que decidas.

Ella esperaba que siguiera pensando lo mismo cuando le contase que tenía ya el billete para viajar a Nueva York en escasas horas.

—¿Es eso lo que te sucedía?

—¿A qué te refieres?

—A que tengo la sensación de que llevas una temporada más alicaída. Estaba preocupado, pero acordamos que no te agobiaría y te dejaría tu espacio. Por eso no te he querido preguntar, aunque me gustaría que supieras que puedes contarme lo que sea necesario.

En ese momento, Kisha se rio. Derek se quedó desconcertado. Era la reacción que menos había esperado en ese instante. No le parecía que estuviera diciendo nada gracioso. Aun así, se contagió de su risa.

—¿Se puede saber qué he dicho que sea tan divertido? —preguntó todavía sonriendo.

—Te has puesto tan serio, que pensaba que ibas a hacer pucheros. Puedes relajarte, ya me lo ha contado Bill. Tu enviado especial ya se ha encargado de hacerme llegar tu mensaje. Puedes preguntarme lo que quieras. Si me agobias, tranquilo que te lo haré saber. No necesitas intermediarios.

—Vale, mensaje recibido. Mucho mejor así.

—Siempre y cuando no te pongas intenso, eso también.

En ese momento, fue Derek el que se rio.

—¿Intenso? Vale. Lo pillo.

Por la forma en la que Kisha mudó la expresión, Derek se dio cuenta de que había algo más que quería contarle. Solo había atisbado la punta del iceberg.

—¿Qué es eso que no me has dicho todavía?

—Me ha llamado hoy una detective privada de Nueva York.

—¿De Nueva York? ¡Qué extraño!, ¿no?

—Bastante. Y no es lo único. Lo que te voy a decir ahora creo que no te va a gustar, Derek, pero quiero que me escuches con atención hasta que termine de contártelo.

—Si empiezas así, ya me preparas para que no me guste. Pero intentaré tener la mente abierta.

—No voy a dar rodeos, ¿vale? Porque no sé cómo se hace eso, ya me conoces. Han encontrado una mujer asesinada en un hotel y había una nota que decía que había muerto por mi culpa —espetó, observando como cambiaba la expresión de Derek.

—Bueno, es mucho peor aún de lo que me podía imaginar —le dijo, tragando saliva.

Una ola de miedo se extendió por su espina dorsal. ¿Por qué siempre la perseguían los asesinatos y los muertos? ¿Acaso es que nunca iban a lograr dejar todo aquello atrás?

Tuvo la sensación de que aquello era como una maldición de la que nunca terminarían por librarse.

—Lo imagino. Yo me he quedado de piedra cuando me lo ha dicho. Nunca he estado en Nueva York, así que no entiendo nada, la verdad.

—Bueno, tal vez no seas tú. Tiene que haber muchas más mujeres en el país que tengan tu nombre y apellidos. Tal vez solo sea una casualidad.

—Lo sé. Es posible. Pero si me ha llamado, es porque estarán bastante seguros de que se refiere a mí.

—Menos mal que estamos en la costa opuesta. No hay modo de que puedan implicarte.

Kisha no quería alargar más la conversación. Necesitaba llegar al verdadero mensaje que le tenía que transmitir. Era hora de dejar caer la bomba sin más preámbulos.

—Derek, he reservado un vuelo para mañana a primera hora con la vuelta abierta.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Que te vas mañana?

—En realidad, a primera hora es un decir, porque sale al amanecer, a las cinco y media para ser precisa. No creo que esté más de un par de días.

—Es decir, te vas en un rato —puntualizó, dejando unos segundos de silencio antes de continuar. Se estaba poniendo cada vez de peor

humor—. Pero… podíamos haberlo hablado primero, ¿no crees? Puede ser peligroso. No me parece una buena idea.

—No te preocupes. Solo quiero hablar con ella. Supongo que la policía de allí no tardará también en contactar conmigo, así que eso que vamos adelantando. Si he tomado la decisión es porque me gustaría aprovechar también para hablar con ella y que me cuente su experiencia como detective privada.

—¿Y si te está mintiendo? ¿Y si en realidad no es quién dice ser? ¿Has considerado todos los riesgos? Creo que hay que ser precavidos en estas circunstancias.

—Bill ya lo ha comprobado. Es una joven de veintinueve años que estuvo trabajando en la policía de la ciudad durante un tiempo, hasta que le expulsaron debido a ciertas diferencias con sus jefes y una acusaciones que hizo en referencia a un posible caso de corrupción en el departamento.

Derek suspiró. Todo aquello le caía como un jarro de agua fría. No le iba a servir de nada oponerse, porque la decisión estaba tomada. Sin embargo, no podía evitar que los miedos del pasado volvieran. Kisha estaba mucho mejor, había evolucionado con la terapia, pero ambos sabían que no estaba bien del todo. Podían repetirse episodios que ya habían vivido y que erosionaron su relación.

El psiquiatra ya les había advertido que requeriría de muchos meses de tratamiento y que debían tener paciencia. No tenía ni la menor idea de cómo podría afectarle aquello. Encima iba sola a una ciudad que no había pisado nunca. Si al menos fuera Bill con ella, estaría más tranquilo. Él sabría qué hacer si surgían problemas imprevistos.

Kisha leyó con claridad su expresión, la turbación que le dominaba y todas las preguntas que le estaban asaltando en ese momento. En su frente, unas leves arrugas se habían formado casi como si fueran un pequeño remolino y transmitían su desasosiego interior. Decidió acercarse a él y tomar su rostro con suavidad entre sus manos para tranquilizarle.

—Derek, no me va a pasar nada.

—Eso no lo sabes —respondió con desaliento.

—No, tienes razón. No lo sé. Pero he aprendido lecciones importantes en el último año y medio largo desde que llegué a Carmel. No voy a cometer los mismos errores ni las mismas imprudencias. Ahora me

encuentro bien, mejor de lo que he estado en muchos años. No voy a tirar todo eso por la borda, ¿me crees?

—Lo intento. Pero no puedo evitar que esta situación me asuste. Ya hemos sufrido demasiado, Kisha.

Ella le miró con ternura. Era verdad. Habían atravesado por momentos difíciles que les había llevado no solo hasta el borde del abismo, sino a lanzarse a su interior en una caída que parecía no tener fin.

Perdidos.

Hundidos.

Derrotados.

—Lo sé. Estaré un par de días, ¿de acuerdo? Hablaré con la detective y con la policía de Nueva York. Después vuelvo contigo. No va a cambiar nada.

Pero eso, en realidad, no lo sabía.

La vida puede volverse del revés tan solo en una fracción de segundo.

Capítulo 12 Contacto

Cuando aterrizó el avión, Wynona y Tyrell ya estaban esperando a Kisha en una de las terminales designadas para los vuelos domésticos dentro del JFK, el famoso aeropuerto situado en Queens a tan solo catorce kilómetros de la ciudad. Bullía de actividad, tal y como era habitual en la capital mundial de la bolsa y los negocios, a la que cada día se acercaban millares de personas por diferentes motivos.



Después de la última conversación telefónica que habían mantenido con la que fuera inspectora el día anterior, la detective contactó inmediatamente después con su ex compañero de la policía de la ciudad para informarle de las novedades, y así de paso, tratar de sacar alguna ventaja y conseguir que él le diera alguna información a cambio.

—¿Cómo lo lleváis John? ¿Tienes alguna novedad para mí? —preguntó mientras le daba vueltas a un bolígrafo entre los dedos, pasándolo de uno a otro con una destreza asombrosa. Era una vieja costumbre que había adquirido en los años de la universidad.

—Wynona, cada vez que me llamas y me preguntas cosas así pones en peligro mi carrera, por si no lo habías pensado.

—Bueno, por eso no te preocupes. Si te despiden, te hago un hueco en mi agencia de detectives. Es un negocio boyante. En cuanto vieras mi oficina, te darías cuenta de lo bien que nos va.

—No tiene gracia. Tengo mucho trabajo por aquí, como seguro que ya te imaginarás.

Hay un cadáver que reclama justicia.

La detective se dio cuenta de que su ex compañero sonaba malhumorado. Era evidente que no estaba en una situación fácil.

—Sí, me hago una idea. Y por eso quiero facilitarte la vida si tú te portas bien conmigo. Recuerda que tenemos intereses que confluyen.

—No veo la forma en la que puedes hacerlo. Más bien estoy seguro de que solo puedes complicarme la existencia. ¿Apostamos algo?

Wynona continuó hablando como si no hubiera escuchado el último comentario.

—¿Te acuerdas que ayer te conté que habíamos localizado a una Kisha Jennings que podía encajar con la de la nota?

—Sí, claro que me acuerdo. Lo tengo en cuenta, pero tengo que investigar a todas las demás. Por si lo has olvidado, el trabajo policial consiste en eso, en seguir todas las pistas sin dejar fuera ninguna por dejarnos influir por ideas preconcebidas.

—Uy, es verdad. ¡Cómo puedo haber olvidado algo tan importante! Ahora comprendo por qué me echaron del cuerpo. Bueno, perdona que te moleste. Entonces doy por hecho que no te interesará saber que, gracias a mis dotes de comunicación y mi capacidad para convencer a la gente, he conseguido que la ex inspectora y ex jefa de la brigada de homicidios vuele mañana mismo desde Los Ángeles para entrevistarse conmigo.

Tyrell la miró estupefacto. A veces podía hacer gala de una caradura que le asombraba. Cuando lo habían comentado anteriormente, no creía que Wynona fuera a ser capaz de atribuirse el mérito por eso. La idea había partido de la californiana sin ninguna intervención por su parte.

Ella se dio cuenta de la expresión de su compañero, por lo que le hizo un gesto con la mano como quitándole importancia al comentario que acababa de hacer.

—¿Estás de broma?

—No, para nada. Mañana voy a recibirla al JFK. ¿Qué tienes que decir a eso?

—¿A qué hora?

—John, ni soy imbécil, aunque lo creas, ni me he dado ningún golpe en la cabeza.

Como imaginarás, no te lo voy a decir para que te presentes allí y te me adelantes.

Primero hablaré con ella y luego, si tú me prometes incluirme en la

investigación, o como mínimo, facilitarme la información que necesite, la acompañaré a comisaría para que hable contigo. ¿Qué te parece el trato? No está nada mal, ¿no?

John Stevens respiró sonoramente al otro lado de la línea telefónica. ¿Acaso no iba a desprenderse nunca de la sombra de Wynona Wrangler? Su imagen ante sus compañeros tenía pinta de que iba a caer varios puntos nuevamente.

—Eres un puto grano en el culo, Wynona —contestó de forma brusca.

—Yo prefiero ahorrarme lo que pienso de ti ahora mismo. Será que soy más elegante.

—De acuerdo. Te pasaré información. Pero como alguien se entere, estoy bien jodido.

—Salvo que pruebes a decirles que yo te he conseguido la entrevista con ella. Igual así mejora tu imagen, y de paso, también la mía. Ya verás cómo de esto salimos reforzados —concluyó con una risa sarcástica.

—Wynona, la conversación con ella la íbamos a conseguir antes o después, por si no te has dado cuenta. Puede que no hoy, pero cualquiera de estos días hablaríamos con ella. Podríamos conseguir una citación, si quisiéramos.

—Claro que sí, pero os estoy ahorrando trámites, mucho tiempo y dinero, por si no lo has pillado todavía. Además, te advierto que iré con ella y entraré con ella. De no ser así, no hay trato. Quiero que sepan que es gracias a mí y así será más fácil que me tengáis en cuenta en la investigación. No voy a quedarme a un lado porque tengo que averiguar quién asesinó a la hermana de mi clienta. Se lo debo.

—Sabes que no funciona así. No es tan sencillo. Ya no eres uno de los nuestros.

—Lo sé. Eso se empeñaron en dejármelo muy claro. Pero eso me da igual. Los trámites burocráticos os los dejo a vosotros. Podemos negociar mi participación mañana allí. No tengo ningún inconveniente en hablarlo con el jefe, si lo prefieres.

—Haré lo que pueda. Pero no prometo nada.

—Muy bien. Entonces yo puedo decir lo mismo. Haré lo que pueda, pero no te prometo que ella quiera hablar con vosotros. Ha

abandonado el trabajo en la policía, a saber por qué. Puede que no quiera ver a un poli nunca más en su vida. Dime algo a lo largo de la tarde. Mañana estaré liada y sería importante informarla de todo en cuanto aterrice. No quiero dejar nada sujeto a la improvisación.

Una vez dicho aquello, colgó el teléfono.

—¡Qué huevos tienes! —señaló Tyrell.

—Gracias por el cumplido.

—No estoy seguro de que lo sea. Le has echado un órdago a lo grande. Menos mal que fue el único que te defendió cuando te defenestraron. Deberías recordar eso de vez en cuando.

—Ty, puede que parezca que le estoy jodiendo, pero no es mi intención, ¿vale? La realidad es que, a pesar de toda la mierda que ocurrió, sigo teniéndole aprecio y me encantaría arreglar las cosas con él. Cuando resolvamos todo esto y él solito se lleve el mérito, seguro que me lo agradecerá. Además, cuando la vea, sabrá que tenemos razones de peso para pensar que la Kisha Jennings que buscan es esta. Yo no tengo ya la menor duda.

—No sé si encumbrará su carrera o tendrás que acabar metiéndole en nómina al final para compensarle. Yo insisto, voy a seguir mirando ofertas de empleo. Solo por si acaso…

Wynona se rio, al tiempo que le propinaba un suave golpe en el brazo. Estaba de buen humor. Intuía que muchas cosas podían cambiar a raíz de ese caso.



Finalmente, John Stevens la llamó con buenas noticias. Su jefe había accedido a regañadientes a que Wynona colaborase como investigadora externa. A regañadientes era un eufemismo para evitar decir que había gritado todo tipo de improperios hasta que accedió. No hacía falta señalar que aquello no le había puesto de buen humor.

—Te aviso que como salga esto mal, me las vas a pagar.

—¿No te das cuenta de que cada vez que hablamos terminas la última frase con una amenaza? Pues ya te aviso que a la tercera pierde eficacia.

—En serio, Wynona, ¿no tienes pensado madurar nunca?

—Déjame que te diga algo. En cuanto la veas, vas a entender por qué motivo estoy segura al cien por cien de que vas a dejar de investigar al resto de las Kishas del país.

—Más te vale.

—Cambiando de tema. Tengo entendido que ya le habéis notificado a mi clienta la muerte de su hermana.

—Sí, por supuesto. Ya estaba avisada por ti, de todos modos.

—De nada. Os he allanado un poco el camino. Una noticia así nunca es fácil de dar.

¿Ves como no hago otra cosa que cooperar?

—No está muy contenta con tu trabajo, que lo sepas. Viendo el resultado, no me extraña, la verdad.

El comentario le dolió profundamente a la detective. Él sabía que siempre se esforzaba en hacer bien su trabajo, por lo que le pareció un golpe bajo. Nunca solía asegurarles a sus clientes un resultado positivo, puesto que hay innumerables imprevistos que pueden hacer que todo se tuerza. Pero, en vistas del desánimo que había manifestado Karen en su momento, Wynona se conmovió y le aseguró que la encontrarían. Y siendo honestos, no había faltado a su palabra, puesto que a pesar de que ella había denunciado en la comisaría correspondiente la posible desaparición de Linda, técnicamente había sido la detective privada la que había dado con sus huesos, nunca mejor dicho.

—Eres un capullo, John. He cumplido con mi trabajo. Al fin y al cabo, la he encontrado. Mientras que la policía de Long Island, que es donde residía oficialmente la fallecida, no han movido un dedo.

—Eso cuéntaselo a ella. Recuerda que tenemos un trato. Nos vemos mañana.



En cuanto Kisha salió a la zona del aeropuerto donde suelen esperar los familiares y amigos, localizó a la detective y a su compañero casi al primer vistazo. Era difícil no hacerlo, puesto que eran una pareja llamativa. Él debía medir cerca de los dos metros y era de raza negra, mientras que ella era bastante menuda y, tal y como la propia Wynona solía bromear al respecto, tenía la tez muy blanca y el pelo tirando a

rojizo. Era imposible que esos dos juntos pasasen desapercibidos.

Se saludaron cordialmente y la invitaron a que les siguiera hasta su destartalado vehículo.

—Sentimos mucho que el transporte del que disponemos no sea más lujoso —dijo Wynona entrecomillando con los dedos—, pero todavía no nos da el sueldo para permitirnos algo mejor.

—No tienes que disculparte. He tenido coches peores que este, te lo aseguro.

—Espero que no te parezca mal que haya acordado con la policía de la ciudad una entrevista. Comprenderás que eres una persona de interés en la investigación.

—No tengo inconveniente en cooperar en lo que pueda. Para eso he venido hasta aquí. Mejor aprovechar el viaje.

—No obstante, nos gustaría hablar primero a solas contigo.

—En eso habíamos quedado, ¿no es así?

—Sí. Simplemente me aseguraba.

—¿Tienes ya alojamiento? Si no, te puedo buscar algo ahora mismo —le propuso Tyrell.

—No, lo tengo arreglado. Me quedaré en el Soreham, en Manhattan.

—Lo conozco. Es un buen hotel y tiene una situación estupenda. Tienes a dos pasos algunos de los mayores atractivos turísticos de la ciudad.

—Eso parece.

—Si necesitas preguntarnos algo, no dudes en hacerlo.

—Gracias, Tyrell. Lo haré.

Gracias a que el tráfico era bastante más fluido de lo habitual, decidieron acompañar primero a la ex inspectora hasta el hotel para que pudiera dejar sus cosas. Sería un engorro hacerla cargar con el equipaje cuando tenían la posibilidad de que lo dejara en

su habitación. Estacionaron en la zona habilitada para taxis mientras ella procedía a realizar el *check-in*.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó con interés la detective a su compañero.

—¿Que me ha parecido qué?

—Coño, Ty, ¿qué va a ser? ¿Qué te ha parecido ella?

—No sé. No me ha dado tiempo a formarme una idea.

—Me cae bien —declaró con convencimiento Wynona, mientras perdía la mirada por el parabrisas delantero.

—Me alegro. A mí también, la verdad.

—Bueno, veremos que nos depara el día.

Más rápido de lo esperado, Kisha volvió al coche. A pesar de aquel tiempo extra que habían empleado, no tardaron demasiado en llegar a la oficina.

Era hora de comenzar a trabajar.

Capítulo 13 Reuniones

Se acomodaron en la mesa principal destinada a las reuniones con los clientes, una que adquirieron en un mercado de segunda mano y que era evidente que había conocido tiempos mucho mejores. A pesar del ritmo de vida al que se había acostumbrado con Derek en los últimos meses, Kisha no se sorprendió al ver el estado semi ruinoso que tenía aquel local. Imaginaba lo difícil que sería alquilar algo mejor sin dejarse un dineral. Nueva York no es ciudad para pobres.

La oficina contaba con una única ventana, cuyo mecanismo oxidado parecía empeñado en hacerle la guerra a su inquilina impidiéndole abrir siquiera una rendija para que se ventilara mínimamente la estancia. La poca luz que filtraba ese cristal casi opaco le daba a la sala un aspecto tosco y apagado.

—Bienvenida a nuestro palacio —dijo Wynona con sarcasmo mientras una gota de sudor le caía por el rostro después del esfuerzo que había realizado para lograr abrir mínimamente la ventana.

Tyrell había ido al despacho contiguo a por la carpeta con la información que tenían acerca de la víctima, después de haber logrado el consentimiento de la hermana para compartir con la ex inspectora

la parte de la información que fuera necesaria para lograr su cooperación. También se había encargado de pedir algo de comida. Debían aprovechar el tiempo al máximo.

—Lo primero de todo, nos gustaría que vieras una foto de la fallecida por si la conoces de algo.

Ty sacó una fotografía tamaño cuartilla de la carpeta y la dejó sobre la mesa. Kisha la tomó en sus manos y la observó con atención. Mientras lo hacía, la detective la miraba detenidamente, estudiando la expresión de su rostro y cualquier mínimo gesto que pudiese realizar de manera inconsciente, con el único propósito de adivinar si escondía algo su expresión.

—Lo siento mucho, pero no me suena de nada. ¿Debería?

—Eso todavía no lo sabemos. Tal vez te suene el nombre. Se llama Linda Williams.

Kisha entrecerró levemente sus ojos, al tiempo que los dirigía ligeramente hacia la derecha, tratando de localizarlo en su almacén de la memoria a largo plazo.

—Tampoco me viene nadie a la cabeza con ese nombre.

—Vale. Te voy a enseñar la foto de su hermana, por si ella te fuera familiar. Te ruego que la mires con suma atención.

Tyrell sacó entonces otra instantánea de la carpeta y repitieron el procedimiento, con idéntico resultado.

—Si no te importa que te lo pregunte, nos gustaría saber dónde has estado la última semana o diez días, que es el tiempo en el que ha estado desaparecida Linda.

—Eso es muy impreciso. No puedes decir una semana o diez días. Tendréis que saber cuándo desapareció.

—En realidad, no es tan fácil. Hace diez días, nuestra clienta fue la última vez que habló con su hermana. Discutieron, algo bastante habitual, a pesar de que mi clienta insiste en que tenían buena relación.

—Parece una incoherencia.

—No te creas. Tyrell y yo discutimos mucho por distintas

desavenencias y formas de ver las cosas y, sin embargo, considero que la relación entre nosotros es excelente.

¿Entiendes por dónde voy?

—Perfectamente.

—Continúo entonces. Linda no tenía trabajo fijo y tenía épocas que iba a su rollo y desaparecía, nunca mucho tiempo. Eso sí, al menos, siempre respondía a los mensajes de su hermana mayor, según nos ha contado ella misma. Por otro lado, era común en Linda el abuso de estupefacientes. Tiene un largo historial de coqueteo con distintas sustancias desde que era adolescente. Cuando los tomaba, no eran infrecuentes ciertas conductas erráticas y de riesgo que atormentaban a su hermana mayor, la cual siempre ha estado pendiente de ella desde que eran niñas. No obstante, Karen me insistió mucho en eso de que siempre mantenía algún tipo de contacto, aunque fuera a través de escuetos mensajes.

—¿Qué fue diferente esta vez para que la hermana sospechara que le había pasado algo?

—Acababa de salir de rehabilitación hace poco más de dos semanas, veinte días a lo sumo, y la familia creía que esta vez sería la definitiva. Pero, por lo que sospechan también, había empezado a ver a alguien, cosa de la que no tienen certeza alguna, porque Linda no hablaba demasiado de su vida privada. Tampoco solían hablar a diario. Después de esa última llamada en la que discutieron, la víctima le dijo a su hermana que se olvidara de ella porque estaba harta de que se metiera en su vida. Por tanto, durante los siguientes tres días, no intentó llamarla ni le mandó ningún mensaje.

De ahí los diez días o siete, de forma imprecisa. Cuando intentó contactar con ella insistentemente sin respuesta, al principio dio por hecho que seguía enfadada. Pero pronto presintió que había algo más. Al día siguiente, puso la oportuna denuncia. Sin

embargo, no le hicieron demasiado caso por su historial anterior. Fue entonces cuando me llamó a mí.

—¿Y lograsteis averiguar algo?

—Primero dime dónde has estado estos últimos diez días, porque aún no me has respondido a eso.

—En muchos sitios, pero ninguno cerca de Nueva York. Hace cuatro

días, sin ir más lejos, estaba comiendo en San Francisco con un agente del FBI, lo que me parece en sí una buena coartada, ahora que lo pienso. Desde allí, tras una breve parada en Carmel, que es donde resido habitualmente, volamos a Los Ángeles hasta esta mañana que he aterrizado aquí hace unas horas, como tú misma has podido comprobar.

—Has dicho volamos. ¿A quienes te refieres?

—A mi pareja y a mí.

—Vale, lo suponía. Tampoco tengo un modo rápido de comprobarlo, pero no es ese mi objetivo porque realmente no considero que puedas estar implicada en forma alguna. Mis teorías van más por otro lado.

—¿Puedo preguntar ya si averiguasteis algo?

—Claro. Parecía que sí. Había un rastro de su tarjeta de crédito. No preguntes como accedimos a ello, te lo ruego —dijo Wynona mirándola con cautela a los ojos y estudiando su reacción.

—Tranquila, ya no pertenezco a la pasma.

—Por si acaso. El caso es que dimos con ese rastro que conducía al alquiler de un apartamento en la Quinta Avenida. Era una niña rica y encajaba con su perfil. Pero cuando me presenté en el piso y logré sonsacarle al portero alguna información, nos encontramos con un piso totalmente vacío. He llegado a pensar que era un señuelo. El siguiente rastro de su tarjeta nos llevó hasta Queens, a un cajero muy cercano al hotel en el que la encontramos. Lo del hotel fue pura suerte, no te voy a engañar. Yo pensaba que a Tyrell se le había ido la olla, porque desde luego el sitio no encajaba nada con el aire pijo y los gustos caros que tenía Linda, pero él insistió en que siguiera la información y probase suerte. Y tenía razón, pero llegamos muy tarde, a pesar de que estuvimos trabajando duro y pateándonos la ciudad de cabo a rabo.

Kisha vio la frustración claramente en la cara de Wynona. A esa chica le importaba realmente su trabajo. ¿Por qué si no iba a estar ahora con ella? Al fin y al cabo, ya había localizado a la hermana de su clienta. Su trabajo podía darse por finalizado. Oficial y oficiosamente, se había ganado su sueldo.

—Lo siento.

—Bueno, gracias. Supongo.

—Pero me temo que, a pesar de todo, esto es inútil. Empiezo a pensar que mi presencia aquí no te sirve para nada. No se me ocurre la menor idea de por qué mi nombre estaba en esa nota. De verdad que lo siento, porque me encantaría seros de ayuda. Empiezo a pensar que es otra mujer que se llama igual que yo. Tal vez sea una deuda o algo relacionado con el consumo de drogas. No sería descabellado.

—Podría ser. Y yo también tuve dudas. Hasta que te vimos en la videollamada. Ahí estuve segura de que tenías que ser tú.



Se dirigieron a comisaría a entrevistarse con el detective Stevens a la hora acordada.

Kisha sentía un malestar creciente después del último comentario que le había hecho Wynona en la reunión al darse cuenta de que podía tener razón. Ella desde luego no se había percatado de ese detalle.

Empezaba a tener ganas de salir corriendo de allí y volver a la tranquilidad en la que por fin se había instalado. ¿Por qué se había empeñado en ir? Ni siquiera le había dado la opción a Derek de hablarlo. Tendría que haber escuchado su opinión. Tal vez, la hubiese disuadido de cometer aquella estupidez.

Además, podrían haber encontrado una forma segura de comunicarse la detective y ella. En cualquier caso, ese era un pensamiento inútil en aquel momento. Ya estaba hecho. En cuanto saliese de hablar con la policía, cerraría la vuelta del avión y cogería el primero que hubiera hacia Los Ángeles a la mañana siguiente.

En la entrada, les recibió Walter Mint, uno de los archienemigos de Wynona, por decirlo de alguna manera, así que la acogida no fue precisamente buena. Una expresión huraña y un ruido ininteligible fueron lo que obtuvieron por saludo.

—Al final tenías que salirte con la tuya, ¿no? Eres una zorra estúpida, Wynona, siempre lo fuiste.

A Kisha le enervó aquel comentario. Ella había sufrido en alguna ocasión en el pasado un trato similar por parte de algunos compañeros. A pesar de que no sabía toda la historia y de que el tema no iba con ella, no pudo reprimirse y decidió intervenir.

—Más vale que te guardes la lengua en el culo, es decir, en tu boca que para el caso es lo mismo. No se le habla así a nadie, ¿te enteras?

A Wynona le hizo bastante gracia el comentario y no pudo evitar reírse en la cara de su ex compañero. Sin embargo, Kisha se arrepintió al instante. No debería haberlo

hecho. Se había dejado llevar por su impulsividad. Para variar, ya había comenzado haciendo amigos.

—¿Qué tienes que decir a eso, cara culo? Por cierto, yo también me alegro de verte, Walter. Ahora que me doy cuenta, estás más calvo de lo que recordaba. Y ahora, si no te importa, nos están esperando.

—¡Que os den a las dos, zorras! Os esperan en la sala tres. No voy a acompañaros.

Supongo que te acordarás de cómo se llega, aunque con tu cerebro de mosquito, tengo mis dudas.

—Cada año que pasa tus comentarios se vuelven más originales y creativos. Por supuesto que me acuerdo.

Kisha siguió a la detective, puesto que esta conocía perfectamente la distribución de la comisaría. Llamaron a la puerta y les hicieron pasar.

Hizo las presentaciones oportunas y le llamó mucho la atención la expresión de Stevens al ver a Kisha, aunque no se debía en absoluto al motivo que ella imaginaba.

Capítulo 14

PREOCUPACIÓN

Derek había hablado con Kisha cuando aterrizó el avión en Nueva York. Se sentía muy inquieto y alterado. Por mucho que ella tratara de tranquilizarle y le asegurase que todo había cambiado, temía que si algo se complicaba, volvieran a hacerse presentes las pesadillas del pasado.

Y estaba sola en tierra ajena.

A pesar de todo, consideraba que había hecho lo correcto no entrometiéndose y dejándola tomar libremente la decisión. Quizá había sido debido al miedo a que regresaran las discusiones, pero también era cierto que sería egoísta mantenerla atada a su lado solo para conservar una tranquilidad que, en esas circunstancias, sería del

todo irreal.

Era previsible que, antes o después, una mujer con tantas inquietudes como ella acabara por demandar volver a estar activa y quisiera tener proyectos. Podía ponerse perfectamente en su lugar y, si lo pensaba dos veces, hasta le parecía que había aguantado demasiado. Él no podría vivir sin objetivos porque, en cierto sentido, son el motor que nos mantiene en marcha y nos hace sentir vivos.

La fotografía representaba para él su *leitmotiv*, el impulso que le había ayudado a salir de algunos baches en distintos momentos de su vida, uno de los motivos que le hacía despertarse con ilusión por las mañanas.

Sólo anhelaba que todo terminase pronto y que ella regresara sana y salva a su lado.



En la sala de interrogatorios, se encontraban Wynona, Kisha, el detective Stevens y el jefe Miller, quien miraba circunspecto a la joven pelirroja. No hacían falta las palabras para que se evidenciaran los sentimientos que guardaba hacia ella. A Kisha le dio por pensar si no sería él a uno de los que apuntó la ex policía cuando trató de demostrar que había corrupción dentro de aquella comisaría.

—Antes de comenzar, quiero dejar constancia de que no me gustan nada las triquiñuelas que se ha traído entre manos para poder colaborar en esta investigación, señorita Wrangler. Y espero que quede claro que el acceso a la información será el justo y necesario, nada más. Siempre y cuando nos pueda aportar algo a cambio que ayude a resolver este desgraciado asesinato. Si no es así, se acabó la cooperación.

—Ya he demostrado que puedo ofreceros información que no veríais ni aunque se pusiera a gritaros en la cara.

—Muy graciosa. En todo caso, no habríamos tardado en dar con la inspectora Jennings por nuestros propios medios. Así que no te pases de lista, a ver si voy a cansarme antes de empezar.

—Y aun así os he ahorrado mucha burocracia. Pero creo que ya está bien de cháchara. Hay una persona aquí que ha accedido amablemente a dedicarnos su tiempo y parecéis decididos a hacérselo perder.

—Empecemos, entonces —señaló John Stevens, que había permanecido prácticamente en silencio desde que se saludaron—. En primer lugar, muchas gracias inspectora Jennings por venir.

—No hay de qué. Y no me llames inspectora. Ya no soy policía. Llámame Kisha.

—Perfecto —dijo sonriendo embelesado.

La expresión de Wynona cambió radicalmente al entender qué pasaba por la cabeza de su ex compañero. Acababa de darle un arma contra él que se la guardaría para cuando le hiciera falta.

En realidad, tampoco se la guardaría demasiado, sino que la usaría a la mínima oportunidad que se le presentara.

—Entendemos que la señorita Wrangler la habrá puesto al día aproximadamente de lo sucedido.

—Por supuesto. Creo que es una detective muy eficiente —señaló con segundas intenciones mirando directamente al jefe Miller de forma retadora. No le competía meterse en esa guerra, era consciente de ello, tal y como le había pasado con Walter Mint, el agente de la entrada que con tanto desprecio había hablado a la joven. Pero fue una reacción visceral. Se posicionó del lado de las mujeres que son menospreciadas en su trabajo por no pertenecer a un casposo mundo androcéntrico que parece imposible de dejar atrás.

Stuart Miller no se dio por aludido o, al menos, no dio indicios de hacerlo.

—Como ya sabrá, hemos encontrado una nota con su nombre junto a…

—Detective, mejor vayamos directos al grano. Como ya he dicho, la detective Wrangler me ha puesto al día. Le puedo asegurar que no conozco a la víctima, no he tenido relación con ella en ningún momento que yo recuerde, salvo que ella haya estado alguna vez en California y nuestros caminos se cruzaran de una forma totalmente aleatoria. No conozco tampoco a la hermana de la fallecida ni a nadie de su familia. No

había estado jamás en Nueva York hasta esta mañana mismo. Los últimos meses he estado viajando por distintos destinos que no tengo ningún inconveniente en relacionarle debidamente y puedo aportar las pruebas que necesiten. Pero en cualquier caso, a la hora en la que la

mujer fue asesinada me encontraba posiblemente en Carmel-by-the-Sea, puesto que pasé por allí antes de ir a Los Ángeles, que es donde estaba cuando me llamó Wynona. Creo que relatándole todo esto del tirón nos ahorraremos tiempo.

—Me parece correcto.

—Y quiero que quede constancia que estoy aquí sin abogado porque vengo con la mejor intención y para colaborar en todo lo posible. Precisamente porque he trabajado muchos años en la policía, sé de sobra que los picapleitos solo sirven para entorpecer nuestro trabajo.

—Todo eso está muy bien, señorita Jennings —apuntó esta vez el jefe Miller—, pero a partir de ahora, si no le importa, déjenos a nosotros hacer las preguntas en el orden que nos parezca oportuno. Como muy bien ha dicho antes, usted ya no es policía.

Parecía ser que, al final, el comentario que había hecho Kisha con anterioridad sí le había escocido más de lo que había aparentado.

—No me importa siempre y cuando tengan claro que puedo levantarme en el momento que me parezca oportuno. Así que, si algo no me gusta, no dudaré en irme.

«Vale, tengo que tranquilizarme. Estoy llevándome a lo personal cosas que no me atañen», meditó al darse cuenta que ella estaba provocando que el aire de la reunión se estuviera haciendo más espeso y tenso.

Miller le mantuvo la mirada unos instantes.

—Continúe, detective Stevens —dijo finalmente.

John carraspeó levemente, como si se le hubiera atascado en la garganta el mal ambiente que se había generado en la reunión.

—¿Se te ocurre algún motivo para que alguien quisiera culparte del asesinato de Linda Williams?

—Se me ocurren cientos y ninguno. He trabajado mucho tiempo en homicidios, así que supongo que hay por ahí mucha mala gente que no siente lo que se dice cariño por mí. No obstante, esto no me sorprendería en Los Ángeles, pero no le veo sentido aquí, en Nueva York, una ciudad con la que no me une ningún lazo.

—¿Ha recibido en los últimos meses alguna amenaza o algún mensaje de odio? No sé, tal vez ha tenido alguna sensación de peligro, de

alguien acechándola.

—He vivido mucho tiempo con esa impresión que describes, pero no últimamente.

Por primera vez en años, he disfrutado de una agradable sensación de paz y de seguridad. Así que la respuesta es que no he recibido nada de eso. Estos últimos meses han sido muy tranquilos, demasiado para lo que estoy acostumbrada.

—Voy a mostrarte la nota y quiero que me digas si la letra te resulta familiar.

El detective le pasó a Kisha la nota dentro de una bolsa de pruebas. Él la miraba con atención mientras ella fijaba la vista en cada trazo por si había algo que le recordase a la letra de alguien en concreto.

Cuando levantó la vista, le llamó la atención la forma en la que el detective la observaba.

—Lo siento. No me suena de nada —dijo, devolviéndole la prueba.

—De acuerdo. Por último, te voy a enseñar unas fotos de la escena del crimen por una razón similar. Cabe la posibilidad que te recuerde al escenario de algún crimen en concreto en el que trabajases en el pasado. Sé que es una teoría cogida por los pelos, pero de momento tenemos todas las opciones abiertas. A lo mejor, es un mensaje en el que nos dice que si tú y tu equipo le hubierais atrapado en su momento, ahora no seguiría matando.

Ni Kisha ni Wynona se habían planteado esa opción, pero desde luego tenía mucho sentido. Sería un mensaje muy claro y evidente. Una forma de restregarle en la cara que él había salido victorioso.

Aquello despertó el animal dormido que había dentro de la que fuera inspectora, una necesidad acuciante de saber. Mientras estuvo al mando de la brigada, nunca llevó bien que quedase un caso sin cerrar. Le hacía cuestionarse su valía como jefa de la unidad. Sin embargo, hubo ocasiones en las que fue inevitable, por muchas horas y recursos que dedicasen.

Una vez más, observó con detenimiento las distintas fotos que le ponían delante.

Trató de analizarlas con cuidado, comparándolas con casos del pasado que aún estuvieran en su memoria. Sin duda había similitudes con

algunas investigaciones de años atrás, pero era imposible precisar con cuáles y en qué sentido. Habían sido muchos años en homicidios como para acordarse de todo. Se sintió frustrada por no poder servir de más ayuda.

—No estoy segura. No hay nada específico en la escena, salvo esa brutalidad desmedida y las salpicaduras de sangre. En todo caso, puedo consultarlo con un agente del FBI con el que trabajé de manera estrecha en Los Ángeles. Tal vez él recuerde algo más o pueda acceder a información de la que yo ya no puedo disponer. Puedo pasarle

su contacto, si lo prefieren, y lo hablan directamente con él. Creo que sería lo más apropiado.

—Puede que sea de gran ayuda.

—Se llama Bill Zucherinni y trabaja en la división de San Francisco. No recuerdo de memoria su teléfono, pero enseguida lo miro y se lo paso.

Sacó su móvil. En la pantalla bloqueada había una foto de ella junto a Derek en el Lago Louise de Canadá del día en el que se reconciliaron y decidieron darle un nuevo rumbo a sus vidas. En aquel momento, parecía un recordatorio de lo que podría perder si tomaba la decisión equivocada.

Mientras Kisha le daba el número de Bill, sonó el teléfono de Wynona. Se disculpó y salió a la calle para poder hablar con tranquilidad. Era raro que Tyrell la llamase cuando sabía que estaba en la comisaría de policía. Algo importante tendría que decirle.

—Si no necesitan nada más de mí, me gustaría volver a mi hotel. Desde que cogí el vuelo de madrugada en Los Ángeles, no he parado y estoy agotada.

—Manténgase localizable, señorita Jennings —le avisó el jefe Miller con una expresión dura en la cara.

Kisha enseguida se dio cuenta de ello. No le cayó bien aquel hombre. Le recordó en cierto sentido a Ralph Harrison, el que estuviera al frente de la comisaría de Carmel antes de que su buen amigo Peter Smith le relevara en el cargo.

—Por supuesto. Tienen mi teléfono. Creo que he demostrado ampliamente buena voluntad. En este caso, le aseguro que sobra ese comentario.

—La acompaño a la salida—dijo el detective Stevens, en parte para tratar de evitar algún tipo de discusión que pudiera desencadenarse.

Se levantaron de la mesa. Stevens le abrió la puerta y la dejó pasar delante de él.

Miró a su jefe antes de salir. La expresión que tenía en la cara era de desagrado.

Trató de alejar esa imagen de su mente. Por el momento, aprovecharía esos minutos para estar a solas con ella.

Capítulo 15 Ceguera

El detective acompañó a Kisha hasta la salida, tal y como había anticipado. Ella había decidido tomar un taxi para ir al hotel. Ya llamaría después a la joven detective para darle las oportunas explicaciones y despedirse de ella. Sentía una repentina urgencia de alejarse de aquello. Ya no era policía, ya no necesitaba naufragar en esos oscuros mundos de perversión y dolor. Todos los minutos que pasase allí a partir de ahora constituían innecesario tiempo extra.

—Agradecemos mucho el esfuerzo que has hecho de viajar hasta Nueva York para esto —señaló complaciente el detective Stevens.

—No pasa nada. No es para tanto.

—Si no te he entendido mal, has dicho que era la primera vez que venías, así que es evidente que no conoces la ciudad. Permíteme que te diga que, desde luego, creo que no deberías irte sin hacerlo. Nueva York tiene mucho que ofrecer, puedes creerme. Llevo aquí toda la vida, la conozco bien.

—Lo pensaré, gracias —respondió mirando hacia la carretera por si pasaba algún taxi y podía pararlo. No quería dar pie a un malentendido.

—Tal vez, no sé, ya que has venido hasta aquí desde tan lejos, podías quedarte unos días. Ten, esta es mi tarjeta por si necesitas algo —dijo al tiempo que la sacaba de su cartera—. Estaría encantado de enseñarte algunos rincones especiales, si decides estar algún día más al final.

Wynona que seguía hablando por teléfono con su compañero a una

corta distancia, observaba la escena en un segundo plano, desde un lugar en el que ninguno de los dos implicados podía verla.

—No te imaginas lo que estoy presenciando ahora mismo, Ty. Luego te contaré el cotilleo. Creo que voy a reírme un rato. Te dejo que no quiero perderme nada.

Colgó el teléfono y continuó observando las terribles artes de seducción de su ex compañero. Aquello le iba a dar más juego del que pensaba. Estaba deseando poder usarlo.

—Gracias, de verdad. Pero creo que regresaré a Los Ángeles tal y como tenía previsto.

—Claro. Lo comprendo —añadió, mientras miraba a Kisha embelesado. Decidió no darse por vencido. Al fin y al cabo, no tenía demasiado que perder—. En cualquier caso, si te apetece puedo invitarte a cenar esta noche.

—Ahí viene un taxi —dijo la ex policía por toda respuesta—. ¿Querrás despedirte de Wynona por mí? Luego la llamaré para darle las oportunas explicaciones, de todos modos.

—Por supuesto. Y recuerda estar localizable. Si tienes pensado viajar fuera del país en las próximas semanas, tendrás que ponerlo en nuestro conocimiento.

—Tranquilo, no soy idiota. ¿Algo más?

Él se quedó mirándola. Dudó. Disponía de apenas segundos para un último intento.

¿Y por qué no? Si se iba, ya no la volvería a ver.

—No tienes por qué ir en taxi al hotel. Puedo acercarte si lo prefieres.

—Mira, John, pareces un buen tipo y de veras que agradezco tu atención, pero creo que no es buena idea. Espero que no te moleste que te lo diga.

—Claro. No hay problema. Lo entiendo —respondió algo azorado.

—Me alegro de que quede aclarado.

El detective Stevens se quedó observándola mientras subía a la parte de atrás del coche que se había detenido junto a ellos. Enseguida, el vehículo se puso en marcha, dejándole allí plantado en medio de la

acera suspirando.

En ese instante, oyó una risa conocida detrás de él. Se había olvidado por completo de su ex compañera.

—¿Qué coño haces aquí, Wynona?

—Observar cómo te da calabazas. Por cierto, muy profesional por tu parte invitar a cenar a una persona de interés en la investigación. Luego era a mí a quien se cuestionaba. Espero que no sea generalizado en el departamento lo de querer llevarse a la cama a todos los investigados.

—¡Qué te jodan, Wrangler!

—Tiene pinta de que no tendré esa suerte hoy. De momento, no tengo plan y muchas cosas que hacer, por otra parte.

—Por cierto, ¿dónde está la dama consorte? Se me hace raro verte sin tu sombra pegada al culo.

—Si te estás refiriendo a Tyrell, te aseguro que no tiene ninguna gracia.

—¿Qué no tiene gracia? ¿Lo de la dama consorte o lo de tu sombra? Una sombra grande, sin duda. Te cubre totalmente.

—Veo tus segundas intenciones y las doblo. Me parece muy infantil que trates de ofenderme metiéndote con mi compañero. Y por cierto, que un tío de más de uno noventa tenga una sombra que tapa el sol no es ninguna novedad ni nada de lo que avergonzarse.

—No voy a perder más el tiempo contigo.

—Muy bien. Me parece perfecto. Le daré recuerdos tuyos a Kisha cuando la vea más tarde. Le puedo dar besitos, si lo prefieres.

—Olvídame, ¿vale?

—Va, no te enfades. Lo comprendo. Es una tía atractiva la morenita. Ahora en serio.

Tengo que hablar con ella de algo. Me gusta la teoría que has lanzado antes ahí dentro acerca de un asesino que escapó y por eso la cita en la nota. Es buena, aunque yo tengo otra.

—No sé si me interesa.

—Claro que sí. Al parecer, debido a que pensabas con tu segundo cerebro mientras dejabas el primero en pausa, no te has dado ni cuenta de que nuestra víctima guarda un parecido más que razonable con la ex inspectora. Piénsalo, más o menos de la misma complexión, edad aproximada, pelo negro y liso, piel morena y muy guapa.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Que el asesino está matándola a ella simbólicamente. Si en lugar de derretirte imaginándotela desnuda hubieras estado más atento, te habrías dado cuenta enseguida.

Capítulo 16 Soreham

Kisha estaba deseando llegar al hotel. Tenía una extraña sensación pegada al cuerpo, un mal presagio, una inquietud, retazos de pesadillas que la asaltaban. Una pátina de malas vibraciones con un cuerpo propio, tangibles y pesadas.

Había cometido una estupidez.

Para variar.

Ya tenía una buena colección de ellas en su historial.

Le sorprendía que ninguno en la policía lo hubiera mencionado, puesto que la joven pelirroja se había dado cuenta enseguida del parecido que guardaba la víctima con ella misma. Cuando lo mencionó, le costó darse cuenta de lo que decía. Nos cuesta ver que nos parecemos a otra persona, da igual lo evidente que sea para los demás. Tal vez se deba a nuestra idea de singularidad, a nuestra creencia de que cada uno somos un ser único imposible de replicar. Pero era innegable: muchos de los rasgos de la víctima se asemejaban a los suyos propios.

Había sido una mala idea ir a Nueva York.

Había sido una idea pésima.

Estaba deseando llamar a Derek. Escuchar su voz le daría tranquilidad, le devolvería el sosiego que había perdido. No quería hacerlo desde el taxi. Si tenía un momento de debilidad, no necesitaba testigos que lo presenciaran. No le gustaba llorar. Nunca se lo había permitido hasta hacía relativamente poco tiempo. Hacerlo en

presencia de extraños le parecía intolerable.

La otra teoría que había lanzado el detective Stevens, por otra parte, también tenía visos de ser posible. Un asesino que quedó libre, alguno de los casos abiertos que no pudieron cerrar en Los Ángeles, pocos pero aun así, demasiados. Uno de aquellos delincuentes que había logrado escapar y que ahora la retaba y la arrastraba al otro lado del país como a una marioneta manejándola con sus hilos.

Su conducta había sido previsible. Le habían puesto el anzuelo y lo había mordido como una incauta. Tal vez en ese mismo instante estuviera corriendo peligro. El asesino podía estar observándola. Y ya no era poli, por lo tanto, ya no iba armada, entre otras cosas, porque lo había elegido para romper totalmente con el pasado. No tenía otra forma de protección que sus manos y, en especial, estar alerta y vigilante. Si la pillaba con la guardia baja, estaba acabada.

Inesperadamente, sonó su teléfono, como si la persona que estaba al otro lado supiera de sus cavilaciones.

—¿Qué tal ha ido? Acabo de enterarme que estabas en Nueva York y creía que me estaban gastando una broma.

—¿Cómo te has enterado?

—Por ti no, es evidente.

—Te han llamado de la policía de Nueva York.

—Un tal John Stevens. ¿Cómo se te ha ocurrido la locura de irte a la Gran Manzana por esto? Te has cruzado el país, así sin más, de un día para otro, sin tiempo para reflexionar al respecto sobre los pros y los contras. ¿En qué estabas pensando?

—No lo sé, Bill. Supongo que por lo que te dije ayer, por esa necesidad de hacer algo por mí misma.

—¿Y no te parece que ha sido un poco impulsiva tu manera de actuar? —preguntó el agente del FBI tratando de que ella reflexionara sobre ello.

—Lo sé, vale. No me sermonees. Ahora mismo no lo necesito. Soy bastante consciente de ello —respondió mirando por la ventanilla del coche.

—De acuerdo. Pero solo por esta vez. En realidad, llamaba para

decirte que me voy a poner con lo de los casos abiertos de Los Ángeles. Llamaré en cuanto pueda porque estoy liado con otras cosas. Pero me parece una buena teoría.

—Hay algo más, Bill.

—¿A qué te refieres?

—La víctima se parece físicamente a mí —respondió masajeando su sien con la mano que tenía libre. Tal vez fuera por el cansancio, pero notaba que empezaba a sentir un ligero dolor de cabeza.

Bill se quedó unos instantes en silencio procesando esa nueva información. Aquellos tenía múltiples significados y ninguno agradable. No le gustaba nada oír aquello, pero tampoco quería asustarla.

—No tiene por qué ser significativo. Puede haber sido algo aleatorio. No tenéis base suficiente para pensar que eso sea relevante. Si tuviéramos más víctimas similares, entonces podríamos considerarlo un patrón. Pero parece que no es así por el momento.

No hay que precipitarse.

—Puede que tengas razón.

—¿Cuándo regresas a Los Ángeles? —le preguntó preocupado, aunque tratando de ocultarlo. No quería seguir con el tema. Ahora le interesaba más que ella regresara cuanto antes.

—Mañana. En cuanto llegue al hotel, reservaré el primer vuelo que encuentre. Voy de camino hacia allí.

—Estupendo. ¿En qué hotel te hospedas? —preguntó con aparente inocencia pero con la intención de conocer su ubicación exacta y avisar a algunos compañeros para que estuvieran al tanto, por si acaso.

—En el Soreham. Está en Manhattan.

—Me gusta ese hotel. Tiene muy buena ubicación.

—Sí, está entre la Quinta y la Sexta.

—Exacto. Y tienes a tiro Central Park y Times Square. Aprovecha y haz un poco de turismo, si te da tiempo. Son zonas muy concurridas.

—Puede que lo haga.

—Llámame si necesitas algo.

—Lo haré. Siempre lo hago. ¿A quién iba a llamar si no?

Bill rio al otro lado del teléfono. Últimamente eso Kisha se lo decía con frecuencia.

—Sí, como siempre haces. ¿Eres consciente de todas las que me debes, Kisha Jennings? Cualquier día empezaré a cobrármelas todas juntas y ya verás. Dile a tu novio rico que vaya preparando la chequera.

—Un hombre honesto e íntegro como tú jamás haría algo así —respondió sin evitar que una sonrisa asomara a sus labios. Él siempre conseguía ese efecto en ella.

—Bueno, bueno, no te fíes. Siempre hay tiempo para corromper un alma pura como la mía. Además, después de ver la casita que tiene Derek en Carmel, me entró envidia.

—Voy a colgar antes de que esta conversación degenere todavía más.

—Cuídate, ¿me harás ese favor?

—Claro.



Nada más entrar en la habitación del hotel, se dejó caer sobre la cama. Únicamente había pasado un instante por allí para hacer el *check-in* y dejar el exiguo equipaje que

había llevado. Hacía ya unas cuantas horas de aquello. Estaba agotada. Solo deseaba descansar y olvidarse del embrollo en el que se había metido ella sola.

Era una habitación muy confortable. No era demasiado amplia, pero sí resultaba muy acogedora, con un mullido colchón y un buen número de cojines sobre la cama.

Las luces indirectas le daban un ambiente íntimo y cálido, recogido. Gracias a las tonalidades de las paredes y un amplio ventanal con cortinas hasta el suelo a juego con el cabecero de la cama, ese ambiente hogareño y agradable se veía reforzado.

Pero aunque un hotel parezca un hogar, no lo es.

Descansaría unos minutos, trataría tal vez de dormir algo y luego llamaría a Derek.

Sin embargo, cuando llevaba escasos minutos tumbada, alguien llamó a la puerta.

Pensó en no contestar. Hacer como que no estaba. Aislarse del mundo. Desaparecer por unos instantes.

Pero le fue imposible.

—Kisha, abre. Soy Wynona. Sé que estás ahí dentro, así que no voy a irme. No te haces idea de lo persistente que puedo ser. Tengo que hablar contigo.

Suspiró. Por lo poco que había podido conocer a la detective, intuía que no se daría por vencida. Se levantó sin el menor entusiasmo y abrió la puerta. Wynona entró sin esperar a que la invitara.

—He oído que te vuelves a Los Ángeles.

—Bueno, eso ya lo sabías. No es ninguna novedad.

—No puedes irte.

—Yo creo que sí.

—Voy a contarte algo que creo que hará que te lo pienses.

—No me lo cuentes. No tengo nada que pensar. Me voy. Ni siquiera debería haber venido. Ha sido un terrible error.

—Creo que estamos ante un asesino en serie. Tienes que ayudarme con esto.

—No lo sabes. Solo tienes una víctima.

—Se llevó un mechón de pelo de ella como trofeo. Sabes perfectamente lo que eso significa.

Kisha la miró tratando de ocultar sus pensamientos. Que se llevase un trofeo no era una buena señal. Pero aun así, era pronto para aventurarlo. No se iba a dejar engatusar ni convencer.

—Wynona, no voy a quedarme.

—Hay una nota junto al cadáver de una mujer que dice que ella ha

muerto por tu culpa. ¿No te parece ese un motivo más que suficiente, aparte de todo lo demás?

—No es mi culpa. Que alguien quiera hacerme sentir así y convencer a otros de ello, no significa que sea verdad.

—¿En serio vas a volverte a Los Ángeles como si no hubiera pasado nada? Es que no puedo entenderlo. Te aseguro que lo intento, pero me resulta incomprensible.

—No tengo nada que hacer aquí ya. No tengo nada que ver con el caso.

Wynona la miró con suficiencia. Un ramalazo de rabia se comenzó a extender por su interior. Tenía un alto sentido del deber y de la justicia. Por ello, le resultaba tan incomprensible que Kisha estuviera pensando en irse como si no hubiera pasado nada.

—No me creo que hayas sido poli durante casi veinte años y ni siquiera te pique la curiosidad. ¿De verdad que no te interesa saber por qué motivo ha aparecido tu nombre en un escenario?

—Creo que no.

La joven trató de abordar otro flanco para convencerla. Tal vez apelar a la parte de ella que la empujó a entrar en las fuerzas de seguridad, a esa parte que la llevó a tratar de dar lo mejor de sí misma hasta lograr ascender dentro del departamento de policía de Los Ángeles.

—Puede que no te hayas dado cuenta, pero no todos los policías de ese departamento son buenos polis como lo es Stevens. Por cierto, no le tengas en cuenta su deplorable intento de ligar contigo, porque es un tío muy válido aunque te haya podido dar una imagen pésima.

Se detuvo apenas unos segundos para apreciar la expresión de Kisha, la cual trataba de mantenerse hierática con mayor esfuerzo del que se pudiera apreciar. La verdad es que Stevens había hecho el ridículo, Wynona no lo podía negar. No obstante, recordar aquello, la distraía de su objetivo. Decidió continuar antes de perder el hilo.

—El caso es que lo va a tener complicado si no cuenta con algo de colaboración, aunque no la quiera, en especial porque le han asignado como compañero para este caso a Michael Rufo, al que sin duda no se le puede considerar el más listo de su promoción. Seguro que has estado en su pellejo alguna vez, que te pongan con un inútil como compañero.

—No sé dónde quieres llegar, la verdad.

—Creo que yo podría servirle de ayuda si me dejasen. Pero no van a hacerlo. Seguro que has percibido las pequeñas e insignificantes rencillas que tengo allí —dijo entrecomillando con los dedos—. A mí no me van a dejar acceder al expediente y tratarán de mantenerme alejada lo máximo posible. Sin embargo, a lo mejor a ti sí te lo permitan por tu carrera como poli y con la ayuda de tu amigo del FBI. Me serías de gran ayuda, la verdad. Te necesito para poder resolver esto y darle una respuesta a la hermana de la víctima. Ella necesita saber quién la mató. Necesita cerrar esa herida.

—Lo siento, pero éste ya no es mi mundo —dijo Kisha con más convencimiento del que sentía. No quería dejarse persuadir. Debía mantenerse en su posición. Necesitaba alejarse de aquello. Debía hacerlo como cuando te quitas una tirita: mejor rápido y del tirón. Puede que duela, pero dura solo un instante.

La expresión de la detective mudó ahora a una de incredulidad y repulsión. Wynona a veces no entendía de grises, solo de blancos y negros, de todo o nada. Aquella parecía una de esas ocasiones. En su escala de valores, era imperdonable mirar para otro lado y olvidar lo sucedido, sobre todo si eras policía, una profesión a la que uno entra solo por vocación y de la que no se sale jamás, porque se lleva en la sangre. Además, en aquel momento no estaba Tyrell con ella para hacerla ver que debía moderar su forma de plantear sus argumentos.

Y se excedió.

—Claro. Lo entiendo. Tu mundo ahora es vivir la vida padre con tu novio rico mientras la gente muere. Me parece bien, de puta madre, de hecho. Puedes mirar para otro lado, pero eso no hace que tu implicación en este caso desaparezca. Y no me mires con cara de sorpresa. Yo sí he hecho mis deberes, Kisha, y lo sé todo sobre ti. Y cuando digo todo, es todo, te lo aseguro.

—Me da igual lo que sepas. No deberías juzgarme porque no me conoces. Y no tienes ni la menor idea de por lo que he tenido que pasar para llegar a esta determinación.

—No te juzgo. Sólo pongo sobre la mesa una evidencia. Has cazado a un rico y ya no quieres trabajar. Enhorabuena, seguro que eso es a lo que algunos llaman el sueño americano. Así que tranquila, vuelve a tu cómoda mansión a disfrutar de la vida. Ya nos ocupamos los pobres mortales de recoger tu basura.

—¿Perdona? No tienes derecho a hablarme así. No sabes nada de mí, por mucho que lo creas.

—Claro que lo sé. Sé muchas cosas. Incluso que te llamaban la princesa de hielo tus compañeros de L.A. ¿A que no lo sabías? Pues sí. Especialmente después de que te secuestrara aquel asesino. Nunca fuiste especialmente cariñosa, al parecer, pero cuando

regresaste, eras un bloque helado que había perdido la capacidad de sentir. ¿No te lo ha contado tu amigo del FBI? Estoy segura de que él también lo sabe.

—¿Intentas hacerme daño, Wynona? Pues lo estás consiguiendo, aunque te aseguro que me parece del todo injustificado. Yo no soy aquí el enemigo.

—No, claro que no. Eres una cobarde que esconde la cabeza.

La ex inspectora se quedó estupefacta ante aquellas aseveraciones. Estaba volcando toda su bilis sobre ella y no lo merecía. Había atravesado una etapa muy dura que, por suerte, no demasiadas personas tienen que sufrir. Se merecía vivir en paz, alejada del horror por primera vez en cerca de veinte años.

—Mira quien habla, la que no soportó estar en la Policía y ceñirse a sus normas y sus códigos, hasta el extremo de que terminaron echándola más pronto que tarde. Yo al menos tuve una carrera. Tú no puedes decir lo mismo.

—Y a pesar de todo, ahora haces como si no hubiera pasado nada.

—¿Sabes una cosa? Eres demasiado cínica para ser tan joven.

—Y tú demasiado cobarde para haber sido la Jefa de Homicidios en Los Ángeles.

Kisha sintió como le ardían las mejillas por la rabia.

—No tienes derecho a juzgarme porque no sabes nada de mí. Puedes haber accedido a los datos, pero eso no es sinónimo de conocer a alguien. No sé qué te habrá pasado, pero es alucinante que te creas con derecho para tratar así a los demás, en serio.

—Será que he visto el mal frente a frente en los ojos del ser humano y eso te cambia.

—¿Crees que eres la única?

—No, no soy la única, pero está claro que no a todos nos afecta por igual. Tú después de lo que has visto hoy te has quedado tan fría y solo piensas en irte cuanto antes.

—Para lo joven que eres, eres pura hipocresía, ¿sabes?

—Para lo joven que soy, he visto mucha mierda ya.

—¿Te crees que yo no? ¿Qué te parece que tuve que ver yo trabajando en homicidios? ¿Vídeos de gatitos? Puedes pensar que ya has visto mucho, que lo has visto todo, pero no te engañes. Por muy malo que te parezca, todavía puede ir a peor. Y tal vez has encontrado toda la información relativa a mí y a mi carrera, pero lo que desconoces totalmente es todo el dolor que hay detrás. Cuando llegues a tocar fondo y estés dispuesta a dejarte ir, entonces empezamos a hablar. Pero de momento, te agradecería que no me des lecciones de moral.

En los ojos de Wynona se leía fuego puro. A pesar de las diferencias tan evidentes a simple vista entre ambas, tenían muchas cosas en común.

—Muy bien, Kisha. Me rindo. Haz lo que te plazca. Toma, ahí tienes mi tarjeta por si te lo piensas mejor —dijo lanzándola sobre la cama —. Aunque ya sabes de sobra cómo localizarme. Si te interesa conocer la nueva conexión que hemos encontrado entre tú y la víctima, no dudes en llamarme. Pero, ¿sabes qué? Estoy convencida que esto no va a terminar porque tú te vayas de Nueva York. Este asesinato tiene pinta de que va a ser el primero de varios. Y quién nos dice si no tendrás que volver.

Salió de la habitación dejando tras de sí un rastro de incertidumbre y temor. A la ex inspectora le costó unos minutos todavía rebajar el ritmo de su respiración.

¿Estaría Wynona en lo cierto?

Capítulo 17 Decisiones Después de que Wynona se fuera, Kisha trató de olvidarse del tema. Había

tomado una decisión y no iba a volverse atrás.

Llamó a Derek y estuvieron hablando durante un

buen rato. Le reconfortaba conversar con él. Tenía

una forma de hablar serena que le ayudaba a

recobrar la calma. Cerraba los ojos y se concentraba

en el timbre de su voz, como si no necesitara nada

más.

En aquel instante, le gustaría tenerle a su lado. Le encantaban esos momentos en los que se sentaban juntos en el sofá y ella se acurrucaba junto a él mientras Derek acariciaba su espalda. A veces hablaban, otras veces él leía mientras ella simplemente se relajaba a su lado y otras muchas veces la sesión de caricias acababa por subir de tono y por arrastrarles al dormitorio.

Sentirse querida era despertar a una sensación nueva para ella, algo que no había experimentado antes y que había descubierto de forma tardía. Había sido una estupidez volar hasta Nueva York y encima tener que escuchar todas aquellas recriminaciones, como si fuera culpable de algo.

Y a pesar de todo, no dejaba de rondarle la cabeza lo último que había dicho la joven detective en relación a lo que habían descubierto: habían hallado algo que la relacionaba de forma más estrecha con la víctima. ¿A qué se estaría refiriendo?

Decidió irse pronto a dormir. Si hubiera algo, probablemente Bill se enteraría y se lo comunicaría. Y ese precisamente fue su último pensamiento antes de dormir.

Bill.



Wynona seguía ofuscada al día siguiente después de la discusión con Kisha. La ex inspectora le había caído bien, muy bien en realidad. Le había parecido que estaban en buena sintonía, que tenían una conexión especial. Después de todo lo que le había contado Tyrell sobre ella y su pasado en la policía y lo que había leído ella misma después, había estado imaginando cómo habría sido trabajar juntas. Estaba segura de

que habría sido toda una experiencia y se habrían entendido bien. Envidiaba lo que Jennings había llegado a conseguir y que ella tenía

vetado de por vida. A lo mejor por ese cúmulo de sentimientos, le había sentado tan mal verla replegarse y desentenderse de lo que acontecía en aquel momento.

—Menuda cara traes. Quien no te conozca pensará que formas parte del elenco de una película de zombis —le dijo Tyrell como bienvenida.

—¡Pero serás imbécil! Algunas no podemos tener ese maravilloso tono de piel con el que parece que vas bronceado todo el año. Y no empieces con eso de que yo repelo el sol y por eso estoy tan blanca. No vas a decirme nada que no me hayan dicho ya: que soy la hija de la luna, que en carnavales solo necesito el traje para ir de arlequín, que podría actuar en una película de época sin necesidad de maquillaje, que cuando sea mayor y tenga el pelo blanco voy a parecer un bastoncillo, que podría hacerme pasar por *geisha*… ¿Quieres que siga enumerando?

—No hace falta. Creo que he captado el mensaje.

—Por si no lo sabes, tengo unos amigos muy capullos y bastante creativos, no lo voy a negar. Y te aviso de que no estoy de humor y puedes arriesgarte a una mordedura zombi.

Tyrell se rio a carcajadas. Vistos desde fuera, sabían que algunas personas podían malinterpretar la forma en la que se relacionaban. Sin embargo, ese juego de pullas les divertía a los dos por igual. Era una especie de acuerdo tácito en el que el sentido del humor les ayudaba a mantenerse cuerdos. Era una forma de restarle gravedad a un trabajo que en algunos momentos podía ponerse demasiado serio e intenso a nivel emocional.

—¡Qué te he dicho que no estoy de humor! ¿Lo pillas? —atacó Wynona con una sonrisa ante la carcajada de su compañero y amigo.

—Sí, sí, vale, lo que tú digas. ¿Todavía estás enfadada con la inspectora y por eso traes ese humor de caniche?

—En parte sí, pero también es que al final me lié con mis colegas y me he acostado a las tantas. Por algo dicen que Nueva York es la ciudad que nunca duerme, ¿no?

—¡Bah! Una exageración como otra cualquiera. No es para tanto. Tú y yo lo sabemos.

—¿Ha llamado Stevens para contarnos algo?

— *Nein*.

—¿Qué?

—Te he dicho no en alemán. ¡Qué poco culta eres!

—Se va a cagar —dijo descolgando el teléfono fijo, mientras Ty volvía a colgarlo. Por suerte, aún tenían una de esas reliquias con cable unidos a la pared que venía incluido cuando alquilaron la oficina. Eso ayudaba a que Tyrell pudiera evitar males mayores cuando su jefa estaba un tanto desatada.

—Si te pones borde, no vas a conseguir nada. Así que más te vale que aflojes el tono primero. No vuelques contra Stevens tu rabia porque ya le has metido en bastantes problemas. Sabes que otra vez va a tener que aguantar las miradas de reproche y los comentarios malintencionados de parte de sus compañeros.

—Tienes razón. El problema es que siento que estoy en deuda con Karen, ¿sabes?

Ella confió en nosotros, Ty. Por eso estoy tan impaciente.

—Lo sé. Y también sé que dimos lo mejor de nosotros. Siempre lo hacemos, aunque los resultados no sean los que esperamos o no lleguen tan pronto como nos gustaría.

—Tenemos que encontrar al responsable.

—Y también tenemos que ser prudentes.

—Lo sé. No podemos enfrentarnos tú y yo solos a un asesino. Por eso es tan importante que Stevens entienda que podemos beneficiarnos mutuamente.

En ese momento, se abrió la puerta.



Otra vez. Había perdido ya la cuenta de las veces que llevaba repitiéndose. Aquella noche, el sueño había sido más vívido de lo habitual. O eso le parecía. La sensación al despertar es la que le hacía sentir que así era.

La respiración entrecortada.

La piel encendida.

El ritmo del corazón acelerado.

—¡Joder! —dijo al incorporarse en la cama, poniendo las manos sobre su cara.

Empezó a teclear en su móvil un mensaje para Stephen, por si tenía algún momento a lo largo del día para hablar con ella, a ser posible, antes de que tomara el avión de regreso a Los Ángeles. Necesitaba sus consejos, que la orientara acerca de lo que su subconsciente trataba de decirle, si es que estaba transmitiéndole algún mensaje como ella creía.

Justo antes de darle a enviar, tuvo un instante de duda. ¿De verdad era tan importante? Stephen era un hombre muy ocupado y sabía que, en parte debido a su amistad con la mujer de este y en parte también a esa especie de deuda que sentía que

había contraído cuando Kisha acudió a rescatarle a aquel sótano de San José, sacaba el tiempo de donde no lo tenía para atender a la ex inspectora siempre que esta lo requería.

No podía abusar de él.

No por eso.

Bajó a desayunar a una cafetería cercana al hotel. Había creído que necesitaba ese tiempo a solas, lejos de la protección y los cuidados de Derek, para reencontrarse, pero ahora se daba cuenta de que no era así. Estar sola nunca le había ayudado a encontrar la estabilidad. Dejarse en manos de otro ser humano, tampoco. Lo que lo estaba logrando era la terapia, haber cambiado algunos malos hábitos en su vida, tomar mejores decisiones y estar conectada con el mundo, así como mantener unas buenas y sanas relaciones sociales.

Había establecido unos límites insoslayables y unas líneas maestras a seguir. No era la misma de un año atrás. No era tan inestable. Podría afrontar desafíos de una manera mucho más serena que entonces.

Todos estos pensamientos venían a justificar una decisión que había tomado sin apenas darse cuenta. Wynona había dejado sembrada una semilla en su mente inquieta.

En cierto sentido, la había manipulado y Kisha lo sabía. Pero no le importaba.

Tomó el teléfono nuevamente y llamó a Derek.

—¡Buenos días! —dijo el fotógrafo con voz de dormido—. Está claro que te has olvidado de la diferencia horaria entre Nueva York y Los Ángeles.

Kisha miró el reloj. Se había despertado temprano. Eran las ocho y media de la mañana. Por tanto, las cinco y media en la otra costa.

—¡Dios, es verdad! ¿Estabas dormido?

—Bueno son algo más de las cinco de la mañana, creo. ¿A ti qué te parece?

—¡Joder, lo siento! No he pensado en ello.

—No pasa nada.

—Si estuviera ahí ahora mismo se me ocurriría una buena forma de compensarte —

le dijo de forma seductora.

—Si estuvieras aquí, haría que cumplieras tu palabra.

Kisha se mordió el labio inferior de manera sensual. Ese gesto le encantaba a Derek y solía ser el desencadenante de escenas no aptas para menores de dieciocho años.

—Pues es una pena.

—Si me has llamado para torturarme, lo estás consiguiendo.

—¡No seas tonto! Claro que no.

—Vale, menos mal. Empezaba a creer que eras realmente cruel. ¿Estás bien? —

preguntó tratando de averiguar en qué estado se encontraba. Tal vez le llamaba tan temprano porque le pasaba algo, aunque su tono de voz no lo indicase. Con la mano libre, se frotó ligeramente los ojos para tratar de despejarse lo máximo posible. Tenía la mente nublada todavía por el efecto del sueño interrumpido de forma abrupta e intempestiva.

—Sí muy bien.

—¿A qué hora llega tu avión? Haré lo posible para ir a recogerte.

—Por eso te llamaba, Derek. Voy a quedarme algún día más.

Derek se incorporó. Intentó asimilar la nueva información de forma rápida. Ahora sí que notaba que su mente se había despejado de golpe.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada en particular, pero creo que debo quedarme.

Se hizo el silencio al otro lado. Derek trató de ahogar un suspiro para que no lo escuchase Kisha al otro lado de la línea. Cerró los ojos y procuró relajarse para no transmitirle los nervios que sentía.

—¿No vas a decir nada, Derek?

—No sé qué esperas que diga.

—Tú vas a estar muy liado. Apenas podríamos estar juntos. Serán solo unos días más.

—Kisha, está bien. No pienso oponerme ni discutir. Sabes lo que pienso, conoces mis miedos. Pero te comprendo, ¿vale? Necesitas esto, de acuerdo. No lo acabo de entender y no lo comparto, pero lo asumo.

—Deberías comprenderlo. Tú tienes una vida, yo ahora no tengo nada.

—No digas eso. No digas que no tienes nada.

—Ya sabes a lo que me refiero. Soy muy feliz contigo, pero me falta una parte que me complete. Creo que aquí puedo ser de ayuda. Y he aprendido la lección. No estoy dispuesta a perder lo que tengo.

—Espero que así sea. Porque me aterra lo que puede pasar si lo olvidas.

—No va a pasar. Yo no estoy al cargo de la investigación ni de nada en absoluto.

Solo voy a colaborar con la detective y su compañero, sin ningún compromiso. Eso en sí ya es muy diferente a cualquier caso del pasado. Además, he sufrido demasiado como para querer repetir la experiencia.

—Solo voy a pedirte una cosa: si estás mal, si empiezas a sentir que algo te pasa, no esperes a que sea demasiado tarde. Llámame. Cancelaré todos los compromisos e iré a buscarte.

—Eso no va a pasar. Te lo prometo.

—Pero si llegara a pasar, dime que lo harás.

—Lo haré, Derek, de verdad.

Capítulo 18

Información relevante

Wynona y Tyrell miraron a la vez hacia la puerta en cuanto oyeron que se abría.

Esa es una de la ventajas de las oficinas decrépitas y desvencijadas, que todo, absolutamente todo, hace ruido y no pasa desapercibido.

Claro que, según para qué cosas, bien podría constituir también un inconveniente.

—Cuéntame qué es eso que vincula a la víctima conmigo de forma tan directa —dijo Kisha sin más preámbulos al abrir.

—Claro. Lo haré. Pero, ¿qué tal si tomamos un café primero? Así tendré la posibilidad de disculparme y agradecerte que me defendieras ayer delante de esa panda de gañanes.

—No lo hice por defenderte. Estoy bastante segura de que no te hace falta que nadie lo haga. Pero era superior a mí. No tolero que te menosprecien así por ser mujer, aunque imagino que hay más motivos.

—Supongo que ellos creen que los tienen. Fueron tiempos duros, pero han perdido la capacidad de hacerme daño —concluyó la joven acompañando lo dicho con un gesto de indiferencia.

Salieron a la calle y fueron a una pequeña cafetería que había en la esquina. Sabía que no era el mejor lugar para hablar de ello, pero Kisha empezaba a estar impaciente por saber a qué se había referido el día anterior Wynona antes de irse.

Escogieron una mesa algo apartada, al fondo del local, muy cerca de los aseos.

Posiblemente no era la ubicación más agradable, pero sí la más práctica para lo que querían, que no era otra cosa que hablar alejadas

de posibles curiosos. Tyrell al final había decidido quedarse en la oficina. Cuando se sentaron en la mesa, Wynona casi lo agradeció porque los bancos eran estrechos y el techo era un poco más bajo y abuhardillado en esa zona del local. Desde luego, su compañero habría estado de lo más incómodo. Le compensaría subiéndole un café *latte* con nata y un *croissan* t relleno de chocolate que tanto le gustaban del puesto de la esquina.

—Me alegro de que te hayas quedado, Kisha. Creo que has hecho lo correcto.

—Yo no estoy tan segura, pero eso ya da igual. ¿Qué es lo que te hace pensar que hay una conexión directa entre la víctima y yo? —preguntó mientras le daba vueltas a su café.

—Aparte del más que evidente parecido físico, hay otra cosa. Lo siento porque no sé cómo adornártelo.

—No lo hagas.

—De acuerdo. La víctima tenía el abdomen cubierto de cortes y quemaduras.

Kisha se quedó tan lívida que perdió varios tonos de piel. Aquello estaba muy alejado de lo que esperaba oír. Pensaba que, quizá, le iba a hablar de una conexión circunstancial, un lugar en el que coincidieron la víctima y ella en algún momento de sus vidas, una persona que de forma rocambolesca tuvieran en común. Pero aquello era demasiado y apuntaba en una dirección muy oscura.

—Por tu expresión veo que he dado en el clavo. Sé que no es *vox populis* porque no fue algo que se airease cuando te secuestró el Asesino del Ocaso, pero Ty es jodidamente listo y bueno en lo que hace. Ha conseguido averiguarlo a través de un contacto que conoce a otro contacto… Ya sabes.

—Sí, da lo mismo. Eso no es lo relevante ahora.

Kisha había puesto de forma inconsciente sus brazos sobre su abdomen en una clara muestra inconsciente de protección. La joven detective observaba el gesto con consternación. En ese instante fue consciente de que la de California tenía razón cuando el día anterior le dijo que no conocía el dolor que había tenido que padecer. Ni siquiera era capaz de hacerse a la idea del horror por el que había tenido que pasar.

—¿Estás bien? —le preguntó Wynona.

—Sí.

Pero no lo estaba. ¿Cómo estarlo? Una y otra vez, ese nefasto momento de su vida reaparecía con vigor. Los recuerdos que quemaban, los *flashbacks* que ponían en llamas su cerebro, las sensaciones que nunca terminaban de extinguirse del todo del cuchillo atravesando y rasgando la piel, el mechero recorriendo su epidermis haciéndola gritar hasta perder el sentido, el sometimiento total y absoluto, la pérdida de la razón, el anhelo de la muerte como única salida.

—Siento que sea así, pero creo que es información básica. Y me gustaría que hablásemos las dos con Stevens porque de esto no tienen ni la menor idea, estoy segura.

Dudo mucho que hayan encontrado la relación porque ni siquiera repararon en el parecido físico entre la víctima y tú. La teoría que nos dijo ayer John es muy buena, pero creo que también deberíamos considerar otra opción.

Kisha estaba contraída, casi rígida. La respiración era más corta de lo aconsejable. Se dio cuenta. Debía ralentizar el ritmo. Hacerla más profunda. Si no lo hacía, no podría pensar con claridad y el miedo la dominaría.

Y esta vez estaba sola.

No estaba Pete.

Ni Julius.

Ni Bill.

No conocía la ciudad, sus recovecos, sus salidas.

Y partía con la desventaja añadida de no tener con qué defenderse.

—No lo entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—Los motivos. Esa siempre es la clave.

—¿A qué te refieres?

—El Asesino del Ocaso está entre rejas, no puede ser él. ¿Te suena de algo ADX

Florence?

—Por supuesto. Es una prisión federal que es conocida como la Alcatraz de las Rocosas, por su fama de ser inexpugnable. Dicen que no se ha escapado de allí ningún preso desde su apertura a finales de los noventa.

—Exacto. Pues es allí dónde se encuentra. Él no ha sido y te aseguro que sería mi primera opción si no supiera que está en una jaula con grilletes bien apretados.

—Tal vez tiene a un secuaz actuando en su nombre o un cómplice.

—En los años que le investigamos, no llegamos a descubrir ningún cómplice ni nada por el estilo. Siempre ha trabajado solo.

—De acuerdo, lo pillo. Pero es un narcisista, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

—¿Y si hay un admirador dispuesto a seguir su obra? Seguro que estaría encantado.

—¿Y por qué Nueva York en ese caso?

—No lo sé. Así a bote pronto, se me ocurre que para mantenerte alejada de tu gente.

Kisha se dejó caer sobre el respaldo. Cerró los ojos unos segundos, tratando de entender todo aquello.

—Necesito ver las fotos de la víctima y te puedo decir si las heridas que tiene son parecidas a las mías o no y es tan solo pura casualidad.

—Intentaré conseguirlas. Es más, haré gala de mis mejores artes, aunque ya has visto el cariño que me tienen en el departamento de policía. Seguro que tienen una diana con mi foto, los muy cabrones.

—Tal vez en eso te pueda ayudar yo.

—¿Vas a seducir al bueno de Stevens? Eso sí que no me lo pierdo —dijo Wynona riéndose.

Kisha la miró con incredulidad. No había pensado en eso en ningún

momento. Pero si no quedaba más remedio, no dudaría en hacerlo.

—No es lo que me había propuesto como primera opción.

—Joder, pero lo has pensado. Me meo todita —empezó a reírse otra vez, de una forma bastante cómica. Al final, Kisha se contagió y se rio con ella. Una buena carcajada, además, de esas que nacen en una zona profunda del diafragma y se extienden por cada rincón de nuestro cuerpo dejándonos una sensación de bienestar.

La necesitaba.

Era la mejor forma de ahuyentar a los monstruos.

Cuando por fin cesaron de reírse, intentaron ponerse serias y retomar el tema de la conversación. Todavía quedaban algunas cosas por comentar.

—No obstante, hay una diferencia con tu caso porque, por lo que me dio tiempo a apreciar, Linda Williams también tenía magulladuras en los muslos.

—Quizás porque trató de defenderse.

—Es posible —reflexionó Wynona—. Por otro lado, hay otro detalle que me hace pensar que no va a ser el último crimen que cometa y ya lo comenté con el detective Stevens precisamente. Se llevó un mechón del pelo de la víctima.

—Sí, me lo comentaste ayer. Un trofeo.

—Eso es.

—Hay mucho que investigar, Wynona. Por un lado, es fundamental que averigüemos si hay casos abiertos en este estado que sean similares a este. No tiene pinta de que sea su primer crimen.

—No, en absoluto. El corte del cuello era limpio. Un tajo preciso —dijo, mientras lo representaba con su mano derecha sobre su propio cuello—. A mí me huele a asesino experimentado.

—Es lo que parece. Por otro lado, tenemos que descubrir cómo se lleva a las víctimas.

—Sí, desde luego, ya lo habíamos pensado. Cómo se las lleva o cómo consigue que vayan al sitio que él quiere. Yo necesito averiguarlo para entender cómo no hemos podido localizar a Linda Williams a tiempo

—apuntó Wynona con rabia.

—Lo comprendo.

—Si estamos en lo cierto, Kisha, y está asesinando a mujeres que se parecen a ti, la policía debería hacer un comunicado para que tengan especial cuidado hasta que le atrapemos. Deberían ofrecerles la posibilidad de ponerse a salvo.

—Pero eso es inviable ahora mismo. No tenemos datos suficientes. Son meras suposiciones nuestras. Si nos precipitamos y estamos equivocadas, se desataría una alarma innecesaria.

—Pero si tenemos razón y no hacemos nada, no sabemos cuántas más pueden estar en peligro.

«Empezando por mí», pensó Kisha. Si estaba matando a sustitutas de la ex inspectora, entonces cada víctima serviría para ayudarle a coger confianza y el objetivo final sería ella sin lugar a dudas.

—Créeme, Wynona. La policía no puede hacer eso todavía. La montaña de mierda que se les podría venir encima sería de las que sepultan carreras de por vida.

Capítulo 19

Reacción

Regresaron al cabo de menos de una hora a la oficina. Pusieron al día a Tyrell de la conversación que habían mantenido. De la mayor parte, al menos. El puso cara de no comprender muy bien lo que querían que hiciese.

—Wynona, mucho me temo que mis recursos son limitados. Lo que me estáis pidiendo no lo puedo hacer. Vais a tener que hablar con la policía. Estoy seguro de que ellos lo pueden conseguir con relativa facilidad. Tal vez metiendo unos cuantos datos de búsqueda muy simples en su base de datos.

—¿No puedes averiguar si hay casos abiertos similares al de la hermana de nuestra clienta? Eso no me lo creo.

—Pues créetelo, porque no lo veo viable. Puedo investigar aquellos que hayan acabado en los periódicos y medios de comunicación

locales como casos sin resolver.

Pero veo dos inconvenientes.

—¿Cuáles?

—El primero es que puede aparecernos un listado importante que no sé cómo pensáis investigar vosotras dos solas, aunque por supuesto, no cuestiono vuestra capacidad. Y eso contando que no serán todos. El segundo es que ya sabéis que hay ciertos datos que no se facilitan a los periodistas por razones obvias que supongo que no necesito explicar a dos mujeres que han trabajado en las fuerzas de seguridad. Dicho esto, creo que queda claro que la búsqueda sería sumamente incompleta.

—¿Y no puedes entrar en los archivos de la policía?

—¡Wynona! —la reprendió, haciendo un gesto que sin duda aludía a la presencia de Kisha.

—Por mí no te preocupes. Ya no soy poli. No me voy a chivar.

—No voy a entrar, de todos modos. Tengo más posibilidades de que me pillen que de acceder y mejor no os ofrezco la estadística, aunque ya os digo que sería aplastante.

Además, ni mi amor por ti ni mucho menos el sueldo que me pagas merecen la pena el riesgo —finalizó, dirigiéndose entonces a su jefa.

—Vale, vale, ¡cómo te pones! Y eso que te he traído tu desayuno favorito, que si no, te me tiras a la yugular.

—Es verdad. Ven aquí y dame un abrazo que te lo agradezca como mereces —

respondió levantándose y dirigiéndose hacia donde se encontraba la detective.

—Pero no aprietes que eres muy grande y yo muy pequeña en comparación.

Kisha sonrió. Por lo poco que había podido apreciar, tenían una relación muy estrecha y limpia. Suponía que debía ser agradable trabajar en un ambiente así y se imaginaba a sí misma en una situación similar. Tal vez podría abrir una oficina de investigación privada, tal y como se había planteado. No obstante, no eran como ese el tipo de casos que pretendía aceptar. No quería verse inmersa en

situaciones como la que tenían delante en ese momento. Ya no. Había tenido más que suficiente.

De todos modos, parecía irrelevante lo que ella intentara hacer con su vida, puesto que parecía convocar a la muerte allá donde fuera. Aún recordaba lo que sucedió en Canadá, cuando fue a buscar a Derek. Justo acababa de aparecer el cadáver de una mujer en las inmediaciones del Lago Louise.

«Soy la novia de la muerte», pensó.

Un instante después se reprendió a sí misma por permitirse esas reflexiones tan lóbregas. Ese tipo de pensamientos desde luego no le venían nada bien.



Mientras Kisha ayudaba a Tyrell a buscar información en la red relativa a casos abiertos que guardasen alguna semejanza con el que tenían, Wynona llamó al detective Stevens.

—Joder, Wynona, todavía no tenemos resultados definitivos. Ya sabes que lo del laboratorio va despacio. Y había infinidad de rastros que analizar. Sé que hemos acordado cooperar, ¿vale? Pero no hace falta que te pongas intensa.

—¿Un mal día?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no me has dejado ni saludar y ya me estás haciendo reproches. Empiezo a pensar que ves mi número de teléfono en la pantalla de tu móvil y te sube la tensión.

No te lo tomes a mal, pero desde que no trabajas conmigo se te ha agriado el carácter.

El detective respiró hondo. En algo tenía razón: solía estar de mejor humor cuando trabajaba con ella. Tal vez no mereciera la pena seguir en un ambiente tan hostil. El mal humor solo conduce a más mal humor. Solo él podía cambiar eso.

—¿Para qué me llamas entonces?

—Me gustaría que nos viésemos. Prefiero no hablarlo por teléfono.

—Tranquila que no te lo hemos pinchado. No eres tan interesante

como crees.

—Ja, ja, ja. ¿Cómo se me habría ocurrido tal cosa?

—¿En serio crees que te lo hemos pinchado? —preguntó con incredulidad.

—Joder, claro que no, John. Has perdido neuronas en los últimos años, en serio.

Tendríais que aburriros mucho para recurrir a pincharme a mí el teléfono, la verdad.

—Entonces…

—Entonces nos vemos en el bar de la novena al que solíamos ir a desayunar en una hora.

—No sé si podré ir seguro. Tengo obligaciones y eso. Ya sabes, algunos tenemos obligaciones.

—Claro que sí. Ya verás como te da tiempo. Te voy a llevar un regalito que de sobra sé que te va a gustar. Y tú lleva el expediente, por favor.

—Wynona no puedo sacarlo de la estación de policía, ya lo sabes.

—Sé creativo. Estoy segura de que merecerá la pena. Confía en mí.

Capítulo 20 Sorpresa

La joven pelirroja les dijo que en una hora había quedado con el detective Stevens. Debían apresurarse si no querían llegar tarde. Conocía a su ex compañero y la paciencia ante la falta de puntualidad no estaba entre sus virtudes. Salvo cuando era él quien llegaba tarde. En ese caso, no parecía ser un aspecto tan importante.

—¿Que le has dicho qué? —preguntó atónita Kisha.

—Que tenía un regalito para él.

—Wynona, no te referirás a lo que hemos hablado.

—No hombre —dijo riéndose—, aunque estoy segura de que se alegrará de verte.

Kisha respiró aliviada.

—Ahora seguro que entiendes mejor lo que tengo que padecer —señaló con sarcasmo Tyrell.

—Lo del regalito es para echarle el anzuelo y que acuda. En realidad, lo único que puedo ofrecerle por el momento es lo que hemos hablado sobre las heridas del abdomen y nuestras teorías al respecto. No tenemos tiempo de mucho más porque en una hora hay que estar allí, salvo que tú Ty obres tu magia y encuentres algo más que podamos ofrecerles.

—Yo puedo intentar algo. Pero una hora es poco tiempo.

—¿Qué baza te estás guardando, belleza sureña?

—¿Belleza sureña? Soy del norte de California.

—No le hagas caso. Lo habrá sacado de alguna película que haya visto recientemente.

Kisha no lo había sugerido antes porque no quería recurrir a lo de siempre. Sin embargo, sabía que era difícil que alguien les pudiese conseguir información más fiable que la suya.

—Al agente del FBI que comenté cuando estuvimos hablando con Stevens y el jefe Miller.

—¿El que trabajó contigo en L.A.?

—El mismo. Es muy bueno, un policía muy eficiente. Ahora dirige una unidad en San Francisco. Somos buenos amigos, aunque preferiría no tener que pedírselo.

—¿Por qué no?

—Porque siempre le pido ayuda y siempre me la da. Le debo demasiados favores.

Tengo la sensación de que abuso de él. De todas formas, ya estaba cooperando con ellos si recuerdas.

Wynona puso cara de no comprender.

—Es verdad. Tal vez ya habías salido a atender la llamada cuando lo comentamos en la comisaría, no lo recuerdo con claridad. A lo que me refiero es a que él ya está buscando casos abiertos en Los Ángeles de

cuando trabajamos juntos, aunque ahora le daríamos un dato relevante más que buscar.

—Y una ubicación diferente, porque también tendría que buscar los casos abiertos aquí que tengan alguna relación con el que tenemos entre manos. Luego le vamos a complicar en exceso la tarea.

—Sin duda. Sin embargo…

—Sin embargo…

—Eso no es lo peor. En estas circunstancias, soy una civil. Oficialmente no puede pasarme información.

—Pero sí a Stevens. Esa puede ser nuestra sorpresa para él. Información del mismísimo FBI bien envuelta para regalo.



Kisha salió a la calle para tomar un poco de aire antes de llamar a Bill. Daría lo que fuera porque él estuviera allí con ella. La seguridad que le proporcionaba tenerle cerca era difícil de sustituir por nada similar. Había sido así prácticamente desde que se conocieron. Pero esta vez no podía contar con ello, ni siquiera sugerirlo.

No podía pedirle nada más.

Seleccionó su número de entre las últimas llamadas y esperó que diera tono mientras hacía un par de respiraciones profundas antes de escuchar aquella voz tan familiar.

—Mira quien me llama porque no puede vivir sin mí —dijo Bill nada más responder.

—Mira quien está con el ego subido.

—Te está sentando mal la estancia en la Gran Manzana.

—Será eso.

—Es que los de California pensáis que no hay mundo más allá de vuestras fronteras y ahora has descubierto que te equivocabas y hasta te gusta Nueva York.

—Bueno que me lías y voy mal de tiempo.

—¡Qué raro! Kisha llamándome para exigirme algo y con prisa,

además —señaló con tono irónico.

—No quiero que te relajes y pierdas habilidades. En verdad, lo hago por tu bien.

—¡Qué generosa!

—No sé si has podido investigar algo sobre los casos que te comentó el detective Stevens.

—No mucho todavía.

—Pues casi mejor porque hay un detalle adicional que podría ser de utilidad.

—¿Un detalle adicional?

—Bueno, no me he explicado bien. Por un lado estarían los casos abiertos de Los Ángeles, que esa es una teoría, y luego están los casos abiertos en Nueva York y alrededores en los que sí se aplicaría ese detalle adicional. Y esa es otra teoría.

—Me estoy perdiendo, Kisha.

—Lo sé. Estoy espesa, ya me he dado cuenta. A ver si logro explicarme. Puede que más tarde te lo pueda decir con mayor certeza si logro ver las fotos, pero parece que la víctima que apareció junto a la nota con mi nombre tenía el abdomen cubierto de cuchilladas y quemaduras.

Kisha escuchó la respiración pesada de Bill. Lo había dicho de la forma más natural posible, quitándole hierro, como si hablase de algo ajeno, que no fuera con ella, porque sabía que eso a él también le afectaba. Fue precisamente él quien la rescató y vio en primera persona en el estado en el que estaba Kisha después de haber sido torturada durante días.

—No puede ser, ¿vale? Jenkins sigue en la prisión de Fremont.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—No estoy sugiriendo que sea él. No estoy tan loca. Ya no, al menos —añadió entre cavilaciones—. No lo sé. Pero desde luego es raro. Igual hay alguna relación. Un admirador, un imitador, un cómplice con el que trabajó en algún momento y se nos escapó.

—Jenkins no trabaja con cómplices. Los dos lo sabemos.

—Depende con que personalidad lo hiciera, cabe una mínima posibilidad.

—La arrogancia es una característica en las tres que dedujimos. Si es que la conclusión final de los psiquiatras es que sufre trastorno de identidad disociativo, que yo no estoy completamente convencido.

—Bueno ahí poco podemos opinar, Bill. Ellos son los expertos. Si tiene TID o no, no lo debemos diagnosticar nosotros.

—Lo sé. Pero es un manipulador de primer nivel, eso también lo sabemos. Por otro lado, es un macho alfa y un narcisista. No tiene cómplices, estoy seguro.

—Salvo que le ayudase una personalidad débil.

—No me encaja.

—A mí tampoco, que quede claro. Estaba pensando en voz alta y contrastando mis ideas contigo. Pero, ¿entiendes a lo que me refiero?

—Sí, Kisha. Y se me está ocurriendo que puede que lo que debamos hacer es averiguar si ha recibido alguna visita o algún tipo de correspondencia en la cárcel.

—¿Podrías hacerlo?

—Da igual si pueda o no. Lo haré.

—Genial. Muchas gracias.

—Kisha…

—Dime.

El tono de la conversación parecía haberse vuelto más íntimo. Había un dolor común, recuerdos conectados que les trasladaban a una etapa difícil de olvidar.

—No me gusta que estés sola en Nueva York. Ahora que me has contado todo esto, no creo que sea buena idea que sigas allí.

—No me va a pasar nada. Estoy con Wynona y su compañero. Y ahora vamos a reunirnos con el detective Stevens.

—Eso me parece genial, pero no es suficiente. Según lo que me has contado, una de dos, o está asesinando para rendir un tributo o está matando a sustitutas tuyas.

Ninguna de las dos opciones me gusta porque ambas me llevan a pensar que tú puedes ser el objetivo final.

—Yo no descartaría todavía la teoría que dijo el detective.

—¿Cuál? ¿La de que nos estaba restregando que no le habíamos pillado en Los Ángeles y por eso sigue matando por ahí?

—No es descabellada.

—No, no lo es.

—También cabe la posibilidad de que haga esto solo para que los medios de comunicación le presten atención. Puede que piense que si le vinculan con el Asesino del Ocaso, puede obtener el reconocimiento que cree que se merece.

—Esperemos que no haya más víctimas y lo atrapen antes. Pero si las hubiera, las características del siguiente crimen nos puede dar mucha información adicional.

—Ojalá no lleguemos a saberlo.

—Voy a hablar con los de la oficina del FBI de Nueva York para que estén pendientes.

—No sé si les sentará muy bien a los del departamento de policía. Puede que lo vean como una intrusión.

—Me da igual como lo vean. También voy a facilitarles información a cambio de nada, ¿no? Es decir, voy a hacerles parte de su trabajo. Si se molestan, ya me encargaré de que sea el FBI quien se haga cargo en una centésima de segundo.

—Pero de momento no tiene motivos para intervenir. El caso corresponde a la policía de Nueva York. Son ellos los que tienen que solicitar vuestra ayuda.

—En parte ya lo han hecho cuando el detective John Stevens me llamó para preguntarme por los casos de Los Ángeles. De todos modos, he dicho que les llamaré para que tengan un ojo encima, aunque no intervengan. Confía en mi criterio, ¿vale? Si pudiera, iría yo. Pero

estamos en medio de algo y no veo qué excusa le puedo poner a los jefes para que me dejen escaparme. Creo que podremos resolverlo pronto, pero todo dependerá de cómo vaya evolucionando la investigación. Aun así, haré lo imposible por ir porque este caso me escama demasiado.

Kisha cerró los ojos. En realidad era eso lo único que quería. Que Bill estuviera a su lado.

—Tranquilo. Lo comprendo.

—Veré qué puedo hacer. Mantenme informado. En función de lo que averigüe, no descarto visitar yo mismo a Jenkins en la cárcel.

—¿Te das cuenta de que seguimos llamándole igual, a pesar de que hace ya mucho tiempo que conocemos su identidad?

—Las viejas costumbres tienen un poder arrollador.

Capítulo 21Intercambio

Cuando llegaron a la cafetería en la que habían quedado, Kisha aún no tenía respuesta de Bill. Era demasiada información la que tenía que buscar, y como le había dicho, estaba con otro caso entre manos. Probablemente no habría podido ni siquiera empezar a investigar. No podía pedirle más de lo que ya hacía.

Kisha pidió una cerveza sin alcohol. Entre sus nuevos hábitos estaba el de no probar ni gota de aquel líquido que había usado en el pasado para anestesiarse. Trataba de llevar una vida saludable en todos los ámbitos posibles. Wynona, por su parte, pidió una pinta de una deliciosa cerveza negra de barril que era evidente que disfrutaba.

—Este líquido dorado debe estar hecho por los mismísimos dioses —dijo cerrando los ojos y poniendo cara de éxtasis.

—¿A eso lo llamas tú dorado? A mí me parece más bien un marrón oscuro que nada se parece al oro.

—¡Qué poco romántica eres! ¿Acaso no puede ser oro viejo? Bueno, que me da igual.

Déjame que me deleite —dijo con un bigote blanco sobre su labio superior que había dejado la espuma de la cerveza.

A Kisha le resultaba una joven muy divertida. Era evidente que sabía disfrutar de la vida y eso no era ningún impedimento para volcarse en su trabajo. La de Carmel nunca había sabido hacer algo así. No había sido capaz de conjugar vida personal y profesional en armonía, sino que se había volcado en la segunda para tratar de obtener un poco de amor por sí misma. Aquello tampoco había servido para nada en realidad, ya que con el tiempo, había terminado por odiarse incluso más que al principio.

Las obsesiones del pasado, tal y como le había hecho ver su psiquiatra, respondían a una falta absoluta de autoestima. Necesitaba el reconocimiento externo, los logros profesionales, demostrarle al resto que era capaz de hacer cosas para sentir que valía algo. Pero todo aquello era efímero, provisional, un autoconcepto de sí misma alquilado, una imagen ilusoria proyectada por el espejo que eran las miradas de los otros.

Por eso, conocer a Wynona le había supuesto un soplo de aire fresco para comprender que se pueden aunar esas dos partes de una misma vida, porque no hace falta desdoblarse ni tener existencias paralelas.

Conciliación laboral y personal.

Obligaciones y diversión.

Trabajo y vida íntima.

No solo probable.

Posible.

—¿Qué miras?

—Nada en particular —respondió Kisha.

—No claro. Por eso ponías cara de estar de visita en el zoológico. No soy ningún espécimen raro.

La ex inspectora se rio ante su ocurrencia. Era fácil reír con ella y, desde que la conocía, lo hacía con frecuencia.

—Vale. Tienes razón. Te estaba mirando.

—Claro que tengo razón. Tengo ojos en la cara.

—Solo pensaba que eres una joven bastante… especial.

—No sé cómo tomarme eso, la verdad.

—Yo me lo tomaría bien. Y eso que no soy muy dada a regalar cumplidos.

—Vaya, vaya. Toda una sargento de hierro.

—No, casi mejor lo otro que me contaste. ¿Cómo dijiste que me llamaban?

—La princesa de hielo.

—Eso.

—Bueno, el tal Bill no piensa llamarte nunca para decirte algo. ¿Y dónde está el puñetero Stevens? Menos mal que es un tiquismiquis con la puntualidad. Le voy a…

—Cortar los huevos cuando aparezca.

—¿Me lees el pensamiento, Kisha Jennings?

—Es una de mis múltiples habilidades.

Esta vez se rieron las dos.

—Más o menos es lo que iba a decir, pero no quería resultar grosera. Veo que los de

“Nanifornia” no tenéis recato alguno.

—No te hagas la modosita conmigo que ya te he calado.

—Volviendo a lo que te estaba preguntando, ¿crees que va a llamarte pronto o no? El tiempo corre, ya sabes. Tic tac.

—No estoy segura de que pueda conseguirnos la información hoy.

—Pues nos vendría muy bien la verdad —concluyó, poniendo un gesto de contrariedad—. Y el tal Bill, ¿está bueno o qué?

—¿Cómo? —preguntó esta vez la ex inspectora creyendo que no había entendido bien la pregunta.

—A ver, Kisha —dijo acercándose a ella para hablar como en un tono de confidencia—. Cuando busqué información sobre ti, vi fotos de tu novio. No te voy a engañar, tienes buen gusto. Y me preguntaba si el

tal Bill también merece la pena. Si eso podemos invitarle a Nueva York y ya me encargo yo de que se lo pase bien, tú ya me entiendes— finalizó guiñándole un ojo.

—Es un poco mayor para ti —respondió esta un poco seca.

—Bueno, deja que eso lo decidamos él y yo, ¿no te parece? El amor no tiene edad. Y

para un poco de sexo, tampoco hace falta mirar el carné de identidad. Además, tampoco es que yo busque pareja en este momento, pero un desahogo de vez en cuando no viene mal y estoy cansada de los neoyorquinos. Cada vez los veo menos interesantes.

—De todos modos, está en una relación. No creo que tengas ninguna posibilidad.

Wynona se quedó mirándola. Se recostó sobre el respaldo de la silla cruzando los brazos sobre el pecho y sin quitarle la vista de encima a Kisha.

—¿Te mola?

—¿Qué?

—Que creo que tienes ahí una tensión sexual no resuelta, porque ha sido sacar el tema Bill —dijo entrecomillando con los dedos— y te ha cambiado la cara.

Justo en ese momento, se acercó John Stevens escuchando la última parte de la conversación.

—¿Interrumpo algo? —preguntó mirando a Kisha un tanto ruborizado.

—No, para nada. Justamente estábamos hablando de ti —dijo Wynona divertida, considerando la confusión que podía haber causado si el detective había pillado solo parte de la conversación.

Stevens miró nuevamente a Kisha.

—No le hagas caso.

El detective se sentó. Pidió una cerveza como la de Wynona. Mientras esperaba a que se la llevasen, extrajo el expediente de una bolsa bandolera que llevaba, no sin antes mirar a un lado y otro para asegurarse que nadie le miraba.

—Joder, pareces un paranoico, Johnny.

Él la miró con reproche.

—Me juego el cuello con esto. Espero que tengáis algo bueno para darme.

—Lo tenemos —se aventuró la detective—. Pero me gustaría que nos adelantases algo. De momento, te hemos dado más que tú a nosotros.

—Te lo he dicho por teléfono. No tenemos mucha más información. Hemos confirmado la identidad de la víctima, pero eso ya lo sabías. La causa de la muerte es exanguinación debido a que le degolló la garganta de izquierda a derecha, así que tenemos un asesino diestro, como la gran mayoría de la población, lo que tampoco ayuda a reducir el número de sospechosos. Sabes que las cosas no van rápido precisamente.

—¿Y tenéis el tipo de cuchillo con el que lo hizo? —preguntó Kisha.

—Todas las heridas de arma blanca que presenta la víctima parecen hechas con el mismo utensilio, una navaja suiza que, parece ser, utilizan los cazadores de alces a menudo. Por el grosor de las cuchilladas en el abdomen y el del corte del cuello, hemos llegado a esa conclusión.

Kisha empezó a sentir cierto malestar. *Flashbacks* de cuando estuvo secuestrada por el Asesino del Ocaso acudían a su mente sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Incluso tuvo una leve sensación de picor en algunas de las cicatrices.

Respiró hondo de forma disimulada.

Wynona se dio cuenta.

—¿Estás bien, Kisha?

—Sí, bien. Continúa, John.

—¿Hay algún problema? —preguntó el detective mirando a la ex inspectora, puesto que todavía no le habían contado nada acerca de sus conclusiones.

—No, ninguno —se adelantó Wynona.

—De acuerdo. Continuo entonces. Gracias a que los cortes eran

limpios y que varias de las cuchilladas eran profundas, hemos podido hacer un molde bastante preciso y por eso tenemos un modelo de navaja bastante fidedigno.

—Eso puede ser una pista estupenda —señaló la joven pelirroja—. Por un lado, puede ser un aficionado a la caza y habría que buscar áreas en las que sea habitual la del alce.

—Es bastante frecuente en las zonas de los grandes lagos, al norte del país.

—Genial, podemos tener algo ahí. Puedo pedirle a Tyrell que investigue sobre esto.

Además, estoy segura de que es un artículo que suele comprarse en armerías especialmente, puesto que gran parte de los cazadores prefieren hacerlo así porque suelen charlar con los vendedores y con otros cazadores cuando van allí. Es casi como un ritual.

—Bueno, todavía es pronto. Te estoy dando las buenas noticias, por el momento. Y

ahora me gustaría saber que tenéis que ofrecerme vosotras.

—Necesito que me enseñes las imágenes del cadáver —dijo esta vez Kisha.

—No estoy muy seguro de que deba hacerlo. Eres una civil. Es información sensible.

Debemos preservar la privacidad de la víctima.

—Lo entiendo. Pero si no las veo, no puedo decirte si las cuchilladas y las quemaduras del abdomen de la víctima son similares a las que yo tengo.

El detective se quedó estupefacto al oír aquello.

Miró a Wynona como si estuviera buscando confirmación de lo que acababa de escuchar. En su rostro vio que había entendido perfectamente las palabras de la inspectora.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Justo lo que has entendido. Yo también tengo cicatrices de cuchilladas y quemaduras.

—Joder, lo siento. No sabía nada…

—No lo sientas. No tenías que saberlo. No es algo que trascendiera en su día. Un asesino que operaba especialmente en el entorno de California me mantuvo cautiva durante un tiempo y me torturó.

Había tratado de decir todo aquello con naturalidad, sin entrar en demasiados detalles, pero seguía siendo un tema peliagudo para ella. Posiblemente siempre lo fuera. Todavía recordaba la primera vez que le habló de ello a Derek cuando trataba de que él supiera a qué tipo de criminal se enfrentaban cuando estuvo asesinando a chicas de quince años en los alrededores de Carmel. Recordaba el esfuerzo que tuvo que hacer, pero era un caso de necesidad.

—Wynona está segura de que la fallecida guarda un parecido físico conmigo. Si sus heridas son similares a las mías, tenemos dos ingredientes interesantes que, sumados a la nota en la que aparece mi nombre, pueden indicar que esta mujer murió en mi lugar:

“he muerto por culpa de Kisha Jennings” sería como decir he muerto porque no he podido matar a mi verdadero objetivo.

El detective Stevens tragó saliva. El caso parecía complicarse por momentos.

—Si estáis en lo cierto, tenemos que ponerte protección ya mismo.

—No podemos saberlo con seguridad. Por el momento, he encontrado un par de diferencias llamativas con lo que me pasó a mí. Por un lado, están las magulladuras y cortes de los muslos. A mí ahí no me hizo nada, aunque pueden ser heridas defensivas en el caso de vuestra víctima. Por otro lado, has dicho que sus cuchilladas eran profundas, por lo que habéis podido sacar un molde bastante fiable de la hoja del arma que utilizó.

—Exacto.

—Es decir, tal vez al final el corte en el cuello fue porque le entraron las prisas o puede que sea su firma, lo que le diferencia de Frank J. Murray. Si su intención era dejarla desangrarse poco a poco, no podemos saberlo por el momento con la información de la que disponemos hasta ahora. Cuando a mí me secuestró el Asesino del Ocaso, los cortes no eran profundos, sino superficiales, porque quería alargar lo máximo posible mi agonía y verme morir lentamente, causándome el máximo dolor.

Quería que le rogara que me matara.

Tanto Stevens como Wynona la escuchaban consternados. No podían hacerse una idea de lo que habría tenido que padecer. A ninguno de los dos se les ocurrió nada que decir.

—Este asesino es rápido. Por lo que me ha contado Wynona de lo que vio, las heridas se las debió ocasionar en un breve espacio de tiempo.

—Sí, eso es correcto. No había diferentes grados de cicatrización. Todas eran heridas muy recientes.

—No disponía de la paciencia o del tiempo necesario para llevarlo a cabo de manera pausada y precisa.

Necesitaba terminar con eso, dejar de hablar en voz alta de toda aquella mierda que le había hecho polvo el cerebro un poco más, amontonando otro trauma sobre otro previo del que no había tenido constancia real hasta hacía unos meses. A pesar de que hacía ya casi tres años desde que sucediera aquello, el tiempo no parecía ayudar a cicatrizar esas heridas. Tal vez porque no paraban de reabrirse una vez tras otra.

Wynona y el detective parecían estar mudos de asombro. Seguían conmocionados.

Para alivio de todos, la ex policía continuó hablando, quizá porque necesitaba llenar esos dolorosos silencios llenos de compasión que no necesitaba, porque la hacían sentir minúscula e indefensa.

—Dicho esto John, te puedo decir que teníamos varias teorías pero esta información añade más confusión que otra cosa. Por un lado, teníamos la que tú planteaste sobre los casos abiertos en Los Ángeles. Por otro lado, pensamos por el modo en el que la torturó, que el asesino rinde algún macabro tributo a Frank Joseph Murray, el conocido como Asesino del Ocaso que os he mencionado antes. Cuando he hablado antes con Bill Zucherinni, el agente del FBI con el que contactaste ayer, él considera que deberíamos saber si este está detrás de alguna manera por todos estos datos de los que hemos hablado. Pero yo empiezo a tener mis dudas, porque si alguien quiere reproducir lo que me hizo a mí, los cortes no serían profundos, sino superficiales. Por tanto, cabe la posibilidad de que le falta información clave que seguro que Murray le habría dado para torturarme una vez más desde su celda.

—Pero eso no impide que esté matando a sustitutas tuyas.

—Puede ser. O puede que juegue a despistarnos. Incluso, se me ocurre, que lo haga como forma de llamar la atención de Murray, tal vez porque le admira. Para ganarse su beneplácito.

A John Stevens se le transformó la expresión de la cara en una mueca de preocupación. Cuando le llamó Wynona, ni mucho menos esperaba encontrarse con una investigación tan sumamente complicada.

—¡Maldita sea! Este puede ser un caso muy gordo.

—Y complejo. Por experiencia te puedo decir que creo que no sería mala idea contar con la ayuda del FBI.

—Eso es más difícil de lo que crees. En mi estación de policía no gusta la presencia de extraños. Se sentiría como una intromisión.

—Por eso, tienes que dejarnos cooperar contigo en la sombra —finalizó Wynona.

Capítulo 22 Planes Alguien llamó al teléfono de Kisha. Esta miró con curiosidad el nombre que

aparecía en su pantalla y se disculpó un momento

para poder atender dicha llamada y hablar con

tranquilidad.

—¡Hola! No esperaba tu llamada.

—¡Hola! Me lo imaginaba, pero quería saber qué tal estás, porque me he enterado de que te has marchado a Nueva York y veo que no se te ha ocurrido contármelo.

—Las noticias vuelan.

—Desde luego que sí. Y bien, ¿vas a decirme cómo estás? No te lo preguntaría si fuera un viaje de placer.

—Más o menos bien —dijo con resignación.

—¿Y eso qué significa?

Kisha no sabía qué decirle exactamente. Había un remolino dentro de ella de miedos, sensaciones, anhelos y pensamientos que la tenían

confundida. ¿Lo bueno? Que no se parecía en nada a lo de meses antes. No había caída sin red, sino ganas de mantenerse a flote. No había desapego, sino ansias por disfrutar de los que sabía que la querían.

—Significa que, a pesar de lo que está pasando aquí y de que tengo momentos… No sé cómo expresarlo, Stephen.

—No necesitas eufemismos. Di la verdad. Lo primero que te viene a la mente.

—Momentos malos, esa es la palabra. No la quería decir porque no se parecen en nada a lo malo del pasado. Es algo muy distinto. No es como antes, no sé si me explico.

—Perfectamente.

—Sigo teniendo las riendas de la situación, ¿sabes? Al menos, eso es lo que creo.

—Y me alegro. Pero no te confíes. En otros momentos también creíste llevarlas tú y era un espejismo.

—Lo sé.

Se hizo un silencio corto pero lleno de sentido.

—¿Y qué más hay?

—Nada importante.

—Puede que no te lo parezca, pero déjame que lo evalúe yo.

Kisha suspiró.

—Tengo un sueño recurrente, Stephen. Se repite desde hace un tiempo con relativa frecuencia.

—Y eso te está alterando, imagino.

—Así es.

—Pero has dicho sueño, no pesadilla.

—Sí.

—¿Me lo quieres contar?

Kisha cerró los ojos. Enseguida le vinieron a la mente imágenes muy claras acerca de lo que había soñado tantas veces en los últimos días.

—Sueño con Bill.

—Entiendo. Supongo que cuando me dices "sueño con Bill" de forma tan escueta y no quieres expresar más, es porque son sueños eróticos, ¿me equivoco?

—¡Joder! ¿Cómo coño puedes ser tan listo?

—No soy listo, Kisha. Llevo muchos años en esto y sé cuando mis pacientes sienten vergüenza. No te veo la cara ahora mismo, pero estoy seguro de que te has ruborizado.

Kisha se mordió el labio inferior con media sonrisa, y mientras tanto, movía levemente de un lado a otro la cabeza en señal de incredulidad. La conocía demasiado bien.

—No tienes que avergonzarte de lo que sueñas, eso ya lo hemos hablado.

—Pero, ¿por qué sueño esto? Stephen, ha habido noches que estaba durmiendo junto a Derek y tengo dudas de si no habré jadeado incluso. Son sueños muy reales.

—¿Te acostaste alguna vez con él?

—Sí, pero hace mucho de aquello.

—Puede que eso proporcione ese ingrediente extra de realidad que crees experimentar. ¿Cómo está la relación entre tú y Derek?

—¿Por qué? ¿Crees que si sueño que me acuesto con Bill es porque no estamos bien?

—Kisha, déjame que haga yo las preguntas. Además, no me corresponde a mí juzgar eso. Has respondido a la defensiva. Únicamente pregunto porque es lo que debo hacer, tengo que ayudarte a reflexionar en voz alta.

—Estamos bien. Es decir, le echo muchísimo de menos, tengo muchas ganas de estar con él otra vez. Pero, por otra parte, necesitaba esto, hacer algo por mí misma y que no me trate como una pobre convaleciente.

Se quedó pasmada con lo último que había dicho casi sin pensarlo. Era

como si hubiera brotado directamente de su subconsciente. Hasta ese instante no había sido capaz de darse cuenta de que, en cierta medida, es como se sentía a su lado.

—Pues eso tendrás que hablarlo con él. Si te hace sentir así, tiene derecho a saberlo y tú a que él cambie su actitud. ¿Con Bill te has sentido alguna vez así?

—No, para nada. Bill siempre me ha dado mucha seguridad en mí misma. Veo en sus ojos que confía y cree en mí, que me ve capaz de cualquier cosa. Derek me quiere pero Bill me valora.

—Y te quiere también.

—Sí, también.

—Kisha, ¿ves el conflicto?

Cerró los ojos. Lo veía con total claridad.

—Sí.

—Tenemos que trabajar en esto. Primero de todo, tenemos que seguir trabajando en tu autoestima. Hay que reforzarla todavía porque, en otros momentos, ya te ha llevado a acceder a complacer a los demás por encima de tus deseos. Y me refiero específicamente a cuando volviste al trabajo para poder recuperar el cariño de tu hermana. Tienes que aprender a quererte a ti misma y dejar de verte por los ojos de otros.

—Lo intento.

—Kisha tienes muchas cualidades. Ahora falta que sigas aprendiendo a valorarlas.

Tengo que dejarte y no sabes cuánto lo siento, porque habíamos llegado a un punto relevante. Pero te he llamado entre dos consultas y ya está el siguiente paciente esperando. Tengo que atenderle, no puedo demorarme más.

—Tranquilo. Lo entiendo. Muchas gracias.

—No me las des. Trabaja para recuperarte totalmente y ese será el mejor agradecimiento que podrás ofrecerme.

—Lo haré.

—Y no dejes la medicación, por favor. Es fundamental.

—La estoy tomando, tranquilo.

—Llámame si necesitas algo.

—No lo dudes.



Cuando regresó a la mesa, se encontró a Wynona y a Stevens riendo con evidente complicidad. Se alegró por ellos. No sabía qué había ocurrido exactamente entre ambos en el pasado, pero viéndoles en aquel instante, estaba segura de que serían capaces de recuperar la buena armonía de los viejos tiempos.

—Siento interrumpir. Si sobro, me voy, no pasa nada.

—En absoluto, Kisha. Es imposible que tú interrumpas.

—Eeeeeh, quieto ahí galán, que la chica tiene pareja estable.

El comentario y la forma de decirlo le dio a entender a la de California que a la primera cerveza le había seguido otra.

—Por si no te habías dado cuenta, mi querida Kisha, el pobre John está coladito por ti.

—¡Joder, Wynona, córtate un poco!

—Lo siento, hombre. ¡Cómo si no se hubiera dado cuenta por sí misma! Sabes que si tuvieras la más mínima posibilidad te echaría un cable con ella, pero ya te digo que no.

Solo intento ahorrarte tragos como los de ayer.

—Si no os importa, me encantaría que me pusieseis al día de lo que habéis hablado para continuar con el caso.

—Sin problema —respondió el detective, todavía un poco ruborizado —. Le he estado contando a Wynona que los primeros análisis de parte de los rastros que recogimos en la escena han dado resultados.

—Pero eso es bueno, entonces.

—No, para nada. No me has entendido o mejor dicho, no me he explicado. No hemos podido todavía analizar gran parte de las muestras recogidas y, aun así, con las que llevamos, han salido varias identificaciones de delincuentes de la zona. Es decir, que ese antro es como un bazar, pero de restos de ADN de gente fichada.

—Un callejón sin salida.

—Es la aguja en el pajar —precisó Wynona.

—Exacto. Esta investigación va a ser larga. Tenemos que interrogar a mucha gente.

De momento, ya hemos empezado con los que figuran con expedientes de agresiones y delitos con violencia, pero no creo que ahí esté nuestro asesino.

—Este parece inteligente. Dudo que haya dejado un rastro útil. Hay que averiguar cómo llegó la víctima hasta allí.

—No hay demasiadas cámaras en la zona, pero sí hemos logrado una imagen de la víctima en las proximidades del hotel, aparte de la del cajero en la que sacó dinero.

Todo apunta a que llegó sola y por su propio pie.

—Se citó allí con ella.

—Eso parece.

—¿Era Bill? —preguntó entonces Wynona.

—¿Qué? —respondió un poco turbada Kisha.

Últimamente el del FBI parecía omnipresente.

—Que si era Bill el que te ha llamado —aclaró Wynona con un gesto que indicaba sorpresa ante la reacción de Kisha.

—No, no era él. Todavía no puedo deciros nada. Lo siento. En cuanto me llame, lo sabréis.

—Pues toca seguir trabajando. No sé cuánto tiempo estás dispuesta a quedarte en Nueva York, pero esto puede que se alargue más de lo que esperabas, así que supongo que trastoca un poco tus planes. Tal vez pueda hacerte un hueco en mi casa y, por supuesto, no dudes que el bueno de John te hará también un hueco encantado, incluso en su cama para que te sientas más segura.

—¡Wynona, joder, para ya la broma! Ahora que empezábamos otra vez a llevarnos bien.

—La culpa es tuya por ponerte ayer en evidencia. Pero tienes razón, me he pasado.

Lo siento. Os pido disculpas a los dos.

—No pasa nada, no os preocupéis. Estaré bien. Me gusta el hotel en el que estoy —

finalizó Kisha, obviando el otro comentario.

Capítulo 23 Estancados

Hacía ya más de una semana desde que la ex inspectora arribara a la

Gran Manzana. Los días pasaban y el caso no avanzaba. Empezaba a carecer de sentido que ella siguiera allí. La parte buena era que había comenzado a liberarse de ese agarrotamiento que da el miedo cuando sentimos que el mal nos acecha. Que no hubiera más víctimas podía considerarse una muy buena señal. Tal vez aquel crimen había sido un hecho aislado que tendrían que seguir investigando los de la policía de Nueva York pero que, en el fondo, no tenía tanto que ver con ella.

Iba siendo hora de regresar a casa.

Por otro lado, debido a la precaria situación económica de la oficina de Wynona Wrangler, ya habían tenido que aceptar otros casos. Tanto ella como Tyrell se volcaban con sus nuevos clientes y, aunque el peso de aquel asesinato pendía sobre sus cabezas como una lámpara sujeta por un cable fino, no podían descuidarlos.

Kisha hablaba con Derek a diario. Atrás quedó la época en la que sus obsesiones hacían que se olvidara de todo lo demás, a pesar de que este caso era sin duda diferente a los anteriores. El fotógrafo se mostraba paciente, pero ella sabía que, en realidad, no estaba siendo sincero y no se atrevía a decirle lo que opinaba.

Y era cierto.

No comprendía que siguiera en Nueva York cuando ella misma le había dicho que aquel caso no iba a ninguna parte. A pesar de que la notaba tranquila cuando hablaban, no las tenía todas consigo después de las experiencias vividas en el pasado. Decidió darle una semana más como máximo. Pasado ese plazo, le haría saber lo que pensaba en realidad y trataría de hacerla entrar en razón para que volviera.

La otra opción, era ir él mismo a Nueva York. Podría hablarlo con el estudio y con las galerías para cambiar los compromisos. Si se lo avisaba con tiempo, estaba casi seguro de que no habría inconvenientes. Y si los había, tenía claro cuál iba a ser su prioridad. Ella había renunciado a su vida laboral no solo por su bienestar personal, sino también por el de su relación. Ahora le tocaba a él hacer sacrificios si fuera necesario.

Por su parte, Bill había estado hablando con los que fueran los ex compañeros de Kisha en el departamento de policía de Los Ángeles y, en cierto modo, también ex compañeros suyos. Le habían facilitado la relación de casos que no habían cerrado mientras Kisha fue jefa de la brigada de homicidios. No eran realmente demasiados, teniendo en cuenta el nivel de criminalidad de la ciudad que descansa a los pies de

la colina con el famoso cartel de Hollywood.

Le llamaron la atención especialmente un par de ellos en los que habían sido asesinadas dos mujeres en una habitación de un hotel cutre de un barrio marginal, aunque la victimología era muy diferente. A pesar de que ambas eran prostitutas, la edad difería de forma significativa de una a otra. Por otra parte, físicamente no guardaban entre ellas parecido alguno, ni tampoco con la ex inspectora. No tuvo lugar actividad sexual previa al asesinato ni se observó ensañamiento. Eso sí, ambas habían muerto por un corte en el cuello de izquierda a derecha, aunque era bastante irregular.

El arma del crimen utilizado fue un cuchillo de cortar carne.

Encontraron más diferencias que similitudes, en realidad.

Aun así, decidió pedir una copia digital de los archivos.

Durante un instante consideró que, tal vez, esa información habría sido incluso más fácil que la consiguieran los del departamento de policía de Nueva York. Al fin y al cabo, se trataba de comunicación entre dos cuerpos de la misma entidad y nivel, no uno ajeno como era el FBI. Sin embargo, Bill, quien conservaba buenas relaciones con los polis de LA, decidió que en el poco tiempo del que disponía podía intentarlo. Confiaba que si Kisha se lo había pedido a él en lugar de esperar que dieran el paso los de Nueva York, sería debido a un motivo de peso. Solo esperaba no contraer de ese modo ningún tipo de deuda personal, puesto que de ser así, el actual jefe de la brigada de homicidios estaría dispuesto a cobrársela más pronto que tarde.

Era muy difícil que Bill Zucherinni no se llevara bien con alguien. Se le daban bien las relaciones personales, era bastante diplomático y moderado, aunque incisivo cuando era necesario y, de hecho, tenía mano izquierda para dirigir equipos. Pero con Jackson, como así se apellidaba el actual jefe de homicidios, no había cuadrado bien. En parte, lo atañó a la rabia que había sentido cuando Kisha dejó la policía y la ciudad sin apenas decirle nada, salvo un escueto mensaje en el contestador de su teléfono. La relación con ella había sido muy estrecha, se habían entendido a la perfección y habían trabajado de forma perfectamente coordinada hasta que ella comenzó su particular descenso al averno después de caer en las manos del mismísimo diablo. Después vinieron el abandono y los meses de ausencia y olvido.

Respecto a lo de entrevistarse con Frank J. Murray, el conocido como

Asesino del Ocaso, lo dejó en un punto muerto por el momento. Había escasa información todavía sobre el crimen de Nueva York. No era plan de alimentar su ego y dejarle pensar que seguía siendo influyente desde aquella prisión de máxima seguridad. Había pedido, eso sí, que revisaran de forma más exhaustiva su correspondencia y le notificaran cualquier llamada que emitiera o recibiera, así como cualquier visita.

Quería tenerle controlado en la medida de lo posible.



El detective Stevens se citó con Kisha para contarle algunas novedades, puesto que Wynona estaba ocupada. Quedaron en una cafetería cerca de la estación de policía donde trabajaba, ya que no disponía de mucho tiempo. Al fin y al cabo, no era el único caso en el que trabajaba. Su tiempo era bastante limitado.

—¡Hola, Kisha! —dijo levantándose un tanto azorado cuando esta llegó junto a la mesa en la que estaba sentado. Le faltó poco para tirar la taza de café que tenía a medias. No entendía por qué motivo se comportaba de forma un tanto estúpida en su presencia. Suponía que, en parte, las bromas de Wynona le habían hecho mella.

—Hola, John. No hace falta que te levantes. Decías que tenías alguna novedad que querías compartir con nosotros. Estoy deseando que me cuentes.

—Sí, algunas ya las sabrás porque imagino que tu amigo del FBI te habrá puesto al tanto.

—Sí. Hemos hablado de los casos abiertos de Los Ángeles. No son demasiados y, aunque ninguno se parece en exceso a este, Bill se inclina por prestar un poco más de atención a un par de ellos. No obstante, no queremos descartar nada todavía.

—Eso lo dejo en vuestras manos.

—Hemos considerado que, del resto de casos, aunque algunos dan la sensación de ser un poco chapuceros, la verdad es que no dimos con el asesino, por lo que en eso se parece un poco al caso actual. Además, son crímenes con mucha sangre. Si es el mismo sujeto que el de alguno de esos, podrían haber sido el origen, el entrenamiento. Todavía desconocemos si estamos ante un asesino en serie. Sin embargo, todos sabemos cómo empiezan o cómo suelen hacerlo, como mínimo.

—Suele haber una escalada de violencia.

—Eso es. He estado repasando ciertas cosas últimamente. Ya sabes, tengo bastante tiempo libre —dijo Kisha con una sonrisa.

Stevens se dejó contagiar por ella. Le resultaba muy agradable que estuvieran allí los dos solos. Según le vino aquella idea a la cabeza, trató de dejarla atrás para no distraerse, algo que le pasaba con relativa frecuencia en su presencia.

—Muchos empiezan provocando fuegos —continuó la ex inspectora—. Al principio, la destrucción de la propiedad les basta porque es ya en sí un aliciente. Además, a esto suele acompañar una conducta masturbatoria. David Berkowitz, el que se autoproclamaba Hijo de Sam, provocó más de dos mil incendios aquí, en Nueva York antes de evolucionar y convertirse en uno de los peores asesinos en serie que ha visto nuestro país. Seguro que un poli neoyorkino como tú, conoce la historia.

—Sí, claro.

—Lo que no sé si sabes es que se masturbaba mientras veía los edificios arder. Y si has leído o asistido a alguna conferencia de John Douglas y Mark Olshaker, sabrás que cuando le entrevistaron en la cárcel él dijo que se masturbaba de forma compulsiva.

Ellos mantienen, además, que después de entrevistar a un buen número de asesinos seriales, la mayoría de ellos tienen una obsesión considerable por esas conductas auto estimulatorias.

El detective Stevens estaba un tanto desbordado con la información. No sabía muy bien dónde quería llegar la ex inspectora. Tenía la sensación de que se había desviado mucho del tema que tenían entre manos.

Por otra parte, estar hablando precisamente con ella de conductas masturbatorias le tenía un poco incómodo.

—No sé muy bien a dónde quieres ir a parar con todo esto, Kisha —preguntó tragando saliva.

—Lo siento. Tiendo a irme por las ramas. Quiero llegar a dos términos. Por un lado, a que puede que nuestro asesino tenga antecedentes de piromanía. Eso serviría para añadirlo como dato a la suposición que tenemos acerca de que es cazador. Sin embargo, lo complicado aquí sería dilucidar si ya asesinó por primera vez en Los

Ángeles o no, porque eso nos diría también dónde investigar incendios provocados sin resolver y cuándo empezó a evolucionar.

—¿Y por otro lado?

—Como ya sabes, los asesinatos casi en su totalidad implican sadismo y una satisfacción sexual. Si no practicó sexo con la víctima ni hubo agresiones de ese tipo, tal vez se masturbó en la escena del crimen. Entre los rastros que hayáis encontrado, deberíais centraros en particular en restos de semen.

—Pero es difícil que fuera así de descuidado, ¿no crees?

—Bueno, no estamos seguros de que sus huellas y otros rastros estén sepultados entre la montaña de evidencias que os llevasteis al laboratorio. Además, dudo que sea tan inteligente como puede parecer. Para empezar, le hizo unos cortes tan profundos a la víctima que os ha permitido hacer un molde preciso de la hoja del arma. Es listo pero no brillante.

—De eso es de lo que yo quería hablarte. Digamos que esa es la buena noticia.

—Cuéntame.

—Al parecer, la navaja es una edición limitada que se fabricó para conmemorar el centésimo vigésimo quinto aniversario. Es una réplica de la navaja suiza original de 1897.

—Luego estamos ante un coleccionista al que le gusta la caza, por lo que dijisteis.

—Eso es. Se trata de una navaja de bolsillo que tiene seis funciones y está hecha en Suiza. La hoja no supera los once centímetros, que es lo que se considera ilegal.

—Evidentemente. Luego compró un arma que sabía que no le pondría en problemas con la justicia. Y has dicho que es una edición limitada, ¿no es así?

—Sí, correcto. Esa es una noticia mala y buena a la vez. Buena porque es limitada y mala porque en total fabricaron nueve mil novecientas noventa y nueve en todo el mundo, que no es una cifra desdeñable. Dentro de esa parte mala, está el hecho de que cada una tiene su propia numeración secuencial.

—Y de esas casi diez mil copias, ¿cuántas se han vendido en Estados Unidos?

—Ahí todavía no hemos podido llegar. Yo no sé con qué recursos contabas tú en Los Ángeles, pero yo no puedo acelerar demasiado las cosas aquí, ¿sabes? No soy más que un detective cualquiera sin demasiados apoyos ahí dentro. Este es un caso más de muchos. Da igual que la hermana trate de presionarnos. Son una familia con dinero, pero una de tantas, puesto que no son excesivamente influyentes.

—¿Y por qué no pides ayuda externa?

—Sabes de sobra que, por una parte, aún no tenemos motivos para solicitar la implicación del FBI porque es un crimen aislado en la ciudad y en Nueva York se comenten unos cuantos de esos, no nos vamos a engañar.

—Sí, tienes razón.

—Por otra parte, no gusta demasiado en mi estación que entren ojos ajenos en la oficina. Digamos que Wynona tenía razón y hay algo turbio ahí, algo que yo desconozco pero que suelta cierto tufo.

—¿Y por qué no la apoyaste en su momento? Si creías que ella estaba en lo cierto.

—Porque se precipitó. No tenía nada realmente, solo sospechas, extractos de conversaciones que escuchó aquí y allá, cosas que le pareció ver pero que no estaban contrastadas, sobres sospechosos que entraban, algunos recuentos en las pruebas que no casaban al cien por cien. Digamos que Wynona tiene un alto sentido de la justicia pero es muy impaciente. Se ciega, no sé si entiendes lo que quiero decir.

—Por supuesto.

—Y me da mucha rabia lo que pasó con ella, no creas que no. Era una policía con un gran potencial. Podría haber tenido una carrera brillante.

—¿Y por qué no le dices todo esto a ella?

—No es tan fácil, Kisha. Y que conste que, en cierta medida, me alegra que este caso nos esté ayudando a limar asperezas entre nosotros. Pero también es verdad que el hecho de que acuda a mí me pone las cosas muy difíciles en comisaría. Hace unos meses hubo un escándalo con

una empresa aseguradora en la zona, con Stars Health concretamente, y ella vino pidiendo ayuda porque estaba convencida de que iban a matar a un hombre. No ha llegado a demostrarse nada. Eso me sirvió para volver a recibir un trato bastante injusto por parte de mis compañeros, por decirlo de alguna manera.

—Si te sirve de algo, para mí eso fue lo habitual durante años. Hay que acostumbrarse a navegar contracorriente, aunque esta amenace con tragarte.

John Stevens clavó su mirada en Kisha. Se sentía fascinado por ella, más de lo que quisiera. No solo era su atractivo físico, que tanto le había llamado la atención desde el primer momento, sino algo más. Le parecía una mujer inteligente y segura de sí misma.

Claro, que eso se debía a que desconocía todos los fantasmas que poblaban su interior.

Como dijera en su día Sigmund Freud, "cuanto más perfecto luzca uno por fuera, más demonios tiene adentro". Y Kisha contaba con unos cuantos de dientes afilados a los que trataba de combatir como podía.

—Lo intentaré. Ahora tengo que marcharme. Te mantengo informada con lo que encuentre.

—Querrás decir nos.

—No te entiendo —dijo confuso.

—Digo que nos mantendrás informadas a Wynona y a mí, no solo a mí.

—Por supuesto.

—Genial. Si descubrimos algo, te llamo.

—Llámame cuando quieras —dijo justo ante de irse, sin duda con doble intención.



Más o menos a la misma hora, estaba teniendo lugar una conversación telefónica importante relacionada con lo que estaba sucediendo en Nueva York.

—¿Alguna novedad?

—Parece que no.

—No quiero que corra peligro, vale. Necesito que alguien esté encima.

—Ya lo dejaste claro cuando hablamos la primera vez. Hacemos lo que podemos pero, tal y como dijiste, debemos pasar inadvertidos. Y aquí hay mucha tarea. No eres el único que está hasta arriba de trabajo.

—Lo recuerdo por si acaso, nada más.

—Y yo te recuerdo que esto te puede costar un precio.

—No lo he olvidado. En cualquier caso, es probable que pueda viajar pronto a Nueva York, antes de lo que esperaba. Ahí quedarás libre de tus obligaciones.

—Ya me avisarás si es así. Podremos reunirnos, si lo deseas.

—Perfecto. Y muchas gracias por esto. No te lo pediría si pudiera encargarme personalmente y si no estuviera preocupado de verdad.

—Vale, tío. No le des más vueltas. Una por ti y otra por mí. Seguimos hablando.

Capítulo 24 Brooklyn En torno a los cuarenta años, pelo negro y liso, ojos oscuros, piel de tonalidad tipo

V, complexión atlética, alrededor del metro sesenta

centímetros.

Y el abdomen plagado de cortes y quemaduras.

Esa era la descripción preliminar que recibieron los agentes que se dirigieron a cubrir el crimen que se había cometido en Brooklyn hacía escasas horas. La causa principal de la muerte había sido el seccionamiento de la arteria carótida y la consiguiente pérdida masiva de sangre.

Debido a distintas circunstancias, fue otra estación de policía de la ciudad la que cubrió ese crimen. La principal de todas, es que se hizo cargo la correspondiente a ese área geográfica, es decir, dentro de la zona que abarcaba su jurisdicción. Los datos tardaron en cruzarse y, para cuando tuvo constancia de ello el detective Stevens, habían pasado tres días con sus tres noches. Exactamente, llegó la

información a sus oídos dos días después de la conversación que mantuvo con Kisha en aquella cafetería.

Los de Brooklyn habían contactado con la comisaría en la que trabajaban Stevens y Rufo en el caso porque buscaron coincidencias en una base de datos cruzada. Como estaban hasta arriba de trabajo, les cedieron de buena gana la investigación, aunque Michael Rufo trató de disuadirles porque no había constancia de que estuvieran ambos crímenes conectados. Aquello supuso una buena bronca entre los dos detectives, aunque terminó por imponerse el criterio de John Stevens.

Parte de la información se la enviarían por la intranet de la policía, como los informes y fotos, por ejemplo. No obstante, las pruebas tardarían más en llegar, puesto que aquello requería de papeleo y organizar la entrega de las mismas.

Stevens se desesperó al hablar con un detective de allí. En aquel caso todo parecía ir mal. Habían perdido un tiempo de oro. En esos tres días, podrían haber cruzado muchos datos y reducir el ruido resultante de la información que podía considerarse inútil.

—¿Y habéis encontrado una nota junto a la víctima?

—Déjame que pregunte porque no soy yo quien llevaba el caso y el que se encargaba está hoy de baja.

John esperó con paciencia al otro lado del teléfono a que el otro regresara. Oía de fondo los típicos ruidos de una comisaría. El sonido del teléfono, murmullos, el ruido

de ordenadores, del fax y algún que otro altercado a lo lejos, posiblemente debido a algún recién detenido.

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Sí, aquí estoy.

—Vale, lo tengo. Sí, dicen que había una nota al lado del cuerpo. Casi no se dan cuenta porque el lugar estaba cochambroso, ¿sabes cómo te digo? No sabían muy bien qué recoger y qué dejar.

—¿Qué decía la nota?

—“He muerto por culpa de Kisha Jennings”. ¿Te dice eso algo?

Le vinieron toda serie de improperios a la mente cuando pensó en que su compañero había tratado de deshacerse de ese caso porque, según su perspicaz mente de tarugo, no había conexión real con el que tenían entre manos.

Se abstuvo de pronunciarlos en voz alta.

—Sí, mucho en realidad. Había una nota similar también junto a la víctima de nuestro caso.

—Menudo bicho la tal Kisha, ¿eh? —dijo el otro riendo.

—No tiene gracia.

—Vale, disculpa. Solo trataba de hacer una broma.

—Ya, siento si he sido brusco. No tengo un buen día. Te agradezco tu colaboración.

Y por favor, procurad que lleguen las pruebas lo antes posible.

—Prepárate para recibir un camión porque ya te digo que deben haber recogido de todo.

Ya era tarde. Lo sabía. Habían perdido información muy valiosa al no poder haber analizado *in situ* la escena del crimen, algo fundamental para conocer cómo había procedido el asesino. De haber sido avisado en su momento, podría haber realizado un análisis comparativo de ambos asesinatos, buscando similitudes y diferencias, cambios casi imperceptibles, estudiando incluso las manchas de sangre en función de su proyección, cuáles podían ser gravitatorias, cuáles arteriales, si eran estáticas o dinámicas, si eran gotas o salpicaduras…

La sangre seca y la sangre fresca.

Los restos eliminados.

Lo que hay.

Y lo que falta.

Sentía una terrible frustración.

A pesar de ello, iría hasta allí y trataría de recrear lo sucedido. Si lograba zafarse de su compañero, Michael Rufo, tal vez le pidiera a Kisha que fuera con él. Sabía que estaba pensando en irse ya de la ciudad y esta podía ser una forma de retenerla. No podría enterarse

nadie de aquello. Si al menos figurara como colaboradora de la policía o asesora o algo similar, no tendría que esconderse. Pero no era así, por lo que podría meterse en un buen lío.

Y recordó que también se lo debería decir a Wynona. En realidad, era a ella a quien le correspondía decírselo porque era la que había recibido el encargo de la hermana de la primera fallecida. Tal vez es que solo estaba buscando excusas para estar a solas con la californiana. Se sintió mezquino por ello y se reprochó ser tan poco profesional.

A diferencia del caso anterior, nadie había denunciado la desaparición de la víctima.

Parecía improbable que hubiera sido retenida contra su voluntad durante días, así que tal vez había sido un crimen de inmediatez. Entre la anterior víctima y esta, aunque había un parecido físico que saltaba a la vista, había una diferencia relevante en relación a la posición social. Mientras la primera fallecida procedía de una familia acomodada, la última, según pudo averiguar a posteriori, ejercía la prostitución en las calles.

El vínculo parecía claro y evidente: los rasgos físicos y el parecido con Kisha Jennings. Y el abdomen destrozado.

Nada más.

Y nada menos.

Salió de la comisaría para llamar a Wynona. Debía hacer lo correcto aunque lo que le apeteciera fuera hablar con la ex inspectora.

—¿Tenéis algo? Dime que sí.

—No deberías perder la buena costumbre de saludar.

—Y te aseguro que la recuperaré en cuanto me respondas.

—Tenemos algo, pero no te va a gustar.

—¿Por qué no? ¿Qué ha pasado?

—Han encontrado otra víctima al este de Brooklyn.

—¿Dónde exactamente? Mándame la ubicación y vamos para allá.

—Eso no va a poder ser.

—Diré que me he enterado por otros medios, no que me lo has dicho tú.

—No es por eso. Es porque la encontraron hace tres días. Me he enterado hace un rato.

—¿Cómo? No lo entiendo.

—Una unidad de la zona atendió el aviso pero no lo relacionaron con el nuestro. Ya sabes que esta ciudad es muy grande y ocurren muchas cosas malas a diario. Tampoco es nuevo que falta personal. Así que si sumas todo…

—¡Vaya cagada!

—No te lo voy a negar. A Michael le da un poco igual, eso después de que ha tratado por todos los medios que no nos asignaran ese crimen.

—No puede gustarle menos trabajar, ¿eh? Llévate una colchoneta hinchable mientras tú haces el trabajo de los dos, no sea que vaya a enfermar por el esfuerzo.

John cerró los ojos. Wynona siempre le había resultado una joven graciosa, especialmente por la forma que tenía de decir las cosas. Viendo el interés que mostraba, se preguntaba lo distinto que habría sido trabajar codo con codo con ella en la investigación de estos asesinatos.

—Dice que mientras nos manden las pruebas, no debemos preocuparnos. Además, cree que es algo bueno porque nos han hecho parte del trabajo.

—¡Menuda mierda seca es el tío ese!

—Digámoslo así.

Stevens oyó murmurar a Wynona en el teléfono. Le hizo gracia. La verdad era que con ella el trabajo había tenido un aliciente. Era alocada, sin duda. Era incapaz de callarse las cosas, pues también era cierto. Pero era honesta, trabajadora, íntegra y se la habían cepillado, dicho coloquialmente, por intentar hacer justicia.

Lo que era una mierda seca era el sistema en el que estaban. Si pudiera volver atrás, haría sin duda las cosas de manera muy diferente.

—Me gustaría hablar con Kisha y decírselo.

—Yo puedo decírselo, no te preocupes.

—Ya, pero quiero que esté tranquila y que sepa que nos estamos ocupando, que no tiene nada que temer.

—¿Quieres que le diga también que, si lo necesita, estás dispuesto a llevarla a tu cama y acariciarla mientras se duerme?

—No digas estupideces.

—John, tío, ¿no te estarás colgando por la morenita? Lo siento por ti, pero me parece que no tienes nada que hacer. Y te juro que no te lo digo para fastidiar.

El detective se quedó un instante pensando sobre lo que acababa de decir. Hacía mucho que no sentía nada así por una mujer, eso era cierto. Pero tampoco le faltaba razón a su compañera: lo mejor sería olvidarla.

—Mensaje recibido. Infórmala tú entonces. ¡Ah!, por cierto. Se me había olvidado decirte que hay otra nota igual y que el modus operandi también es el mismo. Te dejo, Wynona. Sobra decirte todo el curro que tengo pendiente.

Capítulo 25 Bill y Kisha Se despertó sobresaltada.

Era una forma de decirlo. Otra vez el mismo sueño.

Para ser más exactos, uno muy similar, porque todos

se parecían pero nunca eran exactamente iguales.

Puede que Stephen no le diera verdadera

importancia, pero ella empezaba a sentir que se

estaba obsesionando. ¿Por qué su cerebro se

empeñaba siempre en jugársela?

Sonó el móvil en su mesilla. Parecía cosa del destino.

—Hola Bill.

—¿Estás bien?

El tono de voz de Kisha al teléfono había alertado al del FBI. Tal vez eran meras suposiciones o quizá se debía la preocupación por todo lo que estaba sucediendo.

—Claro, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque noto algo en tu tono de voz.

—Estoy bien, Bill. De verdad —respondió tratando de disimular lo mejor posible. La realidad era que ese sueño la tenía sin duda algo trastornada. Y ahora, mientras hablaba con Bill, notaba una tormenta de emociones en su interior—. Estaba dormida, es solo eso.

—¿Te he despertado?

Parecía una broma o una forma de burlarse de ella. Las casualidades a veces tienen una forma muy creativa de jugar con nosotros. ¿En serio le preguntaba si la había despertado? La respuesta era afirmativa, pero no debido a la llamada precisamente.

Bill no estaba del todo convencido con la respuesta que le había proporcionado Kisha, así que continuó el interrogatorio.

—¿Todo bien con Derek?

—Sí, muy bien.

—Me alegro. Pero si no es así, sabes que puedes contármelo. Somos amigos, ¿vale? Si no me lo cuentas tú, acabaré por preguntárselo a él.

—Lo sé. Sé que puedo contártelo. Pero no necesitas ser nuestro confesor. Si pasa algo entre nosotros, lo tenemos que hablar Derek y yo. ¿Por qué me has llamado Bill?

—Te llamo por dos motivos. El primero es que tengo una noticia.

—¿Una noticia?

Ahora venía el momento en el que no sabía cómo contarle aquello. Tal vez porque todavía no sabía si creérselo o, mejor dicho, porque no estaba preparado para asimilarlo debido a los últimos acontecimientos en su vida personal.

—Voy a ser padre.

Kisha se quedó en silencio digiriendo aquella bomba.

—¿No dices nada? Pensé que te alegrarías por mí.

—Claro. Es solo que… no sé. Supongo que no te imagino con hijos.

—Yo tampoco, si te sirve de consuelo. En cualquier caso, creí que mostrarías más entusiasmo —señaló Bill un tanto decepcionado—. Tal vez sean cosas mías, pero lo cierto es que esperaba otra reacción por tu parte.

—En serio, me alegro. Si es lo que quieres…

—¿Qué quieres decir con si es lo que quieres?

—Nada. No me hagas caso. Olvídalo.

—Es lo que quiero, claro que sí. No te entiendo, en serio —respondió esta vez a la defensiva. ¿Por qué se enfadaba con ella?

Kisha estaba confundida. Daba la impresión de que todo sucedía de golpe. Debería sentirse feliz por él. Pero justo en ese instante, se sentía tan confusa como no recordaba haberlo estado en mucho tiempo. ¿Por qué no podía ser todo más sencillo? Tenía un imán natural para atraer las complicaciones.

—Bill, me alegro, de verdad —respondió en un tono monocorde.

—Intentaré creerlo, a pesar de tu falta de emoción.

—Es solo que… —respondió ella, dejando la frase a medias.

—¿Es solo que…?

—Nada, de verdad, olvídalo.

—No, no voy a olvidarlo. Dilo. No me dejes así.

No quería discutir con él y le daba la sensación de que estaban a punto de hacerlo.

No era habitual en ellos. La última vez había sido hacía unos meses, cuando encontró una carta amenazadora en la casa de Derek y Bill se había enterado de que la noche anterior había ido a casa de Julius, su último compañero en Carmel.

—Hoy he soñado algo. Bueno llevo un tiempo haciéndolo. Ya sabes

cómo me trastornan los sueños a veces. Por eso no estoy centrada y no sé cómo responder. Estoy asimilándolo. Lo siento si no he contestado como esperabas.

—¿Y qué has soñado?

Otra vez unos segundos de silencio. Había que sopesar si lo que tenía que contarle iba a servir para algo. Podía decir un vago e impreciso "más o menos lo de siempre, ya sabes". Quizá fuera lo mejor. Bill, por su parte, parecía haber dejado en un segundo plano ese conato de mal humor que había detectado en él. Volvía a sonar como el de siempre, comprensivo, atento.

—He soñado contigo.

—¿Conmigo? Bueno, está bien eso de que me tengas en tus pensamientos. Solo espero que fuera algo bueno.

—He soñado que me acostaba contigo.

Ahora fue Bill quien se quedó en silencio. Le hubiera encantado oír eso hacía más de diez años. Pero en ese instante, no era lo que necesitaba. De hecho, era lo último que necesitaba.

No sabía cómo responder a aquello.

Parecía que la conversación iba de soltar bombas a ver qué pasaba.

—¿Por qué me dices esto ahora, Kisha? No lo entiendo.

—No lo sé. Lo siento, ¿vale? Ha sido una estupidez. Supongo que tienes razón, no debería contártelo.

—No, la verdad es que no. No creo que el momento idóneo sea cuando te llamo para compartir contigo que voy a tener un hijo con otra mujer.

—Y te digo que lo siento, ¿vale? No soy responsable de lo que sueño y se repite una y otra vez. La última vez justo antes de que me llamaras, de ahí mi tono de voz, supongo. ¿Qué es lo que quieres que haga? No está bajo mi control. No sé, quizá se deba a lo que me dijiste hace unos meses, poco antes de irme a Canadá.

Bill volvía a sentir que el mal humor volvía. Lo mejor sería zanjar el tema cuanto antes.

—No es el momento de esta conversación, seguro que lo sabes.

Además, ya habéis puesto fecha para la boda. No sé a qué estás jugando, de veras. Tengo la sensación de que intentas manipularme.

—No te manipulo, Bill. No tengo la culpa de que me afecte más de lo que quisiera.

Tú fuiste quien dijo que no había dejado de quererme junto al Ciprés solitario.

—Y por eso es por lo que te digo que ahora mismo me estás manipulando. Sabes lo que siento por ti y, justo después de decirte que voy a ser padre, me sueltas que estás soñando que nos acostamos. ¿Qué quieres que piense?

—No lo sé. Lo siento.

—¿No te das cuenta del daño que me haces? ¿No eres consciente del sufrimiento que le causarías también a Derek si se entera de esto? ¿Acaso tenéis problemas? Dime la verdad, porque te juro que no entiendo nada.

—No, no tenemos problemas. Estamos bien.

—Pues, debo insistir, no te entiendo.

—Yo tampoco, ¿vale? Y no te manipulo, joder. Nunca trataría de hacerte daño a sabiendas, Bill. Nunca. Tienes que creerme. Solo te lo he contado, ¿vale? Ha sido un error. Lo siento.

—Sí, Kisha. Lo ha sido. Uno muy grande. Basta de jugar con los sentimientos de los demás, con los míos y con los de Derek. No nos lo merecemos ninguno de los dos.

—No estoy jugando a nada, Bill. No soy responsable de mis sueños y de lo que provocan en mí.

—Creo que será mejor que lo dejemos aquí, en serio. Esta conversación no nos lleva a ninguna parte. Hablaremos en otro momento.

—¡Espera! Has dicho que me llamabas por dos motivos. Pero no me has dicho el segundo.

—El otro motivo es que me he enterado de lo del segundo crimen y estoy en el aeropuerto esperando al avión para ir a Colorado Springs.

—No te entiendo. ¿A Colorado?

—Voy a ir a ver a Jenkins a la cárcel. El aeropuerto más cercano a la prisión es ese.

Luego alquilaré un coche para ir hasta allí.

—No estoy segura de que sea buena idea.

—Yo tampoco, pero necesito saber si está detrás porque si él tiene algo que ver, estoy seguro de que va a ir a por ti sin descanso y no pienso permitírselo. Después pensaba volar a Nueva York, pero ya no estoy seguro de que sea buena idea.

Kisha se estremeció al oírle.

Echaba de menos a Bill.

Le echaba de menos con cada fibra de su cuerpo.

Y eso no era bueno.

Capítulo 26 Mal humor

Había quedado en ir a la oficina de Wynona y Tyrell a eso de las diez de la mañana. Estaban en medio de una investigación de una posible infidelidad. Kisha no reparó en la ironía que eso suponía en aquel instante, aunque tampoco había hecho nada reprobable. Al fin y al cabo, los sueños, sueños son, como ya dijera Calderón de la Barca, el famoso poeta y dramaturgo. La joven detective le confesó que, en más ocasiones de las que le gustaría, se veían obligados a coger ese tipo de casos que parecían salidos de un folletín.

—Es lo que hay —le confesó resignada.

—No debería serlo. No me parece justo que una buena policía como tú tenga que conformarse con mierdas como esa. Tú vales mucho más.

—No insistas, Kisha. Esa pelea ya la tuve conmigo misma tiempo atrás y te aseguro que he convivido con mucha rabia desde entonces. Puede que tú creas que sí, pero no me ayuda que me lo digas.

—Pues lo siento. Mi intención era buena. Supongo que estoy de mal humor y por eso no atino con mis comentarios.

—¿De mal humor nuestra querida princesa de hielo? Si es porque esperabas que te pagásemos por tus servicios, ya se te puede pasar

porque no va a cambiar nada.

—Muy graciosa. No, es porque he tenido una discusión telefónica.

—¿Con tu novio el milloneti?

—No seas capulla, Winnie —le dijo Kisha.

—Y tú no me llames Winnie si no quieres ver mi bello rostro pálido convertirse en rojo fuego.

—Yo pienso seguir llamándote Winnie —apuntó Tyrell.

—Y a ti es al único que he decidido permitírselo, pero solo porque eres mucho más grande que yo y en un cuerpo a cuerpo tengo las de perder. Con esta flacucha, en cambio, me veo con posibilidades. De todos modos, no tenses demasiado la cuerda, grandullón.

—¿O me despides?

—Dejemos la discusión. Sé que contigo llevo las de perder. Estábamos hablando de Kisha, que había discutido con alguien.

—No quiero hablar de eso. Preferiría que nos centrásemos en el trabajo. Decidme que puedo hacer, ya que vosotros estáis ocupados.



Wynona tenía que irse sin tardar demasiado, así que tenían unos minutos para hablar someramente del caso de Linda Williams y el nuevo asesinato. Una segunda mujer asesinada proporcionaba una información extra de sumo valor.

—Lo que me parece muy extraño es que las víctimas sean de perfil tan diferente.

—Creo que es evidente que el perfil le importa un bledo mientras se parezcan físicamente a ti —señaló la detective privada.

—Pero corrió riesgos innecesarios con la primera víctima. Su perfil social es elevado, muy distinto a la segunda. Sabía que habría gente buscándola. Y después, la asesina en un lugar al que no acude gente de esa posición social ni mucho menos, un lugar muy similar al de Brooklyn. Es decir, ahí sí existe una coherencia en su forma de proceder.

Los lugares se parecen, las víctimas en el fondo no.

—Pero me temo que el fondo le da igual. Se fija en su aspecto físico y esta víctima tiene todos los rasgos que busca: complexión, edad aproximada, tono de piel, color de pelo y de ojos… ¿Sigo enumerando?

—Vale, lo comprendo. Ahora explícame por qué escogió a Linda Williams cuando supone un riesgo extra. Seguro que en una ciudad tan grande como Nueva York hay más mujeres de perfil bajo que guardan un parecido físico conmigo.

—Porque quería atraerte hasta Nueva York —señaló Tyrell.

Las dos le miraron sorprendidas. No solía intervenir demasiado en las conversaciones, salvo que realmente pensara que tenía algo que aportar.

—¿A qué te refieres?

—A ver si me explico. Y perdonadme que me meta porque esto no es lo mío, ¿vale?

Soy muy consciente de ello.

—Desembucha —dijo su compañera.

—Si la primera víctima hubiera sido una prostituta, nadie se habría tomado tantas molestias porque cabe la posibilidad de que nadie la hubiera reclamado. Tal vez incluso hubieran cerrado el caso bastante rápido. Sin embargo, Linda Williams tiene un entorno social y familiar en el que es valorada y la familia habría estado dispuesta a hacer lo que fuera por averiguar qué ha sucedido con ella, como así está siendo de hecho.

—En eso tienes razón. Karen me llama con frecuencia para saber si he averiguado algo nuevo y me consta que a Stevens lo tiene frito.

Kisha se quedó unos momentos en silencio pensando en aquello. Empezaba a cobrar fuerza la idea de que había acudido ella sola a una ratonera sin que nadie se lo hubiera pedido. Se sentía estúpida y previsible.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la joven de pelo cobrizo.

—Que me he comportado como una idiota. Creo que no fue una buena idea venir a Nueva York. Cada vez veo más plausible que el objetivo final del asesino sea yo. No he querido creerlo realmente en ningún

momento. He pensado que era una especie de reto o de desafío, no lo sé. Pero puede que sea verdad que esté preparándose para matarme.

—Pero no vamos a permitir que te pase nada —aseveró Wynona con convicción.

—¿Y cómo lo vais a evitar? Sabes que eso no está en tus manos.

—Tal vez sea mejor que vuelvas a Los Ángeles —opinó Tyrell—. Si crees que de verdad estás en peligro, no tiene sentido retenerte aquí. Lo primero es tu seguridad.

Creo que hemos sido unos egoístas.

—No es verdad, Ty. No lo hemos hecho por nosotros, sino por intentar resolver un crimen. Pero estoy de acuerdo en lo de que ahora lo primero es tu seguridad.

Kisha se quedó cavilando. No sabía qué sería lo mejor. ¿Y si regresaba a California y el asesino iba detrás? No, eso parecía absurdo. Pero la realidad es que en L.A. ahora mismo estaba incluso más desprotegida que en Nueva York. Derek estaba todo el día ocupado y ella pasaría gran parte del tiempo sola. Igual debía hablar con Stevens por si a él se le ocurría algo. Al fin y al cabo, él era policía y podía acceder a recursos que estaban fuera del alcance de los bienintencionados Wynona y Tyrell.

—Bill me ha dicho esta mañana que puede que mañana vuele a Nueva York.

—¿Qué Bill? ¿Ese que estoy deseando conocer para saber si me interesa o no? —

preguntó Wynona tratando de quitar hierro al asunto.

—No te pases.

—Te aviso que, si el destino quiere que estemos juntos, nadie lo va a impedir —

respondió medio riéndose—. Venga va, cambia esa cara. No me interesan los carcas, tranquila.

—Ahora sí que te acabas de pasar bastante, pelo fanta —respondió Kisha también con una medio sonrisa.

—¡Uy lo que me ha dicho! ¿Te has dado cuenta, Ty?

—Te lo has buscado. Como siempre.

—Bueno, que me tengo que ir y me estáis liando. Hay un esposo infiel al que tengo que pillar *in fraganti*. Cuídame a esta tierna gacela, grandullón. Llamadme si os hace falta algo. Y si no me localizáis —dijo según cogía el pomo de la puerta para abrir—, llamáis a John que estoy segura que querrá atender a Kisha inmediatamente.

—Vete de una vez, anda —respondió la ex inspectora lanzándole un goma.

—Espero que apuntes mejor con un arma, porque si no, no logro explicarme cómo hiciste carrera en homicidios.

Kisha y Tyrell se miraron cuando se fue.

—¡Qué tranquilidad cuando se va! ¿A que sí?

Entonces la de California comenzó a reírse a carcajadas.

Pero tenía razón. La detective era un auténtico terremoto.

Capítulo 27 Pasos previos

La conversación con Kisha le tenía inquieto. Desde luego, no podía haberle dicho todo aquello en el peor momento, justo el mismo día que iba a entrevistarse con el asesino en serie que les había traído de cabeza durante tanto tiempo, y por lo tanto, cuando necesitaba estar más centrado. Jenkins era muy inteligente y no podía mostrarse emocional, sino frío e impasible. Si notaba que algo le rondaba por la cabeza, lo utilizaría en su contra.

La casualidad también había querido que la noche antes Darlene, su pareja, le llamase para decirle que había tenido un retraso en su período y creía que estaba embarazada. Es más, le había dicho que estaba bastante segura de ello porque jamás se le atrasaba. Eso de por sí, ya le tenía agitado. No lo habían buscado. Habían tomado siempre precauciones, entre otros motivos, porque aún no era el mejor momento. Es más, ni siquiera habían llegado a hablar del tema con una mínima seriedad.

Bill nunca había tenido claro si quería ser padre. Tal vez se debiera a los horrores que veía en su trabajo a diario y también a su nivel de implicación en el mismo, el cual le dejaba poco tiempo para dedicarlo

a una posible familia. El caso es que no era algo que entrase en sus planes a corto plazo, en especial teniendo en cuenta su reciente traslado a San Francisco.

A lo largo del día, iban a examinar a Darlene en el hospital y se lo confirmaría en cuanto supiera algo con mayor certeza. Bill le había propuesto que se hiciera un test de embarazo para salir de dudas, pero ella insistía en que prefería que la viera el ginecólogo. Parecía estar muy segura de ello. Ahora se daba cuenta de que se había precipitado contándoselo a Kisha. No acababa de entender por qué había tenido tanta prisa en decírselo. Tal vez era un modo inconsciente de decirle que él también seguía adelante con su vida. Había sido un error. Ahora lo veía con claridad. Debido a ello, su quebradero de cabeza era doble.

Una idea le pasó por la mente.

Tal vez era momento de separar su camino del de la ex inspectora. Pasaba el tiempo, y aunque trataba de racionalizar las cosas y seguir adelante, sus sentimientos hacia ella no cambiaban. Era hora de cerrar una fase. No podía permitirse hacerle daño a personas que le importaban.

Debía hacer lo correcto, como siempre había hecho.

Tenía por delante un vuelo de cuatro horas y otra hora y media de coche para tranquilizarse y preparar bien la entrevista. Aunque ya había estado meditando de qué forma tendría que abordarle, no estaba de más repasar bien todos los pasos que quería

seguir. Las cuatro horas en el avión eran cruciales para ello. Repasar y volver a repasar una y otra vez lo que tenía previsto, para dejarlo macerar en su mente mientras conducía y permitía que el paso de los kilómetros ejercieran en él ese efecto mágico que tienen los viajes en coche.



Según la información que le habían hecho llegar en los días previos, Frank Joseph Murray recibía mucha correspondencia. Era una estrella rutilante con un buen número de fans. Increíble pero cierto. Todo lo que le llegaba era siempre bien revisado antes de entregárselo, puesto que esas eran las directrices de la prisión, en aras de evitar posibles delitos o tentativas de ello.

Aquellas cartas que contenían un claro contenido punible o incitaban

a la violencia en algún sentido, eran requisadas por la dirección del centro penitenciario. Era preciso intervenir ante cualquier comunicación que pareciese peligrosa.

Del resto, aquellas que parecían sospechosas o que podían incluir algún tipo de mensaje en clave, eran analizadas con minuciosidad antes de tomar la decisión definitiva en cuanto a entregársela al destinatario o no. No obstante, los funcionarios de la cárcel eran conscientes de que caminaban por un fino alambre en cuanto a los derechos humanos, puesto que no se podía confiscar las misivas así como así, sino que debía haber una justificación en caso de que hubiera una denuncia.

Era incomprensible que con frecuencia fueran los asesinos seriales y con cierta notoriedad mediática los que más cartas recibían de admiradores a lo largo y ancho del país. Una sociedad que admira la maldad está abocada a la autodestrucción.

A Bill le hubiera gustado poder decir que no le sorprendía que el prolífico Asesino del Ocaso que había matado a tantas personas de manera tan sádica y cruenta fuera uno de los que más correspondencia recibía. La realidad era que estaba atónito. Sabía que esas cosas pasaban, era un tema que se había comentado en diversas formaciones que había hecho en el FBI y que era *vox populi* en los documentales y libros sobre el tema.

Conocía bien como Ted Bundy o Charles Manson habían tenido una pléyade de fans.

De hecho, era conocedor incluso de que existe un término para esa enfermiza fascinación por los criminales famosos, especialmente en el caso de aquellos que violentan y comenten crímenes contra las mujeres, que suelen ser los que más atracción despiertan. La enclitofilia era la palabra que denominaba tal aberración.

Bill lo sabía pero no quería creerlo.

No podía creer que alguien tan odioso como Jenkins despertase ni la más mínima admiración en nadie.

No dejaba de pensar que vivimos en un mundo enfermo en el que el horror se erige en protagonista cuando personas fácilmente impresionables lo enconan y lo enarbolan como una salida plausible de la mediocridad.

El análisis de la correspondencia suponía una ingente cantidad de

trabajo a diario para los que trabajaban en esa prisión, un gasto inmenso de recursos personales, puesto que estaba seguro de que Murray no era el único que era objeto de agasajos, a pesar de que fuera uno de los que más atención recibía.

—No se hace una idea de la montaña de mierda que recibe este desgraciado a diario

—contestó al otro lado del teléfono el funcionario encargado de facilitarle aquella información.

—No, creo que no. A pesar de los años que llevo trabajando en esto, todavía me cuesta dar credibilidad a lo que me cuenta. Si algún día dejo de sorprenderme, creo que será porque habré perdido hasta el último gramo de sensibilidad.

—Pues créame, es para verlo. Y lo que hay escrito en algunas de las cartas es para vomitar, se lo aseguro. Hay declaraciones de amor, promesas de todo tipo y propuestas y ofertas de lo más variado por si algún día logra salir de la cárcel.

Bill se sintió asqueado al escuchar aquello.

—Y en cuanto a los regalos. ¿Ha recibido algo que sea significativo.

—Bueno, lo más habitual es que le manden fotos, dibujos, ya sabes. De eso ha recibido bastante y no le hemos entregado todo, por supuesto. Podría empapelar las paredes de su celda varias veces si quisiera con todo lo que le han mandando.

—¿Y alguna cosa más? ¿Algún regalo u objeto que les haya llamado la atención?

—Sí, claro. Ya le digo que recibe muchísima correspondencia. Ropa interior es algo que le mandan también con cierta frecuencia. Es repugnante.

—Sí, desde luego.

—A veces joyas, bueno baratijas en realidad. También intentan pasarle cigarrillos y cosas así. Alguna vez vienen incluso a intentar visitarle y le traen dulces caseros. Es una locura.

—Desde luego que lo es. Creo que me hago una idea.

—Me dan ganas de meterlos aquí dentro aunque sea un solo día para

que vean el mal frente a frente y sepan lo que es el miedo. El diablo existe, vaya que sí. Y no vive en el infierno. Está entre estas paredes.

No le faltaba razón.

Bill escuchó con atención la diatriba de su interlocutor. Suponía que necesitaba desahogarse y no le pareció mal. Al fin y al cabo, necesitaba su cooperación. Si escucharle le hacía sentir cómodo, no perdía nada por hacerlo. Al agente del FBI era algo que se le daba bien. La gente solía desahogarse con él con frecuencia. En el caso del funcionario con el que estaba hablando, comprendía que su trabajo, desde luego, era horroroso y debía dejarle marca.

—¡Ah! Una cosa más. Nos llamó la atención que en una carta había pelo. ¿Se lo imagina? Pelo, joder. ¡Qué peña más pirada! La gente desde luego es que está fatal.

Bill se contrajo de pies a cabeza.

Pelo.

Podía ser un vínculo.

Justo el que necesitaba.

Exactamente lo que no quería oír.

—¿De qué color era el pelo?

—Creo recordar que era negro.

—¿Se lo entregaron?

—Sí, no había riesgo porque recuerdo que la nota era muy escueta, un simple agradecimiento y un escueto mechón atado con una goma.

—¿Podría averiguar todavía el remitente?

—Bueno, eso es fácil, porque ha recibido muchas cartas de la misma.

—¿Es una mujer? —preguntó el agente del FBI extrañado. Una mujer no casaba con el tipo de crimen que le habían relatado.

—Al menos, el nombre que figuraba en el sobre era de mujer.

—Sería sumamente útil si me lo hace llegar cuanto antes, con toda la información posible sobre la remitente.

—El nombre lo recuerdo porque mi hija mayor se llama igual y eso hizo que me llamara la atención y me fijara. Kayla James era la que remitía la carta.

«K.J.», pensó Bill.

Aquello despertó una alarma urgente.

—De acuerdo, necesito que cualquier misiva que llegue de la tal Kayla James me la enseñéis primero, pero no quiero que confisquéis lo que le llegue de ese remitente, pues podría levantar sospechas en el recluso.

—Entendido.

Entonces tuvo una corazonada. Cabía la posibilidad de que usara más de un nombre. Podría ser una forma de estar en contacto frecuente con él sin que llamara la atención un exceso de cartas remitidas por la misma persona.

—Otra cosa. ¿Podría averiguar si el recluso ha contestado alguna de estas cartas? Me refiero en concreto a la de la remitente que hemos comentado. No obstante, si tuvieran un registro de a quienes ha respondido y dónde se han enviado esa correspondencia, sería algo sumamente útil, se lo aseguro.

—No se preocupe. Recabo la información y se la hago llegar en cuanto la tenga disponible.

—No se imagina lo que puede estar ayudándonos a resolver un caso abierto gracias a toda la información que nos está facilitando. Le estoy muy agradecido, créame.

—Nada hombre, para eso estamos —dijo de forma campechana.

—Y le voy a pedir algo adicional: le ruego que se vigile con extrema atención toda la correspondencia que le llegue a partir de ahora de cualquier remitente cuyas iniciales sean K.J. Tengo la corazonada de que usa esas iniciales en particular.

—Tomo nota.

—Sé que le estoy cargando de trabajo, pero si pudiesen además echar un vistazo en su base de datos y ver cuántos nombres que empiecen por K y J le han remitido algo hasta la fecha, sería extraordinario.

—Por supuesto, no se preocupe. Haremos una copia y se la enviaremos. Espero que esto sea de ayuda.

—Lo es se lo aseguro. Iré en breve a visitarle, supongo que ya le habrán informado.

—Sí. Está todo arreglado.

—Le agradezco mucho su cooperación. Pronto podré agradecérselo en persona.

Capítulo 28

Entrevista con el diablo Cuando llegó a la prisión, se entretuvo unos minutos en el coche haciendo un último repaso de lo que quería tratar en la entrevista.

Miró hacia los edificios que formaban parte de la conocida Alcatraz de las Rocosas. Una extensa alambrada, coronada cada poco por torres de vigilancia, parecía mostrar sus dientes de acero ante los osados visitantes que se atrevieran a intentar atravesar sus límites.

Un cielo negro cargado de nubes furiosas aparentaba estar preparado para descargar su rabia sobre aquellos muros impregnados de maldad. Una lluvia ácida que no serviría para purificar los corazones de esos monstruosos internos que posiblemente habían nacido sin alma.

O se la habían arrancado durante la infancia.

Cuando se bajó del coche, un viento amenazante agitó los bajos de su chaqueta. El ambiente se le antojó turbio, pero quizá se debía más a su aciago estado de ánimo. Asió bien la carpeta que contenía la documentación, no siendo que en un descuido el aire se la arrebatara.

Se dirigió al control de acceso con la espalda erguida. Sus pasos eran decididos, como si su propio cuerpo le estuviera alentando y tratara de infundirle aplomo y seguridad. Era un agente experimentado, pero a cualquier ser humano de alma pura o, como mínimo, con cierta bondad, le impactaría adentrarse en las entrañas de esa bestia.

Atravesó todos los controles de seguridad con paciencia, saludando con amabilidad a todos los guardias con los que se cruzaba. Era mejor caer bien. Nunca se sabe a quien puedes necesitar un segundo después. Sabía que los procedimientos en lugares como aquel eran

tediosos pero también extremadamente importantes. Nada se dejaba al azar.

Un mínimo descuido podría tener consecuencias funestas.

El sonido metálico de los barrotes al desplazarse imprimía una melodía alarmante a cada paso.

Clin.

Clin.

Clin.

Una letanía agónica.

Un ritmo endiablado.

Una secuencia angustiosa.

Un anticipo del horror servido gracias a la sugestión a la que le invitaba su cerebro.

Clin.

Clin.

Clin.

Bill apretó las mandíbulas. No podía dejarse embargar por aquellas sensaciones.

Cada puerta que se cerraba a su paso, parecía un peligro que acechaba y se cernía cada vez más sobre él. Como si estuviera dentro de una estancia en las que las paredes se estrechan más y más cada vez hasta robarnos el aliento.

Al fin y al cabo, estaba dentro de los mismos muros que los criminales más peligrosos de todo Estados Unidos, respirando el mismo aire que ellos, robándoles parte de su oxígeno, compartiendo el mismo espacio y el mismo tiempo como si fueran parte de un agujero negro que todo lo absorbe. No era un detalle a menospreciar. A pesar de los años que llevaba enfrentándose a delitos que eran puro horror, pensó que probablemente no soportaría trabajar en un lugar como aquel, rodeado del mal por todas partes.

Deseó fervientemente que los minutos se aceleraran y pudiera salir

pronto de allí.



Bill se sentó a esperar en la sala en la que hablaría con Frank J. Murray. Cruzó las piernas y los brazos sobre ellas de forma liviana. Su mirada se perdió en el vaivén rítmico de su pierna izquierda. Esta se movía inquieta, como un reflejo preciso del torbellino que le recorría por dentro. Procuró concentrarse en su paisaje interno, habitualmente calmo. Respiró con los ojos cerrados. Reemplazó la imagen de esos muros deslucidos por la de un lugar mucho más agradable.

Se dejó llevar hasta que logró ralentizar el ritmo apresurado de su respiración y el golpeteo vertiginoso que protagonizaban los latidos de su corazón.

Los minutos pasaban pero parecían contraerse, encogidos por el miedo. La aguja del reloj colgado en la pared acuchillaba la esfera con un paso lento, agonizante. La sala habilitada lucía gris y macilenta, apagada y siniestra. La luz que se filtraba por el pequeño ventanuco enrejado proyectaba unas siluetas que se asemejaban a unas garras infernales y se dejaban caer sobre la mesa arañando su superficie. Suponía que con esos tétricos hilos luminosos sobre el rostro de Jenkins se formarían sombras. Pero no pensaba permitir dejarse sugestionar por esas percepciones absurdas.

La mesa y las sillas eran metálicas, incómodas en apariencia, como una excusa más para salir corriendo de allí sin mirar atrás. Bill había dejado sobre la mesa de forma aparentemente descuidada la carpeta, cerca del borde. Salió un momento de su ensimismamiento y se ajustó la corbata y la colocó para que bajara en perfecta simetría a lo largo de su camisa. Toda la imagen que quería mostrar ante aquel asesino debía ser perfecta e inamovible. Si una imagen vale más que mil palabras, la suya debería transmitir la Biblia.

Impasible.

Paciente.

Flemático.

Conocía sus artimañas y sabía que iba a provocarle.

Se había preparado para no caer en sus trucos.

Esperaba estar a la altura.

Se abrió la puerta. Instintivamente miró hacia allí. Uno de los funcionarios de prisiones entró en primer lugar con semblante serio. No parecía haber lugar para las bromas. Bill no iba armado, pero no sentía miedo. Ya no. Jenkins estaría esposado a la mesa. Había barajado la posibilidad de pedir que no lo hicieran, para que se sintiera cómodo y relajado, para favorecer que fuera más propenso a hablar, para que estuviera más comunicativo. Pero finalmente decidió que sería una imprudencia. Tal vez, si no calculaba bien los riesgos, aquello acabase con un desenlace fatal. Sabía que Jenkins tenía unas condiciones físicas extraordinarias que le había resultado de gran utilidad en el pasado. No tenía ninguna necesidad de exponerse a una situación en la que tuviera que medirse con él en un cuerpo a cuerpo.

Justo detrás del funcionario, entró Frank J. Murray, alias el Asesino del Ocaso.

Llevaba el mono naranja y lucía una sonrisa sardónica. Una sonrisa siniestra que dividía su cara. Una mueca, en realidad. Estaba claro que ver sentado a Bill esperando le producía un regocijo que era incapaz de esconder. Le tenía allí para él solito.

Y tampoco quería disimularlo.

—¡Qué espléndida visita! Sabía yo que no os olvidaríais de mí con facilidad.

—Buenos días, Frank.

—¿Vamos a tutearnos, Biiiiiill? —preguntó alargando la i y pronunciando con cierto retintín el nombre del agente del FBI—. Eso sí que me sorprende, con lo correcto que tú eres. ¿Desde cuándo somos amigos?

—No somos amigos, Frank. Pero creo que será más cómodo si nos tuteamos, puesto que vamos a pasar bastante tiempo juntos.

—Tampoco tanto. Un par de horas, a lo sumo. Eso si no me canso antes de ti y pido que me lleven de vuelta a mi celda.

—No lo creo. Estoy seguro de que no estás dispuesto a perderte la diversión.

Rio de forma estridente, siniestra y aterradora como era todo en él.

—Eso es verdad. Vengo con el propósito de divertirme.

Bill le miró fijamente, sin intención de apartar sus ojos. Le estaba midiendo y lo sabía. No tardaría en atacarle. Le daría unos instantes para que pensara que tenía el control, que le dominaba. Necesitaba que se relajase sabedor de que era más listo que el del FBI, que podría manipularle. Alimentaría así su ego narcisista, algo que pensaba hacer varias veces a lo largo de la conversación. Una de cal y otra de arena. Luego tomaría las riendas y ya no las soltaría.

Había aprendido aquellas técnicas de entrevista en Quantico, en una formación que hizo muchos años atrás. Cada perfil psicológico requiere que se le trate de una manera.

Al narcisista hay que mostrarle respeto y hacerle creer que es quien domina la situación.

Bill al principio se mostraría dócil.

Un juguete en sus manos.

—¿Te tratan bien aquí, Frank?

Jenkins le miró detenidamente, estudiando la expresión del policía. Dilató su respuesta mientras reía entre dientes. Por la cabeza del agente pasó la idea de que estaba ante una fiera que observaba a su presa.

—De fábula, ¿a ti qué te parece?

—No lo sé. Solo me interesaba.

—Ya, claro. El FBI interesándose por mi bienestar.

—No vengo en nombre del FBI.

—¿Es una visita de cortesía entonces?

—No exactamente.

—¿Dónde está mi pequeña Kisha, Bill? ¿Te ha dejado solo esta vez? ¿No quería venir a verme?

—Está bien, no debes preocuparte por ella.

—¿Seguro? ¿Está bien de lo suyo? Ya sabes… —finalizó poniendo una expresión que asemejaba la locura y acercando su dedo índice a la sien derecha dándole vueltas.

—Muy bien. Le diré que has preguntado por ella.

—Claro que sí. Dile que me preocupo hasta que llegue el día en el que salga de aquí y me ocupe personalmente de ella.

—Sabes que eso no va a pasar.

—Claro que sí, ya lo verás. Antes o después lograré salir de esta jaula para monos. Y, entonces, no podréis hacer nada para detenerme.

Una ola de odio se extendió por el torrente sanguíneo de Bill. Estuvo a punto de dejarse controlar por esa emoción que es capaz de secuestrar nuestra amígdala y cometer los actos más despreciables que el ser humano pueda imaginar.

Pensaba en todo el sufrimiento que había causado a personas inocentes y le daban ganas de patearle sin piedad.

Recordaba su propio dolor y su propia angustia en el momento en el finalmente rescataron a Kisha medio muerta en aquel sótano después de haber estado varios días a su merced y solo le venían a la cabeza las ganas de levantarse y clavarle el bolígrafo en la yugular, mientras miraba como se desangraba.

Pero algo así solo le igualaría con él.

Le convertiría en un monstruo más.

—¿Qué te parece si hablamos ya de otra cosa? Me vas a hacer creer que estás obsesionado con ella y estoy seguro de que alguien como tú tiene cosas más interesantes en las que pensar.

Capítulo 29

Después

Cuando salió de la prisión, sintió una perentoria necesidad de ducharse y quitarse todo ese regusto amargo de encima. Jenkins tenía esa capacidad de hacer que se sintiera sucio y mezquino, de hacerle creer que podría acabar con su vida y todo lo que le importaba si quisiera, como si fuera todopoderoso y él un simple y pequeño insecto.

Tenía que llamar a Kisha y hablar después tanto con los del FBI de Nueva York, como con el detective Stevens, que era quien estaba al

cargo de la investigación. Tras la última conversación que habían mantenido, no sabía muy bien cómo afrontar aquello.

No había tiempo que perder.

Ella respondió al segundo tono.

—Hola Bill. ¿Le has visto ya?

—Hola. Sí, he estado con él.

—¿Qué tal ha ido?

—Prefiero contártelo todo en persona, ¿de acuerdo? Hay mucho de lo que hablar.

—De acuerdo.

Eso significaba que tenía pensado ir al final. Kisha se alegró mucho de oír aquello, aun sabiendo que estaba motivado por una razón que no era nada halagüeña. Si a pesar de lo dicho por la mañana finalmente viajaba hasta allí, era porque posiblemente ella corriera más peligro del que creía.

—Ahora mismo voy en el coche y quiero tomar el último vuelo que sale para Nueva York. Espero que me de tiempo.

—Me alegro mucho de que vengas al final.

Bill se guardó silencio unos instantes.

—¿En qué hotel estás?

—En el Soreham, ¿necesitas que te reserve habitación?

—Sí, por favor. No quise coger nada antes de saber cuándo podría estar allí.

Posiblemente llegue de madrugada.

—Tranquilo. Les avisaré. Y de verdad que siento muchísimo lo de esta mañana. No tenía la mente clara en ese momento. Me gustaría que esa estupidez no estropeé nuestra relación.

—Será mejor que lo olvidemos, de acuerdo.

—Por supuesto. Dalo por hecho.

Pero ella simplemente no podía olvidar algo que su subconsciente se empeñaba en recordarle.



—Policía de Nueva York, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, soy el agente especial del FBI William Zucherinni. Necesito hablar con el detective John Stevens en relación a un caso abierto que está investigando. Hemos estado en contacto previamente, así que estoy seguro que estará esperando mi llamada.

¿Me haría el favor de ponerme en contacto con él? Es bastante urgente.

—Un momento, voy a ver si está disponible.

El tiempo apremiaba. No sabía muy bien qué conclusiones sacar de la entrevista con Jenkins pero intuía que algo malo estaba a punto de ocurrir.

—Buenas tardes, Bill.

—Buenas tardes, John.

—Me pillas de milagro en la comisaría. Mi turno ha acabado y estaba a punto de irme.

—Pues me alegro. Yo estoy viajando en coche ahora mismo en dirección a Colorado Springs. Volaré hoy mismo hacia Nueva York. ¿Habéis averiguado algo nuevo?

—Hemos logrado estrechar el círculo en torno a las armerías que han vendido ese modelo específico de navaja suiza recientemente. También hemos conseguido un ejemplar para que el laboratorio pueda cotejar que esa arma blanca en concreto corresponde con las heridas de ambas víctimas. Aunque los cortes de la segunda víctima son bastante menos profundos, las coincidencias están en torno al noventa y ocho por ciento.

—Puede que haya evolucionado y trate de copiar de forma más fidedigna lo que le hizo a Kisha en su día el Asesino del Ocaso.

—Es posible. Por otra parte, tengo la sensación de que es tan hábil degollando mujeres porque está acostumbrado a hacerlo cuando caza. Habíamos dado por hecho que su habilidad se debía a que no eran sus

primeros crímenes y por eso el corte del

cuello es tan limpio. Pero también puede ser que lo haga con facilidad porque está acostumbrado de su faceta de cazador.

Bill pensó que, si realmente era un cazador, eso implicaba una capacidad añadida.

Estaba acostumbrado a vigilar pacientemente, a esperar y a abordar a la presa en el mejor momento para él. ¿Y si había empezado ya a hacerlo? Si en algún momento había dudado si ir a Nueva York, esa deliberación había llegado a su fin.

—Puede ser. Respecto a los rastros de las habitaciones, ¿habéis dado con algo?

—Seguimos con ello, aunque ya te imaginarás que va muy lento. Todo lo que da un resultado positivo nos lleva a maleantes de tres al cuarto, delincuentes de poca monta, tipos que se dedican a trapichear… Pero tenemos que interrogar a cada uno de ellos, así que el tiempo que se nos va no es nada desdeñable. Hemos hecho hincapié en los restos de semen como me recomendó Kisha.

—¿Restos de semen? ¿Por qué?

—Después de hablarme un buen rato sobre masturbación y asesinos en serie, ella sostiene que tal vez el asesino se masturbó en la escena. Mejor no te digo lo incómodo que me hizo sentir.

Bill sonrió divertido. Imaginaba lo intensa que se habría puesto contándole todo tipo de detalles.

—Me hago a la idea, tranquilo. ¿Tomasteis varias muestras?

—Sí, eso es. Tanto en una escena como en la otra la limpieza brillaba por su ausencia.

La parte buena de la primera es que en el laboratorio se pudieron fijar en la consistencia y morfología de los restos así como en el recuento y la motilidad de los espermatozoides para datar aproximadamente la fecha de alguna de ellas. Hay varias que no han dado resultado después de hacer el análisis de ADN porque los tipos no están en el sistema.

En cuanto a las que sí han dado positivo, ya les hemos interrogado.

—Estás haciendo un buen trabajo.

—No lo sé, porque siento que estoy enterrado en una montaña de cosas que solo sirven para despistar.

—Una cosa más, ¿habéis llegado a constatar si las víctimas llegaron solas?

—Algo así. A pesar de que esta es la ciudad con más cámaras de vigilancia, ha sido imposible hacer un seguimiento exhaustivo y eso que hemos revisado un buen número de horas de vídeo. Pero claro, aunque a la primera víctima si pudimos ubicarla sola en las proximidades, en primera instancia gracias a la cámara del cajero, Queens y la zona de Brooklyn en la que está el hotel son áreas que cuentan con muchas menos

dispositivos de grabación que los que hay en Manhattan, por poner un ejemplo. No obstante, según los testigos con los que hemos hablado, recuerdan que las mujeres llegaron solas.

—La segunda no me sorprende. El asesino pudo contratar su servicio y quedar con ella en el hotel a cambio de una suma de dinero que fuera jugosa para ella. Me chirría más que la primera mujer fuera hasta aquel cochambroso hotel de Queens, por lo que me han relatado, por sí misma.

—Salvo que se hubiera reenganchado y hubiera quedado para comprar alguna droga.

—Podría ser.

—Y tampoco sabemos dónde estuvo los días previos.

—Exacto.

—Sigue habiendo muchas incógnitas y algunas me preocupan mucho.

—A mí me preocupa conocer el motivo, si tiene ojeada ya a la próxima víctima y si se siente preparado para ir a por Kisha, porque cada vez estoy más convencido de que ese es su objetivo final. Lo que no logro atisbar todavía es qué pretende conseguir con esto.



—Jimmy, soy Bill.

—Hola. No hay novedades, por eso no te he llamado. Está a salvo. Nos

pareció ver a un tipo que rondaba por la oficina de la detective privada, pero fue una falsa alarma.

—Gracias. Me dejas mucho más tranquilo. Las cosas se están poniendo un poco feas.

—Siento oír eso. Me gustaría ser de más ayuda, no te creas. Pero esto es lo que hay, ya lo sabes.

—Sí, claro que lo sé.

—Aunque hacemos lo que está en nuestra mano, no podemos estar todo el día pegados a sus talones, seguro que lo comprendes.

—Por supuesto, Jimmy. Contamos con los recursos que tenemos, lo sé bien. Pero ya no hará falta, por eso te llamo principalmente. Esta noche, si todo va bien, llegaré a Nueva York. Pillaré el primer vuelo que pueda. A partir de ahora, me encargo yo.

—Llámame cuando llegues y, si necesitas refuerzos, silba.

—Lo haré.

Capítulo 30

Previsión

Antes de abandonar el recinto de ADX Florence, Bill solicitó que registraran la celda del recluso Murray para buscar el pelo que le habían enviado. Sería necesario hacer un análisis de ADN, aunque estaba seguro de que no llevaría bulbo ni raíz, puesto que según le había comentado el detective Stevens, el asesino de Nueva York lo había cortado. No obstante, no estaba todo perdido. Los avances en criminalística habían sido notables, gracias a lo cual cuando las únicas muestras de las que se dispone son tallos de pelos, es posible realizar el análisis del ADN mitocondrial. En caso de coincidencia, es importante tener en cuenta que el ADN mitocondrial de un individuo es idéntico en todos los parientes que comparten linaje materno por lo que este análisis que por sí mismo en otro tipo de casos podría no ser concluyente, en el que tenían entre manos, sin embargo, podría resultar casi irrefutable.

Igualmente, solicitó que fotografiasen todo lo que tuviera guardado Jenkins en su celda y le enviasen los archivos digitales lo antes posibles. Tal vez guardase cartas o notas en las que hubiera información clave. Incluso alguno de los dibujos podría esconder algo

valioso para aquella investigación.

Era bastante evidente que debía haberse comunicado de alguna manera con el asesino de Nueva York para que este conociera las heridas que le había infligido Jenkins a Kisha. No estaba seguro, pero por las fotos que le había enviado John Stevens de la víctima, juraría que hasta coincidía el número de tajos y de quemaduras. Como mínimo, eran un número aproximado.

Pensó que ojalá pudiera contar con su equipo de San Francisco para aquello. Russell Flynn, Frank Milton y Miranda McDermott se habían convertido en algo más que en compañeros de trabajo. Los tres eran muy eficientes y personas con las que era muy sencillo entenderse. El trabajo con este equipo fluía como un arroyo de agua clara, puesto que si había reproches, por poner un ejemplo, estos se decían abiertamente y con ánimo de mejorar. Había confianza para ello. Una confianza que Bill se había esmerado mucho en construir como jefe de equipo. Eran excelentes agentes y se complementaban, gracias a que sus personalidades eran muy distintas. Eso contribuía a que las teorías que surgían fueran más ricas y variadas.

Sabía que no podía llevárselos a Nueva York, pero también era consciente de que podía contar con su ayuda en la distancia para averiguar la información que fuera necesaria.



Bill logró tomar el último avión que había cerca de las dos de la madrugada hacia Nueva York. Eran apenas tres horas y media de vuelo, así que tal como le había anticipado a Kisha, llegaría al hotel Soreham de madrugada.

Trató de conciliar el sueño, pero las preocupaciones no se lo permitieron. Por un lado, Darlene le había llamado y le había dicho que había sido imposible que la viera el ginecólogo del hospital. Tuvo una mala sensación y no quería hacer caso a su sexto sentido. La realidad era que le había parecido una excusa. Inmediatamente se sintió mezquino por pensar aquello, pero las desavenencias de las últimas semanas respecto a lo de vivir juntos, algo en lo que ella insistía mucho y casi le exigía, le habían llevado a pensar en ello.

A pesar de que al principio su presunta paternidad le había caído como un jarro de agua fría por inesperada, ahora se sentía ilusionado y se preguntaba si con el trabajo que tenía sería capaz de ser un buen padre. Haría lo que fuera necesario porque ese crío fuera feliz.

Por una lógica conexión, acto seguido pensó en Kisha y en lo que le había dicho aquella mañana que ahora parecía formar parte de un pasado remoto y alejado de su vida actual. En parte si no había conseguido dormir era porque, cada vez que cerraba los ojos, le asaltaban imágenes de la noche que pasaron juntos hacía ya tantos años. Casi podía sentir sus besos y sus caricias y no quería volver atrás, después de haber dado por zanjada cualquier tipo de posibilidad ante una relación romántica con ella.

Y por último, si había una razón que le estaba impidiendo dormir y que posiblemente se lo impidiera el resto de la noche, era la conversación que había mantenido con Jenkins. Tardaría mucho en borrar de su mente aquellas casi dos horas que había pasado en su compañía.

Había llegado a una clara conclusión.

El mal existe.

Y tiene forma humana.

Capítulo 31 Tiempo

Wynona trataba de sacar todo el tiempo que podía para continuar con la investigación relativa a la hermana de Karen Williams. Era frustrante sentirse atascada prácticamente en el mismo punto desde hacía ya diez días. Sin embargo, era consciente de que para obtener algún resultado, debería dedicarse en cuerpo y alma a aquello.

Y económicamente no se lo podía permitir.

Las investigaciones sobre infidelidades, sobre el dinero que ocultaban algunas familias, en relación a herencias y demás cosas por el estilo, no suponían un gran desafío ni tenía mayor interés, pero eran las que pagaban las facturas. Además, debía sentirse agradecida porque cada vez iban teniendo más clientes recomendados por otros que habían contratado sus servicios. Eso era buena señal.

A veces, cuando la veían en persona y apreciaban su juventud, observaba cierto recelo en la persona que tenía sentada enfrente en una de las sillas de su despacho, las cuales parecían material heredado de la guerra de secesión. Pero cuando hablaba y veían lo resuelta que era, terminaban por confiarse a su pericia y la de su compañero.

Además, los resultados les avalaban.

Kisha iba todos los días por el despacho para ayudarles. Wynona pensaba que no dejaba de ser raro que siguiera en Nueva York en vistas de que aquel caso podría alargarse más de la cuenta. No obstante, le gustaba tenerla allí. Se llevaba bien con ella y siempre se mostraba dispuesta a colaborar en lo que estuviera en su mano.

Quería hacerle muchas preguntas en relación a su época en Los Ángeles, por la que tenía mucha curiosidad. A pesar de que había asumido hacía ya tiempo que su etapa en las fuerzas de seguridad del gobierno había que darla por finalizada, una parte dentro de ella no quería resignarse. Tal vez, podría comenzar de nuevo en otro estado. Quien sabía si Kisha podría interceder por ella en algún sentido.

Poco después de que le vinieran esas ideas a la cabeza, las terminaba desechando porque a Wynona le gustaba lograr sus objetivos por sus propios medios, no a través de favores. Más le valía comprender de una vez por todas que esa puerta no se volvería a abrir para ella. En cuanto optara a entrar en cualquier otro cuerpo de policía, daba igual el estado, antes o después descubrirían que la habían expulsado por conducta impropia, como así figuraba en su expediente.

Aquel día, Stevens la llamó para decirle que había hablado con el amigo de Kisha en el FBI. Al parecer, llegaría pronto a Nueva York. El detective se mostró optimista, confiado en que resolverían aquello antes de lo que imaginaban. Empezaban a tener

algunas teorías que podían conducirles a buen puerto. Sería importante poder poner las cosas en común y repartirse ciertas tareas.

Wynona se alegró de que John contara con ella. La relación tensa con la que habían iniciado la investigación de ese caso varias jornadas atrás, parecía ir poco a poco distendiéndose. Eso de por sí ya era algo muy bueno. Tal vez, al final incluso acabaran tomándose unas copas juntos y recuperando el buen rollo que tuvieron en su día.

—Si hay algo que podamos ir investigando nosotros, no tienes más que decírmelo.

—Déjame que me organice y te digo. Tengo que tener mucho cuidado porque Michael me mira con recelo. Ya sabes que tenemos que ir juntos en los desplazamientos, aunque intento librarme de él todo lo que puedo. Es un lastre, joder.

—Ya me lo imagino. Cuando alguien no le gusta lo que hace, se

convierte en una rémora para los demás.

—Ni lo dudes. Y aun así, debo ser precavido porque, si aparece información de la nada que no me ha autorizado el jefe para que la veáis, pues ya estoy jodido, ya me entiendes.

—Claro. Cuando lo tengas claro, llámame.

—Lo haré. Te dejo, Winnie.

Winnie.

Eso significaba que John había dado por concluidas las rencillas, pensó la joven detective.

Capítulo 32 Amanece en Nueva York

Amanecía en Nueva York cuando Bill se acercaba en un taxi hacia el hotel. Los rayos del sol se filtraban tímidamente por entre los edificios, tiñendo de una tonalidad anaranjada la ciudad. Pensó en aquel instante en el parecido momentáneo y fugaz que tienen los amaneceres y los ocasos, en ese baile inverso de luz y oscuridad, en esa danza hipnótica de los rayos del sol colándose por los resquicios de nuestra inconsciencia. Dos opuestos que nacen y mueren, dos antagonistas condenados a no verse nunca.

Aquellos halos luminosos un tanto espectrales se colaban por las grietas de separación entre las moles verticales de cemento y cubrían de destellos las ventanas y cristales. Bill tuvo que entornar ligeramente sus ojos cansados y faltos de sueño, puesto que aquellos brillos acuchillaban sus retinas de forma despiadada.

No había logrado pegar ojo en el avión. Había estado inquieto todo el viaje, sin capacidad para dar descanso a su mente fatigada que no paraba de darle vueltas a las cosas, aun a sabiendas de que no podía hacer nada mientras se encontraba a bordo de ese Airbus A319 CJ. Llevaba en pie cerca de veinticuatro horas y estaba agotado.

Trataría de descansar algo al llegar al hotel.

Únicamente quería darle un breve descanso a su machacada consciencia, el tiempo justo al menos para recuperar el aliento. En cuanto se levantase y fuera persona con un café delante de él, llamaría a Kisha para ver cuándo y dónde podían verse.

Inmediatamente después, se pondría en contacto con el detective Stevens para que supiera que estaba en la ciudad y que podía contar con su ayuda en todo lo que quisiera.

La habitación que le recibió parecía confortable. Aquella mullida cama le llamaba como una promesa. Se aflojó la corbata y le pareció un símil de lo que se había convertido su vida en las últimas horas, diferentes cosas que se cernían alrededor de su cuello y le ahogaban en cierto sentido.

Bill no solía tener esos pensamientos aciagos. Su carácter era de naturaleza optimista, aunque también era un hombre con los pies siempre bien pegados al suelo.

Era probable que el extremo cansancio le estuviera jugando una mala pasada.

Se tumbó en la cama sin apenas desvestirse.

Se quedó dormido antes de que pudiese darse cuenta.



Logró dormir poco más de dos de horas antes de que sonara el despertador. Cuando bajó a desayunar, nada más entrar en la cafetería divisó a Kisha sentada en una mesa. Se

quedó parado unos instantes en la entrada. Ella miraba distraída por la ventana, la barbilla descansando sobre su mano izquierda. Una tostada a medias reposaba sobre su plato y el café dejaba escapar sutiles volutas de humo mientras se enfriaba poco a poco.

Nunca había sido de mucho comer.

Experimentó emociones intensas, incomprensibles y contrapuestas. Algo había cambiado y no sabía qué era. Debía acercarse a la mesa con naturalidad, como si todo fuera como siempre, aunque él sintiera que ya nada era y nunca sería igual. Tal vez se debía a la determinación de alejarse de ella, de empezar de cero una vida después de Kisha, de lo que habían compartido juntos, del dolor del abandono, de la presencia continua, de su protección permanente, de una preocupación asfixiante.

Entonces, ella se giró. Sus ojos le atravesaron como un relámpago, dándole una descarga eléctrica directamente en su corazón. Parecía como si un sexto sentido le hubiera anunciado que él estaba allí,

contemplándola como tantas veces había hecho sin que ella se percatara. Su rostro se iluminó al verle y una sonrisa llenó su cara, muy diferente a la que apenas veinticuatro horas antes dividió el rostro de Jenkins, el semblante del mal, la semilla siniestra.

Se levantó de la silla y se dirigió hacia él. Bill seguía clavado en la misma baldosa, como si fuera la figura de una tarta de boda. Entonces Kisha le abrazó, le rodeó con sus brazos de una forma que le desarmó, que le hizo sentir que nunca querría separarse de ella. Aspiró el perfume de su pelo, un suave olor a coco. La estrechó entre sus brazos, acercándola más a su piel, y ese gesto le dolió. Le dolió porque supo que no era real, que era solo un oasis de lo que él quería, un espejismo de lo que siempre había querido.

Y entonces decidió con determinación que Nueva York sería su última vez.

Nueva York significaría el ocaso.

—Veo que sigues mal comiendo como siempre —dijo el del FBI cuando se sentaron a la mesa.

—No tengo demasiada hambre.

—¿Estás durmiendo bien?

—Más o menos.

—Yo anoche apenas pegué ojo. Fue un día muy largo.

—Me lo imagino. Espero que la habitación te resulte agradable.

—Claro que sí, muchas gracias por encargarte.

—No hay por qué darlas. Y hemos tenido mucha suerte porque es una habitación contigua a la mía, por cierto.

No había doble intención en sus palabras y, aun así, quedaron flotando como algo peligroso. Bill trató de desviar el tema.

—Tenemos mucho que hacer hoy, Kisha. Me gustaría empezar cuanto antes a situarme. Quiero llamar a Stevens enseguida y me gustaría conocer a la detective privada para que me enseñe toda la información que tenga, en especial la relativa a la víctima. Puesto que estuvo buscándola antes de que apareciera asesinada, seguramente conoce detalles en los que los polis puede que no hayan reparado. Espero que

la colaboración con la policía de la ciudad sea fluida, aunque no las tengo todas conmigo.

—Yo tampoco. Stevens desde luego parece un buen tipo, pero no tiene mucha capacidad de decisión y menos de influencia dentro de su comisaría. Al menos, esa es la sensación que yo tengo.

—Entonces habrá que hablar con quien haga falta y mostrarles las ventajas que pueden obtener de nosotros.

—A ti eso siempre se te ha dado bien. Bill el diplomático solo tiene que lucir su perfecta sonrisa para conseguir que el mundo se rinda a sus pies.

—Menos mal que uno de los dos puede hacerlo, porque si esperamos que los clásicos gruñidos Jennings lo consigan, más vale que nos vayamos despidiendo.

—¡Oye, no te pases, espagueti!

Bill sonrió divertido ante el comentario.

—Mejor será que nos pongamos en marcha cuanto antes. Me termino el café y nos vamos, ¿de acuerdo?

—Por mí, perfecto.

—No estaría mal que comieras un poco más.

—Lo intentaré, pero tengo el estómago cerrado.

En suspenso quedó la conversación que ambos sabían que debían mantener acerca de lo que Jenkins le había contado durante su visita a la prisión.

Habría que buscar el momento perfecto porque no era un plato fácil de digerir.

Capítulo 33 Coger el pulso

Una vez terminado el desayuno, se dirigieron a la oficina en la que Wynona y Tyrell trabajaban. Kisha sabía que a primera hora pillarían a los dos, aunque más tarde la detective tuviera que salir. Ty a veces también se ocupaba de tareas de investigación de campo, según le habían contado, aunque desde que estaba allí Kisha ayudándoles de

forma altruista, se había hecho cargo de las pequeñas cosas que estaban en su mano.

Sabía que no debía exceder ciertos límites, puesto que ya no era policía ni tampoco disponía de licencia de detective privado.

Bill llamó a Stevens en el taxi de camino al despacho y acordaron verse a una hora concreta. Igualmente, hizo lo propio con su contacto del FBI con el que se había estado comunicando para que vigilara a Kisha, algo que a ella le sorprendió.

—¿Me habías puesto una niñera? —preguntó desconcertada.

—Sí, ¿por qué? ¿Te parece mal?

—No, pero me parece raro.

—No debería. No sabemos qué hay en la mente de ese psicópata que está matando mujeres que se parecen a ti.

—Sé defenderme solita, Bill —dijo esta vez con un ligero tono de molestia.

—Nunca lo he dudado, Kisha. Eso ya lo sabes. Pero ya no eres policía y no vas protegida. Al menos deberías llevar un arma. No sé por qué te empeñas en no hacerlo.

No sabemos a qué tipo de criminal nos estamos enfrentando. Desde luego, lo que sí sé es que es a uno peligroso que, además, según parece es cazador. No hace falta que te diga lo que eso implica y significa.

—Podrías habérmelo dicho, en todo caso.

—¿Para qué? ¿Para que me dijeras que puedes defenderte tú solita como acabas de hacer? Kisha, no lo he hecho porque dude de tu capacidad, eso ya lo sabes. Pero estaba preocupado.

Ella bajó la mirada. Sabía que tenía razón.

—Estoy asustada, Bill —reconoció por primera vez.

Él la miró con ternura. Lo comprendía a la perfección.

—Lo sé. Yo también.

—Estoy asustada y cansada. Pensé que con Jenkins entre rejas todo había terminado.

Y me doy cuenta de que no. Es como si tuviera un poder sobrenatural y pudiera perseguirme y controlar mi vida desde la cárcel, ¡joder!

—Lo entiendo. Pero es lo que intenta hacernos creer. En realidad, no tiene ese poder.

Nadie lo tiene.

—¿Estás seguro? ¿Has visto las fotos de lo que este asesino les hace a las víctimas?

—Sí, las he visto. Y es espeluznante. No puedo hacerme idea de lo que habrá supuesto para ti, porque desde luego para mí ha sido muy duro.

Ella le miró de una forma diferente. Sabía a qué se refería. Entre recuerdos nublados por un dolor insoportable aparecía Bill rescatándola, tomándola en brazos en aquel sótano oscuro llena de sangre, jirones de piel por los que se le iba la vida y carne quemada. Y más tarde, cuando abrió los ojos en el hospital en medio de ese sueño químico tan inconsistente, ahí seguía él, acompañándola en su sufrimiento. Una prueba más de su amor por ella.

—Tenía que haber acabado con él —dijo ahora con mirada de hielo—. Ahora lo veo: el juego iba de matar o ser matado. Y todavía no ha terminado. No lo hará hasta que uno de los dos esté muerto.

A Bill esas palabras le sonaron a una amenaza.



Lo que le había dicho Kisha retumbaba en su cabeza con un eco propio. Cuanto antes aclarasen aquello y encerrasen al culpable, antes podrían retomar la vida en ese punto de aparente equilibrio en la que la habían dejado.

Sintió miedo. Por él. Por ella. Por Derek. Por todos los que habían sufrido con ella.

Esas palabras parecían una declaración de intenciones. Un juego de matar o ser matado.

Era una resonancia tétrica.

Era una reverberación agonizante.

Era un compás hecho con notas discordantes.

No dio tiempo para más cavilaciones, puesto que el taxista les avisó de que habían llegado. Bill pensó que lo siguiente que haría sería alquilar un coche o pedir uno en la oficina del FBI. No podían andar dependiendo de terceros. Necesitaban moverse por la ciudad con independencia.

Pagaron la carrera y se bajaron. El agente federal estaba deseando cogerle el pulso a todo aquello, a la ciudad, al caso, a la gente con la que iba a colaborar. No sabía

exactamente con qué podía contar, cuáles eran los puntos fuertes, cuáles los puntos débiles, y era importante a la hora de organizarse. Ya le había pasado cuando llegó a Carmel para ayudar a Kisha y solo contaron con la ayuda de Pete y, en segunda instancia, también la de Julius. Al menos en aquella ocasión, la entrega y la lealtad eran inquebrantables.

Necesitaba resolver aquello de la mejor manera posible y necesitaba resolverlo ya.

Estaba cansado de sentir ese desasosiego provocado por pequeñas gotas que caen despacio hasta que rebosan el vaso. Sin embargo, algo le decía que esta vez se asemejaba más a un enorme cubito de hielo que amenazaba con caer de golpe y derramar gran parte del contenido hasta dejarlo casi vacío.

Miró su móvil. No sabía nada de Darlene. Una de esas pequeñas o grandes gotas que mantenían el líquido en un equilibrio inestable, en una contracción creciente.

Necesitaba conocer su proyecto de vida juntos, si había o no un hijo en común. Una vez lo supiera, tendría que abordar también aquello de forma definitiva. No quería vivir en una discusión permanente. Él no era así. Él amaba la vida tranquila. Para sobresaltos, ya tenía los propios del trabajo. Parecía que Nueva York se había convertido en una encrucijada a partir de la cual muchas cosas cambiarían.

Bill siguió a Kisha al interior del despacho de la detective. Decrépito fue la palabra que se apareció en su mente sin convocarla. Si estuvieran en Roma, podrían calificar aquello de monumento ruinoso.

—¡Vaya! Pero mira quién tenemos aquí. Tú debes ser el famoso Bill.

Este miró confuso a la joven detective, especialmente al darse cuenta de que la chica le dedicaba una mirada de repaso de pies a cabeza.

—No sé por qué pero me siento ahora mismo como si fuera un producto expuesto en un escaparate.

—¿No lo sabes? Pues ya te lo digo yo: porque estoy comprobando si coincides con la idea que me había hecho de ti para saber si me gustas.

—No sé si preguntar.

—No hace falta. El veredicto es que me gustas, pero vas demasiado trajeado para mí.

—De todas formas, no está en el mercado —se apresuró a puntualizar Kisha. Le parecía ridículo, pero la realidad era que sentía celos.

—Lo sé. Los buenos nunca lo están.

—¿No dijiste que era demasiado carca para ti? —preguntó Tyrell.

—Perdonad, pero estoy aquí, justo delante de vosotros. No habléis como si no estuviera —señaló divertido—. Empiezo a pensar que no ha sido buena idea venir, no es por nada.

—¡Buah! No les hagas ni caso, Bill. No te voy a negar que ganarías mucho con unos vaqueros y una cazadora de cuero, pero no estás nada mal para tu edad.

—¿Gracias? —señaló a modo de pregunta. Todo lo que acompañaba a “para tu edad” nunca le terminaba de agradar.

—Es un cumplido, tómatelo como tal. Que una joven de veintinueve años como yo se fije en ti es todo un piropo, ¿no te parece?

—Bueno, va siendo hora de cambiar de tema, porque esto está degenerando mucho y el tiempo apremia. Yo tengo cosas que contaros, pero también tengo muchas preguntas. ¿Qué os parece si nos sentamos y hablamos de todo con calma?

Capítulo 34

Puesta en común

se sentaron en torno a la mesa de reuniones. Bill casi rezó para que la silla en la que se había sentado soportara su peso, puesto que en el estado en el que aparentemente se encontraba le surgieron dudas al

respecto. Su metro ochenta y cinco y sus ochenta kilos situaban su peso incluso ligeramente por debajo de la media para un hombre de su estatura y complexión, pero es que esas sillas no parecían excesivamente robustas y le daban muy poca confianza.

Bill les dijo a Wynona y a Tyrell que sería conveniente que el detective Stevens estuviera en aquella reunión con el fin de amortizar el tiempo del que disponían. Si él lo estimaba oportuno, no veía inconveniente en que estuviera también su compañero Michael Rufo, cosa que a la pelirroja no le entusiasmó.

—¿Qué pasa? Cuando he nombrado a su compañero te ha cambiado la cara.

—Bueno, el propio John me dijo la última vez que hablamos que prefería compartir con él la información estrictamente necesaria. No creo que sea buena idea que él esté presente en una reunión en la que hay una civil, un agente del FBI, una detective privada a la que expulsaron de la policía y un polivalente grandullón que vale más que toda la comisaría al completo.

—Tiene razón —señaló Kisha—. Si no fuera así, esta reunión la mantendríamos en la comisaría.

—Muy bien. Lo comprendo. Llamémosle a ver que dice él entonces.

Llamó por teléfono a John. Como era de esperar, este no podía acudir en ese momento, pero no tuvo inconveniente en participar en lo que allí se hablara a través del altavoz del teléfono. Él se encargaría de poner al día a su compañero en lo que creyera oportuno. A Bill no le gustaban esos ocultismos, no era su forma de trabajar. Creía en eso de que con la verdad por delante se llega más lejos, pero comprendía el punto de vista que le habían expuesto.

Según les comentó el policía, aquel día él y su compañero tenían previsto visitar varias armerías, y con un poco de suerte, podría contarle algo a lo largo del día. Tenían localizadas aquellas en las que se vendía ese modelo concreto de navaja suiza que había utilizado el asesino. El mayor problema radicaba en el tiempo que necesitarían, puesto que había una distancia considerable entre ellas.

Wynona comenzó contando todo lo que sabía de la primera víctima. Entorno social y familiar, amigos, relaciones en el último trabajo que había tenido, ex parejas, los lugares que solía frecuentar, donde compraba con mayor frecuencia, y por último, les habló del último centro en el que estuvo haciendo rehabilitación.

—Este punto puede ser importante, Wynona —señaló Bill—. Si desde que salió de allí hasta que la encontraron muerta transcurrieron aproximadamente quince días, es posible que conociera en el centro de desintoxicación a su asesino. Es algo cogido por los pelos, pero que no debemos descartar.

—Lo sé. De hecho, nos entrevistamos con sus terapeutas y el resto del personal.

Había una mujer más joven que ella con la que entabló más amistad allí dentro. Nancy Brown, si no me falla la memoria. Según la hermana de Linda Williams, una vez fuera, debieron quedar para tomar café al menos en un par de ocasiones, puesto que salieron con pocos días de diferencia.

—¿Hablasteis también con el personal esporádico? Me refiero por ejemplo a repartidores, gente de la empresa de catering, personal de mantenimiento subcontratado…

—No, eso no. Investigamos a su nueva amiga. La última vez, seguía limpia todavía.

No nos pareció que aquella relación nos llevara a ningún sitio.

—Bien, es algo que podemos investigar nosotros. Me gustaría John que lo tuvieras en cuenta. Yo puedo solicitar un listado de trabajadores que fueran por allí mientras nuestra primera víctima estuvo ingresada.

—Me vendría bien si pudieras hacerlo tú, Bill.

—Está hecho. Lo hablo con mi gente de San Francisco a ver qué pueden encontrar. Y

si os parece bien a los demás, Kisha y yo nos encargaremos de entrevistarles tanto a ellos como a la amiga.

—Perfecto —dijo Wynona.

—Sigamos. Ahora estaría bien que nos pusieras al día de lo que hayáis descubierto, John. Necesitamos tener todos claro el punto de partida y contar con la misma información.

John Stevens les relató entonces los resultados del laboratorio, les habló de los informes del forense, de la investigación sobre el arma utilizada en el crimen. De tal forma que se compartieron la mayoría

de los datos, en orden a realizar un análisis profundo entre todos los presentes.

Por último, fue Bill quién habló.

—Ayer estuve en la prisión de alta seguridad donde está encerrado el Asesino del Ocaso y estuve hablando con él —dijo dirigiendo por una fracción de segundo su mirada a Kisha para así atisbar su expresión—. Aparte de vanagloriarse de muchas cosas, lo que pude sacar en claro es que sí ha estado en contacto con el asesino de Nueva York.

Todas las miradas se centraron ahora en él. Más tarde le contaría a Kisha todo lo que considerase que ella debía saber, pero en aquel momento, creyó oportuno ir al grano.

—¿A qué te refieres a que ha estado en contacto? ¿Acaso lo ha orquestado él? —

preguntó Kisha nerviosa.

—No, estoy convencido de que no está detrás de esto. Inventé detalles y él no se dio ni cuenta. Pero sí que el asesino le ha mandado correspondencia. No obstante, tras el registro, los funcionarios constataron que no guarda las cartas que le llegan. Es más que probable, que una vez que las lee, se deshace de ellas de forma inmediata. Frank Joseph Murray es extremadamente inteligente. Estoy seguro de que no necesita guardarlas para recordar los detalles de lo que ha leído.

—Pero no tenéis nada que demuestre que están en contacto —se aventuró Wynona.

—Déjame que llegue ahí. Dentro de una de las cartas, iba un escueto mechón de pelo negro que intuyo que era de nuestra primera víctima. He mandado que tomen una muestra de su celda mientras él está ausente y vamos a proceder a un análisis del ADN

mitocondrial. Este tipo de análisis es el que se realiza cuando, como en este caso, no se dispone de la raíz o bulbo del cabello, lugar donde se localiza el ADN nuclear.

Necesitaremos muestras del pelo de los familiares de Linda Williams para compararlos.

Espero que puedas conseguirlas tú, Wynona, porque mi participación en esta investigación es prácticamente extra oficial y si hay algún

incidente con la familia, podemos tener problemas serios. Puedo manejarme con el laboratorio del FBI y con algunos recursos gracias a que tengo buenas relaciones, pero no me conviene que los familiares piensen que el FBI se encarga porque no es real. Eso me complicaría mucho las cosas, os lo puedo asegurar. Me arriesgaría a que me abrieran un expediente e incluso a que esto terminara con mi carrera como agente federal.

—Estaré encantada de encargarme —respondió Wynona—. No te preocupes por eso, Bill. Mi relación con la hermana es buena, creo que podré manejarla con relativa facilidad.

Kisha estaba particularmente callada, sumida en sus pensamientos. Bill, que se había percatado de ello, comenzó a preocuparse.

—¿Por qué sabes que ha recibido más correspondencia? —preguntó John Stevens.

—Por varias cosas. Primero, logré deducir entre las palabras del que conocimos durante mucho tiempo como Jenkins que él le habló de las heridas que le hizo a Kisha en el abdomen.

La de California miró hacia abajo. En aquel momento era el centro de atención y eso no le agradaba en absoluto. Y menos por aquel motivo. No le gustaba que nadie sintiera pena por ella y sospechaba que era lo que pasaba por la mente de algunos de los presentes.

—No es algo que trascendiera —continuó Bill—, así que viendo las fotos y la similar disposición de las heridas, estoy casi convencido de que él se las detalló. Por otra parte, el pelo iba en un sobre cuyo remitente era Kayla James, K.J., las mismas iniciales de Kisha Jennings. Pedí que comprobaran en sus registros si había recibido muchas cartas de remitentes cuyas iniciales fueran esas.

—¿Y qué te dijeron? —preguntó Wynona.

—Que recuerde de memoria, ha recibido cartas de Karen Jason, Katia Jones, Kevin Johnson, Kail Jackson, Kaleb Jefferson… La lista sigue y mucho. Si no me equivoco, llevan meses en contacto.

—Al usar tantos seudónimos no era fácil rastrearlo —señaló la joven pelirroja.

—No, porque ha enviado las cartas desde lugares diferentes. Mata en Nueva York pero me da la sensación de que tiene un trabajo con el que tiene que desplazarse.

—Camionero, repartidor, fontanero, técnico de seguridad o de telefonía… —

enumeró el detective Stevens—. Las posibilidades son infinitas.

—Lo sé. Sin embargo, tenemos más datos. Sabemos que le gusta cazar o que, al menos, utiliza un arma blanca que le gusta mucho a un tipo de cazadores en concreto.

—Los cazadores de alces.

—Eso es.

—¿Y qué más datos nos pueden ayudar?

—Si no me falla mi instinto, por lo que hemos hablado al principio, creo que es un trabajador itinerante en el centro de desintoxicación. Debemos investigarles a fondo.

Capítulo 35 Cena

El resto del día fue extenuante. Bill acusó las pocas horas de sueño de las que había disfrutado en los últimos dos días. Sentía que le fallaban ya las fuerzas y necesitaba dormir más que comer. Y no solo era el cansancio físico el que hacía mella, sino también el psicológico y emocional.

Regresó junto a Kisha al hotel. Ambos tenían que llamar a sus respectivas parejas. En el caso del agente del FBI, tenía una importante conversación pendiente con Darlene.

Estaba muy nervioso al respecto. Lo que hablaran podía cambiar su vida de forma definitiva. Necesitaba tener alguna certeza y así poder prepararse para lo que tuviera que venir.

Estuvo tentado de decirle a Kisha que prefería no bajar a cenar y quedarse en la habitación. Podía pedir un sándwich o cualquier cosa rápida. Sin embargo, al final consideró que no estaba de más cenar como amigos y compartir una agradable conversación, sobre todo ahora que se había decidido a que aquellos fueran los últimos días que pasaban juntos.

La conversación con Darlene terminó convirtiéndose en una discusión. No comprendía como una relación que parecía ir tan bien se había

empezado a enturbiar de aquella manera. Intentaba ir a Monterey, que era donde residía su pareja, siempre que podía y tenía algún tiempo disponible. Desde San Francisco, apenas era dos horas en coche. Estaba muy a gusto con ella, se entendían bien, pasaban un tiempo muy agradable siempre que estaban juntos. Había sido así desde el principio, una conexión especial.

Todo se había esfumado desde el momento en el que ella comenzó a hablar de vivir juntos porque para la enfermera solo existía una respuesta correcta. Bill acababa de incorporarse a la unidad de San Francisco y no existía ninguna demarcación más cercana en la que pudiera continuar en el FBI. Y aunque la hubiera, no tenía intención de pedir el traslado porque se encontraba realmente bien donde estaba.

Ella no lo comprendía y le decía que no podían seguir así eternamente. Bill entendía sus motivos y no le faltaba razón, pero creía que todavía no era el momento. Esa discusión se había repetido con frecuencia. Hasta que ella le dijo que creía estar embarazada y que ya no podrían aplazar ese paso en la relación.

—Darlene, es que de verdad que no sé qué más quieres de mí.

—Sí que lo sabes, Bill. Te lo he dejado muy claro muchas veces.

—Y todas te he contestado lo mismo. No es el momento. Acabo de trasladarme a San Francisco, no llevo ni un año. Me han nombrado jefe de unidad y tengo mucho trabajo por delante. Me estás pidiendo imposibles. Siempre que tengo un rato, voy a verte y a estar contigo. Es todo lo que puedo ofrecerte de momento.

—No me das más que migajas, Bill.

—Deberías comprenderme. Tu horario también es exigente y yo no te pido que hagas cosas que sé que son inviables.

—No me lo pides porque no tienes ningún interés en que avance nuestra relación.

Aquella era la última discusión que habían mantenido el día anterior a que ella le dijera que había tenido una falta y que estaba convencida de lo que eso significaba.

Parecía estar muy segura de que estaba esperando un hijo suyo.

Mientras esperaba escuchando los tonos de llamada, la recordaba

palabra por palabra. No se daba cuenta de que aquello no le preparaba para encarar de la mejor forma posible la conversación que viniese a continuación.

—Hola Bill —le pareció que el tono de ella era apagado.

—Hola, Darlene. ¿Cómo te encuentras? ¿Te pasa algo?

—Estoy bien.

—No, no lo estás. ¿Qué sucede?

—¿A ti qué te parece?

Tenía pinta de que cualquier cosa que dijera iba a tomárselo mal. No se aventuró.

Mejor ir con pies de plomo.

—No lo sé. Me gustaría que me dijeras qué te pasa.

—Aparte de que mi pareja se ha ido a Nueva York el mismo día que supuestamente me iba a examinar el ginecólogo para saber si estaba embarazada, no sé qué más me puede pasar.

Bill cerró los ojos. Vale, en eso no le podía quitar la razón. Sin embargo, consideraba que los motivos que le habían llevado a la Gran Manzana estaban de sobra justificados.

—Darlene, cariño, ya te expliqué lo que sucedía. Cuando me lo dijiste, ya tenía programada la entrevista en la prisión y este viaje. Están pasando cosas que necesitan mi atención. Lo siento mucho, de verdad. ¿Qué tal ha ido?

Ella permaneció en silencio. Bill la oía respirar al otro lado. Cerró los ojos. Tenía la sensación de que las cosas se estaban precipitando de alguna forma que aún no era capaz de ver.

—Darlene, por favor. No me tengas así. Dime algo. ¿Qué tal ha ido?

—Te alegrará saber que era una falsa alarma. No estoy embarazada. Hoy me ha bajado la regla.

—¿Y por qué crees que iba a alegrarme por eso?

—Porque tú no querías este hijo y porque así ya no sientes la obligación de que vivamos juntos.

—Eso no es verdad. Me sorprendió, eso no lo voy a negar y lo sabes. No me lo esperaba y lo raro es que tú sí lo hicieras, cuando siempre tomamos precauciones. Pero, a pesar de que no estaba en mis planes, me alegró saber que iba a ser padre.

—Es que, en serio, siento que esta relación no va a ningún lado.

—No digas eso. Sabes que no es cierto. Hay que tomar las cosas con calma, eso es todo. No es necesario apresurarse.

—Ya hablaremos. Tenemos que tomar algunas decisiones, Bill, eso es lo que pienso.

Pero será mejor hablarlo cara a cara.

El del FBI tuvo la sensación de que le estaba dando un ultimátum.

—De acuerdo. Como quieras.



Bajó pronto al restaurante en el que había quedado con Kisha. Podía haberla llamado a la puerta de su habitación e ir hasta allí juntos, pero prefirió estar unos minutos a solas hasta que ella llegara. Necesitaba un tiempo para que amainara aquel huracán que se había formado en su interior.

Se sentó en la barra a esperarla. Pidió una cerveza bien fría, después de desechar la idea de algo más fuerte. No era plan de que por un exceso de alcohol acabase diciendo algo de lo que se arrepintiese.

De pronto levantó la vista y la vio. Juraría que llevaba barra de labios, puesto que se veían de una tonalidad más intensa de lo habitual. Tal vez era su mente que se empeñaba en jugar con él.

Cuando llegó a su altura, ella le echó un brazo por los hombros y le dio un beso en la mejilla. Parecía estar contenta.

—¿Don FBI no estará usted pensando en cogerse una cogorza? —bromeó divertida con una amplia sonrisa.

Sí, definitivamente llevaba carmín. Y él no podía retirar la mirada de su boca. Kisha casi nunca se maquillaba. Era una tortura innecesaria.

Bebió otro sorbo, esta vez uno bien largo, tanto que terminó por apurarse lo que le quedaba.

—Más despacio, Bill, o se te subirá a la cabeza.

—Será mejor que vayamos a sentarnos a la mesa —dijo sin continuar su broma al tiempo que se levantaba y empezaba a caminar hacia el fondo del local.

Kisha le siguió extrañada. Aquello no era propio de Bill. Desde luego, daba la impresión de estar de mal humor. Cuando llegó a su altura, le agarró del brazo.

—Oye, ¿estás bien?

—Perfectamente —respondió seco.

Se sentaron en la primera mesa libre que había, gracias a que no era necesario tener reserva en aquel restaurante. Tuvieron la suerte de coger una junto a la ventana en una zona donde no se aglomeraba demasiada gente. El sitio era muy agradable.

Kisha se aventuró a hablar. Tal vez porque pensó que el malestar de su amigo venía por lo que habían hablado el día anterior.

—Sobre lo de la conversación de ayer, ya te dije que lo siento mucho, ¿vale? No sé qué me pasó —se disculpó, pensando que así podría hacer que cambiara el humor de su compañero. Había sido una metedura de pata y lo sabía. No quería que aquello enturbiara su relación. No podía saber que era demasiado tarde.

—Déjalo, Kisha. Da igual.

—No da igual. Tenías razón. No debería habértelo contado y menos en ese momento. Y créeme que me alegro mucho por ti. Vas a ser un padre maravilloso.

Bill no respondía. Estaba más serio de lo habitual. Kisha se había dado cuenta de que evitaba mirarla y, cuando lo hacía, desviaba los ojos hacia otro lado con celeridad.

—¿Qué pasa Bill? ¿Vas a decirme cómo puedo arreglarlo?

El agente del FBI se quedó un momento pensativo, mirando hacia otro lado. Ella se fijó en su rostro. Seguía teniendo un aspecto muy juvenil, tal vez debido a esa expresión sincera y amable que siempre lucía. También era cierto que cuando vestía de modo informal, como en esa ocasión, parecía incluso más joven.

Se fijó en las leves arrugas que se dibujaban en su frente y que transmitían la pequeña guerra interior que se estaba produciendo ahora mismo. Kisha se dio cuenta de que no había cambiado demasiado desde que le conoció hacía ya tantos años en los pasillos de los archivos del Departamento de Policía de Los Ángeles. Y se preguntó por qué razón no había sido consciente antes de lo especial que era. En realidad, había tenido a mano lo que siempre había querido.

—No puedes, ya no —dijo mirándola fijamente por primera vez en la conversación—. No puedes cambiar lo que dijiste ni el daño que me has hecho.

Estaba rabioso por la última discusión con Darlene y lo estaba pagando con ella. Lo sabía. Pero sentía que se lo merecía. Ahora le tocaba a él.

—Bill, no quería hacerte daño. Nunca haría nada que te hiriese. Ya te lo dije y es verdad. No comprendo por qué no me crees.

—En serio, Kisha, ¿qué más quieres de mí?

—Nada. No quiero nada.

Él volvió a meterse otra vez en sí mismo. La ex inspectora se fijó en cómo apretaba las mandíbulas. No entendía nada. Pensaba que tendrían una cena tranquila, como tantas que habían compartido a lo largo de los años, hablando sin parar como los buenos amigos que eran. A lo largo del día no había habido ningún indicio que le dijera que estaba enfadado con ella. Todo lo contrario.

Habían ido a entrevistar a la chica que conoció la primera víctima en el centro de desintoxicación y después, habían acudido al propio centro para investigar por su cuenta y hablar con algunos de los responsables. Los compañeros de Bill en San Francisco le habían hecho llegar el listado de trabajadores, pero habían ido también con el objetivo de hacer las comprobaciones oportunas, por si faltase alguien en dicho listado. Y habían obtenido información de interés. Había motivos para estar de buen humor.

Un toque de carmín y una cerveza demasiado rápida habían desencadenado la tormenta.

—¿Sabes una cosa? Creo que no he podido darte una prueba mayor de amor que el querer siempre lo mejor para ti. Es lo que llevo haciendo desde que te conozco, cuidarte, estar pendiente de ti, ser tu apoyo, tu

hombro en el que llorar. Estoy cansado, Kisha.

Supongo que es lo que siempre hago. Pero me ha dado por pensar algo. ¿Quién se preocupa de cómo estoy yo? Nadie. Porque estáis acostumbrados a que sea yo el que tire para delante.

—Claro que nos preocupamos por ti. Yo lo hago. Y puede que no te lo demuestre como tú a mí, pero yo también te quiero, Bill. Te quiero muchísimo.

—No lo dudo. Pero cuando yo te hablo de amor, te hablo de la forma más pura y desinteresada que existe, te hablo de amor incondicional. El otro día dijiste que la culpa era mía por haberte confesado junto al Ciprés solitario que te seguía queriendo. Pero no tienes razón. Te lo confesé porque llevaba demasiado tiempo con esa carga en mi interior. Y aun así, te dije que renunciaba a ti porque creía de verdad que Derek es la mejor opción para ti.

—Pero tienes a Darlene.

—Sí, tengo a Darlene.

—¿Por qué lo dices así?

—Porque ella no deja de presionarme para que vivamos juntos y no entiende que no voy a dejar mi trabajo. Y ahora…

—¿Qué?

—Es importante hacer las cosas bien. ¿Lo entiendes? A veces hay que hacer sacrificios.

—Pero no puedes dejar tu carrera, Bill.

—Si es necesario, lo haré. Hay que pensar en las consecuencias cuando hacemos algo, Kisha. Tú no puedes soltarme que sueñas que te acuestas conmigo como si eso no fuera a afectarme. Esto nos afecta a ti, a Derek y a mí. Él es mi amigo, por si lo has olvidado. Y yo no traiciono a mis amigos.

—Lo sé perfectamente.

—Pero has jugado con los sentimientos de los dos.

—A Derek no se lo he contado.

—Y mejor no lo hagas, porque no imagino lo que podría sentir.

Bill trataba de esconder el maremágnum de sentimientos que aquello le había provocado. Pero no podía. Estaba desbordado. Él era un hombre de firmes valores que sabía que no debía trasgredir. Y ahora estarían durante días en el mismo hotel separados por un simple y fino tabique, sin ninguna resistencia más que la de su fuerza de voluntad.

—Me ha costado muchos años asimilar y asumir que tú no querías estar conmigo, que para ti no era más que un amigo. Me ha llevado mucho tiempo construir esos muros tras los que contener lo que siento por ti. Y si, después de confesarte que nunca

he dejado de quererte te dije que con quien debías estar era con Derek, es por que realmente lo pensaba. Nunca te había visto mirar a nadie como le miras a él. Cuando fuimos a verle a la prisión, tus ojos… tus ojos gritaban que estabas loca por él. Y yo me armé de valor para seguir aceptando que nunca podría ser él, nunca podría estar en su lugar, nunca sería el hombre al que mirases así.

Bill hizo una breve pausa. Necesitaba coger aire. Estaba desnudando su corazón, dejando al descubierto todos sus sentimientos. Por un momento, creyó que no sería capaz de seguir hablando. Todo aquello que había guardado durante tanto tiempo, salía como el agua cuando se abre una presa.

—Entonces apareció Darlene cuando tú estabas en el hospital y fue mi salvación. Me he aferrado a ella todo este tiempo porque realmente estábamos muy bien juntos. Y

volví a enamorarme. Pero ahora ya no sé ni lo que quiero.

Kisha no sabía qué decir. Le había caído todo aquello en tromba en el momento que más dudas tenía acerca de sus sentimientos.

—¿Sabes qué? No tengo hambre. Me voy a dormir.

Se levantó y la dejó allí plantada.

Capítulo 36

El día después

Kisha se quedó paralizada en el restaurante. No sabía qué hacer. Presintió que estaba perdiendo a su amigo, posiblemente la persona más importante de su vida. Se maldijo por tener esa capacidad tan

extraordinaria para meter la pata y hacer los comentarios más inoportunos.

Poco después de que él se fuera, ella también se levantó y salió del local. Se le había quitado el poco hambre que sentía. Se dirigió directamente al hotel, el cual se encontraba a tan solo cinco minutos a pie. Las calles estaban animadas, algo habitual en la ciudad. Saludó al recepcionista al entrar y se dirigió al ascensor. Subió a la planta en la que estaban ambas habitaciones y se paró ante su puerta. Suponía que Bill estaría dentro.

Apoyó sus manos y su frente sobre la madera.

Unas lágrimas cayeron de sus ojos.

No se atrevió a llamar.



A la mañana siguiente, se vieron en la recepción del hotel. Kisha llevaba unos minutos esperando a que bajara. Tantos años trabajando juntos que casi no era necesario fijar una hora, puesto que parecían estar coordinados a un nivel supraconsciente.

—Buenos días —saludó él nada más llegar.

—Hola, Bill.

Aquellas miradas inciertas y nerviosas comunicaban que se había escindido lo conocido y que se abría paso una nueva era en su relación en la que ninguno sabía hacia dónde les conduciría.

—Siento mucho lo de ayer. Me gustaría que pudiéramos olvidarlo y hacer como que no ha pasado.

—Como quieras.

Otra vez se miraron, estáticos, inseguros, titubeantes.

Había un mutismo brusco, doloroso y dañino.

Entonces él se dirigió hacia la calle y ella le siguió. Habían dejado el coche de alquiler en las proximidades. Ambos intuían que el trayecto sería incómodo.

El silencio era de los que duelen, porque a falta de palabras, comunicaba incontables sentimientos y decepciones. Aquel silencio era como un invitado que se presenta sin avisar y termina arruinando la velada. Era un silencio roto y complejo, profundo y abisal.

Kisha a duras penas contenía las lágrimas. Deseaba que volvieran los tiempos en los que todos pensaban que no sentía ni padecía porque nunca lloraba. Los tiempos que le sirvieron para ganarse el apodo de la princesa de hielo porque, aunque las cosas dolieran, se convencía de que no era así y las escondía bajo la alfombra, en ese lugar recóndito de su cerebro en el que se le acumulaban los sufrimientos y los traumas.



Cuando llegaron al despacho en el que trabajaban Wynona y Tyrell, trataron de actuar con naturalidad. No era necesario contagiar a los demás su malestar. Era algo entre ellos dos.

John Stevens había conseguido escaparse y estaba allí cuando llegaron. A Bill no se le escapó la forma en la que miró a Kisha nada más entrar y sintió un incomprensible ramalazo de celos.

—Tú debes ser Bill.

—Y tú debes ser John —dijo forzando una sonrisa.

—Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo.

Una vez dadas por finalizadas las presentaciones, se pusieron manos a la obra.

Aquel día sería clave para poderse distribuir las tareas y empezar a trabajar de una forma más coordinada y eficiente.

—Ayer visitamos las armerías tal y como os comenté. Obviamente, solo las que están en un radio accesible, puesto que hay alguna de las que vende ese ejemplar de navaja que se encuentra bastante más lejos. No sacamos nada en claro de esas entrevistas. Sin embargo, una me ha llamado especialmente la atención. Se encuentra situada en la región de los Adirondacks, al noreste del estado. Concretamente está ubicada en Saratoga Springs, una de las localidades que está más cerca del centro de visitantes del Parque Natural. Hay otra armería en Glenn Falls, que está incluso más cerca, pero allí no tienen este modelo de navaja en concreto.

—¿Y qué es lo que ha hecho que te parezca relevante esa en especial?

—Os voy a leer la información que he encontrado acerca de los Adirondacks y luego os cuento mi teoría. ¿Estáis preparados?

—Claro. Dispara ya y no te enrolles, Johnny.

—Ahí va. Os leo textualmente el extracto que me ha parecido relevante. "En el corazón de la región de Las Adirondacks, el alce americano deambula por el denso bosque, el oso y el ciervo se ven en todo momento, y el ave no oficial de Las Adirondacks (el somormujo) se escucha cantar desde el centro de Long Lake, de Blue Mountain Lake y alrededor de Inlet".

—Ya lo pillo —continuó Wynona—. Si a nuestro amigo le gusta cazar alces y se compra una navaja que utilizan habitualmente los cazadores de este animal…

—Sospecho que la adquirió en esa armería alguna de las veces que fuera por allí.

—Bingo. Hay que ir a esa armería.

—Eso es.

—Pero, ¿está permitido cazar alces? Juraría que el alce oriental es una especie protegida —preguntó Kisha asombrada.

—Siento contradecirte. Por desgracia, aunque sí se ha reducido significativamente el número de ejemplares precisamente debido a la caza, sigue estando permitida, aunque de un modo más restringido.

—No creo que a alguien que se dedica a matar mujeres le importe si está restringida su caza o no, de todos modos —añadió Wynona.

—No sé qué decirte —respondió la californiana—. Si es nuestro asesino, no le interesa tener ningún problema con la ley porque entonces sus huellas y su ADN

podrían incorporarse a la base de datos. Querrá pasar lo más desapercibido posible.

—Tenemos una muy buena pista ahí —señaló Bill—. ¿Sabes cuántos ejemplares de esa navaja tenían, John?

—No demasiados. Recuerda que fabricaron nueve mil novecientos noventa y nueve para todo el mundo. Déjame que consulte mis notas a ver si apunté concretamente ese dato cuando les llamé —señaló el detective Stevens, mientras miraba sus papeles—. Sí, aquí está. Han tenido un total de ocho de esas navajas.

—Luego es posible que recuerden quiénes las han comprado.

—No es descabellado. Todo dependerá del número de clientes y si estos son asiduos o no.

—Esperemos que tenga buena memoria el dependiente —apuntó el federal—.

Nosotros también tenemos algo de ayer que intuyo que nos va a ayudar a cerrar el círculo. Cuando hablamos en primer lugar con Nancy Brown, la mujer con la que Linda Williams tenía más relación dentro del centro en el que entró para rehabilitarse de sus adicciones, nos comentó que había un técnico de mantenimiento con el que solía hablar con bastante frecuencia.

—No nos dijo nada de eso cuando hablamos con ella —señaló Wynona con sorpresa.

—No te extrañe. Cuando vosotros la buscabais, ella pensaba que estaba viva y que le estaba guardando un secreto —la tranquilizó Bill.

Kisha observó a la joven. Se notaba la decepción en su rostro. Había aprendido en pocos días a reconocer sus estados emocionales. En realidad, tampoco era demasiado difícil porque era bastante transparente.

—Wynona, hicisteis lo que pudisteis. No debes sentirte mal, ¿vale? Fue ella la que quiso ocultar esa información. No es culpa tuya que no te la dijera.

La chica miró a la ex inspectora e hizo un gesto de asentimiento, un mensaje sutil con el que le agradecía su comprensión.

—¿Y tenemos el nombre del empleado? —preguntó esta vez Tyrell, quien solía permanecer en un segundo plano en ese tipo de reuniones. Sin embargo, si tenían un nombre, tal vez él pudiese investigar sobre aquel tipo en sus redes sociales y a través de sus movimientos en la web.

—No, por desgracia ella no lo recordaba. Y ahora viene la parte en la que tú tienes que intervenir, John, porque para acceder a las fichas de los empleados y sus fotos tal vez sea mejor que sea la policía de Nueva York quien pida esos documentos. Date cuenta de que no hablamos solo de los trabajadores directos del centro, sino también subcontratados por otras empresas. Puede que no todas se muestren tan proclives a colaborar.

—Me encargo.

—Cuando los tengamos, podremos poner las fotos delante de la amiga y que identifique al individuo con el que solía hablar.

—Y nos queda pendiente lo de la armería que has comentado —dijo Kisha.

—Como ya os he dicho, llamamos por teléfono puesto que era imposible acercarnos.

Está a poco más de tres horas en coche. Habría que dedicar una jornada entera solo para ir y volver.

—Vale. Nos encargamos Bill y yo.

El federal se quedó impasible, tal vez pensando en esas más de seis horas en coche los dos solos alejados de todo. Algo que habría sido una jornada más no hacía demasiado tiempo, pero que en esas nuevas circunstancias se le presentaba incierto.

—¿Te parece bien, Bill? —le preguntó Kisha.

—Claro —asintió—. Había pensado visitar hoy los escenarios de los crímenes, pero podemos hacerlo otro día, supongo.

—No hay nada allí ya, Bill —le dijo Stevens.

—¿Ya han retirado los precintos? ¿Incluido el del último crimen?

—Sí y ya han ido los equipos de limpieza de la policía.

—Comprendo. Bueno, incluso así, me gustaría visitarlos y tal vez podamos hacer la reconstrucción con las fotos que hayáis tomado.

—Cuenta con ello. Mañana me las apañaré para que podamos ir juntos en algún momento.

—Estupendo. Bueno es hora de trabajar. Kisha, tendremos que ponernos en marcha cuanto antes.

—Ya estoy preparada si tú lo estás.

Bill no supo si ella lo decía con segundas intenciones.



Una vez concluida la reunión, se pusieron manos a la obra. Ty se encargaría de buscar información con los nombres del listado de trabajadores que Bill le había pasado.

Por su parte, John revisaría si alguno de ellos estaban fichados y tenían antecedentes.

Wynona estaba rabiosa porque veía que se quedaba fuera de la fiesta. Tenía un nuevo cliente al que atender, otro anodino caso más de problemas conyugales. Mientras todos los demás hacían trabajo real, a ella le tocaba jugar a las casitas de muñecas.

Gracias a que habían aparcado en las proximidades de la oficina, el agente del FBI y la que fuera inspectora llegaron al coche en escasos minutos. La temperatura no era excesivamente alta a pesar de encontrarse en la época estival, en la que son más que conocidas las olas de calor en la ciudad neoyorkina.

—¿Quieres conducir? —le sugirió Bill a Kisha cuando se acercaron al coche. Tal vez las preguntas sin trascendencia y las conversaciones rutinarias lograran restablecer poco a poco la normalidad.

Ella se quedó mirándole. Él leyó un destello de tristeza en sus ojos. Con un gesto de cabeza, declinó su oferta. Acto seguido, se dirigió hacia el lado del acompañante.

Se subieron al coche, se abrocharon sendos cinturones de seguridad y Bill arrancó el motor. La ex policía metió la dirección de la armería en el GPS, que calculó tres horas y dieciocho minutos hasta la llegada a su destino. A ambos les pareció un cálculo demasiado optimista.

Se incorporaron al tráfico de la ciudad, un tráfico denso y pesado, lento, casi exánime. La temperatura del asfalto hacía que allí la sensación de calor fuera más sofocante, aunque gracias al climatizador del vehículo pudieron abstraerse de esa sensación.

—Tenemos una conversación pendiente, Kisha. Todavía no hemos hablado de mi visita a Jenkins en la cárcel. No te he contado lo que me dijo.

—Lo sé. No he querido preguntarte. Entiendo que tampoco te ofreció información relevante que nos ayude a atrapar a nuestro asesino, sino ya lo habrías comentado en la reunión.

—No estoy del todo seguro.

—Ya. En todo caso, supongo que estabas buscando el momento adecuado para contármelo.

—Sí, pero no sé cuando va a ser —respondió mirándola de soslayo.

—Tenemos más de tres horas de viaje por delante sin mucho más que decirnos.

Quizá sea un momento tan bueno o tan malo como otro cualquiera.

—No digas eso.

—¿El qué?

—Que no tenemos mucho más que decirnos —señaló Bill dolido.

—¿Y no es verdad?

—No, ni mucho menos. Tenemos mucho de lo que hablar, tal vez más que nunca.

No pueden terminar las cosas así entre nosotros.

—¿Terminar?

—Me refiero a que no podemos dejar que palabras fuera de lugar arruinen una amistad de tantos años.

Kisha le miró escrutándole. Le estaba escondiendo algo. Le conocía demasiado bien para obviar que solo estaba diciendo una verdad a medias.

—¿Por qué has dicho terminar, Bill? No me mientas.

—Por nada. Me arrepiento mucho de todo lo que te dije ayer y, sobre todo, de la forma en la que me comporté. No es propio de mí, ya lo sabes. Estaba desbordado por varios motivos, pero también sé que eso no es una excusa. Debería haber contenido la hemorragia, pero empecé a hablar y sentí que ya no podía parar.

—No pasa nada. La culpa ha sido mía. Ya sabes que tengo una facilidad espantosa para decir lo más inapropiado en el peor momento. A diferencia de ti, eso sí es propio de mí.

—Digamos que los dos hemos tenido parte de culpa esta vez, ¿qué te parece esa solución?

Ella sonrió.

—Me parece muy adecuada.

—Genial entonces. Si te va bien, paramos en un par de horas a tomar un café y descansar y aprovecho para contarte mi visita a la cárcel.

Capítulo 37

Una conversación difícil

Pararon en una área de servicio pasado Kingston, en los alrededores de donde se celebra el famoso festival de música *indie* de Woodstock, el mismo que catapultó a Jimmy Hendrix a una fama eterna en 1969.

El lugar estaba rodeado de naturaleza, en medio de una zona boscosa de altos abetos. Se respiraba tranquilidad y sosiego. El ruido de los coches se oía amortiguado por la espesura de unos árboles impregnados de CO_2 y monóxido de carbono debido a la proximidad de la carretera y de un polígono industrial emergente.

Como hacía una temperatura suave, decidieron sentarse al aire libre en una mesa a la sombra. Un par de cafés bien cargados les ayudarían a despejarse y soltar aquella bruma mental que habían traído las últimas circunstancias.

Bill no sabía cómo empezar aquella conversación. ¿Cómo empezar a hablar de su paso por el infierno, de sus sensaciones, de la bilis amarga que le recorrió el cuerpo?

¿Cómo se empieza a hablar del demonio cuando lo tienes sentado frente a ti? ¿Cómo se empieza a contarle a alguien que un ser de oscuridad está obsesionado con acabar con su vida, cueste lo que cueste?

Pero, al final, consideró que no hay comienzos mejores o peores, porque lo más fácil suele ser empezar por el principio.



Jenkins lo miraba con el rostro contraído, luchando contra la evidente inquina que sentía hacia el del FBI. Apretó sus puños. Tenía los labios fruncidos en una mueca desagradable. Los ojos entornados le estudiaban a fondo, preparando su siguiente movimiento. Entonces, de manera repentina, su expresión retomó una relajación y una naturalidad sorprendente, como si otra persona hubiera ocupado su lugar.

—¿Qué te parece si hablamos ya de otra cosa? Me vas a hacer creer que estás obsesionado con ella y estoy seguro de que alguien como tú tiene cosas más interesantes en las que pensar —comentó el agente federal de ascendencia italiana.

—Claro. Tengo muchísimo tiempo para pensar aquí, pero no sé si en cosas más interesantes.

—Eres demasiado inteligente para eso. Realmente vas a hacer que Kisha Jennings se sienta más importante de lo que es.

Jenkins le miró con desconfianza. Se conocía esos trucos. Ya habían intentado varias cosas con él en los distintos interrogatorios en los que había sido sometido desde que lo atraparon.

—¿Qué quieres de mí, Bill? ¿Has venido porque te lo ha encargado ella? ¿No te aburres de estar siempre en sus manos?

—He venido porque estoy haciendo una investigación. Puede que esto

me acabe reportando un ascenso dentro del FBI si elaboro bien la documentación, quién sabe.

Tengo muchos proyectos en mente, ¿sabes? Y muchas ideas. Creo que tú puedes ayudarme a aprender muchas cosas.

Bill trataba de mostrarse egocéntrico pero también alguien importante que dependía de su ayuda para escalar. Era una forma muy sencilla de alimentar su ego.

—No soy tu trampolín. Si quieres algo de mí, tendrás que darme algo a cambio.

—¿Qué es lo que quieres? Dímelo y trataré de conseguirlo. Pero tiene que ser algo factible. No puedes pedirme una conmutación de tu pena porque eso es impensable.

Puedo mover algunos hilos, pero eso está fuera de todo alcance.

—Se me ocurren varias cosas. Por ejemplo, mejorar un poco mis condiciones aquí dentro.

—Lo intentaré. ¿Podrías ser más concreto? Necesito saber que es lo que necesitas.

Bill abrió su carpeta de manera descuidada para sacar un papel y poder apuntar lo que le pidiera. Parcialmente a la vista se apreciaban fotos del abdomen de las dos últimas víctimas en las que se apreciaban las múltiples heridas. Incluyó también la foto de otro caso antiguo que nada tenía que ver con el de Nueva York.

El del FBI miraba de soslayo la reacción del recluso.

—Dime, ¿qué es lo que quieres exactamente?

Hubo un duelo de miradas. En los ojos de Jenkins había un amor por la sangre que era incapaz de esconder.

—Más tiempo al aire libre, más préstamos de libros… —comenzó a enumerar—. Ya sabes, tengo que preparar mi apelación. Necesito leer mucho.

Bill hizo oídos sordos a la provocación implícita.

—Puedo negociarlo con el alcaide. Tengo una relación cordial con él. Seguro que puedo conseguir algo de eso.

—Lo quiero por escrito.

—Eso no va a poder ser.

—Pues entonces no tengo nada que hablar contigo.

—Como quieras. Entonces hablaré yo. Pero antes debes saber que si tú no aprovechas esta oportunidad, seguro que otro preso lo hará.

—¿Oportunidad? Para ti en todo caso. Yo no saco nada.

—Sí, desde luego. Para mí es una oportunidad, pero tú puedes obtener algunas mejoras en tus condiciones. Por otra parte, tengo hablado con una editorial la publicación de un posible libro si les gusta el material que les ofrezco —dijo de manera indolente sacudiéndose una inexistente mota del pantalón, como si fuera algo sin ninguna importancia—. Ya sabes lo que gustan los libros publicados por agentes y ex agentes federales contando su experiencia. Eso te daría más notoriedad.

—No la necesito.

—Claro, es lo que decís todos, pero al final, buscáis fama, reconocimiento, que suene vuestro nombre. Os gusta que el mundo sepa que existís, que os tengan miedo. En el fondo todos sois iguales. Sois insulsos y anodinos, todos víctimas de abusos paterno filiales, un cliché tras otro. Cada vez me aburrís más —dijo de forma despectiva.

Trataba de alternar su conducta con él para alterarle, pasando de mostrarle respeto y admiración a un genuino desprecio.

—No te pases, italiano. Yo no soy como esos borregos que hay ahí —respondió fieramente señalando hacia la puerta—. Si no me hubiera dejado llevar por el odio que tengo por tu novia, nunca me habríais pillado.

—No es mi novia, ya lo sabes. Es mi compañera. No juegues esa baza porque es más vieja que la injusticia.

Frank Murray rio de forma estentórea.

—Sí, pero estoy seguro de que te la follarías con gusto. En eso sí que sois todos iguales —finalizó, acompañando sus palabras de gestos obscenos.

—Nos estamos desviando del tema. Como te iba diciendo, ya sabes

que este tipo de libros suelen tener mucho tirón. Al final, hay entrevistas en televisión, documentales, *etc*. La era de Manson, BTK, Bundy y Kemper entre otros ya pasó. La gente está aburrida de los de siempre y están deseando conocer a fondo nuevas historias. Pero, como te he dicho, hay muchos más como tú. Esta es la cárcel de máxima seguridad que alberga a los criminales más peligrosos de todo Estados Unidos. Puedo hablar con cualquier otro. Pero digamos que tú y yo tenemos una relación de años. Me interesas tú en especial porque te conozco mejor que a ellos. Pero si no quieres, no pasa nada.

Jenkins le miró achinando los ojos, como escrutando los gestos del agente federal.

Trataba de leer sus intenciones. Bill notó como una gota de sudor le caía por la espalda, pero su expresión permaneció impasible.

—Estoy seguro, por otra parte, de que tendrás imitadores que querrán emular tu éxito y copiarán lo que hiciste para tratar de dejar su propio legado, su marca en la historia negra de este país. Podrían incluso reemplazarte. Ya nadie hablaría del Asesino del Ocaso. La gente se olvidaría de ti.

—Nadie puede reemplazarme, Billy el estirado.

Bill obvió el comentario. Una forma más de provocarle llamarle con un diminutivo y ponerle un apodo.

—Según me han contado los funcionarios, eres la súper estrella. Seguro que eso te hace sentir importante. Recibes muchas cartas y regalos de admiradores de todo tipo.

Pero eso puede terminar si eres sustituido por otro que se gane su admiración.

—Insisto, nadie puede sustituirme. Pregúntale a nuestra querida Kisha Jennings si alguien puede ocupar mi lugar en su mente. Estoy seguro de que sigue teniendo pesadillas y yo soy el protagonista. Cada vez que se desnude ante el espejo recordará que tuve su vida en mis manos. Eso no lo va a reemplazar nadie.

El agente del FBI sabía que esa era la baza que iba a utilizar, el evidente cariño que había demostrado siempre por ella, su cercanía. El amor jugando en su contra, porque en las manos de quien es incapaz de sentir ningún tipo de afecto se convierte en un arma de racimo que causa un sufrimiento extremo.

La rabia siempre viva.

El dolor antiguo pero aun así siempre presente.

La ira renovada.

La sensación de fracaso permanente por no haberlo evitado.

La frustración por haber llegado demasiado tarde.

Pero estaba preparado para esos tipos de comentarios. Bill conocía su punto débil y sabía que Jenkins lo iba a atacar siempre que pudiera. Habían jugado demasiados años al ratón y al gato para no conocerse.

—Bueno, hay un asesino que ya está haciéndolo. Intenta llamar la atención de los medios copiando algo que hiciste pero diferenciándose de ti para que nadie recuerde tu nombre.

—No lo creo.

Acababa de mentirle de forma clara.

—Claro que sí. Claro que te lo crees. Al fin y al cabo, ¿qué podrías hacer desde la cárcel? Nada y él lo sabe. Y estoy seguro de que él mismo te habrá dicho en varias ocasiones lo que le fascina tu trabajo y como lograste mantener en vilo a las fuerzas de seguridad durante años, esquivándonos de manera magistral, cosa que desde luego yo debo reconocértelo. Seguro que te habrá vanagloriado en sus cartas, pero en realidad solo quería que le proporcionaras la información que necesitaba para lograr su objetivo de captar la atención de los medios de comunicación. Estoy seguro de que, incluso, te habrá enviado algún obsequio para agradecértelo. Me gustaría saber cuántos de los regalos que recibes serán de él.

—No voy a decirte nada —afirmó con una mirada llena de ira.

—No pasa nada, te lo diré yo. El asesino del que yo te hablo se lleva varios trofeos de la víctima, como hacen los cazadores que se quedan con distintas partes de los animales, ya sabes. Que sepamos, se ha quedado con la ropa interior y con un trozo de piel que le arrancó.

A Jenkins le cambió la cara.

—Pero me consta que no te ha llegado nada de eso. Es decir, sé que te han enviado ropa interior en alguna ocasión, pero no era de nuestras víctimas, de las que hemos encontrado recientemente. Deberías

considerarlo una falta de respeto.

—No sé de que me estás hablando.

—Claro que lo sabes —Bill iba ganando confianza al ver sus cambios de expresión—.

Al final todos conseguimos engañarte, incluso la tonta de Tessa. Te crees más listo que nosotros y no eres más que un pobre diablo.

Jenkins se levantó de golpe lleno de furia. El tintineo de las pesadas cadenas simulaba un martilleo en una fragua. Acercó lo máximo posible su cara a la de Bill sacando los dientes. Este último se mantuvo absolutamente flemático.

—¡Puto imbécil! ¿Crees que eres más listo que yo? Ya me lo dirás cuando vaya a por ti y me supliques que te mate.

Bill comenzó a alisarse la corbata.

—¿Qué coño haces?

—Limpiarme la corbata. Creo que me has escupido en ella.

Jenkins le miró desconcertado.

—Mira, en serio, te he perdido el miedo y el respeto, sobre todo después de que un pobre incauto te ha sacado toda la información que quería a cambio de nada. Sus escenas de los crímenes son una chapuza. Hace los mismos cortes que tú le hiciste a la inspectora Jennings a mujeres que recuerdan a ella mínimamente, luego es evidente que se lo has contado tú, solo que él los hace bien profundos, para facilitar que la policía pueda identificar el arma. ¿A ti no te parece eso una chapuza? Es un error de principiante y encima apunta hacia ti como si fueras su cómplice. Y a pesar de todo, se va a encumbrar como uno de los asesinos más despiadados de las últimas épocas, siendo un inútil porque ya ha matado a nueve mujeres en poco tiempo. Por supuesto, no hace ni la menor referencia a ti. Nadie sabe como torturaste a la que fuera Jefa de Homicidios de una ciudad como Los Ángeles. Nadie salvo los que la rescatamos y tú. Y

ahora lo utiliza como si fuera su firma. Nadie se acordará de ti, ¿te das cuenta? En cambio le recordarán a él porque, cuando le atrapemos, lo gritará a los cuatro vientos.

—Que te jodan Bill. Cuando mate a la zorra de la inspectora entonces

vendrás llorando para que te diga quién tiene sus manos manchadas de su sangre.

—Luego eso es lo que planea. Matarla en tu nombre —aseguró echando el cuerpo hacia delante, mientras apretaba el bolígrafo en su mano derecha sin apenas darse cuenta—. Sin embargo, siento decirte que tengo la sensación de que no va a correr ese riesgo ni por ti ni por nadie —finalizó, liberando toda la tensión que había sentido tan solo un segundo antes.

Había logrado la información que necesitaba.

Capítulo 38

En la armería

Lo que le había contado Bill sobre la entrevista con Jenkins la tenía hecha un manojo de nervios. Una cosa era pensar en la posibilidad de que alguien pudiera estar planeando matarte y otra muy diferente saberlo a ciencia cierta. Viendo el estado en el que habían quedado las víctimas y lo que había vivido ella misma, podía hacerse una idea clara del sufrimiento que había implícito. Si eso es lo que pretendía hacer con ella, ya podía protegerse.

Llevaba pensando en ello desde que habían parado a mitad de camino en dirección a Saratoga Springs. Entre sus propósitos de vivir una vida normal y dejar atrás todo lo relacionado con su pasado reciente, se encontraba el de haber tomado la determinación de vivir sin armas. No quería estar paranoica pensando en los peligros que acechan. Sin embargo, ahora que sabía que volvía a ser el más que posible objetivo de un asesino despiadado, era hora de replantearse algunas cosas.

—Necesito un arma —le dijo a Bill cuando estaban en las proximidades ya de su destino.

—Yo también lo creo. Al menos, eso te hará sentirte más segura hasta que resolvamos este caso. De todos modos, yo apuesto a qué no va a por ti, aunque nos lo esté intentando hacer creer.

—¿Después de lo que hemos visto y de lo que me has contado de tu entrevista con Jenkins crees que no soy su objetivo? De verdad que eres muy optimista, Bill. O lo dices para intentar tranquilizarme, joder.

—Puede que sea optimista, pero de todos modos, permíteme que lo dude.

—A ver, yo también tuve mis dudas al principio porque no entendía el motivo que había detrás de esos crímenes.

—Yo aún no lo tengo claro, que conste.

—Ninguno lo tenemos claro, en eso estamos de acuerdo. Pero si algo sí parece evidente es que mata a mujeres que se parecen a mí, les inflige el mismo tipo de tortura que tuve que soportar yo y deja una nota donde me culpa de ello. Encima, le manda abundante correspondencia a Jenkins. Me parece que pinta mal para mí.

—Kisha, en serio, creo que eso no es lo que busca este asesino. Puede que quiera asustarte, eso no lo descarto. Pero aunque tal vez no sea excesivamente inteligente, estúpido tampoco es.

—¿Por qué no consideras que eso es lo que busca?

—Porque de verdad creo que lo único que quiere es reconocimiento. Persigue tener sus minutos de fama. ¿Y si es verdad que el hecho de que no lo descubriéramos en su día y que tampoco se hablara de él en la prensa es lo que le molesta? Los casos abiertos de Los Ángeles que marqué como posibles de este mismo asesino nunca trascendieron.

—¿Y por qué no siguió matando?

—No sabemos si no ha estado haciéndolo hasta ahora. Además, sabes que puede deberse a multitud de factores: una enfermedad, que haya pasado una época en la cárcel, que alguien de su entorno cercano sospechara algo, que estuvieran a punto de detenerle por otra cosa… Estados Unidos es muy grande y puede haber dejado cadáveres a su paso. Puede haber matado en otros estados perfectamente. pero estamos hablando de suposiciones porque no tenemos nada firme en realidad.

—No lo sé. Tampoco la prensa se ha hecho demasiado eco de momento.

—No, es cierto. Pero ya ha tenido su aparición gracias a que mató a una mujer de una familia con cierto nivel socioeconómico, aunque haya sido un artículo pequeño. De la segunda víctima no dijeron nada. No obstante, si sigue matando y se filtra a los medios, la noticia se hará cada vez mayor. Dudo mucho que se quiera arriesgar a que le pillen antes de hacerse famoso.

Kisha cabeceó al tiempo que suspiraba, demostrando su poco convencimiento al respecto. Se sentía dominada por el miedo. Bill lo detectó al instante.

—Piensa un poco, ¿cuándo hemos estado cerca o hemos terminado por atrapar a Jenkins? Cuando ha intentado hacerte daño o acabar contigo. No va a correr ese riesgo.

Sabe que si va a por uno de los nuestros, iremos con todo a por él.

—Pero no lo sabemos seguro. No tenemos todo el perfil psicológico de este asesino.

Tenemos solo retazos.

—En eso debo darte la razón. Y tampoco es una investigación al uso. Si contáramos con los recursos debidos, esto sería otra historia. Si hay una tercera víctima y podemos hablar oficialmente de un asesino en serie, tal vez entonces ya no será una simple opción que el FBI participe en el caso.



La armería se encontraba a las afueras de Saratoga Springs. No había demasiados coches aparcados en la entrada, lo que les hizo pensar que tal vez la afluencia de clientes dentro no fuera excesiva. Si estaban en lo cierto, eso les facilitaría hablar con los dependientes y el encargado de la tienda con relativa comodidad.

En cuanto entraron, ambos recorrieron con la mirada el local, algo habitual en los agentes del orden. Era una forma de hacerse una composición de lugar en caso de que se produjera cualquier tipo de amenaza. Localizar las salidas y las áreas más conflictivas nada más entrar era un ejercicio básico que todos los agentes de las fuerzas de seguridad realizaban. Habían sido entrenados para ello.

Se acercaron al mostrador principal, en el que había a la vista bajo el tablero de cristal un buen número de pistolas de distinto tamaño y calibre. Detrás de él, había escopetas y armas de asalto colgadas en la pared. Junto a una de las cajas registradoras, estaban a la vista también un puñado de navajas de diferentes usos y marcas.

—Buenos días, soy Bill Zucherinni, agente del FBI —dijo mostrando su placa—. Esta es mi compañera Kisha Jennings. Nos gustaría hablar con el encargado o el dueño de la tienda, si fuera posible.

El dependiente era un chico muy joven. No les extrañaba a ninguno de los dos que fuera el hijo de los dueños, puesto que parecía un negocio familiar. Tal vez eso supusiera un punto a su favor. En ese tipo de negocios, el trato con los clientes suele ser muy cercano y conocen a la mayoría de ellos.

—Roy, ¿qué pasa? —dijo un hombre grande con barba que salía del almacén en aquel momento.

—Estos señores dicen que son del FBI.

Técnicamente no es lo que Bill había dicho, puesto que se había guardado de no mentir de manera explícita. Por ello, había presentado a Kisha como su compañera, sin añadir nada más. Se dispuso otra vez a sacar su placa.

—Tranquilo, tranquilo —dijo el adulto acompañando sus palabras con un gesto de su mano—. Supongo que ya se la habrá enseñado al chaval. Y salvo que no me guste nada en absoluto lo que me tengan que preguntar, podemos hablar sin problema. ¿Qué les trae por aquí, amigos?

—Estamos interesados en un modelo de navaja suiza que vende en su establecimiento. Es uno que comercializaron con motivo del aniversario…

—Ya sé a cual se refiere. ¿Qué pasa con ello? Es un modelo totalmente legal.

—No lo dudo, señor. Nos gustaría saber si ha vendido algún ejemplar y a quién.

—No sé si debo compartir ese tipo de información sin una orden. No quiero meterme en problemas.

Parecía haberse evaporado de un plumazo la buena disposición y las ganas de colaborar. Bill comprendió que tendría que manejar aquello con mano izquierda. Kisha

permanecía callada, como una mera observadora. Habían acordado que, salvo que se le escapara algo importante, ella guardaría silencio.

—Lo comprendo perfectamente. Vamos a hacer una cosa si le parece. Voy a plantearlo desde otro enfoque a ver si nos ayuda a identificar a quien estamos buscando. Creemos que el sujeto al que intentamos localizar es cazador de alces.

—Hay unos pocos de esos por ahí. Tendrá que ser más explícito.

—Ya me lo imagino —respondió Bill con una sonrisa complaciente—. En este caso, ese trata de un varón posiblemente entre los veinticinco y los treinta y cinco años.

Hablamos de un joven nervudo, un tanto violento quizá, al que le gusta presumir de las presas que caza pero todo el mundo que le conoce por aquí sabe que en realidad no es para tanto. Digamos que se siente ninguneado y por eso trata de llamar la atención. Y

ha adquirido una de esas navajas que le hemos comentado recientemente. Me atrevería a decir que hace un mes, a lo sumo.

—Arlie —señaló el joven.

—¿Quién? —preguntó Kisha.

—Se llama Arlington no sé qué, pero no es de la zona. Juraría que vive en Nueva York, pero le gusta venir a cazar a los Adirondacks. Es un bocazas de cuidado. Siempre que viene trata de darme lecciones. Y siempre está presumiendo de lo que ha cazado y de que le ha arrancado la piel al alce con su navaja y mil tonterías más. Como si a alguien le interesara. A mí no me queda más remedio que escucharle porque mi padre dice que tengo que ser amable con los clientes.

Bill y Kisha se miraron entre ellos.

—¿Tienen los datos? Tal vez alguna factura o algo.

—No, lo siento —respondió ahora el mayor de los dos—. Como ya sabrán siendo federales, para comprar una navaja suiza no hace falta licencia de armas y él siempre que viene paga en efectivo.

—Claro, ya me imaginaba.

—Pero puede que puedan contarle algo más los agentes forestales, por ejemplo. No me extrañaría que se las hubieran tenido que ver alguna vez con él, ya saben, por no respetar las normas o por creerse más listo que ellos. Además, en el club de caza que hay en la calle principal tienen algunas fotos de grupo de los cazadores. Tal vez esté en alguna de ellas.

Bill sacó del bolsillo interior de su chaqueta una tarjeta.

—Tengan, llámenme si recuerdan algo más, por favor. Les

agradecemos mucho su colaboración. Les aseguro que ha sido de gran ayuda.

Capítulo 39 El club de caza

Antes de salir de la armería, aprovecharon para comprar una pistola para Kisha.

Se decidieron finalmente por una Smith & Wesson de nueve milímetros, puesto que era algo más pequeña y más ligera que la Beretta equivalente. Junto al arma, se llevaron también una cartuchera para que pudiera portarla de manera fácil y cómoda.

El club de caza parecía un reducto de malentendida masculinidad anclado en los inicios del siglo pasado. Nada más entrar, los silbidos y los comentarios subidos de tono hacia Kisha la hicieron sentir verdaderamente incómoda. Menos mal que no eran más que unos pocos gañanes, cinco en aquel instante. Le recordó a sus primeros años cuando se incorporó al departamento de policía de Los Ángeles y sufrió cierto grado de acoso. Trató de aislarse de aquello y pensar en el objetivo que les había llevado hasta allí, a pesar de que estuvo tentada de estrenar su nueva y reluciente pistola con alguno de esos mostrencos que parecían querer pasarse de la raya.

Bill se apercibió de ello enseguida. Conocía demasiado bien los gestos de su amiga como para no saber que estaba molesta. Debía hacer algo para calmarla. Sabía que no era tan impulsiva como antes, pero también era consciente de que donde hubo fuego, la sensación de calor se prolonga incluso después de que se haya apagado. Se acercó a ella y le dijo algo al oído. Ella se giró instantáneamente hacia él. Una leve sonrisa se escapó de sus labios.

El agente del FBI se presentó ante los cinco hombres mostrando su placa tal y como había hecho en la armería poco tiempo antes. Se dirigió específicamente a uno de ellos, el que le dio la impresión de ser el cabecilla del grupo. Aquella visita tenía un propósito muy específico. Lo harían de manera quirúrgica y rápida. No sabían qué relación podría tener el tal Arlington dentro del club, así que no pretendían tensar la cuerda por si acaso ni llamar excesivamente su atención por si decidían avisarle de que andaban buscándole. Además, no necesitaban demasiado de ellos. Entrar, preguntar lo que querían, hacer alguna foto con el móvil e irse otra vez.

El club constaba de una única sala, con unos baños aledaños. Había

algo parecido a una barra de un bar al fondo de la estancia que estaba coronada por fotos de diversos cazadores, de presas que habían cazado y de grupos de gente después de lo que parecía una cacería en grupo. En el resto de las paredes, había distintos animales disecados. Por lo demás, se encontraba un rincón con sofás y una mesa baja, así como distintas mesas con sillas distribuidas por la estancia, tal vez para echar partidas de cartas o lo que se terciara. En una esquina, había una torre de sillas apiladas que seguramente utilizarían en reuniones del club.

—Buenos días, amigos. Venimos ahora mismo de la armería. Nos han dicho que este es el lugar idóneo para preguntar por un aficionado a la caza de alces.

—¿Amigos? ¿Desde cuándo los del FBI son nuestros amigos? Sí me gustaría serlo de la morenita que te acompaña —dijo acompañando su brillante comentario de una sonrisa mirando a sus acólitos, los cuales respondieron riendo con carcajadas excesivas—. Ven aquí y siéntate en mis rodillas.

—¡Ni lo sueñes! Antes…

—Kisha, no —le dijo Bill mirando hacia ella y agarrándola con suavidad por el brazo.

—¡Uy! Perdóname, no sabía que era tu novia.

—Verán. Créanme que no venimos con ánimo de molestarles ni quitarles más tiempo, solo queremos preguntarles por Arlington o Arlie, no sé cómo estarán habituados a llamarle, un tipo de Nueva York que suele venir a cazar por aquí.

—¡Menudo mamarracho! —dijo uno de los del grupo—. No ha vuelto por aquí. Tal vez porque la última vez le quedó bien claro que no nos gustan los idiotas como él que se creen más listos que el resto porque viven en la gran ciudad. ¿Por qué le buscan?

—Digamos que ha sido un chico malo. No puedo darles más datos.

—Pues sea lo que sea, ojalá le pillen. ¡Me cago en su puta madre! Pues no me puso la navaja en el cuello la última vez, el gilipollas…

—Bruce, tranquilo, vale —le dijo el que Bill había identificado como el cabecilla del grupo—. ¿Qué es lo que necesitan?

—No mucho en realidad. Solo saber si está en alguna de esas fotos que

tienen en la pared y hacerles algunas preguntas cortas y sencillas.

El tal Bruce se levantó como un resorte y se dirigió a por una de las fotos. Bill y Kisha le siguieron.

—Este es el imbécil.

—¿Le importa que haga alguna foto? —preguntó Kisha.

—Adelante. Haga las que le de la gana. Y si le empapelan, denle recuerdos míos.

Kisha cogió su móvil y tomó fotos de varias de las imágenes que había en las paredes. Arlington salía en varias de ellas junto a otros cazadores.

—Entiendo que es un tipo problemático —dijo Bill.

—Eso se queda corto. Siempre viene alardeando y tratando de decirnos cómo hacer las cosas. Es inhumano lo que le hace a los animales. Vale que nosotros los cazamos y les damos muerte, ¿eh? No somos unos benditos. Pero una de las premisas que tenemos es la de provocarles siempre el menor sufrimiento. Pero ese chalado no lo entiende. Le encanta llenarse de sangre y torturar a los animales. Por eso entre otras cosas hemos discutido más de una vez. Por su culpa, los forestales han pasado por aquí en alguna ocasión a recordarnos las normas y las zonas habilitadas para la caza, ¡cómo si no lo supiéramos!

—¿Cuándo fue la última vez que vino por aquí?

—Hará unas dos o tres semanas, más o menos. Pero ha habido otras temporadas en las que no ha venido y ha vuelto a aparecer al tiempo, como si creyera que nos olvidamos de él y que vamos a recibirle con los brazos abiertos.



En cuanto salieron del club de caza, se dirigieron a comer algo a uno de los restaurantes cercanos. Era ya bastante tarde. El día se había ido como colándose por las rendijas de su consciencia de manera sutil, transcurriendo a un ritmo apacible pero también veloz, por lo rápido que se había ido la jornada. Desde que se encontraran a primera hora esa mañana en la recepción del hotel Soreham, habían transcurrido ya algo más de ocho horas.

Estar inmersos en la investigación había contribuido a limar las aristas que habían aparecido entre ellos después de la extraña conversación de la noche anterior.

Necesitaban estar centrados en algo ajeno a ellos y revivir la cotidianeidad pero también la adrenalina que tantas veces habían experimentado siendo compañeros de trabajo.

Se sentaron a la mesa y pidieron con premura algo rápido para comer. Todavía les quedaban al menos otras tres horas de coche hasta Nueva York. Bill se puso en contacto con el detective Stevens para ponerle en antecedentes. Por su parte, Kisha enseguida llamó a Tyrell para decirle lo que tenían. Este le pidió que le enviara las fotos lo antes posible para compararlas con las que había conseguido John y que le había hecho llegar instantes antes. Comprobaría, sin demorarse lo más mínimo, si había algún Arlington entre el listado de nombres que tenían de los trabajadores relacionados con el centro de desintoxicación por el que había pasado Linda Williams.

Todos, sin comentarlo, experimentaron la sensación de estar avanzando en la dirección correcta, a excepción de Wynona que no había podido dedicar ni un minuto a lo único que realmente le interesaba. Seguía inmersa en un aburrido caso que no le suponía ningún desafío como investigadora. La parte buena era que estaba a punto de dar por finalizado su trabajo con ese cliente en concreto, ya que había obtenido la

información que buscaba. Suponía que las fotos que había conseguido le proporcionarían un más que jugoso acuerdo en el divorcio que no tenía ninguna duda que se iba a producir. Esperaba que la compensación que ella y Ty recibieran fuera también acorde.

Una llamada a la comisaría del número doscientos treinta de la calle veinte al oeste de la Quinta Avenida cambió el estado de ánimo de aquel singular grupo que se había reunido para investigar los dos asesinatos previos.

Capítulo 40 Bronx

Ya iban de viaje de vuelta cuando el detective Stevens llamó extraoficialmente a Bill para comunicarle que habían encontrado una nueva víctima, esta vez en el barrio del Bronx. El del FBI puso el manos libres para que Kisha también lo oyera.

—Stevens, estamos con el manos libres. Te escuchamos los dos.

—Hola a los dos. Siento tener que llamaros para esto, pero por desgracia tenemos un nuevo cadáver. He salido un momento para que no me vieran. He llamado primero a Wynona y se lo he dicho brevemente. No puedo entretenerme mucho con vosotros.

—No te preocupes, lo comprendemos.

—Puede que os parezca increíble, pero tengo la impresión de que el nivel de violencia cada vez es mayor. Esto es una puñetera carnicería. Lo que le ha hecho a esta pobre mujer… ¡Joder! Es un puto sádico.

Kisha se estremeció al escucharle.

—¿Dónde se ha producido el suceso esta vez? ¿En qué zona de Nueva York?

—Esta vez ha sido en El Bronx, en un apartamento desocupado cerca del zoológico.

Os mando la ubicación. Ya se nos ocurrirá más tarde una excusa de por qué estáis aquí.

Bill colgó el teléfono.

—Está en plena escalada de violencia —dijo Kisha.

—Me temo que sí. Se han acortado los tiempos, además.

—Me resulta curioso que deje una víctima en cada barrio de la ciudad. Es como si quisiera sembrar la ciudad de cadáveres, de forma simbólica.

—Sí. Y puede que sea algo estúpido, pero creo que está rodeando Manhattan. Es como si su mensaje fuera que el peligro se cierne a su alrededor.



Cuando por fin lograron llegar a la ubicación que les había hecho llegar Stevens, el forense ya había procedido al levantamiento del cadáver. Bill tenía intención de visitar al día siguiente las escenas de los crímenes anteriores, a pesar de los días pasados y de saber que ya no quedaba nada allí. Ahora se encontraba de manera sorpresiva con un escenario fresco que le podría dar importante información.

Físicamente, la mujer guardaba parecido con las anteriores, aunque daba la impresión que ese aspecto había perdido importancia, puesto que también se

observaban ciertas diferencias, la más relevante la edad que suponían que tenía, mucho más joven que las anteriores. El lugar estaba cubierto de sangre por todas partes. El abdomen volvía a ser el centro de la ira, donde más cuchilladas y quemaduras se apreciaban, pero también había cortes en la cara y los brazos esta vez.

Y le había reventado un glóbulo ocular.

—Ella no puede estar aquí —señaló Michael Rufo, al ver que se aproximaban Bill y Kisha—. Es una civil.

—Les he invitado yo —dijo Stevens sin dar más rodeos. Al del FBI le sorprendió el cambió brusco respecto a lo que había dicho unas horas antes acerca de inventarse alguna excusa cuando se presentaran en la escena del crimen—. Estamos atascados y se nos acumulan los cadáveres, Mike. No nos viene mal un poco de ayuda y ella tiene experiencia en homicidios. Si tienes algún problema, se lo dices al jefe porque ya todo me da igual. Y si te ves con ánimos de resolver esta mierda tú solo, me avisas y me pillo unas vacaciones que buena falta me hacen.

El policía soltó toda aquella perorata del tirón, casi sin respirar. Era más que probable que hubiera alcanzado tal punto de saturación que necesitara desahogarse.

Convivir con la mediocridad y la inoperancia desborda las resistencias de cualquiera con un mínimo gusto por las cosas bien hechas.

—Bueno, hombre, no te pongas así. Me parece irregular y en eso no me puedes quitar la razón. Pero si tú asumes las consecuencias, yo siempre podré decir que te lo advertí y no me hiciste ni caso.

—Tranquilo, Michael. Ya sé que tú no te mojas por nadie. Asumo toda la responsabilidad, igual que asumo todo el trabajo que deberíamos hacer entre dos.

—Te estás pasando John, te lo advierto.

—Bueno, señores, ¿qué tal si nos centramos en lo que tenemos aquí? —dijo Bill.

—¿Y éste quién es? —preguntó Michael Rufo.

—Soy Bill Zucherinni, agente especial del FBI —dijo tendiendo su mano al interpelado. Este le devolvió el saludo con un gesto opaco y un insulso apretón de manos.

—No le hagas ni caso —dijo John con desprecio—. Ya no tiene ni modales.

Acababan de discutir una vez más porque Michael Rufo había insistido que no debían acudir a un aviso que estaba en la jurisdicción de otra comisaría. Sin embargo, era evidente que su presencia allí era ineludible. Una vez más había una nota escrita con el mensaje de siempre: "He muerto por culpa de Kisha Jennings". El vínculo era nítido.

—¿Os habéis fijado en una cosa? —preguntó Kisha al ver la nota.

—¿A qué te refieres? —preguntó John.

—La letra de las notas. Creo que la de cada una es diferente.

—Las escriben las víctimas antes de morir —dijo Bill.

—Eso es lo mismo que yo estaba pensando. Creo además que el asesino está degenerando de forma muy rápida. Ya no solo porque el nivel de violencia sea cada vez mayor en apariencia ni porque los períodos entre cadáveres sean más cortos, que también, sino específicamente porque ni siquiera le preocupa cumplir su premisa inicial, es decir, que la víctima se parezca a mí lo máximo posible. Al principio fue muy cuidadoso con ello, pero parece que ya le da igual. Es más, a pesar de la tela glerosa ocular que se forma después de la muerte, se aprecia que esta chica no tenía los ojos de color oscuro, sino que parecen de un azul muy claro.

—¿Os habéis fijado si se ha llevado algún trofeo esta vez? —preguntó Bill.

—No lo tenemos claro. En el caso de la segunda víctima, se llevó un pendiente o eso creemos. Por el momento, en el caso de esta somos incapaces de saber si se ha llevado algo. Habrá que esperar, pero no lo parece.

—Tal vez haya dejado de tener importancia —dijo Kisha.

—Lo dudo. Si le gusta coleccionar trofeos, no va a dejar de hacerlo. Puede que sean cosas menos evidentes: un anillo, un colgante, una barra de labios… Ese tipo de objetos no se echarían en falta —terminó

Bill.

—Ha cambiado también el lugar en el que dejar el cadáver. Ya no es un hotel, sino un apartamento —señaló John.

—Es cierto. Sin embargo, si es un técnico de mantenimiento, puede que conociera de su existencia porque ha estado con anterioridad en el edificio. Al fin y al cabo, por su trabajo seguro que recorrerá distintos lugares de la ciudad y los alrededores.

—Conoce muy bien la ciudad porque se mueve mucho por ella. Y eso no nos viene nada bien. Tenemos que averiguar cuanto antes para que empresa trabaja. Al menos así, podremos estrechar más el círculo sobre él.

Capítulo 41 Dilemas

Regresaron al hotel más tarde de lo esperado. Ambos estaban agotados. Fueron a tomar algo para cenar en un restaurante de comida rápida cercano. No querían invertir demasiado tiempo en ello, solo querían descansar en la medida de lo posible.

Estuvieron hablando todo el tiempo del caso, obviando cualquier tema personal, como si nada hubiera pasado, como si la noche anterior todo lo que Bill había dicho lo hubieran olvidado.

Subieron en el ascensor casi sin mirarse, pero sin ninguna causa en particular. Los temas de conversación parecían agotados en aquel momento. Justo cuando llegaron a la puerta de la habitación, Kisha le hizo una pregunta.

—¿Por qué me dijiste eso en el club de caza? —preguntó divertida con una sonrisa.

Cuando había empezado a ponerse tensa debido a los comentarios que le habían hecho, Bill se había aproximado a ella y le había dicho casi en un susurro: “dispara, si te atreves. Yo te cubro”.

—¿Te sirvió?

—Claro, ¿no te diste cuenta?

—Pues entonces ya sabes por qué te lo dije. Que descanses, Kisha.

—Hasta mañana, Bill.

Entró en la habitación y se dio una larga ducha. Sin embargo, como ya sabía, el agua no hace milagros y la sensación de miedo no había desaparecido con ella. Después de haber visitado la escena del último crimen y haber presenciado en primera persona todo aquel horror, le había entrado el pánico. Si ella era un objetivo, más le valía estar preparada. Sin duda, había hecho muy bien en adquirir la Smith & Wesson, un arma que, por otra parte, conocía bien.

Llamó a Derek. No habían hablado en todo el día, aunque sí se habían estado comunicando a través de mensajes de texto. Estuvieron hablando largo rato. Él seguía preocupado por las circunstancias y quería que volviera cuanto antes a Los Ángeles.

Cada vez veía con peores ojos que continuará al otro lado del país y le costaba mucho comprender sus motivos.

Lo que no sabía era que ni ella misma lo hacía.

—Ya tengo hablado con el estudio y con las galerías que estoy pensando en tomarme unos días para volar a Nueva York. En cuanto terminemos un par de cosas, me voy para allá. No puedo dejarte sola en esto.

—Derek, no te preocupes. Estamos cerca. Tenemos datos nuevos y tiene pinta que lo vamos a cerrar pronto. Además, Bill ya se había encargado de ponerme vigilancia antes de venir. Ahora está aquí y no se despega de mí en todo el día. No creo que nadie en su sano juicio se atreva a acercarse a mí.

—Pero tú ya no deberías estar en esto. Tú ya no eres policía, eres una civil más como otra cualquiera.

—Como otra cualquiera no, porque el nombre que aparece en las notas es el mío.

—Peor me lo pones. Esto empieza a sonarme a lo de siempre, no es por nada. Y ya sabes como han terminado las cosas en otras ocasiones —comentó frustrado.

—Derek, en serio. No quiero que te preocupes. Eso no te va a servir para nada.

Cambiemos de tema y háblame de cómo te ha ido el día, ¿vale? Estoy segura de que es mucho más interesante que lo que yo te pueda contar en este momento.



Kisha se había acostado poco después de hablar con su pareja. Estaba agotada de todo el día, pero al mismo tiempo, notaba que su cabeza no podía parar de dar vueltas.

Varias cosas la mantenían alterada, pero aparte del miedo que ocupaba cada segundo de su tiempo en esa nueva situación, había otra que se le había colado en la mente y que no podía dejar de lado. Bill le había dicho no podemos terminar así nuestra relación.

Terminar era un más que evidente sinónimo de ponerle fin a algo, por mucho que él se hubiera esforzado en quitarle importancia a lo que había dicho. Ese otro miedo era el que más le preocupaba ahora: el miedo al abandono, el miedo a otra pérdida importante en su vida, el miedo a la ausencia, el miedo a que Bill ya no quisiera formar parte de su entorno.

Después de casi dos horas desesperantes, se levantó de la cama.

Salió de la habitación. Se detuvo ante la puerta del que había sido su compañero durante tantos años. Tal vez no era buena idea llamar, pero tampoco perdía nada.

Desde que se habían reencontrado el día anterior en la cafetería notaba que sus sentimientos por él eran distintos a los habituales. Lo que le dijo por la noche, sin embargo, la había destrozado. La jornada había sido rara debido a todo aquello, a que Bill y Kisha, Kisha y Bill, ya no eran ni sentían por el otro exactamente lo mismo que hacía unos años.

Finalmente llamó de forma suave. No quería despertarle pero, si estaba en vela como ella, oiría los suaves golpes. Unos segundos después, abrió la puerta.

Él la miró como si supiera que iba a acudir a él. Una batalla se abrió en su interior, hacer lo correcto frente a lo que le pedía a gritos el cuerpo, pensar en ellos dos o pensar en los demás, sufrir o dejar que otros fueran los que sufrieran. Era una batalla en la que, como suele suceder, todos acabarían perdiendo en alguna medida.

—No puedo dormir.

Suspiró clavando sus ojos en los de ella.

Bill abrió la puerta y la dejó pasar.

Capítulo 42 Todo cambia en un instante Kisha se fijó en que la habitación era prácticamente igual a la

suya, como dos almas gemelas, como una imagen

simétrica en un espejo. Dos habitaciones separadas

por una sencilla pared, divididas por un inoportuno

tabique, como dos almas a una distancia estrecha

pero que aun así parece insalvable.

Una metáfora de ellos dos en aquel instante.

—¿Por qué dijiste esta mañana que nuestra amistad no puede terminar así?

—Kisha, no lo dije por nada.

—No me mientas, Bill. Nos conocemos demasiado bien. No he podido dejar de pensar en ello en todo el día. Estás considerando alejarte de mí. Te has cansado, ¿es eso?

Tranquilo, lo comprendo, supongo que al final todo el mundo lo hace.

Él se quedó mirándola en silencio. No sabía bien qué decirle. Estaba provocándole.

Ya se lo había dejado bien claro la noche anterior. Le había explicado sus motivos, aunque no le hubiera comentado que, en cuanto resolviesen el caso de Nueva York, desaparecería por su propia salud mental y emocional. Ya llegaría el momento de decirlo, pero no era ese. Lo de por la mañana había sido un inoportuno lapsus.

No sabía bien que es lo que esperaba que le dijera.

—No puedo seguir con esto. Creo que ya no. Tienes a Derek y seguro que seréis muy felices. Él te mantiene alejada de lo que te hace daño, Kisha. Deberías ser capaz de verlo.

—Sí, tengo a Derek. Pero él no eres tú. Tú me dijiste que era la mejor opción para mí, pero creo te equivocabas. A veces siento que Derek me mira con compasión, como si fuera su obra de caridad. Tú nunca lo has hecho.

—No digas eso. Sabes que él te quiere. Estás siendo muy injusta.

—Sí, es cierto, me quiere. Y yo a él, pero eso no significa que seamos lo mejor el uno para el otro. Tú sabes que sale huyendo en cuanto aparecen los problemas. El otro día hablando con Stephen me di cuenta cuando lo dije casi sin querer. Con él me siento como una convaleciente a la que hay que cuidar. Tú no me haces sentir así.

—¿Y qué quieres que haga yo? Es algo que tendréis que hablar vosotros.

—No lo entiendes todavía. Creo que mi cerebro ha estado tratando de enviarme un mensaje. Llevo semanas soñando contigo, Bill. Tú me conoces bien. Sabes que no me gusta demasiado quién soy ni cómo soy y estoy trabajando en ello mucho con Stephen porque él dice que tengo que aprender a quererme a mí misma. Cuando él me pregunta qué me gusta de mí, siempre intento verme a través de tus ojos porque tú siempre has sido capaz de ver algo que otros no pueden. Los demás solo parecían apreciar mi mal carácter, mis malas contestaciones y todo lo malo que hay o había en mí que sé que es mucho. Pero tú no.

Bill se quedó cabizbajo un momento.

—Creo que vales mucho de verdad, Kisha. Siempre lo he creído, desde el primer momento que nos conocimos. Y siempre he sabido que tenías fantasmas en tu interior con los que tenías que luchar. He visto como los dominabas durante la mayor parte del tiempo, porque eres fuerte y eres una luchadora.

—A eso me refiero.

—Pero no puedo estar ahí siempre para ser tu clavo ardiendo al que agarrarte cuando todo lo demás se viene abajo. Y ya te lo dije ayer, que he procurado conformarme. Pero no quiero ser solo tu amigo. Ya no. Ya no puedo. Lo he intentado todos estos años y casi llegué a conseguirlo —dijo con un suspiro.

Notaba como dentro de él había una tormenta de emociones que amenazaba con hacerle flaquear. Aquella conversación le estaba resultando realmente difícil. Se armó de valor antes de continuar, porque confesar lo que sentimos es un auténtico acto de valentía.

—Nadie va a quererte de la forma tan incondicional como yo te he querido, Kisha.

De eso estoy seguro. Me he dado cuenta de que, cuando me trasladé a

San Francisco, no lo hice para estar más cerca de Darlene, sino de ti. Y eso es un error. No puedo vivir eternamente a tu sombra. Tengo que pasar página. Estos últimos días he sido consciente de que cuando ella me propuso vivir juntos y dar un paso, me sentí asfixiado porque sentí que ahí se terminaban mis opciones para estar contigo, unas opciones que realmente nunca he tenido. Si hubiéramos tenido un hijo como creía, se habría cerrado la última puerta porque yo no soy de los que abandonan.

Kisha se quedó sorprendida ante lo último que había dicho.

—¿No está embarazada?

—No. Era una falsa alarma. Se le había retrasado el período, nada más.

Ella le miró sin saber bien qué decir. ¿Se alegraba? Sí, no lo podía negar, a pesar de que tenía la sensación de que ese no era precisamente un sentimiento adecuado en ese instante.

—Lo siento por ti. Supongo que te habías ilusionado.

—Supongo que sí, en cierta medida. Pero en realidad no estoy seguro. No sé si es lo que quería en este momento. Da igual, por la última conversación que hemos tenido, creo que nuestra relación no va a ir mucho más allá. No voy a irme a vivir con ella para tratar de olvidarte. No sería justo para ninguno. Puede que sea momento de empezar de cero, cerrando puertas.

Ella se acercó un poco más a él.

—No lo hagas, Kisha, por favor —le dijo adelantándose a lo que intuía que iba a hacer—. No puedo estar en medio de dos fuegos. Va contra quien soy. No puedo permitirme hacer daño a otras personas. Tendrás que aclarar tus ideas. Los demás no podemos hacerlo por ti.

Capítulo 43 Escalada

Ninguno de los dos consiguió descansar demasiado. Muchas dudas habían quedado abiertas, muchos sentimientos encontrados, una incertidumbre que se había abierto causando una hemorragia por la que se escapaban poco a poco algunos deseos y esperanzas.

El amor puede ser una montaña de ilusiones o un valle de lágrimas.

Ellos estaban en medio de ninguna parte.

En una cueva de lo desconocido.

Trataron de aislarse de aquello, volver a colocarse la coraza porque los dos sabían bien que las emociones interfieren en un trabajo como el que tenían entre manos. Y no podían distraerse. Tenían la impresión de estar cerca de atrapar al asesino, parecía que la pista que habían conseguido el día anterior era de las buenas, de las que sirve para empezar a atar cabos hasta que la investigación queda bien cerrada y envuelta con un lazo.

Pero entonces habían sucedido dos cosas inesperadas. Por un lado, Tyrell no había conseguido localizar a ningún Arlington entre el listado que le había facilitado Bill el día anterior. John Stevens por su parte, también había hecho las oportunas comprobaciones con el mismo resultado. Parecía que estaban como al principio y que aquel esfuerzo había sido totalmente infructuoso.

Por otro lado, había aparecido un nuevo cadáver con una periodicidad mayor que los dos anteriores pero, sobre todo, con un nivel de violencia aún más extremo si es que eso era posible. El asesino estaba en plena escalada y, aunque era posible que eso le llevase a cometer fallos, también lo era la posibilidad de que apareciese una nueva víctima antes de lo que imaginaban.

Ni siquiera tenían un radio de acción, un área en la que delimitar sus actuaciones porque cada vez había elegido un barrio en el que dejar su marca. Esta última víctima había aparecido en un piso de alquiler del Bronx que estaba situado muy cerca del parque zoológico y que se hallaba desocupado en la actualidad.

—En no pocas ocasiones, los asesinos matan en un radio cercano a su lugar de trabajo o al lugar en el que residen, porque es donde se sienten cómodos. Pero este cambia de localizaciones geográficas continuamente —señaló Kisha.

A primera hora de la mañana habían ido al despacho de Wynona y Tyrell. John Stevens no había podido escaparse porque, con el nuevo crimen, estaba hasta arriba de trabajo. Había quedado con el forense a primera hora de la mañana para que le diera los

resultados de la autopsia, aunque no esperaba novedades al respecto. Luego iría a ver a los del laboratorio, los cuales estaban comparando algunas de las diferentes muestras que habían encontrado en los distintos escenarios, especialmente los restos de semen, por si había

coincidencia entre los donantes de algunas de las muestras recogidas en las dos escenas anteriores.

—Lo que me sorprende es que no hayas encontrado a ningún Arlington entre los trabajadores del centro, ni siquiera con el listado que consiguió John.

—Pues Billy, si este grandullón no lo ha encontrado, créeme que entonces es que no lo hay.

—¿Billy? —le preguntó el del FBI extrañado. No le llamaba nadie así desde que era un crío.

—No te lo tomes a mal que te lo digo con cariño —respondió la pelirroja guiñándole un ojo.

Bill sonrió complacido.

—Se me ocurre que tal vez no lo he encontrado porque no sea un trabajador fijo, sino eventual —dijo Tyrell.

—Pero ya tenemos el listado también de los trabajadores de las empresas externas.

Debería aparecer ahí, salvo que Arlington o Arlie no sea su nombre real.

—No me refiero a eso. Lo que quiero decir es que cabe la posibilidad de que haya sustituido a un trabajador fijo de manera esporádica, tal vez por vacaciones o por una enfermedad.

—Un trabajador temporal.

—Pudiera ser.

—Si me conseguís eso, los trabajadores sustitutos que han pasado por el centro en las últimas seis semanas, por ejemplo, trataré de localizarle.

—De todos modos, mientras nos llega esa información, creo que estaría bien enseñarles las fotos que hicimos ayer a la amiga de la primera víctima.

—¡Buena idea! Podemos ir nosotras dos —dijo Wynona.

Kisha miró a Bill. La detective pilló al vuelo lo que aquella mirada significaba.

—Bueno, si preferís ir la parejita juntos, no hay ningún problema.

—No, está bien así. Pensaba que tenías trabajo y me ha sorprendido, nada más —dijo Kisha.

—Ya —dijo Wynona con una sonrisa de lado.

—Yo voy a hablar con un par de contactos que tengo en el FBI de Nueva York.

Intentaré pasarme por sus oficinas y a lo mejor consigo algo que nos sirva. Os veo más tarde. Tened cuidado, ¿de acuerdo? No os confiéis —les recomendó Bill.

—Tranqui, cuidaré de la morenita.

—Sé cuidarme sola, Winnie.

—Lo pillo, "Kishi"

—Ya empezamos —dijo Tyrell suspirando y poniendo los ojos en blanco.

—Tú calla grandullón que esto no va contigo. Haz tu magia y encuéntranos a ese desgraciado. Vamos, se acabó perder el tiempo. Tenemos un psicópata que pillar porque si esperamos que lo hagan los de la policía de Nueva York, creo que antes se tiñen de rubio todas las mujeres morenas del estado. Nos vemos luego aquí.



—Siento haberte arruinado los planes.

—No sé a qué te refieres.

—A lo de irte con Mister FBI. Empiezo a pensar que tenéis un rollo raro vosotros dos. No sé si tu novio el rico está al tanto, aunque tampoco es de mi incumbencia.

—Tú lo has dicho, no es de tu incumbencia —respondió Kisha cortante y molesta.

—¡Vaya! Sí que tienes mala leche, tía. Por algo tu fama te precede, desde luego.

—Muy graciosa. Pues no tenses la cuerda si no quieres verme realmente cabreada.

Wynona la miró de reojo. Iba conduciendo y, con el tráfico que había, no podía despistarse. Pero la expresión de su cara desde luego era todo un poema.

—¡Joder! ¿Te has acostado con él?

—¿Qué? ¡Por supuesto que no!

—Es mentira y lo sabes. ¡Qué fuerte! Debo reconocerte que no tienes mal gusto. Billy no está nada mal tampoco.

—Nos acostamos una vez hace muchos años. Si es a lo que te refieres. Pero nada más.

—Ya. Bueno, ya sabes lo que dicen, cuando has probado la carne prohibida, siempre te quedan ganas de más.

—¿Por qué siempre te inventas las frases?

—Porque no me gusta decir lo mismo que el resto. Bueno, espero que estés centrada que tenemos trabajo por delante. Ya por la noche en el hotel, haced lo que os de la gana.

Tyrell se había encargado de llamar a la amiga de Linda Williams para avisar de que iban de camino hacia su domicilio para enseñarle algunas fotos, por si reconocía a alguno de los hombres que salían en ellas y lo identificaba como el empleado del que les había hablado a Kisha y a Bill.

—Hay una cosa que no me cuadra —dijo Kisha cuando ya estaban en las inmediaciones de la casa de la amiga.

—¿El qué?

—Si estamos en lo cierto y el hombre que nos dijeron en la armería es el asesino, tal y como creíamos, no me cuadra que hablara con Linda en el centro. Es decir, la amiga nos dijo que hablaban con frecuencia, pero Arlington es imposible que tenga tantas habilidades sociales como para engatusar tan fácilmente a alguien, y menos a una mujer con una vida social rica. Es hostil, brusco, está enfadado con el mundo porque se siente inferior y por eso también busca atención y reconocimiento. Intenta demostrar a los demás que es mejor que ellos y lo hace de una manera poco sutil, pavoneándose y humillándoles si puede. Tanto en la armería como en el club de caza lo describieron como alguien insufrible con quien no se puede estar. Seguramente en su trabajo trata de pasar desapercibido.

Wynona reflexionó acerca de lo que acababa de comentar la ex policía.

—Tienes razón. En este caso, hemos caído incluso en la suposición de que podría haber estado con él durante los días que la familia no supo nada de ella. Para lograr eso, el tío tiene que ser un manipulador de primera.

—Exacto. Vamos a ver qué nos dice cuando le enseñemos las fotos del club de caza.

Pero no estaría de más que le mostremos el resto de las fotografías del personal ahora que las tenemos.

Aparcaron en las inmediaciones de la vivienda en la que ya les esperaba la amiga de la fallecida.

—Gracias por recibirnos otra vez —dijo Wynona.

—No hay problema. Ojalá sirva para atrapar al que le hizo eso a Linda —respondió Nancy Brown, la amiga con la que habían hablado Kisha y Bill apenas dos días antes.

—Tenemos unas fotos en las que aparecen varios hombres y nos gustaría que nos dijeras si alguno de ellos es el que solía hablar con Linda tal y como nos comentaste al agente del FBI y a mí.

Nancy tomó la primera de las fotos tomadas en el Club de Caza. Era la instantánea en la que Kisha consideró que se veía mejor a Arlington, y se la pasó para que la observara con atención. No era una fotografía de extraordinaria nitidez, pero se distinguían sin problema las facciones de la cara.

—No, no es ninguno de estos, estoy segura.

Wynona y Kisha se miraron entre ellas con decepción.

—¿Podrías echar otro vistazo a ver si te suena alguno de ellos? —preguntó la detective.

Nancy procedió a mirar nuevamente la instantánea que tenía en las manos. De pronto pareció fijarse más en un punto concreto.

—No está el hombre que os comenté, pero hay uno que estuvo arreglando las plantas en el centro.

—¿Podrías señalarlo?

—Es este de aquí.

Capítulo 44 Atando cabos Parecía que por fin tenían un indicio que seguir, una pista fiable. Nancy Brown

había reconocido a Arlington en la foto. A pesar de

que desconocía su nombre porque no había hablado

nunca con él, estaba segura de que aquel que

aparecía en la imagen era el mismo que el jardinero

que vio más de una vez cuando estuvo

desintoxicándose de su adicción a la oxicodona.

—Bill tenemos una coincidencia. La amiga de Linda ha identificado a Arlington en una de las fotos que tomé en el Club de Caza. Sin embargo, dice que no es el técnico de mantenimiento que hablaba con Linda, sino un jardinero que también trabajaba allí de forma esporádica. Te parecerá una locura, pero esto me cuadra más —le dijo en cuanto descolgó el teléfono.

—A mí también. No creo que Arlington tuviera las habilidades sociales para engatusar a la víctima. Un trabajo de jardinero en el que no necesita relacionarse con nadie cuadra más con su perfil.

—Eso mismo había pensado yo.

—Y tengo otra teoría un poco loca que quiero compartir contigo, pero antes me gustaría que me dijeras si le habéis enseñado en algún momento las fotos del resto de empleados. Porque las habéis llevado también, ¿verdad?

—Sí, así es. Ha identificado a uno. Según el listado, se llama Patrick Sanders. Este sí es el tipo al que se refería cuando hablamos con ella. Es muy atractivo e imagino que está acostumbrado a conquistar a mujeres con cierta facilidad. Creo que sé cuál es tu teoría.

—¿Eso crees? Pues adelante, dispara si te atreves —dijo Bill con una sonrisa. Habían trabajado tanto tiempo juntos que casi se leían el pensamiento.

Ella sonrió, recordando el momento en el club de caza.

—Estás pensando en un equipo.

—Como me conoces, ¿eh?

—Yo también lo estaba pensando. Tenemos un equipo de asesinos con una relación desigual de dominación. Uno se encarga de captarlas y el otro es el que las mata.

—Eso es exactamente lo que iba a decirte. Y lo bueno es que los tenemos casi localizados. Hemos hecho lo más difícil que era identificarlos. Ahora solo nos queda dar con ellos. Y presiento que coger a Arlington no nos va a costar demasiado.

—Wynona ha llamado a Tyrell para que investigue en sus redes sociales y en internet a ver que encuentra sobre ellos.

—Estupendo.

—¿Dónde estás?

—En las oficinas del FBI de Nueva York. Quería ver a Jimmy que fue quien se encargó de tenerte vigilada en lo que yo venía.

Kisha cerró los ojos y sonrió. Bill siempre hacía eso, estar en la sombra asegurándose de que ella estuviera bien. Una idea pasó fugaz por su mente: ¿por qué todavía tenía dudas de quién era mejor para ella?

—Me imagino que querrá cobrarse el favor.

—Bueno, se lo he servido en bandeja.

—¿Y qué has hecho? ¿Le has ofrecido servicios carnales?

—Ja ja ja, veo que estás muy graciosa. No, en realidad he aprovechado para hablarles de Tyrell y de Wynona, especialmente del primero. Creo que podrían tener al mejor analista de datos de la ciudad y todavía no lo saben. Además, les he contado el caso de nuestra joven detective para ver si se puede hacer algo, por un lado respecto lo de la posible corrupción dentro de esa comisaría y, por otro, si existe la posibilidad de que pueda tener alguna opción de entrar en la academia. Creo que lo suyo fue algo muy injusto. John Stevens me ha dicho que él me ayudará en todo lo necesario porque, por otra parte, tiene pensado pedir el traslado a otra ciudad donde pueda empezar de cero.

—Bill el de la liga de la justicia.

—No te pases, que soy de carne y hueso, no un personaje de Marvel.

—Deberías saber que los personajes originales de la liga de la justicia son de DC

Comics.

—¿Y esta vena friki? ¿Es nueva? —preguntó extrañado a la par que divertido.

—He tenido mucho tiempo libre en los últimos meses.

—Sí, eso está claro. Creo que demasiado.

—Tengo que dejarte —dijo Kisha. Según pronunció aquellas palabras que parecían tan inofensivas sintió una punzada en mitad del pecho. No podía dejar que Bill desapareciera de su vida.

Tenía que tomar una decisión y debía hacerlo cuanto antes.



En cuanto Wynona terminó de hablar con Tyrell, Kisha le habló de la nueva teoría en la que habían pensado Bill y ella. Esta estuvo de acuerdo en que podía ser plausible. No obstante, habría que esperar a ver qué encontraba su ayudante sobre ellos. La conexión desde luego era fácil de establecer, porque ambos habían coincidido trabajando en el mismo centro.

—Intuyo que si estáis en lo cierto, el que se puso en contacto por carta con el Asesino del Ocaso en la cárcel fue el alpha de los dos. Será el que esté orquestando todo.

—Tiene pinta. Además, Arlington habría dejado de ir a cazar aproximadamente cuando empezaron los asesinatos. Encontró otro modo de saciar su sed de violencia.

—¿Te suena de algo la foto de alguno de los dos a ti, Kisha? Tal vez interrogasteis a alguno de los dos en Los Ángeles en alguna ocasión.

Kisha miró con atención la foto de ambos sospechosos. Habían interrogado a tanta gente a lo largo de los años que era casi imposible que se le hubiera grabado ese rostro en concreto.

—No, creo que no. Es muy difícil acordarse de algo así después de tanto tiempo, salvo que captara tu atención por algún motivo concreto.

—Supongo que sí. Era por probar otra opción más.

Entonces sonó el teléfono de Wynona.

—Es Ty. Voy a cogerlo enseguida antes de que me riña porque dice que nunca me entero cuando me llama.

Kisha le sonrió cómplice.

—¡Hola, caracola! Espero que tengas un buen motivo para osar molestarnos. ¿Qué?

De acuerdo. Voy a llamar a Stevens a ver si puede reunirse con nosotros y le digo a Kisha que llame a Bill. Nos vemos en un rato y nos lo cuentas todo.

Acto seguido colgó.

—Parece que tenemos algo.

Capítulo 45 Los tenemos

En menos de una hora, estaban todos reunidos en las oficinas de los investigadores privados. Componían un grupo variopinto sin lugar a dudas: una policía expulsada del cuerpo, una ex policía que había abandonado el cuerpo, un agente del FBI, un policía en activo que quería pedir un traslado y un licenciado en Harvard que tenía un trabajo muy por debajo de sus cualidades y posibilidades. Si lo hubieran hecho adrede, no les habría salido más variado.

—Yo os cuento lo que he encontrado y vosotros ya sabréis cómo proceder al respecto, ¿de acuerdo?

—¡Por supuesto!

—En primer lugar tenemos a Arlington Lewis. Nacido y criado en Nueva York. No he encontrado nada que me indique que haya vivido en ninguna otra parte. En el colegio y el instituto no le fue demasiado bien. Los estudios nunca fueron lo suyo. Al final hizo distintos cursos de formación para distintas profesiones. Gracias a uno de ellos, se colocó de jardinero a través de un programa de inserción laboral y lleva ya unos años en esa empresa.

—Hasta ahora nada reseñable —dijo Bill.

—No, pero ahora viene lo gordo. Cuando me he puesto a cotillear sus redes sociales me ha faltado poco para vomitar. El tío es un radical y un misógino consagrado. Hace alarde de la violencia sin tapujos. Ha subido muchas fotos con animales muertos y él mismo cubierto de sangre. Y no duda en comentar cualquier publicación en la que pueda denigrar a las mujeres. Os leo lo que he logrado encontrar en una página de un grupo de ultra derecha. Hay un comentario en el que dice lo siguiente: "a las mujeres hay que enseñarles cuál es su lugar, pues parece que se han olvidado. Si es necesario utilizar la violencia, pues se utiliza. Alguna vez me he sentido tentado de rajarle el cuello a alguna por faltarme al respeto".

—Es probable que sufra o haya sufrido sometimiento por parte de alguna mujer ante la que se siente pequeño e inferior.

—Tal vez es hijo de una madre controladora o una madre narcisista.

—Podría ser. Por eso vuelca su ira contra el resto de mujeres. Puede que sea impotente, por lo que estaríamos ante un sádico que, como ya apunté cuando hablé con John hace unos días, es probable que se masturbe en la escena del crimen.

—Cuando le tengamos bajo custodia y podamos tomar una muestra de ADN, podremos comparar con las recogidas en las escenas del crimen.

—Exacto.

—¿Y sobre Patrick Sanders? ¿Qúe tienes, grandullón?

—Esto a Bill y a Kisha les va a interesar. Patrick Sanders residió en Los Ángeles hasta hace poco más de tres años.

—Eso fue más o menos cuando Jenkins me capturó.

—Eso parece.

—Seguramente conocía el caso por los periódicos.

—Los casos abiertos que os comenté datan de unos meses antes de que te capturase

—apuntó Bill.

Stevens consultó sus papeles.

—¿Cómo has logrado escaparte? —le preguntó Wynona ahora que caía en la cuenta de que era raro que hubiera podido sacar el tiempo

para estar allí con ellos.

—Mejor no preguntes.

—Ha mandado a la mierda al jefe y este le ha amenazado con suspenderle de empleo y sueldo, así que le ha dicho que se tomaba el día libre, con sueldo o sin él —

respondió Bill en su lugar.

Wynona pareció doblarse de la risa.

—No te rías, Winnie, que me van a poner de patitas en la calle antes de que me concedan el traslado.

—¿Cómo que te concedan?

—He solicitado el traslado a Nueva Jersey. Espero que este sea mi último caso aquí.

—¡Qué fuerte! Me alegro por ti. Seguro que te irá bien y te valorarán como mereces.

—Gracias. Bueno, volviendo al tal Patrick Sanders, tenemos a un tipo interesante porque este tiene antecedentes.

—Entonces no encaja con el caso abierto de Los Ángeles porque las muestras de ADN no dieron resultados.

—Igual deberíais volver a cotejarlo porque tiene antecedentes, aunque no por lo que pensáis, sino por conducir ebrio.

—Luego cabe la posibilidad que por eso se fuera de Los Ángeles. Al haber sido detenido en ese momento, podríamos haberle atrapado si es el mismo sujeto.

—Es una posibilidad.

—Y ahora os cuento yo lo que he encontrado. A diferencia de Arlington, sus redes sociales solo reflejan éxito con las mujeres. Casi en cada publicación sale con una diferente.

—Pero nada de eso nos sirve.

—No, eso es cierto —dijo Tyrell—. Pero sabéis que estuvo en contacto con la primera víctima y que hay una conexión con Arlington. Mejor dicho dos, porque frecuenta el mismo club de caza que el bueno de

Arlie. Ahora os toca hacer vuestro trabajo. Si se me ocurre algo más en lo que ayudar, os lo haré saber.

Aquel último dato era posiblemente el más relevante de todos. Aunque se conocieran del trabajo, la conexión que les había permitido formar un equipo en realidad había sido el club de caza. Posiblemente allí el dominador habría captado al otro para utilizarlo en su beneficio.

—Tengo una teoría —dijo Bill—. Seguro que ya habéis llegado a las mismas conclusiones, pero voy a decirlas en voz alta y así me corregís en lo que creáis. Mi teoría es que Sanders es el que orquesta todo, el macho alpha que domina a Arlington, el cual le admirará por su facilidad para relacionarse con las mujeres, algo de lo que él es incapaz. Como es el que tiene antecedentes policiales, no puede arriesgarse a dejar sus restos en las escenas de los crímenes. Por otro lado, Arlington ama la violencia y está deseando ejercerla con las mujeres, así que le permite realizar su sueño y ensañarse con ellas. Apuesto algo a que el corte final del cuello lo realiza él, pero estoy casi seguro de que no vamos a encontrar nada que le vincule al lugar de los crímenes.

—Salvo que logremos que Arlington cante.

Capítulo 46 Momentos decisivos

La maquinaria se había puesto en marcha. Bill estaba tranquilo de que aquel caso pareciera resolverse con bastante prontitud. No obstante, todavía no los tenían bajo custodia y eso significaba que, mientras fuera así, Kisha seguía en peligro.

Cuando se fue con Wynona a hablar con la testigo, no quiso poner objeción pero sintió miedo a que le pudiera pasar algo. No obstante, eran dos mujeres con muchas agallas e iban armadas. Kisha tenía excelente puntería, además, así que trató de convencerse de que todo estaba bien. Cuando las vio de vuelta sanas y salvas en la oficina, se quitó un peso de encima, puesto que se había prometido que no se separaría de Kisha hasta saber que esta se encontraba fuera de peligro.

Mientras se relajaba bajo la ducha, pensaba en todo aquello y en lo difícil que le iba a resultar poner tierra de por medio de una vez y para siempre. Habían sido muchos años trabajando juntos y muchos de ellos queriéndola por encima de sus posibilidades, que es lo que sucede cuando amas a alguien sin condiciones aun a sabiendas de que la otra persona no siente lo mismo por ti.

Salió de la ducha. Se ajustó una toalla alrededor de la cintura y se

secó el pelo con otra más pequeña. Limpió el vaho que se había formado en el espejo. Se peinó y miró la imagen que reflejaba de sí mismo. Observó como el paso de los años iba dejando su huella en su rostro, junto con las preocupaciones y también otras emociones, así como su facilidad para reír, que se empeñaba en dejar esas leves arrugas alrededor de los ojos y en las comisuras de su boca. El tiempo había pasado muy deprisa y seguía atascado en una realidad ya desfasada.

Llamaron a la puerta con suavidad.

Un par de golpes cortos.

Su corazón se aceleró.

Miró en esa dirección.

Sabía de sobra quién era.

Se acercó a abrir, sin tiempo de vestirse. Sin duda no era el mejor atuendo para mantener una conversación seria.

Cuando abrió la puerta, se encontró con una mirada intensa, cubierta por un relámpago que conocía bien de algunos años atrás. Lo que sucediera a continuación, podría cambiar muchas vidas, no solo las de ellos dos.

—¿Puedo pasar?

Era una mala idea. No debía. No podía. Aquella mirada prometía algo que no estaba bien. Él lo sabía. Ella también. Pero es difícil dejar que impere el sentido común cuando lo que más deseas se presenta ante tu puerta con tan solo un fino camisón de raso negro.

Habían pasado muchos años desde que la vio por primera vez, y sin embargo, cada día le parecía que estaba más bonita. Y más sensual. Kisha tenía algo que no había visto en otras mujeres. Tal vez solo fuera su forma de mirarla. Bill tragó saliva. Ella se dio cuenta. Se acercó a él, que esta vez no opuso ninguna resistencia. Ya no tenía fuerzas para ello. Que pasara lo que tuviera que pasar. Siempre era el que hacía las cosas bien.

Tal vez fuera hora de equivocarse. Aunque fuera tan solo una vez.

Kisha le rodeó el cuello con los brazos. Él la acercó un poco más, de tal forma que su piel era capaz de adivinar como se estremecía ella

con su mero contacto. Sintió sus pechos bajo el camisón y pensó que estaba al límite de sus posibilidades.

—Sé lo que quiero, Bill. Te quiero a ti —le dijo apenas en un susurro, acercando mucho su boca a la de él, apenas separadas por un soplo de vida.

Él cerró los ojos un segundo. Se negó a pensar. No tocaba. No era momento de reflexionar acerca del sufrimiento de otros, ni de pensar en la traición o en la deslealtad cuando tantas veces había sido él quien había quedado en el lado de los que pierden por tratar de hacer siempre lo correcto.

Cuando los abrió otra vez, lo vio. Vio esa mirada que pensó que nunca le dedicaría a él. Vio pasión, anhelo. Vio que Kisha sentía lo mismo. Vio que no eran meras palabras, porque la boca miente pero los ojos no. Vio que ella ardía en un deseo salvaje que no iba a parar hasta que lo satisficiera. Porque Kisha era así, apasionada en todas sus formas.

Sus labios se acercaron. Se rozaron. Él colocó sus manos en torno a su cuello, acariciándolo suavemente con los pulgares. La piel de ella erizada, al paso suave de sus dedos. No eran imaginaciones suyas, era algo real. Muy real. Se abrió paso entre sus labios. Ella le atrajo más hacia sí, como si eso fuera posible, como si los límites que dibujaban cada cuerpo pudieran deshilvanarse hasta desaparecer.

Se separó un instante de ella, como si necesitara comprobar que aquello no era un sueño, un espejismo. Los labios de Kisha entreabiertos y sus ojos llameantes se lo confirmaron de un modo incontestable. Era el momento de dejar que fuera otro tipo de lenguaje el que hablara.

Bill retiró uno de lo tirantes con suavidad. Después el otro. El camisón cayó al suelo como si fuera un soplido, ligero como una pluma. Su ropa interior era exigua, de raso como la prenda que ya había caído. La observó embelesado, excitado como no

recordaba haber estado desde la última vez que tuvo el cuerpo de ella bajo el suyo, hacía ya una eternidad.

Comenzó a cubrirla con caricias y besos, recorriendo cada milímetro de su piel, prendiéndola con una chispa de deseo que ardía hasta quemarla. Ella le miraba deseosa, impaciente, impetuosa, presa de una emoción dominadora que quiere imponer su reinado. Le pedía que no la hiciera sufrir más, le pedía que se fundieran por fin en el fuego que les arrasaba. Pero él quería ir despacio, no quería que fuera

apresurado como aquella su primera vez, cuando sucumbieron a una necesidad imperiosa embriagada por el alcohol. Quería sentirla por todos los años que la había deseado, quería hacerla disfrutar hasta el éxtasis, quería redimirse por todas las veces que había soñado con ella sabiendo que estaba fuera de su alcance.

Kisha retiró la toalla que le cubría. Se apretó contra él. Gimió de excitación al sentirle. No podía esperar. No quería esperar. Bill la tomó, ella le rodeó con sus piernas mientras la llevaba hasta la cama. Se tumbó sobre ella despacio, ralentizando cada segundo, cada movimiento, cada instante. Saboreando el presente hasta la extenuación, extrayendo cada mínimo placer y multiplicándolo por mil.

Se deslizó dentro de ella con suavidad, a lo que ella respondió con un jadeo y arqueando su espalda, pidiéndole que no parara, enredando sus dedos en su pelo, atrayendo su boca hacia la suya, comiéndole a besos, bailando a un ritmo que solo ellos conocían.

Transportándoles a un momento perfecto en el que el mundo había dejado de existir.

Abandonándose.

Dejando sus cuerpos extenuados.



Kisha abrió los ojos temprano. Bill todavía dormía. Ella le contemplaba tentada de acariciarle, pero no quería despertarle. Su rostro reflejaba una paz contagiosa. Sin embargo, no era eso lo que pasaba por su cabeza, sino que sus pensamientos iban por unos derroteros muy diferentes.

—Espero que no tengas intención de echarme como la última vez, porque esta es mi habitación, así que no tienes nada que hacer —dijo Bill al abrir los ojos y ver que le contemplaba.

Ella sonrió.

—No voy a irme a ninguna parte. Ya no. Y tampoco tengo una carrera que se interponga entre nosotros.

—Me parece una idea maravillosa.

—Pero ahora no me apetece hablar. Estaba pensando más bien en otra

cosa —dijo acercándose sugerente a él.

Bill pensó que daría lo que fuera por amanecer así cada mañana.

Capítulo 47 IMprevistos

Al día siguiente, Bill y Kisha acudieron a reunirse con Wynona y Tyrell, especialmente para despedirse. Ya no quedaba nada que pudieran hacer allí y tenían cosas pendientes de arreglar en la otra costa.

Ahora estaba todo en manos de la policía de Nueva York. Esa misma mañana estaba prevista la detención de los dos sospechosos para interrogarlos. Sabían que todo de lo que disponían hasta ese momento era circunstancial, pero las muestras de huellas y ADN que les tomaran podría acabar con eso. A Sanders, además, ya lo tenían fichado de su época en Los Ángeles.

Wynona estaba al teléfono. Al parecer, un posible nuevo cliente estaba al aparato. Le estaba comentando las tarifas y le decía que lo mejor sería verse las caras para que se convenciera por sí mismo.

Mientras ella terminaba, se acercaron a hablar con Tyrell. Bill tenía algo que proponerle y confiaba en que él aceptara.

—¿En serio te has licenciado en Harvard? —le preguntó escéptico el del FBI. Todavía le costaba creer que un chico con tantas virtudes y cualificaciones pudiera tener un trabajo que prácticamente se reducía a tareas administrativas en la mayoría de las ocasiones.

—Sí. Soy licenciado en matemáticas e ingeniero informático.

Bill le miró boquiabierto. Aquel chico era una especie de genio. Sin embargo, muy lejos de presumir de ello, se mostraba siempre muy humilde y dispuesto a ayudar en todo lo que pudiera.

—¿Me puedes explicar qué demonios haces trabajando en algo que está tan por debajo de tus capacidades?

—No sé a qué te refieres. Aquí estoy bien. Gano poco, ya lo sé, pero el ambiente de trabajo me gusta. El dinero no es lo más importante y Wynona es casi una hermana para mí.

—Lo entiendo, pero estoy seguro de que, con las cosas que consigues

con tan pocos recursos, cualquier agencia del gobierno que supiera de tu existencia se daría de tortas por contratarte.

—Quita quita.

Bill le miró divertido por aquella expresión un tanto infantil y apresurada. A ver como preparaba el terreno para decirle lo que tenía previsto.

—¿Por qué no?

—Porque tendría que ir trajeado como tú.

Bill soltó una buena carcajada. Era cierto que la forma de vestir era un requisito que solía imponerse, aunque también se daban ciertas excepciones.

—Bueno, ya te digo que si yo tuviera la posibilidad de incorporarte a mi equipo como analista, hablaría con quien hiciera falta para que te librase de esa obligación.

—¿Le estás haciendo una oferta de trabajo a mi chico? —preguntó Wynona, que había escuchado parte de la conversación.

—Supongo que sí. Espero que no te parezca mal.

—A ver cómo te lo explico, Billy, yo tampoco entiendo por qué se empeña en cortarse las alas. Entiéndeme. A mí me seccionas por la mitad, porque nunca podré encontrar a alguien como él. Pero me buscaré la vida, como he hecho siempre. Ty se merece algo mucho mejor. Vale demasiado. Eso sí, ya podéis hacerle una oferta de la leche, porque si no te corto…

—Vale, vale. Lo pillo. No hace falta que termines la frase —le dijo con una sonrisa—.

¿Qué dices entonces, Tyrell? Tu jefa te da permiso.

—Mira, Bill, no te ofendas. Soy una persona leal. Winnie hizo mucho por mí en su día…

—¿Qué? ¡No digas gilipolleces, Ty! Estamos hablando de tu futuro. Y has hecho tú más por mí que yo por ti.

—Bueno, por eso no te preocupes. Trataré de buscar una solución también para ella,

¿qué me dices?

—Os propongo una cosa —intervino nuevamente Wynona—. Kisha y yo nos acercamos a por unos cafés y unos dulces al puesto de la esquina mientras vosotros habláis de vuestras cosas y, cuando regresemos, nos tomamos un buen desayuno juntos y nos despedimos como dios manda. ¿Qué os parece la idea?

—A mí perfecta, como siempre —respondió Tyrell.

—No me hagas la pelota que ya no te va a hacer falta si te ficha el FBI. Pero espero que guardes silencio hasta la tumba de los secretitos que tenemos tú y yo entre manos.

Las dos mujeres se dirigieron hacia la puerta. Justo antes de salir, Kisha miró a Bill y le guiñó un ojo. Este la sonrió complacido. Había muchas cosas que arreglar todavía, pero se abría ante ellos un nuevo futuro. Nueva York realmente había supuesto un punto de inflexión, por suerte no del modo que esperaba si no mucho mejor.

Bill le explicó a Tyrell con pelos y señales las condiciones que podrían ofrecerle y le propuso organizar una reunión con gente del FBI de Nueva York antes de que él regresara a San Francisco. Estuvieron hablando largo rato.

—¿Cuándo van a volver estas dos? —preguntó Tyrell—. Como tenga que seguir esperando a que traigan el desayuno al final termino por comer lo primero que pille por aquí.

Bill tuvo un mal presentimiento. Hacía más de media hora que se habían ido. No deberían haber tardado más de diez minutos. Salvo que hubiera pasado algo.

Entonces sonó el teléfono de la oficina. Tyrell contestó. Era el detective Stevens para informarles de las novedades. No todo había salido a la perfección como esperaban.

Capítulo 48 A por todas

Bill empezó a ponerse nervioso al escuchar a Tyrell hablando con Stevens.

Finalmente le pidió que le pasara el teléfono. Quería hablar directamente con él.

—John, soy Bill ¿Qué ha ocurrido? —preguntó con tono de urgencia.

—¿Dónde está Wynona? La he llamado y no lo coge.

—Ha salido a por unos cafés —respondió Bill con el corazón en un puño—.

Cuéntame qué ha pasado, por favor.

—Bueno, las cosas no han salido como esperábamos. Hemos detenido a uno de ellos, pero el otro ha logrado escapar. Ha herido a uno de los nuestros.

—¿Y cómo se encuentra?

—Está grave. Se lo han llevado al hospital.

—Siento oír eso.

—Joder, Bill. Hemos entrado en su piso. El cabrón está chalado, desde luego. Tiene las paredes llenas de recortes de periódico con noticias del Asesino del Ocaso y otras muchas en las que hay fotos de Kisha.

El del FBI salió corriendo hacia la calle, sin esperar a que le dijera nada más, ni siquiera cuál de los dos sospechosos había escapado porque no tenía ni la menor duda acerca de quién se trataba. Tyrell cogió el auricular para decirle al detective que Bill había salido de la oficina despavorido.

Cuando llegó a la acera, vio a Wynona que venía hacia él con la cabeza ensangrentada tambaleándose.

—Se la ha llevado, Bill. Patrick Sanders se ha llevado a Kisha. Ha sido hace tan solo unos minutos.

El agente federal se echó las manos a la cabeza con desesperación. Eran muy malas noticias, especialmente después de lo que acababa de relatarle Stevens.

—Está bien. Voy a avisar a los sanitarios para que te atiendan. Tienes un buen golpe en la frente.

—Estoy bien.

—No discutas, por favor, y hazme caso. No podemos perder tiempo. Mientras llegan, quiero que me cuentes que ha pasado, qué has visto, cómo se la ha llevado.

Todos los detalles que recuerdes. Voy a llamar a los del FBI para que nos ayuden a localizarla.

Bill notaba como si alguien sostuviera su corazón con una garra y no dejara de apretar. En otras circunstancias, hasta pensaría que le estaba dando un infarto, tal era el dolor que sentía en el pecho.

—Jimmy, soy Bill. Se ha llevado a Kisha uno de los sospechosos que hemos estado investigando —sentía que le faltaba el aire cuando lo explicaba—. Necesito vuestra ayuda.

—No hay problema. Enseguida organizo a los hombres.

—Tengo en el manos libres a Wynona Wrangler. Estaba con ella cuando la ha secuestrado. Nos va a contar lo que ha pasado.

—Habíamos salido a por unos cafés. Nos hemos entretenido de camino hablando, ya sabes. Justo al pasar por la calle que da a un callejón, ha parado una furgoneta, cerrándonos el paso. Un hombre se ha bajado apuntándonos con un arma. Ha golpeado a Kisha con la culata en la cabeza, lo que la ha hecho perder el sentido. Cuando he intentado acercarme, me ha golpeado a mí en la frente. No he llegado a perder el conocimiento pero me ha dejado aturdida y me he quedado tirada en el callejón. No podía levantarme, os lo juro. Lo siento, Bill. Lo siento mucho.

—¿Cómo era la furgoneta? ¿Te fijaste en la matrícula? ¿La marca? Cualquier detalle nos sirve.

—Era una furgoneta gris vieja, con la pintura desgastada. Tenía un portón en el lateral. Supongo que por ahí ha subido a Kisha. Creo que era una Ford Transit Custom de 2012 porque tuve un novio que tenía una similar. De la matrícula ni me acuerdo.

—Podemos buscar las posesiones que están a nombre de vuestro sospechoso.

—Suponiendo que no sea robada —dijo Bill, que tenía el ánimo por los suelos. Otra vez le parecía revivir el horror de hacía tres años, cuando el Asesino del Ocaso se la llevó y tardaron varios días en encontrarla. No podía perderla, ahora menos que nunca.

Sintió que se ahogaba, que le apretaban muy fuerte la garganta cortándole la respiración. Tenía que encontrarla y tenía que hacerlo ya.

—No seas gafe, coño. Déjame que lo intente. Revisaremos las cámaras de la ciudad a ver si vemos qué camino ha seguido.

—Voy para allá.

—Te acompaño.

—No, tú quédate hasta que lleguen los sanitarios.

—¡Ni de coña, Bill! ¿Te enteras? Se la han llevado cuando estaba conmigo y voy a encontrarla. No me pidas que me quede descansando porque no lo voy a hacer.

Entendió su postura. Él habría hecho lo mismo, aunque no le gustara porque no sabía hasta qué punto podrían revestir cierta gravedad sus heridas. Un golpe en la cabeza puede desembocar en un desenlace fatal si no se atiende debidamente.

—Oye, oye. Los dos quietos ahí —apremió Jimmy, quien seguía al teléfono—.

Esperad a que lleguemos, ¿de acuerdo? Estoy seguro de que tardaremos nosotros menos en ir que vosotros en venir. Y así van viendo los médicos a esa jovencita tan intrépida que se da un golpe en la cabeza y no quiere ni siquiera que la atiendan.



Tenía que hacer una llamada. Sabía que era una de esas difíciles, pero no podía dejar que lo hiciera otro. Al fin y al cabo, también era su amigo.

—Bill, ¿qué pasa?

—Derek, es Kisha. No sé cómo decirte esto.

—Joder, pues dilo cuanto antes porque me va a dar un ataque.

—La han secuestrado.

Se hizo el silencio al otro lado. Estaba tratando de asimilar lo que le había dicho. Era como vivir dentro de un bucle en el que una y otra vez sucedía algo similar que terminaba con Kisha en un hospital o en manos de un loco.

—No lo entiendo, me dijo que tú estabas ahí, que no iba a pasarle nada. Por eso no he ido al final.

—Algo ha salido mal y los de la policía no pudieron atrapar a uno de los sospechosos. Pero vamos a encontrarla muy pronto.

Hubo unos segundos rotos con un silencio tosco, desagradable y pesado. Un silencio cortado solo por unos suspiros.

—No lo entiendo, Bill. Parecía que estaba mejor. Pero al final con ella siempre es la misma historia. Es agotador. No mide los riesgos, no se para a pensar. ¿Cómo vamos a construir algo juntos así? ¿Cómo es posible que no aprenda?

Bill escuchaba apretando los dientes. Casi no podía creerse que estuviera diciendo aquello.

—Me parece algo increíble —suspiró una vez más—. Tienes que encontrarla, por favor. Tienes que lograr hallarla con vida.

El del FBI se quedó callado asimilando lo que acababa de decirle. Se sintió furioso con él. Había hablado dejándose llevar por sus prejuicios y le había echado la culpa a ella, esta vez de forma totalmente injusta.

—Esta vez no es culpa suya, Derek. No ha hecho nada. La ha pillado de imprevisto.

Ninguno lo esperábamos —le respondió enfadado.

¿Por qué hacía ahora ese comentario tan fuera de lugar? Pensó en lo que le había dicho Kisha. Tal vez tuviera razón. Derek la quería, eso no lo dudaba, pero no estaba dispuesto a sufrir por ella.

—Tengo que dejarte. En cuanto sepa algo, te llamo.

Colgó sin esperar a darle opción a réplica.

Capítulo 49 No hay tiempo que perder

Una unidad del FBI se presentó en el lugar en el que Wynona había sido atacada y Kisha secuestrada. Tomaron todo tipo de pruebas. Una y otra vez le hicieron a la detective las mismas preguntas o unas muy similares, puesto que a ella le dio la sensación de que estaba en un bucle infinito.

Bill estaba de los nervios. Ahí no estaba en sus manos organizar el trabajo, era uno más y lo sabía, pero no pensaba esperar si las decisiones que tomaban no le parecían acertadas.

—Tenemos algo —dijo uno de los agentes.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó nervioso.

Jimmy lo observaba. Hacía tiempo que pensaba que la implicación de Bill cuando le pidió que la vigilara antes de que él llegara a Nueva York era algo personal. Ahora viéndole, lo tenía claro.

—Han localizado los movimientos de la furgoneta por la ciudad a través de las cámaras.

—¿Y qué habéis encontrado?

—Ha cogido el túnel Holland, el que está a la altura del Soho.

—Sé cuál es —dijo Jimmy.

Bill pidió que le pasaran un mapa de la ciudad. En cuanto ubicó el túnel que habían dicho, tuvo una corazonada.

—La lleva al puerto de Newark, mira —dijo señalándolo.

Llamó inmediatamente a Tyrell. Seguro que él encontraba la información que necesitaba con rapidez.

—¿En qué puedo ayudarte?

—¿Puedes mirar dónde ha trabajado Sanders antes de la empresa de reparaciones en la que está ahora?

—Voy. Dame unos segundos porque busqué toda la información que pude sobre él y la tengo guardada en el ordenador. Aquí está. ¿Desde el principio o en alguna fecha concreta?

—Desde que llegó a Nueva York.

—Vale. Pues solo hay un registro más. Cuando llegó se colocó en la terminal de contenedores del puerto de Newark.

—Gracias, Ty. Te llamo si necesito algo más.

—Aquí me tienes para lo que sea.

—Tenemos que ponernos en marcha, Jimmy. La ha llevado al puerto.

—Lo he oído. Ya he dado el aviso para que controlen las cámaras de allí. Van a llamar a la central del puerto para que nos informen si ven

o han visto la furgoneta, la cual, por cierto, sí está registrada a su nombre. Tiene matrícula de Los Ángeles.

—Pues en marcha.

—No sé si es buena idea, Bill. Creo que es mejor que os quedéis aquí tú y la chica.

—¿Me tomas el pelo? No voy a quedarme aquí a esperar. Sé cosas del sospechoso de las que vosotros no tenéis ni la menor idea.

—Estás demasiado implicado emocionalmente.

Bill se le quedó mirando absolutamente desconcertado.

—Lo estoy, es verdad. Pero esto ya lo he vivido antes con ella y he sido capaz de salvarla todas las veces, incluida una similar a esta en la que la retuvo el Asesino del Ocaso. No me subestimes, Jimmy, sabes que en mi expediente como agente del FBI no vas a encontrar ni la menor mácula.

Los dos se miraron durante unos instantes, Jimmy sopesando qué era lo mejor. Al final, decidió dejarle que los acompañara. Si algo era cierto era que tenía una carrera impecable y sabía que desde que se incorporó cuando todavía era muy joven, siempre había sido bien mirado por los jefes por la diplomacia de la que hacía gala, aparte de sus cualidades como investigador.



Llegaron al puerto de Newark unos veinticinco minutos más tarde. Habían estado en contacto con los de la torre de control. Al parecer, habían divisado una furgoneta que coincidía con la descrita y que había entrado saltándose los controles. El personal de seguridad ya estaba alertado. Suponían que habría algún área que conocía bien y que se dirigiría hacia allí.

Bill no paraba de pensar en qué pretendía el sospechoso con aquello. Parecía actuar a la desesperada, lo que le hacía incluso más peligroso. Podría estar pensando en encerrar a Kisha en alguno de los contenedores y asesinarla o, quizás jugar con esa baza para poder negociar. Si la lograba subir a un contenedor, sería difícil encontrarla, teniendo en

cuenta el volumen de actividad mercantil que se producía en ese puerto a diario. No quería ni imaginarse en qué destino podría

terminar si no acababa antes con su vida.

Por suerte para ellos y gracias a la celeridad con la que habían actuado, localizaron la furgoneta pronto. Habían llegado varias unidades, por lo que pudieron distribuir un buen número de agentes por los distintos pasillos de contenedores.

Les facilitaron a Bill y a Wynona unos auriculares para poder comunicarse. Ambos iban con Jimmy. De pronto, a Wynona le pareció ver de refilón algo que se movía según avanzaron un poco más. Les avisó en voz baja y les hizo un gesto para que la siguieran.

Se movieron con sigilo con la espalda bien pegada a los contenedores.

Bill entonces vio como llevaba a Kisha casi a rastras. Estaba amordazada y maniatada, la cara cubierta de sangre. Ella trataba de resistirse y le daba patadas, lo que propició que él le diera un puñetazo en la cara que la tiró al suelo. Fue justo en ese instante cuando aprovechó para apuntarle con el arma y tomar esa ventaja en la que no la tenía sujeta.

—Suelta el arma —el corazón estaba a punto de salírsele del pecho. Bill tenía a Jimmy a su lado izquierdo, pero había perdido de vista a Wynona.

Patrick Sanders apuntaba a Kisha a la cabeza.

—¡Ni de puta coña! No hasta que me deis lo que quiero. Si mato a esta zorra sé de alguien que se va a poner muy contento y me lo agradecerá mucho.

—¿En serio crees que Frank Murray te va a agradecer que le prives de matarla con sus propias manos? Creo que entonces no le conoces.

—Él mismo me lo dijo. Si vas a matarla, haz que sufra primero. Así que sí, creo que le gustaría saber que esta zorra ha muerto.

La situación era altamente inestable. Bill pensaba qué estrategia podría funcionar mejor con él en función de su personalidad. Era inteligente, pero no brillante. Había demostrado por un lado ser paciente y contenido, observando como era Arlington el que aplicaba la violencia según habían concluido, pero también se había mostrado impulsivo cuando había ido la policía a por él. Si no hubiese dejado ningún rastro en los escenarios, entonces no habría salido huyendo, así que debía pensar que había algo que le vinculaba directamente.

Su relación con las mujeres debía esconder un elemento problemático que le había conducido a querer causarles dolor. Tal vez era él y no Arlington el que había vivido con una mujer dominante que le sometía o era el hijo de una madre narcisista. No recordaba que Tyrell hubiera dicho que estaba casado, así que no sería la esposa la que ejercía la dominación sobre él.

Decidió jugársela. El tiempo se agotaba.

—Imagino que no ha sido fácil criarse con una madre tan dominante como la tuya.

Supongo que por eso te fuiste de Los Ángeles. Pero esta que está en el suelo, no es ella.

Por mucho que mates a otras, nunca te librarás de ella. Lo único que vas a lograr es complicarte la vida. Deberías empezar a pensar en resolverlo de otra forma. Si la sueltas ahora, todavía tienes una oportunidad.

—¿Qué coño me estás contando, madero?

Bill entonces vio un movimiento a la espalda del sospechoso. No tuvo tiempo de girarse, porque Wynona le estaba encañonando a la altura de la nuca. Ni siquiera se había dado cuenta de cuándo había desaparecido.

—Ni te muevas, puto desgraciado, o te vuelo la tapa de los sesos sin pestañear.

Suelta la pistola y levanta las manos.

Sanders bajó despacio la pistola hasta el suelo mientras los dos agentes seguían apuntándole y Wynona mantenía el cañón de la pistola pegado a su nuca.

—Despacito y sin movimientos bruscos que soy de gatillo fácil —amenazó la pelirroja.

Entonces Bill y Jimmy vieron claras sus intenciones. Iba a girarse de golpe y a golpearla. Kisha que también lo vio, le propinó una patada en la espinilla, mientras Jimmy y Bill disparaban, uno al brazo y el otro a la pierna. Ambos le provocaron heridas superficiales, suficiente para hacerle perder el control de la situación.

Jimmy se dirigió rápido hacia él para esposarlo, mientras Wynona lo

mantenía inmovilizado.

Mientras tanto, Bill había ido a por Kisha sin preocuparse de nada más y la tenía fuertemente abrazada a él. Mantenía los ojos cerrados, mientras trataba de ralentizar mínimamente el ritmo enloquecido de sus latidos.

—Si me sigues apretando así se me va a salir el corazón por la boca. Me estás dejando sin respiración.

Bill se rio ante la ocurrencia. Tenía razón. Había tenido tanto miedo de que le pasara algo que se había pasado al abrazarla. La miró a los ojos con ternura.

—¿Estás bien? —le preguntó retirándole el pelo pegado por la sangre de la cara y mirando su herida.

—He tenido días mejores. Creo que el dolor de cabeza me va a durar días.

—¡Vaya excusa! Vas a necesitar una mucho más original para librarte de mí esta noche —dijo con picardía.

—¡Ay! —se quejó Kisha—. No me hagas reír que parece que me va a explotar.

Entonces volvió a apretarla contra su pecho.

—¡Menos mal que estás bien! No sé que habría hecho si te hubiera perdido.

Kisha lloró de emoción. Sí, Stephen tenía razón, siempre había habido cosas realmente buenas en su vida y no las había valorado como debía. Sin duda, Bill era la mejor de ellas.

Capítulo 50 Interrogatorio

En sendas salas aguardaban los dos sospechosos para ser interrogados y que les tomaran declaración. Bill acompañaría a Stevens en el interrogatorio, a pesar de las continuas advertencias de Michael Rufo, el cual decía que tenía derecho de estar dentro porque él era uno de los agentes oficialmente asignados al caso. Eso era cierto, pero también que se había implicado menos que la figura que coronaba la entrada del Rockefeller Center.

Kisha quiso mantenerse al margen. No necesitaba saber más. Los habían atrapado y eso era lo importante. Ya le contaría Bill lo relevante, si es que sacaban alguna conclusión de ello.

Comenzaron con Arlington Lewis, al que consideraban sin duda la personalidad más dependiente del equipo. Su enfado con las mujeres en general se debía a múltiples rechazos que había experimentado. Sus experiencias sexuales las había tenido en prostíbulos de poca monta y condiciones higiénicas cuestionables. Debido a ello, acabó pillando una enfermedad de transmisión sexual que le había dejado impotente. Una sífilis de las malas había conllevado disfunción eréctil cuando solo contaba con treinta y dos años.

Se evidenció quién era el eslabón débil de los dos. A la primera amenaza, empezó a contarles todo con pelos y señales. Tal vez pensó que así obtendría alguna ventaja, algo que seguramente se habría sacado de una serie o alguna peli de policías que hubiera visto en la tele. Les confirmó incluso que había sido Sanders el que le había enviado el mechón de pelo a Jenkins en la cárcel. El análisis del ADN mitocondrial del cabello ya había dado un resultado positivo y se había demostrado que el pelo que tenía Frank J.

Murray en la prisión pertenecía a Linda Williams. Su declaración solo era una doble comprobación.

En cuanto le habían comentado que estaban analizando las muestras de semen de los escenarios y que iban a compararlas con la de ADN que acababan de tomarle, supieron que Kisha tenía razón y que se había masturbado en los escenarios.

Aunque habían coincidido en el centro de desintoxicación, que es donde habían elegido a su primera víctima, su relación provenía de cuando se conocieron en el club de caza de Saratoga Springs, al que ambos habían acudido con relativa frecuencia hasta que cambiaron el objeto de sus cacerías.

Recogieron su declaración con todo lujo de detalles acerca de los distintos crímenes y la firmó sin rechistar.

Después pasaron a hablar con Sanders, el cual se mostraba ufano, como si tuviera motivos para sentirse ofendido después de que le habían pillado secuestrando a una ex policía.

—He sido víctima de una encerrona. Voy a ir a los medios de comunicación para que todo el mundo sepa de lo que es capaz la policía de la ciudad y el puto FBI con tal de salirse con la suya.

Bill y John se quedaron mirándole, esperando que hablara. Mantenían la teoría de que él era el que más necesidad de reconocimiento tenía de los dos. Antes o después acabaría hablando. Solo había que dilatar los tiempos de respuesta y darle cuerda para que poco a poco fuera él quien se ahorcara.

—Supongo que al final solo se trataba de eso, ¿no? —preguntó Bill.

—No sé de qué me estás hablando.

—Claro que sí. Lo sabes perfectamente. Tú mismo acabas de decirlo.

—Si nos ayudas como ha hecho Arlie, igual somos buenos y te concedemos tus minutos de fama porque, si de algo estamos seguros, es de que ya no vas a ver más la luz del sol.

—Sabemos perfectamente que eres tú. Arlington nos ha dado una declaración completa y detallada. No solo es el delito de agresión más secuestro, sino que conocemos tu implicación en tres homicidios con todo lujo de detalles. No nos será complicado, además, encontrar el rastro que nos indique el lugar desde el que le enviaste el mechón de pelo a Jenkins, sino que estamos seguros que encontraremos más trofeos que te llevaste de las escenas de los asesinatos. Es más, ahora que tenemos tus huellas y tu ADN, podemos vincularte a, como mínimo, un par de crímenes que cometiste en Los Ángeles. Y luego están todos esos recortes de periódicos que hay en tu piso con noticias sobre el Asesino del Ocaso y con fotos de la ex inspectora Kisha Jennings.

Sanders les miraba midiéndoles. En realidad estaba bien jodido y lo sabía. La había cagado. Se había puesto nervioso, a pesar de que controló la situación durante la mayor parte del tiempo. Pero fue ver a la policía en las inmediaciones de su casa y lo echó todo a perder. Actuó de forma impulsiva, dominado por el miedo, como cuando huyó de Los Ángeles años atrás. Quizás hubiera podido largarse, pero en el fondo sabía que tendrían ya sus huellas y su ADN. En cuanto entrasen en su casa, estaba todo perdido. Pensó que llevándose a la ex inspectora, podría tener algo con lo que negociar. Pero la muy zorra era peleona y les pillaron demasiado pronto porque no consiguió meterla en uno de los contenedores a tiempo.

—Solo me gustaría conocer el motivo. ¿Por qué esa obsesión con Kisha Jennings?

—¿Cómo que por qué? Creo que es evidente, ¿no? Por su relación con el Asesino del Ocaso. Toda la atención de los medios de comunicación

de California volcada en él, como si el resto de el mundo fuera invisible y él una súper estrella. A mí en realidad ella me importa una mierda. Solo era un medio para obtener un fin. Una actriz secundaria a la que tenía que arrastrar hasta aquí. Sabía que sería un buen señuelo, que el mundo prestaría atención porque ya lo había hecho antes. Ya había tenido una gran repercusión la relación de Kisha Jennings con uno de los asesinos más buscados. Y cuando vi en internet que Frank J. Murray había sido encerrado, pensé que era el momento perfecto.

Podría averiguar cosas que nadie supiera mostrándole mi admiración y utilizarlas en mi favor.

—Bueno, siento decirte que no es que hayas ocupado las primeras páginas de los diarios precisamente.

—Porque no he podido terminar mi obra. No debí involucrar al idiota de Arlington, con toda esa rabia y esa poca inteligencia. Sabía que, al final, sería el cabo suelto que me pondría en vuestro radar.

—Pero te vino bien, supongo.

—Claro. Es muy obediente y fácil de manejar. Podía ser otra marioneta al servicio de mi gran obra. Toda mi vida he sido invisible, me he sentido un inútil. Siempre he tenido que aceptar trabajos de mierda. Nadie me veía, ¿sabes lo que te digo? —preguntó mirando a Bill—. Hasta que empecé a currármelo en el gimnasio y empecé a ver cómo me miraban las tías. Me di cuenta de que podía hacer lo que quisiera con ellas. Pero tampoco soy idiota. Y entonces conocí a Arlie. Un pobre idiota fanfarrón pero el tío más violento que me he echado a la cara. Dios lo había puesto en mi camino. Y tenía que aprovecharlo.

Capítulo 51 NUevos caminos

Muchas cosas habían cambiado en tan solo cuestión de pocos días. Se abrían nuevos caminos para todos ellos. John Stevens había solicitado su traslado a Nueva Jersey y había sido aceptado. La semana siguiente comenzaría en su nuevo destino.

Tyrell había decidido escuchar al menos la oferta del FBI, pero tenía claro que no iba a dejar a Wynona en la estacada. La conoció en un momento difícil de su vida y ella había estado a su lado y le había ayudado cuanto había podido. La lealtad no es algo que deba recordarse solo a conveniencia, sino que debe ser algo insoslayable.

La actuación de Wynona y todo lo que se había volcado en la investigación de los tres asesinatos, había hecho que en el FBI estuvieran considerando ayudarla con su situación actual. No obstante, no podían prometer nada, salvo que lo estudiarían.

Bill y Kisha tenían por delante un considerable desafío. En primer lugar, viajarían juntos a Los Ángeles. Bill había pedido unos días de permiso para ello. Querían hablar ambos con Derek y explicarle lo sucedido. Los dos sabían que habían actuado mal y eran conscientes del daño que iban a hacerle al fotógrafo, pero debían afrontarlo juntos.

Si era algo de lo que Bill se culpaba era precisamente de eso, de no haber hecho las cosas en el orden debido por dejarse llevar por sus instintos.

Nunca había perdido un amigo. Deseaba con todas sus fuerzas que esta vez no fuera la primera, aunque tenía todas las papeletas para que así fuera. Era comprensible.

Por otro lado, tenía abierto otro frente respecto a Darlene. Aunque ella parecía haber insinuado que la relación estaba agotada, no habían tenido esa conversación cara a cara, que es lo que toca en momentos así. Antes de volver a San Francisco, tendría que verla y confesarle lo sucedido.

A pesar de sus magulladuras, Kisha se encontraba muy bien, mejor que en mucho tiempo. Le resultaba en cierta medida incomprensible porque sabía que los últimos meses con Derek había sido muy feliz. Le quería, eso tampoco lo podía negar o, al menos, le había querido muchísimo, más de lo que había hecho nunca hasta que por fin se había dado cuenta de que el único al que siempre había amado verdaderamente era y siempre sería Bill.

Con él sentía que los fantasmas ya no estaban arrinconados en un lugar recóndito de su cerebro, sino que habían salido y los había ido conociendo uno a uno hasta hacerlos empequeñecer. Podía hablar con él de todo ello abiertamente, sin miedo a que se preocupara en exceso o le dominara el miedo, porque Bill sabía encontrar en cada momento la palabra perfecta y la solución adecuada.

Ahora debían plantearse su futuro juntos. Se conocían demasiado bien. Habían pasado muchos años trabajando juntos en los que no se había separado salvo para dormir. Esa era la única diferencia ahora, que las noches también las pasarían uno al lado del otro entre

arrumacos y caricias.

Se abrían nuevos caminos, nuevas oportunidades.

Volvía a amanecer después de otro ocaso.

Curiosidades y datos de interés

Estuve siete días en Nueva York en 2012. Es difícil no enamorarse del glamour de esta ciudad de grandes

avenidas y ese magnífico pulmón que es Central Park. Por supuesto, sus espectáculos de Broadway y sus museos merecen un capítulo aparte.

Amanece en el Ocaso no es el primer libro de los que he escrito que transcurre en Nueva York. Cuando estuve allí siete días de hace diez años, nos alojamos precisamente en el hotel Soreham por recomendación de unos amigos que habían estado en Manhattan no mucho tiempo antes y les había gustado. Su ubicación es excelente, entre la Quinta y la Sexta Avenida como se cita en el libro y realmente muy cerca de la mayoría de las cosas más interesantes que hay que visitar en Nueva York (que sin duda, son infinitas). La proximidad a Central Park y a Times Square es uno de los mayores atractivos que tiene. No obstante, es un hotel muy acogedor. Recuerdo que por aquella época ofrecían a los clientes café gratis para llevar de una máquina que tenían en una de las salas de las zonas comunes. Nos pareció un detalle muy agradable.

Pensé que tenía cierto encanto que Kisha, y más tarde, Bill, se alojaran allí. Recuerdo la habitación con total claridad, a pesar de haber recorrido tantos hoteles a lo largo y ancho del mundo. De todos modos, no sé muy bien el motivo, pero es algo habitual para mí, recordar con mucho detalle las habitaciones de los hoteles en los que he estado.

Y ya llevo unos pocos…

El Pier 39 de San Francisco es un enclave muy conocido de la ciudad. Es asombroso ver la cantidad de leones marinos que descansan allí sobre las plataformas habilitadas para ello. Los turistas se agolpan para verlos y resulta una de las escenas más típicas de la ciudad. Por otra parte, la zona del muelle está llena de restaurantes y la actividad turística es frenética, entre los ferrys que salen desde allí, las tiendas y

los demás locales destinados al ocio. Especialmente cuando hace buen tiempo, es un lugar en el que da gusto pasear y detenerse a tomar el típico *clam chowder*, una deliciosa crema de marisco que se sirve dentro de un pan enorme. Sí, has leído bien. El propio pan es el que sirve de recipiente.

Si la saga Ocaso tiene un nuevo episodio, es probable que suceda cerca del Golden Gate.

El capítulo 28 se titula *Entrevista con el diablo*, en homenaje a una serie que he visto recientemente que me ha parecido muy buena y que se titula *Encerrado con el diablo*, que es muy parecido pero no igual. El título original es *Black Bird: confesiones de un asesino*.

Esta serie está basada en un hecho real y es un thriller psicológico fascinante. Por cierto, como curiosidad triste os contaré que durante su rodaje murió el famoso actor Ray Liotta de forma inesperada. D.E.P.

Respecto a más referencias a series, la entrevista que le realiza Bill al Asesino del Ocaso en la cárcel ha tratado de ser un homenaje tanto a Mentes Criminales como a *Mindhunter*, dos series que ya he dejado claro en otras ocasiones que me fascinan.

La referencia que se hace a John Douglas y Mark Olshaker ha sido debida a que su libro *Anatomy of motive* es uno de los que me ha acompañado mientras escribía esta novela. No es el primero que leo de ellos y tampoco será el último puesto que me resultan de gran ayuda para aprender cosas muy útiles para mis *thrillers*. Precisamente lo que le cuenta Kisha Jennings a John Stevens acerca de David Berkowitz y de como empiezan algunos asesinos en serie está extraído de ese libro.

Por último, cuando casi al principio de la novela se hace referencia a que llaman a un analista de sangre para la primera escena del crimen, en realidad solo fue un recurso cuyo único propósito era dedicar apenas unas líneas a la serie *Dexter (* basada en los libros de Jeff Lindsay) que tanto me gustó en su momento. El personaje de Dexter me parece de una tremenda originalidad y ya me gustaría a mí crear alguno así algún día.

Leí en su versión original la serie de libros que escribió el autor sobre Dexter y desde luego que son una lectura amena.

En relación a otras cosas que aparecen en la novela, quisiera aclarar que cuando se hace referencia a que los cazadores de alces sienten

especial fascinación por ese modelo de navaja suiza concreta que sale en el libro, es algo meramente ficcional. Igualmente, no sé si hay un club de caza y una armería en Saratoga Springs. En resumen, me he tomado ciertas licencias que no creo que sean de suma importancia pero que sí servían para enriquecer la trama.

Por último, este libro ha sido un desafío especial y diferente. Después de leer *Mientras Escribo* de Stephen King, el cual me ha servido de gran inspiración, me propuse escribir un mínimo de dos mil palabras al día. Sin embargo, al final la media se mantiene desde entonces cerca de las cuatro mil. Me ha llevado veintiún días escribir esta novela gracias a ello (desde el 26 de julio de 2022 hasta el 15 de agosto del mismo año). A partir de ahora, continuaré con ese reto porque verdaderamente cada vez me doy más cuenta que, cuanto más escribo, más disfruto y con más facilidad me llegan las ideas.

Espero que para ti, querida lectora o lector, haya valido la pena tu tiempo leyéndolo y lo hayas disfrutado, como mínimo, tanto como yo.

Agradecimientos

En primer lugar a ti, lector o lectora, que has llegado hasta aquí. Esto es un sueño, este momento de conexión entre tú y yo, mágico e irrepetible, una conexión demorada en el tiempo pero real. Un contacto diferido en el que tu mente y la mía coinciden y conversan en algún modo. Gracias por permitirme "secuestrarte" durante el tiempo que ha durado la lectura de esta novela, gracias precisamente por ese regalo tan increíble que es tu tiempo. Si cuando empecé a escribir en 2016 me hubieran dicho que tanta gente iba a leer mis libros y que habría lectores esperando que saque el siguiente, habría pensado que me estaban vacilando y jugando con mis ilusiones. Hoy es un sueño que se ha hecho realidad y eso no tiene precio.

En apartado aparte, quiero mostrar un agradecimiento más personalizado a las personas que han participado como lectores cero o que me suelen ayudar en esa labor.

Son personas que me han llegado a través de los libros y que ya ocupan un trocito de mi corazón.



Este libro se ha publicado en una fecha elegida de manera específica para una persona que he conocido a través del Club de Lectura

Descubriendo Historias y que ya lleva varios libros siendo mi lectora cero y ayudándome con gran tino. Laura Díaz del Prado, a la que también conocemos como Zukakira, cumple años el mismo día que se ha estrenado esta novela a través de la plataforma Amazon. Por ello, *Amanece en el Ocaso* siempre estará unido a ella de una forma simbólica. Por ello también, Bill cobra mayor protagonismo en esta entrega de la saga, puesto que es posiblemente el personaje que más le gusta de la serie Ocaso. Espero de todo corazón que te haya gustado. Aprovecho una vez más para darte las gracias por ver esos errores que nadie ve, esas pequeñas grietas que hacen tambalearse la trama y que gracias a ti puedo cerrarlas para que el libro se convierta en una estructura sólida como una roca.



Laura Villasana Martín a la que le corresponde el honor desde ahora y para siempre de haber sido la primera persona en leer este libro. Mil gracias por tus correcciones y por hacerme sentir que el libro merecía la pena. Gestiona el Club de Lecturas Descubriendo Historias y no os imagináis todo lo que apoya a autores que como yo somos pequeños y no tenemos respaldo. Gracias por tu ayuda, por tantas iniciativas y por ser tan altruista. Nunca me cansaré de decírtelo.



Andreu Purroy Giribert. Mi primer lector 0 y creo que incondicional (si no se cansa antes, porque soy muy pesada y lo sé). Gracias por seguir al pie del cañón y no abandonar, incluso cuando he abusado y te he pedido que leyeras las primeras cien páginas de un libro (intentaré no aprovecharme más de tu generosidad, lo prometo). Siempre, y lo repito para que quede claro, siempre contaré contigo si tú quieres seguir en la brecha con mis locuras. Por cierto, me dejaste alucinada con el resumen de este libro por capítulos. ¡Eres increíble! Me encanta tus comentarios irónicos a pie de página cuando algo no te acaba de cuadrar. Sin duda, el humor es la herramienta más efectiva.



Sonia Muñoz Rubio. ¡Cómo te lo curras! Mil gracias por leer con tanto detalle, por los comentarios en las correcciones, por tu opinión sincera que tanto me ayuda y por estar siempre tan dispuesta. De sobra sé lo escaso que es tu tiempo y por eso lo valoro incluso más. Tus aportaciones me han ayudado muchísimo, no lo dudes ni un segundo.



Margarita Gonzáles Benavides. Gracias por volver a ayudarme de forma tan generosa y tan detallada. No sabes lo que me alegra poder volver a contar contigo. Gracias por tus infinitas aportaciones y propuestas de mejora, por esas notas en el documento, algunas tan graciosas y divertidas, además.

Creo que ahora esos aspectos que comentabas han quedado mejor cerrados. ¡Es una maravilla tenerte de vuelta! Cuento contigo hasta el infinito y más allá (solo si tú quieres, claro).



Naviru Shorno. Contar contigo como lector 0 es un auténtico lujo.

Siempre aprendo muchísimo con tus aportaciones, que van mucho más allá de lo evidente. Gracias por ayudarme a crecer como escritora, por compartir lo que sabes y por ayudarme de forma tan generosa. Me encantan esas anotaciones con comentarios divertidos que me sorprenden cada vez y que me arrancan una sonrisa. Mucha suerte con tu próxima novela que esperamos con ansia. Seguro que será un éxito como las anteriores.



Patricia Burgos Cortés. Nuestra Patry querida que siempre está dispuesta a echar una mano con lo que sea. Sé que este libro no ha llegado en el mejor momento y, a pesar de ello, te has ofrecido como siempre haces, de manera incondicional. Gracias por ser tan buena persona y por ofrecerte a colaborar todo lo que puedes. Ya sabes que admiro tu valentía y tu sentido del humor.



Rocío García Melgar. No ha podido participar en este libro porque está con algo importante que absorbe todo su tiempo y que es prioridad. A pesar de

todo, quiero que sepas que te tengo presente y no dudo que, de haber podido, habrías estado ahí la primera. Gracias por tu cariño y tu interés.



Las chicas del grupo Los libros de Ariel, con Mª José a la cabeza. No

podéis haceros a la idea de lo increíble que resulta para una autora tan modesta como yo que un grupito de personas maravillosas se junten sin conocerme casi de nada para leer mis libros. Hacéis que se renueve mi ilusión por escribir. Y

gracias por el buen rollo en el grupo y por vuestro sentido del humor. Abrir ese chat es una garantía de risas, con lo necesarias que son en el mundo en el que vivimos.



Por supuesto, no pueden faltar esas personas maravillosas que forman parte de mi vida, de una forma u otra. Algunas me ayudaron a llegar hasta aquí, otras enriquecen mi presente. A todas ellas las guardo con profundo cariño en mi corazón. La mayor riqueza del ser humano son las personas que tiene a su alrededor. Yo me siento tremendamente afortunada.